Laura Sanz

HERMANOS

Alba

Serie completa



Contenido

Inolvidable
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Lista de canciones
Agradecimientos
Inalcanzable

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Lista de canciones
Agradecimientos
Inevitable
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Lista de canciones
Agradecimientos
Inconquistable
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Lista de canciones
Agradecimientos
Sobre MÍ

Inolvidable

Una novela de Laura Sanz



© 2022, Laura Sanz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

I'll never forget you
They said we'd never make it
My sweet joy
Always remember me.

(Nunca te olvidaré
Dijeron que no lo conseguiríamos
Mi dulce felicidad
Recuérdame siempre).

Never Forget You - Noisettes

Capítulo 1

Septiembre

Juls

—¡Es *la* canción!

El grito que salió de su garganta habría dejado sordo a cualquiera, solo que el volumen de la música estaba tan alto que su voz pasó desapercibida para todo el mundo, excepto para su mejor amiga, a la que le aulló cerca del oído.

—¡Vamos, vamos! —gritó esta última, dejándose arrastrar.

Los altavoces escupieron la voz de Raphael anunciando que ese era un día especial y que iba a salir por la noche, y el clamor de muchos de los presentes en el pub se mezcló con la primera estrofa de la canción.

Juls y Mariu repitieron las palabras del cantante de un modo superexagerado al tiempo que se contorsionaban en una suerte de alocado baile. Cuando llegó el estribillo, ambas se habían colocado una frente a la otra y lo cantaban a gritos, entusiasmadas.

No eran las únicas que se hallaban en pleno paroxismo. Aparentemente, la mayoría de los allí presentes eran grandes fans de Raphael. Eso o que el alcohol había alcanzado ya niveles elevados en el ambiente. A fin de cuentas, eran las dos de la madrugada y la noche ya no era tan joven.

—¡Y al despertar ya mi vida sabrá algo que no conoce! —berreó Juls, alzando los brazos y agitando la cabeza como una posesa.

Estaba eufórica. Habían llegado ese mismo día a la ciudad costera y tenían ante ellas dos semanas de vacaciones en la playa.

—¡Ilailarararara! —coreó Mariu.

En un descanso, Juls dio un trago a su cerveza y luego utilizó la botella de micrófono. Notaba los empujones de otras personas contra su espalda y su costado y ella empujó también con ímpetu sin dejarse amilanar.

Había poco sitio y los cuerpos se restregaban unos contra otros en la pequeña e improvisada pista. El local no era una discoteca, solo era un coqueto pub y no estaba acondicionado para bailar, no obstante, eso parecía importarles poco a las decenas de personas que se movían como si la vida les fuera en ello. El establecimiento constaba de dos plantas, la de abajo era más amplia y podía albergar a más gente; la de arriba, a la que se accedía por una escalera de madera, era más pequeña y tenía el techo abuhardillado y un balcón al que uno podía asomarse y ver la planta inferior. En ambas había barras y mesas altas con taburetes contra las paredes.

Ellas estaban en la planta superior. Llevaban un par de horas allí y hasta el momento el ambiente era fantástico; aunque cada vez iba llegando más gente y el lugar estaba abarrotado.

Era la primera vez que Juls estaba de vacaciones en Benidorm, pero Mariu solía ir todos los años con sus padres y sabía cuáles eran los mejores lugares a los que podían acudir dos chicas españolas de veinticinco años para pasar una gran noche, como decía Raphael. La Sal, se llamaba ese local, y fue un acierto acabar allí. El público se encontraba en la veintena y principios de la treintena y la música era, en su mayoría, española.

El lugar ideal.

—¡Muerooo! —gritó Mariu al escuchar los acordes de la siguiente canción—. ¡Es la Carrà!

Juls fingió que se echaba la melena hacia atrás —tenía el pelo rubio y corto, al estilo *pixie* —, y configuró un mohín sensual mientras se contoneaba al ritmo de la melodía setentera. Mariu la imitó, presumiendo de pelo largo. La melena castaña le llegaba hasta la parte baja de la espalda.

—¡Para hacer bien el amor hay que venir al sur! —se desgañitaron ambas.

En realidad, el estruendo era tan grande que sus voces no podían escucharse, pero el movimiento de sus labios parecía acompasarse a la letra con corrección.

Un tipo con aspecto de intelectual, muy delgado, con camisa blanca y gafas de pasta, se acercó a ellas con dificultad, sonrisa en ristre. Se pegó al costado de Mariu y trató de iniciar una conversación.

Juls soltó una risa al ver su infructuoso esfuerzo por tratar de ser escuchado. ¿No veía que Mariu estaba bailando y pegando alaridos como una loca? Observó la escena con diversión, aguardando a que su amiga se percatara del ligón en ciernes. Pero esta, totalmente ajena a su alrededor, giró la cabeza con energía e hizo un golpe de melena, abofeteando con ella en la cara al pobre chaval. La risa sacudió a Juls al ver la expresión anonadada en el masculino rostro. Solo dos segundos después, se alejaba con el rabo entre las piernas.

—Todos dicen que el amor es amigo de la locura —cantó Mariu.

—Pero a mí que ya estoy loca, es lo único que me cura —le dio la réplica Juls, todavía riéndose por lo sucedido.

—¿Por qué te ríes? —Su amiga se acercó y le habló al oído.

—Porque acabas de rechazar a un tío que ha venido a tirarte la caña.

—¡¿Cómo?! ¿Era guapo? ¡Joder! No me he enterado.

—Le has azotado con tu melenaza —dijo y volvió a reírse al recordar la escena—. El pobre casi llora.

—¿Quién es? Dime dónde está. Si está bueno, te juro que voy tras él. Demasiado tiempo sin novio; me estoy volviendo virgen otra vez.

Juls le buscó con la mirada. Le pareció ver la camisa blanca a unos metros de distancia, cerca de la escalera.

—Creo que es ese que va a bajar a la planta inferior. Mírale.

Ambas se dirigieron al balcón de madera, abriéndose paso a codazos.

El muchacho descendía los escalones con parsimonia, pegado a la pared.

—Puff, tiene barba de chivo —exclamó Mariu al verle—. Y pinta de ratón de biblioteca. Me gustan más altos y musculosos. Nada, otra noche que me quedo sin pareja. Te lo cedo.

—¡Ja! Tú flipas. Prefiero masturbarme toda la vida antes que acabar con tus sobras —repuso, dejando su cerveza vacía en una de las mesas

Mariu liberó una risotada.

—¿Quieres otra cerveza, señorita masturbadora? ¿La última antes de irnos?

Juls asintió. Había decidido no beber nada más fuerte esa noche porque al día siguiente tenía que madrugar y escribir dos artículos para la revista en la que trabajaba. La editora los estaba esperando desde hacía unos días y ella no había escrito ni una sola coma.

—Tía, me encanta este sitio —dijo mientras se acercaban a la barra.

—Está genial —asintió Mariu—. Menos mal que estamos en septiembre porque en agosto no hay quien entre. Está todavía más petado que ahora.

Ese año, Mariu no había podido coger sus vacaciones en el mes de agosto, como acostumbraba, porque acababa de incorporarse a una empresa de trabajo temporal y, como era la recién llegada, no pudo elegir. A Juls le daba igual el mes; ella podía trabajar desde cualquier sitio. Se había animado a acompañar a su amiga por tres motivos: en primer lugar, porque era un viaje barato; en segundo, porque su compañera de piso había comenzado a salir con un chico y estaban todos los días practicando el sano deporte del sexo en la habitación de al lado, y Juls estaba hasta las narices de tener que soportarlos; y en tercer lugar, para olvidarse de Sergio, con el que acababa de romper.

Así que, cuando Mariu le preguntó si le apetecía pasar unos días en Benidorm, se lanzó de cabeza.

Después de aguardar un rato, por fin un camarero se aproximó a ellas. No tardaron en tener sus consumiciones. Coronita para Juls y *Beefeeter* con limón para Mariu.

—¿Bajamos? Aquí ya no hay quién esté.

Juls asintió.

Con dificultad, descendieron la escalera mientras se cruzaban con gente que se empeñaba en subir, a pesar de que la planta de arriba estaba hasta los topes. Cuando llegaron abajo se dieron cuenta de que esa planta no estaba mucho más vacía.

—¿Quieres que salgamos? —propuso Mariu, hablándole por encima del hombro.

Juls volvió a asentir. Un poco de aire fresco no les vendría nada mal.

Pero todavía no habían alcanzado la puerta cuando los primeros acordes de una archiconocida canción llenaron el ambiente.

Juls se detuvo de golpe y sujetó a Mariu del brazo. La expresión de su cara era de puro éxtasis y sus ojos llameaban de un modo casi imposible en la penumbra del local.

—¡Espera! Esto ya es desfase total. ¿Camilo Sesto? Yo lo flipo. ¡Me encantaaa! ¡Siempre me traiciona la razón y me domina el corazóóón! —cantó a voz en grito.

Mariu no necesitó mucho acicate para unirse. Había bebido bastante y se le notaba en la risa floja y en la pesadez de los párpados.

Chocaron sus consumiciones y se dedicaron a saltar y chillar mientras el DJ elevaba el volumen de la música a propósito hasta unos decibelios cercanos a la rotura de tímpano.

—¡Y ya no puedo más! ¡Y ya no puedo más! ¡Siempre se repite esta misma historia!

El establecimiento al completo cantó como si de una sola voz se tratase.

Juls elevó la mirada al techo, a los focos que destacaban entre las vigas de oscura madera e iluminaban el lugar someramente. Le dolía la garganta y la sentía rasposa de tanto gritar. Sabía que al día siguiente estaría afónica, pero no pensaba callarse. Estaba teniendo una de las mejores noches de los últimos tiempos. Y la había necesitado de verdad, la ruptura con Sergio no fue bonita.

Mierda, Sergio otra vez.

Meneó la cabeza con brío para ahuyentarle de su mente y cantó con fervor. Iba a disfrutar de esa noche hasta el final. Una sensación de efervescente regocijo se expandió por su pecho.

—¡Vivir así es morir de amor! ¡Por amor tengo el alma heridaaa…!

Capítulo 2

Jorge

—¿Te falta mucho, Jordi Alba?

Jorge pudo escuchar la voz sofocada de Rafa de fondo, al otro lado del teléfono, a través de la música y los gritos.

—Coméntale a Nadal —le dijo a Dani, que era con el que estaba hablando realmente—, que en quince minutos estoy ahí. Que no falle el próximo saque, si eso.

Dani se rio.

—Te voy pidiendo una birrita.

—Genial.

Jorge colgó el aparato y sonrió de medio lado. Siempre que Rafa quería tocarle los cojones le llamaba Jordi Alba, como el conocido futbolista del Barça, aprovechando que se llamaba Jorge y que su apellido era, en efecto, Alba. Él correspondía a la broma refiriéndose al famoso tenista. Era una chiquillada que se repetía entre ellos desde hacía años.

Sus amigos le estaban esperando en La Sal. Él no había podido ir antes porque estaba en una cena con sus compañeros de trabajo, celebrando el cumpleaños de uno de ellos. Finalmente, hacía media hora había logrado escaparse y se había acercado a casa de sus padres, que le pillaba de camino, para cambiarse de ropa. Aunque se había mudado a su piso hacía unos meses, todavía tenía muchas cosas en el chalet familiar.

—¡Diego! —llamó a su hermano sin elevar demasiado la voz—. ¡Me largo!

Este se asomó por encima del respaldo del sofá y asintió.

Aunque Diego tampoco vivía allí ya, solía quedarse a dormir con frecuencia. Había tomado por costumbre cenar con sus padres los viernes y permanecer todo el fin de semana en el chalet, aprovechándose de la piscina.

—Todavía estás a tiempo de venirte. Te espero mientras te cambias de ropa.

Diego le dio un bocado al sándwich que tenía en la mano y negó con la cabeza. Sus ojos azules tan diferentes a los del propio Jorge no mostraron ningún interés.

—Paso —murmuró—. Prefiero quedarme y ver el último capítulo de *The Walking Dead*.

—Pero si lo puedes ver cuando quieras —insistió.

—Paso, de verdad.

Jorge se encogió de hombros después de echarle una última mirada. Diego trabajaba mucho y se divertía demasiado poco. Se estaba convirtiendo en un amargado.

—Pues tú mismo. ¿Nos vemos el domingo en la comida?

La pregunta era estúpida porque la comida de los domingos era sagrada. Ningún Alba se la perdía.

Diego asintió.

Jorge se despidió y abandonó la casa. Atravesó el cuidado y moderno jardín por el caminito bordeado por palmeras enanas y focos de luz, y abrió el portón metálico que daba a la calle. A sus pies, a lo lejos, las luces de la palpitante noche de Benidorm, en plena ebullición pese a la hora, le saludaron en la oscuridad.

Su viejo Nissan Patrol, que había pertenecido a su padre, estaba aparcado frente a la propiedad. Era de color blanco con tiras naranjas en los costados y tenía unos cuantos golpes y

bastantes arañazos en la carrocería que él no se molestaba en arreglar porque era su vehículo de trabajo. Lo utilizaba para transportar la vela y la tabla de surf y para llevar el material de buceo. Trabajaba como instructor PADI[1] en una escuela, además de impartir alguna que otra clase de windsurf.

Se montó en el coche y metió la llave en el contacto. El reloj del salpicadero le mostró que eran ya las dos menos cuarto de la mañana. Era tarde, pero tenía ganas de ver a sus amigos con los que hacía un par de semanas que no coincidía. Aunque no pensaba quedarse mucho tiempo por ahí porque tenía una clase a las once de la mañana con un grupo de niños. Y tampoco pensaba beber. A lo sumo, un par de cervezas. Y punto.

De hecho, si quería ir a reunirse con ellos era para coger las llaves del coche de Rafa. Iba a intercambiarlo por el suyo durante una semana. Todavía le costaba creer que su amigo hubiera aceptado aquella tonta apuesta en una noche de póker hacía dos fines de semana. Rafa había adquirido el Porsche 911 Carrera Coupé pocos meses antes. A pesar de que era de segunda mano, lo amaba con locura y lo cuidaba como si fuera su hijo.

El trayecto hasta el centro de Benidorm no se le hizo demasiado largo. En poco más de un cuarto de hora dejaba el Patrol en un parking. La Sal estaba a solo quinientos metros de allí. Se internó en las callejuelas del casco antiguo de la ciudad y, en unos minutos, había llegado.

Había unos cuantos grupitos de gente en el exterior, charlando, fumando y bebiendo, observados por el portero del local desde la puerta, un tipo alto y cuadrado vestido de negro, al que Jorge conocía de vista.

Rafa y Dani también estaban allí, junto a la gruesa palmera que había en la entrada. Dani estaba fumando.

—¿Qué pasa? —los saludó.

—¿Qué pasa contigo, capullo? Llevamos aquí desde las doce —respondió Rafa y le alargó un tercio de Mahou que llevaba en la mano.

—¿Es mía? —Cogió la botella.

—Era mía, pero puedes quedártela. Todavía no la había empezado. Voy a por otra. Esperadme —dijo y se dirigió hacia la puerta. El portero la abrió y le cedió el paso.

Jorge se llevó la cerveza a la boca. Tenía sed y vació media botella de un solo trago.

—¡Qué buena está! —exclamó.

—¿Qué? ¿Estabas de cena de empresa? —inquirió Dani, dándole una calada a su cigarro.

—Tanto como de empresa —resopló—. Solo somos seis: Till, Nerea, Gema, Edu, Pablo y yo. Celebrábamos el cumpleaños de Edu y hemos estado en un asador nuevo que han abierto en la carretera de Finestrat. Unos chuletones de medio kilo que alucinas. Estaban de vicio.

—Joder, pues tenemos que ir.

—Pero no es barato.

—Que pague Rafa, que su cumple es el mes que viene —dijo con una carcajada—. O mejor, echamos otra partidita a las cartas y nos jugamos una cena, con lo malo que es, seguro que pierde y le toca pagar.

—Brindo por eso —repuso Jorge. Alzó la botella y le acompañó en su risa.

Rafa apareció en ese momento con su propia cerveza en la mano. No era muy alto y tenía un cuerpo fornido. Llevaba un pantalón blanco y una camiseta azul cielo. El pelo comenzaba a escasearle bastante, tema del cual no se podía hablar mucho porque le molestaba, de ahí que tanto Dani como Jorge lo mencionasen con frecuencia para tocarle las narices.

—Oye, se va aproximando la fecha del viaje a Turquía, ¿no? —dijo este último con los ojos burlones.

—¿El viaje a Turquía? —Rafa puso cara de no entender—. ¿Estamos planeando un viaje y yo no me he enterado de nada?

—Estamos no, estás —intervino Dani, siguiendo la broma de Jorge.

Era vox populi que en aquel país se hacían los injertos capilares más baratos.

Rafa pareció caer en la cuenta de pronto y su boca se arrugó.

—Sois unos cabrones de mierda. Seguro que a ti te salen canas en breve —le dijo a Dani y luego miró a Jorge—. Y a ti se te cae la polla.

—¡Eh! ¿Por qué a él solo le salen canas y lo mío es tan jodido? ¡No es justo!

—¡Te jodes, Jordi Alba! —exclamó—. Por cierto, tus hermanos están dentro. He visto a Erika con su amiga Bea y a Lukas con su novia.

—¡Joder! ¿Bea también está? ¿Te ha visto?

El otro negó.

Bea era una de las mejores amigas de su hermana; desde hacía años estaba completamente loca por él, pero loca de un modo desquiciado. Había llegado incluso a seguirle unas cuantas veces. Él le había dejado muy claro que no quería nada con ella, pero era persistente.

—Entonces, me voy a pensar lo de entrar a saludar. No me apetece nada encontrármela. De todas maneras, el domingo voy a comer con ellos. ¿Os apuntáis a una tarde piscinera en el chalet de mis padres?

—¿Van a estar las otras amigas de tu hermana? —inquirió Dani con palpable interés.

—Pienso que sí, pero sabes que no tienes ni una oportunidad, ¿verdad? Tanto a mi hermana como a sus amigas les gustan los musculitos —soltó con desdén.

Dani era demasiado flaco y un poco desgarbado. Era tan alto como Jorge y tenía las extremidades muy delgadas y, con frecuencia, no sabía qué hacer con ellas. Solía tropezarse con sus propios pies o gesticular demasiado con las manos. Por lo demás, tenía un rostro agraciado con los ojos pardos y el pelo rubio más largo por delante que por detrás.

—La esperanza es lo último que se pierde. De tu hermana paso, porque sería como si me liara con mi propia hermana, pero su amiga Laura me puede —dijo con voz soñadora.

Jorge sonrió con conmiseración. Laura no era chica para él. Era una harpía que trataba fatal a todas sus parejas. No. No se merecía al buenazo de Dani.

—Bueno, Nadal, ¿cuándo me vas a dar las llaves del coche? —Cambió de tema y tendió una mano a su amigo.

Este giró la cabeza y fingió que le ignoraba.

Jorge soltó una risa mientras seguía con la mano extendida.

—No tienes corazón —masculló Rafa al cabo de unos segundos.

—Ninguno.

—Trátalo bien, por favor.

—Cuando te lo devuelva no vas a notar mi presencia en él. Te prometo que solo lo pondré a doscientos por Vía Parque, pero te juro que frenaré en las rotondas —se chanceó.

—Eres un capullo.

Terminó por tenderle las llaves.

—Déjame una vueltecita —le pidió Dani a Jorge con una risa sugerente.

—Cuando Rafa no esté presente —repuso este con un guiño exagerado.

—¡Qué mamones sois!

Jorge hizo tintinear el llavero con el logo de Porsche en el aire.

—No me las enseñes, joder —murmuró Rafa sombrío.

—Bebé, el tío Jorge te va a tratar muy bien —ronroneó.

—¡Cállate!

Dani rompió a reír.

—No habértelo apostado.

—No pensé que este capullo tuviera una mano tan buena —gruñó.

—¿Cuándo puedo pasar a buscarlo?

—Te pasas mañana por la mañana y hacemos el intercambio.

—Te vas a tirar una semana llevando a tus clientes en mi horrible Patrol.

Jorge tuvo que morderse los labios para no volver a soltar otra carcajada. La expresión de Rafa era de puro desencanto.

—Cogeré un coche de empresa. No puedo consentir que la gente normal se siente en *ese coche.* —Hizo unas comillas aéreas al tiempo que resoplaba—. Por cierto, he visto a una chica dentro, cerca de la ventana, que es tu tipo total —dijo y zanjó el asunto.

—Yo no tengo tipo —rechazó Jorge.

—Te gustan delgaditas y con aspecto travieso. Tipo duendecillo.

—¿En serio? —inquirió con sorpresa.

Sus dos amigos asintieron.

Los miró confundido. Mentalmente pasó revista a las chicas con las que había estado en los últimos tiempos. Su exnovia, Claudia, era alta y delgada, con el pelo largo, negro y los ojos azules. Y María, la anterior, tenía el rostro redondo y pecoso. Ninguna encajaba. Para nada tenían el aspecto que ellos comentaban.

—Sara tenía una carita diminuta y las orejas un poco de soplillo, parecía un duende, no digas que no. Y Luna lo mismo.

—Pfff —bufó, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Dos tías con las que me lie. ¿Y Claudia? Estuve con ella dos años y no tenía ni un rasgo de duende.

—Pero, por favor, no jodas —dijo Rafa—. Claudia era clavadita a Arwen de *El Señor de los Anillos*.

—Y Arwen era una elfa —concluyó Dani—. Y María, tu otra novia, tenía la nariz respingona y llena de pecas y los dientes superiores un poco prominentes —dijo y cabeceó con suma convicción—. Si esa no es la apariencia de un típico duende…

¿Una elfa? ¿Un duende? Esos dos estaban gilipollas.

—La tía que he visto dentro es delgada y con el pelo rubio y corto —continuó Rafa—. Y baila como si fuera a echar a volar. Campanilla total.

¿Campanilla? A Jorge le entró la risa.

—Echa un vistazo por la ventana, estaba ahí al lado —sugirió Rafa—. Ya verás como lo que digo es cierto.

Jorge volvió a beber. Ni siquiera hizo amago de girarse hacia la ventana que había al lado de la puerta.

—Paso. Y, dime, Rafa —continuó, ahuyentando tanto la conversación como a la chica de su cabeza—. ¿Has hecho alguna venta esta semana?

Rafa era comercial inmobiliario en Visual Home, la agencia más grande y conocida de la ciudad.

—Esta semana no he vendido una mierda y mira que me he esforzado. He estado todos los puñeteros días con los mismos clientes y les he enseñado un montón de pisos y ninguno los convence. El que no tiene el salón muy pequeño, tiene la cocina muy fea o la urbanización no tiene piscina o la plaza de parking es muy oscura. Nada. Un asco. Y la semana que viene sigo

con ellos porque no se van hasta el miércoles. ¡Qué exigentes son estos alemanes! —pronunció con guasa.

Jorge le respondió con un encogimiento de hombros.

—A mí no me mires. Ya sabes que yo he salido a mi padre. Es mi hermano, Diego, el que es cuadriculado como mi madre.

La madre de Jorge era alemana y como muchos de sus compatriotas tenía la característica de ser muy metódica, organizada y poco flexible.

—Lo único positivo —continuó Rafa—, es que sé que no están viendo pisos con otras agencias y que solo están conmigo.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Dani—. No sería la primera vez que un cliente te da la vuelta y se compra el piso que le has enseñado tú con otra agencia.

—Esta vez, lo sé. Pasan conmigo todas las horas del día. ¡Si hasta los he llevado a comer dos veces! Como no vayan a otra inmobiliaria por la noche —se rio. Fue a darle un trago a su cerveza y se la encontró vacía—. ¿Queréis otra?

Jorge elevó su botella en el aire; también estaba vacía. Asintió.

—Entro yo —se ofreció Dani—. ¿Dónde dices que estaba Campanilla? —preguntó con malicia.

Los ojos de Jorge se fueron hacia el cielo, exasperados.

—Nada más entrar, a la izquierda, junto a la ventana. Tiene el pelo rubio cortito y lleva unos vaqueros cortos y una blusa blanca. Está con otra chica que tiene una melena superlarga.

Dani se alejó guiñando un ojo y con una risa flotándole en los labios.

—Qué pesados sois —murmuró Jorge.

Pronto, empezaron a hablar del próximo concierto de Ara Malikian que tendría lugar el fin de semana siguiente, al que Jorge y Dani pensaban asistir. A Rafa no le gustaba y había preferido no acompañarlos.

—Si viniera David Guetta sería otra cosa —dijo.

Jorge no tuvo tiempo de responder porque, por el rabillo del ojo, vio a Dani que salía del local con las tres botellas de cerveza en las manos. Iba haciendo aspavientos y movimientos espasmódicos de cabeza, señalando a su espalda.

Tras él, abandonaban La Sal dos chicas que iban riéndose con ganas. Una de ellas podía presumir de una larga melena castaña y lucía un vestido rojo bastante llamativo. La otra era menudita y tenía el pelo corto y rubio, vestía con vaqueros y una blusa blanca. Y sus ojos castaños chispeaban cargados de travesura.

Campanilla.

Capítulo 3

Juls

—¿Siempre ponen este tipo de música? —preguntó todavía muerta de risa.

—A estas horas, sí —contestó Mariu al tiempo que le daba un trago a su bebida—. No van a tardar mucho en cerrar. Ahora es cuando toda esta gente se baja a los garitos de la playa de Levante. Y luego, a las cinco o así, se van a los locales de la carretera. Es un clásico de los fines de semana en Benidorm. Es como una ruta obligada.

Mientras decía eso, se alejó de la puerta y subió los escalones que conducían hasta la ventana enrejada de un restaurante —a esa hora, cerrado—, ubicado al lado del bar de copas.

Juls la siguió. Dejó la botella sobre el alféizar y se dio la vuelta para encararse con su amiga. Tenía el ceño fruncido.

—A mí no me mires para seguir —repuso—. Esta es mi última Coronita y luego me largo al apartamento. Mañana tengo que madrugar.

—Pues vaya mierda de vacaciones.

—Vacaciones para ti. Yo tengo que seguir trabajando —se lamentó.

—¿Te gusta ese trabajo?

—Lo odio —confesó—. Pero es lo único que he encontrado que tenga algo que ver con mi carrera. Era eso o acabar en Zara. Y, la verdad, cuatro años estudiando periodismo para trabajar doblando ropa no me hacía nada de nada. Aunque el sueldo que cobran las chicas de Zara es mil veces mejor que el mío —rumió.

La revista online para la que trabajaba desde hacía ocho meses le pagaba una miseria.

—¿No estás buscando otra cosa?

—¡Como una loca! Pero no te creas que hay tantas ofertas. Estoy enviando currículos a todas partes. Hasta ahora, sin éxito —suspiró—. ¿Y tú? ¿Qué tal el nuevo curro?

—Pues igual que tú. Una mierda, pero no me voy a quejar porque por lo menos tiene algo que ver con lo mío y paga las facturas. Además, estoy mucho mejor que haciendo encuestas por la calle. Eso sí que era un horror. —Hizo una pausa—. Creo que, tanto tú como yo elegimos las carreras con menos futuro del mercado —añadió.

—No te creas, ni periodismo ni psicología son tan terribles en comparación con el Grado de Paula. ¡Filología Clásica! No va a encontrar un trabajo de lo suyo jamás.

—Creo que se está preparando una oposición para el Ayuntamiento.

—Ya ves.

Después de aquello, guardaron silencio. Silencio que era interrumpido de vez en cuando por la estridente música que llegaba desde el local cada vez que alguien abría la puerta para entrar o salir de él.

—Había oído hablar mucho de Benidorm, pero no me lo imaginaba así —dijo Juls, rompiendo el mutismo y dejando vagar la vista por los corrillos de gente que había cerca de ellas.

Había unas cuantas chicas junto a la entrada, hablando entre ellas. Tres parejas algo más lejos, también de charla. Unos chavales riéndose a carcajadas a pocos metros; y algunas personas más. Todo el mundo parecía bastante pacífico y de buen rollo. Su mirada se topó con la de uno de los tipos que había junto a la palmera que se encontraba frente a la puerta.

Alto, atractivo, pelo castaño y barbita de tres días. Y guapo.

—¿Así? ¿Cómo?

No pudo seguir escrutándole porque la pregunta de Mariu la distrajo.

—Pues tan normal. —Se encogió de hombros—. No sé por qué me había imaginado a los ingleses borrachos por la calle, desparramando y montando broncas. Quizá es que las imágenes que salen en la tele me habían creado prejuicios.

—No son prejuicios. Es que eso pasa habitualmente en la zona guiri. Esta es la zona española —aclaró Mariu—. Aquí viene el turismo nacional a divertirse. Esta marcha es más como la guay de Malasaña. Pero si quieres ver a turistas borrachos, sobre todo ingleses, te puedo llevar al Hippodrome o al Joker's.

—Quita, quita. Paso —rechazó con desdén.

—La verdad es que adentrarte en la zona guiri es como entrar en otro mundo. Cruzas una calle y es como estar en Inglaterra. Te encuentras pubs decorados como los de cualquier localidad del Reino Unido; y bares y restaurantes en los que sirven comida típicamente inglesa. Allí, si no hablas inglés, estás perdido. Tienen supermercados con productos ingleses. ¡Hasta el papel higiénico viene de allí!

—¿En serio? —se rio Juls—. Flipante.

—Sí, tía. Yo, que llevo viniendo quince años, alguna vez he ido de marcha por allí y es una pasada. Pero demasiado para mí, la verdad. Y no creo que a ti te gustara, tampoco. Como mucho, podemos bajar a la playa. Ahí hay de todo.

—Pero mañana. Hoy estoy muerta.

—Hecho.

Mariu alzó su vaso en el aire y Juls cogió su botella en la que flotaba el gajo de limón y la imitó.

Continuaron hablando de cosas superficiales, de sitios a los que ir, de gente a la que conocían y de cómo habían pasado los últimos meses. Hacía medio año desde la última vez que estuvieron juntas y tenían que recuperar el tiempo perdido. Mariu se explayó hablando de su ex y Juls correspondió quejándose de Sonsoles y de Juan, su compañera de piso y el novio de esta. Evitó hablar de su ruptura con Sergio; todavía estaba demasiado reciente y le dolía mencionarla.

Cada vez más personas abandonaban el local y echaban a andar calle abajo, pero no tenían aspecto de querer regresar a casa. Estaba claro que se marchaban hacia la zona de playa, como había comentado Mariu.

Juls echó un vistazo a la pantalla de su móvil. Eran las dos y media. Gimió internamente. No iba a poder dormir más de cuatro o cinco horas. Había puesto la alarma para las ocho de la mañana. De ese modo, tenía cuatro horas para escribir los artículos que le había prometido a su editora: uno sobre los beneficios del aloe vera y otro sobre consejos para ligar en otoño. Apasionante.

—Vámonos ya —le dijo a Mariu—. Mañana quemamos la calle, si quieres.

Su amiga asintió, dándole un último sorbo a su *Beefeeter* con limón aguado.

—Creo que mañana poco voy a quemar porque voy a tener una resaca del quince.

Juls se carcajeó.

—Qué poco me aguantas.

—A ver, no te des la vuelta —siseó Mariu, interrumpiéndola—, pero hay unos chicos que no paran de mirarnos. Cuando puedas, echa un ojo. Están al lado de la palmera que hay más abajo. Son tres. Uno está como un queso, otro no está nada mal y el tercero se va a quedar soltero toda su vida. Por cierto, el que está como un queso no te quita ojo.

¿Sería el mismo en el que se había fijado ella?, se preguntó Juls con curiosidad.

Sin demasiado disimulo, giró la cabeza y se encontró con una mirada penetrante y una sonrisa juguetona. Sí, aquel tipo era el mismo en el que ella había reparado con anterioridad.

La timidez no era una cualidad de la que Juls pudiera jactarse o avergonzarse, así que le devolvió la mirada abiertamente.

Él alzó su botella en el aire, haciendo un brindis.

Ella le imito.

Apenas un pestañeo, un intercambio de sonrisas y la conexión entre ambos estaba hecha.

—¿En serio ya está? ¿Ya has ligado? —El asombro era notorio en la voz de Mariu—. ¿Quince segundos? Si me pinchan no sangro.

Juls se encogió de hombros con displicencia.

—Tampoco es tan difícil, ¿no? ¿Se necesita más tiempo? Marear la perdiz no es mi estilo. Me gusta ir al grano.

—Eso no es ir al grano. Lo que acaba de pasar son palabras mayores. ¡Oh! —exclamó con los ojos muy abiertos—. Viene hacia aquí.

Todavía no había terminado de decir aquello cuando se escuchó una voz de hombre muy cerca de ellas.

—Hola.

Jorge

—Venga va, la siguiente ronda la pago yo. Pero es la última, que mañana tengo una clase con niños a las once y no quiero aparecer resacoso. Si habéis acabado voy a buscar más cerveza —dijo Jorge.

Ambos le tendieron sus botellas vacías y él se alejó camino de la entrada con ellas en la mano. Echó un rápido vistazo a Campanilla —ella le daba la espalda—, antes de saludar al portero que le abrió la puerta.

Sonaba una canción pachanguera a la que no supo ponerle nombre. La gente ya había comenzado a marcharse camino de la playa haciendo la ruta habitual y el establecimiento no estaba tan lleno como de costumbre.

Mientras se acodaba en la barra, por el rabillo del ojo, divisó a su hermana Erika que bailaba con su amiga Bea. Trató de camuflarse detrás de una pareja.

—¿Me invitas a dos?

La pregunta llegó desde su derecha. No le hizo falta girarse para saber quién era el gorrón: su hermano pequeño, Lukas.

—¿Dos?

—Una para Eva y otra para mí —dijo este con una sonrisa de oreja a oreja.

Eva era la novia de Lukas. Estaba justo a su lado. La saludó con un gesto al que ella respondió con una risita.

—Tenéis un morro —comentó, pero cuando el camarero se acercó alzó la mano y pidió cinco cervezas.

—Eres el mejor hermano mayor que tengo.

—Si te oye Diego va a pasar de dejarte su moto, adulador.

—Diego es el mejor hermano mayor en otras ocasiones —repuso, echándose hacia delante sobre la barra.

—¿Cuántas llevas?

—Pocas. Todavía controlo.

Jorge resopló con incredulidad. Lukas tenía veinte años y era el benjamín consentido de

la familia.

—¿Cuántas lleva? —se dirigió a Eva.

—Cuatro. Esta va a ser la quinta —contestó ella con sinceridad.

—¿Ya no tienes pasta? ¿Puedes pagarte un taxi a casa?

—El dinero del taxi va aparte, ese ni lo toco.

—Buen chico —le dijo, pasándole una mano por el pelo.

—Joder, no hagas eso, tío —dijo, apartándose molesto, mientras miraba a su alrededor.

El camarero llegó con los cinco tercios. Jorge pagó y luego le tendió dos a su hermano.

—¿Vais a bajar a la playa?

—Creo que sí. Pasaremos un rato por el Richard[2].

—Joder, ya son ganas de ir al sitio ese —murmuró, cogiendo las otras tres botellas de la barra.

—¡No te metas con el templo de Benidorm!

—Sí, sí. Eso, eso. El templo de Benidorm —soltó con tono jocoso.

Ni la música ni la clientela de la discoteca eran de su estilo. La gente era demasiado joven y la música era una mezcla de bachata, reguetón y *house*. Nada para él, aunque comprendía que para un crío de veinte años como Lukas tuviera su encanto.

—Gracias, Jorge —le dijo Eva y alzó su botella en el aire.

—Sí, eso, gracias —se le unió Lukas—. El domingo nos vemos.

Se despidió de ellos y, cuando iba a salir del establecimiento, descubrió que su hermana le hacía señas con los brazos.

«¿Esta también quiere que le pague algo? Joder, vaya familia».

Pero no, ella se limitó a tirarle un beso aéreo y a seguir bailando.

Bea le daba la espalda y no le había visto y él escurrió el bulto a toda prisa antes de que se percatase de su presencia. El portero le abrió la puerta y él se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

La temperatura en el exterior era muy agradable en comparación con el calor sofocante que hacía en el interior. Aspiró una bocanada de aire y se acercó a sus amigos, que le cogieron sus cervezas.

—Mi hermano me ha sableado dos tercios —comentó.

—Qué listo es —se rio Dani—. Se parece a ti. Tú le has sableado a Rafa su coche.

—De sablazo nada, además, mi trabajo me costó. Voy a estar toda la vida agradecido a ese *Full House*[3]. Y, por cierto, ¿la comida para cuándo? ¿Os parece bien mañana?

La noche en que jugaron al póker, Rafa no había tenido la suerte de su lado. No solo perdió su coche, también una comida en el Barranco, uno de los mejores restaurantes de arroces de Benidorm.

Este comenzó a cabecear con un gesto de derrota.

—Por mí, sí. ¿Tú puedes, Dani?

—Mañana tengo turno de noche, así que estoy libre.

Dani era recepcionista de un hotel en la playa de Levante.

—Perfecto, mañana a las dos y media en el Barranco, entonces. Yo reservo la mesa.

Después de un rato de silencio, Dani comenzó a hablar de la Subida Vertical al Gran Hotel Bali[4]. Ese año había participado en la categoría de amateur y había conseguido llegar hasta el mirador en siete minutos cincuenta segundos. Al año siguiente pensaba superar su marca. La carrera consistía en subir las cincuenta y dos plantas del edificio por las escaleras. Eran novecientos veinticuatro escalones y todo un desafío físico. Especialistas en carreras de

rascacielos de todo el mundo acudían a participar cada año. Dani sabía que no podía ganar, pero le gustaba retarse a sí mismo.

Mientras le escuchaba hablar, Jorge no pudo evitar buscar a la chica de pelo corto. Quizá porque sus amigos habían insistido tanto o quizá porque aquella mujer sí era su tipo, se dedicó a mirarla durante un buen rato.

Era delgada, pero no en exceso, y tampoco era tan bajita como las palabras de Rafa le habían hecho creer. Tenía el pelo rubio muy cortito por detrás, aunque el resto le caía con gracia sobre las orejas y la ceja derecha.

Se giró brevemente y él pudo atisbar unos ojos oscuros muy expresivos, y una nariz recta con la punta algo levantada. Tenía la piel tan tersa como la de un melocotón maduro, al menos eso parecía desde la distancia. Y unos labios rosados y carnosos, pero sin ser exagerados.

Era guapa. No iba a negarlo.

Muy guapa.

«Campanilla», se dijo mentalmente, saboreando la palabra en su cabeza.

Sí, aquel apodo iba con su persona. Había algo en ella que la asemejaba al famoso personaje de Peter Pan. A lo mejor, su forma de gesticular o el modo en el que sus ojos chispeaban revoltosos mientras hablaba con su amiga.

—Te dije que era tu tipo. —Rafa le dio un codazo que le devolvió a la realidad.

—Es una monada —intervino Dani—, aunque a mí me gusta más la otra.

—A ti te gustan todas —se chanceó Rafa de nuevo.

Jorge ignoró a ambos mientras seguía observándola de manera sesgada.

—Reconozco que es preciosa —admitió unos segundos después.

—¡Lo sabía! —se rio Dani.

En ese instante, ella se giró y se le quedó mirando con el mismo interés que él mostraba. Jorge le regaló una sonrisa descarada al tiempo que elevaba su cerveza en el aire. Ella le siguió el rollo.

«Interesante».

Rafa soltó una risa.

—¿Te atreverías a ir a hablar con ella?

—¿Por qué no? —preguntó—. No he sido tímido en mi vida.

Y la chica era realmente de su estilo, añadió para sus adentros. Además, estaba soltero desde hacía mucho tiempo.

—¿Crees que podrías interesarle?

—Si no tiene pareja, fijo que sí —soltó con seguridad.

—¡Qué chulito eres, Jordi Alba!

Jorge meneó la cabeza mientras le daba un trago a su cerveza. Echó un vistazo a la chica a través de las pestañas. Ella estaba de lado y solo podía ver su perfil. Un perfil de lo más atractivo. La recorrió con la vista, de nuevo. Su blusa blanca de tirantes dejaba sus torneados brazos al descubierto y los pantalones cortos, sus piernas delgadas pero fibrosas. No estaba muy morena, señal de que hacía poco tiempo que habría llegado a la playa.

Cuanto más la miraba, más le gustaba.

—Voy a ir —anunció. Y se puso en movimiento.

Campanilla y su amiga estaban a solo unos quince metros de distancia. Se pintó en la boca una sonrisa de las suyas, de esas que solían atraer toda la atención femenina. A su espalda, pudo escuchar las voces de sus amigos soltando comentarios provocadores. Los ignoró y avanzó hasta que solo un paso le separó de ellas.

—Hola.

Capítulo 4

Juls

Se giró en cuanto escuchó su voz. Una voz cargada de matices, ronca y muy sexi. Quizá era así siempre o quizá la noche y el alcohol la habían transformado. No lo sabía, pero le resultó tremendamente atractiva.

Y el físico acompañaba.

Era bastante más alto que ella, por lo menos unos quince o veinte centímetros. Ancho de espaldas. Y guapo. Mentira; decir guapo era quedarse corta. Era un tío bueno, eso no lo podía negar. Tenía la piel muy bronceada y su pelo corto era castaño claro. Sus ojos, debajo de unas cejas bien delineadas sin ser demasiado estilizadas, presentaban una tonalidad similar a su cabello, una mezcla de miel y almendra. Tenía la nariz recta y una boca generosa. Y la sombra de una barba de tres días oscurecía su mentón.

Sin detenerse a pensar si estaba siendo demasiado descarada, sus ojos escrutadores descendieron por su torso.

Llevaba unos amplios pantalones blancos de lino y una camisa gris con los últimos botones desabrochados por los que asomaba su pecho musculoso carente de vello, sobre el que reposaba un colgante plateado.

Sí, era todo un espécimen del sexo masculino.

Muy apetitoso.

Y no se parecía en nada a Sergio.

Mejor.

Ahora solo faltaba que abriera la boca y dijera algo inteligente y no balbucease como solía ocurrir con muchos de los guaperas con los que se encontraba.

«Por favor, no balbucees», suplicó en silencio.

—¿Has acabado ya con el examen? ¿Me subo la camisa? —dijo él con tono desafiante.

Vale, no era un balbuceo.

—¿Te la subirías? —le retó.

—Depende de lo que pudiera ganar con ello. —Fingió mostrarse pensativo.

—¿Una palmadita en la espalda?

—Si la palmadita fuera en otro sitio…

—¿En qué sitio? Podemos discutirlo…

—¿Aquí?

Pronunció aquellas dos sílabas con un ronroneo. Un ronroneo que le entró a Juls por los oídos y le bajó hasta la parte baja del estómago, provocándole un vuelco en él. ¡Joder!

—De momento, aquí. Quizá más adelante podamos discutirlo en otro sitio —le desafió. Ella también sabía jugar a ese juego.

—Estoy deseando que llegue ese más adelante…

—Perdonad, pero yo también estoy aquí —se inmiscuyó Mariu.

Juls giró la cara y la miró con sorpresa. Casi se había olvidado de ella. El *sex appeal* de aquel chico era tremendo.

—Perdona —murmuró él, y aunque se dirigía a su amiga, seguía mirándola a ella—. Me llamo Jorge.

—Yo soy Juls y ella es Mariu.

—¿Juls?

—Bueno, me llamo Julia, pero todo el mundo me llama Juls.

Intercambiaron besos. Fueron rápidos y sin atisbo de coqueteo.

—Estos son Rafa y Dani —presentó a sus dos amigos que se habían acercado sin que ella se diese cuenta.

Hubo más besos y saludos.

—¿De dónde sois? —inquirió el tal Dani, situándose al lado de Mariu.

Era delgado y alto. Tenía el pelo rubio y los ojos pardos y no estaba nada mal.

—De Madrid —repuso esta.

—Yo voy mucho por Madrid —continuó—. Tengo familia allí. ¿De qué parte?

—Yo vivo en Aluche y Juls vive cerca de Atocha.

—Yo estuve por Atocha hace unos meses en un curso —intervino Rafa—. Me hospedé en un hotel que hay allí. Hotel Rafael.

—Sí, lo conozco. Está cerca de mi casa —contestó Juls.

—¿Estáis de vacaciones? —preguntó Dani.

—Sí, hemos llegado esta mañana —respondió Mariu.

—¿Estáis en algún hotel?

—No. Mis padres tienen un apartamento en Poniente.

—La mejor playa. Mucho mejor que la de Levante —dijo el tal Rafa con una sonrisa.

Era más bajito que los otros dos y un poco más fornido, además de padecer una prematura alopecia. Y no era muy agraciado. Tenía la nariz excesivamente larga y los ojos demasiado juntos.

—Sí. Yo llevo viniendo aquí desde que era pequeña. Es la primera vez para Juls.

—¿Es tu primera vez?

La pregunta la efectuó Jorge, que había permanecido silencioso. Su tono de voz sonaba muy normal, pero Juls, que estaba muy pendiente de él, creyó reconocer un ápice de picardía.

Se dio la vuelta para encararle y se encontró con sus taladrantes ojos almendrados rodeados de pestañas oscuras.

Que estaba interesado en ella era evidente.

—Sí. Es mi primera vez… —dejó caer con un tono similar al de él—, en Benidorm —añadió con una sonrisa irónica.

Vale, puede que ella también sintiera algo de interés.

Él se llevó la cerveza a la boca y la estudió sin pudor alguno de arriba abajo.

Ella le examinó con el mismo desparpajo. Llevaba una pulsera de cuero y acero y un grueso anillo de plata en el dedo corazón. Se fijó también en el colgante que asomaba por los bordes de su camisa. Era una plaquita redonda que parecía tener algo grabado en ella. Normalmente, no le agradaban mucho las joyas en los hombres, pero Juls tenía que reconocer que todos esos complementos que lucía acentuaban su masculinidad.

Vale, era guapo, interesante y sexi. Y no balbuceaba.

—¿Y qué te parece? —le preguntó él.

—¿Qué me parece?

De pronto, la mente se le había quedado en blanco y no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Benidorm.

—Ah, claro, eh, Benidorm. —Se sintió como una tonta al notar que se sonrojaba. Aquello

no solía pasarle—. Pues lo que he visto hasta ahora me gusta, aunque solo hemos estado en la playa y aquí.

—Necesitas un guía que te enseñe la zona.

—¿Vosotros sois de aquí?

—Sí. Bueno, Dani ha nacido en Alicante, pero ha vivido aquí toda la vida.

Después de eso no se dijeron nada, se limitaron a lanzarse un par de miradas de reojo. Los demás parecían muy entretenidos hablando de todo un poco.

—¿Dónde tienen tus padres el apartamento? —preguntaba el alopécico—. Quizá lo conozca.

—En el edificio Rocamarina. Está frente al centro de salud.

—Ah, sí. Ya sé dónde es. Trabajo muy cerca de allí.

—¿A qué te dedicas?

—Soy agente inmobiliario. ¿Y tú?

—Soy psicóloga.

—Yo soy recepcionista en un hotel de Levante —intervino el tal Dani con avidez. Se notaba a las claras que quería tirarle la caña a Mariu.

—¿En Levante? Recuerdo que cuando era pequeña mis padres me llevaban a un parque de atracciones pequeño que había por allí —dijo ella.

—¡Festilandia! —exclamó él—. Nosotros también íbamos cuando éramos unos críos. Es un clásico. Seguro que hemos coincidido —añadió con zalamería—. Aunque no creo, a una chica tan guapa la recordaría.

Juls resopló para sus adentros. ¿Se podía ser más torpe? Sin embargo, Mariu parecía encantada. Aleteaba con las pestañas y solo le faltaba elevar un pie en el aire y mecerse a un lado y al otro.

—Creo que tu amiga y mi amigo están hechos el uno para el otro —le dijo Jorge, inclinándose para que nadie más pudiera escucharle.

—¿Tú crees? —preguntó. Se llevó la cerveza a la boca y la vació de un último trago.

—Es indudable. ¿Quieres otra?

—No. He alcanzado mi límite. Mañana tengo que madrugar para trabajar.

—¿Trabajar? —cuestionó él sorprendido—. Pensé que estabais de vacaciones.

—Bueno, algo así. Soy periodista y tengo que entregar unos artículos. En la práctica, puedo trabajar desde cualquier lado.

—Mi hermano pequeño está estudiando periodismo. Este año empieza segundo.

—Pues dile que se prepare porque las oportunidades laborales son bastante escasas.

No quería ser desagradable, pero las cosas no pintaban demasiado bien para los nuevos graduados.

—¿Tú no trabajas como periodista?

—Lo hago, pero no exactamente donde habría deseado.

Él no dijo nada. Se limitó a darle un trago a su tercio. Luego, dejó la botella en el alféizar de la ventana, junto a la de ella.

Pese a que solo eran cinco, se habían creado dos grupos. De algún modo, Jorge y ella mantenían su conversación en voz baja, algo apartados de los otros tres, que seguían hablando de lugares comunes que habían visitado. El tal Rafa se limitaba a observar cómo su amigo le tiraba los tejos a Mariu.

—¿Tu amiga está soltera? —le preguntó Jorge ahora.

—Sí.

—¿Y tú?

—¿Necesitas saberlo por algún motivo especial? —le lanzó con tono provocador.

—Es obvio, ¿no?

—¿Y tú? ¿Tienes pareja?

—No la tengo. Pero no me has contestado.

Juls le sonrió. Sí, estaba soltera, pero hacía tan poco tiempo que todavía no se había acostumbrado a admitirlo en voz alta.

Iba a hacerlo, cuando se escuchó una voz chillona.

—¡Jorge!

Jorge

¡Por Dios! ¡Ahora, no!

Un gemido lastimero estuvo a punto de escapar de su boca al escuchar su nombre pronunciado en ese tono demandante justo a unos metros a su espalda. Pestañeó antes de reaccionar a toda velocidad. Le pasó un brazo por encima de los hombros a Juls y bajó la cara para murmurarle al oído:

—Finge que eres mi novia. Será solo un momento. Por favor.

Ella no trató de apartarle, pero la sintió envararse bajo su contacto.

—¡Estás aquí! ¡No lo sabía!

La aguda voz de Bea llena de complacencia se le introdujo hasta el tuétano. Soltando un juramento silencioso, se dio la vuelta y se encaró con ella, arrastrando a Juls tras de sí, que no opuso resistencia.

Bea se hallaba a solo un metro de distancia. Como era su costumbre, lucía un vestido de lo más sugerente, azul, ajustado y sin tirantes que ponía de manifiesto su generosa delantera. Sus ojos verdosos le recorrieron de arriba abajo con glotonería, como si fuera un helado y ella una niña ávida de dulce.

—¡Qué genial que estés aquí! —continuó, ignorando por completo a Juls—. ¿Te tomas algo conmigo?

—No —respondió él con sequedad—. Estoy con mi novia. —Y para corroborar su aseveración, estrechó a la joven con firmeza contra su cuerpo de un modo posesivo.

Aquella última palabra pareció penetrar por fin en el cerebro de Bea, que entreabrió la boca con asombro. Terminó por dirigirle a Juls una ojeada llena de desdén.

—¿Tu novia? ¿Desde cuándo? —inquirió de malos modos.

—Desde hace un tiempo.

—Y yo, ¿por qué no lo sabía?

Jorge endureció la mandíbula. Si le consentía tanto a Bea era solo porque era la amiga de su hermana.

—¡Eh, Bea! —la llamó Erika que llegaba corriendo—. Creía que nos íbamos.

—¡Pero no me has dicho que tu hermano estaba aquí!

—Porque no lo sabía —mintió su hermana y le lanzó una mirada de disculpa.

Jorge la tranquilizó con un gesto.

—¿Tú sabías que tu hermano tenía novia?

Erika vaciló unos segundos antes de asentir con energía.

—Claro. Llevan saliendo un tiempo. —La mentira salió con facilidad de su boca. Y Jorge la felicitó en silencio.

—¿Y tú la conoces?

—En persona, no.

—Perdonad que me inmiscuya —intervino Juls con suavidad—. Pero estoy presente. Si queréis saber algo de mí, estoy aquí mismo.

Jorge se rio y volvió a estrecharla con fuerza. Le gustaba aquella chica.

—Esta es Juls —la presentó.

—Hola, yo soy Erika, su hermana. Y esta es mi amiga Bea.

Hubo un intercambio de besos raro. No por parte de Erika, sino porque Bea no dejaba de mirar a Juls con un mohín desagradable.

—A decir verdad, nosotras ya nos íbamos —dijo Erika.

—¡Espera! —llamó Bea y, luego, miró a Juls con todo el descaro del mundo y le preguntó—: ¿De dónde eres?

—De Madrid. ¿Y tú?

—Yo soy de aquí. Y conozco a los Alba de toda la vida. Soy como de la familia.

—Pues muy bien. Me alegro muchísimo —repuso Juls con sarcasmo.

Jorge ignoró la expresión de suficiencia que había en el rostro de Bea. Aun a riesgo de meter la pata, bajó la cara y le dio un beso en la sien a Juls, que giró la cara y se dejó besar.

La expresión de Bea se tornó tormentosa.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —escupió.

—Unos meses. Aunque es una relación a distancia las cosas funcionan muy bien —respondió él—. ¿Verdad, amor?

—Sí —repuso ella. Y acto seguido, deslizó el brazo por su espalda e introdujo la mano en el bolsillo trasero de su pantalón.

A pesar de que era puro teatro, a Jorge le agradó la caricia.

Bea parecía a punto de estallar. Sus mejillas estaban rojas de indignación.

—Nos están esperando —insistió Erika, tirando de su brazo.

A regañadientes, se dejó arrastrar, pero sin quitarles la vista de encima.

—El domingo nos vemos, ¿no? —dijo cuando ya se habían alejado unos metros.

Jorge la ignoró. Se giró hacia Juls y fingió enterrar la cara en su cuello para besarla. Y se quedó en esa posición unos cuantos segundos, notando su cuerpo pegado al de él. No pudo evitar aspirar con fruición. Olía muy bien.

—Ya se ha ido —dijo Dani al cabo de unos instantes.

Jorge alzó la cara y se apartó un paso, lamentando tener que hacerlo. El abrazo había resultado ser muy placentero. Juls le miraba con las cejas arqueadas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mariu con el ceño fruncido.

Tanto ella como Dani y Rafa habían permanecido en silencio, siendo testigos mudos de la escenita.

—Eso ha sido mi acosadora particular. No me la puedo quitar de encima —respondió Jorge con un suspiro—. Y muchas gracias. Si no llegas a estar tú —se dirigió a Juls—, se habría quedado y me habría jodido la noche.

—¿Esto te pasa con frecuencia? ¿Te acosan las mujeres? —inquirió ella con sorna.

—En plural, no. Me acosa esa mujer. La he rechazado en cientos de ocasiones, pero es muy insistente. Y tampoco quiero ser muy brusco, es la mejor amiga de mi hermana, pero joder…

—Es una pesada —intervino Rafa—. La última vez que nos la encontramos se colgó de su brazo y se quedó hasta la madrugada.

—¿Eso significa que me debes una? —preguntó Juls.

—Puede ser —repuso él con tono provocador—. ¿Cómo quieres que te pague?

Ella fingió mostrarse pensativa y a él le pareció encantadora con la nariz arrugada y los ojos chispeantes. Sí, le gustaba aquella chica.

—Me lo voy a pensar.

—Hazlo. ¿De verdad que no quieres otra? —insistió, señalando su botella vacía.

—No. Tenemos que irnos, ¿verdad, Mariu?

Su amiga la miró con un puchero, pero la expresión en el rostro de Juls era inflexible y esta terminó por asentir.

Jorge estaba a punto de preguntarle si podían verse al día siguiente, cuando Dani se le adelantó.

—¿Vais a bajar mañana a la playa?

La tal Mariu debía de haberle dado fuerte porque no solía ser tan directo. Su timidez era de sobra conocida.

—Sí, iremos por la tarde —respondió ella—. Solemos ponernos por donde el Massai.

—Pues genial porque nosotros también vamos a ir.

Jorge se quedó mirando a Juls que estaba muy silenciosa mientras escuchaba a su amiga hacer planes. Le hubiera gustado saber qué se le estaría pasando por la cabeza en ese momento, pero su expresión era bastante neutral.

—Entonces, ¿nos vemos mañana? —le preguntó, deseando ver algún signo en su cara que denotara interés.

Ella se giró y le miró con pretendida indiferencia.

—Si el destino quiere.

—El destino y yo somos muy buenos amigos —respondió él, encogiéndose de hombros —. Creo que el destino va a querer.

Juls le regaló una enigmática sonrisa.

Jorge se permitió el lujo de apoyar una de sus manos sobre su talle y apretarla contra su cuerpo. Ella se dejó hacer. Los dos besos que intercambiaron fueron muy diferentes a los que se habían dado en su presentación. Esa vez hubo un sensual roce de labios sobre las mejillas —de ambos— y una mirada cómplice.

Después de eso, las dos chicas se alejaron, bajando los escalones que llevaban al final de la calle.

—¡Qué majas son! —exclamó Dani.

Jorge solo tenía ojos para el vaivén de las caderas de Juls. No era excesivo, era suave y cadencioso.

Y su nuca.

Sexi.

Antes de que ambas desaparecieran al girar la esquina, confirmó por enésima vez algo que ya sabía.

Sí, esa chica le gustaba.

Capítulo 5

Juls

El aloe vera tiene un gran poder hidratante, ya que el noventa y nueve por ciento de su composición es agua, a la vez que contiene mucopolisacáridos que retienen humedad en la piel.

Se quedó un buen rato mirando el cursor parpadeante detrás de la palabra *piel*.

—Es una mierda —murmuró al cabo de un rato.

Sin pensárselo dos veces, borró el párrafo que había escrito. El único párrafo en la última media hora. Una vez eliminado y con el folio en blanco de nuevo, echó una ojeada a la hora en la parte baja de la pantalla. Las once y media. Tenía media hora para enviar los dos artículos a su editora. Al menos, el otro ya lo había terminado.

Hizo crujir sus nudillos y volvió a posar las manos sobre el teclado con determinación.

El aloe vera, una planta repleta de enzimas, aminoácidos y antioxidantes.

No.

Así tampoco.

Seleccionó la frase y la eliminó.

Volvió a colocar los dedos.

Se cree que formó parte de los rituales de belleza de reinas como Cleopatra o Nefertiti.

—Esto podría valer para empezar, ¿no?

Tenía la barra inferior llena de pestañas de todo tipo, donde había estado consultando datos sobre el aloe vera. Tampoco era tan difícil coger algo de información de allí y de allá y hacer un amasijo de palabras recauchutadas de otras revistas que podrían servirle como artículo. De hecho, era eso lo que le pedía su editora: cantidad y no calidad. Tenía que enviarle una media de treinta artículos al mes sobre los temas más diversos.

Pero ella quería ser original. No deseaba copiar. Quería escribir algo diferente.

«Cuando trabajes para una revista seria podrás explorar tu imaginación y tu creatividad, ahora concéntrate y vomita un artículo de mil palabras sobre el puñetero aloe vera antes de que se te haga tarde, boba», le dijo su conciencia como un eco.

La alarma de su móvil comenzó a sonar. Era el recordatorio que ella misma se había puesto que le avisaba de que solo le quedaban treinta minutos para la hora definitiva.

Gimió.

—Venga, Juls, escribe algo ya y deja de ser tan quisquillosa.

Las propiedades del aloe vera para mejorar nuestra salud.

Comenzó con brío aquella primera frase. Lo demás fue saliendo solo mientras echaba ojeadas a otras publicaciones. Iba transcribiendo la información con sus palabras, tratando de hacerlo con su propia voz, un poco irónica, para que el artículo no fuera más de lo mismo.

Eran las doce menos diez cuando puso punto final al texto. Mil treinta y dos palabras. Perfecto.

Se apresuró a releerlo y a guardarlo. Poco después, había enviado los dos artículos a Nuria, su editora en la revista *Life is Beautiful*[5].

Se echó hacia atrás y estiró los brazos hacia el techo, bostezando con exageración. Luego, le dio un trago a su café. Sacó la lengua asqueada al darse cuenta de que se le había quedado helado.

Estaba sentada en la terraza del apartamento que habitaban desde hacía dos días. Se encontraba muy cerca de la playa de Poniente —apenas a diez minutos a pie—, solo que sus vistas no eran las mejores; el balcón daba a las plazas de aparcamiento del edificio y a los tres rascacielos que había al otro lado de la calle. Los padres de Mariu compraron el piso de segunda mano hacía quince años y lo utilizaban todos los veranos. El resto del tiempo estaba vacío.

Ella llevaba dos años sin poder permitirse unas vacaciones en condiciones, desde que acabó la carrera y se independizó de sus padres. Si bien ellos tenían dinero suficiente, lo último que quería era depender de su ayuda. Era ella la que se costeaba el piso que compartía con Sonsoles, primero lo hizo trabajando en la recepción de un gimnasio y, después, con el curro en la revista, si bien le pagaban una miseria. Imposible poder irse de vacaciones a la playa con su sueldo por lo que la oferta de Mariu fue como un regalo de los cielos. Ambas se conocían desde el instituto, pero en los últimos tiempos no se veían demasiado, la vida en la gran ciudad las mantenía a distancia. Por eso, su llamada telefónica hacía una semana la pilló tan de sorpresa. ¿Quince días en Benidorm? Sin dudarlo.

Además, apartarse de Madrid le iba a venir muy bien. Hacía solo un mes que había roto con Sergio y todo le recordaba a él: los parques, los restaurantes y bares cerca de su piso y hasta su propio apartamento donde habían pasado tantas noches juntos. El distanciamiento de todos aquellos lugares comunes era exactamente lo que necesitaba.

Como de costumbre, cuando Sergio acudía a su cabeza, se preguntó dónde estaría y si, por fin habría encontrado eso que andaba buscando y que no había podido hallar junto a ella. Era fotógrafo de naturaleza y era incapaz de echar raíces en ningún sitio. Solía viajar constantemente y no paraba de indagar, como si nada fuera lo suficientemente interesante. Siempre quería otra cosa. Juls, de algún modo, desde el principio de su relación, que duró cerca de dos años, siempre sintió que no era bastante para él.

Lo mejor para los dos fue que se separaran.

—Mierda —dijo en voz alta al darse cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Furiosa consigo misma, se los frotó y decidió no volver a perder ni un segundo más pensando en su ex.

Era mucho mejor dedicarse al chico de la noche anterior, se dijo.

Jorge era sexi, atractivo y muy seguro de sí mismo; tenía carisma, era divertido, y parecía interesado en tener algo con ella. Exactamente lo mismo que ella deseaba: una aventura superficial con un tío bueno.

Esperaba encontrarle en la playa y seguir adelante con el coqueteo.

Se levantó y se dirigió a la cocina con sigilo para no despertar a su amiga, que seguía durmiendo su resaca. Tiró el café viejo por la pila y se preparó uno nuevo. Lo paladeó con placer mientras se asomaba por la ventana. La cocina daba a la parte trasera de la urbanización, a la piscina. No había mucha gente a esa hora a pesar de ser sábado —solo una madre con sus dos niños y una pareja joven—; se notaba que estaban a finales de septiembre y que el grueso de los turistas se había marchado ya a sus ciudades de origen, devolviendo Benidorm a sus habitantes habituales.

Se abanicó con una mano. El sol brillaba alto en el firmamento y hacía mucho calor, además de la pesada humedad que flotaba en el ambiente. Las ganas de ponerse un bikini y bajar a la playa a darse un chapuzón la desbordaron.

Vació la taza de un trago y la dejó en el fregadero. Luego, con cierta indecisión, se dirigió al dormitorio de Mariu. ¿Debería despertarla antes de irse?

Asomó la cabeza por la puerta y la vio tendida bocabajo, con la cara cuasi aplastada por

la almohada y roncando ligeramente.

Mejor no molestarla. Le dejaría una nota diciéndole que se marchaba.

Regresó a la cocina, se preparó un par de sándwiches y cogió una botella de agua. Metió la comida, la crema de protección solar, una toalla y algo de dinero en una bolsa. Decidió no llevarse el móvil.

Luego, se puso el bikini y una corta camisa blanca playera. Cogió unas gafas de sol y un sombrero de ala ancha, y así pertrechada, abandonó el apartamento.

El camino se le hizo pesado debido al potente sol que ardía sobre su coronilla. Por la cuesta que bajaba a la playa, se cruzó con una familia que la subía —el padre, la madre y tres niños pequeños—; iban cargados como arrieros con sombrilla, sillas, colchoneta, flotadores, tabla de surf infantil, toallas y bolsas y Juls dio gracias al cielo por no tener que arrastrar con ella tanto artilugio.

Acomodó su toalla junto a la orilla y sonrió contenta. La brisa marina soplaba con suavidad haciendo la estancia más soportable. Se giró hacia el mar y suspiró con deleite. Este parecía un espejo bruñido, sin oleaje. No tardó en embadurnarse de crema y en irse directa al agua, que estaba espectacular; ni demasiado fría ni demasiado caliente. Braceó durante unos minutos, disfrutando de la tranquilidad que se respiraba allí antes de regresar a la toalla. Se tiró sobre ella, echó un vistazo a su alrededor y comprobó que no había mucha gente. La noche anterior, Mariu les dijo a los chicos que bajarían a la playa sobre las cuatro y, según sus cálculos, serían las dos del mediodía, así que tenía por lo menos dos horas antes de que ellos llegaran, si es que se presentaban. También era posible que no hicieran acto de presencia. Le fastidiaría porque el tal Jorge le pareció de lo más interesante, pero no iba a llevarse un disgusto si no volvía a verle.

Mientras observaba a las pocas personas que tomaban el sol o se bañaban, se comió los sándwiches y se bebió la botella de agua. Después, se tumbó y se tapó la cara con su enorme sombrero. ¡Qué delicia!, pensó al sentir los rayos sobre la piel. Cerró los ojos y dejó la mente en blanco, limitándose a sentir.

Debía de haberse quedado dormida porque soñó con el tipo de la noche anterior, al menos con su voz, cálida y ronca. Pestañeó unas cuantas veces para ahuyentar la somnolencia, pero la voz no desapareció, por el contrario, parecía muy real y cercana. Terminó por levantarse el ala del sombrero y echar un vistazo sesgado a su derecha.

A unos tres metros de distancia, había un grupo de personas, tres chicos y tres chicas. A Juls no le costó demasiado reconocerlos a casi todos. Los chicos eran los de la noche anterior: Jorge, Dani y Rafa. Una de las chicas era la hermana de Jorge, otra, la tal Bea, y la tercera, una desconocida, pelirroja y muy alta. Ellos estaban sentados sobre sus toallas y ellas permanecían de pie a su lado.

Algo sorprendida, observó al grupito durante un rato mientras escuchaba su conversación. Ni siquiera tuvo que aguzar el oído porque el viento traía las palabras hasta ella sin problema.

—Vamos a alquilar un pedal —decía la acosadora.

—Pues pasadlo bien —repuso Jorge con sequedad.

—¿Por qué no vienes?

—Porque no me apetece.

—¿Es que tienes algo mejor que hacer?

—Sí.

—¿Qué?

—Estoy esperando a alguien.

—¿A quién?

Juls puso los ojos en blanco al escuchar el tono de la chica. Era realmente cargante. Lo sorprendente era que Jorge tuviese tanta paciencia.

—Venga, Bea, vámonos —intervino la hermana de Jorge, que había estado hablando con Rafa.

—Espera.

—Es que se hace tarde y luego no hay pedales.

—¡Espera un momento!

Juls consiguió echar un rápido vistazo a la cara de Jorge y vio que tenía la mandíbula apretada y el ceño fruncido. Semejaba estar a punto de perder la compostura. Se había levantado de su toalla y se encaraba con la chica, con los brazos cruzados sobre el torso.

—¿Con quién habéis quedado? —inquirió la acosadora.

—Con su novia y su amiga —respondió Dani.

—¿Con tu novia? ¿La chica de anoche?

—Sí —repuso Jorge con dureza—. Esa es mi novia, exactamente.

—Es que ayer no me quedó claro. ¿Lleváis mucho tiempo saliendo?

—¡Qué pesada eres, tía! —arrojó Erika—. Vámonos, Laura —le dijo a la pelirroja—. Y esta que venga cuando quiera.

Jorge masculló algo y su hermana le lanzó una mirada de disculpa.

—¿La relación a distancia funciona?

Juls estuvo a punto de soltar una risita. ¡Joder con la insistencia!

—Funciona perfectamente. Nos va muy bien. Como nos vemos poco, cuando nos encontramos lo hacemos con más ganas.

La acosadora puso cara de haber chupado un limón al escuchar aquello.

—¿Desde cuándo?

—¡Bea, joder! —llamó la hermana.

Juls tomó una decisión. No sabía por qué, pero le resultó muy lamentable ver a Jorge con los puños cerrados y la tensión deformando su atractivo semblante.

Una sonrisa maliciosa apareció en su boca cuando una idea comenzó a tomar forma dentro de ella. Tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada al imaginarse la cara de la tal Bea.

Sí, ya sabía lo que iba a hacer.

Se quitó el sombrero y se incorporó. Casi todos en el grupito estaban muy pendientes de la conversación, pero Rafa estaba mirando en su dirección y la reconoció. Antes de que pudiera decir algo y delatar su presencia, Juls se llevó el dedo índice a los labios y le conminó a guardar silencio. Él la obedeció.

Aguantando la risa que quería escapar de su boca, se puso en movimiento y se acercó a ellos.

—¡Cariño! —exclamó, lanzándose sobre Jorge—. Ya estoy aquí.

Él la recibió con un ademán sorprendido que pronto se convirtió en uno de alivio. Había tardado apenas dos segundos en reconocerla y su reacción fue rápida. La abrazó por el talle y la subió en volandas.

—¡Juls! —dijo y su voz estaba cargada de gozo, fingido o real, ella no supo cómo interpretarlo.

Su cuerpo estaba caliente y tenía músculos por todas partes. Músculos que se acoplaron a

sus formas a la perfección. La diferencia de estaturas era notoria y casi de forma natural, las piernas de ella se enroscaron en torno a la cintura de él. Mientras se agarraba a sus hombros, pudo sentir sus ásperas manos posándose sobre sus muslos y un pequeño escalofrío de placer la recorrió de arriba abajo.

Se miraron, ignorando a todos los demás. Los ojos de él estaban moteados de puntitos verdes, algo que se le había escapado la noche anterior y que el sol ponía de manifiesto. Como si se hubieran puesto de acuerdo, de improviso, la cabeza de él se elevó y la de ella se inclinó y sus labios se encontraron.

Fue un beso breve y desordenado, pero suficiente para poner en su sitio a la tal Bea, en apariencia.

Se escuchó un siseo indignado y, luego, las voces de despedida de las chicas.

—Ey… —murmuró él, apartando la cara unos centímetros, pero sin soltarla.

—Ey… —respondió ella con una sonrisa—. Ahora me debes dos.

Jorge se rio y la depositó en la arena, por fin. Lo hizo lentamente de modo que sus cuerpos se deslizaron con sensualidad uno contra otro. El roce fue delicioso y Juls tuvo que fingir neutralidad, cuando en realidad hubiera deseado soltar un gemido placentero.

—¿Dónde estabas? —inquirió él con curiosidad.

—Justo aquí al lado, tomando el sol. —Señaló su toalla—. Bueno, la verdad es que me había quedado dormida y vuestras voces me han despertado.

—¿Estás sola? —preguntó Dani, irguiéndose y mirando en todas direcciones.

Llevaba un bañador rojo y una camiseta blanca. Era evidente que bajaba poco a la playa si se tenía en cuenta lo poco bronceado que estaba.

—Sí. He bajado sola. Mariu estaba durmiendo cuando me he ido.

—¿Y no va a bajar?

Juls aguantó una sonrisa. La timidez del tal Dani era encantadora.

—Sí, supongo que sí bajará. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez —respondió Rafa después de echar una ojeada a su móvil.

Llevaba un bañador azul y él sí estaba morenito, aunque no tanto como su guapo amigo, que parecía vivir en la orilla del mar. Su oscura piel dorada por el sol destacaba de un modo considerable.

—Pues tiene que estar al llegar.

Jorge permanecía silencioso, observándola con interés.

Juls alzó la barbilla. No se avergonzaba en absoluto de su cuerpo en bikini. Quizá le faltaba altura, pero lo compensaba con sus curvas bien proporcionadas.

—¿Has pasado muchas horas al sol? —preguntó él, señalando la marca que había dejado el tirante de su bikini—. Tienes que tener cuidado.

—Me he echado crema. Aunque creo que ya he tenido suficiente sol por hoy.

—¿Me dejas que pague parte de mi deuda contigo? —expuso él con la voz risueña—. Te invito a un mojito ahí.

Señaló el bar que había al fondo del arenal, al otro lado de la carretera. Massai, ponía en el toldo blanco con letras negras.

Juls ladeó la cara y le miró de soslayo. Tenía el pelo alborotado y su sonrisa era resplandeciente. ¿Le salía un hoyuelo en la mejilla derecha? ¿O era una sombra? No. Era hoyuelo.

¡Joder, era guapo de verdad!

Y divertido.

Y tenía un cuerpazo, pensó mientras le recorría con la vista de arriba abajo.

Solo llevaba un bañador negro con una raya blanca en el bajo y su musculoso torso quedaba al descubierto. Un tatuaje destacaba en su costado izquierdo, en blanco y negro, un buzo en un paisaje marino que iba desde sus costillas hasta su abdomen. Sexi.

Él se agachó para recoger sus chanclas y su camiseta, dando por sentado que ella iba a aceptar la invitación.

¿Un mojito, había dicho?

—Vale.

Capítulo 6

Jorge

A pesar de que ella no se había quitado las gafas de sol, sabía que le estaba observando. Era evidente en su postura y la inclinación de su cabeza.

Él no tenía gafas detrás de las que ocultarse, así que la examinó sin disimulo. A fin de cuentas, después de todo lo que había pasado entre ellos, cualquier tipo de reserva sobraba. Todavía le entraban ganas de romper a reír al recordar la escenita de hacía unos minutos. ¡Qué oportuna!

Ella tenía el pelo despeinado y aplastado en el flequillo, sin duda, debido a que había llevado puesto ese sombrero de paja, que ahora descansaba sobre su bolsa en la silla de al lado. Su boca era tal cual la recordaba de la noche anterior, algo curvada en los extremos, de sonrisa fácil y de labios suaves —el beso intercambiado se lo había confirmado—; y la punta de su nariz estaba enrojecida por el sol. No había mucho más de ella que pudiera ver con esas enormes gafas negras.

—¿Qué os pongo, chicos? —les preguntó la camarera.

—¿Dos mojitos? —inquirió él, mirándola con una ceja arqueada. A lo mejor deseaba tomarse otra cosa.

Ella asintió.

La camarera se marchó, dejándolos solos de nuevo, si bien decir solos era ser muy optimista. El sitio estaba lleno de gente, algo muy habitual a aquella hora de la tarde. Habían podido hacerse con una de las pocas mesas libres a la sombra, en la terraza.

Corría una ligera brisa y las vistas al mar azulado eran muy relajantes.

Siguieron analizándose en silencio durante un buen rato. Tanto, que le dio tiempo a la camarera a traer los mojitos y dejarlos frente a ellos.

Ella se bajó las gafas y le contempló por encima de la montura, aunque contemplar era un verbo que se quedaba corto para el minucioso examen del que fue objeto.

—Buah —dejó escapar él sin cortarse, maravillado.

—¿Buah?

—Tienes unos ojos espectaculares —explicó.

Ella volvió a resoplar y dirigió esos ojos espectaculares al techo al tiempo que se quitaba las gafas y las dejaba sobre la mesa.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—Sí. ¿Estoy teniendo éxito?

Las comisuras de los femeninos labios se izaron.

—Bueno, pues si no lo admites, se acabó el espectáculo —murmuró él con retintín, poniéndose la camiseta.

Ella soltó una risa jovial que a Jorge le provocó un aleteo en el estómago.

¡Joder, sí que era guapa!

A su mente acudió el episodio que habían protagonizado en la playa. Su abrazo y el modo en que ella se había subido a su talle, aferrándose a él con las piernas. Y sintió el calor recorriéndole el cuerpo.

«Cuidado, Jorge, que te embalas», se amonestó.

En ese momento, una sombra se cernió sobre ellos.

—¡Hola!

La voz cantarina y agradable resonó potente. Era la amiga de Juls. Llevaba un bikini rojo, un pareo de color negro y gris y una bolsa de playa de mimbre. Tenía el cabello recogido en una larga trenza que le caía sobre un hombro y sus gafas de sol eran bastante similares a las de Juls.

—Os he visto desde allí. —Señaló un punto indeterminado de la acera—. Te he traído tu móvil —le dijo a Juls. Y se lo tendió.

Esta lo cogió y lo dejó encima de la mesa.

—¿Has dormido bastante?

—Como una muerta. Anoche bebí demasiado —gimió—. ¿Has bajado hace mucho?

—Hace un par de horas. He comido en la playa.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —ofreció Jorge, aunque, a decir verdad, le hubiera gustado seguir a solas con Juls, pero la educación se imponía.

—No —rechazó ella—. Quiero darme un buen chapuzón para despejarme. ¿Están tus amigos en la playa?

—Sí. Mira hacia allá. ¿Ves las barras de hacer ejercicio? Pues sigue en línea recta y junto a la orilla están ellos. Las toallas son azules.

—Genial. Pues me voy a acercar.

Jorge sonrió. En parte porque se volvía a quedar solo con Juls y en parte porque pensó en lo feliz que iba a estar Dani de que Mariu hubiera bajado a la playa.

—¿Vas a volver? —le preguntó Mariu a Juls señalando la arena.

—No creo. Ya he tenido suficiente sol por hoy. Me quedo aquí a la sombrita.

—Vale, en un rato vendremos a molestaros —dijo su amiga bajándose las gafas y haciéndole un guiño que no pasó desapercibido para nadie.

—Anda, vete —resopló Juls—. ¡Borracha!

Mariu se rio y se alejó, agitando la mano.

Juls meneó la cabeza con diversión.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Desde el instituto, pero llevábamos un tiempo distanciadas y estas vacaciones nos están sentando muy bien. ¿Y tú y tus amigos?

—Desde el colegio.

—¿Y tu acosadora? Ayer mencionó algo de que os conocéis de siempre.

Él gimió al tiempo que cerraba los ojos.

—Es así. Mi hermana y ella son amigas desde crías. Bea es hija de padres separados y siempre estaba por mi casa. Se puede decir que la he visto crecer.

—¿Nunca habéis salido? Parece estar bastante interesada en ti.

—¡Qué forma más sutil de decirlo! Está obsesionada conmigo, que no es lo mismo. Desde que cumplió los catorce años y se me ocurrió dedicarle una canción.

—Oh, entonces fuiste tú el que inició vuestra relación —se burló.

—Pfff, calla. Solo hice lo que mi hermana me pidió. Me estuvo persiguiendo hasta que le prometí que lo haría. Si llego a saber lo que iba a pasar después…

Recordaba el episodio como si hubiera sucedido el día anterior. Era Navidad y Erika se había puesto muy pesada insistiendo en que llamara a la radio y le dedicara la puñetera *Last Christmas* a Bea. Era su cumpleaños y aquella era su canción favorita. Además, le confesó, su amiga estaba supercolada por él. Por aquel entonces, él tenía dieciséis años y era bastante creído y que una de las amigas de su hermana estuviera pillada por él le pareció fantástico.

—¿Lleva obsesionada contigo desde los catorce años? —inquirió con curiosidad.

—Intermitentemente. A veces, cuando tiene novio, se olvida de mí. Soy el hogar al que regresar cuando está soltera. Ahora lo está —farfulló. Luego le dio un trago a su mojito.

—Pobre Jorge —murmuró Juls sin un ápice de pena en la voz.

—Sí, pobre de mí —suspiró—. Tengo mucha paciencia. Por cierto, no te he dado las gracias por lo de antes. Has estado sublime. Pensé que eras periodista, pero esa actuación…

—Lo del teatro es por afición —dijo ella.

—Pues el mundo de la interpretación ha perdido mucho dejándote escapar.

Ella rompió a reír.

Jorge no pudo evitar recordar el beso que habían intercambiado. Ligero, breve y del todo innecesario y, sin embargo, sucedió. Entornó los párpados fijándose con interés en sus labios.

Quería repetir.

—Tu hermana y tú no os parecéis en nada —dijo ella, sacándole de su ensimismamiento.

—Yo me parezco a mi padre —repuso con un carraspeo—. Ella ha salido a mi madre. Tiene el mismo pelo rubio y sus ojos azules. Es alemana —aclaró.

—Oh, ¿entonces hablas alemán?

—*Jawohl!*[6].

—Venga va —protestó ella con el ceño fruncido.

—Sí, hablo alemán —dijo y continuó explicándole—: Aunque mi madre lleva viviendo en España muchos años, su español es bastante deficiente. Solemos hablar en alemán con ella.

Anna Schwarz había criado a sus hijos en un ambiente bilingüe para que conocieran ambos idiomas. Hablaba español, pero prefería utilizar su lengua materna con ellos. Había llegado a Benidorm con unas amigas en los ochenta, para pasar unos días de vacaciones. Las vacaciones se convirtieron en algo más cuando conoció a Tony Alba, en uno de los restaurantes de la playa. Él era de Madrid, pero estaba trabajando ese verano allí de camarero. El flechazo entre ambos fue instantáneo. Solo cuatro meses después, se alquilaban un piso juntos en Benidorm, y dos meses más tarde, ella se quedaba embarazada de su hermano Diego.

—¿Cómo sobrevive en España sin hablar español?

—Habla lo suficiente. Y no te creas, Benidorm es como un mundo aparte. Además de tener un microclima especial, somos un paraíso para los extranjeros y no solo para los ingleses. También te puedes encontrar tiendas y negocios alemanes, rusos y eslavos. Y noruegos. A solo unos kilómetros de aquí, en Alfaz del Pi, está una de las colonias noruegas más grandes del mundo. Yo vivo muy cerca.

—¿No vives en Benidorm?

—Vivo en la playa del Albir, a siete kilómetros de aquí.

Ella asintió pensativa y alargó la mano para coger su vaso. Sorbió por la pajita.

—¡Este mojito está de lujo! —exclamó y volvió a beber.

Él zambulló la vista sobre sus labios, que se fruncían en torno a la cañita negra. En realidad, no mostraban sensualidad alguna. Eran labios que bebían, nada más, pero Jorge los contempló con avidez.

—¿Estás observando cómo chupo la pajita? ¿Como un pervertido? —le cuestionó ella con los ojos entrecerrados.

—Para nada —rechazó con un gesto vago de la mano y se concentró en su mojito—. ¿Has trabajado hoy, entonces, como comentaste ayer? —Cambió de tema.

—Sí. Me he levantado temprano para escribir unos artículos que tenía pendientes de entregar. Ahora puedo relajarme un par de días. ¿Y tú, libras los fines de semana?

—No siempre, suelo trabajar. Esta mañana he currado.

—¿Sí? Pues no lo parece. Tienes pinta de turista.

—¿Y eso?

—Bronceado y con cara relajada como si solo te dedicaras a estar en la playa. ¿Qué haces para ganarte la vida aparte de pasar las horas muertas al sol?

Él se rio.

—Trabajo al aire libre. Soy instructor de buceo y también doy clases de windsurf.

—¿Sí? Suena genial.

Jorge asintió. No le desagradaba lo que hacía, si bien no era su trabajo soñado. Había estudiado Ciencias del Mar y solo hacía un mes que había hecho una entrevista en el Oceanográfico de Valencia para trabajar en el departamento de Gestión de actividades de ocio y turismo relacionadas con el ambiente marino. Se hallaba a la espera de que le dieran una respuesta. Ese sí que sería un trabajo al que le gustaría dedicarse.

—Nunca he buceado —confesó ella al cabo de unos segundos.

—Cuando quieras probamos —repuso él—. Tengo siempre el equipo conmigo en mi coche. —Señaló hacia el lugar donde solía aparcar su Nissan Patrol, al lado del aparcamiento para motos, pero fue el Porsche plateado de Rafa el que le saludó—. Bueno, hoy no…

—¿Ese es tu coche? —Había asombro en la pregunta.

—Una pasada, ¿verdad? —lo dijo sonriendo de medio lado.

Ella miró al coche y a él alternativamente.

—No te pega —dijo al fin.

—¿No?

—Te imagino más con un coche más grande, un monovolumen o un todoterreno.

—Tienes toda la razón del mundo, soy un chico de 4x4. Este no es mío. Lo he ganado en una apuesta.

Ella le miró con la mandíbula desencajada.

—¿Quién es el gilipollas que se apostó un coche así?

—A ver, me he ganado conducirlo durante una semana, nada más —explicó—. Luego se lo tengo que devolver a su dueño que es mi amigo Rafa.

—Ah, vale… ¿Y qué tal va?

—¿Entiendes de coches?

—Entiendo que han de tener un volante y asientos. ¿Este cumple con los requisitos?

Él se rio. Juls era graciosilla.

—Cumple con creces, si bien los asientos podrían ser más amplios. Pero va genial, aunque lo he conducido poco. Mañana tengo que ir al aeropuerto de Alicante y lo probaré por la autovía.

Al día siguiente regresaba su madre de Berlín donde había estado las últimas semanas visitando a su familia y él se había ofrecido para ir a buscarla y así poder sacarle rendimiento al Porsche. Conducir por la ciudad a cuarenta kilómetros por hora era bastante aburrido.

Ella tardó en replicar mientras jugueteaba con la pajita, removiendo el hielo picado de su mojito.

—Lo mínimo que puedes hacer, en pago por todas las deudas que tienes conmigo es darme una vuelta, ¿no? Creo que me lo merezco —repuso con voz suave y sugerente.

—¿Ahora? —inquirió él con sorpresa.

—Ahora estoy llena de arena y sería una lástima que estropease la tapicería. En otro momento, quizá.

Jorge no iba a dejar escapar esa oportunidad.

—Esta noche, cuando vaya a recogerte para ir a cenar, ¿te parece?

Ella vaciló durante unos instantes al tiempo que le escrutaba a través de las pestañas.

—Espera.

Trasteó con su móvil, moviendo los dedos a toda velocidad. Solo unos segundos después, sonó un pitido. Debía de ser un wasap que ella leyó con una mueca divertida.

—Me parece genial —dijo al fin, levantando la vista y mirándole de frente.

Los labios de Jorge se distendieron en una sonrisa traviesa mientras la observaba taxativamente. Juls coqueteaba con él; era descarada, resuelta y muy muy directa. Sin pelos en la lengua. Tal y como le gustaban las mujeres.

Y no era fea precisamente.

—¿Le has pedido permiso a tu amiga?

—¿Cómo lo sabes?

—Es obvio —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Te lo ha dado?

—Sí. Nos ha dado su bendición —dijo con teatralidad.

—¿No le importa?

—Para nada. Somos ambas bastante independientes.

Él asintió. Se la quedó mirando durante un rato, calibrando su expresión. ¿Quería ella lo mismo que él? Él estaba siendo muy franco. No le gustaban los rodeos.

—¿Te parece bien si te voy a buscar a las nueve y media?

—Me parece fantástico —aceptó ella al tiempo que se humedecía el labio inferior con coquetería.

Sí, quería lo mismo que él. Era innegable.

Capítulo 7

Juls

Cerró el ojo derecho y se aplicó una pequeña cantidad de sombra plateada sobre el párpado. Luego repitió la misma operación con el izquierdo y se la difuminó hasta que apenas quedó un trazo de ella. No le agradaba el maquillaje demasiado exagerado.

Después, dio un paso atrás y se observó en el espejo con ojo crítico.

El vestido verde de tirantes no era demasiado corto y tampoco muy largo. La falda le llegaba justo un par de dedos por encima de las rodillas y el corpiño ajustado se amoldaba a la curva de sus senos a la perfección.

Completaban el modelito unos pendientes largos y una gargantilla de plata.

Y no llevaba nada de colorete. Solo la sombra de ojos y brillo transparente en los labios.

Ah, y sus mechones rubios alborotados.

Lista.

A su espalda, escuchó que Mariu tarareaba la canción que salía del móvil que llevaba en la mano.

—Ayyy, ponla desde el principio —gritó al reconocerla—. ¡Me encanta!

Mariu la obedeció. Se acercó a ella y ambas comenzaron a ondular las caderas al ritmo de la música.

—Querría sujetarte las mañanas. Hacer malabarismos con tu voz y con mi voz… —cantaron al unísono.

Juls disfrutó con El Kanka y su *Querría* mientras se balanceaba con los brazos elevados. Mariu seguía la letra con la misma pasión que ella.

Era una puñetera maravilla.

—Si yo pudiera… —murmuró.

—Si me dejaras… —la secundó Mariu.

Se miraron brevemente a los ojos y se sonrieron.

De pronto, Juls se dio cuenta del atuendo de su amiga y se interrumpió, echándose hacia atrás.

—¿Y esto?

—¿Esto? ¿Qué?

—¡Vas vestida para matar!

—Y tú también.

—¡Pero yo he quedado con Jorge!

—Yo también he quedado —repuso Mariu muy digna, ahuecándose la larga melena.

Llevaba un vestido negro ajustado y un largo collar negro y plateado.

—¡¿Con quién?!

—Con Rafa.

—¿Rafa? —exclamó Juls con sorpresa—. Pensé que te gustaba Dani.

—Y me gusta, pero esta noche trabaja y yo paso de quedarme aquí en casa mientras tú te vas por ahí de cachondeo, así que le dije a Rafa que saliéramos y aceptó.

—Ahora me siento mal por haber quedado con Jorge —suspiró.

—¡No, mujer! Antes de salir de Madrid acordamos que si alguna pillaba cacho la otra se

retiraría educadamente.

—Ya, pero…

—Pero nada. Con sinceridad, si Dani hubiese estado libre te habría dejado tirada yo a ti —dijo con un encogimiento de hombros.

Juls soltó una risita. Adoraba a Mariu y su refrescante sinceridad.

—Lo tendré en cuenta. Por cierto, ¿qué tal estoy? —Hizo un giro de trescientos sesenta grados.

—Espectacular. ¿Y yo?

—Cañón.

Se sonrieron de un modo tontorrón.

—Pon la canción otra vez —dijo Juls—, que nos la estamos perdiendo.

—Vale.

Pero no pudo hacerlo porque el móvil de Juls comenzó a sonar dentro de su bolso, que estaba sobre la repisa del lavabo. Lo sacó con rapidez y su cara se ensombreció al ver el nombre que aparecía en pantalla.

—¿Qué pasa? —inquirió Mariu con el ceño fruncido.

—Es Sergio.

No le gustó nada de nada cómo se escuchó su voz, sin aliento y algo herida.

Rechazó la llamada.

—¿Es la primera vez que te llama desde que cortasteis?

Tragó saliva mientras se quedaba absorta mirando el móvil.

—Sí, es la primera vez.

—Quizá sea algo importante…

A Juls se le escapó una risa amarga mientras guardaba el teléfono.

—Importante para él en todo caso. —Se detuvo y agitó la cabeza, tratando de sacar a su ex de su mente—. Jamás se preocupó mucho por mí, la verdad. En el mundo de Sergio solo existe una persona: Sergio. No creo que eso haya cambiado en las últimas cuatro semanas. Es mejor que no tengamos ningún tipo de contacto. —Hizo una pausa y suspiró con fatiga—. No sabes las cosas tan desagradables que nos dijimos cuando rompimos. No quiero saber nada de él.

Mariu guardó silencio. Finalmente, apoyó una mano sobre el hombro desnudo de Juls y se lo presionó.

—¿Estás segura de que no quieres saber nada de él? Aunque nunca lo hablamos, pareces muy dolida y tengo la impresión de que no le has olvidado.

Si era franca consigo misma, Mariu tenía razón. Tan solo hacía un mes que Sergio y ella habían roto y todavía no le había borrado de su memoria. Eso era cierto. Pero también era verdad que no pensaba desperdiciar sus primeras vacaciones en mucho tiempo hostigada por su recuerdo. De ninguna manera.

—Sergio es agua pasada —dijo al fin con determinación, sin saber si quería convencer a su amiga o a sí misma. Terminó por clavar sus ojos en los de Mariu que la miraba con atención —. Estamos de vacaciones y he quedado con un tío impresionante que va a venir a buscarme en un coche deportivo. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Los labios de Mariu se curvaron hacia arriba hasta que su bonito rostro se iluminó con una enorme sonrisa.

—¿Una amiga que te preste sus oídos cuando quieras poner verde a tu ex? —propuso.

Juls le devolvió la sonrisa.

—No sé cómo hemos podido estar tanto tiempo distanciadas. Te echaba de menos.

—Y yo a ti.

En ese instante, el estridente sonido del timbre del portero automático las sobresaltó.

—¿Ya? —Mariu miró la hora en la pantalla de su móvil—. Tiene que ser el tuyo, porque yo he quedado en media hora.

Juls atravesó el pasillo y se dirigió al telefonillo con paso firme.

—¿Sí?

—Soy Jorge. —La voz llegó hasta ella algo distorsionada.

—Ya bajo.

Colgó el aparato en su soporte y se dio la vuelta para mirarse al espejo que había en la entrada. Una expresión aprobadora apareció en su semblante. Después, regresó al baño a buscar su bolso.

—No hagas nada que yo no haría —le dijo su amiga con picardía.

Juls le guiñó un ojo.

—¿Llevas condones?

La pregunta llegó de un modo inesperado, aunque no la pilló del todo de sorpresa. Mariu era así. Juls agitó su bolso en el aire. Sí, llevaba preservativos. Siempre lo hacía. Era bastante previsora y no dejaba nada al azar ni en manos de otra persona. No tenía pensado acostarse con Jorge esa noche; solo tenía ganas de una cena interesante, una buena conversación y algo de coqueteo, nada más, pero quién sabía dónde podía desembocar todo aquello. A pesar de que el sexo no entraba en sus planes, Jorge era muy atractivo y quizá le hiciera cambiar de idea.

«Y así te olvidas de Sergio por completo», se dijo.

—Pasadlo bien —exclamó Mariu cuando estaba a punto de abandonar la vivienda.

—Vosotros también —repuso.

Bajó los escalones de las dos plantas que la separaban del portal con agilidad. Llevaba unas sandalias planas, y aunque eso le robaba la ventaja de la altura —ya se había percatado de que Jorge alcanzaba el metro ochenta y cinco con facilidad—, se sentía más cómoda con ese calzado.

Él la estaba esperando junto a la puerta. Había estacionado el fabuloso coche frente a la entrada del garaje de la urbanización y puesto las luces de emergencia. Llevaba un desgastado pantalón vaquero, una camisa de lino tostada y zapatillas deportivas blancas. Y no se había molestado en afeitarse esa sombra que le oscurecía el mentón.

A Juls le gustó lo que vio.

A él también debió de agradarle su aspecto porque frunció los labios y silbó con admiración cuando ella se plantó a su lado.

—Estás guapa. ¿Lo has hecho por mí? —inquirió con tono provocador.

—En realidad lo he hecho por el coche. Se lo merece.

—Mujeres… —protestó guasón—. Qué volubles sois. Yo sí me he arreglado por ti.

—No estás mal.

—¡Qué poco entusiasmo! —La contempló con una ceja arqueada mientras le abría la puerta del pasajero—. Me voy a ofender.

Ella se rio. Se sentía a gusto con su desenfado.

Aunque el Porsche era bastante bajo, como todos los deportivos, y le costó entrar debido a la estrechez de su falda, una vez que se hubo acomodado en el asiento de cuero negro, se dio cuenta de lo confortable que resultaba.

Observó a través del parabrisas cómo Jorge daba la vuelta al vehículo para dirigirse a la puerta del conductor y no pudo evitar examinarle con interés. Aquella ropa informal le sentaba

bien, y con el pelo alborotado y esa barbita de tres días que le cubría la parte inferior de la cara resultaba un maravilloso espectáculo. Si seguía siendo tan encantador como hasta ese momento quizá sí necesitara hacer uso de los preservativos, se dijo cuando una ola ardiente la recorrió de arriba abajo.

—He reservado mesa en un restaurante que hay aquí cerca, pero todavía tenemos media hora así que voy a aprovechar y a llevarte a dar esa vuelta que querías —dijo él, ajustándose el cinturón.

Casi había anochecido del todo y la luz del ocaso teñía el ambiente de rojizas sombras tenues. Los faros se encendieron en cuanto Jorge arrancó.

Juls sintió cómo la adrenalina viajaba por sus venas cuando escuchó el sonido del potente motor y sintió las vibraciones por todo su cuerpo.

—¿Preparada? —preguntó él, pisando el acelerador con una sonrisa desvergonzada.

—¿Vas a ir en plan Fernando Alonso por la ciudad? —soltó con alarma.

—No vamos a ir por la ciudad. Vamos a la carretera. Y yo estoy más morenito. Me parezco más a Lewis Hamilton, nena —le lanzó con un guiño exagerado.

El coche se alejó de la acera y, pronto, abandonaron la calle en la que se encontraba el edificio y se internaron en otra no tan estrecha. No había mucha gente. Solo se cruzaron con unos cuantos chicos jóvenes que caminaban por la acera, sin duda camino de la playa.

A pesar de que él conducía con velocidad moderada, Juls estaba excitada. Lo notaba en el encogimiento de su estómago y la humedad de las palmas de sus manos. No sabía muy bien si era porque estaba a solas con un extraño camino de lo desconocido en un coche espectacular o porque ese extraño le interesaba. Lo averiguaría a lo largo de la noche, se dijo.

Solo unos minutos después, alcanzaron una rotonda y el coche se detuvo delante de una señal de ceda el paso.

—Aquí estamos —Señaló él la amplia carretera que se abría al otro lado de la circunvalación—. Este es un vial que hicieron hace unos años que une algunos pueblos que hay por aquí: Finestrat y La Nucía. También lleva a Terra Mítica. ¿Has oído hablar de Terra Mítica?

—¿El parque de atracciones?

—Sí. Está a un par de kilómetros.

—¿Y qué tiene de especial esta carretera?

—Que apenas hay tráfico, que los carriles son anchos y que lleva a la autopista. Allí podemos probar el Porsche —dijo al tiempo que la contemplaba con los ojos brillantes y una sonrisa ladeada.

El corazón de Juls dio un vuelco en su pecho. Jorge era realmente atractivo. Mucho. Ahora solo esperaba que no fuera un loco del volante.

El coche arrancó con un suave tirón y, después de rodear la rotonda, se internó en la bien iluminada carretera que ascendía en pendiente y que, como él había dicho, estaba desierta. Altas palmeras se erguían en la mediana que separaba los carriles.

—¿Música? —preguntó él de pronto mientras abría las ventanillas y dejaba que la brisa vespertina entrara en el coche.

—Claro.

Él encendió la radio. El visor señalizó que tenía sintonizada Kiss FM. Sonaba un antiguo tema de Madonna del cual ella no recordaba el título.

—¿La dejo? —inquirió él.

—Por mí, perfecto. Me gusta.

—Genial. Yo también soy muy *ochenter*.

Juls no tuvo tiempo de replicar porque él aceleró y el viento le arremolinó el cabello, sorprendiéndola e impidiéndole hablar.

Casi por instinto, se agarró con las dos manos al borde del asiento. El cuero le resultó cálido bajo la palma de las manos. Le observó de reojo. Su perfil mostraba a las claras que se estaba divirtiendo y disfrutaba de la conducción.

No tardaron en alcanzar otra rotonda y él frenó para atravesarla, pero volvió a acelerar en cuanto la dejaron atrás. La operación volvió a repetirse unos kilómetros más adelante. Aparentemente, esa carretera estaba llena de amplias glorietas. De vez en cuando, se cruzaban con algún que otro vehículo que circulaba en dirección contraria, pero apenas había tráfico. La oscuridad se cernía sobre el paisaje cubriéndolo de negro, negrura que los potentes faros del Porsche se empeñaban en hacer desaparecer.

Llegaron a una nueva rotonda —la cuarta si Juls no había contado mal—, adornada con un círculo blanco semejante a un platillo volante sostenido por unas altas barras de hierro. Jorge, en lugar de atravesarla, la rodeó y puso el intermitente, dirigiéndose hacia la rampa que conducía a la autopista. Solo unos segundos más tarde se encontraban frente al peaje. Detuvo el coche junto a una de las máquinas y cogió un ticket.

—Pensaba que teníamos una reserva para dentro de media hora —murmuró ella.

—Y llegaremos a tiempo, no te preocupes. Vamos a dejar que el coche vuele.

Ella le lanzó una rápida mirada agitada, pero no dijo nada.

La canción cambió y los altavoces escupieron *Message in a bottle* de Police. Juls comenzó a tararearla, quizá para rebajar algo los nervios que se apoderaron de ella después de la última frase que él había pronunciado.

—¿Te gusta Police? —le preguntó él.

—Sí —asintió.

Félix, su hermano mayor, era el que había educado su gusto musical. Dado que le sacaba diez años, Juls se había criado escuchando canciones de lo más variopinto.

Jorge subió el volumen y la voz de Sting llenó el interior de la cabina, envolviéndolos. Después, tomó la desviación hacia Valencia. Y entonces, una vez que hubieron alcanzado la autopista, el coche sí que pareció volar sobre el asfalto. Jorge se situó en el carril izquierdo y adelantó a todos los demás vehículos que circulaban por la carretera.

—¿Vas bien? —le preguntó, alzando la voz para hacerse oír por encima de la música. Su entusiasmo resonó potente en aquellos dos monosílabos.

—Sí —repuso ella casi sin aliento.

Él emitió una risa ronca mientras cambiaba de marcha con un gesto vibrante y seguro.

Juls miró el cuentakilómetros con nerviosismo y se percató de que acababan de alcanzar los ciento cuarenta kilómetros por hora, no obstante, la velocidad parecía ser muy superior debido al viento que entraba a través de las ventanillas.

—No estoy loco —exclamó él de repente.

—¿Cómo?

—Es cierto que estoy sobrepasando el límite de velocidad, pero no demasiado. No te preocupes, que no voy a pisarle más.

—Estoy bien —le aseguró.

Echó un vistazo a su derecha. Los arbustos que había plantados en el arcén pasaban raudos frente a sus ojos. Las sombras de la noche impedían ver el mar, pero las luces de los altos rascacielos de Benidorm eran plenamente visibles a lo lejos.

No había mentido al decir que estaba bien. Lo estaba. La emoción de la conducción le

recorría las venas y hacía que una delirante exaltación se le concentrase en el pecho. Nunca se había tenido por una fanática de la velocidad, pero debía de serlo.

Bruce Springsteen llegó para sustituir a Sting y Jorge dejó escapar una exclamación mientras golpeaba el volante con entusiasmo con la mano izquierda antes de comenzar a cantar.

Juls volvió a estudiarle, fascinada por su mímica y su forma de comportarse. Todo en él parecía gritar libertad y espontaneidad. Irradiaba una especie de caos contenido que le resultaba muy atrayente.

Él ladeó la cara, como si se hubiese percatado de que ella le estudiaba, y le dirigió una sonrisa inmensa.

Una sonrisa preciosa.

—Voy a coger la siguiente salida. Ha sido corto pero intenso, ¿no?

Ella asintió, devolviéndole la sonrisa casi sin ser consciente de que lo hacía.

No tardaron en abandonar la autopista, tal y como él había dicho. Unos segundos después, el Porsche se detuvo junto a las máquinas del peaje y Jorge pagó con su tarjeta de crédito.

A una velocidad mucho más moderada, se incorporaron al tráfico que rodaba por la carretera —que era bastante fluido—, hasta que alcanzaron una rotonda en la que destacaban las oscuras letras de BENIDORM justo delante de una fuente iluminada. Al fondo, los altos edificios de la ciudad se recortaban contra el cielo oscuro.

A Juls se le quedó grabada esa curiosa imagen en las retinas. Había viajado con frecuencia por España y estado en muchos sitios, pero Benidorm tenía algo diferente, era cosmopolita y muy moderno. Parecía irreal, como un oasis en medio del desierto con sus edificios excesivamente altos a la orilla del mar.

El vehículo se adentró en las calles de la ciudad, muy concurridas a esa hora. La zona que atravesaban tenía un aspecto muy diferente a la zona donde se encontraba el apartamento de los padres de Mariu. Había más locales, más comercios abiertos —incluso a esa hora de la noche— y muchos restaurantes. Bullía de actividad.

—Vamos a llegar justo a tiempo —murmuró él.

Ella miró el reloj en el salpicadero y vio que eran las diez menos diez. Apenas llevaban veinte minutos montados en el coche, sin embargo, la experiencia había resultado tan vívida que parecía que llevasen juntos unas cuantas horas. Se giró en el asiento y se encontró con la mirada directa de él que, en lugar de estar pendiente de la carretera, la miraba a ella con diversión.

—¿Y bien? ¿Ha merecido la pena ponerse tan guapa para este coche estupendo? —continuó.

—Sí —respondió jocosa—. El chaval se ha portado. Y tú tampoco lo has hecho del todo mal.

—Tienes razón, todo el mérito es del coche —resopló—. Yo solo he sujetado el volante, cambiado de marchas, controlado el embrague, el freno y el acelerador y he puesto los intermitentes en el momento adecuado… Nimiedades.

—Tú lo has dicho. Nimiedades. Me has leído el pensamiento.

Él se rio.

Ella volvió la vista de nuevo hacia el exterior, fijándola sobre las luces de los locales que iban dejando atrás.

—¿Te gusta Benidorm? —le preguntó él.

—Me parece fascinante. Creo que nunca había visto una ciudad como esta. No parece real.

—La llaman la Manhattan del Mediterráneo. Es evidente por qué.

Ella alzó la vista hacia los edificios que bordeaban la carretera por la que circulaban. Apenas podía distinguir sus contornos contra el negro cielo, pero sus ventanas iluminadas daban fe de sus impactantes alturas.

—Sí. No me extraña.

Hubo un silencio solo interrumpido por una nueva canción que a ella no le sonaba. Sorprendentemente, Jorge también la tarareó. Parecía conocerlas todas.

—Hemos llegado al restaurante —dijo él al cabo de un minuto—. Es ese de ahí. —Señaló una construcción de una planta iluminada en tonalidades azules, parcialmente oculta por unos setos, a unos cincuenta metros de distancia.

Juls recorrió el lugar con la vista. Le sorprendió que el ambiente pareciese tan romántico.

La suerte los sonreía porque había un hueco en la acera justo frente a la entrada y Jorge estacionó el coche sin tener que hacer demasiadas maniobras.

—Espero que te guste —continuo él—. No está en primera línea y las vistas no son gran cosa, pero el sitio es muy agradable y se come muy bien. Si quieres, después de cenar, podemos dar un paseo por la playa. Como veas.

Juls asintió. A pesar de que su tono de voz era práctico y no mostraba ni un ápice de flirteo, a ella le sorprendió el ofrecimiento.

¿Un restaurante coqueto y un paseo nocturno por la playa?

Aquella velada estaba resultando ser más íntima de lo que había esperado.

Jorge

La cena estaba siendo un éxito. Era algo con lo que había contado. Había estado varias veces en La Falúa y sabía que el ambiente era excelente y que la comida estaría a la altura. Con lo que no había contado, aunque sí esperado, era con que la conversación y la compañía fuesen tan perfectas.

Juls era encantadora y divertida. Y, a pesar de su menudo aspecto, comía con apetito y entusiasmo, disfrutando de los platos que habían decidido compartir. Ya habían dado buena cuenta de un tartar de atún rojo y un *carpaccio* de solomillo y ahora estaban saboreando unas gambas rojas y una ensalada de perdiz en escabeche, platos que acompañaban con sendas copas de vino tinto.

Estaban sentados en la terraza exterior, aislados de la calle gracias al jardín que rodeaba el restaurante y a los setos que lo separaban de la acera. Corría una agradable brisa que traía hasta ellos el perfume de las flores que decoraban el pequeño vergel.

Hasta el momento, la conversación había versado sobre temas muy generales. Hablaron de películas que habían visto y de lugares comunes que habían visitado. Él le contó cómo había conocido a Rafa y a Dani, mientras que ella le habló de su amistad con Mariu. Ambos se rieron cuando salió el tema de que aquella noche Mariu y Rafa habían salido juntos.

—Si te soy sincero, pensaba que a tu amiga le iba más mi amigo Dani.

—Y es así, pero tu amigo hoy tenía el turno de noche, por lo que he podido entender, y Mariu quería salir.

—Ahhh, con que eso es lo que ha pasado —dijo con soniquete—. Rafa no me ha contado esa versión. Más o menos me ha dado a entender que tenía una cita.

—Pues espero que no se ilusione demasiado porque el interés de Mariu está en otro sitio.

—Ya son mayorcitos, que lo resuelvan ellos.

Ella asintió mientras pinchaba unos cuantos canónigos. Se quedó callada con el tenedor

suspendido en el aire mientras le estudiaba con atención.

—Dilo —instó él—¿Qué se te está pasando por la cabeza?

Ella se llevó el tenedor a la boca, masticó y tragó antes de contestar.

—Te conoces todo el repertorio de Kiss FM —dijo al fin con las cejas arqueadas—. No aparentas más de veintiséis o veintisiete años, pero debo de estar equivocada.

Él se rio.

—Has acertado. Tengo veintiséis. La verdad es que la culpa de que me guste la música de los ochenta es de mis padres —repuso con una sonrisa de oreja a oreja—. Desde pequeño he tenido que escuchar esas canciones. Cuando éramos unos críos, mi padre construyó una especie de escenario de madera en el jardín para que hiciésemos actuaciones. Se suponía que era solo para mí y mis hermanos, pero al final era él el que más lo usaba, con absoluto entusiasmo —le contó, poniendo los ojos en blanco—. Y sigue igual. Los domingos solemos hacer unas fiestecitas bastante intensas en su casa.

—¿En serio?

—Sí. Es un friki. Mi padre es de Madrid y vivió toda la movida madrileña de los ochenta. Sigue anclado en ella, al menos musicalmente hablando.

—¿Y cómo es que terminó en Benidorm? —inquirió ella con curiosidad.

—Se vino un verano a trabajar de camarero y conoció a mi madre que estaba de vacaciones. Y surgió algo entre ellos. Una cosa llevó a la otra y ninguno volvió a su casa. Se quedaron aquí y se fueron a vivir juntos. El amor es lo que tiene —resumió burlón.

—Qué romántico —murmuró ella con una sonrisa.

—Sí, eso y que mi madre se quedó embarazada de mi hermano mayor —se rio con sorna —. Eso los unió todavía más.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Somos cuatro. Mi hermano Diego es el mayor. Me saca un año. Luego estoy yo, después viene Erika, que tiene dos años menos que yo, y por último está Lukas, el pequeño, que tiene veinte.

—Yo tengo dos hermanos más mayores. Rodrigo, que me saca quince años. Y Félix, que me saca diez.

—¿Qué fuiste? ¿Un accidente?

—Mis padres dicen que fueron a buscarme porque querían una niña a toda costa, pero en alguna ocasión se le ha escapado a mi padre que fui un simple error de cálculo —dijo con un encogimiento de hombros—. Lo tengo asumido.

—Igual que mi hermano Lukas —repuso él—. Nosotros nos burlamos de él siempre y le llamamos *el indeseado*.

—¡Qué crueles!

—Lo soporta con filosofía. Ya nos conoce. Él nos llama cosas peores, no sientas lástima.

Siguieron hablando un rato sobre sus respectivas familias, haciéndose reír mutuamente con anécdotas de lo más estrafalarias. Jorge le habló del día en que, con tres años, tiró todos los relojes de la familia al retrete. La historia provocó que los ojos de Juls se abriesen como platos y soltara una exclamación divertida. También le habló del día en que decidió que su hermana estaría mucho más guapa con el pelo corto, como el de él, y se lo cortó.

—¿Cuántos años tenías? —inquirió ella con una risa.

—Siete. No me lo tengas en cuenta —respondió—. Me gustaban las chicas con el pelo corto, ya ves. Bueno, por aquel entonces, y ahora —añadió con tono provocador clavando la mirada en su corte estilo *pixie*.

Ella resopló con ironía. Sin embargo, su actitud desapasionada quedó desmentida por el rubor que cubrió sus mejillas.

A Jorge le gustó saber que podía despertar aquella reacción en ella.

—¿Y qué hicieron tus padres cuando lo descubrieron? —continuó ella tras unos segundos.

—Mi madre me rapó la cabeza —confesó—. Por aquel entonces yo estaba muy orgulloso de mi pelo ondulado y sufrí mucho —exageró.

—¡Que fuerte! ¡Joder con tu madre!

—Es alemana —dijo como si aquello lo explicase todo.

Y lo hacía, de hecho. Anna Schwarz, a pesar de su aspecto dulce y su silenciosa personalidad, era una mujer de armas tomar con un carácter teutónico y cuadriculado. Su padre decía muchas veces que tenía dos veces más cojones que él.

Juls no tardó en compensarle relatándole cómo su hermano Rodrigo descubrió que no se podía echar detergente de fregar los platos al lavavajillas. La espuma estuvo a punto de inundar la casa entera. También le habló del día en que su hermano Félix estrelló el coche nuevo de su padre contra un árbol después de haberlo cogido sin permiso. A pesar de la diferencia de edad con sus hermanos, hablaba de ellos con un gran afecto, como si estuviesen muy unidos.

—Tú eras una niña buena, entonces. ¿Solo tus hermanos hacían travesuras?

—La verdad es que sí. Era muy buena y no hacía nada malo. Ni una sola trastada —dijo con fingida inocencia.

—¿Por qué será que no te creo? Tienes pinta de diablillo.

En realidad, era más bien pinta de duendecillo. *Campanilla.* Se mordió los labios para no decirlo en voz alta.

En ese instante, el camarero se acercó para retirarles los platos y preguntarles si iban a querer algo de postre.

Juls frunció el ceño, indecisa.

—¿Compartimos algo? —le preguntó él—. El tiramisú está de vicio.

—Vale —aceptó ella tras apenas unos segundos de vacilación.

Jorge alzó su copa de vino en el aire. Seguía siendo la primera de la noche y ahí se terminaba su aventura con el alcohol. Tenía que conducir y cuando manejaba un vehículo no bebía demasiado.

—No hemos brindado ni una sola vez —dijo.

—¿Por qué quieres brindar?

—Por nosotros. Por el comienzo de una… hermosa amistad. —La pausa que hizo fue notoria.

—Muy bien. Por nuestra… amistad —repuso ella, alzando su copa también.

—O por lo que surja —añadió él, vaciando la copa de un trago.

Ella le miró con los ojos entornados, pero terminó por darle un trago a su vino. Después apartó la mirada y la llevó hasta el jardín.

Jorge dejó la copa sobre la mesa y se entretuvo en contemplar su perfil. Ella, ajena a su escrutinio, sonreía mientras sus ojos se posaban sobre una mariposa que revoloteaba entre las flores. La iluminación provenía de los focos que había encastrados en el suelo y de los faroles que adornaban el parterre. Esa tenue luz dibujaba curiosas sombras sobre el rostro de ella que a él le pareció todavía más atractivo que la noche anterior.

Con ese vestido verde, el cabello corto y los pendientes plateados que reflejaban la luz parecía verdaderamente un ser etéreo, casi de cuento de hadas. Aunque no había ninguna duda de

que era una mujer, pensó mientras sus ojos recorrían sus hombros desnudos y la curva de pecho.

Una mujer muy hermosa.

Había sido muy franco al hacer el brindis. Era probable que pudiera surgir una amistad entre ellos, pero si algo tenía claro después de aquella agradable cena, era que él quería algo más. La atracción que sentía por ella había ido en aumento desde que fue a recogerla a su casa con el Porsche. Y, si no se equivocaba, ella también se sentía atraída por él.

El camarero colocó el postre en el centro de la mesa y depositó dos cucharas sobre el borde del plato.

Jorge no perdió el tiempo. Cogió una porción del tiramisú y se la ofreció. Era un gesto íntimo y cargado de significado que le iba a servir para tantear las aguas.

Ella se inclinó hacia delante y aceptó el dulce, abriendo la boca y dejando que él la alimentara como si fueran una pareja convencional y no dos extraños que apenas se habían conocido la noche anterior.

Jorge sintió un pequeño tirón en la entrepierna al ver cómo ella engullía la cuchara con sus labios carnosos.

—Vale —murmuró.

—¿Vale?

—Cosas mías.

—¿Puede ser que esta situación te ponga? —inquirió ella con deliberada suavidad.

Él le lanzó una ojeada desafiante.

—¿Eres adivina?

—No. Es que eres muy transparente.

—¿Tanto se nota?

—¿El qué? ¿Que te gustaría ser esa cuchara? —preguntó con tono incitante—. Pues sí.

El rompió a reír.

—Me has pillado.

—¿De verdad tienes tantas ganas de besarme? —susurró. Lo hizo al tiempo que cogía su propia cuchara y tomaba un trocito de tiramisú que se introdujo en la boca con exasperante lentitud.

Los ojos de Jorge siguieron aquel movimiento mientras aguantaba la respiración.

—Sí —admitió.

Después de aquello ninguno de los dos dijo ni una palabra. Permanecieron en silencio, comiendo pequeñas porciones de aquel delicioso postre mientras se retaban con la mirada y la tensión sexual iba aumentando.

Al final fue ella la que rompió aquel mutismo en el que ambos se hallaban inmersos.

—¿Y si nos vamos a otro sitio? ¿No has dicho antes algo de dar un paseo por la playa? —Su voz sonaba aterciopelada.

Jorge sintió cómo una chispa explotaba en su estómago.

—Me parece perfecto. Voy a pedir la cuenta.

Ni siquiera había tenido tiempo de levantar la mano para llamar la atención del camarero cuando su móvil comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y echó un rápido vistazo a la pantalla.

Erika.

¡Qué oportuna!

—Dime —respondió con algo de exasperación.

—Jorge, ¿puedes venir a buscarme? —Su hermana sonaba muy agitada y la preocupación

hizo presa en él.

—¿Ha pasado algo? ¿Dónde estás?

—Estoy en Altea. He discutido con Alberto y me ha dejado tirada aquí en medio de la carretera. Y se ha llevado mi bolso. Solo tengo el móvil.

Jorge cerró los ojos. No era la primera vez que su hermana y su novio discutían y este la dejaba tirada. Era un imbécil como la copa de un pino.

—Sé que ibas a salir con una chica —continuó ella con voz lastimera—. Y no quiero molestar, pero he intentado llamar a Diego y lo tiene apagado. Y Bea está en Valencia en casa de su prima. Solo me quedas tú con coche. Y paso de llamar un taxi; no tengo dinero y tendría que despertar a papá y darle explicaciones y ya sabes cómo se pone de pesado. Por favor… —gimoteó.

Jorge miró a Juls que aguardaba con tibia curiosidad a que él terminase la conversación. Maldijo para sus adentros.

—Exactamente, ¿dónde estás? —claudicó.

—Frente a la estación de trenes.

—Vale —suspiró—. En veinte minutos estoy ahí.

—Jo, Jorge, lo siento muchísimo. Sabes que no te habría llamado si hubiera podido evitarlo, pero es que… —Su tono de voz se ensombreció y llegó entrecortado—. Alberto es un gilipollas… y yo más por seguir con él… — Un pequeño sollozo interrumpió la última sílaba.

—¿Has bebido?

Su hermana no solía derramar ni una lágrima, si estaba tan alterada era obvio que algo de alcohol corría por sus venas.

—Un poquito —confesó.

No podía dejar a su hermana tirada en esas circunstancias. Erika le necesitaba.

Su velada se iba a la mierda.

—Venga, no llores. No tardo nada.

—Vale —dijo ella con vocecita antes de cortar la comunicación.

Jorge dejó el móvil sobre la mesa y miró a Juls con un rictus de disculpa.

—Creo que nuestro paseo por la playa va a tener que esperar. —Mientras decía eso, le hizo una señal al camarero para que les trajera la cuenta.

—¿Ha pasado algo? —inquirió ella con preocupación.

—El gilipollas del novio de mi hermana la ha dejado tirada. Lamento mucho tener que interrumpir nuestra noche tan bruscamente.

—No pasa nada —rechazó con un ademán.

Él chasqueó la lengua, contrariado.

—Sí pasa. Lo último que deseaba era que tuviéramos que despedirnos así.

Antes de que ella hubiera podido decir nada más, el camarero se acercó con la cuenta. Jorge se sacó la cartera del bolsillo.

—Creo que deberíamos pagar a medias —ofreció ella, hurgando en su bolso.

—Para nada —rechazó contundente—. Hoy pago yo y la próxima vez pagas tú.

—¿Va a haber una próxima vez?

Él depositó un par de billetes sobre el plato de porcelana antes de responderle.

—Lo prometo —dijo en voz baja con tono persuasivo.

Después se incorporó y esperó a que Juls también lo hiciera. Apoyó una de sus manos sobre su espalda y la guio hacia la salida. En solo unos segundos alcanzaban el coche y él le abría la puerta del pasajero. Después de que se hubiera acomodado en el asiento, rodeó el

Porsche y accedió a su interior.

—¿Haces algo mañana por la tarde? —le preguntó mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—Nada especial. Supongo que bajar a la playa.

A la tenue luz del salpicadero vio cómo ella se humedecía el labio inferior con la punta de la lengua y volvió a maldecir la situación para sus adentros. ¡Mierda! ¿Por qué se había ido todo al carajo? De nuevo, las ganas de besarla le apresaron.

—Ven a mi casa, entonces.

—¿A tu casa? —inquirió con estupefacción.

—A la casa de mis padres —aclaró—. Tú y tu amiga. A una de esas fiestecitas de las que te he hablado antes.

—Pero tus padres no nos conocen.

—No importa. Siempre vienen todos nuestros amigos. La verdad es que la casa se llena de gente. Por favor —añadió con aire persuasivo—. Venid. Os lo pasaréis bien. Yo os recojo. Mis amigos también estarán allí. Lo digo por tu amiga y Dani… Seguro que tienen ganas de verse… —Le guiñó un ojo.

No hacía falta que añadiera que era él quien tenía ganas de verla a ella.

Juls pareció vacilar unos segundos, pero finalmente asintió con ligereza.

—¡Genial! —exclamó él con júbilo.

Quizá la velada se había ido a la mierda, pero todavía tenía el día siguiente para ver hasta dónde los llevaba ese coqueteo.

Nuevamente de buen humor, arrancó, bajó las ventanillas y volvió a encender la radio. Sonaba *Love is all around* de Wet Wet Wet.

—¿Esta también te la sabes? —le cuestionó ella.

—¡Por supuesto! —exclamó y asintió con vigor—. *You gave your promise to me and I gave mine to you. I need someone beside me in everything I do. Oh, yes I do*[7]—cantó.

Ella se rio y él se unió a su risa mientras la miraba a hurtadillas.

Capítulo 8

Jorge

Pasaban las dos del mediodía cuando Jorge aparcaba el Porsche frente al muro de color beige que rodeaba la casa de sus padres. Se bajó del coche y sacó el equipaje de su madre del maletero.

—¿Qué te ha parecido el paseo, mamá? —le preguntó mientras ella abandonaba el vehículo—. No está mal el cochecito, ¿eh? —añadió.

—Ingeniería alemana —repuso Anna Schwarz con un fuerte acento teutónico. La condescendencia era inequívoca en su tono, como si no pudiera ser de otra manera.

Jorge se rio y meneó la cabeza. Su madre era una snob. Para ella, todo lo germano era perfecto.

La había recogido en el aeropuerto hacía apenas una hora y, después, había dejado que el coche hiciese su magia. Ella, acostumbrada a las autopistas alemanas en las que no había límite de velocidad, disfrutó tanto como él del viaje. Incluso se permitió lanzarle alguna que otra sonrisa cómplice, algo que solía encajar poco con su carácter frío y serio.

La puerta metálica marrón se abrió con ímpetu y su padre apareció en el hueco. Se dirigió como una exhalación hacia su mujer, la elevó en el aire y depositó un apretado beso sobre su boca al que ella correspondió con menos fogosidad.

Jorge puso los ojos en blanco, sin embargo, no pudo evitar sonreír para sus adentros. Sus padres, pese a que llevaban juntos más de veinticinco años, seguían comportándose como una joven parejita adolescente.

—Te he echado de menos. —Escuchó que decía su progenitor.

—*Ich Dich auch*[8] —respondió su madre.

Quienes no los conocían siempre pensaban que su forma de interactuar era estrafalaria. Su padre le hablaba en español, pero ella solía alternar ambos idiomas. A veces hablaba en alemán y otras empleaba el español.

—Perdonad, pero esto pesa —se inmiscuyó, empujándolos a un lado para que dejaran libre el acceso que conducía al jardín delantero.

—¡Envidioso! —le tiró Tony Alba.

Jorge le ignoró. Cargado con las dos bolsas de viaje de su madre, atravesó el camino de adoquines grises y no tardó en acceder al interior de la vivienda. Su padre, en su prisa por ir a buscar a su madre se había dejado abierta la puerta de la casa.

Era una edificación de una sola planta de estilo moderno, que alternaba en su fachada el color blanco y los ladrillos caravista. Altos ventanales decoraban toda la parte derecha de la vivienda y en el tejado había un solárium acristalado con una barandilla de metal.

Jorge y sus hermanos se habían criado en otra urbanización más cercana a la ciudad, pero después de que Diego se mudara, hacía ya unos años, sus padres decidieron vender la casa y comprar esa algo más pequeña. Ahora, solo Lukas y Erika vivían allí con ellos.

—¿Qué tal el coche en la carretera? —le preguntó Erika desde la cocina abierta integrada al salón. No se mostraba triste o afectada. El disgusto de la noche anterior y la discusión con su novio no parecían haberle pasado factura.

—De lujo —le respondió sin detenerse, camino del dormitorio de sus padres. Su hermana le siguió—. Lo he puesto a ciento setenta y no veas cómo coge las curvas.

—Esta tarde cuando venga Rafa voy a llorarle un poquito a ver si me lo deja —repuso ella con cierto tono de envidia.

Su hermana era mecánica y aunque su especialidad eran las embarcaciones, no le hacía ascos tampoco a los coches. Ya la noche anterior, cuando él la recogió con el Porsche, se pasó medio trayecto admirando sus formidables cualidades y hablando de cilindrada y potencia, algo que a él no le importaba demasiado.

—Pues mucha suerte, ya sabes cómo es —le lanzó él, dejando las bolsas sobre la cama.

—¡La barbacoa está casi lista! —Se escuchó la voz de Lukas desde el exterior.

—¿Qué habéis comprado? —le preguntó Jorge a Erika.

—Presa, secreto, pinchos morunos y hamburguesas. Y pollo para mamá.

Salieron ambos al jardín por la puerta corredera del salón. A su derecha, se hallaba la piscina cuya superficie relucía al sol e invitaba a sumergirse. A su izquierda, junto a la barbacoa, estaban Diego y Lukas. El primero, luciendo un bañador negro y una camiseta blanca, dándole la vuelta a la carne con unas pinzas. Lukas, con un bañador de rayas verdes, colocaba los platos sobre la mesa, que se hallaba bajo un cenador blanco.

—¿Necesitáis ayuda? —les preguntó Jorge.

Los dos negaron.

—Me voy a dar un baño rápido, entonces.

Se despojó a toda velocidad de la camiseta y los pantalones, debajo de los cuales llevaba un bañador, se quitó las zapatillas y se encaminó hacia el borde. No tardó en sumergirse en las azules profundidades de la piscina. La temperatura del agua era ideal, ni demasiado fría ni demasiado caliente. Atrás habían quedado los sofocantes días de verano que convertían el líquido elemento en un caldo desagradable.

Hizo unos largos buceando. La piscina no era muy grande y no tuvo necesidad de sacar la cabeza fuera del agua. Finalmente, emergió y nadó de espaldas, sin esforzarse demasiado, hasta que alcanzó uno de los bordes y se acodó en él, dejando que sus piernas bambolearan dentro del agua. El sol le calentó con rapidez.

Contempló a su familia desde la distancia. Su padre se había unido a sus hermanos y le había arrebatado las pinzas a Diego, ocupando su lugar frente a la barbacoa. Lucía unas bermudas negras y una camiseta roja y su pelo castaño, tan similar al de Jorge, le caía rebelde sobre la frente. Su cara apenas presentaba arrugas y sus ojos fulguraban divertidos. No aparentaba los cincuenta y dos años que tenía.

Diego tomó asiento en una de las tumbonas cercanas al borde de la piscina. Jorge le echó una ojeada, pero su hermano permanecía absorto con la vista perdida en algún punto indefinido del horizonte.

Lukas se había aproximado al equipo de música que tenían en un extremo del jardín, junto a la plataforma que servía de escenario, la cual su padre se había empeñado en trasladar desde la otra casa. Había cogido uno de los CD y lo introducía en el reproductor.

—No la pongas muy alta —le advirtió Erika, que pululaba en torno a la mesa—. Que es la hora de la siesta de las hijas de Cas.

Cas Landvik era su vecino y también el hermano de Till, el jefe de Jorge. Tenían muy buena relación con él y con su mujer, Elisa. En especial, su madre, que se llevaba muy bien con toda la familia Landvik. Pese a que los padres de Cas eran noruegos, habían vivido muchos años en Alemania y Anna Schwarz los veía como compatriotas con los que podía hablar en alemán.

—Cas y Eli no están este fin de semana —respondió Lukas—. Están fuera, así que hoy podemos desmadrar y poner la música a todo trapo.

Y no lo dijo en vano. Los altavoces no tardaron en escupir una canción a todo volumen. Reguetón en estado puro.

—¡Sacrilegio! —gritó su padre desde la barbacoa, agitando las pinzas en el aire—. Esa música está prohibida en esta casa.

—Eh, que yo también vivo aquí y tengo mis derechos —exclamó Lukas mientras comenzaba a bailotear. Encontró a Erika en su camino y le rodeó la cintura con los brazos, invitándola a seguir sus movimientos, pero ella se desasió y continuó husmeando en los platos que había en la mesa.

—¡Para nada! Independízate y podrás escuchar *eso* —dijo el cabeza de familia, arrugando la nariz con desdén.

Los ojos azules de Diego se cruzaron brevemente con los de Jorge e intercambiaron una sonrisa. Lukas y su padre siempre estaban peleándose. Quizá porque eran demasiado semejantes

—Venga, papá. Te tienes que modernizar. No puedes estar siempre escuchando esa música viejuna —dijo el más joven de los Alba.

—Esa música viejuna es puro arte —protestó su padre. Después, colgó las pinzas en el gancho metálico de la barbacoa y, dando grandes zancadas, se acercó al equipo de música. Solo un instante después, se hacía el silencio.

—Joder, papá…

—Joder, hijo. Si quieres ser el DJ hoy, tienes que seguir las normas.

Lukas miró al cielo como pidiendo paciencia, pero terminó por asentir.

—¿Qué tal anoche? —le preguntó Diego a Jorge en esos momentos.

—Pues no muy bien, gracias a ti —repuso con un aspaviento exagerado.

—¿A mí? —inquirió con mucha sorpresa.

—¿Por qué tenías el móvil desconectado? Erika te estuvo llamando.

—¿Me llamaste anoche? —Diego se dirigió a su hermana, perplejo.

Erika se acercó al borde de la piscina.

—¿Todavía no has encendido el móvil? —le cuestionó.

—Pues no —repuso Diego—. ¿Pasó algo?

—Alberto me dejó tirada en Altea y tuve que llamaros para que vinierais a rescatarme. Menos mal que Jorge sí estaba disponible.

—Lo dicho —dijo este—, que si no hubieras tenido el móvil apagado no me habríais jodido la cita.

—¿Otra vez has discutido con Alberto? —le preguntó Diego a Erika haciendo caso omiso a la última recriminación.

—Creo que voy a romper con él —asintió pensativa—. No somos compatibles.

—Eso te lo podía haber dicho yo hace cuatro meses, cuando empezasteis a salir —dijo su hermano mayor—. Es un imbécil.

—Vale —admitió ella—. Tienes razón.

—¿Por qué discutisteis?

—Porque es bastante machista —intervino Jorge desde el agua.

Su hermana ya le había puesto en antecedentes del motivo de la discusión la noche anterior. Al novio de Erika no le gustaba demasiado que ella saliera sola con sus amigas. Pobre desgraciado. Tenía las de perder, desde luego

—Algo así —dijo Erika con menosprecio, pero no continuó—. Y a ti ya te he pedido perdón quinientas veces por joderte la cita. Deja de recordármelo. Además, ¿no la has invitado a venir hoy?

—¿La vamos a conocer? —preguntó Diego con una sonrisa.

—Vienen luego, ella y su amiga —asintió Jorge, echándose el pelo hacia atrás que casi se le había secado ya—. Las trae Dani.

Pese a que él mismo se comprometió a ir a buscarlas, había hablado aquella mañana con su amigo y este se ofreció a recogerlas a las cuatro y media.

—¿Es guapa?

Jorge no tuvo tiempo de responder. Erika se le adelantó.

—Es una monada. Delgadita y con el pelo corto. Tipo duendecillo como le gustan a Jorge.

—¿Tú también? —se lamentó.

—Yo también, ¿qué?

—Nada.

En cuanto dijo aquello, se impulsó con las piernas en la pared de la piscina y se alejó de sus hermanos. Hundió la cabeza debajo del agua y se quedó un buen rato allí, disfrutando del vacío silencioso que le rodeaba.

Sus pensamientos fueron hasta Juls. Tenía ganas de volverla a ver. La cena de la noche anterior se le había quedado corta, muy corta. Quería pasar más tiempo con ella y conocerla un poco más. Tenía la sensación de que ambos eran bastante compatibles.

Los sofocados acordes de una canción distorsionados por el agua llegaron hasta sus oídos. Sacó la cabeza y escuchó la voz de Loquillo cantando su *Rock & Roll star*.

Por supuesto, su padre se había salido con la suya.

Tony Alba se hallaba de pie frente a la barbacoa y canturreaba con una expresión complacida en el semblante. Lukas, con cara sufridora, estaba a su lado mientras sostenía una fuente en la que su padre iba poniendo la carne que ya estaba hecha.

Su madre salió de la casa con una ensaladera y Erika hizo sitio en el centro de la mesa para que pudiera ponerla.

—*Nochmal*[9] Loquillo? —preguntó Anna a su hija en voz alta con fingida exasperación.

—Ya ves —repuso esta con un encogimiento de hombros y una risita.

—Que levante la mano el que prefiera mi música al reguetón de Lukas —dijo su padre.

Diego y Erika levantaron la mano con rapidez. Incluso Jorge, desde el agua, lo hizo.

Lukas soltó un exabrupto.

—Sois unos anticuados. ¿Qué he hecho yo para merecer una familia así?

—Somos tope guay —dijo Tony Alba con una risa.

—Joder, papá, ya nadie habla así. Estás pasado de moda.

—De eso nada, monada. Somos chachi.

Lukas resopló y se alejó seguido por la risa de su padre.

Jorge, que había contemplado el intercambio con una expresión risueña, nadó hasta la escalerilla y abandonó la piscina. Diego se acercó a él con una toalla y se la tendió.

—¿Te vas a quedar hoy o te vas a ir casa? —le preguntó Jorge.

Los dos últimos fines de semana, Diego se había ido a su apartamento después de comer y no se había quedado con la familia a pasar la tarde.

—Me quedo.

—¿Ya no estás con el chico ese? —inquirió con curiosidad.

Diego meneó la cabeza, sin entrar en detalles. Al contrario que Jorge, Erika o Lukas era bastante retraído y más serio que sus hermanos —era quizá el que más se parecía a su madre en carácter—, y no le gustaba demasiado hablar de su vida privada. Jorge era su máximo

confidente, pero incluso él se enteró de que estaba saliendo con un chico por pura casualidad, solo porque los vio juntos en la playa una tarde de hacía unos meses.

—¡Vamos! —llamó su padre—. La comida se enfría.

Tomaron asiento alrededor de la mesa, a la sombra del cenador, y comenzaron a servirse la carne y la ensalada.

—¿Qué tal en Berlín, mamá? —le preguntó Erika.

—Pues mal, sin mí —respondió su padre.

—¡Papá!

Su madre hizo caso omiso y comenzó a hablarles de los días que había pasado en Alemania con su familia. Solía ir a visitar a sus padres una vez al año, siempre por las mismas fechas.

—¿Has traído la cerveza esa especial? —le preguntó Lukas.

Siempre que iba a su país solía hacerlo.

—Está en la nevera —contestó su padre—. No está fría.

Siguieron comiendo en amigable silencio con la música de fondo. Una canción de Gabinete Caligari dio paso a otra de La Unión. Todas muy ochenteras.

—¿No sabes nada del Oceanográfico? —le preguntó su madre a Jorge en español.

—Todavía no. Aunque me han comentado que siguen con el proceso de selección. Quizá el mes que viene me digan algo.

—¿Qué vas a hacer si te cogen? ¿Te vas a mudar a Valencia? —inquirió Lukas.

—Ni idea. Todavía no lo he pensado.

—Si te mudas, yo podría quedarme con tu piso —intervino Erika.

—¡Ya era hora! —exclamó su padre flemático—. Pensábamos que nunca te ibas a independizar. Cariño —añadió, mirando a su mujer—, ya solo nos queda librarnos del pequeño y por fin solos.

Todos rieron, menos Erika que arrugó la nariz.

—Seguro que cuando me vaya me vais a echar de menos —dijo, fingiéndose ofendida.

—No te creas —añadió su padre.

—Para nada —dijo su madre otra vez en español.

La risa fue generalizada. Jorge le dio un codazo a Erika que se vengó pegándole una patada por debajo de la mesa.

—¿No te viene mejor alquilarte algo en Altea? —preguntó Diego.

El taller de reparaciones donde ella trabajaba estaba en el Puerto de Campomanes, a solo tres kilómetros de esa pintoresca villa.

—He mirado y todo lo que hay disponible no me gusta demasiado. O es muy caro o no me convence la situación. El apartamento de Jorge es ideal. Y el Albir está solo un par de kilómetros más lejos. No me viene nada mal.

—Si me sale lo del Oceanográfico y decido mudarme a Valencia ya te diré. Y si no, puedo mirar a ver si hay pisos disponibles en mi urbanización. Dado que papá y mamá tienen tantas ganas de librarse de ti —se burló Jorge.

—Lukas, ¿tú cuando piensas marcharte de casa? —preguntó el cabeza de familia mientras engullía un trozo de hamburguesa.

—Yo me voy a quedar a vivir aquí para siempre con vosotros —repuso este socarrón—. Para cuidaros en la vejez.

Tony Alba resopló.

—Por cierto —se inmiscuyó Erika—. Voy a dejar a Alberto.

—¿Alberto? ¿Ese es nuevo? ¿No se llamaba Bruno? —preguntó su padre confundido.

—No —rechazó su madre, alzando los hombros—. Ese era el de antes y rompió con él hace ya tiempo.

—Ah, vale. ¿Y por qué quieres cortar con este?

—Porque es un machista.

—Entonces haces bien en dejarle —dijo su padre—. No queremos hombres machistas en la familia. Conmigo ya tenemos de sobra.

—¿Machista tú? —intervino Jorge con una risa—. Pero si mamá hace contigo lo que quiere.

—*Es ist wahr*, Tony[10] —corroboró esta.

—Pero solo porque yo se lo consiento. Que soy muy macho —repuso, inflando el pecho con exageración.

Sus cuatro hijos le miraron con diferentes grados de escepticismo.

—Yo también tengo una noticia que daros —dijo Lukas. Sus ojos, tan azules como los de su madre, Diego y Erika, se ensombrecieron—. Eva está embarazada.

Todas las miradas fueron hacia él. Nadie parecía demasiado sorprendido.

—Pues a ver con qué sueldo mantienes al niño —dijo el patriarca con una sonrisa mientras se llevaba su vaso de cerveza a la boca. Le dio un trago y paladeó la bebida con ganas.

—¿Por qué nunca puedo colárosla? —refunfuñó Lukas.

Erika le tiró una servilleta que él atrapó al vuelo.

—Si la hubieras dejado embarazada, habrías venido llorando —intervino Jorge y le lanzó un trozo de pan que le impactó en el pecho.

Lukas le sacó la lengua.

—No hagas nada sin protección —dijo Anna Schwartz, impertérrita.

—La clase de salud sexual ya la tuvimos hace unos añitos. Esperemos que no se os haya olvidado nada. No me hagáis sacar el plátano y los condones para poneros a practicar —dijo su marido con ironía—. ¿Alguien más tiene algo que comunicar? ¿Embarazos? ¿Hijos secretos? ¿Nuevas relaciones?

—Jorge ha conocido a una chica —se chivó Erika—. Y la va a traer esta tarde.

El aludido resopló y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—¿Es algo serio? No me hagas encariñarme con ella y luego para nada —repuso su padre.

—La conocí hace dos días. Está aquí de vacaciones —explicó, encogiéndose de hombros.

—Bueno, mira tu madre y yo. Empezó como vacaciones y ya tenemos cuatro hijos.

—*Wie ist ihr Name?*[11] —intervino esta.

—Julia, pero la llaman Juls.

—Julia… —Anna Schwarz lo pronunció al estilo alemán, arrastrando la jota con suavidad, mientras asentía con aprobación.

—¿Cómo es? —preguntó su padre.

—Es muy mona. —Se adelantó su hermana veloz—. Pelo corto y rubio, ojos oscuros grandes y nariz respingona. Muy del estilo de Jorge. Y es simpática. Mucho. Fingió ser su novia para salvarle de Bea. Dos veces.

—¿Cómo es eso? —se interesó Tony.

Jorge les contó lo que había sucedido el viernes por la noche en La Sal y el día anterior en la playa, y relató cómo Juls se había convertido en su salvadora. No pudo evitar que sus labios se distendieran en una sonrisa al hablar de ella.

—Parece encantadora —dijo su madre.

—Joder con Bea —murmuró el padre—. Lleva tantos años loca por ti, la pobre. *Last Christmas, I gave you my heart…*[12] —tarareó con guasa.

—No me recuerdes eso —suspiró Jorge.

—¿Va a estar esta tarde también? Es por ir preparando las palomitas.

—Tienes suerte —intervino Erika, mirando a su hermano—. Está con su prima en Valencia y no vuelve hasta esta noche. Pero que sepas que me ha preguntado si iba a venir tu novia a la piscina esta tarde y cuando le he dicho que sí ha gruñido.

—¿De verdad que no conocéis a ningún chico que pueda servirle como pareja? —dijo Jorge con exasperación.

—A mí no me mires —repuso Lukas—. Mis amigos son todos muy jóvenes y además me caen bien. No querría que cargaran con esa cruz.

—¡Qué malo eres! ¿Por qué no le das una oportunidad? —dijo su padre con un mohín burlón.

—¿En serio la querrías de nuera?

—Bea es una buena chica —continuó su progenitor con tono inocente.

—Es buena chica, pero si tú te comprometes con Bea, yo me divorcio de tu padre —intervino su madre.

Tony Alba frunció el ceño y cerró la boca con fingida exageración.

—La matriarca ha hablado —dijo Lukas con una risita a la que se unieron los demás.

Siguieron comiendo hasta que vaciaron la fuente de carne y la ensaladera. La música seguía sonando de fondo. Diego se llevó los platos sucios a la cocina y volvió con una sandía. Su madre y Erika le siguieron y regresaron con una cafetera humeante y tazas. Mientras Tony Alba partía la sandía, comenzó a hacer más preguntas.

—Entonces, ¿quién va a venir esta tarde? ¿Vais a llenarnos otra vez la casa de gente como todos los domingos?

A pesar del tono seco de la pregunta, todos sus hijos sabían que le encantaba recibir a sus amigos. Cuantos más mejor, decía siempre.

—Por mi parte, viene solo Laura —contestó Erika, cogiendo una raja de sandía que le tendía su padre.

—Iván y Eva —añadió Lukas, en referencia a su mejor amigo y a su novia.

—Dani, Rafa, Juls y su amiga —dijo Jorge, sirviéndose una taza de café solo.

Diego hizo una señal de negación con la mano. También se sirvió un café.

—¿Y tú por qué no invitas a nadie, Diego? Algún *noviete* tendrás —dijo su padre.

Diego había salido del armario delante de sus padres con quince años. Y en todo ese tiempo no había llevado nunca ningún chico a su casa, pese a la insistencia de estos.

—No tengo ningún *noviete*, como tú dices —respondió muy serio.

—¿Cuándo nos vas a presentar a alguien? En un par de meses cumples veintiocho ya. Eres casi un anciano —insistió.

—No tengo prisa. —Se encogió de hombros.

No pudieron seguir hablando, porque en ese instante se escuchó el timbre de la puerta.

—Deben de ser Iván y Eva —dijo Lukas, irguiéndose—. Quedamos a las cuatro y ya son.

Jorge vació su café de un trago y comenzó a recoger la mesa. Diego se unió a él. Entre los dos llevaron las fuentes y el resto de los platos sucios a la cocina y comenzaron a meterlo todo en el lavavajillas.

Sus ojos terminaron por posarse sobre el perfil de Diego. Este se mantenía muy

silencioso mientras enjuagaba los platos en el fregadero.

—¿Estás bien, Diego? —le preguntó.

—Claro que estoy bien —repuso este, sin dirigirle la mirada.

—No has dicho casi nada durante la comida.

—Bueno, no soy tan hablador como vosotros.

Jorge suspiró y se quedó mirando a su hermano con el ceño fruncido. A veces, resultaba sumamente complicado hablar con él, era demasiado hermético.

—El chico ese con el que estabas… —se detuvo, sin saber cómo continuar—. Habéis roto de mutuo acuerdo o ha sido él…

—No era importante —le interrumpió mientras se inclinaba a meter una fuente en el lavaplatos—. No te preocupes por eso. Era un rollo de verano y nada más. Nada serio.

En cuanto dijo aquello, se irguió y se encaró con él. Le contempló con franqueza y una sonrisa apenas perceptible. La expresión de su rostro era tranquilizadora, aunque quizá había algo que subyacía en las profundidades de sus iris, algo semejante a la tristeza.

Jorge le estudió. Su hermano era un hombre atractivo, decidió, con el pelo castaño ondulado y sus ojos celestes. No era la primera vez que se percataba de ello y tampoco era la primera vez que se preguntaba por qué Diego no tenía suerte con sus relaciones. Nunca había tenido una pareja estable. Quizá su condición sexual le limitaba, aunque jamás le había oído expresar nada al respecto.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa —le dijo en voz baja.

La sonrisa de Diego se hizo más amplia y se llenó de afecto.

—Lo sé. Y tú a mí también.

—Yo lo hago, Diego. El que siempre se calla eres tú.

—No, es solo que no tengo nada especial que contar.

Jorge entornó los ojos con escepticismo, pero no quiso seguir insistiendo.

Erika apareció frente a ellos. Traía las tazas sucias del café que dejó en el fregadero antes de encaramarse a la encimera.

—Tu chica tiene que estar al caer —le dijo a Jorge, distrayéndole de todo lo demás.

—Tengo ganas de conocerla —anunció su hermano mayor.

Jorge sonrió cuando sus pensamientos volaron hacia Juls.

Él también tenía ganas de que ella pasara la tarde con su ruidosa familia.

Capítulo 9

Juls

No sabía muy bien lo que las esperaba al otro lado de aquella puerta metálica y eso la ponía un tanto nerviosa. Hasta sus oídos llegó el sonido de una canción que le resultó familiar, aunque no era capaz de ponerle título. Se giró y le echó una ojeada a Dani que había abierto la puerta del pasajero de su Volkswagen Golf para que Mariu pudiera bajarse.

—¿Seguro que no hay ningún problema en que nos presentemos así? —le preguntó por enésima vez.

—Seguro —respondió él—. Los padres de Jorge son la caña. Ya veréis.

Juls volvió a mirar hacia el alto muro de color beige con escepticismo. Sus propios padres eran serios y muy conservadores y nunca habían hecho buenas migas con los amigos de sus hijos, y mucho menos habrían deseado estar presentes en una reunión organizada por ellos. Quizá por eso aquella situación le resultaba tan extraña.

En ese momento, un viejo todoterreno blanco con rayas naranjas en los laterales se aproximó a la acera donde acababan de estacionar y aparcó justo delante del coche de Dani. Rafa salió de su interior y cerró la portezuela con fuerza. Llevaba unas bermudas blancas, una camiseta gris y una mochila a la espalda.

Juls se quedó mirando el vehículo con una sonrisa. Viejo, abollado y descolorido. Al menos tenía veinte años. Así que ese era el coche de Jorge. Indudablemente, iba mucho más con él que el Porsche.

—Hola —los saludó Rafa, elevando una mano.

—Hola —respondieron casi al unísono.

Mariu le había relatado su cita con Rafa de la noche anterior. Después de cierta incomodidad inicial se lo había pasado en grande con él. Le describió como un tipo simpático y extrovertido, aunque sus esperanzas seguían estando puestas en Dani. Era evidente en su forma de mirarle y de hacer caídas de pestañas de modo exagerado, aunque a él aquello parecía gustarle, si se tenía en cuenta la mueca tontorrona que se dibujaba en su cara en ese instante.

—¿Habéis llamado? —inquirió Rafa.

Ante su negativa, se acercó a la puerta y pulsó el timbre que había en un lateral. Pronto, se escucharon unas pisadas y la hoja metálica se abrió con brío.

Un joven con el pelo oscuro y los ojos claros se paró frente a ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola! Soy Lukas, el hermano de Jorge —dijo y se dirigió a ella directamente.

Antes de que pudiera prepararse, Juls se encontró entre los brazos del muchacho mientras este le plantaba dos sonoros besos en las mejillas. Algo aturdida por la afectuosa bienvenida, dio un paso atrás y le estudió con interés mientras él abrazaba a Mariu.

No se parecía en absoluto a Jorge.

—Sois los últimos en llegar. Ya estamos todos. Pasad. Rafa, dice mi hermana que quiere hablar contigo.

—Si es para pedirme el Porsche la respuesta es no.

Lukas soltó una carcajada.

Atravesaron un camino empedrado bordeado por pequeñas palmeritas. En la entrada, a la

derecha, había aparcada una moto negra de estilo vintage que dejaron atrás para internarse en la casa. Un recibidor que desembocaba en una cocina integrada a un amplio salón comedor se abrió ante ellos. Todos los muebles eran blancos y grises y proporcionaban un ambiente fresco y limpio a la vivienda. Un gran ventanal que daba al jardín se encontraba justo enfrente y a través de él se podía ver una piscina cuyas aguas refulgían bajo el sol. Varias personas en bañador deambulaban por allí.

Alguien se separó de uno de los grupos y accedió al salón por el ventanal.

Jorge.

Juls no pudo evitar escanearle de arriba abajo, deteniéndose en su pecho desnudo, que estaba húmedo, como si se hubiera dado un chapuzón, y en el tatuaje que adornaba su costado. Al notar cómo el calor subía a sus mejillas, carraspeó con suavidad y dio un paso a un lado.

Jorge se dirigió a ella con una sonrisa encantadora después de haber saludado a sus amigos con palmadas en la espalda y de haber besado a Mariu.

—Hola, Juls —le dijo, tendiéndole una mano, que ella tomó sin vacilar.

—¿Qué tal tu hermana ayer? —inquirió ella en voz baja.

—Todo bien. No fue para tanto —dijo. Se inclinó para que nadie más pudiera escucharle y añadió—: Estás muy guapa. ¿Es por mí o de nuevo lo haces por el coche?

—Siempre por el coche, ya sabes. Bueno, o por la moto que he visto aparcada en la puerta —repuso con fingida inocencia.

Él chasqueó la lengua con pretendida desilusión.

—Qué mala eres y qué superficial. La moto es de mi hermano, pero se la puedo pedir prestada, no te preocupes.

No la dejó responder porque tiró de ella hacia el exterior y comenzó a presentársela a todo el mundo. Lo hizo tan deprisa que Juls apenas tuvo tiempo de inspeccionar el entorno.

—A mi hermana ya la conoces —dijo, acercándose a la rubia—. Esta es su amiga Laura.

Juls asintió. Había visto a la pelirroja el día anterior en la playa.

Jorge también presentó a Mariu que los había seguido junto con Dani y Rafa.

—Y este tío tan atractivo es mi hermano mayor, Diego.

Se plantó frente a un hombre con aspecto sereno que estaba sentado en una de las tumbonas de la piscina y que se incorporó en cuanto se acercaron. Era un par de centímetros más alto que Jorge, con el pelo castaño y los ojos profundamente azules, que la saludó con una sonrisa. A Juls le pareció muy atractivo, como el propio Jorge acababa de mencionar.

—Estos son Iván, el amigo de mi hermano Lukas, y Eva, su novia.

Los dos jóvenes que tenían sendos vasos en las manos, se dieron la vuelta y nuevos besos fueron intercambiados.

—Y esos de allí son mi padre y mi madre. —Jorge señaló con el dedo a una pareja que bailaba muy pegada al otro lado del jardín, al ritmo de la canción lenta que salía de los altavoces —. En cuanto se separen, cosa que puede que no suceda en años —añadió con ironía—, os los presento.

Juls los contempló maravillada. ¿Aquellos eran los padres de Jorge? Curioso. No parecían ser mucho mayores que sus propios hijos. El hombre era como un calco del propio Jorge, con la piel muy morena, y la mujer, rubia, alta y delgada se parecía muchísimo a Erika. Incluso desde la distancia se podía apreciar que era toda una belleza.

—Tu madre es preciosa —le susurró.

—Lo es. La gente dice que se parece mucho a Claudia Schiffer.

Juls volvió a observarla. Era cierto. Sí que se daba un aire a la *top model* de los noventa.

—¿Qué queréis beber? ¿Cerveza? ¿Café? ¿Zumo? ¿Un refresco? —ofreció Jorge y señaló la mesa sobre la que había unas cuantas botellas, una cafetera y unos vasos—. Si queréis algo más fuerte también os lo puedo traer.

Tanto Mariu como Juls se decantaron por un zumo. Rafa y Dani se sirvieron unas cervezas.

La canción terminó y se hizo un silencio en el jardín, solo interrumpido por las animadas conversaciones de los allí presentes. Por fin, los padres de Jorge se separaron y acudieron a presentarse.

El cabeza de familia palmeó a Rafa y a Dani en los hombros e intercambió unas risas con ellos, mientras su mujer se quedaba en un discreto segundo plano. Después, se dirigió a ellas.

—Soy Tony y ella es mi mujer, Anna. Bienvenidas.

—Ellas son Juls y Mariu. —Jorge hizo la introducción.

—Un placer. Si mi hijo se porta mal con vosotras, venid a decírmelo y le pondré en su sitio —dijo con un simpático guiño.

Como Juls ya había podido comprobar hacía un rato en la distancia, Jorge era clavado a él. Tenía una mirada abierta y socarrona y parecía un hombre muy agradable. La madre, por el contrario, se mostraba un poco más distante, aunque su sonrisa era genuina. No aparentaba en absoluto su edad. Podía pasar perfectamente por hermana de sus hijos.

—Eso es, Georg, pórtate bien —le dijo a su hijo con un fuerte acento. Pronunció el nombre con una G suave, de un modo muy diferente a como se decía en español—. Un placer conoceros —añadió antes de alejarse.

Jorge maniobró a Juls hacia la tumbona más alejada, dejando algo apartados a los demás. Tomó asiento y tiró de la mano de ella para que también lo hiciera.

—¿Georg? —le interrogó Juls con curiosidad.

—Solo mi madre me llama así —admitió él—. Le resulta complicado pronunciar mi nombre en español.

—¿Y por qué te pusieron ese nombre? —indagó, dándole un trago a su zumo.

—La culpa es de mi padre. Yo debía de haberme llamado David, pero camino del Registro cambió de idea. Mi madre estuvo a punto de matarle cuando regresó.

Juls se rio mientras sus ojos paseaban por el jardín. Mariu, Dani y Rafa se habían acercado a la mesa. Erika y su amiga se estaban dando un baño y Diego se había unido a ellas. Los demás, incluyendo a los padres de Jorge, se arremolinaban en torno al equipo de música, buscando algún otro CD que poner, sin ninguna duda.

—Puedes quitarte la ropa y darte un baño, si quieres —le propuso Jorge, echándose hacia atrás y apoyando las manos en el borde de la tumbona.

En esa postura, su tatuaje era todavía más visible y Juls admiró la perfección del dibujo.

—¿Ya me pides que me desnude? —le dijo con tono burlón—. Un poco pronto, ¿no?

—Llámame descarado. Soy un mal chico, ya ves.

Ella se rio.

—Mal chico o buen chico, tienes razón. Hace mucho calor para estar con la ropa puesta y un chapuzón suena muy tentador.

Se despojó de la camiseta y del pantalón corto y los guardó en la bolsa de playa que había dejado en el suelo. Se quedó en bikini. Fue muy consciente de la mirada que él le lanzó.

—Hombre, aprovecha que no soy una mujer muy tímida y mírame de frente —le sugirió con entonación procaz—. ¿Te gusta el bikini?

—Me encanta. Te cubre… lo justo —dijo él.

Ella volvió a reírse al ver cómo a él se le velaban los ojos. Le gustaba ver el efecto que su semidesnudez tenía sobre él. Técnicamente, el bikini no era en exceso provocativo, era más bien normalito. Blanco con flores negras.

Por fin, el grupito frente al equipo musical parecía haberse puesto de acuerdo y una melodía que Juls reconoció llenó el silencio.

—Es *Escuela de calor* —dijo, asintiendo apreciativamente con la cabeza—. De Radio Futura.

—¿Los conoces?

—A mi hermano Félix le encantan.

—Mi padre es un puñetero friki de la música ochentera, así que no esperes oír otra cosa en toda la tarde. Lukas ha intentado poner reguetón antes y casi le deshereda.

—Es que eso es algo muy desheredable —repuso con una mueca.

—Estamos de acuerdo —se rio él y luego le dio un trago a su lata de Aquarius—. En breve va a comenzar el espectáculo —murmuró después.

—¿Espectáculo?

—Te dije lo de hacer *playback* y actuar, ¿no? Pues el momento se aproxima.

Señaló al otro lado del jardín, a la plataforma de madera. Su padre se había encaramado a ella y cantaba, utilizando una botella de agua como micrófono.

—Eso no es *playback*, desde luego —dijo Juls con una risa divertida al escuchar la estentórea voz del padre de Jorge, que lo daba todo en el escenario.

Lukas, su novia y el amigo de este le jaleaban con entusiasmo. Su mujer había tomado asiento junto a la mesa y le aplaudía, pero con más moderación.

Juls miró a Jorge de reojo. Este tenía la mirada fija sobre el escenario y una sonrisa cargada de afecto transformaba su cara. Era palpable el cariño que sentía por su progenitor.

Detrás de ellos, desde el agua, Erika y su amiga Laura también cantaban a voz en grito.

—¡Hace falta valor! Hace falta valor. ¡Ven a la escuela de calor!

Juls no pudo evitar dejar escapar una risa alegre. El ambiente era alucinante y de lo más pintoresco. Se sentía fabulosa. Sus ojos se posaron sobre Diego que acababa de abandonar la piscina por el otro lado y se mantenía de pie en el borde, frotándose el pelo con una toalla; observaba la escena con aprobación.

—Tu hermano mayor es… —se interrumpió sin saber cómo continuar.

—Mi hermano mayor es… ¿qué? ¿Tengo que ponerme celoso? —bromeó él.

—¿Celoso? —Soltó una risa—. Me refiero a que es bastante más calmado que todos los demás. No sé. Parece tan sereno. Impone un poco.

—Es el que más se parece a mi madre. ¿La ves? La calma y la flema en persona, como mi hermano. Alemanes de pura cepa. Aunque dicen que la procesión va por dentro, pero si te digo la verdad nunca he visto a Diego perder los nervios. Cuando se enfada se convierte en un hombre de hielo, ni siquiera alza la voz. Todo lo contrario a mi padre o a mi hermano pequeño. Míralos. Españoles al cien por cien.

Juls no pudo evitar darle la razón. Tanto su padre como su hermano Lukas, que se había subido al escenario con él, cantaban a voz en grito.

—¿Y tú? ¿Cómo eres?

—Yo soy una mezcla. Setenta y cinco por ciento español, veinticinco por ciento alemán.

—Ese veinticinco por ciento ¿a qué corresponde? —inquirió con curiosidad.

—A que adoro la cerveza —respondió él con un guiño—. Y que soy del Bayer de Múnich.

Ella se rio con ganas.

—¿Cuándo te toca a ti? —le preguntó al cabo de un rato, señalando el escenario.

Él giró la cara y la miró. Le brillaban los ojos y su sonrisa era enorme.

—¿Te apetece verme haciendo el ridículo?

—Me apetece reírme.

—Eres malvada.

— Naaa —rechazó—. Me reiría contigo, nunca de ti.

—A mí me gustaría hacer otra cosa además de reírme contigo.

Nada más decir aquello, se aproximó un poco más, de modo que sus brazos se rozaron. El sol había calentado la piel de ambos por igual, no obstante, Juls sintió como si la de él estuviese ardiendo contra la suya. No era una sensación desagradable y no intentó apartarse, recreándose en ella mientras se humedecía los labios con lentitud.

—No hagas eso. —Le escuchó decir.

—¿Eso?

—Sí. No te mojes los labios con la lengua si no quieres que me convierta en un salvaje y me abalance sobre ti.

—¡Cuanta agresividad! —le lanzó, mirándole a hurtadillas.

A él le refulgían los ojos y no era porque el sol se reflejase en ellos.

—Puedo ser rudo o puedo ser muy suave. Depende.

—¿De qué depende?

—Del momento.

—Y en un momento como este, ¿qué harías? Estamos en casa de tus padres, rodeados de gente.

—Me encantaría llevarte al agua, abrazarte y robarte un beso —dijo con la voz ronca—. Aunque no sería un beso robado, porque tú querrías dármelo.

—¿Estás seguro?

Él se inclinó y enterró la cara en el hueco de su cuello.

—Sí —le dijo en un susurro, bañando el lóbulo de su oreja con su aliento.

Ella guardó silencio. Su abdomen había comenzado a trepidar. El coqueteo comenzaba a írsele de las manos y a convertirse en puro deseo. Ladeó la cara y le contempló. Él estaba tan cerca de ella que pudo verse reflejada en sus pupilas. Su mirada decía que le hubiera gustado hacer algo más que solo acariciarla con el brazo.

De pronto, hacía mucho calor y Juls solo deseó meterse en el agua.

Me encantaría llevarte al agua, abrazarte y robarte un beso.

A ella también le gustaría, para qué negarlo.

—¡Jorge! ¡Ven!

La voz del padre de él, llamándole a gritos, la sacó de su abstracción. Carraspeó con fuerza y se dio cuenta del lugar en el que se encontraban. Casi lo había olvidado.

—Creo que vas a tener la oportunidad de verme hacer el ridículo. —Él se apartó y elevó los ojos al cielo.

—¡Vamos! —gritó su progenitor con un brioso gesto.

Lukas, su amigo y una empapada Erika se habían unido a él en el escenario. Escuchaban la melodía que salía de los altavoces con intensidad, aguardando a que el cantante comenzara a entonar la letra.

—Tengo que ir —exclamó Jorge—. Es como el himno familiar. No me puedo escapar.

Se irguió y le dirigió una disculpa muda antes de ir hacia la plataforma. Ágilmente, se

encaramó a ella y se situó al lado de su padre, cuando la primera estrofa salía al aire.

—¡Y creo que he bebido más de cuarenta cervezas hoy! ¡Y creo que tendré que expulsarlas fuera de mí!

Juls los escuchó cantar con sorpresa. No conocía el tema, pero según iba siguiendo la letra, una risa burbujeante se iba formando en su pecho. ¿Himno familiar? ¡La canción era una pura gamberrada!

Paseó la mirada por el jardín y vio que todo el mundo parecía estar participando de aquella insensatez de algún modo. La amiga de Erika, la novia de Lukas, Dani, Rafa y hasta la propia Mariu se habían reunido delante del improvisado escenario y bailaban y saltaban sin mucho ritmo. La madre de Jorge y su hermano Diego permanecían sentados en torno a la mesa, pero incluso ellos tarareaban y movían la cabeza al ritmo de la música.

—¡Mi agüita amarilla! ¡Mi agüita amarilla! —cantaba el padre de Jorge en voz muy alta, desafinando a propósito. Se contorsionaba como si le estuviera dando un ataque y Juls le contempló fascinada. En las pausas, acercaba la botella que utilizaba como micrófono al entregado público, animándolos a participar, como si fuera el cantante de un grupo famoso.

Jorge cantaba desaforadamente y se movía con abandono, igual que todos los demás. Juls le estudió maravillada. Parecía como si todo le importase un carajo, como si no le preocupara lo más mínimo hacer el ridículo o lo que los demás pensaran.

Le encantó su actitud.

Sus miradas se cruzaron y él le lanzó una sonrisa canalla. Ella no pudo más que corresponderle con otra semejante.

Él había comenzó a sudar y su piel tostada brillaba. Además, sus movimientos ponían de manifiesto la perfecta musculatura de sus hombros y espalda, convirtiéndole en un regalo para los ojos, al menos, para los de Juls.

De pronto, todos comenzaron a hacer el loco, a saltar y a berrear el estribillo, ahogando la música en los gritos. La plataforma no era demasiado grande y apenas podía contener a las cinco personas que había sobre ella, pero eso no los impidió cruzarse y chocarse mientras las risas se mezclaban con los aullidos.

Era una auténtica locura.

A Juls la situación le pareció surrealista. Sin embargo, no podía negar que estaba disfrutando cada momento de ella.

Jorge estaba grandioso, ahí, entregado y vibrante.

Ella comenzó a sentir un hormigueo en la punta de los dedos y las ganas de unirse al sarao y darlo todo, como hacían los demás, la acuciaron. Pero, antes de que hubiera podido tomar una decisión, la canción había acabado. Los silbidos y los aplausos se sucedieron y en un par de segundos, un agitado Jorge se encaminaba hacia ella. Traía una expresión satisfecha en la cara y una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora sí que necesito un baño —exclamó, dejándose caer junto a ella—. ¿Qué? ¿Qué te ha parecido? ¿He hecho el ridículo?

—Para nada. Has estado fantástico. ¿Es una canción sobre el pis?

Él se carcajeó con fuerza.

—Sí. Es *Mi agüita amarilla* de Los Toreros Muertos.

—No la conocía y al grupo tampoco. Es pintoresca. ¿Y cómo es que un tema sobre el pis es vuestro himno familiar? —inquirió con ironía.

Él tenía un aspecto tan atrayente y seductor, que las ganas de inclinarse sobre él y devorarle se le alojaron en el pecho haciendo que el corazón le palpitara a toda velocidad. Apartó

la vista a toda prisa, huyendo de la tentación.

—Mi padre. Ya te he dicho que es un friki —dijo él con una risa.

—¿Y tu madre qué opina?

—Mi madre es igual de friki, solo que necesita unas copas para lanzarse. Si se bebe unos cuantos chupitos, en breve estará disputándose con mi padre la hegemonía sobre el equipo de música. Ella también es una fanática de la música ochentera. En Alemania también hubo un movimiento musical similar a la movida de aquí. Se llamó *Neue Deutsche Welle*[13] y tuvo lugar a principios de los ochenta. Cuando mi madre escucha su música se convierte en una fiera.

Juls miró a Anna Schwarz que hablaba con tranquilidad con su hijo Diego. Le resultaba increíble que esa mujer tan elegante y seria pudiera convertirse en aquello que describía Jorge.

—¿Y tu hermano?

—Diego es Diego —dijo él, alzando los hombros, como si aquello lo explicase todo—. Él sí que tiene que estar muy borracho para participar. Me voy a dar un baño —añadió, cambiando de tema y poniéndose en pie—. ¿Te vienes?

Juls no vaciló. Se incorporó y clavó los ojos en la invitadora piscina.

—Sí, claro.

Un pequeño temblor recorrió sus extremidades al recordar lo que él había dicho de robarle un beso en el agua.

Jorge

Sacó la cabeza del agua hasta que esta solo le cubrió la parte baja de la barbilla y escaneó la superficie para encontrarla.

Juls estaba en la zona que menos cubría de la piscina, junto a la escalera que llevaba al exterior. Se sacudía con energía y las gotas que se desprendían de su pelo corto volaban en todas direcciones, atrapando la luz del sol.

La imagen se incrustó en las retinas de Jorge y entornó los ojos al sentir el calor recorriéndole la parte baja de la espalda.

Con mucha parsimonia, nadó hasta donde ella se encontraba y se detuvo a dos pasos de distancia.

—¿Bien? —le preguntó.

Ella elevó los párpados y una sonrisa apareció en su boca al verle tan cerca.

—Fantástico. El agua está deliciosa.

—¿Quieres salir ya? —lo preguntó con desgana. Acababan de sumergirse y no había nadie más con ellos en la piscina. Todos se hallaban fuera, disfrutando del sol y de la música.

—No —contestó ella—. Todavía no me apetece salir.

Él se irguió en toda su estatura y avanzó otro paso. Uno más y sus cuerpos entrarían en contacto. El agua le cubría por las caderas.

Ella alzó el rostro y le miró, expectante, mientras se echaba el pelo hacia atrás. Parecía querer que él diera ese paso que los separaba.

Transcurrieron unos segundos silenciosos en los que ambos se estudiaron mutuamente. Había una fuerte conexión entre ellos, era indiscutible. Cada vez que sus mirabas chocaban saltaban chispas. Jorge no era ajeno a nada de eso y sabía que ella tampoco.

—¿Qué te parece mi familia? —le preguntó.

—Creo que estáis todos locos y me encanta —contestó ella en voz muy baja—. Y también tengo un poco de envidia. Mis padres son muy… estirados. Nunca harían nada semejante.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Tengo una buena relación, aunque algo distante.

—¿Y con tus hermanos?

—Me llevo muy bien, sobre todo con Félix, pero la diferencia de edad se nota. Se marcharon pronto de casa y me he criado como si fuera hija única.

—Vaya. Yo no sé qué haría sin mis hermanos —repuso él, dirigiendo los ojos hacia donde ella miraba.

Diego y Lukas hablaban con sus padres. Erika bromeaba con Rafa y Laura. Y los demás habían tomado asiento en las tumbonas y conversaban.

—Me imagino —dijo ella—. Se nota que estáis muy unidos.

—Hace calor —dijo él repentinamente—. ¿Vamos hacia allí?

El sol se había ido desplazando poco a poco y una parte de la piscina, la que estaba en el otro extremo, algo más alejada de la gente, se hallaba a la sombra. Ese era el lugar que él señalaba con el dedo.

—Sí —aceptó ella. Se puso en movimiento, desplazándose por el agua con lentitud, dando brazadas.

La siguió.

La zona en sombra era la más profunda. Él hacía pie, pero ella hubo de sujetarse al borde.

—Puedes agarrarte a mí —ofreció él.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—Sí. Quería tenerte solo para mí, necesitada de ayuda —bisbiseó.

—No estamos en medio del océano —dijo ella con sarcasmo.

Él apoyó las manos en el borde, enjaulándola con sus brazos. Ella no intentó apartarle. Se limitó a mirarle con los ojos semicerrados, provocadores.

—Creo que el momento del beso robado se acerca —murmuró él.

Ella escrutó el jardín por encima de su hombro.

—Eres un exhibicionista —le dijo.

—No nos ve nadie. Te tapo con mi cuerpo.

Ella chasqueó la lengua.

—Como si no supiesen lo que estamos haciendo.

—¿Te da vergüenza?

Se acercó tanto al hacer esa pregunta que su torso rozó sus senos. Bajó la mirada y vio que, a través de la tela elástica del bikini, se apreciaban sus pezones endurecidos. No sabía si la causa era por el agua fría o por su cercanía, aunque esperaba que fuera por lo segundo.

—No soy tímida, pero la situación no es la ideal.

—¿Y si nos sumergimos? —propuso con una sonrisa traviesa—. Debajo del agua no nos verá nadie.

—¿Es en serio? —exclamó con incredulidad—. Eso me recuerda a cuando tenía trece años y me besé por primera vez con Mario, el chico que me gustaba, en la piscina de una urbanización a la que íbamos en verano.

—Pues no es mala idea. Así recuerdas los viejos tiempos.

Le miró con el ceño fruncido.

Él la sujetó por el talle. Su piel era muy suave. Notó cómo ella se estremecía bajo las palmas de sus manos.

—Estás loco.

—Un poco. ¿No me has visto antes en el escenario? —Le guiñó un ojo—. Venga, te

espero abajo. No tardes.

Cogió aire por la boca y se sumergió. Esperaba que ella se uniera pronto a él, aunque no tenía mucha prisa, era capaz de aguantar más de cuatro minutos en apnea. Abrió los ojos y los apuntaló en el cuerpo que se agitaba frente a él. La luz que provenía del exterior jugaba con su piel, creando curiosos claroscuros sinuosos sobre ella, cuya tonalidad aparentaba ser más clara que en la superficie.

No había pasado mucho tiempo, quizá veinte segundos, cuando Juls también se sumergió. Tenía una expresión de extraña desconfianza en su rostro distorsionado por el agua.

Jorge alzó las manos y le acunó la cara con ellas, luego, acercó la boca a la suya y presionó sus labios sobre los suyos mientras Juls se mantenía inmóvil y le dejaba llevar la voz cantante en aquella absurda situación. Se separó con parsimonia, sin quitarle la vista de encima y sin soltarle la cara. Ella parecía realmente sorprendida, como si no le hubiese creído capaz de hacer algo semejante.

Él le sonrió burlón.

Ella liberó el aire por la nariz y multitud de burbujas ocultaron su semblante. Después de eso, le empujó del pecho y emergió con rapidez.

La siguió.

—Es tan ridículo e infantil. —Escuchó que decía mientras se echaba el pelo hacia atrás.

La miró de frente y se encontró con sus pestañas oscuras empapadas, goteando.

—Es infantil —admitió—. Pero reconoce que tiene su gracia. Seguro que nunca te han dado un beso así en años. ¿Soy mejor que Mario?

Ella se rio con ganas.

—Mil veces mejor. Sin ninguna duda —dijo con una mueca.

Él no perdió el tiempo y volvió a arrinconarla contra el borde. De nuevo, se pegó a ella hasta que lo único que separaba sus cuerpos era la tela de sus respectivos trajes de baño. Su respiración se había acelerado y la de ella también.

—¿Y si ahora nos damos un beso de verdad? —dijo y bajó la cara hasta que su nariz le rozó la mejilla. Aspiró hondo. Debajo del cloro, olía a mandarina.

No la dejó responder, aunque tampoco parecía muy inclinada a hacerlo. Tenía la mirada nublada y la boca entreabierta, como esperando a que él la apresara con la suya. Y Jorge no se hizo de rogar. Deslizó los labios por su piel, fresca y húmeda, hasta que conectaron con los suyos. Y por fin intercambiaron ese beso del que llevaban hablando un buen rato.

Él disfrutó de su suavidad y tersura, recreándose en cada pequeño detalle, en cada movimiento y sonido. Las puntas de sus lenguas chocaron y ambos dejaron escapar suspiros similares, cargados de anhelo. Sus lenguas terminaron por enredarse del todo y danzaron frenéticas y sin control. Y sus cuerpos imitaron a sus labios, acoplándose; las piernas de ella ascendieron hasta rodearle el talle, mientras él utilizaba las manos para sujetarle los muslos, pegándola todavía más a su cuerpo. No tardó en notar cómo su bañador se tensaba bajo la presión de una pesada erección y gruñó, gruñido que fue a parar al interior de la boca de ella, que inclinó un poco la cabeza con abandono para que él pudiera profundizar todavía más en el beso.

Beso que se prorrogó como si todo lo que había a su alrededor hubiese desaparecido y dejase de importar. No había gente. No había música. No había nada. Solo ellos dos rodeados por el agua, inmersos en el gozo de sus bocas unidas.

Fue él quien recuperó la cordura primero.

A duras penas y con los ojos empañados por la pasión, alzó la cara y la miró. Ella tenía las pupilas dilatadas y respiraba con dificultad.

—Vaya —murmuró Jorge con voz casi inaudible. Se había quedado sin palabras. El beso había sido mucho más de lo que había esperado.

—Sí —repuso ella—. Vaya.

Como si de repente fuera consciente de su situación, bajó las piernas de su cintura y se apartó de él todo lo que pudo, que apenas fueron unos centímetros. Jorge no trató de detenerla. En realidad, lo que necesitaba en ese momento era distancia, si quería que su miembro dejase de palpitar con brío dentro de su bañador. Quizá no era el lugar más adecuado para tener una erección de ese tamaño, se dijo con ironía.

Juls era puro fuego.

—Ha sido… —comenzó ella, pero se detuvo. Se mostraba mucho más tímida que hacía un minuto.

—¿Apoteósico? ¿Superior? ¿Indescriptible? —dijo él con tono engreído.

—Tampoco es para tanto —rechazó con un ademán—. No ha estado mal.

La miró con fingido reproche y ella se ruborizó.

—Bueno, ha sido bastante mejor que eso —admitió al fin en voz baja.

—Y con público.

—¿Crees que alguien nos ha visto? —Su voz sonaba desesperanzada.

Él echó un vistazo por encima de su hombro. Su mirada se cruzó con la de Rafa que le guiñó un ojo y luego con la de Erika que le mostró el pulgar de la mano derecha elevado.

—Seguro que no —mintió.

Ella bufó.

—Mentiroso.

Él soltó una carcajada.

—Y si nos han visto tampoco pasa nada. Así aprenden lo que es un beso de verdad.

Nada más decir aquello, bajó la cara y posó su frente sobre la de ella, pero no intentó acercar su cuerpo. Su erección comenzaba a disminuir y no quería despertarla de nuevo.

—Quiero repetir —susurró.

Ella le apartó, empujándole del pecho.

—Será en otra ocasión, con algo menos de público —le dijo.

—Perfecto. Pero ¿me prometes que va a haber más veces?

Ella se zafó de sus brazos y se alejó, nadando a braza sin darle ninguna respuesta, aunque su sonrisa juguetona lo decía todo.

Jorge la siguió hasta las escaleras. Y no pudo evitar que sus ojos la escanearan de arriba abajo cuando abandonó la piscina y se dirigió hacia donde había dejado su bolsa. Aunque fue algo más que un simple escaneo, fue un examen concienzudo. Su estrecha espalda que desembocaba en su firme trasero y su sugerente movimiento de caderas. Sexi. Casi lamentó que se envolviera en la toalla y le privase del placer de contemplar su cuerpo. La vio sacudir la cabeza, salpicando pequeñas gotas de agua a su alrededor.

Él tardó en ir tras ella. Se quedó en el agua haciendo tiempo hasta que su miembro adquirió su tamaño normal en reposo. Un rato después se sentaba en la tumbona, a su lado, prescindiendo de toalla mientras el sol le secaba la humedad y le calentaba la piel.

No hubo ni un solo acercamiento más en toda la tarde, pese a que permanecieron uno al lado del otro. Tampoco estuvieron solos en ningún momento. Dani, Rafa, Mariu y su hermano Diego se acercaron a ellos y pronto comenzaron a hablar de música, de series y de cine. Algo más tarde, sus padres abandonaron sus ganas de bailar y también se unieron al grupo. Los temas de conversación se sucedieron.

Jorge, en contra de su costumbre, no habló demasiado. Estaba distraído. No podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido en la piscina. El beso había sido más que perfecto. Hacía mucho tiempo que nadie le excitaba así, con un único y simple roce. Le había dejado con ganas de más. De mucho más.

Mientras Juls se mimetizaba con el ambiente y hacía preguntas y respondía a otras que le formulaban, la contempló a hurtadillas, cuestionándose en silencio si a ella le habría gustado tanto como a él ese instante que habían compartido.

En un momento dado, aprovechando su distracción, acercó la mano que tenía apoyada sobre el borde de la tumbona a la de ella, hasta que sus dedos meñiques se rozaron subrepticiamente. Había algo muy íntimo en aquel gesto, teniendo en cuenta la gran cantidad de terminaciones nerviosas que había en las manos y en especial en los dedos y la de millares de sensaciones que se podían experimentar con ellos. Ella no se apartó y él sintió un agradable hormigueo en la mano que le llevó a combar los labios en una sonrisa satisfecha.

Los demás hablaban, bebían y se reían.

A su espalda, Lukas y Erika chapoteaban en el agua con sus amigos.

En el equipo de música sonaba *La chica de ayer* de Nacha Pop.

Y él y Juls permanecían con los dedos unidos, sin moverse.

Y estuvieron así un buen rato, hasta que ella se retiró para tomar un vaso de zumo que alguien le ofrecía. Jorge echó de menos la caricia de inmediato.

El crepúsculo cayó sobre el jardín mucho antes de lo esperado y lo bañó en sombras. Eso supuso el fin de la reunión y la gente comenzó a despedirse. Primero fueron Iván y Eva y, poco después, Erika y Laura anunciaron que iban a bajar a Benidorm a ver a unos amigos. Diego apareció vestido con sus pantalones de cuero y dijo que había quedado con alguien.

Juls y Mariu también se pusieron la ropa.

Tony Alba y Anna Schwarz se despidieron de ellas efusivamente, conminándolas a volver cuando quisieran.

Dani se ofreció a llevarlas a casa, pero Jorge le hizo una señal y la invitación de Dani tornó del plural al singular con rapidez y se dirigió solo a Mariu. Juls miró a Jorge con sorpresa y él puso cara de inocente.

—Lo único es que no te puedo invitar a ir en moto porque mi hermano se la acaba de llevar —le dijo, después de ponerse una camiseta y unas zapatillas.

—Vaya, entonces no sé si es mejor irme con Dani —se burló ella.

—Eh, te olvidas de que tengo un Porsche en el que solo suena Kiss FM. Estoy seguro de que eso no lo supera Dani. Además —añadió en voz muy baja—, soy el que mejor besa bajo el agua.

—Me has impresionado, cierto —repuso con soniquete, dándole un ligero golpe en el brazo—. No me queda más remedio que irme contigo.

La condujo al garaje donde tenía el coche de Rafa, aparcado al lado del monovolumen de su padre. Le abrió la puerta del pasajero, con un ademán exagerado, muy caballeroso y educado y ella accedió al interior y tomó asiento.

Solo unos minutos después estaban en la carretera. Jorge sintonizó la radio a un volumen muy moderado y bajó las ventanillas al tiempo que lamentaba que el trayecto fuera tan corto. El edificio donde ellas vivían estaba a menos de diez minutos de allí. Le hubiera gustado tener a Juls un ratito más para él, después de haberla compartido con todos los demás las últimas horas.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó, echándole una ojeada furtiva.

—Sí. El ambiente era estupendo. —La sonrisa de ella era genuina.

—El domingo que viene nos volvemos a juntar —comentó—. Estáis invitadas.

—¿Lo hacéis todos los domingos? —lo preguntó al tiempo que se giraba en el asiento para encararle de frente.

—Casi todos. A mis padres les encanta tener gente en casa.

—Son geniales. Me han caído muy bien. Toda tu familia me gusta. Tus hermanos también.

—¿Incluso Diego? Sé que puede ser abrumador. Es muy serio.

—Me ha parecido muy agradable.

—¿Y yo? ¿Qué te he parecido yo?

Pudo ver como ella se mordía el labio a la tenue luz del salpicadero.

—Has estado a la altura —dijo al cabo de un rato con ironía.

Él se rio. Le agradaba que fuera capaz de seguirle el rollo y no le tomase muy en serio.

El Porsche se deslizaba con suavidad por el asfalto. No tardaron en alcanzar la Rotonda del Fuego, llamada así porque en su centro había un monolito con una pieza de hierro rojo imitando a una llama. No había ni un solo vehículo en la carretera. Pronto, llegaron a otra rotonda con una fuente en el centro y él puso el intermitente para tomar la primera desviación. Las palmeras se alternaban con otros árboles más convencionales en la mediana y en el arcén, y al fondo, a lo lejos, se podían ver los altos edificios de Benidorm.

—¿Te voy a volver a ver antes del domingo?

Ella, que miraba absorta por la ventana, dio un respingo al escuchar la impaciente pregunta.

—Estamos de vacaciones. Yo tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Eso es un sí?

—Es un sí.

Él se sacó el móvil del bolsillo del pantalón y se lo tendió.

—Llámate.

Ella no vaciló en hacerlo. Una tenue melodía que no duró demasiado salió desde el fondo de su bolsa. Después, le devolvió el teléfono.

—Voy a estar bastante ocupado mañana y pasado, pero a partir del miércoles estaré más tranquilo. ¿Te llamo y quedamos? Podemos ir a tomar algo o lo que surja…

Dejó la última frase en el aire para que ella la completara como quisiera. Sabía que había empleado un tono provocador, pero a Juls no pareció desagradarle lo más mínimo

—Me parece bien —aceptó con la respiración entrecortada.

A Jorge, la respuesta le repercutió en el bajo vientre. Cogió aire con lentitud y lo expulsó con más lentitud todavía, llamándose al orden.

Después de eso, ambos guardaron silencio.

—Estamos pasando por el mismo sitio que ayer —comentó ella al cabo de unos segundos.

Cierto, estaban atravesando la rotonda del platillo volante.

—Sí. Por aquí se llega a la autopista. ¿Recuerdas que te dije que este vial unía unos pueblos, Finestrat y La Nucía? La casa de mis padres está en una urbanización de Finestrat. Como ves, está muy cerca de Benidorm.

«Demasiado cerca», refunfuñó para sus adentros.

No le apetecía nada separarse de ella todavía. No obstante, al día siguiente iba a madrugar mucho porque tenía una inmersión a las nueve de la mañana con un grupo de ocho personas. Y era lo suficientemente responsable como para no presentarse a trabajar después de haber

trasnochado, lleno de cansancio.

Atravesaron la última rotonda y poco después, él detenía el coche frente al edificio donde ella se hospedaba. Aparcó frente al garaje y puso las luces de emergencia, tal y como había hecho el día anterior.

—Bueno —murmuró ella. Si bien lo dijo con voz firme, no parecía tan segura de sí misma como en otras ocasiones.

—Bueno —la imitó él, girándose en el asiento. No pudo evitar que sus ojos traidores se posaran sobre sus labios, que en la penumbra se adivinaban carnosos y sonrosados.

Ella se deshizo del cinturón de seguridad, pero no hizo amago de abandonar el coche.

Él aguardó a que fuera ella la que diese el primer paso mientras una sonrisa despuntaba en su boca.

—No vas a decir ni a hacer nada, ¿verdad? —dijo ella al fin con un suspiro exasperado. Tenía la vista fija sobre el salpicadero.

—¿Yo? ¿Qué podría yo querer decir o hacer? —dijo con socarronería.

Ella terminó por mirarle de frente. También sonreía.

—Vale —admitió—. Pero acércate tú también que no me quiero clavar la palanca de cambios en la cadera.

—No entiendo a qué te refieres —murmuró él, elevando las manos en el aire.

—Anda, cállate y déjame que te bese.

Él rio sucintamente antes de inclinarse hacia ella y sujetarle la nuca con una de sus manos. Ella se desplazó hacia delante y le echó los brazos al cuello.

Se miraron antes de que sus bocas se encontraran.

No fue un beso largo como el que habían intercambiado en la piscina, fue mucho más breve, pero la intensidad estaba ahí. El choque de labios y lenguas hizo que las chispas saltaran entre ellos.

—Joder, Juls, me dejas sin palabras —le dijo, apartando su boca apenas un milímetro. Se sentía arder por dentro.

—Y tú me dejas sin aliento, Jorge. No sé qué será peor. Sin palabras se puede vivir, sin aliento no —musitó ella con dificultad, alejándose y retornando a su asiento.

Volvieron a fundir sus ojos el uno en el otro.

Finalmente, ella agarró la manija de la puerta, la abrió y se bajó del vehículo, cerrándola tras de sí. Luego se agachó para asomarse por la ventanilla.

Jorge la contempló con un gesto a caballo entre la diversión y la excitación. Ella tenía el pelo corto muy revuelto y le brillaban los labios debido al beso que acababan de intercambiar.

—Ha sido una tarde genial —dijo ella.

—Para mí también. Te llamo esta semana.

—Hazlo.

Parecía reacia a marcharse, aunque al cabo de unos interminables segundos, se incorporó y echó a andar hacia el acceso al edificio.

La siguió con la mirada, recorriendo con avidez su figura menuda. Cuando ella estaba a punto de desaparecer dentro del portal, la llamó una última vez.

—Eh, Juls.

Se giró, aferrando su bolsa de playa con las dos manos. Se mostraba curiosa y llena de expectativas.

—Nada. Solo quería que me miraras una última vez —le dijo.

Ella agitó la cabeza riéndose. Luego se despidió con la mano y desapareció.

Los labios de Jorge se distendieron en una sonrisa que terminó convirtiéndose en una carcajada que le brotó del pecho.

Mientras quitaba el freno de mano y pisaba el acelerador, paladeó su nombre con placer.

—Juls…

Capítulo 10

Juls

Estaba tomándose un café en la terraza frente a su ordenador mientras intentaba encontrar alguna frase original para el artículo que debía entregar en unas horas —mil palabras sobre los diferentes tipos de edulcorantes naturales—, cuando su móvil emitió un pitido.

No sabía muy bien por qué, pero no sintió sorpresa alguna al ver su nombre en la pantalla, pese a que apenas habían pasado quince horas desde que se despidieron en la puerta del edificio.

Jorge: Estás pensando en mí?

Se le escapó una risita al leer el arrogante texto. Jorge iba a por todas.

Ella también.

Juls: Por supuesto. No hago otra cosa, tanto por la noche como por el día.

La respuesta fue un emoji con sonrisa de medio lado. Poco después entraba otro texto.

Jorge: Qué haces?

Juls: Estoy escribiendo un artículo sobre edulcorantes (y pensando en ti, claro). Y tú?

Jorge: Acabo de terminar un bautismo con un grupo de holandeses. Uno de ellos era un chaval impertinente que me cuestionaba todo el rato y me ha sacado de quicio. Dime algo bonito para que pueda reponerme (aparte de lo de pensar en mí todo el rato).

¿Bautismo? La imagen de un bebé lloroso sobre una pila bautismal acudió a ella y la llevó a fruncir el ceño.

Juls: Bautismo? Creía que estabas trabajando.

Recibió unos cuantos emojis partiéndose de risa.

Jorge: Perdona. Bautismo es como llamamos a la primera inmersión de alguien en buceo. Te animarías a sumergirte conmigo algún día?

Se echó hacia atrás en la silla y asentó los ojos en el techo gris de la terraza mientras se daba golpecitos en el mentón con el móvil. No sabía si bucear era algo que le atrajese o no. Jamás se lo había planteado.

Juls: Me lo pensaré.

Jorge: Hazlo. Y ahora dime algo bonito. No me hagas suplicar.

Los labios de Juls se curvaron en una sonrisa. Se los acarició con el dedo índice, recordando el beso del día anterior. Luego, tecleó con rapidez.

Juls: No besas mal.

Jorge: En serio? Eso es todo?

Al texto le siguió un emoji llorando.

La sonrisa de Juls se hizo más amplia. Permaneció un buen rato sin replicar con los ojos fijos sobre la pantalla hasta que, finalmente, la picardía se mostró en su cara.

Juls: Necesito una repetición para poder constatar si eres bueno de verdad o si lo de ayer fue pura suerte.

Solo cinco segundos más tarde, tenía una contestación.

Jorge: Creo que nos vamos entendiendo. Déjate el miércoles por la tarde libre para mí y tendrás todas las repeticiones que quieras.

Un breve tremor le recorrió el abdomen.

Juls: Hecho.

Jorge: El miércoles te llamo y quedamos. Intenta no pensar demasiado en mí y concéntrate en los edulcorantes (aunque seguro que no son tan dulces como yo).

Ella resopló al tiempo que meneaba la cabeza, divertida a su pesar, al leer la presuntuosa respuesta. Envió un emoji con corazones en los ojos y dejó el móvil a un lado, dispuesta a seguir escribiendo. Releyó lo que tenía hasta el momento:

Numerosos estudios sobre el azúcar y sus efectos sobre la salud han propiciado la búsqueda de nuevas formas de endulzar nuestra dieta sin recurrir al azúcar blanco. Las opciones son muchas más de las que pensamos y sus beneficios están fuera de toda duda.

Como comienzo no estaba mal, ¿no? Asintió con convicción y se sumergió en el apasionante mundo de los edulcorantes naturales mientras ansiaba que llegara el miércoles…

De hecho, no tuvo que esperar tanto para volver a saber de Jorge. Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Mariu y ella se tostaban al sol en la playa, cuando recibió un nuevo wasap de él.

Era un meme de un gato con lágrimas en los ojos. Debajo, en letras blancas, se leía: *Si vas a estar todo el día dando vueltas por mi cabeza, al menos vístete.*

Intentó controlar una risa. Él era ingenioso y parecía estar siempre dispuesto a bromear. Le gustaba.

Le echó una ojeada a Mariu, pero esta tenía los auriculares puestos y no se había enterado de nada.

Se incorporó y se sentó sobre la toalla. Mientras daba golpecitos con el dedo índice sobre la pantalla, sus ojos se perdieron un instante en el infinito, allá donde el agua del mar se encontraba con el límpido cielo azul. A unos cuantos kilómetros de la costa, la pequeña Isla de Benidorm se recortaba contra el horizonte.

Que Jorge estaba interesado en ella era una obviedad. Y que ella sentía lo mismo estaba también bastante claro. Tenía ganas de volver a verle. De volver a besarle y sentir su cuerpo musculoso contra el suyo. De ver su sonrisa y de bromear con él. De escucharle cantar desafinadamente todo su repertorio de canciones de Kiss FM.

Vaciló antes de enviar una respuesta. Podía ser bastante descarada. No. *Quería* serlo.

Juls: Sinceramente, tú también estás en mi cabeza y te prefiero sin ropa.

A ese texto le añadió el dibujo de una llama y le dio a enviar. Se quedó mirando el teléfono con un hormigueo en el vientre, aguardando su respuesta.

Jorge: Eres una chica mala mala. Has provocado que se me caiga el móvil el suelo y los niños a los que estoy dando clase se han burlado de mí.

Juls: Estás en la playa?

Jorge: Sí. No estoy lejos de donde estuvimos el sábado. Voy a salir ahora al mar con los niños y las velas. Y tú dónde estás?

Al leer que él estaba cerca de la zona en la que ellas se encontraban, comenzó a girar la cabeza en todas direcciones con inusitado brío.

Juls: En la playa también, donde el otro día.

Jorge: Quizá puedas verme. Mira a tu izquierda y verás las velas de windsurf. Vamos a salir ya al agua. Admira mi cuerpo bronceado, si puedes. Tengo que dejarte ahora. Mañana te llamo.

Juls llevó la vista hacia el lugar que él le había indicado, utilizando su mano como visera. No había mucha gente y su campo de visión estaba despejado. A unos doscientos metros de distancia, no tardó en aparecer un grupo de cinco niños que se internaron en el agua hasta que

esta cubrió sus rodillas, después, se encaramaron sobre sus tablas de windsurf y trataron de enderezar las velas. Entre ellos, destacaba una figura más alta que no tuvo ningún problema a la hora de maniobrar con su propia vela. Se había levantado viento hacía un buen rato y este había creado un suave movimiento en el mar, facilitando la práctica de aquel deporte.

Juls se mantuvo expectante para no perderse la escena y vio que dos de los niños tenían problemas para levantar las velas. El instructor, que se deslizaba veloz y con gracia por las olas, como si hubiera nacido entre ellas, hizo un giro sobre sí mismo y regresó para ayudar a sus alumnos. Finalmente, todos parecieron conseguir su propósito y, minutos después, las velas de colores se adentraban en el mar y se deslizaban en paralelo a la costa, impulsadas por el viento.

Ahora que ya sabía que aquel era Jorge, le resultó fácilmente reconocible, incluso desde la distancia. Su pelo, su cuerpo musculoso debajo del chaleco negro y sus piernas morenas y fuertes. Manejaba su vela en tonalidades azules con pericia y ligereza como si fuera la cosa más fácil del mundo. A Juls, esos movimientos sinuosos le parecieron casi hipnóticos.

—¿Nos subimos ya? Llevamos aquí mucho rato y tengo un calor que te mueres.

La voz de Mariu la sobresaltó. Había estado tan ensimismada que se había olvidado de que no estaba sola.

—Mira —dijo y señaló al grupo de windsurfistas—. Ese es Jorge.

—¿Cúal?

—El de la vela azul.

—¿Cómo lo sabes? —lo preguntó mientras se guarecía del sol con la mano sobre la frente.

—Nos hemos mensajeado y me lo ha dicho.

—Mola —dijo Mariu al cabo de un rato de silencio—. ¿Y los otros?

—Son sus alumnos.

—Quédate si quieres, pero yo me subo a casa. Me estoy derritiendo —dijo Mariu, poniéndose de pie.

—No. Me voy contigo. Son demasiadas horas de sol.

Se sacudieron la arena, recogieron sus cosas y echaron a andar hacia el camino de tablas que conducía fuera del arenal. Alcanzaron el lavapiés y, mientras aguardaban su turno, Juls no pudo evitar que sus ojos fueran una y otra vez hacia las velas y que siguiesen la azul con interés desmedido. La distancia era muy grande para distinguir gran cosa, no obstante, se embebió en la imagen de Jorge que se deslizaba veloz y elegante por el agua que reflejaba la luz del sol con intensidad.

—¿Te apetece tomar algo o nos lo tomamos en casa? —preguntó Mariu.

—Mejor en casa —repuso Juls. Estaba cansada de playa y tenía ganas de darse una ducha.

Esperó a que dos niños pequeños terminaran de lavarse los pies y luego ocupó su lugar. Presionó el botón metálico y dejó que el agua fría cayera sobre sus piernas y se llevase los granos de arena. Antes de alejarse, se permitió el lujo de voltear la cara una última vez para echarle un vistazo a Jorge y a su grupo de alumnos. Habían virado y se dirigían en dirección contraria, pero siempre en paralelo a la playa.

Era absurdo, pero una parte de ella se hubiese quedado allí, siguiendo los vaivenes de su vela y de su ocupante.

«Estás tonta», se reprochó en silencio con una suave sacudida de cabeza.

Terminó por alejarse y fue tras Mariu, que se había adelantado.

Para llegar hasta el apartamento había que subir una empinada cuesta a pleno sol, sin

sombras bajo las que cobijarse, y no tardaron en detenerse a medio camino. Ambas jadeaban trabajosamente.

—Estoy asfixiada. —Mariu se levantó la larga trenza y se abanicó con la mano.

—Es que llevas una manta incorporada a la nuca. Si tuvieras el pelo como yo.

—Yo tengo la cara ahuevada —dijo con un encogimiento de hombros—. El pelo corto me sienta fatal.

—Venga, vamos, cara huevo —se burló Juls, dándole un empujón.

Siguieron andando mientras se lanzaban tontos epítetos la una a la otra y soltaban risas tontorronas. La conversación terminó por recaer sobre Jorge y Dani.

—Creo que mañana por la noche no voy a dormir en casa —dijo Mariu con una risita.

—¿Y eso? ¡Menudo pendón!

—Dani libra y me ha invitado a su casa.

Juls sonrió con fingida severidad.

—Usad protección, niños.

—Sí, mamá —dijo con retintín—. ¿Y tú y Jorge? —Cambió de tema con rapidez, preguntándolo en voz baja.

Se habían detenido frente al semáforo que atravesaba la ancha avenida que había antes de llegar a su calle y estaban rodeadas por otras personas.

—Jorge y yo, pues por ahora nada, aunque no creo que tardemos mucho si las cosas siguen así.

—Hay tensión sexual no resuelta en el ambiente —constató Mariu lo evidente.

—Ufff, mucha —dijo y un suave aleteo se instaló en la boca de su estómago al recordar los besos del fin de semana—. Mucha… —volvió a repetir con voz entrecortada.

El semáforo se puso en verde y Mariu le dio un ligero codazo para animarla a ponerse en marcha.

Gracias a que había dos baños en el piso y la caldera funcionaba muy bien, pudieron ducharse las dos al mismo tiempo. Juls terminó la primera y fue a la cocina a buscar una botella de agua de la nevera. Con ella en la mano, se encaminó a la terraza y tomó asiento en una de las butacas mientras la brisa le agitaba el corto cabello. Encendió el portátil y comenzó a revisar sus emails.

No habían transcurrido más de diez minutos cuando su móvil comenzó a sonar. El corazón le dio un saltito en el pecho pensando que era Jorge, pero al coger el teléfono vio el nombre de su ex y su excitación se enfrió.

Cortó la comunicación con brusquedad, esperando que eso le dejara claro a Sergio que no quería saber nada de él.

Solo veinte segundos después, recibía un wasap.

Sergio: Tengo que hablar contigo. No puedes ignorarme siempre.

«Ya verás como sí».

No se dignó a contestarle. Sergio estaba muerto y enterrado para ella.

No eres lo que estoy buscando, Juls. A tu lado no encuentro emociones. Quiero marcharme y buscar otra cosa. Esta relación ha sido un error desde el principio. Nunca me has dado lo que yo quería. Eres una tía genial para otro tipo de hombre, pero para mí no eres la adecuada. Necesito mi espacio y tú estás siempre ahí, en todas partes. Y ya no lo aguanto. Estoy agobiado.

Todas aquellas frases hirientes que él le dijo cuando rompieron volvieron a acudir a su cabeza, lacerándola por dentro. Ella tampoco fue demasiado amable con él y terminó por echarle

mil cosas en cara, solo que a él no pareció afectarle demasiado. A ella, por el contrario, esa última discusión que tuvieron le hizo muchísimo daño.

Cerró los ojos y trato de borrarle de su mente y centrarse en otra cosa.

Un pitido le anunció la llegada de un nuevo texto. Frustrada, volvió a coger el móvil dispuesta a apagarlo si era necesario, pero no era Sergio.

Jorge: Me has visto? Qué te ha parecido? Soy espectacular sobre la tabla, no lo niegues.

Sonrió con ganas.

Bendito Jorge que venía a sacarla de sus cavilaciones.

Juls: Pero cuál eras tú? El de la vela roja? Ese al que se le caía todo el tiempo?

Jorge: Graciosilla la niña… Pórtate bien si quieres que mañana te lleve a un sitio especial.

Juls: Soy un angelito.

Jorge: Angelito? No me hagas reír. Cómo llevas lo de montar en moto?

Hacía un siglo que no lo hacía, desde que su hermano Félix vendió la que tenía.

Juls: Conducirlas no es lo mío, pero de paquete soy la mejor.

Jorge: Perfecto, te conseguiré un casco. Mañana te llamo y concretamos la hora. No te pongas falda o corremos el riesgo de que no me pueda concentrar en la carretera.

Se quedó mirando la pantalla con los ojos brillantes.

Juls: No te preocupes, llevaré pantalones… pero muy cortos.

Jorge: Me matas.

Juls dejó el aparato sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla. Se le había formado un pequeño nudo de expectación en la garganta. ¿Qué tenía aquel chico que hacía que se sintiera tan bien? No lo sabía, pero lo estaba disfrutando.

Sergio quedó olvidado por completo.

Capítulo 11

Jorge

Atrapó al vuelo las llaves que le lanzó su hermano.

—Te la voy a cuidar, no te preocupes —le dijo.

—Lo sé. Si no fuera así, no te la dejaría —repuso Diego. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y apoyaba la espalda en el muro exterior de la casa de sus padres.

Jorge se dirigió hacia la moto, que estaba aparcada frente a la acera, pero antes de llegar a ella se dio media vuelta.

—Te la devuelvo sobre las diez y media, ¿te parece bien?

—Me parece. Te espero aquí.

Después de decir eso, Diego alzó una mano en señal de despedida, se dio media vuelta y desapareció detrás de la puerta metálica que daba al jardincito delantero.

Jorge se encaramó a la moto, pero antes de arrancarla le mandó un wasap a Juls.

Jorge: Ya tengo la moto. En diez minutos estoy ahí. Espero que te hayas puesto guapa para tu hombre, nena! (Los motoristas hablan así, no?)

Ella le respondió con unos cuantos emojis riéndose.

Juls: Te espero abajo en la puerta.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y se puso el casco. Arrancó y el motor de la Triumph Bonneville T120 emitió un rugido gutural y sinuoso que hizo vibrar su cuerpo. Lástima que solo hubiera cuatro kilómetros hasta su destino y que el límite de velocidad en esa carretera fuera de cuarenta kilómetros. No iba a poder disfrutar demasiado de la velocidad.

Adoraba montar en moto. Una inexplicable sensación de libertad tomaba posesión de él cuando las ruedas se pegaban al asfalto y el viento le golpeaba el casco. Se notaba liviano y ligero. Era una emoción similar a la que sentía cuando hacía windsurf.

Mientras maniobraba la moto por el asfalto, sus pensamientos se dirigieron hacia Juls sin que pudiera evitarlo. Tenía ganas de verla. Era insólito que esa chica, a la que apenas conocía, se le hubiera metido así bajo la piel, con tanta rapidez. Solo habían transcurrido tres días desde el domingo y ya tenía la sensación de echarla de menos.

Era ridículo.

No obstante, mientras se iba acercando al edificio en el que ella vivía, una sensación de burbujeante entusiasmo comenzó a invadirle.

Tal y como Juls le había dicho, estaba abajo, esperándole en la puerta. Llevaba unos vaqueros muy cortos, como pudo constatar apreciativamente, una camiseta rosa y unas deportivas. A su espalda colgaba una mochila azul y su boca lucía una sonrisa deslumbrante. Nada del otro mundo y, sin embargo, cuando Jorge la vio, la sensación de plenitud que ya sentía en el pecho se hizo todavía más grande.

Esa chica le robaba el aliento.

Detuvo la moto justo frente a ella y se levantó la visera del casco con fingida arrogancia.

—Nena —dijo con exageración—. Aquí está tu hombre.

Ella prensó los labios para ocultar una risa.

—¿Estás seguro de que sabes conducirla?

Jorge pretendió estar ofendido y se llevó una mano al pecho.

—Súbete y te hago una demostración.

Nada más decir eso, giró el tronco en el asiento y desenredó el pulpillo en el que llevaba el otro casco sujeto a la parte trasera. Se lo tendió.

—Es de Erika. Espero que te sirva.

Su hermana también tenía una Yamaha YBR 125 Custom del 2008. Si bien no permitía que nadie se acercara a su moto, con el casco no tenía problema y no había puesto pegas a la hora de prestárselo.

Juls se lo ajustó bajo la barbilla.

—Es perfecto —le dijo.

—¿Has montado alguna vez en moto?

—Alguna vez. Mi hermano Félix tenía una.

—Bueno, estoy seguro de que montar con tu hermano no es tan sexi como montar conmigo —le dijo con un guiño canalla.

Ella puso los ojos en blanco. Luego, apoyó el pie en uno de los estribos y, sujetándose a sus hombros, se encaramó a la moto. Jorge notó el peso extra sobre la suspensión de la máquina y el cuerpo de ella pegado a su espalda.

—Tienes que abrazarte muy fuerte a mi cintura —le dijo, tomando sus manos y obligándola a que se aferrase a él con firmeza—. Todo lo que puedas —añadió con tono aterciopelado e inocente—. Es que ir en moto es muy peligroso.

La escuchó reír.

—No te preocupes. Te abrazaré tan fuerte que te traspasaré.

Jorge aceleró sin soltar el freno, disfrutando con el bronco sonido del motor. Después, sin más dilación, se puso en marcha y no tardó en alcanzar Vía Parque, el amplio vial que conducía al centro.

Repentinamente, ella golpeó su hombro con suavidad, sorprendiéndole. Él redujo la velocidad y estacionó en un lateral.

—¿Todo bien? —le preguntó, subiéndose la visera y girando la cabeza.

—Sí, sí, perdona. Es que estoy flipando. ¿Eso qué es? —Señaló a su derecha, al monstruoso edificio que se erguía a pocos metros de la carretera.

Jorge volteó la cara hacia donde ella indicaba.

—Es la Torre Intempo —explicó—. Todavía no está acabada, aunque no creo que tarden mucho. La empresa constructora tuvo problemas de financiación y las obras estuvieron paradas mucho tiempo, pero ahora se la ha quedado otra empresa y están trabajando a marchas forzadas.

—Tiene una forma peculiar —murmuró Juls.

—Como las dos torres parecen dos unos y con el cono ese superior invertido la estructura tiene forma de M, se rumoreaba que el diseño era un homenaje a los atentados del 11-M, pero el arquitecto lo desmintió. Pura casualidad.

—Es gigantesca.

—Creo que mide unos doscientos metros. Es el edificio más alto de Benidorm y el quinto de toda España. Una pasada, ¿verdad?

Ella volvió a asentir.

—Si ves algo más que te interese, me das un toque y paro, sin problema —ofreció él.

Tras unos segundos más admirando la imponente obra arquitectónica, se pudieron en marcha de nuevo por el amplio vial, desprovisto de vehículos. No era una carretera muy transitada.

Jorge compuso una mueca satisfecha, mientras sentía los muslos de Juls pegados a los

suyos y sus manos cruzadas justo encima de su abdomen, sobre la fina tela de su camiseta. No se arrepentía en absoluto de no haber cogido una chaqueta. Cada vez que frenaba, ella se echaba hacia delante. Incluso podía notar la curva de sus senos adherida a los músculos de su espalda y una ola de calor le recorría cada vez que aquello sucedía. Llegó a frenar un par de veces sin necesidad, disfrutando de esos íntimos instantes.

El lugar al que se dirigían estaba en el otro extremo de Benidorm, a unos quince kilómetros, y el trayecto resultó bastante interesante con la brisa casi veraniega estallando contra sus cuerpos y arrastrando el calor del sol. Hacía tiempo que Jorge no iba por allí, pero no había olvidado el camino. Para que ella viera un poco más de la ciudad, en lugar de tomar la circunvalación, callejeó por el centro hasta alcanzar la Avenida del Mediterráneo que corría en paralelo a la playa de Levante. Había mucha gente paseando por las aceras y el tráfico era denso a esa hora de la tarde —eran las siete y media—, y las calles y los comercios bullían de actividad.

Se detuvo en un semáforo y se subió la visera.

—¿Cómo vas? —preguntó en voz en alta para hacerse entender por encima del ruido.

—Muy bien.

Quizá fue un movimiento inconsciente, pero una de las manos de ella subió un poco más, deteniéndose justo debajo de su pectoral izquierdo. Jorge no pudo analizar exactamente lo que sentía porque el semáforo cambió a verde y hubo de ponerse en marcha de nuevo.

Al final de la avenida, enfiló hacia la izquierda y comenzó a internarse en las calles que los iban a llevar a la parte más alta de la Sierra Helada. Pronto, dejaron atrás los edificios y se internaron en la montaña. La carretera comenzó a serpentear por la ladera de esta y las curvas se hicieron más frecuentes. Conducía con cuidado, respetando la velocidad porque, aunque la calzada estaba asfaltada, se hallaba en mal estado, no tenía arcenes y era bastante estrecha a pesar de ser de doble sentido.

Llegaron por fin a un punto en el que los árboles y la maleza que crecía en los márgenes se aclararon y pudieron vislumbrar, bastante más abajo, las partes más altas de los edificios de la ciudad, junto a un mar que se extendía ante ellos, precioso y calmado, bañado por la luz del atardecer.

Jorge podía notar cómo Juls se aferraba a él con más fuerza, sin lugar a dudas, presa de la excitación que las preciosas vistas provocaban en ella.

No tardaron en llegar a su destino. Había un par de coches aparcados allí y un grupo de chicos haciendo fotos a la playa. Él dejó la moto junto a los hitos blancos al final del camino, apagó el motor y se quitó el casco. Ladeó la cara para mirar a Juls y se encontró con que ella también se había despojado del suyo y observaba el entorno con una expresión maravillada.

—¿Qué te parece?

—¡Es una pasada!

—Ven, vamos a subir a la Cruz.

Se bajaron de la moto y dejaron los cascos colgando del manillar. Jorge se puso delante, abriendo camino para dirigirse hacia la explanada que bordeaba el mirador. Nunca supo quién hizo el primer acercamiento, pero se encontró con la mano de Juls en la suya mientras ascendían por la escalera de madera. Echó un vistazo a sus dedos unidos antes de tirar de ella con suavidad.

Cuando llegaron arriba, se encontraron frente a la alta cruz de hierro que dominaba la sierra y desde la cual se podía observar toda la ciudad, la costa y las montañas. No había nadie más allí.

Juls dejó escapar un suspiro, sorprendida, y se acercó a la barandilla de madera.

—¡Qué maravilla!

Benidorm, la cosmopolita urbe teñida por la luz crepuscular, se extendía ante sus pies. Los altos edificios comenzaban a cubrirse de sombras y el mar era un espejo que absorbía las vibrantes tonalidades anaranjadas y doradas de una esplendorosa puesta de sol.

—¿Te gusta? Es la mejor hora para subir —dijo él, situándose tras ella.

—¡Es precioso!

—Te dije que merecería la pena.

Quizá inconscientemente o impulsada por la atmósfera llena de intimidad, ella se echó hacia atrás y se apoyó sobre el pecho de él. Jorge inclinó la cara y aspiró el aroma de su corto cabello. Se mantuvieron en silencio, paladeando el ambiente mientras el sol se ponía con lentitud y todo parecía ralentizarse a su alrededor.

—Me encanta que me hayas traído aquí. No me esperaba algo así.

—Hacía tiempo que no venía —admitió él—. Casi había olvidado lo bonito que es esto.

—¿La cruz tiene algún significado religioso? —preguntó ella, dándose la vuelta y mirando la estructura.

Él se apartó a regañadientes y hurgó en su memoria tratando de recordar los sucesos que habían llevado a que la cruz estuviera allí.

—En su momento lo tuvo, ahora ya no. En los años sesenta se puso de moda que el turismo extranjero viniera aquí de vacaciones y, como era natural, las extranjeras usaban bikinis. Por aquel entonces no estaba muy bien visto, por la dictadura y Franco. La iglesia se oponía a ese tipo de turismo del pecado —explicó mientras sonreía socarrón—. El obispo de Orihuela amenazó con colocar un cartel a la entrada del pueblo en el que pusiera *Infierno*, para avisar a la gente de lo que era Benidorm, pero al final se decantaron por poner una cruz aquí arriba, para recordar a los habitantes de la ciudad que Dios los observaba. Se organizó una procesión y todo —se rio—. Esta no es la cruz original, la de verdad era de madera, pero un temporal la destruyó en los setenta. Aunque ya no tenía sentido el motivo religioso, la cruz era ya tan popular que decidieron volverla a poner. Esta es de hierro de restos de material ferroviario.

—¡Qué fuerte! —murmuró ella cuando hubo terminado.

—Ahora ya no tiene ninguna connotación religiosa. La gente joven viene aquí a hacer botellones o a enrollarse.

Ella guardó silencio antes de apartar la mirada de la cruz y buscar la de él.

—¿A eso hemos venido?

—Sí. A hacer botellón —repuso con malicia, posando una mano sobre su hombro desnudo. Cálido y suave.

—¡Qué granuja eres! —le dijo con los párpados entornados.

—Más de lo que te piensas.

Ella se apartó y dio unos cuantos pasos hacia un lado, volviendo a apoyar las manos sobre la barandilla de madera para contemplar el mar.

—Se te da bien contar historias —dijo, de repente—. Cuéntame otra.

Él comenzó a estrujarse los sesos, tratando de recordar algo más que hubiera aprendido en el colegio sobre la ciudad.

—Te puedo relatar la leyenda de la Isla de Benidorm y del Puig Campana —dijo, dejando que su mirada se posara sobre el pequeño islote en medio del océano.

—¿El Puig Campana? —inquirió ella curiosa.

—Sí, esa montaña de allí. —Señaló hacia la cumbre que se recortaba al fondo—. También la llaman la montaña mágica de Finestrat.

—¿Hay una leyenda?

—Siempre hay una leyenda en alguna parte —corroboró él, dando unos pasos y situándose a su lado—. Espero acordarme de todo.

—Seguro que sí —le animó.

La estudió, hundiéndose en la profundidad de sus iris castaños antes de comenzar.

—Dicen que hace cientos de años habitaba en una cabaña en las faldas del Puig Campana un gigante llamado Roldán. Un buen día, una doncella se atravesó en su camino y aunque tan solo cruzaron una mirada se enamoraron perdidamente el uno del otro —se detuvo un momento —. A veces pasa —dijo con sonrisa burlona antes de continuar—. El caso es que se fueron a vivir juntos a la cabaña de él. Allí vivieron felices durante mucho tiempo como sucede en todos los cuentos. Pero un día en el que Roldán paseaba por el bosque se encontró con una figura misteriosa y oscura que le advirtió de que su mujer se estaba muriendo y que, cuando el último rayo de sol de aquel día se escondiera tras la montaña ese sería el último segundo de la vida de ella.

—Qué trágico —murmuró Juls.

Le miraba con los ojos fijos sobre sus labios, pendiente de la historia. Él carraspeó y trató de no distraerse.

—Roldán volvió corriendo a su cabaña y se encontró con que lo que aquel ser le había dicho era cierto, su mujer estaba agonizando. Y cuanto más avanzaba el día, su estado de salud empeoraba. Desesperado, queriendo que los rayos del sol iluminaran su cabaña más tiempo para poder prolongar la vida de su adorada mujer, golpeó la montaña con tanta fuerza que un trozo de roca se desprendió de su cumbre y fue a parar en medio del mar, creándose una isla. Esa isla. —La señaló con el dedo índice—. Y en la cúspide del Puig Campana apareció una grieta con forma de ventana por la que el sol siguió iluminando la cabaña durante unos cuantos minutos más. Pero, finalmente, este se puso. —Hizo una pausa muy efectiva y miró a Juls que seguía el relato con los labios entreabiertos—. Se cuenta que Roldán cogió a su esposa en brazos y la llevó hasta la isla que él mismo había creado y que, allí, ella exhaló su último aliento en una noche de luna llena. Él se acostó a su lado y se dejó morir también junto al cuerpo de su amada.

Terminó el relato bastante orgulloso de sí mismo por haberlo recordado correctamente. Jamás hubiera pensado que aquella información que había adquirido en el colegio hacía tantos años le fuera a servir para algo.

—Es muy triste —susurró ella—. Ambos mueren.

—Pero juntos.

—Sí. La verdad es que es una historia preciosa.

El silencio se cernió sobre ellos mientras el sol se ponía poco a poco y la penumbra ahuyentaba los pequeños retazos de luz que todavía flotaban en el ambiente.

De pronto, ella le tomó del brazo y le giró para poder tenerle de frente. Él izó una ceja con perplejidad, no obstante, no ofreció resistencia alguna. La observó curioso, esperando a que ella le explicase su repentina reacción

—Tengo ganas de besarte.

Aquella aseveración le pilló desprevenido, pero no tardó en recuperarse.

—¿Y por qué te reprimes? Hazlo —la conminó, humedeciéndose los labios con anticipación.

—¿Tú quieres besarme?

—Mírame y dímelo tú.

—No puedo verte bien, las sombras…

—Me muero por hacerlo, Juls —la interrumpió.

No hubo más palabras.

La sujetó por el talle y ella se puso de puntillas al tiempo que le posaba las manos sobre las mejillas. Dos milésimas de segundo más tarde se besaban.

Jorge cerró los ojos y se olvidó de todo lo que no fuera la dulce boca de ella, que se entregaba a él sin remisión. Se respiraron mutuamente mientras sus torsos chocaban y sus manos comenzaban a deambular por la piel del otro sin encontrar resistencia. Jorge le acarició la espalda desnuda por debajo de la camiseta, mientras notaba cómo ella deslizaba los dedos por su cara y su cuello.

—Me gusta —jadeó él.

—Me gusta que te guste —le correspondió ella.

Y sus bocas volvieron a colisionar.

Cada vez que se besaban era como un estallido de fuegos artificiales. Labios, lenguas y dientes. Todo conectado y encajando milimétricamente.

Tardaron en separarse, sofocados y con un palpitante anhelo de ir algo más lejos.

Fue Juls la que rompió el contacto y se alejó hacia la barandilla, donde sus manos encontraron reposo sobre el travesaño superior. Detrás de su figura, a sus pies, la ciudad pulsante despertaba y las luces de los altos edificios comenzaban a llenar el oscuro paisaje de puntitos luminosos. Jorge tardó solo unos segundos en regular su respiración y recuperar el aplomo que el desenfrenado beso le había robado. Se pasó la mano por el pelo que el casco de la moto había aplastado y expelió un suspiro casi inaudible.

Las cosas avanzaban muy rápido entre ellos, tan rápido que daba vértigo.

La observó unos instantes antes de aproximarse y pegar el torso a su espalda, apoyando las manos en la madera junto a las de ella y la barbilla sobre su hombro derecho. Su mirada se perdió en el océano de color naranja mientras la sentía estremecer entre sus brazos.

—Me estás empezando a gustar bastante, ¿sabes? —La escuchó decir.

El calor le recorrió por entero y la sangre fue a parar a su entrepierna. La reacción de su cuerpo no le sorprendió gran cosa. Esa chica le volvía loco.

—Tú a mí también —le dijo al oído.

—¿Qué podemos hacer ahora?

—Lo habitual, seguir adelante, ¿no? Ya sabes, empezamos por los besos y los abrazos y lo demás ya se irá viendo.

Ella dejó escapar una risa antes de girarse entre sus brazos y dejarse caer contra su pecho, enterrando la cara en el hueco de su cuello.

Hubo más besos, algunos profundos y pasionales, otros suaves y ligeros. Y el tiempo pareció volar y escurrirse entre los jirones de la oscuridad que los envolvía. Tomaron unas cuantas fotos, algunas del paisaje, otras de ellos mismos en modo selfi mientras intercambiaban más besos y cruzaban comentarios divertidos y provocadores.

Eran casi las diez de la noche cuando Jorge la tomó de la mano y la dirigió al lugar donde habían aparcado la moto. Ella se dejó guiar con docilidad. La sesión de besos parecía haberla desarmado por completo. Al igual que le sucedía a él. Ninguno de los dos podía parar de sonreír.

La temperatura había bajado y el trayecto de vuelta no fue tan agradable como el de ida. Ella se aferró a él con fuerza para resguardarse del viento, y él no paró de acariciarle los brazos, tratando de insuflarle algo de su calor corporal.

—La próxima vez tenemos que coger una chaqueta —le dijo él cuando paró la moto frente a su edificio. Se alzó la visera y aguardó a que ella descendiera.

—O un coche —repuso ella, situándose a su lado y tendiéndole el casco de Erika.

Él lo tomó y lo aseguró con el pulpillo a la parte trasera del asiento.

—Tienes razón. El coche es mucho más cómodo. Date prisa y sube a casa, estás congelada —añadió.

Juls asintió con energía, pero no hizo amago alguno de moverse. Trasladó el peso de una pierna a otra mientras le contemplaba con intensidad.

—A pesar de que voy a estar liado, quiero verte —le dijo él—. Te llamo mañana.

—Perfecto.

Jorge dejó escapar una maldición por lo bajo al percatase de que los dientes de ella acababan de empezar a castañetear.

—¡Vete! —le pidió con firmeza.

Ella no le hizo caso y alzó una mano, tendiéndosela. Él la atrapó con la suya y sus dedos se entrelazaron. Los de ella estaban helados y él los presionó con suavidad. Sus pensamientos empezaron a correr raudos por su mente como los de un adolescente, desesperado por memorizar la forma en que sus manos se unían para recordar ese momento después, cuando estuviera a solas.

Pensó en apagar el motor, aparcar la moto y subir con ella a su piso. Pensó en apresarla contra la pared del ascensor y comerle la boca. Pensó en quitarle la ropa con parsimonia y dejarla desnuda frente a él. Pensó en acariciar todo su cuerpo, recorriendo cada centímetro de su piel. Pensó en llevársela a la cama y en poseerla y dejarse poseer.

El depósito de gasolina de la Bonneville se clavó dolorosamente en su miembro que comenzaba a adquirir vida.

Entonces, Juls, sin previo aviso, soltó su mano y se dio la vuelta, echando a correr hacia el portal. Justo antes de llegar, se giró y le lanzó una mirada cargada del más puro deseo que le dejó sin aliento.

Y desapareció.

—¡Mierda! —masculló él.

Se colocó como pudo el pantalón, tratando de encontrar una posición más cómoda, pero le resultó imposible. Suspiró con resignación. Iba a tener que esperar antes de poder ponerse en marcha. Conducir una moto con una erección era un asunto peliagudo.

Mientras aguardaba a que su cuerpo se serenase, se sacó el móvil del bolsillo y le mandó un mensaje.

Jorge: Ya es mañana? Ya puedo llamarte?

Solo un minuto después tenía su respuesta.

Juls: En Pekín ya es mañana.

Él sonrió de medio lado antes de despojarse del casco y apagar el motor. Marcó su número y se llevó el móvil a la oreja. Ella respondió la llamada al segundo tono.

—Sé de buena tinta que ya es mañana en Pekín, por eso te llamo.

Capítulo 12

Jorge

No debería haberse alegrado tanto de la enfermedad de Dani, pero lo hacía.

Cuando aquella mañana de sábado sonó su teléfono y su amigo le dijo que tenía fiebre y que no podía ir al concierto de Ara Malikian esa noche, su primera reacción fue lamentarlo, pero rápidamente cambió de opinión y se entusiasmó con la idea de pedirle a Juls que fuera con él.

Y ella aceptó.

No habían vuelto a verse desde el miércoles, cuando la dejó en la puerta de su piso y después la llamó por teléfono como si fuera un adolescente imberbe y enamoradizo. Cada vez que recordaba la escena, no podía hacer otra cosa más que menear la cabeza con estupor. A decir verdad, no pasó nada especial de lo que pudiera avergonzarse, solo habían hablado unos cuantos minutos, bromeando y sin decirse nada importante, como si ambos trataran de evitar entrar en conversaciones demasiado profundas.

Todo muy maduro, pensó con cinismo.

El jueves y el viernes se habían enviado wasaps unas cuantas veces, la mayor parte de ellos meramente informativos, en plan: *Qué estás haciendo? Yo estoy a punto de comer con mis compañeros de trabajo. He tenido un día bastante complicado.* A lo que ella había respondido: *Yo también estoy trabajando, tengo que entregar dos artículos esta tarde*.

Comunicación irrelevante.

Aunque también había habido otros textos más desenfadados y bastante más locos, como los que habían intercambiado el día anterior por la noche.

Una risa brotó de su pecho al recordarlo y no pudo evitar coger el teléfono y volver a releerlos.

Jorge: Te puedes creer que hoy solo he pensado en ti novecientas veinte veces?

Juls: Perdona, pero ¿quién decías que eras?

Jorge: El hombre que te ronda por la cabeza, ese ser perfecto que lo hace todo bien…

Juls: Brad Pitt?

Jorge: Algo menos rubio y un poco más joven, pero igual de guapo, seguro.

Juls: No caigo ahora mismo.

Jorge: Piensa en el mejor beso que te hayan dado en tu vida y tendrás la respuesta.

Juls: José Luis Pérez de Bachillerato. Cómo has conseguido este número, José Luis?

Jorge: Me rindo.

Juls: Nooo, ahora que se estaba poniendo interesante. Vale, lo admito, yo también he pensado en ti hoy, casi tanto como tú, novecientas diecinueve veces.

Jorge: Y qué pensabas? Algo picante?

Juls: Sí, en esos besos que me das, y en que quizá quiera más.

Jorge: Te das cuenta de que acabas de hacer un pareado?

Juls: Te ha gustado? Puedo hacer más. Cómo se te da ti lo de rimar?

Jorge: Me gustaría poder abrazarte y después también besarte. ¿Qué tal este?

Juls: Eso sería excitante y sin duda muy alucinante.

Jorge: Jajaja. Qué chica más lanzada y no dices ninguna chorrada.

Juls: Siempre hablo en serio, tengo muy buen criterio.

Jorge: Centrémonos en los besos para que hagamos progresos.

Juls: Acepto encantada, adoro ser besada.

Jorge: Quieres que repitamos y que hagamos algo más que cogernos de las manos?

Juls: Me gusta como piensas, estás derribando mis defensas.

Jorge: Eso es un sí? Todo depende de ti.

Juls: Eres un poco canalla… no me gusta la caballa…

Jorge: Caballa???? Cómo hemos pasado de hablar de besos a hablar de pescado?

Juls: No se me ocurría otra rima con canalla.

Jorge: Calla, pantalla, toalla…

Juls: Eres un canalla, devuélveme la toalla? Pfff…

Jorge: Jajaja

Levantó la cara de la pantalla y soltó una nueva risa. Juls era muy ingeniosa. Le gustaba estar con ella. Aunque apenas se conocían, ya se había establecido entre ellos una conexión especial.

—¿De qué te ríes tu solo?

La voz de Diego le hizo girar la cabeza.

Su hermano acababa de salir al jardín de sus padres, donde se hallaba Jorge, que se secaba al sol en una de las tumbonas.

—De unos mensajes —respondió con ambigüedad.

—¿De Juls? Por tu cara solo pueden ser de ella.

Diego se quitó la camiseta, quedándose solo con el bañador, y tomó asiento en otra de las tumbonas.

—Sí. Son de ella. Es muy divertida.

—Eso es genial. Se nota que te gusta. Estás idiotizado. —A pesar de la seriedad de su tono había un poco de guasa en sus palabras.

—Lo estoy. Reconozco que me gusta bastante —admitió con un suspiro.

—¿Habéis quedado hoy otra vez?

—Sí. Dani se ha puesto enfermo así que voy con ella al concierto de Malikian. He quedado en recogerla en una hora.

Diego había cerrado los ojos y parecía disfrutar del sol.

—¿Vais a venir mañana? ¿O prefieres tenerla solo para ti?

Jorge vaciló. Si bien era cierto que le apetecía pasar tiempo a solas con Juls, al día siguiente, por la tarde, sus hermanos —Erika y Lukas— habían organizado una tarde de cine en el chalet, aprovechando que sus padres se habían ido a Madrid ese fin de semana. Estaba seguro de que, si se lo comentaba a Juls, esta no tendría inconveniente alguno en asistir.

—Es probable que vengamos. ¿Tú vas a venir? —le preguntó a Diego.

—Sí. Erika me ha amenazado, así que me pasaré. Tampoco tengo otros planes —repuso, encogiéndose de hombros.

—Últimamente te noto de bajón. Estás apático.

—Estoy cansado. Trabajo mucho.

Diego era ilustrador y de los buenos. Además de trabajar para diferentes editoriales y revistas, ayudaba también a sus padres en la imprenta.

—Es algo más que eso —rechazó.

Su hermano se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en su espesa melena.

—Es complicado.

—¡Lo sabía! Sabía que había algo más.

De por sí, Diego era circunspecto y bastante serio, pero desde hacía un par de meses su carácter parecía haberse ensombrecido del todo. Algo estaba pasando, eso era innegable.

—No quiero hablar de ello. Solo te diré que es un problema sentimental.

—¿Has conocido a alguien?

—Puede ser.

—¿Te has enamorado de alguien que no te corresponde?

—Quizá —gruñó—. No me hagas más preguntas y cuéntame más sobre esa chica que te tiene tan emocionado.

Jorge no replicó. Diego era muy suyo y si no quería hablar de algo, no lo haría. Carraspeó y se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la tumbona.

Juls…

¿Por dónde podía empezar?

—Me hace reír.

Juls

En cinco minutos Jorge estaría allí y todavía no sabía qué camisa ponerse. Tampoco tenía mucha elección. Sopló exasperada mientras miraba las tres prendas que había extendido sobre la cama, tratando de encontrar la más adecuada. Una camiseta blanca con la palabra *love* estampada sobre el pecho. Una floreada con un volante en el escote. Y otra negra de tirantes, lisa.

Terminó por decantarse por la de tirantes negra. No quedaba nada mal con los vaqueros azules y las *Converse* blancas. Llevaría también su cazadora vaquera. Después del frío que pasó la noche del miércoles, no quería arriesgarse de nuevo, aunque no sabía si él iría a buscarla en la moto.

Le sorprendió muchísimo que Jorge la llamara esa mañana para proponerle lo del concierto, pero no se lo pensó dos veces y rápidamente le dijo que sí. Ni siquiera se lo consultó a Mariu que, desde el día anterior estaba tirada en el sofá viendo la tele, con un tonto catarro de verano.

Se inspeccionó en el espejo del baño, contenta con su aspecto. Los tirantes de la camiseta eran finos y no podían ocultar los del sujetador negro de encaje que llevaba debajo, a juego con las braguitas. Su respiración se aceleró parcialmente al admitir frente a su reflejo que había decidido ponerse ese conjunto sexi de lencería porque esperaba que esa noche pasara algo más entre Jorge y ella. Las cosas habían llegado al punto de no retorno. Habían intercambiado ya muchos besos y el camino que se abría ante ellos solo conducía a un lugar: la cama.

Juls lo sabía y estaba segura de que Jorge lo sabía también.

No se había acostado con nadie desde Sergio, y de eso hacía un tiempo. El final de su relación había sido bastante miserable y el sexo había brillado por su ausencia, así que, aunque solo hacía un mes que habían terminado, su vida sexual llevaba casi seis meses de sequía.

Y quería acostarse con Jorge.

Lo deseaba.

Pensar en su cuerpo musculoso y desnudo pegado al de ella mientras se besaban y se acariciaban sin restricciones hacía que gimiera de impaciencia.

Jorge le gustaba mucho y la complicidad que había entre ellos era considerable.

Ahora solo faltaba ver si eran igual de compatibles en la cama.

—Mándame un wasap si no vas a venir a dormir —gritó Mariu desde el salón. Un ataque de tos siguió a sus palabras.

Juls abandonó el baño y fue a buscarla.

—Me siento culpable por dejarte sola —murmuró.

—Eso es una gilipollez. Solo es un catarro y ni siquiera tengo fiebre. Y ya no tengo once años, mamá —dijo su amiga al tiempo que se sonaba la nariz—. Puedes salir a divertirte. Yo voy a ver una peli ñoña. Ah, y si tengo hambre me pediré una pizza. Como ves, no te necesito para nada.

—¿Te traigo agua o algo antes de irme?

Mariu puso los ojos en blanco.

—¡Que te vayas ya! Y no vuelvas hasta mañana, pero mándame un wasap, eh.

—Lo har…

Aún no había terminado de hablar cuando sonó el timbre, originándole un leve respingo.

—Pues sí que es puntual —murmuró su amiga.

Juls se dirigió al telefonillo y lo descolgó, hablando directamente por el interfono.

—Ya bajo.

—¿Cómo sabes que soy yo? —Se escuchó la voz de él.

—Por tu forma de llamar, enérgica y varonil —dijo con ironía.

—Tienes razón, soy enérgico y varonil.

Juls aguantó una risa. Con él era todo tan fácil.

Regresó al salón y cogió su pequeña mochila azul de una silla.

—No te beso que me lo pegas —le dijo a Mariu y elevó la mano en el aire para despedirse de ella.

—¡Pasadlo bien!

—Lo intentaremos —dijo con un guiño antes de abandonar el piso.

Bajó las escaleras de dos en dos con las expectativas por las nubes y en un minuto estaba en la calle. Jorge había dejado su vehículo en la puerta del garaje, como siempre. Esa vez no había traído ni el Porsche ni la moto, sino su viejo todoterreno. Se apoyaba en el capó de este, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa en la cara.

Juls estuvo a punto de emitir un gemido anhelante al verle ahí, de pie, con esos vaqueros ajustados y esa camisa negra que lucía arremangada, mostrando sus antebrazos desnudos y morenos. Llevaba los dos últimos botones desabrochados y se podía ver el comienzo de sus pectorales.

Sexi.

Mucho.

—No vale meterse con mi coche —dijo él, acudiendo a su encuentro.

—No iba a decir ni una palabra sobre el co…

No pudo seguir hablando porque la abrazó por la cintura y le estampó un beso en la boca, uno breve y algo crudo, pero que la dejó con las rodillas temblorosas porque no se lo esperaba y porque sus labios eran perfectos.

Cuando él dio un paso atrás, estuvo a punto de colgarse de su cuello y suplicarle que siguiera besándola.

«¡Estás salida! Frena un poquito», se llamó al orden en silencio.

—Este es mi chico, Turbo. Turbo esta es Juls.

—¿Hablas con tu coche y le pones nombre?

—Es que lleva muchos años con nosotros, es como de la familia —explicó y abrió la puerta del pasajero para ella—. Fue el primer coche de mi padre. Pero no tengas miedo, ha pasado la ITV y va de maravilla.

Juls se encaramó al alto asiento y echó un vistazo al anticuado salpicadero de color

marrón. Lo único moderno era el equipo de música que destacaba en su consola central. Giró la cabeza y comprobó que no había más asientos en la parte trasera, solo un espacio vacío.

—Le he quitado los asientos traseros porque ahí suelo transportar mi material de buceo —explicó—. Por cierto, te va a encantar cuando cojamos algún bache. La suspensión es mortal, como montar en una montaña rusa —añadió, y sonrió de medio lado al tiempo que se colocaba frente al volante—. La radio también sintoniza Kiss FM, no te preocupes.

Ella se rio.

—¿Cómo es que Dani te ha dejado tirado esta noche?

Tenía curiosidad. Esa mañana cuando él la llamó para preguntarle si quería ir con él al concierto, solo le dijo que Dani no podía acompañarle.

—Está enfermo. Un catarro, creo.

Juls resopló con los ojos muy abiertos.

—Ahora lo entiendo todo.

—¿El qué entiendes? —inquirió él, poniendo el coche en marcha. El sonido del motor resultó atronador.

—Mariu también está enferma.

—Vaaale —sonrió él—. Ay, esos intercambios de fluidos…

—Exacto.

—No los critico, que conste. Me viene genial que estén los dos pachuchos así te tengo para mí solo.

Cogieron el mismo vial que el miércoles anterior, el que llevaba al centro de la ciudad. Jorge pisó el acelerador con ganas y el vehículo adquirió velocidad. Era muy diferente ir en ese coche a ir en moto o en el Porsche, aunque no menos interesante, desde luego, y Juls pudo comprobarlo de primera mano cuando pasaron por encima de los baches de velocidad que había en la calzada. Su cuerpo rebotó sobre el asiento.

—Te lo advertí —dijo él con un tono de voz en el que se podía escuchar su diversión—. Estar conmigo es como vivir una aventura constante.

—Desde luego ya no hace falta que vayamos a ningún parque de atracciones —repuso con sorna.

—¿Te gusta Ara Malikian? —Cambió él de tema, de pronto—. He dado por hecho que sí cuando has aceptado venir.

—Sinceramente, le he escuchado en televisión un par de veces, pero jamás le he visto actuar.

—Pues creo que el espectáculo te va a encantar. Yo ya estuve en un concierto suyo que dio hace unos años en Zaragoza y me pareció una pasada.

—Seguro que sí.

No añadió que era del todo imposible que no le gustara. El simple hecho de ir a un concierto con Jorge ya merecía la pena. Le daba un poco igual a quién fueran a ver.

Desvió la mirada hacia el exterior y contempló las calles por las que circulaban. El cielo se iba oscureciendo por momentos y la penumbra le había robado ya todo el protagonismo a la claridad. La zona en la que se encontraban no presentaba los colosales rascacielos de la playa de Levante o de Poniente que convertían la ciudad en ese lugar tan inusual; el centro del pueblo se asemejaba más al centro de cualquier localidad medianamente grande.

Unos diez minutos después, Jorge puso el intermitente y se internaron en una calle de un único sentido. Apenas habían avanzado cien metros cuando él señaló hacia su derecha.

—Mira, ese es el auditorio al que vamos.

Juls estiró el cuello y, a través de la valla metálica, pudo ver una especie de anfiteatro romano con un escenario y múltiples sillas ordenadas en semicírculo. Ya había muchas personas deambulando por allí.

—Este es el parque de l'Aigüera. Lo diseñó Bofill[14] a finales de los ochenta, creo. Es uno de los pocos parques que tenemos en la ciudad. El parking al que vamos está justo debajo —explicó él.

—¿Ninguna leyenda asociada con el parque? —le preguntó de buen humor.

—Sí, bueno, cuenta la leyenda que hace unos años, unos chicos vinieron aquí una noche a hacer un botellón y uno de ellos, bastante borracho, se hizo pis en los pantalones. Luego te enseño el sitio exacto —dijo él con tono burlón.

—Esa sí que es una buena leyenda. ¿Aparece en los libros de Historia de Benidorm? —le cuestionó.

—La experimenté en mis propias carnes —confesó él sin vergüenza.

—Me avergüenzo de ti profundamente. Mearte en los pantalones. Pfff…

—Ahora soy más mayor y soy capaz de encontrar un aseo a tiempo. No me lo tengas en cuenta, tenía quince años.

Habían llegado al final de la calle, y los ojos de Juls se posaron sobre el edificio de cristal con forma de puente bajo el que se encontraba la entrada del garaje subterráneo.

—¿Qué es esto?

—El Ayuntamiento.

Mientras avanzaban, ella se quedó mirando la enorme estructura de vidrio y acero. En contraposición a todo lo que simbolizaba la ciudad de Benidorm con su crecimiento en vertical, esa edificación recuperaba la horizontal forma del mar. Parecía un rascacielos tumbado sobre pilares de hormigón blanco.

Llamativo y original.

—No lo vas a creer, pero en las lamas de cristal que componen la fachada están serigrafiados los nombres de los ciudadanos de Benidorm.

—¿Cómo? —inquirió con estupefacción.

—Lo que oyes. Los que aparecían en el padrón en la época en la que se construyó, claro.

—Esta ciudad no deja de sorprenderme —masculló ella en voz baja.

Habían llegado al acceso al parking y Jorge se detuvo frente a la máquina expendedora de tickets para coger uno. Después, avanzó lentamente buscando un hueco donde poder aparcar. No había muchos sitios libres, pero encontraron uno en la planta inferior. No eran los únicos que circulaban por las instalaciones, había bastantes coches dando vueltas.

—Hemos llegado justo a tiempo —comentó él cuando se bajaba del vehículo. Se miró el reloj—. El concierto no empieza hasta dentro de tres cuartos de hora. ¿Te parece que pillemos unos bocadillos y algo de beber y busquemos nuestros sitios?

Ella asintió mientras le seguía. De forma natural, tal y como había sucedido el miércoles en el mirador, se tomaron de la mano y avanzaron uno junto a otro hasta salir al exterior. Él la condujo hasta una calle ancha que rodeaba el recinto y caminaron por ella hasta llegar a la entrada. Por el camino se cruzaron con mucha gente que entorpecía el paso y Jorge aferró la mano de Juls con firmeza, lanzándole una sonrisa tranquilizadora.

Había una cola bastante larga frente al acceso, pero avanzaba con mucha fluidez y pronto se encontraron dentro del auditorio. Se detuvieron brevemente en las taquillas y compraron tickets para las consumiciones, y luego fueron hasta la caseta donde se servía comida y bebida. Se decantaron por unos bocadillos de jamón y dos latas de cerveza.

Mientras bajaban por la escalera que los conducía hasta sus asientos, Juls paseaba la mirada por el lugar. Había gente de todas las edades, desde niños acompañados por sus padres hasta jubilados que parecían haber acudido en grupo. Y también de todas las nacionalidades. Se cruzaron con alemanes, holandeses, ingleses y rusos, si el oído no la engañaba.

—¡Está lleno!

—Sí —contestó él—. Se agotaron las entradas hace un mes por lo menos.

Tomaron asiento en las sillas blancas de plástico que había en la parte delantera, muy cerca del escenario, y Juls se puso la cazadora vaquera ya que se había levantado una pequeña brisa que refrescaba el ambiente.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—Un poco —admitió.

—Dame las manos.

Le miró con extrañeza, pero se las tendió. Él las cogió entre las suyas y se las frotó con vigor, aunque no tardó en desacelerar el ritmo de sus movimientos y los convirtió en un roce más suave, pasando los dedos por la parte interna de sus muñecas. Tenía las manos muy calientes y un tanto ásperas, pero no de un modo desagradable. A Juls aquella caricia le encantó. Mucho. Se permitió el lujo de mirarle a los ojos y se encontró con que él la observaba con rotundidad. El calor la recorrió de arriba abajo al pensar en lo mucho que disfrutaba cuando él la tocaba.

—Sé lo que se te está pasando por la cabeza ahora mismo —dijo él, inclinándose sobre ella para hacerse oír.

—¿Estás seguro? —cuestionó con tono sugerente.

—Sí, lo estoy.

Ella le animó a continuar alzando la barbilla.

—En lo mucho que te gusta que te toque —repuso con voz ronca.

—¿Eres adivino? —resopló.

Él dejó escapar una carcajada.

—No, es que es lo mismo en lo que estoy pensando yo —admitió y bajó sus ojos hambrientos hasta sus labios.

Juls recuperó sus manos y comenzó a abanicarse la cara con ellas. De repente, lo último que sentía era frío.

—¿Se te ha pasado el frío? —inquirió él con dulzura exagerada.

—Parece que sí —convino con un carraspeo—. Ehhh…, y ese concierto, ¿cuándo empieza?

Solo recibió una risa por respuesta.

Capítulo 13

Juls

El concierto era una maravilla, tal y como él le había prometido.

Ara Malikian, el violinista libanés de origen armenio afincado en España, lo daba todo en el escenario. Acompañado por otros dos violinistas, una chelista, una contrabajista, un batería y otro artista que tocaba los bongos, ofrecía un espectáculo impresionante.

Juls estaba fascinada por su vitalidad y su forma de tocar el instrumento y de moverse. Con su singular estilo bohemio, el largo pelo negro rizado y muy alborotado, la tupida barba, los pantalones de cuero, el chaleco que llevaba abierto y que mostraba su torso desnudo y sus brazos tatuados, presentaba una imagen extravagante y peculiar.

Y los acordes que salían de su violín eran una mezcla de músicas de muchos lugares del mundo y estilos: sonidos zíngaros y árabes, flamenco, tango y muchos otros que se combinaban a la perfección y conseguían poner la carne de gallina y arrastrar al público a levantarse para acompañarle con las palmas.

—¿No es extraordinario? —le preguntó Jorge en un momento dado, acercando la boca a su oído.

Ella solo pudo asentir con fervor, completamente subyugada por la música, por el ambiente y por la noche tan fantástica. Había grabado vídeos y sacado innumerables fotos para inmortalizarlo todo.

La hora y media de espectáculo pasó en un pestañeo y antes de que se diera cuenta, este había terminado y los asistentes se levantaban de sus localidades y jaleaban al estrambótico violinista con entusiasmo. Ella misma se desgañitó y aplaudió eufórica. Apenas si fue consciente de que Jorge le daba la mano para sacarla de allí.

Una marabunta de gente llenaba cada rincón del auditorio y les resultó complicado alcanzar la salida. Los alrededores del recinto también eran una locura de personas que se agolpaban unas contra otras y de coches que apenas podían circular por la avenida. Jorge tiró de ella para sacarla del gentío y la condujo hasta unos edificios que había enfrente, a unos doscientos metros de distancia. Se detuvieron bajo los soportales. Allí no llegaba la algarabía y apenas unos pocos transeúntes caminaban por la acera.

—Es mejor que esperemos aquí hasta que se despeje un poco el camino y luego vayamos a por el coche —le dijo él.

—Vale —respondió. Respiraba con agitación, todavía embriagada por la atmósfera.

—No te voy a preguntar que si te ha gustado porque tu cara lo dice todo.

—¿Gustar? ¡Me ha encantado! Me ha parecido una maravilla. Estoy impresionada.

—Te lo dije.

—No me lo imaginaba así. ¡Por favor! ¡Cuánta energía! Sales de ahí con la adrenalina por las nubes. No sé, tengo ganas de bailar, de saltar y de correr… —se echó a reír—. No me hagas caso, es que estoy muy excitada.

—Te entiendo perfectamente. Yo me siento igual —lo dijo al tiempo que se metía las manos en los bolsillos de los vaqueros y echaba la cabeza hacia atrás.

Juls se percató de que su nuez subía y bajaba y aquel movimiento le pareció la cosa más sexi que hubiera visto en mucho tiempo. A duras penas, controló el deseo de alargar la mano y

pasar los dedos por su garganta.

—Gracias por traerme.

Él bajó la vista y la miró

—¿Crees que me merezco un premio por haberte invitado al concierto? —formuló la pregunta dando un paso hacia ella, que había pegado la espalda a la pared.

—Pensé que eras generoso y altruista —le dijo provocadora.

—Naaa, no te equivoques. Tenía segundas intenciones al traerte.

—¿Y qué intenciones son esas? —le desafió.

Él avanzó un paso más, hasta que la punta de sus zapatillas se pegó a las de ella.

—No sé —murmuró—, quizá que desayunemos juntos mañana.

—Me parece bien, podemos volver a quedar mañana para desayunar —dijo de un modo muy inocente y pestañeó con exageración.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Jorge apoyó las manos en la pared, a la altura de su cabeza, encarcelándola en el hueco de su torso y sus brazos. Luego, se inclinó hacia delante y su nariz rozó la de ella. Juls aguantó la respiración para no atontarse con el aroma que se desprendía de su piel, ese aroma a desodorante, a gel, a piel, tan masculino. Su cercanía la apabullaba y llevaba a su corazón a repiquetear con fuerza en su pecho.

—¿A qué… te refieres, entonces? —le cuestionó con la voz entrecortada.

Él no respondió de inmediato, solo depositó unos breves besos sobre la comisura de sus labios al tiempo que el peso de su cuerpo la aplastaba contra la pared.

—A que quiero que pases la noche conmigo —susurró.

El beso arrebatador que siguió a esas palabras se tragó cualquier respuesta que ella hubiese podido darle.

Sus bocas se fundieron en una sola y los brazos de Juls, como si tuvieran vida propia, se enroscaron en torno al cuello de él, entregándose a la caricia sin reservas. Solo unos segundos después, su erección se le clavaba en el estómago, y eso la llevó a gemir con ahogo. Sin duda alguna, ella se encontraba en el mismo estado de exaltación, solo que en su caso el acaloramiento no era tan visible, pero igual de profundo e intenso.

¿Él quería pasar la noche con ella?

Ella también lo deseaba.

Finalmente, sus labios consiguieron separarse. Él la sujetó con firmeza por las caderas, clavando los dedos en sus redondeces al tiempo que apoyaba la barbilla sobre su coronilla.

Juls le oyó suspirar.

—¿Pasa algo?

—Pasa que no estoy en condiciones de andar ahora mismo —confesó—. Dame cinco minutos.

—¿Es porque estás empalmado? —inquirió, echando la pelvis hacia delante para que la fricción de sus cuerpos fuera mayor.

Él gimió.

—Cabrona —la increpó en voz queda.

Ella se rio bajito mientras hundía la cara en su cuello. De nuevo, la nuez de él se agitó en su garganta cuando tragó saliva y Juls ya no intentó controlarse. Sacó la punta de la lengua y lamió la protuberancia con suavidad. Cuando el sabor salado de su piel se expandió por su boca estuvo a punto de gemir de placer.

—Así no se puede —farfulló él. Y volvió a besarla.

Segundos después, se apartaron jadeantes y se miraron con intensidad.

—Vámonos —dijo él.

—¿Ya puedes andar? —le preguntó con una sonrisa pendenciera.

—Sabes bien que no, pero te utilizaré de parapeto.

Acto seguido, la giró entre sus brazos y se situó a su espalda, luego le posó las manos sobre los hombros, resguardando su cuerpo a medias en el de ella y se puso en marcha.

—¿Vamos a ir hasta el parking haciendo el trenecito? —se burló Juls.

—Calla, mala persona.

—Te puedo dejar mi cazadora y te la atas a la cintura como si fuera un delantal —le ofreció sin disimular su hilaridad.

Él gruñó.

Avanzaron a un paso moderado mientras se cruzaban con gente que subía por la avenida. De vez en cuando, Jorge se inclinaba y depositaba un beso sobre el hueco que había entre su mandíbula y su oreja, algo que hacía que sus piernas flojearan. Juls hubo de morderse los labios en varias ocasiones para aguantar un suspiro mientras sentía el musculoso cuerpo de él a su espalda. Tanta masculinidad envolviéndola la descolocaba. Eso, y el saber hacia dónde se dirigían en aquel momento.

Tal y como le había prometido a su amiga, le mandó un wasap para avisarle de que iba a pasar la noche fuera.

Poco antes de llegar a los cajeros donde tenían que abonar el importe de la estancia en el parking, Jorge se apartó y le arrojó una mirada de suficiencia que parecía decir *¿Ves cómo controlo?* Pagaron y bajaron hasta la planta inferior a buscar el coche. Había ya menos vehículos que hacía unas horas y las plazas libres se sucedían.

—¿Vives muy lejos? —inquirió ella mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. No quería mostrarse nerviosa, pero se dio cuenta de que la agitación se había deslizado en su voz.

—En el pueblo de al lado.

—Ah, sí. ¿Cómo se llamaba?

—El Albir —respondió él, maniobrando para sacar el todoterreno del parking.

Después de aquello, la conversación murió, al menos por parte de ella que se quedó en blanco. Echó un vistazo por la ventanilla y ojeó los edificios que dejaban atrás mientras se internaban en el tráfico. Atravesaron un par de calles en silencio hasta que él lo rompió al fin.

—Estás muy callada. Si te parece mala idea lo de ir a mi casa podemos tomar algo en algún sitio —propuso.

Juls le miró. Incluso en la penumbra del interior de la cabina se podía apreciar que tenía un semblante bastante serio.

—En realidad, lo de ir a tu casa me parece bien.

Jorge no dijo nada, se limitó a alargar la mano y encender la radio con el volumen muy bajo. Sonaba *I promised myself* de Nick Kamen y la tarareó con suavidad. En cualquier otro momento, ella hubiera bromeado con la canción, pero notaba cómo la expectación la enmudecía. Se llevó una mano al pecho y se percató de que los latidos de su corazón estaban disparados. Se llamó imbécil en silencio. No era la primera vez que iba a pasar la noche con un chico. ¿Por qué estaba tan alterada?

Quizá porque Jorge le resultaba especial.

Quizá porque, aunque solo hacía poco más de una semana que se conocían, él se le estaba metiendo muy adentro y a gran velocidad.

Quizá porque quería que aquella noche fuese perfecta.

—Estas son las discotecas de la carretera —le dijo él, señalando a un lado.

Atravesaban un polígono con naves y locales bajos a ambos lados de la calzada. Grandes letreros de neón y luces de colores mostraban los nombres de los diferentes sitios: KU, KM, y un poco más adelante, Privilege y Penélope. Había algunos coches aparcados en el exterior y también se podía ver algunos grupos de personas pululando por allí.

—Aquí viene la gente cuando cierran los locales de la playa, a seguir con la fiesta. Están abiertos hasta el amanecer. Ahora todavía es pronto —continuó.

—¿Tú también sueles venir?

—Venía —corrigió—. Cuando tenía veinte años. Ahora el único que se deja caer por aquí de vez en cuando es Lukas.

Una vez que dejaron atrás los animados locales, la calzada se convirtió en la típica carretera comarcal de dos direcciones bordeada por arbustos, maleza y alguna que otra palmera. De vez en cuando, la irregularidad de una nave industrial en el arcén rompía la monotonía del camino.

Estaba absorta contemplando la oscuridad de la noche cuando sintió la mano de él posándose sobre su muslo. La caricia no era demasiado sensual, era un simple roce por encima de la rodilla. Decidida a saltar sobre su propia sombra, no vaciló demasiado y alargó su mano para entrelazar sus dedos con los de él. Eran largos y no muy suaves. Su aspereza daba fe de que los utilizaba con frecuencia para algún tipo de trabajo físico. Le agradó su tacto.

—Mi apartamento está muy cerca —dijo Jorge al cabo de un rato.

Juls volvió a mirar al exterior. Había estado tan ensimismada en las manos de ambos que ni siquiera se había dado cuenta de que habían entrado en otra localidad, una de casitas bajas y edificios no muy altos.

—El edificio donde vivo está en primera línea de playa —le explicó él—, aunque tiene la entrada por detrás, pero las vistas son una pasada. Ya las verás mañana con luz, cuando amanezca.

Había tanto implícito en aquellas palabras que Juls no pudo evitar que volviera a encogérsele el abdomen.

Pronto, se hallaron frente al portón de un garaje y solo medio minuto después, habían estacionado el coche. Jorge se bajó del Nissan y lo rodeó para abrirle la puerta a ella, que, como una tonta damisela en apuros, aguardó hasta que él llegó a su lado.

Quizá estaba más nerviosa de lo que quería reconocer.

—Vamos —murmuró él. La condujo a un ascensor y ella se dejó guiar.

Una vez dentro, él pulsó el botón de la quinta planta. El interior de la cabina era estrecho y apenas había espacio entre ellos. Juls iba a hacer un comentario al respecto, algo informal y sin mucha importancia, cuando sintió cómo el cuerpo de Jorge se dejaba caer contra el suyo y su boca tomaba posesión de la de ella. Ávida y voraz.

Durante los últimos encuentros se había ido acostumbrando a sus besos. Eran demandantes y pasionales. Le encantaban. Se hundió en ese con el mismo ímpetu y fervor que mostraba él. Y casi no fue consciente de que alcanzaban su destino y de que él sacaba unas llaves de su bolsillo y abría la puerta de la derecha. Seguían pegados el uno al otro, besándose y dejándose acariciar con curioso abandono.

—Este es mi piso —jadeó él, alzando apenas la cabeza.

—Es muy bonito —contestó ella con los ojos cerrados.

Él emitió una risa mordaz. Aquello la llevó a elevar los párpados por fin. A la tenue luz de unos focos regulables encastrados en el techo, una sucesión de paredes color gris perla,

muebles blancos y negros y un gran ventanal que abarcaba todo el frontal del apartamento se incrustó en sus retinas. No pudo fijarse en nada más, ya que él no le dio opción y volvió a tomarla entre sus brazos, besándola de nuevo con esas ganas inusitadas que le hicieron flaquear las rodillas.

Se dejó besar. ¿Cómo no hacerlo?

Él la empujó a través de la estancia, hasta que notó los bordes de un sofá contra sus pantorrillas. Completamente desmadejada, se dejó caer. Sin embargo, en el último instante, él debió de haberse contorsionado porque la que aterrizó encima fue ella y el masculino torso le sirvió de colchón.

—Eres preciosa. —Le escuchó murmurar contra su piel mientras le recorría la curva del cuello con los labios.

Le miró a través de la bruma que cubría su cerebro. Él sí que era un hombre hermoso. Atractivo a rabiar y, en ese momento, mucho más, con esa mirada color avellana velada por la pasión y la sensual boca húmeda por los besos. Sin poder reprimirse, sacó la punta de la lengua y le lamió el labio inferior.

Él respondió con un gemido estrangulado, hundiendo las manos en su talle. De algún modo había conseguido introducir los dedos dentro de su camiseta y la aspereza de la caricia contra la suavidad de su carne la llevó a gruñir de placer.

—Creo que es mejor que cambiemos de escenario —propuso él.

Ella pestañeó ligeramente y trató de que los jirones de niebla que empañaban su lógica se despejaran. ¿Escenario? ¿Qué escenario? No tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Él la empujó para que se irguiese. Respiraba con dificultad y Juls se dio cuenta de que a ella misma también le costaba coger el aliento. La cogió de la mano y la arrastró hacia una puerta blanca que había al otro lado de la sala, detrás de la cual solo podía hallarse su dormitorio.

Ella se dejó arrastrar.

Jorge

Estaba muy excitado, no iba a negarlo. Llevaba días imaginándose ese encuentro con Juls y ahora que por fin había llegado, quería que ambos lo disfrutaran al límite.

Durante unos instantes, en el coche, pensó que las cosas no iban a salir bien y que ella le iba a pedir que la llevara a casa, pero fue solo un momento extraño que se pasó a toda velocidad.

Ahora ya no había incomodidad alguna y la tenía solo para él, en su casa, en su dormitorio, a solo un paso de su cama…

Le costó soltarla para poder encender una luz y quitarse la camisa. Ella se le quedó mirando con los párpados pesados y la cabeza inclinada a un lado como si estuviera estudiándole y poniéndole nota.

—¿Qué? —la desafió en voz baja—. ¿Te gusta?

Ella alzó una mano y le recorrió los pectorales con los dedos. El roce era fugaz y muy lento y a Jorge se le puso la carne de gallina.

—Me gusta —respondió al tiempo que bajaba la mano y delineaba los bordes de su tatuaje con la punta de su dedo índice. Siguió descendiendo hasta que ese mismo dedo se introdujo en la cinturilla de sus pantalones.

La escrutó con fijeza. Su rostro enrojecido por el ardor, los labios entreabiertos, los ojos brillantes, y su pecho que subía y bajaba notoriamente. Debajo de la tela de la camiseta se podía apreciar cómo sus pezones se habían endurecido.

—Creo que no estamos en igualdad de condiciones. —Él señaló la prenda.

Ella no vaciló. Alzando la barbilla con actitud un tanto rebelde, se quitó la camiseta y la arrojó al suelo, dejando al descubierto un sujetador negro de encaje por el que se podía entrever la piel lechosa de sus pechos y las areolas más oscuras.

Jorge extendió una mano, ansioso por tocarla, pero ella le detuvo con un gesto.

—Igualdad de condiciones, ¿no? —susurró ella. Y con rapidez, se llevó las manos a la espalda y se quitó la prenda, que siguió el mismo camino que la anterior.

La devoró con los ojos. Tenía unos senos no muy grandes con forma de lágrima y de un color pálido muy atractivo, sobre los que destacaban sus pezones rosados que sobresalían de las areolas de un modo muy llamativo.

—Vale, igualdad de condiciones —murmuró e hizo exactamente lo que ella había hecho con él. Alargó los dedos y delineó la curva de su seno izquierdo con infinita delicadeza, dejando que la punta de su dedo índice jugueteara con su pezón. Cuando la escuchó aspirar con nerviosismo, bajó la mano hasta que llegó a la cinturilla de sus pantalones y tiró sin excesiva fuerza, hasta que su pelvis se pegó a la suya.

Ella se humedeció los labios. El rubor que antes estaba solo en su cara se había extendido también hasta su torso.

Él no pudo reprimir una sonrisa cargada de profunda satisfacción.

—¿Quién es el siguiente? —la provocó con voz gutural.

—Tú —repuso ella sin dudar—. Quiero verte sin pantalones.

La sonrisa de Jorge se hizo enorme.

Se agachó para quitarse las zapatillas y los calcetines y, después, con un movimiento de lo más lujurioso, se desabrochó el pantalón y se despojó de él. Sus bóxers azules quedaron al descubierto. Cuando se erguía, la travesura le apresó y no pudo evitar posar la nariz sobre el abdomen de ella y aspirar hondo. La notó temblar bajo aquella sutil caricia.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con entonación irónica. No esperó a que ella contestara y continuo—: Te toca a ti.

Ella le lanzó una mirada turbulenta antes de imitarle y quitarse las zapatillas y los vaqueros. Al descubierto quedaron sus braguitas también de encaje negro, casi transparentes.

—¿Te gusta lo que ves? —le imitó.

—Joder que si me gusta —admitió él con un jadeo.

Alargó las manos para abrazarla, pero ella dio un paso atrás.

—No. Te quiero desnudo del todo.

Él soltó una carcajada. Aquella chica le gustaba más cada segundo que pasaba.

No se hizo de rogar y se quitó la ropa interior, quedando completamente desnudo ante ella. Los ojos de Juls fueron hasta su miembro y aquello le excitó sobremanera. Casi sin ser consciente de ello se llevó una mano a su erección, que palpitaba convulsa, y se la rodeó con ella. Estaba completamente erguido y muy sensible.

No tuvo que animarla a que siguiera su ejemplo y se despojarse del último trozo de tejido que todavía mantenía su cuerpo oculto. Solo unos segundos después, las braguitas cayeron al suelo de tarima de su dormitorio.

La contempló con lujuria mal contenida. Estaba delgada, pero no en exceso. Sus caderas, a pesar de no ser muy prominentes, eran ideales para hundir los dedos en ellas. Una sucinta cantidad de vello más oscuro que el de su cabeza cubría su sexo y las ganas de arrodillarse frente a ella y hundir la cara en su vientre se apoderaron de él.

«¿A qué esperas?», le dijo una voz interior cargada de deseo.

Hincó las rodillas en el suelo y enterró la cara en la suavidad de su piel mientras ella

gemía y enredaba los dedos en su cabello.

No encontró resistencia alguna cuando la obligó a abrir los muslos y sus dedos recorrieron la parte interna de estos hasta detenerse a la entrada de su sexo, donde encontró caliente humedad.

—Joder, Juls…

—Jorge… —La escuchó gemir.

El frenesí le invadió y se puso de pie. Con un movimiento precipitado la alzó en volandas y se acercó a la cama mientras ella se aferraba a su cuello y repartía besos mojados sobre su garganta. La depositó sobre el colchón, cubierto por un edredón blanco, y la miró con hambre mal contenida antes de tenderse sobre ella.

—Voy a serte sincero, me he pasado toda la semana fantaseando con esto —le dijo entre beso y beso.

—Yo también voy a serte sincera. Desde que me llevaste al mirador el miércoles no he podido quitarme de la cabeza cómo sería acostarme contigo —admitió jadeante.

—¿Y cómo está siendo?

—Vamos bien. Muy bien. —Su voz rota por la pasión le llegó muy adentro y le pareció lo más erótico del mundo.

Se apretó contra ella y la acalló con su boca mientras sus piernas y sus brazos se fundían.

—¡Ay! —exclamó ella de improviso—. Me estás clavando el codo.

—Lo siento. Mi intención es clavarte otra cosa.

Ella se echó a reír con ganas y le rodeó el talle con las piernas, contoneándose de manera sinuosa y aprisionando su erección.

—Eres una mala chica.

—Me apetece ser mala contigo esta noche.

—¡Qué suerte tienes de que me gustes así!

Juls era menuda y se agitaba bajo sus manos de un modo delirante. Su piel estaba dorada por el sol menos en aquellos lugares que el bikini había cubierto. Y era preciosa; no había otra palabra para describirla.

Rodaron por la cama, disputándose el honor de estar encima. Él se rindió con facilidad y la dejó ganar. Ella se sentó a horcajadas sobre sus caderas y él cerró los ojos un instante cuando sintió el calor del femenino sexo pulsando contra su miembro. Cuando ella comenzó a deslizar la boca por su cuerpo, bajando desde su cuello hasta su pecho y luego su estómago, él no hizo ni un solo movimiento y aguardó con la respiración contenida hasta que ella llegó a su destino y le acogió en su boca. Gimió al sentir toda aquella calidez y humedad rodeándole. Controló el impulso de bombear con las caderas mientras dejaba que ella adquiriese su propio ritmo. Sus labios le succionaron de veinte mil formas posibles y su lengua jugueteó con él, arrancándole gruñidos de gozo. Terminó por alzar los brazos por encima de la cabeza y disfrutar del momento.

—Sí, sí… —gimió una y otra vez mientras el calor le inundaba.

Quizá habían pasado veinte segundos o quizá veinte minutos —el tiempo había dejado de tener significado—, cuando comenzó a notar una sensación pulsante en la parte baja de su miembro.

No quería que su primera vez terminara así y se apresuró a apartarla. La contempló a través de las pestañas. Ella tenía las mejillas encendidas y los labios empapados. Aquella imagen le resultó erótica y muy excitante. Tiró de ella hasta que la tuvo firmemente sujeta entre sus brazos y sus bocas distaban la una de la otra solo unos pocos centímetros.

—¡Joder, Juls! Eres increíble —le dijo. Y la besó.

—Es solo el principio —farfulló ella.

Jorge aguantó la carcajada arrebatada que quería salirle del pecho y la obligó a rodar sobre la cama hasta que se alzó con el premio de estar encima. Era su turno.

—*Quid pro quo*[15]—le dijo.

—¿Me hablas en latín? —ronroneó ella—. Eso me pone.

—Te puedo hablar en alemán, si quieres —propuso, besándole el cuello.

—Hazlo —gimió.

—*Ich werde Dich überall küssen. Die ganze Nacht lang*[16] —comenzó con voz ronca mientras descendía hasta sus senos.

—¡Sigue! —balbuceó ella.

—*Ich werde Dich streicheln bis du es nicht mehr aushalten kannst*[17] —continuó él, lamiendo sus pezones con infinita lentitud.

Ella expelió un gimoteo ahogado.

Él continuó su viaje exploratorio descendente hasta que llegó a su trepidante vientre. Allí se entretuvo apenas unos segundos, rozándolo con la punta de la lengua. Fue una parada técnica y muy corta, ya que su objetivo era otro y se hallaba enterrado en esa cuna de breves rizos rubios.

—*Und danach, werde Ich Liebe mit dir machen bis zu Tagesanbruch*[18] —le dijo justo antes de hundir la lengua en su interior.

Su ardor le explotó en la boca. Era evidente que ella se hallaba muy excitada, y esa excitación le sirvió a él de acicate. Sabía que no iba a poder aguantar mucho tiempo, al menos no la primera vez. Repetirían, se dijo al tiempo que recorría los pliegues empapados con su lengua y succionaba su abultado clítoris con complacencia, recreándose en su sabor y su textura.

Juls comenzó a agitarse presa de la ansiedad, dejando escapar gemidos ahogados. Sus sacudidas se hicieron más violentas y él le sujetó las caderas con firmeza, pegándola al colchón mientras seguía devorándola con avaricia.

—Jorge —llegó su voz entrecortada—. Voy a… ¡Me voy a correr!

—Córrete —la animó.

Apenas acababa de decir eso, cuando la sintió ponerse rígida debajo de él y los espasmos recorrieron su cuerpo. El pujante orgasmo llegó con energía y la boca se le llenó de su potente sabor almizcleño. Gruñó satisfecho, llenándose de ella y disfrutando de su clímax como si fuera el propio.

Juls le hundió los dedos en la carne de los hombros y él se entretuvo en darle ágiles besos en la parte interna de los muslos mientras ella se iba calmando poco a poco.

—Te necesito dentro de mí… —La escuchó susurrar.

Excitado y ansioso por cumplir con sus deseos, reptó por la cama hasta que estuvo a su altura. La besó, a sabiendas de que su boca estaba llena de su esencia. A ella no pareció molestarle, por el contrario, le echó los brazos al cuello y profundizó el beso mientras dejaba escapar un gemido contento.

—Espera.

Se apartó y se inclinó hacia su mesilla donde guardaba los preservativos. Sacó uno del cajón y sin apartar la vista de su rostro exaltado y atrayente, rasgó el envoltorio y se lo puso, ajustando el látex a lo largo de su extrema rigidez.

Ella, quizá inconscientemente, le lanzó una ojeada lasciva a través de las pestañas mientras se acaricia los pechos con abandono y él no pudo resistirse a esa imagen. Soltando un estrangulado gemido, se tumbó sobre su cuerpo. Su miembro pareció saber dónde tenía que ir y

se acopló a las mil maravillas al hueco que quedaba entre sus muslos, que ella abrió invitadoramente. Solo unos segundos después, estaba en su interior y el aire se escapaba de sus pulmones en una suerte de pasional detonación cuando sintió el fuego que desprendían las paredes de su sexo que le engullían y le aprisionaban.

—¡Dios mío! Esto es una pasada. ¡Joder, cómo me pones!

Ella no dijo ni una sola palabra, se limitó a oscilar las caderas, alentándole a moverse. Y Jorge lo hizo. Comenzó a embestirla, en un principio con parsimonia, pero en cuanto se percató de que ella balbucía algo con impaciencia, aumentó el ritmo y proporcionó vigor a sus envites.

Los besos llegaron para acompañarlos. Besos húmedos y pasionales. Besos que callaban bocas, pero que también se entretenían en las barbillas, en los pómulos, en las mejillas y que se mezclaban con los jadeos febriles que emergían de sus gargantas.

—¡Sí, Jorge! ¡Sí, sí!

Animado por sus gemidos, condujo la mano hasta su pulsante clítoris, ansiando que ella alcanzara un nuevo orgasmo junto a él; lo pellizcó con suavidad, sonriendo con vehemencia cuando escuchó su respiración arrebatada.

En cuestión de segundos, un calor abrasador y todopoderoso se formó dentro de él y comenzó a notar la presión en su cuerpo y el zumbido mental que precedía al orgasmo. Su vientre se contrajo virulentamente y, entonces, se derramó dentro de ella, con un fiero rugido.

Solo un segundo después, ella le acompañaba, sollozando de placer.

Se mantuvieron unos cuantos segundos inmóviles, respirando trabajosamente. Él aguantó su peso sobre los antebrazos mientras hundía la cara en su sudoroso cuello y aspiraba su aroma. Terminó por alzar la cabeza y contemplarla. Ella le miraba con sus bellos ojos. Cuando se excitaba los entrecerraba de un modo muy erótico; sus extremos se alzaban hacia arriba creando unas curvas perfectas y llenas de sensualidad.

—¿Sabes una cosa? Eres hermosa. Quizá la mujer más preciosa que he visto en mucho tiempo —le dijo al tiempo que le apartaba un mechón húmedo de la frente con afectuoso cuidado.

Y no exageraba.

—Supongo que es la emoción postcoital la que habla por ti —se burló ella, acariciándole la mejilla.

—No. Estoy siendo sincero. Creo que eres una belleza.

—Entonces tengo suerte de haber aterrizado en tu cama, ¿no? —siguió bromeando ella.

—¡Por supuesto! Dos orgasmos en menos de veinte minutos —dijo él con arrogancia fingida, dándole un beso en la nariz—. Si eso no es tener suerte.

—Creído.

Él se rio. Luego agachó la cara y le mordisqueó juguetonamente la clavícula.

—¡Me haces cosquillas! —protestó con una carcajada.

La ignoró y siguió besuqueándola una y otra vez.

Le sucedía algo inusual con Juls, algo que no solía ocurrirle con otras mujeres, y era la enorme complicidad que sentía estando con ella. Quizá era la primera vez que compartían la cama, pero la sensación era curiosa, como si se conocieran a fondo desde hacía mucho tiempo.

Se apartó a regañadientes y abandonó la cama para deshacerse del preservativo. No pudo evitar escrutarla de arriba abajo. Ella no parecía avergonzada por su desnudez en absoluto. Se había tendido de lado con la cabeza apoyada en una de sus manos y le observaba con los ojos cargados de una emoción que a él no le resultó nada difícil de interpretar. A fin de cuentas, era la misma que él estaba experimentando.

Deseo.
—No se te ocurra moverte ni un milímetro —le advirtió, alejándose hacia el baño.
Escuchó su risa sexi a su espalda.

Capítulo 14

Juls

En un primer momento, cuando abrió los ojos, no supo muy bien dónde se encontraba, pero el peso de un brazo sobre sus costillas no tardó en ponerla en antecedentes con rapidez.

Estaba en el piso de Jorge, en su dormitorio, y había pasado la noche con él.

Las sensuales imágenes de la noche anterior acudieron a ella y notó cómo el ardor se expandía por todo su cuerpo y una suave humedad le bañaba su sexo. Sí, solo el hecho de recordar todo lo que habían hecho la excitaba.

«¡Qué noche más grandiosa!», pensó risueña.

Se giró y se encontró con la cabeza de él al lado de la suya sobre la almohada. A la luz del amanecer que entraba por la ventana Jorge era verdaderamente hermoso. Decir que era atractivo era quedarse muy corto. El pelo alborotado, los ojos cerrados con sus pestañas castañas en forma de media luna, el mentón cubierto por la sombra de una barba, y sus labios hinchados como si se hubiera pasado la noche haciendo uso de ellos.

Juls sonrió tontamente mientras se acariciaba sus propios labios con el dedo. Los de ella también estaban muy sensibles.

Tantos besos…

Y tantas otras cosas…

Volvió a girarse y su mirada terminó sobre la mesilla donde descansaba el paquete de preservativos y los dos envoltorios rotos. Rememoró con euforia todos y cada uno de los momentos de las últimas horas y un gemido salió de su boca mientras se retorcía sobre el colchón.

De pronto, sintió cómo el brazo que estaba sobre su torso comenzaba a moverse y le presionaba el estómago.

—¿Ya estás despierta?

Escuchó la voz somnolienta a su espalda. No respondió, se limitó a acurrucarse contra el fornido torso, dejando que sus cuerpos se acoplaran el uno al otro.

—Pero es muy pronto —le susurro él justo debajo de la oreja.

Ella se estremeció al sentir su aliento en esa zona tan delicada y sensible.

—No podía dormir más —confesó en voz baja.

—¿Te molesta la luz? —inquirió él.

—No.

—Entonces…

—Entonces es que quizá me apetece retozar un poquito entre las sábanas antes de que tengamos que levantarnos —murmuró con coquetería.

Él la estrechó con firmeza entre sus poderosos brazos y Juls no tardó en notar que cierta parte de la anatomía masculina había despertado.

—No sabes cómo me gusta despertarme así —dijo él. Y comenzó a depositar besos ligeros sobre su hombro y su omóplato mientras su pelvis empujaba hacia delante enterrándose en sus glúteos.

Juls gimoteó excitada.

Hacía un siglo que no amanecía con nadie en la cama y desperezarse con Jorge de aquel

modo le resultaba muy apetecible. La sangre había comenzado a correr rauda por sus venas y el calor a esparcirse por todo su cuerpo. Con mucha lentitud, se giró entre sus brazos hasta que consiguió enfrentarle. Su boca tenía un rictus desvergonzado que le puso la carne de gallina.

Intercambiaron un beso lánguido.

—Buenos días —le dijo él.

—Buenos días.

Fue ella la que tomó la iniciativa. Fue ella la que alargó el brazo hasta la mesilla y cogió uno de los condones. Fue ella también la que rasgó el envoltorio y, sin apartar la vista del rostro de Jorge, que la observaba expectante, se lo puso a tientas y lo extendió por su erección con cuidado.

Él jadeó.

No hubo preliminares, apenas unos roces y unas mutuas caricias. Poco después, ella se había colocado encima y dejaba que él se deslizara en su interior.

Sus gemidos se mezclaron en el silencioso dormitorio.

Se abrazaron mientras comenzaban a moverse de un modo indolente, como faltos de energía, frotando sus cuerpos uno contra el otro en una suerte de delicioso abandono. Aquel acto no se parecía en nada a los que habían compartido la noche anterior, llenos de fogosidad y prisas. No. Esa comunión tranquila y pausada era otra cosa. Diferente.

La mente de Juls se desconectó de su cuerpo y se convirtió en gelatina mientras Jorge la sujetaba por las nalgas y se movía con parsimonia. Ella le cabalgaba con exquisita pereza, como si tuvieran todo el tiempo del mundo en sus manos, moviéndose hacia delante y hacia atrás.

El paraíso.

—Si se me permite expresar un deseo —comenzó él en un susurro—, quiero esto para desayunar con frecuencia.

El trazo de una vaga sonrisa apareció en los labios de ella al escucharle.

—¿Mejor que un café?

—Mejor que todos los cafés del universo.

Después de eso guardaron silencio y continuaron meciéndose y oscilando. Las pieles de ambos deslizándose una contra otra.

Los jadeos se elevaron en intensidad.

—Me voy a correr, Juls —dijo él con voz entrecortada al cabo de unos segundos. La expresión de su rostro era de puro éxtasis.

—¡Espérame! —le pidió acalorada.

Estaba muy excitada y se encontraba a punto del clímax, pero todavía le faltaba un poco para llegar al final. Se acarició con rapidez, extendiendo la humedad con los dedos por su clítoris, jugueteando con él para acelerar el proceso y que ambos pudieran recorrer ese camino juntos. No tardó en sentir el calor concentrándose en la parte baja de su abdomen y las paredes de su sexo estrechándose en torno al miembro de Jorge.

Él expelió un estertor gutural.

—Joder… Ya no puedo más —gruñó.

Y Juls sintió cómo él se contraía y una convulsión le recorría de arriba abajo. Ella aceleró su propia caricia y, en solo unos segundos, su propio orgasmo la llevó a sacudirse con violencia. Se dejó caer sobre él, exhausta y con la mente bastante turbia.

Las respiraciones trabajosas de ambos tiñeron el ambiente durante un buen rato. Los sonidos se fueron amortiguando poco a poco, mientras intercambiaban unas cuantas caricias lánguidas.

Fue él el primero en recuperar el aliento y reaccionar. Le alzó la cara con los nudillos y la contempló con una sonrisa en la boca.

—Ahora sí que quiero un café.

—Creí que ibas a prescindir del café de ahora en adelante —dijo ella.

—Era el sexo el que hablaba por mi boca. No puedo vivir sin café.

—Hombre inconstante —le regañó con el ceño fruncido.

Él se rio. Luego la empujó a un lado y comenzó a besarle la línea de la mandíbula.

—Quédate en la cama mientras yo preparo el desayuno —le dijo.

—¿Eres un hombrecito de su casa? ¿Cocinas?

—Me defiendo. Pero no esperes mucho de mi desayuno. Café y tostadas con aceite, eso es lo máximo que te puedo ofrecer.

—Me has convencido.

—Me doy una ducha rápida y hago el café.

Salió de la cama y se inclinó para darle un ligero mordisco en la cadera que ella recibió con agrado y un ronroneo.

Le vio alejarse hacia el aseo, caminando con suma seguridad. Su maravilloso y musculoso trasero era una delicia. Cuando escuchó el agua de la ducha, hundió la cara en las sábanas y pataleó llena de euforia mal contenida. Aspiró hondo como una imbécil y el olor a Jorge —un peculiar y delicioso olor a mar— y a sexo le entró por las fosas nasales. ¡Dios! ¡Qué pasada! La noche había sido genial, pero esa mañana… Esa mañana había sido increíble.

Jorge era perfecto.

No pudo recrearse mucho tiempo en sus ensoñaciones porque el agua de la ducha no tardó en enmudecer y él regresó al dormitorio; solo llevaba una toalla anudada a la cadera, pero la dejó caer sobre el borde de la cama cuando se acercó al armario a coger unos bóxers limpios.

Ella no se molestó en apartar la vista de su glorioso cuerpo desnudo, disfrutando con cada giro y movimiento.

—Se acabó el espectáculo —le dijo él cuando se subió los calzoncillos—. Mañana más.

—¿Lo prometes? —inquirió con tono provocador.

—Joder, no me mires así que prescindimos del café.

Juls se echó a reír y se dio media vuelta, tendiéndose boca abajo y mostrándole su culo desnudo. Luego le miró por encima del hombro y se contoneó.

—Qué cabrona —dijo él, cogiendo aire con fuerza. Se acercó a la cama y le dio una palmadita sobre uno de los glúteos—. Tenemos tiempo de sobra. Es temprano. Tengo una clase, pero no comienza hasta dentro de dos horas, así que tómate tu tiempo en la ducha.

Una vez dicho eso, abandonó el dormitorio y la dejo sola.

Juls no perdió el tiempo remoloneando entre las sábanas. Estaba demasiado agitada y tenía mucha energía que quemar. Se duchó a una velocidad digna de una campeona y se secó con prisas. En su mochila llevaba un recambio de ropa interior. Lo había cogido el día anterior a sabiendas de que esa noche iba a ser la definitiva con Jorge. Sacó el conjunto blanco y se lo puso, luego se vistió con la camiseta, pero prescindió de los vaqueros y las zapatillas. Se enjuagó la boca con agua y pasta de dientes y abandonó el baño.

Jorge estaba de pie frente a la encimera de su cocina americana. Un ligero y delicioso aroma a café sobrevolaba el ambiente. Los ojos de Juls pasearon hasta la mesa de comedor. Sobre ella había un plato con unas tostadas, una aceitera, platos individuales y servilletas.

—¡Qué bien huele! —murmuró.

Él se dio la vuelta y, al verla allí de pie, se acercó y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tú sí que hueles bien. ¿Café solo o con leche? ¿Con azúcar?

—Solo con azúcar.

Volvió a la cocina y cogió una cafetera y dos tazas, encaminándose hacia la mesa. Con un gesto, le indicó que se sentara. Ella le obedeció.

El café estaba realmente bueno y el primer trago le resultó reconfortante y perfecto.

En realidad, ¿acaso había algo que no fuera perfecto? Le miró y estudió su perfil mientras él preparaba una tostada con aceite y sal.

—¿Me estás analizando? —le preguntó antes de tenderle el pan.

—Sí —admitió con franqueza—. Me cuesta creer que estoy aquí contigo y que es como si te conociera de toda la vida, cuando nos vimos por primera vez hace poco más de una semana.

Él se llevó la taza a la boca y la observó por encima del borde sin decir nada.

—Yo me siento igual —reconoció al cabo de un corto lapso de tiempo.

—No sé nada de ti.

—¿Qué quieres saber?

Ella alzó la vista y se encogió de hombros.

—No sé. ¿Todo?

Él se rio.

—¿Todo? Eso es mucho, pero lo intentaré. A ver, me gusta bucear y hacer windsurf, pero eso ya lo sabes. Me gustan los polos de limón y no soporto los helados de vainilla. Mi color favorito es el azul. No me gustan las coles de Bruselas, sin embargo, me chifla el repollo crudo. Me caí de una bicicleta cuando era pequeño y tengo una cicatriz en forma de medialuna en la rodilla. Mi película favorita es *Black Hawk Derribado*. Y no soporto a Tom Cruise. No obstante, me encantan las pelis de Misión Imposible. Me gusta mucho ir al cine y a conciertos. Ya sabes que me gusta Ara Malikian y la música de los ochenta y los noventa. Soy un friki de Kiss FM. —Sonrió de oreja a oreja al decir aquello—. Adoro mi coche y hablo con él, pero solo cuando estamos a solas. Prefiero la cerveza a otro tipo de bebida alcohólica. Me encantaría trabajar en el Oceanográfico en Valencia gestionando actividades de ocio y turismo, aunque estoy bastante contento trabajando como instructor de buceo. Me gustan las medusas y los pulpos. Soy Piscis y tengo un cajón lleno de bóxers azules —ya te he dicho que es mi color—, y prefiero lo salado a lo dulce. Ah, y me gustan las chicas como tú —se interrumpió—. Miento. No me gustan las chicas como tú. Me gustas tú en especial.

Juls se había quedado con la tostada suspendida en el aire mientras le escuchaba. Su semblante se había ido animando con diversión mientras él avanzaba. Cuando llegó al final y expresó aquella declaración, su sonrisa era enorme.

—Bueno, entonces ya lo sé todo de ti. Al menos lo primordial —dijo al tiempo que cabeceaba.

—Lo del cajón con los bóxers es lo más importante. Tenía que confesártelo —dijo él con un encogimiento de hombros.

—Sin duda.

—Deberías corresponderme y contarme algo sobre ti.

Juls dejó la tostada en el plato y le dio un trago a su café.

—A ver, déjame que piense. A mí sí me gustan los helados de vainilla y mi color favorito es el verde. Tampoco me gustan las coles de Bruselas, pero es que el repollo no lo soporto —se detuvo y frunció la nariz—. Parece que cada vez tenemos menos cosas en común.

—No sé si voy a poder soportar a alguien que odia el repollo.

—Pues las cosas se complican porque a mí sí me gusta Tom Cruise. Me parece que está

muy bueno.

—¿Más que yo? —preguntó él con presunción.

Ella fingió examinarle con interés. El atractivo de Jorge era simplemente impactante, incluso recién levantado y con el pelo sin arreglar, colgándole sobre la frente.

—A ver, es que es Tom Cruise.

Él emitió un bufido muy gracioso.

—Mi película favorita es *De óxido y hueso* —continuó ella—, y adoro el cine de Clint Eastwood. Respecto a la música, me gusta el mismo tipo que a ti. Tengo carnet, pero no suelo conducir y mi bebida favorita es el zumo de melocotón. Y me gustan los gatos, aunque nunca he tenido uno. Soy Acuario y no tengo ningún cajón lleno de ropa azul. Ah, y sí, me gustan los chicos como tú, arrogantes y engreídos. Quizá tú un poco más que los demás.

—¿Arrogante y engreído?

—Bueno, tú ya sabes —dijo con una risa traviesa.

Él se incorporó e inclinándose sobre la mesa, le dio un beso en la boca. Era un beso son sabor a café.

—¿Y esto? —le preguntó cuando él se apartó.

—Esto es porque se me había olvidado decirte que anoche fue una noche increíble. Y que quiero repetir —susurró él.

A Juls se le encogió el estómago.

—¿Qué fue lo que me dijiste en alemán?

—Ah, así que sientes curiosidad… —Él se golpeó el mentón con un dedo.

—Un poco —admitió.

—Pues te dije tonterías como que mi familia lleva la ropa a la lavandería o que se me había olvidado comprar detergente. Ah, y lo más importante: que tenía que limpiar la placa vitrocerámica —concluyó con un destello inocente en los ojos.

Ella cogió su servilleta y se la arrojó, dándole de lleno en la cara.

Él se rio.

—Te prometo que en algún momento te diré la traducción correcta.

Ella quiso protestar, pero no tuvo tiempo de decir absolutamente nada porque Jorge comenzó a hablar de nuevo.

—Esta tarde, Lukas y Erika han organizado una especie de reunión en el chalet para ver una peli. Mis padres no están. Iremos los de siempre, los del domingo pasado. Y me gustaría que vinieras conmigo.

Juls pestañeó un par de veces, dejando que el timbre cálido con el que él acababa de pronunciar la última frase le penetrase hasta las entrañas.

—Claro —aceptó sin reservas.

Todo el tiempo que pudiese pasar al lado de Jorge era un tiempo precioso.

Jorge

Juls: Cómo vas? Todo bien?

Jorge: Todo perfecto. A punto de empezar una clase. Y tú qué haces?

Juls: Preparándome para bajar a la playa. Ya sabes, mi vida es muy dura.

Jorge: Lo de anoche fue alucinante. No puedo dejar de pensar en ello.

Juls: También fue alucinante para mí. Fue genial.

Jorge: Lo de esta mañana también. Incluso mejor que lo de anoche.

Juls: Mejor?

Jorge: Bueno, las comparaciones son odiosas. Lo mejor es que repitamos y analicemos.

Juls: Definitivamente sí.

Jorge: No puedo concentrarme, ¿sabes? Cada vez que pienso en ti mi cuerpo reacciona en consecuencia. Joder!

Juls: El mío también. Ni te imaginas el calor que estoy sintiendo en este momento. Me gustaría que estuvieras aquí.

Jorge: Estoy con mis alumnos que me están mirando con curiosidad y tú acabas de conseguir que no pueda bajarme del coche.

Juls: No lo siento para nada.

Jorge: Lo sé. Y eres cruel.

Juls: Cruel, yo? Solo porque soy sincera y te confieso que me estoy poniendo a cien mientras imagino como me besas por todas partes?

Jorge: Capulla. Te dejo.

El recuerdo de esos wasaps que había intercambiado con Juls ese día a primera hora sobrevoló por su cabeza y una tibia sonrisa curvó sus labios.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó ella. Iba sentada a su lado, en el Nissan.

—Estaba pensando en los mensajes de esta mañana.

—¿Te han gustado?

Él dejó escapar un silbido.

—No sabes cuánto.

—Me encanta provocarte, ya sea en persona o por escrito.

—Si no me quejo —repuso él—. Sigue haciéndolo.

En ese instante alcanzaron la propiedad de los Alba. Él detuvo el coche frente al muro y apagó el motor. Descendieron de él y, de la mano, se internaron en la casa.

El salón se había convertido en una improvisada sala de cine. Habían colocado suficientes sillones y cojines en el suelo en torno a la gran pantalla de televisión y las cortinas que daban al jardín estaban cerradas, creando un ambiente oscuro e íntimo.

Jorge y Juls fueron los últimos en llegar. Los otros deambulaban ya por la sala, portando fuentes con palomitas y bebidas, y disputándose los sillones. Ni Mariu ni Dani habían acudido ya que todavía no se encontraban demasiado bien, y Rafa se había excusado porque tenía unos clientes que solo podían ver pisos los domingos, pero todos los demás estaban allí: Lukas, su novia, su amigo Iván y otra chica que debía de ser el rollo de este último; Erika con sus amigas, Laura y Bea. Y Diego, que había tomado asiento en la silla más alejada de todas y bebía pausadamente de una cerveza mientras observaba la escena con condescendencia.

Jorge le saludó con la mano. Su hermano alzó la botella en el aire correspondiendo al saludo.

—¿Somos los últimos?

Till, su jefe, le había pedido por favor que se ocupara de una inmersión que tenía en Javea y Jorge no había podido negarse, por eso llegó tarde a recoger a Juls.

—Sí. Casi empezamos sin vosotros —le gritó Erika que estaba tirada en el suelo con el mando de la tele en la mano. Le dirigió una ojeada cargada de reproche.

Jorge se encogió de hombros, evitando los ojos inquisitivos de Bea, que le atravesaban como puñales. Estaba junto a Erika en el suelo, pero al verle entrar se había incorporado y calibraba a Juls con la mirada.

Jorge la ignoró, tiró de Juls, que se mantenía silenciosa a su lado, y la condujo hasta un sofá de dos plazas que estaba libre.

—Voy a buscar palomitas y unas cervezas —le dijo en voz baja.

—¿Dónde vas? —aulló Lukas al ver que se alejaba. Estaba sentado en el sillón principal junto a su novia y engullía patatas sin piedad—. ¡Que va a empezar!

Jorge no le contestó. Se dirigió a la cocina y cogió dos cervezas y un bol de palomitas para él y para Juls. No tenía ni idea de qué película habrían escogido sus hermanos, pero conociéndolos sería una de terror.

A pesar de que la sala estaba a oscuras, la penumbra no era total y pudo ver la sonrisa que le dirigió Juls cuando llegó cargado con las cosas. Dejó las palomitas en el sofá y le tendió una cerveza. Luego, se acomodó a su lado, pegando la cadera a la suya.

No sabía que tenía esa chica que le hacía desear estar todo el día adherido a ella.

—No sé qué película será —le dijo al oído—. Aunque intuyo que de miedo.

—Mejor —repuso con sorna—. Así cuando tengas pánico te puedes echar encima de mí.

Él soltó una risita y luego le dio un beso.

—¡Silencio! —exclamó Erika mientras encendía la tele y ponía en marcha el reproductor de DVD.

El título apareció en la pantalla.

Expediente Warren.

«Fabuloso», pensó Jorge con sarcasmo. Él ya había visto esa película hacía unos años y era realmente acojonante. Esperaba que Juls no fuera demasiado asustadiza.

—¿La has visto? —le preguntó en un cuchicheo.

—No. Te confieso que no soy muy fan de las pelis de terror, pero me adaptaré.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros y puso el bol de palomitas sobre sus piernas para que ella también tuviera acceso a él.

Solo media hora después de que la película hubiese empezado, Juls había sustituido a las palomitas sobre su regazo y tenía la cara enterrada en el hueco de su cuello mientras respiraba con dificultad.

—Joder —balbuceó casi sin voz—. ¿Por qué no me habías avisado de que es tan horrible?

—Pensé que eras tú la que me iba a proteger a mí —le respondió con ironía.

No iba a quejarse de que ella se aferrase a él como si la vida le fuese en ello. La situación le agradaba demasiado.

—No pasaba tanto miedo desde que me quedé encerrada en un armario en casa cuando tenía seis años —cuchicheó ella.

—Quédate así y no mires a la pantalla —le dijo.

—¿Así? ¿Subida encima de ti? —Había un tinte cínico en sus palabras.

—A mí me parece bien.

Hablaban en susurros para no molestar a los demás, que parecían ensimismados en la película, aunque la novia de Lukas llevaba un buen rato tapándose la cara con las manos y soltando gemiditos.

Apenas habían pasado cinco minutos y dos nuevos sustos —las exclamaciones ahogadas de todos los presentes eran el indicativo perfecto de los peores momentos—, cuando Juls levantó la cara. Incluso en la penumbra que reinaba en el salón, Jorge pudo sentir los ojos de ella fijos sobre su semblante.

—Sé que tenías muchas ganas de ver esta peli, pero ¿pasa algo si te la pierdes?

Él le acunó la cara con las manos. Casi a tientas depositó un beso sobre sus labios. Sabía a palomitas.

—Salgamos fuera —propuso.

La ayudó a bajarse de su regazo y, cogiendo las dos cervezas, tiró de su mano y la condujo hacia el ventanal. Encontraron la abertura de las cortinas con rapidez y solo se ganaron algún siseo de protesta antes de salir al exterior.

Eran más de las ocho y el atardecer se encontraba en todo su apogeo. La luz que provenía del cielo tornasolado sumada a la de los faroles que pendían de la fachada proporcionaba un ambiente cálido y coqueto al jardín.

Jorge la miró y se sorprendió de encontrarla tan pálida.

—Lo siento. No sabía que la peli te estaba afectando tanto —se disculpó.

—Otra cosa más de mí que has aprendido. Pelis de miedo, no.

Se sentaron en una de las tumbonas, uno al lado del otro, apenas separados por un soplo de aire.

—Lamento que te la estés perdiendo —murmuró ella señalando al interior.

Él se rio al tiempo que se encogía de hombros.

—Ya la había visto. Lo cierto es que quería estar contigo hoy y me daba un poco igual dónde. Esta reunión era una buena excusa.

Juls le sonrió de un modo tímido, poco habitual en ella, que a él le resultó irresistible.

El ambiente sereno solo era interrumpido por los diálogos que provenían del televisor desde dentro de la casa, aunque llegaban amortiguados hasta ellos por la distancia y no estropeaban la atmósfera tranquila. Corría una ligera brisa que traía el aroma de algunas flores que debían de crecer en el jardín contiguo.

Bebieron en amigable silencio y terminaron hablando de diversos temas, haciéndose preguntas de todo tipo para conocerse mejor, algunas superficiales y otras más profundas. Juls le confesó que odiaba su trabajo y que tenía muchas ganas de dejarlo. Jorge le habló de lo difícil que le resultó en un principio marcharse de casa para vivir solo; estaba muy unido a su familia.

—¿Qué pone ahí? —le preguntó ella con suma curiosidad, señalando la chapa que llevaba colgada al cuello y que desaparecía dentro de su camiseta.

Él se la sacó y se la mostró.

—Es la constelación de Piscis. Me la regaló Lukas hace unos años por mi cumpleaños. No creo mucho en los horóscopos, pero sé que a él le hizo ilusión comprarme esto así que no me la quito nunca.

Ella se inclinó para verla mejor y repasó con la punta del dedo la línea unida por diminutas estrellas que aparecía grabada en el acero.

—Adoras a tus hermanos, ¿verdad?

—Sí —admitió él con simpleza.

Admiraba el carácter sereno de Diego y su personalidad algo fría y seria. Era el hermano mayor perfecto, siempre dispuesto a acompañar a cualquiera de sus hermanos pequeños hasta el fin del mundo. Con Erika tenía una relación especial, quizá porque era la que más se parecía a él. Descarada y entusiasta, era leal hasta el infinito. Y, por supuesto, sentía una especial debilidad por Lukas, el benjamín, gamberro y divertido, que parecía tomárselo todo a broma.

—Yo estoy algo distanciada de mi hermano Rodrigo, desde que se casó y se fue a vivir a Sevilla, pero tengo una relación fantástica con Félix, aunque me trata como si fuera una niña pequeña y aún llevara coletas —dijo con una risita afectuosa.

—No te imagino con coletas.

—Pues las llevaba.

Jorge extendió la mano y atrapó la de ella. Jugueteó con sus dedos, mucho más pequeños

que los de él, mientras pensaba en lo mucho que le gustaba tocarla. La miró con intensidad y una especie de corriente poderosa fluyó entre ambos. Tragó saliva al ver cómo la mirada de ella se nublaba y sus mejillas se coloreaban. El momento parecía perfecto. Perfecto para inclinarse el uno sobre el otro y besarse. Perfecto para confidencias.

—Juls…

No se iba a andar con rodeos, decidió.

—Dime.

—Creo que somos muy compatibles —dijo—. Me gustas mucho y quiero pasar más tiempo contigo, conociéndote.

Ella tardó en contestar; parecía estar buscando las palabras adecuadas.

—Solo me queda una semana de estar aquí —suspiró al fin—. El domingo que viene vuelvo a Madrid y esto que tenemos tú y yo… —vaciló y se detuvo, bajando la vista.

Él apretó su mano con suavidad.

—Esto que tenemos tú y yo, ¿qué? Mejor no le ponemos nombre y dejamos que las cosas sigan su curso —propuso—. Intentemos pasar más tiempo juntos.

No añadió la coletilla *de aquí a que te vayas*. Lo cierto era que, aunque no sabía bien adónde los iba a conducir todo aquello, tenía claro que una semana no iba a ser suficiente. Era muy poco tiempo para todo lo que deseaba hacer con ella.

—Para mí es fácil, Jorge. Yo estoy de vacaciones y tengo todo el tiempo del mundo para ti.

—Me gusta cuando dices eso —dijo con una risa ronca—. Me gustaría poder decir lo mismo, pero ya sabes que no es así. Sin embargo, te haré un hueco en mi vida, Juls. Mejor dicho, todos los huecos que pueda. Quiero hacerlo.

—No hace falta que te esfuerces mucho para convencerme, Jorge —le dijo ella e hizo un ademán de aceptación con la mano que tenía libre.

—El sábado quiero que vengas a bucear conmigo. Creo que te va a encantar la experiencia.

Ella no había tenido tiempo de contestarle cuando se escucharon unos gritos angustiados desde dentro de la casa.

—Prométeme que la próxima peli que vayamos a ver juntos será una comedia romántica —le pidió Juls con una risita.

—Prometido.

Y tiró de su mano hasta que consiguió que se encaramara sobre su regazo. Luego la devoró con un beso hondo y profundo al que ella correspondió sin pensárselo demasiado.

Capítulo 15

Jorge

Juls: Buenos días. Qué prefieres, macarrones o espaguetis?

No pudo evitar reírse. Eran las ocho de la mañana de un miércoles. Solo ella podía desearle los buenos días de aquel modo tan loco.

Jorge: Aunque ahora estoy tomándome un café y no me apetece ni lo uno ni lo otro, macarrones.

Juls: Vale, igual que yo. Progresamos. Amanecer o anochecer?

Vaciló antes de contestar. Aparentemente, aquel era un juego de preguntas y respuestas que podía tomarse en serio o no.

Se decidió por lo segundo.

Jorge: Depende. Si me pongo en plan ñoño te diría que cualquiera de los dos si es contigo.

Juls: Eres el mejor. Me gusta cuando te pones cursi.

Ahogó una risa. No solía ser cursi, pero con ella le resultaba divertido.

Jorge: Puedo llegar a ser terriblemente cursi. Tú dame tiempo y comenzaré a chorrear mermelada. Yo también tengo una pregunta, la hamburguesa con mostaza o sin mostaza? Es una pregunta de vida o muerte, te lo advierto.

Juls: Con.

Jorge: Ufff, has pasado la prueba.

Juls: Pantalón corto o pantalón largo?

Jorge: Para ti o para mí? Bueno, da igual, corto en todo caso. Para poder disfrutar de tus piernas y que tú puedas flipar con las mías. Tengo unas pantorrillas muy atractivas. Musculosas y muy viriles.

Aguardó su respuesta mientras sus labios mostraban una sonrisa de oreja a oreja.

Juls: Pues no me he fijado.

«Mentirosa. Te encanta mirarme. ¿Crees que no me ha dado cuenta?».

Jorge: Mentirosa. Sé que te mueres por mis piernas. Y por el resto de mi cuerpo.

Juls: Reconozco que tienes unas orejas interesantes.

¿Tenía las orejas interesantes? Instintivamente, Jorge se llevó la mano a una de sus orejas y se la acarició con indolencia mientras le daba un largo trago a su café, al que no había echado azúcar esa mañana, y pensaba en su próxima pregunta.

Jorge: Desayuno o cena?

Juls: Cena romántica y con velitas. Siempre.

Jorge: Es una sugerencia?

Juls: Te lo has tomado como tal?

Jorge: Quizá. En un restaurante o en mi piso?

Daba igual lo que ella dijera, ya había planeado llevarla a su piso.

Juls: Eso se sobreentiende. Los restaurantes están sobrevalorados.

«Genial. Estamos en la misma onda».

Jorge: Perfecto, entonces en mi piso. Mañana.

Juls: Estás libre?

Jorge: Sí. Como un pájaro. Y tú, me vas a hacer un hueco en tu ajetreada vida social?

Juls: Espera que miro mi agenda. Sí, tengo un hueco entre la hora de la playa y la hora de la playa. Me apunto. Conjunto de lencería blanco o negro? Soy una buena chica y te dejo elegir.

Cerró los ojos y trató de imaginársela con cualquiera de los dos, pero su malicioso cerebro solo podía verla sin ropa, tal y como la había visto el fin de semana anterior. Emitió un leve gemido cuando su cuerpo reaccionó en consecuencia. ¡Dios! ¡Eran las ocho de la mañana! Últimamente, se excitaba con nada. Esa chica le volvía loco.

Jorge: La verdad es que da igual. Me gusta más lo que está debajo.

Juls: Qué superficial eres. Yo sí que tengo ganas de verte con tus bóxers azules… mmm.

Bajó la vista y se miró la ropa interior. Todavía no se había vestido. En efecto, llevaba unos bóxers azules, como de costumbre.

Jorge: Eso no va a ser difícil. A las seis te recojo, vale?

Juls: Te espero abajo. Ansiosa e impaciente, pero solo por la cena, nada más, que conste.

Jorge dejó el móvil sobre la mesa mientras la diversión plegaba sus labios. Era incapaz de no sonreír cada vez que hablaban. Ella ejercía ese poder sobre él.

No habían vuelto a verse desde el domingo y ardía en deseos de estar con ella. Había conseguido cambiar algunas clases del jueves con su compañera Nerea, así que estaba libre para poder pasar la tarde con Juls, y —para qué negarlo—, esperaba que también la noche.

Sabía que tenían los días contados, que el domingo ella regresaba a Madrid y que esa breve aventura llegaría a su fin.

Cuando aquel pensamiento acudió a él, un sabor agridulce se le concentró en el paladar y le dio un sorbo a su café para ahuyentarlo, pero no sirvió de mucho.

Se puso de pie y salió al balcón. Las maravillosas vistas del mar Mediterráneo le recibieron. Se extendía ante sus ojos, añil, ancho y liso como un espejo, reflejando los rayos de un sol cegador que hacía un rato se había elevado por el horizonte. Extravió la mirada y aspiró con fuerza para llenarse del olor a salitre. Corría también un ligero vientecillo muy agradable que le despeinó el cabello.

Absorto, volvió a beber del amargo brebaje y suspiró.

Cuatro días y ella se iría.

—Solo cuatro días —musitó.

Juls

La semana pasó demasiado deprisa y el sábado amaneció soleado con un cielo azul maravilloso, símbolo de buenos presagios.

Aunque al final no pudieron verse todos los días porque a él se le complicaron las cosas en el trabajo y ella decidió pasar más tiempo con Mariu, intercambiaron wasaps a diario y se llamaron por teléfono con frecuencia. Juls nunca había experimentado una conexión así con nadie. Su pasada relación había sido muy diferente. Sergio podía pasarse semanas fuera sin acordarse de contactar con ella —y así fue desde el principio—, algo a lo que Juls también llegó a habituarse.

Sin embargo, las cosas con Jorge eran muy diferentes, mucho más reales e íntimas. No podía pasar ni un solo día sin saber de él, sin escuchar su voz o sin desearle buenos días en un simple mensaje de texto.

Y él era igual que ella.

El jueves por la tarde, fue a recogerla y la llevó a su apartamento. Juls todavía se estremecía al recordarlo. No hubo cena con velitas para dos, a cambio, se besaron y acariciaron durante horas frente a la ventana de su dormitorio mientras el sol se ponía lentamente. Después pidieron una pizza y terminaron de nuevo en la cama con los cuerpos enredados.

Una noche mágica.

Los indicios ya estaban ahí mucho antes, pero fue el viernes, después de que él la hubiera dejado en su apartamento por la mañana, cuando se dio cuenta de que se había colado por Jorge irremediablemente. Le vio marcharse en su todoterreno y le siguió con la mirada, melancólica. Cuarenta y ocho horas y no volvería a verle.

No quería irse.

No quería dejar a medias eso que había comenzado a arder entre ellos.

Su relación era fantástica, pero se basaba únicamente en el sexo, ¿no? Al menos así fue al principio. Una atracción sexual brutal que los llevó a la cama. Eran muy compatibles dentro de ella.

No obstante, también encajaban muy bien fuera de las sábanas.

Ella quería más que sexo. Mucho más.

Pero ¿y él?

Hecha un lío, se levantó y se dirigió a la ventana. Eran las ocho de la mañana y Jorge había quedado en ir a recogerla a las nueve para ir a bucear. Y no podía evitar estar ansiosa. Era su bautismo de buceo. Quizá por eso se había despertado tan temprano. O quizá porque sabía que al día siguiente iban a tener que despedirse.

El piso estaba muy silencioso. Mariu había pasado la noche fuera, todavía no había regresado y tampoco pensaba hacerlo a lo largo del día. Ya le había dicho que quería pasar sus últimas horas en Benidorm con Dani e iba a aprovechar que él tenía el día libre para hacerlo.

Cuando su amiga acudió a su cabeza, una sensación de suave envidia la embargó. Mariu tenía las cosas muy claras y no sentía pena alguna por marcharse y despedirse de Dani. Era un simple rollo, le había dicho, y no tenía la más mínima intención de seguir manteniendo el contacto con él una vez que regresara a Madrid.

A Juls le habría gustado ser un poco más como Mariu y no haberse pillado por Jorge de ese modo. Las cosas habrían sido más fáciles, desde luego. Se sentía como cuando tenía quince años y se enamoró por primera vez. Solo quería pensar en él y estar con él. Rememorar cada instante que pasaban juntos, repasar sus conversaciones y analizar cada gesto. Si cerraba los ojos, le veía con esa sonrisa pícara que él solía lucir. Si iba a la cocina y se servía un vaso de agua, pensaba en él. Si se sentaba frente a la televisión a ver cualquier programa, él aparecía en sus pensamientos y se preguntaba dónde estaría y qué estaría haciendo. Le imaginaba trabajando en la escuela de buceo o en la playa, haciendo windsurf con sus alumnos y pensaba en la suerte que tenía la gente de estar a su lado y compartir su tiempo. Cuando hablaba con Mariu de cualquier cosa, él pululaba por su mente y se le ocurrían mil cosas que quería contarle cuando le viera, cosas tontas y sin sentido. Se imaginaba hablando con él de temas profundos y de otros mucho más superficiales. Y cuando se acostaba y apagaba la luz de la mesilla, ahí estaba él también, dentro de su cabeza.

Jorge por todas partes.

Era frustrante.

Se tomó un café para espabilarse y se dio una ducha rápida. Después, remoloneó unos minutos y se probó diferentes prendas de ropa, aunque sabía que aquello era una tontería, a fin de cuentas, iban a bucear.

Mucho antes de que fueran las nueve, ella ya estaba lista y le aguardaba en la calle, frente al portal. A pesar de encontrarse ya en octubre, la temperatura era ideal. Si bien los días de verano habían quedado atrás, el clima todavía permitía ir en pantalón corto y camiseta.

Escuchó el todoterreno incluso antes de que este girase en la esquina y pudiera verlo. Su potente sonido era inconfundible.

Las mariposas en su abdomen comenzaron a aletear revolucionadas.

Jorge detuvo el vehículo frente a ella y descendió de él. Apoyó la mano sobre el techo, recorriéndola de arriba abajo con los ojos llenos de entusiasmo. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta blanca.

—Buenos días —la saludó—. ¿Dispuesta a ser mi sirena?

Ella se rio y se dirigió al asiento del pasajero, pero él la interceptó por el camino y, sujetándola por la cintura, la detuvo en medio de la acera y se apoderó de sus labios con vehemencia.

—Estos sí que son unos buenos días —murmuró, soltándola.

Juls hubo de darle la razón internamente.

—Vamos a Calpe —le informó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad y ponía el coche en movimiento—. Es una localidad que está cerca de aquí, a veinte kilómetros. Hay una cala maravillosa para bucear a la que solemos acudir con los grupos para hacer inmersiones. ¿Conoces el Peñón de Ifach?

—He oído hablar de él.

—La cala a la que vamos está justo debajo, en la cara occidental. Se llama El Racó. Te va a gustar. Tiene una playita de cantos rodados de unos ciento cincuenta metros. En esta época del año apenas hay gente.

En cuanto se pusieron en marcha, Juls desconectó mentalmente. Estaba demasiado agitada pensando en su próxima aventura para fijarse demasiado en el trayecto. Bucear era una actividad que nunca le había interesado demasiado y ahora que estaba a punto de experimentarla, la desazón la carcomía. No sabía si era la anticipación por lo que iba a suceder en breve o el temor de sumergirse en terreno desconocido.

Una vez que abandonaron la autopista, se internaron en una carretera llena de curvas que rodeaba una ladera y que iba en paralelo a la costa. El azul Mediterráneo refulgía a su derecha.

—Mira hacia abajo —le dijo él en un momento dado—. ¿Ves ese puerto? Es Campomanes. Ahí es donde trabaja Erika.

Juls dirigió la mirada hacia donde él indicaba. De refilón, entre los matorrales que bordeaban la carretera, pudo ver unos cuantos barcos anclados allí; al menos dos de ellos semejaban ser grandísimos.

—Es un puerto deportivo muy exclusivo —siguió él.

—¿Qué hace tu hermana? —inquirió con curiosidad.

—Es mecánica de embarcaciones.

Aquello la sorprendió. Sabía que estaba siendo prejuiciosa, pero la guapa y rubia Erika no encajaba con la imagen que tenía ella de un mecánico en su mente.

Solo unos minutos más tarde, después de muchos recodos y un par de túneles excavados en las montañas, el pueblo al que se dirigían apareció frente a ellos. Una roca gigantesca que se internaba en el mar lo presidía.

Impresionante. Y bello.

—Eso es Calpe —comentó él—. Vamos justo ahí, debajo del peñón.

En silencio, ella se dejó seducir por el paisaje, por la curiosa roca, por la multitud de

casitas blancas que adornaban las laderas de los cerros y por el mar azul que resplandecía a la luz del sol mientras se acercaban a la localidad. Accedieron a ella por una rotonda que desembocaba en una amplia avenida. Era temprano y no había mucha gente por la calle. Atravesaron el dormido pueblo con rapidez y terminaron en el puerto. Los mástiles de numerosos barcos asomaban entre las palmeras.

El Peñón de Ifach destacaba imponente frente a ellos.

Jorge detuvo el Nissan a pocos metros del acceso a la playa y Juls descendió del vehículo sin poder quitar la vista de la enorme piedra que proporcionaba sombra a gran parte de la zona. Era gigantesca.

—Marea mirar hacia arriba —dijo.

—Un poco —admitió él—. Mide más de trescientos metros y hay un sendero que lleva hasta su cima. Pero esa excursión la dejamos para la próxima vez.

Tal y como él le había dicho, la cala era pequeña, de cantos blancos y solo estaba ocupada por una mujer que jugueteaba con un perro cerca de la orilla. Había una caseta blanca al comienzo de la playa —un puesto de socorrismo que permanecía cerrado— y a la derecha, un largo dique de cemento que se adentraba en el mar. A lo lejos, en el horizonte, se podían vislumbrar los altos edificios de Benidorm que se recortaban contra el cielo azul lavanda.

Jorge se dirigió a la parte trasera del todoterreno y abrió la puerta. Por el rabillo del ojo, Juls pudo ver las bombonas de buceo, los trajes, las aletas y otros utensilios que no supo identificar. El nerviosismo hizo presa en ella de nuevo. Cuanto más se acercaba el momento de sumergirse, menos segura estaba de que aquello fuera una buena idea, pero trató de respirar hondo y calmar su inseguridad.

Le ayudó a sacar el material del Patrol y le siguió hasta el muro de piedra que corría en paralelo a la playa donde depositaron todo el equipo. Levantó una de las botellas de oxígeno e hizo una mueca al comprobar lo pesada que era.

—El equipo completo pesa unos treinta kilos —le dijo él—. Pero en el agua no se nota, no te preocupes.

Comenzó a quitarse la ropa y ella le inspeccionó con curiosidad al ver que debajo de los pantalones llevaba un bañador muy ajustado como los que solían usar los nadadores.

—¿Te gusta mi trasero apretadito por la licra? —le lanzó él.

—Ni me he fijado —rechazó con exageración.

Él liberó una risa antes de tenderle un neopreno y unos escarpines y animarla a que se los pusiera. Lo hizo. Se desnudó, quedándose en bikini, y se ajustó el traje de goma con cierta dificultad y el calzado. La sensación del frío material sobre su cuerpo era extraña. Alzó la cara cuando escuchó un potente graznido. Por encima de su cabeza, unas cuantas gaviotas sobrevolaban la playa.

—El peñón está lleno de nidos de gaviotas y de pardelas —le explicó él, viendo hacia donde dirigía la mirada—. También hay cormoranes moñudos. Mira allí y verás algunos tomando el sol.

Ella siguió sus señales. Había tres aves oscuras con curiosos tupés en la cabeza sobre una gran roca.

—No tienes problemas cardiacos ni respiratorios, ¿verdad?

La pregunta la llevó a girarse con brusquedad. El nudo que tenía en su estómago se hizo más grande todavía.

—Hasta esta mañana no los tenía —dijo con pretendida sorna—. Ahora ya no estoy tan segura. Mi corazón va a mil por hora.

—Lo vas a hacer genial —le dijo él con una expresión tranquilizadora en el semblante—. Estoy seguro. Solo tienes que saber hacer tres cosas. La primera, no dejar de respirar. La segunda, compensar cuando sientas presión en los oídos. Al descender lo haremos cada medio metro aproximadamente. Y la tercera, vaciar la máscara bajo el agua. Ahora te enseño cómo. Y ya está. De lo demás me encargo yo, ¿vale?

—Vale —respondió. Aunque trató de imprimir firmeza a su voz, no lo consiguió.

Jorge se adelantó un paso y le cogió las manos, oprimiéndoselas con firmeza. Había un brillo alentador en sus ojos. Estaba muy sexi embutido en su traje negro de neopreno.

—Estás a tiempo de decir que no quieres hacerlo. Quiero que esta sea una experiencia genial para ti. Si tienes dudas podemos irnos o simplemente disfrutar de la playa y darnos un baño, Juls. Sin presiones.

Le hubiera gustado decirle que sus palabras la serenaban, pero no era cierto.

—¿Vamos a profundizar mucho?

—No. Unos siete metros. Es lo usual para los principiantes.

Siete metros. ¿Eso era mucho o era poco? ¿Todavía podría ver la superficie? ¿Podría subir si se agobiaba? Había visto películas en las que los buzos no podían ascender deprisa y tenían que hacer pausas para no tener problemas. Y si ella no podía…

—Deja de pensar —le pidió él con voz suave e inclinó la cabeza hasta que sus frentes se rozaron—. Te voy a explicar cómo funciona todo y nos metemos en el agua. Una vez ahí, si decides que no quieres seguir, nos salimos. Sin problema.

Se sintió como una tonta. ¿Desde cuándo tenía ella miedo a probar experiencias nuevas? Era verdad que el agua le daba respeto, pero sabía que Jorge iba a estar a su lado.

—Quiero hacerlo —dijo. Y aquella aseveración sonó firme en el silencio de la playa solo interrumpido por las voces de las escandalosas gaviotas.

Él la besó con ligereza.

Luego se apartó de ella y comenzó a revelarle para qué servían todas y cada una de las piezas del equipo. Juls siguió sus explicaciones con avidez mientras él le hablaba de la bombona de oxígeno de doce litros y doscientos bares de presión. Aprendió cómo ponerse el chaleco hidrostático y cómo manejarlo para ascender y descender en el agua, y vio el funcionamiento de las distintas etapas que permitían llevar el oxígeno a alta presión de la botella hasta el regulador por el que se respiraba a presión ambiente. Después de eso, él le mostró cómo debía de compensar. También le enseñó las diferentes señales de comunicación bajo el agua que a ella le parecieron bastante simples, no obstante, las repitieron varias veces hasta que él estuvo seguro de que no iba a olvidarlas. Luego comenzó a explicarle algo referente al cinturón de lastre, mencionando que los plomos dependían del peso de la botella, del grosor de su traje de neopreno y del propio peso y volumen de ella. A Juls todos aquellos cálculos le sonaron a chino y cuando terminó su aclaración y le dijo que probarían con un cinturón de cinco kilos, se limitó a asentir.

—No te has enterado de nada —dijo él con una sonrisa juguetona.

Ella se mordió el labio inferior. Se sentía rara con el neopreno, los escarpines y el pesado chaleco.

—De lo último no —admitió—. Las matemáticas y yo no nos llevamos bien. Pero confío en ti. Y si dices que cinco kilos son correctos, te creo. Tengo fe en que no quieres que me hunda como si fuera un ancla.

Él se rio.

—Sé que estás nerviosa, es lo normal, no pienses que eres la única. Mucha gente reacciona como tú antes de la inmersión. Pero creo que la experiencia te va a encantar. De

verdad. Cuando te sumerges dejas atrás todas tus preocupaciones y problemas. La sensación de silencio e ingravidez es como volar.

—Si tú lo dices —dijo con escepticismo.

—Venga, vamos. El resto te lo explico dentro.

No tardaron en encaminarse hacia el agua con las bombonas y las aletas en la mano. La sangre iba rauda por las venas de Juls y su corazón había empezado a acelerarse. La mujer que jugaba con su perrito les hizo un gesto con la mano y Juls le sonrió con los labios trémulos.

Se detuvieron en la orilla y se ajustaron las bombonas. El peso estuvo a punto de tirarla hacia atrás, pero se balanceó hacia delante y compensó con rapidez. Jorge la tomó de la mano y ella le siguió. Una vez dentro del agua, él la ayudó a calzarse las aletas, después de haberse puesto las suyas.

El tiempo era espectacular y la superficie del mar se mantenía en calma. Apenas un suave movimiento mecía las aguas azules. Según se fueron adentrando en ellas, el equipo perdió su pesadez y se tornó liviano. Juls llevaba el chaleco medio hinchado lo que facilitaba su flotación. Pronto, dejó de sentir el lecho de arena bajo sus pies y pudo aletear con libertad. Era la primera vez que se ponía unas aletas y una extraña y torpe sensación se adueñó de sus piernas, poco acostumbradas a ese tipo de calzado. Él, por el contrario, fluía grácil en el agua como el mismo Poseidón.

Jorge se detuvo y ella le imitó.

—Ahora un par de conceptos más, ¿vale? Ante todo, no te pongas nerviosa.

¿Que no se pusiera nerviosa? ¿Estaba de broma? Se tragó una imprecación y siguió sus explicaciones mientras él le mostraba cómo vaciar la máscara debajo del agua.

No era un proceso fácil y tuvo que probar muchas veces. La frustración la embargó al ver que no era capaz de conseguirlo. Pero Jorge tenía muchísima paciencia, como demostró una y otra vez, hablándole con calma. Juls estaba a punto de tirar la toalla cuando lo consiguió por fin. Él la obligó a hacerlo unas cuantas veces más hasta que estuvo seguro de que era capaz.

—Vamos a hacer ahora el chequeo de flotabilidad. A ver, deshincha el chaleco, quédate quieta y llena los pulmones. ¿Cómo lo ves? ¿Te hundes?

—No.

—Vale, vacía ahora los pulmones del todo. Si empiezas a hundirte despacio es que tienes el lastre correcto.

Juls vació los pulmones y esperó. Poco a poco comenzó a notar como si una fuerza invisible tirase de su cuerpo hacia abajo.

—¡Genial! —Jorge le tendió una mano y le sujetó el brazo mientras una sonrisa se dibujaba en su boca—. Creo que soy un instructor maravilloso. Tienes los plomos que te corresponden. Y a la primera.

Ella le sonrió insegura. Jorge parecía eufórico.

—¿Preparada?

«¡No!».

—Sí —murmuró.

—¿Recuerdas las señales?

Asintió.

—No te voy a soltar la mano, Juls. No te preocupes. Podemos ascender en cualquier momento. Lo haremos despacio, eso sí. ¿Todo correcto?

—Está bien.

Después de ponerse las máscaras, aguardaron un rato más sobre el agua hasta que ella se

acostumbró a respirar a través del regulador. Por fin, él le hizo una señal indicándole que iban a descender y ella asintió. Bajó los párpados unos segundos y dejó que él tirase de ella.

El agua la engulló.

Cuando se quiso dar cuenta, ya se habían sumergido y Jorge le sujetaba la mano con firmeza. Aquello la tranquilizó. Le vio hacer el símbolo de *Ok* juntando el índice y el pulgar y le correspondió de la misma manera. Una inmensidad azul se abría ante sus ojos y solo podía escuchar un opresivo silencio y el sonido de su aparatosa respiración. La presión comenzó a acaparar sus oídos como si quisiera robárselos y se apretó la nariz con ambos dedos y espiró, tal y como él le había dicho, compensando. Volvió a hacerlo un par de veces más, cada vez que la presión le taponaba los oídos según descendían.

Con lentitud, se fueron internando en las profundidades. Echó un último vistazo hacia arriba y vio la superficie muy por encima de su cabeza, quizá a cinco o seis metros.

Notó el corazón palpitando furioso en su pecho.

«Ya no hay marcha atrás», se dijo con ansiedad.

Giró la cara y se encontró con la mirada de Jorge distorsionada por el cristal de las gafas submarinas. Quizá se lo imaginó, pero le pareció que él le hacía un guiño.

La pesadez que sentía en el estómago disminuyó un poco.

La sensación de ingravidez era indescriptible.

Era como estar suspendida en el aire.

Como volar.

Capítulo 16

Jorge

Ladeó la cara y la contempló con fijeza.

El rubio pelo alborotado con los cortos mechones cayendo sobre su frente, la piel dorada, la nariz algo respingona, las sombras que sus largas pestañas castañas proyectaban sobre sus pómulos y los labios rosados que parecían sonreír siempre.

¡Dios! Juls era preciosa cuando dormía. Mucho.

Un suspiro brotó de su boca. Alzó la mano, la acercó a su cara y pudo notar el aire que ella expelía con cada respiración. Era suave, cálido y parecía una caricia ligera. Saber que ese aire había estado dentro de ella le hacía sentir bien. Controló el deseo de tocarla y cerró la mano en un puño antes de apartarse con desgana y extraviar la vista en el techo. Apoyó el antebrazo sobre su frente y se concentró en las sombras del incipiente amanecer que entraba por la ventana.

No deseaba pensar demasiado en que apenas faltaban diez horas para que Juls regresara a Madrid y esa historia de los dos terminase. Menos de un día para poder estar con ella y disfrutar de su compañía. Demasiado poco tiempo.

Era una puñetera locura, pero lo que había comenzado siendo una aventura pasajera se había convertido en algo más, al menos para él, aunque estaba casi seguro de que para ella también. Era indudable en cómo le miraba, en cómo reaccionaba a cada una de sus caricias y sus besos y en cómo se comportaba. Quizá era pronto para hablar de sentimientos profundos, pero quería seguir conociéndola. No deseaba que aquello a lo que todavía no se atrevía a ponerle nombre llegase a su fin.

Pero ¿qué podía hacer?

¿Una relación a distancia?

Eso no sonaba demasiado bien.

Un resoplido frustrado brotó de su garganta.

Juls se agitó en sueños y él la miró de reojo, pero ella no se despertó, solo cambió de postura, enterrando la cara en las sábanas y frunciendo los labios de un modo encantador.

No pudo evitar sonreír.

Le originaba una ternura infinita verla así. Era una faceta desconocida de ella. Solía mostrarse decidida y fuerte, y poder disfrutar de su aparente fragilidad mientras dormía le llenaba de satisfacción. Pese a que admiraba su carácter firme e independiente, tenía que admitir que esa vulnerabilidad no le desagradaba del todo.

Con cuidado para no despertarla, se dio la vuelta y se acomodó boca abajo. Inhaló con fuerza y el femenino aroma que impregnaba la almohada le entró por las fosas nasales. La miró de nuevo, recreándose en sus facciones y las ganas de acercarse y besarla le invadieron, pero no lo hizo. Se limitó a contemplarla.

La iba a echar de menos.

Una punzada de desazón se manifestó en su pecho.

«¡Joder! ¡Cuánta sensiblería!», se regañó en silencio.

Trató de ahuyentar aquellos pensamientos de su cabeza y se concentró en todo lo sucedido en las últimas horas. El día anterior había sido perfecto. Juls había estado increíble en el agua. Pese a su inicial reticencia e inseguridad había afrontado la experiencia de su primera

inmersión con valentía y, cuando emergieron, después de haber pasado una media hora recorriendo las aguas del Mediterráneo, ella admitió con una sonrisa que quería volver a repetir, algo que a él le encantó. Que Juls compartiese sus aficiones le resultaba realmente grato.

Las horas posteriores a su coqueteo con el buceo las pasaron en la cala, nadando y dejándose tostar por los rayos de sol de ese día espléndido. Juguetearon en la orilla mientras se hacían dueños de la pequeña y desierta bahía y se comieron a besos con sabor a sal.

Las mariposas se agitaron en su estómago al rememorar cómo el húmedo cuerpo de Juls se había pegado al suyo con abandono al tiempo que se reía por algo que él había dicho.

Terminaron comiendo en un restaurante del puerto de Calpe que era conocido por servir uno de los mejores arroces del *senyoret*[19] de la zona y pudieron comprobar de primera mano que su fama estaba plenamente justificada. Sin embargo, pese a que las viandas estaban deliciosas, no se entretuvieron demasiado allí; ambos estaban demasiado ansiosos por marcharse y buscar la privacidad de su apartamento, así que dejaron que la sobremesa culminara entre las sábanas.

Habían hecho el amor varias veces, al principio de un modo pasional y frenético, llenos de antojo y con prisas, muy conscientes de que no les quedaba mucho tiempo de estar juntos. Después, más tarde, bajaron el ritmo y su unión fue más serena y pausada, aunque no menos ardiente. Se dejaron llevar por la intensidad de sus sentimientos y viajaron al paraíso un par de veces más mecidos por la brisa que entraba por la ventana y el sonido de las olas rompiendo en la playa, hasta que acabaron agotados y se quedaron dormidos, enmarañados el uno en el otro. Hasta ese amanecer que despuntaba en esos momentos y que había despertado a Jorge generándole todas aquellas sensaciones agridulces. La euforia de los instantes compartidos el día anterior se mezclaba con el desagrado de saber que eran las últimas horas que pasaba con Juls.

Ella se revolvió en sueños y su pierna entró en contacto con su muslo. Sintió un tirón en la entrepierna y se mordió las ganas de estirar la mano y posarla sobre la redondez de su cadera.

Era muy temprano, se dijo. Si la posición del sol no le engañaba, debían de ser las ocho de la mañana. Mejor dejar que ella durmiera un rato más. A fin de cuentas, habían pasado casi toda la noche en vela.

Reptando milímetro a milímetro, abandonó la cama y estiró los brazos, desperezándose, al tiempo que echaba un vistazo al exterior. El sol era una esfera anaranjada que hería las retinas con su ardiente brillo. Unos cuantos jirones de nubes en tonalidades ocres y azuladas se esforzaban por hacerle la competencia y trataban de ocultar su fulgor, pero fracasaban estrepitosamente.

—Buenos días. —La adormilada voz a su espalda le sobresaltó.

Se dio la vuelta y se encontró con sus ojos entreabiertos y una sonrisa dibujada en su boca. Su contención se desmoronó como un castillo de naipes. Sin vacilación alguna, regresó a la cama y se tendió sobre ella. Su piel cálida y tersa le dio la bienvenida. Depositó un beso sobre sus labios mullidos y sensuales al que ella correspondió casi con timidez.

—Buenos días —le dijo, enterrando la cara en el hueco de su garganta y aspirando hondo —. No quería despertarte. Es muy pronto.

—Me haces cosquillas —protestó ella, retirándose con una risa sofocada.

Él alzó la cara y la miró, hambriento.

—Anoche no te quejabas tanto.

Ella se sonrojó, algo que le sorprendió. Juls no tenía nada de recatada.

—Me abrumas —confesó al cabo de unos segundos, ladeando la cara, como si no estuviera muy convencida de que expresar aquello en voz alta fuera lo más conveniente—.

Tengo los nervios a flor de piel. Mira.

Sus brazos sostenían la sábana contra su pecho y, en efecto, tenía la carne de gallina. Saber que su mera cercanía era capaz de despertar esa reacción en ella le llenó de beneplácito. Una pequeña parte de él se burló de su tonto y desmedido ego que acababa de hincharse como un globo.

«Ay, Jorge, estás perdido».

—Me encanta descolocarte —murmuró y volvió a hundir la cara en su cuello.

Ella se dejó abrazar antes de apartarle.

—Tengo que ir al baño.

—¡Qué poco romántica eres! —protestó él.

Juls salió de la cama sin preocuparse por su desnudez y le tiró un beso. Él la siguió con la mirada, entreteniéndose más de la cuenta en su firme trasero y en sus muslos bien definidos, hasta que desapareció detrás de la puerta del aseo.

Ignoró su erección que reclamaba atención y volvió a fijar la vista en el techo mientras comenzaba a hacer planes. Solo tenía unas pocas horas para poder estar con Juls y quería hacer algo especial, algo diferente y memorable.

Una vaga idea comenzó a formarse en su cabeza.

—¿A qué hora sale tu autobús? —llamó, alzando la voz.

Una pesada nostalgia se instaló en su estómago al preguntarlo. Era la primera vez que se refería a su partida. Hasta ese día había evitado hablar de ese tema, como si no mencionarlo fuera a cambiar algo.

«Eres ridículo».

—A las cuatro y media —respondió ella, abriendo la puerta.

Perfecto. Tenían toda la mañana para estar juntos. Ya sabía dónde iba a llevarla.

—Quiero que vayamos a un sitio diferente.

Juls le dirigió una mirada interesada.

—Mientras esté de regreso en el piso sobre las dos para poder terminar de hacer mi maleta… —Dejó el resto de la frase en el aire.

—Estarás.

—¿Dónde me vas a llevar? —inquirió con curiosidad, volviendo a desaparecer dentro del baño, pero dejando la puerta entreabierta.

—Es una sorpresa.

—Contigo todo es una sorpresa.

—¿Y eso no te gusta?

Ella tardó en responder y cuando lo hizo el sonido del grifo del lavabo se tragó sus palabras.

—¿Cómo dices? —insistió él. Se puso de pie y se acercó al baño, deteniéndose frente a la hoja de madera. Su erección no había disminuido ni un ápice; seguía erguida y desafiante.

—He dicho que creo que me gusta demasiado —contestó ella de regreso en el dormitorio. La expresión de su rostro se cargó de sorpresa al verle ahí delante, tan cerca.

Jorge dio un paso al frente e impidió que pudiera seguir avanzando. Su miembro se clavó en su suave estómago. Ella soltó un gemido lleno de descarnado deseo que reverberó en cada centímetro cuadrado de la piel de él.

—Creo que hay una ducha que nos está esperando. —La sujetó por el talle y la obligó a retroceder.

—Creo que tienes razón —se rindió ella. Y se dejó empujar.

Juls

Un mercadillo de antigüedades era el último lugar al que había esperado que él la llevara.

Dejaron el coche en el parking de tierra que había junto al recinto y rodearon el terreno vallado que los llevaba al acceso principal.

Antigüedades El Cisne, anunciaban varios cartelones a lo largo de toda la valla que conducía a la entrada. Todos ellos adornados con la imagen de esa ave en tonos blancos o azules.

—No es el típico mercadillo —anunció él como si le hubiera leído la mente.

—¿Es como El Rastro de Madrid?

—Nunca he estado allí, pero espera a ver este y luego me dices si se parecen.

Había mucha gente, pero no tanta como en El Rastro. Sobre todo, abundaban los turistas, era palmario en su forma de vestir y en los retazos de conversaciones que llegaban hasta ellos.

—Está dividido en tres partes —anunció Jorge y la tomó de la mano para que avanzara —. Pero las tres zonas interactúan y ni te vas a dar cuenta si pasamos de una a otra. Está la tienda de antigüedades, ahí en esa construcción. —Señaló la edificación de una planta que tenían delante—. Luego está el mercadillo que tiene casi un centenar de puestos, rodeándola, y también están las cafeterías y restaurantes. Están intercalados por todo el rastro. Ya lo verás. Hay, desde un bar con karaoke, hasta una terraza genial con música de jazz en vivo.

Juls le escuchaba maravillada. Todo eso que él le contaba sonaba muy bien.

—¿Entramos?

Asintió con energía. No era que las antigüedades le interesasen demasiado, pero explorar cosas nuevas con Jorge se le antojaba una actividad muy atrayente.

Accedieron al interior de la tienda y comenzaron a andar por el pasillo que se curvaba suavemente como si transcurriese en un amplio círculo. Apenas había sitio para caminar ya que no solo las paredes y el techo se hallaban abarrotados de cosas diversas y pintorescas, también el suelo estaba lleno de objetos de todo tipo: alacenas del siglo pasado, vajillas inglesas sobre mesas vintage, jarrones descomunales, escritorios exóticos y sillas de todas las formas y colores, entre otras mil cosas. Entremezclados con los muebles aparecían efectos militares del ejército alemán y uniformes, máscaras de gas de la Gran Guerra e incluso reproducciones de distintas armas. De las paredes colgaban cuadros tanto realistas como abstractos y espejos de diferentes épocas con marcos dorados o montados sobre estructuras de metal. Y del techo, entre las vigas de madera oscura, pendían multitud de lámparas, algunas muy estrambóticas, otra más clásicas, todas ellas encendidas, iluminando el local de un modo casi cegador.

Juls se detuvo frente a un flamenco rosa de madera de aproximadamente dos metros de altura y lo miró con estupor. ¿Habría alguien que comprase algo semejante para ponerlo en su salón?

—¿Te gusta? —inquirió él a su lado—. ¿Crees que quedaría bien en mi piso?

—Esto no puede quedar bien en ningún sitio. Seguro que es *atrezzo*.

—Yo no hablaría muy alto —repuso él en voz baja. Acto seguido le giró la cara hacia la izquierda—. Mira —le susurró al oído.

A solo unos metros de distancia, un hombre de mediana edad cargaba con el que parecía ser el gemelo de ese flamenco.

—¿En serio? —La mandíbula de Juls se aflojó por la sorpresa.

—Ya sabes lo que dicen, siempre hay un roto para un descosido. Vamos, ayúdame a elegir algo para mi piso.

—¿Aquí?

—No seas tan negativa.

Tiró de ella y la forzó a seguir andando entre las antigüedades, pasando por debajo de un arco de piedra y entrando en otra zona del establecimiento. No había demasiada gente allí y pudieron continuar husmeando por la tienda a su antojo, deteniéndose frente a estanterías con condecoraciones militares, baúles llenos de libros antiguos, candelabros y viejos percheros.

Iban comentando todo lo que veían y, de vez en cuando, Jorge hacía alguna sugerencia con mofa sobre dónde colocar las diferentes piezas en su piso. Ella respondía chasqueando la lengua con rechazo y conminándole a buscar otra cosa. En realidad, no creía que él fuera a encontrar algo allí para su moderno apartamento producto de Ikea.

Mientras él inspeccionaba una réplica de un barco de madera, Juls se hizo con una máscara algo tétrica del carnaval de Venecia y se la puso. Luego se situó a su espalda y aguardó a que él se diese la vuelta. Cuando lo hizo, un jadeo ahogado brotó de su garganta.

—¡Joder, pareces un espectro!

—Tenías que haber visto tu cara —se rio ella, dejando la máscara sobre una mesa taraceada.

—Me debes una —la regañó, alzando el dedo índice en el aire. Luego se aproximó y le dio un beso en la frente, antes de apartarse y continuar caminando.

Juls se quedó rezagada. El modo de comportarse de Jorge con ella era natural, como si fueran una pareja que llevasen juntos mucho tiempo juntos y no un simple rollo esporádico con fecha de caducidad. Pensativa, le siguió más despacio, tratando de poner en orden sus ideas. En silencio, se preguntó qué pensaría él de eso que estaba ocurriendo entre ellos. Solo quedaban tres horas para la despedida y no habían hablado de lo que iba a ser de ellos después de su regreso a Madrid.

¿Querría él seguir adelante con esa historia?

Ella sí lo deseaba. Solo que no sabía cómo podían hacer que funcionara. Sin embargo, quería intentarlo. En el corto espacio de tiempo desde que Jorge había llegado a su vida se había convertido en alguien esencial para ella.

Le gustaba mucho.

—¿Vienes? —la llamó él.

Se apresuró a seguirle.

Finalmente, no compraron nada en la tienda y se internaron en la zona de los puestos de mercadillo. Los había de todo tipo, de ropa de segunda mano, de joyas, de figuras religiosas, de vinilos y de aparatos electrónicos. Algunos eran meras mesas plegables de camping con cuatro tonterías sobre ellas, otros eran grandes tiendas con techos de lona y probadores. Había también pequeños puestos donde se servían platos de paella y refrescos. Y el sonido de la música en directo llegaba hasta ellos algo amortiguado. La gente deambulaba de un lado otro y Jorge entrelazó los dedos con los suyos para que no se despistara.

Le gustaba aquello, el sentir la mano de él agarrando la suya mientras paseaban sin un rumbo claro. Quizá él no era consciente de lo que hacía, pero su dedo pulgar le acariciaba con suavidad la muñeca con movimientos circulares.

La sensación premonitoria de que cada vez les quedaba menos tiempo para poder estar juntos se afianzó de nuevo en el interior de Juls y le provocó un desagradable sabor de boca.

Jorge, ajeno a sus pensamientos tan poco placenteros, se detuvo frente a un puesto de sombreros y se probó uno blanco de anchas alas, que en otro hombre podría haber resultado ridículo, pero que no le restaba ni un ápice de atractivo.

—¿Cómo estoy? ¿Me lo llevo? —bromeó, guiñando un ojo.

Estaba espectacular con sus vaqueros y su camiseta negra ajustada. Las ganas de

abalanzarse sobre él y plantarle un beso en la boca se multiplicaron en su cabeza. Algo debió de verse reflejado en su expresión porque él la observó con los ojos vivaces.

—Joder, Juls, parece que te gusto con sombrero. Me estás desnudando con la mirada —dijo en un susurro.

Antes de que ella pudiese decir nada, tiró de su muñeca hasta que sus cuerpos se encontraron y le dio un beso.

Hubiera podido ser un simple beso rápido y sin demasiada sustancia, pero ella profundizó la caricia con pasión, colgándose de su cuello, hasta que ambos se quedaron sin aliento. Cuando se separaron, jadeaban.

—No me hagas esto aquí —murmuró él—. Me cuesta tener las manos alejadas de ti y si haces esto no me lo pones fácil.

—No te lo quiero poner fácil.

—Qué cabrona —musitó contra su boca.

Se apartó unos pasos y se colocó el pantalón con disimulo. El gesto pasó inadvertido para la gente que había alrededor, al fin y al cabo, el bullicio era grande, pero no para Juls, que le miró con lascivia mientras se humedecía el labio inferior.

Él gimió y se dio la vuelta, huyendo de la provocación. Cogió un sombrero de una de las estanterías y se lo puso a ella. Era una gorra rastafari de colores que tenía las rastas incorporadas.

—Joder —masculló al tiempo que la contemplaba—. Ni caracterizada de Bob Marley dejas de gustarme.

Ella se echó a reír y se acercó a uno de los espejos que colgaban de la pared de lona para ver qué aspecto tenía. Estaba ridícula.

—Espera, no te lo quites —dijo él a su espalda. Se había sacado el móvil del bolsillo y trasteaba con él.

Pese a sus tibias protestas, terminaron posando para hacerse unos selfis absurdos. Intercambiaron sombreros unas cuantas veces más hasta que el dueño de la tienda comenzó a mirarlos con cara de pocos amigos. Terminaron marchándose con una risa tonta bailando en sus bocas. Y sin haber comprado nada.

—¡Mira! —exclamó él cuando se habían alejado unos cuantos metros, señalando una zona de mesas y sillas—. Ese es el sitio del que te he hablado antes, donde tocan música de jazz en directo. Vamos a buscar una mesa.

Al fondo, tras un muro de piedra caliza, había una plataforma sobre la que conversaban cuatro músicos, que en ese momento parecían estar descansando. Ellos se dirigieron hacia el otro extremo y se apresuraron a instalarse en una de las pocas mesas que todavía quedaban libres, algo alejadas del escenario. El lugar estaba muy concurrido, los clientes reían y conversaban animadamente mientras aguardaban a que el cuarteto empezara a tocar de nuevo. Una camarera se acercó y les tomó nota de sus bebidas. Ambos se decantaron por un refresco.

—¿Qué te parece el sitio? —le preguntó él, acercando la silla a la suya para poder hablar con más comodidad.

—Es mucho más pequeño que El Rastro de Madrid, claro, pero me parece muy original.

—La verdad es que vengo poco, está más enfocado a los turistas, pero creo que merece la pena echar un vistazo.

—A mí me ha gustado mucho. Es diferente.

Él apoyó el brazo sobre sus hombros casi con abandono y acercó la boca a su oreja.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso. Quería que nuestras últimas horas fueran especiales.

Era la primera vez que se refería tan claramente a su despedida y a ella se le encogió la garganta. ¿Había algo de tristeza en sus palabras? Volteó la cara y trató de leer su expresión, pero él miraba a la camarera que estaba poniendo las bebidas sobre la mesa. Tardó unos cuantos segundos en volver a encararse con ella.

Se sostuvieron la mirada con rotundidad.

A Juls no se le daba muy bien interpretar a las personas, pero era evidente que a él le afectaba la situación, ¿no? Al menos, mostraba un anhelo y un pesar semejantes a los que estaba experimentando ella.

Cuando parecía que ya había pasado una eternidad, él abrió la boca para decir algo, pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

—¡Jorge! —Se escuchó una voz a pocos metros de distancia.

Juls desvió la vista hacia la persona que acababa de llamar su atención y se encontró con tres hombres que se erguían a pocos metros de la mesa. Al ser consciente de su aspecto, el estupor la invadió. Eran los tres muy altos, rubios, con los ojos azules y de un atractivo apabullante. Sin duda alguna no eran españoles. Aunque no se parecían demasiado físicamente, emanaba de ellos un aura de complicidad enorme y, de algún modo, Juls supo de inmediato que eran hermanos.

—¡Hola! —repuso Jorge, levantándose.

—¡Qué jodida casualidad! —exclamó uno de ellos, el que tenía el pelo largo y una tupida barba.

Intercambiaron saludos afectuosos de palmaditas en la espalda.

—¿Qué hacéis aquí sin vuestras mujeres? —preguntó Jorge con una amplia sonrisa, prueba tangible de que aquellos hombres le caían bien.

—Hemos huido —confesó el de pelo corto con una mueca. Tenía ambos brazos tatuados —. Necesitábamos un respiro de mujeres. Un día de hacer cosas de hombres, ya sabes.

El que se había quedado más rezagado, que tenía la musculatura más impresionante de los tres y llevaba gafas con montura de pasta, se echó a reír y le dio un codazo al que acababa de hablar.

—Vamos, Cas, confiesa la verdad. Eli está decorando la casa y ha visto unos candelabros por internet de los que se ha enamorado y tú te estás volviendo loco para encontrarlos. Y por eso estamos aquí. Till y yo hemos venido a darle apoyo moral.

El tal Cas le arrojó una mirada torva.

—¿Los habéis encontrado? —inquirió Jorge con curiosidad.

—No. No ha habido suerte —suspiró—. Seguiré buscando.

—Perdonad —dijo de pronto Jorge como si se hubiera dado cuenta de que no la había presentado—. Esta es Juls. Juls, estos son Till, Cas y Jan.

Ella se incorporó para darles los besos de rigor y rápidamente se percató no solo de lo altos que eran, sino del formidable *sex appeal* que desprendían. Jorge era un tío guapo, guapo, pero aquellos tres parecían de otro planeta.

—Till es el propietario de la escuela de buceo donde trabajo —continuó él—. Y estos son Cas y Jan —añadió—. Son hermanos, aunque como ves, no se parecen en nada.

—Yo soy el más guapo de los tres —intervino Cas—. Es evidente, ¿no?

El que Jorge había presentado como su jefe resopló.

—Así que para esto te has cogido el día libre —dijo con tono de chanza cambiando de tema—. Para venir aquí.

Jorge no se amilanó ante el comentario.

—Hay cosas por las que merece la pena dejarlo todo, ¿no? —repuso con desenfado, lanzándole una mirada a Juls.

Ella no pudo evitar que las mariposas que vivían en su estómago echaran a volar al escucharle decir aquello. ¿Era él consciente de lo que sus palabras despertaban en ella?

—¿Te gustó la experiencia ayer buceando? —Till la estudió con interés.

—Oh, sí, me encantó. Aunque al principio estaba muy nerviosa. Estuve a punto de echarme atrás —confesó.

—Es lógico. El agua da mucho respeto. Pero con Jorge estás en buenas manos. No es tan bueno como yo, pero es suficiente —bromeó.

Jorge le dio un codazo.

—Yo no me atrevo ni a meter la cabeza debajo del agua dentro de la bañera —intervino Cas con un guiño.

Ella se rio.

—¿Cómo está Oksana? —le preguntó Jorge a Jan—. Su mujer está a punto de dar a luz —le explicó a Juls.

—Enhorabuena.

—Gracias. Está bien, pero los nervios siempre están ahí, a pesar de ser la segunda.

—¿Queréis sentaros con nosotros? —ofreció Jorge.

—Venga, tío, y ¿joderte la cita? —respondió Cas, arqueando las cejas—. Perdónale, es un poco torpe —le dijo a Juls con fingida conmiseración y una sonrisa deslumbrante.

Ella no pudo evitar devolvérsela. Era obvio que aquel tipo poseía un gran carisma.

—La verdad es que lo he ofrecido con la boca pequeña porque sabía no ibais a aceptar —admitió Jorge, llevándose una mano a la nuca como si estuviese avergonzado, aunque su gesto revoltoso decía lo contrario.

—Joder, qué listillo —se rio Cas—. Te mereces que nos quedemos.

En ese momento, los músicos comenzaron a tocar de nuevo.

—Nos vamos. Estaremos por allí. —Till señaló un lugar indefinido al otro extremo de la terraza—. Si no nos vemos luego, encantado de haberte conocido, Juls.

—Igualmente —repuso ella.

Se despidieron y se alejaron.

Jorge y ella volvieron a sentarse. Durante unos segundos, ambos guardaron silencio y se limitaron a disfrutar de la pieza de jazz.

Los ojos de Juls se desviaron hacia donde se encontraban los tres hermanos. Habían ocupado una mesa al otro lado de la terraza y hablaban con la camarera.

—¿Así que te gustan rubios? ¿Me tengo que poner celoso?

Había suficiente ironía en el tono de él como para que ella no le tomara en serio.

—Tienes que reconocer que son espectaculares. Parecen modelos, sobre todo tu jefe. Es muy guapo.

—Nunca me han atraído mucho los tíos, la verdad —repuso mientras se acariciaba el mentón—. Le preguntaré a Diego —continuó como hablando consigo mismo.

—¿A Diego?

—Mi hermano es gay. Aunque creo que le van más los morenos.

Ella asimiló la información con neutralidad sin decir nada al respecto. Su propio hermano era bisexual y estaba acostumbrada tanto a sus novios como a sus novias.

—El de los brazos tatuados, Cas, restaura motos —explicó él—. Es quien le consiguió la moto a Diego. Y vive justo al lado de mis padres. Y el otro, Jan, es tatuador. Me hizo el tatuaje

que llevo en el costado. Son unos tíos geniales, la verdad.

Juls no lo dudaba; el encontronazo había sido breve, pero era incuestionable que los tres eran simpáticos y agradables.

Inesperadamente, Jorge se acercó hasta que su respiración le bañó la mandíbula.

—Y dime, Juls, ¿te gusta el ambiente?

—No está mal —dijo, echando la cabeza a un lado casi imperceptiblemente para que pudiera besarle el cuello si así lo deseaba.

Él no tardó en cumplir sus deseos y depositó un pequeño beso sobre el lateral de su garganta.

Ella se estremeció.

Pese a que estaban rodeados por gente ruidosa y parlanchina y apenas había distancia entre una mesa y otra, Juls cerró los ojos y se imaginó que no había nadie más a su alrededor. Solo ellos dos, envueltos por la música de jazz. Sintió la mano de Jorge sobre su mejilla, girándole la cara. Estaba claro lo que pretendía: que sus bocas se encontraran. Decidió ponérselo fácil e ir a su encuentro.

El beso fue corto. Apenas unos segundos de pasión contenida.

—¿Sabes lo mucho que me gusta besarte? —murmuró él.

—He oído rumores.

—No me sorprende, se lo he dicho a todo el mundo que conozco —dijo burlón.

—Me siento halagada.

—No lo estés. Tampoco conozco a tanta gente.

Juls se rio con ganas.

—Eso no es verdad. Estoy segura de que haces amigos allá por donde pasas.

—Tampoco es para tanto —rechazó, separándose de ella para alcanzar su vaso y darle un par de tragos a su refresco. Después de eso, se quedó absorto contemplando a los músicos.

Ella aprovechó el instante para estudiarle con atención. Su pelo algo ondulado en la parte delantera, su nariz recta, su firme mentón, su sensual boca y la protuberancia de su nuez que subía y bajaba de un modo muy sensual cada vez que tragaba. A duras penas controló un suspiro. A hurtadillas, sacó el móvil del bolso y le echó un vistazo a la pantalla. Ya era la una y cinco. No les quedaba mucho tiempo. Intranquila, desvió la vista y recorrió las mesas mientras su mente bullía con todo tipo de pensamientos.

¿Había llegado el momento de decir algo respecto a su partida? ¿Se estaba montando una película en la cabeza y era la única que quería seguir adelante con esa historia? ¿O Jorge también lo deseaba?

¡Qué frustrante ese tonto silencio!

Estaba a punto de poner todas sus cartas sobre la mesa y abrir la boca cuando un pitido la alertó de la entrada de un wasap. Seguro que era Mariu, se dijo.

Pero no era su amiga.

Jorge: Quiero que sepas que han sido unos días fantásticos a tu lado.

Sorprendida, ladeó la cara y buscó su mirada, pero él parecía ensimismado en su teléfono mientras que una sonrisa pintaba sus labios. Ella no pudo evitar que los suyos también se curvaran.

Aceptó el guante que él le arrojaba y se concentró en su propio teléfono.

Juls: Para mí también. Creo que eres una persona muy especial.

La contestación no tardó en llegar. Una contestación que la obligó a coger aire con fuerza.

Jorge: Tú también lo eres. Ha sido muy poco tiempo, pero te has convertido en alguien muy importante para mí.

Juls: Pienso exactamente lo mismo. Ojalá tuviéramos más días.

Jorge: Podemos tenerlos. No quiero que esto se acabe. No quiero estar sin ti.

Pestañeó y releyó aquellas palabras unas cuantas veces antes de mirarle de soslayo. Él se mostraba aparentemente impasible; contemplaba la pantalla de su móvil como si la vida le fuera en ello.

Juls: Yo tampoco quiero.

No le resultó demasiado difícil admitirlo.

Jorge: Tengo unos días libres en noviembre. Creo que puedo pasarlos en Madrid.

Ella tragó saliva, emocionada por el desarrollo de la situación.

Juls: Eso sería perfecto.

La música y la algarabía a su alrededor eran muy ruidosas y la falta de privacidad, flagrante, sin embargo, Juls sentía que había una gran intimidad en aquel intercambio silencioso de mensajes. Nada más importaba, solo los textos que iban revelando poco a poco lo que ambos deseaban y sentían.

Jorge: Dicen que las relaciones a distancia son muy complicadas, pero no me asustan los retos.

¿Relación a distancia? Esas eran palabras mayores, ¿no? No obstante, eran las mismas que habían resonado en su cabeza desde hacía unos días. ¿A quién pretendía engañar?

Juls: A mí tampoco.

Jorge: Y creo que el sexo telefónico tampoco está nada mal. Además, tengo tarifa plana.

¡Cómo le gustaba esa parte desenfadada de él! La volvía loca. Evitó mirarle antes de responder.

Juls: Estoy deseando comprobarlo.

Jorge: Esta noche te llamo y lo probamos? Así salimos de dudas.

Se mordió los labios para ahogar una nueva carcajada. Notó también cómo sus mejillas comenzaban a arder y su cuerpo se cargaba de electricidad. Las ganas de guardar el teléfono y lanzarse a sus brazos eran abrumadoras.

Juls: Qué te parece si ahora dejo el móvil y te beso de verdad?

Jorge: Aquí? En medio de la gente? Qué vergüenza.

Juls: Prometo ser delicada y no propasarme mucho. Será solo un besito.

Jorge: Vaaaale, pero sin lengua que te conozco y sé que eres muy efusiva.

Juls: Confiesa que te gusta.

—Me encanta —dijo él de pronto en voz alta, sorprendiéndola.

Se volvió a mirarle. La calidez que desprendían sus ojos y su sonrisa radiante la descolocaron. Se quedó paralizada, tratando de no hiperventilar.

—¿Y mi beso? —reclamó él antes de que hubiera podido reaccionar.

Fue mutuo e instintivo. Ambos acortaron distancias al mismo tiempo hasta que sus bocas se unieron con fogosidad. Y no fue un besito como había aseverado ella, fue mucho más. Y sí, hubo lengua, tanto de uno como de otro.

Olvidadas quedaron la música y la gente. También los vítores y las palmas de los comensales de la mesa de al lado, que los animaron a seguir besándose.

Jorge

Abandonaron la terraza cogidos de la mano y seguidos por las felicitaciones de algunos de los

clientes que habían sido testigos del ardiente beso. Hasta los hermanos Landvik hicieron un gesto de victoria desde su mesa.

Jorge se rio al verlo y se despidió de ellos agitando el brazo.

Estaba eufórico.

Quizá era absurdo sentirse así sabiendo que solo tenía media hora más para estar con ella, sin embargo, una delirante sensación de felicidad se había alojado en su estómago.

Podía sentir la mano de Juls pequeña y suave que se aferraba a la suya, y su presencia cautivadora a solo unos centímetros de distancia. No le hacía falta mirarla para saber que sonreía. Algo especial había sucedido entre ellos durante el intercambio de mensajes que habían sellado después con ese beso de película. Algo que ni siquiera su partida inminente podía ensombrecer.

Atravesaron todo el recinto, esquivando a la gente, hasta que se hallaron en el exterior y él se detuvo. No pudo evitar girarse y estrecharla entre sus brazos de improviso. Ella debía de haber estado esperando una señal similar porque en lugar de asombrarse, se dejó abrazar y se acurrucó contra su pecho.

Se mantuvieron así por espacio de unos segundos, pegados el uno al otro, sin decirse nada en absoluto.

No era quizá el lugar más bonito e inspirador del mundo, allí, junto a una carretera comarcal por la que no paraban de pasar coches y rodeados por los turistas que accedían al mercadillo, pero a Jorge aquel momento se le antojó mágico.

«¿Cómo es posible que en un espacio tan corto de tiempo sienta tanto por ella?», se cuestionó mientras aspiraba su aroma, ese aroma al que se había acostumbrado en los últimos días.

La iba a extrañar.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —murmuró.

—Sí.

Ella se apartó un paso, pero él la sujetó por los hombros impidiéndoselo.

—¿Ven a esta mujer? —comenzó con una mueca traviesa—. He pasado algunas de las mejores noches de mi vida con ella estas semanas y no me puedo ni imaginar que me vaya a interesar otra persona como me interesa ella.

Pese a que lo dijo mirando a su alrededor, dirigiéndose a un público imaginario, su tono de voz no era excesivamente alto, era solo para los dos.

—Jorge, creo que no te han entendido, son alemanes —dijo ella y señaló a un grupo de turistas que se encontraban a escasos metros de ellos.

—¿Alemanes? Espera, entonces. Pondré las cosas claras. *Sehen Sie diese Frau?...*[20]

Ella rompió a reír y le puso ambas manos sobre la boca, silenciándole.

Él se dejó acallar y aprovechó para depositar un beso sobre la palma de su mano. Le brillaban los ojos de diversión y algo más profundo para lo que no tenía nombre… todavía.

Con la risa flotando a su alrededor, echaron a andar hacía el parking de tierra. Había mucho movimiento de coches que entraban y salían, pero no tardaron en alcanzar el Nissan Patrol. Cuando se acomodaron en el interior y Jorge encendió el motor, la radio emitió los acordes de una de las canciones que había sonado la noche en que él fue a recogerla con el Porsche de su amigo, una de Police.

—¿Tienes sobornados a los de Kiss FM y siempre ponen tus canciones favoritas? —inquirió ella con guasa.

—Si los tuviera sobornados ahora estaría sonando *Up where we belong* —repuso—. Sería mucho más adecuada.

—Creo que esa no la conozco.

—¡No puede ser! La cantan Joe Cocker y Jennifer Warnes. Tienes que haberla escuchado. Es de la banda sonora de *Oficial y caballero.*

—¿También te van las pelis románticas de los ochenta? Eres muy sentimental —dijo con un guiño—. ¿Cómo es la canción?

—*Love lift us up where we belong, where the eagles cry on a mountain high…*[21]

Comenzó a cantar el estribillo con entusiasmo. Era una balada que le gustaba mucho. Desafinaba, pero le dio igual. No tenía un sentido del ridículo muy desarrollado. Y ella le miraba fascinada, de todos modos.

—¡Ah, sí, ya sé cuál es! —le interrumpió, dando una palmada—. Me parece preciosa. No obstante, no te imaginaba tan tierno —añadió con un tibio sarcasmo.

—Ya ves. No te dejes engañar por mi duro aspecto de chico malo. En el fondo soy un romántico empedernido. —Alargó la mano y cogió la de ella, se la llevó a los labios y depositó un ligero beso sobe sus nudillos.

—No sé lo que eres, pero me gusta. Sin lugar a dudas, me gusta —murmuró con voz queda.

Se incorporaron a la carretera y los siguientes kilómetros los hicieron en silencio, hasta que el cartel que anunciaba el desvío de la playa de Poniente apareció ante sus ojos.

—Ya estamos llegando —dijo él.

—Eh, sí.

—¿Te está esperando Mariu?

—Sí. Le mandé un wasap antes y estaba en el piso.

—¿Queréis que os lleve a la estación de autobuses?

Ella tardó en contestar.

—Es mejor que no. Odio las despedidas.

Después de eso no se dijeron nada más y Jorge se concentró en la conducción. Agarraba el volante con excesiva fuerza, prueba inequívoca de que no se encontraba tan sereno como deseaba aparentar. Finalmente, detuvo el todoterreno frente al alto edificio y puso las luces de emergencia. Apagó el motor y descendió del vehículo. Por el rabillo del ojo vio que ella también se bajaba y que cerraba la puerta con suavidad. Ambos rodearon el coche y se encontraron justo frente al capó.

—Bueno…

—Bien…

Comenzaron a hablar al unísono.

Se miraron y se sonrieron.

Como siempre le sucedía, la sonrisa de ella le caló muy hondo.

—Pues aquí nos decimos adiós —comenzó Juls.

Él tiró de su muñeca hasta que ella se dejó caer contra su cuerpo. Luego le acunó la cara entre las manos y le dio un beso en los labios.

—Esto no es una despedida.

—Por supuesto que no lo es —jadeó ella contra su boca.

—¿A qué hora llegas esta noche a Madrid?

—A las diez y cuarto.

—Llámame cuando estés en casa.

—¿Videollamada? —sugirió con una mueca.

—Sí —respondió justo antes de apoderarse de su boca una última vez.

Tardaron en separarse y lo hicieron con reticencia. Ella dio unos pasos en dirección al portal y él la observó alejarse con nostalgia contenida. El pantalón vaquero y la camiseta que ella llevaba eran muy sencillos, nada del otro mundo, pero para él estaba simplemente preciosa. Una vocecita interna llegó para decirle que estaba tan pillado que no era nada objetivo. Y era cierto. Juls siempre le parecía hermosa.

Ella se dio la vuelta y le lanzó una sonrisa algo más trémula de lo habitual.

—Te veo en un mes.

—Para nada —negó él, sacándose el móvil del bolsillo y señalándolo—. Nos vemos esta noche.

—Es verdad —admitió risueña. Después de decir aquello se quedó parada frente a la puerta.

—Vete —la conminó, haciendo una seña con la barbilla.

—Ya voy.

Pero no se movió del sitio.

Sus ojos castaños se fundieron con los de él. Había muchas emociones contenidas en ellos y eso hizo que Jorge dejase escapar un gemido derrotado. Solo tardó dos segundos en capitular y ponerse en movimiento. De dos zancadas, llegó hasta ella y la alzó en el aire por el talle, como si fuera una pluma. Se la quedó mirando con embeleso.

—¿Qué cojones has hecho conmigo para que me comporte así, Juls? ¡Dímelo! —La voz le salió estrangulada, teñida por el ardor que sentía.

—Lo mismo podría preguntarte yo.

—¡Joder! —exclamó—. Si apenas nos conocemos y no puedo dejar de pensar en ti. Estás en todas partes.

Ella suspiró bajito y pegó la frente a la suya mientras le acariciaba la nuca con la punta de los dedos.

—Te voy a echar mucho de menos, Jorge.

A él se le encogió el pecho al escuchar todo el sentimiento que había encerrado en esa frase.

—Y yo a ti. Pero un mes pasa rápido.

Juls asintió.

Lentamente, la depositó en el suelo. Le costó hacerlo, no iba a negarlo. Luego dio un paso atrás y se pasó la mano por el mentón con un ademán nervioso muy poco propio de él.

—Vete —le pidió.

—Sí. Me voy.

Y esa vez sí se fue de verdad. Se dio la vuelta y abrió la puerta. Sin volver a mirarle, accedió al interior del portal con mucha prisa y desapareció.

Jorge se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y contempló el acceso al edificio con la vista extraviada durante unos segundos. Se sentía algo vacío, pero su optimismo innato ganó la partida y se convenció a sí mismo de que aquello no era un adiós, era un simple hasta luego y que esa misma noche iba a volver a verla en la pantalla de su móvil.

Sonrió.

Aquello no era un final. Era un principio.

Capítulo 17

Juls

Las relaciones a distancia no eran sencillas, por el contrario, había ganas de muchas cosas que había que reprimir e infinitos momentos de echar de menos. Pero Jorge y ella estaban consiguiendo que la suya funcionara.

El mes de octubre no pasó deprisa como él había vaticinado. Lo hizo con lentitud, a una velocidad desesperante. Los minutos parecían convertirse en horas, y las horas en días.

Pese a que no estaba ociosa —escribía artículo tras artículo, todo ellos absurdos y vacíos de contenido—, se pasaba la mayor parte del día y de la noche ocupando su cabeza con Jorge. Extrañándole.

Intercambiaban vídeos y mensajes constantemente, a veces breves, un simple emoji o un meme divertido, otras, dialogaban e imaginaban lo que iban a hacer cuando estuviesen juntos, o se decían mil tonterías sin sentido. Y por las noches, se hacían videollamadas. Videollamadas que se habían convertido en algo imprescindible y sin las cuales ella ya no podía ni quería estar. El verle, aunque solo fuera a través de la pantalla del móvil o del ordenador era como una bocanada de aire fresco, una recarga de energía.

Y sí, también habían disfrutado un par de veces de sexo telefónico.

Y resultó ser interesante. Mucho.

Bueno, interesante no era la palabra más adecuada. Alucinante, extraordinario, sublime… perfecto. Sí, eso encajaba más en la descripción de cómo fue.

Todo era perfecto con Jorge.

Todo menos la distancia.

Juls tenía el calendario abierto en la pantalla de su portátil y, por enésima vez esa mañana, volvió a mirarlo y a contar los días que faltaban para su reencuentro.

Cinco días.

Solo cinco días, pero que se le antojaban como una eternidad.

Suspiró y trató de concentrarse en la hoja que tenía frente a ella y en la que apenas había logrado juntar tres párrafos.

Sonsoles se había marchado a pasar el fin de semana con su familia, dejándole el piso para ella sola. Sonsoles era encantadora, pero demasiado ruidosa y no se cortaba un pelo a la hora de invitar a gente a casa, así que su ausencia era como un regalo para Juls que, aprovechando la quietud del piso, había pasado todo el sábado trabajando, intentando adelantar los artículos que tenía que entregar durante las próximas semanas para poder estar libre y tener tiempo con Jorge cuando él llegase. Y lo mismo estaba haciendo esa mañana de domingo: escribir y escribir.

El sonido de un wasap entrante la llevó a sonreír con amplitud.

Seguro que era él para darle los buenos días.

Alargó la mano, cogió el móvil y lo desbloqueó con ansiedad.

Félix: Buenos día, tonta. Te he despertado?

Bueno, no era Jorge, pero la sonrisa no se borró de su boca. El remitente de aquel texto era una de las personas a las que más quería en el mundo.

Juls: Hola, imbécil. Has tenido suerte. Llevo un rato ya levantada. Estoy currando.

Félix: Currando en domingo y tan temprano? Estás enferma?

Juls: No todos somos tan afortunados como tú. Yo no tengo empleados que me solucionen la vida.

Su hermano y sus dos socios habían montado hacía años un bar de copas en el centro de Madrid. El éxito del local los había llevado a abrir dos más en otras zonas de la ciudad y les iba muy bien. Ahora, Félix podía permitirse el lujo de hacer meras labores de supervisor y ya no necesitaba trabajar de sol a sol como había hecho con anterioridad.

Félix: Tu teoría hace aguas por todas partes. Si fuera rico no estaría levantado a estas horas y tendría un mayordomo sirviéndome un café en la cama. Sin embargo, estoy en la calle. Te invito a desayunar.

Echó un rápido vistazo a su ordenador y a su maldito artículo a medio escribir, deliberando consigo misma si podía permitirse el lujo de desayunar con él.

Claudicó con rapidez.

Juls: Acepto.

Félix: En quince minutos estoy ahí.

Dejó el móvil en la mesa y se incorporó con celeridad para irse a la ducha. Abandonado quedó el café que se había preparado hacía un rato. No veía a su hermano desde hacía dos meses y tenía ganas de pasar un rato con él. A pesar de la diferencia de edad, había mucha complicidad entre ellos.

Iba camino del baño cuando le entró un nuevo wasap.

Ese sí que debía de ser Jorge.

Pero no.

Sergio: Estoy en la puerta de tu casa. Necesito hablar contigo.

¡Mierda! Su mano se cerró como una garra sobre el aparato mientras sus ojos se estrechaban enojados.

Hacía dos semanas, después de que él la hubiera llamado con insistencia durante toda una tarde, le envió un largo mensaje en el que le decía que no quería saber nada más de él. Dado que no volvió a contactar con ella, pensó que había dejado las cosas claras entre ellos, pero, aparentemente, no era así. ¿Ahora se presentaba en su casa?

Tenía que ponerle fin a eso.

Juls: Dame cinco minutos y bajo.

Se dio una de las duchas más rápidas de su vida mientras mascullaba improperios.

—¿Por qué no te vas de mi vida? ¿Acaso no nos hemos hecho ya mucho daño? ¿Qué narices quieres de mí?

Con movimientos agitados, se vistió con unos tejanos y un polo de manga larga de color negro. Se calzo unos botines y cogió una cazadora del armario. Ni siquiera se molestó en secarse el pelo. Luego abandonó el piso y bajó las escaleras a toda velocidad.

Cuando alcanzó el portal, pudo ver a Sergio en la acera, a escasos dos metros de la puerta. Le daba la espalda. Se detuvo en el último escalón para observarle de arriba abajo. Llevaba unos vaqueros azules, una cazadora de cuero marrón y una bolsa negra en bandolera, y se había cortado el pelo desde la última vez que le vio. Se giró y las partes más agraciadas de su perfil quedaron al descubierto: su nariz recta y la perfecta curvatura de sus labios. Estaba muy atractivo.

Mentira. El verbo correcto no era ese. *Era* muy atractivo.

Juls hurgó en su interior, buscando algún resquicio de todo aquello que había sentido por él en el pasado y no halló absolutamente nada.

Su cuerpo tampoco reaccionó.

Ni una punzada en el pecho, ni un vuelco en el estómago

Nada.

Decidida a enfrentarse a él cuanto antes, abrió la puerta con brío.

Él se dio la vuelta y la miró de frente.

—Hola —la saludó con una sonrisa cauta.

Ella no se la devolvió. Pese a que ya no sentía una animadversión especial hacia él, todavía recordaba cómo había sido su abrupta ruptura y las cosas horribles que se habían dicho.

—¿Qué quieres, Sergio? —le increpó con dureza.

Él tardó en contestar. Parecía estar calibrando cuál era su estado de ánimo.

—¿Podemos tomarnos un café? —Señaló la cafetería que había al otro lado de la calle—. No quiero hablar aquí en medio.

—No tengo mucho tiempo, la verdad —suspiró con fatiga—. He quedado con mi hermano.

—Seré breve.

Aceptó resignada y echó a andar hacia la calzada sin esperar a ver si él la seguía.

Era temprano y en la cafetería no había mucha gente, casi todas las mesas estaban libres. Juls se dirigió hacia una de las del fondo, tomó asiento y lo primero que hizo fue mandarle un mensaje a Félix para informarle de dónde estaba.

Sergio se sentó frente a ella y colgó su bolsa en el respaldo de la silla. Tenía una expresión difícil de interpretar en la cara.

La camarera llegó para tomarles nota y ambos pidieron lo mismo: café solo.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —le preguntó sin rodeos en cuanto la chica se alejó.

—De nosotros.

—¿De nosotros? No hay un nosotros —rechazó con displicencia. Su enfado había amainado y se había convertido en una simple irritación.

—Podría haberlo.

Ella meneó la cabeza con incredulidad. Pese a que aquello no la pillaba completamente por sorpresa —la insistencia de él durante las últimas semanas había dejado claro que algo quería —, no terminaba de creerse que Sergio, el tío independiente y despegado que siempre le echaba en cara que era demasiado absorbente, estuviera frente a ella para proponerle una reconciliación.

—¿Te olvidas de cómo terminamos? Porque yo no.

Él vaciló antes de responder. Frunció el ceño y apoyó las manos sobre la mesa como si no supiera qué hacer con ellas. Juls no pudo evitar que su mirada se dirigiese hacia sus dedos; eran largos y delgados. En su momento, creyó que no encontraría jamás a un hombre que la acariciase como él lo hacía.

Y, sin embargo, lo había hecho. Lo había encontrado.

Las caricias de Jorge habían borrado las de Sergio, escribiendo sobre ellas hasta hacerlas desaparecer.

—Sé que nos dijimos cosas muy feas —admitió él con un suspiro—. Me he pasado estos meses pensando en ello y créeme que me arrepiento de mucho de lo que te dije. Quiero pedirte perdón…

La última palabra quedó en el aire, interrumpida por la llegada de la camarera, que depositó los dos cafés frente a ellos.

Juls aprovechó el instante para meditar sobre lo que él acababa de decir. Apenas podía creerse que Sergio estuviera pidiéndole perdón. No era muy propio de él.

—Dijiste que a mi lado no encontrabas emociones y que nunca te di lo que andabas buscando —expresó sin acritud, constatando un hecho.

—Me equivoqué.

Le vio echarse el sobrecito de azúcar en el café y removerlo con la cucharilla. Después, sus bellos ojos verdes se hundieron en los de ella.

«Hubo un tiempo en el que me habría perdido en esa mirada».

Ya no.

—También dijiste que te agobiaba y que no era la mujer adecuada para ti. Me hiciste sentir como una mierda.

Él bajó los párpados. Parecía avergonzado.

—Dije muchas gilipolleces —reconoció.

—No —le rebatió tajante—. Dijiste exactamente lo que pensabas. Era tu verdad.

Después de esa frase solo hubo silencio.

Juls le dio un sorbo a su café y se arrepintió en el acto; estaba demasiado caliente. Dejó la taza sobre el platito y se quedó unos segundos absorta, recolocando sus pensamientos.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Si alguien le hubiese dicho solo hacía tres meses que iba a sentir tanta indiferencia frente a Sergio no lo habría creído jamás.

—La relación duró dos años —continuó en vista de que él no decía nada—, pero apenas pasábamos tiempo juntos. Siempre tenías otras cosas que hacer que eran mucho más importantes que yo. Pese a que fuiste tú el que decidió que todo se acabase, yo ya estaba cansada de esperarte.

—No me porté bien. Eso lo tengo claro.

—Tampoco te portaste mal. —Se encogió de hombros—. Tú eras así. Y yo no quise verlo y esperé demasiado de ti. Esperé cosas que no podías darme.

—Juls, no es así. Tú esperaste lo que espera cualquier persona de una relación. Fui yo el que metió la pata.

Le miró un largo rato, perpleja por lo que él estaba admitiendo. Había una ligera sombra de pesar en sus facciones que le resultó nueva y desconocida. Sergio no era así.

—Bueno, ya es demasiado tarde…

—No tiene por qué serlo. Podemos intentarlo de nuevo.

Ella comenzó a negar, pero no tuvo tiempo de decir nada porque su móvil emitió un pitido. No necesitaba mirar la pantalla para saber de quién se trataba en esa ocasión. Lo presentía.

Se sacó el aparato del bolsillo y lo desbloqueó.

Jorge: Buenos días, preciosa. Anoche soñé contigo y esta mañana me he despertado pensado en ti. Qué puñetera casualidad, no crees? ;)

Sonrió tontamente. Cómo no hacerlo. Ese era el efecto que Jorge tenía en ella.

Le lanzó un vistazo oblicuo a Sergio que no ocultaba que estaba molesto porque le estaba dando prioridad al mensaje y él se había convertido en algo secundario.

—Si es algo urgente, atiéndelo —murmuró con desgana, llevándose la taza de café a la boca.

Quizá no era urgente, pero para Juls era mucho más importante que aquella incómoda reunión. Sin vacilar, envió su respuesta.

Juls: Seguro que se lo dices a todas.

Jorge: Ups… perdona, me he equivocado, el wasap no era para ti.

Juls: Demasiado tarde. He hecho un pantallazo y me lo he guardado.

Jorge: Las mujeres sois tan astutas. He caído en tus redes, de nuevo.

Juls: Me río de tu inocencia, jajaja.

Jorge: Mira lo que hago los domingos por la mañana. A que soy dulce?

Había una imagen que acompañaba a ese último texto y Juls pinchó sobre ella para ampliarla. Era una foto de un plato blanco. Sobre él, escrito con mermelada de fresa —si se guiaba por el color— aparecía el texto *J y J* ♥.

La sonrisa que se dibujó en su cara fue inmensa.

Jorge no podía evitarlo, era un romántico empedernido. No era la primera vez que le regalaba detalles semejantes que hacían que su corazón se acelerase.

—Has conocido a alguien.

La repentina frase, pronunciada con sequedad, la llevó a elevar la cara. Se encontró con el semblante sombrío de Sergio. También su entrecejo mostraba una arruga de preocupación.

—Sí. He conocido a alguien —confesó.

—¿Es algo serio?

«No es asunto tuyo». Fue lo primero que le acudió a la cabeza, pero se contuvo en el último segundo. Él estaba siendo muy cortés y ella tampoco iba a perder los papeles, aunque estaba en su derecho de no contestar a esa pregunta.

¿Era algo serio lo que tenía con Jorge? Solo se conocían desde hacía mes y medio y apenas se habían visto unas cuantas veces. Y, sin embargo, ella estaba muy comprometida con esa relación.

—Quiero pensar que sí.

—Vaya, y solo hace tres meses que rompimos —dijo él malhumorado.

—A veces no hace falta mucho tiempo para darse cuenta de lo que uno quiere.

—¿A él también le dices que es el hombre de tu vida? —El sarcasmo rebosó en todas y cada una de las sílabas.

Juls cerró los ojos mortificada. Era verdad que le había dicho eso a Sergio en incontables ocasiones, sobre todo durante el primer año de relación, cuando estaba loca por él. Luego las cosas cambiaron y se enfriaron.

—No creo que tenga que responderte.

Él la estudió con los labios apretados y ella le sostuvo la mirada.

—No voy a ir de bueno y a decirte que me alegro, cuando no es cierto. Hubiese preferido mil veces que no estuvieras con nadie.

—¿Y eso nos habría acercado? Aunque no estuviera con él, tampoco querría volver contigo, Sergio. Lo nuestro fue un desastre.

La puerta del establecimiento se abrió y ella desvió la vista hacia allí, ansiando que el recién llegado fuera su hermano para que la rescatara de aquella fastidiosa situación. Pero no. Eran dos chicas de su edad que se dirigieron a la barra.

—Te echo de menos, ¿sabes?

No había ya ni rastro de ironía en su tono, solo una especie de entumecida melancolía que, inexplicablemente, la removió. Tragó saliva cuando sintió en el pecho una suave punzada cargada de reminiscencias del pasado. No supo cómo reaccionar. Se limitó a contemplarle. Él tenía una expresión desencantada en el rostro. Sus ojos, que mantenía extraviados en algún lugar por encima del hombro de ella, se mostraban velados

—Me he dado cuenta de lo importante que eras para mí —continuó—. Sí, ya sé que he tardado en reaccionar, pero al final lo he hecho —suspiró—. Aunque ahora es demasiado tarde.

—Creo que…

—No digas nada —la interrumpió—. Prefiero que no me digas eso de que podemos ser amigos o de que todo va a ir bien o chorradas por el estilo. No es eso lo que necesito escuchar.

Le miró con perplejidad. Jamás le había visto tan afectado por algo.

De pronto, él se incorporó y se sacó la cartera del bolsillo, extrajo un billete y lo depositó sobre la mesa.

—Te invito yo al café. Es mejor que me vaya. Saluda a tu hermano de mi parte.

—Sergio…

Él hizo un gesto con la mano, deteniéndola de nuevo.

—Espero que te vaya bien, Juls. No prometo no volver a llamarte. Es posible que lo haga.

No esperó a que ella se despidiese o dijera algo más. Cogió su bolsa, se dio media vuelta y se alejó camino de la puerta. Solo unos segundos después ya no estaba allí.

Juls se llevó ambas manos a la cara, llena de confusión. No podía decir que la situación la hubiese sorprendido, pero sí la actitud de él. Jamás, en sus dos años de relación, había visto a ese Sergio tan vulnerable. Pensativa, fijó la vista en su café.

—¿Con quién estabas?

La voz grave de su hermano la sobresaltó. No le había visto entrar. Elevó la cara y se encontró con los iris oscuros de Félix.

Era un hombre apabullante y llamativo, una fuerza de la naturaleza. Metro ochenta y cinco de puro músculo, pelo castaño muy corto, casi rapado, y una barba bien recortada que cubría su mentón. A aquello se le sumaba el pantalón de vestir y el chaleco gris marengo que lucía sobre una inmaculada camisa blanca que llevaba arremangada, dejando al descubierto sus poderosos brazos llenos de tatuajes.

Las cabezas solían volverse a su paso.

El corazón de Juls se llenó de orgullo y afecto.

Se puso de pie y le abrazó con ganas; siempre se había sentido reconfortada entre los fornidos brazos de su hermano. Él la besó y le alborotó el cabello cariñosamente como si fuera una cría.

—Estaba con Sergio.

—¿Con Sergio? —inquirió él sorprendido. Dejó su chaqueta en el respaldo de la silla y tomó asiento frente a ella—. Pensaba que ya no estabais juntos.

—Y no lo estamos. Ha venido a buscarme para pedirme que le dé otra oportunidad.

—¿Pero no fue él quien quiso terminar?

—Dice que se ha dado cuenta de lo mucho que me echa de menos.

—Si es que mi hermanita es irresistible —soltó él con una sonrisa ladeada—. Por tu cara, deduzco que le has rechazado.

—Sí. Lo nuestro está muerto y enterrado —declaró con seguridad—. Además, he conocido a otra persona.

—Eso me lo tienes que contar con todo detalle —le dijo él en voz baja antes de darse la vuelta para saludar a la camarera que acababa de acercarse a su mesa y le miraba con mucho interés y algo de rubor en las mejillas.

Sí, ese era el efecto que su hermano tenía en las personas.

Ella se decantó por otro café solo y un *muffin*, mientras que Félix pidió un desayuno completo: café con leche, tostada doble con aceite y un zumo de naranja.

—¿Qué haces tú por esta zona un domingo?

—Había quedado por aquí cerca para ver un local, pero cuando ya estaba llegando el propietario me ha escrito para retrasar la cita una hora debido a un problema que ha tenido.

—¿Otro local? ¿Vais a abrir otro bar?

—Siempre estamos buscando sitios, por si acaso merece la pena, pero no tenemos nada claro —repuso él con cierta indiferencia.

—Me alegro mucho de que os vaya tan bien.

—No podemos quejarnos. Hemos tenido suerte. —Se encogió de hombros.

Juls sabía que la suerte no tenía nada que ver en el éxito de su hermano. Eran el trabajo duro y la constancia.

Félix había sido un adolescente de lo más problemático que les había dado muchos quebraderos de cabeza a sus padres —al menos así lo contaban ellos—, ella era demasiado pequeña para acordarse. No acabó el instituto y se juntó con gente que no le convenía; terminó metido en multitud de embrollos y situaciones difíciles, llegando incluso a ser detenido en dos ocasiones. Gracias al cielo, poco después de cumplir los veinticinco, despertó de su letargo y comenzó a tomarse la vida en serio. Le había costado resurgir de sus cenizas, pero lo había conseguido a fuerza de tesón y voluntad.

—¿Has estado en casa de papá y mamá? —le preguntó él—. Yo hace un siglo que no voy.

—Sí, el fin de semana pasado fui a comer.

Comenzaron a hablar de sus padres y de lo felices que eran desde que se habían jubilado y podían hacer viajes. Después de eso, terminaron hablando de Rodrigo y sus sobrinos a los que hacía casi un año que no veían. Estaba previsto que este y su familia subieran a Madrid en Navidad.

—Venga, cuéntame eso de que has conocido a alguien, peque —dijo él, una vez que hubo dado cuenta de su copioso desayuno.

Pese a que no le gustaba demasiado que su hermano la llamara *peque* —aquello solía hacer que se sintiera como una niña desdentada y con coletas—, Juls sintió cómo su cara se iluminaba. Estaba ardiendo en deseos de contarle cómo había conocido a Jorge y, durante la siguiente media hora, se explayó hablando de los días que había pasado en Benidorm y de su recién nacida relación a distancia.

—No profundices en lo del sexo telefónico —le dijo él, alzando una mano con tono de guasa—. Me cuesta aceptar que mi hermana pequeña no sea virgen, no necesito saber los detalles.

—No pensaba contártelos, idiota.

Él le tiró una miga de pan que ella esquivó con rapidez.

—¿Él está igual de colado que tú?

—¿Crees que estoy muy colada? —le preguntó, apoyando los codos sobre la mesa y echándose hacia delante.

—¿El cielo es azul?

Ella arrugó la nariz.

Sí, lo admitía. Estaba completamente loca por él.

Pero Jorge también estaba igual de loco por ella, ¿no?

—¿Va a venir a verte, entonces?

—La semana que viene.

«¡Cinco días!», gritó una voz eufórica en su cabeza. En cinco días podría verle de nuevo.

—Tendrá que pasar mi filtro.

Juls arqueó ambas cejas con exageración.

—¿Tu filtro? ¿Acaso tú me consultas cuando conoces a alguien?

—Es diferente. Yo soy el mayor. Y el más sabio.

Juls resopló con fingida indignación. Cogió su servilleta, hizo una bola y se la arrojó. Él la atrapó al vuelo.

—Sinceramente —dijo ella—. No me fío de tu buen juicio. Si tuvieras criterio tendrías pareja y sé, de buena tinta, que estás muy soltero.

—Y pretendo seguir así. Todavía no ha nacido ni el hombre ni la mujer que consigan que yo desee comprometerme y tener algo serio.

—¡Qué arrogante eres! Ya verás cuando te enamores, vas a caer en picado.

Él dejó escapar una risa cargada de cinismo.

—Nunca —sentenció con firmeza, aunque sus ojos refulgían con humor—. Y dime, ¿no tienes ninguna foto de esa maravilla de hombre que te hace suspirar? —Cambió de tema.

Juls se apresuró a desbloquear el móvil y buscar las fotos que se había hecho junto a Jorge. Había muchas. Se detuvo en una en la que estaba él solo, mirando a la cámara y sonriendo de ese modo que a ella tanto le gustaba. Le tendió el móvil a su hermano y aguardó con la respiración contenida.

Félix puso cara de póker y en un primer momento no dijo ni una palabra.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¡Di algo!

—Bueno, pues, no sé…

—¿Cómo? ¿Eso es todo?

Él se rio estentóreamente.

—¡Qué tontita eres! Reconozco que no está mal.

—¡¿Que no está mal?! —Le arrebató el teléfono—. ¡Está muy bueno! Mírale. Es guapísimo.

—No es mi tipo. Me van más los rubios, ya sabes —dijo con un guiño.

Ella elevó los ojos al techo y no le hizo caso. Se concentró en la foto y suspiró. Jorge estaba muy atractivo en ella. Mucho. La amplió y se centró en sus labios tan eróticos.

«Ayyy…».

De pronto, se dio cuenta de que no había respondido a su mensaje de antes. ¡Mierda! Accedió a la aplicación y leyó el texto de nuevo: *Mira lo que hago los domingos por la mañana. A que soy dulce?* Y la foto con el corazón de mermelada de fresa.

—Me tengo que ir.

La voz de su hermano la sorprendió. Le miró distraída.

—Oh, vale.

—Pago yo, que sé que eres pobre —dijo con un matiz burlón.

No replicó. Félix siempre era muy generoso con ella. Le vio dejar un billete sobre la mesa y ponerse de pie.

—¿Te quedas?

—No, no —murmuró, y se levantó también—. Pero espera un momento.

Cogió una servilleta del servilletero e introdujo la cucharilla en los restos de su taza de café y, con la humedad que se desprendía de ella, dibujó sobre la superficie de papel dos jotas unidas por un corazón. Acto seguido, sacó él móvil y le hizo una foto. Se apresuró a redactar un texto al que adjuntó la imagen.

Juls: Sí, eres muy dulce. Perdona por la demora.

—¿Qué haces? —le preguntó él con tono extrañado.

—Pagando una deuda —le respondió.

—¡Por favor! —exclamó él, cogiendo la servilleta y girándola para ver lo que había

escrito—. Esto es lo más cursi que he visto en mi vida.

Quizá sí era cursi. O una tontería. O un gesto sin sentido.

Pero cuando solo unos segundos después llegó la respuesta le dio igual lo que fuera o lo que pareciese.

Se le escapó una risa feliz.

Jorge: Yo te espero siempre, preciosa.

Capítulo 18

Jorge

—En serio, cuando le enseñé tu foto a mi hermano me dijo que no estabas mal, aunque prefiere los rubios. Félix es muy exigente, así que supongo que has pasado su filtro.

Jorge se rio entre dientes.

—Es bueno saberlo. No querría enfrentarme a él jamás.

Ella le había enviado una foto de su hermano que él tenía abierta en otra pestaña y debía de reconocer que su aspecto fiero imponía.

—Es un trozo de pan —continuó Juls al otro lado de la pantalla—. No te dejes guiar por las apariencias. Bueno, es cierto que si me haces daño te arrancará el corazón y lo arrojará a un vertedero. Pero de buen rollo.

Volvió a reírse. No por lo que ella decía sino por cómo lo hacía, con la nariz arrugada y la boca combada en una amplia sonrisa.

—Qué suerte tienes de tener un hermano así. Si tú te portases mal conmigo, los míos probablemente se pondrían de tu parte.

—No lo creo. Diego tiene pinta de ser el típico hermano mayor muy protector.

No tuvo tiempo de contestar. Una presencia a su espalda se lo impidió.

—¡Hola, Juls!

Era Erika, que se abalanzó sobre el respaldo del sofá en el que estaba sentado y apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Hola Erika —la saludó Juls.

—¿Te has enterado ya de que ahora eres mi única cuñada?

Jorge puso los ojos en blanco.

—Tenemos cosas más importantes de qué hablar, ¿sabes?

—Lukas y Eva han cortado —siguió hablando Erika sin hacerle caso—. Tenemos drama familiar.

—Oh, lo siento —dijo Juls—. Llevaban mucho tiempo juntos, ¿no?

—Dos años. Lukas está hecho polvo.

—No me extraña.

—Aunque ha sido de mutuo acuerdo.

—Oye, si queréis os dejo solas —intervino Jorge.

—Por mí, vale. ¡Un momento! —exclamó Erika repentinamente. Rodeó el sofá y se dejó caer al lado de Jorge. Señalaba con apremio la parte derecha de la pantalla—. ¿Quién es ese?

—El hermano de Juls.

—Muero —murmuró—. ¿Puedes ampliarla?

Jorge lo hizo con un gesto exasperado mientras la miraba de reojo. Contemplaba la foto con la mandíbula desencajada.

—Creo que Erika acaba de sufrir un ataque o algo al ver a tu hermano —le dijo a Juls, cuya imagen se mostraba en una ventanita pequeña en la parte inferior de la pantalla.

—Necesito que me lo presentes. Es absolutamente necesario e imprescindible —pidió la rubia—. ¿Está soltero?

Juls se rio con ganas.

—Está soltero y creo que pretende estarlo hasta el fin de los días.

—Yo puedo hacer que cambie de opinión —aseveró Erika con mucha seguridad—. Este hombre es para mí. Lo presiento.

—Creía que estabas saliendo con alguien.

—Ya no. Rompí con él hace semanas Estoy soltera. Pásale mi número de teléfono a tu hermano. ¿Cómo se llama?

—Félix.

—Oh, Félix y Erika. Suena genial.

—Es un poco mayor para ti.

Ella alzó una ceja en actitud interrogadora.

—Tiene treinta y cinco —continuó Juls.

—Ideal. Me ponen los hombres mayores.

—Eso no necesito saberlo, de verdad —se inmiscuyó Jorge con un suspiro. Luego le dio un codazo—. Márchate ya, anda, y déjame tener una conversación con Juls.

—Estás en el salón. Es zona común. Yo puedo estar aquí —protestó.

Jorge se incorporó con rapidez. Cargando con el portátil, se encaminó a la que durante unos años fue su habitación y que ahora se usaba como despacho.

—¡Pídele el teléfono de su hermano a Juls! —La escuchó gritar antes de encerrarse en el cuarto.

Echó el cerrojo, por si acaso.

—No sabía lo de Lukas. Qué putada —comentó Juls.

Él tomó asiento en el sofá cama que había bajo la ventana y se colocó el ordenador sobre las rodillas. Luego hizo desaparecer la foto de Félix para que fuera el rostro de Juls el que llenase la pantalla.

—Está jodido, pero se le pasará —suspiró—. Todos hemos pasado por algo así alguna vez y hemos sobrevivido. Y nos tiene a nosotros. Por eso estoy en casa de mis padres. Hemos venido a cenar para subirle el ánimo un poco y de paso celebramos el cumple de Diego.

—Y luego dices que si yo me portase mal contigo tus hermanos se pondrían de mi parte. Mentiroso —resopló.

—A ver, es que tú eres encantadora. Mucho más que yo. Yo no tengo esa nariz respingona y esa carita de ángel —dijo con voz de falsete.

—Pfff… Eres un adulador.

—Quizá es que te mereces que te adulen.

—¿Tú crees?

—Pienso que sí —lo dijo con los ojos entrecerrados.

—Si pones esa cara no sé si eres un adulador o un pervertido.

—Si fuera un pervertido, te diría que te quitases la camiseta ahora mismo.

—¡Pero si ya lo has hecho en otras ocasiones! —Una risa cantarina brotó de su garganta.

—¿En serio soy así de vicioso?

—Sí.

—Vaya.

—Que conste que me gusta cómo eres.

—¿Aunque te pida que te quites la camiseta?

Ella asintió.

—Aunque me pidas que me quite la camiseta…

Jorge se humedeció el labio inferior con deliberada parsimonia, regodeándose en la

expresión excitada del rostro de Juls.

—Anda, Jorge —ronroneó ella y se acercó más a la cámara—, quítate tú la camiseta…

—Hablando de pervertidos…

No pudo continuar porque unos fuertes golpes en la puerta se lo impidieron.

—¡Joder! ¿Quién eres y qué narices quieres? —gritó.

—¡Te estamos esperando en el salón para echar una de Trivial! —Se escuchó la voz amortiguada de su hermano pequeño a través de la hoja de madera.

Jorge se llevó las manos a la cara y se la cubrió con ellas al tiempo que emitía un gemido cargado de frustración. De fondo, pudo oír la risa de Juls.

—Creo que esta noche no es nuestra noche —dijo ella.

—Creo que no —suspiró.

—Anda, desconecta y cumple tu labor como hermano mayor. Y felicita a Diego de mi parte.

—Lo haré, pero quiero que sepas que mientras me esté jugando un quesito solo voy a poder pensar en ti sin camiseta.

Ella se rio.

—Espera que te doy un adelanto.

Nada más decir aquello, se subió la camisa a toda velocidad y le mostró los pechos, pero antes de que él hubiera podido reaccionar se la había vuelto a bajar, cubriéndose.

—¿En serio… no llevas sujetador? —gruñó él

—Claro que no. Pensaba que esta noche tocaba sexo telefónico.

—¡Mierda! ¡Puta vida!

Juls volvió a reírse.

Él hizo un gesto exagerado, colocándose el pantalón.

—¿Tenías una erección? —se burló ella.

—Completa no, pero iba por buen camino.

—Pásalo bien jugando al Trivial.

—¡Qué cabrona eres!

Después de eso ambos guardaron silencio y la risa que habían compartido fue suavizándose hasta que se convirtió en sonrisa.

—No me apetece nada despedirme de ti —admitió él, apoyando la espalda en el sofá y estirando las piernas.

—Solo quedan dos días.

—Quiero que sea viernes ya.

Su autobús llegaba a Madrid el viernes a las cuatro y media de la tarde. Después de hablarlo, habían convenido que él dejara su coche en Benidorm porque los problemas de aparcamiento en la capital eran un engorro. Y pensaba quedarse hasta el miércoles.

Cinco días con ella.

Se le encogía el estómago de anticipación cada vez que pensaba en ello.

—Yo también.

—Creo que lo primero que voy a hacer cuando te vea es enterrar la cara en tu cuello y aspirarte hasta que desaparezcas dentro de mí. Echo de menos tu olor. Te echo de menos a ti.

A veces, cuando imaginaba que la tenía entre sus brazos, ese sutil aroma a mandarina que ya había olido otras veces en ella le explotaba en el cerebro. Hacía unos días había pasado por una perfumería y había buscado el gel que sabía que usaba —ella le había mencionado la marca cuando él le dijo que le gustaba su olor— y lo había olisqueado. Pese a que el aroma era similar,

faltaba algo en la ecuación.

Faltaba su piel.

—Yo también te echo de menos, Jorge —musitó ella con la voz quebrada—. Mucho.

El calor le invadió al escucharla.

Aquello era una completa locura. En toda su vida se habría podido imaginar estar tan colgado por una mujer.

Había algo muy especial entre ellos. Y el hecho de que pudiera utilizar la palabra *especial* cuando se refería a ambos era muy significativo. Respecto a la otra palabra, esa que empezaba por A y que nunca había usado con ninguna de sus parejas anteriores porque jamás había sentido una conexión semejante, ahí estaba también, tremenda y poderosa, aunque todavía no se atrevía a completar las cuatro letras que la componían en voz alta. ¿No era demasiado pronto? Solo se conocían desde hacía mes y medio y, en realidad, apenas se habían visto durante un par de semanas.

Amor.

Ahí estaba.

Cada vez que miraba a Juls y cada vez que ella le miraba a él a través de esa pantalla que se había convertido en todo su mundo, Jorge podía sentirlo.

Amor.

Intenso y avasallador.

Carraspeó y se centró de nuevo en Juls que parecía igual de ensimismada que él mismo.

—Tengo una canción —le dijo para romper el extraño estado de ánimo en el que habían caído los dos.

Ella aclaró la vista y le miró con curiosidad.

—¿Cuál?

—Espera. Te va a encantar.

Era algo que solían hacer: intercambiar canciones. Hacía días que esa le rondaba por la cabeza y quería compartirla con ella. Buscó el enlace en YouTube y se lo envió.

Era *Nothing's gonna stop us now* de Starship. Una balada ochentera, cuya letra era de lo más romántico.

Una sonrisa tonta se dibujó en sus labios mientras observaba cómo ella la reproducía y bajaba los párpados, moviéndose al ritmo de la melodía. Él mismo la fue tarareando en susurros. Juls alzó la cara y le dirigió una sonrisa inmensa al escucharle cantar.

—No puedes evitarlo. Te encantan todas estas pasteladas, eh…

Él soltó una risita entre dientes.

—Es muy nosotros, ¿no?

—Sí, sobre todo cuando dice eso de *Want so much to give you this love in my heart that I'm feeling for you…*[22]

Se encogió de hombros y fingió desenfado. Quizá no se atrevía a decir en voz alta lo que sentía por ella, pero sus intenciones quedaban claras con esa canción, ¿no?

—Confiesa que a ti también te gustan estas chorradas.

—Lo confieso —admitió ella. Un suave rubor había cubierto sus mejillas—. Voy a contar las horas hasta el viernes a las cuatro y media —añadió.

—¿Quién es la ñoña ahora? —inquirió él con tono afectuoso.

—Y voy a ponerme esta canción como tono de llamada en el móvil.

—Me parece muy buena idea.

Alguien llamó a la puerta con insistencia, interrumpiéndolos.

—¡Jorge! ¿Sales ya? —Era Lukas, de nuevo.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Ya voy! —gritó—. Me tengo que ir, Juls, pero mañana hablamos.

—Sin problema. Dale un beso a tu hermano de mi parte. Bueno, a todos.

—Lo haré. Sueña conmigo, preciosa.

—Lo intentaré —dijo con una risa sugerente.

—Capulla —murmuró antes de desconectarse.

Cerró la tapa del portátil y lo dejó a su lado sobre el sofá. Luego se puso de pie y se acercó a la ventana. A lo lejos, en la oscuridad de la noche, destacaban los pequeños y numerosos puntos luminosos contra el cielo.

Las luces de la ciudad.

Las ignoró y se centró en su imagen, que se reflejaba en el negro cristal. Sus ojos parecían ansiosos y una expresión febril se mostraba en su semblante. ¡Dios! Tenía muchísimas ganas de volver a verla; la espera le estaba resultando agónica.

Se sacó el móvil del bolsillo y buscó el tema de Starship. No tardó en encontrarlo. Lo descargó, lo estableció como tono de llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Ya está —dijo con tono risueño—. Ya eres el tío más cursi del universo.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su cara.

Capítulo 19

Juls

Cuando el autobús proveniente de Benidorm entró en la dársena, Juls, incapaz de mantenerse quieta, se acercó al cristal que separaba la sala de espera del área de llegadas y trató de encontrar a Jorge entre las personas que descendían del vehículo. El corazón se le disparó cuando vio a un hombre alto y musculoso de espaldas. Llevaba una cazadora de cuero negro y tenía el cabello castaño claro. Pero cuando el individuo se dio la vuelta se dio cuenta de que no era él.

Fue paseando la vista por todos los pasajeros que accedían al interior de la estación cargados con maletas; muchos de ellos eran recibidos con abrazos y besos afectuosos y alguna que otra exclamación sorprendida.

Sonrió. Saber que ella misma estaba a punto de poder abrazarle y besarle la llenaba de entusiasmo.

Pronto, el flujo de viajeros que se reunían con su familiares o amigos se hizo escaso y, solo unos minutos después, nadie más atravesó las puertas de acceso. Juls, algo inquieta, se abrió paso entre la gente y volvió al cristal para escudriñar el exterior. No había más personas junto al autobús, solo el conductor que hablaba con un guardia de seguridad.

¿Se habría equivocado de hora?

Imposible.

Se sacó el teléfono del bolsillo y revisó sus wasaps. En uno de ellos, Jorge le confirmaba la hora de llegada. Las cuatro y media de ese viernes.

A lo mejor había algún otro autobús.

Vio que el conductor se encaminaba al interior de la sala y se acercó a él deprisa.

—Disculpe, ¿hay más autobuses que lleguen desde Benidorm hoy?

—Sí, seis más. El siguiente, a las nueve menos diez.

—No, me refiero a las cuatro y media.

—No. Este es el único.

—Ah, pues muchas gracias.

Con perplejidad, se alejó y tomó asiento en una de las sillas. Frunció el ceño. Quizá Jorge se había demorado y había perdido el autobús, se dijo. Pero, entonces, ¿por qué no la había avisado? No entendía nada.

Desbloqueó el móvil y le llamó.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.

Quizá se había quedado sin batería.

Accedió a la aplicación de mensajes y comprobó que su última conexión era de esa misma mañana, cuando intercambiaron un par de textos dándose los buenos días.

Tecleó con rapidez.

Has perdido el bus?

El bullicio de la gente a su alrededor le resultaba molesto, así que se puso de pie y se alejó camino de las escaleras mecánicas que conducían a la planta superior.

Volvió a llamarle con el mismo resultado que antes.

No sabía qué hacer.

¿Quedarse en la estación y seguir esperando hasta el siguiente autobús que llegaba a las

nueve menos diez?

Aquello no tenía mucho sentido.

Salió a la calle y unas cuantas gotas de lluvia golpearon su cara. Maldijo en silencio. Había olvidado que estaba lloviendo. Sacó el paraguas plegable de su bolso y lo abrió, resguardándose debajo. Con la mirada extraviada en el fluido tráfico que circulaba por la avenida, le llamó de nuevo.

Nada.

Y el wasap que acababa de enviarle tampoco mostraba la doble notificación en azul. Él ni siquiera lo había visto.

No obstante, le envió otro más.

Estoy un poco preocupada. Llámame cuando puedas.

Comenzó a pasear arriba y abajo por la empapada acera. Estúpidamente, no se atrevía a alejarse demasiado de la estación de autobuses por si acaso él…

¿Qué?

¿Aparecía por arte de magia delante de ella?

Era obvio que no había cogido el autobús de las cuatro y media. Y no había otro hasta dentro de cuatro horas. Y tampoco tenía garantías de que Jorge fuera en él.

Marcó su número de nuevo.

La tonta locución volvió a penetrarle en los oídos.

—¡Mierda!

Estaba desconcertada.

Quizá le había pasado algo…

«No seas tan dramática. Quizá ha perdido el bus y se ha quedado sin batería en el móvil y no ha podido avisarte. Es probable que llegue en el siguiente».

Sí, debía de ser eso.

No iba a ponerse histérica ni a hacer cábalas.

Lo mejor sería alejarse de la lluvia y esperarle dentro. No ganaba nada quedándose allí en medio de la calle, expuesta a los elementos. Retornó al interior y se encaminó a la zona de restauración. Uno de los locales era una cafetería con autoservicio en la que había varias mesas libres. Se hizo con un capuchino y tomó asiento en una de ellas, una que estaba frente al ventanal que daba a la calle. No había mucha gente en el exterior, pese a que era pronto. Quizá debido a la lluvia.

Trató de distraerse contestando unos cuantos correos electrónicos y navegando por sus redes sociales. En un fútil intento de averiguar algo más sobre Jorge, accedió también a las de él, pero no halló nada. La última publicación de su cuenta de Instagram era de hacía días, una foto de un grupo de alumnos antes de una inmersión en el mar.

Volvió a llamarle unas cuantas veces más.

De nuevo la locución.

Jamás una tarde había pasado tan despacio. Las manillas del reloj que había colgado de la pared detrás de la barra parecían suspendidas en el tiempo, como si estuvieran hechizadas y avanzasen a una velocidad infinitamente inferior a la habitual. Las personas llegaban, ocupaban las mesas durante un rato y luego se marchaban, cediendo su espacio a otras. El ocaso convirtió el cielo en un lienzo azul marino carente de estrellas y cubierto de nubes informes que no dejaban de arrojar litros y litros de agua. Su capuchino se convirtió en dos más y la batería de su móvil comenzó a peligrar ya que lo desbloqueaba frecuentemente para ver si él había leído sus wasaps.

No lo había hecho.

Su ansiedad fue creciendo exponencialmente.

No era fácil mantener la calma cuando toda la incertidumbre del mundo se manifestaba dentro de ella.

De repente, recordó que quizá Mariu tuviera el número de teléfono de Dani, pero cuando consiguió contactar con ella, esta le dijo que no lo tenía, que lo había eliminado cuando llegó a Madrid. No quiso darle demasiadas explicaciones y cortó la comunicación, prometiendo llamarla al día siguiente.

Su imaginación no tardó en comenzar a jugarle malas pasadas y a poner todo tipo de ideas en su cabeza. Quizá Jorge había decidido hacerle *ghosting* porque estaba harto de ella. Aunque aquello no tenía mucho sentido, ¿no? Desde el mismo instante en que abandonó Benidorm y regresó a Madrid, cada vez que hablaban o se enviaban mensajes, el entusiasmo de él era flagrante. Juls hubiera podido jurar que estaba tan comprometido con esa relación como ella.

Tenía que haber pasado algo grande para que él se comportase así.

No podía ser de otra manera, se dijo con convicción.

Sus ojos volvieron a centrarse en el reloj de la pared. Eran las ocho y media.

Lentamente, recogió sus cosas y abandonó la cafetería. Esquivó a un grupo de viajeros que parecían un poco perdidos y se encaminó a las escaleras mecánicas. En la planta baja, se aproximó a uno de los paneles que mostraban los horarios de llegadas y salidas y comprobó el número de dársena por la que iba a llegar el siguiente autobús con origen Benidorm.

Inquieta, paseó de un extremo al otro de la larga construcción sin fijarse apenas en las personas con las que se cruzaba. Miraba la hora en la pantalla de su móvil cada cinco minutos.

A las nueve menos cuarto se apostó frente a las puertas de cristal y aguardó con los nervios a flor de piel.

El autobús no tardó en llegar y aparcar en el mismo lugar en el que lo había hecho el de las cuatro y media. Y al igual que hacía unas horas, los pasajeros descendieron y se aproximaron a la trampilla lateral para recoger su equipaje. La mirada de Juls voló de uno a otro, tratando de encontrar su figura alta entre todos ellos.

Jorge tenía que estar en ese autobús.

Tenía que estar.

Apenas se dio cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos debido a la ansiedad.

Pronto, todos los viajeros, cargados con bolsas y maletas, habían atravesado las puertas, accediendo al interior.

Jorge no estaba entre ellos.

Juls bajó los párpados y comenzó a menear la cabeza.

No entendía nada.

Volvió a llamarle.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento.

¡Mierda!

Pero ¿qué narices estaba pasando?

Quizá en el siguiente autobús…

«¡No! Deja de decirte gilipolleces a ti misma. No va a llegar en el próximo autobús. O ha pasado de ti o le ha sucedido algo. Sé realista».

Echó a andar casi por inercia y subió al piso superior. Sus pasos la llevaron hasta la

salida. Seguía cayendo agua del cielo, aunque la lluvia había rebajado su intensidad. Abrió el paraguas y se alejó unos pasos de la edificación.

¿Cómo podía averiguar qué estaba ocurriendo? No tenía el teléfono de ninguno de sus hermanos o amigos, aunque a lo mejor podía localizarlos a través de las redes sociales, ¿no?

En ese instante, su móvil comenzó a sonar.

«¡Es él!»

Presa de la agitación y con dedos temblorosos, se sacó el aparato del bolsillo.

El nombre de su hermano destacaba en la pantalla.

Ahogó el gemido frustrado que estuvo a punto de abandonar su boca y aceptó la llamada.

—Hola, Félix —respondió.

—Juls, ¿dónde estás?

El tono serio de su voz la llevó a detenerse en medio de la acera.

—¿Pasa algo?

Félix tardó unos segundos en responder.

—Es papá… Ha sufrido un infarto.

El estómago le dio un potente vuelco.

—¿Có… cómo?

—Me acaba de llamar mamá. Le han llevado a La Paz. ¿Estás en casa? Voy a buscarte.

—Pero…, pero… ¿está bien? —tartamudeó.

—No sé mucho, Juls. Mamá apenas podía hablar. Voy de camino hacia tu casa. Llegaré en quince minutos.

—Vale, vale. Te… te espero en la puerta.

La comunicación se cortó.

Juls cerró los ojos. Se le había instalado un sonoro zumbido en los oídos y sentía una enorme opresión en el pecho.

¿Su padre había tenido un infarto?

¡¿Cómo era posible?! ¡Pero si había estado con él solo hacía cinco días y estaba estupendo! ¡No podía ser cierto! Su padre tenía mucha vitalidad y se cuidaba muchísimo. No fumaba, no bebía y hacía deporte. Era el epítome de la vida sana…

¿Y su madre? ¿Cómo estaría su madre?

Muy nerviosa, echó a andar deprisa, esquivando charcos y a otros transeúntes que se cruzaron con ella. Su piso quedaba cerca de la estación de autobuses.

Por el momento, se olvidó de Jorge.

Capítulo 20

Jorge

Pese a que sentía los párpados pesados, abrió los ojos, pero la luz proveniente de la ventana que tenía a su izquierda le resultó muy molesta y volvió a cerrarlos.

Le dolía mucho la cabeza. Era como si un tamborilero se hubiera establecido dentro de su cerebro y estuviera practicando su solo de tambor con potencia y entusiasmo. También tenía la boca pastosa y la lengua pegada al paladar. Necesitaba beber algo. Y su vejiga estaba a reventar. Quería ir al baño.

Un olor a desinfectante, antiséptico, alcohol y algo más indefinido le entró por la nariz. Era un olor que no le resultaba del todo desconocido, aunque tardó en asociarlo con nada.

Olía a hospital.

¿Estaba en un hospital?

Trató de abrir los ojos de nuevo, pero el esfuerzo fue demasiado grande y desistió.

A través de la niebla que cubría sus sentidos, escuchó una voz grave.

—¿Cómo estás?

Pestañeó unas cuantas veces y trató de enfocar. Era curioso, pero ahora la habitación estaba sumida en penumbra y solo una suave luz proveniente de la cabecera de su ortopédica cama iluminaba el cuarto. Miró por la ventana. Era de noche. Extraño. Solo hacía unos minutos la luz del día había entrado por ese cristal. ¿O habían pasado horas?

—¿Cómo te encuentras?

La pregunta llegó de nuevo. Provenía de un hombre de mediana edad con el pelo gris y gafas con montura metálica. Llevaba un pijama azul y una bata blanca. Se erguía a los pies de la cama.

Un médico.

—Me… duele mucho… la cabeza —articuló—. Como si me fuera a estallar.

—Es normal. Ahora viene la enfermera y te administra algo para eso. Soy el doctor Quesada.

Tragó saliva con dificultad. De alguna manera le molestaba el tono paternalista que estaba empleando el médico para hablar con él, pero se sentía demasiado débil para protestar.

—Jorge.

Una figura alta emergió de la oscuridad y se plantó a su lado.

Clavó los ojos en el rostro de su padre. La ansiedad le borraba la expresión afable que siempre llevaba en el semblante. Nunca le había visto tan preocupado.

—Hola, papá… —murmuró.

Tony Alba suspiró y una trémula sonrisa acudió a sus labios.

—¿Estoy… en un hospital? ¿Por qué?

—¿Recuerdas el accidente? —Era la voz del doctor.

¿Accidente? ¿Qué accidente?

Frunció el ceño e intentó traer a su memoria aquel recuerdo, pero ante él solo se mostraba un vacío negro y desolador. Cerró los ojos y se forzó a pensar, pero una sensación de angustia se le concentró en el estómago.

—¿Accidente…? No… lo recuerdo. ¿Qué… ha pasado?

—No pasa nada. No te preocupes —le aseguró el médico—. ¿Recuerdas la conversación que hemos tenido esta mañana?

—Eh… ¿esta mañana? —La confusión le invadió.

—Esta mañana te hemos despertado y hemos intercambiado unas frases, pero no pasa nada si no lo recuerdas. Estabas muy desorientado.

—¿Despertado?

Cuanto más hablaba el doctor Quesada más desconcertado se hallaba. ¿Despertado? ¿Cómo que despertado? ¿Cuántos días llevaba allí?

En ese instante, una enfermera accedió a la habitación y el médico se giró y le dijo algo que Jorge no logró entender. Ella abandonó el cuarto.

—Tuviste un accidente de tráfico —continuó el galeno, dirigiéndose a él—. Sufriste una lesión en el cráneo. Te hemos mantenido en coma inducido unos días para darle tiempo a tu cerebro a que se cure mientras la inflamación disminuye.

Jorge se había perdido en la explicación. Solo las primeras palabras resonaban en su cabeza: *Accidente de tráfico*. ¿Qué había sucedido?

La enfermera regresó y se acercó al gotero. Inyectó algo en él mientras hablaba en voz baja con el médico.

—Estamos muy contentos de que te hayas recuperado, Jorge —intervino su padre—. Estamos todos aquí. Los demás están fuera, esperando. Tienen muchas ganas de verte.

—Eh… vale. ¿Todos?

—Mamá y tus hermanos.

—¿Y Claudia?

Su padre le miró de un modo extraño.

—¿Claudia?

—¿Está bien ella?

—Eh… supongo que sí.

—¿No iba ella conmigo en el coche cuando el accidente?

—No. Tú no conducías. Te atropelló un coche… —El tono de voz de su padre era crudo. Le lanzó una peculiar mirada al doctor que Jorge no se detuvo a analizar.

¿Un atropello? No recordaba nada en absoluto.

—¿Claudia no ha… venido a… visitarme?

No sabía qué era lo que le había puesto la enfermera en el suero, pero su dolor de cabeza iba disminuyendo y comenzaba a encontrarse muy somnoliento.

—Jorge, ¿qué es lo último que recuerdas? —La cara del doctor apareció en su campo de visión. Tenía la frente arrugada como si estuviera preocupado.

—Eh… Que volvía de Londres con mis amigos. Claudia, mi novia —aclaró—, me estaba esperando en el aeropuerto y fuimos al parking a buscar el coche… Después de eso nada más.

Una exclamación ahogada brotó de la boca de Tony Alba.

—Doctor, usted dijo que todo iba muy bien. Ese viaje a Londres del que habla ocurrió hace tiempo. —El apremio fue claramente apreciable en su voz.

—Una lesión cerebral no es como un hueso roto, señor Alba. El cerebro es menos previsible. A veces, según como el tejido inflamado presione contra el cráneo puede provocar cierta discapacidad.

—¿Discapacidad?

Jorge podía escuchar las palabras con claridad, pero sentía como si todo aquello no fuera con él, como si la escena estuviera transcurriendo en paralelo y él fuese un mero espectador. No

se veía capacitado para seguir aquella conversación. Estaba exhausto.

—Aunque está despierto, la inflamación puede originar confusión, pérdida de memoria y cambios de humor erráticos, pero es normal —prosiguió el médico.

—¿Normal?

Jorge cerró los ojos.

Lo más importante era que Claudia estaba bien.

Capítulo 21

Juls

Salió al pasillo y cruzó la mirada con la mujer que se apoyaba en la pared al lado de la puerta. Se llamaba Andrea y era la hermana de la paciente que se encontraba ingresada en la habitación contigua a la de su padre. Habían hablado en unas cuantas ocasiones.

—¿Hoy le dan el alta a tu padre?

—Pues no lo sabemos. Le han hecho nuevas pruebas esta mañana y estamos esperando los resultados. Ojalá —suspiró—. Ya estamos cansados de estar aquí. Y Silvia, ¿cómo está?

—Pues parece que bien. No muestra rechazo.

Silvia era la hermana gemela de Andrea. Le habían trasplantado un nuevo corazón.

—Me alegro mucho. Es fantástico. Seguro que dentro de poco os mandan para casa. —Señaló hacia el fondo—. Voy a la máquina a por una botella de agua. ¿Te traigo algo?

—No. No. Muchas gracias.

Juls se despidió y se encaminó hacia la sala de espera que había al final del corredor, donde se encontraba la máquina expendedora. Avanzó por el pasillo bordeado por numerosas habitaciones, sin dirigir la mirada a ninguna en especial. Conocía la mayoría de las historias que se gestaban detrás de aquellas puertas. Llevaba ya demasiado tiempo en esa planta del hospital.

Veinticuatro días.

Hacía tres semanas que le habían practicado una cirugía de bypass de la arteria coronaria a su padre y llevaba desde entonces en observación debido a unas pequeñas complicaciones. No obstante, según les había confirmado su cardiólogo el día anterior, era cuestión de pocos días que le dieran el alta. Quizá, con suerte, en unas horas.

Sacó una botella de agua de la máquina y tomó asiento en una de las sillas. La abrió y bebió de ella con avidez. Le rugieron las tripas y volvió a dar unos tragos de agua para engañar al hambre. Hacía unas horas que había bajado a la cafetería a desayunar, pero no había comido, solo tomó un café. Ahora se arrepentía de no haber ingerido nada sólido.

La sala estaba vacía, algo habitual a esa hora de la mañana ya que todavía no había comenzado el horario de visitas. Las paredes estaban pintadas en un discreto color beige y los suelos eran de linóleo azul. Los fluorescentes del techo emitían una desagradable luz mortecina y no había ventanas que diesen a la calle.

Miró la pantalla de su móvil y comprobó que ya eran las diez. Su madre no tardaría en llegar.

Durante los primeros días, había insistido en estar las veinticuatro horas junto a su marido en el hospital, pero Félix y ella habían logrado convencerla para hacer turnos. Ellos dos se encargaron de las noches, dejando que ella se quedara por el día. Su hermano Rodrigo también había subido desde Sevilla, pero solo había podido quedarse unos días. Cuando se aseguró de que su padre estaba fuera de peligro, regresó a su trabajo.

Juls se estiró e hizo girar la cabeza a un lado y al otro, desentumeciendo los músculos de los hombros y la espalda. Dormir en un hospital público como acompañante era una de las peores cosas que podían pasarle a alguien. Solo había un duro sillón reclinable junto a la cama del enfermo. Uno podía intentar dormitar un par de horas, pero la postura era tan incómoda que no se descansaba ni un ápice.

Cruzó los dedos y rogó por que le diesen el alta a su padre.

Volteó el móvil entre sus manos, pensativa, antes de acceder a su cuenta de Instagram con ansiedad.

No era la primera vez que lo hacía ese día. De hecho, lo hacía cientos de veces todos los días, desde que localizó la cuenta de Erika y le dejó un mensaje.

Resopló frustrada al ver que todavía no lo había leído.

Pese a que el estado de salud de su padre no dejaba espacio para estar pendiente de muchas más cosas, la ausencia de información de Jorge seguía siendo su otra principal preocupación. Después de tantos días sin que él hubiera dado señales de vida, estaba plenamente convencida de que algo malo había tenido que sucederle. Ni por un segundo creía que estuviera ignorándola a propósito. Aquel no era su estilo.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared al tiempo que cerraba los ojos. Sentía un dolor sordo en el pecho que se hacía cada vez más profundo cuanto más pensaba en él.

El móvil comenzó a sonar, sobresaltándola. Era la canción que Jorge había elegido para ella: *Nothing's gonna stop us now*, y una ola de profunda melancolía la embargó.

Le echó un rápido vistazo a la pantalla y vio el nombre de su amiga Mariu.

—Hola, Mariu.

—Hola bonita. ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Es probable que le den el alta hoy.

—Me alegro un montón. ¿Y de Jorge sabes algo?

Juls se llevó la mano a la frente y se la frotó ligeramente.

—Nada. Y su hermana ni siquiera ha visto el mensaje —suspiró.

—Joder, es que no se me ocurre cómo averiguar algo más. No recuerdo el nombre del hotel donde trabaja Dani ni cómo se llama la agencia inmobiliaria de Rafa.

Había mucha impotencia en la voz de su amiga. La misma que sentía ella.

—Ya. Yo tampoco. Erika es mi única oportunidad. No he conseguido averiguar nada más de sus otros hermanos. Deben de tener las cuentas privadas. Y tampoco sé cómo se llama la imprenta de su familia —dijo desilusionada—. Me estoy temiendo lo peor. Son muchos días ya… —se le rompió la voz.

—Joder, Juls, es que no sé qué decirte. La cosa no pinta bien.

—No. No pinta bien.

Notó cómo se le estrechaba la garganta y se le humedecían los ojos.

—Vaya incertidumbre —murmuró Mariu.

Eso era lo peor de todo: el no saber qué había pasado.

En ese instante, las puertas de uno de los ascensores que había frente a ella se abrieron, dejando vislumbrar la figura de su madre.

Carraspeó con fuerza y se enjugó los ojos a toda velocidad. Lo último que necesitaba su progenitora era verla en ese estado, así que se tragó su pena.

—Mariu, te tengo que dejar. Mi madre acaba de llegar —cuchicheó.

—Ya me dices, ¿vale?

—Claro. Un beso.

Cortó la comunicación y se puso de pie.

Araceli Arrieta no aparentaba más de sesenta años, pese a que había cumplido ya los setenta y dos. Quizá fuera por su aspecto esbelto o porque su cabello no mostraba apenas canas. Iba vestida con un pantalón negro, un abrigo de paño de color gris y un chal floreado que se enroscaba en su cuello. Se encaminó hacia su hija y la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué tal noche ha pasado? —Fue la primera pregunta que salió de su boca.

Juls la puso al día con rapidez

—Le he dejado discutiendo con Hipólito —concluyó.

Hipólito era el compañero de habitación de su padre. Llevaban ya dos semanas juntos y sus ideas políticas eran algo contradictorias. Gracias al cielo, ninguno de los dos era demasiado cabezón ni se exaltaba con facilidad.

—Voy a poner paz —dijo su madre con una sonrisa condescendiente—. Tienes cara de cansada —añadió, acariciándole la mejilla con suavidad—. ¿Por qué no te vas? Ya estoy yo aquí.

—Prefiero quedarme hasta que pase el médico, por si acaso le dan el alta.

—Pues baja a la cafetería y distráete un poco.

—Sí. Sí. Voy a hacerlo —aceptó.

Su madre se despidió de ella y se internó en el pasillo camino de la habitación de su marido.

Juls se quedó quieta durante unos segundos sin saber muy bien qué hacer. Todavía sentía esa pesadez que le provocaba la angustia de pensar en Jorge. Quizá no era una buena idea ir a la cafetería y estar rodeada de personas ruidosas. Aunque permanecer en esa solitaria y tristona sala de espera tampoco le apetecía demasiado.

La decisión le fue arrebatada de improviso cuando su móvil comenzó a sonar de nuevo.

¡Mierda! De nuevo *esa* canción. Tenía que haberla cambiado para no morirse de tristeza cada vez que alguien la llamaba.

Aceptó la llamada a toda velocidad sin detenerse a mirar el nombre en la pantalla.

—¿Qué tal noche ha pasado? —preguntó su hermano antes de que hubiera podido decir nada. Su voz cargada de energía y determinación le resultó reconfortante.

—Genial. Se durmió pronto y se ha despertado pronto también y de buen humor. Dice que tiene una corazonada y que sabe que hoy le van a dar el alta. Han venido a buscarle temprano para hacerle un electro y unos análisis y ahora estamos esperando a que pase el médico y nos diga.

—¿Está mamá?

—Acaba de llegar.

—¿Estás en la habitación?

—No. Estoy en la sala de espera. Iba a bajar ahora a la cafetería.

—Se te escucha desanimada, peque.

Suspiró. Su hermano siempre tan perspicaz.

—Estoy agotada. He dormido poco, la verdad. Estuve trabajando hasta la una de la mañana. Y cuando conseguí conciliar el sueño a eso de las dos o así, papá se puso a roncar en plan locomotora y me despertó. Solo he podido pegar ojo a ratitos.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Solo es eso? ¿Cansancio? ¿Sigues sin saber nada de ese chico?

Juls agarró el móvil con rigidez. Hacía días que había hablado con Félix del tema y había tratado de hacerlo sin dramatismos, sin mostrar lo preocupada que estaba, pero parecía que su hermano no se había tragado su fingida indiferencia.

—Sigo sin saber nada —admitió en un susurro.

—Joder, Juls, ¿por qué no hablas conmigo? Estoy aquí siempre.

—Lo sé —reconoció con un hilo de voz.

De pronto, solo tenía ganas de llorar. Llevaba demasiado tiempo haciéndose la fuerte para no resultar una carga para su familia en un momento tan delicado, y ya no podía más.

—Espérame abajo en la cafetería —dijo su hermano cortante—. Voy para allá.

—Pero Félix, tu trabajo…

—Puede sobrevivir unas horas sin mí —la interrumpió—. En treinta minutos estoy ahí.

La comunicación se cortó, pero Juls permaneció unos instantes más con el teléfono pegado a la oreja. Se encontraba dividida, una parte de ella deseaba el apoyo de Félix; necesitaba hablar con él y confesarle lo angustiada que estaba. Por otro lado, se sentía culpable por no haber sido capaz de controlar sus sentimientos y haber provocado que su hermano se preocupase por ella mientras que la situación familiar era tan compleja.

Las puertas del ascensor de la derecha se abrieron con un sonido chirriante y un celador con una silla de ruedas vacía salió de él. La saludó con una leve inclinación de cabeza a la que ella correspondió de igual modo.

Estaba a punto de guardarse el móvil en el bolso cuando un pitido le advirtió de una notificación. Casi con desidia, lo desbloqueó y echó un vistazo a la pantalla. En la parte superior aparecía el símbolo de Instagram. Accedió a la aplicación.

Era un mensaje privado de @ErikaAS.

Hola Juls.

Y debajo de ese simple saludo aparecía intermitente la palabra *Escribiendo.*

Las piernas le flojearon. Se dejó caer en una de las sillas con pesadez mientras sus ojos se adherían a la pantalla con intensidad.

Era probable que no hubieran pasado más de unos minutos hasta que llegó el resto del mensaje, pero a ella le pareció que pasaban horas.

Perdona que no te haya contestado antes, pero acabo de ver tu mensaje. La verdad es que los últimos días han sido complicados para mi familia. Hace unas semanas Jorge tuvo un accidente de tráfico y está en el hospital. Ha estado en coma, pero ya ha despertado. No te preocupes porque está bien.

Juls se llevó una mano al corazón que latía desbocado en su pecho. Estaba horrorizada. ¿Un accidente? ¿En coma? El mal presentimiento que había tenido a lo largo de las semanas se convertía en realidad.

La palabra *Escribiendo* volvió a aparecer.

Pásame tu número de teléfono y te llamo ahora y te cuento con más detalle.

Se apresuró a mandárselo. Estaba tan nerviosa que se equivocó en dos dígitos y tuvo que rectificar.

Aguardó unos segundos más, pero, aunque Erika había visto su último texto, ya no volvió a escribir.

Agitada, se puso de pie y comenzó a pasear por la vacía sala de espera, tratando de asimilar la información que acababa de recibir. Le temblaban las manos y un poco también las piernas y sus oídos albergaban un potente zumbido.

¡Jorge había tenido un accidente de tráfico y había estado en coma!

¡Dios Santo! ¿Cómo habría sucedido? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cuánto tiempo había estado en coma exactamente? ¿Había sufrido alguna secuela? Y si ya había despertado, como decía Erika, ¿contactaría con ella? ¿Tenía que quedarse mucho tiempo más en el hospital?

Su cabeza era un batiburrillo de preguntas sin respuesta.

—¿Juls?

Se giró y vio a su progenitora que la observaba con semblante preocupado.

—¿Estás bien, hija? Pareces al borde de un ataque de ansiedad.

Pestañeó un par de veces y trató de controlarse. Su madre no sabía nada de Jorge ni de

sus cuitas y quería que eso siguiera así.

—Estoy bien, mamá. Es solo que… acabo de hablar con mi editora y me ha reclamado unos artículos que todavía no he escrito… —mintió.

—Qué ganas tengo de que encuentres otro trabajo. Siempre estás agobiada —suspiró con pesadumbre—. Creía que ibas a bajar a la cafetería —añadió.

—Sí. Ya me voy. Félix viene para acá. Estaremos abajo. Avísanos cuando pase el médico.

—Sí, yo os aviso —repuso al tiempo que se encaminaba hacia el aseo que se hallaba en una esquina de la sala.

Juls se acercó a los ascensores y pulsó el botón. Sabía que su madre no había entrado al baño y que la estaba observando; podía sentir sus ojos sobre su espalda. Se mantuvo erguida y con una postura de fingido desenfado. En cuanto la puerta se abrió, se apresuró a acceder al interior de la cabina y a pulsar el botón de la planta baja. Se pintó una sonrisa en la boca en beneficio de su progenitora que la estudiaba pensativa.

En cuanto las puertas se cerraron, la sonrisa impostada desapareció de su rostro y se derrumbó contra la pared metálica. Tenía un nudo enorme en la garganta y una vena había comenzado a latirle con violencia en la sien.

Jorge…

Su imagen se presentó claramente ante ella, con esa mueca canalla que solía componer y esos ojos suyos almendrados que siempre la descolocaban. Las ganas de escuchar su voz y de sentirle cerca le robaron el aliento.

Se llevó la mano a la boca tratando de controlar un sollozo.

«Por favor, que esté bien, que solo haya sido un susto… Por favor…».

Aferraba el móvil entre los dedos, como si la vida le fuera en ello. No quería guardárselo en el bolsillo del abrigo por si no lo escuchaba sonar.

Te llamo ahora…

Eso había dicho Erika.

Pero ¿cuándo era ahora?

Capítulo 22

Jorge

Aparentemente, la memoria era el todo y la nada al mismo tiempo. No tenía sustancia ni forma ni peso ni color. En términos científicos se la describía como un depósito de proteínas que había dentro de las células del cerebro. Sin embargo, esas palabras eran tan incomprensibles como la propia metáfora que se empleaba para entender su concepto: *la memoria como un almacén.* Un almacén al que iban todas las experiencias vividas, donde eran clasificadas y etiquetadas. Pero los recuerdos no eran algo estático, no eran simples hechos que se hubieran experimentado, ya que cada vez que se evocaba uno de ellos sufría transformaciones.

En definitiva, la memoria era la suma de uno mismo, en constante cambio y evolución. Si se fragmentaba y una parte se perdía, como era su caso, aparecían el desequilibrio y la confusión.

Pero él se sentía bien, no tenía la sensación de estar enfermo. Exceptuando algunos dolores de cabeza que el médico le había asegurado que pasarían, ciertos episodios de visión borrosa y otros de ansiedad, estaba fuerte y en forma.

Podía recordar su infancia, su adolescencia, sus años en la universidad, los nombres de sus amigos, de sus compañeros de trabajo, los viajes que había hecho, los lugares que había visitado, a su familia, la ropa que le gustaba, su comida favorita…

Se acordaba de absolutamente todo.

El tipo de amnesia que padeces es el menos frecuente. Es amnesia retrógrada pura y se debe a una lesión en el tálamo, una estructura altamente relacionada con la recuperación de información ya establecida en la corteza cerebral a partir de su conexión con estructuras relacionadas con la memoria. No presentas deterioro cognitivo y tu memoria a largo plazo está intacta. Solo que no eres capaz de acceder a los recuerdos anteriores a tu accidente.

Las palabras del neurólogo danzaron por su cabeza mientras apoyaba la frente sobre el cristal. Las vibraciones del vehículo en marcha se colaron por su cuerpo y le sacudieron con suavidad.

Había perdido veintidós meses de recuerdos.

Casi dos años.

Tus recuerdos pueden regresar con el tiempo. A veces, las personas suelen recobrarlos a partir de la recuperación natural de la lesión. Y los resultados de tu último TAC son excelentes. Es cuestión de tiempo. Lo mejor es que retornes a tu vida habitual cuanto antes, a tus rutinas.

Volvió a elevar los párpados y se concentró en la carretera. Estaban llegando al peaje de la autopista. Conocía muy bien aquella zona porque él mismo la había recorrido cientos de veces en su vida.

—¿Cómo vas?

Sus ojos se encontraron con los de su hermano Diego, que se había girado y le contemplaba desde el asiento delantero del coche.

—¿Sinceramente? Me siento genial.

Se escuchó la risa de su padre, que era el que conducía.

—Está claro que eres mi hijo. Ni una lesión cerebral puede contigo.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Diego.

—No. Ya te digo que me encuentro bien. Tengo hambre.

—En nada llegamos.

Jorge asintió y volvió a mirar por la ventanilla.

Los primeros días después de despertar del coma inducido fueron muy confusos y habían estado salpicados por dolores de cabeza continuos y problemas de visión, pero se recuperó con relativa rapidez. El neurólogo le había comentado que era posible que sufriera cambios de humor y tuviese comportamientos irascibles, pero exceptuando una leve zozobra que le acosaba de vez en cuando no había notado nada.

Un neuropsicólogo se reunió con él para hacerle una valoración neurológica, pruebas cognitivas y una entrevista de memoria autobiográfica y así poder diseñar un programa de rehabilitación específico para su caso. Dado que no tenía problemas motores ni cognitivos ni del lenguaje, había decidido que su terapia fuera solo psicológica. En unos días tenía una cita con una terapeuta.

Después de llevar más de una semana despierto en aquella habitación de hospital, la estancia allí comenzó a resultarle de lo más tediosa. Así que, aquella mañana, cuando el doctor Quesada pasó a verle para comunicarle que iban a darle el alta, estuvo a punto de besarle. No le importó demasiado la larga lista de recomendaciones y/o prohibiciones que tenía que seguir, solo quería largarse del hospital. Durante las próximas semanas no podía conducir ni ejercitarse de manera desproporcionada, tampoco podía incorporarse al trabajo, dado que el buceo era una de sus actividades principales y la presión que el cráneo experimentaba en una inmersión no era aconsejable en una lesión como la suya.

El coche se detuvo junto al peaje y su padre abonó el trayecto antes de volver a ponerse en marcha. Conducía de un modo muy pausado, algo poco habitual en él, y Jorge sonrió de medio lado. Era enternecedor, aunque un poco exasperante, ver cómo su familia le trataba como si fuera de mantequilla.

El amplio vial que llevaba al chalet familiar no tardó en aparecer frente a ellos.

Le habían dicho que hacía un tiempo que se había independizado y que residía en un apartamento en el Albir, algo que él no recordaba en absoluto, pero habían decidido —tanto él como su familia— que, por el momento, se instalara en casa de sus padres.

A juzgar por las conversaciones que había mantenido, sobre todo con su hermano Diego, su vida no había sufrido grandes transformaciones en los últimos veintidós meses. Seguía trabajando en el mismo sitio, en la escuela de buceo de Till Landvik, y sus amigos eran los mismos de siempre; solo su domicilio y su relación sentimental habían cambiado.

Suspiro al acordarse de Claudia.

Según parecía, habían roto solo unos días después de que él volviese de ese viaje de Londres, que seguía permaneciendo en su cabeza como su último recuerdo. No le sorprendió demasiado cuando su padre le comunicó que ya no estaban juntos. Recordaba bien que, en los últimos tiempos, Claudia y él discutían con frecuencia y hablaban de separarse. Su relación no estaba en su mejor momento. Sin embargo, saber que ella ya había rehecho su vida con otra persona con la que pensaba casarse —eso le dijo Diego—, cuando para él solo habían pasado unos días desde su ruptura, le resultó de lo más extraño. Todavía estaba haciéndose a la idea.

—Mamá ha preparado *Sauerbraten*[23] —dijo su padre, sacándole de sus pensamientos.

—¿Estamos celebrando algo? —preguntó con una risa.

Su madre no era una gran cocinera y que se hubiera pasado varias horas en la cocina preparando ese complicado plato daba fe de lo preocupada que estaba su familia por él.

—El regreso del hijo pródigo —dijo Tony Alba en tono jocoso.

—Creía que el hijo pródigo era yo —intervino Diego.

—Envidioso —le lanzó Jorge.

Los ojos de ambos se encontraron en el espejo retrovisor. Había un atisbo de profundo afecto en la mirada azul de su hermano que provocó que a Jorge se le estrechara la garganta. Diego era grande. Cálido y maravilloso. El hermano mayor perfecto.

Intercambiaron una sonrisa.

Su hermana Erika y su hermano Lukas estaban esperando frente a la puerta del chalet, en medio de la calle. Habían extendido una vieja sábana blanca en la que se podía leer en letras negras: *Bienvenido a casa, imbécil*. Comenzaron a agitarla al ver aproximarse el coche a la acera.

Jorge no pudo evitar soltar una carcajada.

—Les dije que no pusieran lo de imbécil —dijo su padre mientras aparcaba.

—Yo les dije que pusieran idiota que suena más potente. Ni caso me han hecho —dijo Diego. La risa vibraba en su voz.

Jorge apenas pudo bajarse del coche porque su hermano Lukas se aferró a su cuello como si fuera un pequeño mono trepador en cuanto abrió la puerta y salió del vehículo.

—Joder, tío… Tío… joder, tío…

Su agitación era inequívoca. Incluso sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—¿Sabes decir algo más o en el tiempo que he estado fuera has vuelto a la infancia? —bromeó, abrazándole con fuerza.

Había visto a Lukas cuando este fue a verle al hospital hacía unos días, no obstante, seguía maravillándole cómo había cambiado. El Lukas de su recuerdo era un adolescente de dieciocho años, imberbe y desgarbado. Sin embargo, el joven que tenía delante era ya un adulto. La emoción se apoderó de él al darse cuenta de que se había perdido el proceso de madurez de su hermano pequeño.

Tener amnesia era una mierda.

Erika no le dejó descansar ni un segundo. En cuanto Lukas se hizo a un lado fue ella la que enroscó los brazos en torno a su talle y comenzó a darle numerosos besos en las mejillas.

—Te hemos echado de menos —exclamó entre beso y beso.

—¿Se te ha ocurrido a ti lo de la pancarta?

—Claro, ¿a quién si no?

—¿Lo de imbécil también?

—¡Por supuesto!

La alzó en el aire y dio una vuelta mientras ella se reía con fuerza y los mechones rubios de su pelo se le arremolinaban frente a la cara.

Erika estaba exactamente igual. Tan loca y divertida como siempre. No había cambiado ni un ápice.

Eso le resultó reconfortante.

Cuando entraron al chalet, su madre salió a recibirle. Mucho más comedida que sus hijos pequeños, pero con los ojos brillantes de felicidad, le cogió la cara entre las manos y le contempló un largo rato. Estaba pálida y parecía cansada, aunque nada podía opacar su belleza teutónica. A Jorge le resultó insólito verla tan emocionada. Anna Schwarz jamás perdía la compostura.

—*Willkommen zu Hause, mein lieber Junge*[24] —le dijo al fin en voz queda.

Hacía siglos que su madre no se refería a él en aquellos términos y se sintió conmovido. Carraspeó al darse cuenta de que los ojos se le llenaban de lágrimas.

¡Dios, sí que estaba sensible!

—*Ich bin auch sehr froh, hier zu sein, Mama*[25] —murmuró.

—¡Tenemos hambre! —intervino su padre.

Jorge le agradeció la interrupción con un gesto silencioso.

Mientras los demás se dirigían al salón, él se encaminó al baño. De reojo, se percató de que algunas cosas habían cambiado en la casa. El sofá era otro diferente al que él recordaba y la televisión tampoco era la misma. También había una foto en la pared del pasillo que le resultó desconocida. Se detuvo y la escrutó con el ceño fruncido.

Era una foto familiar. De los seis. Estaba tomada en el jardín y parecía ser invierno porque todos llevaban chaquetas. Su padre y su madre iban vestidos con elegancia. A su lado, había dos globos de color dorado, uno con la forma de un dos y otro de un ocho. El veintiocho. ¿Veintiocho qué?

La incomodidad se apoderó de él. Era inusual verse a sí mismo y no tener conciencia de ese momento. Era como observar a un extraño.

—Es del aniversario de papá y mamá —le dijo Erika que se había situado a su lado sin que se diera cuenta.

—Ah… el aniversario…

—Del invierno pasado… —Hizo una pequeña pausa antes de continuar—: Seguro que pronto lo recuerdas todo, Jorge.

—Claro —repuso con una rápida sonrisa.

Intentando ignorar la mirada preocupada de su hermana, se encerró en el baño y se aproximó al lavabo. Abrió el grifo y se lavó las manos y la cara con agua fría.

El espejo le devolvió su imagen. Todavía no terminaba de acostumbrarse a su propio reflejo y no porque hubiese cambiado demasiado —su aspecto físico era similar al de hacía dos años, solo llevaba el cabello más largo—, pero había algo diferente en él que no era capaz de entender. Quizá había visto y vivido experiencias que le habían marcado de algún modo durante ese tiempo que se escapaba a sus recuerdos.

Bajó los párpados y respiró hondo. La opresión que comenzaba a sentir en el pecho era un indicador de que la ansiedad se despertaba en él.

Las palabras que le había dicho el neurólogo antes de abandonar el hospital acudieron a su mente.

Intenta llenar los agujeros. Tienes que estar abierto a poder recordar. No te cierres a ello.

No era tarea fácil. Cuando se forzaba a hacerlo, la sensación que le acometía le suscitaba un hondo malestar. Era como cuando uno tenía una palabra en la punta de la lengua, pero era incapaz de recordarla correctamente, solo que multiplicado por mil. Era angustioso.

—¿Estás bien, Jorge?

La voz de Erika al otro lado de la puerta le hizo alzar la cabeza. Estaba claro que durante los siguientes días iba a tener que ser muy paciente con su sobreprotectora familia.

—Sí. Estoy bien. Ya salgo.

Respiró un par de veces hasta serenarse lo suficiente para abrir la puerta. Se encontró con la expresión ansiosa en la cara de su hermana.

—¿Pensabas que me habían vuelto todos los recuerdos de golpe y había sufrido un ataque o algo? —se chanceó.

Ella liberó una risilla nerviosa.

—Qué va, hombre.

Le hizo un gesto con la mano conminándole a moverse, pero ella se quedó atrás.

—¿No vienes?

—Tengo que hacer una llamada primero. Ahora voy.

Jorge se encogió de hombros antes de darse la vuelta y dirigirse al ruidoso salón. Su padre se había vuelto loco como de costumbre y había asaltado el equipo de música. Sonaba una canción de los Bee Gees a toda pastilla.

Aquello le dibujó una sonrisa.

Gracias a Dios algunas cosas no cambiaban jamás.

Juls

El *ahora* del que Erika había hablado se había convertido en varias horas, así que cuando sonó el teléfono y el número desconocido apareció en la pantalla le temblaban las manos de la impaciencia.

Tenía que ser Erika. Solo podía ser ella.

—¿Sí? —respondió con el corazón queriendo salírsele por la boca.

—Hola, Juls. Soy Erika.

En cuanto escuchó su voz, le fallaron las piernas y tuvo que dejarse caer sobre el sofá del salón de su piso, al que hacía solo una media hora que había llegado.

—¿Está bien Jorge? —preguntó con tono inquisitivo.

—Está bien. De verdad. Está muy bien.

—¿Qué es lo que ha pasado? ¿Puedo hablar con él?

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea. Pausa que no le gustó demasiado. Algo no iba bien.

—La mañana en la que Jorge iba a ir a Madrid, tuvo un accidente —explicó Erika—. Fue un atropello y fuga en un paso de peatones. Todavía no han encontrado al responsable. Por lo que dicen los testigos, el coche apenas le rozó, pero tuvo la mala suerte de golpearse la cabeza contra el bordillo al caer.

—¿La cabeza? —balbuceó.

—Sí. Sufrió una lesión, bueno, lo que los médicos llaman traumatismo craneoencefálico. Por eso le indujeron el coma. Es normal hacerlo, nos dijeron, para que su cerebro tenga tiempo de curarse mientras la inflamación va disminuyendo o algo así —explicó—. No se rompió ningún hueso ni nada. Solo lo de la cabeza y algunas magulladuras sin importancia.

—¿Pero ya está bien?

—Sí. Le despertaron hace más de una semana y hoy le han dado el alta.

Juls dejó escapar un suspiro aliviado.

Jorge estaba bien. Eso era lo único que importaba.

—No había visto tu mensaje antes porque hemos estado desconectados y centrados en Jorge —continuó Erika—. Hemos pasado más tiempo en el hospital que en casa.

Juls asintió en silencio. Sabía muy bien de lo que hablaba. Ella lo había estado experimentado en sus propias carnes durante las últimas semanas.

—Sospechaba que algo había tenido que ocurrir cuando Jorge no contactó conmigo. No leía los mensajes ni contestaba el teléfono. Estaba muy preocupada, la verdad.

—Jorge está bien.

Pese a que la frase resonó categórica, había algo en la voz de Erika que resultaba poco convincente y Juls frunció el ceño con suspicacia. ¿Qué no le estaba contando?

—¿Puedo hablar con él? —insistió.

La respuesta fue un silencio largo y pesado.

—Hay algo más que tengo que decirte —dijo Erika al fin.

—¿Algo más? —Todas las alarmas se dispararon en su cabeza.

—Mira, Juls, es una mierda tener que hablar de esto por teléfono, pero creo que necesitas saberlo.

—¿Saber el qué? —Un tono histérico se deslizó en sus palabras.

Erika tardó en contestar y cuando lo hizo fue en un mero susurro.

—Jorge… ha perdido la memoria.

Juls frunció el ceño, perpleja.

—¿Quieres decir que no se acuerda del accidente?

—No solo del accidente…

—¿A qué te refieres?

—Bueno… Nos han dicho que padece amnesia retrógrada. Es un tipo de amnesia en la que se pierde la memoria reciente.

—¿Reciente? ¿No recuerda los últimos días?

Incluso a través del auricular Juls pudo escuchar con nitidez el profundo suspiro que brotó de la garganta de la rubia.

—No solo los últimos días. Ha perdido los recuerdos de los últimos… veintidós meses.

Se irguió en el sofá al escuchar aquello y todo su cuerpo se tensó.

—¿Veintidós meses? —repitió.

—Sí. Eso puede pasar cuando la lesión es en el hipocampo. Eso nos han dicho los médicos.

—Pero es algo pasajero, ¿no?

—Puede ser… —La vacilación era casi palpable en su tono—. Hay algunos casos de gente que no los recupera, pero somos optimistas.

—Ya… —No sabía muy bien qué decir. Estaba desbordada por la situación—. ¿Es… es seguro? ¿Le han hecho… pruebas?

—Sí. Le han visto un neurólogo y un neuropsicólogo en el hospital. Como te digo, somos muy optimistas. Y él está bien —se apresuró a añadir—. Es consciente de su situación y lo lleva bien.

—Pero, pero… os recuerda, ¿no? Me refiero a su familia y a sus amigos.

—Sí. Sí. Lo recuerda todo. Sabe dónde trabaja y nos conoce a todos, no ha perdido ninguna habilidad ni tiene trastornos físicos, es solo que su último recuerdo es de hace dos años aproximadamente.

—Vale —dijo en voz queda. Luego trago saliva con fuerza antes de hacer la pregunta que sobrevolaba por su cabeza como un pájaro negro de mal agüero—. A mí no me recuerda, ¿verdad?

Erika guardó silencio. Un silencio que expresaba mucho más que mil palabras.

—No. No te recuerda —repuso al fin.

La mano que sujetaba el móvil empezaba a temblarle. Tuvo que ayudarse de la otra para que el aparato no se deslizara al suelo.

Jorge se había olvidado de ella.

Cerró los ojos con fuerza hasta que se hizo daño y trató de coger aire con lentitud para no hiperventilar.

«Vale. No te desmorones. Seguro que es momentáneo. Todo va a salir bien».

—Los médicos le han aconsejado que vuelva a sus rutinas y que trate de vivir su vida con normalidad —continuó Erika con suavidad—. De momento está de baja, pero le han dicho que se podrá incorporar al trabajo en cosa de un mes si todo va bien.

—Bien, bien… entonces, todo está bien…

Estaba tartamudeando. No se sentía capaz de hilar dos frases seguidas. Una tormenta de tremendas proporciones rugía en su interior y le impedía pensar con claridad.

—Juls… Lo siento muchísimo…

—Quiero verle —articuló con un hilo de voz.

Erika soltó un suspiro ahogado.

—Mira, te entiendo perfectamente. Sé que lo que teníais era muy especial. Mi hermano estaba muy ilusionado contigo y sé que tú también lo estabas. Era evidente. Él no paraba de hablar de ti… ¡Mierda! —exclamó—. Es una verdadera putada lo que ha pasado.

Lo era. Era una putada.

—Tenemos una cita con una psicóloga el viernes —continuó Erika—. Ha insistido en que la familia también participe en esas reuniones para que ayudemos a Jorge con su nueva situación. Te prometo que le preguntaré si es bueno que os veáis… o si es contraproducente. El viernes por la noche te llamo y te cuento. ¿Te parece?

Juls gimió. ¿Tenía que esperar hasta el viernes? Era lunes y la semana se le iba a hacer eterna. No obstante, era lo único que tenía, así que se agarró a aquella propuesta con desesperación.

—Perfecto. Me… me parece bien.

—Si quieres saber algo más o preguntarme lo que quieras, llámame. De verdad.

—Claro. Claro…

Apenas fue consciente de que Erika se despedía de ella y la comunicación se interrumpía. Estaba demasiado confundida. Tenía tantas ganas de llorar que el simple hecho de contener las lágrimas le ocasionaba un gran dolor en el pecho.

Se puso de pie, abandonando el móvil sobre el sofá, y anduvo hasta el balcón. Apoyó la frente sobre el cristal templado por el sol y bajó los párpados.

Amnesia.

¿Cómo podía haber sucedido algo así? Era impensable que una cosa semejante tuviera lugar fuera de la ficción.

¿No había una película con Channing Tatum que trataba de eso?

Era la historia de una pareja de recién casados que tenía un accidente en el que la mujer perdía la memoria y se olvidaba de su marido. Y estaba basada en hechos reales.

¿Cómo acababa?

Ella no recuperaba los recuerdos, ¿no?

Se abrazó a sí misma al notar cómo un escalofrío le recorría la espalda. No hacía frío en su piso, pero ella estaba helada.

Su mirada se posó sobre la postal que Jorge le había enviado poco después de que ella abandonase Benidorm. La había sujetado con una pinza a un extremo de la larga estantería que ocupaba la pared principal del salón. Mostraba el curioso *skyline* de la ciudad y justo debajo de la foto, en color blanco, la leyenda decía: *Benidorm te espera*.

No le hacía falta cogerla y darle la vuelta para saber lo que ponía detrás. Había leído la frase escrita por Jorge con trazos firmes en innumerables ocasiones.

Pasa de lo que ponga en el frontal, el que te espera en Benidorm soy yo, preciosa.

Recordó la ilusión que le hizo recibirla.

Gimió y cerró los ojos con fuerza.

¿Y si Jorge nunca recuperaba la memoria? ¿Y si jamás volvía a recordarla?

«No seas tan negativa», se amonestó. «Erika te ha dicho que podría ser pasajero».

Eso era. Tenía que mantener la esperanza. Quizá en unos pocos días todo se arreglase. Quizá, incluso antes del viernes, Jorge recuperara sus recuerdos y contactase con ella.

Su móvil comenzó a sonar de nuevo.

¡Erika!

En su prisa por ir a buscarlo, se giró con tanta brusquedad que estuvo a punto de tropezar con sus propios pies.

El nombre de su hermano se mostró en la pantalla.

Sabía por qué la llamaba. Su conversación en la cafetería del hospital había quedado inconclusa y era consciente de que él estaba preocupado por ella. No habían podido hablar mucho porque su madre fue a buscarlos para informarles de que su padre había recibido el alta y de que podían marcharse a casa.

Terminó por cortar la comunicación con una leve sensación de culpabilidad. No obstante, se apresuró a mandarle un wasap.

Estoy ocupada. Ahora te llamo.

En cualquier otro momento hubiera ansiado hablar con él y contarle todo lo que estaba sucediendo, pero no en ese instante. Se sentía descentrada y tenía la cabeza llena de pensamientos caóticos. Necesitaba ordenarlos antes de poder expresar en voz alta lo que sentía.

Volvió a dejar el móvil sobre el sofá y se quedó cabizbaja e inmóvil en medio del salón sin saber muy bien qué hacer.

Jorge no la recordaba.

Y ella sentía que estaba más enamorada de él que nunca.

Capítulo 23

Juls

Se paseó por el piso muy inquieta, mirando el reloj de vez en cuando y soltando suspiros impacientes. Había deshecho el equipaje y se había cambiado de ropa veinte veces, insegura con su aspecto. ¿Pantalones o falda? ¿Camisa de flores o lisa? ¿Chaqueta de paño o cazadora vaquera? Al final se decidió por unos tejanos negros, sus *Converse* blancas, una camiseta de cuello alto de color rojo y una cazadora vaquera con adornos plateados.

Erika había quedado en ir a recogerla a las cuatro y ya eran menos cinco.

El viernes por la noche, después de pasarse toda la semana angustiada, recibió la ansiada llamada. La psicóloga había dado el visto bueno a un encuentro entre ella y Jorge. Solo les pidió que no forzasen la situación y que dejaran fluir los acontecimientos, pero les aseguró que era bueno que Jorge se viera confrontado con sus vivencias del pasado; eso podía ayudar a que sus recuerdos volviesen a él.

Apenas veinticuatro horas después de haber recibido la noticia, Juls ya había preparado su viaje relámpago a Benidorm. Envió a su editora unos artículos que tenía pendientes, habló con Mariu y le pidió las llaves del piso de sus padres, que esta le dio encantada, y se lo contó también a su hermano, que le ofreció su coche para que no tuviera que ir en autobús.

Había llegado a la costa hacía unas horas y la espera se le estaba haciendo eterna.

Iba a ver a Jorge.

Casi no podía creerlo.

Era domingo y, como todos los domingos, los Alba se reunían en la casa familiar. Erika había pensado que era una buena idea que Juls también estuviera presente. Si Jorge no era capaz de recordarla, la presentaría como una amiga suya.

Juls estaba histérica.

No se había atrevido a decírselo a nadie para no crearse falsas expectativas, pero, en secreto, tenía la esperanza de que él la viera y la recordase de inmediato. Una historia de amor tan bonita como la suya no podía haber desaparecido del todo. Aunque él no se acordase de la persona, tenía que sentir algo en su interior al encontrarse con ella. Los sentimientos tenían que seguir ahí, ¿no?

Ese era su gran anhelo.

Pero una vocecita interior se empeñaba en machacarla constantemente. ¿Y si no la recordaba? ¿Y si la miraba con indiferencia?

Probablemente, si eso sucedía, se echaría a llorar.

El sonido del timbre del portero automático la sobresaltó.

Con las piernas gelatinosas, se acercó al aparato.

—¿Sí?

—Soy Erika. ¿Bajas?

—Sí.

Cogió la mochila de la mesita que había en la entrada y respiró hondo.

La suerte estaba echada.

Bajó los escalones con rapidez, casi sin darse cuenta de que iba conteniendo la respiración. Cuando llegó al portal, se detuvo y trató de insuflarse ánimos. A través del cristal de

la puerta pudo vislumbrar la silueta de Erika. Estaba de espaldas y llevaba unos vaqueros y una cazadora de cuero negro. Su melena dorada reposaba suelta sobre sus hombros.

—Hola —la saludó con inseguridad nada más abrir la hoja metálica.

Erika se dio la vuelta y la miró con sus preciosos ojos azules tan diferentes a los de su hermano.

—Juls —repuso con una mezcla de simpatía y ternura. Acto seguido, la abrazó con fuerza.

Juls no lo esperaba y quizá por eso se le formó un nudo en la garganta al sentir los brazos de la otra estrechándola. Eran ambas de la misma estatura y complexión, pero ella se sintió pequeñita e indefensa en ese abrazo.

—Joder, cuánto lo siento…

No pudo pronunciar palabra. Sabía que si lo hacía rompería a llorar. Se apartó a duras penas. Los ojos de Erika también se habían llenado de lágrimas, como los suyos.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó al tiempo que daba un paso atrás.

—Bien. El coche de mi hermano es maravilloso.

Era un BMW X5. A ella no le gustaba demasiado conducir y no solía hacerlo, pero con un coche así incluso el viaje más largo resultaba cómodo.

—¿Estás nerviosa?

—Sí.

Erika le cogió la mano y se la apretó ligeramente, gesto que Juls agradeció.

—¿Có… cómo está? —le preguntó con un hilo de voz.

—Está muy bien. Quitando algún dolor de cabeza que otro, está bien. Empezó la terapia el viernes y parece muy animado.

—¿Sigue sin recordar nada…?

—Sí —contestó Erika.

Juls tragó saliva y asintió. Lo había esperado.

—Como ya te dije por teléfono, la psicóloga dice que debemos tener paciencia y seguir su ritmo.

—¿Jorge sabe que habéis hablado de mí con su psicóloga?

—No. Él no estaba presente cuando reunió a la familia para explicarnos cómo debíamos comportarnos.

—A lo mejor no es una buena idea que yo haya venido —susurró.

—O sí. Vamos a verlo —la animó Erika, agarrándola del brazo—. He aparcado en la calle de al lado. Ven, vamos.

Se pusieron en movimiento una al lado de la otra, acompasando sus andares.

Cuando giraron la esquina y Juls vio el vehículo que había junto a la acera, se le aceleró el corazón. Era inconfundible.

El Nissan Patrol de Jorge.

Una maldición ahogada brotó de su boca cuando cientos de imágenes de momentos compartidos en aquel coche ocuparon su cabeza.

—¡Mierda! —balbuceó al darse cuenta de que sus ojos volvían a humedecerse.

—¿Estás bien?

Clavó la mirada en la de la rubia y simuló neutralidad. No podía desplomarse cada cinco minutos, se dijo. Tenía que ser fuerte.

—Sí. Estoy bien —articuló.

—Como Jorge no puede conducir, me he adueñado de Turbo. He pensado que sería mejor

que venir a buscarte en mi moto.

Escuchó la explicación con la cara acartonada por una fingida sonrisa, sin decir nada.

—¿Tus padres saben que voy? —inquirió una vez que se acomodaron en el interior.

—Sí. Y mis hermanos también.

—¿Quién más está?

—Solo la familia e Iván, el amigo de Lukas. Creo que Dani y Rafa iban a pasarse más tarde. Nadie más.

Juls se sintió aliviada. Lo último que deseaba era que la amiga de Erika, la tal Bea, también estuviese presente. Cuantas menos personas fueran testigos de aquel encuentro, mucho mejor.

—¿Qué es lo que sabe Jorge?

—Le he dicho que iba a buscar a una amiga. Y nada más.

Erika conducía de un modo similar al de su hermano. Lo hacía deprisa y con fluidez, cambiando de marchas con mucha seguridad. Se notaba que disfrutaba de la conducción y no tardaron demasiado en llegar a la urbanización en la que se encontraba el chalet de los Alba. El trayecto le resultó muy corto a Juls que tenía la mente en otro sitio. No paraba de imaginarse cómo sería el reencuentro. Cuanto menos tiempo faltaba para que Jorge y ella se vieran las caras, más agitada se sentía.

Una vez que el coche se detuvo frente al portón metálico y Juls descendió de él, se percató del calor que hacía. El tiempo era espléndido para encontrarse casi a mediados de diciembre. Se despojó de la cazadora y se la ató a la cintura con movimientos bruscos.

Erika le dio un rápido abrazo que pretendía ser tranquilizador, al que Juls no se vio capaz de corresponder porque estaba paralizada.

«Cálmate», le dijo una voz interior llena de sabiduría.

Imposible.

Se obligó a poner un pie delante del otro y a seguir a Erika al interior de la casa. Mientras cruzaban el caminito de grava, pudo escuchar la música y las conversaciones que provenían del jardín.

La sangre comenzó a fluir a toda velocidad por sus venas.

Estaba a punto de verle.

Atravesaron el salón y salieron al exterior.

Una conocida canción de Bon Jovi sonaba en el equipo de música.

Había dos grupos de personas. En uno de ellos, cerca de la plataforma de madera, se encontraba la madre de Jorge con Lukas y su amigo. En el otro, más cerca de la piscina, estaban Tony Alba, Diego y el propio Jorge. Este último tenía la espalda girada hacia la casa y no se percató de su llegada.

Anna Schwarz fue la primera en darse cuenta de que habían llegado y les hizo un gesto. Juls apenas si fue consciente de la sonrisa alentadora que le dirigió. Solo tenía ojos para Jorge.

Su amplia espalda estaba cubierta por un polo de color gris oscuro y sus piernas, enfundadas en unos vaqueros azules. Se mantenía erguido y se reía de algo que su hermano acababa de contarle.

Su risa…

Juls sintió una dolorosa punzada en el centro del pecho.

La mano de Erika se enroscó en torno a su muñeca y tiró de ella. Con el abdomen acalambrado, se dejó conducir hasta él.

Podía sentir los ojos de todos los allí presentes sobre su persona. Las conversaciones

murieron y el silencio se impuso, solo interrumpido por los últimos acordes del tema que terminaba.

Todo parecía transcurrir a cámara lenta. Hasta la brisa semejaba haberse detenido. Solo el corazón de Juls bombeaba sangre a más velocidad de lo habitual. *Bum bum bum* resonaba como un eco ensordecedor en sus oídos.

Jorge, como si se hubiera dado cuenta del cambio en el ambiente, se dio la vuelta. Una sonrisa agradable rizaba sus labios.

Un hormigueo recorrió el cuerpo de Juls y la respiración se le atascó en la garganta.

—Jorge, esta es Juls —la presentó Erika con un suave carraspeo.

Él la miró. Su expresión no se alteró ni un milímetro.

—Encantado.

Era su voz cálida y ronca…

Era su voz… indiferente.

Las piernas de Juls se convirtieron en gelatina y su rostro empalideció.

El mundo se derrumbó sobre sus hombros.

No la había reconocido.

Jorge

Tenía un incipiente dolor de cabeza y solo quería largarse a su habitación, tumbarse en la cama y cerrar los ojos, pero no deseaba hacerle un feo a su familia que tanto se esforzaba por que se sintiese a gusto, así que se armó de paciencia, se tomó un potente analgésico y le pidió a su padre que bajara la música a un volumen apto para humanos. Esperaba que aquello fuera suficiente y que el dolor no derivase en una de las fuertes migrañas que padecía últimamente.

Aprovechó un momento en el que todo el mundo parecía distraído para buscar solaz en una de las tumbonas más alejadas. Tomó asiento y le dio un largo trago a la botella de agua que llevaba en la mano mientras su mirada paseaba por el jardín.

Sonrió condescendiente al contemplar a su familia.

Hacía casi una semana desde que le habían dado el alta y todavía seguían tratándole como si fuera de cristal y pudiera romperse. No dejaban que se esforzara de ninguna manera. Sabía que lo hacían con buena intención y lo aceptaba, pese a que le resultaba irritante. Todos estaban pendientes de su bienestar; le preparaban el desayuno, la comida y la cena y ni siquiera le dejaban acercarse a la cocina a ayudar. Si tenía ganas de pasear, alguno de ellos siempre estaba a su lado. Si quería hacer deporte o salir a correr, siempre llevaba a Lukas detrás. El día anterior, quiso bajar a Benidorm a comprar algo de ropa y, rápidamente, Diego —que odiaba ir de compras— se apuntó a acompañarle. Era como si se turnaran para que no estuviera solo jamás.

Y todavía le quedaba un mes más de aguantar esa sobreprotección.

Anhelaba que pasara el tiempo deprisa y que los médicos le levantasen la prohibición de conducir o ir a trabajar. Necesitaba su independencia. Sobre todo, porque —exceptuando cierta confusión— se sentía bien. Deseaba recuperar sus rutinas.

Hacía dos días había acudido a la consulta de la psicóloga por primera vez. La doctora Carmena resultó ser una mujer joven y de carácter enérgico. Lo primero que hizo, después de presentarse, revisar sus informes médicos y plantearle unas cuantas preguntas de carácter personal, fue ponerle sobre aviso de que ella no podía devolverle la memoria, pero sí podía ayudarle a gestionar sus cambios de humor y a aceptar y entender su nueva situación, ya recuperase los recuerdos o no.

Le recomendó que hablase con su familia y amigos sobre las experiencias vividas junto a

ellos en el periodo de tiempo que había olvidado, o que viera fotos. Algo que quizá podría servirle como terapia de choque. No le prometía que nada de eso fuera a devolverle los recuerdos, pero podría actuar como detonante para despertar su adormecida memoria.

No obstante, también le aconsejó que no se centrase solo en el pasado, ya que podría suponerle un estancamiento, y que se enfocase en el presente y en el futuro. Que hiciera planes, de cualquier índole. Que viviera.

Jorge salió de la sesión con una actitud muy positiva, decidido a que su pérdida de memoria no le condicionara y a llevar una vida normal, si bien era cierto que ya se había visto obligado a hacer algunas concesiones. A veces, cuando se forzaba a recordar, una sensación de vacío se instalaba en su interior y le provocaba ansiedad. Por recomendación del médico, había comenzado a tomar ansiolíticos, aunque lo hacía a regañadientes. No quería depender demasiado de las pastillas.

Desde el otro lado del jardín, su hermana le saludó con la mano. Él respondió alzando la botella de agua. Después, sus ojos se posaron sobre su amiga. Juls, había dicho Erika que se llamaba. Suponía que aquel sería un diminutivo de otro nombre, quizá Julia. Era una chica no muy alta y de complexión esbelta. Con el cabello rubio cortito y cara algo traviesa en la que predominaban unos bonitos ojos castaños y unos labios gruesos curvados hacia arriba. Muy sugerentes.

Era guapa.

Le recordó a Campanilla, el hada de Peter Pan.

La contempló durante unos segundos más con el ceño fruncido, aprovechando que le daba la espalda mientras conversaba con su hermano Diego.

Había algo raro en ella.

Mejor dicho, él se sentía extraño en su presencia.

Era quizá por la forma en que le miró cuando los presentaron, con enorme intensidad, como si estuviese esperando algo de él. O el modo en que parecía rehuirle cada vez que sus ojos se cruzaban. Llevaba toda la tarde esquivándole. Hablaba con todos los miembros de su familia con afecto y estos parecían corresponderle de igual manera. A él, por el contrario, le ignoraba flagrantemente.

¿Desde cuándo era amiga de Erika? Tenía que serlo desde hacía tiempo para que toda su familia estuviera tan volcada con ella. Hasta el frío e inalterable Diego la trataba con suma simpatía.

Al menos, su presencia no era tan molesta como la de Bea. Se alegraba de que Erika no la hubiera invitado aquella tarde. De haberlo hecho, él no habría podido estar tan tranquilo; Bea era demasiado irritante y pesada.

Volvió a beber un trago de agua y compuso un gesto. Lo que daría por una buena cerveza alemana. Pero le habían prohibido probar el alcohol hasta nueva orden.

Lukas se acercó a él y se dejó caer a su lado en la tumbona. Luego le pasó un brazo por encima de los hombros de modo paternalista.

—¿Estás bien?

Jorge puso los ojos en blanco. Incluso el benjamín de la familia le trataba como si fuera un enfermo.

—Estoy genial. Por favor, como sigáis así me voy a largar de aquí.

—No sé por qué dices eso.

Le miró con una ceja arqueada y Lukas tuvo la decencia de sonrojarse avergonzado.

—Tío, entiende que estemos preocupados —masculló, apartando el brazo.

—Lo entiendo, pero no soy un anciano con alzhéimer ni un bebé que no pueda expresarse si se encuentra mal.

—Ya…

Hubo un silencio entre ambos antes de que Jorge decidiese cambiar de tema.

—Esa chica, ¿desde cuándo son amigas Erika y ella? —preguntó al tiempo que su mirada volvía hacia la joven de pelo corto.

Lukas se puso de pie con precipitación, sorprendiéndole.

—Eh, desde hace un tiempo… —respondió con vaguedad.

—Pero ya ha estado más veces aquí, ¿no? Lo digo porque parece que se lleva bien con papá y mamá. Bueno, con todos, en realidad.

—Sí. Ha estado más veces aquí… ¿Quieres más agua? ¿Te traigo otra botella?

Jorge le ojeó curioso. De repente parecía muy nervioso.

—No quiero más agua, gracias.

En ese instante sonó el timbre de la puerta y Lukas se alejó a toda velocidad. Desapareció en el interior de la vivienda, pero solo tardó unos segundos en regresar, acompañado por Dani y Rafa.

Jorge se incorporó sonriendo. Ya había visto a sus amigos hacía unos días, no obstante, su presencia era más que bienvenida. Ellos no le trataban como si estuviera convaleciente. Los vio saludar a su familia y se sorprendió cuando ambos se acercaron a Juls y le dieron un caluroso abrazo.

—¿Qué pasa, Jordi Alba? Tienes buen aspecto. —Rafa se aproximó y le palmeó en la espalda con entusiasmo.

—Mejor que el tuyo seguro —repuso.

—No me hables, que anoche salí con compañeros del trabajo y terminamos a las tantas —bufó.

—Estás mayor, Nadal —se burló.

—Eso le he dicho yo —intervino Dani—. Ya no vale para trasnochar.

—Calla, capullo —le cortó Rafa ofendido—. Es que mezclé bebidas.

—Excusitas de señor mayor. Mi abuelo siempre se queja de lo mismo.

Rafa cogió a Dani por el cuello y le pellizcó la nariz. Dani se vengó dándole una colleja. Jorge soltó una breve risa al contemplarlos haciendo el imbécil. Algunas cosas no cambiaban en absoluto.

—Oye, ¿vosotros también conocéis a la amiga de mi hermana?

Rafa se le quedó mirando con mucha seriedad, pero no dijo nada. Solo le lanzó una mirada oblicua a Dani.

—Claro. Hemos salido unas cuantas veces… con ellas —repuso este último con la voz entrecortada.

—Es una tía muy maja —intervino Rafa con una sonrisa a todas luces falsa.

Jorge entornó los ojos. ¿Por qué reaccionaban ambos de esa manera tan singular?

No tuvo tiempo de preguntar nada más, porque pronto se enfrascaron en una conversación sobre un problema que había tenido Rafa con unos clientes. Luego, Dani puso también su granito de arena y les habló de su trabajo y de lo cansado que estaba de hacer noches. Jorge solo los escuchaba a medias, su vista se había desviado hacia el otro extremo del jardín. Sus padres habían comenzado a bailar agarrados. Lukas y su amigo Iván los jaleaban y silbaban entusiasmados.

La escena le generó una sonrisa.

De pronto, un móvil comenzó a sonar a su espalda y una conocida melodía llegó hasta él. Aguzó el oído con curiosidad.

¡Era *Nothing's gonna stop us now* de Starship! Una balada ochentera que le encantaba.

Se dio la vuelta, buscando al poseedor del teléfono y la estupefacción le invadió al percatarse de que se trataba de Juls, que aceptó la llamada y se alejó unos pasos mientras se llevaba el aparato a la oreja.

¿Qué probabilidades había de que una persona a la que acababa de conocer llevara una de sus canciones favoritas como tono de llamada en el móvil? Una canción que poca gente de su edad conocía. No era muy común encontrarla en esos tiempos.

Era insólito.

—Eh, te estoy hablando. —La insistente voz de Dani le hizo retornar a la realidad.

—Perdona, ¿qué has dicho? —Trató de concentrarse en su amigo.

—Que el fin de semana que viene vamos a organizar una comida de Navidad. Que si te apuntas.

—Claro —repuso distraído.

—Se lo podemos decir también a Óscar y a Iker.

—Como veáis.

Dani empezó a hablar de posibles restaurantes a los que ir y Jorge desconectó de nuevo. Seguía pendiente de los movimientos de Juls, que había vuelto a guardarse el móvil y se acercaba a Erika y a Diego para continuar hablando con ellos.

Esa chica le intrigaba.

El tiempo transcurrió muy deprisa y el crepúsculo no tardó en convertir el cielo en naranja y violeta. El ambiente de la reunión se fue ralentizando y, poco a poco, todos buscaron asiento en las tumbonas o en el banco que había junto a la puerta del salón mientras conversaban con tranquilidad.

Quizá fue la casualidad o quizá fue él mismo el que provocó que, poco antes de que la oscuridad se cerniese del todo sobre el jardín, Juls y él se encontrasen a solas. Ella se acercó a la mesa para coger una botellita de agua y él se situó a su lado, percatándose en el acto de lo menuda que era.

—Siento no acordarme de ti —le dijo en voz baja.

Ella se giró con brusquedad y, al encontrarle tan cerca, la botella estuvo a punto de deslizarse de entre sus dedos. La rescató en el último segundo.

—Oh… no pasa… nada —logro articular.

De cerca era mucho más guapa que de lejos, constató él.

Las ganas de involucrarla en una conversación le sobrepasaron.

—¿Mi hermana y tú sois amigas desde hace mucho tiempo?

—Unos meses —murmuró.

La observó a hurtadillas. Era obvio que lo último que deseaba era quedarse allí, hablando con él. Su incomodidad era palpable. No entendía por qué parecía tan amigable con todo el mundo y a él le trataba con esa hostilidad.

—¿Hemos tenido algún problema tú y yo? —le preguntó de repente con el ceño fruncido.

—¡No! —exclamó ella con rapidez. Con demasiada rapidez. Y dio un paso atrás.

—¿Seguro? —continuó con escepticismo.

—Seguro.

Hubo una pausa después de eso, que él aprovechó para coger una lata de refresco y abrirla.

—Es un poco frustrante no acordarse de las cosas, ¿sabes? —admitió antes de beber un trago.

La música que sonaba de fondo se mezclaba con las conversaciones y Jorge tuvo la sensación de que todo el mundo estaba pendiente de ellos.

Ella tardó en reaccionar. Seguía mirando en otra dirección. Desde que él se había acercado, había evitado que sus ojos se cruzasen.

—¿Lo… llevas mal? —le preguntó al fin.

—No lo llevo muy mal, aunque a veces se me hace un poco cuesta arriba, como hoy, cuando me presentan a gente que se supone que yo debería conocer. No sé muy bien cómo reaccionar. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Lo cierto es que mi vida no ha cambiado mucho en estos últimos dos años, así que no tengo la sensación de haberme perdido muchas cosas —concluyó.

Ella bajó los párpados y acarició la botella distraídamente con la punta del dedo índice.

—¿Te… gustaría recuperar tus recuerdos?

—Por supuesto que me gustaría. Es como tener un puzle en la cabeza al que le falta una pieza. ¿Quién no querría completar el puzle? —se rio—. Pero si no sucede y la pieza nunca aparece, tendré que seguir viviendo sin ella. Me acostumbraré.

Quizá, si no hubiese estado tan atento a sus reacciones, habría pasado por alto su repentina palidez, pero como la observaba con fijeza se percató al instante. Perplejo, se preguntó de nuevo si habría dicho algo ofensivo. No entendía a esa mujer. Era demasiado enigmática. Quizá fuera solo timidez, aunque con los demás no parecía demostrarla.

—Por cierto —dijo, cambiando de tema—. Tu tono de llamada es una de mis canciones favoritas. Soy muy fan de la música ochentera.

—Eh, sí… —balbuceó.

—Qué casualidad que nos guste la misma canción, ¿no? Es poco común.

Una mueca cargada de tristeza se reflejó entonces en las facciones de ella.

¿Por qué reaccionaba de ese modo tan peculiar?

—Sí, qué casualidad —murmuró.

Después de eso solo hubo silencio. Y Jorge se devanó la cabeza sin saber qué decir para romper el momento embarazoso. Tenía la sensación de que, dijera lo que dijera, ella seguiría mostrándose a disgusto.

A lo mejor nunca le había caído bien, se dijo. No solía sucederle, desde luego. Se tenía por un tipo afable que hacía amistades con facilidad. Pero siempre había una primera vez para todo, ¿no?

—Es tarde. Me tengo que ir —dijo ella de pronto.

—Espero que volvamos a coincidir.

—Claro.

Aquellas dos últimas sílabas llegaron acompañadas de la sonrisa más falsa que hubiera visto en su vida. Luego, ella dejó la botella sobre la mesa —que ni siquiera había abierto— y se apresuró a alejarse.

Eso solo podía calificarse como una huida en toda regla.

«Vale. No le caes bien y punto. Acéptalo».

Era una lástima porque esa chica tenía algo que le resultaba de lo más interesante.

Le dio un trago a su refresco y se alejó hacia la tumbona donde estaban Rafa y Dani.

Capítulo 24

Juls

Creía que la tarde no se iba a acabar nunca. Aquellas cuatro horas que había pasado en el chalet se le habían hecho interminables. Le dolía todo el cuerpo de la tensión a la que había estado sometida. Estaba exhausta.

Hacía solo diez minutos que Erika la había dejado frente a la puerta de su edificio. Habían hecho el trayecto desde la casa de sus padres hasta su piso en absoluto silencio, un silencio espeso y cargado de desánimo que la hermana de Jorge trató de romper en un par de ocasiones para trasladarle su apoyo, pero Juls no podía ni quería hablar de lo sucedido. Se despidieron con un fuerte abrazo, unos besos y la promesa de Erika de llamarla al día siguiente para hablar.

Juls se miró al espejo que había sobre el lavabo en el baño y apenas si se reconoció. Estaba pálida y sus ojos se mostraban opacos y sin vida.

Cuando la primera lágrima rodó por su mejilla no le pilló por sorpresa. Había estado conteniendo el llanto desde que Jorge se plantó frente a ella y la miró como si fuera una desconocida.

Se le rompió el corazón.

Hasta el último segundo había tenido la fútil esperanza de que él la viera y la reconociese. Se había aferrado a ese pequeño resquicio de ilusión con todas sus fuerzas.

Para nada.

Otra lágrima siguió a la primera. Y detrás de esa, otra y otra más hasta que un fuerte sollozo sacudió su cuerpo. Sus piernas flojearon y tuvo que tomar asiento en el borde de la bañera para no caerse al suelo desmadejada por la pena.

Todo lo que habían vivido juntos había desaparecido. Cada beso, cada caricia, cada conversación, cada sonrisa y cada sentimiento, eclipsados.

Quizá para siempre.

Se abrazó a sí misma mientras gemía.

Fue tan extraño mirarle y ver a un desconocido.

Era Jorge y al mismo tiempo no lo era.

Su tez morena, su atractivo rostro con esos ojos color avellana, las cejas bien delineadas, la nariz recta, su boca generosa y el mentón cubierto por una leve sombra oscura…

Todo tal cual lo recordaba.

Pero no era *su* Jorge.

Ni el brillo de sus iris ni el calor de su sonrisa eran los mismos.

Lo cierto es que mi vida no ha cambiado mucho en estos últimos dos años, así que no tengo la sensación de haberme perdido muchas cosas.

Cuando sus palabras le acudieron a la memoria, se tapó la cara con las manos y los sollozos se hicieron más fuertes.

¡Sí que había perdido algo muy importante! ¡La había perdido a ella!

El dolor en el pecho se hizo insoportable.

Se dejó llevar por la tristeza. Encorvada sobre sí misma, apoyó las manos sobre sus rodillas y fijó la vista en el suelo de baldosas marrones. Las lágrimas cayeron sobre la tela

vaquera de sus pantalones, convirtiéndose en manchurrones oscuros que según tocaban el tejido se agrandaban y adquirían el doble de su tamaño.

El móvil comenzó a sonar de fondo. Y hasta ella llegó sofocada la primera estrofa de su tono de llamada.

Lookin' in your eyes I see a paradise. This world that I found is too good to be true. Standin' here beside you want so much to give you this love in my heart that I'm feelin' for you. [26]

¡Esa canción era de los dos! ¡Era su canción!

Pasó de cogerlo.

Alzó la cara y se golpeó el muslo con un puño, a caballo entre la desesperación y la impotencia. Gracias a Dios, el estúpido teléfono guardó silencio por fin. Un silencio que, de pronto, le resultó terriblemente incómodo.

Con mucha lentitud, como si arrastrase el peso del mundo sobre sus hombros, se puso de pie y se enjugó las mejillas con la manga de su cazadora, que todavía conservaba puesta. Se dirigió al salón y, de camino, cogió la mochila que había dejado en el suelo en el pasillo. Sacó el móvil y lo ojeó con desidia.

Dos llamadas perdidas de su hermano.

¿Dos? ¿Tan ensimismada estaba que no se había dado cuenta de su insistencia? Suspiró. No podía ignorarle. Tenía que devolverle la llamada. Sabía que, si no lo hacía, él se preocuparía mucho. Respiró hondo al tiempo que se quitaba la chaqueta y tomaba asiento en el sofá. No se molestó en encender ninguna lámpara. La luz del baño, que llegaba hasta allí difuminada por la distancia, era la única fuente de iluminación. Suficiente.

Carraspeó, aclarándose la garganta, y llamó a Félix.

—¿Estás bien?

Pese a que su tono era sereno y firme, pudo detectar una inflexión de preocupación en su voz.

—Estoy bien.

—Vale, y ahora la verdad.

¿La verdad? Se hundió en el sofá y se hizo pequeñita.

—No me ha reconocido… —gimoteó.

Se escuchó un exabrupto ahogado al otro lado de la línea.

—Cuéntamelo todo —dijo al cabo de unos segundos.

—Ha sido muy extraño —suspiró—. Su hermana ha venido a buscarme y hemos ido a la casa de sus padres. Estaba toda la familia y se han portado todos muy bien conmigo… —se detuvo y cogió aire antes de continuar—. Te juro que me temblaba todo el cuerpo cuando nos hemos acercado a saludarle. Casi no podía respirar… —se le quebró la voz—. Creo que no voy a olvidar ese momento jamás. Se ha girado y me ha mirado y… me ha sonreído… y me ha dicho: *encantado*. Y se notaba que no sabía quién era yo. Y yo… me estaba muriendo por dentro, Félix. —Emitió un sollozo, pero trató de apagarlo, llevándose el puño a boca—. Te prometo que nunca me había sentido más sola en mi vida…

—Joder, peque…

—Me he pasado toda la tarde rehuyéndole porque no sabía cómo enfrentarme a él. Estaba segura de que, si me acercaba, rompería a llorar. Ha sido al final, cuando hemos intercambiado unas palabras —continuó—. Me ha dicho que si no recupera sus recuerdos no pasa nada, que no se va a comer la cabeza y que va a seguir viviendo. La verdad es que cada frase que salía de su boca me partía el corazón. —Hizo una pausa—. Y ha habido un episodio horrible en que me ha sonado el móvil porque me ha llamado Mariu y… y él se me ha acercado y me ha dicho que le

parecía insólito que yo tuviera esa melodía como tono de llamada, que era un tema que le encantaba… —balbuceó entre lágrimas—. Joder, Félix, es que es nuestra canción… ¿sabes? Es la canción que él eligió para los dos…

—Juls…

—Y está… tan guapo como siempre —le interrumpió—. Y parece feliz… Y no se acuerda de mí. He… he desaparecido de su memoria… y de su vida… —Se rompió del todo y un llanto silencioso la sacudió.

—Joder, Juls, no me gusta nada escucharte así. ¿Estás sola ahora? —preguntó él.

—Sí.

—Dame la dirección y voy para allá —habló con determinación.

—¡No! —protestó, irguiéndose.

No era la primera vez que él insistía en estar a su lado. Cuando le contó que iba a ir a Benidorm, él se ofreció a ir con ella, pero lo rechazó categóricamente. Félix ya tenía bastante con ocuparse de su negocio.

—Puedo con esto —prosiguió, tragándose las lágrimas—. De verdad. Solo necesitaba contárselo a alguien. Desahogarme. Pero… puedo con ello.

—No quiero que estés sola, Juls.

—Confía en mí —dijo e hizo de tripas corazón, imprimiendo serenidad a su voz—. Además, sé lo atareado que estás. Me sentiría horrible si ahora lo dejases todo y vinieras. En realidad, creo que mañana volveré a Madrid. Aquí no pinto nada.

Le dolía admitirlo, pero era la verdad.

—Es una putada lo que te está pasando, peque. No tengo palabras. ¿Qué dicen los médicos? ¿Sabes algo?

—No sé más que lo que ya te conté. Lo que me dijo Erika.

—Me parece tan descabellado. Cosas así solo pasan en las películas.

Eso mismo había pensado ella. Algo así era inimaginable en la vida real. Sin embargo, estaba sucediendo. Le estaba pasando a ella.

Cerró los ojos, cercenada por la tristeza, pero tragó saliva y se forzó a guardar la compostura. No quería que su hermano se preocupara todavía más por ella.

—Mañana te llamo y te cuento lo que decida. Ahora estoy agotada y solo me apetece irme a la cama.

—Está bien —repuso él con reticencia—. Sabes que puedes llamarme siempre, peque. Da igual la hora. Hazlo.

Prometiendo hacerlo, se despidió y cortó la comunicación. Luego, dejó el móvil en la mesita que había frente al sofá. Le había prometido a Mariu que la llamaría, pero no tenía ganas.

Su hermano era maravilloso. Se sentía muy afortunada de poder contar con él. Siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Sabía que solo tenía que haber dicho *sí* y él se habría presentado en Benidorm en unas horas. Félix era así. No obstante, pese a que hablar con él le había resultado reconfortante, deseaba estar sola. Lo necesitaba para poder ordenar sus pensamientos y tomar una decisión.

Se tumbó, apoyando la cabeza sobre uno de los cojines de flores, y fijó la vista en el oscuro techo, barajando sus posibilidades.

Podía quedarse unos días más e intentar ver a Jorge otra vez. Quizá un nuevo encuentro se desarrollase de otra manera. Algún recuerdo podía acudir a él cuando se viesen. Todo era posible, ¿no?

«Vuelves a hacerte ilusiones estúpidas», le dijo una vocecita muy lógica.

Suspiró.

También podía regresar a Madrid y aguardar los acontecimientos. Quizá él recuperase sus recuerdos en unos días o en unas semanas. Y cuando lo hiciera, contactaría con ella, sin dudarlo.

«¿Y si no lo hace? ¿Y si no recobra la memoria?», volvió a manifestarse la misma voz.

¡No podía pensar eso!

Tenía que creer que él sí volvería a recordarla. Quizá llevara algo más de tiempo, pero la recordaría, se dijo. Jorge se acordaría de su historia. ¡Una historia tan especial no podía desaparecer sin dejar rastro!

—Ah, Jorge…

El nombre abandonó su boca con un gemido ahogado.

Se acurrucó en el sofá, sintiéndose la persona más diminuta del planeta, y se cubrió la cara con las manos. Le ardían los ojos y sabía que iba a comenzar a llorar de nuevo. Hacía un siglo que no lloraba tanto. No solía hacerlo.

Pero se sentía tan miserable…

Pronto, las lágrimas corrieron sin control por sus mejillas.

Jorge

Hacía tiempo que todos se habían marchado y solo Diego y él seguían sentados en una de las tumbonas del jardín. Su hermano se acababa de abrir una cerveza y él continuaba con otro de los aburridos refrescos.

La noche había caído y el cielo se mostraba oscuro y libre de nubes. Multitud de estrellas titilaban en él. Pese a que el mes de diciembre se hallaba en su ecuador no hacía demasiado frío para esa época del año y ambos se encontraban en mangas de camisa.

Hacía al menos diez minutos que ninguno de los dos pronunciaba palabra. El silencio solo se veía interrumpido por el apagado sonido de la televisión que llegaba desde dentro de la casa.

Jorge observó a su hermano de reojo. Diego tenía una expresión meditabunda en el semblante y semejaba estar muy lejos de allí en ese momento. Se preguntó qué estaría barruntando. Solía ser bastante hermético, si bien con él tenía mucha confianza. Al menos así había sido antes. ¿Habrían cambiado las cosas entre ellos?

Era una mierda no poder recordar.

—Oye, Diego —comenzó—. Nosotros siempre hemos tenido una buena relación… —se detuvo porque no tenía ni idea de cómo continuar.

Su hermano le miró con el ceño fruncido.

—Claro —asintió. Su perplejidad era notoria.

Jorge resopló. A veces le resultaba muy complicado trasladar a palabras lo que tenía en la mente. Era quizá porque no terminaba de comprender ese vacío que había en su cerebro. De algún modo, todos habían avanzado menos él. Y era muy consciente de ello, sobre todo en días como ese en el que la familia y los amigos se reunían y hablaban de sucesos que le eran ajenos, aunque había estado presente. Aquello le causaba una inseguridad que no le gustaba ni un ápice.

—¿Estás bien? —La voz de Diego llegó hasta él.

—Joder, no empieces tú también —protestó, alzando una mano con exasperación—. Estoy bien. Es solo que todo esto es un poco confuso.

—¿Cuándo tienes otra cita con la psicóloga?

—El jueves.

—Coméntaselo.

Asintió y volvió a llevarse la lata de refresco a la boca. Dio un buen sorbo.

—Lo haré —terminó por decir.

Pasaron un par de minutos en los que ninguno dijo nada. La conocida música de un anuncio de perfume que provenía de la tele llegó hasta ellos.

—¿Por qué has dicho eso de que si teníamos una buena relación? —preguntó Diego al cabo de un lapso de tiempo.

—Es una tontería. —Se encogió de hombros—. Pero el tener este puñetero agujero en la memoria me hace sentir extraño. Te estaba mirando y te he visto muy serio y pensativo y me he preguntado si todavía seguiríamos teniendo la misma confianza el uno en el otro. —Hizo una breve pausa—. No me hagas mucho caso. Sé que si las cosas hubieran cambiado mucho entre nosotros me lo habrías dicho.

Aunque intentó pronunciar la última frase con firmeza, esta abandonó su boca con una entonación dubitativa que no le gustó mucho. Demasiada vulnerabilidad.

—Nada ha cambiado entre nosotros, Jorge —le tranquilizó Diego—. Seguimos igual de unidos y seguimos contándonos nuestras cosas. Bueno, tú hablas bastante más que yo. Ya sabes que a mí siempre me ha costado más abrirme, aunque si lo hago, es contigo. Eres mi persona de confianza. Lo sigues siendo.

Jorge le lanzó una fugaz sonrisa aliviada.

—¿Por qué estabas tan callado? Parecías preocupado por algo.

Diego bajó la barbilla y se concentró en el césped. Suspiró fatigado.

—Poco antes de tu accidente me preguntaste lo mismo y yo te esquivé, ¿sabes? —reconoció sin alzar la vista—. Te dije que tenía un problema sentimental, pero no profundicé.

—¿Y vas a profundizar ahora?

—Creo que no —dijo con una sonrisa displicente.

—Capullo —comentó Jorge y le pegó un suave puñetazo en el hombro.

—La verdad es que me he enamorado de la persona equivocada y no sé muy bien qué va a salir de todo esto —admitió, justo antes de llevarse la cerveza a la boca.

Jorge le miró con insistencia, tratando de extraer más información de su rostro, sin éxito.

—¿Puede ser que te hayas enamorado de un hetero? —tanteó.

—Puede ser.

—Joder…

—Exacto. Joder.

—¿Quieres contarme algo más?

—No.

Jorge no insistió. Sabía que era inútil. Si Diego quería desahogarse con él, lo haría a su debido tiempo.

Desvió la vista hacia el interior del chalet. Desde donde estaban sentados no podían ver gran cosa del salón, que estaba en penumbra, solo el reflejo azulado de la televisión. Sus padres se habían ido a la cama hacía un rato. Solo Erika y Lukas permanecían levantados, viendo una serie de Netflix.

—Jorge.

La voz de Diego le llevó a girar la cabeza.

—¿Sí?

—Espero que recuperes tus recuerdos.

—A mí también me gustaría, pero si no es así, no voy a agobiarme. Ya lo he hablado con la psicóloga y me ha dicho que cabe la posibilidad de que no vuelvan nunca —dijo al tiempo que

chasqueaba la lengua—. Tengo que aprender a vivir con lo que me ha tocado. Si vuelven, bienvenidos sean. Si no…, pues no… ¿De verdad me he perdido tantas cosas interesantes? —preguntó con sorna.

Diego no reaccionó como él había esperado. En lugar de devolverle el gesto, bajó la mirada hacia su botella. De repente, se mostraba tenso.

Jorge estudió el perfil de su hermano con suspicacia.

—¿Hay algo que no me hayáis contado? —inquirió.

Diego volvió a darle un trago a su cerveza. Evitaba mirarle.

—Vale —masculló Jorge—. Está claro que sí. ¿Qué es? ¿Algo muy duro?

—No. No vayas por ahí —negó—. Es… que estabas saliendo con una chica…

Jorge arrugó la frente y se pasó la mano por el mentón. Aquello sí que le acababa de descolocar.

—¿Estaba saliendo con una chica? —repitió en voz baja. Todavía no terminaba de asimilar esa información.

—Sí.

—Bueno… Me sorprende que no me hayáis dicho nada antes.

—La doctora Carmena pensó que era mejor no presionarte con demasiada información de primeras. Nos dijo que a lo mejor lo recordabas por ti mismo. Que te diéramos tiempo.

—Tiempo. Solo escucho eso últimamente —suspiró—. Es un poco raro todo esto.

—Lo es —le dio la razón Diego.

Jorge carraspeó y vació la lata de un último trago antes de arrugarla y dejarla sobre la tumbona, a su lado. Se frotó las sienes con los dedos mientras trataba de ordenar sus pensamientos, pero no pudo. Tenía la mente en blanco.

—Ni siquiera puedo decir que sea una putada haberla olvidado. A fin de cuentas, no recuerdo nada de nada. ¿Íbamos en serio?

—Creo que sí. No hacía mucho tiempo que os conocíais, pero estabas muy entusiasmado. Hablabas de ella todo el rato.

—¿Tú la conocías?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué te parecía?

—Me caía bien —admitió. Se miraron durante unos segundos—. Te hacía feliz.

¡Joder!

El último recuerdo romántico que pululaba por su cabeza estaba protagonizado por Claudia el día que fue a recogerle al aeropuerto. Se habían besado en el parking. Todavía podía recordar el beso con nitidez, pese a que hacía casi dos años de aquello.

Para él solo hacía unos días.

¡Qué grotesco era todo!

Apartó la vista y la paseó por el jardín sin detenerla en ningún lugar en particular. Cerró los ojos con fuerza y se agarró con las manos al borde de la tumbona mientras trataba de hacer memoria y de concentrarse. Quizá, en algún lugar de su cerebro hubiese una mirada o una caricia especial, una risa, alguna conversación o algo importante que le devolviera la imagen de esa chica de la que hablaba su hermano…

Nada. No había absolutamente nada.

Podía notar cómo una fina película de transpiración cubría su frente. Su respiración se aceleró y un nudo de grandes proporciones se formó en su estómago y fue subiendo hacia su pecho.

—¿Jorge? —Su hermano posó la mano sobre su antebrazo, provocándole un respingo.

—Estoy bien —farfulló—. Es que me he agobiado. Es la jodida ansiedad.

Se puso de pie con precipitación y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Inhaló y exhaló, tratando de no hiperventilar.

—Joder, no quería desestabilizarte. No tenía que haberte dicho nada —musitó Diego a su lado, incorporándose también.

—No. Has hecho lo correcto —jadeó—. Soy yo el que necesita tiempo para procesarlo. Creo que me voy a ir a la cama, pero antes voy al baño.

—¿Te acompaño?

No quería preocupar a su hermano por lo que fingió una sonrisa que le acartonó la cara.

—Claro, y me la sujetas, también —se burló.

Diego bufó, pero no dijo nada.

Echaron a andar y abandonaron el jardín para internarse en el interior del chalet. La mortecina luz del televisor les mostró que tanto Erika como Lukas se habían quedado dormidos en el sofá.

Jorge pudo notar los inquisitivos ojos de Diego sobre su espalda mientras se encaminaba al aseo que había junto a la cocina. Se encerró en la pequeña estancia y apoyó la espalda contra la puerta, cogiendo una ruda bocanada de aire y expulsándola a trompicones. No se molestó en encender la luz; permaneció allí en penumbra e intentó hacerse dueño de su caos mental.

Recordando algunas técnicas de relajación, frunció los labios como si fuera a apagar una vela y trató de regular su respiración, al tiempo que visualizaba una escena relajante: una playa tropical con arena blanca y un límpido cielo azul. La brisa agitaba las copas de las palmeras y unas gaviotas surcaban el cielo… El sol se reflejaba sobre el mar, arrancándole destellos dorados…

Inspiró y espiró profundamente unas cuantas veces.

Con mucha lentitud, empezó a notar cómo los latidos de su corazón se ralentizaban y cómo sus pulmones tenían menos dificultad para retener el aire.

El momento crítico había pasado.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí dentro cuando escuchó unos golpes en la puerta seguidos por la alterada voz de su hermano.

—¿Jorge?

—Ya salgo. No te preocupes. Vete a la cama, si quieres —respondió y le sorprendió que sus palabras se escucharan tan firmes.

Solo unos instantes después, escuchó los pasos que se alejaban. Desde que le dieran el alta, Diego había tomado por costumbre pasar casi todas las noches en el chalet familiar y no regresar a su piso.

Abrió el grifo, introdujo las manos debajo del chorro de agua y se humedeció la cara con ellas, agradeciendo el frescor del transparente líquido sobre su acalorada piel.

Estabas saliendo con una chica. Te hacía feliz.

¿De verdad había estado enamorado? ¿Quién era ella? ¿Cómo se habían conocido? ¿Cuánto tiempo habían estado juntos? Y lo más importante, ¿dónde estaba ahora? ¿Por qué no había contactado con él?

Nada tenía sentido.

Dejando escapar un suspiro frustrado, abandonó el aseo y se dirigió a su habitación. Lukas y Erika seguían en el sofá y Diego no estaba por ninguna parte. Supuso que le habría hecho caso y se habría ido a dormir. A fin de cuentas, al día siguiente era lunes y tenía que

madrugar.

Se encerró en su cuarto, tomó asiento en el borde de la cama y trató de digerir la información que le había caído encima de improviso. Intentó hacerse a la idea de que, supuestamente, quería a una mujer. Una mujer de la que no se acordaba.

Aquello era una puta locura.

Se incorporó y comenzó a dar paseos por el dormitorio. No había mucho espacio, ya que sus padres, cuando él se independizó, lo habían convertido en una especie de despacho/habitación multiusos. Ahora, además del sofá cama, había un escritorio y diversas estanterías llenas de archivadores y carpetas.

La curiosidad por saber algo más de esa chica hizo presa en él y estuvo tentado de ir en busca de su hermano para interrogarle, pero se reprimió. Podía extraer información de otro sitio.

Su vista se posó sobre la mesilla. Allí, conectado al cargador, estaba su móvil.

Bueno, en realidad no era el suyo. Ese había quedado dañado en el accidente. Mientras lo reparaban —lo habían enviado a la fábrica porque todavía estaba en garantía— estaba utilizando uno antiguo de Lukas. Ni siquiera se había molestado en sincronizar los contactos ni en bajarse ninguna aplicación porque era algo provisional.

Se acercó al dispositivo y lo desconectó del cable. Echó un vistazo a la galería de imágenes que, por supuesto, estaba vacía. Después de eso, se descargó la aplicación de mensajes y espero hasta que estuvo instalada. El teléfono le preguntó si deseaba sincronizar la cuenta y pulsó *Aceptar*.

Quizá tenía que haberlo hecho antes, pero demasiadas cosas ocupaban su cabeza.

El móvil comenzó a emitir pitidos según las notificaciones iban entrando. Se fueron acumulando una tras otra hasta alcanzar la cifra de doscientas diez. Aquello le hizo suspirar. Sin embargo, no se amilanó y empezó a cribar los textos con rapidez, ignorando los de sus amigos y compañeros de trabajo, con los que ya había hablado. Pronto, llegó a un contacto que tenía como foto de perfil una puesta de sol. Estaba guardado como J♥.

Estaba claro que era ella, solo podía ser ella.

¿J? ¿Cómo se llamaría? ¿Jimena, Julia, Jennifer, Judith…? Recordaba que en el instituto tuvo una compañera cuyo nombre era Jessica…

Se le secó la boca y pestañeó con agitación antes de acceder a sus wasaps. Los dos últimos tenían la fecha del día de su atropello.

Has perdido el bus?

Estoy un poco preocupada. Llámame cuando puedas.

¿El bus? ¿Qué bus?

Con la frente arrugada por la incomprensión, deslizó el dedo por la pantalla y fue leyendo los textos. Aparentemente, ella vivía en Madrid y él había planeado ir a verla. Un viaje que quedó truncado por su accidente.

Había muchas conversaciones entre ellos. Algunas eran cortas, apenas un par de frases que no desvelaban demasiado de ninguno de los dos, pero otras eran extensas y llenas de comentarios divertidos e irónicos.

Jorge se tumbó bocabajo sobre la cama y continuó indagando mientras se empapaba de la lectura, fascinado. Era raro. Era como adentrarse en una relación de dos desconocidos. Si bien podía reconocerse en el estilo de algunas frases que esa persona —que era él— le había dedicado a esa chica, otras le resultaban completamente ajenas.

Buenos días, preciosa. Anoche soñé contigo y esta mañana me he despertado pensado en ti.

¿Desde cuándo era tan sentimental?

Ninguno de los dos, en ningún momento, pronunciaba la palabra amor. No se decían que se querían. Sin embargo, muchos de los mensajes rebosaban cariño y una gran dosis de sentimiento y pasión. Era evidente que aquellas dos personas estaban enamoradas.

Te has convertido en alguien muy importante para mí. No quiero que esto se acabe. No quiero estar sin ti.

¡Eso lo había escrito él!

Una sensación de ahogo se le formó en el pecho y tuvo que dejar el aparato a un lado mientras cogía aire y volvía a expulsarlo con lentitud. Por más que intentaba ponerle cara a esa mujer, a esa J a la que, indudablemente, había amado, era del todo imposible.

¡Mierda!

Irritado, se levantó y se llevó las manos a las sienes mientras sus ojos seguían clavados sobre el teléfono.

Unos golpes en la puerta le hicieron girarse con brusquedad. Vaciló unos instantes. No quería hablar con nadie. Necesitaba estar solo para asimilar su descubrimiento.

Los golpes se repitieron.

De dos zancadas, se acercó a la hoja de madera y la abrió.

La cara preocupada de Diego se mostró en el umbral.

—¿Todo bien?

No. No estaba bien. Estaba confundido y alterado.

—Sí —mintió—. Solo estoy algo cansado.

El escepticismo se dibujó en las facciones de su hermano.

—¿Seguro? Si quieres que hablemos de eso que hemos comentado en el jardín…

—¡No! Solo quiero acostarme, de verdad.

—Si necesitas algo…

—Lo sé —rechazó con un gesto y una sonrisa distraída—. No te preocupes y vete a la cama que mañana tienes que madrugar.

—Vale, pero…

—Que sí. Que si te necesito, te llamaré. Hasta mañana.

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Se sentía raro. Como si su piel hubiera encogido y fuese demasiado pequeña para contenerle. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo estaban activas y electrificadas.

Jamás había experimentado algo así.

No sabía por qué le había ocultado a Diego su descubrimiento sobre J. Con toda seguridad, su hermano sabría mucho más sobre ella y podría haberle preguntado. Pero cuando le tuvo delante, una sensación de rechazo le embargó y le llevó a guardar silencio sobre lo que acababa de encontrar. No quería hablar de ella con nadie, al menos por el momento. J era solo suya y no deseaba compartirla.

Quería descubrirla él solo.

Se frotó los ojos, tratando de comprender por qué estaba reaccionando de esa manera tan poco propia de él, pero no halló respuesta. Tendría que consultárselo a la psicóloga en su próxima cita.

Ansioso, se acercó a la cama y cogió el teléfono de nuevo, centrándose en los textos con avidez y analizando cada palabra. J era divertida, sin duda. Tenía ingenio y muy buen humor. Se burlaba de él constantemente y le provocaba. Y él se comportaba del mismo modo. Al llegar a un intercambio de wasaps que se habían escrito en forma de rima, soltó una risa excitada. Los dos

eran encantadoramente absurdos y parecían estar muy compenetrados.

Le gustaba aquella desconocida.

Descubrió que la relación, si bien intensa, fue muy breve. Habían estado juntos unas seis semanas, de las cuales solo se vieron quince días. Resultaba curioso que hubieran profundizado tanto y estuviesen tan locos el uno por el otro en un espacio tan corto de tiempo.

Lamentablemente no había ninguna imagen de ella. Encontró un par de archivos, pero cuando intentó abrirlos, no pudo. Debían de estar almacenados en su otro móvil, pero hasta dentro de unos días no podría recuperarlo.

Se tiró sobre el colchón y trató de imaginársela. ¿Qué aspecto tendría? ¿Sería rubia o morena? ¿Delgada o rellenita? ¿Alta o baja? ¿De qué color tendría los ojos?

La opresiva muralla de oscuridad que se alzaba ante él cada vez que intentaba arañar su memoria en busca de algún recuerdo perdido le impidió ver nada.

Era insoportable y muy exasperante.

Mientras aferraba el teléfono con fuerza contra su pecho, elevó los párpados y extravió la mirada en algún lugar de la pared.

Había una cosa de la que sí estaba convencido.

J tenía que sonreír con frecuencia.

Estaba seguro.

«Ahora tienes su número. Puedes comprobarlo contactando con ella. Llámala».

El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando aquel pensamiento acudió a su mente. ¿Contactar con ella? Pero ¿qué podía decirle?

Hola, soy Jorge, el hombre con el que tienes una relación. Sí, ya sé que nos amábamos, pero me he olvidado de ti.

Resopló. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

¿Y si la veía y no sentía nada? O… peor todavía, ¿y si se encontraba con ella y descubría que no le gustaba en absoluto?

¡Joder! ¡Qué complicado era todo!

Se irguió en la cama y se echó hacia atrás para apoyar la espalda contra el cabecero. Luego volvió a abrir la aplicación y releyó una de las conversaciones de nuevo, una que habían mantenido cuando ella estaba ya en Madrid.

Jorge: Tengo ganas de besarte. Lo echo de menos.

J: Y yo. Tus besos son… ufff, no tengo palabras.

Jorge: Tan bueno soy?

J: Eres el mejor.

Jorge: Lo sabía.

J: Jajaja, qué creído.

Jorge: Creído no, realista, nena.

J: En este caso tengo que darte la razón. Besas de muerte.

Jorge: Qué es lo que más te gusta?

J: Que me mordisquees los labios.

Jorge: Es que es inevitable. Tus labios son impresionantes, los labios más apetecibles del universo. Mándame una foto.

J: De mis labios?

Jorge: Sí. Bueno, no, espera y te hago una videollamada.

J: Genial.

Dejó caer el móvil sobre el colchón y terminó por llevarse el dedo índice a la boca. Se

acarició los labios con abandono.

Los labios más apetecibles del universo.

¿Cómo serían sus besos?

Capítulo 25

Juls

A pesar de que regresar a Madrid habría sido lo más sencillo, se quedó en Benidorm. Tomó la decisión después de asegurarse de que su padre estaba bien y ni él ni su madre la necesitaban. Trató de convencerse a sí misma de que era lo más acertado, al menos hasta que tuviese una nueva oportunidad de volver a ver a Jorge. Sus esperanzas eran ínfimas, mas no podía rendirse con tanta facilidad. Tenía que intentarlo otra vez.

Desde el domingo no había vuelto a dormir en condiciones. Se acostaba temprano, pero solo podía agitarse en la cama de un lado a otro, rompiéndose la cabeza sobre cuál debía de ser su proceder en todo ese asunto. El amanecer solía encontrarla despierta y agotada, sin haber llegado a ninguna conclusión definitiva.

Y ya era jueves.

La hora de ver a Jorge estaba a solo diez minutos de distancia.

Fue idea de Erika el propiciar un encuentro entre ella y su hermano en esa cafetería, a la que Juls hacía rato que había llegado. Incapaz de esperar en el apartamento, se presentó allí con una hora de antelación, con todos los nervios del mundo alojados en su interior.

Una hora que se le había hecho eterna.

Frente a ella, sobre la mesa blanca, se podía ver una taza vacía —la del tercer café— y los restos de una servilleta de papel, que había destrozado y convertido en cachitos. Tomar tanta cafeína fue una idea pésima que resultó ser poco conveniente para su ya maltrecho estado de ánimo. Notaba la respiración acelerada y su pierna derecha se movía convulsivamente.

Hizo una señal a la camarera y le pidió una botella de agua.

Sus ojos se posaron sobre el reloj que había colgado sobre la barra. ¿Solo había pasado un minuto desde la última vez que había mirado?

Nueve minutos para las siete y media.

Durante esos cuatro de días de crispada espera, no había hecho gran cosa, limitándose a permanecer en el piso y a indagar online sobre la pérdida de memoria. Había leído cientos de entradas sobre la amnesia retrógrada y muchos casos de pacientes reales. Algunos habían recuperado sus recuerdos a los pocos días o a las pocas semanas de haber sufrido un traumatismo craneoencefálico. Aunque también se había topado con algunos artículos que hablaban de personas que nunca habían recobrado la memoria.

Se negaba a creer que Jorge pudiera encontrarse entre esos últimos.

Habló también con Mariu, buscando información más profesional, pero su amiga resultó ser de poca ayuda. No se había especializado en psicología clínica y no dominaba el tema. No obstante, le proporcionó varias direcciones donde poder recabar más información. Sin embargo, después de haberse pasado horas investigando, seguía igual de perdida que al principio. Cada caso era diferente y tanto la evolución de una amnesia como su resolución eran algo imprevisible.

En apariencia, era una cuestión de fe.

Ella nunca había sido una mujer de fe.

La chica que atendía las mesas le trajo la botella de agua y un vaso. Juls se lo agradeció con un gesto antes de volver a mirar la hora.

Faltaban seis minutos.

Su móvil comenzó a sonar, sobresaltándola. Echó un rápido vistazo y vio que se trataba de Sergio. No había vuelto a saber nada de él desde aquel día en que fue a buscarla a su piso, y de eso hacía más de un mes. Frunció el ceño, irritada, antes de desviar la llamada al buzón de voz. No tenía ganas de hablar con su ex por mucho que hubieran hecho las paces.

Con agitación, se retocó el pelo, pasándose los dedos por el flequillo. Se había mirado al espejo veinte veces antes de salir del piso y sabía que tenía buen aspecto. Llevaba unos vaqueros negros muy ajustados y un jersey marrón con el cuello de pico que hacía juego con sus botas de ante. No se había molestado en peinarse y había dejado que los cortos mechones le cayeran descuidados sobre la frente. También se había maquillado con mucho cuidado, poniendo especial atención a la sombra de ojos, de un sutil tono tostado que hacía que su mirada pareciese misteriosa. Al menos eso pensaba ella.

Quería estar perfecta.

El local estaba decorado acorde a las fechas en las que se encontraban: un alto árbol de Navidad cargado de bolas doradas adornaba el fondo y tiras de lucecitas blancas parpadeantes colgaban del techo por todas partes. Casi todas las mesas estaban ocupadas y reinaba un agradable bullicio. Se notaba que el establecimiento era popular, aunque no era sorprendente; sus amplios ventanales daban directamente a la playa y se podían ver las olas rompiendo sobre la costa a unos cien metros de distancia.

Pese a que hacía ya tiempo que había anochecido y la temperatura había descendido varios grados, todavía había bastante gente paseando por la acera, junto al arenal. Desde donde estaba sentada, en uno de los cómodos sofás que había en un lateral, podía atisbar toda la calle, por lo que cuando Erika y Jorge se acercaran al local, los vería inmediatamente.

Hacía dos días que Erika le había hablado de su plan y ella estaba lo suficientemente desesperada como para no poner ni una sola pega y aceptar participar en él. El jueves era el día en que Jorge tenía que acudir a terapia a Alicante y su hermana, la encargada de llevarle. A la vuelta, se pasarían por la cafetería donde los estaría esperando Juls. No tenía ni idea de qué excusa habría puesto Erika, eso lo dejaba en sus manos.

Ella bastante tenía con respirar.

Cuatro minutos.

Erika había tratado de convencerla de que le revelase su verdadera identidad a Jorge, pero ella se había negado con rotundidad. Lo último que deseaba era ponerle en un compromiso o desestabilizarle. Quizá más adelante.

Desprecintó la botella de agua y vertió algo de su contenido en el vaso.

Por el rabillo del ojo distinguió un movimiento en el exterior. Era el inconfundible todoterreno de Jorge —Turbo— que se había detenido frente a la cafetería y que daba marcha atrás para aparcar en uno de los huecos que había al otro lado de la calzada.

Dejó la botella sobre la mesa, temiendo que el agua se le derramara, y tragó saliva con fuerza.

El momento había llegado.

Se echó hacia atrás en el sofá y terminó medio tumbada. La postura le resultó ridícula así que volvió a erguirse al tiempo que se retorcía las manos en el regazo.

Erika era una excelente conductora y consiguió estacionar a la primera, sin hacer muchas maniobras. La vio emerger del vehículo con sus cabellos dorados libres sobre los hombros, pero Juls solo tenía ojos para la puerta del copiloto, que quedaba justo al otro lado. La cabeza de Jorge no tardó en asomar por encima del techo del Patrol. Tenía el pelo algo alborotado como si se

hubiera pasado los dedos por él. Pronto, todo su cuerpo se mostró en su campo de visión.

Juls se bebió su imagen y se detuvo en su amplia sonrisa. Su hermana debía de haberle dicho algo divertido porque la sonrisa se convirtió en una fugaz carcajada.

El calor se le concentró en el abdomen.

La risa de Jorge era simplemente maravillosa.

Vestía informalmente con vaqueros azules muy desgastados, deportivas y una cazadora marrón de cuero con la cremallera a medio bajar por la que asomaba lo que parecía ser un polo blanco.

¿Se podía estar más guapo?

No. No se podía.

Jorge Alba era un regalo para la vista.

Los vio cruzar la calle y acercarse a la cafetería. Por primera vez, se fijó también en Erika, su aliada, que se estaba recogiendo el pelo en una coleta mientras le daba un codazo a su hermano, que este devolvió de modo juguetón.

Juls se preguntó qué le habría dicho para convencerle de que la acompañara hasta allí.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca.

Lo iba a averiguar en solo unos segundos.

Jorge

—¿Te molesta si me acerco a un sitio antes de ir a casa?

La pregunta de Erika llegó de improviso y le sacó de su ensimismamiento. Apenas habían hablado en la última media hora; se habían limitado a escuchar la radio.

—¿A un sitio?

—Eh, sí. Es que he quedado con mi amiga Juls para darle una cosa que me prestó.

¿Juls? Era la chica del domingo pasado, la del pelo corto que se parecía a Campanilla.

—Por mí, perfecto. —Se encogió de hombros—. No tengo ni prisa ni planes.

—Me está esperando en una cafetería. ¿Te molesta si nos tomamos algo con ella? Algo rapidito.

—Vale —asintió algo ausente.

Fijó la vista en la carretera. Hacía tiempo que estaba envuelta en sombras que los potentes faros de su coche se empeñaban en romper. El cartel que anunciaba que quedaban tres kilómetros para la salida que debían tomar pasó ante sus ojos. El trayecto desde Alicante apenas había durado media hora; a Erika le gustaba pisar el acelerador y se le daba bien manejar a Turbo.

Jorge volvió a embeberse en sus pensamientos. Continuaba dándole vueltas a la sesión que acababa de tener con la doctora Carmena.

Le había hablado de J.

Le había contado todo lo que había descubierto.

Ella le escuchó en silencio y le dejó hablar sin interrumpirle. Cuando terminó, se limitó a preguntarle que qué deseaba hacer. Y no había podido responderle. Estaba hecho un lío. No sabía por qué tenía miedo de enfrentarse a su *supuesta novia* si él era una persona decidida y valiente. Jamás se había sentido atemorizado por nada y aquella desacostumbrada sensación le avergonzaba un poco. También le habló del comportamiento que había tenido frente a Diego y su decisión de ocultarle lo que había averiguado. No se explicaba el porqué de su infantil actitud.

La psicóloga le aconsejó que no fuera demasiado duro consigo mismo, ya que estaba atravesando una situación totalmente desconocida y cualquier reacción era normal. El cerebro del

ser humano era impredecible. No había una manera correcta o incorrecta de proceder.

No puedo decirte lo que debes o no debes hacer. La respuesta a eso la tienes tú. Yo solo puedo ayudarte a lidiar con las consecuencias. Pero creo que enfrentarte a esa chica podría ser beneficioso para ti.

—Estás ido hoy —comentó Erika, rompiendo el silencio—. No has dicho nada en todo el camino. ¿Qué tal con la psicóloga?

—Bien. Me gusta.

—¿Te ayuda?

—Pues no sé. Supongo que sí.

—¿Has recordado algo?

Dejó escapar un suspiro. Era la pregunta del millón.

—No. Nada.

De nuevo hubo un silencio entre ellos.

Las ganas de preguntarle algo sobre la misteriosa J le sobrepasaron. Estaba seguro de que, si Diego sabía sobre esa chica, su hermana también estaría al tanto de todo. No obstante, no dijo ni una palabra. Al día siguiente tenía que recoger su móvil —le habían avisado de que ya estaba reparado— y estaba convencido de que hallaría imágenes de ella allí, quizá incluso algún vídeo. La ansiedad podía con él y no quería que su primera impresión de J quedara contaminada por la información que pudiesen proporcionarle sus hermanos. Estaba ansioso por descubrirla a solas.

Todo lo que sabía sobre ella a través de los mensajes le gustaba. Mucho.

¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Esperando a que recuperase sus recuerdos y contactara con ella? ¿Sería consciente de que él la había olvidado?

—¿Te ha jodido lo del trabajo en el Oceanográfico? —le preguntó Erika.

Al parecer, hacía unos meses había hecho una entrevista para trabajar en el Oceanográfico de Valencia y hacía dos días le habían contactado para contratarle, algo que, en su situación actual, no era factible. No podía decir que lamentara haber perdido esa oportunidad porque ni siquiera sabía qué le había movido a solicitar aquel puesto. Él era feliz en la escuela de buceo.

—Pues no mucho. ¿Estaba descontento en la escuela?

—En realidad, no. Quizá un poco cansado de los horarios y de trabajar los fines de semana. —Hizo una pausa antes de añadir—: ¿Echas de menos trabajar? ¿Te aburres en casa?

—Me he visto el catálogo completo de pelis de Netflix —se rio—. ¿Tú qué crees?

—Siempre puedes limpiar mi habitación.

—Ahora recuerdo por qué me independicé —resopló.

—¿Piensas volver a irte?

—Puede.

Todavía no había ido ni una sola vez al apartamento que tenía alquilado y no se había planteado dejar la casa de sus padres, pero no descartaba volver a mudarse en las próximas semanas.

Habían llegado al peaje y Erika detuvo el coche frente a la máquina para pagar. Al fondo a la derecha, los altos edificios iluminados de Benidorm destacaban contra el oscuro cielo crepuscular.

—¿Dónde has quedado con tu amiga? —le preguntó.

—En el Nevada.

Hacía un siglo que no iba a esa cafetería. Estaba en la playa de Poniente, en primera

línea, y tenía unas vistas increíbles.

—¿Qué es lo que tienes que darle?

—¿Cómo?

—Antes me has dicho que habías quedado con ella para darle una cosa.

—Sí, claro. Eh… Bueno…

La miró de reojo. Su hermana no solía reaccionar así, pero era evidente que se había puesto nerviosa.

—Vale, ¿qué pasa?

—No pasa nada. No sé a qué te refieres.

—Ya —soltó con ironía—. Bueno, ¿qué es lo que tienes que darle?

—Una cazadora —respondió, concentrada en la carretera, como si el tráfico fuera denso cuando el suyo era el único vehículo que circulaba por el vial a esa hora.

La contempló con escepticismo, pero no pudo comentar nada más porque su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y vio que era Diego.

—¿Qué pasa, Dieguito? —respondió.

—¿Estás ya en casa? Yo voy para allá. ¿Nos tomamos algo por ahí?

—Llegas tarde —rechazó—. Estamos volviendo de Alicante y vamos camino del Nevada. Erika ha quedado allí con una amiga suya.

—¿Con qué amiga?

—Con la rubita del domingo. Con esa tal Juls.

—Ah…

Jorge frunció el ceño cuando su hermano no añadió nada más. Su monosílabo había sonado extraño.

—¿Quieres pasarte?

—Puede. Me lo pienso. Luego te llamo.

Y la comunicación se cortó.

Jorge se quedó mirando el teléfono con el ceño fruncido. Últimamente todo el mundo reaccionaba de un modo muy raro, ¿o era él el que había cambiado y estaba hipersensible?

—¿Qué dice? —le preguntó Erika.

—Que a lo mejor viene. No lo sabe todavía.

Habían llegado a su destino. Las luces de las potentes farolas iluminaban el arenal. En verano, incluso a aquella hora, solía haber gente en la playa jugando a la pelota, paseando o disfrutando del ambiente, pero ahora estaba desierta.

Avanzaron hasta el final de la calle, donde se encontraba la cafetería. Había bastantes huecos libres para aparcar y su hermana lo hizo como una campeona, en uno bastante pequeño. Erika era un puñetero crack con cualquier tipo de vehículo.

—Lo has dejado demasiado lejos de la acera —la provocó cuando ambos descendieron del Patrol.

—Claro, supongo que para los tíos diez centímetros son algo gigantesco —se burló ella.

—Se acerca más a los treinta —se jactó, acariciándose el labio inferior con el pulgar.

—Pfff… Demasiada información —repuso mientras le daba un codazo.

Jorge se rio y se lo devolvió mientras atravesaban la calzada. Sus ojos se desviaron hacia los amplios ventanales del Nevada. El interior del local estaba lleno de gente, como siempre. Su hermana se adelantó y abrió la puerta. Se detuvo justo a la entrada y repasó las mesas hasta que encontró la que buscaba. Luego echó a andar hacia allí. Él la siguió.

La amiga de Erika estaba en la zona de sillones bajos. Se había puesto de pie al verlos

entrar. Por un instante, sus miradas se cruzaron, pero fue solo eso, un instante, porque ella desvió la suya con rapidez. La iluminación no era muy intensa, no obstante, Jorge creyó percibir que se había sonrojado.

La sensación que ya tuvo la tarde del domingo anterior acudió a él. Era innegable que no le caía bien a esa chica.

—Hola Juls —la saludó Erika, plantándole un beso afectuoso—. ¿Te acuerdas de mi hermano?

—Claro —repuso, dirigiéndose a él.

Intercambiaron dos besos algo torpes y rígidos antes de que ella se apartase con prontitud y tomara asiento en el sofá que recorría la pared. Erika se sentó enfrente, en un coqueto puf, por lo que a Jorge no le quedó más remedio que acomodarse junto a Juls.

—Te he traído la chaqueta, pero me la he dejado en el coche. Ahora cuando nos vayamos te la doy —dijo su hermana.

—Eh… Vale.

La camarera se acercó a ellos. Erika se pidió un capuchino y él, un café solo.

Después de eso, hubo un silencio solo interrumpido por la música y las conversaciones de fondo. Pese a que los separaban unos cuantos palmos, la tensión que desprendía la chica que Jorge tenía al lado era obvia. Le echó un vistazo sesgado. Ella estaba pendiente de Erika, que a su vez la miraba con intensidad. Jorge arrugó la frente. Las dos parecían estar comunicándose sin palabras.

—Si queréis hablar de vuestras cosas me voy al baño —dijo, izando una ceja.

—¡Qué gilipollez! —repuso su hermana con una sonrisa rápida. Luego se dirigió a su amiga—. ¿Qué has hecho estos días, Juls?

—Pues no mucho, la verdad. Descansar, sobre todo. Pasear por la playa y poco más.

Tenía una voz muy agradable de escuchar, ni demasiado aguda ni demasiado grave.

—¿Estás de vacaciones? —se inmiscuyó él en la conversación.

Ella le miró de frente. Sus ojos eran castaños, grandes y muy expresivos. Y sus pestañas, oscuras, muy diferentes al color de su cabello.

—He venido a Benidorm a pasar unos días de relax —dijo tras una brevísima pausa.

Aquella respuesta le sorprendió.

—¿No eres de aquí? Perdona si mis preguntas te resultan sorprendentes y absurdas —añadió con tono defensivo—. Sé que es probable que todo esto ya lo supiera con anterioridad, pero…

—No te disculpes —le interrumpió—. No pasa nada. Soy de Madrid.

—Ah, ¿y cómo has conocido a Erika?

—Fue el verano pasado, en La Sal —intervino esta veloz—. Juls estaba aquí de vacaciones con una amiga. Congeniamos con facilidad porque somos muy parecidas, ¿verdad?

Juls asintió y le lanzó una sonrisa.

De nuevo, Jorge tuvo la sensación de que algo se le escapaba, pero no podía precisar qué era. Las observó a las dos con curiosidad, pero la llegada de la camarera con los cafés le distrajo momentáneamente.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Erika.

—Está mejor. Mi madre le está mimando en casa, así que genial.

—Es que su padre sufrió un infarto y tuvieron que operarle. Justo cuando tú estabas ingresado también —aclaró su hermana.

—Vaya, lo siento mucho —dijo él al tiempo que tocaba el brazo de Juls con empatía. Era

una persona muy física y fue un movimiento inconsciente del que se arrepintió cuando ella se retiró con rudeza. Se maldijo en silencio por haber olvidado la presunta animadversión que sentía hacia él.

—Gracias —murmuró ella. Cogió la botella y se sirvió más agua en el vaso.

—¿Cuándo tienes que volver a Madrid? —preguntó Erika.

—No tengo una fecha fija… —repuso después de lanzarle una mirada apresurada a Jorge, de la que él fue consciente, pero que no entendió. Estaba descolocado.

—¿A qué te dedicas? —inquirió en cambio con educación.

—Escribo artículos para una revista digital. Soy periodista.

—Nuestro hermano Lukas está estudiando periodismo… —se interrumpió de pronto—. Aunque supongo que ya lo sabes, ¿no?

—Sí.

Torció el gesto. Tener amnesia era un puñetero fastidio.

—¡Ostras! Había olvidado que tengo que hacer una llamada superurgente a un compañero —exclamó Erika, poniéndose de pie—. Ahora mismo vuelvo.

Antes de que ninguno de los dos pudiera protestar, ya se alejaba camino de la puerta con el móvil en la mano.

Jorge cerró los ojos. ¡Qué capulla! ¿Cómo le dejaba solo con su amiga que parecía querer estar en cualquier sitio menos allí sentada a su lado? Paseó la vista por el local, tratando de encontrar algún tema de conversación insustancial para romper el momento incómodo que se había creado entre ellos.

—Bueno… —carraspeó al fin, ladeando la cara para enfrentarse a ella. La iluminación no era muy potente, no obstante, pudo apreciar que su rostro mostraba agitación—. La verdad es que casi no me atrevo a hablar contigo de nada porque es probable que cualquier cosa que te cuente ya la sepas.

—Prometo fingir que no es así —respondió ella con una sonrisa.

A Jorge le invadió la sorpresa. Era la primera vez que se mostraba relajada y que le sonreía. Tenía una sonrisa encantadora.

—¿Me mentirías?

—No sería mentir, sería ocultar. Y solo por caridad.

Él se echó a reír. Juls parecía tener más chispa de lo que él había pensado.

La sonrisa de ella se hizo más amplia.

Sí. Su sonrisa era hermosa.

—¿Sabes una cosa? —comenzó con seriedad—. Desde el domingo pasado, cuando coincidimos en casa de mis padres, he tenido la impresión de que no te caigo muy bien. Aunque quizá son imaginaciones mías.

Ella dejó de sonreír y abrió la boca como si fuera a protestar, pero no dijo nada. Sus ojos llegaron incluso a ensombrecerse. Terminó por apartar la vista y llevarla hasta la mesa.

—No es así —rechazó.

No continuó y él se quedó con las ganas de saber más.

Observó su perfil durante unos segundos. Tenía los pómulos altos y marcados y la curva de su mentón era suave, aniñada casi. Y ese corte de pelo a lo *pixie* le sentaba realmente bien. Era una chica guapa. Y quizá en otro momento y otro lugar podría haberle resultado lo suficientemente atractiva como para coquetear con ella, pero sus pensamientos estaban llenos de las conversaciones que había leído en el móvil entre J y él. De algún modo y, aunque sonara peculiar, sentía que mostrar interés por otra mujer sería como traicionar a *su novia*. Sí, esa novia

de la que no se acordaba.

¡Qué ridículo!

—¿Te gusta Benidorm? —Decidió que ese tema tan neutral era lo más adecuado.

—Sí. Tenía un concepto equivocado de la ciudad, pero ha cambiado. Es un sitio muy interesante.

—Las playas son de lo mejor que hay en el litoral mediterráneo y hay muchos lugares para visitar. ¿Has estado en el Mirador del Castillo?

—No.

—¿No? Pues es imprescindible. Tienes que ir. Y también deberías subir al Mirador de la Cruz; las vistas desde allí son una pasada.

—Ese mirador sí lo conozco —repuso ella con los párpados bajos—. Vi atardecer desde allí. Y sí, las vistas son fabulosas.

Jorge trató de leer su expresión porque su voz se había teñido de melancolía, pero había girado la cabeza hacia el ventanal y no pudo hacerlo.

—¿Has estado por el centro? —prosiguió después de darle un sorbo a su café—. ¿Has visto el Ayuntamiento nuevo y el parque de l'Aigüera?

—Estuve en un concierto de Ara Malikian allí —musitó.

—¡Vaya! ¿Te gusta Malikian? A mí me encanta. Fui a verle a Zaragoza hace unos meses… —se interrumpió de pronto—. Bueno, a decir verdad, fue hace un par de años —continuó al tiempo que componía una mueca.

Después de eso hubo un largo silencio. Juls había comenzado a juguetear con su botella, haciéndola girar entre sus manos. Parecía incómoda de nuevo y Jorge se preguntó cuál sería el motivo. No era nada fácil hablar con ella. Ojeó el exterior. Erika estaba parada en la acera, cerca de la puerta, hablando por teléfono muy concentrada.

—¿Te puedo preguntar algo un poco personal?

Aquello le pilló por sorpresa. Giró la cara y se encontró con que ella le contemplaba con fijeza.

—¿Cuál era nuestro nivel de confianza antes de que yo perdiera la memoria? ¿Me habrías hecho preguntas personales? —inquirió.

—Sí —respondió ella sin vacilar.

«Vaya, pues sí que éramos amigos».

—Dispara, entonces.

—¿Cómo es no poder recordar?

Jorge se acarició el mentón.

—Raro. ¿Sabes esa sensación que se tiene cuando uno no puede dar con una palabra que tiene en la punta de la lengua? —Ella asintió—. Pues multiplícalo por mil. Cuando intento forzarme a recordar, eso es lo que siento. Y es incómodo.

—¿Y cómo lidias con ello? —Se inclinó hacia él y mostró preocupación.

—Yendo a terapia, tomando ansiolíticos… —Hizo una breve pausa cargada de efecto—. Y viendo pelis de Netflix. Sobre todo, comedias navideñas, esas me ayudan un montón para desconectar —terminó con un guiño travieso.

—No has cambiado en absoluto —dijo ella.

—¿No? ¿Cómo era yo contigo? —Le picaba la curiosidad.

Juls le dio un largo trago a su agua antes de empezar a hablar.

—Eras simpático y muy divertido. Siempre estabas de broma.

—¿Cómo nos conocimos?

—Eh… Nos presentó tu hermana una noche.

—¿Qué sabes de mí?

Ella se tomó su tiempo. Arrancó la etiqueta de la botella de agua y comenzó a partirla en trocitos.

—Sé que te encanta la música ochentera —replicó al fin—. Siempre llevas Kiss FM en la radio de tu coche.

—¿Has montado conmigo en Turbo?

—Eh… Sí.

—¿Qué te parece mi coche? Una pasada, ¿verdad? —se rio. Antes de que ella pudiera responder, prosiguió—: A ti también te gusta la música ochentera, ¿no? Por eso llevas a Starship en el móvil.

Ella volvió a apartar la vista como si no quisiera hablar de ese tema. Jorge frunció el ceño, confundido. ¿Por qué esa reacción?

—Sí, me… gusta —admitió con un titubeo—. Esa canción es preciosa.

Él se permitió el lujo de tararear el estribillo y golpear la taza ya vacía de su café con la cucharilla, siguiendo el compás y obviando la singular mirada que ella le dirigía.

—Canto fatal, ¿no?

—Qué va —rechazó con un movimiento apenas perceptible de cabeza. Había comenzado a hacer bolitas con los trozos de la etiqueta.

—¿Qué más sabes de mí? —volvió él a la carga.

Ella volteó la cara y le miró fijamente mientras se pensaba su respuesta.

—Sé que en esa chapa que llevas colgada al cuello está grabada la constelación de Piscis.

Automáticamente, la mano de Jorge se dirigió hacia su pecho. Bajo la tela del polo pudo palpar la chapa que ella mencionaba, regalo de Lukas.

—Sé que el tatuaje que llevas en el costado lo diseñó tu hermano Diego —agregó ella.

—Entonces, ¿eso quiere decir que me has visto desnudo? —Le guiñó un ojo.

—Te he visto en la playa, haciéndote el chulito con tu vela de windsurf —dijo con ironía.

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿También hemos ido juntos a la playa? Parece que nos llevábamos muy bien.

Ella no respondió, pero la expresión de su rostro se ensombreció. Se puso de pie y le miró de soslayo.

—Tengo que ir al aseo —murmuró.

Jorge la vio alejarse hacia el otro extremo del local. Tenía una figura esbelta y caminaba con un ligero contoneo de caderas. Sus ojos se clavaron momentáneamente sobre su nuca. Ese corte de pelo le quedaba bien. Pese a que parecía más relajada en su presencia y él no había notado ningún signo de animadversión, seguía reaccionando de un modo que no alcanzaba a comprender.

Barrió el exterior con la mirada. Erika todavía estaba enganchado al móvil. Llevaba un montón de tiempo ahí fuera. ¡Qué pesada!

Mientras hacía tiempo para que Juls regresara del baño, jugueteó con su teléfono, bloqueándolo y desbloqueándolo, hasta que terminó por acceder —por enésima vez— a los mensajes de J. Le tenían fascinado.

Jorge: Qué llevas puesto ahora mismo?

J: Esto es una conversación erótica?

Jorge: Pues claro.

J: Vale, entonces llevo puestas unas braguitas de encaje negras muy pequeñitas. Y nada

más.

Jorge: En serio???? Mándame una foto.

J: Jajaja, qué ansioso.

Jorge: Sí, pero mándala.

J: Creo que es mejor que te lo imagines. Es más erótico.

Jorge: No, no, que yo soy muy visual. Necesito verlo.

J: Tú lo has querido. Ahí va.

(Archivo adjunto).

Jorge: Joder, qué mentirosa! Si es un pijama de invierno!

J: Te dije que era mejor imaginárselo.

Jorge: Me has engañado miserablemente.

J: Era una mentirijilla piadosa.

Jorge: Y ahora qué hago yo con mi erección?

J: Erección? Qué facilón eres! Videollamada lujuriosa?

Jorge: Perfecto. Te llamo.

Una amplia sonrisa se pintó en su boca al terminar de releer la conversación. Era evidente que estaba loco por ella. Y ella por él.

En ese momento, Erika hizo acto de presencia. Llegaba con Diego.

—Mira a quién me he encontrado en la puerta. Oye, ¿y Juls?

—Ha ido al baño.

Diego, después de palmearle el hombro, tomó asiento frente a él.

—¿Qué tal con ella? —le preguntó Erika con una sonrisa de medio lado.

Jorge la miró con el ceño fruncido y algo de suspicacia. ¿Qué pretendía su hermana? Sí, Juls era una chica preciosa y parecía divertida, pero él ya tenía a otra persona en la cabeza.

—No trates de liarme con nadie, Erika. Tu amiga parece muy maja, pero yo ya tengo a alguien que me interesa.

Los ojos abiertos como platos de Erika le alertaron de una presencia justo a su lado. Era Juls que acababa de regresar.

—¿Todo bien? —le preguntó al ver que ella no tomaba asiento.

—Eh… Sí, claro. Yo me tengo que ir —dijo con un tono de voz áspero después de darle dos besos a Diego.

—¡Pero si es muy pronto! ¡Si todavía…! —exclamó Erika, pero se interrumpió veloz—. Bueno, vale, pues mañana hablamos.

—Te llamo —murmuró Juls. Y cogió su bolso y su chaqueta del sofá.

Jorge se puso de pie y se aproximó para despedirse de ella. Posó las manos sobre su talle y se inclinó para darle dos besos con suma naturalidad, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes. Aspiró con fuerza y el olor de su cabello le entró por las fosas nasales. Una oleada de calor le recorrió por dentro cuando su memoria olfativa le recordó que él ya había olido ese aroma con anterioridad. Estaba seguro. Volvió a aspirar y se recreó en su fragancia. ¡Joder, qué bien olía!

Ella se apartó con un carraspeo incómodo y se dio media vuelta, haciendo un gesto de despedida con la mano. Luego se alejó con prisa.

Él se quedó allí de pie algo absorto. El olor que ella desprendía sobrevolaba el ambiente. *Mandarina.* Algo se agitó muy dentro de él, originándole un curioso desasosiego.

—¿Te pasa algo? —Llegó la voz de su hermana.

—Eh, no. No me pasa nada.

Volvió a tomar asiento y sonrió distraídamente a Diego que le devolvió la sonrisa.

La camarera se aproximó para tomarles nota y llevarse los vasos vacíos que había sobre la mesa. Limpió la superficie con una bayeta y las bolitas de papel en las que se había convertido la etiqueta de la botella de Juls desaparecieron.

Juls…

Era una chica peculiar. Debajo de su aparente timidez, asomaban vestigios de descaro y diversión. Seguro que habían tenido conversaciones muy interesantes en el pasado. Se preguntó si ella le habría escuchado cuando le dijo a su hermana que no estaba interesado.

—Te has olvidado de la cazadora —dijo de pronto.

—¿Qué cazadora? —La expresión de la cara de Erika era de puro desconcierto.

—La que ibas a darle a Juls. Por eso hemos venido.

Un tono rojizo cubrió sus mejillas y Jorge arrugó la frente, perplejo.

—Ostras, pues es verdad. Bueno, mañana la llamaré —respondió, apartándose un mechón de pelo de la frente con un ademán enérgico.

Diego comenzó a hablarles de algo relacionado con la empresa familiar y él aprovechó para desconectar unos segundos. Tenía ganas de llegar a casa y plasmar en el diario que llevaba —una idea que le había sugerido la psicóloga— aquella extraña sensación de *déjà vu* que acababa de experimentar. Era la primera vez que le sucedía algo así.

¿Estarían volviendo sus recuerdos?

Capítulo 26

Juls

Cerró la puerta del piso a su espalda y dejó que la bolsa de viaje resbalara de su hombro y cayera al suelo. Por un instante, se quedó quieta y aguzó el oído. No se oía nada. Ni un solo sonido salía del cuarto de Sonsoles —algo insólito ya que su compañera siempre tenía la tele encendida—, por lo que supuso que tendría turno de mañana en el trabajo.

Mejor. No quería hablar con nadie.

Arrastrando los pies, atravesó el pasillo hasta llegar al salón. Se quitó las zapatillas de un puntapié y se tiró en el sofá con pesadez. El viaje de cinco horas en coche desde Benidorm la había dejado exhausta. Odiaba conducir. Y mucho más hacerlo de noche. Se contorsionó para poder sacarse el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y redactó un wasap para su hermano.

Ya he llegado. Puedes recoger tu coche cuando quieras. Voy a estar en casa.

La respuesta apenas tardó unos segundos en llegar.

Me paso luego y como contigo.

Envió un emoji con el pulgar levantado.

Sus ojos se posaron sobre el reloj de la parte superior de la pantalla. Eran las nueve y cuarto de la mañana. Solo hacía catorce horas que se había enfrentado a Jorge en la cafetería y, sin embargo, parecía que hubiera transcurrido una eternidad. ¡Dios! Era agotador tener que fingir todo el rato y mantenerse neutral cuando lo que deseaba era lanzarse a sus brazos y besarle sin mesura; tenerle tan cerca y no poder hacerlo había sido frustrante. Ni siquiera recordaba demasiado bien qué le había dicho, ya que estaba demasiado concentrada en leer sus expresiones y en tratar de interpretar el brillo de sus ojos. Había respondido a sus preguntas como una autómata.

Se había hecho cachitos por dentro como si fuera de cristal cuando él habló del Mirador de la Cruz y le recomendó que fuera a visitarlo. Las imágenes de ambos besándose justo debajo de la Cruz acudieron raudas a ella y tuvo que tragar saliva con fuerza para no echarse a llorar. Cada frase que salía de la boca de Jorge era una tortura: cuando hablaba de música, cuando se burlaba preguntándole si le había visto desnudo, cuando decía que tenía la sensación de que ellos dos se llevaban bien.

Pero nada tan aterrador como escucharle decir que tenía a otra persona en la cabeza. ¿Quién sería? Sabía que no podía ser alguien nuevo porque Erika le dijo que apenas salía de casa. ¿Sería una mujer de su pasado? ¿Esa ex de la que guardaba su último recuerdo? ¿Claudia?

Insoportable.

Devastada, solo le quedó huir.

Sabía que su hermana había propiciado aquel encuentro para que ellos dos pudieran hablar y se lo agradecía de corazón, pero no pudo aguantarlo. Era demasiado triste estar junto a la persona que uno amaba y tener que pretender que no había absolutamente nada entre ellos.

Tenía un par de wasaps de Erika en el móvil, de la noche anterior, pero se había negado a leerlos porque su mente estaba demasiado confundida y tenía que tomar una decisión sin que los textos pudieran influenciarla. La sensatez y su instinto de supervivencia la habían llevado a regresar a Madrid. No había nada más que pudiera hacer en Benidorm. Nada. Forzar otra situación con Jorge era absurdo. Él no tenía ni la menor idea de quién era y ella no podía estar a

su lado simulando ser solo una amiga porque eso la rompía en pedazos.

Se sentía impotente y muy desdichada.

Los días que habían pasado juntos se habían perdido. Habían desaparecido.

Quizá para siempre.

Ahora se arrepentía de no haberlos vivido con más intensidad.

Aovillada en el sofá, dejó que la melancolía la invadiera.

Tenía que haber reído más y con más fuerza. Haberle abrazado con más ímpetu y acariciado durante horas, llenándose de su piel. Y, por supuesto, haberle besado con más pasión, poniendo todo su empeño en cada roce de lenguas. Tenía que haber gritado que le amaba y que la vida sin él no tenía sentido y haber dejado que le hiciera el amor con frenesí. Tenía que haberse hundido dentro de él y haber dejado que él se hundiera dentro de ella… Tenía que haberse entregado más, dado más, saboreado más. Tenía que haberle aspirado con ansia como si él fuera su oxígeno y lo necesitara para sobrevivir.

Sí. Tenía que haber hecho más, mucho más.

Pero ya era tarde para todo eso.

Demasiado tarde.

Sollozó sin mesura con la cara enterrada en uno de los cojines. Lo hizo durante mucho tiempo, amparada por la soledad del piso, hasta que tuvo la sensación de que no le quedaban más lágrimas que derramar.

Se sentía vacía.

Los primeros acordes de *Nothing's gonna stop us now* resonaron con fuerza en el silencioso salón. Alzó la cara y contempló el móvil con destemplanza. Mientras alargaba la mano para coger el aparato, se prometió en silencio que cambaría el tono de llamada.

Era Sergio.

Estuvo tentada de desviar la llamada al buzón de voz, pero en un impulso acabó por aceptarla.

—Dime, Sergio —respondió con fatiga.

—Hola, Juls.

—¿Qué quieres?

Hubo una larga pausa al otro lado de la línea.

—Puedo escuchar que no estás bien. ¿Necesitas algo?

Le entró la risa, una risa cínica y amarga.

—¿Por qué me llamas?

—Necesitaba oír tu voz. La última vez que nos vimos ya te dije que era probable que volviese a llamarte.

—Pues ya me has llamado y me has escuchado —repuso con sequedad.

—Creo que necesitas un amigo. ¿Quieres que nos tomemos algo y me cuentas lo que te pasa?

—Tú y yo no somos amigos —rechazó.

—Tampoco somos enemigos.

—No creo que sea una buena idea quedar contigo.

—¿Por qué no? Es solo para hablar. Puedes desahogarte conmigo.

—¿Desahogarme contigo? Jamás has sido el paño de lágrimas de nadie. Creo que tienes segundas intenciones —murmuró y se incorporó en el sofá.

—Las tengo. No lo voy a ocultar.

—No quiero nada contigo —dijo con agotamiento.

—Lo sé. Me lo dejaste muy claro. No obstante, quizá cambies de opinión en un futuro —hablaba en tono persuasivo.

—No lo haré.

—Bueno, no pasa nada. —Hubo una breve pausa—. Estoy cerca de tu piso. Podemos vernos en la cafetería de la última vez. Creo que te vendría bien para despejarte.

Juls se pasó una mano por la frente, titubeante. Estaba segura de que era una pésima idea encontrarse con Sergio, pero admitía que estar sola en su piso llorando tampoco era lo mejor. Al menos, tomarse un café con su ex le serviría de distracción.

—Vale —terminó por responder al cabo de unos segundos—. En diez minutos estoy abajo.

Cortó la comunicación y dejó el móvil sobre la mesa, pero volvió a cogerlo con celeridad y buscó los wasaps de Erika.

Cómo ha ido todo con Jorge? Habéis podido hablar?

Llámame cuando puedas y me lo cuentas.

Decidida a ignorar el primero, se limitó a responder solo al segundo.

He regresado a Madrid. Te llamo esta tarde y hablamos.

Después de eso, accedió a las melodías y buscó en ellas hasta que encontró la que llevaba antes de cambiarla por la de Starship. Era una antigua canción de Meat Loaf. La seleccionó y la estableció como tono de llamada con decisión.

De ese modo, cada vez que sonara su teléfono no se hundiría en la nostalgia.

Jorge

Había madrugado y había convencido a su madre para que le acercara al centro de Benidorm. Mientras ella se iba a hacer unas compras, él se plantó frente a la puerta del establecimiento donde Diego llevó su móvil a reparar y aguardaba con impaciencia a que este abriese sus puertas.

Paseó la vista por la zona. Había algo de incongruente en la decoración navideña que adornaba la mayoría de las tiendas y el caluroso tiempo que obligaba a la gente a ir de manga corta. Él mismo solo lucía un polo; había dejado la cazadora vaquera en el coche de su madre.

Se miró el reloj por enésima vez. Eran las diez en punto.

Una joven bajita y delgada con el pelo recogido en una coleta se detuvo a su lado. Le saludó con un gesto al tiempo que introducía la llave en la cerradura y procedía a abrir la puerta.

—Un momento mientras enciendo las luces y el ordenador —le dijo, invitándole a pasar.

Él asintió. Se dirigió hacia el escaparate y contempló los móviles allí expuestos. Le hizo gracia ver los modernos modelos. Su mente seguía anclada en el pasado y le sorprendió la nomenclatura de muchos de los teléfonos. La tecnología avanzaba a pasos agigantados.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó la chica.

Se acercó al mostrador.

—Me llamasteis para decirme que ya había llegado mi móvil del servicio técnico y que podía pasar a recogerlo.

—¿Tienes el resguardo?

Se sacó del bolsillo el papel doblado en cuatro que le había dado su hermano y se lo tendió. Ella lo ojeó antes de darse la vuelta y desaparecer en la trastienda. No tardó en regresar con una bolsa de plástico de la que extrajo un móvil que le resultó desconocido.

—Tengo que cambiar la tarjeta, ¿no? —preguntó, mostrando el teléfono que Lukas le había prestado.

—Lo puedo hacer por ti, si quieres.

—Sí, por favor.

Mientras la chica trasteaba con los dos aparatos, él dirigió la vista hacia la calle y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba nervioso.

—Ya está.

—Muchas gracias. ¿Tengo que abonar algo?

—No. El seguro que tenías cubre la reparación.

Se despidió de ella y abandonó el establecimiento con los dos teléfonos en la mano. Su vista se posó sobre un banco de madera que había a unos metros de distancia, frente al Mercado Municipal. Estaba libre.

Se dirigió hacia allí.

Había bastante gente por los alrededores, una mezcla de turistas extranjeros y vecinos de la ciudad que habían acudido a hacer la compra. La calle era peatonal y estaba bordeada por comercios y cafeterías.

Ignorando el ruido ambiental, Jorge tomó asiento, se guardó en el bolsillo el viejo móvil de Lukas y aferró el otro con fuerza. Estaba ansioso por ponerle cara a J. Esa noche apenas había podido dormir sabiendo que iba a descubrir más cosas de ella.

Cogió aire y encendió el aparato. Lo primero que vio fue su fondo de pantalla. Era una foto de una servilleta de papel sobre la que había escritas —aparentemente con restos de café— dos jotas unidas por un corazón.

—Vale —susurró—. Está claro que estaba loco por ella.

Ahora solo tenía que acceder a la galería de imágenes y buscar fotos o vídeos o lo que fuera. Se percató de que la mano había comenzado a temblarle y la cerró en un puño antes de abrirla y pulsar el icono correcto.

Había muchas fotos.

Una de las últimas era de Juls.

¿Juls?

Con el ceño fruncido por la perplejidad, la abrió y la amplió. Ella miraba a la cámara con una expresión de felicidad indescriptible, con los ojos fulgurantes y una amplia sonrisa. Estaba realmente guapa.

Los dedos comenzaron a hormiguearle cuando una sensación premonitoria encontró abrigo en su interior.

¿Juls era J?

¡No podía ser porque sus hermanos se lo habrían dicho…!

Repasó las siguientes fotos con afán mientras los latidos de su corazón se disparaban.

Juls por todas partes.

En algunas estaba sola, en otras, acompañada por él.

Había imágenes tomadas en El Cisne —conocía bien el entorno porque había estado allí varias veces— en las que ambos llevaban ridículos sombreros y se reían. En uno de los selfis, él lucía uno de cowboy blanco y ella una gorra rastafari de colores y se estaban besando.

Se estaban besando.

Se llevó la mano al cuello, donde había comenzado a latirle una vena con fuerza, y trató de asimilar toda esa información mientras seguía pasando imágenes hasta que se topó con otras de ambos en un concierto. Era de noche y al aire libre. Pellizcó la pantalla para ver quién era el cantante… ¡Ara Malikian!

¡Joder! ¡Ese era el concierto del que ella había hablado la tarde anterior!

Habían ido juntos.

Cerró los ojos y respiró hondo. Estaba hecho un lío.

Juls y él.

Juls era *su chica*. La chica de los mensajes que le tenían encandilado.

No entendía nada. ¿Por qué se lo habían ocultado? Estaba claro que toda su familia la conocía, por eso las muestras de afecto hacia ella. ¿Y Juls? ¿Por qué ella no le había dicho nada? ¿Por qué había fingido ser casi una desconocida para él?

Continuó pasando fotos, deteniéndose en las que aparecía ella sola y ampliándolas. Su sonrisa era preciosa y sus ojos castaños, sumamente elocuentes.

También había unos cuantos selfis de ambos con una puesta de sol a sus espaldas. No tardó ni un segundo en reconocer el lugar en el que se encontraban. El Mirador de la Cruz. La mortificación le invadió al recordar cómo, la tarde anterior, le había recomendado que subiera a visitarlo y cómo ella le dijo que ya había estado allí. Dejó escapar un gemido cargado de frustración y se echó hacia atrás en el banco, elevando la vista al cielo azul preñado de nubes blancas.

Ahora entendía el porqué de su actitud cada vez que estaba con él.

Solo hacía unas horas había estado sentado a su lado…

¡Joder! Aquello era una locura.

No permaneció demasiado tiempo alejado de las fotos. Retornó a ellas al cabo de unos segundos y siguió inspeccionándolas con ansia. El Jorge que aparecía junto a Juls era un Jorge diferente al que él veía en el espejo cada mañana. El de las fotos se mostraba lleno de entusiasmo, como si fuera la persona más feliz del mundo.

Probablemente lo era.

En realidad, ambos parecían dichosos.

Juls no se parecía en nada a la esquiva mujer con la que había coincidido el domingo y la tarde anterior. La chica de las fotos, esa que le besaba con ímpetu y le contemplaba con admiración, estaba colada por el chico de expresión soñadora de las imágenes.

Extravió la vista en algún punto al otro lado de la calzada. Sus pensamientos formaban una particular mezcolanza de ideas enmarañadas.

El móvil comenzó a emitir una conocida melodía y sus ojos se abrieron desmesuradamente mientras los posaba sobre la pantalla. Era su madre. Pero eso no era lo sorprendente, sino la canción. ¡Era *Nothing's gonna stop us now*!

—¡Joder! —masculló.

Desvió la llamada al buzón de voz y le envió un wasap a su madre para decirle que todavía no había terminado y que la llamaría cuando acabase. No tardó en recibir un *Ok* por respuesta.

Así que ambos compartían el mismo tono de llamada.

Debía de ser una canción especial para ellos.

Tenía que haberlo sospechado antes. Todas las pistas estaban ahí. La melodía, la inicial de su nombre, el que Erika se comportase de esa manera inusual cada vez que hablaba de su amiga, las extrañas reacciones de ella, y ese olor a mandarina de su cabello que le había traído el vago vestigio de un recuerdo…

—Juls… —pronunció el nombre en voz alta para ver si el sonido despertaba algún sentimiento en él, pero no. Todo seguía en la oscuridad.

Completamente confundido, jugueteó con el móvil, girándolo entre sus manos. Terminó por desbloquearlo y entrar de nuevo a la galería. No solo había fotos, constató, también había unos cuantos vídeos. No tenía auriculares, así que bajó el volumen y pulsó sobre uno de ellos.

Era un vídeo breve en el que Juls hablaba a la cámara solo unos segundos. Lo contempló con atención, siguiendo el movimiento de sus labios, ansioso por saber qué estaría diciendo. Finalmente, se llevó el aparato a la oreja y volvió a reproducirlo.

Puede que seas el hombre de mi vida. No tengo pruebas, pero tampoco dudas…

Y después de esas palabras había una risa juguetona.

Jorge se incorporó con rapidez y se guardó el móvil en el bolsillo. Tenía las emociones a flor de piel y necesitaba estar solo y no rodeado de gente que iba a la compra y hablaba en voz alta.

Echó a andar hacia el Parque de Elche, que quedaba solo a doscientos metros de donde se encontraba, justo al lado del puerto. No tardó en alcanzar su destino. A esa hora de la mañana solo había jubilados que daban de comer a las palomas sentados a la sombra de las numerosas palmeras.

Tomó asiento en una de las jardineras que estaban orientadas hacia la playa, pero las vistas no le interesaban demasiado. Apoyó los codos en las rodillas y echó el peso del cuerpo hacia delante, enterrando la cara en las manos.

Sus pensamientos volaron hacia Juls. Apenas se podía imaginar cómo tenía que haberle afectado toda esa historia. Seguro que estaba destrozada. Las ganas de llamar a su hermana y preguntarle por ella le desbordaron, mas se reprimió. Era mejor hablarlo en persona. Esa tarde, cuando Erika volviera a casa, la confrontaría con lo que había averiguado. Y lo mismo haría con Diego. Necesitaba saber más.

Pese a que su mente era un puro caos, había algo que sí tenía claro.

Necesitaba desesperadamente volver a verla.

Tenían que hablar.

Capítulo 27

Jorge

Después de que su madre le recogiera y regresaran a casa, se había encerrado en su habitación y había pasado allí la mayor parte del día, repasando febrilmente las fotos, buscando detalles nimios que quizá pudieran darle más pistas sobre su relación. También visualizó todos los vídeos que había en la memoria del teléfono. Algunos eran muy divertidos; ella le contaba cómo había pasado el día o simplemente le daba las buenas noches. Otros, en cambio, destacaban por su atrevimiento y despedían un tinte tan erótico que le hicieron sudar y sentirse como un *voyeur*.

Todo parecía indicar que Juls y él habían tenido una relación muy profunda.

Hacía ya un buen rato que había dejado el móvil sobre la mesilla y se había tumbado en la cama. Caía la tarde y las sombras comenzaban a entrar por la ventana. Estaba absorto contemplando el techo mientras pasaba revista al encuentro del día anterior en el Nevada. Una profunda vergüenza le invadió al recordar partes de la conversación.

Entonces, ¿eso quiere decir que me has visto desnudo?

¡Joder!

Debía de haber sido complicado y muy duro para ella actuar con serenidad después de escuchar algo así. Se sentía como un tonto. Pese a que la lógica le decía que no tenía culpa alguna y que todo se debía a las desafortunadas circunstancias, la necesidad de pedirle perdón se instaló en su interior.

Perdón por haber olvidado una historia de amor tan especial como la suya…

Perdón por haber olvidado sus besos, sus caricias, sus abrazos, sus palabras…

Perdón por haberla olvidado a ella…

Cerró los ojos y trató de atraer esos recuerdos compartidos, guiándose por las fotos que había visto: el concierto de Malikian, la visita al mirador, el rastro de El Cisne…

Su respiración se aceleró y la presión aumentó en su pecho cuando solo un abismo oscuro se presentó en su cabeza.

¡Maldita amnesia!

Malhumorado, se levantó de la cama y cogió su diario, dispuesto a plasmar en el papel la angustia que le recorría por dentro, pero no pudo escribir ni una sola palabra porque alguien llamó a la puerta con unos suaves golpes.

—¿Jorge? ¿Puedo pasar?

Erika.

Azuzado por la impaciencia, se acercó a la hoja de madera y la abrió con brusquedad. Su hermana le miró con los ojos muy abiertos, sorprendida.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? Dice mamá que llevas todo el día encerrado.

—Estoy bien. Necesito hablar contigo.

—¿Me puedo dar una ducha primero? Estoy llena de grasa.

Jorge la miró de arriba abajo. Tenía el pelo recogido en una coleta de la que se escapaban algunos mechones y una mancha negruzca en el pómulo. Llevaba unos viejos vaqueros anchos y una sudadera gris con aspecto de haber sobrevivido a duras penas a un terremoto. Era la ropa con la que solía ir al trabajo.

—No —rechazó—. Esto es urgente. —Cerró la puerta y se dirigió a la cama. Tomó

asiento en el borde y aguardó a que Erika hiciera lo mismo.

—Estás muy serio. ¿Qué es lo que ha pasado? —Le miró desconcertada.

—Hoy he ido a recoger mi móvil que ya estaba reparado —comenzó con calma—. Y he… visto las fotos que tenía guardadas. Juls está en todas ellas. Juls y yo. Juntos.

La expresión del rostro de Erika cambió por completo y se opacó. Dejó escapar un suspiro y bajó los párpados.

—Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —exclamó en voz más alta de lo que había pretendido—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Juls no quería.

Aquella respuesta le llegó como un golpe en pleno plexo solar. Se puso de pie como impulsado por un resorte, con los puños apretados.

—Pero ¿por qué? —logró articular.

—No quería presionarte. No quería que te vieras obligado a nada.

—¿Obligado a qué? —Debía de ser estúpido, pero no lo entendía.

—A reanudar la relación o a intentar forzar algo que en tu mente ya no existía. Es su argumento, no el mío. Yo traté de convencerla de que te lo dijera.

Jorge guardó silencio. Se había quedado sin palabras.

En ese momento, alguien más llamó a la puerta.

Murmuró un exabrupto mientras se dirigía a ella y la abría. En el umbral se recortó la figura de Diego.

—¿Pasa algo? He escuchado voces —dijo este con expresión preocupada.

—Tú también lo sabías, claro —espetó.

—Yo también sabía, ¿qué?

—Lo de Juls.

Diego soltó un ligero suspiro y se adentró en la habitación. Se dirigió hacia la cama y se sentó junto a Erika.

—Lo sabía —admitió en voz baja—. Lo sabemos todos. Papá, mamá y Lukas. Y tus amigos también. Antes del accidente no hablabas de otra cosa. Estabas colado por ella.

—Me siento como un gilipollas —dijo Jorge, frotándose la frente.

—Pues no te sientas así. El hecho de que no te hayamos dicho nada es porque todos tenemos la esperanza de que tus recuerdos regresen. Además de que ella nos lo ha pedido. Queríamos darte tiempo.

—¿Y si mis recuerdos no regresan? —escupió con furia— Entonces, ¿qué?

—Más tarde o más temprano te lo habríamos dicho —repuso Erika—. Solo que te has adelantado y lo has descubierto por ti mismo.

Jorge se dio media vuelta y se acercó a la ventana. Unas cuantas estrellas destacaban en el oscuro cielo vespertino.

«Tan oscuro como mi jodida memoria», se dijo para sus adentros con un matiz de cinismo. Su cabreo inicial se amortiguaba lentamente dando paso a un hondo desencanto.

—¿Esto lo habéis hablado con la doctora Carmena? —inquirió.

—Sí —respondió Diego—. Le consultamos sobre cómo proceder. Nos dijo que un encuentro con Juls quizá fuese beneficioso para ti. Que no perdíamos nada por intentarlo.

—¿Beneficioso? —se rio con amargura—. Para lo único que ha servido ha sido para hacerle daño a ella. Eso lo tengo más que claro. La he herido con todas y cada una de mis palabras. Y yo sigo igual, con esta puta pieza de puzle extraviada aquí dentro —terminó con voz

ahogada mientras se golpeaba la frente con los dedos.

Después de eso ninguno de los tres dijo nada.

—¿Cómo lo has averiguado? —rompió el silencio Diego.

—He recuperado mi móvil y he visto las fotos y los vídeos —reconoció Jorge con tono fatigado—. El domingo pasado, cuando me dijiste que estaba con alguien, empecé a investigar. Hace días que encontré los wasaps que intercambié con ella, pero ha sido hoy cuando he tenido la confirmación de que era Juls. —Hizo una pausa—. ¡Joder! Ayer por la tarde estuvimos juntos y no la reconocí —lamentó—. Le dije tantas gilipolleces… Tenía que haberlo sabido —murmuró, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Erika se situó tras él y le puso una mano en el hombro. Su rostro se reflejó en el cristal junto al suyo.

—¡Porque todo encajaba! La inicial de su nombre, vuestro comportamiento cuando ella estaba delante, el suyo, su tono de llamada y ese olor tan familiar…

Se dio la vuelta y se encaró con ambos que le contemplaban con preocupación. Diego también se había puesto de pie.

—Quiero verla —dijo con firmeza, dirigiéndose a su hermana.

Ella chasqueó la lengua y bajó la barbilla clavando la vista en el suelo.

—Me ha mandado un wasap esta mañana. Ha vuelto a Madrid.

—¡Mierda! —exclamó Jorge. Cerró los ojos y cogió aire.

—Me ha dicho que me llamaría esta tarde —continuó ella—. Supongo que no tardará en hacerlo.

Jorge no dijo nada más. Comenzó a dar paseos nerviosos por el cuarto.

—¿Qué vas a decirle si la vuelves a ver? —le preguntó Diego.

—No tengo ni la más remota idea. La verdad, supongo. ¡Dios! —Se detuvo en medio de la habitación, elevó la cara hacia el techo y ancló los ojos en él—. ¿Qué cojones puedo decirle? ¿Pedirle perdón por haberla olvidado?

—No es culpa tuya, Jorge —dijo su hermano con serenidad.

—Lo sé. Joder, ayer mismo en la cafetería dije que no me interesaba porque había otra persona. ¿Creéis que me escuchó?

—Ni idea —repuso Diego.

—¿A qué persona te referías? —intervino Erika—. Ni te lo pregunté porque estaba demasiado ansiosa por todo esto.

Jorge resopló con incredulidad antes de responder.

—A ella misma —admitió.

—¿Cómo?

—Desde que leí los wasaps que nos intercambiamos solo la tengo a ella en mi cabeza —confesó.

Una exclamación ahogada brotó de la garganta de su hermana, pero no pudo replicar más porque su móvil comenzó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y le echó un vistazo a la pantalla. Jorge la interrogó con la mirada.

—Es ella —susurró.

—Pon el manos libres —le pidió—. Por favor.

Erika pareció vacilar, pero terminó por aceptar la llamada y pulsar el icono del altavoz.

—Hola, Juls.

—Hola, Erika.

Jorge bajó los párpados al escuchar su voz.

—No esperaba que regresaras a Madrid tan pronto. Pensaba que te quedarías unos días más.

—¿Para qué? ¿Para que volvamos a encontrarnos y él siga mirándome como si fuera una extraña? ¿Para que me diga que le gusta otra? Me duele demasiado.

—Te entiendo, Juls. Tiene que ser muy jodido para ti. ¿Pasó algo ayer cuando os dejé solos?

—No pasó nada. Absolutamente nada. Él fue encantador, tal y como es siempre. Me recomendó sitios a los que podía ir en Benidorm… —se le quebró la voz, pero continuó con una risa agria—: ¡Sitios a los que ya había ido con él! Fue horrible, Erika. Me sentí miserable. Lo que me apetece cuando le tengo a mi lado es abrazarle y besarle todo el tiempo. Y lo único que puedo hacer es fingir que me es indiferente y pretender que solo somos conocidos… No puedo hacerlo. ¡No puedo!

Jorge apretó la mandíbula. Aquellas palabras llenas de desesperación le removieron por dentro. Podía sentir su angustia como si fuera la suya propia. Sus ojos se cruzaron con los de Diego, que le contemplaba con un brillo empático en sus profundidades azules.

—Joder, Juls. Me duele escucharte así de triste. Si hay algo que yo…

—No —la interrumpió—. No puedes hacer nada. Te has portado genial conmigo. Todos lo habéis hecho. Solo te pido que me tengas informada sobre sus progresos.

—Claro. —Erika levantó la cara y miró a Jorge antes de continuar—: Ya sé que no quieres que le digamos nada de ti, pero creo que él debería saberlo.

—¿De qué le va a servir saber que tuvo una aventura con una chica? Lo nuestro fue… algo breve.

Jorge rechinó los dientes. ¿Una aventura? Tenía cientos de textos, fotos y vídeos que demostraban lo contrario.

—¿Una aventura? —masculló Erika como si le hubiera leído los pensamientos—. De sobra sabes que lo vuestro era más que eso.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea en el que se escuchó perfectamente su respiración entrecortada.

—No todas las historias de amor tienen un final feliz —dijo al fin con determinación—. Tengo que dejarte ahora. Te llamo mañana y hablamos.

—Vale. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

La despedida fue rápida y, solo un segundo después, Erika cortaba la comunicación y se encaraba con Jorge.

—Está hecha polvo.

—No me extraña —repuso Diego.

Jorge se dirigió a la cama y se dejó caer sobre el colchón con pesadez. Casi por inercia, alargó la mano y cogió su móvil. Lo desbloqueó y el fondo de pantalla en el que aparecían las dos jotas unidas por el corazón se mostró antes sus ojos. Se quedó un buen rato mirándolo.

—¿Cómo nos conocimos?

—Fue en septiembre, una noche en La Sal —dijo Erika—. Ella estaba de vacaciones aquí con una amiga. Creo que fue un flechazo en toda regla, al menos eso parecía.

—Yo… la quería, ¿verdad?

Tanto Erika como Diego asintieron.

—Me gustaría poder recordarla —admitió con voz áspera.

Accedió de nuevo a la galería de imágenes y encontró una en la que estaban juntos. Ella miraba a la cámara con una sonrisa y ojos que deslumbraban. No, no solo deslumbraban, eran

como mundos colisionando, explotando, causando una brecha infinita e irreparable de suma felicidad.

En realidad, ambos tenían la misma expresión en la cara.

Era pura perfección.

Se le encogió el pecho y una ola de cálido anhelo le penetró hasta la médula.

Capítulo 28

Juls

Había transcurrido una semana desde su regreso a Madrid. Una semana llena de altibajos constantes, de momentos relativamente buenos y de otros muy malos. Había intentado llenar su tiempo trabajando, manteniendo largas conversaciones con Félix y con Mariu, saliendo de compras con Sonsoles y hasta quedando con Sergio para tomar café.

Nada le había servido. Su cabeza seguía llena de Jorge.

Todas las tardes contactaba con Erika para que esta le informara de sus progresos, pero la respuesta era siempre la misma: *Jorge está bien, pero todavía no recuerda nada.* Y cada vez que escuchaba esas palabras, su corazón volvía a hacerse pedacitos de nuevo. No obstante, debía de tener una vena masoquista en su interior porque seguía llamando.

Suspiró bajito.

Hacía un rato que había intentado contactar con Erika y esta no le había cogido el teléfono. Seguro que en breve le devolvería la llamada.

Miró la hora en la pantalla del portátil y se dio cuenta de que ya eran las siete. En solo una hora, Félix pasaría a buscarla para ir a cenar a casa de sus padres. Era Nochebuena y Rodri y su familia también iban a estar presentes.

Se incorporó, estirando los brazos en el aire para estimular los músculos de la espalda. Demasiadas horas frente al ordenador escribiendo. Había mucho silencio en el ambiente y eso le había permitido concentrarse y adelantar trabajo. Sonsoles se había ido a pasar esos días con su familia y Juls tenía el piso para ella sola.

Se encaminó al baño para darse una ducha. Reguló el agua y cuando esta estuvo a la temperatura deseada se introdujo en la cabina y dejó que el potente chorro se llevara el cansancio y la melancolía en la que parecía estar inmersa desde hacía semanas. Sabía que era un alivio momentáneo y que todos sus problemas retornarían con fuerza en cuanto abandonase esa ducha, no obstante, trató de relajarse y de olvidarse de todo, aunque solo fuese por unos instantes.

No tuvo mucho éxito.

Ese año las navidades la habían pillado por sorpresa. Solía disfrutar de esos días con entusiasmo como cuando era una cría. Le encantaba ir de compras y salir por el centro de la ciudad para admirar las luces, pero la situación en la que se encontraba había hecho imposible que se divirtiese. No tenía ganas de celebraciones ni de encuentros festivos, pero no podía fallarle a su familia, así que esa noche se pintaría una sonrisa falsa y trataría de que nadie notara que estaba triste. Solo su hermano Félix era conocedor de su historia.

Se enjabonó el cuerpo y se lavó el pelo con energía. Después, apoyó la frente sobre la pared de azulejos y dejó que el agua arrastrara los restos de espuma.

Cerró los ojos con fuerza cuando un vívido recuerdo de una conversación que tuvo con Jorge acudió a ella. Habían acordado pasar el fin de año juntos. En Benidorm, en el Hotel Madeira Centro, que, según le contó él, disponía de una terraza panorámica con restaurante en la planta veinte. Desde allí verían la puesta de sol y cenarían algo suave para después irse a una suite a celebrar la entrada del nuevo año fundidos el uno en el otro.

Sí, esos habían sido sus planes.

Ya nada de eso iba a suceder.

A pesar de que el agua caliente le caía encima de los hombros y el vapor había convertido la ducha en una sauna, se le puso la carne de gallina.

«No pienses en él. No lo hagas».

Estaba tan ensimismada que apenas se percató de que su móvil sonaba en la habitación contigua. Se apresuró a cerrar el grifo y a salir de la cabina. Se secó someramente y, envuelta en la toalla, corrió hacia el salón, pero cuando llegó ya era tarde, el teléfono no emitía sonido alguno.

Seguro que era Erika devolviéndole la llamada.

Cogió el aparato y lo desbloqueó.

El nombre que aparecía en la pantalla no era el de la rubia.

Era el de Jorge.

Le fallaron las piernas y se dejó caer en el sofá, desmadejada. ¿Jorge la había llamado? ¿Significaba eso que había recuperado la memoria? ¿La recordaba?

Apenas se había formulado todas esas preguntas a sí misma cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo y estuvo a punto de dejarlo caer al suelo por la agitación. *Jorge*. Se quedó mirando aquellas cinco letras con la boca entreabierta y la respiración acelerada. En el par de segundos que tardó en aceptar la llamada, miles de ideas se manifestaron en su interior, todas ellas teñidas de un vestigio esperanzador.

—¿Sí? —respondió casi sin aliento.

—Hola, Juls.

¡Dios! ¡Su voz!

—¿Hola?

—¿Sabes quién soy?

¿Cómo no iba a saberlo? Incluso si no hubiera tenido su número guardado, le habría reconocido en cualquier parte. Nadie hablaba como él. Nadie conseguía que se agitara por dentro de ese modo.

—Claro. Eres Jorge. —No le gustó demasiado la vulnerabilidad que destilaba su tono.

—Eh, sí.

—¿Estás… bien? —preguntó titubeante.

—Estoy bien.

Hablaba con una ligera impronta de timidez como si no estuviese seguro de qué decir a continuación. Juls dejó que el silencio se expandiera entre ellos. El conato de esperanza que había sentido hacía unos segundos se diluía lentamente.

Ese no era *su* Jorge.

—No sé muy bien cómo decirte esto —continuó él al cabo de unos segundos—. No me andaré por las ramas. Sigo sin recordar nada, pero sé quién eres —suspiró—. Sé que eras… mi chica.

Juls enterró la mano entre sus muslos. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar. *Su chica.* ¿Cómo lo habría averiguado? ¿Se lo habrían dicho sus hermanos? No pudo seguir con sus elucubraciones porque él continuó hablando:

—He visto las fotos que nos hicimos juntos y también he leído los mensajes que intercambiamos. No lo había hecho antes porque no tenía mi móvil. Te he llamado en cuanto me he enterado… —Se detuvo y emitió un áspero soplido—. No. Es mentira. Lo averigüé hace días, pero me ha costado dar el paso de contactar contigo. No estaba seguro…

¿Su móvil? ¡Claro! Tenía sentido. Ni siquiera sabía por qué no se le había ocurrido pensar en ello antes. Casi toda su relación estaba plasmada en fotos, vídeos y mensajes.

—Oh…

Quería decir algo más que ese tonto monosílabo que escapó de su boca. Quería decir muchas cosas, pero tenía la sensación de que, en cuanto comenzara a hablar, sería incapaz de contener el llanto.

—Sé que esto es difícil para ti, Juls. No puedo ni imaginarme lo que tiene que ser experimentar algo así. Yo… yo lo siento mucho…

—No te disculpes —le interrumpió—. No es culpa tuya.

—Lo sé, lo sé —murmuró.

Hubo una larga pausa bastante embarazosa y Juls se vio en la obligación de romperla. Hasta el momento, era él quien había hablado todo el tiempo y ella se había limitado a escuchar. No se sentía preparada para profundizar en ese asunto y se escudó en otro tema menos escabroso.

—¿Cómo… llevas la terapia?

Él emitió un ligero carraspeo. Quizá se sentía igual de turbado que ella y el cambio de tema le convenía.

—Bien. Me gusta la psicóloga. Me está ayudando mucho a… aceptar mi situación.

—Eso es genial.

—La semana que viene me van a hacer otro TAC. Si los resultados son positivos, me podré incorporar al trabajo. Estoy agobiado de estar todo el día en casa.

—Me lo imagino. ¿Y vas a volver a tu piso o te vas a quedar con tus padres?

—No me lo he planteado por ahora, pero supongo que volveré a mi piso. Echo de menos ser un poco más independiente. Toda mi familia está encima de mí ahora mismo.

—Están preocupados.

—Lo sé.

De nuevo hubo un silencio preñado de incomodidad.

Era casi irreal tenerle al otro lado de la línea y hablar con él de ese modo tan banal, como si ella no se estuviera muriendo por dentro.

—Eh… Juls…

Bajó los párpados al escucharle pronunciar su nombre. ¡Qué bien sonaba saliendo de su boca!

—Dime.

—Soy consciente de que no tengo que disculparme, pero quiero hacerlo.

—No es necesario.

—La última vez que nos vimos en el Nevada, sé que fue un momento bastante duro para ti. Mi torpeza hablándote…

—Torpeza ninguna —rechazó con contundencia—. Fuiste encantador.

Él liberó una risa que a ella le llegó al alma. Sintió cómo el calor se le concentraba en las mejillas.

—¿Encantador? Vaya, me alegro de que pienses así de mí —dijo y después se detuvo. Incluso a través del teléfono era palpable que deseaba decir algo más y que estaba buscando las palabras adecuadas—. ¿Sabes una cosa? —continuó al fin tras un lapso de tiempo—. Durante unas semanas he estado utilizando un viejo móvil de mi hermano por eso no podía acceder a las fotos, pero sí pude descargarme la aplicación de mensajes. Te tenía guardada con la letra jota seguida por un corazón, por eso, en un primer momento, aunque leí todos los textos que nos enviamos, no los asocié contigo.

—Ah…

¿Una jota seguida por un corazón? Juls no pudo evitar sonreír con tibieza. Jorge siempre

fue un romántico.

—Esas conversaciones me revelaron la gran complicidad que había entre los dos. Confieso que me divertí mucho leyéndolas. Parecíamos muy cercanos y estaba impaciente por saber quién era J. La verdad es que empecé a pensar en ella todo el tiempo… —Hizo una pausa —. Cuando por fin pude recoger mi móvil y vi las fotos fue todo un shock, puedes creerme… —murmuró y terminó en voz queda—: Pero me alegro de que seas tú.

A Juls se le quedó el aire atascado en la garganta. ¿Qué significaba aquello? Entonces, ¿era ella misma la chica a la que se había referido en la cafetería cuando decía que había otra persona que le interesaba? No se atrevió a preguntárselo por miedo a escuchar una respuesta poco satisfactoria.

—Bueno…

—¿Sigues teniendo a Starship como tono de llamada? —la interrumpió, cambiando de tema.

—No —admitió.

—Vaya… Yo sí.

Su corazón se saltó un par de latidos al escucharle decir eso.

—Era nuestra canción, ¿verdad? —continuó él.

—Era una canción que te gustaba —suspiró—. Decías que te recordaba a nosotros.

—¿Y por qué ya no la tienes?

—Después de todo lo que ha pasado, me provocaba dolor cada vez que sonaba mi móvil —se sinceró.

—Entiendo —repuso él.

De nuevo el silencio se adueñó de la conversación. Juls se echó hacia atrás en el sofá, sin importarle demasiado que la toalla se deslizara y dejara gran parte de su cuerpo al descubierto.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza a él? Pagaría una fortuna por saberlo. Siempre fueron tan francos el uno con el otro y, ahora, ambos parecían medir cada frase que salía de sus bocas. Era como andar sobre una cuerda floja con mucho cuidado para no perder el equilibrio.

—Hay tantas cosas que me he perdido —dijo él en voz queda—. No sé si volveré a recordarlas, pero me gustaría que me las contaras… Joder, ni siquiera sé si esto que te estoy pidiendo es demasiado para ti.

Le dolió escucharle así de confundido.

—Puedo contártelas —aceptó—. Y no es demasiado para mí. No te dejes guiar por mi aspecto frágil, soy una mujer de armas tomar. —Se permitió el lujo de bromear.

—No lo dudo —repuso con jovialidad. Y después de una pequeña pausa, añadió—: ¿Vas a volver a Benidorm?

La indecisión la apresó. Si era sincera consigo misma, deseaba regresar y volver a verle, pero no sabía si eso sería lo más adecuado.

—Creo que no.

—Vaya… Qué pena. Sería genial que lo hicieras.

Cerró los ojos y tragó saliva con fuerza al escuchar la desilusión en su voz.

El timbre del portero automático sonó con estridencia, sobresaltándola. ¿Ya eran las ocho? Se le había pasado el tiempo volando.

—No quiero molestarte más —dijo Jorge al otro lado de la línea. Era obvio que él también lo había escuchado.

—No me molestas. Es mi hermano que ha venido a buscarme. Vamos a cenar a casa de mis padres. Espera.

Se acercó a la entrada y descolgó el telefonillo.

—¿Sí?

—Soy yo. ¿Bajas? —resonó la potente voz de Félix.

—Voy a tardar un poco. ¿Quieres subir?

—No, que he aparcado en una zona de carga y descarga. Te espero aquí abajo.

—Vale. Dame quince minutos.

Colgó y volvió a la conversación con Jorge.

—Ya estoy aquí.

—Sé que te tienes que ir, pero no quiero despedirme sin antes haberte pedido un favor… Me gustaría que mantuviésemos el contacto.

¿El contacto? ¿De qué manera? ¿Como amigos?

No era suficiente. No lo era. Ella quería más, mucho más. Quería a su Jorge, a ese chico que la había conquistado con su sonrisa fácil y sus frases ingeniosas. A ese chico que parecía conocerse todo el repertorio de Kiss FM y que no se avergonzaba de cantar con voz de falsete para arrancarle una sonrisa. A ese chico que ponía su mundo del revés con cada beso y cada caricia. A ese chico que cada vez que la miraba le arrebataba el suelo de debajo de los pies.

Al chico maravilloso del que estaba enamorada.

Notó cómo su labio inferior comenzaba a temblar y se lo mordió para evitar soltar un sollozo. No quería que él se diera cuenta de su tristeza.

—Juls —pronunció su nombre con apremio.

—¿Sí?

—No dices nada. ¿Puedo volver a llamarte?

No podía negarse, ¿verdad? Y tampoco podía exigirle nada.

—Claro.

—Si no quieres…

—Sí quiero.

—Vale —dijo con alivio—. Pues… te llamo.

—Hazlo.

—Eh… Adiós.

¿Sonaba reacio a terminar la conversación o eran imaginaciones suyas?

—Sí, adiós…

Cortó la comunicación y cogió aire profundamente.

Jorge la había llamado.

¡La había llamado!

Bajó los párpados abrumada por la miríada de sensaciones que se agolpaban en su interior.

Apenas había tenido tiempo de asimilarlo cuando el teléfono comenzó a sonar de nuevo en su mano. Miró la pantalla con aprensión.

Era él.

¿Otra vez? ¿Habría olvidado algo?

—¿Sí? —respondió.

—Hola. Como me has dicho que podía volver a llamarte —susurró él y había travesura en su tono.

Compuso una sonrisa tonta. ¿Estaba flirteando con ella?

—No pensé que lo harías tan pronto.

Él se rio.

—Ya ves, soy un hombre impredecible. No, en serio, solo quería desearte una Feliz Navidad.

Se derritió por dentro.

—Oh, sí. Feliz Navidad para ti también.

—Estamos en contacto.

—Sí, claro.

Esa vez, cuando finalizó la llamada, se quedó quieta en medio del pasillo, sosteniendo el móvil contra su pecho.

No quería hacerse ilusiones.

No podía olvidar que Jorge no la recordaba ni recordaba lo que sentía por ella.

Pero el corazón le daba saltos en el pecho.

Capítulo 29

Jorge

Las fiestas de fin de año en casa de los Alba eran legendarias. Desde que Jorge tenía uso de razón, sus padres siempre habían organizado alguna. Invitaban a sus amigos y animaban a que sus hijos hicieran lo mismo. La tradición consistía en que la familia se adentraba en el nuevo año comiendo las uvas en solitario, pero luego, las puertas de la casa se abrían para todo el mundo. Solo en muy contadas ocasiones alguno de los Alba había faltado un treinta y uno de diciembre.

Ese año estaban todos presentes. Acababan de ver las campanadas en televisión y estaban brindando mientras se abrazaban unos a otros.

—¡Qué cabrón eres! —le gritó Lukas a su padre—. ¡No me he podido comer las doce uvas por tu culpa!

Tony Alba le sacó la lengua al tiempo que alzaba su copa en el aire. Después, se acercó a su mujer, la cogió en volandas y le estampó un beso en la boca que ella le devolvió con fervor.

—¡Feliz Año! —dijo Erika colgándose del cuello de Jorge. Sonreía con los ojos, bien debido al alcohol que llevaba bebiendo desde antes de la cena o al entusiasmo. Imposible precisarlo.

—Feliz Año —respondió él, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

Diego se acercó a ellos y apoyó sus manos en los hombros de ambos. Lukas no tardó en unirse y los cuatro formaron una piña.

—El vestido de la Pedroche este año, una pasada —dijo Erika, refiriéndose a la presentadora del evento.

—¿Eso era un vestido? —bromeó Lukas—. ¿No era un bañador? Hay más tela en mis calzoncillos.

—¡No compares tus apestosos calzoncillos con su traje! ¿Verdad, Diego?

—A mí no me metas. Yo solo tenía ojos para el presentador —se chanceó este.

Jorge se descubrió tragando saliva y tratando de contener la emoción. Quizá porque últimamente habían pasado demasiadas cosas, pero estaba más sensible que de costumbre. Adoraba a sus hermanos y verlos así, juntos e intercambiando chascarrillos le removía por dentro.

—¿Habéis conseguido comeros las uvas? —preguntó Lukas dando un paso atrás.

—Por supuesto —repuso Diego.

—Joder, papá me ha empujado y se me han caído dos al suelo.

—Pues ya sabes, este año vas a tener mala suerte —se burló Erika.

El patriarca de la familia abrió los ventanales que daban al jardín para trasladar la reunión al exterior y se dirigió al equipo de música. Hacía un tiempo espléndido; apenas se necesitaba una fina chaqueta para aguantar la temperatura. Los altavoces no tardaron en escupir una antigua canción de David Bowie y el ambiente se llenó con sus acordes.

La familia al completo comenzó a hacer viajes desde la cocina, trasladando botellas, vasos, hielo y algo de picoteo al jardín. Los invitados llegarían de un momento a otro.

—¿Vas a llamarla? —le preguntó Diego a Jorge cuando se quedaron solos al lado de las tumbonas, que habían cubierto con unas mantas floreadas.

—Sí —respondió.

—Felicítale el año de nuestra parte.

—Claro. —Una gran sonrisa se mostró en sus labios al pensar en Juls.

—¿Y esa sonrisa de felicidad? —inquirió Diego, dándole un codazo.

—No sé. Quizá porque es fin de año. —Se encogió de hombros con displicencia.

—Pfff —resopló su hermano y elevó la vista al cielo—. A otro con ese cuento. Es evidente que ha sido porque la he mencionado.

—Vale, me pillaste —reconoció Jorge con un ademán—. Es por ella. Pensar que por fin vamos a hablar me hace sentir bien.

—¿No habéis hablado desde Nochebuena?

—No.

Habían mantenido el contacto, pero solo a través de wasaps. Todos ellos breves y superficiales que a Jorge le resultaron insuficientes. Él deseaba llamarla por teléfono, escuchar su voz y hacerle infinidad de preguntas, pero iba con pies de plomo porque era muy consciente de que Juls se mostraba reticente.

Sus escuetas respuestas a los textos que él le enviaba lo probaban.

Y mientras ella le mantenía a distancia, él comenzaba a obsesionarse. Había descubierto la revista en la que trabajaba y se había dedicado a leer los artículos que llevaban su firma. Incluso hablando de cosas tan prosaicas como la fruta más adecuada para perder peso o los diez mejores consejos para triunfar en una salida de chicas tenía gracia y era muy incisiva. Su carisma escribiendo era incuestionable. Era la chica de los mensajes en estado puro.

Estaba simplemente cautivado.

Erika se acercó a ellos en ese instante.

—Juls me acaba de felicitar el año, que lo sepas. —Agitó el móvil en el aire.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, intentando disimular su ansiedad y fracasando estrepitosamente.

—Nada especial. Feliz Año y que espera que podamos vernos pronto.

Jorge se llevó la mano al bolsillo trasero de los vaqueros donde solía estar su móvil, pero lo encontró vacío. Claro, lo había dejado cargando en su habitación.

—¿Qué hacéis ahí? —El grito de su padre desde el otro extremo del jardín los interrumpió—. ¡Venid a ayudar!

—Anda, id vosotros. Yo me voy a escaquear para llamarla.

—Suerte —le deseó Diego con una palmadita en la espalda.

Se despidió de sus hermanos y se dirigió a su habitación, buscando privacidad. Cerró la puerta, pero incluso así la música y las conversaciones de su familia llegaron claras hasta él. Se acercó a la mesilla y desenchufó el móvil del cargador. Echó un rápido vistazo a sus wasaps. Tenía unas cuantas felicitaciones de sus amigos y compañeros de trabajo.

Ninguna de ella.

¡Joder! ¿Le enviaba un mensaje a Erika y a él nada?

Se sentó en el borde de la cama y trasteó unos segundos con el teléfono, titubeante. Terminó por entrar a la agenda y buscar su nombre. Había sustituido la J por Juls, pero el corazón lo había conservado. Eliminarlo no le parecía bien. Sí, así de embobado estaba…

Podía enviarle un meme o algo.

No. Demasiado impersonal.

Apretó los labios con determinación y la llamó antes de poder arrepentirse.

El teléfono sonó y sonó hasta que saltó el buzón de voz.

Se quedó mirando el aparato con la frente arrugada, muy decepcionado.

«¿Qué pensabas? ¿Que ella iba a estar sentada con el teléfono en la mano, esperando tu llamada?».

Pues sí. En realidad, había esperado más interés por su parte. A fin de cuentas, Juls seguía queriéndole, ¿no?

Sin embargo, era él quien iniciaba siempre el acercamiento.

¿Cómo era posible que las cosas hubieran dado ese giro de ciento ochenta grados?

Una risa seca brotó de su garganta. Se estaba volviendo loco. No tenía sentido que estuviera perdiendo la cabeza por una chica a la que apenas conocía, solo porque había descubierto sus conversaciones del pasado, que le tenían fascinado.

¿Y si volvía a intentarlo?

No. No quería agobiarla. Ella ya vería su llamada perdida.

Se puso de pie, dispuesto a regresar al jardín con su familia, pero antes incluso de poder dar un paso hacia la puerta su teléfono sonó. No le hizo falta mirar la pantalla para saber de quién se trataba.

Sus labios se distendieron en una sonrisa.

—Hola —respondió.

—Hola, Jorge. No he oído tu llamada —Su voz se perdía en el estruendoso ruido de fondo: una mezcla de música y conversaciones.

—Si te pillo mal…

—¡No! Espera que me voy de aquí.

Jorge se mantuvo con el teléfono pegado a la oreja mientras escuchaba cómo los sonidos se iban alejando al otro lado de la línea hasta que al final solo llegaron amortiguados hasta él.

—Ya —dijo ella—. Es que hay mucho jaleo, pero me he encerrado en el baño.

—Supongo que estarás en alguna fiesta.

—Sí. Unos amigos han alquilado una casa en la sierra para pasar la Nochevieja.

—Solo quería desearte un feliz Año Nuevo.

—Lo mismo digo.

¿Iba a quedar como un tonto si le preguntaba por qué había felicitado a Erika y a él no? Quizá, pero le daba igual. No era su estilo guardarse nada.

—Erika me ha dicho que le habías mandado un wasap. La verdad es que he ido a mirar mi teléfono para ver si me habías felicitado a mí también.

—Mira, Jorge… —comenzó ella.

—¿Podemos hacer una videollamada? —la interrumpió. Las ganas de verle la cara mientras hablaban le superaron.

—Eh… sí, supongo.

Se apresuró a cortar la comunicación y llamarla por vídeo. Ella respondió al segundo tono.

Su rostro llenó la pantalla del móvil. Se había hecho algo diferente en el cabello, peinándoselo hacia arriba con gel o gomina. Llevaba una gargantilla plateada que le daba dos vueltas al cuello y su rostro brillaba como si se hubiera echado purpurina.

Jorge absorbió su exótica imagen con voracidad. Estaba increíblemente guapa.

—Mira, no te he escrito porque… porque no sabía qué decirte —confesó ella casi al instante.

—¿Feliz Año? —propuso con una mueca—. Es simple.

—No quería ser simple —musitó y desvió la mirada.

«Vale, parece que el momento de las confesiones ha llegado».

Se quitó los zapatos y se acomodó en la cama, apoyando la espalda en el cabecero.

—Pues no seas simple. Soy todo oídos —le dijo al tiempo que le regalaba una sonrisa.

—No me resulta fácil hablar contigo —confesó.

—¿Por?

—Con franqueza, no sé dónde me encuentro. Eres la misma persona que… con la que… —se calló y suspiró—. Eres el mismo Jorge de siempre, pero no.

La entendía perfectamente. No debía de ser nada fácil para ella.

—¿Cómo me hablarías si no tuviera amnesia? No. Espera. No hace falta que contestes, he leído todos nuestros mensajes. Sé cómo lo hacías.

—Tenía mucha confianza con él… digo contigo… —Gimió y agitó la cabeza llena de confusión.

—Es raro, ¿verdad?

—Mucho.

Pasaron unos cuantos segundos de incómodo silencio.

—¿Y esa fiesta en la que estás? ¿Lo estás pasando bien? —preguntó él para rebajar la tensión que se había creado entre ellos.

—Bueno, es soportable —repuso, echándose hacia atrás.

Debía de haber apoyado el móvil en algún lugar porque su imagen cambió. Ahora podía verla de cintura para arriba. Llevaba un vestido negro con un escote bastante pronunciado.

—Puedo oír el reguetón desde aquí.

Ella se rio.

—Sí, es terrible.

—Donde esté una buena balada ochentera… —ofreció él con un guiño.

—Pues sí. La verdad es que preferiría estar en otro sitio —dijo con pesar.

Una idea acudió a él de repente como un fogonazo.

—¿Habíamos hecho planes para esta noche? —preguntó con tono indagador.

Ella extravió la vista y tardó en contestar y esa tardanza le dijo a Jorge exactamente lo que quería saber.

—Sí. Habíamos hecho planes —contestó al fin volviendo a mirar a la cámara con los ojos opacos.

—¿Te puedo preguntar cuáles?

Ella no parecía sentirse a gusto en su piel en ese momento.

—Íbamos a ir a un hotel de Benidorm, Madeira, creo que se llama. Íbamos a ver el atardecer desde la terraza y a cenar allí. Después, íbamos a… pasar la noche en una suite.

—Vaya. Qué plan más fantástico —murmuró él.

Las vistas desde el bar Planta20, situado en ese piso del hotel eran espectaculares. Había estado allí en un par de ocasiones con sus amigos y le había maravillado. Recordaba haberse prometido a sí mismo regresar con *su chica*. Curioso que jamás se le hubiera pasado por la cabeza llevar a Claudia. Sin embargo, sí se lo había propuesto a Juls.

Después de eso ambos guardaron silencio y Jorge se dedicó a estudiarla, deteniéndose en su sutil sombra de ojos color musgo, en su nariz pequeña y en la curva de sus labios que todavía tenían un resto de carmín rosado.

Era realmente preciosa.

Las ganas de decírselo le invadieron.

«Pues díselo. ¿Qué te lo impide?».

—Estás preciosa.

Ella no reaccionó como él esperaba.

—¡Joder, Jorge, no me digas eso! —exclamó con un tinte desesperado al tiempo que se tapaba la cara con las manos.

—Es lo que pienso —repuso con mucha seriedad.

—Vale, pero quizá para ti no signifique lo mismo que para mí —balbuceó—. Y eso me duele.

¡Mierda! No había pretendido herirla.

—Juls…

—Mira, voy a hablarte como si fueras un completo desconocido. Y te voy a explicar lo que siento con sinceridad. Si hay algo que había entre Jorge y yo era la franqueza. —Hizo una pausa y bajó los párpados, como intentando aclarar sus ideas—. Yo estaba enamorada de Jorge. Y él lo estaba de mí. Quizá todo pasó muy rápido, porque solo estuvimos juntos unos días, pero nos queríamos, ¿sabes? Jamás nos dijimos un te quiero ni nada por el estilo, pero era obvio. Podía sentirlo aquí. —Se llevó una mano al pecho—. Todo era mágico con él. Los besos, los abrazos, cada palabra que intercambiábamos. Su risa. Todo… —terminó y la última sílaba se le quedó atascada en la garganta.

Él la miró sin mover ni un solo músculo, como si todo aquello que ella decía no le estuviera afectando, pero la realidad era bien distinta.

Un horrible pinchazo de celos le removió por dentro.

¿Cómo podía estar celoso? ¿De sí mismo?

Aquello era una jodida locura.

Sin embargo, era real.

¿Cómo podía explicar que odiaba que esa otra persona —esa otra versión de él de la que ni siquiera se acordaba— hubiera besado y abrazado a Juls y le hubiese dicho palabras tiernas al oído?

Tenía ganas de golpear a ese otro Jorge y hacerle desaparecer.

—¿Por qué hablas en pasado? —logró articular al fin en un susurro.

Ella apuntaló los ojos en los de él con intensidad.

—Porque él ya no está —musitó.

—Estoy aquí —repuso con brusquedad.

—¿Sí? ¿Seguro? —Había fatiga en su tono—. ¿Qué sientes por mí, Jorge? ¿Estás enamorado de mí?

Él rechinó los dientes.

—Podría ser.

En respuesta recibió una risa amarga.

—No te engañes. Apenas me conoces.

—Tengo cientos de wasaps, de fotos y de vídeos tuyos —murmuró, sin añadir que todo eso le tenía completamente cautivado—. Creo que algo sí te conozco. Además, dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

—Eso no tiene sentido —le contradijo.

Jorge se pasó la mano por el mentón y frunció el ceño.

—Creo que deberíamos vernos —prosiguió, resuelto—. Si no vienes tú a Benidorm, iré yo a Madrid.

Juls elevó la cara con precipitación.

—¿Cómo dices?

—Me has entendido perfectamente. Esta conversación deberíamos tenerla en persona. Es

demasiado importante para tenerla por teléfono. Yo no me incorporo al trabajo hasta dentro de unos días. Puedo ir a Madrid.

Ella tardó en reaccionar. Su rostro reflejó un gran número de expresiones, desde la perplejidad más flagrante, pasando por el rechazo, hasta llegar a una especie de serena aceptación.

—No. Prefiero ir yo a Benidorm —dijo al fin.

—¿Cuándo? —La impaciencia se deslizó en su voz.

—En unos días.

—¿No puedes ser más concreta?

Ella meneó la cabeza con lentitud.

—Vas a por todas, ¿no?

—¿Acaso no me conoces? Puede que pienses que no soy el mismo Jorge de antes, pero sí lo soy.

Una sonrisa fugaz se pintó en los labios de ella.

—¡Has sonreído! —exclamó él.

—Para nada.

—Lo has hecho. ¡Ya te tengo medio conquistada! —constató con un deje triunfalista.

—Ay, Jorge… —murmuró ella con emoción al cabo de unos instantes—. Estoy muerta de miedo.

Era la primera vez que ella desnudaba su alma frente a él. Hasta el momento, su forma de expresarse había sido contenida. Era innegable que no quería exponerse demasiado, pero ese *estoy muerta de miedo* había llegado desde lo más profundo de su ser.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó con suavidad.

—De ti, de mí, de que lo nuestro no funcione… De que me rompas el corazón —confesó con voz trémula.

Había tanta angustia en sus palabras que él mismo sintió que se le estrechaba la garganta. Fijó los ojos en la pantalla con solidez y trató de hacerle llegar lo mucho que le importaba lo que pudiese suceder entre ambos.

—Juls, ten un poco de fe en mí —le pidió en voz queda.

Ella no respondió. Tragó saliva visiblemente y giró la cara un lado antes de añadir:

—Creo que es mejor que nos despidamos ahora.

Era lo último que él quería hacer. Hubiera seguido hablando con ella durante horas, pero era bastante evidente que Juls necesitaba acabar esa conversación.

—Mañana te llamo.

Tras asentir, ella alargó la mano hacia su teléfono e interrumpió la comunicación.

Jorge arrojó el móvil sobre la cama y se deslizó hacia abajo, hasta que su cabeza encontró la almohada. Extravió la vista en el techo, pensativo, mientras el estribillo de una canción de los Burning llegaba amortiguado desde el jardín.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

¿De verdad estaba enamorándose de ella de nuevo?

No estaba seguro, pero si se guiaba por cómo reaccionaba cada vez que pensaba en ella era más que probable que la respuesta a esa pregunta fuera un *sí*.

Un *SÍ* en mayúsculas.

Juls

No abandonó el baño. Se quedó allí un buen rato con la mirada perdida en el suelo de baldosas

grises, pasando revista a la peculiar conversación que habían mantenido.
No sabía qué pensar.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

Se retorció las manos en el regazo muy agitada.

¿Cómo podía creerle?

Pero ¿cómo no hacerlo?

El Jorge que ella conocía era franco y muy directo. Jamás jugaba al despiste con sus declaraciones.

Se llevó una mano al pecho donde su corazón latía a una velocidad superior a la normal. Sí, estaba nerviosa y descentrada. Aquella conversación la había sacado de su zona de confort. Un pequeño espacio ficticio que se había inventado para no pensar en él y evitarse así un dolor que la paralizaba. Un espacio que se había ido trabajando desde la noche del veinticuatro, blindándolo con una gruesa coraza protectora de indiferencia. ¡Y una simple llamada había conseguido derribar ese muro y la había devuelto a la casilla de salida!

Sentía el alma en carne viva.

Otra vez.

Unos golpes en la puerta del aseo la sobresaltaron y la devolvieron a la realidad.

—Está ocupado —exclamó. Todavía no estaba preparada para salir de allí.

Se contempló en el espejo que había sobre el lavabo y se dio cuenta de las imperfecciones que adornaban su rostro. El carmín de sus labios estaba desgastado y se le había corrido el rímel del ojo derecho.

¡Y él le había dicho que estaba preciosa!

Tomó asiento en el borde de la bañera y se tapó la cara con las manos, meneando la cabeza, a caballo entre el deleite y la incredulidad al recordarlo. Había sonado tan sincero. Tan parecido a su Jorge de antes.

Pese a que quizá fuera algo absurdo, le resultaba complicado pensar en él como una única persona. En su mente, eran dos Jorges distintos. El de antes, divertido, irónico y pasional; ese que estaba enamorado de ella. Y el de ahora, más serio e inseguro, ese que estaba confuso y que la miraba sin reconocerla.

Ella estaba colada por el antiguo.

Era descabellado e inverosímil.

Resopló bajito llena de desazón.

Era *el nuevo Jorge* quien había propuesto ir a Madrid a reunirse con ella.

Quería verla.

—Tú también quieres —dijo en voz alta.

Por supuesto que quería. Incluso a sabiendas de que ese encuentro podía ser terriblemente doloroso, deseaba volver a verle.

Unos nuevos golpes en la puerta, bastante enérgicos, le provocaron un respingo.

—¡Ocupado! —gritó con impaciencia.

—¿Juls? ¿Estás bien?

Era Sergio.

El culpable de que hubiera acudido a esa tediosa fiesta.

Si unos meses atrás alguien le hubiese dicho que Sergio se iba a convertir en su persona de confianza se habría echado a reír. Después de que su relación terminara de ese modo tan feo, jamás habría esperado reconciliarse con su ex. Y, sin embargo, ahí estaba, en una fiesta de Nochevieja con él.

Desde su encuentro la semana anterior a la Navidad, se habían visto dos veces más y habían hablado por teléfono con frecuencia. Sergio parecía muy decidido a hacerse un hueco en su vida y Juls tenía la piel tan fina y estaba tan sensible que se lo estaba permitiendo. Incluso le había hablado de Jorge y de lo que había sucedido. No obstante, le había dejado muy claro que lo único que podía ofrecerle era una amistad y él había aceptado. Aparentemente.

Abrió la puerta del baño y se encaró con él.

—Estoy bien.

La miró con escepticismo, pero no le llevó la contraria. Se limitó a tender la mano y ofrecérsela. Ella titubeó, pero finalmente la aceptó y, juntos, se dirigieron al abarrotado salón.

—Has desaparecido un buen rato, creía que había pasado algo —le dijo él, inclinándose y hablándole al oído para hacerse oír por encima de la música y el bullicio.

—Estaba hablando por teléfono.

—¿Con él?

Juls le dirigió una mirada esquiva. Nada se mostraba en su impenetrable rostro.

—Sí.

—Ven, vamos fuera y me lo cuentas.

De camino al jardín, se detuvieron en la barra metálica que había en un extremo de la sala y se hicieron con dos ginebras con limón.

El aire fresco de la noche los recibió y Juls se estremeció. El vestido que llevaba era una preciosidad, pero no abrigaba nada. No obstante, antes de que pudiera sugerir volver al interior, Sergio se había quitado la chaqueta y se la pasaba por encima de los hombros.

—¿Quién eres y qué has hecho con Sergio? —inquirió con estupor. Él no solía tener esos detalles.

—Me pintas como si fuera un egocéntrico egoísta.

—Siempre lo has sido. Bueno, al menos un poco.

—La gente cambia.

—No. Cambia el tiempo y los intereses bancarios, la gente no —se burló.

Él emitió risa mordaz que despertó un montón de recuerdos en ella. El hombre que tenía delante y que la contemplaba con los ojos vivaces era el Sergio del que estuvo enamorada.

En pasado.

Su mente, ahora, solo estaba llena de Jorge.

Para bien y para mal.

—Venga, habla —le dijo él, apoyando la espalda en el grueso tronco de un árbol.

No había mucha gente en el jardín y la música tampoco era demasiado estridente, lo que favorecía el ambiente de confidencias.

—Tengo poco que decir —repuso antes de llevarse el vaso a los labios. Hizo un gesto asqueado cuando el líquido se deslizó por su garganta. El porcentaje de ginebra era bastante superior al del limón. Debía tener cuidado porque era su tercer cubata de la noche.

—¿No? ¿Y por eso has estado encerrada en el baño media hora? —la interrogó con escepticismo.

—¿Me creerías si te dijera que me estaba empolvando la nariz?

—Pfff… Claro y yo soy Steve McCurry.

—¿Quién es ese?

—Es un fotógrafo muy famoso.

—Sabes que tu humor inteligente y pedante a mí no me llega —repuso con sarcasmo.

—Casi lo había olvidado —se rio él.

Ella terminó por resoplar y huyó de su inquisitiva mirada, bajando los párpados y fijando la vista en el oscuro césped a sus pies. No tenía ganas de contarle a Sergio cómo había transcurrido su conversación con Jorge. Por otro lado, ¿con quién podía hablar de ello? Ni Mariu ni Sonsoles ni Félix estaban disponibles.

—Voy a ir a Benidorm a verle —dijo al fin tras meditarlo un rato.

—¿Él quiere que vayas?

—Sí.

—Pero ¿ya ha recuperado la memoria?

—No.

Tras aquel monosílabo pronunciado con un tinte desolador, ninguno de los dos dijo nada más. El tiempo transcurrió despacio mientras ambos se limitaban a beber en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Juls estaba triste, no podía evitarlo. Cerró los ojos y cogió aire, expulsándolo después con lentitud, tratando de insuflarse ánimo. Solo unos instantes después, sintió el calor de la palma de una mano sobre su mejilla. Era una mano suave y blanda, muy diferente a las manos de Jorge, ásperas y duras. No se apartó porque la caricia le resultó reconfortante.

—Juls, sabes que estoy aquí y que voy a apoyarte en lo que necesites —dijo él.

Por un momento, deseó volver a estar con Sergio y olvidarse del drama en el que se había convertido su vida. A Sergio le conocía, sabía cuáles eran sus virtudes y sus defectos. Estar en una relación con él sería como ir sobre seguro, no habría sobresaltos ni incertidumbres.

En cambio, con Jorge…

Apenas había podido acostumbrarse al roce de su mano cuando los masculinos labios se posaron sobre los suyos en un beso ligero y no muy demandante. No estaba sorprendida. No podía decir que no lo hubiera esperado. En realidad, sí lo había hecho.

Mientras la boca de él se movía con delicadeza sobre la suya, evocó el pasado. Imágenes de otros besos más pasionales que había compartido con él acudieron a ella. Caricias, abrazos, palabras susurradas al oído, suspiros y gemidos…

De pronto, dio un paso atrás, tambaleante, interrumpiendo el beso. Se llevó ambas manos a la boca y se la cubrió con ellas.

¡Había besado a un hombre que no era Jorge!

Sergio respiraba con dificultad y la estudiaba con los ojos entrecerrados. Parecía querer decirle algo.

—¿Volvemos… a la fiesta? —propuso sin siquiera mirarle.

«Cobarde. Estás huyendo».

—Claro.

Le devolvió la chaqueta y echó a andar hacia la casa sin preocuparse de si él la seguía o no.

No quería analizar lo que acababa de suceder.

Capítulo 30

Jorge

Hacía dos días que se había incorporado al trabajo y estaba encantado con el ambiente que se respiraba en la escuela. Solo había dos personas de las que no se acordaba: Gema y Edu, que habían empezado a trabajar allí el año anterior. No obstante, la situación no resultó demasiado forzada ni desagradable porque ambos le cayeron bien desde el principio. Los demás compañeros también se esforzaron por adecuarse a su amnesia, explicándole ciertas cosas con paciencia de las que seguro habrían hablado en multitud de ocasiones.

—¿Cómo vas?

La pregunta se la hizo Till, su jefe, que se dejó caer sobre el sofá que había en un lateral de la oficina.

Jorge estaba sentado frente al ordenador, intentando coordinar el calendario de clases de la semana.

—Bastante bien —respondió y alzó la cara para encontrarse con los ojos de Till—. Todo perfecto. No te preocupes.

Le lanzó una sonrisa tranquilizadora. Pese a que había recibido el alta médica y su neurólogo le había dado vía libre para incorporarse al trabajo, todavía no podía practicar ninguna inmersión de buceo hasta nueva orden; no hasta que sus dolores de cabeza desaparecieran del todo. Al menos le había permitido conducir.

—Si tienes algún problema, dímelo.

—No voy a tener problemas —le aseguró—. El TAC que me hicieron la semana pasada estaba limpio. Estoy sano.

—Vale, no obstante, me lo dices —insistió.

Jorge asintió y volvió a concentrarse en la pantalla del ordenador.

—Sé que me estáis concediendo… privilegios —dijo al cabo de unos instantes.

—No sé a qué te refieres —dijo Till con inocencia, poniéndose de pie y estirándose. La gran envergadura de su cuerpo —medía cerca de metro noventa y era muy musculoso— pareció llenar la pequeña estancia.

—A que casi todo el trabajo está hecho y yo solo tengo que archivar facturas y dar clases teóricas.

—Será casualidad.

—¿Casualidad? Claro —masculló con ironía.

—Venga, hombre, encima que te mimamos un poquito, no te quejes. Ya te daremos por el culo en unas semanas y luego llorarás.

Jorge soltó una risa cargada de resignación. Si había creído que se iba a librar de los exagerados cuidados familiares incorporándose al trabajo había estado muy equivocado.

—A llorar a la llorería, ¿no? —preguntó con guasa.

—Exacto —le respondió Till con una carcajada—. Y, por cierto, te noto diferente. Nunca te arreglas tanto un día de diario. Te has echado hasta colonia —terminó, olfateando el aire exageradamente.

—No te pases que no es para tanto —rechazó.

Pero sí que había puesto especial atención a su ropa. Llevaba unos vaqueros azules

ajustados y un polo gris de manga larga y de cuello alto. Combinaba el atuendo con su cazadora negra de cuero y sus botas de cordones. También le había dado forma a su pelo con algo de cera para el cabello.

—Venga, confiesa —insistió Till—. ¿Quién es la afortunada?

Jorge suspiró.

—Se llama Juls. Llega hoy desde Madrid y voy a ir ahora a recogerla a la estación de autobuses. ¿La conoces?

Till se acercó a la mesa y apoyó la cadera en el borde. Se había puesto serio.

—La conozco. Me la presentaste hace un tiempo en El Cisne.

Jorge guardó silencio.

—Vaya —dijo al fin con un carraspeo—. ¿Y qué te pareció?

Siempre se había llevado muy bien con Till y entre ellos había la confianza suficiente como para hacerle ese tipo de pregunta.

—Apenas la vi unos minutos, pero me pareció una chica guapa y simpática —respondió con vaguedad y se encogió de hombros—. Lo que sí te puedo asegurar es que estabas colado. Te pasabas el día con una sonrisa tonta en la cara, intercambiando mensajes con ella y no parabas de mencionarla.

—Todo el mundo me dice lo mismo —murmuró pensativo.

—¿Cómo lo llevas? Me refiero a estar con ella sin que tu memoria haya vuelto. Tiene que ser complicado, ¿no?

—Mucho. Pero casi más para Juls que para mí —admitió—. La que mantiene las distancia es ella. Soy yo el que lo está dando todo para que volvamos a intentarlo.

Till reaccionó sorprendido.

—No me pidas que te lo explique porque yo tampoco lo entiendo demasiado bien —prosiguió con un suspiro—. Bueno, es mentira —admitió cortante—. De hecho, es muy simple. Ella me interesa.

No pudo seguir hablando porque el móvil de Till comenzó a sonar con estridencia.

—Es mi chica —dijo este después de echarle un vistazo a la pantalla—. Tengo que cogerlo. Nos vemos. —Hizo un gesto de despedida y salió de la oficina.

Jorge miró la hora en la parte inferior de la pantalla del ordenador. Las tres y cinco. Tenía que irse ya si no quería llegar tarde a recoger a Juls. Guardó los cambios que había hecho en la hoja de Excel y la cerró. Después, cogió su cazadora del respaldo de la silla y se la puso. Abandonó la estancia dando largas zancadas y le dijo adiós a Pablo que estaba en la parte delantera del local colgando unos neoprenos en uno de los percheros.

Había dejado a Turbo aparcado en la calle de al lado y, en solo un minuto, estaba dentro del vehículo. Veloz, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad sobre la marcha, arrancó y tomó el camino hacia la estación de autobuses.

No iba a negar que estaba un tanto nervioso. Pese a que había hablado con Juls por teléfono, el encontrarse cara a cara con ella era una situación muy diferente.

No había mucho tráfico a esas horas y no tardó en llegar a su destino. Dejó el coche en el parking descubierto que había delante de la moderna edificación gris y se apresuró a acceder al interior. El panel digital de llegadas y salidas le mostró que eran las tres y veinte. Justo a tiempo.

Su móvil comenzó a sonar dentro del bolsillo de su cazadora.

Era Erika.

—Dime, pero no te enrolles que estoy ocupado. Al grano.

—¿A qué hora llega Juls?

—A las tres y veinte. Estoy en la estación de autobuses ahora mismo.

—¿Cuántos días va a quedarse?

—No lo sé.

—Vete preparando algo para que nos veamos. Una cenita. Sé que Diego quiere apuntarse. Y, probablemente, Lukas también.

—No me jodáis. Paso —farfulló.

Quería a Juls para él solo. No quería compartirla con toda su familia.

—Mañana por la noche nos viene genial a todos —continuó ella, ignorando su protesta —. Y no puedes negarte porque si lo haces la llamo directamente y lo organizo.

—Chantajista.

—Exacto, ese es mi segundo nombre —admitió impertérrita.

—Lo hablo con ella, entonces —se rindió con un suspiro.

—Dale un beso de mi parte.

Se despidieron y volvió a guardarse el móvil en el bolsillo. Luego, se encaminó a las escaleras mecánicas que llevaban a la planta baja, pero ni siquiera tuvo la oportunidad de utilizarlas porque la figura de Juls, que arrastraba tras de sí una pequeña maleta rodante, se mostró ante sus ojos a unos veinte metros de distancia. Se detuvo en seco y aprovechó que una columna le cubría parcialmente para estudiarla con sumo interés sin que ella fuera consciente de su presencia.

Juls desvió la cabeza a un lado y al otro, buscándole, con toda seguridad. Habían hablado la tarde anterior y él se ofreció a ir a recogerla. Pese a que trató de rechazarle, él fue muy persistente hasta que logró salirse con la suya.

Quizá fuera la casualidad o quizá el destino, pero lucía una ropa parecida a la que llevaba él, vaqueros, jersey gris y cazadora negra de cuero.

Una sonrisa perezosa despuntó en sus labios al percatarse de ello.

Qué coincidencia, ¿no?

Se recreó observándola. Su rostro mostraba un rictus serio y tenía el ceño fruncido, pero eso no le restaba puntos a su belleza natural. Era hermosa. Una sensación de bienestar se esparció por su interior. Quizá su mente fuese incapaz de recordarla, pero su cuerpo reaccionaba a ella como si la conociera de siempre, como si supiera que aquella mujer era *su chica*.

Su chica…

Cabeceó, haciéndose a la idea.

Una idea que sonaba muy bien. Extremadamente bien.

Finalmente, dio un paso a un lado, haciéndose visible. No había mucha gente a aquella hora de la tarde y sus miradas no tardaron en chocar. En los femeninos ojos se mostró sorpresa y un fogonazo eufórico que se apagó con rapidez dejando paso a la cautela.

Jorge suspiró un poco decepcionado, pero se tragó la desilusión y sonrió.

Echaron a andar al unísono hasta que se encontraron uno frente al otro. La incomodidad era palpable en ella; sus hombros estaban tensos y apretaba la mandíbula.

Jorge tenía ganas de estrecharla entre sus brazos con fuerza, pero se conformó con darle dos besos superficiales al tiempo que posaba las manos sobre sus caderas. No pudo evitar, sin embargo, aprovechar el instante de contacto físico para llenarse de su aroma, inspirando en profundidad.

—Bienvenida, Juls —le dijo, y añadió—: Me encanta como hueles.

Era obvio que ella no había esperado un comentario semejante porque sus mejillas enrojecieron y su boca se entreabrió por la perplejidad.

—Eh… Hola —tartamudeó cuando recuperó su compostura.

—¿El viaje, bien?

—Sí. No se me ha hecho muy pesado.

—Has llegado muy puntual.

—Sí. Hace pocos minutos.

—Ah, pues genial.

Después de ese torpe intercambio de información, callaron los dos.

Jorge carraspeó, devanándose los sesos para encontrar algo interesante que decir.

¿Cómo era posible estar tan ansioso? Era ridículo.

—Déjame que te lleve la maleta —dijo y extendió la mano.

—No hace falta —rechazó ella con un ademán.

De nuevo, un silencio embarazoso.

—Parece que nos hemos puesto de acuerdo —soltó él.

Ella le miró con la frente arrugada, sin comprender.

—La ropa —aclaró—. El destino es un bromista, ¿no crees?

—¡Oh! Eso parece —repuso ella, escrutándole de arriba abajo y deteniéndose más tiempo del necesario en su torso.

Él vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta, pero su espíritu insolente ganó la partida.

—¿Te gusta lo que ves?

Ella alzó la barbilla con precipitación y se mordisqueó el labio inferior. Parecía estar meditando cómo responder.

A Jorge, ese gesto —en apariencia inocente— le despertó un suave aleteo en la boca del estómago. Aguardó con avidez a que llegase su contestación. ¿Recogería el guante que él le había arrojado?

—Me gusta —admitió ella, imprimiendo firmeza a su voz.

«¡Perfecto!».

Sin poder evitar que una nueva sonrisa se dibujara en su boca, hizo una señal indicando el camino hacia la salida y echó a andar, poniéndole una mano en la curva de la espalda.

—¿Cuántos días te vas a quedar?

—Hasta el lunes que viene.

¿Cinco días? No eran muchos. Tendría que aprovecharlos al máximo.

—Trabajo por las mañanas, pero tengo las tardes libres y el fin de semana también.

Ella se detuvo justo frente a la puerta de cristal.

—Tampoco hace falta que nos veamos todos los días…

—¿Cómo que no? —la interrumpió—. Todos los huecos de mi agenda llevan tu nombre. Que lo sepas.

Ella resopló con ironía y él correspondió con una risa.

Tenía muchos planes. Planes que incluían llevarla a comer o a cenar por ahí y visitar algunas zonas interesantes de la ciudad que ella, seguramente, no conocería. Les quedaban muchos lugares por descubrir.

Juntos.

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento? —le sugirió mientras empujaba la puerta y le cedía el paso—. ¿O prefieres ir a comer algo primero?

En ese preciso instante, el estómago de ella emitió un rugido bastante audible.

—¿Contesta eso tu pregunta? —Giró la cabeza con una mueca avergonzada.

Él volvió a reírse.

—Has sido transparente como un cristal. Pues vamos primero a comer algo. Luego quiero llevarte a un sitio precioso.

—¿Dónde? —Le lanzó una mirada cargada de curiosidad.

—Es una sorpresa.

Ella abrió la boca como si fuera a protestar, pero tras unos segundos volvió a cerrarla y se encogió de hombros.

Alcanzaron el Patrol y dejaron la maleta en la parte trasera antes de acomodarse en los asientos.

—¿Preparada para la brutal suspensión de mi coche? Es como montar en una montaña rusa.

Ella emitió un gemido cargado de desconcierto y se cubrió los ojos con la mano.

La miró con sorpresa. Sin embargo, su expresión cambió cuando una vaga idea del porqué de su extraña reacción acudió a él repentinamente.

—Es algo que ya te he dicho con anterioridad, ¿verdad?

—Sí —contestó ella en un murmullo con la vista fija en el parabrisas—. Es lo mismo que me dijiste la primera vez que monté contigo en este coche.

—Vaya, qué poco original soy. Pues no puedo prometerte que no vuelva a suceder. Ya sabes, amnesia y eso…

—No pasa nada —dijo en un hilo de voz.

Su intento por quitarle hierro al asunto no había servido de nada ya que las palabras de ella rezumaban tristeza. Aquello no le gustó demasiado.

Metió la llave en el contacto y arrancó. La radio —sintonizada en Kiss FM como de costumbre— escupió el estribillo de *Take on me* de A-ha. La tarareó mientras abandonaban el parking. Podía sentir los ojos de ella sobre su persona, pero fingió no darse cuenta y continuó cantando.

Juls

Comieron en un restaurante cercano al parking donde habían dejado el coche. Aitona se llamaba. Era un lugar sencillo, sin grandes pretensiones que servía típicos platos mediterráneos. Según le explicó Jorge, Diego vivía cerca e iba mucho por allí por lo que el dueño los trató con mucha deferencia y se acercó a su mesa un par de veces para comprobar que todo fuera de su gusto.

No tocaron temas demasiado profundos mientras comían. Como si se hubieran puesto de acuerdo, solo hablaron de asuntos neutrales, de sus respectivos trabajos y de sus familias. Jorge le contó también que hacía dos días que había vuelto a su apartamento del Albir y que estaba acostumbrándose a su recién adquirida independencia.

Después de comer, él la guio a través de unas calles peatonales flanqueadas por comercios de todo tipo y llenas de turistas, pero no tardaron en sumergirse en otras callejuelas mucho más estrechas y sin tanta afluencia de gente. Juls le preguntó en varias ocasiones por su destino, pero él reaccionó de manera misteriosa y no quiso desvelarle nada.

Finalmente, llegaron hasta una coqueta iglesia junto a la que había un pasadizo que se abría a una plaza con suelo de baldosas ajedrezadas y rodeada por una balaustrada blanca que daba al mar. En un extremo había un ancla gigantesca de bronce. Juls no tuvo tiempo de detenerse a contemplarla porque él la sujetó por la muñeca y tiró de ella. Parecía tan entusiasmado como un niño el día de los Reyes Magos. Agitada por el contacto de su mano sobre la piel de su brazo, se dejó arrastrar hasta el otro extremo de la plaza. Allí, junto al monumento de cuatro cañones también de bronce, había una escalinata custodiada por dos columnas blancas

con filigranas azules muy típicas de la arquitectura mediterránea. La subieron y, de pronto, se encontraron en un lugar precioso, como sacado de un cuento.

Juls no pudo evitar que se le abriera la boca por la sorpresa.

El suelo continuaba imitando a un ajedrez de dos tonos de gris y los arcos y columnas encalados en blanco y salpicados por azulejos azules se alternaban con árboles y algún banquito de madera. Al frente, había un pozo que presumía de los mismos colores de toda la zona, de cuya alzada superior de hierro forjado colgaban unos cuantos candados. Jorge se apresuró a explicarle que se había puesto de moda entre las parejas depositarlos allí como un símbolo de su amor.

Juls se dejó conducir hasta otras dos columnas similares a las anteriores de las que partía una escalera con balaustrada blanca que semejaba llevar hasta el mismo mar. Si antes se había sentido sorprendida, ahora estaba completamente fascinada por las vistas que se abrían ante sus ojos. Jorge no la había soltado en ningún momento y comenzó a descender los escalones delante de ella, tirando de su brazo. No tardaron en alcanzar una terraza con forma de pentágono que parecía suspendida sobre el océano, en cuyo centro se erguía una farola blanca de cinco luces.

No había apenas gente; solo dos parejas sacándose fotos en un extremo.

—Pues ya estamos aquí —anunció él y abrió los brazos con grandilocuencia.

—Me encanta —susurró ella, maravillada por el ambiente. Un lugar así no terminaba de encajar con el Benidorm que ella conocía.

—Es el Balcón del Mediterráneo, también llamado Mirador del Castillo. Ese nombre le viene porque durante varios siglos aquí hubo una fortaleza desde donde la ciudad se defendía de los continuos ataques de piratas —explicó Jorge—. En el siglo diecinueve, los franceses asaltaron el castillo y se apropiaron de él porque desde aquí podían vigilar los barcos ingleses que llegaban tanto por Levante como por Poniente. Pero la flota inglesa acabó derrumbando las instalaciones a cañonazos desde sus barcos. Cuando acabó la contienda, el castillo fue abandonado y hoy sólo quedan algunos vestigios de sus murallas sepultados bajo las rocas.

Juls le escuchó llena de interés. Cuando Jorge relataba alguna historia que conocía se le iluminaban el rostro entero. Le miró, analizando todos y cada uno de sus gestos. Era como el Jorge de entonces cuando le habló del origen de la Isla de Benidorm.

—Soy aburrido, ¿no? —preguntó él al tiempo que se acariciaba la nuca.

—De ningún modo. —Negó con energía—. Siempre me ha gustado escucharte.

—¿Siempre? ¿Te contaba muchas historias? —indagó con curiosidad.

—Algunas —repuso ella—. Me hablaste de la leyenda del gigante Roldán.

—¿En serio? ¿Así fue cómo te conquisté? —dijo en tono de broma.

—Puede —admitió.

Después de reconocer aquello, se batió en retirada, apartándose unos pasos. Su cercanía le impedía concentrarse en otra cosa que no fuera él. El paisaje marino que le rodeaba era el encuadre perfecto para su masculina figura. Jorge y el mar, imposible imaginar al uno sin el otro. Ni siquiera era capaz de disfrutar de la belleza que la rodeaba porque su presencia era intoxicante.

Se acodó en la balaustrada y aspiró hondo. Un ligero olor salobre le penetró por las fosas nasales mientras se centraba en la inmensidad del mar azul turquesa que parecía extenderse hasta el infinito y confundirse con el cielo. Las vistas desde allí eran espectaculares. Podía ver ambas bahías, la de Levante y la de Poniente, y el *skyline* de la ciudad. La singular terraza había sido construida entre las dos playas, sobre una península rocosa contra la que rompían las olas lanzando espuma blanca al aire.

Giró la cabeza para localizar a Jorge. Se había alejado de la barandilla y permanecía con

las manos hundidas en los bolsillos justo al lado de la alta farola. El sol le bañaba en tonos dorados. Tenía la mirada extraviada en algún punto del lejano horizonte. Parecía pensativo.

Juls frunció el ceño. No tenía ni idea de cómo comportarse con él. Si se hubiera tratado del Jorge de antes habría bromeado y le habría provocado con algún comentario irónico, pero ese hombre atractivo que se erguía a escasos metros de ella con el pelo revuelto por la brisa era un desconocido.

El intercambio de palabras que tuvieron la noche de fin de año acudió a ella de repente.

¿Qué sientes por mí, Jorge? ¿Estás enamorado de mí?

Podría ser.

Suspiró internamente.

¿Qué probabilidades había de que una persona se enamorase de otra dos veces? Se suponía que muchas. A fin de cuentas, era lógico que se sintiera atraída por los mismos atributos y comportamiento de la otra persona, al igual que antes, ¿no?

No.

No era tan sencillo.

En teoría, sonaba bastante bien, pero en la práctica era muy diferente.

El nuevo Jorge era distinto al antiguo. Carecía de dos años de vivencias que le habían hecho ser quién era. En ese tiempo que se había borrado de su memoria, él había tenido multitud de experiencias y pensamientos que le habían moldeado y convertido en *su Jorge*. Pero ese Jorge que miraba al mar con ojos soñadores no era el mismo hombre que se había enamorado de ella la primera vez y tampoco era el mismo del que ella se había enamorado. Había una gran diferencia entre los dos, incluso siendo la misma persona.

¿Cuál era la conclusión de todo aquello, entonces? ¿Había dejado de quererle? La atracción que sentía por él seguía estando ahí, omnipresente y poderosa. Pero ¿y lo demás? ¿Dónde estaban el afecto y el cariño? ¿Se habían perdido?

Le observó llena de confusión y se recreó en su atractivo perfil. Imposible negar que era terriblemente cautivador.

Él giró la cabeza y le regaló una sonrisa.

Una sonrisa que le transformó el rostro lentamente. Era algo digno de ver. Empezó en sus ojos que chispearon con rapidez, iluminándose y desprendiendo destellos de color miel. Después se desplazó hasta la parte inferior de su cara hasta aterrizar sobre sus labios que se abrieron con suavidad dejando al descubierto una constelación blanca como la nieve.

Cada vez que él sonreía de aquel modo era como ver fuegos artificiales contra el cielo oscuro de medianoche.

El corazón de Juls se detuvo un instante para, después, desbocarse como un loco.

Llena de agitación, apartó la mirada y volvió a dirigirla hacia el océano.

—¿Qué es eso? —preguntó, intentando disimular su zozobra y señalando con el dedo una especie de estructura metálica que emergía de las azules aguas a unos metros de distancia.

—¿Eso? —Él se aproximó y se acodó en la balaustrada, a su lado—. Eso era el géiser. Hace tiempo que no funciona, pero cuando lo hacía era digno de ver. La altura del agua llegaba a los cien metros de altura. Era una pasada.

—¿Por qué ya no funciona?

—El agua que salía disparada erosionaba las rocas del acantilado y dañaba el medio ambiente. Además, el mecanismo se estropeaba con frecuencia. Al final, lo dejaron por imposible.

Juls asintió distraída. Él estaba demasiado cerca, de nuevo. Solo dos o tres centímetros

separaban sus codos y podía oler la fragancia que desprendía su piel perfectamente. Era un aroma muy viril y personal, una mezcla de esencias marinas y de Jorge. Por el rabillo del ojo se dio cuenta de que él la observaba con insistencia. Respiró hondo.

—¿Por qué me miras tanto? ¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con fingido aplomo, devolviéndole las mismas palabras que había empleado él en la estación de autobuses.

—Sí. Me encanta. Eres preciosa —respondió con mucha seguridad—. Me gusta tu nariz respingona y tus labios gruesos. Tus pómulos marcados, tus ojos tan bellos y la curva de tu frente. Y tu cuello estilizado…

El estómago de Juls se contrajo.

—¿Ahora eres poeta?

Él se echó a reír.

—Soy lo que tú quieras que sea.

Un nuevo espasmo agitó su abdomen.

—¿Coqueteas conmigo?

—Sí. ¿Qué tal voy? —La provocación era palmaria.

—Demasiado bien —reconoció en un susurro—. Eso que me has comentado antes de una cena con tus hermanos, ¿dónde vamos a ir? —Cambió de tema a toda velocidad.

—Cobarde —la recriminó él.

Ella no tuvo opción de decir ni una sola palabra porque él dio un paso atrás, situándose a su espalda, y posó ambas manos sobre sus hombros. Incluso a través de la gruesa tela de su cazadora, Juls pudo sentir su calor y un involuntario escalofrío la recorrió de arriba abajo.

—Todavía no lo sé —siguió hablando él—. Será Erika la que se encargue de todo, como siempre. Es una organizadora nata. —Hizo una breve pausa antes de continuar con voz rasposa —: ¿Dónde nos besamos por primera vez?

Ella se puso tensa. Tenía los nervios a flor de piel. Y no ayudaba nada que él se hubiera inclinado y le hablara casi al oído.

—Hubo dos primeros besos —repuso al fin—. El de mentira y el de verdad.

—¿También intercambiamos besos falsos? —La sorpresa se reflejó en su tono.

Juls le habló de la noche en la que se conocieron y también del día en la playa en el que fingió ser su chica para librarle del acoso de Bea. Él dejó escapar una risa ronca al escucharla y las sacudidas de su torso encontraron eco en el cuerpo de ella, que tuvo que morderse los labios para no emitir un ahogado suspiro.

—Gracias por librarme de Bea. Es mi torturadora particular.

—Lo sé.

—¿Y el beso de verdad? —insistió él.

—Ese fue un día después. En la piscina, en casa de tus padres… —vaciló—. Te comportaste como un crío y me retaste a besarte debajo del agua.

—Y lo hiciste.

—Es que te pusiste muy pesado.

Intentó mantener el tono desenfadado para no delatarse a sí misma y mostrar lo insegura que se sentía hablando de ese tema.

—Ya. Claro —dijo él con ironía.

Juls rememoró aquel beso. Un *beso robado* lo había llamado él. Aunque comenzó como una torpe caricia debajo del agua, terminó siendo apasionado y ardiente. Un gran beso.

—¿Y te gustó? —inquirió él.

—Para nada —rechazó con exageración—. Fue bastante regular.

—¡Ja! Seguro que mientes y beso como un dios.

Lo hacía. Besaba como un dios. Incluso el beso más torpe de Jorge era mejor que el beso más apasionado de cualquier hombre. Todos empalidecían al lado de los suyos. Por su cabeza revoloteó el beso que Sergio le dio la noche de fin de año. Casi lo había olvidado ya que no significó nada para ella, y a Sergio debió de quedarle también bastante claro porque no había mencionado el tema y tampoco había vuelto a llamarla.

En ese preciso momento, la canción *I'd do anything for love* de Meat Loaf rasgó el ambiente y se mezcló con el sonido de las olas del mar.

—Tu móvil —murmuró él, apartándose de ella.

¿Había sonado decepcionado?

Se sacó el teléfono del bolsillo del pantalón y miró la pantalla.

Era Félix.

La culpa la embargó al ser consciente de que no había avisado a su hermano de su llegada a Benidorm, aunque se lo había prometido. Solo les había enviado un mensaje a sus padres.

—Lo siento. —Fue lo primero que dijo nada más aceptar la llamada.

—Vale, te perdono —repuso él.

—Es que me he liado y se me ha olvidado llamarte.

—Me supongo cómo te has liado —soltó con sarcasmo.

—Bueno, eh… Esta noche te llamo y hablamos más, ahora estoy ocupada —dijo mientras le echaba un vistazo a Jorge, que se había alejado al otro extremo de la terraza.

—Vale, peque. Sé cuidadosa.

Cortó la comunicación y echó a andar hacia donde él se encontraba.

—Era mi hermano —le dijo.

Jorge asintió sin mirarla.

De pronto, todo el buen humor que él había mostrado hacía solo unos minutos se había esfumado y Juls arrugó la frente con confusión. ¿Por qué parecía tan distante?

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, claro —respondió él y le sonrió. Pero era una sonrisa tibia que no alcanzó sus ojos —. ¿Quieres que nos vayamos? Se está levantando un poco de fresco, ¿no crees? —continuó, introduciéndose las manos en los bolsillos de la cazadora.

Tenía razón. El viento había comenzado a soplar con más fuerza. Las otras parejas hacía ya un rato que se habían marchado.

—Vale —aceptó.

Antes de seguirle hacia la escalera, miró una última vez a su alrededor, grabando el escenario en su memoria. Era un lugar muy especial.

Pese a todas sus dudas e inquietudes, estaba feliz de haberlo compartido con él.

Capítulo 31

Jorge

Sabía que su actitud el día anterior había sido bastante infantil, pero ya no había marcha atrás. Y todo porque ella no llevaba la canción de Starship en el móvil como tono de llamada. Al escuchar la famosa melodía de Meat Loaf se sintió herido y decepcionado.

¿Se podía ser más cretino?

Después de abandonar el mirador, fueron a una cafetería cercana a tomar algo, pero él no estaba de humor y ella pareció retraerse también. Al final, la reunión resultó un pequeño fracaso. Demasiados silencios y demasiados momentos incómodos. Así que, cuando Juls le preguntó si podía llevarla a su apartamento, él se apresuró a hacerlo.

Regresó a su piso en el Albir, al que todavía no se había acostumbrado del todo, y escribió en su diario durante unas horas, volcando sobre las hojas en blanco todos sus sentimientos, algunos muy claros, otros un poco más difusos. Los párrafos que fueron llenando las cuartillas se alternaban en una mezcla de fluidez y tachones. Y las líneas eran caóticas y desordenadas, reflejando a la perfección cuál era el estado de sus pensamientos.

Cuando le mostrara sus escritos a la doctora Carmena en su próxima sesión, con toda seguridad, ella no podría descifrar aquel galimatías.

Terminó por irse a la cama con los cascos colocados en sus orejas y se puso a escuchar una lista de sus temas favoritos en Spotify, preguntándose si habría compartido con Juls alguna de esas canciones, al mismo tiempo que abría la aplicación de mensajes en su móvil y releía los que habían intercambiado en el pasado.

La Juls de aquella tarde poco se parecía a la mujer cuyas palabras estaban plasmadas en aquellos textos. Y el anhelo de que ella se mostrara tal y como era antes le acometió con fuerza.

Quería a esa Juls de regreso.

«Tú tampoco eres el mismo Jorge de antes. Que no se te olvide. Quizá ella desea lo mismo que tú», le recordó una voz cargada de lógica.

La situación era frustrante.

Terminó por quedarse dormido, pero no fue un sueño pacífico ni reparador. Se despertó en incontables ocasiones durante la noche, por lo que, al día siguiente, se pasó toda la mañana bostezando y tratando de concentrarse en sus tediosas tareas de ordenador en la escuela. Cosa harto difícil cuando sus pensamientos recaían una y otra vez sobre esa chica de pelo corto y cara traviesa que se empeñaba en robarle el noventa por ciento de su tiempo.

Ahora, cuando solo faltaba un cuarto de hora para volver a verla, se recriminaba el haber sido tan pueril la tarde anterior y haber actuado de ese modo tan absurdo. Se prometió a sí mismo que aquello no volvería a suceder y que mantendría la compostura, pasara lo que pasara.

La calle donde estaba su edificio era una calle estrecha en la que no se podía aparcar, así que estacionó el Patrol en el acceso al garaje y puso las luces de emergencia. Apagó el motor, pero dejó la radio puesta. Disfrutó un rato de la música mientras se sacaba el móvil del bolsillo y jugueteaba con él. Vaciló antes de enviarle un wasap, pero la impaciencia pudo con él y terminó haciéndolo.

Ya estoy aquí abajo, pero no tengas prisa, puedo esperar.

No recibió respuesta, pese a que la doble marca azul le reveló que ella lo había leído.

De pronto, en el espejo retrovisor, la vio aparecer saliendo del portal.

Pese a que el sol se había ocultado hacía rato, todavía quedaban unos vestigios de luz en el cielo y pudo estudiar su figura con suficiente claridad. Llevaba los mismos vaqueros del día anterior, pero se había puesto una camisa de rayas naranjas y amarillas debajo de la cazadora y esos colores parecían iluminarle el rostro. También se había peinado hacia atrás, dejando su frente y sus cejas al descubierto.

¿Estaba más guapa que de costumbre o era que él había dejado de ser objetivo?

«Lo segundo, sin duda».

Se le aceleró el pulso.

—Hola —le saludó ella al abrir la puerta del pasajero—. No te he contestado porque ya estaba saliendo por la puerta.

Según parecía, estaba igual de impaciente que él porque todavía faltaban quince minutos para la hora en la que convinieron encontrarse. Habían quedado con Erika, Diego y Lukas a las ocho y media en el Portus. Iba a ser una cena temprana ya que todos —menos Juls— tenían que madrugar al día siguiente.

—¿Qué tal has pasado el día? —le preguntó, circunspecto, aguantándose las ganas de darle un abrazo.

—Bien. He escrito algunos artículos para la revista —respondió mientras se abrochaba el cinturón.

Él bajó el volumen de la radio.

—¿Sobre qué?

—Uno sobre los mejores hoteles de España para ir a celebrar San Valentín. Y otro sobre la dieta que sigue Jennifer Aniston.

—Suena muy interesante.

Ella se rio con jocosidad.

—Mentiroso. Suena terriblemente aburrido. ¿Y tú qué has hecho?

—Nada tan glamuroso como tú —bromeó—. Organizar un par de bautismos de buceo para mis compañeros y dar un curso teórico de un Open Water de Iniciación. El bautismo es para los que…

—No hace falta que me lo expliques —le cortó—. Ya lo hiciste. He buceado contigo.

Ladeó la cara para mirarla y se encontró con su perfil. ¡Joder, la curva de su mandíbula era perfecta!

—¿Te gustó? —le preguntó después de aclararse la garganta.

—Sí —admitió con una sonrisa veloz—. Aunque al principio estaba muy nerviosa, la experiencia fue una maravilla. Fuiste un gran profesor.

Un cosquilleo de vano orgullo se instaló en él al recibir el cumplido.

—¿Qué más cosas hemos hecho? —indagó mientras arrancaba el coche y abandonaba el estacionamiento—. Sé que estuvimos en el Mirador de la Cruz y en el rastro El Cisne. Y en el concierto de Malikian. He visto las fotos y los vídeos.

—En realidad, no hicimos mucho más. No estuvimos juntos mucho tiempo, Jorge. Apenas dos semanas —murmuró ella con un leve encogimiento de hombros.

Dicho así sonaba a poco, pero él sabía que su relación había sido mucho más que solo unos pocos días compartidos. El grado de intimidad que habían alcanzado era gigante. Estuvo tentado de decírselo, pero guardó silencio y se centró en la conducción.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella al cabo de un rato—. Este camino me resulta conocido.

—Vamos al Portus. Está en primera línea de playa. Quizá hayas estado antes. La planta baja se llama Massai —le explicó.

—Ah, sí. Sí que he estado. Nos tomamos un mojito allí el día que coincidimos en la playa, cuando te salvé de Bea.

Él se rio bajito. Le habría encantado recordar ese momento y, sobre todo, recordar la cara de Bea.

—¿Vienen todos tus hermanos? —continuó ella.

—Sí, los tres. Incluso Lukas, que normalmente pasa la semana en Elche.

—Vaya, pues sí que soy interesante.

—Lo eres.

Ignoró el resoplido incrédulo que emitió ella porque acababan de llegar al cruce de la playa. En verano no hubiera encontrado ni un solo hueco para aparcar en aquella zona, pero era enero y los turistas brillaban por su ausencia por lo que pudo estacionar a solo unos metros del restaurante. Las altas farolas que bordeaban el paseo iluminaban el arenal, las palmeras y, algo más lejos, también las crestas blancas de las olas que rompían contra la orilla.

Apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad, pero en lugar de bajarse del vehículo, se giró en su asiento para contemplarla. Antes no se había dado cuenta, pero ahora que la miraba fijamente se percató de que se había maquillado con esmero. Llevaba los ojos perfilados con un *eyeliner* negro, sus párpados estaban sutilmente teñidos de sombra color tierra y el tono coral de su carmín realzaba el grosor de sus labios. No pudo evitar que su mirada se posara sobre su generosa boca. La loca idea de inclinarse y besarla explotó en él como un relámpago.

—Sí que lo eres —le dijo en voz baja.

—¿Que soy el qué? —indagó ella.

—Interesante.

—Oh…

—A mí me interesas —le confesó.

Era la pura verdad.

Ella desvió la vista y se mordisqueó el labio inferior con agitación. Él estuvo a punto de soltar un gemido y pedirle que no siguiera haciéndolo porque su cuerpo había comenzado a reaccionar en consecuencia. Se le había acelerado el pulso y una ola cálida se empeñaba en bañarle el abdomen.

La atracción que sentía por ella era incuestionable.

El comienzo de batería de *Nothing's gonna stop us now* rompió la quietud que se respiraba dentro del Patrol.

Con exasperación, se llevó la mano al bolsillo para sacar su móvil, pero la pantalla estaba oscura. Perplejo, alzó la cara al darse cuenta de que el que sonaba era el teléfono de Juls.

—Eh… Perdona —murmuró ella con la voz entrecortada y un tinte sonrojado en las mejillas—. Tengo que atender esta llamada. —Y se bajó del coche, cerrando la puerta con cuidado.

Jorge apoyó las manos en el volante y la siguió con la mirada.

Una sonrisa satisfecha combó sus labios mientras una bandada de pájaros echaba a volar dentro de su estómago.

«Sí».

Juls

La cena estaba resultando genial y no porque ella estuviera participando demasiado en las

conversaciones. A decir verdad, el peso de todas ellas recaía en Erika y en Lukas. Ambos charlaban por los codos, mientras que Diego se mantenía callado y sonriente y Jorge se limitaba a intervenir solo de vez en cuando.

El Portus era muy pintoresco. Se habían decidido por cenar en el exterior por lo que no habían podido prescindir de las chaquetas, pero había merecido la pena ya que el ambiente era ideal. Plantas tropicales de colores lilas y moradas en forma de enredadera adornaban las paredes, y unas cuantas palmeras enanas se alternaban entre las mesas. Un techado de paja los resguardaba de la suave brisa. Y las vistas a la playa eran espectaculares.

Habían pedido dos ensaladas de frutos secos y tres pizzas para compartir.

Juls había tomado asiento en el banco de madera que había pegado a la pared, junto a Erika. Los chicos se sentaban en sillas de mimbre, frente a ellas.

—Cuando Jorge era pequeño tenía un oso de peluche con el que dormía y ni siquiera dejaba que nuestra madre lo metiera en la lavadora. Estaba pringoso y sucio —soltó Lukas con la boca llena de pizza—. Ese es el tipo de hombre que es mi hermano.

—Traga primero, ¿no? —le reprendió Diego.

—No era un oso, era un perro —rectificó Jorge con paciencia—. Y tú ni siquiera habías nacido.

No era la primera historieta de la infancia de Jorge que salía a relucir. Él aguantaba estoicamente y solo ponía los ojos en blanco cada vez que uno de sus hermanos contaba alguno de sus más íntimos y vergonzosos secretos.

Juls aguantó una risa. Erika y Lukas eran unos capullos encantadores. Era indiscutible el buen rollo que había entre todos ellos. Le recordó un poco a la relación que ella misma mantenía con Félix.

—¿Te ha contado que una vez se hizo pis en los pantalones? —intervino Erika.

—¿Es necesario? —inquirió Jorge, llevándose una mano a la frente.

—Esa historia me la sé —repuso Juls—. Fue en un botellón en el parque de l'Aigüera, ¿no?

Sintió los ojos de él sobre su persona, pero los ignoró mientras cogía un trozo de pizza. Lo cierto era que había sentido su mirada recorriéndola de arriba abajo gran parte de la noche y no terminaba de acostumbrarse.

—Doy fe —dijo Diego—. Yo también estaba allí.

—Yo no estaba, pero recuerdo cuando llegaron a casa. Era de madrugada —dijo Erika con una sonrisa—. Hicieron un montón de ruido y me despertaron, y no solo a mí, también a mis padres. Pensaba que mi padre los iba a regañar por llegar borrachos, pero para nada. Cuando vio los pantalones empapados de Jorge le entró un ataque de risa y se cayó sobre el sofá y tiró la mesita del salón —continuó, riéndose abiertamente—. Nunca le había visto reírse tanto. Y la cara de Jorge era una pasada. Estaba rojo como un tomate.

Lukas y Diego la acompañaron en su risa. Jorge emitió un fingido suspiro lastimero.

—¿No podéis contarle algo bueno de mí?

—¡No! —exclamaron al unísono Erika y Lukas.

Juls se rio con ganas. Pese a que había estado un poco nerviosa pensando en esa reunión, debía de reconocer que se estaba divirtiendo mucho. Los Alba eran muy agradables.

Su mirada se cruzó con la de Jorge y él le sonrió. Automáticamente, le devolvió la sonrisa. Era imposible no hacerlo. El ambiente lo propiciaba y el buen humor era contagioso.

Le estudió a hurtadillas. Era muy distinto del Jorge de la tarde anterior. Cuando abandonaron el mirador y fueron a tomar café, él se mostró taciturno y monosilábico. La ligera

sospecha que ella tenía del porqué de su actitud se había confirmado solo hacía una hora, cuando recibió la llamada de Mariu en el coche. No hacía falta ser muy avispada para saber que su tono de llamada tenía algo que ver con su comportamiento.

Esa misma mañana, lo había cambiado en un impulso tonto.

¿Tan importante era para él que ella usara la canción de Starship?

Aparentemente, sí.

—Voy al baño —dijo Erika, sacándola de su ensimismamiento—. Vente conmigo.

La rubia tiró de su mano, haciendo del todo imposible que pudiera negarse. En cuanto accedieron a la pequeña estancia, decorada de modo tropical con mucho mimbre y plantas artificiales, Erika cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

Era evidente que no necesitaba acudir al aseo.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

—Muy bien. El sitio está genial —repuso con vaguedad.

—Pfff… No. Me refiero con Jorge.

—Pues tú misma puedes verlo. Vamos… bien. —Hizo un gesto con la mano en el aire al tiempo que arrugaba la frente.

—¿Puedes especificar más?

Juls la miró con la cabeza inclinada, tratando de leer en su rostro hasta dónde podía llegar con sus confidencias. Se había convertido en una persona muy querida para ella, pero no podía olvidar que se trataba de la hermana de Jorge.

—¿Cuánto de lo que te cuente se va a quedar entre nosotras? —preguntó al fin.

Erika pareció pensar detenidamente en su respuesta.

—Si lo que me digas puede ayudar a que mi hermano y tú volváis a estar juntos…, creo que solo el cincuenta por ciento.

Juls no pudo evitar reírse.

—Vale. Me queda claro.

—Tengo la impresión de que él se está esforzando por volver a… conocerte.

—Es un hombre estupendo…

—¿Pero?

—Pero es diferente al Jorge del que me enamoré —suspiró.

Erika abrió la boca sorprendida, como si fuera a decir algo más, pero terminó por cerrarla y entornó los ojos.

—No es fácil de explicar —continuó Juls—. Ni yo misma lo entiendo muy bien. Cuando estoy con él es como si estuviera con otra persona. No es el mismo Jorge del pasado…

—Ya. ¿Y te gusta este nuevo Jorge? —inquirió la otra con tono preocupado.

Juls bajó los párpados un instante, pero los elevó con prontitud.

—Sí. Me gusta. Es imposible que no me guste; es solo que echo de menos al otro… —balbuceó—. Suena loco, ¿verdad?

—En realidad, no. Tiene su lógica.

—Supongo que solo necesitamos tiempo para saber qué es lo que queremos y aclarar nuestros sentimientos. Ya se verá si seguimos juntos o si nos separamos.

Erika alargó una mano para posarla sobre su antebrazo.

—No quiero que os separéis.

Juls sonrió con melancolía, pero no dijo nada más.

Regresaron a la mesa para encontrarse con que los tres chicos se habían enzarzado en una discusión sobre *The Walking Dead* y cuál era el mejor personaje de toda la serie. Lukas apostaba

por Glenn, Diego por Rick y Jorge lo daba todo exponiendo las cualidades de Michonne. Erika y Juls se sumaron a la contienda verbal defendiendo a Carol y a Daryl respectivamente.

Después pasaron a hablar de música. El gusto musical de los hermanos Alba se había quedado varado en la década de los noventa y no iba más allá —exceptuando a Lukas que parecía más abierto en su repertorio—, culpa de sus padres. Juls dio las gracias en silencio a su hermano Félix por haberla educado musicalmente, por lo que no se sintió como un bicho raro y los grupos que los otros mencionaban no le sonaron del todo desconocidos.

—En junio viene Aerosmith a Madrid y queremos ir a verlos —dijo Erika, dirigiéndose a ella—. Vamos a ir todos, mis padres también. Y mi amiga Laura e Iván, el amigo de Lukas. Podrías venirte con nosotros.

Juls le echó un vistazo rápido a Jorge, pero él estaba distraído, intentando atraer la atención de la camarera.

—No sé…

—Anda, vente. Tenemos que sacar las entradas en tres semanas. Jorge, convéncela.

Él la miró de frente. En un primer momento no dijo nada, solo la escrutó y Juls notó cómo su corazón se aceleraba sin remedio.

—Déjala, Erika. Que haga lo que quiera —murmuró con firmeza—. Me encantaría que te apuntases —añadió en voz baja—, pero como tú quieras.

Juls tragó saliva. No era que no quisiese ir a un concierto con los Alba, era que no sabía en qué punto estaría su relación con Jorge en junio. Podían pasar muchas cosas en esos meses.

La camarera se acercó para llevarse los platos y no tardó en regresar con los *brownies* que habían pedido. Los puso en el centro de la mesa para compartir.

Juls cogió un pedazo con su cuchara y el delicioso sabor a chocolate le explotó en el paladar. ¡Estaba de muerte!

—Creo que voy a salir de aquí rodando —se quejó Lukas después de haber engullido él solo uno entero.

—Es probable que cuando me levante a alguno le dispare en el ojo con el botón de mis vaqueros —añadió Jorge, palmeándose el abdomen.

Siguieron bromeando sobre la ingesta de calorías, pero al cabo de cinco minutos no quedaba ni un resto del postre en el plato.

—Es hora de que nos vayamos, chicos —dijo Diego, echando una ojeada a su reloj—. Mañana madrugamos. Sobre todo, tú, Lukas, que te tienes que ir a Elche temprano.

—Sí —dijo este con un cabeceo—. Pide la cuenta.

Diego subió el brazo y llamó a la camarera.

—¿La dividimos entre cinco? —propuso Erika.

—Yo pago la parte de Juls —dijo Jorge.

—¡No! —protestó ella con energía—. La dividimos, como ha dicho Erika.

Jorge no insistió.

Después de pagar, bajaron la escalera de piedra y se detuvieron frente a la puerta del restaurante. Diego había llegado en su moto y Erika y Lukas lo habían hecho en el coche de este último, un Seat Ibiza blanco que estaba aparcado en dirección contraria al lugar donde habían dejado a Turbo.

—Te vemos el domingo, ¿no? —le preguntó Erika a Juls mientras la abrazaba.

—¿El domingo?

—En casa de mis padres. La reunión semanal. Pásate, aunque sea solo un rato.

—Ya sabes que eres bienvenida —intervino Diego.

Juls miró de reojo a Jorge. No le había comentado nada.

—Sois unos pesados —farfulló él—. Es tu decisión —dijo, dirigiéndose a ella—. Haremos lo que te apetezca. No quiero agobiarte.

—No, no. Por mí está bien.

Terminaron de despedirse y ellos dos se dirigieron hacia el Patrol. Juls se percató de que le costaba un poco mantener la línea recta. Las tres copas de vino que había tomado se le habían subido un poco a la cabeza.

Hicieron el trayecto hasta su apartamento en un agradable silencio. En la radio sonaba *Moonlight shadow* de Mike Oldfield y ella miró a Jorge un par de veces. Era raro verle tan callado.

—¿Estás esperando a que me ponga a cantar? —preguntó él de pronto como si le hubiera leído los pensamientos.

—Es que siempre lo haces —confesó con un suspiro relajado.

Él no dijo ni una palabra, pero poco después comenzaba a canturrear la canción con voz aflautada.

Ella bajó los párpados y no pudo evitar que una risa efervescente emergiera de su garganta. Sí, el vino estaba haciendo de las suyas.

De pronto, el coche se detuvo. Abrió los ojos y se dio cuenta de que ya habían llegado a su destino; estaban en la puerta de su edificio.

—Mañana por la tarde tengo una cita con mi psicóloga en Alicante, pero podemos vernos después —dijo él. Se había girado en el asiento y la miraba.

—No te preocupes, yo tengo que trabajar. Nos vemos el sábado.

A él se le oscurecieron los ojos con desilusión, pero no replicó pese a que se notaba que quería hacerlo.

—Bueno —comenzó ella y se quitó el cinturón de seguridad—. Pues me voy…

—Claro.

Los nervios encontraron vivienda en su interior y vaciló un buen rato sin bajarse del coche. Finalmente, con una torpeza que rayaba en la más absoluta ineptitud, se acercó a él para darle dos besos, pero calculó mal la distancia y estuvo a punto de pegarle un cabezazo épico. Menos mal que Jorge parecía conservar todo su aplomo y la detuvo en el último momento poniéndole una mano en el hombro.

—Mañana te llamo —murmuró y le regaló una sonrisa torcida antes de darle dos besos.

—Eh, sí —musitó mientras su aroma se le colaba por la nariz y le erizaba el vello de la nuca—. Eh… Hasta mañana.

Descendió del vehículo y cerró la puerta a su espalda. No quiso mirar atrás mientras abría la puerta del edificio. Bastante complicado era poner un pie detrás de otro sin perder el equilibrio. Y ese vértigo que notaba no se debía al alcohol, sino a su cercanía.

Que se sentía atraída por él era muy obvio.

Entonces, ¿por qué no había querido verle al día siguiente?

Necesitaba tiempo para poner en su sitio todas esas ideas confusas que anidaban en ella. Dos días seguidos con Jorge habían sido como una sobredosis. Un día lejos de él sería una cura de desintoxicación que le urgía tener para pensar con claridad.

Había una lámpara encendida en el salón que había olvidado apagar antes de marcharse. Ahora lo agradeció porque así el piso no parecía tan solitario. Qué suerte tener una amiga como Mariu que le dejaba el apartamento en cualquier ocasión. Si hubiera tenido que pagarse un hotel con sus exiguos ahorros no habría podido permitirse ir a Benidorm con tanta frecuencia.

Apenas había tenido tiempo de desmaquillarse, lavarse los dientes y ponerse el pijama cuando llegó el wasap. Incluso antes de mirarlo ya sabía que era de él. Podía intuirlo.

Jorge: Qué tal la cena? Todo bien? Te ha gustado?

Se tumbó en la cama, poniéndose cómoda, y aferró el teléfono con ambas manos.

Juls: Todo perfecto, gracias. Tus hermanos son encantadores.

Jorge: Espero estar incluido en esa descripción.

Compuso una sonrisa.

Juls: Claro.

Jorge: Solo hay una cosa que me ha descuadrado.

Frunció el ceño, perpleja. ¿A qué se refería?

Juls: Qué?

Jorge: Tu preferencia por Daryl.

Juls: En serio? A mí me sorprende que defiendas a Michonne.

Jorge: Por qué? Es una mujer poderosa y es increíble con su katana.

Juls: Daryl sí que es increíble con su ballesta.

Jorge: Daryl no ha visto un peine en su vida.

Juls: Y Michonne sí? Te olvidas de sus rastas.

Jorge: No sé si seguir hablando contigo sabiendo que él es tu favorito.

Juls: Lo cierto es que el mejor personaje de todos es Negan.

Jorge: Pues ahí te doy la razón. Es brutal.

Juls: Somos amigos otra vez?

Jorge: Jajaja, sí.

Después de aquel no llegaron más textos y ella tampoco supo cómo continuar la conversación. Releyó los mensajes con una mueca divertida hasta que se dio cuenta de que en la parte superior de la pantalla aparecía la palabra *Escribiendo*…

Aguardó con la respiración contenida.

Jorge: Me encanta compartir momentos contigo. Mañana va a ser un día muy largo. Ya tengo ganas de que sea sábado.

Se mordió los labios al tiempo que su corazón se saltaba un par de latidos. Sus dedos trémulos comenzaron a escribir una respuesta, pero se detuvieron. Volvió a empezar de nuevo, mas otra vez se detuvo.

Arrugó la frente, pensativa.

Sin verle era más fácil imaginarse que la persona al otro lado de la línea era el antiguo Jorge. ¿Cómo le habría respondido la antigua Juls?

Juls: Eres supercursi, pero reconozco que me gusta tu cursilería. Sigue así. Vas por buen camino.

Y añadió un emoji guiñando un ojo.

Jorge: Tengo muchas frases cursis en la reserva. No me tientes o prometo usarlas todas.

Juls: Venga, va, regálame alguna. Me apetece reírme.

Tuvo que esperar al menos un minuto hasta que llegó la contestación. Era un gatito llorando debajo del cual se podía leer: *Yo cuando no me respondes a los dos segundos.*

No pudo evitar que le entrara la risa.

Acto seguido, llegó una nueva foto. Esa vez era un perrito con carita soñadora y la leyenda decía: *No es piña ni es mora, es tu carita la que me enamora.*

Su carcajada fue estridente y rebotó en las paredes del dormitorio. ¡Qué ridículo!

Juls: Por favor, para y no me tortures más!

Jorge: Te lo advertí. Mañana te mando alguna más. Buenas noches.

Juls: Buenas noches.

Después de aquello, se deslizó hasta que su cabeza se apoyó en la almohada y cerró los ojos. Estaba algo mareada por el alcohol, pero lo suficientemente despejada para ser consciente de que Jorge y ella se acercaban poco a poco.

Ella también ansiaba que llegara el sábado.

Capítulo 32

Jorge

Había hecho grandes planes para ese día, pero al mirar el cielo encapotado, comenzó a temer que todos ellos se fueran al carajo.

Acababan de dejar el coche en el parking que el Ayuntamiento había habilitado en la ruta del faro del Albir. Para ser un sábado, no había demasiados vehículos allí estacionados. Claro que, mucha gente habría desistido de hacer aquella excursión al ver las nubes grises que cubrían el cielo. Ellos eran la excepción. Unos valientes, se dijo Jorge con una media sonrisa.

—Parece que va a llover y la ruta hasta el faro es de dos kilómetros de subida y otros dos de bajada. ¿Te atreves?

Juls le miró con las cejas fruncidas.

—¿Me estás retando?

—Un poco —admitió con desvergüenza.

—Mientras el camino no sea de tierra y se convierta en un lodazal.

—No. Está asfaltado.

—Por mí, perfecto. Mira lo que tengo —dijo, al tiempo que extraía un pequeño paraguas plegable de su mochila.

—¿Ahí cabemos los dos?

—¿Quién ha dicho que sea para ambos?

Jorge emitió una suave risa.

La Juls de esa mañana se asemejaba mucho más a la Juls de los mensajes. Parecía haber perdido su timidez. Quizá haber pasado un día separados le había venido bien para aclarar sus ideas.

—Pues vamos, entonces.

Ella se puso en marcha, situándose a su lado. Llevaba vaqueros y deportivas, tal y como él le había pedido la noche anterior, cuando la llamó por teléfono.

Lo primero que encontraron al empezar la ruta fue un merendero, pero lo dejaron atrás y continuaron caminando a paso moderado. El camino estaba bordeado por hitos de piedra caliza y una amplia pinada se extendía debajo de ellos.

—El actual camino se trazó en mil novecientos sesenta y uno, antiguamente era una estrecha senda muy peligrosa que iba paralela al mar y terminaba en el faro, que se construyó en mil ochocientos sesenta y tres.

—Dime la verdad —le pidió ella, deteniéndose—. ¿Lo sabías de antes o lo has mirado en el Google esta mañana?

—Google, esta mañana —admitió con la boca torcida.

—Al menos eres sincero —repuso mientras echaba a andar de nuevo.

—Quería impresionarte. ¿Estás impresionada?

—¿Por dos fechas? No.

Él volvió a reírse.

—Es una putada que esté nublado porque los días de sol las vistas son fantásticas, pero tenemos que aprovechar lo que tenemos, ¿no?

Siguieron caminando y disfrutando del paisaje. El mar en tonos grisáceos se abría ante

sus ojos con el Peñón de Ifach al fondo, imponente y llamativo.

—Ese es el lugar donde fuimos a bucear —dijo ella, señalando la gran roca.

—Seguro que te llevé a la cala El Racó.

—¡Sí! Ese era el nombre.

—Cualquier día de estos repetimos.

Juls le lanzó una mirada soslayada que él no supo interpretar, aunque creyó leer algo de inseguridad en ella. Decidido a no romper la armonía que parecía haber entre ambos, cambió de tema.

—Bueno, déjame que siga intentando impresionarte con mis conocimientos. Vamos a tomar la ruta que baja a las minas de ocre. Está un poco más adelante.

Y eso hicieron. Bajaron hasta la mina, con cuidado de no resbalarse en el suelo rocoso e irregular; era rojizo debido al ocre. Una vez abajo, Jorge volvió a hacer gala de su recién adquirida sabiduría vía internet —gracias a la pequeña chuleta que se había anotado con boli en la muñeca— y le habló del origen de la mina y de que el ocre se utilizaba como colorante para pinturas.

Juls parecía pendiente de todas y cada una de sus palabras y él no pudo evitar sentirse un poco halagado por su interés.

Justo al lado de la mina, había una cala a la que se asomaron con prudencia, por lo escarpado del terreno. Él le contó que en verano la gente iba hasta allí para bañarse en sus cristalinas aguas.

Después de regresar al camino principal, avanzaron unos metros hasta alcanzar otra de las rutas secundarias, la que llevaba a la Boca de la Ballena. Descendieron por la senda que se abría paso entre la espesa vegetación y las rocas húmedas por el rocío hasta alcanzar una cueva de amplias dimensiones. Se entretuvieron un buen rato admirando las estalactitas y estalagmitas y las formas peculiares de las paredes rocosas.

—Qué pena. —Ella señaló unos grafitis en tonos rojos y blancos que afeaban una de las columnas de piedra.

—Sí, aquí viene toda clase de gente y les preocupa una mierda hacer destrozos —suspiró él—. Eso y el guano de las gaviotas van estropeando todas las formaciones.

Le dio la mano para ayudarla a subir un montículo, pero en el mismo instante en que alcanzaron terreno llano, se soltó. La contempló de reojo, lamentando que el contacto hubiera sido tan breve.

Abandonaron la cueva y regresaron al camino. El color del cielo había pasado de ser gris plomizo a convertirse en una mezcla de gris y negro, y el retumbar de un trueno llegó con claridad hasta ellos.

—Si queremos llegar al faro, tenemos que darnos prisa —comentó él.

Aceleró el paso y ella adecuó sus pisadas a las suyas.

Volvió a mirarla. El viento que soplaba generoso había puesto color en sus mejillas y le alborotaba el cabello.

Estaba guapa.

¿Y si tiraba de ella como si quisiera que se diese prisa? Era la excusa perfecta para cogerla de la mano, ¿no?

¡Dios! Se rio de sí mismo en silencio. ¿Cómo era posible que fuese tan absurdo?

No había tenido tiempo de encontrar una respuesta cuando el faro apareció ante ellos. Pese a que el cielo apagado deslucía algo la imagen, la edificación blanca y azul sobre la que se levantaba deslumbraba por su limpieza. Era evidente que hacía poco que había sido repintado.

Juls dejó escapar un gritito repleto de deleite.

—¡Oh, me encanta!

Él se descubrió sonriendo, encantado por su entusiasmo.

—Está situado a ciento doce metros sobre el mar, y en la actualidad es un Centro de Interpretación —explicó, mirando disimuladamente la chuleta.

—¿En serio lo llevas escrito? —preguntó ella con incredulidad.

—¡Joder! Me has pillado —se rio.

—Alucino contigo —se carcajeó con suavidad.

—Tenía que fanfarronear un poco. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres entrar?

—No. Prefiero exponerme a los elementos.

Se acodaron en la balaustrada negra que daba al acantilado. Desde allí las vistas eran impresionantes. Se podía ver la bahía de Altea, la piscifactoría, los cortados de Sierra Helada con la antena en su punto más alto y el mar embravecido con las olas cada vez más altas.

Lástima de temporal que lo sombreaba todo y robaba los colores.

—Ven al Catadelfines. —Señaló él el telescopio.

—¿Catadelfines?

—No me digas que no sabes lo qué es. Cuánta incultura… —Chasqueó la lengua de modo teatral—. Es, obviamente, un catalejo para ver delfines.

Ella puso los ojos en blanco, pero no dudó en acercarse y mirar por el telescopio.

—Es una pena que haga tan mal tiempo —suspiró él, situándose tras ella.

Sus ojos se clavaron en su nuca. Siempre pensó que le gustaban las mujeres con el pelo largo, una sedosa cabellera donde hundir los dedos le resultaba de lo más atrayente. Sin embargo, el corte de pelo de Juls le parecía terriblemente sexi. Reprimió las ganas de alargar la mano y deslizar los dedos por sus guedejas.

—¡Puedo ver un montón de aves!

Su exclamación le hizo regresar a la realidad.

—Gaviotas y cormoranes, seguro. Son muy abundantes en esta zona —repuso.

Otro trueno se mezcló con el sonido del viento ululante.

—Tenemos dos opciones. Entrar al faro o largarnos de aquí a toda velocidad. El camino de regreso nos va a llevar por lo menos quince o veinte minutos. —Echó un vistazo a las nubes que amenazaban con derramarse sobre ellos de un momento a otro—. Si nos quedamos, es probable que no podamos bajar hasta dentro de unas horas.

—Pues vámonos.

—Solo un segundo. Tengo una última información de Google y necesito sacarla de mi interior, por favor, o me va a estallar la cabeza —exageró, alzándose la manga de la cazadora para leer la última frase que llevaba escrita en el brazo.

—Venga, vale. Dilo —se rio ella.

—¿Ves ese montículo de piedra? Son los restos de la Torre Bombarda —recitó como un autómata—. Una antigua torre vigía del siglo diecisiete, construida para defenderse de los piratas berberiscos y destruida durante la guerra de la independencia. ¡Ya! —terminó y volvió a bajarse la manga—. Y, ahora, ¡vámonos!

Se dio media vuelta y echó a andar deprisa hacia el camino por el que habían llegado. La risa cantarina de ella le siguió. Se giró y vio que una sonrisa flotaba en los femeninos labios. Se felicitó en silencio por la excursión y por haberse sentado aquella mañana delante del ordenador a buscar información. Incluso pese al mal tiempo, había conseguido crear un recuerdo memorable.

Habían recorrido algo más de medio kilómetro cuando una ráfaga de viento los azotó con fuerza y algunas gruesas gotas cayeron sobre sus cabezas. Ella se apresuró a sacar el diminuto paraguas de su mochila y abrirlo. Lo puso sobre ambos, pero no había contado con que el viento iba a soplar de lado. Poco después, comenzó a llover con ganas, y el ridículo paraguas se dio la vuelta y no sirvió de mucho. Los dos terminaron calados.

—¿Y si corremos? —propuso él casi a gritos.

Juls no le dejó terminar; echó a correr dejando escapar una exclamación desenfrenada. Él se unió a ella, cabeceando por lo grotesco de la escena.

De algún modo y sin planearlo, se tomaron de la mano mientras avanzaban a toda velocidad por el camino asfaltado. Eran las dos únicas personas que parecía haber sobre la faz de la tierra, expuestas al vendaval. Nadie más estaba tan loco como para andar por allí.

—¿Aguantas? —le gritó.

—¿Y tú? ¿Aguantas tú? —respondió ella con otra pregunta.

Ambos rompieron a reír.

El viento se llevó sus risas.

Jorge se sentía pletórico.

Había tenido sus dudas el día anterior, cuando acudió a la consulta de la doctora Carmena y le enseñó su diario y compartió sus pensamientos con ella. Tenía la sensación de que se estaba embarcando en una relación en la que él estaba dispuesto a invertir mucho más que ella, que no hacía otra cosa que mostrar reticencia, si bien los wasaps que intercambiaron la noche del jueves le habían proporcionado algo de optimismo.

La psicóloga le aconsejó que se dejara llevar y que no se cerrase a experimentar ninguna emoción, ya fuera buena o menos buena. Las emociones malas no existían en su vocabulario.

Y eso estaba haciendo.

Experimentar emociones.

Buenas.

Junto a Juls.

Cuando alcanzaron el parking donde estaba su coche, la ropa de los dos chorreaba.

Se apresuraron a subir al vehículo.

—Recuérdame que no volvamos a salir cuando amenace lluvia —dijo él con un suspiro mientras se acomodaba en el interior de Turbo.

—¿Estás seguro de que no lo he hecho ya? Lo digo por lo de tu amnesia y tal… —repuso ella. Estaba tiritando.

—Estás graciosilla hoy.

—Graciosilla, no sé. Calada, seguro. —Sus dientes comenzaron a castañear.

Las ganas de abrazarla y traspasarle algo de su calor corporal —que no era mucho— le sobrepasaron. No obstante, mantuvo la cabeza fría y se limitó a introducir la llave en el contacto y poner la calefacción a toda potencia.

La miró durante unos segundos. Las gotas resbalaban de su pelo que el agua había oscurecido y rodaban por su cara pálida. Su cazadora de cuero había conseguido repeler la humedad, pero sus vaqueros estaban empapados.

—Vamos a mi apartamento. —Tomó una decisión—. Está aquí al lado. Te puedes duchar y entrar en calor mientras tu ropa se seca.

Sacó un paquete de pañuelos de papel de la guantera y se lo tendió para que se secara. Ella lo cogió y le dio la gracias de un modo casi inaudible.

Él arrancó y accionó el limpiaparabrisas que se puso en marcha con un gemido lastimero.

El calor que emergía de los conductos de ventilación pronto caldeó el interior del vehículo. Se pusieron en marcha en dirección a la costa y los neumáticos del todoterreno levantaron cortinas de agua al internarse en los profundos charcos. Apenas había gente por la calle; era indudable que todo el mundo había buscado refugio en algún lugar. Las tormentas invernales en la zona no solían ser muy comunes y duraban poco. Con toda seguridad, en un par de horas, el cielo estaría despejado.

Tal y como había pronosticado, llegaron al garaje de su edificio en pocos minutos.

Estacionó el vehículo en su plaza y lo rodeó para abrirle la puerta a ella, que, si bien se había secado la cara con los clínex, todavía tenía un aspecto miserable con el cabello pegado a la cabeza y las mejillas lívidas. Él mismo notaba el tejido húmedo de su cazadora vaquera pegado al cuerpo y era una sensación bastante desagradable.

Mientras subían en el ascensor se dedicó a estudiarla. Ella no había dicho ni una sola palabra en los últimos minutos y todo el buen humor que había mostrado en el camino del faro parecía haber desaparecido.

Se bajaron en la quinta planta y él señaló la vivienda de la derecha.

—Este es mi apartamento —dijo. Abrió la puerta y le cedió el paso—. No es muy grande, pero para una persona sola está bien. Todavía me estoy aclimatando al sitio. Solo hace unos días que me he mudado. Tenía ganas de tener un poco más de independencia y tranquilidad, ya sabes cómo es mi familia, todos muy ruidosos y caóticos.

Se dio cuenta de que estaba balbuceando una frase tras otra, intentando llenar el incómodo mutismo que parecía haberlos envuelto.

—Ya lo conocía —susurró ella. Había un tinte melancólico en sus palabras.

¡Claro! Se llamó imbécil para sus adentros. ¿Cómo no había caído? Quizá ese era el motivo por el que estaba tan callada. ¿Recuerdos gratos o ingratos?

¡Puñetera amnesia!

Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el sofá. Luego, se dirigió al dormitorio y entró al baño. Cogió una toalla de la estantería y regresó a la alcoba para sacar un pantalón de chándal y una camiseta del cajón de su cómoda antes de volver junto a ella.

—Toma. Date una ducha para entrar en calor. Y ponte esto. —Le tendió las prendas—. Deja la ropa en el suelo junto a la puerta y yo me encargo de meterla en la secadora.

—¿Puedo beber un vaso de agua primero?

—Pues claro.

Ni siquiera tuvo tiempo de ir a buscarlo. Ella estaba más cerca que él de la cocina y se dirigió directamente al armario donde guardaba los vasos. Cogió uno y sacó una botella de agua mineral de la nevera. Todos sus movimientos eran precisos y seguros.

Sí. Era indudable que ya había estado en el piso con anterioridad.

Verla desenvolverse con tanta familiaridad por su casa le causó un agradable cosquilleo en las tripas. Siguió observándola a través de las pestañas mientras volvía a guardar la botella en la nevera y bebía del vaso a pequeños sorbos. La suave ondulación de su garganta mientras tragaba le pareció sumamente sensual.

De pronto, se preguntó qué cosas habrían hecho en ese apartamento.

Imágenes de ambos retozando en su sofá y revolcándose en su cama se agolparon en su cabeza con repentina fuerza. Fueron tan vívidas que, durante un instante, pensó que eran un recuerdo real, pero rápidamente se dio cuenta de que no era así. No eran reminiscencias de sucesos pasados, eran algo diferente.

Quizá un anhelo de deseos insatisfechos.

Un vehemente ardor se apoderó de él y le despertó una erección.

Avergonzado, trató de disimular su inesperada reacción física y se dio la vuelta, encarando el amplio ventanal que daba al exterior. A través de la cortina de agua que caía del cielo pudo ver los blancos cantos rodados empapados en la playa y el tormentoso mar de color pardo.

Tan tormentoso como sus propios pensamientos.

Permaneció inmóvil, con los puños cerrados, intentando que su cuerpo se serenase. Por fin escuchó los pasos de ella a su espalda y el sonido de la puerta del dormitorio, cerrándose. Expulsó el aire que había mantenido preso en los pulmones y pegó la frente al frío cristal. Un hondo suspiro emergió de su boca.

¿Acababa de empalmarse?

¡Qué patético!

«No seas tan dramático», se dijo. A fin de cuentas, tampoco era la primera vez. Hacía unos días que eso le había sucedido mientras veía los provocadores vídeos que ella le había enviado en el pasado.

Había uno en el que ella estaba solo con ropa interior.

¡Joder! Lo último que necesitaba en ese momento era pensar en esos vídeos.

Se dio la vuelta y se dirigió a su cuarto. Tal y como él le había pedido, ella había dejado la ropa mojada en el suelo: sus vaqueros, su suéter verde, sus deportivas y sus calcetines. Estos eran rojos con margaritas diminutas. Los alzó en el aire y se maravilló de lo pequeños que eran.

Se desnudó con rapidez, se puso un chándal y una camiseta y, con las prendas húmedas de ambos en la mano, se dirigió a la cocina para meterlas en la secadora. Después, regresó al ventanal y echó una ojeada al exterior. La lluvia parecía estar amainando.

Desde hacía unos minutos, una vena latía con fuerza cerca de su cuero cabelludo y un incipiente dolor de cabeza comenzaba a manifestarse detrás de sus cuencas oculares, pero lo había ignorado. Se frotó la sien con cuidado y sus ojos se posaron sobre las palabras escritas en azul en su antebrazo izquierdo. Se habían emborronado un poco con la humedad, pero todavía se podía leer en la parte más alejada de su mano: Juls ♥.

Era consciente de haberse garabateado su nombre en el brazo esa mañana cuando estaba anotando las fechas, pero no recordaba haber dibujado el corazón.

Su subconsciente parecía traicionarle.

Juls

La melancolía había hecho presa en ella en cuanto entraron por la puerta del apartamento. Demasiadas experiencias compartidas entre aquellas paredes. Ya en el ascensor comenzó a sentirse extraña recordando la primera vez que estuvo allí. En aquel entonces, se habían devorado a besos en la estrecha cabina metálica.

Y, después, al ver el sofá en el que habían pasado largos ratos besándose, y la cocina, donde desayunaron e intercambiaron confidencias después de una larga noche de pasión, se le había encogido el estómago.

Pero nada comparado a lo que sintió cuando entró al dormitorio y sus ojos se deslizaron por la cama. Los recuerdos de todo lo sucedido entre esas sábanas la golpearon con fuerza y estuvo a punto de soltar un sollozo ahogado. Toda la complicidad, los besos, las caricias, el modo en que él le había susurrado al oído palabras en alemán, las miradas, las bromas y las risas… Todo olvidado.

Después de dejar la ropa en el suelo, junto a la puerta, se encerró en el baño a toda prisa, intentando ignorar que también habían hecho el amor en esa ducha mientras protestaban riéndose

por el pequeño tamaño de la cabina acristalada. Dejó que el agua arrastrara las lágrimas que se empeñaron en brotar de sus ojos mientras se llamaba tonta en silencio por dejarse llevar de esa manera.

No quería demorarse mucho tiempo en el baño porque sabía que Jorge también necesitaba usarlo, pero la sensación del agua caliente sobre su entumecido cuerpo era demasiado maravillosa para apresurarse. Apoyó la cabeza sobre la pared de azulejos y emitió un sollozo, decidida a que fuera el último.

No podía seguir lamentándose.

Sí, era verdad que él no la recordaba y que había olvidado las experiencias maravillosas que habían vivido juntos.

Pero estaban construyendo otras nuevas.

Como la excursión al faro.

Pese a que la tormenta los había sorprendido, las últimas horas junto a él habían sido fantásticas y no se iban a borrar de su memoria jamás.

Cuando la imagen de Jorge leyendo las chuletas de su brazo acudió a ella no pudo evitar soltar una risa, cuyo eco se mezcló con el sonido del agua que caía sobre las paredes de cristal.

Era tan absurdo y tan tierno al mismo tiempo.

Era algo que el Jorge del pasado habría hecho.

Pensó en lo largo que se le había hecho el día anterior, sin verle. Ni siquiera pudo concentrarse en trabajar porque su mente estaba demasiado ocupada haciéndose preguntas ridículas.

¿Qué estaría haciendo él? ¿Dónde estaría? ¿Estaría pensando en ella?

Y otras mucho más serias.

¿Podía confiar en él? ¿De verdad se estaba enamorando de ella?

Y la peor de todas.

Si no era así, ¿podría resistirlo su corazón?

Vivía en un mar de dudas. Lo único que sabía con seguridad era que se había equivocado al pensar que, manteniendo las distancias, la atracción que sentía por él disminuiría de algún modo y sería capaz de ver las cosas en perspectiva. Fue al contrario. Le echó de menos a rabiar.

Por eso esa mañana había estado tan receptiva. Tenía la necesidad de ser Juls, la de antes y de que él fuera Jorge, también el de antes.

Y lo fueron.

Casi a regañadientes, abandonó la ducha y se secó. Después se vistió con la ropa que él le había dado, que le quedaba enorme. Ni siquiera se miró al espejo. ¿Para qué? Seguro que estaba ridícula, pero no le importó demasiado.

Jorge estaba de pie frente al ventanal, pero se dio la vuelta al escuchar sus pasos.

—¿Qué tal la ducha? —le preguntó.

—Grandiosa. Me habría quedado allí a vivir —repuso con un guiño.

Él le regaló una sonrisa que no terminó de alcanzar sus ojos al tiempo que se frotaba la frente. Estaba un poco pálido y tenía el ceño arrugado.

Aquello la llenó de sorpresa.

—Te queda bien mi ropa —bromeó. A todas luces, se notaba que su tono era forzado.

—Si te gustan los payasos…

—En serio. —Seguía sonriendo, pero era una sonrisa artificial.

No pudo preguntarle porque él se encaminó al dormitorio. Justo antes de cerrar la puerta, asomó la cabeza por ella.

—No tardo mucho, pero si quieres un café…

—No te preocupes —le interrumpió—. Yo me encargo.

Él desapareció y ella se quedó inmóvil y perpleja con la vista fija sobre la hoja de madera. Su cambio de actitud era muy patente. ¿Habría pasado algo?

Pensativa, preparó café y lo sirvió en dos tazas, sin leche, recordando que a él también le gustaba así. Después, con su taza en la mano, se dirigió al ventanal que dominaba toda la pared y que daba al balcón. Había dejado de llover. Solo de vez en cuando alguna gota golpeaba la barandilla de metal, pero era probable que no cayeran del cielo sino del piso superior.

Se abstrajo contemplando el mar revuelto. Las crestas blancas de las olas, que se habían comido media playa, contrastaban con el color plomizo del agua. La línea del horizonte parecía marcada con un cincel, tal era el contraste entre la oscuridad del océano y el gris apagado del cielo.

Unos pasos a su espalda la sobresaltaron. Se giró y le vio junto al sofá. El cabello húmedo le caía sobre la frente y tenía los ojos entrecerrados de un modo poco natural.

—¿Ya? ¡Qué rapidez! —murmuró ella—. Te he preparado un café. —Señaló la encimera.

Él asintió con un rictus inusual en su boca.

De nuevo, Juls tuvo la sensación de que algo no marchaba bien.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Me duele la cabeza —admitió él al tiempo que se llevaba los dedos a las sienes y bajaba los párpados—. Mucho —añadió con sutil reticencia.

—Oh… ¿Tienes algo para el dolor? —inquirió preocupada.

—Acabo de tomarme una pastilla, pero es probable que tarde en hacer efecto. —Hizo una pausa y bebió un trago de su taza—. Mira, ya sé que te voy a joder el día, pero creo que voy a tener que encerrarme en el dormitorio con las persianas bajadas. No es la primera vez que me pasa esto. Voy a llamar a Erika para que venga a buscarte.

—¿Tiene esto algo que ver con tu accidente?

Él suspiro.

—Puede. Antes nunca había tenido este tipo de dolor de cabeza… No lo sé.

—No hace falta que llames a Erika y menos con las carreteras empapadas como están. Tú vete al dormitorio y yo me quedo aquí por si necesitas algo.

—Pero…

—Sin peros —le cortó con decisión.

Él guardó silencio unos instantes.

—Me sabe fatal que tu sábado se estropee.

—Vale. No digas nada más —volvió a callarle, alzando una mano con energía—. Vete a la cama que yo me apaño aquí. He visto que tienes comida en el frigorífico. Me prepararé algo y veré la tele.

—Juls…

—Jorge…

Por un segundo, la cara de él se aclaró y una sonrisa genuina asomó a sus labios.

—Vale, acepto mi derrota. No sabía que eras tan mandona.

—Sí lo sabías, pero se te había olvidado —le contradijo—. Te lo voy a ir recordando.

Él la miró indeciso, pero terminó por darse media vuelta y, con el café en la mano, se dirigió al dormitorio.

—Si necesitas cualquier cosa…

—Llamaré a la policía —bromeó ella.

Él se rio suavemente antes de entrar a la habitación y cerrar la puerta.

Juls dejó caer los hombros hacia delante en cuanto él no estuvo presente para poder verla. Si bien había utilizado su sentido del humor, estaba preocupada. No sabía hasta qué extremo un dolor de cabeza, en el caso de Jorge, entraba dentro de la normalidad. ¿Y si le pasaba algo?

Se apresuró a coger su móvil y, tomando asiento en el sofá, fue a Google e hizo una búsqueda sobre jaquecas en pacientes con amnesia. Al cabo de diez minutos, estaba más perdida que antes y no había sacado nada en claro. Lanzando miradas fugaces a la puerta del dormitorio, terminó llamando a Erika.

—Hola —dijo en voz queda cuando esta aceptó la llamada.

—Hola, Juls. Creía que estabas con Jorge.

—Y estoy, pero quería preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Estamos en su piso. Le duele la cabeza y se ha acostado… —titubeó—. Estoy un poco preocupada, la verdad.

—Ah… Vaya, qué putada… —Erika chasqueó la lengua—. Le pasa de vez en cuando, no con mucha frecuencia, gracias al cielo. El último TAC que le hicieron es de hace dos semanas y estaba todo perfecto, así que no te preocupes. Solo necesita descansar y estar tranquilo. Seguro que en unas horas está bien.

Juls dejó escapar un suspiro aliviado.

—Vale.

—¿Quieres que vaya a buscarte?

—No. No —rechazó—. Prefiero quedarme. Muchas gracias.

—Oye, Juls… —dijo Erika con un carraspeo.

—¿Sí?

—Ayer en el aseo del Portus te dije que no quería que mi hermano y tú os separarais y tú no dijiste nada.

Juls cerró los ojos y tragó saliva.

—Me encantaría poder decirte que eso no va a suceder jamás, pero no lo sé, Erika. Soy consciente de que él está poniendo todo de su parte para volver a enamorarse de mí. Lo noto. Pero ¿y si eso no pasa? ¿Y si de pronto se da cuenta de que no quiere estar conmigo?

—A ver, Juls. Conozco a mi hermano. Le gustas.

—No digo que no —repuso—. Pero gustar se queda corto.

—¿Acaso lo habéis hablado?

—No.

—¿A qué estáis esperando, entonces? —Sonaba impaciente.

—Tienes razón. Tenemos que hablar.

—No tomes ninguna decisión precipitada.

—No lo haré.

Hubo un largo silencio después de aquella frase.

—Mañana nos vemos en el chalet, ¿no? —preguntó Erika.

—Sí, claro.

—Genial. Si necesitas cualquier cosa, llámame.

Se despidieron y Juls se quedó un rato sentada en el sofá, abstraída. Las palabras que le había dicho Erika le daban vueltas por la cabeza.

Conozco a mi hermano. Le gustas.

Ella ya lo sabía. No era tonta. Jorge se lo demostraba constantemente.

¿Pero gustar era suficiente? ¿Y si el sentimiento se quedaba solo en eso y Jorge nunca pasaba de ahí?

Se levantó y cogió la manta de cuadros que había en el respaldo del sofá. Se envolvió en ella y se dirigió a la terraza. Abrió la puerta corrediza y un aroma mezcla a salitre y petricor entró en la estancia. Aspiró hondo y se llenó de él. Era una maravilla. Tomó asiento en una de las sillas de plástico que se había librado de la lluvia y dejó la taza en la mesa. Casi por inercia, sus dedos accedieron al listado de llamadas y pulsó sobre el nombre de la persona con la que contactaba siempre que se sentía mal.

—Hola, peque.

La sonora y varonil voz de Félix le dibujó una sonrisa. Cuando hablaba con él podía dejar de pretender ser fuerte y adulta. Era como regresar al pasado. Volvía a ser una niña que confiaba en su hermano mayor para que se encargase de resolver todos sus problemas.

—Hola.

—¿Qué tal en la playa? ¿Te has bañado?

—Claro, con el agua a catorce grados y una tormenta…

—Qué cobarde —se burló.

Juls le dio un trago a su café que comenzaba a quedarse frío y rebuscó en su interior las palabras más adecuadas para hablarle de sus sentimientos.

—Vale. Ese silencio tuyo lo dice todo. ¿Sigues confusa?

Habían hablado el día anterior y ella ya le había contado cómo se sentía.

—Un poco.

—Espera, que salgo a la calle, que estoy en el local y no te oigo bien.

—Si estás ocupado…

—Yo siempre estoy ocupado, pero siempre tengo tiempo para ti. —Hubo un ruido de puertas que se abrían y cerraban—. A ver, ya estoy. Dime.

—Hoy he pasado una mañana genial con Jorge —comenzó.

—Eso es fantástico.

—Ya…

—Ya, ¿qué?

—Tengo pánico de dejarme llevar —admitió.

—¿Por qué?

—Le gusto.

—Pero eso es positivo, ¿no?

—Debería serlo. Pero ¿y si después de que me conozca más se da cuenta de que no le gusto?

—Eso es imposible. Eres adorable.

—¿Y si no le gusta como beso? —prosiguió como si él no hubiera dicho nada—. O peor todavía, ¿y si cuando nos acostemos piensa que no soy como lo ha imaginado?

—No necesito que me des detalles —refunfuñó él—. No es plato de buen gusto imaginarte con nadie en la cama. Para mí sigues siendo Julia, mi hermanita pequeña, la de las trenzas.

—En serio, Félix. No te burles. Mi vida no es fácil en este momento.

—Eres muy joven para estar así. Solo tienes veintiséis años.

—Veinticinco todavía —protestó.

—Solo te falta un mes —señaló él con un chasquido de lengua—. Hay muchos peces en

el mar y tú has tenido la mala suerte de encontrarte con el más complicado.

—¡No es su culpa! —saltó ella veloz.

—Ya sé que no lo es, que han sido las circunstancias. —Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que tiene que ser él?

No vaciló al responder con apasionamiento.

—¡Al cien por cien! Tiene que ser él. Nadie más.

Él suspiró al otro lado de la línea.

—Si tan segura estás, ¿por qué me llamas y me planteas mil dudas?

—Jo, Félix…

—Ahora sí que suenas como una niña de veinticinco —bromeó él.

Ella no pudo evitar reírse, pero recuperó la sobriedad con rapidez.

—A ver, ¿qué hago?

—¡Pero si ya lo sabes!

—No lo sé.

—¿Vas a parar? ¿Vas a dejar de verle?

—¡No!

—Pues entonces ya lo sabes. Vas a seguir adelante. Y si todo sale bien, serás una mujer feliz con una pareja estupenda. Y si todo sale mal, pues te lamerás las heridas y yo estaré aquí para ayudarte a superarlo. Es muy sencillo, Juls.

—Cuando tú lo dices suena muy simple —suspiró.

—Es que lo es. Solo tú lo estás haciendo difícil. ¿Por qué?

—Tengo miedo de que me rompa el corazón —admitió.

—El corazón no se rompe. Se magulla un poquito, pero se recupera. Y tú eres una mujer muy fuerte. Podrás con todo.

Dejó que esas palabras calaran dentro de ella.

—Y, sobre todo, deja de comerte la cabeza pensando que hay dos Jorges —prosiguió él —. Es la misma persona. Y por todo lo que me dices, él siente algo por ti. Quizá sea diferente a lo que había entre vosotros en el pasado, pero es algo. *Vívelo* —pronunció, recalcando mucho las tres sílabas—. Mi hermana Juls se lanzaría con valor a la aventura. No sé quién es esta chica indecisa y llena de ambigüedad que no deja de decir tonterías.

Ella arrugó la nariz, avergonzada, ya que en su fuero interno sabía que tenía razón.

—¿Sabes que te quiero un montón?

—Es normal. Soy perfecto.

Ella rompió a reír.

—Es verdad. Lo que no entiendo es por qué no tienes pareja.

—Si tuviera pareja ya no sería tan perfecto —replicó con sarcasmo—. ¿Dónde estás ahora?

—Estoy en su piso. Él se ha acostado porque le duele la cabeza.

—Pero ¿está bien? —preguntó con inquietud.

—Sí. Su hermana me ha dicho que le pasa a veces, pero que no es preocupante —dijo y luego se detuvo un instante—. Eh, Félix…

—Si me vas a dar las gracias, ahórratelo.

—¡Qué gilipollas eres!

—Hace cinco segundos me has dicho que me querías.

—No es incompatible. Se puede querer mucho a un gilipollas.

Ambos se rieron.

—Te dejo, que veo a uno de mis socios con cara de pocos amigos viniendo hacia mí. Si necesitas algo más, me llamas.

—Vale. Un beso.

Cortó la comunicación sintiéndose ligera. Hablar con su hermano siempre le hacía bien.

Se había levantado una brisa fresquita que se colaba por los huecos de la manta y la estaba dejando congelada, así que regresó al interior del apartamento. Dejó la taza sobre la encimera de la cocina y encaminó sus pasos hacia el dormitorio. Pegó la oreja a la puerta y trato de escuchar algo, pero solo había silencio. Con sigilo, bajó el picaporte y empujó la hoja de madera.

La habitación estaba casi en penumbra. Jorge había bajado la persiana y solo una rendija dejaba pasar algo de luz y dibujaba la silueta masculina sobre la cama. Estaba tendido bocarriba con una mano sobre el pecho y la otra extendida a lo largo de su cuerpo. No se había desvestido y solo se había arropado las piernas.

Juls vaciló solo unos segundos antes de adentrarse en el cuarto de puntillas y detenerse junto a la cama. Solo podía vislumbrar sus rasgos tenuemente, pero era evidente que dormía. Giró sobre sus talones, decidida a marcharse.

—Juls…

Su voz la sorprendió camino de la puerta.

—No pretendía despertarte —murmuró, acercándose a él de nuevo.

—No lo has hecho. No estaba durmiendo —repuso en voz queda.

—¿Cómo estás?

—Más o menos.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Tienes las manos frías?

—Eh, un poco… Es que he estado fuera…

—¿Puedes ponerme una en la frente? —la interrumpió.

Ella no dudó ni un segundo. Tomó asiento en el borde de la cama y posó la mano sobre su frente. Tenía la piel caliente y suave.

—¡Dios! —dijo con un suspiro—. ¡Qué bueno! ¿Te importaría mucho quedarte un rato?

—Claro que no.

—Genial.

Después de eso no pronunció ni una palabra más.

Juls tragó saliva. Notaba una extraña calma en su interior. Quizá fuera estúpido, pero saber que el roce de su mano le provocaba alivio hizo que se sintiera bien y una oleada de afecto la embargó.

Transcurrió un buen rato en un mutismo absoluto. Solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones, la de ella agitada y la de él más serena y profunda.

Era obvio que se había dormido.

Pobre Jorge…

Le estudió con interés durante una eternidad, recreándose en sus relajadas facciones, en su nariz recta, en el ángulo de su mandíbula cubierta por una sombra oscura y en su viril cuello.

¡Cómo echaba de menos tocarle!

Terminó por retirar la mano de su frente y la acercó a sus labios. Sin llegar a rozarlos, se los delineó dejando un espacio de milímetros entre su piel y la punta de sus dedos mientras ahogaba un suspiro. El anhelo de besarle y comprobar que su boca era igual de firme y sensual que en el pasado la sobrepasó, pero no lo hizo. Quería que, cuando intercambiaran su primer

beso —al menos para él lo sería—, ambos estuvieran despiertos y fueran muy conscientes de la situación.

Y, por supuesto, que no se quedase solo en un beso. Quería más, mucho más.

Las palabras de su hermano resonaron en su cabeza.

Él siente algo por ti. Quizá sea diferente a lo que había entre vosotros en el pasado, pero es algo.

Vívelo.

Sí. Lo haría. Lo viviría.

Capítulo 33

Jorge

Abrió los ojos y pestañeó, tratando de despejarse. Los posó sobre el rayo de luz que se colaba a través de la rendija de la persiana y que impactaba contra el edredón color canela. Tenía el cerebro algo entumecido, pero ni rastro del dolor de cabeza que le había atormentado hacía horas. ¿Solo horas? Volvió a parpadear para situarse y se dio cuenta de que era probable que hubieran pasado más que unas cuantas horas. Era evidente que esa luz que entraba por la ventana era la luz de un nuevo día.

Alargó el brazo para coger el móvil de la mesilla y vio que ya eran las nueve de la mañana. ¡Había dormido más de dieciocho horas! Eso no le pasaba desde que era adolescente y llegaba borracho a casa. Aunque tampoco era de extrañar, cuando tenía una de sus migrañas se quedaba hecho polvo.

Se estiró para desentumecer los músculos de la espalda y un bostezo escapó de su boca. Hacía tiempo que no dormía tan bien. Además, había soñado con Juls. No recordaba demasiado, solo que ambos estaban en la playa y se tostaban al sol. Y ella le sonreía. Un sueño muy agradable.

Giró la cabeza y se encontró con la cara de ella a solo unos centímetros de la suya. Dormía plácidamente con las manos juntas y encogidas bajo la barbilla.

Juls estaba en su cama.

La imagen penetró en sus retinas con total naturalidad, como si encontrarla allí fuese lo más normal del mundo. Como una continuación de su sueño.

Se revolvió hasta quedar de lado y se dedicó a contemplarla a su antojo. Así, dormida y serena, sí que parecía Campanilla, con el pelo encrespado, la nariz pequeña y la punta de sus blancos dientes asomando por su boca entreabierta.

Era preciosa y hacía que se le acelerase el corazón.

Un recuerdo de la tarde anterior acudió a él, llenándole de calor. Ella le había perfilado los labios. A pesar de que ni siquiera le había rozado y lo había hecho en el aire, él había sido muy consciente de la cercanía de sus dedos. Fingió dormir, ansiando que se atreviera a acariciarle de verdad.

Mas no lo hizo.

La ternura de ese gesto la delató y le dijo mucho de ella y de lo que sentía por él, por más que se empeñase en mantener las distancias.

Sabía que se había quedado en su cuarto durante bastante tiempo. Pese a que el dolor le obligó a tener los ojos cerrados, pudo sentir su presencia irradiando calidez a su lado y aquello le resultó muy reconfortante.

Poquito a poquito —o quizá no tan lentamente— aquella chica se le había ido metiendo bajo la piel, llegando a hacerse la dueña de casi todos sus pensamientos. Se pasaba la mayor parte del día rondando por su cabeza y también deambulaba por sus sueños. Estaba en todas partes.

Y no podía decir que no le agradase. Estaba encantado.

No sabía cuánto tiempo había tardado en enamorarse de Juls la primera vez, pero estaba seguro de que iba a batir su propio récord.

Dicen que solo hacen falta unos segundos para enamorarse de alguien.

Segundos…

Volvió a girarse para encarar el techo, pensativo.

¿Qué probabilidad había de que una persona se enamorase de otra dos veces?

¿Ninguna, pocas, muchas?

O quizá nunca se hubiera desenamorado de ella y esos sentimientos que florecían en él con tanta fuerza fueran la continuación de los de antes. A lo mejor, su subconsciente no la había olvidado y por eso volvía a sentir tanto por ella.

Quizá su amor por Juls fuese inolvidable.

El viernes se lo había contado a la doctora Carmena. Le dijo que sentía una conexión especial con ella y que nunca antes se había sentido así. Que cada vez que estaban cerca reaccionaba como si la conociera de siempre, como si estar juntos fuera lo correcto. Como si hubiera encontrado la pieza de puzle que faltaba en su cabeza y todo encajara de repente. Desde que tuvo el accidente, la sensación de estar incompleto se había ido solidificando dentro de él y se notaba un poco perdido. Pero cuando estaba con Juls, aquella sensación desaparecía del todo y su equilibrio regresaba. El mundo volvía a estar del derecho.

¿Tenía sentido?

La psicóloga le habló de las complejidades del cerebro humano —lo llamó la estructura más enigmática del universo— y de lo poco que todavía sabían de él. Y le animó encarecidamente a explorar sus sentimientos y a ser sincero consigo mismo y con Juls.

Estaba dispuesto a serlo.

Volvió a mirarla y se preguntó en silencio cómo reaccionaría si le dijera que estaba enamorado de ella, y que lo estaba incluso desde mucho antes de saber que J y Juls eran la misma persona. En realidad, desde el día en que descubrió los mensajes en su móvil.

¿Le creería?

Suspiró bajito. Ni él mismo era capaz de encontrarle la lógica a esa declaración.

Quizá debía de pasar a la acción y dejarse de explicaciones. Ella parecía mucho más receptiva a los hechos —tal y como había demostrado el día anterior en el faro—, que a las palabras. Debería mostrarle lo que sentía más que decírselo. Ser más directo. Abrazarla o besarla, incluso. ¿Por qué no?

En ese instante, los párpados de ella trepidaron. No tardó en elevarlos. Sus ojos todavía nublados por el sueño se posaron sobre los de él.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella en voz apenas audible.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Tienes que disculparme —murmuró un poco avergonzada—, pero tu sofá es incómodo.

—¿Me has escuchado quejarme? —le preguntó con un guiño.

—¿Estás mejor? ¿Ya no tienes dolor de cabeza?

—Estoy muy bien. Muchas gracias, de verdad. Vaya mierda de anfitrión que soy. Te invito a mi casa y te dejo tirada.

—Bah, por eso no te preocupes. Lo importante es que tú estés bien.

—Lo estoy. No suelo tener episodios como ese con frecuencia, pero cuando vienen son jodidos. ¿Qué hiciste tú todo el día?

—Ver series en Netflix.

—Vaya un planazo, ¿no?

Ella se rio.

Jorge la contempló en silencio a través de las pestañas. Había algo muy íntimo en esa escena. Los dos en la cama, apenas separados por unos centímetros, manteniendo una conversación. Y todavía no había ocurrido nada entre ellos.

«Hechos y no palabras», se recordó a sí mismo.

Era el último día de Juls en Benidorm y el tiempo se les acababa.

¿Y si se acercaba y la besaba?

En cuanto aquella idea se materializó en su mente, no titubeó ni un solo segundo.

Se incorporó y apoyó el peso de su cuerpo sobre el antebrazo izquierdo, después, se deslizó hacia ella, hasta que sus torsos casi se rozaron. Todos sus movimientos eran pausados, como a cámara lenta, dándole a ella todo el tiempo del mundo para apartarse, si así lo deseaba. Pero no lo hizo. Se limitó a mirarle con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Jorge se inclinó con lentitud, aspirando para llenarse de su sempiterno olor cítrico, hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de los de ella.

—¿Puedo besarte? —susurró.

Ni siquiera dejó que reaccionara. Había tenido tiempo para alejarse y no lo había hecho. Ya era tarde.

Acortó la distancia que los separaba y la besó. Cerró los ojos mientras lo hacía y se perdió en la calidez y blandura de su receptiva boca durante los dos segundos que duró la caricia. Apenas fue un roce, demasiado corto para llamarlo *beso*, pero mágico al mismo tiempo. Electrizante como un relámpago y tan dulce como una cucharada de mermelada.

Cuando se apartó, la estudió con intensidad y ella le dirigió una sonrisa que fue como un disparo directo al centro de su pecho. No pudo evitar soltar una carcajada.

—Bien —dijo y volvió a repetirlo dos veces más—: Bien, bien…

—¿Bien?

—Muy bien, en realidad.

De nuevo, otra carcajada algo más potente le sacudió el cuerpo. De repente, se sentía eufórico. Agitando las piernas en el aire, se desembarazó del edredón y se puso de pie mientras la miraba. Ella también se reía, sorprendida por su entusiasmo.

—Quiero hacer muchas cosas contigo hoy, Juls. Demasiadas cosas y tan pocas horas —dijo como para sí mismo.

Acto seguido, levantó la persiana y abrió la ventana. Un sol espléndido se alzaba en el luminoso cielo azul y el aire que entró del exterior olía a humedad y a limpio. Solo la ligera brisa algo fresca recordaba que se encontraban en enero.

Lleno de energía, como si ese breve beso le hubiera recargado, cogió su móvil de la mesilla. Navegó por sus listas de Spotify hasta que encontró la que buscaba y le dio al *play*. El teclado electrónico con el que comenzaba *Sweet dreams* de Eurythmics resonó en el dormitorio y, solo unos segundos después, la voz de Annie Lennox se unía a la música.

Él empezó a cantar y a mover las caderas. Estaba de muy buen humor. De un humor fantástico.

—Date prisa y levántate —la instó en medio del estribillo. Ella no se había movido; se limitaba a contemplarle con una sonrisa—. Me ducho en dos minutos, luego preparo un cafecito rápido y nos ponemos en marcha. ¿Te hace?

Ella afirmó con presteza justo antes de humedecerse los labios con la punta de la lengua.

Sin dejar de bailar y de canturrear, observó el gesto con los ojos hambrientos. Terminó por bajar los párpados para contener las ganas que tenía de reunirse con ella en la cama de nuevo

y comérsela a besos. Se dio la vuelta veloz para que no viera cómo sus pantalones se deformaban en la zona de su entrepierna y huyó al baño, pero dejó la puerta entreabierta para poder seguir escuchando la canción. Apenas tardó unos segundos en despojarse de la ropa y en regular la temperatura del agua. Tenía previsto darse la ducha más rápida de su vida, pero su miembro endurecido tenía otros planes para él.

Con la mente llena de imágenes de Juls, dejó que el sonido del agua sobre la mampara ahogara sus gemidos mientras empuñaba su erección y empezaba a bombear con energía para buscar alivio. Tenía algo de morboso saber que ella estaba en la habitación contigua, esperándole, y eso le excitó tanto que solo unos segundos después notaba el caliente hormigueo que precedía al orgasmo. Apoyó la espalda contra la pared alicatada y dejó que el clímax le sacudiera. Con el cuello y la mandíbula tensos, ahogó un estertor estrangulado mientras su eyaculación se mezclaba con el agua caliente.

Necesitó unos cuantos segundos para recuperar el aliento. Cuando lo hubo hecho, procedió a enjabonarse con perezosa satisfacción. La cara de Juls seguía bailoteando por su cabeza. No tenía ni idea de qué era lo que había sucedido con ella, pero su actitud hacia él había cambiado. Estaba mucho más receptiva.

Se llevó una mano a los labios, donde todavía palpitaba el beso que habían intercambiado, y sonrió gozoso.

Cuando por fin abandonó el baño, vestido con unos vaqueros y un polo rojo, ella estaba en el salón, con la camiseta que él le prestó el día anterior, dando pequeños sorbos a una taza de café.

—¿Has hecho café? —Se dirigió a la encimera de la cocina, donde reposaba otra humeante taza y se hizo con ella—. Eres perfecta, lo sabías, ¿no? —le dijo.

—Me lo dicen siempre —sonrió—. Voy a la ducha. Y espero no tardar tanto como tú —añadió, echándole una mirada de lo más esclarecedora.

La estudió, arqueando una ceja. Se preguntó si ella sabría lo que había estado haciendo en el baño. La vio asentir con la boca torcida. Él contuvo una sonrisa sin mucho éxito que terminó por convertirse en una risa ronca. No se sentía demasiado avergonzado, la verdad.

—Es que tenías la puerta abierta —le informó—. Y las paredes de azulejo suelen producir eco.

—No afirmo ni desmiento —murmuró y le echó una ojeada por encima del borde del recipiente.

Ella chasqueó la lengua y se puso en movimiento, camino del baño. Cuando pasó por su lado, Jorge alargó el brazo lo suficiente para que sus nudillos acariciaran la piel de su muñeca. Fue solo un roce, pero cargado de intimidad.

Tal y como le había prometido, Juls tardó apenas diez minutos en ducharse, secarse y vestirse. Él apenas había tenido tiempo de acabarse el café cuando ella regresó al salón. La recorrió de arriba abajo con la mirada. Pese a que llevaba la misma ropa del día anterior y no se había peinado ni maquillado, estaba preciosa. El color verde de su suéter le sentaba realmente bien.

—Me gustas —le dijo con sencillez. No se refería a ese momento en particular y ella también pareció entenderlo así por su forma de asentir con parsimonia.

—Tú a mí también —repuso en el mismo tono mientras acariciaba con ligereza el borde de la mesa del comedor. Sin mirarle.

Quizá para otras personas aquello no fuera muy trascendental, pero sí lo era para ellos. Acababan de confesarse algo importante. Era su comienzo.

Un amigable silencio reinó entre los dos después de eso. Mientras lavaban las tazas y recogían sus cosas, sus ojos se cruzaron un par de veces, pero ninguno vio la necesidad de decir nada más.

Poco después, abandonaron el apartamento.

Hacía un día espléndido, ideal para pasear y disfrutar de la brisa marina y del sol sobre sus cabezas. Y, de pronto, todas esas cosas que Jorge había querido hacer con ella se difuminaron y lo único en lo que podía pensar era en estar a su lado y deleitarse con su cercanía.

Terminaron sentados en una terraza cercana a su edificio, desayunando y holgazaneando mientras conversaban de todo y de nada al mismo tiempo. Ella le habló mucho de su familia, sobre todo de su hermano Félix con el que parecía tener una relación muy estrecha. Era muy probable que ya le hubiese contado todas aquellas cosas con anterioridad, pero no parecía molesta por tener que hacerlo de nuevo. Él la escuchaba con atención, asintiendo y dejando caer comentarios ingeniosos que ella aceptaba con agrado.

Su segundo café se convirtió en un tercero y ellos se negaron a marcharse, mientras de vez en cuando, sus manos se encontraban por encima de la mesa o sus piernas por debajo. No eran caricias demasiado sugerentes, solo roces sutiles, pero suficientes para alimentar sus ganas, al menos las de él, que apenas si podía mantener las manos quietas. De por sí, el deseo de tocarla era inmenso, pero desde hacía unas horas, se había multiplicado por mil.

Cuando abandonaron la cafetería y echaron a andar por la pasarela peatonal que iba en paralelo a la playa, entrelazó sus dedos con los de ella. Su mano, pequeña y frágil, pareció perderse en la suya y la sensación le resultó maravillosa. La miró de soslayo y la vio sonriendo. El entusiasmo se le concentró en el pecho. Y, de nuevo, le envolvió esa sensación de plenitud, de estar completo y entero.

Durante las siguientes horas no hicieron absolutamente nada —al menos eso podría parecerle a cualquier espectador fortuito—, sin embargo, lo que estaban experimentando era sumamente significativo. Pasearon, vieron volar una cometa y miraron el mar. Se hablaron con miradas y gestos mientras sus manos se buscaban constantemente y jugueteaban la una con la otra. Si se soltaban, aunque solo fuera por un breve lapso de tiempo, sus dedos parecían vacíos y tenían la necesidad de encontrarse con rapidez. Si por una casualidad ella se detenía porque el viento le agitaba el cabello y necesitaba apartárselo de la cara, él la esperaba con la mano extendida hasta que ella volvía a tomarla. Hubo incluso un momento en que Jorge tuvo la audacia de darle un beso en los nudillos, al que ella le respondió de igual modo.

Más de treinta veces intentó decirle lo que sentía por ella y más de treinta veces se echó atrás en el último instante.

«Hechos y no palabras», se recordó.

Se descubrió echando ojeadas nerviosas a su reloj y queriendo parar el tiempo, pero las horas se sucedían insolentes a demasiada velocidad. Se encontraba tan a gusto a su lado que no deseaba que aquel día terminara jamás.

Comieron en la terraza de un restaurante especializado en arroces, rodeados por turistas extranjeros, la mayoría ingleses y rusos. Una alta estufa de gas proporcionaba calor a las mesas, pero casi resultaba innecesaria en un día tan caluroso. El ambiente era realmente pintoresco, la comida estaba deliciosa y la compañía no podía ser más perfecta.

Volvieron a hablar solo de nimiedades y cosas banales, como si mencionar el futuro o su relación o algo más profundo les produjera desazón. Sí, habían progresado y todo parecía indicar que ambos deseaban lo mismo, así lo probaban sus miradas o su forma de sonreírse, no obstante, ninguno de los dos se atrevió a sacar el tema más importante.

A partir del día siguiente, ¿qué?

Jorge ahuyentó el pensamiento de su mente, dispuesto a exprimir las horas que les quedaban juntos hasta el límite.

Después de comer, fueron al apartamento de Juls para que pudiera cambiarse de ropa. Él la esperó en el coche mientras hacía planes para que aquel día siguiera siendo especial. Las siguientes horas iban a pasarlas en compañía de su familia, pero tampoco era necesario que se quedaran toda la tarde allí, ¿no? Podían marcharse pronto y bajar a la playa a tomar una copa, ¿no? O ir al casco antiguo y pasar por la zona de los vascos[27] a picar algo…

«¿A quién pretendía engañar?», se dijo con desdén. Lo que más deseaba era que el día terminara igual que había empezado: con Juls en su cama.

La vio abandonar el edificio por el espejo retrovisor y se irguió en el asiento. Ese era el efecto que tenía sobre él. Le hacía ser consciente de todos los músculos de su cuerpo, de cada nervio y cada centímetro cuadrado de su piel.

Había sido realmente rápida. Llevaba unos vaqueros distintos, más claros, y una blusa roja debajo de su cazadora de cuero, pero seguía despeinada y sin maquillar, como si se encontrase a gusto siendo natural con él.

—¿He tardado? —preguntó nada más abrir la puerta y subir al coche.

—Solo tres canciones. Eso no es nada.

Su móvil pitó con insistencia. Él ni siquiera se molestó en mirarlo. Sabía que era su hermana. Ya le había escrito dos veces para saber cuándo iban a llegar.

—Es Erika —suspiró—. Es pesadísima.

—¿Pasa algo? ¿Llegamos tarde? —preguntó ella y echó un vistazo al reloj del salpicadero.

—No llegamos tarde. Habíamos quedado a las cuatro y son y diez. Por cierto, el rojo te queda bien —añadió mientras arrancaba.

—Era para estar en igualdad de condiciones, a ti también te queda bien el rojo —le respondió ella con un guiño—. Es tu color.

—No es así. Mi color…

—Es el azul, lo sé —le interrumpió—. Apuesto a que tus bóxers son azules.

—Eh, sí —se rio.

Era evidente que ya le había visto desnudo y que conocía su tonta manía con la ropa interior. Las ganas de girar el volante y regresar a su apartamento para poder estar a solas con ella le poseyeron, pero las reprimió.

«Tampoco estás tan desesperado, ¿no? Bueno, un poco sí», admitió para sus adentros con sarcasmo.

Subió la radio. Sonaba la famosa canción de Cyndi Lauper, *Girls just wanna have fun*, y Juls se puso a tararearla. Tenía una voz hermosa, mucho más cantarina que la suya. Le gustó escucharla. Se preguntó cómo era posible que hubiese encontrado a una chica con un gusto musical tan similar al suyo. Había tenido suerte. O quizá el destino haciendo de las suyas.

A las cuatro y veintidós aparcaba a Turbo delante del chalet de sus padres. La música que salía de la propiedad llegaba amortiguada hasta la calle. Una de dos, o Cas y su familia no estaban en casa o se habían unido a la fiesta. A veces lo hacían.

—¿Preparada para el caos?

Ella asintió sonriente.

Erika abrió el portón y salió a recibirlos, abalanzándose sobre Juls.

—Llegáis tarde. Llevo esperándoos mucho rato. Ah, para que no os pille por sorpresa,

Lukas ha vuelto con Eva. Y ha venido Bea —dijo mientras le dirigía una mirada de disculpa a Jorge.

Este resopló con exasperación.

—Está claro que tienes que estar pegada a mí todo el tiempo —se dirigió a Juls, que se rio con ganas y le miró con los ojos brillantes.

Erika los estudió a los dos alternativamente con la frente arrugada. Terminó por situarse entre ellos y enhebrar el brazo derecho en el de su hermano y el izquierdo en el de ella.

—¿Ha pasado algo guay? —murmuró, haciendo aspavientos exagerados con las cejas.

—¿Me lo preguntas a mí o a él? —inquirió Juls.

—Al que primero me conteste.

—Nos hemos besado —repuso Jorge con una expresión triunfal.

Su hermana soltó un gritito emocionado.

—Sin lengua —añadió Juls.

Erika maldijo disgustada.

Ellos dos se miraron por encima del cogote de la rubia. La sonrisa de Juls era tan provocadora que Jorge no pudo hacer otra cosa más que lanzarle una mirada desafiante que llevaba implícito un *Espera y verás*. La reacción de ella fue increíblemente adulta: le sacó la lengua.

El jardín de los Alba, como de costumbre, parecía una pequeña pista de baile y la temperatura no demasiado fría favorecía el encuentro. Su padre lo daba todo en la plataforma acompañado por Lukas e Iván, que le hacían los coros. Su madre estaba sentada en una de las tumbonas en animada conversación con Eva. Bea y Laura, las dos amigas de Erika, bailaban con Rafa y Dani y otro amigo de Lukas cuyo nombre no quería acudirle a la cabeza.

Ambos fueron recibidos con entusiasmo; besos y abrazos fueron intercambiados y, pronto, pese a que él le había pedido a Juls que se mantuviera a su lado para poder estar a salvo de Bea, Erika se la llevó hacia la mesa de las bebidas. Rafa y Dani no tardaron en alejarle de ella y envolverle en una conversación. Intentó mantenerse interesado, pero sus ojos la seguían allá donde iba por el jardín, acompañada por su hermana. Dani dijo algo sobre ir a una fiesta que estaban organizando sus compañeros de trabajo y Jorge giró la cabeza para escucharle con más atención. En ese momento, por el rabillo del ojo se percató de que Bea se dirigía hacia él. ¡Joder! Murmurando una disculpa, se escabulló deprisa y buscó a su padre, que acababa de bajarse del escenario.

Se dieron un caluroso abrazo.

—Está claro que ya te tiene en el bote otra vez —se burló Tony Alba—. No dejas de mirarla. Para ser hijo mío eres más flojo…

—Mira quién fue a hablar. El que no tiene ojos para otra mujer que no sea mamá —se rio Jorge.

—Yo tenía puestas todas mis esperanzas en ti. —Chasqueó la lengua—. Tendré que fijarme en algún otro hijo. Lukas está ocupado otra vez, ¿te has enterado? —Señaló a Eva con la barbilla—. Y Diego, últimamente, está más taciturno que de costumbre. Seguro que está enamorado. Así que me centraré en Erika. Necesito que alguno de mis hijos se quede soltero para que pueda cuidarnos en la vejez.

—No sé yo si apostaría por Erika. Está loca. Quizá se quede soltera, pero ¿seguro que quieres que os cuide ella?

—Tienes razón. Tendré que ir buscando plaza en una residencia.

Ambos se rieron, pero su padre se puso serio de repente.

—¿Estás bien? Sé que ayer tuviste una migraña de las fuertes.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió con sorpresa.

—Tu novia llamó a Erika, preocupada.

Jorge giró la cara hacia Juls, que hablaba con Diego a cierta distancia.

—Estoy bien. De verdad.

—¿Y con ella?

—Progresando —dijo con una sonrisa ladeada.

Tony Alba se volteó y también observó a Juls.

—Me gusta para ti —dijo al cabo de un rato.

—A mí también me gusta para mí —admitió.

—¿Quieres hacer algo romántico? ¿Dedicarle un tema? Te pongo el que quieras.

—Venga, papá —protestó con una risa.

—No me extraña que los jóvenes de ahora no tengáis éxito con las mujeres. No sabéis conquistarlas —rezongó. Y dio unos pasos, alejándose de él—. Voy a ponerle una canción. Haz el favor de mover el culo y hacer algo. No sé, súbete al escenario y cántasela o ve a su lado y abrázala en plan meloso…

El patriarca de los Alba se detuvo junto a su mujer y le habló al oído, después, le dio un beso largo y apasionado. Cuando levantó la cara le hizo un gesto de suficiencia a su hijo y Jorge no pudo evitar emitir un exabrupto divertido.

En cuanto los primeros acordes llenaron el ambiente, reconoció el tema que había elegido su padre al instante: *Got my mind set on you*[28] de George Harrison.

Meneó la cabeza con una risa incrédula. No obstante, miró a Juls y la vio canturreando con ganas. Quizá no era tan descabellado acercarse y susurrarle la letra al oído, a fin de cuentas, el título de la canción encajaba perfectamente con sus pensamientos.

Apenas había dado dos pasos en su dirección, muy decidido, cuando vio cómo Erika la cogía de la mano y la arrastraba hasta la plataforma. Juls se dejó llevar, riendo.

Jorge se carcajeó cuando las vio hacer el tonto mientras cantaban, mirándose la una a la otra. Era obvio que Juls solo conocía el estribillo porque cuando llegaron las estrofas se limitó a bailar.

Bailaba bien. Muy bien.

—Se te está cayendo la baba —le dijo Diego, que se había situado a su lado—. ¿Te traigo un pañuelo?

Jorge se rio y se encogió de hombros, sin apartar la mirada de su cimbreante cuerpo.

—No me digas que no es preciosa.

—Vale, no te lo digo.

Esa vez, cuando el estribillo resonó potente en el jardín, ella se dio la vuelta y le buscó con los ojos. Al encontrarle, le señaló con el dedo índice de la mano derecha mientras utilizaba la botella de cerveza que llevaba en la otra mano como micrófono y cantó para él.

Solo para él.

Una explosión de emociones estalló en el estómago de Jorge.

Juls estaba espectacular y deslumbrante.

Estaba seguro de que todo lo que sentía por ella se reflejaba en su cara. Su hermano le dijo algo, pero ni siquiera le escuchó. Solo tenía ojos para ella.

Su padre se acercó y le dio un codazo.

—Tiene más huevos que tú, chaval.

Se limitó a asentir. No se dio cuenta de que tanto Diego como su progenitor se alejaban.

Solo quería que terminara la canción para poder ir a buscarla. Las ganas de besarla le sobrepasaron y sus pies le llevaron hasta la plataforma. Estaba tan cerca que casi podía tocarla. Ella tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, por la vergüenza o por la emoción. Difícil precisarlo. Le miró fijamente mientras el volumen de la música descendía y el último *Set On You* salía de su boca.

Jorge ignoró que estaban rodeados de gente y alargó la mano para cogerla por la muñeca, pero Erika fue más rápida que él y tiró de ella hacia el equipo de música.

Maldijo a su hermana entre dientes.

La risa de Lukas le hizo girarse.

—Tenías que verte la cara. Es como si le hubiesen quitado su juguete favorito a un niño.

No le hizo caso. Su intención era ir tras las dos chicas, pero vio que su madre le llamaba alzando la mano. Echó un último vistazo a Juls antes de suspirar lastimeramente y dirigirse hacia las tumbonas seguido por la risotada de su hermano pequeño.

El tiempo pasó a una velocidad de tortuga mientras Juls y él se miraban desde la distancia. La mala suerte no quería que estuvieran juntos. Cuando iba a acercarse a ella, Dani, Rafa o su padre le detenían porque querían preguntarle algo. Y cuando era Juls la que trataba de zafarse de alguna conversación para ir a buscarle, Erika o Lukas la cogían de la mano para bailar o cantar con ella. Ya había empezado a pensar que lo hacían a propósito.

Era desesperante.

Cuando el cielo se teñía de los colores violetas y anaranjados del crepúsculo, Diego pareció darse cuenta de su dilema y los ayudó a encontrarse. Tomó a Juls de la mano, sin importarle que Erika protestara y la llevó hasta donde estaba Jorge, que dejó a su amigo Rafa con la palabra en la boca.

Su hermano, una vez cumplida su misión, se esfumó y los dejó solos.

Se encontraron en medio del jardín. Una canción de Héroes del Silencio sonaba de fondo y las conversaciones y las risas eran bastante estridentes.

Nada de eso era importante.

Sus miradas se anclaron y fue Jorge el primero en extender las manos, que ella tomó sin dilación. Parecía como si una fuerza invisible los uniese y los atrajese irremediablemente, como si fueran un solo ser, algo sólido y casi palpable. Solo quedaba entre ellos un espacio de unos centímetros, pero no era un simple hueco vacío, sino que estaba lleno de calidez, deseo, cariño, necesidad y, sí, ¿por qué no?, también de amor. Todo junto al mismo tiempo.

—Hola —dijo él con ternura.

—Hola —respondió ella en el mismo tono.

—Así que *Got my mind set on you*…

—Ya ves.

—Esa canción pensaba dedicártela yo.

—Vaya, qué casualidad. Pensé que la había elegido tu padre.

—Ya sabes cómo es. Hace siempre lo que le digo —expuso con grandilocuencia.

Ella se rio con suavidad.

—Claro, claro. Pues me he adelantado.

No se dijeron nada más, pero era obvio que estaban hablando sin palabras.

Jorge solo quería largarse de allí, y era lo mismo que le transmitía ella con la mirada, así que no tardó nada en proponerlo.

—¿Nos vamos?

Ella asintió con solemnidad.

—¿A mi piso?

Volvió a asentir al tiempo que sus ojos despedían un atisbo de emoción.

No se despidieron de nadie. Solo Diego los vio marchar y les hizo un gesto con la mano.

Jorge estaba nervioso, tenía que admitirlo. Quizá por primera vez en su vida, cuando se subió al coche y arrancó, apagó la radio. Necesitaba calma para encarar la situación. Condujo silencioso, hilvanando ideas sobre lo que iba a suceder a continuación. La tensión sexual entre ambos era palpable. Pero no era solo eso. Había muchos otros sentimientos que pugnaban por salir a la superficie.

La miró de reojo. También estaba muy callada.

—¿Estás bien?

—Tengo un poco de miedo… —admitió ella con reticencia.

—Puedo llevarte a tu piso —le ofreció.

—¡No! —protestó con fiereza.

Él dejó escapar el aire que había contenido en los pulmones con alivio. Si la respuesta hubiera sido afirmativa se habría sentido muy decepcionado, pero habría cumplido sus deseos, por supuesto.

—Si te sirve de consuelo, yo también tengo miedo —confesó.

Se jugaba demasiado.

A lo mejor era tonto pensar así, pero tenía la sensación de estar compitiendo consigo mismo, como si tuviera que superar al Jorge del pasado, a ese que la había conquistado y del que ella estaba enamorada. Necesitaba desesperadamente que los sentimientos de Juls fueran para él. No para el otro.

Una puta locura.

Ella alargó la mano y la posó sobre su muslo, apretando ligeramente. Él no tardó en apoyar la suya encima y entrelazar sus dedos con los suyos. Transcurrieron unos cuantos segundos hasta que los dos eligieron el mismo momento para hablar.

—Todo va a ir bien… —dijo él.

—Sé que va a salir bien… —dijo ella.

Las risas de ambos se entremezclaron.

Capítulo 34

Juls

La puerta del apartamento se cerró tras ellos y, solo un instante después, Jorge la empujaba contra la pared y pegaba su cuerpo al suyo. Le acunó la cara con las manos mientras sus ojos se incrustaban en los de ella con una vulnerabilidad totalmente inesperada.

—Quizá no sea igual —murmuró y su aliento le acarició la mejilla—. Quizá te bese y no sea como antes. Quizá eches de menos… algo.

Juls bajó los párpados y huyó de su mirada. Eran las mismas dudas e inseguridades que ella tenía.

Quizá eran los dos unos idiotas.

Vívelo, vívelo, vívelo.

La palabra se repitió como una letanía en su cabeza

Elevó la cara, decidida, y hundió sus pupilas en las de él. La belleza de sus ojos le suscitó un pinchazo en el pecho.

—Quizá no sea como antes —admitió en un susurro—. Quizá sea mejor.

Una sonrisa fugaz apareció en la boca de él. Sin perder ni un solo segundo más, se inclinó y la besó.

Juls gimió. Llevaba semanas soñando con aquel beso. Dulce y pasional al mismo tiempo. Suave y ardiente. Afectuoso e íntimo.

—No pares… —le suplicó cuando él se apartó unos milímetros.

La obedeció. Totalmente enfocado y sin mostrar ni un ápice de esa incertidumbre que se había deslizado en su tono hacía unos segundos, la besó como si no hubiese dejado de hacerlo en meses, como si no fuera su primer beso, como si la recordase perfectamente y supiera lo que anhelaba. Con ganas y mucho deseo.

La besó como si la amara.

La nublada mente de Juls solo tenía una cosa clara: el hombre que estaba devorándola era el Jorge del pasado, ese del que se había enamorado, pero también era el del presente, con el que acababa de pasar un día maravilloso.

Era ambos.

Y juntos formaban una unidad perfecta.

Sus lenguas se encontraron y fue como si hubiera recibido una descarga eléctrica en el abdomen. Él le mordisqueó el labio inferior y ella se derritió por dentro.

¡Dios! ¿Cómo se podía besar tan bien?

Era igual que antes y diferente al mismo tiempo o quizá su memoria le estaba jugando una mala pasada.

El beso estaba superando todas sus expectativas.

Se separaron jadeantes después de una eternidad y Jorge la miró con los ojos empañados por la pasión.

—Ya sé que para ti no es nuestro primer beso —le dijo con la voz entrecortada—, pero…

—¿Buscas escuchar algún cumplido? —le interrumpió ella casi sin aliento.

—Sí —reconoció con una sonrisa tímida, poco habitual en él.

Ella posó la mano sobre su áspero mentón en una caricia ligera.

—Ha sido impresionante.

Él emitió un ligero gruñido satisfecho y sus manos se colaron dentro de su blusa. Ella, al sentir sus callosos dedos acariciando sus costados, echó la cabeza hacia atrás y gimió. Él aprovechó para apoderarse de su cuello, depositando una senda de húmedos besos sobre su garganta.

Quizá porque habían pasado muchos días ansiando entregarse el uno al otro y se habían reprimido, o quizá porque los múltiples besos los habían encendido, pero una fiera fogosidad se desató en ambos. Él tiró de su mano impetuosamente y la condujo hasta el otro extremo del apartamento, hacia su dormitorio, sin separar sus labios de los de ella ni un instante. Cuando alcanzaron la cama apenas llevaban ropa, se habían ido deshaciendo de ella por el camino con cierta violencia, regando el suelo del piso con las prendas. Cayeron sobre el colchón, mientras sus piernas y sus brazos se enredaban.

—Voy a hacer que pierdas la cabeza —dijo él contra su boca—. Para que ni siquiera puedas respirar sin pensar en mí.

No hacía falta que se esforzase mucho más, se dijo Juls. Hacía tiempo que lo único que ocupaba todos sus pensamientos era él.

Pronto, tanto su sujetador como sus bragas habían desaparecido y los ojos de Jorge absorbían su desnudez con un brillo depredador.

—Joder, Juls. Eres tan preciosa —murmuró mientras le delineaba los senos con reverencia—. Te he imaginado así muchas veces, pero esto es más de lo que podía esperar.

Ella no contestó. Con la respiración entrecortada por la excitación se limitó a abrazarle y a besar el ángulo de su mandíbula con ansia. Necesitaba sentirle, tener su cuerpo pegado al suyo. Le había echado de menos de un modo intenso y arrebatador. Enroscó las piernas en torno a su talle y sintió la dureza de su miembro contra su piel. De alguna forma, él se había quitado los bóxers sin que ella fuera consciente de ello. El calor bañó su sexo.

—¡Sí…! —El monosílabo escapó de su boca sin contención.

Él se apartó y la miró, tomándose su tiempo. Después, con exasperante lentitud, comenzó a recorrer el hueco que había bajo el lóbulo de su oreja con los labios. Sus movimientos se habían ralentizado y sus caricias eran mucho más ligeras y relajadas.

Juls suprimió una protesta. No quería dulzura. No era eso lo que necesitaba en ese momento. Al Jorge de antes se lo habría dicho sin dilación ni vergüenza, con franqueza. Con este todavía tenía sus reservas.

«Díselo», le instó una vocecita.

Él debió de percatarse de su inesperado cambio de actitud porque alzó la cara e izó ambas cejas. La miró con intensidad durante unos segundos.

—Dilo —le pidió, como si pudiera leerle la mente. Se le habían enturbiado los ojos, robándole un poco de aplomo.

—No quiero que seas suave —dijo ella, decidida, tras solo una breve vacilación—. Lo quiero todo. Ahora. La suavidad la podemos dejar para después.

Una sonrisa lobuna apareció en la masculina boca.

—Perfecto.

Sin preámbulos ni titubeos, se irguió para ajustar su postura y fue trazando con su lengua una línea mojada que abarcó desde la base de su cuello hasta el comienzo de su pubis. Juls dejó escapar un potente jadeo, pero no tuvo tiempo de nada más porque él aferró sus muslos con ambas manos y la obligó a abrirlos mientras se posicionaba entre ellos y comenzaba a descender.

No estaba preparada para lo que llegó a continuación. Su boca cálida y húmeda se hundió

en su sexo con avidez.

—¡Jorge! —gritó.

No era la primera vez que tenían sexo oral, sin embargo, todo parecía diferente, mucho más intenso. Él la devoró con ansiedad, de un modo febril. Su lengua jugueteó con su clítoris una y otra vez, provocándole agudas sacudidas en el vientre. Apenas un par de minutos después un cosquilleo la avisó de que un potente orgasmo se acercaba. Con la mente entumecida por la intensa sensación, clavó los talones en la sábana, arqueó la espalda y liberó un grito estrangulado mientras cabalgaba en las olas de su clímax.

Fue una eternidad más tarde cuando, exhausta y satisfecha, consiguió elevar la cabeza y buscarle con la mirada.

Jorge se erguía sobre ella con una expresión vanidosa. Era evidente que su ego acababa de crecer hasta límites insospechados. Juls no pudo ni sonreír porque él dejó escapar un suspiro y pegó su boca a la suya.

—¿Suficientemente rápido? —murmuró.

—Sí… —afirmó jadeante.

La besó con languidez mientras sus manos, que parecían fuego, recorrían su cuerpo, dejando huellas ardientes en cada centímetro de piel que acariciaban. Podía sentir su miembro hambriento y duro que presionaba contra su vientre, buscando fricción, y las ganas de sentirle en su interior la invadieron.

Él, como si estuviera dentro de su cabeza, se apartó para alargar un brazo y coger un condón de la mesilla. Con un par de hábiles movimientos, rasgó el envoltorio y se lo puso.

El cuerpo de Juls comenzó a vibrar ansioso. Le abrazó con delirio y le hizo sitio entre sus piernas de nuevo.

—¿La suavidad la podemos dejar para después? —gruñó él, empleando sus mismas palabras.

No le contestó porque un calambre de excitación la recorrió de arriba abajo. Se limitó a gemir y a apretar sus musculosos glúteos con las manos, hundiendo los dedos en ellos.

La invitación era más que obvia.

Y así debió de entenderlo él, porque respiró hondo, elevó la pelvis unos centímetros y luego la dejó caer. Entró en ella sin prisas, paulatinamente, hasta que estuvo enterrado por completo en su interior.

Ambos gimieron.

—Prepárate para el polvo más corto de tu vida —jadeó él con una mueca mezcla de puro deseo y disculpa.

Esa frase eran tan *Jorge* que el pecho de Juls se llenó de calor.

Le acarició los musculosos pectorales con desordenado ímpetu y se arqueó para que su cuerpo estuviera más cerca del suyo. Era grandioso poder sentirle así, dentro de ella y aprisionándola contra el colchón.

Los movimientos de él se aceleraron y se volvieron más erráticos.

—Juls, Juls… —gruñó.

Y una última embestida le llevó a su final.

Ella se fijó en su cara. En su frente perlada de sudor. En sus párpados fuertemente cerrados con multitud de arrugas en sus extremos. En su nariz fruncida con las aletas dilatadas. En sus labios distendidos en un rictus algo salvaje que mostraba sus dientes superiores. En su mandíbula endurecida. En las protuberantes venas de su tenso y humedecido cuello…

Una fantasía.

Le abrazó con fuerza mientras él se dejaba caer sobre su cuerpo respirando casi sin resuello.

—¡Dios! —murmuró unos segundos después—. Eyaculación precoz me llaman… —Su tono de voz era sarcástico.

Juls notó una risa burbujeante gestándose en su pecho, pero la reprimió. Sin embargo, la sensación de felicidad más absoluta se quedó con ella. Alzó una mano y le acarició la áspera mejilla hasta que él elevó la cabeza. Sus ojos color miel estaban cargados de veinte mil emociones diferentes: afecto, cariño, ternura, devoción… y amor.

Él le dio un beso en los labios antes de apartarse y salir de ella con sumo cuidado para poder deshacerse del condón. Sus movimientos eran algo torpes como si estuviese agotado.

Se tumbaron uno al lado del otro, mirándose fijamente. Sus sonrisas eran idénticas, perezosas y llenas de sentimiento.

—No voy a preguntarte nada. —Él alzó una mano y le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Mejor. No tengo palabras. Ha sido perfecto.

–¿Perfecto? —El escepticismo rebotó en las tres sílabas. No obstante, no tardó en ponerse serio—. ¿Ya no tienes miedo?

—Ninguno —admitió—. ¿Y tú?

—Tampoco —repuso y le delineó el perfil con la punta de los dedos.

Repentinamente, las ganas de sollozar se apoderaron de ella. Había pasado los últimos meses en la inestabilidad más absoluta, pensando que jamás iba a recuperarle. Y ahora se daba cuenta de que, de algún modo, nunca le había perdido. Jorge siempre había estado ahí.

Él, tan intuitivo como siempre y sabiendo lo que necesitaba en cada instante, se aproximó y la abrazó con fuerza. Enterró la cara en su cabello y aspiró hondo.

—Siempre hueles a mandarina. Te parecerá tonto, pero creo que es el único recuerdo del pasado que tengo. Ese olor. Me fascina. ¿Recuerdas esa tarde en el Nevada cuando yo todavía no sabía quién eras?

—Sí —musitó. Había sido una tarde horrible.

—Cuando nos despedimos, te abracé y ese aroma tuyo me resultó familiar, como si lo hubiese olido antes. —Se detuvo y suspiró bajito—. Y así era.

Ella no dijo nada porque no creía que pudiera hablar sin romper a llorar. Se sentía frágil y vulnerable y no sabía muy bien por qué.

Se cobijó en sus brazos, buscando su calor. Después de la pasión que acababan de compartir, ahora necesitaba ternura y afecto.

Y él le dio ambos.

Se recrearon el uno en el otro, fundiendo sus pieles, intercambiando caricias suaves y besos sensuales y lentos. Jorge se convirtió en el Jorge de antes y la llevó al cielo, tocándola exactamente en los lugares de su cuerpo que pedían a gritos ser tocados. Como si recordase cada recoveco y montículo de su figura, deslizó los dedos por las partes más sensibles de ella, como si fuera un violín y él un virtuoso de ese instrumento que supiera arrancar los más bellos acordes de sus cuerdas. Juls aceptó cada caricia, retorciéndose entre sus brazos, y le devolvió todas y cada una de ellas, generosamente, arrastrando las palmas de las manos por sus firmes músculos, haciéndole vibrar y provocándole gemidos guturales que resonaron con fuerza en el silencio del dormitorio.

Alcanzaron casi a la vez un clímax ardiente.

Todopoderoso.

Lleno de promesas.

Sus jadeos se mezclaron y él emitió una carcajada suave llena de felicidad que fue como música para los oídos de Juls.

Todo era perfecto.

Ese fue el último pensamiento coherente que tuvo antes de dormirse mientras los fuertes brazos de Jorge se cernían en torno a ella.

Perfecto…

Capítulo 35

Juls

Apenas eran las siete menos cuarto de la mañana y hacía frío. Tomó prestado un forro polar de Jorge que encontró en su armario de la entrada y se lo puso sobre la cazadora. Quizá era una locura bajar a la calle a esas horas, pero estaba decidida a ver amanecer desde la playa.

Le dejó una nota manuscrita sobre la almohada, diciéndole que estaba abajo y que no tardaría en regresar. Le contempló unos instantes con el pecho henchido por la felicidad. Él dormía con la cara enterrada en el edredón. Solo su brazo derecho y su musculoso hombro aparecían al descubierto. Ni siquiera reaccionó cuando ella se inclinó para darle un beso en el omóplato.

¡Qué bien olía!

A mar.

Ni siquiera importaba que se hubiera duchado el día anterior o que hubiese sudado durante la noche, un ligero aroma a sal siempre le impregnaba, como si formara parte del océano.

Jorge y el mar. Intrínsecamente unidos.

En realidad, apenas habían dormido un par de horas. Era lógico que él estuviera cansado. Ella debería haberlo estado también, pero no era así; aparentemente, sus niveles de oxitocina estaban por las nubes después de aquella noche de puro y ansiado sexo.

La calle estaba desierta y corría un vientecillo helador. Aspiró hondo y se llenó los pulmones de aire con aroma a salitre. No había ni un alma en el paseo y tampoco las cafeterías de la zona estaban abiertas. Las primeras luces anaranjadas del alba comenzaban a asomar por encima del horizonte, pero todavía eran demasiado tenues para eliminar la oscuridad. Los cantos rodados del arenal no parecían demasiado cómodos por lo que tomó asiento en el borde del paseo. Notó el frío mármol bajo sus muslos, pero lo ignoró. Se sacó el móvil del bolsillo, conectó los auriculares que había cogido de la mesilla de Jorge y seleccionó una de sus listas de Spotify, una de baladas. Con la música resonando en sus oídos, fijó la mirada en el incipiente amanecer. El mar estaba tranquilo. Las olas rompían con una suavidad exasperante sobre la orilla, empapando las blancas piedras que comenzaban a relucir a la luz del naciente día.

Mientras los colores del cielo iban cambiando y el sol ascendía muy poco a poco, su mente la llevó hasta el apartamento que acababa de abandonar y al hombre que había dejado en la cama. Un hormigueo de delicioso bienestar la invadió.

Habían hecho el amor tres veces.

Y las tres veces habían sido terriblemente imperfectas.

Una pequeña carcajada feliz emergió de su garganta al recordarlo. Hundió la cara en el cuello del forro polar para ahogarla. Casi resultaba un sacrilegio romper la magia que se respiraba en esos momentos en la solitaria playa con una risa.

La primera ni siquiera merecía la etiqueta de *hacer el amor*, aunque las etiquetas eran tan feas y entre ellos había tantos sentimientos bonitos… Fue rápida y casi desesperada, los besos brillaron por su torpeza y las caricias fueron rudas y desordenadas. No obstante, volvería a repetir esa experiencia cien mil veces.

La segunda fue lenta, agónica y dulce. De apacibles roces y vaivenes. De susurros al oído. Lánguida y mansa. Pausada y casi dolorosa por su rotundidad.

Y la tercera, en medio de la noche, después de haberse levantado para comer algo porque estaban muertos de hambre. Esa fue íntima pero divertida, salpicada por comentarios jocosos. Ni veloz ni serena sino todo lo contrario, y llena de risas ahogadas.

Las tres, maravillosas.

No podía evitar hacer comparaciones con el pasado. Los antiguos Jorge y Juls habían sido diferentes, menos intensos, ¿no?

A lo mejor se equivocaba y sus recuerdos se hallaban emborronados. Estaba tan llena de todo lo que había sucedido y sus nervios tan agudizados que quizá todo era exactamente igual y estaba simplemente sobrepasada.

Solo sabía que amaba a Jorge. El del pasado, el del presente… Y el del futuro.

Porque eso era lo que deseaba, que estuviera en su futuro.

Las imágenes de los últimos días pasaron raudas por su cabeza: la tarde en el mirador, la cena en el Portus, los wasaps que habían intercambiado, la visita al faro, su jaqueca y cómo ella se había quedado a su lado durante horas, amanecer a su lado y pasar un día maravilloso caminando sin rumbo mientras sus manos eran incapaces de separarse, la fiesta en casa de los Alba y esa canción que le había dedicado mientras él se la comía con los ojos. Y, por supuesto, la noche anterior…

Todos y cada uno de esos momentos eran especiales.

Únicos.

Ella quería seguir creando ese tipo de momentos con él.

Las primeras notas de *Eternal flame* de Bangles le generaron un suspiro.

Dejó caer la frente hacia adelante, tentada de apagar la música. Aquella canción, aunque preciosa, siempre le producía melancolía. No obstante, dejó que los acordes penetraran en sus oídos y se esparcieran por todo su cuerpo mientras los tenues rayos de sol teñían el cielo de naranja, amarillo y ocre y la esfera solar se reflejaba en el mar convirtiéndolo en un espejo dorado.

Rodeada de tanta belleza, sintió cómo su corazón se encogía y se hacía pequeño.

Inesperadamente, un abrazo firme la abarcó por completo, sobresaltándola. Se quitó los auriculares con un gesto enérgico y se giró.

—¿En serio pensabas ver amanecer sin mí? —Los brillantes iris almendrados la contemplaron inquisitivos.

—Jorge… —balbuceó agitada.

—El mismo.

Tenía el pelo alborotado por un lado y aplastado por el otro, como si acabara de levantarse y no se hubiera molestado en peinarse. Llevaba un pantalón de chándal oscuro y un grueso jersey de lana. Sus ojos entrecerrados mostraban a las claras que todavía estaba somnoliento, pero su sonrisa impresionante le iluminaba el rostro entero.

Juls no pudo reprimirse y le dio un beso en la mejilla. Era evidente que necesitaba un afeitado.

—No quería despertarte.

—Lo hubiera preferido —murmuró él, enterrando la nariz en su cuello y aspirando hondo.

Todo el frío que ella había sentido segundos antes desapareció por completo. No solo porque él se hubiera sentado a su espalda y la envolviese con su cuerpo, sino porque había bajado una manta de cuadros con la que los cubría a ambos.

—¿En serio has traído una manta? —preguntó incrédula.

—Es que hay que estar muy loco para bajar a la playa a estas horas. Estamos a doce grados, ¿sabes? Podrías haber visto amanecer desde mi balcón.

—No es lo mismo.

—Claro que no es lo mismo. Allí estarías calentita, tomándote un café —dijo con sorna —. Pero si lo que la señora quiere es ver amanecer desde la playa, pues deseo concedido. Como un superhéroe aquí aparezco yo con mi capa.

Se apretó más a ella y sus muslos poderosos se pegaron a los suyos mientras sus brazos se cernían en torno a su cintura.

—Me has robado un forro polar y los auriculares. Qué chica más mala. ¿Qué escuchabas?

—*Eternal Flame* —respondió—, pero ya habrá terminado.

—¿Estás romanticona esta mañana? ¿Por qué será? —indagó juguetón.

No lo negó. Cogió los auriculares que bamboleaban de su cuello y le tendió uno mientras ella se ponía el otro. Sonaba *I wanna know what love is* de Foreigner. Jorge pegó la cara a la suya y ambos disfrutaron un rato de la balada *romanticona*, como él decía, mientras la dorada luz del sol iba bañando el mar y la playa cada vez con más intensidad.

El momento era perfecto, incluso con la brisa fría acariciando sus caras sin delicadeza alguna. Dentro de la manta la temperatura era cálida y abrigada.

—*I wanna know what love is. I want you to show me. I wanna feel what love is. I know you can show me…*[29]—tarareó él.

Juls no pudo reprimirse y se rio. Era adorable.

—¿Te ríes de mí? —inquirió él, depositando un beso sobre su pómulo.

—Me río porque te sabes todas las canciones. Nunca antes había conocido a alguien así.

—Es mi único don.

—No es verdad. Tienes tantos que da vértigo.

—¿En serio? Dime qué tengo que me hace tan especial, vamos. —Apoyó el mentón sobre su coronilla.

—A ver… Cantas fatal con voz de falsete —enumeró ella muy concentrada—. Hablas con tu coche como si fuera a responderte. Toda tu ropa interior es de color azul. Tus rimas son catastróficas. Y, a veces, tienes… eyaculación precoz —añadió con tono de travesura.

—Un golpe bajo detrás de otro —susurró él, bajando la cabeza para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Ella se retorció, tratando de huir de sus provocadores dientes y, de algún modo, él terminó izándola en el aire y sentándola sobre su regazo. Los auriculares se escurrieron de los oídos de ambos y la voz del cantante se amortiguó hasta quedar silenciada del todo. Sus sonrisas se mezclaron.

—Confiesa que te gusta que te cante —dijo él.

—Lo confieso —admitió—. Y todo lo demás también.

—¿Incluso la eyaculación precoz?

—Incluso eso. No olvides que yo acabé antes que tú.

Él se rio entre dientes.

—Es verdad —repuso y, después, se quedó un buen rato en silencio con la vista extraviada en el horizonte. Cuando volvió a hablar lo hizo con seriedad y en voz muy baja, sin mirarla—: ¿Y qué vas a hacer ahora, Juls? ¿Me vas a enseñar lo que es el amor? —preguntó, utilizando la letra de la canción que acababan de escuchar.

Un pinchazo de anhelo le atravesó el pecho. Se giró para ser testigo de la luz del amanecer, como hacía él.

—Creo que no hace falta que te lo enseñe —musitó—. El amor es así. O lo hay o no lo hay. Nadie puede forzar nada en otra persona.

—¿Forzar? —resopló—. Forzar es lo que hago cuando me obligo a comer coles de Bruselas porque no las soporto. Pero quererte a ti… —suspiró—. Quererte a ti es tan fácil… Tan natural como respirar.

Juls dejó escapar un gemido emocionado y todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se electrificaron.

—No sé si estás preparada para creerme —continuó él sin dilación. El tono de su voz era ronco—. Sé que ha sido todo muy rápido. La primera vez apenas estuvimos juntos quince días y aun así me enamoré de ti como un loco, Juls. No me hace falta recordarlo porque tengo todas las pruebas en mi teléfono. Lo que tú y yo tuvimos era algo muy especial. Los dos lo sabemos. —Hizo una larga pausa en la que pareció estar buscando la mejor forma de seguir con aquella declaración y ella aguardó silenciosa con la respiración contenida—. Esta vez ni siquiera ha transcurrido una semana y, sin embargo, sé que esto que siento por ti es inmenso. Brutal. Me llenas el corazón de un modo que temo que se desborde y me explote en el pecho.

Ella cerró los ojos al notar que se le llenaban de lágrimas. No quería llorar porque no era el momento, pero sentía el alma en carne viva. Se cubrió la boca con una mano para acallar un díscolo sollozo.

Él soltó su talle y posó una de sus manos con delicadeza sobre su mejilla, obligándola a girar la cara y a mirarle de frente. La expresión de su rostro era indescifrable, pero sus ojos desprendían un afecto infinito.

—Escúchame bien lo que te voy a decir. Creo que, aunque me olvidé de ti, jamás olvidé mis sentimientos. Estaban aquí. —Se llevó la otra mano al pecho y se lo golpeó con suavidad—. Y solo tuve que volver a verte para que despertaran de nuevo. Juls, mi Juls…

Acercó su boca a la de ella y le dio un beso, dos, tres, cuatro, cien, mil… a los que ella correspondió con fervor.

—Estoy enamorado de ti. ¿No lo ves?

Ella asintió. Lo veía. Lo veía claramente. Las palabras se le habían quedado trabadas en la lengua. Demasiadas emociones luchando por salir y solo una boca para poder expresarlas. Estaba abrumada.

—Sé que vas a decir que no nos conocemos…

—No voy a decir eso —consiguió articular, interrumpiéndole.

Él guardó silencio y se limitó a mirarla. El sol aclaraba sus ojos y los convertía en ámbar líquido.

—¿Qué vas a decir entonces? —la retó, acariciándole el labio inferior con el pulgar.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos la noche de fin de año por teléfono? —No esperó a que él dijese nada y prosiguió—: Te dije que Jorge y yo estábamos enamorados. Y que, a pesar de que nunca nos habíamos dicho te quiero ni nada por el estilo, era incuestionable que nos queríamos.

—Odio cuando hablas de mí en tercera persona —masculló, apartando la vista—. Sigo siendo yo.

Asintió contrita.

—Es verdad. Jorge eres tú. Me ha costado admitirlo, no sé por qué. Tú eres el del pasado y el del presente. Es tan obvio. —Compuso una mueca—. Todo es mágico contigo. Los besos, los abrazos, cada palabra que intercambiamos. Tu sonrisa… —Acercó los dedos a sus labios y se los delineó—. Sí, yo también estoy enamorada de ti. Nunca he dejado de estarlo.

Él la miró con los ojos encendidos.

—Joder, Juls…

—Jorge…

No la dejó terminar. La sujetó con firmeza por el cuello, la acercó a él y sus bocas se fundieron en un beso interminable.

Ella emitió un gemido y se derritió. ¿Cómo era posible que él pudiese hacer que se sintiese tan hermosa solo con un beso?

Jorge

La besó mientras amanecía sobre ellos.

La besó con ganas, como si estuviese paladeando una tableta de caro chocolate con cuidado y reverencia.

Encajaba tan bien entre sus brazos que le hubiera gustado sostenerla así para siempre, pero sabía que en un par de horas regresaba a Madrid.

Alzó la cara y la contempló con ardor. Sus labios húmedos le llamaban a gritos para que continuara besándola, pero, si lo hacía, una cosa llevaría a la otra y él quería tener la mente despejada porque quería decirle muchas cosas.

Solo que no sabía cómo.

No quería despedirse de ella. No, cuando apenas acababan de encontrarse.

La abrazó y ella hundió la cara en su cuello. Tenía la nariz helada. Pese a que los cegadores rayos de sol incidían sobre ellos, seguía haciendo frío. Recolocó la manta para que los tapase por completo, creando una especie de tienda de campaña protectora y sumida en sombras.

—¿Vas a hacer algo terrible y no quieres que la gente lo vea? —preguntó ella con ironía.

—Sí, volver a besarte hasta que no puedas respirar.

—¡Qué violento! —se burló.

—Soy un tío duro.

—Lo dice el que se sabe todas las baladas románticas de los ochenta.

—¡Bah! El himno de mi familia es *Mi agüita amarilla* de Los Toreros Muertos. Eso es de tipos muy duros.

—Os he visto en acción.

—¿Y qué te parecí?

—Estuviste genial. Ese fue el principal motivo por el que me enamoré de ti, ¿sabes? —confesó—. No hay nada como un tío cantando a gritos una canción grosera.

—¿En serio? Eres una mujer muy rara.

—Puede que sea rara, pero creo que nos complementamos bien.

—A la perfección.

Se quedaron mudos mientras compartían el mismo aire.

—Como pase el camión de la basura y vea este bulto deforme sobre la acera, es probable que trate de llevárselo —comentó ella al cabo de unos instantes.

—El romanticismo y tú como que no sois muy amigos, ¿no? —farfulló.

Ella se rio con fuerza y a él, su risa, le resultó maravillosa. Se había convertido en uno de sus sonidos favoritos.

No estaba claro quién inició el primer movimiento, pero sus bocas se unieron durante unos segundos hasta que ella se echó hacia atrás y rompió el contacto.

—Jorge, la última vez, cuando nos despedimos, no fue una despedida real —dijo con seriedad—. Fue un comienzo para nosotros. Sí, es verdad que todo se fue a la mierda por culpa

del destino o de la casualidad o lo que fuera, pero iba a ser nuestro principio… —se interrumpió —. Ya sé que no lo recuerdas, pero tú y yo éramos, mejor dicho, habíamos decidido que íbamos a ser… —volvió a detenerse y no continuó.

Él maldijo para sus adentros no tener recuerdos de aquel entonces. A veces, era frustrante. No obstante, estaba dispuesto a hacer lo que fuera por que lo suyo con ella funcionara. ¿Qué importaba si no recuperaba la memoria? Crearían nuevos recuerdos juntos… Recuerdos mejores, más importantes.

—He leído muchas veces los mensajes que intercambiamos ese último día que estuvimos juntos, Juls. Te dije que no deseaba que lo nuestro se acabara, que no quería estar sin ti. Y también te dije que las relaciones a distancia no me asustaban. —Hizo una pausa—. Sé lo que sentía entonces y es lo mismo que siento ahora. Las relaciones a distancia no me dan ningún miedo.

Ella apoyó la frente contra la suya y suspiró.

—Haremos que esto salga bien —le prometió él en voz queda.

La repuesta fue un ligero beso que le supo a poco.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo ella al fin.

—Y yo a ti. —La abrazó con más fuerza—. Pero iré a verte pronto. De hecho, puedo ir este viernes. No trabajo por las tardes y tengo el fin de semana libre. Así que cogeré un bus y el viernes por la noche estaré en Madrid. Son solo cuatro días.

Ella se puso rígida en sus brazos y él apartó la manta para poder ver la expresión de su rostro que se había oscurecido.

—¿Sabes lo horrible que fue estar en esa estación de autobuses esperándote durante horas y que nunca llegaras? —Su voz sonaba angustiada.

Él asintió con lentitud. Tuvo que ser terrible para ella.

—Eso no va a volver a pasar, Juls. Te prometo que estaré en ese autobús —le dijo con fiereza, incrustando los ojos en los suyos.

Ella le regaló una trémula sonrisa.

—Te creo.

Volvieron a besarse.

—Deberíamos inmortalizar este momento —sugirió él. Alzó la cara y la miró con avidez —. No tenemos ni una sola foto juntos.

—¡Tenemos muchísimas! —protestó ella.

—No —rechazó—. Son todas del pasado. No recuerdo ninguna de ellas.

Ella se pellizcó el labio inferior y las ganas de volver a besarla le asaltaron, pero apartó la vista y la paseó por la zona. La cafetería que había a unos cincuenta metros de ellos acababa de abrir el cierre. También había dos señores con un perro que se acercaban lentamente por el paseo. Pronto, la zona empezaría a acoger a más gente y ya no sería un lugar tan privado como hasta el momento.

—Tenemos aspecto de recién levantados —se quejó ella.

—¿Y qué? Siempre estás preciosa, incluso recién levantada.

—Si ya lo sé. El que me avergüenza eres tú —replicó con tono irónico.

—¡Qué capulla!

Ella volvió a reírse y fingió darle un mordisco en la mejilla.

Él se puso de pie con precipitación con ella en brazos. La manta se escurrió de sus hombros y cayó al suelo, pero la ignoró, solo tenía ojos para Juls que le miraba como si fuera el caramelo más apetitoso del mundo. Dejó que ella se deslizara hasta el suelo con mucha lentitud

para poder sentir todas sus curvas contra su cuerpo, cosa harto difícil con todas las capas de ropa que los separaban, pero la imaginación era un portentoso aliado en aquella campaña y la excitación le embargó cuando creyó notar sus senos contra su torso.

—¿Con tu móvil o con el mío? —preguntó ella y por un instante ni siquiera supo a qué se refería.

La foto. Claro.

Sacó el móvil de su bolsillo y estiró el brazo al tiempo que la abrazaba por detrás y hundía la nariz en su cabello. Hizo unas cuantas tomas a contraluz y otras con el sol de frente.

—Mira, hemos salido estupendos —le dijo mientras revisaban las imágenes.

Y era la pura verdad.

Quizá la mejor de todas era una en la que ninguno de los dos estaba pendiente de la cámara. Se estaban mirando y sonreían. Ella con picardía y él con expresión canallesca. El encuadre no era el mejor y cuando la amplió se percató de que ni siquiera estaba demasiado bien enfocada, pero mostraba todo lo que sentían el uno por el otro con suma precisión.

Era tan ellos… Tan Jorge y Juls… Los de antes y los de ahora.

La miró mientras ella seguía estudiando las fotos con interés. ¡Qué momento más hermoso! ¿Cuánto podía expandirse el corazón de una persona antes de explotar?

—¿Tiempo aproximado que nos queda? —acertó a preguntar.

Ella elevó la barbilla y clavó los ojos en los suyos.

—No sé qué hora es exactamente, pero creo que no más de una hora y media.

Cabeceó meditabundo.

—Vale. Pues te propongo algo. —La estrechó por el talle—. Un desayuno en casa con café y tostadas. Besos ardientes mientras nos duchamos juntos… Incluso algo más si eres buena… —Su voz se tornó áspera y sus labios se torcieron en un rictus sensual—. Luego te llevo a tu piso, recoges la maleta y vamos a la estación de autobuses. Y todo regado con caricias, los mencionados besos, musiquita de Kiss FM, algún roce un poco erótico y confesiones de amor al oído. —La besó en la frente y luego la miró—. ¿Qué opinas? ¿Te hace?

Su sonrisa fue más deslumbrante que el sol.

—¿Que si me hace? ¡Me parece perfecto!

Epílogo

Nochevieja – Un año más tarde

Jorge

Los colores del crepúsculo se reflejaban en las pupilas de Juls, que se había puesto de pie y se había acercado a la gran cristalera para disfrutar del espectáculo. Al otro lado de la bahía, el sol descendía lentamente tiñendo el horizonte de naranja, dorado y rosa.

La belleza del momento era indescriptible.

Pero Jorge permanecía ajeno al entorno. La observaba a ella, fascinado, sin querer perderse ni una sola de sus expresiones.

Un año después de habérselo prometido, estaban celebrando el fin de año en el Bar Planta20, en el último piso del Hotel Madeira Centro, la joya escondida de Benidorm.

—Estoy alucinando —susurró ella casi sin voz—. Las vistas son increíbles.

—Te lo dije —murmuró él, situándose tras ella y apoyando las manos sobre sus caderas —. Para que luego digas que no cumplo mis promesas. Incluso las que no recuerdo haber hecho —bromeó.

Ella se recostó contra su pecho, su cuerpo sacudido por la risa, pero no dijo nada y se limitó a recrearse en la puesta de sol.

Habían pasado algo más de once meses desde aquel amanecer en la playa del Albir que se convirtió en su nuevo comienzo. Once meses de viajes en autobús, de trayectos en coche y de escapadas imprevistas para poder verse, exprimiendo hasta el límite todo el tiempo que podían estar juntos.

Once meses de relación a distancia.

Sin distancias.

Se veían cada fin de semana, cada puente y en vacaciones. O bien era Juls la que cogía el bus y se presentaba en Benidorm, o era él quien se montaba en Turbo y en cuestión de unas horas se plantaba en su portal en Madrid. Y cuando no podían desplazarse, se hacían videollamadas, intercambiaban mensajes y correos electrónicos.

Había parejas que vivían en la misma ciudad y tenían menos contacto que ellos.

Sus migrañas habían ido disminuyendo hasta desaparecer del todo y su último TAC había salido limpio. Todavía acudía a sus citas con la doctora Carmena, pero solo lo hacía cada dos meses, para sesiones de mantenimiento. No había recuperado la memoria y, según transcurría el tiempo, era bastante improbable que lo hiciera algún día, al menos eso le había dicho su neurólogo.

Pero si era sincero consigo mismo, no le importaba demasiado. Tenía todo lo que quería y había ido llenando sus lagunas mentales con nuevos recuerdos. La gran mayoría con Juls como protagonista. En el móvil llevaba las pruebas de ello en forma de textos y de imágenes. Paseos, excursiones, comidas y cenas, tardes en la playa, mañanas en la cama y noches sin dormir… Una sucesión de experiencias maravillosas compartidas.

Y lo mejor de todo estaba por llegar.

Justo después de Navidad, Juls había hecho las maletas definitivamente y se había mudado a su apartamento.

Una sonrisa tontorrona le rizó los labios al pasar revista a los últimos cinco días.

Juls y él viviendo juntos.

Un puto paraíso.

Se acabaron las despedidas, los besos melancólicos en las estaciones, el contenerse a duras penas para que el otro no se diera cuenta de la tristeza del adiós, las últimas miradas en el espejo retrovisor del coche y el echarse de menos.

Fin a todo aquello.

Ahora comenzaban los amaneceres pegados el uno al otro, el compartir armario y cajones, el pelearse por el lavabo en la mañana y en la noche y el llegar a casa para encontrarse con las luces encendidas y el sofá ocupado.

Bienvenida, nueva vida.

Estaba delirante de felicidad y sabía que a Juls le sucedía lo mismo.

Ella seguía conservando su trabajo en la revista digital y solo tenía que viajar a Madrid una vez al mes para las reuniones editoriales. Todavía no había empezado a buscar un trabajo mejor en la costa, pero era su intención hacerlo. Él continuaba en la escuela de buceo, aunque había vuelto a interesarse por el Oceanográfico. Quizá el futuro los llevase a Valencia o a otro lugar. No lo sabían y no les importaba demasiado. Estaban abiertos a todo. Solo había una cosa que tenían clara: querían seguir juntos en aquella aventura.

La melodía que ambos compartían en el móvil comenzó a sonar e interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—¡Joder! —masculló—. ¡Qué oportunos! ¿Es el tuyo o es el mío?

—El tuyo —repuso ella—. El mío lo tengo en mi bolso. —Señaló la mesa en la que estaban sus cosas a unos metros de distancia.

—Paso de responder —dijo él después de echar un vistazo a la pantalla.

—¿Es tu hermana?

—¡Bingo!

—Qué cruel eres —se rio—. Anda, cógelo.

Refunfuñando con exageración, lo hizo.

—Tiene que ser algo muy grave para que nos molestes en esta cita increíblemente romántica de la que te informé hace días y te pedí por favor que nos dejases en paz.

—Es urgente —respondió Erika. Su tono de voz delataba que mentía cono una bellaca.

—¿Cuál es la urgencia?

—Que sin vosotros las uvas no van a ser lo mismo.

—Pfff… Entiendo lo de la urgencia. Voy a colgar.

—¡No! ¡Espera! ¿Por qué no venís a casa después de ver la puesta de sol esa que realmente podíais haber visto cualquier otro día?

Jorge le pasó un brazo por encima de los hombros a Juls que seguía absorta en los cambiantes colores del cielo.

—Es más romántico hoy. Además, que paso, que tenemos una suite maravillosa para pasar la noche los dos solos.

—¡Pero es que os echamos de menos! Incluso Diego lo está diciendo, ¿verdad?

—Déjalos en paz y que hagan lo que quieran. Cuelga. —Se escuchó la voz profunda de su hermano por detrás.

Jorge se carcajeó.

—No cuela, Erika.

—Pero mañana coméis con nosotros.

—Ya veremos.

En realidad, ya lo había acordado con sus padres y habían quedado en encontrarse para celebrar el Año Nuevo.

—Jo, Jorge —protestó ella como si fuera una niña pequeña.

—¡Nos atacan los extraterrestres! ¡Tengo que dejarte! ¡Adiós!

Cortó la comunicación.

—¿Extraterrestres? —se rio Juls.

—¿No ha sonado creíble? —preguntó con ironía. Volvió a abrazarla y le dio un beso en la punta de la nariz.

—No. Se ha notado que mentías.

—Vaya. Pondré más empeño la próxima vez.

—Si hubieras dicho que había un tiburón blanco en la playa habría sido más convincente.

—Recuérdame que no te pida ayuda cuando necesite inventarme una excusa para lo que sea.

—¡La mía es mejor que la tuya! Por lo menos estamos junto al mar y siempre cabe la posibilidad de que aparezca algún escualo.

—Naturalmente. Un tiburón blanco en el Mediterráneo… Se nota que eres una periodista concienzuda.

Apenas había terminado de hablar cuando la melodía comenzó a sonar de nuevo. Esa vez llegaba desde la mesa.

—Te toca —murmuró él.

Juls se desasió de su abrazo y se acercó a su bolso.

—Creo que nuestras familias se han puesto de acuerdo —le dijo, mostrándole la pantalla. Era una videollamada de Félix.

—Son igual de pesados tanto mi hermana como tu hermano. Deberíamos juntarlos.

—Eso es lo que quiere Erika. Ya me ha pedido el número de Félix en veinte mil ocasiones. Es demasiado peligroso. Mi hermano se la zamparía de dos bocados.

—Yo apuesto por ella. Está muy loca.

Juls aceptó la llamada y situó el móvil frente a ellos. La cara de su hermano mostraba una mueca festiva.

—¡Hola a los dos! Os llamamos ahora que luego las líneas están ocupadas. ¡Feliz Año!

—Feliz Año —respondió Jorge con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estáis todos ahí? —preguntó Juls.

—Sí. Espera.

Félix fue desplazando el móvil por la estancia y los padres de Juls, su hermano Rodrigo, su mujer y sus hijos aparecieron en la pantalla. Todos iban saludando con entusiasmo y agitando los brazos.

—¡Feliz Año! —exclamó Juls con deleite, lanzando besos.

—El año que viene os toca aquí —dijo su madre.

Ambos asintieron con energía.

A Jorge le gustaba la familia de Juls. Había estado en varias ocasiones en su casa y, pese a que eran bastante más formales y serios que sus padres, le habían hecho sentir muy a gusto.

—Que sepáis que os echamos de menos —intervino Félix, volviendo la cámara hacia su cara de nuevo—. Pero que entendemos perfectamente lo del romanticismo y la puesta de sol —se guaseó.

Jorge se rio. Sin duda, Juls le había puesto al corriente de todo.

—¿Hoy no trabajas? —le preguntó esta.

—Sí. Vamos a cenar temprano y me voy —repuso y luego añadió, dirigiéndose a Jorge —: Cuídala mucho que, aunque parezca poquita cosa, la queremos. Es nuestra niña pequeña.

—Lo intentaré —respondió él con una risa.

—¡Cabrón! —le dijo ella.

—¡Esas palabrotas! —Se escuchó a su madre por detrás.

—Pasadlo bien esta noche y mañana hablamos —dijo Félix.

Giró el teléfono hacia los demás de nuevo, que se despidieron con exclamaciones, besos al aire y brazos agitados, a los que Juls y Jorge correspondieron de igual manera.

Una sonrisa flotaba en los labios de ella cuando cortó la llamada.

—¿Los echas de menos?

—No demasiado. Estuve con ellos hace solo unos días. Además, estoy exactamente donde quiero estar.

Se acercó a él y le abrazó por el talle, alzando la cara para poder mirarle a los ojos.

Jorge la contempló con codicia.

Quizá su rostro fuese demasiado aniñado. Quizá su nariz muy pequeña o su boca un poco grande para sus facciones delicadas. Quizá sus pómulos fueran demasiado altos.

Quizá, pero para él era preciosa.

Quizá fuera demasiado indecisa y algo cabezota. O poco madura y nada práctica. A veces era muy bromista e irónica y otras veces se tomaba la vida demasiado en serio. Quizá fuese frágil en exceso y demasiado soñadora. O dura como el acero cuando decidía algo. Contradictoria.

Indudablemente, era la mujer perfecta para él.

Y no se cansaba de repetírselo.

No había muchas personas en la terraza del Planta20. Era demasiado pronto para que la gente se hubiera puesto en marcha esa Nochevieja, apenas las seis de la tarde. Y Jorge se aprovechó de la ausencia de público para sellar los labios de ella con los suyos en un beso pasional que los dejó a ambos sin aliento.

—Creo que ya te lo he dicho como cuatrocientas mil veces, pero te lo vuelvo a repetir: eres la mujer de mi vida. Así tal y como eres, pequeña y poquita cosa…

Ella resopló con burla, pero se puso seria con rapidez.

—Y creo que yo también te lo he dicho unas cuantas veces, Jorge. Mil gracias por no olvidarte de nuestro imperfecto amor.

—Eso es imposible. Creo que, aunque volviese a perder la memoria de nuevo, seguiría recordándote aquí. —Cogió una de las manos de ella y la llevó a su corazón, que latía firme y fuerte.

—¿Sabes que te quiero? —Fue la respuesta de Juls.

Asintió y la besó de nuevo, esa vez con dulzura.

Ella se separó de él con algo de reticencia.

—Voy a ir al aseo.

La vio alejarse con embeleso. Lucía un vestido rojo cuya corta falda de vuelo se agitaba con cada paso que daba y le acariciaba las caderas. Subió su hambrienta mirada hasta su nuca y las ganas de lamerle y mordisquearle ese trozo de piel sexi le acometieron.

¡Mierda!

Se había empalmado.

Se giró con disimulo y se colocó el pantalón. Acto seguido le dio un largo trago a su cerveza, paladeándola.

Sus ojos se anclaron en el cielo que se iba oscureciendo por momentos mientras sonreía. Dichoso.

Juls

Cerró la puerta del aseo a su espalda y acudió a uno de los reservados. Minutos después lo abandonaba y se acercaba a los lavabos. El enorme espejo que había sobre ellos le regaló la imagen de una mujer sofocada. Todavía tenía las mejillas enrojecidas.

Los besos de Jorge tenían ese efecto en ella. Incluso después de tantos meses.

Sacó el carmín de su bolso y se retocó los labios, aunque sabía que era absurdo. Él no iba a dejar de besarla. Algo que ella tampoco quería que sucediera.

Sonrió con satisfacción.

Estaba pletórica.

No solo estaban celebrando la Nochevieja tal y como habían planeado hacía un año, sino que su vida en común había comenzado. Desde hacía cinco días se despertaba a su lado y sabía que aquello iba a ser su constante.

Una fantasía.

—¡Sí, sí, sí! —dejó escapar con euforia después de comprobar que no había nadie más en la estancia.

¿Se podía morir de felicidad?

Un pitido la alertó de un wasap entrante. Sacó el móvil del bolso y le echó un vistazo.

Jorge: Hace una eternidad que te fuiste. Como no regreses tendré que irme con la camarera.

No pudo evitar reírse. La camarera era un señor de unos cincuenta años con un frondoso bigote.

Juls: Te refieres al del mostacho? Con eso no puedo competir. Paga antes de marcharte por favor.

Jorge: Tan poco te intereso que dejas que me vaya con cualquiera?

Juls: Con cualquiera no. Es que lo del bigote tiene morbo. Me alegro de que te guste probar cosas nuevas.

Jorge: Hablando de cosas nuevas, qué te parece si nos vamos ya a la suite?

Juls: Sin cenar?

Jorge: Que nos lleven la cena a la habitación…

Juls: Creo que tienes segundas intenciones.

Jorge: Y terceras y cuartas… Ya sabes cómo soy.

Juls: La paciencia es una virtud.

Jorge: Una virtud es ser tan comedido como yo durante toda la tarde con ese vestidito que te has puesto.

Juls: Y eso que todavía no sabes que no llevo ropa interior.

La respuesta llegó poco después. Era un gato con los ojos desorbitados y la leyenda: *Ay Dios mío. No puedo creerlo!*

Juls: Jajajaja. Tú y tus memes.

Jorge: No te reirías tanto si supieras lo que está pasando dentro de mis pantalones ahora mismo.

Alzó la cara y vio sus ojos reflejados en la bruñida superficie. Resplandecían de diversión.

Juls: Tienda de campaña?

Jorge: Para doce personas. Como no salgas, no respondo.

Juls: Jajaja, qué exagerado. Has pagado ya?

Jorge: He pagado y estoy en la puerta del aseo, esperándote ansioso y desesperado.

Ella volvió a reírse.

Jorge era tan genial.

Se echó una última ojeada en el espejo y se alisó el vestido. Luego, se dirigió a la puerta. La abrió y allí estaba él con una mueca pícara y una sonrisa gigante.

—¿Creías que era mentira? —Se señaló la entrepierna con un gesto exagerado.

Ella reprimió el deseo de devorarle allí mismo cuando se percató de que, en efecto, no había mentido.

—¿Y el señor del bigote no nos acompaña? —repuso, mostrando sorpresa.

—Podemos venir a buscarle después.

Le tendió una mano que ella tomó. Sus dedos se entrelazaron.

—¿Nos vamos?

Su voz ronca le reverberó hasta lo más profundo del abdomen.

—Claro.

Él echó a andar y ella le siguió.

Le seguiría hasta el fin del mundo.

Lista de canciones

Mi gran noche – Raphael
Hay que venir al sur – Raffaela Carrá
Vivir así es morir de amor – Camilo Sesto
Querría – El Kanka
Message in a bottle – The Police
Love is all around – Wet Wet Wet
Rock and Roll Star – Loquillo
Escuela de calor – Radio Futura
Mi agüita amarilla – Los Toreros Muertos
Chica de ayer – Nacha Pop
I promised myself – Nick Kamen
Up where we belong – Joe Cocker, Jennifer Warnes
Nothing's gonna stop us now – Starship
Take on me – A-ha
I'd do anything for love – Meat Loaf
Moonlight shadow – Mike Oldfield
Sweet dreams – Eurythmics
Girls just want to have fun – Cyndi Lauper
Got my mind set on you – George Harrison
Eternal flame – Bangles
I want to know what love is – Foreigner

https://open.spotify.com/playlist/7n7aDDzRMqlAuaYPBlywuL

Agradecimientos

Pues parece que hemos llegado al final del libro y creedme si os digo que esta parte es siempre la que más me cuesta escribir, quizá porque quiero decir demasiadas cosas y termino por decir poquitas y liarme un poco.
Creo que ya os habéis dado cuenta de que esta novela es un pequeño homenaje a la ciudad de Benidorm, ciudad que me acogió hace unos años y en la que pasé una parte muy importante de mi vida. Benidorm es así, te adopta, seas de donde seas, y te hace sentir parte de ella. Y después, cuando la dejas atrás, la llevas siempre en el corazón.

Quiero dar la gracias a las personas que me han ayudado a llegar hasta aquí y han conseguido que esta historia fuera posible.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a Paco, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero, Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Maribel que siempre me critica hasta lo inimaginable y Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí.

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo. Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia ♥

Inalcanzable

Una novela de Laura Sanz



© 2023, Laura Sanz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para aquellos que aman.

Inalcanzable como estrella tan distante.
Un amor casi imposible.
Invisible como el aire, eres tan inalcanzable.
Tan sublime como un ángel.
Un amor casi imposible.
Como un fuego que no arde, te me has vuelto inalcanzable.

Inalcanzable - RBD

Capítulo 1

Junio

Diego

Había muchas cosas de las que Diego no estaba seguro en la vida, pero sí tenía claro que enamorarse de Iván era un gran error.

Por dos razones.

La primera, y quizá la menos importante, porque era demasiado joven para él. Diego tenía veintiocho años e Iván solo veintiuno.

Y la segunda —y esa sí que era decisiva—, porque Iván era heterosexual.

No obstante, la lógica mandaba poco en el corazón y allí estaba él, sentado en una tumbona cerca de la piscina, observando al joven a hurtadillas mientras este besaba a su novia a unos metros de distancia.

Una jodida tortura.

A duras penas, desvió la vista y recorrió el jardín con ella.

En el equipo de música sonaba *Nikita* de Elton John y sus padres bailaban agarrados y se miraban a los ojos como si se acabaran de conocer y el flechazo hubiera surgido entre ellos. Diego sonrió. Era maravilloso verlos así. Tantos años juntos y seguían destilando amor.

Como todos los domingos, la familia Alba y sus amistades se reunían en la casa familiar a pasar la tarde al ritmo de alguna *playlist*, preferentemente una de los ochenta, ya que Tony Alba, era un gran admirador de la música de aquella década y había convertido en ochenteros a su mujer y a todos sus hijos. En un extremo del jardín había incluso una plataforma de madera que solían utilizar como escenario improvisado para cantar y bailar.

Su hermana Erika y sus amigas se tostaban al sol tiradas en toallas de colorines. Y su hermano Lukas y Eva, su novia, habían usurpado la mencionada plataforma y fingían que sus botellines eran micrófonos mientras pretendían cantar. Dani y Rafa los jaleaban y aplaudían desde un banco que había al lado de los ventanales que daban al salón. Eran los mejores amigos de su hermano Jorge, que estaba en el agua con su novia, Juls.

Todo el mundo parecía divertirse.

Especialmente, Iván.

No pudo evitar que sus traidores ojos fueran de nuevo hacia el lugar en el que este y su nueva novia, Andrea, lo daban todo en una de las tumbonas más alejadas de la piscina.

Con una expresión fría y neutral —flema heredada de su madre alemana—, Diego se llevó la lata de cerveza a la boca mientras intentaba que el aguijonazo de malestar que se había instalado en su estómago se disolviera. A fin de cuentas, no tenía ningún derecho a sentirse así.

Jamás había habido nada entre Iván y él. Y jamás iba a haberlo.

Era imposible.

Conocía a Iván desde siempre, desde que era un niño que no le llegaba ni al pecho. Era el mejor amigo de su hermano Lukas y siempre estaban juntos. Se habían conocido en el colegio cuando ambos tenían ocho años y se convirtieron en inseparables. Era hijo único y huérfano de madre, y los Alba le habían acogido como si fuese uno más de su prole. Diego no podía recordar ni una sola celebración en la que no hubiera estado presente, ya fuese un cumpleaños, las

festividades navideñas o las vacaciones de verano. Iván Balcayo siempre estaba en ellas, como parte de la familia.

Nunca se había fijado especialmente en él ni le había mirado con otro sentimiento que no fuera el del afecto fraternal, ya que la diferencia de edad era obvia.

Sin embargo, las cosas habían cambiado el verano anterior.

Por primera vez, Diego fue consciente de que Iván era todo un hombre. No sabía muy bien qué le había llevado a cambiar la visión que tenía de él. Quizá que el muchacho había pasado ocho semanas fuera, visitando a su abuela y sin acudir a las reuniones de los Alba, y en ese tiempo había madurado. O quizá que Diego no se había fijado mucho en él con anterioridad, pero ese día de agosto de hacía diez meses se le había quedado impregnado en la memoria para siempre.

Fue el día en que todo cambió.

Recordaba el calor que hacía y que él llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca que le agobiaban y que solo quería deshacerse de ellos y darse un buen chapuzón en la piscina de sus padres. Recordaba haber aparcado la moto fuera y haberse plantado en el jardín para saludar a su familia. Recordaba a su hermano Jorge y su risa canalla y a Erika, que se colgó de su cuello y le estampó dos besos en la mejilla. Y a Lukas que le gritaba algo desde el otro extremo del jardín.

Lo recordaba todo.

Justo cuando se acercaba al borde de la piscina ya solo en bañador, Iván salía de ella por las escaleras.

Le había recorrido con los ojos, admirando su atlético cuerpo. Iván era alto y delgado, fibroso, con músculos marcados, pero no excesivos. Su tono de piel no era muy oscuro y solía quemarse siempre a principios del verano, pero era evidente que ya había cogido color, sobre todo en la cara y en los hombros. En el izquierdo llevaba un tatuaje que el propio Diego había diseñado. Fue el regalo que su hermano Lukas hizo a su mejor amigo por su décimo octavo cumpleaños: un tatuaje abstracto de plumas que le cubría todo el hombro y la parte superior del brazo.

Diego recordaba cómo su estómago se había encogido al verle, algo que no le había sucedido nunca antes.

Sus ojos se encontraron por espacio de unos segundos, los de Iván eran castaños y profundos, bordeados por pestañas negras que en ese momento estaban empapadas. Despedían un brillo que Diego no supo identificar. En realidad, no pudo, porque se había quedado impactado. No obstante, no tardó en recuperar el aplomo y le saludó con un gesto afable, al que Iván correspondió de igual modo.

Recordaba haberse sumergido en el agua, todavía demasiado confundido por su propia reacción. Hizo unos cuantos largos buceando —la piscina no era muy grande—, hasta que creyó que los latidos de su embalado corazón ya se habrían serenado lo suficiente para emerger. Sacó la cabeza fuera del agua y nadó hasta el borde, donde permaneció en silencio, con los codos apoyados en él, mientras intentaba encontrar una justificación a su extraña reacción.

No la halló.

Su mirada volvió a perderse en Iván, que estaba al otro lado del jardín, hablando con Lukas. Le estudió con inusitado interés, taxativamente.

Cientos de veces había visto a Iván en su vida. O incluso miles.

Pero era la primera vez que sentía esa desazón en su presencia.

Desde la distancia, apreció sus labios gruesos —quizá demasiado para ser considerados

masculinos—, su nariz recta y su mandíbula prominente, como esculpida a fuerza de cincel, y el pelo oscuro ni demasiado corto ni demasiado largo, que nunca se molestaba en peinar y que le caía con descuido sobre la frente y la nuca. Lucía pendientes de plata en ambas orejas, collares y pulseras de cuero. Y su postura. Su postura era macarra y chulesca, como si el mundo entero fuera suyo y hubiera de rendirse a sus pies.

No era su tipo en absoluto.

A Diego solían gustarle los hombres más mayores, elegantes y pulidos.

Pese a eso, le resultó difícil apartar los ojos de su persona.

Tenía un aire mucho más varonil que la última vez que le vio, ¿no? Era como si hubiese adquirido madurez en esas semanas que había pasado fuera. Algo había de diferente en él que a Diego le resultó distinto y atrayente.

Muy atrayente.

Recordaba haberse pasado toda la tarde observándole de reojo. Analizando sus gestos y ademanes, escuchando sus conversaciones y examinando su comportamiento con todos los miembros de su familia, él mismo incluido.

¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes de su gran carisma?

Posiblemente porque nunca le había mirado como un hombre homosexual miraría a otro hombre. Con deseo.

Aquello era una locura, se dijo.

Iván era muy joven.

El amigo de su hermano pequeño, casi un hermano para él.

Y heterosexual.

Intentó convencerse de que no tenía mucho sentido. De que aquel sentimiento que se despertaba en su interior solo podía acabar mal, y trató de arrancarle de sus pensamientos y de su cerebro.

Pero le resultó imposible.

Casi un año hacía de esa tarde de agosto y, durante todo ese tiempo, habían coincidido en multitud de ocasiones. En todas ellas, Diego no había podido evitar que su atracción por Iván fuera en aumento, hasta alcanzar niveles estratosféricos. Y no era solo algo físico. Le encantaba su forma de ser, su energía arrolladora, su lealtad inquebrantable hacia los que quería, su generosidad casi ridícula y su ácido humor que le llevaba a soltar carcajada tras carcajada con entusiasmo.

Unas gotas de agua sobre su espalda le sacaron de su ensimismamiento y le hicieron revolverse. Su hermano Jorge había abandonado la piscina y se encontraba detrás de él.

Solo le sacaba poco más de un año a Jorge, pero no se parecían en nada, ni físicamente —Jorge había salido a su padre, mientras que Diego era la viva imagen de su madre—, ni en carácter, pero eran uña y carne. La confianza entre ellos era enorme y se lo contaban todo.

Casi todo.

Su tonto enamoramiento de Iván era su puñetero secreto.

—¿No te bañas? —Tomó asiento a su lado.

—Luego —repuso y alzó la lata en el aire—. Cuando me acabe la cerveza.

—El agua está genial. No puedo convencer a Juls de que salga —se rio.

Diego giró la cabeza y echó un vistazo. La novia de Jorge flotaba boca arriba, suspendida en el líquido elemento.

—¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó a su hermano.

—Fantásticas, pero demasiado cortas. Tres semanas pasan deprisa y Juls tiene que volver

dentro de dos días a Madrid.

Juls vivía en la capital, pero solía acudir a Benidorm con frecuencia, cuando no era Jorge el que se escapaba para visitarla a ella.

—¿Cuándo volvéis a veros?

—Cuando vayamos al concierto me quedo unos días más.

Se refería al concierto de Aerosmith, al que iba a acudir los Alba al completo, y que iba a tener lugar en unas semanas en Madrid. Era una de las bandas de rock favoritas de los hermanos.

Diego se rio con suavidad.

—Conozco a muchas parejas que viven en la misma ciudad y se ven menos que vosotros.

—Ya ves. Es lo que tiene estar colado —respondió Jorge con una amplia sonrisa.

Jorge y Juls habían vivido una historia de amor arrebatadora el año anterior. Se conocieron durante las vacaciones de la joven en Benidorm y fue amor a primera vista. Pese a que solo estuvieron juntos unos pocos días, fueron tan intensos e inolvidables que decidieron seguir adelante con su relación a distancia. No fue fácil. La vida se encargó de ponerles muchos obstáculos en el camino, pero su amor los superó todos y se afianzó en el tiempo.

Un amor de película, así se refería a él toda la familia.

—Voy a buscar algo de beber. ¿Tú quieres otra?

—No. Toma, tira esta. —Dio un último trago a su cerveza y arrugó la lata antes de dársela—. Me voy a meter al agua que estoy asado.

Jorge se alejó y él se puso de pie y estiró los brazos para desentumecer la espalda.

La música había cambiado. Sonaba *November Rain* de Guns N' Roses.

Por el rabillo del ojo, se percató de que Iván dejaba a su novia —era una chica rellenita con una cara bonita, ojos claros y labios sonrosados— y se dirigía hacia donde estaba Lukas. Los vio encaramarse a la plataforma y comenzar a hacer una especie de exagerado *playback*.

Diego, incapaz de disimular su interés, se puso las gafas de sol que había dejado antes sobre la tumbona y cubrió sus ojos para poder espiarle a su antojo sin ser descubierto.

Se sentó en el borde de la piscina con los pies dentro del agua mientras, a escasos veinte metros de distancia, la persona que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos cantaba, bailaba y se reía con desenfreno, ajeno a que era el objeto de sus más hondos deseos. Sus ojos se posaron sobre el otro tatuaje de Iván. En el pectoral derecho llevaba una calavera en llamas, que también había diseñado él.

El saber que sus diseños cubrían el cuerpo de Iván le llenaba de una insana satisfacción. Quizá nunca pudiera ser suyo, pero sí era el dueño de su piel, de algún modo.

Compuso una mueca desdeñosa cuando esa idea acudió a su cabeza y se burló de sí mismo en silencio.

«Eres absurdo».

La novia de Iván, cansada de esperarle, fue en su busca. Se subió a la plataforma y se situó a su lado. Él la cogió por la cintura y apresó su boca con brío.

Diego apretó la mandíbula. De nuevo ese pinchazo de desasosiego tan fuera de lugar.

En ese instante, Iván alzó la vista y le miró. Sin dejar de besar a su chica, sus ojos castaños se clavaron en él al menos durante un par de segundos.

Una eternidad.

Era imposible que supiera que Diego también le estaba mirando porque las oscuras gafas de sol le ocultaban, pero se sintió desnudo y repentinamente vulnerable, como si le hubieran pillado haciendo algo impropio.

Apartó la vista y la fijó sobre las breves sacudidas que agitaban el agua de la piscina.

¿Cómo era posible que ese crío tuviera tanto poder sobre él?

Una simple mirada y le desarmaba.

Aunque quizá el episodio solo fuera un producto de su imaginación, porque cuando volvió a mirar, Iván tenía los ojos cerrados y seguía besando a su novia.

Dejando escapar un improperio sofocado, se quitó las gafas, las arrojó sobre la tumbona y se sumergió en el agua.

Capítulo 2

Iván

Sabía que su padre estaba en el salón por lo que la *playlist* que reprodujo a todo volumen fue ruidosa y metalera, tal y como le gustaba a Juan Balcayo. A él le daba igual. Con el tiempo, había aprendido a abstraerse y a no prestar atención a la música que escupían los dos altavoces que tenía conectados a su portátil.

Acercó una silla a la ventana, la abrió y se sentó frente a ella mientras cogía la bolsa de tabaco y el papel engomado y, con mucha parsimonia, comenzaba a liarse un cigarrillo. No era un fumador empedernido, pero solía encenderse dos o tres al cabo del día, sobre todo en momentos tranquilos.

Le gustaba disfrutar de su soledad mientras la nicotina le penetraba en los pulmones y la cabeza se le iba a algún lugar lejano.

Prendió el pitillo, le dio una calada y su mirada se perdió en el exterior. Las vistas en sí no eran gran cosa: un puñetero edificio de hormigón rectangular como una colmena gigante, muy similar al que ocupaba su vivienda, otros bloques más bajos a la izquierda, un trozo de montaña sobre ellos, a lo lejos, y por encima, el cielo azul de esa mañana de domingo. Si se asomaba al alfeizar, podía ver también el césped de la urbanización, unas cuantas palmeras y la piscina.

Sonaba maravilloso: palmeras, piscina y césped, pero, en realidad, era una de las zonas más empobrecidas de Benidorm. Las construcciones databan de hacía unos cincuenta años; las viviendas se encontraban en un estado miserable y estaban masificadas, y casi todos los apartamentos que había en el edificio —más de cuatrocientos— se hallaban habitados por delincuentes, morosos y okupas.

Llevaban trece años viviendo en ese piso e Iván ya se había acostumbrado a la zona y a sus inquilinos; se había convertido en uno más de ellos y tenía bastantes conocidos entre sus habitantes, si bien jamás invitaba a ninguno de sus amigos a casa. Le producía una vergüenza enorme llevar allí a Lukas, por ejemplo, que se había criado en un chalet con piscina en un entorno privilegiado.

Se habían mudado allí cuando su madre falleció de leucemia. Un amigo le había ofrecido a su padre un trabajo en su taller mecánico y este, por aquel entonces en el paro, no dudó en trasladarse con su hijo de ocho años desde Santander a Benidorm. Empaquetó sus exiguas pertenencias en el coche y, solo quince días después del funeral, ambos se habían instalado en la ciudad costera.

Iván tenía pocos recuerdos de su madre. Sabía que se llamaba Sonia y que era guapa —eso lo había podido comprobar en las fotos que su padre conservaba—, con el pelo oscuro, los ojos claros y los labios gruesos, una característica que él había heredado. Recordaba que antes de morir había pasado muchas temporadas en el hospital. A decir verdad, fue su abuela materna la que le crio y la que se opuso firmemente a que su yerno se llevara a su nieto tan lejos. Sin éxito. Pese a todo, Iván seguía manteniendo el contacto con ella y solía pasar en Cantabria algunas semanas en verano.

Aunque ese verano no la visitaría porque hacía dos semanas que se había sacado el título de Técnico en Electromecánica de Vehículos, y en solo diez días iba a empezar a trabajar en el taller donde había hecho las prácticas.

Estaba ansioso por hacerlo. Tanto que le picaban los dedos mientras contaba los días. Trabajar significaba dinero. Y dinero significaba independencia.

Por fin iba a poder marcharse de ese piso. No le importaba demasiado donde tuviera que irse, incluso le daba igual acabar en la misma mierda de urbanización en la que vivía, pero se iba a largar del control paterno y eso le llenaba de felicidad. Su sueldo no iba a ser muy elevado y la mitad se la iba a tener que dar a su padre en concepto de alquiler, pero si no gastaba demasiado, en unos meses —calculaba que en unos seis— podría instalarse por su cuenta.

Y ser libre.

La puerta de su dormitorio se abrió con brusquedad, golpeando la pared. Iván apenas giró la cabeza con indiferencia. Estaba acostumbrado a que su padre allanara su cuarto cada vez que se le antojaba. Por eso ni se molestaba en echar el pestillo. ¿Para qué? No sería la primera vez que este echaba una puerta abajo en uno de sus episodios de ebriedad.

—Tú, cabroncete —gritó el recién llegado para hacerse oír por encima de la música—, me voy a largar con Pedro. No voy a comer aquí. Hazte algo.

Iván asintió mientras le daba una honda calada a su cigarro.

Su padre era un hombre alto y fornido con el cuello grueso como el de un toro. Lucía una melena larga que se recogía en una coleta baja y sus ojos eran oscuros. Solía llevar el ceño permanentemente fruncido, como en ese momento, y jamás sonreía.

—No sé si llegaré a la cena, tampoco.

Iván volvió a asentir en silencio.

—¿Qué vas a hacer tú? ¿Vas a ir a casa de esos mierdas como todos los domingos?

Iván se mordió la lengua y se encogió de hombros. Odiaba que se refiriese así a los Alba, pero lo hacía siempre, como si le produjera un enorme gozo sacar a su hijo de sus casillas. Solo que este ya no reaccionaba a las provocaciones.

Juan se quedó un rato en el quicio de la puerta, mirándole torvamente, antes de soltar un resoplido y desaparecer. Poco después, la puerta de la entrada se cerraba con un golpe seco.

Iván se levantó de la silla y se acercó a la mesa que había contra la pared. Primero, estrujó lo que quedaba del cigarrillo en un cenicero, luego, se situó frente al portátil y apagó Spotify.

El silencio llenó la habitación.

Se estiró y se frotó la nuca, dejando que su cabeza oscilara a un lado y al otro.

Pese a que se había levantado hacía un buen rato, no se había molestado en vestirse. Llevaba un bóxer negro y una vieja y raída camiseta de los Ramones. Echó un vistazo al exterior y, por la posición del sol, se dio cuenta de que no podían ser más de las doce.

Meneó la cabeza con desidia.

Su padre cada vez se iba más pronto. Él y su compañero de borracheras, Pedro, que vivía en el mismo bloque y no tenía un trabajo estable, solían salir juntos constantemente. Aunque salir juntos era algo que no podía describir lo que verdaderamente hacían. Se limitaban a ir a dos calles de allí, donde se encontraba su bar favorito, el lugar donde las copas eran más baratas. Y allí pasaban las horas muertas con otros tantos tipos de la misma calaña, jugando a las cartas, a los dados, hablando de gilipolleces y llenándose el cerebro de alcohol. A Iván no le importaba demasiado que pasara las tardes y los fines de semana de aquel modo, ya que así, él tenía la oportunidad de hacer lo que le diera la gana, que solía ser salir con Lukas y con algunos amigos más o ir a las reuniones de los Alba.

Los adoraba.

En cierta manera, esa familia le había salvado de convertirse en un calco de Juan, que era

lo que este deseaba: un hijo con el que poder emborracharse y hablar de sus fanfarronadas. Gracias al cielo, Iván había trabado una fuerte amistad con Lukas en el colegio y los padres de este le habían acogido desde el primer momento. Los Alba eran maravillosos. Con ellos podía relajarse y ser la persona que mantenía bajo control delante de su padre. Estar con ellos era como una bocanada de aire fresco.

Por eso, los domingos eran su día favorito de la semana.

El móvil comenzó a sonar esparciendo el solo de guitarra de *Highway star* de Deep Purple por la habitación. Lo buscó con la vista y lo vio sobre la cama deshecha.

Era Lukas.

—¿Qué pasa, Luke?

—¿Tienes planes ahora?

—No. Mi padre se ha largado ya a hacer su ronda —repuso con tono despectivo.

—Vente a comer a casa —le propuso con rapidez—. Solo estamos mis padres y yo. Los demás vendrán luego. Tú vente ya y así nos bañamos antes.

—Genial. Pues voy. ¿Para eso me llamabas o quieres algo más?

—No. Eso es todo.

—Nos vemos, entonces.

Se despidieron e Iván dejó el teléfono sobre la cama de nuevo con una sonrisa en la cara. Desde luego, una comida en casa de los Alba sonaba mucho mejor que recalentar algún plato precocinado y comer solo.

Se sentó frente al ordenador y echó un vistazo a la hora. Tal y como había sospechado, eran las doce y veinte. Tenía tiempo de sobra para darse una ducha, vestirse, e incluso para practicar alguna actividad menos convencional.

Navegó por la red hasta que encontró lo que andaba buscando. Seleccionó el vídeo que más le llamó la atención y le dio al *play*. Se echó hacia atrás en la silla, poniéndose cómodo y abrió las piernas. Apenas habían pasado diez segundos cuando las dos personas de la pantalla pasaron a la acción. Iván acercó la mano derecha a su abdomen mientras sus ojos permanecían pegados a la escena. Se abrió la cinturilla de los calzoncillos y sus dedos se cerraron sobre su erección que comenzaba a despertar con lentitud. Pronto, los gemidos que salían de los altavoces penetraron en sus oídos y le provocaron una sacudida en el estómago. Mientras se acariciaba, buscó el bote de lubricante. Allí estaba, encima de la mesa. Veloz, alargó la otra mano, lo abrió y se vertió un poco sobre su endurecido miembro para facilitar la fricción. Sus jadeos se mezclaron con los de los protagonistas del vídeo.

—Joder —masculló con voz ahogada.

Siguió ejerciendo presión al tiempo que su respiración salía entrecortada de su boca. Las aletas de su nariz se dilataron y una ola de calor se concentró en su vientre.

Llegó un punto en que no necesitó mirar a la pantalla para seguir adelante. Dejó caer la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y continuó bombeando con fuerza.

No tardó demasiado en sentir cómo los músculos de su pelvis se contraían.

El clímax le hizo vibrar y soltar una especie de gruñido inarticulado.

El viscoso semen le manchó la camiseta.

Se quedó quieto unos segundos con la vista fija en el techo mientras intentaba ignorar la cara y el cuerpo que se habían dibujado en su mente cuando estaba a punto de correrse. ¡Mierda! Siempre le pasaba lo mismo.

Suspiró con desánimo y se irguió. Paró el vídeo que seguía reproduciéndose y cerró el portátil. El silencio volvió a adueñarse de la estancia.

Se deshizo del bóxer y de la maltrecha camiseta e hizo una bola con las dos prendas, poniéndolas bajo su brazo. Desnudo, se encaminó al baño, ignorando el montón de ropa que había en el suelo del pasillo. También pasó de largo por delante de la mesa baja del salón, sobre la que había varias botellas de cerveza vacías y algunos envoltorios de patatas y otros aperitivos, además de un cenicero a rebosar de colillas. Aparentemente, la noche anterior, su padre había estado de celebración consigo mismo. No era algo que le sorprendiera. Solía suceder.

Luego limpiaría, decidió con fatiga.

Se dio una ducha con agua muy caliente, disfrutando cuando el chorro se derramó sobre sus hombros. Giró la cabeza a un lado y al otro y se permitió el lujo de canturrear una canción al ritmo de un movimiento sensual de caderas, algo que únicamente hacía cuando estaba solo en casa. ¡Cómo disfrutaba de sus momentos de soledad!

Cuando abandonó la cabina, estaba de buen humor. El baño entero estaba cubierto en una fina neblina de vapor como si fuera una sauna. Frotó el espejo que había sobre el lavabo y echó un vistazo a su reflejo. Le brillaban los ojos y sonreía.

Diez putos días y comenzaría a ganar dinero.

Cierto que trabajar de mecánico no era su sueño, pero era un medio para un fin.

Quizá en cuatro meses podría largarse de allí, pensó con optimismo. ¡O en dos! Soltó una risa profunda y estentórea.

No se molestó en secarse el pelo y dejó que este le cayera sobre la frente, desaliñado. Se puso el bañador, unos vaqueros anchos, una camiseta negra de Iron Maiden y sus deportivas. Después, deambuló por la casa, recogiendo el desastre. Tiró las botellas, los envoltorios y las colillas a la basura y limpió la mesa. Con fastidio, se dio cuenta de que el capullo de su padre había utilizado el tronco de Brasil que decoraba una mesita lateral como cenicero y apagado varios cigarrillos en la tierra. Asqueado, apartó las colillas y cogió la maceta, dirigiéndose a su cuarto con ella. La dejó en el suelo, cerca de la puerta, fuera del alcance del sol directo. No era la primera planta que rescataba de los destructores dedos de su progenitor. Sobre una repisa que tenía en la pared cerca de la ventana se alineaban un colorido crotón, un frondoso helecho y un terrario de mini cactus. Todas ellas muy mimadas y bien cuidadas. Fueron el regalo que una vecina le hizo a Juan Balcayo hacía unos años sin saber que este era una jodida calamidad.

Suspirando, abandonó la estancia y se dedicó a separar la ropa sucia, la clara por un lado, la de color, por otro. Soltó una palabrota al ver que, entre todas las prendas, también había un mono de trabajo lleno de grasa. ¡Mierda! Tendría que ponerlo en remojo.

Iba camino del lavadero cuando su móvil comenzó a sonar de nuevo. Se lo sacó del bolsillo y ojeó la pantalla.

Andrea.

¿Qué cojones querría?

Sin pensárselo demasiado, desvió la llamada al buzón de voz y bloqueó su número con hastío. Tres semanas habían sido más que suficientes. La relación no daba más de sí; solo era un jodido rollo y ella lo sabía. Nunca la había engañado.

Puso el puñetero mono en remojo en un barreño con detergente, cargó una lavadora y terminó de recoger el salón. Pasó de los platos sucios que se acumulaban en el fregadero. Cuando volviera por la noche se dedicaría más a fondo a la limpieza del piso.

Cogió las llaves de su coche del mueble del salón y se las guardó en el bolsillo; se colgó al hombro la mochila en la que llevaba una muda de ropa, y abandonó la vivienda. Bajó los cinco pisos hasta el portal por las escaleras. Ni siquiera se molestó en mirar si los ascensores funcionaban. Solían estar averiados. Una putada para los de las plantas superiores.

Tenía el vehículo aparcado a escasos metros de la puerta. Era un viejo Seat Ibiza, otrora rojo, que se caía a pedazos. Era tan poco atractivo que ni los delincuentes de la zona se molestaban en acercarse. Quizá era la única cosa por la que le estaba agradecido a su progenitor, que le había echado un cable para reparar aquella antigualla, además de pagarle la prima del seguro.

La portezuela protestó chirriante cuando la abrió. Los asientos de tela estaban rajados, el cinturón de seguridad del acompañante se atascaba a veces —al menos no lo había hecho cuando pasó la ITV—, las ventanillas de atrás no bajaban y la radio no funcionaba, pero Iván adoraba aquel cascajo. Era su única posesión.

Arrancó y el sonido gutural del motor se escuchó en toda la calle y pudo sentir las vibraciones en la parte baja de su cuerpo.

Brillaba el sol y hacía un día espléndido.

Ideal para pasarlo con los Alba en su piscina.

Capítulo 3

Diego

Se pasó las manos por el pelo con pereza y bostezó. Sus ojos se posaron sobre los haces de luz del mediodía que entraba por las rendijas de la persiana del pequeño balcón. Era bastante tarde, pero la noche anterior había salido por ahí —algo que no hacía a menudo—, y le habían dado las tantas. Bostezó de nuevo y se acarició el áspero mentón. Necesitaba un afeitado, decidió.

—Buenos días.

Una somnolienta voz le hizo girar la cabeza.

Lo primero que vio fue la desaliñada melena rubia cayendo sobre unos ojos verdosos que se perdían entre las guedejas y una lánguida sonrisa de irregulares dientes blancos.

—Buenos días —contestó, devolviéndole la sonrisa.

Emilio se incorporó en la cama y dejó al descubierto su lampiño pecho. Diego le contempló con admiración manifiesta. El cuerpo de Emilio era una pura maravilla; era incuestionable que lo cuidaba mucho.

—¿Te gusta lo que ves, Alba? —preguntó este con un ronroneo sugerente, apartando la sábana del todo y mostrándose en su espléndida desnudez—. Pues ya tuviste bastante anoche.

Diego liberó una risa al tiempo que meneaba la cabeza. Emilio era un regalo para la vista, pero no se sentía tentado en absoluto en ese momento, por mucho que su erección matutina pareciese indicar lo contrario. Eran muy buenos amigos, solo que, de vez en cuando, sucumbían a una noche loca y practicaban sexo desenfrenado. Pero ambos tenían claro lo que querían y, desde luego, no era una relación. *Follamigos*, ese era el término.

—¿Desayuno? —le propuso, levantándose. El suelo de mosaico hidráulico recibió las plantas de sus pies.

—Acepto. Y un ibuprofeno —masculló su compañero con un tono de voz lastimero.

Diego le lanzó una ojeada llena de conmiseración. Se acercó a la cómoda y cogió un pantalón corto de deporte que había sobre ella. Se lo puso y se encaminó al baño. Tras una breve visita a este, se dirigió a la cocina. Preparó el café con movimientos precisos y, luego, puso dos rebanadas de pan en la tostadora. Sacó también un paquete de magdalenas caseras de la alacena. Sabía que Emilio las prefería. Siempre que dormía en su piso —un hecho que sucedía cada dos o tres meses—, desayunaba lo mismo.

Mientras el borboteo del café cayendo sobre la jarra de cristal penetraba en sus oídos, se abstrajo contemplando el exterior por la ventana que había sobre el fregadero, aunque no había mucho que ver; la cocina daba a un sombrío patio de luces y lo único que se abría ante sus ojos era la ventana del vecino, de la cual salían unas cuerdas de tender la ropa que solo alojaban una solitaria camiseta con el escudo del Real Madrid en la pechera.

El sonido de los pies desnudos de Emilio sobre el suelo le advirtió de su presencia. Volvió la cara para mirarle. Se había recogido el largo cabello en una coleta suelta de la que escapaban unos mechones descuidados. Llevaba puestos los calzoncillos y la camiseta negra de la noche anterior. Se dejó caer pesadamente sobre una de las dos sillas que acompañaban a la pequeña mesa que había pegada a la pared, enterró la cara en las manos y gimió.

Diego vertió el café en dos tazas y le tendió una junto con la caja de pastillas que había sacado de un cajón.

—Anda, toma.

—¿A ti no te duele la cabeza? —le preguntó con un gruñido mientras se tragaba una de las píldoras con el primer sorbo de café.

—Yo no bebí tanto como vosotros —repuso Diego y se encogió de hombros—. Me limité a tres cervezas. Cuando empezasteis con los chupitos de vodka me retiré.

—Me encantaría ser tan firme y cuadriculado como tú —farfulló.

Diego sacó el pan de la tostadora y lo llevó a la mesa junto con las magdalenas. Tomó asiento frente a su amigo y le sonrió con displicencia.

—¿Qué hora era cuando llegamos aquí? —inquirió este con los párpados bajos, como si la suave luz que entraba por la ventana le molestara.

—Las cuatro, creo.

Habían ido a Alicante, a un nuevo local gay que había abierto sus puertas no hacía mucho y que Emilio quería visitar a toda costa. Refuge, se llamaba, y ofrecía espectáculos *drag* en directo los fines de semana. El sitio era fantástico y estaba abarrotado de gente. Allí, se habían encontrado con unos cuantos amigos más. Comenzaron con moderación, con cervezas, pero después de una representación escénica de bastante calidad, llena de fantasía glamurosa, en la que participó la mayoría del público, algunos bailes y muchas risas, la noche se fue alargando y las cervezas se convirtieron en chupitos, de los que Diego decidió pasar.

Mientras sorbía su café y examinaba la cara pálida de su amigo y sus ojos enrojecidos, se alegró de haberlo hecho.

—Creo que me voy a dar una ducha, a ver si me despejo —murmuró Emilio. Dejó su taza vacía sobre la mesa y engulló una magdalena con cara de satisfacción—. ¿Te importa si voy yo primero?

—Mi casa es tu casa.

Emilio abandonó la cocina y Diego le siguió con la vista. Su trasero era firme y redondeado y sus piernas, largas y musculosas.

Sí, Emilio era más que atractivo.

Y le encantaba dejarse follar por Diego.

Eran muy compatibles en la cama. La pareja perfecta.

Lástima que ninguno de los dos tuviera sentimientos demasiado profundos por el otro. Después de seis años de amistad y de sexo esporádico, ambos tenían claro lo que podían ofrecerse mutuamente.

Echó un vistazo al reloj de pared y vio que ya eran las dos menos cuarto. Una hora ideal para desayunar, se dijo con ironía. Le dio un último bocado a su tostada y se levantó de la silla. Recogió los platos y las tazas y los metió en el lavavajillas. Después, abandonó la cocina. La puerta del baño estaba entreabierta y dejaba pasar los sonidos del agua de la ducha golpeando contra la pared alicatada. No se detuvo; siguió caminando hasta el final del pasillo y accedió al interior de la habitación que tenía habilitada como cuarto de trabajo. La luz se colaba por las cortinas blancas y se reflejaba sobre el escritorio que encaraba el balcón. La estancia no contenía mucho más, además del alargado tablero de la mesa, cuya parte derecha era inclinable, y la silla ergonómica, solo una estantería ocupaba una de las paredes laterales.

Encendió el monitor de 32 pulgadas e inclinó la cabeza a un lado mientras estudiaba la ilustración que apareció ante sus ojos. Iba a ser parte de la portada de un libro de ciencia ficción, pero no terminaba de estar convencido con ella. La repasó muy concentrado, tratando de encontrar el defecto.

«El color naranja es demasiado vívido. O es que hay demasiadas estrellas y eso se carga

el efecto de la nave espacial».

Reprimió el impulso de tomar asiento frente a la pantalla. Sabía que si lo hacía no se levantaría en horas. Solía abstraerse cuando trabajaba. El tiempo dejaba de tener importancia para él, por eso llevaba unas cuantas alarmas en el móvil que le recordaban que tenía que descansar de vez en cuando.

Además, era domingo y su familia le esperaba.

—¡Ya he acabado! —Llegó la voz de Emilio desde el corredor, sobresaltándole—. Tienes el baño libre.

Echó un último vistazo a la imagen con fastidio antes de apagar el monitor. Luego, abandonó el despacho.

Su amigo estaba en mitad del pasillo, secándose el pelo con una toalla mientras que otra le rodeaba la cadera. Pequeñas gotas de agua resbalaban por su pecho.

—¿Tienes planes hoy? Podríamos comer juntos y ver alguna peli —propuso—. Paso de ir a casa —añadió con tono de fastidio—. Mi hermana va a pasar la tarde allí con una amiga.

Emilio vivía solo en un piso en La Nucía, pero su hermana había llegado de visita desde Madrid y se iba a quedar dos semanas. Después de solo dos días, su amigo había descubierto que la convivencia con ella se le atragantaba.

—Comer, genial. Pero luego voy a subir a Finestrat a casa de mis padres —contestó Diego. De pronto, tuvo una idea—. ¿Quieres venir?

—¿A casa de tus padres?

—Sí. Ya sabes que solemos reunirnos allí los domingos. Mis hermanos llevan a sus amigos. La piscina es tentadora.

Emilio se encogió de hombros.

—Por mí, perfecto. Todo será mejor que estar con mi hermana. ¿Me prestas un bañador y ropa?

No era la primera vez que se intercambiaban prendas después de pernoctar en la casa de uno o de otro y la pregunta no resultó ni extraña ni fuera de lugar.

—Claro. Ya sabes dónde está todo. Los bañadores están en el último cajón de la cómoda.

Emilio se escabulló dentro del dormitorio y Diego se fue al baño. Entró en la bañera, cerró la mampara y abrió el grifo, dejando que un chorro de agua templada cayera sobre él. Su boca se torció en una sonrisa sarcástica cuando se imaginó cómo reaccionaría su familia cuando llegara allí con Emilio. Su padre no paraba de insistirle en que les presentara a algún novio, algo que él jamás había hecho, y no por falta de relaciones, pero hasta el momento no había encontrado a nadie lo suficientemente importante como para desear que su familia lo conociera. Cuando era un adolescente sí que había acudido a esas reuniones con algún amigo, pero de eso hacía ya mucho tiempo. En los últimos años no había llevado a nadie.

«Pobre Emilio», se dijo. «Está claro que mi padre le va a freír a preguntas».

Le entró una suave risa al imaginárselo. Su progenitor era bastante descarado. Al menos, su amigo no era tímido y sabría estar a la altura.

Se enjabonó el cuerpo y se lavó la cabeza con rapidez. Después se aclaró y cerró el grifo. Una vez fuera, se echó una ojeada en el espejo. Las pocas horas de sueño le habían respetado y no tenía mal aspecto.

Emilio estaba en el salón, trasteando con el mando de la tele y pasando de un canal a otro cuando por fin se unió a él, ya vestido con una camiseta y unos cómodos vaqueros sobre el bañador.

—Te voy avisando —le dijo—. Mi padre no te va a dejar en paz y va a intentar

sonsacarte.

Emilio le miró con una ceja arqueada.

—¿Sonsacarme?

—Eres el primer tío que llevo a casa en mucho tiempo —aclaró—. Y mi padre es un cotilla de mucho cuidado. No puede evitarlo.

—¿Hasta dónde puedo contar? —preguntó con picardía.

—Cero —repuso Diego con hastío—. Ya sabes que soy muy celoso de mi vida privada, solo Jorge está al tanto de mis cosas. Además, tampoco me voy a plantar allí esta tarde y les voy a decir que anoche follamos —expuso con sarcasmo.

—Eso seguro que dejaba a tu padre sin palabras.

—No te creas. Insistiría en saber los detalles.

Emilio se carcajeó antes de incorporarse y apagar la tele.

—¿Y el chico ese que te trae de cabeza? ¿Va a estar allí también? —Lo preguntó como al descuido.

El semblante de Diego se ensombreció. Hacía unos meses, una noche en la que se hallaba especialmente melancólico y había bebido demasiado, le habló a Emilio de lo que sentía por Iván. Se había arrepentido mil veces de habérselo contado porque su amigo ya le había sacado el tema en unas cuantas ocasiones.

—Sí. Iván va a estar allí —admitió con un suspiro al cabo de un breve lapso de tiempo.

—¿Y todo sigue igual? ¿No has hablado con él?

—¿Hablado con él? ¿De qué? Sigue siendo demasiado joven para mí y demasiado hetero —resopló—. Ciertas historias se quedan mejor en el tintero—. No pudo evitar que un deje de desilusión tiñera sus palabras.

—Mira que te conozco desde hace años y nunca te había visto tan pillado.

—¿Se me nota? —Diego alzó la barbilla, alarmado, y le miró intensamente.

Las comisuras de los labios del rubio se alzaron casi imperceptiblemente.

—A ver, no es que se te note, es que cuando hablas de él te cambia la voz. No sé. Como que te sale otro tono más… suave.

Diego frunció el ceño. ¿Le cambiaba la voz al hablar de Iván? ¿En serio? Solía ser bastante imperturbable y no mostraba sus sentimientos alegremente. ¿Alguien más se habría dado cuenta?

—Mira, no te agobies —siguió hablando Emilio mientras estiraba los brazos hacia el techo, desperezándose—. No se te nota especialmente. Es solo que como yo lo sé… Venga, ¿dónde vamos a ir a comer?

Diego agradeció en silencio el brusco cambio de tema. Lo último que quería era hablar de Iván. Bastante tiempo desperdiciaba ya a lo largo del día pensando en él.

—¿Picamos algo abajo, en el Aitona? —propuso.

Así se llamaba el restaurante que había a solo unos metros de su edificio. Estaba especializado en comida mediterránea y el dueño le trataba de lujo cada vez que iba.

—Por mí, perfecto.

Se pusieron en marcha y, apenas un par de minutos después, accedían al restaurante. El local estaba lleno de gente, pero el dueño habilitó una mesa para ellos apartada de la entrada. La gran mayoría de los huéspedes eran veraneantes extranjeros. Benidorm en verano era un hervidero de distintas nacionalidades.

Pidieron un arroz a banda y, mientras esperaban a que se lo sirvieran, picotearon una ensalada y unos calamares al tiempo que conversaban sobre sus respectivos trabajos. Emilio era

gerente de cuentas en un banco y siempre tenía mil anécdotas que contar sobre sus clientes. Diego, bastante menos hablador, se limitó a relatarle por encima cuáles eran sus últimos encargos, pero prefirió escuchar y asentir de vez en cuando. Eran tan distintos como la noche y el día, pero quizá por eso su relación funcionaba tan bien, porque se complementaban a la perfección.

Cuando el camarero se acercó con la paellera y la dejó en el centro de la mesa para que pudieran comer directamente de ella, la conversación recayó en el jueves siguiente y en el concierto de Aerosmith.

—¿Al final vais todos?

—Sí. La familia al completo y algunos amigos de mis hermanos.

Emilio alzó una ceja con curiosidad, haciendo que Diego pusiera los ojos en blanco.

—No. Iván no viene —repuso con retintín.

—¡No he dicho nada! —Alzó las manos como si pidiese perdón.

—Se te ve el plumero.

Emilio rio.

—¿Y por qué no va, si vais todos? Creía que era como un apéndice de tu familia.

Diego tardó en contestar; sabía cuáles eran los motivos de Iván para no acudir al concierto. De hecho, solo había uno: el dinero. Pese a su estupenda relación con los Alba y, en especial, con Lukas, jamás accedía a que le echasen un cable, económicamente hablando. Era demasiado orgulloso. Su padre, Tony, se había ofrecido a regalarle la entrada, pero Iván fue categórico y se negó en redondo. Adujo que era un grupo que no le interesaba demasiado, lo cual era una mentira tan grande como una casa, pero los Alba no insistieron. Respetaban mucho al chico y no querían hacer que se sintiera mal.

—Ni idea —contestó al fin. Era un tema del que prefería no hablar con Emilio. La economía de Iván era cosa solo de Iván.

La conversación, después de eso, se dirigió por otros derroteros y terminó centrándose en la noche anterior. Entre los amigos con los que habían estado en el Refuge, había una pareja de recién casados y se entretuvieron comentando lo relajados y felices que parecían después de regresar de su luna de miel. Ambos rieron al recordar las anécdotas del viaje que les contaron.

Prescindieron del postre, pero sí tomaron café. Después, pagaron la cuenta a medias.

—¿Vas a ir en moto o subimos en mi coche? —le preguntó Emilio ya fuera del restaurante mientras sus pasos los conducían al cercano garaje.

—Voy en la moto.

—Entonces nos vemos allí. Es el número cuarenta y seis, ¿verdad?

—Sí.

Se despidieron y Emilio cogió el ascensor para dirigirse a la tercera planta, donde había dejado su vehículo la noche anterior. Diego subió a la primera, donde estaban las plazas privadas. Su Triumph Bonneville T120 le aguardaba al fondo. Abrió la cadena que mantenía el casco sujeto a la parte trasera y se lo puso. Luego se encaramó al asiento y arrancó. Las potentes vibraciones de la máquina recorrieron su cuerpo y un suspiro de complacencia estuvo a punto de escaparse de su boca. Adoraba su moto. Era ideal para desplazarse por las estrechas calles del pueblo y, dado que casi todo el año hacía buen tiempo, la utilizaba todos los días. Solo en contadas ocasiones, durante la temporada de gota fría, tenía que coger el autobús o pedir un taxi.

El trayecto hasta la urbanización donde vivían sus padres se le hizo corto ya que no había mucho tráfico; la mayor parte de los turistas estaban en la playa a esas horas. Aparcó frente al portón y puso el caballete. Se quitó el casco y se ahuecó el pelo. Mientras lo hacía, su mirada se

posó sobre el antiguo Seat Ibiza de un desvaído color rojo que había aparcado a pocos metros de allí. Iván ya había llegado. Se preguntó con qué chica habría ido en esa ocasión; seguro que no con la tal Andrea de hacía una semana. Iván no solía repetir conquistas. Era lo que comúnmente se conocía como un picaflor.

Frunció el ceño, malhumorado repentinamente. Tenía que dejar de pensar en ese chico como algo más que el amigo de Lukas. Era solo eso y nada más.

Como si el destino hubiera decidido ponérselo difícil, en ese preciso instante, el portón chirrió y se abrió, dejando a la vista la figura del propio Iván. Llevaba solo un bañador negro y unas chanclas y su cabello estaba empapado. Las gotas de agua resbalaban por su cuello y su torso. La calavera en llamas de su pectoral derecho brillaba como si estuviese viva.

«¡Joder!», pensó Diego sin poder evitar que sus ojos recorriesen el cuerpo húmedo de arriba abajo. ¿Se podía estar más guapo?

—Eh, Diego —saludó el joven al percatarse de su presencia—. Voy a coger un CD que le he traído a tu hermano —explicó, señalando su Ibiza.

—Ah, genial.

Vio cómo abría la puerta del conductor y se inclinaba dentro del coche. La tela del mojado bañador se ajustó a sus firmes glúteos y Diego notó cómo su garganta se estrechaba. Tragar saliva se convirtió en algo imposible.

Tenía un culo perfecto.

El sonido de un vehículo desvió su atención y le hizo arrancar la mirada del tentador trasero. El Peugeot gris de Emilio se aproximaba. Lo observó con fijeza, como si fuera la cosa más interesante del mundo, hasta que se detuvo junto a su moto.

—¿Entras? —Escuchó a Iván a escasos pasos de distancia. Había cerrado la portezuela de su coche con ímpetu y estaba parado junto al portón.

—Eh, no. Voy a esperar a mi amigo.

Iván giró la cara y le echó un vistazo curioso a Emilio que acababa de plantarse en la acera.

—Hola —saludó el rubio con una sonrisa al tiempo que le tendía la mano—. Soy Emilio.

—Yo, Iván —repuso este, estrechándole la mano.

Diego se percató de que los ojos castaños de Iván mostraban sorpresa al reconocer la camiseta que llevaba puesta su amigo. Era morada y sobre la pechera tenía una pera blanca con un cuchillo en la mano y debajo se leía la leyenda: *Hoy todo me la pela*. Era un regalo de su hermana Erika y toda su familia la conocía perfectamente.

—Es un amigo de mi hermano Lukas —se apresuró a añadir Diego.

Emilio apenas pestañeó al escuchar el nombre, pero Diego le conocía bien y leyó perfectamente en su rostro el asombro que le causó el conocerle. Era evidente que había sumado dos más dos y que el resultado había arrojado un cuatro. Sabía que estaba frente al chico que ponía su mundo del revés.

De un modo inesperado, Emilio le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Encantado —dijo con una sonrisa y un guiño. Luego se dirigió a él en voz baja—. Cari, no me habías dicho que iban a venir los amigos de tus hermanos.

Su tono era tan afectado que Diego estuvo a punto de soltar una risa y elevar la vista al cielo, pero se contuvo y le siguió el juego con una sonrisa de presunta disculpa.

—Bueno, yo voy entrando, si eso… —dijo Iván, que parecía incómodo—. Nos vemos en la piscina.

Acto seguido, se dio la vuelta y cruzó el portón con prisa, desapareciendo de su vista.

—¿Cari? —murmuró Diego al tiempo que meneaba la cabeza con sorna y se soltaba del férreo abrazo de Emilio.

—Ha quedado mono, ¿no? —dijo, arqueando las cejas.

—Era innecesario. Y menos delante de él. Como dice la camiseta, a él se la pela que yo tenga novio o no.

—No sé yo. Le he visto muy interesado y celosillo.

Diego soltó una carcajada.

—Tienes mucha imaginación. Anda, vamos a entrar, *cari* —repuso y le dio una palmada en el trasero.

—Por cierto, es guapo. Algo joven, pero no está nada mal.

Diego se abstrajo un segundo. ¿Guapo? ¿Solo guapo? ¿Acaso Emilio no se había fijado en su cuerpo fibroso tostado por el sol? ¿O en sus brazos de músculos definidos? ¿O en su cara de pómulos afilados, mandíbula cuadrada y labios sensuales? ¿O en sus ojos oscuros y expresivos?

Guapo se quedaba tan corto…

Suspiró.

Capítulo 4

Iván

La tarde no había resultado tan satisfactoria como de costumbre para Iván. Si bien los Alba se portaron con la afabilidad de siempre, tanto durante la comida como a lo largo de la reunión posterior, él no había estado tan a gusto como en otras ocasiones. Quizá porque surgió el tema del concierto de Aerosmith y se vio obligado de nuevo a mentir para excusar su ausencia, o quizá porque Diego había llevado a su novio —el tal Emilio—, algo que era la primera vez que sucedía. A Iván no le gustaban mucho los extraños. Le costaba aceptarlos dentro de su círculo de confianza.

Anochecía cuando llegó a su calle y aparcó el Ibiza a poca distancia de su edificio. Pese a que era verano y las plazas de aparcamiento escaseaban, eran pocos los valientes que se atrevían a dejar sus vehículos en esa zona. Por la mañana solían encontrárselos con las ventanas rotas, las puertas forzadas y sin equipo de música. Eso si todavía los encontraban.

—Buenas —le saludó el Charlie con voz chirriante.

Giró la cabeza y le vio apoyado contra un coche negro de gama alta a unos metros de la entrada del portal, fumando un cigarrillo con indolencia. Era un tipo de unos cuarenta años, moreno y musculoso, que siempre vestía con pantalones chinos oscuros y polos en tonos pastel; llevaba al cuello un grueso cordón de oro que probablemente costara lo mismo que un pequeño apartamento.

—Buenas —respondió con una elevación de la barbilla con cortesía.

El Charlie era el camello oficial del barrio. Entraba y salía intermitentemente de la cárcel desde siempre. Hacía dos semanas que había vuelto y, pese a su fama de pendenciero, las cosas funcionaban mejor cuando estaba por ahí. Los otros camellos y delincuentes no montaban broncas y respetaban su territorio. Iván no era su amigo, pero después de llevar tanto tiempo viviendo en el edificio, había aprendido a convivir con él y con gente como él. En una ocasión, unos años atrás, el Charlie había intentado captarle para que pasara hierba en su instituto, pero se negó con la excusa de que si su padre se enteraba le echaría de casa. Entrar en ese mundo significaba acceder a un callejón sin salida. Y él no deseaba terminar de ese modo.

Una vez dentro del portal, echó un rápido vistazo a los ascensores. Tal y como sospechaba, no funcionaban. Había unos carteles escritos con boli rojo pegados en ambas puertas metálicas que avisaban de la avería.

Subió las escaleras de dos en dos hasta la quinta planta y atravesó el largo corredor que llevaba hasta su piso. Iba distraído, pensando en todo y en nada al mismo tiempo. Introdujo la llave en la cerradura y accedió al interior. La mortecina luz del pasillo estaba encendida, señal de que su padre ya estaba en casa.

El primer golpe ni siquiera lo vio llegar. Le alcanzó en la sien izquierda y le hizo caer al suelo, tal fue su ímpetu. Su instinto le llevó a cubrirse la cara con los brazos, pero un nuevo puñetazo le partió el labio antes de que pudiese reaccionar y calibrar la situación.

—¡Maricón de mierda!

La grave voz llegó hasta él desde lejos, como si estuviese a kilómetros de distancia. Apenas pudo ponerse de pie cuando encajó el siguiente golpe, un rodillazo dirigido a su estómago. Tuvo la sensación de que todo el aire desaparecía de sus pulmones y comenzó a

boquear como un pez fuera del agua. Tosió como un condenado mientras trataba de agarrarse a la pared y fijaba la mirada en la amenazadora figura que tenía frente a él.

—¡Eres una vergüenza! Me da asco mirarte a la cara. ¡Qué puto asco! —farfullaba su progenitor. Tenía las venas del cuello hinchadas y los ojos encendidos por la ira.

Iván intentó librarse de la fina niebla que cubría su cerebro y se irguió del todo con dificultad. La cólera comenzaba también a apoderarse de él. Endureció la mandíbula. No era la primera vez que su padre le golpeaba, pero hacía años de eso, cuando todavía era un adolescente enclenque. Ahora las cosas eran muy diferentes. Era tan alto o más que Juan e igual de fuerte. No se iba a dejar apalear sin oponer resistencia.

—Creía que te había quitado las mariconadas a golpes, pero veo que no —escupió su padre rechinando los dientes.

Esa vez, cuando volvió a levantar la mano para propinarle un nuevo puñetazo en la cara, Iván estaba preparado y paró la embestida con su propia mano.

—Ya no soy un niño al que puedas golpear a tu antojo —gruñó, al tiempo que ejercía presión sobre su muñeca y se la giraba sin misericordia.

Juan gimió e intentó soltarse del firme agarre, pero enseguida se dio cuenta de que sus fuerzas estaban bastante igualadas. Resopló con las aletas de la nariz dilatadas y alzó el otro puño. Iván también paró ese golpe. Sus rostros se encontraban a solo unos centímetros de distancia, tan cerca, que Iván pudo ver la silueta de su cabeza reflejada en los iris de su padre.

—Siempre he sabido que te gustaban las pollas —bramó este rabioso—, pero creía que la última paliza que te di te había espabilado.

Iván cerró los ojos, mortificado. No quería recordar ese suceso. Por aquel entonces solo tenía catorce años y estaba confuso y asustado; la paliza fue traumática para él y había intentado borrarla de su memoria.

—Como ya te dije entonces, ¡no quiero tener un hijo maricón! —gritó Juan y se revolvió con violencia.

—No soy maricón —rechazó con convicción. Llevaba tanto tiempo negándoselo a sí mismo que no le resultó difícil hacerlo otra vez.

Una risa histérica emergió de la garganta de su padre y sus ojos chispearon furiosos.

—No me vas a engañar, desgraciado. He visto lo que hay en tu ordenador. Ya sé con qué tipo de vídeos te la cascas.

Iván frunció el ceño. ¿Su ordenador? ¿Para qué había usado su padre el ordenador? Y lo peor de todo, ¿se le había olvidado apagarlo y borrar el historial como hacía siempre? De improviso, todo cobraba sentido. Todo.

—¡Qué asco! —continuó Juan, escupiendo cada palabra, mientras se retorcía—. No puedo ni mirarte a la cara —masculló.

Transcurrieron unos cuantos segundos envueltos en un grueso y pesado silencio que se cernió sobre ambos. Solo se escuchaban sus respiraciones agitadas y los acordes de una melodía que llegaba del piso vecino a través de la pared.

Su padre parecía haber perdido el ímpetu del principio y su cuerpo se tornó laxo. Iván se aseguró de que estaba más calmado antes de soltarle. Se apartó unos pasos y se mantuvo alerta.

—Quiero que te largues de mi casa —barbotó Juan con la mirada torva, pasándose las manos por el pelo.

—No puedes hacer eso.

—¡Puedo hacer lo que me salga de los cojones! La casa es mía y no te quiero cerca. A partir de hoy dejas de ser mi hijo. Coge tus mierdas y lárgate, *maricón* —lanzó con tono

despectivo y profundo disgusto.

Iván respiró hondo y se tragó una protesta. Sabía que, si su padre había tomado esa decisión, nada ni nadie le harían cambiar de idea.

—¿No me has oído? ¡Que recojas tus mierdas y te vayas! —bramó.

No vaciló ni un segundo más. Se encaminó a su habitación dando largas zancadas. Cuando entró vio el estropicio que había organizado y rechinó los dientes de frustración. Su portátil estaba tirado en una esquina del cuarto y era innegable que alguien lo había pisoteado. Casi todas sus pertenencias se hallaban esparcidas por el suelo: su ropa, sus pocos libros y sus CD de música. Incluso el colchón no estaba en su sitio, sino que se apoyaba precariamente a un lado del somier de muelles.

Echó un vistazo por encima de su hombro y se dio cuenta de que su padre no le había seguido. Podía oírle soltando imprecaciones desde el salón. Estaba solo en la estancia.

Se pasó la mano por la cara con cuidado y se limpió un par de gotas de sangre que manaban de su boca con el borde de la camiseta. El labio comenzaba a hinchársele y la sien le latía con fuerza debido al primer golpe.

¡Qué hijo de puta!

Su cerebro trabajaba a toda velocidad, sopesando sus opciones. ¿Dónde podía ir? Apenas tenía dinero ahorrado y hasta dentro de unos días no empezaría a trabajar.

—No, no, no —masculló al darse cuenta de que era posible que sus ahorros hubieran volado también.

Dio un paso hacia la ventana e introdujo la mano dentro de la maceta del helecho. Allí, protegidos por una bolsa de plástico transparente había seis billetes de cincuenta. Trescientos euros. Más los veinte que llevaba encima. No era mucho, pero era todo lo que tenía; tendría que bastar para mantenerle a flote unos días.

Con movimientos ágiles, cogió dos bolsas de viaje del armario y empezó a llenarlas con ropa que no se molestó en doblar. Solo quería largarse cuanto antes. Se sentía humillado, pero ignoró el dolor sordo que se le expandía por el pecho.

—¿Por qué cojones tardas tanto? —aulló Balcayo desde la otra habitación—. No me hagas ir a buscarte y volverte a partir la cara.

Era una amenaza vana y ambos lo sabían. Ya había quedado demostrado que Iván no iba a consentir que le volviera a poner una mano encima. Se apresuró a guardar sus pertenencias más importantes. No tenía gran cosa. Lo más valioso que poseía era su portátil y ahora estaba destrozado e inservible. Cerró las cremalleras de las bolsas con brío y se giró para echar un vistazo a esa habitación que había sido su refugio durante los últimos trece años. Las paredes verdes con desconchones, el suelo de baldosas que en otro tiempo fueron blancas pero que ahora se mostraban grisáceas, el armario destartalado, la angosta cama y la ventana frente a la que solía fumar, la mesa de color negro, la silla giratoria que había rescatado de un contenedor… Si era sincero consigo mismo no iba a echar de menos nada de aquello. Se entristeció al ver las plantas sobre la repisa. Sabía que estaban condenadas a morir, pero no podía llevarlas consigo ya que no tenía ni idea de adónde iba a ir.

Giró sobre sus talones, decidido a abandonar el piso cuanto antes. Llevaba un nudo en la garganta, pero se forzó a tragárselo y no mostrar ni un ápice de debilidad. Cuando pasaba por delante de la puerta del salón, su padre se interpuso en su camino con una mano alzada y cara agria.

—Antes de irte, dame las jodidas llaves. No quiero tener que cambiar la cerradura —masculló—. Y ni se te ocurra volver por aquí.

Iván no se lo pensó dos veces. Se sacó el llavero del bolsillo y se lo arrojó con fuerza contra el pecho. Después, se encaminó a la puerta. Había un par de palabras que le hubiera gustado escupir en ese momento, pero ¿para qué? No harían mella alguna en Juan y sería una pérdida de tiempo y un gasto extra de saliva.

Cerró la puerta tras de sí y, sin vacilaciones e hirviendo de ira por dentro, bajó los cinco pisos que le separaban de la planta baja y salió a la calle. Pese a que ya era de noche seguía haciendo calor y la humedad no tardó en pegarle la camiseta al cuerpo. Su mirada se cruzó brevemente con la del Charlie que seguía en el mismo lugar de antes, solo que esa vez estaba acompañado por dos chavales del edificio. Intercambiaron un saludo rápido antes de que Iván se diese la vuelta y se encaminara a su coche. Dejó las bolsas atrás y se encaramó al asiento frente al volante. Se abstrajo unos segundos y trató de poner en orden sus pensamientos. Estaba aturdido. El episodio le había pillado por sorpresa y no tenía ningún plan en absoluto.

Por el rabillo del ojo se percató de que el Charlie y sus dos acólitos le observaban con curiosidad.

¡Lo que le faltaba! Llamar la atención de esos tipos.

Introdujo la llave en el encendido y puso el coche en marcha. Abandonó su barrio y poco después se perdía por el centro de Benidorm. Buscando algo de soledad, se alejó de las concurridas calles y tomó la carretera que conducía a Vía Parque, el largo vial que llevaba a Poniente y a la autopista. Conducía con las ventanillas abiertas, dejando que el aire cálido le arremolinara el cabello. Las luces de los locales que había a lo largo de la carretera: un supermercado, una farmacia y algún que otro bar, le resultaron demasiado llamativas y molestas. Pisó el acelerador para huir de toda esa distracción cuanto antes y el viejo Seat le obedeció sin rechistar.

Tal y como había sospechado, la zona estaba casi desierta. Aparcó frente a la mole del edificio Intempo y echó un vistazo a su alrededor. No había más coches estacionados allí; de vez en cuando algún que otro vehículo recorría la carretera, pero la tranquilidad era más que evidente.

Subió las ventanillas y se aisló. Luego cerró los ojos. Todavía estaba demasiado abrumado por la situación como para empezar a tomar decisiones. Aquella mañana, cuando salió de casa, su vida estaba en orden, y solo unas horas después, se veía en la calle sin apenas dinero ni un lugar donde pasar la noche.

Puta suerte.

Con desidia, bajó la visera y, pese a que no había mucha luz, se contempló en el pequeño espejo. Tenía un corte abultado en el labio, que ya no sangraba, aunque un corazón propio parecía palpitar en él. Se lo palpó con la punta de la lengua. Dolía, pero no demasiado. El puño no le había alcanzado de lleno.

Rechinó los dientes al pensar en su progenitor. Jamás iba a olvidar el gesto de asco y desprecio que se reflejó en su cara. Jamás.

Volvió a subir la visera con un gesto violento.

Tenía que pensar en lo que iba a hacer de ahí en adelante.

En unos días comenzaría a trabajar en el taller de Quique. Quizá pudiera hablar con él y pedirle un adelanto para pillarse un apartamento, aunque junio no era el mejor mes para encontrar algo de alquiler, y julio y agosto todavía eran meses peores. ¡Menuda putada que las cosas hubieran acabado así! No le dolía demasiado dejar el hogar paterno, no podía decir que le tuviese un cariño especial a su padre, pero al menos, junto a él tenía un techo bajo el que cobijarse y comida en la mesa todos los días

Se sacó la bolsa transparente del bolsillo de los vaqueros y extrajo los seis billetes de cincuenta. Jugueteó con ellos un rato largo, como si fueran a multiplicarse de algún modo.

¿Qué cojones se podía hacer con trescientos míseros euros?

Sería una locura buscarse un hotel; era temporada alta y las habitaciones costaban una pasta. Había unas cuantas pensiones baratas en el centro, pero con toda seguridad estarían completas.

Repentinamente se acordó de que la familia de su amigo David regentaba un hostal en el Rincón de Loix. Se apresuró a buscar entre sus contactos y le llamó.

—¿Qué pasa, Balcayo? —respondió David la llamada con entusiasmo—. ¿Dónde está tu caballo?

Era la misma broma de siempre por lo que Iván ni siquiera parpadeó.

—Creo que entre tus piernas, a punto de darte por el culo.

Su amigo soltó una sonora risotada.

—Hace semanas que no sabía nada de ti. ¿Cómo vas?

—Igual que siempre. ¿Qué tal tú?

—De puta madre. ¿Y tú? ¿No empiezas a currar ya?

—En unos días —repuso con impaciencia.

—¿Vas a ir el martes a la fiesta de Mario?

¿La fiesta de Mario? Iván no tenía ni idea de qué hablaba, pero no quiso que la conversación se desviara.

—Sí, claro.

—Allí nos vemos. Me he enterado de que se ha pillado una moto guapísima.

—Ya lo he oído, sí —mintió—. Oye, ya sé que es una fecha de mierda, pero en el hostal de tu familia no habrá alguna habitación libre, ¿no?

—Qué va, tío. Estamos hasta arriba. ¿Por? ¿Es para ti? ¿Ha pasado algo?

—No —dijo con prontitud—. Es para un colega mío que viene desde Madrid y quería algo barato.

—¿Y no ha reservado? Pues chungo. A lo mejor en algún hotel encuentra una habitación, pero si no tiene mucha pasta lo va a tener jodido. Esta misma tarde hemos llamado a la pensión del centro, la que hay en la Ruzafa, para pasarles unos clientes que han venido sin reserva y tampoco tenían nada.

Iván suspiró para sus adentros. Ya había contado con algo así.

Escuchó que su amigo decía algo más, pero no le prestó demasiada atención.

—El martes hablamos, ¿te parece?

—Claro —murmuró distraído.

—Suerte para tu amigo. Que mire en Altea, en el Trovador, o en el camping Armanello, aunque me temo que no habrá nada por debajo de los setenta euros la noche.

—Vale, muchas gracias.

Se despidió y arrojó el móvil al asiento del pasajero.

¿Setenta euros? Eso le daba solo para cuatro noches, y también tenía que comer y poner gasolina… Ni de coña podía permitirse esos precios.

Suspiró.

Con su abuela tampoco podía contar. La pobre apenas subsistía de su pensión. Ya hacía malabarismos para que comieran ambos cuando iba a Cantabria a visitarla.

Sabía que podía acudir a Lukas. No sería la primera vez que dormía en su casa, pero se negaba a hacerlo. No solo tendría que contarle a su amigo por qué su padre le había echado de su

casa, algo para lo que todavía no estaba preparado, sino que empezaría a depender de los Alba de nuevo. Como de costumbre. Los Alba le acogían en Navidad, casi todos los fines de semana y se pasaba gran parte del verano en su casa. Si hacían alguna excursión, contaban con él como si fuera uno más del clan, y si alguna vez celebraba su cumpleaños era solo porque los padres de Lukas le organizaban una fiesta.

Los Alba eran más familia que la suya propia.

Por eso no podía acudir a ellos. No podía presentarse en su casa y pedirles que le acogieran. ¡Joder, no podía! Su orgullo se lo impedía.

Apoyó la frente sobre el volante al tiempo que se mordía la cara interna de la mejilla. ¿Cómo era posible que todo hubiese salido tan mal? Llevaba mucho tiempo planeando marcharse y había tenido tanto cuidado… Y cuando estaba a punto de conseguirlo, la había cagado. ¿Cómo pudo ser tan descuidado? Todo por no apagar el ordenador.

Era un gilipollas.

Los ojos le ardían y pronto notó la humedad acumulándose en sus pestañas. El líquido cálido rodó por sus mejillas un instante después. Hacía siglos que no lloraba, al menos no que él recordase. Se había habituado a llevar su máscara de chico duro, inconmovible e indiferente, desterrando cualquier ápice de sensibilidad a un lugar muy profundo dentro de su interior.

—¡Mierda! —exclamó con voz estrangulada que ni él mismo fue capaz de reconocer como suya.

Golpeó el salpicadero con el puño varias veces, buscando desahogar su ira y encontrar algo de calma, pero fue inútil. Sollozó silenciosamente hasta que el caudal de lágrimas se secó y la estrechez de su garganta pareció aliviarse. Se quedó quieto, con los ojos cerrados y la frente apoyada en el volante. Los descuidados mechones de su melena castaña le tapaban la cara.

Los golpes en la ventanilla le pillaron desprevenido. Dio un fuerte respingo al tiempo que elevaba la cabeza y la giraba hacia el cristal.

—Diego… —susurró con incredulidad.

En efecto, era el mayor de los Alba que le contemplaba con los ojos azules muy abiertos, cargados de sorpresa. Iván se apresuró a enjugarse los restos de lágrimas con el dorso de las manos y por el rabillo del ojo vio la moto de Diego aparcada justo frente a su coche. Ni siquiera había escuchado el ruido del motor. Abrió la ventanilla.

—¿Qué… qué haces aquí? —inquirió con un carraspeo.

—Eso mismo iba a preguntarte yo. Bajaba de casa de mis padres y he visto tu coche aquí aparcado. ¿Ha pasado algo? ¿Por qué estás aquí solo en medio de la nada? ¿Y el labio? ¿Qué ha ocurrido? —Su preocupación era patente.

—Eh, no pasa nada —respondió, ignorando la pregunta sobre su labio—. Tenía ganas de pasar un rato a solas para… pensar en unas cosas —dijo con tibieza.

Diego arqueó ambas cejas con escepticismo. Su mirada se dirigió hacia los asientos traseros del Ibiza, donde descansaban las dos bolsas de viaje.

—¿Y ese equipaje?

Iván cerró los ojos durante un breve lapso de tiempo. ¡Mierda!

—Eh… Es ropa vieja. Es para tirar.

De nuevo, la suspicacia se mostró en los azules orbes de su interlocutor.

Iván no tenía ganas de explicar lo que había sucedido, aunque mentirle tampoco le agradaba demasiado. Desvió la vista hacia otro lado, huyendo de su mirada inquisitiva, y la posó sobre la Triumph, que su dueño había estacionado justo bajo la luz de una farola.

—¿Has discutido con alguien? ¿Te has peleado?

—No —zanjó con brusquedad.

—¿Has hablado con mi hermano?

—¿A qué te refieres?

—A si mi hermano sabe que estás aquí, en tu coche, con pinta de haber llorado —dijo con voz grave.

Iván giró la cara rápidamente y sus pupilas se anclaron en las de Diego.

—No lo sabe —confesó al fin, y con tono suplicante, añadió—: Y me gustaría que siguiera sin saberlo. Por favor.

Hubo un espeso e incómodo silencio que pareció alargarse hasta el infinito.

—Ya sabes que puedes acudir a nosotros siempre. Tengas el problema que tengas. No solo a Lukas. Si prefieres hablarlo con otra persona… No sé, también puedes hablar conmigo… —Hizo una pausa y se lamió el labio inferior, aparentemente sin ser consciente de ello. Luego se incorporó de improviso, desapareciendo del campo de visión de Iván. Solo su camiseta y la cinturilla de su pantalón vaquero quedaron a la vista.

¿Hablar de su problema con Diego? ¿Con Diego? ¡Jamás! Sintió que su cara ardía y se esforzó por mantener los nervios bajo control.

—Es complicado —terminó por decir—. Cuando tenga las cosas claras ya hablaré con Lukas.

—Vale. Lo que tú consideres conveniente —aceptó y volvió a inclinarse para que su cabeza estuviera a la misma altura que la de él—. Eh… ¿Quieres que me quede? También podemos ir a tomar un café o no sé… Lo que necesites.

Iván bajó la vista y la centró en sus manos que tenía sobre el regazo. No quería ser cortante rechazando el ofrecimiento de Diego, una persona a la que admiraba y que era importante para él, pero no quería compañía en ese momento.

—Hoy no tengo un buen día. Preferiría estar solo.

—Como veas —repuso y la decepción se filtró en sus palabras—. Pero ya sabes dónde estamos, Iván. Somos tu familia. No lo olvides.

Apretó los labios al escuchar eso. De nuevo, los ojos se le llenaron de lágrimas. Volvió el cuello en otra dirección para que Diego no lo viera. ¡Joder, estaba hecho un llorica!

—No te preocupes, que estoy bien. Tengo que pensar en unas cuantas cosas, pero llamaré a Lukas… mañana.

—Eh, me voy, entonces… —Oyó que decía con reticencia.

Asintió sin girarse. Pudo percibir que Diego no se movía, que seguía esperando, pero pasados unos segundos, le escuchó suspirar y su silueta desapareció de la ventanilla. A través del parabrisas, Iván vio su alta figura dirigiéndose a la moto. Se detuvo de nuevo, indeciso, pero no se dio la vuelta. Era obvio que no quería marcharse. Iván aguantó la respiración hasta que vio que se encaramaba al asiento. Le hizo un gesto con la mano antes de ponerse el casco. Iván le correspondió de igual manera. Después, arrancó y encendió las luces. Se puso en marcha y desapareció en la rotonda que había unos metros más adelante, para volver a aparecer en dirección contraria al cabo de unos instantes. Iván le miró hasta que solo fue un punto de luz en la oscuridad.

Cerró la ventanilla y volvió a encontrarse a solas dentro de su coche, en la quietud del interior, en penumbra.

De todas las personas del mundo que podían haber pasado por allí, tenía que ser Diego. Precisamente él.

Soltó una carcajada llena de amargura. No se le escapaba la ironía de la situación.

Capítulo 5

Diego

El concierto de Aerosmith fue impresionante. Los componentes del grupo, a pesar de su avanzada edad, habían demostrado una energía y una entrega poco común. La calidad musical, la puesta en escena, la actitud y el descaro estuvieron presentes en todo momento, y Steve Tyler, con la voz más rota que hacía unos años, desprendía energía y mostraba el mismo carisma de siempre.

Fue una experiencia fantástica. Solo hubo un punto negativo en aquella noche: el mal tiempo, mucho viento y mucho frío, pero incluso así, la familia Alba al completo disfrutó una barbaridad y bailaron y cantaron hasta quedarse afónicos. No les importó demasiado el gran atasco que se formó a la salida del auditorio en Rivas Vaciamadrid, donde tuvo lugar el concierto. Todos los ocupantes del coche hablaban sin parar de lo vivido. En los asientos delanteros se acomodaban Tony Alba y su mujer, Anna Schwarz, y en los traseros: Diego, Erika y Lukas. Las amigas de Erika y los amigos de Jorge iban en otro coche. Y Jorge había decidido quedarse en Madrid unos días junto a Juls.

—Es una pasada que Steve Tyler, a sus casi setenta años, se mueva de ese modo, es que lo flipo —comentó Erika, que todavía llevaba la mejilla derecha pintada con el logo del grupo en rojo.

—Para que luego os metáis con la gente mayor —repuso su padre sin volver la cabeza—. Y no miro a nadie —añadió con exageración, mirando a su hijo pequeño por el espejo retrovisor.

—No compares —intervino este con sorna—. Ya te gustaría a ti llegar a su edad y estar como él.

—¡Pero bueno! —protestó Tony—. ¡Si estoy hecho un chaval!

—Pfff —resopló Lukas.

—El principio del concierto ha sido genial, con el Carmina Burana y la proyección del vídeo con la historia de la banda, ¿no creéis? —dijo Erika, esbozando una sonrisa soñadora.

—Una pasada —asintió Diego mientras miraba por la ventana. Ya habían conseguido salir del monumental atasco y enfilaban la A-3, la autovía que llevaba a la Comunidad Valenciana.

—¿A qué hora llegaremos a casa? —preguntó Lukas.

—En cuatro horas —informó su padre—. Sobre las seis. Justo para desayunar unos churritos. ¿Quién se ofrece voluntario para ir a comprarlos?

—Yo paso de desayunar. Me voy a la cama directa —murmuró Erika.

—Yo también —dijo Lukas.

—Eso, restregádnoslo por la cara. Vuestra madre y yo tenemos que abrir la imprenta.

—Mamá —intervino Diego—. ¿Por qué no te quedas tú en casa descansando y voy yo con papá?

—*Du bist mein Lieblingskind. Du warst es immer*[30] —dijo su madre.

—¡Eh! —protestó Lukas— Creía que era yo.

Diego se rio entre dientes.

Después de eso, hubo un breve silencio hasta que Tony encendió la radio con el volumen bajo. Sonaba *Da ya think I'm sexy?* de Rod Stewart y Erika se puso a tararearla.

Lukas se sacó el móvil del bolsillo y lo ojeó con avidez.

—Qué mierda —masculló.

—¿Pasa algo? —le preguntó Diego.

—Iván, que no responde a mis mensajes y que está muy raro.

Diego frunció el ceño.

—¿Desde cuándo?

—Desde el domingo pasado. Me llamó el lunes para decirme que iba a estar liado y luego no he vuelto a saber nada de él, quitando un audio que mandó ayer por la mañana en el que me decía que me lo pasara bien en el concierto. Pero cuando he intentado llamarle, no me ha cogido el teléfono. Por lo menos sé que lee mis mensajes y que está vivo. Pero no sé. A lo mejor ha discutido con su padre o algo. No sería la primera vez. Espero que no esté metido en ningún lío.

Diego bajó la vista y la posó sobre su regazo. La imagen de Iván, abatido, con aspecto de haber llorado y el labio partido no se le había borrado de la cabeza desde que le encontró en Vía Parque. No había mencionado nada a su hermano, pensando que Iván ya le habría contactado y habría hablado con él de sus problemas, pero eso que le acababa de contar Lukas volvía a llenarle de desasosiego.

—¿Y no sabes cómo localizarle? No sé, ir a su casa…

—¿Ir a su casa? Imposible —resopló—. No sabes la ojeriza que me tiene su padre. Menudo cabronazo. Solo voy cuando no está. Dos veces nos ha pillado allí y no veas su reacción. Es un capullo integral. Por eso Iván no está casi nunca en casa, porque le hace la vida imposible. No le gusta ninguno de sus amigos. Si por él fuera, tendría a Iván a su ladito mientras se va de bar en bar y se emborracha.

—Ya.

La preocupación de Diego se hizo aún mayor. Siempre había sabido que Iván y su padre no se llevaban bien, pero ¿tan terrible era su relación? Se acarició la barbilla con lentitud y pasó revista a la noche del domingo. Las bolsas de viaje que Iván llevaba en la parte trasera del Ibiza no se le iban de la cabeza. ¿Y si Balcayo le había echado de casa? ¿Dónde habría ido?

—Es raro —continuó Lukas—. Iván me lo suele contar todo. Pero esta vez, no sé qué narices le está pasando.

—La verdad es que me da pena —intervino Tony—. Su padre tiene fama de borracho y de ser bastante violento. Menos mal que Iván no ha salido a él. Es un buen chaval.

—Es un buen amigo —dijo Anna.

—Yo también le quiero mucho —exclamó Erika—. Es como un hermano más. Hemos crecido juntos como quien dice.

Diego guardó silencio sumido en sus pensamientos.

—Ah, y me contó David el martes, que le vi en casa de Mario, que Iván le había llamado para preguntarle si tenía una habitación libre en su hostal. Le comentó que era para un amigo suyo de Madrid que no tenía mucha pasta, pero David le dijo que no había nada disponible. No sé. Me suena todo muy raro. No sabía yo que Iván tuviera un amigo en Madrid.

Cuanto más hablaba su hermano más encajaban las piezas del puzle que Diego tenía en la cabeza. Cada vez estaba más claro que su padre le había puesto de patitas en la calle. Jamás había visto a Iván tan vulnerable como aquella noche. Había mucha tristeza e indefensión en su mirada y a Diego se le encogió el corazón, pero no había mucho que él pudiera hacer si Iván no quería su ayuda. Había sabido que le mentía y que algo grave había pasado, pero supuso que cuando ordenara sus emociones terminaría por llamar a Lukas y desahogarse.

No lo había hecho.

La inquietud se adueñó de él. Miró a su hermano que seguía trasteando con el móvil y estuvo a punto de confesarle que había visto a su amigo y el estado en el que se encontraba, pero recordó la promesa que había hecho y guardó silencio.

Una canción sucedió a la otra en la radio mientras la oscura carretera pasaba rauda ante sus ojos. Tanto Erika como Lukas se durmieron enseguida, pero él no fue capaz de pegar ojo. Se preguntaba una y otra vez si no podría haber hecho algo por Iván. Tendría que haber insistido más y no haberse marchado dejándole solo. Se reprochó en silencio haber cedido con tanta facilidad.

¿Dónde estaría? ¿Habría encontrado algún lugar para quedarse? ¿Habría solucionado las cosas con su padre y estaría de vuelta en su casa?

Inquieto y con la decisión brillándole en los ojos, se sacó el móvil del bolsillo y buscó en sus contactos de *Whatsapp*. Allí estaba Iván. La última conversación era de hacía unos meses, cuando le escribió para felicitarle por su cumpleaños. Dudó, pensando en cuál sería la mejor forma de dirigirse a él.

Lo mejor era ser directo.

Diego: Sé que es tarde, Iván, pero nos tienes a todos muy preocupados. Sé que no has hablado con Lukas y que ni siquiera le coges el teléfono. ¿Estás bien?

Esperó unos cuantos segundos con la vista fija en la pantalla hasta que vio la doble notificación azul. Expulsó el aire que había contenido en los pulmones con alivio.

Iván: Estoy bien. No os preocupéis.

Diego: ¿Dónde estás?

Tuvo que esperar bastante hasta que en la parte superior de la pantalla apareció la palabra *Escribiendo.*

Iván: Estoy bien.

«Vale, así que me esquivas…».

Diego: Si no te apetece hablar con mi hermano, no pasa nada, puedes hablar conmigo. Sé guardar un secreto. Dime dónde estás y voy a buscarte en cuanto lleguemos.

Iván: No hace falta, de verdad. Todo está bien. ¿Qué tal el concierto?

Y ahora pretendía desviar la conversación.

Diego: El concierto genial. ¿Estás en tu casa?

No hubo respuesta.

Diego: ¿Iván?

Nada.

Esperó un buen rato, pero, aunque aparecía *en línea* no volvió a responder.

Se guardó el móvil en el bolsillo con un suspiro cansado.

Cuando llegaran a su destino cogería la moto y le buscaría, decidió. Pasaría por su barrio, a ver si su coche estaba aparcado en la puerta de su edificio, y volvería a Vía Parque; a lo mejor todavía seguía estacionado por la zona. No sabía bien por qué, pero el instinto le decía que Iván no había encontrado un lugar dónde quedarse.

Dio un par de incómodas cabezadas en el coche hasta que pararon a echar gasolina y estirar las piernas y relevó a su padre al volante. Solo quedaba ya una hora y media más para alcanzar Benidorm y el tener que concentrarse en la conducción le sirvió para ahuyentar otros pensamientos.

Todavía era de noche cerrada cuando llegaron al chalet familiar. Aparcaron en el garaje y, entre bostezos y gemidos aliviados, todos se apearon del coche.

—Me meo —dijo Lukas dando saltitos.

—Jo, yo solo quiero pillar mi cama —repuso Erika, frotándose la nuca—. Me he destrozado el cuello durmiendo en el asiento.

Diego le dio las llaves del coche a su padre y se dirigió hacia su moto con grandes zancadas.

—¿Dónde vas? —preguntó su madre con extrañeza.

—Tengo que ir a un sitio —dijo con determinación.

—¿Ahora? ¡Pero si son las seis y cuarto de la mañana! —exclamó Tony con las cejas muy arqueadas.

—He recordado algo y no puede esperar.

Mientras hablaba, se encaramó a la moto y la arrancó.

—Esta gente joven es más rara —masculló su padre.

Erika y Lukas le hicieron un gesto con la mano mientras entraban en la casa.

Se colocó el casco y agitó la mano, despidiéndose de sus padres, que todavía le miraban como si no estuviera en sus cabales.

Quizá no lo estuviese.

El primer lugar que visitó y al que solo tardó unos diez minutos en llegar, fue el barrio de Iván. Pasó de una calle a otra, recorriendo el grupo de edificios. Cuando se construyeron, hacía más de cuarenta años, se consideraron edificaciones de vanguardia y lujo, pero en la actualidad se habían convertido en gigantescas colmenas descuidadas donde vivían, junto a españoles y migrantes de clase baja, okupas y delincuentes. En el año mil novecientos noventa y cinco, fue detenido allí un famoso capo colombiano y en el dos mil cuatro, hubo un tiroteo entre clanes, algo que había alimentado todavía más la leyenda negra que los envolvía. La zona estaba desierta a esa hora de la mañana, exceptuando a unos barrenderos que se esforzaban por limpiar las aceras. El sol no tardaría en despuntar por el este, pero de momento, la oscuridad era la dueña del entorno.

Y no había ni rastro del coche de Iván.

No perdió mucho tiempo y se encaminó hacia la Avenida de Alfonso Puchades para luego coger la de Jaime I que estaba completamente vacía. Solo la estación de servicio que había en la acera derecha se hallaba iluminada y mostraba movimiento.

Se subió la visera del casco y dejó que el aire del amanecer le acariciara la cara.

«Estás loco. ¿Qué haces a esta hora de la madrugada buscando a alguien que no quiere ser encontrado? Deberías largarte a casa y tratar de dormir un poco».

Desechó esa voz lógica que sonaba en su cabeza y enfiló hacia Vía Parque, con la esperanza de hallar el viejo Seat en el mismo lugar donde lo vio el domingo anterior por la noche.

A lo mejor tenía suerte.

Capítulo 6

Iván

Cuatro días y cinco noches hacía que estaba fuera de casa y se encontraba igual que entonces. Mentira, su situación actual era mucho peor. En primer lugar, no había encontrado ningún sitio donde poder alojarse y seguía durmiendo en su viejo Seat. En segundo, se había gastado un total de noventa y cinco euros en comer, echar gasolina, lavar su ropa y en comprarse una bolsa de tabaco de liar, con lo cual sus exiguos ahorros habían disminuido y solo le quedaban doscientos veinticinco euros. Y lo peor de todo era que ya no contaba con la esperanza de trabajar en el taller de Quique.

Eso sí que le llenaba de cólera.

Su padre era un verdadero cabronazo.

Hacía dos días había acudido al taller a preguntar si podía incorporarse a la plantilla antes de lo acordado. La actitud de Quique cuando le vio llegar ya debería haberle advertido de que Juan Balcayo había ido por ahí hablando mal de él. En efecto, que su padre y Quique eran buenos amigos quedó demostrado en el momento en que este le comunicó que lo sentía mucho, pero que su puesto de trabajo ya no estaba disponible. Y ni siquiera se atrevió a mirarle a los ojos cuando se lo dijo.

Iván se guardó la furia muy adentro y se largó sin pronunciar palabra. No quiso montar un escándalo, ya que no tenía nada por escrito que confirmase que Quique iba a contratarle. Fue solo un arreglo de palabra. Palabra que el mecánico había roto.

No estaba dispuesto a dejarse vencer, así que dedicó todo el día a recorrer los talleres de la zona. En algunos no tenían ninguna vacante y en otros se le exigía experiencia, pero en la mayoría, era indudable que su padre había corrido la voz de que su hijo era un holgazán y un incompetente, y los rechazos se sucedían cada vez que se presentaba con su nombre.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, la frustración le embargó. Pertrechado con un par de cervezas, bajó a la playa. Ya había pasado la hora en que los bañistas disfrutaban de ella y se habían marchado. Anochecía y el arenal estaba desierto. Se quitó las zapatillas y se sentó cerca de la orilla. Las olas de blancas crestas rompían con suavidad a escasos centímetros de sus pies. Durante horas contempló el mar y el horizonte a lo lejos mientras la oscuridad lo iba cubriendo todo. La negrura no tardó en ganar la batalla, engullendo las tonalidades azules, violetas y rosas del firmamento, reflejando exactamente su estado de ánimo. No iba a negar que tenía ganas de llorar de rabia, pero no lo hizo. A fin de cuentas, ya había llorado lo suficiente la noche del domingo y no le había servido de nada. Se mantuvo estoico y con los ojos secos mientras intentaba aceptar su nueva situación.

Sin dinero, sin trabajo y sin un techo.

Había llegado a sopesar el ponerse en contacto con el Charlie y pasar algo de droga para subsistir, pero sabía que una vez dentro de ese mundo, ya no habría salida. Prefería morirse de hambre antes que acabar como los tipos que trabajaban para el traficante.

¡Maricón de mierda!

Casi le parecía escuchar a su padre dirigiéndose a él de aquel modo.

Así que maricón de mierda.

Rechinó los dientes.

Quizá lo que le había sucedido no fuera tan malo, se dijo. Quizá la vida le había pegado el empujón que necesitaba para dejar de seguir escondiéndose, aunque todavía no sabía muy bien cómo vivir en su nueva piel.

Mas había algo que sí sabía, que no podía perder el optimismo en esos instantes tan duros. Era cierto que se había caído, pero ¿acaso no lo había hecho de pie como los gatos? ¿No era lo suficientemente valiente y fuerte como para salir de todo aquello? Joder, tenía veintiún años y toda una vida por delante. Y amigos. Tenía amigos. No estaba solo. Con algo de apoyo, las cosas serían mucho más fáciles. Era consciente de que debía dejar su orgullo a un lado y llamar a Lukas. Lukas era su mitad. Era alguien con quien lo compartía casi todo y que le entendía siempre.

Sí. Le llamaría y le contaría su situación. Le contaría todo y se dejaría de tonterías y de secretos.

La decisión la tomó la noche del miércoles —una de las peores noches de su vida—, mientras meditaba en la playa, pero decidió esperar hasta el viernes para llamarle, ya que los Alba iban a estar el jueves en Madrid, en el concierto de Aerosmith y no quería fastidiarle el plan a su amigo.

Y ya era viernes.

No había pegado ojo en toda la noche. Los mensajes que Diego le envió a las tres de la madrugada le encontraron en el asiento trasero de su coche, abstraído, mientras se fumaba un cigarrillo. Después de recibirlos y contestarlos, silenció el móvil y se tumbó. Se sintió culpable por haber sido tan escueto en sus textos, pero no quería dar explicaciones por teléfono.

Trató de dormir, pero le resultó imposible conciliar el sueño y el amanecer le sorprendió con los ojos abiertos.

Miró la hora en el móvil y vio que eran las siete menos cuarto de la mañana. Una tenue luz se colaba por las ventanillas del coche y bañaba el interior en un apagado tono ocre. Se incorporó con pesadez. Le dolía todo el cuerpo. El asiento trasero del Ibiza era demasiado pequeño para su metro ochenta y cinco de estatura y tan cómodo como una cama de pinchos. Bostezó y se pasó una mano por el pelo, tratando de colocarse la melena sin mucho éxito. Cogió una goma que llevaba en la muñeca y se hizo una coleta baja, de la que escaparon múltiples mechones más cortos. Luego se apeó del coche. La carretera estaba desierta. Estiró los brazos con exageración, desperezándose, mientras aprovechaba para olfatearse las axilas. No olía mal. Al menos podía contar con su amigo Luis, que era dueño de un gimnasio y le dejaba ducharse allí por las noches, como un favor personal.

Se echó su gastada cazadora vaquera por encima de los hombros y cogió del asiento del conductor la bolsa de plástico que contenía un batido de chocolate y unas magdalenas. Se dispuso a desayunar, acomodándose como pudo en el bordillo. Un coche blanco pasó a toda velocidad, rompiendo la quietud que se respiraba en el entorno, pero pronto desapareció tras una curva. Corría una brisa fría pero agradable; los primeros rayos de sol asomaban por encima de la pendiente que había al otro lado de la carretera. Se estaba bien allí.

Por un instante, un soplo de felicidad le invadió.

Se sentía libre por primera vez en su vida.

Casi por inercia, giró la cabeza hacia la izquierda y, en la distancia, vio un pequeño punto luminoso. Los pelos de la nuca se le erizaron.

Supo que era Diego incluso antes de tener una visión clara de su silueta y de la moto.

Intuición, quizá.

O deseo.

¿Deseo?

Sí, admitió. Muy en el fondo había deseado que los Alba supieran de su incómoda situación y vinieran a ayudarle sin que él tuviese que comprometer su estúpido orgullo. Y desde el intercambio de mensajes de hacía unas horas, había presentido que sería Diego quien vendría a buscarle. O a lo mejor era solo una puñetera casualidad que estuviese allí. Quizá se dirigía a algún lado y el que pasara por Vía Parque era un hecho fortuito. Si no se equivocaba, los Alba tenían que haber llegado de Madrid hacía poco.

Cuanto más se aproximaba el motorista, con más fuerza latía su corazón, y una suave corriente eléctrica le recorrió de arriba abajo. Dejó la bolsa con su desayuno en el suelo y se puso de pie. Se sacudió los vaqueros y apoyó la cadera en el maletero de su Ibiza con fingido aire displicente.

Sí, era Diego.

Su moto negra y su casco blanco y rojo eran inconfundibles.

Cruzó los brazos ya que, de pronto, no sabía qué hacer con las manos. Estaba nervioso, ¿para qué negarlo?

Diego aparcó a escasos metros del coche. Apagó el motor de la moto y se bajó, luego se quitó el casco y lo dejó sobre el asiento con movimientos pausados.

—Eh… —le saludó Iván.

—Eh… —repuso en tono grave.

Se acercó, se situó a su lado con las manos en los bolsillos y dejó que su vista se extraviara en la claridad que iba arrebatando el protagonismo a las sombras.

Iván le examinó con codicia de la cabeza a los pies. Llevaba unos desgastados vaqueros azules, unas *Converse* blancas y un polo de manga larga blanco y gris que se le ajustaba al torso. El pelo castaño muy claro y ondulado se le había quedado aplastado debido al casco. Tenía la mandíbula contraída, el único signo que delataba que no era tan indiferente como parecía. El aire matutino y el viaje en moto habían propiciado que se le erizaran los pezones. Iván tragó saliva y apartó la vista con rapidez, clavándola en el suelo. La punta de su zapatilla derecha encontró una colilla. Jugueteó con ella y la pisoteó unas cuantas veces.

Transcurrieron unos cuantos segundos sin que ninguno pronunciara palabra. Una repentina ráfaga de viento arrastró una lata vacía unos cuantos metros y trajo también hasta ellos el lejano rugido de un motor.

Cuanto más se alargaba el mutismo, más aumentaba la inquietud de Iván y su estómago se acalambraba. Pero así era Diego, paciente y reflexivo. Jamás hablaba por hablar y sus silencios imponían más que todas las palabras del mundo. Era muy diferente a su hermano Lukas, que cotorreaba sin parar y decía lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—La otra noche te mentí —confesó al fin sin poder aguantarlo más. Y nada más decir esa frase, sintió como si un peso enorme se le hubiera quitado de encima.

—Lo sé —repuso Diego que seguía sin mirarle.

—Lo siento.

—No te disculpes. Tus motivos tendrías.

Iván suspiró.

—Supongo que Lukas estará preocupado…

—No solo Lukas —le interrumpió—. Todos lo estamos.

Después de aquello no hubo más preguntas e Iván lo agradeció. Diego era ese tipo de persona. No inquiría ni presionaba; solo esperaba a que uno estuviera preparado para hablar. Iván adoraba esa faceta de su carácter.

—Discutí con mi padre el domingo por la noche y… me echó de casa. La bronca fue bastante gorda y no puedo volver. —Hizo una pausa y compuso una mueca ácida con la boca—. Bueno, en realidad, no quiero hacerlo. Es solo que no tengo mucha pasta y el trabajo en el que iba a empezar la semana que viene… al final no va a poder ser de momento. Así que estoy… jodido —concluyó con un ligero encogimiento de hombros—. Como ves, estoy viviendo en mi coche —añadió.

—Ya lo veo —suspiró Diego y tras una breve pausa, añadió—: Sabes que esto se acabó, ¿no?

—Sí. La verdad es que pensaba llamar a Lukas hoy y contarle todo, solo te me has adelantado por unas horas —concluyó, girándose para mirarle.

Diego le imitó y también le miró de frente. Había una chispa aliviada en sus ojos azules.

—¿Qué tal tienes la herida? —preguntó. Y alzó la mano como si fuera a rozarle el labio con los dedos, pero pareció arrepentirse en el último segundo y se detuvo. Carraspeó y miró hacia otro lado.

Iván frunció el ceño casi imperceptiblemente. ¿Diego había estado a punto de tocarle? Confuso, meneó la cabeza y se palpó el corte con la lengua. Estaba cicatrizando bien y apenas le dolía.

—Está bien. No es gran cosa.

—Supongo que es obra de tu padre.

—Supones bien. Mi padre es… —se interrumpió con brusquedad—. Mejor no hablamos de él. Me pone de mal humor. ¿Qué tal el concierto?

—Ha estado genial. Ya te contará Lukas. Tenías que haber venido.

—La próxima vez —arguyó.

—Cuando vengan los Crazy Fucking Bastards a finales de agosto.

Iván asintió sin demasiada convicción. No creía que en un par de meses pudiera disponer de dinero extra que no estuviese destinado a sus necesidades más básicas.

Bueno, quizá le tocase la lotería, pensó con sarcasmo.

—¿Cuándo vas a llamar a Lukas?

—Esta tarde. Supongo que con lo dormilón que es, se habrá ido directamente a la cama —resopló con sorna.

Diego se rio.

—Sí. Apenas ha tardado cinco minutos después de bajarse del coche.

Iván titubeó unos segundos antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Y tú? Eh… ¿Por qué no te has ido también a la cama?

—Yo era el único que sabía lo que te había sucedido —respondió. Los rayos de sol que comenzaban a teñir todo el cielo de dorado también se reflejaban sobre sus cabellos, arrancándole destellos rubios—. Bueno, saber, saber, tampoco, pero era el único que tenía una idea aproximada. Y después de que Lukas me dijera que estabas raro y que no le cogías el móvil…, sumé dos más dos y pensé que todavía estarías por aquí… Y estabas —terminó con una sonrisa—. Menos mal que sigues en el mismo lugar.

A Iván le gustó esa sonrisa. Y también le gustó el brillo de sus ojos.

—Es un sitio tranquilo. Más cerca del pueblo es imposible aparcar. Pues… eh… muchas gracias.

—No hay de qué —repuso y su sonrisa se hizo más amplia.

Iván apartó la mirada. Su corazón había empezado a latir más deprisa de lo normal.

—Esta noche, espero que duermas en casa de mis padres. O si lo prefieres también

puedes quedarte en la mía. Tengo sitio de sobra —ofreció.

¿Dormir en casa de Diego? Mejor no.

—¿Y eso no le va a sentar mal a tu novio? —inquirió. Lo hizo de un modo neutral, aunque la curiosidad pugnaba por salir de su garganta.

—¿Mi novio? —Había extrañeza en la pregunta.

—El chico del otro día. Emilio, se llamaba, ¿no?

Diego se rio entre dientes.

—No es mi novio. Es un amigo.

—¿Solo un amigo? Parecía más que eso —dijo. Rápidamente se dio cuenta de que había sonado demasiado inquisitivo y se mordió la lengua.

—Tienes razón. Es un amigo… especial.

—Ya… Bueno, es igual, no es asunto mío… —balbuceó Iván con la frente arrugada—. Muchas gracias por el ofrecimiento, pero creo que me quedaré en casa de tus padres, si no les importa, hasta que solucione mis problemas…

—Ya sabes que están encantados de tenerte en su casa. Eres el quinto Alba, un hijo más —sonrió Diego. E, inesperadamente, alargó la mano y le revolvió el cabello, como si en efecto fuera su hermano pequeño.

Iván soportó el gesto con sentimientos encontrados. Se alegraba de pertenecer a aquella familia, por supuesto, pero…

—Hasta dentro de dos horas no tengo que estar en la imprenta, así que tengo tiempo de sobra para invitarte a desayunar. Es un poco pronto, pero podemos ir al Mariano's[31] —propuso Diego.

—Mil gracias, pero no te preocupes —rechazó—. Tú vete a casa y date una ducha, que después del concierto y de pasar la noche de viaje la necesitas seguro.

—¿Insinúas que huelo mal? —preguntó fingiendo indignación.

—Para nada. Hueles como una flor —dijo con una risa socarrona—. En serio, vete y cámbiate de ropa. Yo tengo mi desayuno aquí. —Señaló la bolsa de plástico que había dejado sobre la acera.

—¿No prefieres un café calentito?

—No soy muy de café. Estoy bien, de verdad. Tengo un batido de chocolate y magdalenas. El desayuno de los campeones.

Diego le miró con escepticismo, pero no insistió.

—¿Nos vemos este fin de semana en el chalet?

—Sí. Si vas el domingo, claro que sí.

—A lo mejor voy también mañana. Podríamos ver una peli.

—Vale —aceptó Iván. No le resultó rara la propuesta; los hermanos Alba lo hacían con frecuencia.

—Me voy. Esta tarde le pego un toque a Lukas a ver si le has llamado —advirtió con un dedo en alto mientras se alejaba hacia la moto.

Iván puso los ojos en blanco.

—Prometido, *Dieguito* —bromeó.

Diego resopló. Luego se ajustó el casco y se montó en la máquina. Arrancó y solo unos instantes después se ponía en movimiento. Le hizo una señal con la mano al pasar delante de él.

Iván se quedó quieto al lado de la acera, viendo cómo adquiría velocidad y terminaba por desaparecer detrás de la curva que había más adelante. Respiró hondo y se restregó las manos en la tela vaquera de sus pantalones. Una lenta sonrisa comenzó a formarse en su boca, pero no le

duró demasiado cuando las palabras que Diego le había dicho antes acudieron a su cabeza.

Eres el quinto Alba, un hijo más.

Un hijo más.

Como un hermano para Lukas y para Diego.

Un hermano.

Dejó caer la cabeza hacia delante y se llamó idiota en silencio.

Capítulo 7

Iván

Lukas le recibió con una palmada en la espalda y una sonrisa capaz de apagar el brillo del sol. Muy Lukas.

—Vale, colega, ya veo que sigues vivo. Por teléfono sonabas como un puto zombi. ¿Qué cojones te ha pasado en el labio?

Sin esperar respuesta, echó a andar. Iván le siguió. Atravesaron la casa y salieron al jardín. Estaba desierto. El agua de la piscina refulgía tentadora y animaba a sumergirse.

—¿Estamos solos? —preguntó Iván.

—Sí. Mi padre está en la imprenta y mi hermana y mi madre han bajado al pueblo a comprar.

Mientras decía eso, se quitó la camiseta y se quedó solo con el bañador de rayas verdes y blancas. Tomó asiento en una de las tumbonas que había bajo una gran sombrilla cuadrada y le invitó a hacer lo mismo.

Iván se quitó también las zapatillas y la camiseta y se quedó solo con los vaqueros cortos que llevaba puestos. Se sentó en la tumbona adyacente a la de su amigo y, por un instante, disfrutó del silencio.

—Toma una birra —le ofreció Lukas. La sacó de una nevera portátil que tenía al lado y se la tendió.

Iván la cogió y la abrió. Dio un trago. Estaba fresquita y se agradecía.

—¿Qué tal el concierto? —preguntó.

La mirada de Lucas se iluminó.

—¡Alucinante! Una pasada. Steve Tyler estaba que se salía. Bueno, el grupo entero. Parece mentira que tengan la edad que tienen. Qué jodida vitalidad. Y menudo espectáculo dieron. He hecho cientos de fotos y vídeos, ahora voy a buscar mi móvil y te los enseño. Vas a flipar. Estuvo fantástico. Hasta Diego bailó.

—¿Te refieres a Diego Alba o a Diego Armando Maradona? —preguntó con burlón escepticismo. Diego bailaba pocas veces, solo cuando iba muy borracho.

—Te lo juro. Le miré a hurtadillas y una vez le pillé moviendo la cadera un par de veces, como si tuviera un calambre. —Lukas trató de imitar el movimiento sin incorporarse lo que le confirió un aspecto bastante extraño, como si fuera un gusano gigante y reumático.

Ambos se echaron a reír.

—Qué guay que lo pasaseis bien.

—Solo faltabas tú.

—Al siguiente voy, seguro.

Los dos bebieron de sus cervezas con parsimonia.

—Vale, ya te has puesto cómodo, hemos cumplido con las formalidades y te has mojado la garganta. Ahora, cuéntamelo todo —pidió Lukas con un tono de voz que no admitía protesta —. Lo primero, lo del labio es cosa de tu padre, ¿no? Porque hace tiempo que no te metes en ninguna pelea con nadie. Al menos desde el instituto, que yo sepa.

—Sí —admitió—. Es obra de mi padre.

—Vale. Menudo capullo. Y siento hablar así de él, pero creo que es la palabra que mejor

le describe.

—Yo pienso que hay otras peores que todavía encajan mejor —murmuró Iván sombrío.

—¿Qué es lo que pasó? ¿Fue el domingo? Porque llevas rarísimo desde entonces.

—Tuvimos una discusión de las gordas el domingo por la noche y… me largó de casa.

—¿En serio? —Lukas se incorporó en la tumbona y se sentó de lado para encararse con él—. Tienes razón, capullo se queda corto. ¿Por qué discutisteis?

Iván guardó silencio. Volvió a beber un trago de la lata, pero terminó por dejarla en el suelo. Había imaginado esa escena muchas veces en su vida y, en los últimos días, era casi el único pensamiento que ocupaba su mente, pero ahora que había llegado el momento, vacilaba.

—El caso es que he pasado los últimos cuatro días en mi coche —dijo, esquivando la pregunta.

—¡No me jodas, Iván! —gruñó Lukas con enfado—. Sabes que esta es tu casa y que puedes venir aquí cuando quieras. Me parece fatal que no me hayas dicho nada antes. De verdad, tenías que haberme llamado. No lo entiendo, tío.

Iván alzó los ojos y los clavó sobre la tela de color crema de la sombrilla mientras trataba de ordenar sus pensamientos. Lukas tenía razón. Ahora que habían pasado unos días, su maldito orgullo se le antojaba como una estupidez. Sabía que su amigo se enfadaría todavía más si le decía que no quería caridad.

—Vale, tienes razón —admitió—. Es solo que quería intentarlo por mi cuenta. Tengo veintiún años y no quiero depender de nadie.

—Pero ¿qué chorradas estás diciendo? Si no es depender de nadie, tío. Es contar con tus amigos cuando la vida te pega un golpe. Todo el mundo necesita ayuda de vez en cuando.

—Ya. Pero siempre soy yo el que te pide ayuda a ti —confesó en voz baja—. Tú jamás lo haces.

—¡Mentira! —se exaltó Lukas—. Cuando Eva y yo cortamos el año pasado, si no hubiera sido por ti, lo habría pasado fatal. Estuviste ahí todo el tiempo. Me animaste un montón. ¿Eso no es nada? Para mí significó mucho. Además, eres la única persona que me entiende y me aguanta, aparte de mis hermanos.

—Venga ya, Lukas. Si tienes amigos en todas partes.

—¡Pero ninguno como tú! Tú eres el mejor. Sé que puedo contar contigo para todo y eso es importante. Me duele que no me hayas llamado.

Iván se incorporó y también se sentó de lado, de frente a su amigo, que exhibía un mohín ofendido.

—Vale. Tienes razón. Te pido perdón por no haber contado contigo.

Lukas hizo un gesto vago con el brazo.

—Ya decía yo que era muy raro que hubieses llamado a David para preguntar si tenían una habitación libre para un amigo de Madrid. ¿Un amigo de Madrid? Si tú no conoces a nadie en Madrid —resopló.

—Fue lo primero que se me ocurrió cuando hablé con él, la verdad.

—¿Has llamado a tu abuela para contárselo?

—Me llamó ella hace dos días. Le mentí, claro, para que no se preocupara. Le he dicho que había empezado a trabajar y que me había ido de casa a vivir al piso de un amigo. La pobre estaba tan feliz porque ya no vivo con mi padre —suspiró—. Siempre se han llevado fatal.

Hubo un largo mutismo solo interrumpido por el canto de una chicharra a lo lejos.

—Así que has estado cuatro putos días viviendo en tu coche —rompió Lukas el silencio al tiempo que meneaba la cabeza con exasperación—. ¡Qué fuerte me parece! Y aquí, la

habitación que era de mi hermano Jorge, vacía. —Se llevó las manos al pelo y se lo echó para atrás con brío—. Eres gilipollas.

—Vale, soy gilipollas —concedió Iván con una sonrisa—. ¿Acabamos ya con los insultos?

—Solo si me dices que soy el mejor amigo del mundo y que nunca has conocido a nadie tan generoso y tan buena persona como yo.

—Eres el mejor amigo del mundo y nunca he conocido a nadie tan generoso y tan buena persona como tú —dijo con voz aflautada.

—Y que soy el más guapo de los dos —agregó con un guiño.

Iván emitió una carcajada. Por cosas así, adoraba a Lukas.

—Sin duda, eres el más guapo de los dos.

—Te perdono —repuso con magnanimidad—. Y, ahora, ¿me vas a decir por qué has discutido con tu padre?

—Y no sabes lo peor —volvió a esquivar la pregunta—. Fui al taller de Quique por lo del curro y me dijo que ya no tenía el puesto.

—¡¿Cómo?! Pero si habéis hablado unas cuantas veces y estaba claro que podías empezar en julio. No lo entiendo.

—Es cosa de mi padre. Y no solo le ha dicho algo a Quique. Estuve yendo de taller en taller, y nada, no hay trabajo para mí —masculló—. Un aprendiz de Manolo Blanco me lo confesó, que mi padre había estado por allí, poniéndome verde.

Lukas abrió la boca, lleno de sorpresa.

—No tengo opciones de conseguir curro en esta ciudad —continuó con un suspiro cansado—. Al menos no de mecánico. Mi padre conoce a mucha gente.

—No lo puedo creer —murmuró Lukas—. Pero ¿qué narices os ha pasado para que te tenga ese… odio? Vale que nunca os habéis llevado bien, pero esto es demasiado.

Iván cogió aire y lo retuvo en los pulmones unos segundos antes de soltarlo con fuerza. El momento de la verdad había llegado y aunque sabía que su amigo no le juzgaría jamás, no le resultaba fácil decirlo en voz alta. Demasiado tiempo jugando a esconderse.

—Cuando llegué el domingo a casa me estaba esperando… En cuanto abrí la puerta me dio una hostia. —Bajó la cabeza y su mirada se posó sobre el bien cuidado césped—. Tú ya sabes que me ha pegado en alguna ocasión, pero esta vez fue diferente porque le planté cara. Solo pudo darme un par de golpes antes de que yo le parase. Apenas me hizo daño. El caso es que me dijo que no quería volver a verme y que me largara de su casa. Apenas tuve tiempo de llenar dos bolsas de viaje con mi ropa e irme.

—Pero ¿por qué? —La incomprensión era patente en su tono.

Iván dudó, pero sabía que no podía retrasar más la respuesta.

—Me pilló el ordenador y vio que había estado viendo porno.

—¿Y? Todos vemos porno.

—Eh… porno… gay —admitió con suma calma.

No hubo respuesta. Iván miró de reojo a Lukas y vio que tenía la vista perdida en la piscina y no mostraba ninguna reacción.

—Creo que… soy gay —continuó tan bajito que no supo si Lukas lo había escuchado. Tenía los nervios a flor de piel. Era la primera vez en su vida que pronunciaba esas palabras en voz alta. Se llevó una mano al mentón y se lo acarició con lentitud, aguardando una reacción.

—Gay.

—Sí, gay.

En realidad, la palabra no sonaba tan mal. Solo tenía que acostumbrarse a usarla.

Lukas volvió la cara y le miró a los ojos. Su boca dibujaba una suave sonrisa.

—Ya lo sabía.

Iván alzó la cabeza con violencia y sus mejillas se colorearon en un tono rojizo.

—¡¿Cómo?!

—Seguro no estaba —dijo Lukas con un leve encogimiento de hombros—, pero lo sospechaba desde hace un tiempo.

Iván le observó con incredulidad antes de taparse la cara con las manos. Dejó escapar un gemido.

—No puedo creerlo —musitó—. Llevo tanto tiempo fingiendo delante de todo el mundo, que…

—Supongo que lo hacías por tu padre. Me cuadra que sea un homófobo —escupió Lukas con acritud.

Iván asintió lentamente. Se destapó la cara y se enfrentó a su amigo, pese a que sus mejillas seguían rojas.

—¿Recuerdas cuando estuve en el hospital y no pude ir a clase durante un mes?

—¿Te refieres a cuando íbamos a tercero de la ESO[32]?

—Sí.

—Creí que te habías caído por las escaleras.

Iván sonrió con amargura.

—Esa fue la versión oficial. De hecho, estuve ingresado por una paliza que me dio mi padre cuando se enteró de mi… homosexualidad.

Lukas apretó los puños.

—Te rompió un brazo —susurró entre dientes.

—Y dos costillas —añadió Iván sin apenas pestañear. Todavía le resultaba doloroso recordar aquel día de hacía siete años. Humillante y vergonzoso. El episodio fue horrible. Había intentado borrarlo de su mente, pero algunas veces todavía tenía pesadillas.

—¡Qué hijo de puta!

—No quiero hablar de ello, pero ese fue el motivo por el cual he estado ocultando… que me gustan los tíos. —Se detuvo unos segundos y cogió aire—. Sabía que, si mi padre volvía a descubrir algo o si le llegaba algún rumor, me mataría.

Lukas se puso de pie como impulsado por un resorte y comenzó a dar nerviosos paseos por el borde de la piscina mientras soltaba alguna que otra imprecación ininteligible. El sol pegaba fuerte a esa hora de la tarde, y al cabo de un rato tuvo que usar su mano como visera para protegerse de los destellos.

—Iván…

—¿Tanto se me notaba? —inquirió este sin dejarle continuar—. Te juro que me esforcé un montón.

—No. Para nada. Todo el mundo piensa que te ponen las tías y que eres un jodido mujeriego. Has bordado tu interpretación.

—Entonces, ¿cómo lo sabías?

—Hemos pasado mucho tiempo juntos. Hemos visto porno uno al lado del otro, tío. Y, aunque se te da bien disimular, me he dado cuenta varias veces, de que te aburrías. Además, quizá es porque mi hermano es gay y estoy acostumbrado a ver cómo se comporta. No sé, no es algo que pueda describir, pero cuando salen tías en bolas en la tele, como que… pasa, las ignora. Sin embargo, a veces veo cómo lanza alguna mirada apreciativa a otros tíos. Contigo pasa lo

mismo.

—¿Miro a otros tíos? —exclamó con alarma. Siempre había tenido mucho cuidado de que no se notara lo que verdaderamente le interesaba.

—A ver, no —le tranquilizó Lukas—. Pero, por ejemplo, el anuncio ese de *Dolce & Gabbana*, ese en el que sale el modelo con el bañador blanco ajustado y se tira de cabeza desde las rocas. Cuando lo ponen en la tele, tu cara es igual que la de mi hermano cuando veis al tipo.

—¿Te refieres a David Gandy?

—¿Ves? —Lukas le señaló con un dedo acusador—. Ningún tío que no sea gay sabe quién cojones es el colega ese.

Iván soltó una risa incrédula.

—A ver, ¿me estás diciendo que sospechas que soy gay porque cuando sale David Gandy en la tele, le miro con ojos de gay?

Lukas asintió con energía.

—Y porque cuando vemos porno hetero, tardas un siglo en empalmarte, cabronazo —añadió con una risilla—. ¿Cómo narices has conseguido tirarte a todas esas tías si no te molan las mujeres? ¿O eres bi?

—No. No me gustan las mujeres. Nada de nada.

—¿Alguna vez has estado con un hombre? —preguntó lleno de curiosidad.

—No —respondió y volvió a enrojecer—. Lo cierto es que cada vez que me enrollaba con alguna tía, solo tenía que cerrar los ojos e imaginarme que estaba con otro tío —reconoció, no sin cierta sensación de vergüenza.

—No estarías pensando en mí, ¿no? ¡Hostia! Ahora que lo pienso, ¡me has visto la polla muchas veces!

—Pfff, tu polla está a salvo conmigo —se carcajeó. Se puso de pie y se dirigió al borde de la piscina—. No me pones nada.

—¡Pero si estoy buenísimo!

—No eres mi tipo.

—Ya, seguro —repuso con soniquete—. Puede ser que yo no, pero sé quién sí.

—A ver, listillo —le provocó con los ojos brillantes.

Lukas aproximó su cara a la suya hasta que solo unos milímetros los separaron. Estaba tan cerca que pudo apreciar incluso las motitas doradas que destacaban en sus iris aguamarina.

—Diego —susurró su amigo, remarcando cada sílaba.

Iván le empujó, apartándole de su lado. Su rostro se había tornado ceniciento.

—¿Qué dices? —inquirió con un temblor en la voz.

—Que te gusta mi hermano.

—¡Mierda! —Al escuchar ese nombre en labios de su amigo, se le paró el corazón y el estómago le dio un vuelco.

—Eh, Iván…

—¿Por qué has dicho eso? —inquirió muy agitado.

¡No podía ser! ¡No podía ser que Lukas lo supiera!

—Cálmate. Y no empieces a preguntarme que si se nota, que si alguien más lo sabe. No se nota y nadie lo sabe, así que, relájate.

Iván volvió a la tumbona y se dejó caer sobre ella. Se había quedado sin palabras y la cabeza le daba vueltas. Su amigo había adivinado eso que Iván no deseaba que supiese nadie jamás. Lo de Diego era algo que llevaba muy adentro, desde hacía mucho tiempo. Su secreto inconfesable. Le lanzó una rápida ojeada a Lukas, que le miraba con la cabeza ladeada, como

esperando a que se pronunciase. Apartó la vista y la dirigió hacia sus pies mientras guardaba silencio.

Lukas sabía lo de Diego. Lukas sabía lo de Diego. Lukas sabía lo de Diego.

¡Qué puto desastre!

—Tu hermano nunca debe saberlo —farfulló al cabo de un rato.

—¿El qué? ¿Que te gusta o que eres gay? —Lukas se acercó y se plantó a los pies de la tumbona con los brazos cruzados.

Iván le miró con el ceño fruncido.

—Que me gusta. Lo de ser gay, en algún momento tendrá que enterarse, claro.

—Me parecería una pasada que tú y mi hermano os enrollarais —dijo Lukas con aire soñador.

—¡Calla! —rugió Iván—. No digas eso ni de broma.

—¿Por qué no? Creo que haríais buena pareja.

—Va en serio, Lukas. Ni una puta palabra. No puede saberlo nadie —casi gritó.

—Vale, vale —dijo, alzando las manos—. Pero no entiendo por qué eres tan contundente y terco.

Iván tardó en responder. ¿Qué podía decirle a su amigo? ¿Que Diego era una persona a la que admiraba muchísimo y que no pensaba que pudiese estar a su altura jamás? Diego era maduro, inteligente y carismático, un hombre genial que solo le veía como un hermano.

Suspiró.

Para él, Diego era inalcanzable.

Le recordó tal y como le había visto esa mañana, con los vaqueros gastados, el polo ajustado y el cabello dorado por efecto de los rayos del sol. Y sus ojos azules como el mar y preciosos.

Sí, Diego era inalcanzable.

Agitó la cabeza para ahuyentar la imagen de su mente.

—No volvamos a hablar de ello, ¿vale? —pidió.

Lukas pareció aceptar a regañadientes. Era obvio que volvería a sacar el tema en un futuro próximo. Iván le conocía bien.

—¿Tus padres no tendrán problema en que me quede aquí? —Cambió de tema.

—Para nada. Estarán felices, ya sabes que te quieren más que a mí.

—Será solo por un tiempo cortito. En cuanto encuentre un curro, de lo que sea, me busco un piso o una habitación compartida.

—¡Qué pesado, tío! Anda, ven y dame un abrazo.

Iván se incorporó y se lo dio. Era reconfortante tener a su amigo tan cerca; saber que estaba de su parte y que le iba a apoyar siempre. ¿Cómo había sido tan tonto de mantenerle apartado esos días?

—Oye, ¿esto no es muy gay? —preguntó repentinamente Lukas con socarronería—. ¿No te estarás poniendo cachondo?

Iván puso los ojos en blanco y luego le pegó un pellizco en el culo con fuerza.

—Es que tu culito me pone, nene.

Lukas emitió una risa estentórea al tiempo que le soltaba y se alejaba dos pasos.

—Ya sabes que te puedes quedar todo el tiempo que quieras —dijo con seriedad.

—Vale, vale —repuso con un gesto vago de las manos. No pensaba discutir con su amigo, pero estaba decidido a marcharse cuanto antes. Ojalá encontrara un trabajo con rapidez —. ¿Me ayudas a trasladar mi equipaje al cuarto de tu hermano Jorge, ese que con tanta

amabilidad me has ofrecido?

—Claro, vamos.

Y ambos se dirigieron hacia la casa sin molestarse en ponerse la ropa o las zapatillas.

Iván iba más rezagado. Si bien no le gustaba un pelo que su secreto sobre lo que sentía por Diego hubiera quedado al descubierto, se sentía mucho mejor después de haber hablado con su amigo sobre su condición sexual.

Era gay.

Ya no tenía que ocultarse.

Ahora solo tenía que aprender a vivir en su nueva realidad.

Capítulo 8

Diego

La película elegida ese sábado fue *Calles de fuego*, una de las favoritas de su padre. Ochentera, con acción, fantasía, estética de cómic y mucha música rock. Diego ya la había visto varias veces, como toda la familia —la pasión de Tony Alba por los años ochenta había calado también entre sus hijos— y, gracias a eso, pudo abstraerse sin perder el hilo de la historia. Ocupaba el sillón orejero que había a la derecha de la tele. Le gustaba sentarse allí, tenía una vista privilegiada no solo de la pantalla, sino del sofá y de sus tres ocupantes: Iván, Lukas y Erika.

Su hermano y su amigo se sentaban uno al lado del otro. Erika se había tumbado y apoyaba las piernas en el regazo de Iván y los pies en el de Lukas. Los tres lucían camisetas iguales, rojas con el logo del taller mecánico donde trabajaba Erika. Diego también había recibido la suya, pero había pasado de ponérsela. Al mirarlos ahora, a la tenue luz de la pantalla del televisor, le parecieron trillizos adolescentes, solo se diferenciaban en el cabello, el castaño oscuro de Iván, el castaño claro de Lukas y el rubio casi platino de su hermana.

—Pásame tus palomitas —dijo Lukas, alzando una mano—. Las nuestras se han acabado ya.

Diego se inclinó sobre el reposabrazos y le alargó el bol que apenas había tocado en toda la proyección. No quedaba ya demasiado para que la película acabase.

—Esta escena es flipante —dijo Erika, incorporándose y sentándose con las piernas cruzadas, al tiempo que alargaba el cuello como si fuera una tortuga saliendo de su caparazón.

Era la brutal pelea entre Michael Paré y Willem Dafoe con mazos de hierro. Diego se la sabía de memoria y no prestó demasiada atención.

—¡Eso, dale de hostias! —bramó su hermano pequeño.

Iván se carcajeó.

—Qué frikis sois —dijo y se echó un puñado de palomitas a la boca.

—Tú eres igual que nosotros —le acusó Lukas sin quitar la vista de la pantalla.

—Yo no he visto esta peli quinientas noventa veces.

—Pues quinientas noventa veces que te la has perdido —resopló Lukas—. Y cállate que no nos enteramos.

Diego los observó con interés desde su ventajosa posición. Erika y Lukas estaban absortos en la pantalla. Iván había bajado la vista a su lata de cerveza y sonreía. Estaba cómodo y se divertía.

Era muy diferente al Iván del domingo por la noche, el de los ojos tristes e inflamados y la vulnerabilidad escurriéndose por cada poro de su cuerpo. A Diego todavía le perseguía esa imagen. Admitía que no había gestionado bien la situación y se desdeñaba por ello. Al menos, su hermano Lukas había sabido lo que hacer porque el estado de ánimo de Iván había mejorado notablemente.

Le gustaba que sonriera. Le gustaba ver que se divertía y que estaba a gusto. Le gustaba descubrir cómo sus ojos se entornaban ligeramente y se arrugaban en los extremos cuando algo le hacía gracia. Y también le gustaba cuando echaba la cabeza atrás y soltaba alguna carcajada desinhibida y potente. Y, por supuesto, le gustaba verle hacer el tonto con su hermano. Su forma de mover la cabeza, agitando su descuidada melena; el modo en que oscilaba sus caderas sin ser

muy consciente de ello cuando bailaba; y cómo fruncía los labios en un gesto provocador para retar a Lukas a hacer algo descabellado.

Suspiró cuando se dio cuenta de hacia dónde le llevaban sus pensamientos. ¿A quién pretendía engañar? La palabra gustar se quedaba corta para todo lo que le hacía sentir ver a Iván feliz.

Quería hablar con él y preguntarle sobre su situación actual, pero deseaba hacerlo a solas y no delante de sus hermanos. Tenía curiosidad por saber cuál era el motivo de la discusión con su padre, aunque no estaba seguro de que se lo quisiera contar.

—¡Ahora todo el mundo en silencio que llega la escena del beso! —pidió Erika con tono exigente.

Y ahí estaba, la despedida y el beso de Diane Lane y Michael Paré. Y luego, los gritos y los aplausos mientras el protagonista se alejaba entre la gente. Y, finalmente, los acordes de *Tonight is what it means to be young*, que era la canción que cantaba la protagonista y ponía final a la película.

Como no podía ser de otra manera, Lukas se incorporó de un salto y comenzó a cantar desgarradoramente, mientras ponía morritos y pretendía ser una rockera sexi. Erika se unió a él e hizo los mismos aspavientos. Iván se llevó las manos a la boca para contener la risa. Por un brevísimo instante su mirada de ojos oscuros se cruzó con la de Diego, que le hizo un gesto, animándole a hacer el loco también.

Iván no se hizo de rogar. Era innegable que adoraba bailar.

Los tres se movieron de un lado a otro del salón, cantando o fingiendo hacerlo cuando llegaban las partes de la canción cuya letra no conocían. Bailaban sin demasiado ritmo, más bien saltaban y hacían el gamberro.

—¡Venga, Dieguito! —aulló su hermano cuando pasó frente al sillón—. ¡Únete!

Sonrió con displicencia mientras meneaba la cabeza lentamente. Le bastaba con ser un mero espectador. Disfrutaba viendo cómo aquellos tres hacían locuras. Si era sincero consigo mismo, le gustaban más aquellos encuentros improvisados que las salidas con sus amigos a los bares de ambiente de la zona.

Había quedado con Emilio y Juanma para salir esa noche e ir a ver un espectáculo a uno de los pubs gays que había en el casco antiguo de Benidorm, pero no le apetecía nada. Miró la hora en la pantalla del móvil. Eran las diez y media y la cita era a las once. ¿Y si la anulaba? Volvió a echar un vistazo a los tres jóvenes que ahora parecían haberse puesto de acuerdo en efectuar un paso simplón y torpe y que se partían de risa.

—¿Tenéis algún plan esta noche? —gritó para hacerse oír por encima del volumen de la televisión.

—¡Vamos a pedir unas pizzas y a dormir en el jardín! —respondió Lukas también a gritos sin dejar de bailar—. Aprovechando que papá y mamá se han ido a Valencia y no vienen hasta mañana.

¿Pizza y dormir en el jardín?

Una locura que sonaba de lujo. Dormir al raso cerca de Iván…

Cerró los ojos un segundo y meneó la cabeza. ¡Qué necio era!

—Contamos contigo, ¿no? —le preguntó Erika, que se acercó a él y se le tiró encima—. *Tonight is what it means to be young. Before you know it it's gone*[33] —le cantó el estribillo al oído.

—¿Es una indirecta? ¿Me llamas viejo? —preguntó de broma.

—¡Para nada! Aparentas exactamente veintiocho. O veintinueve —añadió con sorna.

—¡Qué mala eres! —masculló entre dientes con una sonrisa.

Luego se incorporó y la subió en brazos. Ella se agarró a su cuello mientras seguía cantando, agitando la cabeza y golpeándole con su larga melena. La arrojó sobre el sofá con cuidado de no hacerlo con demasiada fuerza. Después, se giró y abrió las cortinas que llevaban al jardín. Salió al exterior y se alejó hasta el otro extremo para huir de la algarabía que había montada en el salón. La piscina estaba iluminada y su luz azulada iluminaba el ambiente de un modo muy agradable. Se detuvo junto al borde y, sin vacilar, le mandó un wasap a Juanma.

Diego: Esta noche no os acompaño. Estoy cansado y prefiero no salir.

La respuesta llegó con rapidez, como si su amigo hubiera tenido el móvil en la mano.

Juanma: Aguafiestas. Tú te lo pierdes.

Diego: Pasadlo bien.

Unos cuantos corazones fueron la contestación.

Acto seguido llamó a Emilio, que respondió al cabo de dos tonos.

—Dime, Dieguito.

—Hola Emi, acabo de mandarle un mensaje a Juanma, anulando lo de esta noche.

—¿Y eso?

—Estoy cansado —volvió a mentir—. Me voy a quedar en casa con mis hermanos. Vamos a pedir una pizza y a ver una peli.

—Estás mayor, Alba. Un sábado por la noche y te quedas en casa.

—Ya ves, después de no dormir apenas ayer, esta noche necesito descansar.

—¿Quieres que quedemos para correr mañana?

Solían hacerlo los domingos, sobre todo en verano. Bajaban temprano al arenal de Poniente y recorrían sus tres kilómetros de extensión un par de veces, cuando todavía no habían llegado los bañistas.

—No sé a qué hora me levantaré, la verdad.

—No te preocupes. Si veo que no estás en el Baden Baden[34] a las ocho, me largo.

—Vale. Y pasadlo bien esta noche.

—Claro. Rajado, que eres un rajado.

—Yo también te quiero.

La comunicación se cortó después de eso y Diego sonrió. Luego alzó la cabeza y contempló el oscuro cielo surcado por algunas nubes grisáceas. Unas cuantas estrellas jugaban a esconderse entre ellas.

—¿Tenías planes esta noche?

La voz de Iván a su espalda le sobresaltó. Se dio la vuelta y le vio a escasos metros de distancia. Estaba descalzo, quizá por eso no le había oído llegar.

—Nada importante. Pensaba ir con Emilio y Juanma al People a ver el espectáculo, pero no me apetecía mucho, la verdad. Estoy cansado —volvió a mentir por tercera vez esa noche.

—¿Juanma? ¿El *Angelito*?

A Diego le entró la risa. Casi había olvidado el mote de Juanma en la universidad.

—Sí, el mismo. Pero ya no le llamamos así. Si vieras el cambio que ha pegado lo entenderías.

Durante su época universitaria, Juanma era delgadito, blanco de piel y tenía los labios muy rojos y el pelo rubio con muchos rizos, de ahí que le pusieran el sobrenombre de *Angelito*. Harto de ello, cuando acabaron la carrera, se apuntó a un gimnasio y se volvió un chalado de las pesas, además de raparse el pelo. Ya nadie se refería a él con ese mote. Ahora parecía más un marine.

—¿Y eso?

—Se ha puesto cuadrado en el gimnasio y lleva el pelo al uno.

—No me lo imagino. —Hizo una pequeña pausa—. Y, ¿vais mucho al People tú y tus amigos? —Había curiosidad mal encubierta en su tono.

—No mucho. De vez en cuando. ¿Por? ¿Has estado alguna vez?

—No. Solo he pasado por delante de la puerta. Eh… ¿va mucha gente?

—La verdad es que sí. Se llena los fines de semana.

Hubo un silencio extraño porque era evidente que Iván quería decir algo más.

—¿Y qué tal el ambiente? —preguntó al fin.

Diego volvió la cabeza y le miró directamente.

—¿Sientes interés? Si alguna vez te apetece, me lo dices y te vienes —ofreció—. No hace falta ser gay para entrar —añadió con sorna—. No te hacen ningún test ni nada.

Iván se rio con nerviosismo.

Diego le escrutó con interés. ¿No estaba raro?

—¿Dónde están mis hermanos? —inquirió, cambiando de tema.

—Erika ha ido a darse una ducha y Lukas está hablando por teléfono con Eva. Ha dicho que cuando acabe, pide las pizzas.

—Genial. ¿Nos tomamos una cerveza mientras tanto?

—Claro.

Diego se dirigió hacia la nevera que tenían en un extremo del jardín, junto a la barbacoa. La abrió. Estaba llena de cervezas, agua y refrescos. Su madre era la encargada de tenerla siempre bien provista.

—Oye, Diego, ya sé que te di las gracias ayer, pero quiero volver a dártelas —le dijo Iván cuando se acercó a él para tenderle una de las latas.

—Si no hice nada. Ojalá hubiese podido ayudarte de alguna manera.

—Me guardaste el secreto y luego te molestaste en volver a buscarme. —Se sentó en una de las tumbonas que había cerca del borde de la piscina—. A lo mejor para ti es una chorrada, pero para mí no lo es.

Diego no se sentó, se quedó de pie y le dio unos tragos a su cerveza mientras miraba al joven de reojo. Estaba serio y jugueteaba con la lata que tenía entre las manos. Sus dedos eran fuertes, largos y delgados con los nudillos prominentes. Llevaba las uñas cortas, casi demasiado. Diego cerró los ojos al imaginarse esas manos recorriendo su pecho…

¡Dios!

—Es lo que habría hecho por cualquiera de mis hermanos —repuso con un carraspeo mientras se daba la vuelta.

—Ya. Por cualquiera de tus hermanos… Claro.

¿Había desilusión en su tono?

No se giró para averiguarlo porque tenía problemas para controlar su acelerada respiración. Agarró la cerveza con fuerza y estuvo a punto de derramar el contenido. Cogió aire en profundidad y lo expulsó lentamente. Por la cristalera del salón vio a su hermano dando paseos de un lado a otro con el móvil pegado a la oreja y una sonrisa enorme en la boca. Aparentemente, seguía hablando con su novia.

—¿Cuándo empiezas a trabajar? —preguntó al cabo de un rato, una vez más calmado.

—Nunca —respondió Iván—. Mi padre se ha encargado de hablar con todo el mundo y decirles que soy un vago y un incompetente. No me quieren en ningún taller.

Diego se giró lleno de incredulidad.

—¿Cómo? Pero ¿por qué narices ha hecho eso? Por muy grande que fuese la discusión, ¡eres su hijo! —exclamó indignado.

Iván meneó la cabeza y rio con cinismo.

—Ya no.

Diego gruñó y la cólera le estrechó la garganta. Si hubiera tenido al cabrón de Balcayo delante le habría partido la cara, y él no era una persona violenta.

Por más que intentara entender la situación de Iván y su padre, reconocía que le resultaba difícil. No podía concebir ese tipo de relación. La educación que habían recibido él y sus hermanos se basaba en el amor y el respeto. Su familia era una piña y siempre estaba ahí para apoyar a cualquier miembro que lo necesitara. Estaba seguro de que, pasara lo que pasara, sus padres jamás rechazarían a ninguno de sus hijos.

El caso de Iván era totalmente diferente.

Se sentó a su lado y le posó una mano en el hombro. Su intención era confortarle, pero no fue consciente del potente efecto que el cuerpo del joven tenía sobre él y pronto se dio cuenta de su error. Iván desprendía un calor muy agradable y su olor, una mezcla a gel de ducha y a piel, era embriagador. Cuando, además, volvió la cara y sus ojos se encontraron, Diego sintió un estremecimiento en la parte baja de su estómago. Tragó saliva. ¿Se podía ser más atractivo?

Trató de mostrarse indiferente y giró la cabeza con naturalidad hacia el otro lado, al tiempo que le apretaba el hombro con suavidad. Creyó percibir un ligero temblor bajo la palma de su mano, pero fue muy breve. Quizá se lo había imaginado.

—Te lo he repetido mil veces y seguro que Lukas también lo ha hecho, somos tu familia —dijo en voz queda.

—Mil gracias —respondió Iván. Luego se incorporó y se alejó unos pasos, con las manos metidas en los bolsillos—. Sois geniales todos. Gracias, de verdad —concluyó con emoción contenida.

Hubo un silencio entre ambos, apenas roto por los murmullos que llegaban desde dentro de la vivienda.

De repente, una idea acudió a la cabeza de Diego. Se puso de pie con inusitada energía.

—Oye, ¿quieres que hable con Cas? A lo mejor necesita a alguien en el taller. Y no creo que le importe lo más mínimo lo que pueda decir tu padre.

Iván se encaró con él con una expresión a caballo entre el escepticismo y la esperanza.

—¿Lo harías? ¿Harías eso por mí?

Tenía una relación fantástica con Cas. Era el vecino de sus padres, y la Triumph que conducía se la había comprado a él. Se podía decir que eran amigos.

—¡Claro! Mañana mismo le llamo y le pregunto.

—Ostras, Diego, muchas gracias, de verdad —dijo Iván con una sonrisa gigante que iluminó sus facciones y multiplicó su atractivo, si es que eso era posible.

—¿Gracias? ¿Qué ha hecho mi maravilloso hermano?

Lukas se unió a ellos inesperadamente y ambos se giraron.

—Va a hablar con Cas, a ver si puedo currar en su taller —dijo Iván.

Sonaba tan ilusionado que Diego rezó en silencio para que Cas le contratara.

Lukas se llevó una mano a la frente y se la golpeó con fuerza.

—Se me tenía que haber ocurrido a mí. Estoy tonto. ¡Claro! Además, creo que el tipo que trabaja con él va a jubilarse.

—¿Sí? Mejor todavía —dijo Diego con convicción.

—¡Ojalá te contrate! Sería una pasada —exclamó Lukas y le pasó un brazo por los

hombros a su amigo—. Por cierto, ya he pedido las pizzas. En veinte minutos están aquí. Vente y échame un cable para poner la mesa.

Iván le siguió, no sin antes dirigir sus ojos hacia Diego y sonreírle con amplitud.

El mayor de los Alba los vio marchar. Le dio un trago a su cerveza y un pensamiento absurdo acudió a él. Quizá fuera tonto, pero la mirada agradecida y cálida que Iván acababa de regalarle le había calentado por dentro y había provocado que el corazón se le expandiera en el pecho.

Tenía que convencer a Cas como fuera.

Quería que Iván volviese a mirarle así.

Capítulo 9

Iván

—¿Has pensado en cómo vas a hacerlo? —La pregunta de Lukas llegó en voz baja.

Iván giró la cabeza y contempló el perfil de su amigo, que estaba tendido en el césped a su lado, a menos de un metro de distancia. No le miraba, estaba absorto en el oscuro cielo de medianoche; las nubes que lo habían surcado antes habían desaparecido.

—¿Hacer el qué?

Lukas tardó en contestar. Parecía estar buscando las palabras más adecuadas, algo raro en él que siempre hablaba antes de pensar.

—Salir del armario —dijo al fin.

A Iván no le sorprendió demasiado que Lukas sacase el tema. Sabía que llevaba aguantando todo el día y que había esperado a que estuvieran solos para hacerlo. Erika y Diego se habían ido a la cama hacía ya un rato, después de la informal cena de pizzas y cervezas.

Se cruzó las manos sobre el pecho y su mirada se dirigió también al firmamento. Meditó unos cuantos segundos sobre la pregunta. En sí, la metáfora *salir del armario* le resultaba completamente equivocada para describir su situación. Él no sentía que hubiese estado dentro de ningún sitio, él sentía que había estado viviendo la vida de otro. Una vida que no era suya. Por lo que la pregunta correcta no era cuándo o cómo iba a salir del armario. La pregunta correcta era cuándo y cómo iba a empezar a vivir *su vida*. ¿Cuándo y cómo iba a ser el verdadero Iván? Sí, ese que llevaba en su interior y que jamás había mostrado a nadie. Ni siquiera a Lukas.

No lo sabía.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea —respondió—. ¿Qué voy a hacer? ¿Llamar a mis amigos y conocidos y decírselo? «Hola, chicos. Resulta que soy gay. Lo sé desde siempre, pero os he engañado». —El sarcasmo envolvió su tono—. O mejor, contactar a las chicas con las que me he enrollado y decirles: «Lo siento, pero no me gustan las tías, me molan los tíos y cada vez que me acostaba con una de vosotras tenía que pensar en un hombre para poder excitarme».

—No suena demasiado bien. Mejor ideamos otro modo —sugirió Lukas con una risotada.

—Claro —murmuró con fatiga.

—No tienes por qué dar ninguna explicación a nadie, Iván —dijo muy serio—. Solo a la gente que te quiere de verdad y a la que le va a importar un pimiento que seas hetero, gay o un perro de siete cabezas.

—Entonces ya está todo dicho. Ya lo sabe toda la gente que me quiere de verdad. O sea, tú —ironizó, aunque la aseveración estaba más cerca de la verdad de lo que le gustaba reconocer.

—Vamos, que hay más gente que te quiere. Toda mi familia, por ejemplo. Sabes que mis padres te adoran y mis hermanos también.

Iván guardó silencio cuando la imagen de Diego acudió a él. ¿Cómo reaccionaría cuando se enterase de que era gay? Seguro que le propondría ayudarle o le daría consejos o le apoyaría de cualquier manera que necesitase. Diego era la generosidad en persona. Iván sabía que le apreciaba.

Como si le hubiese leído los pensamientos, Lukas se dirigió a él de nuevo:

—¿Cuándo se lo vas a contar a Diego? Tengo claro que cuando lo sepa insistirá en echarte un cable o en darte algún consejo o algo. Ya sabes, *gayroridad* o eso.

Los ojos de Iván se dirigieron raudos hacia la puerta de la casa con temor, pero su amigo había hablado tan bajo que era imposible que alguien le hubiera podido oír.

—No lo sé —repuso, tumbándose de lado para poder tener una visión completa de la cara de Lukas—. Si te soy sincero, me impone bastante que Diego lo sepa —suspiró.

—¿Es porque te gusta? —preguntó este en un susurro, volviéndose a su vez para mirarle.

—Creo que sí. Ya me ha resultado complicado permanecer indiferente delante de él todo este tiempo. No me quiero ni imaginar cómo podría ocultarle mis sentimientos si nuestra relación se hiciera más íntima, en plan amigos, digo —aclaró.

Se imaginó preguntándole a Diego todas aquellas dudas que le acuciaban sobre el sexo entre dos hombres y se le encogió el estómago. Había muchas cosas que el porno gay no explicaba y sobre las que no había hablado con nadie jamás. Pero hablar con Diego sobre ello. ¡Imposible!

Tendría que acudir a san Google.

—¿Tanto tiempo hace que te mola?

La pregunta le salvó de seguir atormentándose con sus propios pensamientos.

Bajó los párpados y recordó la primera vez que vio a Diego. Por aquel entonces él tenía ocho años y acababa de mudarse a Benidorm. Su único amigo era Lukas Alba, un chaval con un desparpajo impresionante, que le había ofrecido su amistad el primer día de curso. Había transcurrido un mes desde que empezaron las clases cuando tuvo lugar un suceso *terrible*. Durante un recreo, en los baños, Lukas abrió el grifo de uno de los lavabos y, sin querer, salpicó de agua a Guzmán, el matón del colegio. Iván cometió el error de tratar de defender a su amigo. Desde aquel día, tanto Guzmán como sus acólitos se la tenían jurada a ambos.

Aquella tarde, después de conseguir darles esquinazo por espacio de dos semanas, Guzmán y su pandilla los habían acorralado contra uno de los árboles que había de camino a la parada del autobús. Estaban a punto de comenzar a pelear cuando un adolescente alto, fuerte y, en apariencia, muy seguro de sí mismo, se plantó frente a sus atacantes y los increpó. Iván no podía recordar lo que les dijo para dispersarlos, pero nunca olvidaría la profunda impresión que aquel joven de ojos claros le produjo. No tardó en enterarse de que era el hermano mayor de su amigo y la impresión se convirtió en profunda admiración.

—La verdad es que le admiro desde que le conocí —confesó.

—¡Pero si le conociste cuando éramos unos críos! ¿Ya te gustaba? —inquirió Lukas. Sus ojos tan parecidos a los de su hermano, pero más claros, se abrieron asombrados.

—No. Eso llegó después, según iba pasando el tiempo. No fue hasta los catorce años que me di cuenta de que no era solo admiración lo que sentía por él.

Desde el principio quiso a los hermanos Alba, a todos. No hacía mucho que él había perdido a su madre y su padre era frío y estaba ausente con frecuencia, por lo que los Alba se convirtieron en su salvavidas. Erika era divertida, estaba un poco loca y encajaba perfectamente con Lukas y con él. Con Jorge sucedía lo mismo, era genial y muy guasón; siempre les gastaba bromas ingeniosas y los invitaba a helados o a refrescos. Y Diego…, bueno, Diego era tranquilo y serio, muy protector y siempre estaba dispuesto a ayudar si tenían algún problema o a escuchar cuando le necesitaban.

Diego era especial.

Iván se dio cuenta de lo que sentía por él cuando fue consciente de que no le gustaban las chicas. No le atraían en absoluto, sin embargo, cada vez que pensaba en Diego sentía el calor expandiéndose por su cuerpo.

Saber que el objeto de sus deseos era gay, le daba alas para seguir cultivando esos

sentimientos. A lo mejor, en un futuro y pese a la diferencia de edad, Diego podría fijarse en él, se decía una y otra vez.

Sus esperanzas se vieron truncadas el día en que su padre descubrió su secreto y le mandó al hospital de una paliza. Desde ese momento, se vio obligado a ponerse una máscara y a fingir ser alguien que no era, alguien a quien Juan Balcayo no despreciase. Y su atracción por Diego quedó enterrada en su interior bajo capas y capas de pretendida indiferencia.

—¿Desde los catorce? ¿Hace siete años que estás colado por él? —Lukas emitió un potente silbido.

Iván no respondió, se limitó a sonreír con acidez. Sí, era patético.

—¿Nunca te ha gustado otro chico? —continuó Lukas.

—Bueno, ¿recuerdas a Alvarito?

—¿Alvarito, el de fútbol? ¿Ese que tenía orejas de soplillo?

—Ese.

—¿En serio? ¡Pero si era feo de cojones!

—Pero tenía un culo espectacular —se rio.

Recordó todas aquellas veces en el vestuario, después de los partidos, cuando veía cómo Alvarito se desnudaba y se quedaba en pelotas para ir a la ducha. Había tenido que refugiarse en los cubículos del aseo para ocultar su erección. Demasiadas hormonas adolescentes recorriendo su cuerpo y poco autocontrol. Ahora, era capaz de contenerse mucho mejor.

—¡Me parto! —exclamó Lukas, que se puso de pie precipitadamente—. Entonces, ¿en lo que más te fijas es en los culos?

—En algunos.

Lukas le lanzó una mirada risueña. Luego se sacó la camiseta por encima de la cabeza y se quitó el bañador, quedándose desnudo.

—¿Qué te parece este? —le preguntó, girándose.

Iván le había visto el culo a su amigo en cientos de ocasiones —solían bañarse desnudos en la piscina cuando no había nadie más en el chalet— y, aunque reconocía que tenía un buen trasero, musculoso, redondeado y libre de vello, no le ponía en absoluto.

—Pfff… Es flacucho —resopló con exageración.

Lukas alzó el dedo corazón de la mano derecha.

—A Eva le encanta. Dice que tengo un culo de diez —se jactó.

—Todo para ella.

—Venga, quítate la ropa y vamos a bañarnos. —Se acercó al borde de la piscina y el reflejo azulado de esta bañó su cuerpo.

—¿Y tus hermanos?

—Están durmiendo. Venga, ven y no te hagas de rogar.

Iván se puso de pie y, sin titubeos, se quitó también la camiseta y el bañador. El aire cálido de aquella noche de principios de julio le acarició la piel. Era agradable no llevar ropa alguna.

Se miraron y se sonrieron traviesamente, como cuando eran unos críos. Después, ambos saltaron al agua, casi al unísono, ocasionando un sonoro chapoteo en la quietud del jardín.

—¡Está de lujo! —exclamó Lukas segundos después, cuando emergió. Sacudió la cabeza con vigor, haciendo que cientos de gotas volaran a su alrededor.

—Está caliente —admitió Iván. Se alejó nadando hacia la zona que más cubría, disfrutando con la caricia del agua sobre su cuerpo desnudo.

Durante unos minutos no hablaron y se limitaron a flotar bocarriba sobre la superficie.

Iván sonrió. Era una persona afortunada por contar con alguien como Lukas en su vida. Muy afortunada.

—Iván, la próxima vez que me des con el pie, te hago una aguadilla —dijo su amigo en un momento dado en que sus cuerpos se rozaron sin querer.

Una risa pícara brotó del pecho de Iván. Alargó la pierna a propósito para volver a tocarle.

—¡Te lo advertí, Balcayo!

—¡Eso será si me atrapas, Alba!

Comenzaron a salpicarse, a empujarse y a tratar de hundirse mutuamente sin preocuparse demasiado de que el silencio de la noche arrastraba sus potentes voces y sus carcajadas en todas direcciones. Las aguadillas llegaron para los dos y las risas aumentaron de volumen.

—Pero ¿cuántos años tenéis?

Ambos giraron la cabeza con precipitación. En el borde de la piscina, solo ataviado con unos calzoncillos oscuros y una camiseta sin mangas estaba Diego, que los observaba con un amago de sonrisa.

—¿Te hemos despertado, Dieguito? —preguntó Lukas con fingida preocupación.

—La verdad es que no —dijo con un encogimiento de hombros—. No podía dormir por el calor.

—¡Quítate la ropa y ven al agua! Está espectacular.

Iván hubiera matado a Lukas en ese momento. No sabía si Diego aceptaría la invitación y se uniría a ellos, pero estaba claro que, si lo hacía, él tendría que largarse de allí. No creía poder soportar su cercanía sabiendo que estaba desnudo tan cerca de él.

Bueno, era improbable que aceptase. Diego no solía seguirle el juego a Lukas. Era bastante más serio que su hermano.

Tragó saliva cuando vio cómo se deshacía de la camiseta. Le había visto sin ella en multitud de ocasiones por lo que su pecho desnudo no le causó gran impacto. Pero luego, con más lentitud y sensualidad —o quizá la sensualidad solo estuviera en su cabeza y todo fuese mucho más prosaico y normal— se quitó los calzoncillos. Iván solo pudo pestañear repetidamente mientras esa impresionante visión se le incrustaba en las retinas. Quiso apartar la cabeza, pero los músculos de su cuello se pusieron en su contra y se negaron a moverse. Muslos largos, fuertes y musculosos, abdominales no demasiado pronunciados pero omnipresentes y un caminito estrecho de vello que bajaba desde el ombligo —que era perfección pura— hasta su entrepierna, cubierta por un vello dorado en el que destacaba su polla.

La polla de Diego.

Bastante generosa incluso en descanso.

Y hermosa.

Notó su cuerpo reaccionando de una forma similar a cuando era un adolescente y tenía que huir al aseo por culpa del culo de Alvarito. ¡Al carajo eso de que ahora tenía más autocontrol!

El golpe de Lukas en la espalda le hizo reaccionar.

—Cierra la boca y bucea, que pareces hipnotizado —cuchicheó su amigo.

Con las mejillas ardiendo por la vergüenza se dio la vuelta e introdujo la cabeza debajo del agua. Nadó hasta el otro extremo de la piscina mientras se forzaba a pensar en algo desagradable. Poco después escuchó el chapoteo a su espalda y supo que Diego se había tirado al agua.

Debería marcharse.

Cuanto antes.

Ya.

—No puedo dormir con vuestras risas, capullos. —La voz somnolienta de Erika resonó por el jardín—. ¿Estáis en bolas?

—Sí —la provocó Lukas—. ¿Algún problema?

—Ninguno —respondió en medio de un bostezo.

—Métete y jugamos al vóley —propuso Lukas, acercándose al lugar donde flotaba una pelota—. Dos contra dos. Tú, conmigo, Eri. Diego e Iván que vayan juntos.

¡Mierda! Iván volvió a pensar que Lukas necesitaba subir a la guillotina o ser devorado por animales salvajes. Se dio la vuelta y le lanzó una mirada asesina, que su amigo ignoró.

—Por mí, bien —respondió Diego con gravedad.

Iván evitó mirarle directamente mientras este se posicionaba a su lado, a un metro escaso. Por el rabillo del ojo vio que sonreía. Parecía desinhibido y feliz.

Por el contrario, él estaba tan nervioso como un flan.

No tenía sentido. Había estado cerca de Diego en multitud de ocasiones y jamás había reaccionado así.

«Pero estáis desnudos los dos», se recordó.

—Venga, va —aceptó Erika también—. Iván, que no se te caigan los ojos mirándome las tetas, que sé que la camiseta se transparenta. Estos me las han visto ya tropecientas veces —dijo con tono burlón. Luego saltó al agua.

Iván no tenía ojos para las tetas de nadie. Todos sus sentidos estaban puestos en la parte baja de su línea de flotación. Gracias a Dios, la iluminación no era muy fuerte y el ondular del agua disimulaba esa parte de su cuerpo que parecía no querer obedecerle.

Lukas cogió la pelota y se colocó en posición. La lanzó al aire y saltó para rematar con el brazo derecho. Iván la interceptó y se la devolvió. Erika se lanzó a por ella y consiguió que golpeara el agua en el campo contrario, salpicando a sus oponentes. Soltó una risa estentórea mientras chocaba los cinco con Lukas.

Después de eso, Iván se concentró en el juego y Diego hizo también lo propio. Y solo unos minutos después, Lukas y Erika iban perdiendo por siete a cuatro.

Le tocaba sacar a Iván. Se posicionó atrás y saltó para golpear la pelota con fuerza. Erika la cazó al vuelo y se la devolvió. Diego se elevó en el aire para alcanzarla y, en ese preciso momento, su espléndido trasero quedó al descubierto. Piel pálida, músculos, redondeces, carne perfecta… y en el glúteo derecho, un pequeño tatuaje. Los ojos de Iván se clavaron en la tinta con avidez sin poder discernir lo que representaba en el corto espacio de tiempo que permaneció al aire.

¿Diego tenía un tatuaje en el trasero?

Se le encogió el pecho y el corazón amenazó con salirse de su boca.

Su erección despertó de nuevo y ya no había nada en lo que pudiera pensar que no fuera en lo que acababa de ver.

El juego continuaba, pero él se hallaba demasiado distraído. Unos segundos después, por poco estuvo a punto de recibir un balonazo en la cara. Fue Diego, el que se abalanzó sobre él y le quitó de en medio, interponiéndose entre su cuerpo y el esférico y salvándole del golpe. Mientras que le sujetaba con un brazo por la cintura, sostenía la pelota con el otro. Le miró con sus fantásticos ojos oscurecidos por la preocupación.

—¿Estás bien?

—Eh, sí —repuso casi sin voz.

Estaba demasiado cerca. Muy cerca. Demasiada piel a su alcance.

¿Eran imaginaciones suyas o acababa de sentir algo vibrante contra su muslo?

¡No podía más!

Tenía que salir de la piscina.

Dio un paso atrás, liberándose del contacto de su tormento particular y se dio la vuelta.

—¿Hacemos una pausa? —propuso Lukas—. Es que estás muy despistado, Iván.

Le hubiera besado. Si antes le había deseado una muerte horrorosa y agónica, ahora, le habría regalado todas sus posesiones de valor.

—Jo, ahora que se estaba poniendo interesante —masculló Erika.

—Me quedo contigo —dijo Diego.

Iván se aproximó a las escaleras y respiró hondo. Sabía que ni Diego ni Erika podían ver su parte delantera, no obstante, los nervios le invadieron. Lukas, como el mejor amigo del mundo que era, abandonó la piscina apoyando las manos en el borde y cogió dos toallas del césped. Le lanzó una mientras le miraba con intención. Luego se alejó secándose con brío.

Iván salió del agua con prisas y se anudó la toalla a la cintura. Se sentó en una de las tumbonas y puso las manos sobre su regazo con disimulo. Evitó mirar hacia la piscina y prefirió concentrarse en el cielo.

—¿Todo bien? —Lukas se situó a su lado y le tendió su bañador. Él ya se había puesto el suyo.

—Sí y no.

—¿Y eso?

—Pues el no, porque creo que va a pasar un buen rato hasta que pueda levantarme y quitarme la toalla. Y es por tu culpa. «Tú, conmigo, Eri. Diego e Iván que vayan juntos» —le imitó con retintín.

—Lo suponía. Tu cara era todo un poema —se rio entre dientes.

—Pero te perdono —continuó con magnanimidad—, porque me has sacado de la piscina a tiempo.

Las voces de Erika y Diego llegaban hasta ellos. Seguían pasándose la pelota con menos entusiasmo que antes. De vez en cuando soltaban alguna risa. La de Erika era cantarina, la de Diego, profunda, atractiva y muy sexi.

Lukas se sentó en el césped, junto a su tumbona.

—¿Sabías que tu hermano tiene un tatuaje en el culo? —le preguntó Iván al cabo de un rato.

Su amigo arqueó ambas cejas con exageración.

—¿Diego? ¿Un tatuaje en el culo? Estás de coña.

—Para nada. En el glúteo derecho. Es pequeño.

—¡Diego! —gritó Lukas para llamar su atención.

—Cállate —bisbiseó Iván furioso.

¡Ahora Diego iba a saber que había estado mirándole el culo!

—¿Qué? —preguntó este desde el agua.

—¿Tienes un tatu en el culo?

Los ojos de Diego fueron prestos a la cara de Iván, que se había puesto rojo como un tomate. Al menos, la oscuridad disimularía su rubor, pensó mortificado.

—Sí.

—Eh, yo quiero verlo —bramó el benjamín de los Alba, incorporándose.

—Es privado —se burló Diego, meneando la cabeza.

—¿Qué es? —intervino Erika.

—Es secreto. Es solo para los ojos de alguien especial —continuó Diego de cachondeo, provocando a sus hermanos.

¿Para los ojos de alguien especial? Un escalofrío recorrió la espalda de Iván. Se llamó tonto en silencio.

—Venga, va, enséñalo —insistió Lukas—. Iván lo ha visto.

¡Joder! ¿No podía abrirse la tierra y tragarse al capullo de Lukas?

—Entonces, eso debe de significar que Iván es alguien especial —dijo Diego con una sonrisa de oreja a oreja y tonillo desenfadado.

Iván estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

—No te hagas el interesante y enseña el culo ya, hombre —gritó Erika, que trató de colocarse a su espalda.

Diego la apartó sin esfuerzo con una risa.

—Paso. Es un secreto.

—Sabes que, en cuanto estés descuidado, vamos a bajarte los pantalones —le advirtió Lukas.

—Intentadlo.

Acto seguido lanzó la pelota hacia su hermano pequeño que tuvo que echarse hacia atrás para cogerla. Mientras estaba distraído, salió del agua de un salto y se envolvió en su toalla a toda velocidad.

—¡He estado a punto de verlo! —anunció Erika con un puchero. También salió del agua —. Pero no he podido leer lo que pone. Iván, ¿tú has podido?

—No. Yo tampoco —respondió a media voz. Evitaba mirar a Diego y se mostraba muy ocupado en juguetear con un hilo suelto de su toalla.

Lukas trajo un pack de seis cervezas y dos bolsas de patatas y lo dejó todo en la hierba. Los cuatro, envueltos en toallas, colocaron las tumbonas en círculo y se reunieron en torno al pequeño refrigerio.

—Oye, Iván, ¿sigues con la chica esa? —La curiosidad de Erika era casi palpable—. ¿Cómo se llamaba? ¿Adriana?

—Andrea —corrigió—. No, ya no estamos juntos. Era solo un rollo.

—Cambias más de chica que de calzoncillos —comentó, llenándose la boca de patatas.

—Ahora le gusta otra persona —intervino Lukas con tono misterioso.

Iván cerró los ojos con fastidio. Su amigo era un puñetero bocazas

—¿Otra más para tu colección? —preguntó Erika con ironía.

No respondió. Se limitó a encogerse de hombros. No le apetecía nada tener que inventarse a una novia ficticia. Por el rabillo del ojo vio cómo Diego le observaba atentamente, como si estuviera esperando su respuesta, mientras le daba un trago a su cerveza con parsimonia.

—Y tiene los ojos azules, como los nuestros —continuó Lukas—. Podría pasar por una Alba, perfectamente.

La mirada de Iván disparó unos cuantos puñales a su amigo, que le ignoró flagrantemente mientras componía una sonrisilla.

—A ver, es que los ojos azules tienen encanto —dijo Erika, pestañeando con exageración —. ¿Y tú, Dieguito?

—¿Yo qué?

—Que si sales con alguien.

—Qué cotilla eres, ¿no?

—Es que cuesta un montón sacarte información. Nunca cuentas nada. ¿Estás con el Emilio ese del otro día o es solo un polvo ocasional?

—Es solo un polvo ocasional —respondió Lukas.

Diego se rio.

—Vaya, ¿ahora hablas por mí? ¿Cómo sabes que no es mi chico?

—Es evidente.

—¿Tan transparente soy?

—No. Eres más bien hermético, pero no te veo con ese tío. Está muy bueno —añadió—, pero no te pega.

—¿No me pega?

—Nada. No sé. No es tu tipo.

—¿Cuál es mi tipo, entonces?

—El tío ese de la tele, el del bañador diminuto blanco que se tira de las rocas.

—¿David Gandy?

—Solo los gays y las tías saben de quién hablo cuando digo eso del tipo del bañador.

Iván puso los ojos en blanco cuando vio la mirada pícara que Lukas le dirigía.

—A ver, es que David Gandy es el tipo de cualquiera —intervino Erika.

—Pfff, otra. Anda, Iván, échame un cable hetero o algo.

Todos se rieron por la ocurrencia. Incluso el propio Iván.

—Entonces no estás con el Emilio ese —insistió Erika.

—Solo somos amigos —respondió el mayor de los Alba al fin con un deje de hastío en la voz.

—*Follamigos*, querrás decir —probó de nuevo su hermana.

—Pues eso.

Iván volvió a mirarle de soslayo. Se recreó en su sonrisa. Tenía una sonrisa hermosa. Le dio un vuelco el estómago al pasar revista a lo que acababa de averiguar. *Follamigos.* Qué fea sonaba esa palabra. Y cuánta envidia desencadenaba en él. Apretó la mandíbula con desilusión.

—¿Y tú, Eri? —inquirió Lukas.

—Solterísima de momento y sin nadie buenorro en el horizonte —suspiró—. A ver si este verano tengo más éxito que el pasado.

La conversación siguió durante un buen rato. Los temas se fueron sucediendo hasta que los tres hermanos terminaron hablando del negocio familiar y de un trabajo que le habían encargado a su padre. Iván aprovechó para desconectar. Se reclinó en la tumbona y dejó que su mente vagara libre.

De esa noche había sacado en claro varias cosas.

La primera, que Diego tenía un tatuaje en el trasero.

La segunda, que Diego tenía un rollo con el rubio de la coleta.

Y la tercera, que a Diego le gustaban los tíos como Gandy, pulidos, elegantes, maduros y atractivos. Lo opuesto a lo que era él: demasiado joven, demasiado desastroso, vulgar, macarra y sin atributos destacables que pudieran interesarle a un hombre de casi treinta años.

Diego no era para él, eso era incuestionable.

Notó que un peso enorme caía sobre sus hombros y elevó la cabeza al cielo. Oscuro y preñado de nuevo de nubes grises y tristonas mostraba un aspecto desesperanzador.

Tal y como él se sentía.

Capítulo 10

Diego

Llevaba dos semanas evitando ir a casa de sus padres. Después de la noche de la piscina no había vuelto a pasarse por allí.

No podía.

No mientras Iván siguiera viviendo con ellos.

Había creído que tenía un autocontrol formidable y que podía fingir y disimular con soltura. ¿Acaso no llevaba haciéndolo desde el año anterior, desde que se dio cuenta de que se sentía atraído por el joven? Sin embargo, tras lo sucedido en la piscina, sabía que no era así. Se había sentido fresco, vivo y demasiado desinhibido. Juguetón, incluso. No tenía ni idea de qué bicho le había picado para coquetear con Iván de esa manera, porque, aunque los demás no se hubieran dado cuenta, eso había hecho: coquetear. Y era evidente que a Iván no le había entusiasmado y se había sentido incómodo. Estuvo tenso durante toda la reunión.

Fue un error lanzarse al agua desnudo y pretender que la cercanía del amigo de su hermano no le iba a afectar en absoluto. Un error enorme, tal y como pudo comprobar al sentir su cuerpo cerca del suyo y darse cuenta de que se excitaba como un adolescente imberbe e inexperto.

Solo tenía que cerrar los ojos y revivir la escena, y el calor le inundaba.

Era curioso cómo habían cambiado las cosas en solo unos días. Había una sutil diferencia en el ambiente cuando se encontraba con Iván. No era algo tangible que Diego pudiese explicar con palabras, era algo impreciso y electrizante que parecía atraerle todavía más que de costumbre hacia él. No podía quitarle los ojos de encima.

¡Dios! Era patético.

Al menos, había sabido capear el temporal y salir medianamente airoso de la situación, pero no deseaba que un episodio semejante volviera a repetirse. Era mucho más débil de lo que creía y era mejor guardar las distancias y, con la excusa de que tenía mucho trabajo, no había regresado al chalet.

No obstante, no dejaba de pensar en él.

¡Estaba colado por un hetero!

Si las cosas seguían así, se iba a volver loco.

Suspirando, se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora en la pantalla. Eran las nueve en punto y el sol no tardaría mucho en ponerse. Las farolas de la playa ya se habían encendido y su cita debía de estar a punto de llegar.

Solo unos segundos después, la alta figura de Cas apareció doblando la esquina.

Diego sonrió.

Puntualidad alemana.

Le hizo un gesto con la mano y su invitado se encaminó hacia su mesa. Pese a que ya tenía más de cuarenta años, seguía siendo un espectáculo para los ojos femeninos. Alto, musculoso, bronceado, rubio, con los ojos azul cielo y los brazos tatuados asomando por las mangas de su camiseta. Todas las cabezas se giraron a su paso.

—Hola, Diego, ¿cómo andas? —le saludó, ajeno al escrutinio de los demás.

—Muy bien, ¿y tú? ¿Qué tal se te ha dado el viaje?

Cas había estado dos semanas en el Reino Unido, en la sede de Triumph, la marca de motocicletas de la cual era representante en España, por eso no habían podido encontrarse antes.

—Pues bien. No tengo queja. Nuevos encargos y nuevas negociaciones, pero bastante beneficiosas para mí. ¿Quieres otra? —le preguntó al tiempo que señalaba la cerveza que había frente a Diego.

—No. Acabo de pedir esta.

—Una para mí también —le dijo al camarero que se acercaba.

Pese a que había mucha gente en la terraza del local, las mesas no estaban muy cerca las unas de las otras por lo que era posible charlar con comodidad. Intercambiaron unas cuantas frases de cortesía, preguntándose mutuamente por sus familias y sus trabajos, hasta que, finalmente, Diego le explicó el motivo de su llamada. Estaba impaciente por hacerlo.

—La verdad es que quería hablarte de alguien que está buscando trabajo, para ver si tú puedes hacer algo por él.

—¿Es mecánico? —Cas se adelantó y apoyó los codos sobre la mesa, ladeando la cabeza con interés.

—Acaba de terminar el módulo.

—Vamos, que no tiene experiencia ninguna.

—No. Solo las prácticas.

—¿Quién es? ¿Le conozco?

—Es Iván.

Cas alzó ambas cejas, sorprendido.

—¿El amigo de Lukas? ¿El hijo de Balcayo?

—Sí.

—Pero si estuve hablando con él hace unos meses y me dijo que iba a empezar a currar en el taller de Quique.

—Ya, pues las cosas no han salido como él quería.

—¿Qué ha pasado?

Diego se echó hacia atrás en su silla y rascó la etiqueta de su botella de cerveza con la uña. No quería revelar ninguna información confidencial, solo lo justo.

—A ciencia cierta no lo sé muy bien —comenzó—. Solo puedo decirte que discutió con su padre y que le puso de patitas en la calle. Y luego, el capullo ha ido corriendo la voz por ahí diciendo que su hijo es un vago y un incompetente. Por eso Quique no le ha contratado. Y los otros talleres donde ha preguntado, o bien le exigían experiencia o eran amigos de su padre y no querían enemistarse con él. —Se detuvo y cogió aire profundamente—. Vamos, que le han puesto en la lista negra.

—¿En serio? Alucinante. —Liberó una risa incrédula—. No es un secreto que Balcayo está como una regadera y que bebe demasiado. Hace cosas raras. Es un milagro que conserve su puesto de trabajo todavía. También es verdad que es un buen mecánico y que conoce a mucha gente en el mundillo. —Frunció el ceño—. Pero me parece muy fuerte que le haga eso a Iván. Joder, es su hijo. ¿Dónde está ahora?

—En casa de mis padres.

—Qué putada. —Se llevó una mano al mentón y tras un breve silencio, continuó—: Es verdad que Tony va a jubilarse en unos meses y que voy a necesitar un reemplazo, pero me gustaría contratar a alguien con experiencia.

—Ya —murmuró Diego, cuyas esperanzas de ayudar a Iván se desmoronaban como un castillo de naipes arrastrado por el viento.

—A ver —prosiguió Cas con la mirada extraviada—, Tony se va en diciembre, vamos, en cinco meses. Tengo a Alberto y a Jörg, con los que me puedo apañar. No sé, podría contratarle a prueba, a ver qué tal se le da. Tony podría enseñarle antes de irse. Me da palo no darle una oportunidad. A mí me importa una mierda lo que diga Balcayo y me cae bien el chaval. Además, he visto cómo ha arreglado su coche. Ese Seat no hubiese podido acondicionarlo un incompetente —se rio.

A Diego le dio un pequeño vuelco el estómago. ¿Cas contaba con Iván?

—Vaya, Cas, es una buena noticia —exclamó—. Ya sabes que mi familia quiere mucho a Iván y no nos gusta verle en la situación en la que se encuentra.

Obvió que tenía una motivación exclusivamente personal. Que quería ser él quien le ayudara.

—Me imagino. Siempre he pensado que tenía suerte de teneros. Jamás ha podido contar con su padre, el pobre. Balcayo es un cabronazo. Hay tíos que no deberían tener hijos —soltó con desprecio.

Diego rechinó los dientes. Él pensaba lo mismo.

—Aunque tengo la impresión de que Iván sabe defenderse solito. Es bastante maduro para su edad —continuó Cas, después de darle un trago a su cerveza—. Bueno, hacemos una cosa. Dile que venga el lunes por la mañana al taller para hablar conmigo y ya vemos.

—Tío, muchísimas gracias.

—De gracias, nada. Si luego resulta que no sale bien, te exigiré algo, no sé, algún retrato gratis de las niñas o de Eli —le dijo y le guiñó un ojo.

—Cuenta con ellos —sonrió Diego.

El resto del encuentro transcurrió deprisa. Cas quería volver a casa pronto para acostar a sus hijas y ya era de noche. Se despidieron con unas palmadas en la espalda y la promesa de quedar más a menudo.

Diego encaminó sus pasos hacia el arenal, esquivando a algunos grupos de personas. El paseo marítimo era un hervidero de gente a esa hora de la noche.

Julio y la zona de Levante: el caos.

Encontró un lugar más tranquilo al final de la playa y tomó asiento en un banco que miraba al mar. Sacó el móvil. Una sonrisa satisfecha animaba su cara. Estaba ansioso por trasladarle las buenas noticias a Iván.

No le sorprendió que este respondiera la llamada después de un único tono. Sabía que estaba esperando desde que le envió el wasap hacía un par de horas y le informó de la reunión.

—¿Sí? —jadeó.

—¡Qué rapidez! ¿Pensabas que era una novia tuya? —se permitió el lujo de bromear. Estaba eufórico.

—Ja, ja, muy gracioso.

—¿Dónde andas? Apenas te oigo. Hay mucho ruido.

—Estoy en el Burger de Levante, pillando la cena.

Diego alzó las cejas, sorprendido. La hamburguesería estaba a solo doscientos metros de donde él se encontraba.

—¿Y eso?

—Luego te cuento. Venga, no te hagas de rogar y dime qué ha dicho Cas. —Su ansiedad era obvia.

—¿Estás solo?

—Sí —repuso con impaciencia—. ¿Qué ha dicho Cas?

—Te veo en unos minutos en la puerta del Burger. Píllame un menú *Doble Cheese Bacon* con Coca-Cola y patatas *Supreme*. Pago yo.

—Eh, vale. Pero…

Diego colgó mientras soltaba una risa. Echó a andar con pasos largos, esquivando a la gente que ocupaba el paseo. Sus pies parecían volar sobre las baldosas de cemento. No tardó en llegar al Burger. Se hallaba en una zona privilegiada de la playa por lo que siempre estaba lleno, tal y como era el caso en ese instante. Había unas colas larguísimas frente a las cajas. En la de la derecha, descubrió a Iván, que estaba a punto de pedir. Vestía de negro, como era su costumbre, y llevaba una bandana oscura en la cabeza.

Era tan diferente a todos los hombres que le habían atraído hasta el momento que Diego se quedó quieto junto a la puerta, observándole en silencio con el ceño fruncido. No sabía por qué últimamente comenzaba a dudar del aspecto de chico malo de Iván. Era algo sutil, pero su manera de moverse y sus gestos eran mucho menos bruscos de lo que hubiese encajado con aquel atuendo de pandillero. ¿Había sido siempre así?

Meneó la cabeza, ahuyentando aquellos necios pensamientos y se acercó a él.

—Hola —murmuró. Seguía sonriendo.

Iván dio un respingo al escucharle. Se dio la vuelta y le miró con los ojos muy abiertos e inquisitivos.

—¿Me vas a decir algo ya? Me tienes de los nervios.

—Te voy a decir que la cena la pago yo para celebrarlo.

Las comisuras de los labios de Iván se elevaron hacia arriba y todo su rostro se iluminó.

—Buenas noches. Bienvenidos a Burger King. ¿Qué van a pedir? —La cajera interrumpió el momento.

—Dos menús *Doble Cheese Bacon* con Coca-Cola y patatas *Supreme* —le dijo Iván a la chica—. Para llevar.

Antes de que pudiera hacer nada, Diego se sacó un billete del bolsillo y se lo pasó a la muchacha.

—Debería invitarte yo —dijo Iván.

—Cuando cobres tu primer sueldo —repuso.

La emoción se reflejaba en cada poro del cuerpo de Iván. No paraba de moverse, nervioso, pero no hizo más preguntas hasta que tuvo la bolsa con la comida en sus manos y enfiló hacia la salida. Diego le siguió.

—¿Qué haces aquí, en Levante? —le preguntó cuando alcanzaron la calle.

—Pues, es que mi amigo Lolo, el camarero del Heartbreak, me ha llamado porque estaban buscando a un recoge vasos para este fin de semana. He dicho que sí. Y empiezo a currar en media hora. No pagan mucho, pero es mejor que nada —habló deprisa—. Y suéltalo ya, joder. ¿Qué ha dicho Cas?

—¿Bajamos a la arena? —propuso, en vista de que todos los bancos de la zona estaban ocupados.

Iván se limitó a agacharse para librarse de sus zapatillas. Se las quitó y bajó al arenal de un salto. Diego le imitó y fue tras él. Todavía había algunos grupos de personas en la playa, pero encontraron un sitio tranquilo, cerca de unas palmeras. Se sentaron en la arena y sacaron las hamburguesas y las bebidas de las bolsas.

—Dímelo ya, hombre. O me va a dar algo.

Diego le miró con una sonrisa. Iván estaba increíblemente guapo a la luz de las farolas, con esa expresión suplicante en el rostro.

Ya se estaba desviando…

Carraspeó.

—Quiere que te pases el lunes por su taller para hablar contigo. En principio, me ha dicho que te contrataría a prueba y que Tony te enseñaría hasta que se jubile en unos meses.

Iván suspiró hondo y cerró los ojos. Inclinó cabeza y pareció olvidarse de la hamburguesa que tenía en la mano. Su postura, que hasta el momento había mostrado tensión, se relajó.

Las ganas de alargar la mano y quitarle el pañuelo para poder removerle el cabello de la coronilla inundaron a Diego, pero no hizo nada de eso. Se limitó a desviar la mirada hacia la orilla. El mar estaba calmado, apenas había oleaje. Le dio un trago a su bebida y hundió los dedos de los pies en la fresca arena; la sensación granulosa era muy agradable. Se concentró en ella para darle a Iván el tiempo que necesitaba.

—Gracias —dijo este al fin. Había un ligero temblor en su voz.

—No me las des. Apenas he hecho nada.

—Lo has hecho todo.

A Diego le dio un vuelco el corazón al escucharle decir esas palabras; era evidente que no tenían el mismo significado para ambos. Giró la cara y le miró de frente. Ahí estaba esa expresión de gratitud que había esperado volver a ver. ¡Qué estúpido! ¿Cómo era posible que se sintiese tan bien solo porque Iván le contemplaba así?

—En realidad, todo es cosa de Cas —admitió con un encogimiento de hombros, fingiendo indiferencia—. El lunes hablas con él y ya veis.

—Sí, está claro que es cosa de Cas, pero te agradezco mucho que se lo hayas dicho tú. Nunca voy a poder devolverle a tu familia todo lo que estáis haciendo por mí.

—Es que no tienes que devolver nada.

—Ya, ya, pero me siento en deuda con todos vosotros —dijo y alargó la mano para posarla sobre el antebrazo de Diego.

Este se quedó mirando sus dedos, esos dedos que tanto le gustaban, y se dio cuenta de que se le ponía la carne de gallina. Antes de que Iván también se percatase, apartó el brazo con suavidad y le lanzó una breve sonrisa. Cogió su hamburguesa y le dio un bocado.

—Cuando seas rico, espero que nos lo devuelvas todo —bromeó, después de tragar.

—¡Dalo por hecho! Y ten en cuenta que el próximo mecánico que te va a revisar la moto voy a ser yo —siguió con la broma.

Ambos se rieron.

Después de eso, hubo un largo silencio mientras continuaban dando buena cuenta de sus hamburguesas. El jaleo de los turistas que salían por la noche para acudir a los bares cercanos los envolvía.

—Hace dos semanas que no subes a casa de tus padres —dijo Iván al fin.

—Es que tengo mucho trabajo. Tengo que entregar un encargo el martes y voy con retraso —mintió—. No creo que pueda pasarme esta semana tampoco.

—Ah, vale.

¿Había desilusión en su tono? No. Seguro que se lo estaba imaginando.

—Llámame el lunes y me cuentas cómo has quedado con Cas —le dijo al cabo de un rato.

—Claro. Te pego un toque y te cuento —respondió. Luego se sacó el móvil del bolsillo —. Me tengo que ir ya. Se me hace tarde.

—No te preocupes por esto, yo lo tiro —comentó Diego, haciendo un gesto hacia los envoltorios.

—Me voy. Y mil gracias.

—Bah, que no lo digas más. No es nada.

Iván se acercó al borde del paseo y se sentó. Se sacudió la arena de los pies y se puso las zapatillas. Se notaba a la legua que estaba contento; su boca dibujaba una sonrisa.

—La próxima vez, pago yo con mi sueldo —le dijo risueño, al tiempo que alzaba la mano y se despedía.

Diego hizo un gesto de asentimiento. Luego le vio alejarse. Sus largas piernas enfundadas en los vaqueros avanzaban deprisa, sorteando a los turistas. Tenía una cadencia muy sexi en sus andares.

Diego suspiró bajito.

Sus andares, su cara, su pelo, su cuerpo… Todo. Todo le parecía sexi.

Era mucho mejor no acudir a casa de sus padres el domingo.

Sí, era mejor mantenerse a distancia de Iván.

Capítulo 11

Iván

Trabajar en el taller de Cas era una verdadera pasada. Llevaba ya diez días allí y estaba más que complacido. Cas le había ofrecido un trabajo a tiempo completo y le había puesto bajo las órdenes de Tony, el mejor mecánico que había conocido jamás. Era un tipo extraordinario. No solo era un gran profesional, también tenía mucha paciencia y conocía innumerables trucos, de esos que uno no podía aprender en clase. Iván, por primera vez en su vida, no se arrepentía de haber elegido ese oficio.

Había tardes que, en lugar de irse a casa después del final de su turno, se quedaba a mirar cómo Tony y Cas restauraban piezas de alguna moto vintage. Los observaba con la boca abierta, fascinado y deseoso de aprender. Sabía que todavía le faltaba mucho, pero quizá algún día podría ser como ellos.

Apenas podía creerse cómo su vida había cambiado en cuestión de unas pocas semanas.

Se deshizo de los guantes grasientos y los tiró al cubo de reciclaje, luego se quitó el mono de trabajo y lo dejó en su taquilla. Después de lavarse las manos a conciencia se encaminó hacia la salida y les hizo un gesto de despedida a Tony y a Jörg, que todavía trabajaban en una Rocket 3.

—Iván, antes de irte, pásate por la oficina —le gritó Cas desde el fondo del taller.

Cambió de dirección y se encaminó a la parte trasera. La oficina de Cas era una habitación desastrosa, ocupada por una mesa, una silla giratoria y con las paredes forradas de estanterías, de las cuales sobresalían cientos de carpetas y papeles. Nadie sabía dónde estaba nada, solo Cas parecía apañarse bien en aquel caos.

—Toma —le dijo este cuando accedió al interior de la estancia, al tiempo que le tendía un sobre blanco.

—¿Qué es? —Iván lo cogió con la frente arrugada.

—Es tu primer sueldo.

—Pero si solo llevo aquí unos días…

—Y lo estás haciendo genial —le alabó Cas con una sonrisa—. Es un adelanto.

—Yo no te lo he pedido —murmuró, todavía reacio a aceptar algo que no se había ganado.

—¿Y? Sé que andas corto de pasta.

Iván enrojeció. Odiaba que todo el mundo supiera de su precaria situación económica. Por otro lado, tampoco podía ocultarlo.

—Es muy amable por tu parte, pero no puedo…

—Sí puedes. Como te digo, es un adelanto, no es ningún regalo. Luego te lo iré descontando de tus futuras nóminas. No protestes —añadió en un tono que no admitía réplica.

—Eh…, pues, muchas gracias. ¿Tengo que firmar algo?

Cas hizo un gesto vago con el brazo.

—Le diré a mi gestor que prepare un documento, por eso no te preocupes. Nos vemos el lunes.

Iván se guardó el sobre en el bolsillo trasero de sus vaqueros y se despidió. Mientras caminaba hacia la salida notó un curioso ardor en el pecho, pero trató de controlarse.

Últimamente todo le emocionaba demasiado.

Una vez estuvo dentro de su coche, sacó el sobre y echó un vistazo a su interior.

¡Mil euros!

Tragó saliva con fuerza mientras su dedo índice acariciaba el borde de los billetes de cincuenta. Los contó dos veces. Mil euros. Quizá para otro fuera una miseria, pero para él era una jodida fortuna. Hacía mucho tiempo que no veía tanto dinero junto.

Se echó hacia atrás en el asiento y apoyó la nuca sobre el reposacabezas con los ojos cerrados. Casi no podía creerse que la suerte se hubiera puesto de su parte de aquel modo.

Su primer impulso fue llamar a Diego y decírselo, pero se arrepintió. Era cierto que habían hablado unas cuantas veces en los últimos días, y que Diego estaba muy interesado en saber cómo le iba y si estaba bien, pero llamarle por cualquier tontería era absurdo, ¿no? A fin de cuentas, tampoco eran amigos íntimos. Su mejor amigo, su alma gemela era Lukas y era en él en quien debía pensar como su máximo confidente. No sabía por qué le acudía a la cabeza su hermano mayor con tanta frecuencia. Bueno, sí lo sabía, pero no tenía sentido.

Resoplando con sorna, se sacó el móvil del bolsillo y llamó a Rudi.

—¿Qué pasa, Iván? —contestó este después de un par de tonos.

—Hola, Rudi. Oye, ¿todavía no has encontrado a nadie para lo del piso?

—No. Todavía no.

—Es que a lo mejor me interesa a mí.

—¿En serio? Genial.

Hacía unos días que se había tropezado con su antiguo compañero de colegio que andaba buscando alguien con quien compartir su piso, ya que el chico con el que vivía se había largado sin avisar. En aquel momento, Iván había lamentado no tener pasta para mudarse él mismo, pero ahora las cosas habían cambiado. Tenía dinero.

—¿Cuándo podría mudarme?

—Hoy mismo. Ya sabes el precio, y el piso ya lo conoces.

Sí, Iván conocía el piso. Era el de los padres de Rudi, que se habían mudado a Extremadura cuando se jubilaron. Él había estado allí en alguna que otra ocasión durante su adolescencia. Recordaba que se encontraba en el centro y que era un cuarto sin ascensor.

—La cocina y el baño están reformados y lo hemos amueblado con muebles de esos chulos de Ikea. Está de lujo —continuó Rudi.

Mientras su amigo enumeraba las ventajas de la zona, Iván echaba cuentas mentalmente. Trescientos cincuenta euros al mes, más la comida, el móvil y la gasolina. Si juntaba las ganancias del fin de semana que había pasado recogiendo vasos y el dinero del sobre que Cas acababa de darle, no tendría ningún problema. Quizá incluso pudiera alquilar una plaza de garaje. Además, quería hacerles un regalo a los padres de Lukas, aunque todavía no sabía el qué.

—¿Te parece bien que vaya en unas dos horas? Tengo que recoger mis cosas.

—A las diez y media quedamos, si te parece. Podemos pillar unas pizzas o algo y recordar viejos tiempos.

—Claro. Nos vemos, entonces.

—Qué pasada compartir piso contigo. Por lo menos me caes bien. Y con lo mujeriego que eres, seguro que podemos hacer fiestecitas con algunas tías buenas —exclamó con una carcajada socarrona.

Iván compuso una mueca.

Si ese era el motivo para alquilarle el piso, el pobre Rudi iba a sufrir un gran desengaño.

«A lo mejor lo que llevo son tíos buenos», se dijo con sarcasmo.

Se despidieron.

Iván le echó una ojeada a la hora. Eran las ocho y veinte. Tenía tiempo de sobra para ir a casa de los Alba, preparar su equipaje y bajar al centro. Iba a echar de menos a la familia que le había acogido con tanto cariño, pero tenía unas ganas enormes de recuperar su libertad y de no sentir que vivía de prestado. Esas tres semanas que había pasado con ellos le pesaban en el ánimo. Si bien siempre se sintió muy a gusto, no era su casa.

Lukas estaba en la cocina cuando llegó. Erika estaba tirada en el sofá viendo una serie en Netflix. No había nadie más por allí.

—Oye, Luke, ¿te acuerdas lo que te dije el otro día de Rudi? —le preguntó, acercándose.

—¿Que buscaba compañero de piso? —dijo sin mirarle. Estaba preparando bocadillos como para un regimiento.

—Sí. Me voy a mudar con él.

—¿Y eso? Creía que estabas esperando a cobrar.

—Es que Cas me ha dado un adelanto.

—Qué guay.

—Ya ves. ¿Por qué estás haciendo tantos bocatas? —inquirió con curiosidad.

—Me voy con Eva a esa calita que te dije que está cerca de Moraira. La idea es pasar la noche allí. En plan romántico y eso —repuso y sonaba avergonzado.

—¿Qué es lo que has hecho? ¿Cómo la has cagado esta vez?

—Se le ha olvidado que ayer fue su aniversario —gritó Erika con malicia desde el salón —. Cinco años y ni se acordó de decirle nada. Qué patético. Me acordaba hasta yo.

—Me parto contigo, colega —se rio Iván.

—Bueno, cambiemos de tema —farfulló Lukas—. Entonces, te mudas con Rudi. ¿Cuándo?

—Ahora. Hago el equipaje y me largo.

—¿Te echo un cable para guardar tus cosas? —ofreció Erika, alzándose sobre las rodillas y mirándolos por encima del respaldo del sofá.

—No hace falta —rechazó Iván—. Si apenas tengo cuatro chorradas.

—He quedado con mis amigas en una hora, vamos a cenar por ahí. ¿Te apetece venirte? —le ofreció—. Jorge y sus amigos también se vienen.

—No —negó con un gesto—. Ya he quedado con Rudi.

En ese momento hizo su aparición Jorge. Iba vestido para salir de fiesta. Pantalón vaquero y camisa blanca sin cuello. Repeinado y perfumado.

—Bueno, bueno, bueno, Ivancito —dijo con una risa mientras le agarraba por el cuello y le frotaba el pelo con vigor como si fuera un crío.—. Ya me ha dicho Till, que le ha dicho su hermano Cas, que tiene un mecánico nuevo que es una pasada.

—Si te ha dicho eso, será porque es verdad —se jactó Iván y le acompañó en su risa. Luego se deshizo del agarre y le dio una suave colleja—. ¿Cómo es que te has arreglado tanto? ¿Tienes una cita? Me voy a chivar a Juls.

—No me he arreglado especialmente, es que el que es guapo, es guapo —dijo con tono presuntuoso.

Erika le lanzó un cojín que le dio de lleno en la cabeza. Él se lo devolvió y ella gritó. Lukas les lanzó unas bolas de papel de plata desde la isla de la cocina mientras se reía con fuerza. Olvidados quedaron los bocadillos. Pronto, los tres estaban arrojándose cosas, dando gritos y riéndose como energúmenos.

Iván los iba a echar de menos. Dudaba mucho que la convivencia con Rudi fuera tan

divertida. Sonriendo, se alejó hacia la habitación que ocupaba.

Se dio una ducha rápida y se vistió, luego cogió sus cosas del armario y comenzó a organizarlas. No tardó mucho. Ni siquiera había sacado toda su ropa de las bolsas de viaje, solo lo que iba utilizando diariamente. Echó un último vistazo a su alrededor y comprobó que no se dejaba nada. Después, abandonó la habitación y se encaminó al tendedero, que estaba al fondo del corredor. Tenía unas cuantas prendas en la secadora. Las sacó y las dobló.

—¿Nos dejas?

La matriarca de los Alba apareció en el umbral de la puerta. Lucía un vestido verde largo y suelto y llevaba el pelo rubio recogido en un moño en la parte baja de la cabeza. Pese a su informal aspecto, estaba preciosa, como siempre.

—Sí. Cas me ha dado un adelanto de mi sueldo y he pillado una habitación en casa de un amigo. Ya iba siendo hora.

—No. Es muy bueno tenerte aquí. Si necesitas algo, vuelve. Esta es tu casa —dijo con su fuerte acento teutón.

—Lo sé. Mil gracias por todo, Anna. Os habéis portado tan bien conmigo, que no sé cómo agradeceros…

—¡No! —le interrumpió categórica—. Eres buen chico. Mucho mejor que mis hijos que son ruidosos y no tienen respeto. Tú ayudas en la casa y lavas tu ropa. Yo quería un hijo como tú, pero tuve a Lukas que es un desastre —suspiró con exageración. Su tono era seco, pero Iván ya la conocía lo suficiente para saber que bromeaba.

—¿Dónde está nuestro hijo favorito? —tronó una voz masculina por el pasillo.

Poco después, Tony asomaba la cabeza por la puerta.

—Mira cómo dobla la ropa, Tony —dijo Anna, señalando las camisetas que Iván había sacado de la secadora—. Yo quiero un hijo como este. Los tuyos no sirven.

Iván soltó una carcajada. Luego se acercó y la abrazó, ella le correspondió con afecto. Olía a champú de lavanda. Él cerró los ojos y se dejó llevar un instante por la melancolía. No recordaba mucho de su madre, pero estaba seguro de que sus abrazos debían de haber sido similares. Se apartó con un carraspeo.

—Menuda putada que nos dejes. A ver quién va a cortar el césped ahora —le dijo Tony —. Ninguno de mis hijos lo hace y me va a tocar a mí.

Iván se rio. Era cierto que había cortado el césped la semana anterior.

—Si no te gusta el sitio ese, vuelve —continuó Tony, y le dio también un abrazo algo más vigoroso que el que había recibido de su mujer—. Esta es tu casa, ya lo sabes.

Iván notó que le ardían los ojos y pestañeó para ahuyentar la humedad. Por enésima vez en su vida se preguntó por qué no había tenido suerte con su familia. Gracias al cielo, el destino o la casualidad o lo que fuera había puesto a los Alba en su camino.

Guardó las camisetas en una de las bolsas de viaje y regresó al salón. No había ni rastro de Erika ni de Jorge, pero Lukas le estaba esperando con la mochila ya colgada del hombro.

—¿Tú también te vas? —le preguntó su padre.

—Sí. Voy a pasar la noche fuera con Eva.

—Cariño —se dirigió a su mujer—, ¡tenemos la casa para nosotros solos! Esta noche juega…

—*Kein Fussball!*[35] —exclamó ella con el ceño fruncido.

No hacía falta saber mucho alemán para descifrar el significado de aquellas tres sílabas.

—Vaaale, tú ganas. Vemos una peli.

—Romántica —añadió ella.

Tony puso los ojos en blanco.

—Te tiene pillado por los huevos, papá —se burló Lukas.

—Solo porque lo consiento —dijo este con un aspaviento chulesco.

—Entonces romántica y alemana —repuso Anna con flema.

—Ufff, ahora me va a tocar leer subtítulos —masculló.

Tanto Iván como Lukas se rieron. Se despidieron del matrimonio y abandonaron el chalet.

—Llámame mañana y me cuentas qué tal con Rudi —le pidió Lukas una vez fuera, mientras se dirigía hacia su coche que estaba aparcado a unos metros del de Iván.

—Lo mismo te digo, mañana me informas de cómo te ha ido con Eva, metepatas.

El pequeño de los Alba fue el primero en arrancar su vehículo y alejarse. Iván tardó unos minutos más mientras colocaba su equipaje en el maletero.

Cuando se puso en marcha, abrió las ventanillas y dejó que la cálida brisa nocturna se colara por ellas y le despeinase el cabello. Sus ojos se posaron sobre el espejo retrovisor. La urbanización se iba haciendo cada vez más pequeña según se alejaba y se sintió un poco nostálgico. No quería ponerse triste así que espantó los pensamientos negativos de su cabeza y disfrutó de la conducción.

Eran las diez en punto cuando entró en la ciudad. Si tenía suerte y lograba dejar el coche en algún sitio llegaría a su cita con puntualidad. Las calles del centro de Benidorm eran un hervidero de gente y las plazas de aparcamiento gratuito escaseaban. Al final encontró un hueco a unas cuantas calles de su destino, en la zona azul. Al menos los parquímetros ya no funcionaban a esa hora. Al día siguiente madrugaría para mover el coche.

Cargó con sus dos bolsas de viaje y no tardó en llegar a la estrecha vía de un único sentido. Era una zona tranquila, salvo por el bar de la esquina, en cuya terraza había varias personas sentadas en animada conversación. Tanto el edificio como el portal parecían recién salidos de la serie *Cuéntame*. Hizo una mueca, pero su cara se animó cuando recordó que Rudi le había dicho que el piso estaba reformado.

Llamó al cuarto derecha, pero nadie respondió. Esperó unos segundos antes de volver a intentarlo sin éxito. Estaba seguro de que era ese piso. Con la frente arrugada, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó el móvil.

Estaba muerto.

Qué fastidio. Se había quedado sin batería.

Llamó de nuevo una última vez, pero con el mismo resultado.

Y ahora, ¿qué?

Echó un vistazo a su alrededor hasta que sus ojos se posaron sobre el bar. Se dirigió hacia allí y entró. Si bien la terraza estaba llena de gente, en el interior solo había un camarero sirviendo cañas detrás de la barra, y un hombre mayor sentado en uno de los altos taburetes con la vista fija en una televisión de pantalla plana que colgaba del techo.

Iván dejó su equipaje en una de las mesas libres y sacó su cargador.

—Perdona —le pidió al tipo que había detrás de la barra—, ¿me pones una caña y me dejas que cargue el móvil unos minutos? Es que estoy esperando una llamada y me he quedado sin batería.

Este asintió sin mucho interés. Mientras le ponía la cerveza, señaló el suelo, cerca de la puerta que llevaba a los aseos. Había un enchufe.

Iván se agachó y conectó el cargador. Luego encendió el móvil. Maldijo en silencio cuando el aparato comenzó a emitir pitidos de notificaciones entrantes. Tres llamadas perdidas

de Rudi y un largo mensaje de texto.

Rudi: He intentado localizarte, pero ha sido imposible. Tu móvil está apagado. Te mando este texto y espero que lo veas cuanto antes. He tenido que largarme a toda leche a Badajoz. Mi madre se ha caído y se ha roto la cadera. Está en el hospital, así que voy para allá. Si las cosas no se complican, volveré el lunes por la mañana. Siento que no hayamos podido vernos esta noche, pero lo del piso sigue en pie. Solo tienes que esperar hasta el lunes. Lo siento mucho, tío. Dime algo cuando leas esto.

Iván soltó una risa ácida al ser consciente de su situación. Miró la hora del mensaje. Era de hacía tres cuartos de hora. ¡Mierda!

Se dejó caer sobre una de las sillas y, de un largo trago, se bebió más de la mitad de su caña. Estaba fresquita y su paladar lo agradeció.

Tecleó la respuesta al mensaje de Rudi con rapidez.

Iván: No te preocupes por mí. Todo bien. Espero que lo de tu madre no sea nada. Te llamo el lunes y concretamos.

Después de eso, su vista se perdió en la pantalla de televisión. Un tipo con gafas estaba entrevistando a un famoso torero.

Volvió a beber hasta apurar el vaso y pidió otra caña más. No tenía mucha sed, pero estaba haciendo tiempo hasta que una solución milagrosa apareciera en su cabeza.

Estaba claro que no podía volver a casa de los Alba. Tony y Anna estaban solos y no quería molestar. Lukas estaba con Eva y Erika y Jorge habían salido a cenar.

Maldita casualidad.

Bueno, siempre podía volver a dormir en el coche, se dijo con resignación. Tampoco sería la primera vez.

¡Vaya putada! Con lo bien que había empezado la tarde.

Capítulo 12

Diego

El pelo no había quedado exactamente como él quería, pero estaba agotado y le dolía la espalda. A lo mejor ya iba siendo hora de dejarlo y cenar. Su estómago llevaba un buen rato protestando. Miró la hora en la parte baja del monitor y vio que eran cerca de las once. Llevaba allí desde las cuatro de la tarde aproximadamente. El tiempo había pasado volando, aunque no le sorprendía en absoluto; siempre que se sentaba a trabajar se olvidaba de todo lo demás.

Guardó los últimos cambios y dejó el lápiz óptico a un lado. Luego se irguió y trató de desentumecer los músculos del cuello y los hombros con movimientos circulares de cabeza.

El timbre del portero automático resonó en el silencioso piso.

Frunció la frente con sorpresa. ¿Quién podría ser? No esperaba a nadie. Sus amigos estaban en el *Low Festival*[36] y sus hermanos habían salido a cenar por ahí, según le habían dicho. Se levantó y abandonó la estancia con pasos lentos al tiempo que se frotaba la nuca con vigor.

—¿Quién es? —respondió, presionando el botón para poder hablar.

—Soy Iván —dijo una voz distorsionada.

Creyó haber oído mal.

—¿Iván? —inquirió con extrañeza.

—Eh, sí. Es que bueno, verás… Espero no molestar…, pero me ha pasado una cosa… —Su tono era inseguro y vacilante.

—Te abro.

Pulsó el botón de apertura y se quedó inmóvil, desconcertado. Mas de pronto fue consciente de que, en breve, el muchacho estaría en su piso y se sintió invadido por la ansiedad. A toda velocidad, se dio la vuelta y fue al salón. Su cuaderno de dibujo estaba abierto sobre la mesa. En la hoja en blanco se mostraba un boceto sin terminar de una cara masculina. La noche anterior, mientras veía una serie poco interesante en televisión, había tonteado con su lápiz y, casi sin darse cuenta, había dibujado a Iván.

—Mierda —masculló.

De dos zancadas se acercó a la mesita, cogió el cuaderno y lo cerró con brusquedad. Se lo llevó al despacho y lo guardó en un cajón. No tuvo tiempo de hacer mucho más porque el timbre sonó con estridencia.

Nervioso, atravesó el pasillo y abrió la puerta.

La delgada silueta de Iván se recortó en el umbral. Iba vestido de negro tal como acostumbraba y su rostro mostraba una expresión tímida. Junto a él, en el suelo, descansaban dos bolsas de viaje, las mismas que Diego ya había visto hacía semanas en el asiento trasero de su coche.

—Lamento presentarme así… —comenzó.

—Pasa. —Le abrió la puerta de par en par y se hizo a un lado, cediéndole el paso.

Ya estaban ambos dentro del piso cuando se dio cuenta de que Iván le miraba de arriba abajo con los ojos desorbitados. Bajó la vista y se percató de su atípico atuendo. No había sido consciente de ello hasta ese instante. Llevaba unos calzoncillos de seda de color fucsia con estampado de limones y una vieja camiseta blanca sin mangas, en cuya pechera se podía leer:

Por detrás también me gusta, con el dibujo provocador de un chico mostrando su culo. Ambas prendas eran un regalo de Emilio y solo las usaba para estar cómodo por la casa.

Bajó los párpados, abochornado. Fantástico. ¿Se podía ser más ridículo? En fin, el mal ya estaba hecho.

—Eh, una ropa muy chula —se mofó Iván.

—Lo primero, ni caso a lo que pone en la camiseta —dijo con seriedad no exenta de sorna—. Lo segundo, imagina que llevo vaqueros y una camisa elegante —le pidió con fingido tono suplicante.

—Imposible. La imagen se me ha quedado grabada en las retinas para siempre.

Diego puso los ojos en blanco.

—Menos mal que soy demasiado seguro de mí mismo para que esto me importe —repuso con un encogimiento de hombros—. Pero, dime, ¿qué ha pasado? —Señaló el equipaje—. ¿Te han echado mis padres? Mira que me extraña.

—Para nada. Al revés, me han suplicado que me quedara —bromeó. Luego se puso serio y terminó por bajar la vista al suelo y suspirar—. Se suponía que hoy tenía que mudarme a un piso de un colega que me iba a alquilar una habitación, pero le ha surgido un problema.

En un par de frases le puso al corriente de todo. Le relató que Cas le había dado un adelanto y cómo había sucedido lo demás. Y terminó explicándole por qué no había vuelto a casa de sus padres y había preferido acudir a él.

—El piso de mi amigo está a solo unas calles de aquí. Y no me apetecía dormir en mi coche, la verdad. Y como tú me dijiste que podía acudir a ti si lo necesitaba… —terminó con tono vacilante—. Pero si tienes otros planes, me voy.

—No tengo ningún plan. Quédate —ofreció.

Tenerle cerca iba a ser una tentación enorme, pero tampoco era un crío que no supiese lidiar con ello.

Y no le molestaba ni un poquito que hubiera recurrido a él. Ni un poquito.

Cogió una de las bolsas de viaje y echó a andar con ella hacia el final del pasillo, hacia la habitación que empleaba como trastero.

—Mañana por la mañana me piro. No te preocupes —dijo Iván, que le había seguido.

—Quédate hasta el lunes. Tengo sitio de sobra y no me molestas.

—¿De verdad?

—De verdad. Este fin de semana no tengo planes. Bueno, tengo que currar un poco para terminar un encargo, pero nada más.

—Oh, gracias.

—Puedes dormir aquí —le dijo, accediendo al interior del cuarto y señalando el sofá de dos plazas, sobre el que depositó la bolsa de viaje—. Es un sofá cama. Mis hermanos suelen usarlo cuando vienen.

La habitación era pequeña y solo tenía el mencionado sofá, una cómoda donde guardaba la ropa de cama y las toallas, una estantería llena de libros y su bicicleta de montaña, apoyada contra la pared. Nada más.

—De lujo —murmuró Iván. Dejó su bolsa en el suelo junto a la puerta mientras ojeaba la estancia con agrado.

—Mejor que tu coche, ¿no?

—Mil veces —se rio.

—¿Has cenado?

—No.

—Genial, porque iba a prepararme algo. ¿Te hace un bocadillo de jamón y una cerveza?

—Claro. ¡Suena fantástico! Pero el mío sin…

—Sin tomate, ya lo sé.

Iván sonrió con timidez y Diego apartó la vista. La escena era demasiado hogareña y deliciosa. Carraspeando, se acercó a la cómoda y sacó un juego de sábanas.

—Dame —pidió Iván, tendiendo las manos—. Si tú haces los bocadillos, lo mínimo es que yo me haga la cama.

Diego asintió.

—Voy a apagar el ordenador y luego voy a la cocina.

—¿Estabas ocupado cuando he llegado? Jo, siento las molestias…

—No es molestia. Estaba a punto de dejarlo. La verdad es que me he pasado toda la tarde delante del monitor así que tengo la espalda destrozada.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó con interés.

—En una ilustración para un artículo de una revista —explicó.

—¿Puedo… puedo verla?

—Claro. Anda, ven.

Iván conocía su trabajo, no en vano llevaba dos tatuajes diseñados por él sobre su piel. No obstante, se preguntó si aquella ilustración tan diferente a lo que solía dibujar le gustaría. Estaba ansioso por ver su reacción.

Encendió la luz del despacho, se acercó al escritorio y activó el monitor. Iván se acercó y se situó a su lado.

—Alucino —murmuró con admiración.

—¿Te gusta? —Diego clavó la vista en la pantalla, tratando de ver su trabajo desde los ojos de otra persona.

—Gustar se queda corto. Es una maravilla. Es Lady Gaga.

—Por lo menos la reconoces —bromeó.

—Es una pasada. Es como acuarela, ¿no?

—Sí. No suelo hacer este tipo de trabajos, pero es lo que quiere la revista.

—Es brutal.

—Todavía no está acabado. El pelo no me termina de convencer.

—¡Pero si está perfecto!

Una sonrisa satisfecha se pintó en los labios de Diego. Algo de vanidad sí que sentía. Aprovechó que Iván estaba absorto en la pantalla para examinar su atractivo perfil. La mandíbula bien definida, la curva de su generosa boca, la nariz recta y las largas pestañas oscuras. El cabello le había crecido en las últimas semanas y lo llevaba detrás de la oreja, dejando al descubierto el pendiente de plata con forma de cruz que pendía de su lóbulo.

Iván tragó saliva y Diego no pudo evitar que sus ojos siguieran el movimiento de su nuez protuberante. Hacia arriba y hacia abajo. Sexi.

Se alejó unos pasos, intentando comportarse como una persona normal y no como un depredador sexual. Tenía que concienciarse de que Iván no estaba disponible para él. Era solo el amigo de Lukas. Punto.

—Voy a preparar la cena.

—Y yo voy a hacer la cama.

Diego se encaminó a la cocina. No le llevó demasiado tiempo preparar los bocadillos. En el suyo puso unas rodajas de tomate; en el de Iván, solo aceite. Los llevó al salón, junto con dos latas de cerveza y unas servilletas. Luego tomó asiento en el sofá y se dispuso a esperar a su

invitado. Era extraño tener a Iván en su casa, pero al mismo tiempo reconocía que le agradaba.

Iván se le unió poco después. Se había quitado los vaqueros y los había cambiado por un pantalón de chándal gris. Iba descalzo. Se sentó en la otra esquina del sofá.

—Me gusta tu piso.

—¡Oh! Soy un anfitrión pésimo. Ni siquiera te lo he enseñado.

—Ya he husmeado yo —se rio—. Me encanta.

—En realidad, es del banco. Por lo menos no será del todo mío hasta dentro de treinta años. ¿Quieres que ponga la tele o música?

—Música.

Diego cogió su móvil y seleccionó una de sus listas favoritas de Spotify. Le dio al *play* y una suave melodía llenó la estancia.

—Conozco la canción, pero no sé quién la canta —dijo Iván.

—Es *Thank you* de Dido.

—Pero no es de los ochenta. Si tu padre se entera…

Diego se rio.

—Ya ves, me has pillado. Te confieso que aquí en mi casa escucho lo que quiero, incluso música de esta década —expuso con humor—, pero guárdame el secreto.

—Claro, pero solo porque te has acordado de que no me gusta el tomate —dijo. Cogió su bocadillo y le dio un generoso mordisco.

Ambos estaban muy hambrientos porque solo unos minutos después, lo único que quedaba de los bocadillos eran las migas sobre la mesa.

—¿Quieres algo más?

—¿Otra cerveza? —Iván agitó su lata vacía en el aire.

—Claro. Voy.

—No. No te levantes. Voy yo. ¿Tú también quieres otra?

Diego asintió. Luego se echó hacia atrás en el sofá y cerró los ojos, disfrutando de Bowie que cantaba *Starman*. La tarareó en voz baja.

—Me encanta Bowie —dijo Iván, dejándose caer a su lado y poniendo la lata que le había traído a su alcance.

—Era un crack.

Después de eso hubo un silencio mientras los dos disfrutaban de la canción. A esa siguió otra de Elton John.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó Diego al cabo de un rato.

—Me gusta —reconoció Iván—. Lo cierto es que cuando decidí estudiar ese módulo lo hice más porque mi padre quería, yo no estaba muy convencido, pero debo confesar que trabajar con Cas y Tony es una pasada. En especial, con Tony. Es un tío increíble. Se nota que lleva toda la vida haciendo eso y que le encanta. No sé si podrá jubilarse. Me da a mí que vendrá todos los días al taller a ver si lo hacemos bien.

—No hay nada mejor que dedicarte a lo que verdaderamente amas —convino Diego.

—Tú adoras dibujar.

—Sí. No puedo imaginarme la vida haciendo otra cosa.

—Eres muy bueno.

Diego se rio. Luego se llevó la cerveza a la boca y le dio un trago.

—Tú no eres muy objetivo que se diga.

—¡Por supuesto que lo soy! —se indignó Iván.

—Recuerdo que te gustó el retrato que hice de Erika hace unos años, aunque era una

patata.

—¡No era una patata! —Se irguió en el sofá y le encaró. Le brillaban los ojos.

—Lo era.

—¡Para nada! Eres un dibujante excepcional.

—Tenía una oreja más pequeña que otra y los agujeros de la nariz eran desiguales.

Era lo bastante autocrítico para saber que aquel día no había conseguido plasmar la belleza de su hermana sobre el papel. También era cierto que hacía bastantes años de eso.

—Eso es porque… —Iván hizo una pausa y lanzó una mirada hacia el techo como si estuviera buscando un motivo de peso—. Eso es porque… ¡Erika es así!

Diego le estudió en silencio unos segundos antes de romper a reír. Fue una risa fuerte y potente a la que Iván terminó por unirse al darse cuenta de lo que había dicho.

—Esto tengo que contárselo a Eri —balbuceó Diego, secándose una lágrima.

—Si quieres verme muerto, hazlo.

Siguieron riéndose unos segundos más, hasta que los primeros acordes de la famosa canción de Madonna, *Vogue*, salieron del teléfono e Iván hizo una mueca curiosa que llamó la atención de Diego.

—¿Es muy gay para ti? —le interrogó con tono burlón—- ¿Te pongo a Rammstein?

—¿Qué dices? Si adoro a Madonna.

—Vaya, no lo esperaba.

—A lo mejor no me conoces tan bien como crees —dijo en voz baja.

—Pero si te he visto crecer.

—Si dices que soy como tu hermano pequeño me voy a cabrear —repuso entre dientes mientras bajaba la vista a su regazo.

Diego frunció el ceño. ¿Por qué reaccionaba así?

—No sabía que te molestaba que te considerase de la familia.

—No es eso —rechazó Iván con un gesto. Luego se puso de pie y cortó la conversación —. Voy al baño.

Diego se quedó confundido. ¿Había hecho o dicho algo que le había molestado? Era posible que se estuviera comportando con él con una actitud demasiado paternalista. En realidad, lo hacía para poner distancia entre ellos; era demasiado peligroso verle como algo más que el amigo de su hermano.

La canción había terminado dando paso a otra e Iván seguía sin aparecer y Diego comenzó a preocuparse. Estaba a punto de ir a buscarle cuando este hizo acto de presencia con una expresión mucho más relajada en el semblante.

—Esta canción también me gusta. Mucho. —En lugar de sentarse, se quedó parado junto al sofá y comenzó a oscilar las caderas al ritmo de *Dancing Queen* de ABBA.

—Cómo te gusta bailar —dijo Diego.

—Sí —musitó con una sonrisa tímida.

—Yo soy un desastre —confesó.

—¿No me digas? —preguntó de modo exagerado—. Solo recuerdo aquella tarde que rompiste una maceta.

—Vale, no sigas. Estaba borracho.

—Bailas fatal incluso sobrio. Tengo la prueba en mi móvil.

—¿Qué dices?

—Lukas me ha pasado el vídeo del concierto de Aerosmith en el que sales *bailando* — dijo al tiempo que hacía unas comillas en el aire con los dedos.

—Tampoco lo hago tan mal —se defendió.

—Vamos, inténtalo. Cualquiera puede bailar esta canción. Vamos.

Diego miró la mesa y contó las latas. Solo dos eran suyas. No había bebido lo suficiente para hacer el ridículo, se dijo. Al menos necesitaba otras tres o cuatro.

—Aquí huele raro. ¡Huele a cobarde! —canturreó Iván mientras seguía bailoteando.

Diego iba a hacer un comentario sobre lo infantil que era todo aquello, pero se mordió la lengua. Quizá a Iván no le gustase que se mencionara su edad.

—No me vas a convencer. Prefiero quedarme sentado y observar cómo lo hace un experto como tú.

Aunque lo dijo con tono jocoso, era cierto. Mirar cómo Iván se deslizaba de esa manera tan cadenciosa por su salón era una pura delicia. Fingió estar de broma, pero entornó los párpados y se deleitó con sus movimientos.

La canción terminó y una balada la sustituyó. Iván regresó a su lado y se tiró en el sofá, muy cerca de él. Su aroma le golpeó en la nariz. Olía muy bien, era una mezcla a gel y a sudor limpio. Diego cerró los ojos y aspiró, deseando no tener que oler otra cosa en su vida.

Se imponía una retirada.

—Voy a buscar más cerveza. ¿Para ti también?

—Sí.

Fue a la cocina y trajo otras dos latas. Le tendió una a Iván y se sentó, poniendo distancia entre los dos.

—Oye, ¿recuerdas esa vez que Lukas estaba tan borracho que abrazó a esa amiga de tu madre por detrás creyendo que era Eva? Incluso intentó besarla.

—Me acuerdo —se rio Diego. Jamás iba a olvidar la cara de la señora Weber. Había estado a punto de desmayarse.

—¿Y el día en que entró el gato negro ese que ronda por la urbanización y se hizo pis en la caja de las cervezas? Todavía me acuerdo de la cara de tu padre. Y tu madre corriendo tras él y gritando *Nein, nein*.

La risa de ambos resonó potente en la habitación.

—Hemos pasado momentos geniales —dijo Diego al cabo de un rato.

—Sí —murmuró Iván que, repentinamente, se había puesto serio.

Estaba a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero la frase murió en su boca cuando le vio levantarse, dirigirse hacia el balcón y abrir una de las puertas de cristal. Pese a que ya era tarde, la noche era joven y el sonido de las voces y del tráfico se coló dentro de la sala.

Diego aprovechó el instante y recorrió la espalda y los brazos fibrosos del muchacho con la mirada. También, y de un modo mucho menos curioso y más lascivo, sus ojos bajaron a la curva de su trasero apreciativamente. Qué no daría por acariciarlo…

Suspirando internamente, se cruzó de piernas para ocultar su repentina excitación y apartó la vista, fijándola en el techo.

«Piensa en tetas. Eso siempre ha conseguido bajártelo todo», se dijo.

—Diego, tengo que contarte una cosa —dijo Iván, rompiendo el silencio.

—Claro. Dime.

Iván se dio la vuelta y le miró a la cara. Tenía algo de rubor en las mejillas y los ojos le brillaban muchísimo como si los tuviera húmedos. Se manoseaba las pulseras de la muñeca izquierda con nerviosismo.

—Dispara —insistió Diego, animándole a continuar.

—Soy gay.

Diego sonrió con sorna.

Iván se humedeció los labios con la lengua y miró hacia abajo.

La sonrisa de Diego comenzó a resquebrajarse.

¿Gay? Era coña, ¿no?

—¿Estás de broma?

—No.

Los pelos de la nuca de Diego se erizaron. Se llevó una mano al mentón y se lo acarició sin saber muy bien cómo encajar aquella confesión.

Era imposible.

—Siempre he sido gay —continuó Iván sin mirarle—. Es solo que mi padre no quería tener un hijo homosexual, por eso lo he ocultado. Pero ahora ya no es necesario.

Diego se puso de pie y dio unos pasos hacia él. Todavía estaba en shock.

—¿Lo sabe Lukas? —preguntó.

—Sí. Y nadie más. Solo él y ahora tú.

—Ah, vale… Eh, bien.

—Creo que es justo que lo sepas. De todas maneras, te ibas a enterar más tarde o más temprano. Me he cansado de fingir. —Se encogió de hombros y volvió a tirarse de las pulseras, alterado.

Diego comenzó a dar paseos erráticos por el salón. Su mente era un caos total. Iván y gay eran dos palabras que jamás hubiese pensado escuchar juntas en la misma frase. Iván y gay.

—Sé que es una sorpresa…

—¿Sorpresa? Sí, claro, podemos llamarlo así.

Iván soltó un gemido y se dio la vuelta, dándole la espalda otra vez.

Diego cerró los ojos y trató de serenarse. Estaba abrumado por la noticia, pero era obvio que Iván necesitaba su apoyo.

—Es inesperado, pero ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites. Sea lo que sea —consiguió decir con firmeza.

—Lo sé.

—Si quieres hablar o preguntarme algo o… —dejó escapar una breve risa incrédula—. Perdona si no he reaccionado como esperabas.

—No creo que haya una forma correcta de reaccionar cuando alguien te dice algo así. Quizá he sido demasiado brusco —dijo y se giró para mirarle, haciendo un guiño y rompiendo así la extraña sensación que flotaba en el ambiente.

—Hay muchas formas de salir del armario. Ninguna es mejor ni peor —repuso Diego con una sonrisa.

—La tuya fue genial. Lukas me lo ha contado.

—No fue tan original, no creas. Lo vi en una película.

—¿En serio?

—Sí, solo que, en la peli, en medio de una comida familiar, la protagonista decía: «Estoy embarazada, ¿me pasas la mantequilla?». Yo cambié el texto y dije: «Soy gay, ¿me sirves más puré?».

Iván se rio.

—Mi madre reaccionó como siempre, con su flema habitual. Y mi padre dijo que quería conocer a mi novio. Típico de él.

—Eres afortunado.

—Lo soy —reconoció. Luego su expresión se tornó grave y se acercó a Iván—. Mira,

aunque tu padre no te apoye ahora, tienes a mucha gente a tu alrededor que va a estar ahí, a tu lado. Cuenta con nosotros.

—Lo sé —asintió. Luego se dirigió a la mesa, cogió su cerveza y la vació de un trago.

—¿Otra? —ofreció Diego.

—No. Debería dejar de beber. Son demasiadas cervezas.

—Solo llevas tres.

—Aquí. Pero había bebido unas cuantas antes de venir. Admito que se me ha subido un poco a la cabeza —dijo y se sentó en el sofá con los ojos cerrados.

Diego le miró sin saber qué hacer. Seguía confuso. Todavía no sabía muy bien en qué posición estaba emocionalmente. ¿Qué suponía para él que Iván fuese gay? ¿Cambiaban en algo las cosas?

—Joder, esa canción no —susurró Iván de improviso.

Era *Believe* de Cher.

—Espera y la quito.

—¡No! Déjala —le pidió con una mano alzada, pero sin abrir los ojos—. Es un buen momento para volver a escucharla de nuevo. Creo.

Diego le estudió con perplejidad. Tenía la frente arrugada y una expresión de profunda angustia en el rostro.

—Esta canción era la que sonaba el día en que mi padre descubrió que yo… no era exactamente como él quería. El día de la paliza —confesó Iván.

Diego guardó silencio mientras un escalofrío le recorría la espalda. ¿Paliza?

—Yo tenía catorce años —continuó Iván en voz muy baja—. Por aquel entonces estaba confuso y no sabía qué me estaba pasando. Habían comenzado a atraerme los chicos, pero no tenía nada claro todavía. No sé —vaciló, como si no supiera cómo proseguir—. Recuerdo que estaba solo en casa y que empecé a imaginarme tonterías. Estaba viendo el vídeo de Queen, el de *I want to break free*, y empecé a preguntarme qué se sentiría vestido de chica. Recuerdo que bajé a la tienda de los chinos y me compré maquillaje barato y un conjunto horroroso de lencería rosa. No sé qué se me pasó por la cabeza, la verdad. No es que me guste vestirme de mujer ni nada de eso. Fue un impulso de lo más tonto. —Hizo una pausa bastante larga y se echó hacia delante en el sofá, hundiendo la cara entre las manos—. Me maquillé. Me pinté los labios y me puse sombra de ojos. Y me vestí con el conjunto ese horrible… Me miré al espejo y pensé que estaba… guapo o guapa o yo qué sé… Me sentí… sexi… Muy en plan Madonna. —Tragó saliva con fuerza como si le costara hilar sus propios pensamientos—. Bailé por la casa como un gilipollas, haciendo poses delante de todos los espejos y poniendo morritos. —Se calló repentinamente y soltó un suspiro entrecortado—. Sonaba esta canción de Cher cuando llegó mi padre y me descubrió —continuó y una risa amarga le sacudió—. Me dejó claro que no quería un hijo homosexual. Muy claro. Tan claro que pasé un mes y medio en el hospital —concluyó. Las manos habían comenzado a temblarle.

Diego le había escuchado sin interrumpirle, sintiendo cómo se le iba rompiendo el corazón con cada palabra que llegaba a sus oídos. Estaba horrorizado. Lentamente, se acercó al sofá y se sentó a su lado. Quería hacerle mil preguntas, pero no dijo nada porque tenía la sensación de que no era el momento de hablar; se limitó a apoyar la mano sobre su muslo en un gesto que esperaba fuera reconfortante.

—¿No le denunciaste? ¿O el hospital? ¿No le denunciaron ellos?

—Ni me lo planteé. Mi padre contó que me había caído por las escaleras y yo no lo negué.

—Me parece tan increíble…

¡Cómo odiaba a ese cabrón!

Iván le miró. Su sonrisa era triste y sus ojos estaban apagados.

—¿Puedo…? —se interrumpió como si no supiera cómo continuar—. ¿Puedo apoyar la cabeza en…? —Señaló su regazo con timidez.

—Hazlo —le conminó.

Iván se tumbó en el sofá y posó la cabeza sobre su muslo. Bajó los párpados y emitió un ligero suspiro. Parecía agotado, como si la confesión le hubiera robado todas sus fuerzas.

—Pon la canción otra vez —pidió.

—¿Estás seguro?

—Sí. Era una de mis canciones favoritas. Quiero escucharla todos los días si me sale de las narices. No voy a dejar que *él* dirija mi vida nunca más —dijo con terquedad.

Diego no necesitaba que le dijera a quién se refería con ese *él*. Alargó la mano y cogió el móvil. Volvió a reproducir la melodía y seleccionó la opción *Repetir* para que sonara en bucle. Pronto, la honda y grave voz de la cantante llenó la estancia.

El tiempo transcurrió despacio. Debían de ser las dos o las tres de la madrugada, pero ninguno de los dos propuso irse a la cama. Cher continuó cantando una y otra vez, preguntándole a su amante si creía que había vida después del amor.

Iván se había quedado dormido.

Su expresión era de suma vulnerabilidad y aquello le hizo sentirse especial. Que el joven se hubiera abierto así con él y le hubiese dejado ver su alma le impactaba. Vaciló unos instantes con la mano a escasos centímetros de su cabello, pero terminó por deslizar los dedos por sus sedosas guedejas. Elevó la vista hacia el techo mientras sentía el peso de la cabeza de Iván sobre su pierna y su cálida respiración bañando la piel de su muslo.

Tenía clara una cosa.

Después de esa noche, nada iba a ser igual entre ellos.

Nada.

Capítulo 13

Iván

Se despertó súbitamente, sabiendo que tenía algo pendiente, pero sin ser consciente de qué era. Giró la cabeza y la potente luz del sol que entraba por un hueco que había entre la persiana y la pared le delató que era bien entrada la mañana. Echó un vistazo a su alrededor, bostezando, y se dio cuenta de que tenía las piernas cubiertas por una sábana gris. Había dormido en el sofá y Diego debía de haberle tapado la noche anterior.

La noche anterior…

Pese a que había bebido demasiado, recordaba perfectamente todo lo sucedido: su confesión y cómo le habían temblado las piernas mientras hablaba. Lo había estado pensando durante horas hasta que al final se atrevió a decirlo en voz alta. Estaba aterrado.

Aunque la noticia tenía que haber sido una bomba para Diego, su reacción fue perfecta. No le hizo preguntas; se limitó a escucharle y a estar ahí, ofreciendo el apoyo que Iván necesitaba. Era la primera vez que le contaba a alguien lo que sucedió aquella tarde en que su padre le encontró y le dio la paliza. Ni siquiera Lukas conocía toda la historia. Era un episodio que le dejó traumatizado y que todavía le causaba vergüenza, aunque la lógica le decía que no tenía por qué sentirse mal.

No sabía si fue el alcohol o la canción de Cher lo que le llevó a sincerarse con Diego, pero después de pasar revista a sus emociones se dio cuenta de que no se arrepentía. Abrirse había sido algo bueno. Se sentía más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo.

De pronto, un pensamiento acudió a su mente. ¡Joder! Ya sabía qué era lo que le había despertado con esa rara preocupación. ¡El coche! Sus ojos erráticos se posaron sobre su móvil que estaba sobre la mesita. Lo cogió. Eran las doce menos cuarto del mediodía.

—¡Mierda!

Se llevó las manos a las sienes y se preguntó por qué no habría oído la jodida alarma. La había puesto a las ocho y media. Aquello era un desastre. ¡Su vida entera era un desastre! Seguro que ya le habrían multado y, con lo precaria que era su economía, una sanción no era para nada bienvenida.

Se levantó de un salto y estuvo a punto de tropezar con sus propios pies. Echó a andar hacia el pasillo para ir a buscar sus zapatillas, pero no llegó muy lejos. El dueño del piso se interpuso en su camino.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa desde la puerta de su despacho—. ¿Dónde vas tan deprisa?

—Tengo que mover el coche, aunque ya me habrán multado —farfulló.

—No te molestes. Ya lo he hecho yo.

Iván se detuvo en seco.

—¿Cómo? —Le miró sin comprender.

—He ido a buscar tu coche esta mañana y lo he traído a mi garaje. En mi plaza hay sitio de sobra para tu Seat y mi moto —repuso. Le dio un trago a una taza humeante que llevaba en la mano.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—Anoche me lo dijiste. Mientras me babeabas la pierna murmuraste algo de tu coche y

de la calle Limones y que tenías que madrugar porque estaba en zona azul.

—Yo no babeo —protestó, pero no pudo evitar que un ligero rubor incómodo subiera a sus mejillas.

Diego se rio.

—La próxima vez te hago una foto.

—Muchas gracias.

—De nada. ¿Desayuno o ducha?

—Las dos cosas.

—¿Qué prefieres primero?

—Ducha, creo.

—Ahí está el baño. Te he dejado una toalla limpia sobre el lavabo.

—Gracias.

—Voy a hacerte el desayuno, entonces —dijo, y se alejó hacia la cocina.

Iván le siguió con la vista. Llevaba un pantalón corto gris de chándal y una camiseta negra, una ropa muy formal en comparación con la del día anterior. Una mueca divertida acudió a su cara al recordarlo.

—Me gustaba más la ropa que llevabas ayer —exclamó.

—Si te portas bien, te la dejo —le respondió sin volverse.

Todavía estaba riéndose cuando entró en la bañera para ducharse. Qué pasada que Diego hubiera ido a buscar el coche. Era un tío genial. Siempre había tenido una buena conexión con él. Aparentemente, seguía intacta, incluso después de su revelación.

Se secó con celeridad y se puso unos calzoncillos, los mismos pantalones de chándal del día anterior y una camiseta limpia. Fue al salón para recoger la sábana, pero Diego ya se había ocupado de eso.

Entró a la cocina y vio una taza y un paquete de magdalenas sobre la mesa.

—He terminado la ilustración —anunció Diego desde la puerta. Se acercó y tomó asiento frente a él. Seguía llevando en la mano la misma taza de antes.

—¿Me la enseñas?

—Claro. Desayuna primero.

Iván le dio un sorbo a su café.

—Oh —exclamó sorprendido cuando el sabor dulce le llegó al paladar—. No es café.

—No. Es leche con Cola Cao.

—¿Cómo sabías que no me va mucho el café?

—Me lo dijiste, ¿no lo recuerdas? —Los hermosos ojos se incrustaron en los de él.

Asintió lentamente y desvió la vista para que no se diera cuenta del enorme deleite que sentía al saber que no lo había olvidado, aunque solo se lo dijo una vez. Tampoco había olvidado que no le gustaba el tomate, recordó.

«Es detallista y tiene buena memoria, no le des mucha importancia», se dijo, frenando sus locas ideas de golpe.

—Mientras dormías te ha llamado Lukas, pero no lo he cogido —le informó Diego.

—Ahora le llamaré. A ver qué ha pasado con Eva.

—¿Discutieron?

—Lukas se olvidó de que era su aniversario, así que se fueron a pasar la noche a una cala de Moraira en plan romántico.

—Lukas es una calamidad.

Iván asintió.

El timbre del móvil de Diego los sobresaltó a ambos. Este se lo sacó del bolsillo de su pantalón y, después de ver el nombre que aparecía en la pantalla, compuso una sonrisa.

—¿Qué tal anoche? —dijo en cuanto descolgó.

La respuesta debió de ser divertida porque soltó una risa profunda y sus ojos chispearon.

Iván se humedeció los labios al escuchar esa risa. Era una risa sugerente y atractiva, con una entonación perfecta. Se escudó detrás de una magdalena para disimular y clavó la mirada en su Cola Cao.

—Vamos, que has acabado donde no debías. Muy tú —continuó Diego con sorna. Y tras una larga pausa, añadió—: No. Esta noche… no puedo. De verdad, ya tengo planes. —De nuevo un silencio mientras su interlocutor le decía algo—. Tampoco es que Franz Ferdinand sea mi grupo favorito, así que voy a pasar. Y no. No es nada de eso. Tengo otros planes. Sí, son secretos —se rio.

Iván le miró y le hizo un gesto. No quería que se sintiera obligado a cancelar una salida con sus amigos por su culpa. Diego le guiñó un ojo.

—Sí, te prometo que algún día te lo contaré todo con pelos y señales. Pasadlo bien y no hagáis nada que yo no haría —se despidió y dejó el móvil sobre la mesa.

—Oye, que por mí no lo hagas. Si tienes planes…

—¿Quién ha dicho que es por ti? A lo mejor he quedado con algún chico guapo —comentó risueño, dando un nuevo sorbo a su taza.

Iván se sintió mortificado. Cierto.

—Que sí es por ti —dijo Diego, alargando el brazo y dándole un ligero golpe en la mejilla con afecto—. Y, además, no me apetece nada ir al *Low* esta noche.

—Ostras, tenías entradas para el *Low* y yo te lo he fastidiado.

—De fastidio nada. Prefiero estar contigo a ir al *Low* mil veces.

Seguro que aquello no significaba nada, pero el estómago de Iván no lo sabía y terminó por hacer una loca cabriola. La voz de su conciencia le detuvo en seco, recordándole quién era Diego y quién era él. Para Diego era como su puñetero hermano pequeño.

—Oye —comenzó—, eso que hablamos anoche, que muchas gracias por escucharme y no hacerme preguntas. No estaba en condiciones de hablar más de lo que ya lo hice, la verdad.

—Está bien, Iván. A tu ritmo. Sin prisas —dijo con calidez.

Transcurrieron unos cuantos segundos en un profundo silencio. Iván miró a Diego de reojo, que parecía absorto en su café. Quizá estaba esperando que él le contase algo más o le diera alguna explicación.

Suspiró.

¿Por qué no?

—Mientras estaba en el hospital —empezó, al tiempo que jugueteaba con el papel de una magdalena—, mi padre me tiró a la basura todo lo que él creía que podía tener una connotación femenina. Me tiró los CD de Bowie y los posters de Queen. —Soltó una risa amarga—. También toda la ropa que había en mi armario de otro color que no fuera negro, gris o azul marino. Aparentemente, solo esos colores son de tío, todos los demás son de gay —resopló con desdén —. Y cuando llegué a casa, las paredes de mi dormitorio estaban forradas de páginas de revistas con tías en bolas. Era un horror.

—¿En serio? —masculló Diego con desagrado—. Qué retrógrado, por favor.

—Sí. Aquello parecía un taller mecánico de los antiguos. Menos mal que poco a poco las fui sustituyendo por posters de grupos de heavy metal. No era que me atrajesen demasiado ni AC/DC ni Scorpions ni Iron Maiden, pero le molaban a mi padre y así me dejaba en paz. Me

acostumbré también a vestir de negro y a llevar pulseras de cuero con pinchos, como estas. —Alzó uno de sus brazos y lo agitó en el aire mientras bajaba los ojos a la mesa—. También empecé a salir con chicas y a pasearlas por ahí para que mi padre se enterase de lo macho que era su hijo. Me convertí en lo que él quería. —Se detuvo antes de añadir con desdén—: Supongo que fui un cobarde.

—¡No digas eso! —le interrumpió Diego con furia y le cogió de la muñeca, forzándole a levantar la vista—. Jamás digas eso de ti, Iván. Fuiste un superviviente. Nada más. Cualquiera habría hecho lo mismo para poder seguir adelante.

—Seguro que tú no.

—Yo lo he tenido siempre muy fácil, Iván. Nunca he tenido que enfrentarme a algo tan duro como lo que tú has vivido. Creo que has sido tremendamente fuerte. Me pareces admirable.

Al escuchar aquello, su corazón se aceleró.

—Es tremendo, Iván —continuó Diego, que no le había soltado—. Todos estos años fingiendo…

—Al final ya ni siquiera era fingido. Se convirtió en una especie de rutina. No me tenía que esforzar demasiado.

—¿Y todas esas chicas…? —preguntó dubitativo.

—¿Qué?

—¿Cómo podías acostarte con ellas? No me malinterpretes, pero yo lo he intentado en alguna ocasión, cuando era más joven, y no he conseguido excitarme.

La imaginación de Iván voló libre y se imaginó a Diego excitado. Mierda, tenía que quitarse esa imagen de la cabeza como fuera. Se echó hacia atrás y liberó su mano. La piel le ardía allá donde los dedos de Diego le habían acariciado.

—Bueno… No voy a mentir. Era difícil, sobre todo al principio. Me quedó claro muy rápido que no soy bisexual. Solo tenía que imaginarme que estaba con… algún tío.

«Me imaginaba que estaba contigo», gritó una voz en su interior.

Diego guardó silencio. Finalmente, alzó la vista y sus ojos se trabaron en los de él.

—¿Alguna vez has estado con algún chico?

Iván se sonrojó. Se sentía como un niño tonto.

—Eh… No. Nunca —admitió con un carraspeo, revolviéndose nervioso en la silla.

—¿Ni un beso?

—No.

Aquello era lo más vergonzoso que había tenido que admitir en su vida.

—Si te incomoda hablar de sexo conmigo…

—No es eso —rechazó con un ademán—. Es que hasta ahora he sido un tío con mucha experiencia. Con tías, quiero decir. Y, de pronto, me acabo de dar cuenta de que soy… ¡Mierda! —Se tapó la cara con las manos.

—¿Virgen?

Soltó un gemido.

—A ver, si te sirve de consuelo, todos lo hemos sido en algún momento de nuestras vidas.

—Supongo —masculló.

—Yo ya no soy virgen —dijo Diego repentinamente.

Iván alzó la cara con precipitación y se encontró con una mueca pícara.

No pudo evitarlo. Se rio.

—Me lo imagino.

—Entonces, ¿tu color favorito no es el negro? —inquirió Diego con sorna.

—No.

—¿Cuál es?

—El rosa —repuso con una sonrisa de fingida inocencia que evidenciaba que estaba de cachondeo.

Diego emitió una carcajada.

Iván le secundó. Joder, cómo le gustaba hacerle reír.

Después de eso, ambos guardaron silencio. Era un silencio cómodo y cómplice. Muy agradable.

—¿De verdad que pasas de ir al *Low*? —terminó Iván por preguntar—. La entrada tiene que haberte costado una pasta.

—De verdad. De hecho, tengo una idea mejor. Si tú aceptas, claro. —Hizo una breve pausa antes de continuar—: ¿Qué te parece ir a un local de ambiente?

Iván alzó las cejas sorprendido.

—¿A un local de ambiente?

—Nunca has ido a ninguno, ¿no?

—No.

Se abstrajo echando un vistazo a las migas de magdalena que salpicaban la mesa, meditabundo. Todo aquello era todavía demasiado nuevo para él, y no sabía si quería ir a ese tipo de establecimiento y encontrar a gente conocida. Benidorm era pequeño; todo el mundo conocía a todo el mundo. No era que se avergonzara de su condición, o sí… ¡No estaba preparado!

—No lo sé —dijo sin alzar la vista. No le agradaba admitir que quizá no fuera lo suficientemente valiente para mostrarse tal y como era.

—Han abierto un sitio nuevo en Alicante. Está genial y allí no va mucha gente de Benidorm —dijo Diego, como si le hubiera leído la mente—. Puede que sea el lugar más adecuado para que rompas el hielo.

—No sé —volvió a repetir con inseguridad.

A lo mejor era una buena idea.

—Piénsalo —le propuso Diego. Luego se levantó y se llevó las tazas al fregadero—. ¿Quieres ver la ilustración terminada?

—Por supuesto.

Después de lavar las tazas y recoger la mesa, se encaminaron al despacho.

Iván le lanzó un par de miradas soslayadas al dueño del piso mientras este se inclinaba sobre el escritorio. Sonreía contento, como si mostrar su trabajo le produjera satisfacción. Él se sintió un privilegiado sabiendo que iba a ver su obra antes que nadie.

Diego encendió el monitor y la imagen en tonos pastel de Lady Gaga apareció.

—¡Impresionante! —exclamó Iván, admirando los trazos y las suaves pinceladas.

—Sí —admitió Diego en tono neutro—. Al final, el pelo ha quedado bien.

—¿Bien? Es una pasada.

Diego se rio entre dientes.

—Cada vez que acabe un trabajo te lo voy a enseñar antes que a nadie, para que me adules.

—No es adulación. Es la pura verdad. Eres un artista fantástico.

Diego hizo un gesto con la mano y a Iván le sorprendió descubrir que sus mejillas estaban sonrojadas. ¿De verdad le importaba tanto su opinión?

—¿Quieres ver alguna más? —ofreció con un carraspeo.

—Me encantaría.

Diego se sentó en la silla y se apoderó del ratón para abrir algunas carpetas que tenía en el escritorio.

—Mira, este es el diseño de la portada de una novela que saldrá en breve. ¿Qué te parece?

Iván se inclinó sobre él, de modo que sus rostros quedaron a unos pocos centímetros de distancia. El familiar aroma del champú de Diego le envolvió y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para concentrarse en la pantalla.

—Es genial —dijo a duras penas.

Diego le enseñó unas cuantas ilustraciones más, a cuál más potente y fantástica. En algunas, los colores se sucedían en una suerte de caleidoscopio mágico y poderoso y, en otras, se alternaban los blancos, negros y grises. No solo había portadas para novelas, también retratos para revistas de moda, diseños para camisetas y para etiquetas de botellas de vino. Iván solo podía murmurar monosílabos maravillados. Siempre supo que Diego tenía un talento especial, pero nunca fue verdaderamente consciente de cuánto. Su admiración por él crecía a pasos agigantados y las ganas de pasar más tiempo a su lado se incrementaron.

—Oye, Diego…

—¿Sí? —dijo este distraído mientras abría una nueva carpeta.

Iván carraspeó.

—Creo que… sí me apetece ir al sitio ese de Alicante.

Diego volvió la cara y le miró con los ojos chispeantes y una sonrisa espectacular.

—¿En serio? ¡Genial!

Capítulo 14

Diego

—No te muevas. No es algo que haga con frecuencia y no quiero que quede mal.

Estaba nervioso, ¿para qué negarlo? La cercanía de Iván tenía ese efecto en él, y en ese instante, el muchacho estaba muy cerca, tanto que podía sentir su aliento bañando su mejilla.

—A lo mejor no es una buena idea —siseó Iván en voz baja, apenas audible. Sus ojos oscuros brillaban inseguros.

—De verdad que mucha gente se maquilla en el Refuge. Ya lo verás —trató de calmarle mientras le sujetaba el mentón con la mano. La piel recién afeitada se sentía tersa bajo la yema de sus dedos.

—Vale —repuso con resignación al cabo de unos segundos—. Hazlo ya.

—No me hagas sentir mal —le reprochó Diego—. Ha sido idea tuya.

—Ha sido un comentario sin importancia. No esperaba que te lo tomaras en serio y mucho menos que tuvieras maquillaje de Erika en tu casa.

Tenía razón. Cuando se estaban vistiendo para salir esa noche, Iván comentó algo de pasada sobre pintarse los ojos y Diego le había tomado la palabra.

—Mi hermana es un desastre. Cada vez que viene se deja algo. También tengo bragas suyas y támpax.

—Eso sí que no lo vamos a necesitar —masculló Iván con un toque de humor negro.

Diego se rio.

—Cierra los ojos y déjame hacer magia, venga.

Iván le obedeció.

Aprovechando que no le miraba, no pudo resistirse y le estudió con suma fascinación: los mechones castaños que se ondulaban por debajo de sus orejas, su nariz recta rayando en la perfección y sus labios rosados y gruesos que eran un pecado absoluto. Tenía también unas tupidas pestañas negras que mostraban una curiosa anomalía en el párpado derecho: tenía dos filas de ellas, superpuestas. Tragando saliva con lentitud, bajó la vista y la ancló sobre su prominente nuez que asomaba por encima del cuello de la camisa. Las ganas de pasar sus dedos por ella le generaron una sacudida en la entrepierna.

—¿Pasa algo? —preguntó Iván abriendo solo un ojo.

—¡No! —rechazó, dando gracias al cielo por haber elegido esa camisa negra de lino que le cubría la bragueta de los vaqueros—. No pasa nada. Estaba pensando por dónde empezar.

—Solo la raya del ojo, eh. Nada más.

—Claro.

Con sumo cuidado, pasó el perfilador negro por el borde de las pestañas, tal y como había visto hacer a Erika más de mil veces. Delineó el trazo, engrosándolo al final del párpado y luego continuó con el otro ojo. Tuvo que retocarlo varias veces hasta que quedó contento. Era un perfeccionista y no podía dejar que hubiera ninguna discrepancia entre ambas líneas.

—Mira hacia arriba, que te voy a pintar la parte de abajo.

Iván le obedeció.

Diego le pasó el perfilador por ambos ojos con delicadeza y luego se echó hacia atrás para admirar su obra.

Estaba hermoso con los ojos pintados.

Mucho.

Peligro, peligro…

Apretó el lápiz negro entre sus dedos con fuerza y desvió la vista.

—¿Y? —Había ansiedad en la voz de Iván.

—Te queda muy bien —murmuró con entonación neutral—. Mírate.

Iván se volvió hacia el espejo que había sobre el lavabo y se quedó quieto, observando su reflejo.

—Estoy… bastante… ¿guapo?

—Lo estás —afirmó, mientras recogía el pequeño neceser que Erika había olvidado allí hacía meses. Necesitaba estar entretenido.

—Creo que nunca había estado tan atractivo —continuó Iván maravillado.

Diego tuvo que darle la razón para sus adentros. Lucía sus vaqueros negros, pero había tomado prestada una camisa blanca de cuello mao de Diego que realzaba su bronceado. Había prescindido de sus pulseras y gargantillas de cuero y solo un colgante con forma de herradura de acero inoxidable pendía de su cuello. También se había arreglado el pelo, echándoselo hacia atrás con gomina. Y la raya de ojos negra le daba un aire exótico de lo más sensual.

Estuvo a punto de liberar un gemido de deseo.

—Te falta un retoque —añadió. No era cierto, pero quizá una broma relajara el ambiente.

—¿El qué?

—Acércate y cierra los ojos.

Eligió un pintalabios de vivo color rojo y, mientras le sujetaba por la barbilla, con un movimiento rápido le pintó los labios. Iván pegó un salto.

—¡Capullo! —exclamó volviéndose hacia el espejo para verse de nuevo.

—¡Pero si estás monísima! —exclamó Diego con voz aflautada.

Iván abrió el grifo y le salpicó agua. Luego, metió la mano en el neceser de Erika, que Diego había dejado en el lavabo, y sacó el colorete y una brocha.

—Ven, ven —dijo con voz tentadora—, que te voy a poner monísima yo a ti.

Diego le amenazó de nuevo con el pintalabios y ambos terminaron forcejeando y riéndose como dos niños pequeños. Acabaron sin aliento y mirándose a los ojos. El corazón de Diego iba a mil por hora y no era solo por el esfuerzo de la pelea. El color frambuesa de sus labios le llamaba insistentemente y las ganas de hacer desaparecer ese carmín con un beso le acuciaron inclementes.

—Anda —articuló tragando saliva—, coge una toallita desmaquillante y límpiate.

Iván le hizo caso y lo hizo. Luego volvió al espejo.

—¿Estoy ridículo? —preguntó con inseguridad—. Dime tu opinión sincera.

Diego suspiró bajito. Si tuviera que ser franco con él, le diría que estaba guapísimo y que su mera presencia le resultaba apabullante por su belleza. Le diría que se quitara la ropa y que se tumbara en su cama. Sí, eso le diría con toda la sinceridad del mundo.

—Estás genial. De ridículo nada. Y vas bastante discreto. Ya verás la de gente extravagante que hay en el Refuge. Hay mucha *drag* y muchos hombres maquillados.

—Entonces, ¿tú crees que encajaré?

—¿Encajar? —se rio con incredulidad—. Vas a triunfar. En cuanto lleguemos te van a rodear los tíos.

Iván le miró con el ceño fruncido.

—No sé si estoy preparado para… eso. Esta noche es solo una salida de amigos. Para

tantear y ver el ambiente.

—Claro, sin problema.

Diego estuvo a punto de soltar un gemido aliviado. Lo último que quería era ver a Iván enrollándose con otro. No era algo que pudiera evitar para siempre, por supuesto que no, pero al menos esa noche era solo de los dos.

—¿Vamos en mi coche?

—Sí. Tú lo llevas a la ida y yo a la vuelta y así puedes beber. Yo tengo que madrugar mañana, así que es mejor que no beba.

—¿Tienes que trabajar?

—Algo así —repuso con un movimiento vago de la mano.

Se había involucrado en un proyecto en Valencia que le ocupaba dos domingos al mes. Era un voluntariado que le proporcionaba muchísima satisfacción. No era un secreto ni nada por el estilo, pero todavía no se lo había contado a nadie.

—Entonces no volvemos muy tarde —dijo Iván.

Abandonaron el baño y no tardaron en dejar el piso y caminar hacia el garaje. La calle estaba llena de gente, y los restaurantes a rebosar. Era la típica noche de finales de julio en Benidorm. La peor época del año, si le preguntaban a Diego. Prefería mil veces el otoño, cuando el tiempo todavía era bueno, pero los turistas ya no poblaban la ciudad.

—*Bona nit*[37] —los saludó el guardia de seguridad que había en la caseta de cristal a la entrada del parking.

—*Bona nit* —repuso Diego.

—Mi valenciano es pésimo —dijo Iván—. Siempre suspendía en el instituto. Aprobé por los pelos.

—No te creas que el mío es mucho mejor. Apenas lo uso.

Tomaron asiento en el viejo Seat y Diego tiró del cinturón para ponérselo, sin éxito.

—No vale reírse —le advirtió Iván con un dedo en alto—. Sé que no tiene buena pinta, pero son solo las apariencias.

—No me río, pero mi cinturón no funciona.

—Sí funciona, es que se atasca. Espera.

De un modo inesperado se echó sobre él y tironeó del cinturón sin ser consciente de que su antebrazo desnudo acariciaba el mentón de Diego. Este cogió aire y lo retuvo en los pulmones cuando el masculino aroma de Iván le penetró en las fosas nasales.

¡Mierda!

—Ya —dijo Iván, y se apartó, ajeno a la conmoción que había despertado en él—. La radio no funciona, así que si quieres escuchar música tendrás que poner algo en tu móvil.

—No hace falta. Así podemos hablar durante el trayecto.

Iván conducía muy bien y era evidente que disfrutaba haciéndolo. En cuanto alcanzaron la autovía, pisó el acelerador a fondo y dejó que el coche adquiriese velocidad. Diego se sorprendió de que no sonara ahogado como una chatarra andante incluso cuando rebasaron los ciento veinte kilómetros por hora.

—El motor está como nuevo —explicó el otro, mirándole de reojo, como si le hubiera leído los pensamientos—. No te dejes guiar solo por el aspecto. Lo que importa es el interior. Y mi padre y yo hemos currado en el interior de este Seat un porrón de horas. Otra cosa no me ha dejado, el cabrón, pero al menos tengo el coche.

Hubo un silencio prolongado después de esa aseveración.

—¿Le echas de menos? —preguntó Diego al final.

—Ni un poquito. Nunca ha hecho gran cosa por mí. Jamás se ha comportado como un padre, excepto para ofrecerme un techo sobre la cabeza y ponerme un plato de comida en la mesa —respondió con un suspiro—. Créeme si te digo que tu padre ha sido más padre para mí que él.

—¿Siempre ha sido así? ¿También cuando vivía tu madre?

Iván se encogió de hombros.

—Supongo que sí, aunque no lo recuerdo bien. Yo era muy pequeño cuando ella murió. Todos los recuerdos que tengo de mi padre son similares. Siempre estaba fuera con amigos, bebiendo.

«Vaya infancia más triste», pensó Diego, pero no lo dijo en voz alta. Sabía que a Iván no le gustaba demasiado que le compadecieran.

La conversación se fue por otros derroteros y terminaron hablando de cosas menos importantes.

El Refuge estaba situado a las afueras de Alicante, unos cinco kilómetros antes de llegar a la circunvalación principal, en un polígono industrial, flanqueado por una tienda de muebles y un taller mecánico, ambos cerrados a esa hora de la noche. Tenía la fachada pintada de rojo y las seis letras de su nombre brillaban en neón azul sobre la doble puerta metálica. Había una larga cola frente a ella para acceder al interior, señal del éxito que cosechaba desde su apertura.

Dejaron el vehículo en el parking de tierra contiguo a las naves. Había mucha gente por allí también, con las puertas de los coches abiertas y música a todo volumen saliendo de ellos.

—¡Está lleno! —exclamó Iván cuando se acercaron a la cola.

—Es fin de semana y los sábados hay espectáculos.

Tal y como le había dicho antes, había otros tíos maquillados o luciendo pelucas o vestidos de mujer. El ambiente era de lo más variopinto.

—¿Qué opinas? ¿Encajas? —le susurró al oído.

Iván no dijo nada, pero le mostró una sonrisa enorme mientras seguía estudiando todo lo que pasaba a su alrededor con una expresión fascinada.

No tardaron en acceder al interior del local. Por dentro era mucho más grande de lo que parecía desde el exterior. En el centro tenía una gran pista de baile que estaba llena de gente —en su mayoría, hombres—, que bailaban al ritmo de *Can’t get you out of my head* de Kylie Minogue. Al fondo, se erguía un escenario. La parte izquierda del local albergaba una larga barra. En la derecha había conjuntos de sofás y mesas, y unas escaleras que conducían al piso superior. Arriba, rodeando toda la sala, se mostraba una especie de terraza desde la que se podía ver la planta baja.

Mientras avanzaban entre el gentío, Diego saludó a un par de conocidos con los que se cruzaron. Tal y como había afirmado en su piso, una gran cantidad de tíos los examinaron minuciosamente, sobre todo a Iván, que se limitaba a observar el ambiente con sumo interés. Por fin, encontraron un hueco en un extremo de la barra, cerca del escenario, junto a dos *drags* vestidas de chillones colores.

—¿Qué tomas? —le grito Diego para hacerse oír por encima del ruido.

—Una Heineken.

Pidió dos Heineken al camarero, un chico que no llevaba camiseta y cuyo torso brillaba con purpurina. Este le dio un repaso con mirada lasciva mientras le ponía la bebida. Diego sonrió para sus adentros no sin cierta vanidad. No quería nada con el muchacho, pero no le desagradaba que un chico guapo pensara que era atractivo.

—Es una pasada —murmuró Iván junto a él mientras aceptaba la botella—. No me lo imaginaba así.

—¿Y qué te imaginabas? ¿Un antro de perversión? ¿Todos follando con todos en la pista?

—Claro, y sobre la barra —repuso con una risa irónica.

No era sencillo conversar debido al elevado volumen de la música, pero se las arreglaron para intercambiar unas cuantas frases sobre el lugar y la gente que pululaba por allí.

El espectáculo *drag* iba a dar comienzo en una media hora y cada vez más personas accedían al local. Ni en la planta baja ni en la terraza superior cabía ya un alfiler.

Diego le dio un trago a su segunda cerveza —que iba a ser la última de la noche— y observó a su acompañante por el rabillo del ojo. Estaba resplandeciente. Había comenzado a sonar *Grace Kelly* de Mika y era incuestionable que tenía ganas de bailar. Su cuerpo se movía siguiendo el ritmo de la canción. Estaba muy sexi con la camisa blanca abierta en el cuello. Una de las luces de neón rosas que había sobre la barra rebotaba constantemente en él creando curiosas sombras sobre su piel. La raya de ojos había sido una idea fantástica. Su mirada parecía más profunda y llena de secretos.

—¿Por qué no vas a bailar?

—¿No te importa que te deje solo?

—No, papá —contestó, al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Creo que podré arreglármelas. Intentaré no irme con desconocidos.

Iván le lanzó una risilla tonta antes de dejar su botella en la barra y alejarse hacia la pista. Enseguida fue engullido por la multitud y por docenas de ojos hambrientos. Diego aprovechó el momento para sacarse el móvil del bolsillo. Tenía un mensaje de Emilio.

Emilio: Te estás perdiendo un conciertazo. Espero que tus planes incluyan un polvazo porque si no, no lo entiendo.

Chasqueó la lengua. No. No iba a haber ningún polvazo esa noche, pero no se lo estaba pasando nada mal. Mostrarle a Iván el mundo de la noche de ambiente estaba resultando ser muy agradable.

Ignoró el mensaje y se guardó el móvil. Se acodó en la barra y paseó la mirada por el local sin mucho interés hasta que sus ojos localizaron a Iván.

Y se quedó prendado de lo que vio.

Sonaba una canción de Katy Perry, *Firework.*

Iván brillaba sobre la pista y no solo se lo parecía a él. Era obvio que los demás bailarines pensaban lo mismo porque le habían cedido el sitio que necesitaba para bailar y moverse. Elevaba los brazos en el aire y se desplazaba de un lado a otro como si flotara sobre el suelo. Sus movimientos eran tan fluidos como los del chocolate líquido. Se le habían desabrochado un par de botones de la camisa y la piel húmeda de su pecho resplandecía. Su pelo oscilaba en torno a su cabeza al compás de sus giros sensuales.

Todo el mundo le miraba.

Con razón.

Era imposible no hacerlo.

El corazón de Diego comenzó a latir velozmente, emocionado.

Era increíble lo que aquel muchacho despertaba en él.

La iluminación del local cambió según el estribillo de la canción se repetía y las luces parecieron derramarse sobre Iván, que alzó la cara hacia el techo y se dejó acariciar por los cientos de puntitos plateados que cayeron sobre su persona.

Diego cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca. ¿Se podía ser más delirantemente bello?

Y en ese preciso momento, Iván bajó la cara y sus ojos misteriosos y oscuros se posaron sobre los de él.

Una corriente eléctrica le atravesó la espalda.

¿Era deseo lo que leía en esa mirada? ¿Era real?

Apenas se atrevía a creerlo, pero ahí estaba, todopoderoso y arrollador: *deseo*.

Katy Perry continuaba cantando y las luces brillantes seguían barriendo la pista, pero de pronto no había nadie más en el abarrotado local. Solo ellos dos mirándose desde la distancia.

Comiéndose con los ojos.

Cause baby, you're a firework

Come on, show 'em what you're worth

Make 'em go, "Oh, oh, oh"[38]

Iván comenzó a deslizarse hacia él, haciendo caso omiso a la gente que se interponía en su camino. Diego cerró las manos en puños mientras aspiraba hondo. Todo su cuerpo vibraba de anhelo.

Aquello era una locura.

As you shoot across the sky

Baby, you're a firework

Come on, let your colors burst

Make 'em go, "Oh, oh, oh"

You're gonna leave 'em all in awe, awe, awe…[39]

Y ahí estaba Iván, sudoroso y jadeante, a solo unos centímetros de distancia. Le costaba respirar y tenía las aletas de la nariz dilatadas y la boca entreabierta. Estaba muy sexi y las profundidades de sus iris chispeaban hambrientas.

Una excitación intensa y casi dolorosa se apoderó de Diego.

¿De verdad había creído que la noche iba a acabar sin que pasara nada entre los dos?

Necio…

No se detuvo a pensar si aquello era un error, si estaba bien o mal, si iba a arrepentirse más tarde… Se aproximó hasta que su boca rozó la piel de la mejilla de Iván y su olor le envolvió. Sus estaturas eran muy similares y apenas tuvo que inclinar la cabeza.

—Eres hermoso —le dijo en un susurro ronco al tiempo que alzaba una mano y la enterraba en su nuca. Sus dedos se enredaron en los húmedos mechones de cabello.

—¿Me… me vas a besar en la mejilla? —murmuró el joven casi sin aliento. No se apartó, por el contrario, su pelvis se pegó a la de él.

—No. —Hizo una pausa de lo más elocuente—. Te voy a besar en la boca.

Y no hubo más palabras. Diego acercó sus labios a los de Iván y le besó.

Y tal y como decía la canción, los fuegos artificiales explotaron a su alrededor.

Boom, boom, boom

Even brighter than the moon, moon, moon…[40]

Capítulo 15

Iván

El tiempo parecía haberse detenido mientras la boca de Diego se empeñaba en explorar la suya y él aceptaba con ferviente frenesí todas y cada una de sus caricias. Había besado a cientos de chicas con anterioridad, pero nunca un beso había significado tanto para él. Quizá porque llevaba mucho tiempo imaginando cómo sería besar a Diego o quizá porque era su primer beso con alguien de su mismo sexo, tan masculino y firme, tan demandante y fuerte. No sabía cuál era la razón. Solo sabía que se sentía como si su cuerpo hubiera dejado de seguir las leyes de la gravedad y estuviera flotando.

No deseaba que el beso acabara nunca.

Por fin, después de una eternidad, se separaron mientras sus alientos se mezclaban. Iván no se atrevía a abrir los ojos por si el hombre que tenía frente a él desaparecía.

—Eh… —Escuchó la jadeante voz de Diego cerca de su oído—. ¿Estás… bien?

Una sonrisa trémula curvó su boca. ¿Bien? ¿Solo bien? *Bien* era una palabra anodina que no reflejaba en absoluto cómo se sentía. ¡Estaba pletórico!

Abrió los ojos y se encontró con esos exuberantes y perfectos iris azules que le escudriñaban con atención. No pudo evitar que su mirada descendiera hasta la boca de Diego, que brillaba húmeda e invitadora. Las ganas de volver a besarle le embargaron.

—Sí. Estoy… muy… bien —respondió sin poder evitar que sus palabras se entrecortasen.

Diego se inclinó y depositó un suave y corto beso sobre sus labios que él recibió con ganas.

Después de eso, el silencio los engulló a ambos, si acaso se podía considerar silencio a los cientos de voces, risas y gritos que los rodeaban, y a que la música sonara a más de cien decibelios. Sus miradas permanecieron ancladas y sus cuerpos unidos por las caderas mientras que sus manos, de algún modo, se habían encontrado a lo largo de sus muslos y sus dedos se habían entrelazado.

«Esto es el cielo», pensó Iván.

Pero estaba claro que el cielo no podía durar para siempre y fue Diego el primero en poner un pie fuera de ese paraíso, dando un paso atrás y soltándose.

—¿Quieres otra? —Señaló su botella con el mentón. Mostraba una gran serenidad mientras se giraba hacia la barra—. Yo me voy a pasar a algo sin alcohol.

Iván carraspeó para recuperar el aplomo y también se alejó. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros con indiferencia. Si Diego podía actuar con normalidad, él también.

—Eh, sí, me tomaré otra cerveza —repuso y desvió la vista. Notaba todo su cuerpo en tensión y la piel de los brazos erizada.

El camarero no tardó en ponerles delante sus consumiciones: una nueva Heineken para él y una Coca-Cola para Diego. Mientras daban el primer trago a sus bebidas, sus ojos se cruzaron y se sonrieron espontáneamente.

Las mariposas danzaron como locas en el vientre de Iván.

Se concentró en su botella mientras una amalgama de sensaciones y pensamientos contradictorios comenzaban a confluir en su cabeza.

Vale, Diego y él se habían besado. Y el beso había sido intenso. ¿Qué significaba eso?

¿Significaba que le gustaba? ¿Quería decir ese beso que Diego no le veía solo como el amigo de su hermano pequeño? ¿Que se fijaba en él como hombre? Había notado su excitación, tan similar a la suya, cuando sus cuerpos se encontraron. Era incuestionable que había atracción, ¿no?

O quizá para Diego ese acercamiento no significase gran cosa y fuera algo que hacía con frecuencia cuando salía los fines de semana. ¿Solía enrollarse con desconocidos? A lo mejor era su modus operandi.

No. Iván le conocía desde hacía muchos años y esa no era la imagen que proyectaba. Diego era un tío serio, calmado y seguro de sí mismo. Flemático en ocasiones y con la cabeza muy bien amueblada. Meditaba sus decisiones y no actuaba a lo loco. Pensaba mucho cuáles podían ser las consecuencias de sus actos antes de actuar.

«No tienes ni idea. Solo le conoces como el hermano de Lukas, jamás has interactuado tanto con él como para saber si es un mujeriego o no». Su odiosa conciencia se manifestó de nuevo.

Entonces, ¿el beso fue espontáneo y sin mucha relevancia o había significado algo para Diego?

Mientras las dudas atenazaban su garganta, le dio un trago a su bebida tratando de aclarar sus ideas.

Pese a que Diego no solía presentar a sus parejas, en alguna ocasión le había visto con alguien y siempre era el mismo estilo de hombre: elegante y bien vestido, mayor, atractivo y, sobre todo, maduro. Exactamente todo lo contrario a lo que era él. Iván era un desastre vistiendo y tenía tanta elegancia como una escoba. Además, Diego le sacaba ocho años y siempre le trató como a un crío. No, no podía presumir de madurez, precisamente, no cuando se comportaba siempre como un irresponsable, acostándose con una mujer diferente cada fin de semana y haciendo el gamberro con Lukas constantemente. Y ni por asomo era tan guapo como los hombres con los que se relacionaba Diego. Era demasiado tosco y le faltaba estilo. Sus labios eran muy gruesos y sus facciones, en general, muy bastas.

Resultaba del todo imposible que Diego se sintiera atraído por alguien como él.

Sus ojos se cruzaron con los del camarero, que se estaba relamiendo mientras observaba a su acompañante con lujuria apenas contenida. No era el único tío que se comportaba así. Había unos cuantos más alrededor que le desnudaban con miradas libidinosas. A lo largo de la noche, Iván se había percatado del sumo interés que despertaba Diego en los otros hombres.

Y tenía que admitirlo, se había sentido celoso.

Le echó un vistazo y se dio cuenta de que Diego le contemplaba por encima del borde de su vaso. Algunas arruguitas se formaban en los extremos de sus ojos, señal inequívoca de que le sonreía.

Notó un pequeño pellizco de vanidad en el pecho y le entraron ganas de gritar: *Podéis mirarle todo el tiempo, capullos, pero a quién ha besado ha sido a mí.*

¡Qué infantil era!

Su voz interior volvió a repetirle que el beso podía no haber significado nada, que quizá Diego solo quería echar un polvo.

«Pregúntaselo, anda».

No tuvo tiempo de preguntarle nada ni de autocompadecerse demasiado porque el volumen de la música descendió, y las luces de la pista se apagaron al tiempo que un potente foco se encendía en el escenario. Pese a que el lugar estaba abarrotado, ellos se encontraban en un sitio privilegiado, además de ser ambos lo suficientemente altos como para que las personas que tenían delante no supusieran un problema.

—Empieza el espectáculo —le susurró Diego al oído.

Cerró los ojos, estremecido, cuando el cálido aliento le acarició el lóbulo de la oreja. Se llevó la botella al cuello para enfriarse y puso toda su atención sobre la escena.

Las primeras notas de *Man! I feel like a woman* de Shania Twain sonaron poderosas y el público comenzó a aplaudir y a silbar con fuerza. Tres *drags queens* hicieron su aparición, deslizándose al ritmo de la canción mientras hacían un playback exagerado. Llevaban unas plataformas kilométricas, ajustados trajes de lentejuelas, cada uno de un color, y enormes pelucas. Y era evidente que habían empleado kilos y kilos de maquillaje.

Iván estaba tan fascinado que llegó incluso a olvidarse de que Diego se encontraba a su lado.

Al número musical siguió un monólogo de otra *drag* más mayor y entrada en carnes que lucía un espectacular vestido rojo de pedrería y una peluca rubia platino, que llevó a los espectadores a soltar carcajada tras carcajada. Debía de ser muy conocida porque el público coreaba su nombre todo el rato.

Y, después, las tres *drags* del principio volvieron a aparecer con una ropa diferente y cantaron la versión de The Weather Girls de *It's raining men*, mientras los cañones de luz iban recorriendo la sala e iluminando incluso los rincones más oscuros. Una lluvia de confeti los acompañó al final.

¡Qué puta maravilla!

Con una sonrisa incrustada en la cara se volvió hacia su compañero y descubrió que este no miraba el espectáculo, le miraba a él con una expresión que no supo interpretar.

—¿Te ha gustado? —le preguntó a gritos para hacerse entender.

—¡Es flipante! —admitió con entusiasmo—. Es la primera vez que veo un espectáculo *drag*.

—¿No has visto *Priscilla*?

—¿*Priscilla*?

—*Las aventuras de Priscilla, reina del desierto*. Es una peli, pero también hicieron un musical.

—Ni idea.

—Es de tres… —se interrumpió súbitamente—. No. Prefiero no contarte de qué va y que la veas conmigo en casa. La tengo en DVD. Mis hermanos ya la han visto así que no cuento con ellos.

¿Eso significaba que iban a tener más citas?

¡¿Citas?!

¿En qué cojones estaba pensando? Ni que estuviese en medio de una peli romántica. Su corazón se desbocó. Diego no había hablado de ir a casa de sus padres a ver la película. No. Había propuesto verla a solas con él.

—Eh… Claro —dijo, todavía conmocionado por la propuesta.

—¿Quieres beber algo más?

—No. Creo que es mejor que nos vayamos. —Se sacó el móvil del bolsillo y echó un vistazo a la pantalla—. Son las dos y mañana tienes que madrugar, ¿no?

Diego asintió.

—Si te ha gustado podemos volver cuando quieras —propuso.

¿Gustado? Sí, el sitio estaba genial y el show fue una pasada, pero lo mejor de todo fue sentirse completamente liberado por primera vez en su vida. Había bailado olvidándose del mundo a su alrededor y había gozado como un loco haciéndolo.

Y el beso.

Jamás olvidaría esa noche ni ese lugar ni el beso de Diego.

Reprimió el deseo de llevarse los dedos a los labios para tocárselos y rememorar la caricia.

Les costó llegar hasta la puerta y tuvieron que hacer uso de los codos en unas cuantas ocasiones. Los cuerpos sudorosos se restregaron contra ellos mientras pugnaban por alcanzar la salida. Una vez en el exterior, una cálida brisa nocturna los recibió. Agradecidos, se pararon unos instantes para respirar aire puro.

La cola frente a la entrada no había disminuido y todavía seguía llegando gente. El parking de tierra donde habían dejado el coche estaba bastante más lleno que cuando llegaron.

—¿Me das las llaves del coche? —pidió Diego y extendió la mano.

Iván se las dio, poniendo especial cuidado en no rozarle los dedos.

Subieron al vehículo y, mientras Diego colocaba los espejos, él sacó su móvil y buscó una lista de reproducción en Spotify. Encontró una que había titulado *Relax* y que estaba llena de baladas de rock. Poco después la voz de Jon Bon Jovi salía del pequeño altavoz de su móvil cantando *Always*.

Mejor llenar el silencio con música, se dijo. Se sentía tímido, de repente, dentro de un espacio tan reducido a solas con Diego.

—Entonces, ¿qué te ha parecido la noche? —indagó su acompañante, cuando el coche ya se incorporaba a la autovía.

—Ha estado genial.

—¿Todo?

Le lanzó una mirada soslayada, pero Diego estaba pendiente de la carretera.

—Sí —admitió—. Todo ha sido genial.

«En especial tu beso».

—Perfecto. Podemos repetir cuando quieras —repuso con mucha suavidad.

¿Estaban hablando de lo mismo? Debería preguntárselo.

Iván se retorció las manos en el regazo mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas.

—Me encanta verte bailar. Se nota que lo disfrutas. Eras la estrella de la pista —intervino Diego, rompiendo el hilo de sus pensamientos—. Todo el mundo te miraba alucinando.

La alabanza le gustó mucho. Tanto que se le erizó el vello de los brazos. Tenía que saberlo, tenía que preguntárselo.

—¿Sí? ¿Por eso has dicho que era hermoso? —inquirió casi sin aliento.

—Es que lo eres. Mucho.

Iván se estremeció sin poder evitarlo.

—¿Y… por eso me has besado? —Se lanzó a la piscina del todo.

Una risa ligera fue la respuesta.

—Te he besado porque hacía mucho tiempo que no veía nada tan espectacular y precioso como tú.

Iván soltó un breve jadeo. La voz se le quedó atascada y un calor repentino invadió sus mejillas. Giró la cara hacia la ventanilla mientras el corazón amenazaba con estallarle. ¿Diego pensaba que él era precioso? *¿Precioso?* Una mezcla de escepticismo y emoción le atenazó la garganta. Deseaba que Diego siguiera hablando, que le dijera más cosas para reafirmarle, que le confesara lo mucho que había disfrutado con el beso o que admitiese que quería volver a hacerlo.

Nada de eso sucedió.

Diego comenzó a tararear la canción que sonaba en el móvil: *Mistify* de INXS, como si se hubiese olvidado de la última frase y el tumulto que había ocasionado en Iván.

Los oscuros márgenes de la carretera pasaron raudos frente a sus ojos. Quería preguntar mil cosas, pero no lo hizo porque tenía demasiado miedo a las respuestas.

El trayecto no fue demasiado largo. En poco más de media hora llegaron a Benidorm. Pese a lo tarde que era, todavía había mucha gente por las calles. Dejaron el vehículo en el garaje y solo unos minutos después entraban en el piso.

Iván se detuvo en medio del salón, vacilante. No se sentía capaz de mirar a Diego a los ojos. ¿Qué iba a pasar a continuación? ¿Iban a hablar?

—Es muy tarde —dijo Diego tras dejar escapar un bostezo—. En cuatro horas tengo que levantarme. ¿Quieres usar el baño tú primero?

—Eh, no. Ve tú.

En cuanto el dueño de la casa desapareció por el pasillo, él se dejó caer sobre el sofá y enterró la cara en las manos.

Quizá le había dado demasiada importancia a un simple beso.

¡Pero qué beso!

Se alborotó el pelo con los dedos como si ese gesto fuera a borrar las comprometedoras imágenes que danzaban por su cabeza.

—Tengo una sed… —Diego se tiró en el sofá a su lado y le dio un largo trago a la botella de agua que llevaba en la mano y que debía de haber traído de la cocina—. ¿Quieres un trago?

Negó con la cabeza y evitó mirarle. Se había sentado demasiado cerca y sus muslos estaban a escasos centímetros de distancia.

Diego se echó hacia atrás en el sofá, cerrando los ojos. Se había desabrochado la camisa y su perfecto pecho del color del caramelo quedó al descubierto. Tenía la boca entreabierta y las mejillas coloreadas. El pelo se le había encrespado más de un lado que de otro. Estaba muy guapo en su desaliño. Volvió a llevarse la botella a la boca y sus dedos llamaron la atención de Iván. Estaban tostados y eran largos y delgados. Perfectos.

Diego abrió los ojos y le descubrió observándole. Una peculiar expresión vacilante se mostró en su cara, pero rápidamente fue sustituida por una sonrisa.

—Me voy a ir a la cama —dijo mientras se ponía de pie—. Estoy agotado.

—Claro, claro —murmuró Iván.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió.

¿Diego se estaba comportando de una forma rara? ¿O era él quien estaba siendo demasiado suspicaz?

Trató de alejar todo aquello de su mente y fue al baño. Su imagen en el espejo que había sobre el lavabo le resultó del todo ridícula. La raya de ojos se había desdibujado debido al sudor y solo quedaban algunos restos en el párpado izquierdo y bajo el lagrimal del derecho. Fantástico. Parecía un gilipollas.

Te he besado porque hacía mucho tiempo que no veía nada tan espectacular y precioso como tú.

¿Espectacular y precioso? Más bien patético.

Cerró los ojos, fastidiado, mientras se lavaba la cara y los dientes. Luego utilizó el retrete y se fue a su habitación, pero se detuvo en el pasillo frente a la puerta del dormitorio de Diego. La luz todavía estaba encendida y estuvo a punto de llamar y preguntarle si algo había cambiado entre ellos o si todo seguía igual, pero se arrepintió.

Podrían hablar al día siguiente, ¿no?

Accedió a su cuarto, se desnudó y se tumbó en la cama. Luego apagó la luz y recibió la oscuridad con agrado, dejando escapar un suspiro.

Reprodujo las reacciones de Diego una y otra vez en su cabeza. Sus miradas, sus sonrisas, sus caricias, su manera de dirigirse a él o cómo le había tomado de la mano…

A lo mejor, sí quería algo más que un beso, pero su inexperiencia le había echado para atrás. A fin de cuentas, Iván no había estado nunca con otro tío. ¿Qué narices sabía él de sexo gay? Solo lo que había visto en el porno y leído en internet.

Era un novato.

Se dio la vuelta y ancló los ojos en el techo mientras fruncía el ceño.

No era ningún secreto que Diego era el activo en sus relaciones sexuales. Sus hermanos bromeaban con él sobre el tema. Estaba claro que, si quería sexo con él, Iván tendría que ser el pasivo, ¿no?

No sabía si estaba preparado para eso.

Durante todos esos años, cuando se imaginó con otro hombre, siempre pensó que sería el activo, nunca se le pasó por la cabeza que pudiera conseguir a Diego.

Diego era inalcanzable.

¿O no?

—Joder —masculló.

Estaba hecho un lío.

Jamás había tenido tantos problemas con las chicas.

Se volvió a girar, enterrando la cara en la almohada.

Ser gay era muy complicado.

Capítulo 16

Diego

No había descansado demasiado, así que, cuando sonó el despertador estuvo a punto de apagarlo, darse media vuelta y seguir durmiendo, pero se había comprometido a estar a las nueve en Valencia. Bostezando, salió de la cama e hizo rodar los hombros para desperezarse.

El sueño no le alcanzó hasta las cinco de la mañana y solo lo hizo de manera intermitente. Estuvo muy ocupado dándole vueltas a lo que había pasado con Iván. El beso fue algo que no olvidaría durante mucho tiempo. Fue mágico y especial. Perfecto. Y si hubiera estado en sus manos, la noche no habría acabado de ese modo: Iván y él durmiendo en habitaciones separadas. Sin embargo, sabía que tenía que ir con pies de plomo. Había podido leer la inseguridad en la cara del joven. Era indudable que no estaba preparado para lo que él deseaba.

Tendría paciencia, se dijo.

Tendría paciencia porque estar con Iván íntimamente era algo que anhelaba, algo que había ansiado desde hacía mucho tiempo. Y la vida le estaba dando una oportunidad que no quería estropear.

Volvió a sonreír cuando las imágenes de Iván bailando en el Refuge acudieron a él. ¡Cómo brillaba mientras se deslizaba por la pista! Impresionante. Ciertamente, fue una noche memorable.

Estaba de un humor excelente cuando abandonó su cuarto. Le sorprendió encontrar la luz de la cocina encendida. Asomó la cabeza por la puerta y vio a Iván frente a la encimera. Estaba vestido con unos vaqueros grises desgastados y una camiseta azul marino, pero no llevaba calzado. El pelo le caía húmedo sobre los hombros, señal de que se había duchado. Parecía muy cómodo en su cocina y a Diego aquello le calentó por dentro.

—Buenos días. ¿Qué haces levantado tan temprano? Solo son las siete.

Iván se dio la vuelta. Pese a que había dormido pocas horas, su aspecto era lozano y fresco. Las ganas de acercarse y comerle la boca le desbordaron.

—Te estoy preparando el desayuno.

—Ya lo veo. No me voy a quejar porque es genial tener mayordomo, pero no era necesario.

—Ya lo sé.

Se miraron por espacio de unos segundos. Era evidente que ambos querían decir algo más, pero ninguno abrió la boca.

—Eh, me doy una ducha y estoy contigo —dijo Diego al final y se dio la vuelta.

Batió el récord de las duchas. Lo hizo incluso más rápido que cuando iba de acampada con su familia y solo había agua fría para ducharse en los baños del camping. No se molestó en lavarse el pelo, ya que lo había hecho el día anterior, y se secó a una velocidad supersónica. No habían pasado ni cinco minutos y ya se había vestido con unos vaqueros y una camisa de lino blanca de manga corta. Se plantó en la cocina y sus ojos fueron hasta la mesa sobre la que había un plato con una tostada y una taza de café humeante.

—Creo que deberías casarte conmigo —dijo, tomando la taza y olisqueando el maravilloso aroma del café.

—Nah, yo estoy buscando un millonario que me retire —soltó Iván con una media

sonrisa.

—Qué superficial.

Mientras Diego tomaba asiento a la mesa, Iván permaneció de pie, con la cadera apoyada en la encimera. Daba pequeños sorbos a su taza mientras su mirada se perdía en algún lugar de las alacenas.

—De verdad que no tenías que haberte levantado tan pronto.

—De todas maneras, no podía dormir, así que… —se interrumpió al tiempo que alzaba los hombros.

«Pues ya somos dos».

—¿Tienes algún plan hoy?

—No. A lo mejor ir a la playa. No sé.

Diego le dio un trago a su café antes de alzar la vista y proponerle algo que ya había pensado unas cuantas veces desde el día anterior.

—A lo mejor te aburres, pero ¿quieres venir conmigo?

—Sí. —La respuesta llegó incluso antes de que hubiera acabado la pregunta.

—¡Pero si no sabes adónde!

—Seguro que es más interesante que bajar a la playa —murmuró con inseguridad. Sus mejillas habían enrojecido.

A Diego le pareció adorable su reacción. Ocultó una sonrisa alegre detrás de su taza.

—Tengo que ir a Valencia, a un proyecto en el que me he comprometido. Mejor no te cuento nada más y así te sorprendes. Luego podemos comer por ahí y, si te apetece, esta tarde vemos la peli que te comenté ayer, la de *Priscilla*.

—Por mí, bien. No tengo nada mejor que hacer —dijo Iván. Pretendía fingir indiferencia, pero era obvio que los planes le agradaban.

El pecho de Diego se expandió. A él también le agradaban. Y mucho.

No tardaron en ponerse en marcha. Diego sacó un casco de repuesto de un armario y, uno al lado del otro, abandonaron el piso y se dirigieron al garaje. El guardia de seguridad era otro, pero los saludó también en valenciano.

—Creo que es la primera vez que vas a montar en moto conmigo —dijo Diego—. ¿Cómo se te da el ir de paquete?

—Bien. He montado con Erika, así que no soy un novato.

Se ajustaron los cascos y se encaramaron al asiento. Diego ahogó un suspiro al sentir el cuerpo de Iván a su espalda y sus manos apoyadas sobre su cadera. De inmediato, supo que el viaje iba a ser una pequeña tortura.

De Benidorm a Valencia había unos ciento treinta kilómetros, distancia que podrían salvar en hora y media, aproximadamente. Ya había amanecido y algunos rayos de dorado sol brillaban sobre la calzada. Hacía un tiempo espectacular para circular en moto y aunque los dos se habían puesto cazadoras vaqueras, eran casi superfluas. Las carreteras estaban muy despejadas a esa hora de la mañana y Diego pisó el acelerador con ganas. Disfrutaba mucho sintiendo la fuerza del viento contra la visera de su casco.

No hablaron durante el trayecto. Pero cuando ya se avistaba la circunvalación que conducía a Valencia y se detuvieron en un semáforo, Diego notó que Iván le golpeaba suavemente en el hombro.

—Dime.

—Conduces bastante mejor que tu hermana.

Diego se rio.

Erika era una cabra loca, en cualquier aspecto de su vida. Conduciendo su Yamaha también.

No pudieron seguir conversando porque el semáforo cambió de color y los obligó a ponerse en marcha de nuevo. No estaban lejos de su destino y, unos minutos después, alcanzaron las grandes avenidas bordeadas por altas palmeras que circundaban el Hospital Universitario de La Fe. Era un complejo enorme con diversos edificios. Diego aparcó la moto enfrente, a la sombra de los árboles.

—¿Vamos al hospital? —inquirió Iván sorprendido mientras se apeaba de la máquina.

—Sí.

—¿Puedo preguntar o sigo en la oscuridad?

—Sigue en la oscuridad. En nada, se va a hacer la luz y luego me vas a matar por haberte traído. Pero no te preocupes que solo nos vamos a quedar hasta las doce o así.

Se dirigieron hacia la entrada de la Torre F. Dado que era domingo y las consultas externas estaban cerradas, no había mucha gente por allí. Atravesaron la amplia recepción de suelos de mármol beige y se acercaron a los ascensores. Iván miraba a su alrededor con suma curiosidad; era innegable que se moría por hacer preguntas, pero se mantenía silencioso.

Diego pulsó el botón de la primera planta y la cabina se puso en movimiento.

—¿Vamos a visitar a algún enfermo?

—Ufff, casi, casi. Te acercas, pero no del todo —contestó con una mueca.

Las puertas metálicas se abrieron y un largo pasillo bien iluminado emergió ante ellos. Apenas habían avanzado unos metros cuando un hombre vestido con una bata blanca salió a su encuentro.

—Hola, Diego.

—Hola, Mateo —le saludó—. Hoy he traído compañía; espero que no importe.

—No importa. Bienvenidos. Hoy solo hay cuatro voluntarios, así que tenemos sitio de sobra. Tu amigo puede venir con nosotros.

—Se llama Iván. Iván, este es el doctor Mateo Gómez, es el coordinador.

Iván asintió. Era evidente que estaba completamente perdido y fuera de lugar.

Mateo echó a andar delante de ellos. Era un tipo agradable y de sonrisa fácil. Rondaba los cuarenta años y llevaba trabajando en La Fe desde que acabó la residencia. Solo hacía ocho meses que había comenzado con ese proyecto, pero se notaba que estaba muy involucrado y rebosaba entusiasmo. Diego había coincidido con él por casualidad en la presentación de un libro de un amigo común. Las ideas y el gran poder de convicción de Mateo habían conseguido que se animara a participar en su proyecto.

El corredor por el que avanzaban estaba desierto, aunque las habitaciones que iban dejando atrás se hallaban ocupadas; detrás de algunas puertas se escuchaban voces y sonidos. Tras una bifurcación en la que tomaron el acceso de la derecha, había una puerta de cristal sobre la que se podía leer *Neonatología*. Mateo sacó una tarjeta y la introdujo en un lector que había en la pared. El panel transparente se deslizó a un lado dejando ver un nuevo pasillo.

—Hoy han venido Juan, Luisa, María y Tania. Y tú —dijo Mateo.

—Poca gente, ¿no?

—Es verano. Todo el mundo se quiere ir de vacaciones.

Diego iba muy pendiente de Iván, que caminaba a su lado con el ceño fruncido, observando todo a su alrededor. Estaba ansioso por ver qué cara pondría cuando llegaran a su destino.

Alcanzaron una estancia con paredes de cristal esmerilado que no dejaban ver el interior

y Mateo se adelantó para abrirles las puertas.

El corazón de Diego se llenó de calor, como siempre le sucedía cuando estaba allí.

—Ya hemos llegado —le dijo a Iván y se apartó para que pudiese ver la sala en su totalidad—. ¿Qué te parece?

Había dos enfermeras detrás de un mostrador y en la parte trasera, junto a las ventanas, tres mujeres y un hombre se hallaban sentados en cómodos sillones de cuero con recién nacidos en los brazos.

—Que no entiendo nada…

Diego se rio.

—Hemos venido a abrazar bebés.

Iván

¿Abrazar bebés?

Miró a Diego con los ojos muy abiertos. Seguía sin entender la situación.

—Soy voluntario en el proyecto *Piel con Piel* —le aclaró—. Es una iniciativa en la que participan varios hospitales de España. Aquí, en Valencia, la ha puesto en marcha el doctor Gómez; es pediatra. Consiste en abrazar a bebés cuyos padres no pueden hacerlo por diferentes motivos. La mayoría son niños prematuros.

—El siete por ciento de los bebés nacidos en España son prematuros y esta es una condición neonatal que conlleva un mayor riesgo de mortalidad y discapacidad —explicó el médico—. Hay estudios que confirman que el contacto piel con piel con el bebé es un método crucial para su desarrollo; promueve su maduración neurológica, mejora su crecimiento y su desarrollo socioemocional. Nosotros ayudamos a madres que no tienen apoyo familiar, a migrantes con jornadas de trabajo intensivas, a familias que tienen que atender otros hijos y padres con enfermedades de larga duración que no pueden ocuparse de los recién nacidos. Hay un sinfín de motivos. También están aquí los niños que van a ser adoptados, en su mayoría son hijos de mujeres drogadictas que están solas o en riesgo de exclusión. Siempre nos vienen bien nuevos voluntarios. Solo tienes que hacer un curso y no es difícil, ¿verdad, Diego?

Este negó con la cabeza.

—Si te animas, eres bienvenido —añadió.

Iván asintió inseguro. ¿Él abrazando bebés? No lo tenía claro. No había cogido a un niño en brazos en su vida.

—Hoy te encargas de Yanira —continuó el doctor dirigiéndose a Diego—. Nació prematura seis semanas antes de lo previsto, su madre está en la UCI debido a una enfermedad previa. Es peruana y no tiene más familia en España. La niña ha estado en la incubadora hasta hace unos días.

Diego, después de saludar a los que ya estaban acomodados y presentar a Iván, se sentó en otro de los sillones, uno que había cerca de la pared. Una enfermera se acercó con lo que parecía ser una cuna cuadrada y transparente sobre ruedas. Dentro había un bebé diminuto con una espesa cabellera negra. A Iván se le encogió el corazón al verlo. Era tan pequeño…

—Siéntate al lado de tu amigo. Como he dicho antes, hoy hay sitio de sobra —le dijo el médico.

Iván lo hizo.

—¿Ya te estás arrepintiendo de haber venido? —le preguntó Diego mientras comenzaba a desabotonarse la camisa.

—Solo estoy sorprendido. ¿Te vas a quitar la ropa? —inquirió incrédulo.

—Esto se llama *Piel con Piel*, no camisa con piel —se burló—. Solo me la desabrocho. No voy a hacer un striptease. Si quieres te hago uno en privado luego, en casa —añadió con expresión pícara.

Iván resopló al tiempo que ponía los ojos en blanco y disimulaba lo mucho que le gustaban esas palabras.

La enfermera había retirado la mantita que cubría a la bebé y la puso sobre el pecho de Diego con mucho cuidado, después la tapó. Los ojitos hinchados de la pequeña se mantenían cerrados. Dormía.

Iván observó fascinado cómo el rostro de Diego cambiaba al sentir la piel de la niña contra la suya. Si ya de por sí era un hombre de facciones agradables y hermosas, al coger a la recién nacida, su cara se iluminó, sus ojos resplandecieron y la sonrisa más tierna que había visto en su vida apareció en sus labios.

Iván tragó saliva, conmocionado, al tiempo que se le erizaba el vello de la nuca. Compartir ese momento con Diego le parecía alucinante y maravilloso. Algo muy íntimo. Hasta ese instante no sabía que una situación así le pudiera hacer sentir especial, pero lo hacía.

—¿Qué piensas? —le preguntó Diego en un siseo.

—Que nunca te había visto así, tan… en paz y feliz.

—¿No te arrepientes de haber venido?

—Para nada. Me encanta haberte acompañado.

Diego le regaló una sonrisa, una dulce y serena, la misma que le estaba regalando a Yanira.

—¿Qué… qué sientes? —le interrogó Iván al cabo de unos segundos. Los deditos chiquititos y perfectos de la pequeña le tenían embelesado.

—Tú lo has dicho: paz. Y mucha satisfacción. Abrazar a un bebé es mágico.

—¿Te gustan los niños?

—Si te soy sincero, nunca me lo había planteado hasta que me involucré con este proyecto. Pero debo admitir que sí. En un futuro me gustaría tener hijos propios. ¿Y a ti? ¿Te gustan?

Iván se encogió de hombros. ¿Tener hijos? Hasta aquel día no había sentido el mínimo interés, pero después de ver a Diego con esa bebé…

—Supongo que sí —admitió vacilante—. ¿Es complicado para una pareja gay adoptar un niño?

—Es complicado, pero igual que para una pareja hetero.

—Ah…

Alzó la vista y examinó a los otros ocupantes de la sala. El doctor Gómez se había ido y una de las enfermeras también. La otra estaba sentada tras el mostrador y tecleaba algo en el ordenador. El hombre que se sentaba en el sillón más alejado tendría unos cincuenta años y estaba canturreando para el bebé que sostenía, que parecía ser el más necesitado; estaba lleno de tubos transparentes. Las tres mujeres, pese a su disparidad en cuanto a la edad —una de ellas debía de estar ya jubilada y las otras dos eran mucho más jóvenes—, charlaban entre ellas en un tono de voz casi inaudible.

—Hola, amor. Eres una monada y menudos ojos tienes más bonitos.

La voz de Diego, cargada de delicadeza y afecto, le hizo volver la cabeza. Yanira se había despertado, aparentemente. Sí, tenía los ojos abiertos y parecía mirar a Diego con fijeza, que continuaba hablando con una entonación suave. La niña no tardó en bajar los párpados de nuevo, no sin antes haber soltado un bostezo con sus diminutos labios arrugados.

Iván sonrió sin poder evitarlo. Sus ojos se cruzaron con los de Diego que le devolvió la sonrisa.

Si antes de esa mañana ya sabía que estaba loco por él, ver cómo interactuaba con esa recién nacida, con tanto mimo y ternura, había hecho que sus sentimientos se anclaran todavía más dentro de su alma. Cada vez estaba más convencido de que Diego era el hombre de su vida y de que jamás iba a sentir nada semejante por otra persona.

Turbado por tantas emociones, se puso de pie y se acercó a la ventana. Al otro lado del cristal, tras una larga fila de palmeras, podía ver la carretera por la que habían llegado. Se abstrajo contemplando el exterior durante un buen rato. A su espalda podía escuchar a Diego hablando con voz apacible y melodiosa.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando notó su móvil vibrando en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Lo había silenciado antes de entrar al hospital. Lo sacó y vio que era una llamada de Rudi.

—Voy a salir para hablar por el móvil —le dijo a Diego, que asintió con un gesto.

Se apresuró a marcharse de la sala y se detuvo en el pasillo a unos metros de la puerta.

—¿Hola?

—Hola, Iván. Lo primero, perdóname por haberte dejado tirado el viernes.

—No te preocupes, cosas así pasan. ¿Qué tal tu madre?

—La operaron el viernes por la noche y todo salió bien, pero me tengo que quedar unos días porque mi hermana no ha podido venir. Por eso te llamo. He hablado con mi primo Toño que tiene una copia de la llave del piso; he quedado con él en que se acerque a llevártela. Me ha dicho que puede estar en la puerta del edificio a las dos, que más tarde tiene turno en el hotel y no puede ir. ¿Cómo te viene a ti lo de las dos?

Iván se apartó el móvil de la oreja y miró la hora. Eran las once menos cuarto. Diego había dicho que estarían allí hasta las doce. Tiempo de sobra para llegar a Benidorm.

—Me parece bien.

—Genial. Ahora le mando un mensaje.

—¿Cómo hacemos entonces con lo del pago del alquiler? ¿Me pasas tu cuenta bancaria?

—No creo que me quede aquí más de cinco o seis días. No te preocupes y ya lo hablaremos en persona.

—Vale. Espero que se recupere tu madre. Hablamos.

—Gracias.

Cuando cortó la llamada se quedó mirando el teléfono unos segundos.

—¿Qué te parece el proyecto? ¿Te animas a ser voluntario? —La voz del médico a su espalda le hizo girarse.

El doctor Mateo le sonreía con amabilidad. Se había quitado las gafas y estaba limpiando los cristales con una pequeña gamuza.

—No sé si podría hacerlo —admitió.

—¿Por qué no?

—Eh… No sé… Soy mecánico.

El médico le miró fijamente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Iván carraspeó. De repente, no se sentía cómodo.

—Que no sé si una persona como yo encajaría aquí, con bebés…

—¿Has visto a Luisa?

—¿Luisa?

—La señora del cabello gris y las gafas de pasta.

—Ah, sí.

—Antes de jubilarse era carnicera.

—Bueno, pero es mujer.

El médico se rio suavemente.

—¿Has visto a Diego y a Juan?

—Eh… sí, claro…

—Son hombres.

Iván se puso colorado. Ahora sí que se sentía como un verdadero imbécil.

—No tengas prejuicios —le dijo el pediatra y se acercó para darle una palmadita en la espalda—. Si en cualquier momento piensas que te interesa el tema, díselo a Diego. Él sabe cómo contactar conmigo.

Y después de decir eso, echó a andar hasta que desapareció tras una puerta que había al final del corredor.

Iván se metió las manos en los bolsillos y trató de imaginarse a sí mismo sosteniendo uno de aquellos bebés, pero era una escena que no terminaba de encajar con su persona. Le parecían tan delicados y frágiles. Tendría miedo de hacerles daño con su torpeza, eso seguro.

Cuando regresó a la sala, vio que Diego le miraba con curiosidad.

—Tengo que estar a las dos en Benidorm para recoger la llave del piso. Rudi se va a quedar en Badajoz unos días, pero su primo tiene una copia y me la va a traer.

—Sin problema. Si quieres, vamos a buscar la llave y luego comemos por ahí.

—Claro.

La siguiente hora pasó con rapidez. Iván intentó distraerse consultando sus redes sociales, pero no podía evitar lanzar miradas a Diego y a la bebé de tanto en tanto. Yanira encogía la boquita de vez en cuando y hacía ruiditos de succión. Y cada vez que eso sucedía, Diego le pasaba un dedo por la mejilla con sumo cuidado. La imagen tenía algo de hipnótico, la carita diminuta de la niña y la enorme mano que la acariciaba.

Ese momento se estaba convirtiendo en uno muy especial que Iván no olvidaría jamás.

A las doce, unas enfermeras llegaron para recoger a los bebés. Diego se despidió de la pequeña con un par de frases en modo de arrullo y charló brevemente con los otros voluntarios, pero no tardaron en marcharse. Hicieron el mismo camino que los había llevado hasta allí, solo que esta vez no los acompañó el doctor.

—Venga, sé sincero y dime qué te ha parecido —le pidió Diego mientras caminaban.

—Te lo he dicho antes. Creo que haces una labor increíble.

Un sol ardiente los recibió en el exterior. La diferencia de temperatura hizo que se les pegara la ropa al cuerpo en cuanto pusieron un pie en la calle.

—El doctor Gómez me ha pillado antes en el pasillo y ha intentado convencerme —continuó mientras se acercaban a la moto.

Diego se rio.

—Ese hombre es capaz de venderle un frigorífico a un esquimal. Tiene un gran poder de convicción. Lo que me sorprende es que no hayas firmado ya.

Iván también se rio.

—He estado a punto.

El móvil de Diego, que acababa de encender, comenzó a sonar. Iván alcanzó a ver el nombre de Emilio en la pantalla y no pudo reprimir el aguijonazo de celos que se le manifestó en el estómago.

—Dime —respondió Diego a la llamada—. Estoy en Valencia. —Después de una larga pausa, arrugó el ceño y exclamó—: ¡Se me había olvidado por completo! Pero sí, sí, contad conmigo. Vale, vale. Allí estaré.

Iván le observó en silencio. Algo había sucedido.

—Tengo que cancelar nuestros planes —dijo con un suspiro después de colgar—. Había olvidado que hoy es el cumpleaños de Imanol, un amigo del grupo, y que tenemos una comida planeada en Altea desde hace un montón. Vaya, lo siento.

—No te preocupes, no pasa nada —respondió, haciendo un gesto vago con la mano—. Tampoco teníamos grandes cosas previstas. Lo dejamos para otra vez. —Pese a que trató de sonar indiferente, incluso él mismo se dio cuenta de que la desilusión se reflejaba en sus palabras.

—Lo siento —volvió a disculparse.

—Que no pasa nada. —Ahora sí que consiguió imprimir firmeza a su voz. No quería que Diego pensara que era un crío tonto—. Así yo puedo organizar mis cosas en el piso. Si en el fondo me viene de lujo.

—Mentiroso. Sé que te morías por ver *Priscilla* —bromeó mientras se ponía el casco y se subía a la moto.

Iván liberó una risita. Se puso el casco también y se encaramó al asiento. Entre todas sus cosas favoritas del mundo, el montar en moto con Diego se había colocado en un puesto muy alto de su lista, justo por debajo de besar a Diego, la sonrisa de Diego y ver a Diego abrazando a un bebé.

Había disfrutado del trayecto hasta Valencia hacía unas horas, pero el viaje de regreso lo disfrutó muchísimo más. Tenía ganas de abrazarse al masculino cuerpo que se inclinaba delante de él, pero se limitó a apoyar las manos sobre su talle, deseando que no hubiera tela alguna de por medio. Podía sentir también los musculosos muslos pegados a los suyos y, por un brevísimo instante, se imaginó cómo sería tener a Diego así, en la cama, a su merced, siendo él el activo y Diego el pasivo… La fuerza de su erección le asustó y se forzó a pensar en otras cosas menos agradables. Quizá recitar tablas de multiplicar sirviera, se dijo, pero no fue hasta la del ocho que consiguió serenarse del todo.

«Vas cuesta abajo y sin frenos, amigo», farfulló una voz en su interior.

Casi se alegró cuando llegaron a Benidorm.

—¿Por qué no aparcas el coche aquí? —le propuso Diego al llegar al garaje—. No te pilla lejos del piso y así te ahorras tener que dejarlo en la calle.

—¿De verdad?

—Claro. Tengo una tarjeta de acceso de sobra. Ahora te la doy.

—Muchas gracias.

Poco después entraban en el piso. Diego desapareció dentro de su habitación mientras él recogía las cuatro cosas que había sacado de sus bolsas de viaje en aquellos dos días que había pasado allí. Hubiera sido fantástico compartir piso con el mayor de los Alba, en lugar de tener que hacerlo con Rudi, pero algunos sueños eran solo eso: sueños. Ni siquiera habían hablado del beso o de lo que iba a suceder de ahí en adelante entre ellos. Quizá no sucediese nada y todo estuviera dentro de su cabeza.

Quizá no volvieran a verse en un tiempo.

Una sensación de pesar se le alojó en el pecho.

Joder…

—¿Vas a subir esta tarde a casa de mis padres?

La pregunta que llegó desde la puerta le sobresaltó. Se volvió deprisa y vio que Diego se había cambiado de ropa. Llevaba unos pantalones negros de lino y una camisa blanca de manga corta y estampado de palmeras. Iván jamás hubiese pensado que una prenda así pudiese quedarle bien a nadie. Y, sin embargo, Diego estaba espectacular. Evitó mirar el triángulo de piel que quedaba al descubierto bajo el moreno cuello y se concentró en la pregunta.

—No sé. Es posible. Tengo que hablar con Lukas.

—Yo no creo que pueda subir hoy —repuso mientras se cruzaba de brazos.

—Ya.

Hubo un silencio después del monosílabo.

—¿El fin de semana que viene tienes planes? —inquirió Diego al fin.

—Nada especial.

—¿Quieres venirte a la playa de El Torres el sábado?

¿Los dos solos? El corazón de Iván se embaló.

—Viene Juls de Madrid y creo que van a ir todos —añadió Diego—. Si Lukas no te ha dicho nada todavía, te lo dirá en breve.

Claro.

Todos.

Era un tonto de manual por seguir haciéndose ilusiones.

—Sí, claro. Me apunto.

Se echó una de las dos bolsas de viaje al hombro y cargó la otra en la mano. Luego salió de la habitación.

—Muchísimas gracias por haberme dejado pasar aquí el fin de semana. Te debo una.

—No me debes nada —le dijo Diego, que le seguía por el pasillo.

—Ya, bueno. Que te lo pases bien hoy —le deseó.

Abrió la puerta, salió al descansillo y se giró. Diego había apoyado un brazo en la jamba y le contemplaba como si quisiera decirle algo. Aguardó unos instantes, pero al recibir solo silencio, se puso en marcha hacia las escaleras.

—Eh, Iván.

Se giró.

—¿Sí?

—¿Puedo besarte?

Se le aflojaron las rodillas al oír aquello y estuvo a punto de dejar caer una de las bolsas de viaje. Su mirada voló hacia los ojos brillantes que le observaban con suma calidez. ¡Dios!

—Supongo… que sí.

—¿Supones?

—Quiero decir que…

Un segundo después, Diego acortó la distancia que los separaba y le besó con suavidad. No fue un beso intenso ni demandante, pero fue muy íntimo. Sus bocas se mantuvieron unidas por espacio de unos instantes y sus alientos se mezclaron.

El corazón de Iván palpitaba descontrolado cuando se separaron.

—¿Nos vemos el sábado, entonces? —preguntó Diego. Su respiración también estaba acelerada.

—Sí, claro —logró articular.

Se miraron una última vez antes de que Diego se diera la vuelta y desapareciera dentro del piso. Él tardó todavía unos segundos en recobrarse. Se tocó los labios con ligereza con la punta de los dedos, como si así pudiera sellar el beso que acababan de intercambiar y grabarlo

para siempre en su piel.

Aquello significaba algo, ¿no?

Tenía que significar algo, ¿no?

Joder, joder, joder…

Capítulo 17

Diego

—¿Qué pasa? Has mirado la hora veinte veces en los últimos minutos.

Diego giró la cabeza y se encontró con la mirada curiosa de su hermano Jorge.

—No pasa nada —dijo con vaguedad.

Vale, sí. Pasaba algo. Pasaba que ya era la una y media e Iván todavía no había dado señales de vida. Se suponía que habían quedado a las doce y media en la playa de El Torres. Y todos estaban allí. Todos menos él.

—Estás nervioso. Y ni siquiera te has bañado con el calor que hace —insistió Jorge.

—Estoy bien —mintió.

Habían ocupado un lugar bajo unos árboles en la pequeña cala. No era la playa más bonita del mundo, pero era poco conocida y la más tranquila de los alrededores en verano, además de que se conservaba casi inalterada por el ser humano. Se encontraba en Villajoyosa, pero lejos del núcleo urbano. Era una playa de arena y grava, semiurbana, y estaba rodeada por una arboleda de eucaliptos, bajo los cuales se podía encontrar sombra.

Erika, Juls y Eva estaban en el agua y Lukas charlaba con un conocido en el chiringuito situado a pocos metros de donde se encontraban.

—¿Me vas a contar lo que te pasa? —insistió Jorge. Se sentó a su lado, en una de las sillas que habían traído.

—No me pasa nada —rechazó con un encogimiento de hombros. Sabía que Jorge no se lo iba a tragar, pero aun así lo intentó.

—Pues tú mismo —repuso su hermano y reclinó en el respaldo mientras cerraba los ojos.

Diego suspiró al tiempo que volvía a echar un vistazo a la pantalla de su móvil. Solo habían pasado dos minutos desde la última vez que miró. ¿Desde cuándo era así? Era absurdo echar tanto de menos a alguien, y más cuando solo hacía seis días que se habían visto.

¿Seis días? La eternidad era más corta.

Pero ¿y si le había pasado algo?

Miró a Lukas. Seguro que él sabía lo que había sucedido. Debería preguntarle, solo que no quería parecer demasiado interesado.

—Han pasado tres minutos ¿Te animas ya a contármelo? —le preguntó Jorge.

No pudo contestar porque el móvil de su hermano pequeño comenzó a sonar con estridencia desde dentro de una de las mochilas. Se inclinó para cogerlo y acercárselo, pero cuando vio el nombre de Iván en la pantalla se quedó quieto con la mirada clavada en las cuatro letras.

Lukas se había acercado corriendo y tendió una mano para que le diera el teléfono. Lo hizo y aguzó el oído por si captaba algo de la conversación.

—¿Vienes ya? —dijo Lukas nada más aceptar la llamada—. Sí, te estamos esperando. Estamos donde siempre. Genial. *Bye*.

Y eso fue todo.

Las ganas de interrogarle le acuciaron, pero no hizo falta, su hermano era un pequeño bocazas que lo soltaba todo.

—Dice Iván que ya viene. Es que ha tenido que llevar a Rudi al depósito a recoger su

coche porque se lo llevó la grúa. Lo había aparcado mal, en una zona de carga y descarga. Pero vamos, que Iván ya viene.

Después de decir eso, guardó el móvil en su mochila y se alejó hacia el agua, a reunirse con las chicas.

—Alucino —murmuró Jorge.

Diego giró la cabeza para ver a qué se refería. Su hermano le estaba mirando con ambas cejas arqueadas.

—¿Por qué alucinas?

—Porque ahora ya sé lo que te pasa. —Hizo una pausa antes de continuar—: Por eso llevas toda la mañana mirando la hora. Estabas ansioso porque Iván no venía. Joder, te gusta Iván —sentenció con convicción.

Diego resopló bajito y se puso de pie mientras sus ojos recalaban sobre el mar que reflejaba el sol con la fuerza de un espejo.

—¿Iván es el chico que comentaste que te gustaba? ¿El hetero? No me lo puedo creer.

—Ya ves…

—Pero si hablamos de eso hace un montón. ¿Desde cuándo te gusta? —insistió Jorge.

—Desde el verano pasado —admitió. ¿Para qué negarlo?

Jorge guardó silencio. También se incorporó y se situó a su lado, de frente al mar.

—¿Un año? No sé, estoy flipando. No encaja nada contigo. Es muy joven y solo sale con chicas, ¿no?

—Bueno, es más complicado que eso —dijo entre dientes.

—¿Cómo?

—Nada —rechazó con un gesto de la mano. Pese a que le hubiese gustado sincerarse con su hermano, no iba a revelar el secreto de Iván—. Que sí, que me gusta Iván. Y ya está.

—No me lo esperaba, la verdad. Es que sois tan diferentes…

—Bueno, dicen que los polos opuestos se atraen.

—No sé ni qué decir. Es que Iván es como un hermano pequeño, no sé. Y hetero. Eso sí que es un impedimento de la leche —continuó vacilante—. ¿Qué vas a hacer?

—Todavía no lo sé.

—¡Eh, chicos! —gritó Lukas desde la orilla, llamando su atención—. Venid y traeros la pelota, vamos a jugar.

—Ve tú —le dijo Diego a Jorge—. Yo me quedo.

—¿Esperando a Iván? —le cuestionó con el ceño fruncido.

Su respuesta fue un encogimiento de hombros. Luego regresó a su silla y tomó asiento. Sabía que Jorge le estaba lanzando miradas afiladas, pero le ignoró. Al cabo de unos segundos vio cómo se inclinaba y se ponía los escarpines para no escurrirse en las piedras que cubrían el suelo marino. Antes de alejarse hacia el mar, se paró frente a él y le miró con los ojos entornados como si quisiese decirle algo, pero debió de arrepentirse porque agitó la cabeza y se dio media vuelta. Echó a andar hacia donde le estaban esperando los demás con la pelota en la mano.

Sí que le hubiera gustado hablar con Jorge de Iván. Necesitaba contarle a alguien lo que estaba sucediendo en su interior. No solía abrirse, pero Jorge era su mayor confidente. Sin embargo, sus labios estaban sellados. No iba a contarle a nadie lo que había entre Iván y él hasta no tener claro si verdaderamente había algo más que unos besos.

Se entretuvo un rato observando cómo jugaban a la pelota en el agua. Era consciente de que cada cinco minutos miraba por encima de su hombro, hacia la pasarela de madera que conducía del parking de tierra a la playa, esperando ver aparecer a Iván.

«A esto se le llama tensión sexual no resuelta, ¿no?», dijo una vocecita burlona en su interior.

No. No era así. Era mucho más que tensión sexual. Había demasiados sentimientos de por medio.

Sus ojos volvieron a recorrer la orilla mientras se preguntaba si ese fin de semana acabaría igual que el anterior: cada uno por su lado. Esperaba que no. Ansiaba abrazar a Iván, besarle y compartir otras muchas cosas con él. Y estaba casi seguro de que Iván también lo deseaba. Quizá todavía tuviera dudas, pero su actitud le delataba. Cada vez que sus manos se rozaban podía ver el anhelo en sus ojos. Y sus besos… Sus besos hablaban por él y decían más que cualquier palabra.

Sí, Iván quería estar con él.

Y él quería estar con Iván.

Sonrió estúpidamente.

—¿Te han dejado solo?

La voz de la persona con la que estaba fantaseando llegó desde detrás y le provocó un respingo. Giró la cara y le vio a un metro escaso de distancia, vestido con un bañador negro y una camiseta gris. No llevaba ni sus pulseras ni sus colgantes de cuero. Solo lucía un pendiente —un arito plateado— en la oreja derecha. Y se había cortado el pelo, pero no demasiado; unos cuantos mechones rebeldes seguían cayéndole sobre la frente.

—¿Has ido a la peluquería? Tienes el pelo más corto.

—No. Me lo he cortado yo. Siempre lo hago.

—¿En serio? Te queda genial.

No mentía. Estaba realmente guapo, aunque su objetividad era nula.

Iván sonrió. Luego dejó su mochila con las demás y se sentó en la silla que había ocupado Jorge con anterioridad. Alzó la mano para saludar a los que estaban en el agua, que respondieron del mismo modo. Gritaron e hicieron gestos para que se unieran.

—¿No te apetece bañarte? —le preguntó.

—Sí —respondió Diego.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Me creerías si te dijera que te estaba esperando? —preguntó.

—No sueles mentir, así que supongo que sí —repuso casi sin aliento—. ¿Significa algo que me esperes o es un hecho sin importancia?

La pregunta le sorprendió. Pese a que Iván parecía azorado, sus ojos oscuros brillaban desafiantes, esperando la respuesta.

—Significa mucho —contestó mientras le contemplaba a través de las pestañas—. He pensado mucho en ti esta semana —confesó y alargó la mano para acariciarle la muñeca con los nudillos. A pesar de que fue un simple roce, no le pasó desapercibido que a Iván se le erizaba la piel de los brazos.

—Yo también he pensado en ti —admitió este con un suspiro. Y se mordió el labio inferior con sensual inocencia

Diego tuvo ganas de gritarle que no lo hiciera. ¡No era de piedra! Apartó la mirada y la clavó en el horizonte.

Después de eso no se dijeron nada más. Las risas del grupo que jugaba cerca de la orilla sobresalían por encima de los demás sonidos.

—Se lo voy a contar a tus hermanos —rompió la quietud Iván tras unos segundos.

—¿El qué?

—Que soy gay.

—Si estás preparado… —Diego asintió.

—Nunca voy a estar más preparado de lo que estoy ahora. Sois mi familia y sé que no voy a encontrarme con ningún prejuicio ni va a cambiar nada entre nosotros. Y ya va siendo hora de dejar el disfraz a un lado.

—Yo te apoyo. Cuenta conmigo para lo que sea.

—Lo sé —dijo al tiempo que se ponía de pie—. Me voy al agua. ¿Te vienes?

—Ahora voy. Adelántate tú.

Iván se quitó las deportivas y se puso unos escarpines que sacó de su mochila. Luego se deshizo de la camiseta y su pecho fibroso y bronceado quedó al descubierto. Diego admiró sus formas y los diseños de tinta que cubrían su piel. Incluso entonces, cuando todavía no sabía que iba a sentir algo por él, se había esmerado en que los dibujos fueran perfectos y originales.

Le hubiera gustado delinearlos con la punta de sus dedos.

—Oye, Iván —le llamó cuando ya se había alejado unos metros—. ¿Quieres venir a mi casa después? ¿Peli y una pizza para cenar?

—¿Vamos todos? —Se detuvo y balanceó su peso de una pierna a otra.

—No. Solo tú y yo.

—Oh, vale.

Pese a que bajó los párpados e inclinó la cabeza, no lo hizo lo suficientemente rápido y Diego pudo ver la expresión gozosa que iluminaba su semblante. Él mismo no pudo impedir que un hormigueo de placer se le instalara en el pecho.

Le vio marcharse con esa cadencia directa y resoluta que tenía al andar. Parecía brusco en sus movimientos, pero desde el sábado anterior, Diego sabía que podía fluir como el chocolate líquido al ritmo de la música. Su cuerpo podía ser fascinante y voluptuoso.

Lukas salió a su encuentro y le echó agua con el pie. Iván respondió del mismo modo hasta que ambos se vieron envueltos en una especie de batalla absurda mientras se reían. Las gotas despedían brillos iridiscentes a su alrededor y la espuma se concentraba en torno a sus pantorrillas.

Diego espió la escena, hipnotizado por su belleza. Le habría encantado poder plasmarla sobre el papel y retenerla así para siempre. Se apresuró a sacar el móvil y a tomar unas cuantas fotos. Las utilizaría como modelo para crear algo interesante, decidió.

Los demás no tardaron en unirse a los dos contrincantes y comenzaron a salpicarse y a abalanzarse unos sobre otros como salvajes, convirtiendo la bonita estampa de antes en un puro caos. Jorge alzó el brazo y le llamó con insistencia para que se uniera a la diversión.

Se incorporó, dispuesto a hacerlo. Sin embargo, antes le mandó un rápido mensaje a Juanma y anuló la cita que tenían esa noche para salir. No se sintió demasiado culpable ya que habían quedado unos cuantos amigos. No le echarían en falta.

Mientras se ponía el calzado antideslizante, una frase que había dicho antes Iván regresó a su cabeza.

Sois mi familia y no va a cambiar nada entre nosotros.

Pero ¿y si lo hacía?

Una sombra oscureció su mirada. Si empezaban algo juntos, lo que fuese —no quería ponerle nombre todavía—, y las cosas no terminaban bien entre ellos, era posible que todo cambiara. Todo.

Agitó la cabeza para ahuyentar ese feo pensamiento de su mente y volvió a mirar hacia el agua. Pudo ver que el juego se había interrumpido y que Iván hablaba con mucha seriedad

mientras los demás le rodeaban y escuchaban con atención. Cuando vio cómo Jorge giraba la cabeza y le lanzaba una mirada inquisitiva supo que Iván ya había hecho su confesión.

Sabía que su hermano le iba a someter a un interrogatorio en cuanto estuvieran a solas. De momento se libraba porque había más gente.

Con resignación se encaminó al agua.

Iván

Abandonó el agua lentamente, con cuidado de no resbalarse en las piedras que cubrían la orilla. Era muy consciente de que Diego le observaba y no pudo evitar sentir un pinchazo en la boca del estómago. Llevaba todo el día así, con el estómago encogido. Muchas horas cerca de Diego deseando que pasara el tiempo deprisa para poder marcharse.

Todavía no terminaba de creerse que iban a cenar juntos.

Los dos solos.

No sabía si Diego había hecho la oferta con segundas intenciones. Suponía que algo de eso había. Él sí que tenía segundas intenciones.

Y terceras.

Había pasado toda la semana pensando en Diego, imaginándose cómo sería acostarse con él. Si bien le intimidaba un poco hacer de pasivo, estaba dispuesto a probar lo que fuera. No era un jodido cobarde.

Extendió su toalla sobre una de las colchonetas que habían llevado y se tumbó bocabajo para secarse al sol. Se irguió sobre los codos y utilizó una de sus manos como visera. Tal y como había sospechado, Diego le estaba mirando desde el agua. Parecía hacer caso omiso a lo que le estaba diciendo su hermana.

Sonriendo tontamente, bajó la cabeza y cerró los ojos.

Había sido un día fantástico, de muchas risas, juegos y conversaciones absurdas. El típico sábado playero de verano con bocadillos de jamón para comer e incluso una siestecita a la sombra de los eucaliptos. También hubo mucho cachondeo sobre su confesión. No le sorprendía; los Alba tendían a tomarse todo en broma. Después de unas cuantas exclamaciones de sorpresa y muchas preguntas, ya habían decidido que su siguiente misión era encontrarle un novio. Evidentemente, el elegido fue Diego. Con mucha guasa, Erika propuso que se liaran sin ser consciente de lo cerca que estaba de que aquello sucediera en realidad.

Miró la hora en el móvil con impaciencia. Ya eran las seis y media de la tarde. No podían tardar mucho más en irse. Jorge y Juls ya lo habían hecho hacía un rato. Lukas y Eva habían anunciado que tenían planes con las amigas de esta, así que tampoco podían quedarse mucho más. Estaban en el chiringuito, tomando algo.

Unas gotas de agua cayeron sobre su espalda, sobresaltándole.

—¡Joder! —exclamó.

La risa cantarina de Erika llegó hasta sus oídos.

—¿Te molesto? —preguntó la rubia con malicia al tiempo que se escurría la larga melena.

Iván no se lo pensó dos veces, se puso de pie con rapidez y le hizo la zancadilla, pero se aseguró de que no cayera sobre la arena, sino sobre la colchoneta.

—¡Qué bruto eres! —le regañó ella, pero su risa desmintió la dureza de sus palabras.

—Eso te pasa por provocarme.

Erika le sacó la lengua, luego se inclinó hacia su bolsa de playa y sacó un peine de púas gordas. Se lo tendió.

—Anda, desenrédame el pelo.

Iván se sentó a su espalda, cogió el peine y comenzó a pasárselo por las doradas guedejas. No era la primera vez que lo hacía. En todos esos años desde que la conocía, la había peinado, la había ayudado a elegir ropa, la había desnudado y metido en la cama después de una borrachera de campeonato, incluso le había sujetado el pelo mientras ella vomitaba. Y muchas otras cosas más que un hermano haría por una hermana.

—¿Qué hay entre Diego y tú? —preguntó ella al cabo de un rato.

Estuvo a punto de dejar caer el peine.

—¿Cómo? No entiendo…

—Entiendes perfectamente. Si te soy sincera, ya había notado que le mirabas mucho, desde hace tiempo, aunque pensaba que era simple admiración, pero después de que nos hayas dicho que eres gay, la cosa cambia.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que no —replicó ella con sorna—. Solo se te cae la baba. Hoy ha sido muy notorio. No le quitas los ojos de encima. Está claro que te mola.

Iván bajó los párpados. ¿Tan transparente era?

—Y tú también le molas a él. Te mira como si quisiera devorarte. Así que, puedes negarlo, si quieres, pero no soy tonta. Y reconozco que mi hermano está bueno.

Le dio la razón en silencio. Giró la cabeza ligeramente, buscándole. Diego nadaba hacia la boya. El sol se reflejaba sobre los músculos de sus hombros en movimiento y creaba una sugestiva combinación de luces y sombras sobre su piel mojada.

Pura perfección.

Suspiró.

—¿Y ese suspiro? —inquirió Erika con retintín.

No pudo contestarle porque Lukas y Eva se plantaron frente a ellos.

—Eh, chicos. Nosotros nos vamos a ir ya. ¿Qué vais a hacer?

—Yo me voy con vosotros —dijo la rubia y se levantó. Luego le lanzó una mirada significativa a Iván—. Creo que te quedas, ¿no?

—Eh, sí, un rato más —repuso sin concretar demasiado. También se puso de pie.

—¿Vienes mañana a casa de mis padres? —le preguntó Lukas mientras metía su toalla en la mochila.

—Pienso que sí.

Ayudó a los tres a recoger sus bolsas, las sillas y las colchonetas.

—¿Te dejamos esa colchoneta? —preguntó Lukas.

—No. Lleváosla.

Tardaron poco en guardarlo todo. Solo las pertenencias de Diego y las suyas quedaron sobre la arena.

—Despídenos de Diego. Y dile que luego le llamo —comentó Lukas mientras se alejaba con Eva de la mano.

—Eso —dijo Erika con los ojos brillantes—. Despídete de Diego… —Se acercó a él y le susurró—: O no.

Iván estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo. Empujó a la rubia y la dirigió hacia la pasarela de madera, mientras ella se carcajeaba. Cuando por fin desaparecieron de su vista detrás de los arbustos y plumeros que rodeaban la playa, se giró y dio unos pasos hasta la pedregosa orilla.

Diego seguía nadando, cortando el agua mientras dejaba una estela de espuma a su

espalda. Durante varios minutos se limitó a admirar su técnica. Era un gran nadador. Poco después, vio cómo cambiaba su estilo del rápido crol a uno más sereno de suaves brazadas y se dirigía hacia la playa. No tardó en llegar a la zona en la que hacía pie y se incorporó. Iván contempló cómo salía del mar, echándose el pelo hacia atrás con las manos. Caminaba a buen paso, pese a lo abrupto del terreno. Su piel tostada cuya humedad reflejaba los últimos rayos de sol del día era del color del café con leche, y contrastaba en gran medida con los mechones casi rubios de su cabello, que el sol se encargaba de aclarar todos los veranos.

Había mucha diferencia entre ese ejemplar de hombre tan viril, poderoso y lleno de fuerza y el hombre del fin de semana anterior, ese que derrochaba gentileza y dulzura mientras abrazaba a Yanira.

Iván no podía decidir cuál le gustaba más.

Vio cómo su rostro resplandecía al descubrirle en la orilla. Era obvio que le agradó verle allí, esperándole.

—¿Se han ido todos? —preguntó al llegar a su lado. Las gotas de agua resbalaban por su rostro, por su cuello y por su torso.

—Sí —respondió sin poder quitarle la vista de encima.

—Genial. Entonces, ya puedo hacer esto… Llevo todo el día deseándolo.

Pegó su cuerpo al de él y le sujetó por el talle. Iván estaba seco, pero no le molestó en absoluto sentir toda aquella piel mojada envolviéndole. Y cuando la boca de Diego se apoderó de la suya, dejó de pensar. No le importó demasiado que la gente pudiera verlos.

El beso fue una mezcla de ternura y arrebato.

Al menos, el primero.

Luego llegó el segundo, que fue mucho más pasional.

Y el tercero terminó con toda su cordura. Se abrazaron con fuerza mientras sus lenguas se enredaban la una con la otra y sus erecciones competían por salir vencedoras del encuentro.

Podía acostumbrarse a besar solo esos labios por el resto de su vida, pensó. Eran exigentes y rudos al tiempo que suaves y entregados. Arrolladores y adictivos.

Se separaron jadeantes.

—¿Nos vamos? —preguntó Diego.

—Sí.

Capítulo 18

Diego

Acababa de aparcar la moto en su plaza, cuando apareció el Seat. Iván le lanzó una breve sonrisa a través de la ventanilla y él se hizo a un lado para que pudiera estacionar. Aguardó con las manos en los bolsillos y la vista fija en el viejo coche.

Lo admitía. Estaba ansioso por tener a Iván solo para él. Si bien había disfrutado muchísimo con su familia, había deseado que el día llegase a su fin para poder ir a su piso a pasar una velada agradable.

Los dos solos con una peli y una pizza.

Y lo que surgiera.

—Parece ser que mi familia quiere que nos enrollemos —comentó mientras Iván salía del coche y se colgaba su mochila al hombro.

—Ya. Erika ha intentado sonsacarme cuando estábamos solos. Es una cotilla.

—Y a mí, Jorge. El cotilla número dos.

Ambos rieron mientras descendían las escaleras que los llevaban a la planta baja.

—Tampoco hubiera podido decirle gran cosa. No es que haya mucho que contar —repuso Iván cuando ya se acercaban a la salida.

Diego no dejó escapar la oportunidad. Alargó la mano y le sujetó de la parte superior del brazo para que se detuviera.

—Eso podría cambiar después de hoy, ¿no? —indagó.

—Podría…

Esa única palabra pronunciada en un tono desafiante hizo que el agrado se le expandiera por el cuerpo. Alzó la mano para regalarle una caricia, pero una potente voz a unos metros de distancia los interrumpió.

—*Bona vesprada*[41] —saludó el guardia de seguridad.

—Eh, sí, *bona vesprada* —respondió y dio un paso atrás.

A Iván se le escapó una risita y se escabulló hacia el exterior. Él le siguió con una mueca divertida. Todavía era de día y la calle estaba llena de gente; las conversaciones, las risas y el ruido de los coches que pasaban por la calzada se mezclaban y animaban el ambiente.

—Si prefieres que vayamos a cenar por ahí, podemos darnos una ducha en mi piso y luego salir.

—Sinceramente, me llama mucho más el plan de la peli y la pizza —concedió Iván al cabo de unos segundos con la frente arrugada—. No me gusta salir por ahí en verano. Es agobiante.

—Genial. Yo pienso lo mismo. Benidorm es un caos en julio y agosto. Sobre todo, el centro.

—¿Y qué te llevó a comprarte el piso aquí?

—Un chivatazo de Rafa, el amigo de Jorge, el de la inmobiliaria. Fue un chollo que no podía dejar escapar. Pero tenías que haberlo visto cuando entré por primera vez. Estaba hecho un asco. Llevaba muchos años cerrado y estaba anticuado. Me gasté todos mis ahorros en renovarlo. Creo que lo único que conservé fue el suelo.

—Te ha quedado fantástico.

—Gracias. Y, ¿tú? ¿Estás bien en tu nueva casa?

—Bastante bien. La habitación que he alquilado no es muy grande, pero está recién pintada y tiene muebles nuevos. Y la cocina y el salón no están nada mal, es solo que Rudi es un pesado. Insiste constantemente en que hagamos cosas juntos. —Hizo una pausa y terminó suspirando—. En fin, es lo que tiene compartir piso.

Diego titubeó. No sabía cómo interpretaría Iván lo que estaba a punto de decirle. Era consciente de lo orgulloso que era y de que no aceptaba ayuda si no podía devolverla.

—Si te agobias mucho o necesitas más privacidad, ya sabes que tengo una habitación de sobra. Y te prometo no ser un pesado —añadió.

No hubo respuesta.

Le miró y trató de leer lo que se le pudiera estar pasando por la cabeza, pero no tuvo éxito.

—Vale, gracias —dijo al fin con neutralidad.

Subieron las escaleras hasta su planta en silencio. El piso estaba en penumbra porque había dejado las persianas bajadas antes de irse esa mañana a la playa.

—Dúchate tú primero —le dijo a Iván mientras él iba abriendo las ventanas—. Ya sabes dónde están las toallas.

—Vale.

Poco después, escuchó el sonido del agua corriendo.

Sacó su toalla húmeda de la mochila y la metió en la lavadora. Revisó que hubiera cervezas y refrescos fríos en la nevera, luego cogió el menú de la pizzería que tenía pegado en la puerta con un imán y lo llevó al salón. Acto seguido, sacó *Priscilla* de su funda y metió el DVD en el reproductor.

Todo preparado.

Cerró los ojos.

Había más cosas que preparar si la noche acababa donde él deseaba, pero no iba a forzar la situación. Todo era demasiado nuevo para Iván y era posible que no estuviese listo.

—La paciencia es una virtud —musitó con un ligero encogimiento de hombros.

Pero lo cierto era que no se sentía muy virtuoso. Ansioso, anhelante o nervioso eran adjetivos que encajaban mucho mejor con su estado de ánimo.

Quizá esa noche fuera *la noche*.

—Pasa tú —exclamó Iván desde la puerta—. Yo ya he acabado.

Se dio la vuelta y sus ojos recorrieron el atlético cuerpo con aprecio. Se había puesto unos pantalones cortos de chándal y una camiseta gris sin mangas muy ajustada que dejaba al descubierto el tatuaje de plumas de su hombro. Como siempre, su estilo sencillo y sin artificios le quedaba bien. Muy bien.

—La peli está preparada ya. En el frigo hay cerveza y refrescos. Coge lo que quieras. Y he dejado el menú de la pizzería sobre la mesa para que eches un vistazo.

—Genial —repuso. Se acercó al sofá y se sentó. Apoyó la cabeza sobre el respaldo y bajó los párpados—. Cómo cansa la playa. Aunque no hagas nada especial.

Diego reprimió las ganas de inclinarse sobre él. Verle así tan sereno y cómodo sobre su sofá desencadenó una oleada de deseo en su interior.

—Ahora vengo.

Y huyó.

Esperaba que la ducha le enfriara, pero no fue así. Pese a que el agua no estaba caliente, él sí, y mucho. Su mente comenzó a conjurar sensuales imágenes de Iván: en la playa en

bañador, bailando en el Refuge, sentado en su sofá con pocas prendas de vestir…

Gimió.

Sus pensamientos se fueron hacia sus besos. Besos que eran la combinación perfecta de aspereza y suavidad. Como el que habían intercambiado hacía una hora escasa en la playa… ¡Dios!

Volvió a gemir.

Y terminó haciendo algo que no había hecho desde hacía bastante tiempo.

Se masturbó.

Mientras sujetaba su miembro y se acariciaba, sus jadeos rebotaron contra las paredes de azulejo. Incrementó el ritmo y su puño bombeó cada vez más rápido. Su excitación era grande y no necesitó más de un minuto para llegar al final. Cuando el semen salió disparado contra la mampara de cristal, ahogó un estertor profundo y echó la cabeza hacia delante.

—Como un jodido adolescente —murmuró entrecortadamente y luego soltó una risa irónica.

Mucho más relajado que antes, borró las pruebas de su orgasmo con agua y terminó de ducharse, se secó y se puso ropa cómoda. Estuvo tentado de coger los calzoncillos de los limones y la camiseta graciosa que llevaba la noche que Iván se presentó en su casa, pero se decidió por algo más convencional: unas bermudas de cuadros y una camiseta blanca.

—¿Ya sabes qué pizza vamos a pedir? —dijo cuando llegó al salón.

Iván estaba sentado en el mismo lugar en el que le había dejado. Trasteaba con su móvil, pero cuando le vio, lo dejó sobre la mesa.

—Soy una persona de gustos sencillos, con una de jamón me conformo. Pero es pronto, ¿no?

Diego se sentó a su lado.

—Sí, es pronto. Ni siquiera son las ocho. Te ofrezco varias opciones: la primera, hacer unas palomitas en el micro y ver la peli; la segunda, poner música y pasar un rato tranquilos charlando; y la tercera… —se detuvo. Tenía claro cuál quería que fuese la tercera, pero se calló —. Eh… No hay tercera.

Iván se revolvió en el sofá y sus muslos entraron en contacto.

Un peculiar cosquilleo danzó por el estómago de Diego. Estaban muy cerca.

—¿Seguro que no hay tercera? —inquirió el joven entre dientes

Diego se volvió a mirarle y descubrió que sus labios estaban húmedos como si se los hubiese lamido hacía un segundo. Su entrepierna despertó con alegría. Aparentemente, de nada había servido la escenita de masturbación en la ducha.

—Vale, sí hay una tercera —admitió tras una breve vacilación.

—¿Cuál es? —inquirió Iván en un murmullo. Era innegable la provocación que destilaban sus palabras.

De repente, el aire se había cargado de electricidad y ninguno de sus gestos parecía inocente. Había significados ocultos en todos ellos: en cómo se colocaba el pelo detrás de la oreja, en su mirada de ojos chispeantes, en cómo retenía la respiración con las aletas de la nariz dilatadas y, sobre todo, en la expresión anhelante que se desprendía de sus facciones… Señales por todas partes que llevaban a un único destino.

Un beso.

Y quizá mucho más.

—Es algo en lo que se verían involucrados nuestros labios —musitó Diego con la vista fija en los de Iván.

Había dibujado labios cientos de veces y conocía muy bien su anatomía: el surco del filtrum, el arco de Cupido, el bermellón superior y el inferior, las comisuras…, pero todos aquellos nombres perdían sentido cuando se trataba de los labios que tenía a escasos centímetros de los suyos, para los cuales solo había un único nombre: *perfección*.

—¿Silbar? —susurró Iván con cierta picardía.

Diego se rio sin poder evitarlo. Alargó una mano y pasó la punta del dedo índice por su labio inferior.

—También podemos silbar —bromeó—. Después, claro.

—¿Después de qué? —jadeó Iván y se aproximó un poco más. Apenas una brizna de hierba habría cabido entre ellos.

Su cercanía era intoxicante.

—Hablas demasiado —le regañó Diego. Y antes de que pudiese replicar, le sujetó por la nuca y le atrajo hasta su boca.

Pese a que no era la primera vez que se besaban, descubría que cada nuevo beso era como un regalo inesperado y delicioso. Algo sumamente placentero que había que saborear.

—Dime que esto es verdad, Diego —le pidió el joven interrumpiendo el beso. Había incredulidad en su entonación—. Que está sucediendo en realidad.

—Claro que es real —respondió con la voz rasposa.

Y siguieron besándose.

No había torpeza ni desorden alguno en sus cuerpos; todo encajaba, como si ese sofá ya hubiera sido testigo con anterioridad de miles de encuentros semejantes entre ellos y estuviese acostumbrado a su unión.

—Sabes lo que quiero hacer, ¿verdad? —susurró Diego entre beso y beso.

—Sí —repuso Iván con un gemido que reverberó por su piel. Estaba tan excitado como él —. Y yo quiero que lo hagas. Es solo que… es la primera vez y…

—Paso a paso —le interrumpió al tiempo que asentía—No hay prisa.

Se deslizó hacia abajo con lentitud sin apartar la vista de los oscuros ojos que se clavaban en él con avidez, y se arrodilló en el suelo, entre sus piernas. Le acarició los muslos, jugueteando con el fino vello que los cubría y luego subió por los laterales de su torso, delineando su figura, hasta alcanzar su mentón.

—Me encantas.

Iván reaccionó inclinándose y pegando la mejilla a la suya.

—Tú me encantas a mí —le dijo al oído.

Un aguijonazo de deseo fue directo a la entrepierna de Diego y no pudo reprimir el gemido que escapó de su garganta. Respirando con agitación, se echó hacia atrás y se sentó sobre los talones. Vio cómo Iván se mordía los labios con frustración y, complacido, comenzó a acariciarle los brazos con parsimonia, subiendo con los dedos por la parte interna de sus muñecas hasta los pliegues de sus codos y volviendo a bajar de nuevo con delicadeza.

Iván gimió.

Diego se inclinó hacia delante y su boca sustituyó a sus dedos, tomando la misma ruta que estos. Arriba y abajo. Primero el brazo izquierdo y luego el derecho. Era simple y, sin embargo, la erección que se manifestaba bajo la tela de los pantalones de Iván no tenía nada de simple, e iba pareja a la suya.

Caricias ligeras y ardientes miradas. Nada más. Pero era uno de los momentos más eróticos que había experimentado Diego en su vida. Posiblemente porque todo lo que estaba sucediendo iba mucho más allá de una mera atracción sexual. Los sentimientos jugaban un papel

muy importante.

—¿Puedo quitarte la camiseta? —le preguntó—. Quiero verte sin ella. Quiero explorar cada centímetro cuadrado de tu cuerpo y buscar mis lugares favoritos…

Antes de que tuviera oportunidad de seguir hablando, Iván se arrancó la prenda con arrebato y la arrojó al suelo.

—Cuánta impaciencia —rio Diego con calidez.

Solo recibió un gruñido por respuesta.

Se recreó en el torso desnudo que tenía frente a él. Los pectorales no eran excesivamente prominentes, pero estaban bien definidos. Su tatuaje le daba carácter, las llamas que salían de la calavera lamían su clavícula. No tenía vello en el torso y sus pezones, pequeños y de color marrón claro, estaban endurecidos.

Se le hizo la boca agua.

Le empujó y le obligó a reclinarse contra el respaldo. Sin previo aviso, agachó la cabeza y comenzó a besarle el abdomen, que trepidaba bajo sus caricias. Iván farfulló algo ininteligible. Era evidente que se había quedado sin palabras.

Ignoró su vibrante erección y se concentró en su estómago. Lo besó, empleando también la lengua para rodearle el ombligo y no tardó en sentir cómo una mano se posaba sobre su cabeza y enterraba los dedos en su cabello.

—Esta sensación… —balbuceó Iván arqueando la espalda—. Ah, me estás matando…

—No puedes morirte todavía. Esto solo acaba de empezar.

—Joder…

Diego cambió de posición y presionó su cuerpo a propósito contra la prominente dureza de Iván, que se retorció y bajó los párpados, jadeante.

—Mírame —le ordenó.

Iván le obedeció y Diego descubrió la niebla del deseo en sus iris. Él mismo estaba tan excitado que no pensaba que pudiese aguantar mucho más. Lamió uno de sus pezones y después el otro. Aquello provocó una sacudida casi salvaje en Iván.

—Te gusta.

No era una pregunta y ambos lo sabían.

Iván extendió los brazos y los enroscó en torno a su cuello, echando la cabeza hacia atrás y Diego aprovechó la postura para pasarle el áspero mentón por su esternón. Besó sus clavículas, su cuello y su nuez mientras aspiraba hondo y se llenaba de su olor.

¡Era una puñetera maravilla!

Los estertores que emergían de la garganta de Iván sonaban cada vez más desesperados.

—Quiero… tu boca —le pidió suplicante en un momento de lucidez.

—Di mi nombre y te la doy.

—Diego —siseó y le acunó la cara con una mano, arrastrando el pulgar por su pómulo—. Diego, Diego, Diego.

Él se derritió al escucharlo.

Y le dio lo que había pedido.

Sus bocas se fusionaron y sus lenguas se encontraron con urgencia. Comenzaron a tocarse con desordenado arrebato, abrazándose sin finura. Diego, acuciado por un descarnado instinto, se puso de pie y se quitó la camiseta. Acto seguido, se tendió sobre Iván, que temblaba por la pasión contenida. Encontró espacio entre sus piernas y sus respectivas erecciones chocaron, solo separadas por la tela de sus finos pantalones.

Volvieron a besarse con frenesí al tiempo que se restregaban uno contra otro. Cada nueva

embestida los llevaba a gemir con más fuerza.

Sabiendo lo que ambos necesitaban, incrementó la velocidad de sus envites y profundizó los besos. Miles de veces había tenido sexo, pero no recordaba cuál fue la última vez que se corrió sin quitarse la ropa, solo con la fricción de un torso desnudo contra el suyo. Se le nublaron los ojos cuando una desmesurada oleada de placer recorrió su columna vertebral. Elevó la cara y vio que a Iván le sucedía algo semejante.

El orgasmo le alcanzó de golpe y le robó el aliento. Las manos de Iván hundiéndose en los mechones de su pelo con violencia y sus potentes gemidos le revelaron que también había llegado al clímax.

Sus jadeos se mezclaron.

Diego cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca. Luego alzó la cabeza y buscó los ojos oscuros, pero Iván los tenía cerrados y un toque de rubor cubría su tez.

Qué hermoso estaba.

Hubiese querido decirle mil cosas, pero no sabía ni por dónde empezar. Solo sabía que su corazón estaba desbordado.

Se desplomó sobre el firme cuerpo que tenía debajo y enterró la cara en su cuello.

—Dios…

—No. Dios, no. Iván… —respondió este casi sin voz, rodeándole con los brazos.

Diego se rio con ligereza y le abrazó.

Iván

¿Correrse sin penetración y sin masturbarse?

Jamás le había pasado. Al menos no desde los doce años y sus poluciones nocturnas.

Se hubiera muerto de vergüenza si a Diego no le hubiese sucedido lo mismo. Siendo así todavía podía conservar algo de su dignidad e incluso bromear, aunque admitía que estaba nervioso.

Seguían abrazados mientras los últimos tremores del orgasmo se desvanecían y las respiraciones se relajaban. La laxitud que sucedía al acto los envolvía a ambos.

—¿Siempre es así contigo? —rompió el silencio al fin.

—¿El qué? —inquirió Diego con pereza.

—Lo de correrse sin necesidad de tener sexo.

—¿Me creerías si te dijera que esto no me había pasado desde mi adolescencia?

—Estaba pensando lo mismo.

—Pero lo mío es mucho peor —dijo. Había sarcasmo en su tono.

—¿Por? ¿Porque eres más mayor?

—No. Porque me acabo de masturbar en la ducha.

Sorprendido, Iván le empujó para que se incorporase y así poder mirarle a la cara. La boca de Diego exhibía una sonrisa ladeada y sus ojos centelleaban.

—¿En serio?

—En serio.

Pese a que sonaba muy convencido, todavía no terminaba de creérselo.

—Vaaale, eres de gatillo fácil, entonces…

—¡Qué va! Mi gatillo está perfectamente. La culpa la tienes tú que eres muy sexi y me pones a cien —respondió y luego depositó unos cuantos besos en la curva de su cuello, justo bajo su mandíbula.

Iván elevó la cara al techo mientras se dejaba besar. Estaba confundido y halagado al

mismo tiempo. ¿Diego pensaba que era sexi? ¿Él? Sus brazos se aferraron con más fuerza a los fornidos hombros.

—Propuesta —dijo Diego al cabo de unos instantes.

—Di.

—Una ducha. No sé tú, pero yo estoy pegajoso y molesto.

—Acepto.

—Pero juntos —agregó.

La mirada de Iván se desvió hacia su boca hinchada por los besos, por *sus besos*. Era imposible negarse.

—Claro…

—¿Te sientes bien? —indagó Diego ladeando la cabeza.

—Si.

—¿Ha sido raro?

—¿Raro?

—Bueno, es tu primera vez con un hombre…

Y no con un hombre cualquiera, pensó Iván. Con Diego, el hombre por el que estaba colado desde hacía años. Nada podía mejorar lo que estaba sucediendo esa tarde.

—Estoy bien —rechazó.

Diego se puso de pie con celeridad y le tendió una mano que él tomó. Se dejó ayudar y se puso de pie. Los pantalones del mayor de los Alba estaban manchados, su propio estómago, también. Estaba embadurnado y pringoso.

Echaron a andar hacia el baño. El pasillo era estrecho y Diego se situó delante. Se movía con mucha confianza en sí mismo e Iván se sintió inseguro. No se avergonzaba en absoluto de su desnudez, sabía que su cuerpo no estaba nada mal, pero estaba ansioso. Por su cabeza rondaba la idea de que lo que iba a llegar a continuación iba a ser algo más fuerte que lo sucedido en el sofá. Confiaba en Diego y tenía claro que no le iba a forzar a hacer algo que no quisiera, pero el caso era que sí quería. No había nada que deseara más que estar con Diego, de todas las maneras posibles. Sin embargo, todavía sentía la trepidación ante lo desconocido apoderándose de él.

Diego reguló el agua del grifo y se despojó de sus pantalones, dejándolos caer al suelo. Le guiñó un ojo antes de meterse en la bañera con rapidez. Iván ni siquiera pudo echar un vistazo al tatuaje de su glúteo. Se quedó inmóvil y se regaló los ojos con la imagen del frontal de Diego, que se mostraba en todo su esplendor. Piel morena y musculosa y una cuna de vello casi rubio de la que emergía su polla, que comenzaba a endurecerse de nuevo. Era bastante similar a la suya en tamaño. Generosa.

Tragó saliva y cogió aire. Los nervios le retorcieron el estómago.

—Vamos, *mein Schatz*, entra —le llamó.

—*Mein Schatz?* ¿Qué significa? —cuestionó tratando de apartar la vista.

—Son tonterías, no me hagas caso —repuso Diego.

Iván se quitó el pantalón y, con fingida indiferencia, entró en la bañera. Luego cerró la mampara de cristal.

—Me gusta cuando hablas en alemán —le confesó.

Diego se inclinó hacia la columna de la pared y cambió el modo de la ducha para que el agua saliera por la parte superior, por el rociador en spray. Acto seguido tiró de su muñeca y ambos terminaron bajo los chorros de agua caliente.

—Así que te gusta que te hable en alemán —murmuró mientras sus manos deambulaban por su espalda en un lánguido abrazo.

—Sí. La gente dice que es un idioma rudo y seco, pero yo no lo creo —musitó y le acarició los hombros y la nuca.

Diego comenzó a tararear.

—*Schlaf, Kindlein, Schlaf! Dein Vater ist ein Schaf! Deine Mutter ist ein Trampeltier, was kann das arme Kind dafür? Schlaf, Kindlein. Schlaf!*

El acento era una pasada y a Iván se le puso la carne de gallina.

—Suena genial. ¿Qué es? Parece una canción.

—Es una canción de cuna que nos cantaba mi madre cuando éramos pequeños, solo que un poco modificada.

—¿Cuál es la traducción?

—Duerme, niñito, duerme. Tu padre es una oveja. Tu madre es un camello, ¿qué puede hacer el pobre niño al respecto? Duerme, niñito, duerme.

—Estás de coña. —Se retiró unos centímetros para verle mejor—. ¿El padre es una oveja y la madre, traficante?

Diego rompió a reír a carcajadas.

—¡No! ¡Un animal! ¡Un camello con jorobas! —balbuceó entre risa y risa.

Iván se quedó quieto mirándole con el ceño fruncido. Finalmente, se dejó contagiar por su ataque de hilaridad y terminaron ambos con las lágrimas rodando por sus mejillas.

—Te juro que es la canción más absurda que he escuchado jamás —logró articular.

—Sí, es absurda, pero lo mejor ha sido tu cara.

Se miraron a través de la cortina de agua. Los dos mostraban un gesto cómplice y sus sonrisas eran enormes.

Diego estaba realmente guapo con el pelo empapado y las gotas de agua suspendidas en sus pestañas. A Iván le costaba hasta respirar, tal era la emoción que le embargaba.

—Estoy acojonado —confesó de repente.

La expresión de Diego cambió completamente. Dio un paso al frente y entró en su espacio personal. Le alzó la cara con los nudillos.

—¿De qué tienes miedo? No vamos a hacer nada que no quieras.

—Lo sé, es solo que… —La vergüenza le invadió y bajó la vista para huir de los inquisitivos orbes azules—. Sé que tú eres el activo siempre…

—Mírame —le ordenó, presionando su mentón con los dedos.

Lo hizo. Le miró y como le sucedía siempre, se ahogó en las profundidades de su mirada.

—Soy versátil —continuó Diego—. Me gusta tanto dar como recibir, solo que tengo mis preferencias.

Cuando pronunció esas palabras fue como si un peso enorme se escurriera de los hombros de Iván. No había sido consciente de lo preocupado que estaba por ese tema hasta ese instante.

—Diego, vas a pensar que soy gilipollas.

La respuesta fue una suave risa.

—Créeme si te digo que lo último que pienso cuando te miro es que eres gilipollas —soltó con ironía—. Y no te sientas presionado. Esta noche voy a dejar que me folles tú a mí.

La sangre corrió por las venas de Iván a una velocidad semejante a la de la luz. No pudo pensar mucho porque Diego le empujó contra la pared y empezó a besarle. Tardó en reaccionar, abrumado por lo que acababa de suceder, pero se recobró pronto y dio exactamente lo mismo que recibía.

El agua seguía cayendo sobre ellos cuando, de improviso, las manos de Diego

aparecieron llenas de gel de ducha y comenzaron a recorrer su cuerpo. Hombros, brazos, torso, espalda… y se deslizaron más abajo hasta que se posaron sobre sus nalgas y presionaron con fuerza.

—Adoro tu cuerpo. Es perfecto.

Iván solo pudo gemir. Su erección estaba a la misma altura que la de Diego y la desconocida sensación le pareció muy erótica. Sin titubear, alargó la mano y sus dedos empuñaron el duro miembro de su compañero.

—Ah, sí… —exclamó este, moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás.

Iván tenía la mente nublada por un agudo deseo, pero había algo que quería hacer, algo con lo que había fantaseado miles de veces. Comenzó a depositar besos ligeros sobre el cuello y el torso de Diego y fue descendiendo poco a poco hasta llegar a su vientre. Terminó arrodillado frente a él en la dura superficie de la bañera. El agua caliente caía sobre su espalda. En ningún momento había soltado su polla que se sacudía entre sus dedos. Elevó la barbilla para poder mirarle a la cara y lo que vio en ella le produjo un gozo tremendo, era una mezcla de sorpresa y ansia desmedida.

—Diego, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo —dijo mientras se humedecía los labios—. De verdad que no lo sé. Solo sé que quiero hacerlo.

—¡Hazlo! Hazlo como te gustaría que te lo hicieran a ti.

Y eso hizo.

Cerró los ojos y se concentró en sentir. Lentamente, se introdujo el miembro en la boca, cuidando de no rozarlo con los dientes. Le gustó su sabor salado, era extraño y al mismo tiempo fascinante. Y su aterciopelada textura. No pudo engullirlo del todo, pero lamió y succionó con entusiasmo, alternando el ritmo y la velocidad, complacido por saber que era el responsable de los gritos ahogados que prorrumpía Diego. Él mismo estaba muy excitado y su mano se acercó a su propia erección para masturbarse.

Apenas habían pasado unos segundos cuando sintió unos dedos en su pelo, tirando de sus mechones.

—¡Necesito que pares! —exclamó Diego entre jadeos, apartándole—. Menos mal que no lo habías hecho antes. Si sigues me voy a volver a correr, y la verdad, preferiría hacerlo en la cama y contigo dentro de mí.

Iván no tuvo tiempo de reaccionar a la frase porque Diego le obligó a ponerse de pie y comenzó a besarle.

—No creo que pueda esperar mucho más para que me folles —murmuró entre beso y beso.

—Creo que yo tampoco —admitió Iván—. Y temo defraudarte.

—¿Defraudarme?

—Sí. Estoy tan caliente que… no aguantaré más de un minuto.

—Por eso no te preocupes. Tenemos toda la noche.

No hubo más conversación.

La impaciencia pudo con ambos y las prisas por enjabonarse y aclararse se convirtieron en algo casi cómico. Después de un par de codazos y algún que otro empujón salieron de la bañera, chorreando.

—Tienes un culo espectacular —dijo Diego, cogiendo una toalla y tendiéndole otra a Iván.

—Tú también, aunque todavía no he podido verte el tatuaje —repuso.

—Te prometo que me lo verás en la cama —dijo provocador mientras salía del baño y

desaparecía por el pasillo—. Pero solo si te das prisa.

Iván tragó saliva y comenzó a secarse. Jamás lo había hecho tan rápido en su vida.

Diego había bajado el estor de la ventana para proveerlos de intimidad, pero había encendido la lámpara de su mesilla que bañaba la habitación en un agradable tono melocotón. Aguardaba a los pies de la cama, en su espléndida y húmeda desnudez.

—¿Te vas a quedar en la puerta o vas a entrar? —se burló al verle inmóvil bajo el dintel.

Iván no se lo hizo repetir dos veces. De tres zancadas se había situado frente a él. Le empujó hasta que cayó sobre el colchón y se sentó a horcajadas sobre sus muslos. Recorrió su cuerpo con la vista, maravillado, mientras Diego cruzaba los brazos detrás de su nuca y se dejaba examinar con calma.

Era hermoso.

No tenía palabras para describir cuáles eran sus sentimientos en ese momento. Sus manos trémulas se posaron sobre el firme pecho y notó que el corazón le latía con fuerza. Era probable que con la misma potencia que el suyo.

—¿De verdad que no te importa? —le preguntó.

—¿El qué? —Diego arqueó una ceja.

—Ser… el pasivo.

—No.

—Llámame tonto, pero siempre he tenido la sensación de que en el sexo gay el pasivo es el sumiso.

—¿Tengo aspecto de sumiso? —se rio Diego.

—¡No, para nada! —dijo casi atropelladamente con las mejillas ardiendo.

—Quítate esos prejuicios de la cabeza. También he oído que algunos imbéciles dicen que si eres el pasivo eres la chica —resopló con desdén—. ¿Piensas que soy una chica?

Iván negó con incredulidad.

—Nunca he visto a nadie tan masculino como tú.

—Pues ya está. No te comas la cabeza. Hay mucho placer en dar, pero también en recibir, créeme. Quizá algún día quieras probarlo.

Nada más decir eso, se incorporó y con un veloz movimiento le echó a un lado y terminó encima de él, apresándole las muñecas por encima de la cabeza.

—Y, ante todo, olvida todas las veces que te has acostado con tías. Esto es diferente. No seas delicado. No soy una mujer.

Y así empezó el juego.

Se besaron hambrientos con un toque de rudeza que sorprendió a Iván en un principio, pero que terminó por consumirle. Era la primera vez que podía dejarse llevar del todo sin temor a lastimar a su pareja. Diego era duro y firme y aceptaba cualquier tipo de caricia, aunque fuera áspera. Se tentaron mutuamente, lamiéndose y mordisqueándose con codicia. Recorrieron el cuerpo el uno del otro con las manos, con las lenguas e incluso con los dientes.

—Hace tiempo que no había querido estar con nadie como estoy contigo —jadeó Diego mientras su boca descendía por el abdomen de Iván.

Este hubiera querido gritar de gozo, pero se limitó a enterrar la cabeza en la almohada mientras notaba el cálido aliento sobre su glande. Le lamió con languidez, jugueteando con él, incitándole y torturándole. Aquello le llevó a rechinar los dientes con fuerza. Pero cuando sus labios y las paredes ardientes de su boca se cerraron en torno a su miembro y le succionaron con entrega absoluta, solo pudo soltar un estertor ahogado.

La lengua de Diego hacía cosas imposibles.

Estaba en el puto cielo.

—¿Qué? —inquirió Diego elevando la cara—. ¿Qué te parece?

—¿Bromeas? ¿Qué eres? ¿El rey de las mamadas?

Diego se rio y se posicionó entre sus piernas. Sus erecciones se encontraron de nuevo por enésima vez desde que habían aterrizado sobre la cama.

—No creo que pueda esperar mucho más —confesó Iván, hundiéndose en los ojos celestes.

—Fantástico, porque yo tampoco —murmuró Diego, mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Después de eso se incorporó y se echó a un lado, contorsionándose. Mientras trasteaba en el cajón de la mesilla, Iván aprovechó el instante para acariciarle la polla, rígida y empapada por el líquido preseminal. A lo mejor era la primera vez que estaba con un tío y la primera vez que sostenía una polla que no era la suya, pero todo lo que estaba sucediendo con Diego parecía tan natural como si lo hubiesen hecho cientos de veces con anterioridad.

Diego gimió con fuerza y se incorporó con los condones y el lubricante en la mano. Le miró con ansia y pasión al tiempo que se sentaba a horcajadas sobre sus caderas.

Iván le contempló intimidado. No le asustaba lo que estaba a punto de suceder, su mente ya lo había aceptado del todo, era otra cosa. Al ver a ese maravilloso ejemplar de hombre sobre él, comprendió que no estaba a su altura. Pese a que se había acostado con muchas mujeres, a su lado se sentía empequeñecido, vulnerable e ingenuo.

Quizá estuviera a años luz de ese ser extraordinario, pero iba a poner todo de su parte para no decepcionarle. Se irguió, le sujetó por la nuca y le atrajo hacia sí. Le besó con desesperación.

Un beso largo, intenso y poderoso.

Diego se separó de él a duras penas. Alargó el brazo y cogió el lubricante. Le echó una generosa porción en la mano.

—Vamos, prepárame —le ordenó entre dientes.

Pese a que no lo había hecho nunca, Iván sabía lo que tenía que hacer. Intentó ser pausado, pero llevaba demasiado tiempo soñando con esa escena y terminó por introducir un dedo dentro de él sin finura alguna.

—Ah… —masculló Diego.

—Lo siento —se disculpó.

—Hace tiempo que no juego en esta posición —farfulló sin dejar que se retirase—, pero ni se te ocurra alejarte y tampoco te contengas. Me gusta que sea intenso.

El cuerpo entero de Iván vibró al escuchar aquello. Ese Diego no era el Diego que él conocía, el serio y flemático, ese que siempre mantenía la compostura. Este era sensual y voluptuoso como el demonio.

Continuó adentrándose dentro de él. Primero fue un dedo y luego dos; los movió en círculos hasta que pudo usar tres. Mientras lo hacía, daba gracias al cielo por todo el porno gay que había visto en su vida. Esperaba estar haciéndolo lo suficientemente bien, aunque si se guiaba por las exclamaciones de placer de Diego no estaba siendo tan torpe como se sentía. Acercó la polla a su entrada viscosa por el lubricante.

—Necesito un condón —farfulló.

Diego se retiró y cogió uno de los preservativos que había dejado sobre la cama. Rasgó el envoltorio con un movimiento de lo más lascivo. Después, sus expertas manos extendieron el látex con pericia a lo largo de la palpitante erección de Iván y vertió una generosa cantidad de

lubricante sobre ella.

—¿Quieres… cambiar de posición? —susurró Iván, estremecido. Apenas podía contenerse; solo quería estar dentro de él, ya.

—No. Quiero que tu primera vez conmigo sea mirándome a la cara.

Iván liberó el aire que había contenido en los pulmones y agarró las caderas de Diego mientras este se colocaba en la posición más adecuada. Comenzó a entrar en él con mucho esfuerzo. Era muy diferente a hacerlo con una chica. Su pasaje era mucho más estrecho y caliente y sus paredes se contraían estrangulando su miembro.

¡Era una puta locura!

Ardía. Cada poro de su piel parecía estar en llamas.

Intentó ser cuidadoso, pero Diego tenía otros planes y comenzó a descender lentamente hasta que su polla desapareció por completo. Un gruñido gutural abandonó la garganta de Iván. La sensación era embriagadora.

—Muévete… —jadeó Diego. Él mismo había empezado a moverse hacia delante y hacia atrás. Tenía los ojos cerrados y parecía muy concentrado.

Iván le obedeció. Le embistió con suavidad, pero enseguida adquirió más velocidad y los gemidos aumentaron de volumen sincronizándose con los envites que cada vez eran más profundos.

Diego comenzó a masturbarse, pero Iván le apartó la mano de un manotazo. Esa noche, quería ser él quien le diera todo. Le rodeó la erección con el puño y empezó a moverlo arriba y abajo,

—Joder, Iván. Ya casi… —gimió.

El calor le inundó con fuerza. Él mismo estaba a punto de alcanzar el clímax, pero rechinó los dientes y endureció la mandíbula, tratando de controlarse.

«No puedes correrte todavía. No hasta que él lo haga. Aguanta, aguanta…».

El sonido de la fricción de los dos cuerpos los envolvió, llenando el dormitorio. Todo eran jadeos, sudor y respiraciones aceleradas. Finalmente, Diego alzó la cara hacia el techo y soltó un potente rugido al tiempo que se tensaba. Sus muslos le aprisionaron las caderas con fuerza mientras el líquido viscoso abandonaba su polla entre espasmos y se derramaba por los pectorales de Iván. Era lo único que este necesitaba para dejarse llevar también. Hincó los talones en el colchón y de una última embestida, alcanzó un pujante orgasmo que lo catapultó lejos de allí.

Pese a que estaba experimentando uno de los mejores momentos de su vida y solo quería volar, se negó a desviar la vista. No quería perderse nada de aquel instante. Nada. Y aunque una niebla de placer amenazó con aturdirle, se negó a dejarse llevar por ella. Tenía que ver la expresión de Diego, el brillo de sus ojos y el rictus de su boca. Tenía que grabarse todo aquello en la memoria.

Lo hizo. Le contempló extasiado, regodeándose en todos y cada uno de sus gestos, en cada mínimo estremecimiento que le recorrió e incluso en cómo cambiaba el color de su piel pasando a uno más oscuro.

Se lo guardó todo dentro y se prometió a sí mismo no olvidarlo jamás.

—Joder, Iván —susurró Diego, echando el cuerpo hacia delante y pegando la frente a la suya—. No puedes mirarme así…

—¿Así? ¿Cómo?

—Con esa intensidad —musitó junto a su boca. Su aliento era tibio y dulce.

—¿Por qué no?

—Porque necesito descansar y cuando me miras así solo quiero hacerte el amor otra vez —repuso y enterró la cara en su cuello.

El corazón de Iván se detuvo dos latidos antes de empezar a palpitar con fuerza de nuevo, desbocado.

¿Hacer el amor?

Diego había dicho hacer el amor. No había dicho follar ni echar un polvo. No. Había dicho hacer el amor.

Cada centímetro cuadrado de su piel se calentó y tuvo que cerrar los ojos para ahuyentar la humedad que los empañó de pronto.

«Por favor, por favor, que este día no acabe nunca», pidió como en una letanía una y otra vez mientras sus manos acariciaban la espalda de Diego.

Permanecieron un rato así, quietos, sudorosos y agotados, con las extremidades enredadas, fundidos en un abrazo que acoplaba sus cuerpos y los convertía en uno.

—Creo que voy a ir al baño a buscar una toalla para limpiarnos —dijo Diego.

—Yo también debería ir para deshacerme del condón.

—Ya lo hago yo.

Antes de que pudiese protestar, Diego le había quitado el preservativo y echaba a andar hacia la puerta. Iván trató de lanzar una ojeada a su glúteo para ver si podía atisbar la forma de su tatuaje, pero no vio nada. Apoyó la cabeza en la almohada y suspiró. Estaba exhausto, pero feliz. Seguramente era el hombre más feliz del mundo.

Diego regresó poco después con una toalla húmeda. Se la pasó por el torso y el estómago con delicadeza. El frescor sobre su piel caliente y sudorosa fue más que agradable.

—Ni siquiera he podido verte el tatuaje —dijo con un mohín.

La risa ronca de Diego llenó la habitación. Se giró y le mostró su trasero.

—Es un corazón sin terminar —expuso Iván. En realidad, eran varios corazones de diferentes colores, pero todos ellos convergían en uno solo. Su dedo índice trazó las finas líneas.

—Son los colores de la bandera del arcoíris.

—¿Y por qué está abierto?

—Cuando encuentre a la persona adecuada con la que vaya a compartir mi vida me lo cerraré con su nombre.

Iván sintió un pequeño pinchazo en el pecho. Jamás hubiera pensado que Diego fuese un romántico, pero le gustaba esa faceta de él. Mucho. Y, en un tonto momento de arrebato, deseó por encima de todas las cosas ser esa persona, la que cerrara su corazón.

¡Estaba tan loco por él!

Diego se tendió a su lado, ajeno a sus turbulentos pensamientos.

—Me gustan tus pecas —murmuró.

—¿En serio?

—Sí. —Recorrió con la lengua el grupito de pequeños lunares que tenía en el pectoral derecho, al lado del tatuaje de la calavera en llamas—. En especial esta. —Señaló una un poco alargada justo debajo de su clavícula.

—¿Esa? —preguntó perplejo. No tenía nada de especial.

—Bueno, y esta. Y esta. Y esta… —Fue deslizando los labios de una a otra.

Iván siempre había odiado sus pecas, pero la boca de Diego sobre ellas le hizo volver a amarlas.

Se besaron con languidez un par de veces y luego se abrazaron silenciosos. Ninguno pareció acordarse de que no habían cenado. El olor a sudor y sexo entre las sábanas fue como un

poderoso calmante. Pronto, la respiración profunda de Diego le avisó de que se había quedado dormido. Aspiró y se llenó de su aroma y, antes de poder darse cuenta de que su cuerpo desmadejado se enroscaba en torno al de su compañero de cama, se quedó también dormido.

Capítulo 19

Diego

No sabía qué era lo que le había despertado, pero lo primero que hizo en cuanto abrió los ojos fue palpar el colchón en busca de Iván. Si se guiaba por la mortecina luz que entraba por debajo del estor era muy temprano. La mejor hora para retozar con su amante.

La decepción fue grande al no encontrarle. Su parte de la cama estaba tibia, señal de que hacía poco que se había levantado. Frunció los labios con fastidio; había imaginado despertar con él y acurrucarse a su lado mientras intercambiaban besos lentos y perezosos.

Quizá estuviera en el baño, aventuró.

Bostezando, alargó el brazo hacia la mesilla y cogió el móvil para mirar la hora. Las ocho menos diez. Una lucecita le avisó de que tenía un mensaje sin leer.

Iván: No quería despertarte, pero he tenido la loca idea de ir a comprar chocolate con churros para invitarte a desayunar. Si ves esto antes de que yo llegue, sigue durmiendo. Te despertaré con un beso. O dos.

Vale, no estaba en el baño.

Leyó el texto un par de veces sonriendo tontamente.

¿Se podía ser más adorable?

Dejó caer el teléfono sobre la almohada e hizo algo infantil: se revolcó entre las sábanas mientras una risa feliz escapaba de su garganta. Pero la risa se convirtió rápidamente en un gemido de dolor.

—¡Hostias! —se quejó.

Sí, estaba dolorido. Demasiado tiempo sin desempeñar el rol de pasivo.

Pero no se arrepentía en absoluto.

El sexo con Iván fue mágico.

Aunque al principio se mostró tímido y torpe, no tardó mucho en desinhibirse y acompasarse a su ritmo. A él le gustaba ser fogoso y un poco lascivo, e Iván, pese a su inexperiencia, estuvo fantástico. En todas partes: en el sofá, en la ducha, en la cama…

Un curioso sonido como el de un ronroneo abandonó su boca y se acarició el pecho con languidez, pasando revista a todo lo sucedido entre ellos la tarde anterior. Los besos, las caricias, los roces e incluso las conversaciones, las dudas y las confesiones. Todo perfecto. Jamás olvidaría el potente orgasmo que compartieron.

¡Fue una pasada!

Pero lo que se le quedó incrustado muy adentro fue su mirada cuando llegaron al clímax. Había tal intensidad en lo profundo de sus iris que se sintió vulnerable y pequeño. Humilde, si acaso esa palabra tenía sentido en ese contexto. Las ganas de abrazarle y no soltarle nunca más le habían invadido.

Se estaba enamorando de él.

Mentira.

Ya estaba enamorado de él.

Iván era suyo y él era de Iván.

—¡Dios! Qué posesivo —se burló de sí mismo mientras se pasaba las manos por las ásperas mejillas.

Enamorado.

Era una palabra muy grande y con mucho significado.

A lo largo de sus veintiocho años había tenido unas cuantas relaciones y había estado ilusionado en alguna ocasión, pero nunca antes había sentido algo como lo que sentía por el joven. Era curioso cómo la percepción que tenía de él había cambiado en el último año. Jamás pensó que pudiera convertirse en alguien tan importante y especial para él.

Pero ahí estaba.

Volvió a alargar la mano y la pasó por las sábanas arrugadas que poco a poco se iban enfriando.

Le echaba de menos. Quería que regresara ya.

Se quedó un buen rato ensimismado, calibrando la situación. Quizá estaba siendo demasiado impaciente, algo que no solía ser. Notó un breve aguijonazo de culpa y un oscuro pensamiento se deslizó dentro de su cabeza.

Él llevaba años disfrutando de su independencia sexual, la había explotado a fondo y conocía todas sus facetas y matices. Estaba listo para enamorarse y sentar la cabeza. Mas para Iván todo era nuevo. A su edad, lo que necesitaba era vivir a fondo su recién descubierta sexualidad. Estaba aprendiendo a volar y tenía derecho a elevarse en el cielo y probar su capacidad de vuelo. Diego no podía cortarle las alas y forzarle a tener una relación monógama con él.

Suspirando, se incorporó con cuidado y enterró la cara en las manos.

Era demasiado pronto para preocuparse por esas cosas, se dijo. A fin de cuentas, acababan de acostarse por primera vez y tenían por delante todo un mar de posibilidades. ¿Por qué adelantar acontecimientos y comerse la cabeza? Nadie sabía lo que podía pasar de ahí en adelante.

Su personalidad juiciosa y previsora ya le estaba lanzando señales.

A veces, desearía ser más despreocupado, como Lukas o Erika, o más espontáneo, como Jorge. Pero no. Aparentemente, el único que había heredado el carácter calmado, cauto y calculador de su madre era él.

Su estómago eligió ese momento para rugir y recordó que no había comido nada desde el almuerzo del día anterior. Estaba hambriento. Ojalá Iván no tardara mucho con los churros prometidos.

Fue al baño sin molestarse en vestirse. Planeaba volver a la cama y, tal y como había propuesto Iván en el mensaje, esperarle entre las sábanas. Encontró los pantalones de ambos tirados en el suelo del aseo. Los cogió y los llevó a la lavadora. De regreso a su dormitorio, hizo una breve parada en el salón y descubrió que las camisetas también estaban allí. Levantó la de Iván y no pudo reprimir el gesto de llevársela a la nariz y aspirar hondo.

Era su olor. Tan jodidamente maravilloso.

La excitación recorrió su cuerpo.

Volvió a aspirar con ganas, hasta que se dio cuenta del aspecto tan estúpido que debía de tener. Se encontraba en medio del salón, desnudo y con una semierección, olisqueando la ropa de su amante. Solo faltaba que Iván llegara en ese preciso momento y le encontrase así.

Volvió a la lavadora y metió ambas prendas, luego retornó a la cama y se envolvió en las sábanas que seguían despidiendo un ligero aroma a sexo.

En ese instante, escuchó el sonido de la llave en la cerradura y, poco después, el de la puerta cerrándose con suavidad.

Su abdomen tembló de anticipación.

Cerró los ojos y fingió dormir.

Iván

La cafetería de La Creu estaba cerrada, pero el cartel que había en la puerta anunciaba que los domingos abrían a las ocho. Solo faltaban veinte minutos así que, para hacer más amena la espera, bajó a la playa que estaba a escasos doscientos metros. Apenas había gente a esa hora por la calle, solo algún que otro madrugador que había bajado a pasear al perro y unos pocos fiesteros despistados. En el paseo marítimo se encontró con una escena similar. Los domingos, la vida no comenzaba hasta al menos las ocho y media o las nueve.

Recorrió la pasarela de madera que llevaba a la orilla y se quitó las zapatillas para hundir los pies en la arena. Todavía no estaba caliente y el frescor de los granitos colándose entre los dedos de sus pies era realmente agradable.

Dos trabajadores con camisetas blancas empezaban a colocar las hamacas que habían dormido apiladas en montones sobre la arena. A poca distancia de ellos, una chica con pantalón corto y top hacía estiramientos. La luz de los primeros rayos del sol del día se reflejaba con fuerza sobre el mar, tranquilo como una balsa.

Se sentó cerca de la orilla, a un metro escaso de donde rompían las olas y extravió la mirada en algún punto indefinido entre el cielo y el mar, más allá de la Isla.

Desde que despertó y vio a Diego durmiendo a su lado con una expresión de profunda paz en la cara, no había podido dejar de sonreír. No recordaba un amanecer mejor en toda su vida. Se había quedado quieto y silencioso, apreciando las hermosas facciones del hombre que le había llevado al paraíso la noche anterior, con el corazón encogido por la felicidad. Las ganas de despertarle y comerle a besos le inundaron, pero se conformó con retirarle un mechón de cabello de la frente con muchísimo cuidado.

Estaba tan eufórico que no pudo quedarse en la cama y esperar a que se despertara, por eso se le ocurrió la idea de ir a comprar chocolate con churros. Sabía que a Diego le gustaban y esperaba que eso le hiciese feliz. Además, necesitaba salir a la calle, respirar aire y alzar la mirada al cielo y reírse como un gilipollas.

La noche con Diego fue algo para lo que no tenía palabras porque todas las que conocía se quedaban cortas. Los besos, los abrazos, las conversaciones y las risas. Y el sexo, por supuesto. Mil veces mejor que el que había experimentado con mujeres con anterioridad. Sospechaba que no era solo porque fuese su primera vez con un hombre. No. Había mucho más. No era el acto en sí, era haberlo hecho con Diego, con todos esos sentimientos y emociones a flor de piel que vivían en su interior desde hacía tanto tiempo, con esa complicidad y esa intimidad que solo se manifestaban cuando había amor de por medio.

No fue solo follar.

Fue mucho más.

Apoyó la barbilla en sus rodillas mientras comenzaba a dibujar garabatos abstractos en la arena con el dedo índice. Su mente le llevó a hacer un tour por las mejores cualidades de Diego, que eran incontables. Era paciente, sereno y cariñoso. Inteligente y nada arrogante. Trataba bien a la gente y era educado, respetuoso y siempre estaba dispuesto a ayudar a todo el mundo. Sabía escuchar y era empático. Era admirable. Y, pese a su seriedad, tenía su punto de humor y era divertido. Iván disfrutaba muchísimo de su compañía.

Además, a todos esos atributos, había que añadir que era fogoso, sensual, vehemente y muy *activo* en la cama, incluso siendo el pasivo.

Era especial.

Suspiró bajito.

¿Estaría él a su altura?

Un velo de inseguridad le nubló la mente durante un instante, pero agitó la cabeza para ahuyentar esos pensamientos tan negativos. No era ni el momento ni el lugar de comerse la cabeza por algo así.

Sus ojos se posaron sobre la arena y su boca se abrió sorprendida al ver lo que había escrito sin darse cuenta.

Iván ama a Diego.

Soltó una risa. Su subconsciente le había traicionado.

Se quedó un buen rato contemplando las cuatro palabras con una expresión absorta.

Amor.

¿Era el verbo correcto? ¿No era demasiado pronto?

No. Llevaba colado por Diego siete años.

Sí, era amor.

Iván no recordaba haber querido a nadie. Solo a su madre, pero de eso hacía mucho tiempo y aquello que sintió por ella se había diluido con el tiempo. Después, las únicas personas que habían significado algo para él eran los Alba. Los quería a todos ellos, pero lo que sentía por Diego iba mucho más allá del afecto y el cariño que sentía por sus hermanos o por sus padres. Incluso Lukas salía perdiendo. Por Diego sentía una admiración profunda que rayaba en la adoración y un amor pasional que le consumía.

Se sacó el móvil del bolsillo e hizo una foto al texto. Lo guardaría para recordar lo feliz que era.

—¡Eh! ¡Maricón!

La conocida voz a su espalda le sacó de su ensimismamiento. No tenía necesidad de girar la cabeza para saber de quién se trataba, pero lo hizo.

Su padre y otro tío que no había visto en su vida se acercaban a él arrastrando los pies por la arena. Era innegable, por sus pintas, que no se habían acostado y que habían empalmado la noche con el día. Ambos llevaban unas latas de cerveza en la mano. No había vuelto a verle desde el episodio de aquella noche en la que le echó de casa, hacía ya más de un mes.

Apretó los puños, pero mantuvo la compostura mientras se incorporaba y echaba a andar hacia la pasarela de madera con las zapatillas en la mano.

—Es el jodido mariquita de mi hijo. Le gusta chupar pollas.

Un pinchazo le atravesó el pecho al oír su tono burlón y despectivo y las risotadas que siguieron a la ofensiva frase, pero siguió caminando sin prestarle atención.

—¿Vas a ignorar a tu padre, mierdecilla?

Rechinó los dientes y se dio la vuelta con brusquedad.

—Yo no tengo padre —espetó enfrentándose a él.

Juan Balcayo llevaba unos viejos vaqueros y una camiseta blanca llena de lamparones. Ambas prendas no habían visto una lavadora desde hacía tiempo. Su pelo, como siempre recogido en una coleta, estaba grasiento y tenía los ojos inyectados en sangre, prueba inequívoca del consumo de alcohol y de otras sustancias. Se balanceaba de un lado a otro y tenía que apoyarse en su compañero de juergas, que no tenía mucho mejor aspecto que él.

La escena era patética.

—Y sí —continuó con actitud desafiante, dando un paso hacia delante y posicionándose muy cerca de ellos. El olor a alcohol rancio alcanzó sus fosas nasales—. Me gusta chupar pollas. Me encanta. Esta noche he chupado una polla fantástica y espero poder seguir haciéndolo todas

las noches de mi vida.

Sin duda, Juan no esperaba esa reacción porque trastabilló y terminó por caer a la arena de culo. Su amigo, al que se agarraba con fuerza, siguió el mismo camino.

Un pellizquito de triunfo se instaló en el interior de Iván al ver el daño que había causado, pero no le duró demasiado. Miró a su alrededor, pero no había ningún testigo del vergonzoso incidente cerca. Se dio la vuelta de nuevo. Tragó saliva e ignoró las horribles barbaridades que le lanzaba su padre. Tenía el estómago encogido y había comenzado a temblar, presa de una ira incontenible, pero se forzó a poner un pie delante del otro. Cuando alcanzó el paseo, se calzó las zapatillas y se alejó, subiendo la cuesta que le llevaba a la plaza donde estaba la cafetería. Quería alejarse de allí cuanto antes y olvidar la escena que acababa de protagonizar.

Maricón.

La palabra sonaba fea, no tanto por su fonología sino por la intención con la que era empleada. Era la primera vez que alguien le llamaba así —que fuera su padre, además, solo agravaba el asunto—, con ese odio tan profundo. Nunca se había enfrentado a ese tipo de ataques homófobos, aunque había sido testigo de alguno en su adolescencia. Por aquel entonces, se había callado por temor a que el insulto se volviera en su contra. Se mantuvo en segundo plano mientras algunos chicos de su instituto le gritaban obscenidades a un muchacho gay. Recordaba que después del suceso se fue a su casa y se escondió en su cuarto, avergonzado. Tardó días en poder mirarse al espejo de nuevo sin sentirse como un cobarde.

Ahora que acababa de experimentar en carne propia cómo era ser vilipendiado de aquel modo, la bilis le subió a la garganta y amenazó con ahogarle. Era una situación repugnante y vejatoria. Pero no iba a dejar que ese desafortunado episodio le amargara el día. No. Su padre ya no podía hacerle daño. No lo iba a consentir.

La rabia todavía recorría su cuerpo cuando llegó a La Creu. Solo había una persona delante del mostrador y no tuvo que esperar demasiado. Una camarera risueña no tardó en atenderle. Compró una docena de churros y chocolate para dos, que le sirvieron en un recipiente desechable de plástico.

Era pronto todavía, pero las calles comenzaban a animarse. De camino a casa de Diego, se cruzó con algunas familias pertrechadas con sombrillas y bolsas de playa. Los perfectos domingueros.

Antes de acceder al portal, miró su móvil y vio la doble notificación azul en el mensaje. Así que Diego estaba despierto. Aquello le hizo olvidarse del cabrón de su padre. Subió las escaleras de dos en dos y entró en el piso, cerrando la puerta con cuidado a su espalda. Dejó los churros y el chocolate en la cocina y fue al dormitorio. Se detuvo en el umbral de la puerta y estudió al durmiente que tenía un aspecto relajado y acogedor allí entre las sábanas.

La calma le invadió.

Pese a que la agitación provocada por el encontronazo todavía le pesaba muy adentro, la escena le enterneció.

—Creía que me ibas a despertar con un beso. O dos. Promesas falsas —susurró Diego sin abrir los ojos.

—Eh, ¿fingías dormir? —se rio.

—Era solo para ganarme el beso —repuso, elevando los párpados.

Iván puso los ojos en blanco, pero no pudo evitar que las comisuras de sus labios se elevaran.

—Se va a enfriar el chocolate. ¿Te levantas o te lo traigo a la cama?

—Ven tú primero aquí. Solo un minuto.

Mientras decía eso, apartó la sábana y se mostró en toda su desnudez.

El ardor se expandió por el abdomen de Iván, que se quitó la camiseta y los pantalones a toda prisa y los arrojó al suelo. En solo unos segundos se había metido en la cama al lado del tentador cuerpo.

Sus pieles colisionaron.

—¿Estás bien? —inquirió Diego repentinamente con mirada inquisitiva.

—Eh, sí.

—Pareces un poco serio. No sé.

—No lo estoy —mintió—Todo está perfecto.

Se esforzó por profundizar su sonrisa y ahuyentar a su padre de su cabeza. Juan Balcayo no se merecía que perdiera ni un solo segundo pensando en él.

Se besaron.

Diego sabía a menta y a hierbabuena.

—Qué bien sabes por las mañanas —dijo Iván.

—Es porque me he cepillado los dientes hace diez minutos. Tú también sabes muy bien.

—Yo también me lavé los dientes antes de irme.

—Vamos, que todo es una farsa matutina.

Iván no le dejó seguir hablando. Le abrazó con fuerza y rodó con él por el colchón hasta que se situó encima. Diego se quejó.

—¿Te he hecho daño?

—Ahora no. Es que estoy un poco dolorido de anoche.

—Lo siento.

—No te disculpes. Fue fantástico —ronroneó, abrazándose a su cuello.

Iván depositó un ligero beso sobre sus labios y elevó la cara para poder recrearse en sus perfectas facciones.

—¿Duele mucho… la primera vez? —preguntó. Tenía mucha curiosidad.

—Duele —confirmó Diego—. Pero si tienes un compañero paciente, que te prepara, te calma y es cuidadoso, no es tan terrible.

—¿Tú lo tuviste?

Diego entornó los ojos y su rostro se suavizó.

—No. Fue torpe y descuidado, demasiado ansioso. Un puñetero desastre. Pero era también su primera vez, así que no puedo tenérselo en cuenta —respondió con afecto—. Éramos dos pardillos.

Iván desvió la vista hacia un lado. Sí, fue él quien sacó la conversación, pero no le apetecía demasiado que Diego le hablara de su primera vez y menos con esa expresión soñadora en la cara. El monstruo verde de los celos reptó por su espalda.

—No he vuelto a tener contacto con él desde hace más de diez años —continuó—. Vive en Barcelona y está casado. No sé más.

El alivio le inundó.

—¿Traigo el desayuno aquí? —preguntó, cambiando de tema.

—No. Mejor nos levantamos y nos lo tomamos en la cocina. La cama va a estar aquí para cuando terminemos —sonrió con cierta lascivia.

Iván copió su sonrisa y bajó la cara para encontrarse con sus labios.

El beso fue breve pero intenso. Sus lenguas juguetearon acompañadas por unos gemidos ahogados.

—¿Por qué me lo has preguntado? —inquirió Diego después de apartarle y echar la

sábana a un lado.

—¿El qué? —Iván abandonó la cama y cogió su ropa del suelo. Pensó en ponérsela, pero rechazó la idea y se quedó solo con los calzoncillos que llevaba.

—Que si duele la primera vez.

—Oh, eso… Simple curiosidad. —Notó que se sonrojaba.

Diego se dirigió al armario, sacó un bóxer gris de un cajón y se lo puso. Luego se dio la vuelta y se acercó a él. Le miró fijamente y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Prometo ser paciente, prepararte y tratarte con cuidado.

Iván tragó saliva y vio cómo los ojos de Diego seguían el movimiento de su nuez.

—Yo no he dicho que quiera hacerlo —protestó.

Mentía. Cada vez estaba más seguro de que quería hacerlo, siempre y cuando fuera con él. Solo con él.

Diego no respondió nada, se limitó a sonreír. Luego le delineó el labio inferior con dulzura.

—¿Vamos a desayunar? —propuso.

Iván asintió.

Diego se alejó hacia la puerta y después desapareció por el pasillo.

Él se quedó inmóvil, procesando lo que había ocurrido. Se le habían concentrado los nervios en la base del abdomen.

Prometo ser paciente, prepararte y tratarte con cuidado.

Cerró los ojos.

Quizá el momento de experimentar aquello estuviera más cerca de lo que había imaginado.

Capítulo 20

Diego

Había servido el chocolate, que todavía conservaba el calor, en dos tazas y había puesto los churros en un plato cuando llegó Iván. Traía una expresión extraña en la cara, una mezcla de timidez y confusión. Estaba encantador. Diego sonrió para sus adentros. Sabía que le había descolocado con su propuesta. También sabía que Iván mostraba curiosidad porque se estaba planteando un cambio de rol. Era tan obvio que casi resultaba ridículo. Lo llevaba escrito en la cara.

—¿Sabes que eres un amor? —le dijo—. Eso de madrugar e ir a comprar churros no lo hace cualquiera.

Iván se encogió de hombros y agitó una mano, rechazando la alabanza con incomodidad.

Diego ya se había percatado de que le costaba aceptar cumplidos, como si pensase que no los merecía y que la gente se los decía solo pretendiendo ser educada.

Qué equivocado estaba.

Si pudiera verse a través de sus ojos comprendería lo especial que era y lo mucho que significaba para él.

—¿Planes para hoy? —preguntó y tomó asiento.

—Ninguno en especial.

—Tengo una idea —comentó y alargó la mano sobre la mesa con la palma bocarriba, invitando a Iván a posar la suya en ella.

Lo hizo.

Diego se entretuvo un par de segundos en disfrutar de la rugosidad de su piel. Eran manos muy diferentes. Si bien eran similares en tamaño, ahí se acababa todo el parecido. Las de Iván eran ásperas y callosas, de dedos fuertes, con los nudillos prominentes y las uñas cortas. Las de él eran más suaves y sus dedos delgados terminaban en unas uñas bien cuidadas.

—¿Qué idea? —preguntó Iván con impaciencia.

—Quedarnos aquí en mi casa, todo el día.

Iván no dijo nada, pero una sonrisa satisfecha adornó su boca. Apartó la mano y cogió su taza para darle un trago a su chocolate. En cuanto lo hubo hecho, su cara de placer lo dijo todo.

—¿Para silbar? —preguntó al cabo de unos instantes.

Diego frunció el ceño sin entender a qué se refería, hasta que recordó la broma de la noche anterior y soltó una risa.

—Sí, para silbar.

Cogió un churro y lo mojó en su chocolate. Estaba a punto de llevárselo a la boca, pero cambió de opinión y se lo ofreció a Iván, que abrió los labios y lo aceptó.

¡Qué sexi!

Su miembro reaccionó endureciéndose. Disimuladamente, se lo recolocó.

—¿Vamos a ver la peli que me dijiste?

—Eh, sí. Veremos la peli, comeremos palomitas, escucharemos música, bailaremos…

—Pfff… —resopló Iván escéptico—. ¿Tú también vas a bailar, Robocop?

—Sé que soy tan grácil como una escoba, pero aquí en mi casa hago mis pinitos —confirmó, fingiendo estar ofendido.

—Perfecto. Eso quiero verlo.

—Luego. Después de jugar un rato en la cama. —Hizo una pausa muy efectiva y añadió con pretendida indiferencia—: Tengo ganas de comerte entero; ayer dejé la mamada a medias. Hoy voy a ir hasta el final.

Iván casi se atragantó con el chocolate. Le sobrevino un fuerte ataque de tos.

—¡No puedes decir eso así! —exclamó jadeante—. Joder, casi muero.

Diego se levantó riéndose y sacó una botella de agua de la nevera. La dejó en la mesa a su lado. Luego se inclinó y le dio un beso en la nuca. Iván reaccionó tal y como él había esperado, se estremeció y la piel de sus brazos se erizó.

—Si no quieres no pasa nada, podemos salir a dar una vuelta —repuso con inocencia y se sentó de nuevo.

—¿Acaso he dicho que no quiera? —espetó con fiereza.

La sonrisa de Diego fue enorme. Adoraba el comportamiento tan contradictorio de Iván. A veces se mostraba tímido y otras veces, provocador. Uno nunca sabía dónde estaba exactamente con él. Era refrescante.

Disfrutaron del resto del desayuno en silencio. De vez en cuando intercambiaban alguna que otra mirada cómplice que culminaba en una mueca sonriente.

Después de terminarse el chocolate, Iván se echó hacia atrás en la silla. Parecía querer decir algo, pero no saber cómo.

—He visto a mi padre.

Diego se tensó y le estudió con agudeza. Había una pequeña sombra en sus ojos que antes no estaba ahí. La misma que cuando había llegado al piso. Ahora lo comprendía.

—¿Qué ha pasado?

—Iba con otro tío y estaban los dos borrachos. Tenían una pinta… Me ha llamado maricón a gritos —continuó—. Y también ha dicho que me gusta chupar pollas.

Diego se quedó petrificado. Alargó la mano como había hecho antes y atrapó la de Iván. Presionó con fuerza, deseando transmitirle su apoyo. ¿Cómo podía un ser tan despreciable tener un hijo tan estupendo como Iván?

—Le he dicho que ya no es mi padre y que sí, que me encantan las pollas y que había pasado la noche chupando una y que era fantástico —dijo con cinismo.

Diego elevó ambas cejas con sorpresa.

—¿En serio?

—Sí —asintió con energía—. Admito que ha sido una mierda encontrarle y que me he sentido fatal, pero quiero que este fin de semana sea especial y no voy a dejar que su comportamiento me afecte y nos lo joda.

—Nada puede estropear este fin de semana, Iván. Nada puede borrar lo grandioso que fue tenerte entre mis brazos ayer, créeme —confesó con suavidad—. Si hoy prefieres marcharte o si necesitas tu espacio, dímelo.

—Estoy donde quiero estar —repuso airado. Luego se levantó, se inclinó sobre la mesa y le cogió por la nuca—. Contigo.

Y le besó.

Sus generosos labios sabían a chocolate. Su lengua y su paladar también.

Dulce, dulce, dulce.

—No volvamos a hablar de mi padre, ¿vale? —pidió, apartándose—. Sigamos a lo nuestro. Quería contártelo, pero ya está. No pienso desperdiciar ni un segundo más en él.

—Claro, no te preocupes. Eh… ¿Cuál es tu comida favorita?

—Qué cambio de tema tan sutil —se rio y volvió a su silla—. No sé, las patatas fritas.

—Qué facilón eres. No te pregunto la que más odias porque sé que es el tomate. ¿Y el helado que más te gusta?

—Menta.

—¿Película?

—*El precio del poder*.

—Buena elección. ¿Canción?

—*Firework* de Katy Perry.

—Es la que bailaste en el Refuge. Estuviste espectacular. Nunca te había visto bailar así y cada vez que me acuerdo, me quedo sin aliento. No había visto nada tan sexi en mi vida.

Iván sonrió con timidez y sus ojos despidieron una chispa de felicidad. Se pasó las manos por el pelo en un gesto nervioso e inocente. A Diego estuvo a punto de caérsele la baba. Carraspeó y, después de dar el último trago a su chocolate, se relajó en la silla, dispuesto a continuar con su interrogatorio. Quería saberlo todo sobre Iván. Pese a que se conocían desde hacía años, había muchas lagunas en su relación.

—He visto que sacas muchos libros de la biblioteca municipal. ¿Qué tipo de libros prefieres?

—Fantasía y ciencia ficción. Y cómics para adultos. Ahora estoy leyendo uno que se llama *Maus*. Va del holocausto. Los judíos son retratados como ratones y los nazis como gatos. Es muy interesante.

Diego sonrió apreciativamente. Había facetas de Iván que le resultaban tan sorprendentes como fascinantes. Cogió la botella de agua que había traído antes y dio un pequeño trago.

—¿Ciudad a la que querrías viajar? —le preguntó.

—Me gustaría ir a Londres —dijo sin vacilar.

—Fácil. Está aquí al lado. Nos podemos escapar un fin de semana.

Él había ido varias veces con sus amigos.

Iván no dijo nada, pero era innegable que le gustaba la propuesta. Su cara lo decía todo.

—¿Y cuál es tu color favorito? ¿De verdad es el rosa?

—Nah. El rojo. ¿No has visto mi coche?

—Tu coche no se puede considerar rojo. Era rojo en los ochenta, ahora ya no —expuso con una risa burlona—. ¿Y tu recuerdo más preciado?

Iván alzó la vista al techo y estuvo así unos segundos, pensativo. Diego aprovechó para estudiarle. La calavera en llamas le daba un toque de gamberro que no encajaba en absoluto con el Iván que iba descubriendo.

¡Cómo le gustaba!

—Creo que el día y la noche de ayer —dijo al fin.

¿Podía ser más cautivador? Diego apoyó las manos sobre la mesa y respiró hondo, tratando de reprimirse. Lo que de verdad quería hacer era levantarse, cogerle de la mano y arrastrarle hasta su cama.

—Espera —añadió Iván—. Hay otro recuerdo más que atesoro.

—¿Cuál?

—El del día en que te conocí. ¿Lo recuerdas? Unos matones del colegio nos querían dar una paliza a Lukas y a mí, pero entonces llegaste tú y nos salvaste. Pensé que eras un superhéroe. Vale que solo tenía ocho años, pero me impresionaste. Quería ser como tú.

Diego abrió la boca con perplejidad. No lo recordaba.

—Ah, y tengo otro más.

—¿También aparezco yo?

—Sí. Es del día en que cumplí dieciocho años y me hiciste el diseño del tatuaje de las plumas. Fue increíble.

Ese día sí lo recordaba. Fue Lukas el que le pidió que diseñase algo diferente y original para que su amigo se lo pudiera tatuar. Lo hizo de buena gana; le tenía cariño al chaval. Recordaba su cara de felicidad al abrir el sobre que contenía el dibujo.

—Saber que estoy presente en todos tus momentos favoritos me hace sentir…

Especial.

Único.

Agitó la cabeza y no completó la frase. Quería decir muchas cosas. Quería confesarle a Iván todo lo que sentía por él, pero al mismo tiempo se preguntaba si no sería demasiado pronto; si no estropearía lo que había entre ambos por estar tan ansioso.

Alargó la mano y cogió el último churro que quedaba en el plato. Lo partió y le tendió la mitad a Iván. Este la aceptó. Masticaron, ambos perdidos en sus pensamientos.

—¿Tú no quieres saber nada de mí? —rompió el silencio.

—Sé que tu color favorito es el verde, que te gusta la lasaña, que tu peli preferida es *Blade Runner*, que te encanta escuchar a George Michael y a ABBA y que has leído más de veinte veces *Los tres mosqueteros*. Ah, y te gustan los helados de chocolate.

—¿Por qué sabes tanto? —se sorprendió.

—Tu hermano Lukas es un bocazas, ¿no lo sabías?

Diego se rio. Cierto, Lukas era demasiado hablador.

—¿Cuál es la parte que más admiras de ti y la que menos te gusta? —le preguntó mientras se ponía de pie y comenzaba a recoger la mesa.

—¿No puedes hacerme una pregunta más fácil? No sé. ¿Cuál es mi animal favorito? Por ejemplo.

—Vale —cedió—. ¿Cuál es tu animal favorito?

—Los gatos. Me gusta su independencia —dijo y se levantó, acercándose a él.

—A mí también —repuso Diego mientras metía el plato y las tazas en el lavavajillas—. ¿Cuál es la parte que más admiras de ti y la que menos te gusta? —insistió.

—Pfff… —Iván se apoyó en la encimera mientras se cruzaba de brazos. Era obvio que no le agradaba nada tener que responder—. Lo que más me gusta son mis labios porque se parecen a los de mi madre y lo que menos, mis ojos, porque son como los de mi padre.

Diego alzó una ceja y negó. No se refería al físico y ambos lo sabían. Decidió dejarlo pasar. Ya volvería a preguntarle más adelante.

—Te diré que tienes unos labios perfectos, al menos eso es lo que opinan los míos. —Se aproximó y le dio un beso. Volvió a saborear el chocolate y notó cómo el cuerpo de Iván se estremecía. Alzó la cara para anclar la mirada en la suya con vehemencia—. Y tus ojos son impresionantes, tan oscuros como un cielo de medianoche sin estrellas. Adoro perderme en ellos.

Iván reaccionó abrazándose a él y apoyando la cara en su hombro, pero no lo hizo con la suficiente rapidez y Diego pudo ver que se había sonrojado.

—¿Qué te parece si nos volvemos a la cama? Sé de buena tinta que está deshecha, esperándonos —propuso mientras le daba unos cuantos besos en el cuello. El calor comenzaba a crecer en su interior y era indudable que a Iván le sucedía lo mismo.

—Sí, vamos —dijo este y se apartó unos centímetros. Le lanzó una sonrisa risueña—. Hay un par de cosas que quiero que me enseñes.

Una risilla efervescente emergió del pecho de Diego.

—¡Guau! —exclamó divertido.

Intercambiaron unos cuantos besos más y abandonaron la cocina de la mano. Volvieron a besarse en el pasillo y sus cuerpos comenzaron a ser más demandantes. Terminaron usando las paredes como punto de apoyo mientras sus erecciones se enfrentaban. Cuando llegaron al dormitorio, jadeaban. Se quitaron la ropa interior con presteza y en unos segundos estaban los dos desnudos.

Diego empujó a Iván sobre el colchón, que cayó de espaldas con una carcajada ahogada. Luego se tumbó encima de él.

—Ven, te voy a enseñar cositas… —ronroneó.

Iván

Era tarde y sabía que tenía que marcharse a su casa, pero estaba tan a gusto tumbado en el sofá con la cabeza apoyada en el regazo de Diego, que lo último en lo que pensaba era en incorporarse.

El día había superado incluso al anterior.

Todavía le temblaban las piernas cuando recordaba cómo habían pasado las horas en la cama, conociéndose y descubriendo las zonas más sensibles del cuerpo de cada uno. Diego cumplió lo prometido y terminó la mamada. Fue sensacional. Jamás una mujer había conseguido excitarle tanto con su lengua y sus labios. Casi le avergonzaba reconocer que se había corrido en apenas unos minutos. Sí, Diego era un puñetero experto en mamadas. A él todavía le faltaba mucha práctica para llegar a su nivel. Seguía sin saber qué hacer con los dientes, le fallaba el ritmo y se ahogaba si intentaba metérsela entera en la boca. Diego se había burlado de él y le había llamado *mi pequeño aprendiz*. No le molestó. No lo hizo porque sabía el afecto que le profesaba y porque acababa de proporcionarle un orgasmo increíble y estaba exhausto.

Juguetearon toda la mañana entre las sábanas. Hubo muchas caricias, muchos besos, masajes y unos cuantos orgasmos. Diego estaba dolorido y no hubo penetración, pero a Iván no le importó demasiado porque las manos y las bocas fueron suficientes.

Se retorció complacido en el sofá y recibió una palmada en el trasero.

—No te muevas —le regañó Diego.

—¿No has terminado todavía? —murmuró somnoliento.

—Estoy con tu oreja. Es perfecta.

Diego llevaba un buen rato con su cuaderno de dibujo en la mano y un lápiz. Le estaba dibujando. Ya había hecho unos cuantos bocetos, que se apilaban sobre la mesa del salón. Había bosquejos de sus dedos, de su nariz, de su boca, de sus ojos, de su nuca y ahora estaba entregado a su oreja. No le importaba servirle de modelo. Le resultaba halagador.

—No creo que mi oreja sea perfecta —dijo.

—No tienes ni idea de la belleza humana. Déjame juzgarlo a mí.

Diego continuó moviendo el brazo, haciendo trazos sobre el papel. Tenía una expresión de suma concentración en el semblante. Fruncía la frente cuando dibujaba.

—¿No tienes plantas? —le preguntó repentinamente. No había visto ninguna en todo el piso.

Diego alzó la cara con expresión interrogante.

—¿Plantas? No.

—¿No te gustan?

—Supongo que sí. ¿A ti te gustan?

—Sí. Tenía unas cuantas en casa de mi padre que conseguí salvar de su comportamiento

destructivo. Seguro que ya habrán muerto —suspiró.

—Ahora que eres independiente puedes tener tus propias plantas —comentó Diego mientras continuaba con el dibujo.

Iván volvió a cerrar los ojos y se perdió en sus pensamientos. Cada segundo de ese día perfecto se lo había guardado muy adentro para poder rememorarlo en el futuro. No solo fueron las horas que pasaron dándose placer mutuo en la cama. Fue también la comida que improvisaron con un par de latas de atún y pan de molde mientras se reían por cualquier tontería. O el ignorar los móviles cada vez que sonaban como si se hubieran puesto de acuerdo. Fue el bol de palomitas que compartieron delante del televisor mientras veían *Las aventuras de Priscilla, reina del desierto*. La película resultó ser todo un espectáculo de canciones famosas, transformismo y bailes con plataformas. De hecho, Priscilla no era el nombre de ninguna de las protagonistas —dos *drag queens* y una mujer transexual—, sino el del autobús con el que las tres atravesaban el desierto australiano para ir a actuar a un hotel en la otra punta del país. Durante el viaje vivían numerosas aventuras, algunas buenas y otras no tan buenas. La película exploraba los estereotipos de gays, travestis y transexuales sin ridiculizarlos ni caricaturizarlos. A Iván le encantó poder sumergirse en un mundo del que no conocía gran cosa.

Aprendía tanto al lado de Diego.

Y después de la película y de cenar una copiosa ensalada sin tomate, había llegado el momento en el que se encontraban. Tirados en el sofá mientras Iván hacía de modelo y Diego se entretenía en dibujarle de todas las formas posibles. De fondo sonaba *Careless Whisper* de George Michael. Era una melodía muy sensual. Iván escuchó a Diego tarareando la canción y elevó un párpado para observarle. Estudiaba su creación con los ojos entornados.

Era tan atractivo.

Solo faltaba una cosa para que fuera el día perfecto.

—Dijiste que bailarías para mí —comentó.

—¿No se te ha olvidado?

—No.

—Creo que será mejor que bailes tú para mí. Tú lo haces mejor.

—No cuela. No fue eso lo que prometiste.

Diego resopló. Dejó el cuaderno y el lápiz a un lado y se inclinó para besarle en el pómulo.

—Si bailo, ¿prometes no reírte?

—No.

—¡Qué cruel eres!

—Tú te has burlado de mi técnica hoy en la cama.

Diego compuso un mohín, pero terminó por incorporarse.

—Vale, pero la música la elijo yo.

Iván asintió y se sentó en el sofá con las piernas cruzadas mientras sus ojos seguían a Diego, que había cogido su móvil y buscaba una canción adecuada.

—Atento, porque es probable que nunca más veas algo así —avisó y dejó el teléfono sobre la mesa.

—¿Puedo grabarlo?

—Sobre mi cadáver —le amenazó levantando un dedo.

Los primeros acordes de la canción elegida comenzaron a sonar. A Iván le resultó conocida, pero no supo ubicarla.

Diego sacó unas gafas de sol de un cajón y se las puso. Solo llevaba unos pantalones

cortos azules y una camiseta blanca sin mangas e iba descalzo. Comenzó a deslizarse por la habitación moviéndose de un modo que debería haber resultado sexi, pero no lo era. No cuando el ritmo era totalmente equivocado.

El cantante entonó la primera estrofa. Vale, era de nuevo George Michael y la canción era *I want your sex*.

Demasiado complicada para Diego, pensó con ironía.

Inclinó la cabeza a un lado y trató de contener la risa mientras Diego intentaba coordinar sus pasos y los gestos que hacía con los brazos, pero cada extremidad de su cuerpo parecía ir por libre. Se plantó frente a él cuando llegó el estribillo e hizo un gesto obsceno con las caderas, como si le estuviera disparando con ellas mientras elevaba los brazos y los pasaba por detrás de su cabeza. Luego se quitó las gafas de sol y le lanzó una mirada lasciva mientras mordisqueaba una de las patillas. Seguía balanceándose a un lado y al otro, agitando las manos como si tuviera un tic nervioso. La cadencia de su cuerpo era tan asimétrica que, si hubiera sonado reguetón, el baile hubiese encajado igual.

Iván no pudo contenerse más y alcanzó un cojín para hundir las carcajadas en él mientras unos lagrimones de regocijo escapaban de sus ojos.

Nunca había visto nada tan ridículo y tan jodidamente maravilloso en su vida.

Era genial.

—Te pone, ¿eh? —exclamó Diego con una sonrisa enorme. Estaba claro que se divertía y que le importaba un pimiento hacer el ridículo, al menos delante de él.

—Me pone un montón —logró articular entre risas.

Cuando Diego se acercó de nuevo moviendo el trasero como un loco, alargó el brazo y tiró de su muñeca. Cayó sobre él pesadamente. Era estupendo sentir un cuerpo tan firme y musculoso contra el suyo. No había redondeces ni partes blandas por ninguna parte, gracias al cielo.

La canción seguía sonando mientras ellos empezaban a besarse con languidez.

—Bailas fatal —dijo contra su boca.

—Lo sé. Pero siempre cumplo mis promesas.

—Menos mal que en la cama te mueves mejor.

—¡Eh! —Alzó la cara y le contempló con los ojos muy abiertos—. ¿Dónde se ha ido tu timidez? Dios mío, he creado un monstruo.

Iván se rio entre dientes.

Después de eso Diego se relajó y apoyó la frente sobre su hombro. Iván dejó que sus manos pasearan con lentitud por su espalda. Durante un buen rato guardaron silencio mientras sus respiraciones se acompasaban. George Michael había empezado a cantar *Freedom*.

Ojalá esa noche no se acabara nunca, pensó Iván con melancolía.

—Es tarde —suspiró—. Debería irme a casa.

—Ni hablar —protestó Diego—. Duerme aquí.

—Pero mañana trabajo y tengo que madrugar mucho.

—¿Y? Yo también trabajo.

Iván no se lo tenía que pensar demasiado; no había otra cosa que deseara más que dormir con Diego.

—Vale —aceptó—. Pero solo si no vuelves a bailar nunca más.

Diego se levantó de un salto con una risilla efervescente.

—Lo prometo. Solo lo haré cuando vaya muy borracho. ¿Nos damos una ducha antes de irnos a la cama? —propuso en tono juguetón tendiéndole la mano.

—¿Juntos? —Se dejó ayudar y se incorporó.
—¿Acaso hay otra manera? —pretendió estar estupefacto.
Ahora fue el turno de Iván de reírse.
Sí, sin duda, era el mejor fin de semana de su vida.

Capítulo 21

Diego

Mensajes de buenos días, mensajes de buenas noches, intercambio de emojis a cuál más absurdo, envío de fotos para mostrarse el uno al otro lo que hacían o dónde se encontraban y una llamada el jueves por la noche que culminó en sexo telefónico. Una experiencia memorable y difícil de olvidar.

Pero no se habían visto.

Una semana sin verle y era como si le faltase el aire. Procrastinar y pensar en Iván se habían convertido en su ocupación principal. No se podía ser más bobo. Incluso su trabajo se había resentido, por eso todavía seguía sentado frente al ordenador ese sábado a esa hora de la noche, dando los últimos retoques al diseño de una portada que le había encargado una de las editoriales con las que solía trabajar. Querían algo muy específico que no le estaba resultando nada fácil. Era el tercer boceto que presentaba y esperaba que fuera el definitivo. Se había comprometido a tenerlo listo para el lunes a primera hora, así que le tocaba currar en fin de semana. No soportaba entregar sus trabajos con retraso.

Después de mirar la ilustración durante unos cuantos minutos, buscando imperfecciones o incongruencias y sin encontrar ninguna, se dio por satisfecho. Eran las diez y media cuando guardó el proyecto y apagó el monitor y la tableta gráfica. Se echó hacia atrás en la silla y movió la cabeza en círculos para desentumecer los músculos del cuello.

Estaba cansado y no le apetecía gran cosa salir, pero el aliciente de volver a ver a Iván le impulsó a levantarse con energía y encaminarse al baño. Habían quedado en Altea para ver el Castell de l'Olla, un castillo de fuegos artificiales nocturnos que tenía lugar cada segundo fin de semana de agosto. No estarían solos, ya que era una tradición familiar de los Alba ir todos los veranos; el ambiente era fantástico y el evento, digno de repetir año tras año. Era el único espectáculo pirotécnico que se lanzaba desde plataformas montadas en medio del mar.

En alguna ocasión habían alquilado un catamarán y disfrutado de los fuegos desde el agua, pero ese año lo harían desde la playa. Dado que era una celebración muy popular y conocida, a la que acudían personas de todos los lugares —llegaban a reunirse más de cincuenta mil visitantes—, era importante ir temprano para no quedarse sin sitio. Gracias al cielo, su familia llevaba allí desde las seis. Solo faltaba él.

Se desnudó y reguló el agua de la ducha hasta que estuvo a su gusto. Se metió bajo el chorro y dejó escapar un suspiro agradecido cuando este le cayó sobre la espalda. Demasiado tiempo sentado. Se enjabonó mientras recordaba la última vez que se había duchado con Iván, el domingo anterior.

Jamás hubiera pensado que Iván y él pudiesen ser tan compatibles, tanto dentro de la cama como fuera de ella. Tenía muchas ganas de verle, escuchar su voz, recalar en su mirada oscura, estrecharle entre sus brazos y comérselo a besos.

En cuanto su mente conjuró esas imágenes, su cuerpo reaccionó en consecuencia y se excitó.

Gimió mientras se llevaba la mano a su erección. Se masturbó con una lentitud casi exasperante, imaginando que era Iván el que le tocaba, el que se ponía de rodillas delante de él y le tomaba en su boca aterciopelada y torpe. Pronto, emitió un tosco gruñido y su cuerpo se

sacudió mientras se corría. Jadeante, se apoyó contra la pared y dejó que el agua se llevara la prueba de su clímax.

Mucho más relajado, se secó y se vistió. Eligió unos vaqueros negros, su camiseta favorita, una verde caqui con el coyote cabreado en la pechera, y una cazadora vaquera. Luego se contempló en el espejo que había en la pared. Le brillaban los ojos de expectación. Satisfecho con su imagen, miró la hora por última vez. Eran las once y cuarto y los fuegos comenzaban a medianoche. Tenía que darse prisa.

Abandonó su piso y bajó las escaleras de dos en dos, cargado de energía. Solo le faltaba silbar para parecerse al protagonista de una cursi comedia norteamericana, pensó y la ocurrencia le hizo reír. Había mucha gente en la calle y tuvo que esquivar a unos cuantos grupos de personas hasta que consiguió llegar al garaje. Saludó al guardia de seguridad, se puso el casco y se montó en la moto.

El trayecto hasta L'Olla era relativamente corto y no tardó más de quince minutos en alcanzar su destino. Había multitud de coches aparcados en las cunetas de la carretera y gente caminando por los arcenes. También había mucha policía dirigiendo el tráfico y tratando de organizar los accesos a la playa. Todos los años sucedía lo mismo. No le resultó fácil encontrar un lugar donde dejar la moto y terminó por aparcar junto al muro que había frente a la playa, en un pequeño espacio entre los contenedores. Era una locura la que se montaba allí la noche de los fuegos. Miles de personas se agolpaban no solo en la playa, también en los chiringuitos y en las calles adyacentes. Apenas se podía caminar.

Su familia solía coger sitio en la franja más estrecha de playa, a unos cien metros de distancia. Hacia allí se dirigió, pero no los localizó. Demasiada gente, demasiado bullicio y la oscuridad permeándolo todo. Al final fueron ellos los que le vieron a él.

—¡Diego!

Miró hacia el lugar de donde provenía la voz y vio a Erika agitando los brazos en el aire.

Echó a andar, sorteando personas. Según se acercaba vio que su familia había conseguido hacerse con un trocito de playa en el que habían instalado unas cuantas sillas. Estaban todos allí: sus padres, Erika, Jorge y Lukas. Rápidamente, echó de menos a Iván y no pudo evitar girar la cara a un lado y al otro para buscarle.

—Joder, casi no llegas —le dijo Jorge—. Faltan solo diez minutos para que empiece.

Estaba sentado en una de las sillas con una cerveza en la mano. Se agachó para sacar otra de la nevera portátil y tendérsela.

—Mucho jaleo para aparcar —contestó, aceptándola.

—Hola, hijo preferido —le llamó su padre—. ¿Has cenado? Hemos traído bocatas de sobra.

—He picado algo en casa hace un rato —rechazó.

Erika y Lukas se acercaron a él y comenzaron a contarle algo sobre que habían aparcado muy lejos y que le habían dado un golpe al coche de Lukas. Solo los escuchaba a medias. Seguía pendiente del paradero de Iván.

—¿No ha venido Iván? —preguntó al fin.

Un resoplido fue la respuesta. Volvió la cabeza y vio la mueca irónica de Jorge.

—Está saludando a unos amigos —contestó Lukas. También le miró con sorna, pero no dijo nada más.

Erika ahogó una risilla y le guiñó un ojo.

Vale, todo el mundo lo sabía. En apariencia, era tan transparente como un cristal. Miró a sus padres, pero estaban inmersos en una conversación y no prestaban atención a sus hijos.

—Eh, hola…

Dio un respingo al escuchar su voz.

Ladeó la cara y le vio a solo unos pasos de distancia. Pantalón negro ajustado —tanto que se preguntó cómo era posible que pudiese andar— y camiseta del mismo color con el emblema de la serie *Hijos de la anarquía* en blanco sobre la pechera. Y su bandana oscura en la cabeza.

Salvajemente atractivo.

—Hola, Iván —dijo con toda la serenidad de la que fue capaz.

Por un instante se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. ¿Qué eran en realidad? ¿Una pareja? ¿Amigos con derecho a roce? ¿Algo más? Quizá Iván no deseaba que mostraran su afecto en público. La decisión le fue arrebatada porque Tony eligió ese momento para llamarle y hacerle un gesto para que se acercara.

—Oye, respecto a eso que hablamos, ¿vas a poder tenerlo esta semana? Es para llamar a los clientes y enseñárselo.

Casi lo había olvidado. Su padre le había pedido que diseñara un logo para una empresa de construcción. A veces hacía trabajos de ese tipo para la imprenta de la familia. Pese a que le sabía fatal cobrar por su trabajo, su padre siempre insistía arguyendo que, si no le podían pagar, buscarían a otro diseñador. Diego cedía porque así podía hacerles un buen precio.

—Lo tendrás el miércoles. ¿Te parece bien?

—Genial. Te vemos poco últimamente. El fin de semana pasado no viniste a casa.

Diego se sintió culpable.

—Tengo mucho trabajo —mintió con un encogimiento de hombros.

—Deberías trabajar menos y disfrutar más.

—Sí, claro. Tienes razón —respondió con una sonrisa. De reojo vio que Iván le miraba con disimulo.

Estaban rodeados por cientos de personas y por el ruido de risas, conversaciones y música que viajaba hasta ellos desde los chiringuitos cercanos. La intimidad era igual a cero y Diego hubiera deseado estar lejos de allí, a solas con él.

Bueno, después de los fuegos podrían escaparse, ¿no?

—Va a empezar —dijo su madre.

Miró hacia el agua. Detrás de la línea de boyas se podían ver numerosas manchas más claras que contrastaban con la negrura del mar. Eran docenas de barcos. Y a lo largo de la línea de costa, cientos y cientos de personas se agolpaban unas contra otras.

Aprovechó que todos estaban distraídos para dar unos pasos hacia atrás y situarse al lado de Iván, que estaba de pie con la vista fija en algún punto indeterminado.

—Te he echado de menos —le susurró, acercando la boca a su oído.

El joven esbozó una amplia sonrisa. Le dio un trago a su cerveza sin decir nada.

—Estás guapo —repuso al fin—. Esa camiseta te queda bien. El verde es tu color.

—¿Cómo sabes que es verde? Apenas se distingue.

—La elegí yo.

—¿Cómo? —inquirió sorprendido.

—Hace dos años acompañé a Lukas a comprar tus regalos de cumpleaños. Pensé que esa camiseta te quedaría bien, a fin de cuentas, es verde.

Diego se pasó la mano por el pelo. Con Iván era así, una sorpresa detrás de otra.

—Contigo siempre estoy en inferioridad de condiciones —reconoció.

Estuvo a punto de inclinarse y darle un beso en la boca, pero un rápido vistazo le reveló que sus hermanos los miraban sin cortarse ni un pelo. Lukas empezó a poner caritas raras e hizo

amago de acercarse, pero Erika le detuvo en el último momento.

—Ven —le pidió a Iván. Y tiró de su muñeca.

Se alejaron unos cuantos metros, buscando la privacidad que les proporcionaba el gentío. Era difícil moverse entre tantas personas, pero terminaron por escapar de los ojos de su curiosa familia y se detuvieron cerca de la orilla, con el agua a escasos centímetros de sus pies, al abrigo de uno de los pocos árboles que había en esa playa. Dejaron las latas de cerveza en el suelo, junto al tronco

—¿Qué tal el proyecto en el que estás trabajando? —le preguntó Iván—. ¿Has conseguido acabar la portada?

—Me ha costado, pero sí. Ahora solo espero que les guste. Luego te la enseño y me das tu opinión.

—Luego va a ser imposible.

—¿Tienes planes para hoy?

—Sí.

—¿En serio? Vaya, me había hecho ilusiones de que vinieras a dormir a casa.

—Lo siento. Había olvidado que hemos quedado con unos colegas para ir a pescar esta noche. Lukas también viene. Llevamos tiempo planeando esta escapada.

Diego suspiró mientras la decepción se expandía por su interior.

—Mierda… Tenía muchas ganas de ti —murmuró.

Iván se giró hacia el mar y Diego se situó a su espalda muy cerca de él. Hundió la nariz en su cuello y aspiró mientras posaba las manos en su talle. ¡Qué bien olía!

—Lo siento mucho, Diego —repitió con pesar—. No puedo dejar plantados a mis amigos, pero yo también preferiría pasar la noche contigo.

—No pasa nada —continuó con desenfado—. Mañana podemos vernos, si quieres.

—Claro. ¿A qué hora?

—Ven a mi casa. Te invito a comer. Cocinaré lasaña.

—¿A las dos?

—Perfecto. Y luego te quedas a la siesta, ¿no? —añadió.

—Sí —repuso y se volteó en sus brazos para darle un beso breve en los labios.

Diego le acarició la mejilla. No se había afeitado y la notó áspera bajo sus dedos. Maldijo en silencio que llevara la bandana puesta, le hubiese gustado enredar los dedos en su cabello.

De pronto, el primer chupinazo iluminó la oscuridad y las voces admiradas de la gente se escucharon por doquier. Los fuegos en forma de cometas de largas colas, de estrellas titilantes, de palmeras y de crisantemos de brillantes colores surcaron el negro firmamento.

Tenían ante ellos veinte minutos de pirotecnia. Todo el mundo estaba ocupado mirando hacia arriba. Solo Iván y él se contemplaban con intensidad sin apartar la vista el uno del otro.

Diego sintió cómo la calidez le invadía.

De fondo, los fuegos artificiales caían como cascadas sobre el mar oscuro y lo encendían como si estuviera en llamas; y delante de él, tan cerca que podía sentir cada respiración suya, se erguía ese chico de ojos profundos y oscuros cuyas pupilas reflejaban los cientos de puntos centelleantes que llovían desde las alturas. Su cara también se teñía de colores: rojo, verde, amarillo, plata y oro… Un caleidoscopio de tonalidades.

Y Diego supo que lo suyo era real, que era amor de verdad.

Ese pensamiento fue tan potente y arrollador que estuvo a punto de ahogarse. Cogió aire y trató de respirar con normalidad. Difícil.

Casi sin ser conscientes de ello, sus manos se encontraron y sus dedos se entrelazaron.

No hubo más contacto ni más palabras. No eran necesarias.

—Me encantan los fuegos artificiales contigo —exclamó Iván.

«Y a mí me encanta verlos reflejados en tu rostro».

Los labios de Diego apresaron los de Iván y la lengua de este jugueteó con la suya. Se besaron con agónica lentitud.

Y cuando llegó el apoteósico final con el cielo manchado de blanco por el humo y los fuegos, mientras el sonido de los petardos se elevaba en intensidad y hacía imposible toda comunicación, Diego dio un paso más, el definitivo, y abrazó a Iván con fuerza. Su boca rozó su sien y pronunció esas dos palabras que querían explotarle en el pecho, en voz muy muy baja.

—Te amo.

Sabía que resultaba del todo imposible que este lo hubiera escuchado, así que le besó poniendo en el beso todo lo que sentía. La respuesta fue igual de apasionada y vehemente.

Los aplausos y los gritos de la gente se sucedieron.

El beso continuó.

Y otro más, un poco más lento.

Y otro, breve y suave.

Luego, un roce de mejillas.

Finalmente, se separaron, jadeantes.

El aire estaba cargado de electricidad a su alrededor.

—Eh, chicos, ¿a que ha sido una pasada?

Se sobresaltaron al escuchar a Lukas a poca distancia. Era evidente que había sido testigo de sus besos, pero no dijo nada al respecto.

—Sí, ha sido una pasada —exclamó Diego con tono risueño.

Y no se refería a los fuegos.

—Deberíamos irnos cuanto antes —dijo Lukas, dirigiéndose a Iván—. Lolo y Javi nos estarán esperando.

Iván se agachó para recoger las latas, pero Diego se lo impidió con un gesto.

—Déjalo. Yo las llevo a la basura —dijo e, ignorando a su hermano que los taladraba con la mirada, inclinó la cabeza y le susurró al oído—: Voy a pensar en ti cada segundo de esta noche.

—¿No vas a dormir? —se burló jadeante.

—Si me quedo dormido, seguro que soñaré contigo en mi cama.

Un sonido semejante a un resoplido le hizo girar la cabeza. Vio que Lukas se había dado la vuelta hacia el mar, fingiendo indiferencia. La mano de Iván sobre su mejilla le hizo volverse de nuevo y se encontró con sus labios, cálidos y tentadores, que cayeron sobre los suyos al tiempo que un gemido ahogado brotaba de su garganta e iba a morir a su boca.

Se besaron con ansiedad, sabedores de que iba a ser el último beso de la noche.

—En trece horas nos vemos —murmuró, alzando la cara.

—Sí —repuso Iván con los ojos entornados.

Diego subió las manos hasta su nuca y deshizo la lazada de la bandana. Se la quitó y el oscuro cabello le cayó rebelde sobre la frente. Con delicadeza se lo apartó y lo puso detrás de su oreja. Luego, se enrolló la bandana en la muñeca y se la tendió.

—Átamela —le pidió.

Lo hizo.

Seguían mirándose a los ojos, como si no hubiera nadie más allí en esa playa llena de gente y ruido.

—Nos vemos mañana —dijo Iván dando un paso atrás.

Diego asintió en silencio.

Lukas, cuya curiosidad era más que patente, se dio la vuelta y le hizo un gesto de despedida, luego pasó un brazo por encima de los hombros de su amigo y ambos echaron a andar. Apenas dos segundos después se perdían entre la gente.

Diego suspiró. Sus ojos se posaron sobre el pañuelo que decoraba su muñeca y sonrió con amplitud. Reprimió el deseo de llevárselo a la nariz. Era algo tan pueril…

La playa comenzaba a despejarse de gente y pronto pudo vislumbrar a su familia a unos metros de distancia, recogiendo las sillas. Cogió las latas de cerveza y se acercó a ellos con premura para ayudarlos.

—No te preocupes —dijo su madre con un gesto—. Tu padre, Erika y yo podemos con todo y el coche está cerca.

—¿Por qué no te vienes a mi casa y te quedas a dormir? Y así hablamos —le propuso Jorge que trasteaba con la nevera.

—Por mí bien.

Ahora que sabía que no iba a poder pasar la noche con Iván, no tenía nada mejor que hacer.

—De puta madre. Yo he venido andando. Con la que se forma después de los fuegos he preferido no sacar el coche.

—No te puedo llevar en moto porque no tengo casco de repuesto y esto está lleno de policía.

—Vamos andando, son solo seis kilómetros.

—Yo paso de dejar la moto aquí.

—La llevamos con nosotros.

—¿Tú sabes lo que pesa?

—Nos turnamos, hombre.

Vaciló, pero terminó por ceder.

—Venga, vale.

Se despidieron de los demás y echaron a andar. No les resultó nada fácil llegar hasta la moto. Demasiados coches y demasiada gente. El caos previsto. Después de esperar a que la estrecha calle se despejara, cogió la moto por el manillar y echó a andar con ella en paralelo a la playa. Jorge se situó a su lado, llevaba una bolsa de plástico en la mano. Tardaron al menos diez minutos en escapar del jaleo.

—Todos los años me prometo que no voy a volver o que si vengo alquilaré un barco que es mil veces más cómodo —dijo Jorge—. Luego me llama papá y me convence en tres segundos. Soy un blando.

—Bueno, yo soy otro. No te sientas mal —se rio Diego.

Siguieron caminando despacio. No había mucha luz, pero ambos se conocían bien el camino.

Durante unos minutos no se dijeron gran cosa y Diego aprovechó para pensar en lo que había sucedido con Iván. Apenas habían podido estar juntos media hora, pero qué media hora más bien aprovechada. El corazón se le desbocaba cada vez que el rostro de Iván, iluminado por los fuegos artificiales, acudía a él.

Y le había dicho que le amaba.

Sí.

Le amaba.

—Oye, llevo unas cervezas en la bolsa. Las he cogido por si nos apetecía tomar alguna por el camino. ¿Nos sentamos y nos las tomamos? —propuso Jorge.

—Vale, pero más lejos donde no haya tanta gente.

Pese a que eran casi las dos de la mañana, todavía había muchos grupos de personas por el caminito de la playa. Con toda seguridad, se dirigían a Altea, a buscar sus vehículos.

A la entrada del pueblo, el gentío comenzó a dispersarse en diferentes direcciones y ellos no tardaron en alcanzar una zona más tranquila. Había un par de bares abiertos, pero los dejaron atrás y aparcaron la moto al final de la Playa del Espigón. Luego tomaron asiento en uno de los bancos que daban al mar. Una farola que había a poca distancia los iluminaba.

Jorge abrió dos latas y le tendió una.

Bebieron en silencio.

—¿A qué estáis jugando Iván y tú?

La pregunta llegó poco después. Diego se la había esperado, para qué negarlo.

—No estamos jugando a nada.

—Entonces, ¿vais en serio?

Se echó hacia atrás en el banco y escudriñó el cielo durante unos segundos. ¿En serio? Aunque lo que él sentía iba mucho más allá de un rollo tonto, no tenía ni idea de cuáles eran los verdaderos sentimientos de Iván.

—No lo sé. Solo hemos pasado un fin de semana juntos. Un fin de semana memorable —añadió con voz soñadora.

—Parece mucho más. La forma en la que os comportáis y cómo os miráis.

—Sí —admitió—. Hay bastante tensión sexual.

—¿Solo eso?

—No. Hay mucho más. Él es muy especial.

Jorge hizo girar la lata entre sus manos como si estuviera buscando la manera más adecuada de proseguir con aquella conversación.

—La verdad es que no me lo esperaba. Sois tan diferentes. Y no hablo solo del carácter, me refiero a la edad.

—¿La edad? —se sorprendió Diego.

—No son los años en sí —explicó—. Son vuestros objetivos en la vida. No sé. Creo que estáis en planos distintos. Tú te acercas a los treinta y creo que lo que buscas es sentar la cabeza con alguien. Y él es muy joven todavía y necesita vivir. Puede que me equivoque.

Diego guardó silencio. Volvió a darle un trago a su cerveza y le invitó a continuar con un gesto.

—Tú tienes tu vida más o menos hecha. Tu trabajo, tu piso… Has tenido tiempo de sobra para saber lo que te gusta y lo que no. Pero el caso de Iván es distinto. Es joven, acaba de empezar a trabajar y a vivir por su cuenta. Y lo más importante de todo, ha descubierto su sexualidad hace poco. Apenas ha tenido tiempo de sumergirse en ese mundo ni de experimentar nada. —Carraspeó—. Creo que estáis en puntos diferentes de vuestra vida. ¿Queréis lo mismo? ¿Lo habéis hablado?

Diego se echó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas. Cada frase que pronunciaba su hermano se iba abriendo paso en su interior con fuerza y le llenaba de desazón.

—Corrígeme, Diego, pero creo que él significa mucho para ti y que lo que tú quieres es un compromiso, pero ¿y él? ¿No se merece vivir y poder probar cosas nuevas? Poder elegir y equivocarse. No ha tenido muchas opciones. A lo mejor no está dispuesto a sentar la cabeza todavía. Ten en cuenta que solo tiene veintiún años y hasta hace cuatro días no se atrevía a vivir

de verdad. Estoy casi seguro de que le gustaría poder desmelenarse.

Diego escuchaba las dudas de Jorge con atención. Él mismo se había planteado algo parecido hacía unos días. Sí, quería a Iván, pero cortarle las alas no entraba dentro de sus planes.

—A lo mejor, ahora que todavía no habéis empezado en serio, podéis hablarlo e incluso tener una relación abierta.

Sintió náuseas. ¿Una relación abierta? ¿Eso significaba que tanto él como Iván podrían acostarse con otros tíos? No era eso lo que él deseaba.

Pero Iván a lo mejor sí, le recordó una voz.

Se tapó la cara con las manos y suspiró. El ligero olor que desprendía la bandana le entró en las fosas nasales.

Sintió la mano de su hermano sobre su hombro.

—Esta noche le he dicho que le amaba —confesó al fin.

—Vaya… Eso es importante —respondió Jorge al cabo de un rato, apretándole el hombro con más fuerza—. ¿Qué ha contestado?

Diego soltó una risa cargada de sarcasmo.

—No lo ha oído. Se lo he dicho cuando sonaban los petardos.

—Oh…

—Sí, estoy enamorado de él, lo admito. Pero sé que todo lo que dices es cierto. Yo también me lo he planteado.

—Si no te conociera no te diría esto, pero sé que cuando lo pienses me darás la razón. Eres la persona menos egoísta del mundo. Siempre piensas en los demás más que en ti. Si hasta eres donante de sangre, de médula y de órganos. Y no donas leche porque no tienes tetas.

—Qué exagerado —protestó.

—Venga, hombre, si siempre vas de voluntario a todo, que si hay que limpiar las playas, que si hay que llevar comida a un banco de alimentos, que si vas a desbrozar el monte… ahí está Diego Alba. Eres tan buena gente que me das asco —añadió con humor.

—En el caso de Iván me gustaría ser más egoísta y no pensar en nada más que en mí —dijo al tiempo que alzaba la cara y anclaba los ojos en los de su hermano.

—Te creo. Pero ese no eres tú.

—Tienes razón —se rindió con un suspiro—. Hablaré con Iván de esto y respetaré su decisión, sea cual sea, aunque me muera por dentro. Él se lo merece. No ha tenido una vida fácil hasta ahora. No quiero ser un problema. Quiero estar con él y me gustaría que él quisiera lo mismo, está claro, pero no pienso forzar nada.

Volvieron a quedarse en silencio después de esas palabras. Bebieron con parsimonia, ambos ensimismados en sus pensamientos. Los de Diego eran oscuros como el mar que se abría ante sus ojos. Desagradables.

—¿Sabes que te admiro? —preguntó Jorge pasados unos minutos.

—¿Ahora empieza el rollito sentimental? —sonrió.

—Sí. Te admiro y te quiero mucho. Creo que soy afortunado de tener un hermano como tú.

Pocas veces le pasaba a Diego que se le tiñeran las mejillas de rojo, pero aquella frase le conmovió. Probablemente estaba más sensible de lo normal.

—Dame un abrazo —demandó Jorge.

No tuvo tiempo de negarse porque su hermano se echó encima de él y le apretó entre sus brazos. Le entró la risa, pero terminó por corresponderle de igual manera.

—Estás fuerte, cabrón. ¿Has ido al gimnasio últimamente? —inquirió Jorge palpándole el

bíceps con exageración—. ¿O es de cascarte pajas pensando en Iván?

Le empujó con fuerza y una mueca divertida en el rostro.

—Lo segundo —respondió.

Ambos rieron.

—¿Otra cerveza? —propuso Jorge.

—Hecho.

Capítulo 22

Iván

—¿Cómo besa Diego? ¿Es de esos de mucha lengua o de los que son más tiernos y empiezan con piquitos?

Iván alargó la mano y le dio una colleja a Lukas.

—Venga, cuéntamelo.

—¿Por qué no te callas? Menudo escándalo, así no va a picar ni un puto pez.

Hacía una hora que habían llegado a su destino, justo al final de la playa de Poniente, en un terreno escarpado de difícil acceso. Se habían dividido en dos grupos para probar suerte desde diferentes posiciones. Iván y Lukas habían elegido una zona más alejada del rompiente para apostarse; Lolo y Javi estaban a unos cincuenta metros de ellos, más cerca de la playa.

—¡Si estoy cuchicheando! —protestó indignado.

Iván le ignoró. Dirigió la luz de uno de los faroles que habían llevado hacia el extremo de su caña. Solo las suaves olas la movían.

—¿Cuándo ha empezado todo? —insistió Lukas—. Los besos de hoy no son los primeros.

Iván suspiró. Estaba claro que no iba a poder librarse del interrogatorio de su amigo.

—El fin de semana pasado.

—¿Estuvisteis juntos todo el fin de semana?

—Sí, en su casa. Y el anterior me llevó a un pub de ambiente en Alicante.

—Vaya, y no me habías dicho nada. Qué calladito te lo tenías.

Iván se encogió de hombros.

—¿Ya habéis consumado?

Puso los ojos en blanco al escuchar la pregunta.

—Eres un cotilla.

—Soy tu mejor amigo. Fuiste el primero en enterarte cuando perdí la virginidad, así que suéltalo.

—Sí, ya hemos consumado —dijo al fin.

—¡Madre mía! —exclamó Lukas en voz muy alta.

—Vale, ahora ya se han largado todos los peces —dijo Iván con exasperación.

—Perdona. Es que no todos los días te enteras de que tu mejor amigo ya no es virgen. ¿Dolió?

—No exactamente.

—¿Cómo?

—Eres exasperante. A ver, no dolió porque… no fui yo el pasivo.

Lukas abrió la boca e inclinó la cabeza a un lado con perplejidad.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—Pensaba que Diego era exclusivamente activo. No es que suela hablar mucho del tema, ya sabes lo discreto que es, pero por algún comentario he creído entender que era así.

—Es versátil.

—Tomo nota para burlarme de él la próxima vez.

—¡No! No lo hagas —le pidió con seriedad—. De momento es algo muy nuestro.

—Bueno, pero porque tú me lo pides —suspiró como si tuviera que hacer un esfuerzo extraordinario al guardarse esa información—. ¿Es bueno en la cama?

—Creo que no voy a contestar a eso.

—¡Pero si siempre me lo cuentas todo!

—Ya, pero esta vez es diferente.

Lo era. Diego era demasiado especial y lo que sentía por él no quería compartirlo con nadie.

—¿Diferente porque es con un tío o diferente porque es mi hermano?

—Porque es tu hermano —admitió.

—¿Has podido verle el tatuaje? ¿Qué es?

—Tampoco puedo responder a eso.

—Vamos, tío. No sueltas prenda —protestó y le golpeó en el hombro.

—El tema del tatuaje es algo privado de él. Tiene un significado importante.

Su charla se vio interrumpida por las voces entusiasmadas que llegaban del otro lado de las rocas.

—Esos han pescado algo —indicó Iván.

—Me alegro por ellos —dijo Lukas, haciendo un gesto desinteresado con la mano—. Entonces, se puede decir que eres mi cuñado.

—No te adelantes —repuso con una risa.

—¿Qué sois? ¿Amigos con derecho a roce? ¿*Follamigos*? ¿Pareja?

Tardó en responder. Ganó tiempo dándole un trago a su botella de agua, mientras trataba de contestarse esa pregunta a sí mismo. Ni él mismo sabía lo que eran. Solo sabía lo que él quería que fueran, pero eso era muy diferente.

—Estamos conociéndonos —repuso al fin.

Lukas no insistió y durante un buen rato solo hubo silencio. Los otros chicos seguían conversando con excitación. Estaban lejos para entender lo que decían, pero sonaban emocionados. Debían de haber pescado algo grande.

—¿Se lo vas a contar a estos?

—¿El qué? ¿Lo de tu hermano? —se extrañó.

—No. Lo de ser gay.

Iván asintió. Le había dado muchas vueltas y pensaba que era mejor que sus amigos se enterasen por él.

—Se lo diré luego, cuando vayamos a desayunar.

Una ráfaga de viento los obligó a abrocharse las chaquetas. Pese a que era agosto y la temperatura no solía bajar demasiado por la noche, en esa zona y a esas horas —eran más de las tres de la mañana— hacía frío.

—Me gustas para mi hermano —dijo Lukas repentinamente—. Y él me gusta para ti. Creo que hacéis una pareja fantástica. Sois muy diferentes, pero creo que es una ventaja. Os complementáis muy bien.

—¿Tú crees? —inquirió esperanzado.

—Sí.

—Pues yo dudo —confesó—. Pienso que él está muy por encima de mí. Es tan perfecto…

—¡Para nada! —le interrumpió Lukas con ferocidad.

Iván le miró de soslayo. A la tenue luz del farol vio que tenía una expresión indignada. Se

sintió muy cálido por dentro. Sabía que Lukas le adoraba y que nunca iba a decir nada malo de él, de ahí que su exabrupto no le tranquilizase en absoluto, aunque le llenara de bienestar. Su amigo no era objetivo.

—¿Cómo vais por allí? —resonó la voz de Javi en la quietud de la noche.

—¡De momento nada! —contestó Iván.

—¡Nosotros uno gigante!

Lukas farfulló algo que sonó a: *Me la pela*.

El silencio volvió a envolverlos. Solo las olas rompiendo contra las rocas y el sonido de los gatos callejeros que iban de caza teñían el ambiente.

—Creo que nunca había visto a mi hermano así —dijo Lukas al cabo de un rato.

—¿Así? ¿A qué te refieres?

—Tan entregado. No sé. He visto cómo te quitaba el pañuelo de la cabeza y se lo ponía en la muñeca. Me ha parecido un gesto muy romántico. No lo esperaba de él. Siempre le he visto como más frío. Ya sabes cómo nos burlamos de él en casa llamándole cuadriculado.

Iván se limitó a sonreír.

Él también pensaba que el gesto fue increíblemente romántico. Le gustó muchísimo. Pero Lukas se equivocaba en una cosa. Diego no tenía nada de frío, por el contrario, era mucho más detallista, gentil y apasionado de lo que su familia pensaba.

—Oye, ¿qué significa *Mein Schatz*? —preguntó Iván de pronto, al recordar cómo le llamó Diego. No estaba seguro de haberlo dicho bien, pero esperaba que su amigo lo entendiera.

—Tu pronunciación es horrible. Dilo otra vez.

Lo hizo.

—Ni puta idea. ¿Seguro que es alemán? Podría ser *Schach*, que es ajedrez, *Schaf*, que es oveja, *Schal*, que es bufanda o *Scham*, que es vergüenza. ¿Dónde lo has oído?

—Eh…, me lo dijo Diego —admitió con vacilación.

—¡Ostras, entonces ya sé lo que es!

—¿Qué es?

—*Mein Schatz*. Significa mi tesoro, pero no en plan *El Señor de los anillos* y Gollum —se rio—. No. Es lo que se dicen las parejas en Alemania. Es de uso común, igual que aquí cariño o cielo. Es algo tierno. Mi madre se lo dice a mi padre con frecuencia.

—Ah, vale —dijo con tibieza, pero no pudo reprimir la oleada de calor que le subió por la espalda.

Mi tesoro.

Diego le había llamado mi tesoro.

Una sonrisilla tonta se le instaló en la boca.

—Dais mucho asquito —masculló Lukas.

—Yo llevo años aguantándoos a ti y a Eva. Te fastidias.

—Es justo.

De pronto, la caña de Lukas se tensó con fuerza, pero retornó a su posición inmediatamente.

—¡Oh! Algo se acaba de comer mi carnada —protestó.

Mientras se afanaba en recoger el sedal y preparaba un cebo nuevo, Iván se quedó absorto. La imagen de Diego pululaba por su cabeza tal y como lo había visto hacía unas horas. Qué guapo estaba con esa camiseta.

Tenía ganas de que esa noche se acabara de una vez para poder ir a su casa.

Lasaña.

Película.
Música.
Y sexo.

Capítulo 23

Diego

Estaba ansioso. Mucho. Pese a que había intentado distraerse con otras cosas, todo lo que Jorge y él habían hablado la noche anterior no le había abandonado. Una parte de él deseaba ignorarlo y seguir adelante con Iván sin preocuparse de nada que no fuera su relación. Mas la otra parte, esa que era menos egoísta y más generosa, sabía que debía ponerse en el pellejo de Iván y hablar con él. Era probable que las cosas no acabaran bien, pero tenía que hacerlo. Se lo debía.

Eran las dos menos diez y la lasaña ya estaba lista cuando el timbre de la entrada rompió el silencio que reinaba en el piso.

Siempre tan puntual.

Abrió la puerta y la imagen que se recortó en el umbral le hizo sonreír. Iván llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca lisa y muy ajustada. Imposible vestir con más sencillez y estar más guapo. De su mano pendía una bolsa de plástico con el logotipo de una conocida heladería.

—¿Has traído el postre? —le preguntó y dio un paso hacia adelante para besarle. Lo hizo una vez. Dos veces.

—Sí, pero hay que meterlo en el congelador —repuso, empujándole para poder entrar al piso mientras le lanzaba una sonrisa por encima del hombro.

—¿Helado de…?

—Chocolate para ti y menta para mí. ¡Oh, qué bien huele! —dijo olisqueando el aire mientras guardaba los helados.

—Mi lasaña especial. Ya está lista.

Iván se agachó para ver el contenido del horno y Diego, que estaba tras él, reprimió las ganas de darle un azote en el trasero. Menudo culo le hacían esos pantalones.

—Yo pongo la mesa —propuso el joven y se incorporó.

Diego suspiró resignado cuando la maravillosa visión desapareció de su vista.

Sacó la fuente del horno con cuidado, con ayuda de unos paños, y la dejó en la encimera. Sí que olía bien. No era un gran cocinero, pero había algunas cosas que no se le daban mal, la lasaña era una de ellas. Por el rabillo del ojo vio cómo Iván colocaba mantelitos, cubiertos y servilletas sobre la mesa. Se movía con tanta soltura por su cocina que parecía que llevasen juntos mucho tiempo, cuando solo habían pasado dos semanas desde su primer beso.

Dos semanas, nada más.

Tan poco tiempo, pero tan intenso.

El desagrado se impuso en su estómago cuando pensó en la conversación que tenían pendiente. La había repasado en su cabeza cientos de veces desde que se levantó esa mañana, pero todavía seguía sin saber cómo enfocarla. Iván siempre había apreciado su sinceridad, así que lo mejor sería ir al grano y no andarse con rodeos.

—¿Te pasa algo?

La pregunta le sacó de su ensimismamiento.

—No. ¿Por?

—Estás ausente.

—Mucho trabajo —mintió.

—Me tienes que enseñar la portada.

—Claro, después de comer.

Sacó dos latas de refresco de la nevera y sirvió la lasaña. Aguardó con impaciencia a que Iván probara la comida para ver su reacción.

—¡Espectacular! —exclamó este después de dar el primer bocado—. Está rica, no, lo siguiente. Te sale mejor que a tu madre.

—Que no te oiga, que ya no te invita más —se rio.

—Está buenísima. No sabía que fueras tan buen cocinero. ¿Acaso hay algo que se te dé mal?

—No —murmuró con arrogancia mientras se golpeaba el mentón con un dedo.

—Espera, que me está viniendo a la cabeza el bailecito de la semana pasada. Olvida lo que he dicho, conozco tus puntos débiles —respondió con guasa.

Diego se rio con ganas. Si hacer el ridículo bailando suscitaba tal regocijo en Iván, volvería a bailar para él sin problema.

—¿Pescasteis mucho anoche? —Cambió de tema.

—Lukas y yo, nada. Un fracaso absoluto. Los otros sí pescaron unos cuantos, pero nosotros no.

—Lukas siempre habla demasiado y espanta a los peces. Mi padre no quiere ir nunca con él.

—Qué me vas a contar —refunfuñó.

Después de eso comieron en silencio. Pese a que la lasaña estaba buena y Diego disfrutaba viendo el entusiasmo con el que Iván la devoraba, él no tenía demasiado apetito; no podía dejar de pensar en algunas de las cosas que le había dicho Jorge.

Creo que estáis en planos distintos. Y él es muy joven todavía y necesita vivir.

Su mirada paseó por el rostro de Iván. Sí, era joven.

Mucho.

Hasta hacia un año había sido como un hermano para él. Si bien sus sentimientos se habían transformado y convertido en una pasión y adoración profundas que no tenían nada de fraternal, había una parte de él que todavía ansiaba protegerle y cuidarle.

Ha descubierto su sexualidad hace poco. ¿No se merece vivir y poder probar cosas nuevas? Poder elegir.

Elegir. Ahí estaba la clave.

Diego ya había hecho su elección. Entre todas las personas que había conocido y con las que había tenido relaciones, elegía a Iván. Él ya no tenía necesidad de conocer a nadie más.

Iván no había podido elegir.

—¿No comes?

Aclaró la vista y se dio cuenta de que el responsable de sus preocupaciones le miraba con las cejas arqueadas.

—Eh, sí, claro.

—Estás raro hoy. ¿Es por algo que he dicho?

—Para nada —rechazó con un gesto—No me hagas caso. He dormido poco.

Iván no parecía muy convencido, pero continuó comiendo y Diego trató de poner de su parte también. Sonrió y empezó a contarle lo que le había costado terminar la ilustración y que esperaba que la editorial estuviera contenta. Le gustaba mucho hablar con él sobre su trabajo porque parecía verdaderamente interesado. Le hacía preguntas e incluso alguna que otra sugerencia.

A pesar de que no comió demasiado, poco quedó de la lasaña. Era innegable que a Iván le

había encantado. Después de recoger la fuente y los platos, Diego sacó los helados del congelador y puso la tarrina de menta frente a Iván mientras él abría la de chocolate. Podía sentir los ojos oscuros siguiendo todos sus movimientos. Quizá no debería demorar más las cosas y sacar el tema que le consumía, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Iván, levantando su cuchara llena de helado.

—Dime.

—Que la menta y el chocolate combinan muy bien.

«Como tú y yo», pensó Diego. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir vio el ardor en la mirada de Iván.

—Si me das un poco de tu chocolate, yo te doy un poco de mi menta —le dijo provocador.

El estómago de Diego se contrajo de excitación. Era tan evidente que no se trataba del helado…

Sin pensar demasiado en las consecuencias, cogió un poco de su helado y lo volcó sobre el de Iván, que hizo lo mismo con el suyo. El chocolate y la menta se mezclaron en las tarrinas. Diego sumergió la cuchara en su helado y se llevó una porción a la boca. Los dos sabores unidos invadieron sus papilas gustativas mientras sus ojos se posaban sobre la sensual boca de Iván que relamía su propia cuchara con avidez.

Se echó hacia atrás y elevó la vista al techo para ahuyentar la erótica imagen de su cabeza. Se pasó una mano por la nuca, indeciso.

Quizá era mejor esperar y hablar más tarde.

O quizá era mejor lanzarse. Y punto.

—¿Vamos al salón a comernos los helados? —propuso. No quería tener esa conversación en la cocina—. Estaremos más cómodos.

—Claro —respondió Iván. Se levantó y echó a andar con la tarrina en la mano.

Diego le siguió.

Tomaron asiento en el sofá y, durante unos segundos, no se dijeron nada.

—He estado pensando en nosotros —comenzó, tras un breve carraspeo.

—¿Y? —Iván levantó la vista de su helado y le observó con interés.

—He estado pensando en… nuestra relación. En lo que somos… —se interrumpió. Le iba a costar mucho más de lo que había creído.

Iván dejó la tarrina sobre la mesa y frunció el ceño.

—Sigue.

—Creo que tú y yo somos dos personas muy diferentes —prosiguió, poniendo cuidado en cada palabra que salía de su boca—. Tenemos intereses distintos y seguro que nuestras metas no son las mismas… —Respiró hondo antes de continuar—: Lo que quiero decir es que yo tengo ya una edad en la que deseo cosas diferentes a las que puedas desear tú.

Los ojos de Iván se entornaron.

—No entiendo. ¿Adónde quieres ir a parar?

Diego suspiró con exasperación y dejó la tarrina sobre la mesa. Luego se puso de pie y comenzó a deambular por la sala.

—Pues que yo ya he vivido un montón de experiencias, he salido con muchos tíos y he conocido de todo. Y tú, pues… no.

Vale, eso había sonado fatal y muy condescendiente. Se pellizcó el puente de la nariz con desazón. No lo estaba planteando bien.

—Obvio —repuso Iván, desconcertado—. Ya sabes que todo esto es nuevo para mí.

—Sí, sí, claro. Me refiero a que no me parecería raro que tú quisieras… ¡Mierda! Me refiero a que es lógico que quieras con… otros. —Bajó la vista al decirlo. No solía costarle tanto hilar sus pensamientos—. Que es normal que quieras conocer otros chicos… Eres joven y se te acaba de abrir una puerta a un mundo nuevo.

Ya estaba. Ya lo había dicho.

Iván se puso serio al escuchar aquello. Se incorporó con lentitud y se metió las manos en los bolsillos. Luego se dirigió al balcón. Apartó la cortina y echó un vistazo a la calle. Se mantenía muy erguido.

Diego pensó en acercarse, pero no lo hizo. Quizá era mejor así, que no se vieran las caras. Todo sería mucho más fácil.

—Solo quiero decirte que no deseo ser un obstáculo en tu camino. —Lo intentó de nuevo —. Y que no pretendo cortarte las alas. Estás viviendo tu sexualidad por primera vez y es normal que quieras experimentar por ahí…, por tu cuenta. Y que lo entiendo —expuso tranquilo.

Fingía una serenidad que no sentía. Solo imaginar que Iván pudiera acostarse con otro, le ocasionaba náuseas, pero no se trataba de sus sentimientos, se trataba de las necesidades de Iván. Esa era la prioridad.

—Entonces, ¿me estás diciendo que esto que tenemos debería ser una relación… abierta y que me puedo acostar con otros tíos? —preguntó con frialdad.

Diego apretó los puños y tragó saliva.

Mierda, mierda, mierda…

—Eh…, bueno, es una forma de decirlo. Sí, si lo necesitas… —logró articular con esfuerzo, aunque todo su ser se rebelaba en contra de esas palabras.

—Ya. Vale.

El silencio pareció prorrogarse en el infinito. Los erráticos ojos de Diego se posaron sobre las tarrinas que había sobre la mesa. Los helados habían comenzado a derretirse. La menta y el chocolate se fundían juntas, se fusionaban.

Esa imagen le entristeció sobremanera.

Era exactamente lo contrario de lo que estaba sucediendo con ellos dos.

Iván y él se distanciaban.

No era eso lo que quería, por supuesto que no. Los pocos días que habían pasado juntos habían sido fantásticos. Solo recordar la escena de la noche anterior mientras se comían con los ojos y con los labios y los fuegos artificiales estallaban sobre sus cabezas le hacía temblar de emoción. No quería dejar de vivir experiencias como esa con Iván, pero tampoco quería negarle las oportunidades que se abrían ante él. No deseaba limitarle ni hacer su mundo más pequeño. El mundo era enorme, e Iván tenía que recorrerlo.

—Te has pasado muchos años viviendo una vida que no era la que querías. Ahora te mereces poder elegir, Iván. Ahora puedes empezar a vivir de verdad.

Incluso a sabiendas de que lo que hacía era correcto, dolía. Dolía mucho.

Se quedó un buen rato mirando su espalda, rígida y estática. Finalmente, al ver que no iba a reaccionar de ningún modo, volvió a tomar asiento en el sofá y hundió la cabeza en los hombros al tiempo que su mirada recalaba en el suelo.

A lo mejor todo había sido un error. A lo mejor lo único que había hecho era estropearlo todo.

Escuchó los pasos de Iván acercándose, pero no le miró.

—Diego, no te sientas mal. Lo entiendo perfectamente.

Elevó la cara con precipitación y estudió su rostro con ansia. Iván había compuesto una

sonrisa, pero no era la de siempre, era forzada.

—¿De verdad?

—Claro. No me gusta verte así, tan confuso. Yo te tengo mucho… cariño.

¿Cariño? ¿Solo cariño?

Sintió ganas de aullar de frustración.

«¡Yo te amo! Estoy loco por ti». gritó en silencio. «¡Joder! Quiero tatuarme tu nombre».

No. No podía decirle eso. Sería como presionarle y forzarle a tomar una decisión.

Se puso de pie y fingió una sonrisa que le acartonó la cara. Le dolía hasta respirar. Iván dio un paso atrás y se alejó. Se mostraba muy sereno, tanto que resultaba curioso.

—Tienes razón. Creo que me gustaría experimentar y vivir cosas nuevas —dijo con un leve encogimiento de hombros—. Soy muy joven para comprometerme con nada ni con nadie.

A Diego se le cayó un trocito de alma al suelo.

Rechinó los dientes con desmayo.

Él mismo había forzado esa situación.

—Bien —farfulló.

Apenas había podido responder cuando sucedieron dos cosas a la vez: el móvil de Iván sonó y llamaron al portero automático. Maldijo en silencio. Mientras iba hacia la puerta, escuchó que Iván respondía a la llamada y hablaba con alguien.

—¿Quién es? —habló al telefonillo.

—Soy Emilio. Me he autoinvitado a tomar café. Abre.

¡No! Qué poco oportuno. Bajó los párpados y apoyó la frente sobre la puerta. Quería librarse de su amigo como fuera. La conversación con Iván no había terminado.

—Mira, Emilio, es que ahora no puedo porque estoy ocupado.

—Diego —le llamó Iván.

Se dio la vuelta para encararse con él.

—Si has quedado con tu amigo no lo canceles por mí. Me acaba de llamar un colega para que le ayude. Le ha dejado tirado su coche y me pide que vaya a echarle una mano. Vamos, que me tengo que ir.

—¿Ya?

—Sí. Luego hablamos, si eso.

—Diego, ¿sigues ahí? —llegó hasta él la distorsionada voz de su amigo desde la calle.

Soltó un exabrupto.

—Sí, espera —masculló y apretó el botón que abría el portal.

Iván aguardaba con las manos en los bolsillos traseros y una expresión neutral en el rostro.

—¿Te llamo luego y hablamos? —le propuso—. O quedamos directamente…

—No. Es que no sé cuánto me llevará lo del coche —rechazó el joven con un ademán vago—. Mejor nos llamamos.

Diego se acercó a él y sus labios se encontraron. La boca de Iván sabía a menta y chocolate.

Tal vez fue un presentimiento o una sensación extraña, pero tuvo ganas de abrazarle y no soltarle jamás. Apartó la cabeza unos centímetros y le miró con intensidad. Los oscuros iris eran como pozos insondables.

—¿Todo bien? —indagó.

—Todo perfecto.

¿Sonaba triste? ¿O eran imaginaciones suyas?

—Gracias por venir.

—Gracias por invitarme. Eh, bueno, tengo prisa.

—Sí, sí.

Abrió la puerta e Iván abandonó el piso.

—Eh, Iván.

Se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Luego hablamos, ¿verdad?

Solo recibió una sonrisa por respuesta. Después, Iván se giró y desapareció por las escaleras.

Pensativo y con la frente arrugada, apoyó el hombro en la jamba de la puerta y aguardó a que llegase Emilio. En el fondo, estaba decepcionado. Si bien sabía que había hecho lo correcto, le hubiese gustado que Iván reaccionara de otra manera. Que le hubiese dicho que no quería probar con nadie más que no fuera con él. Algo así. Que ya había elegido y que él era el único hombre con el que deseaba estar.

Una puñetera quimera.

—Ay, Diego, qué bobo eres…

—¿Ahora eres bobo? —La cabeza de Emilio asomó por el último tramo de escalera—. Por cierto, acabo de ver a tu chico que se iba. ¿Habéis discutido?

¿Discutir? No. Era algo peor que eso.

Suspiró.

—Anda, pasa, hago café y te pongo al día.

Capítulo 24

Iván

Le hubiese partido la cara al guapito de Emilio cuando se cruzó con él por la escalera. Con su jodida sonrisa, su largo cabello rubio y su buen humor, mientras él se estaba muriendo por dentro.

Hacía un calor bochornoso en la calle y una humedad extrema que le pegó la ropa al cuerpo. Eran las cuatro y media de la tarde y el sol ardía sobre las calles de Benidorm.

Tenía el estómago revuelto; la lasaña, el helado y el desengaño no combinaban bien. Se detuvo en la acera, tratando de respirar mientras miraba a un lado y al otro. Un sonido estrangulado le salió de la garganta. Sentía como si se estuviera desangrando por dentro, como si le hubiesen arrancado el corazón.

Dolía.

Dolía mucho saber que Diego solo le veía como una aventura más.

¿O no?

Se llevó las manos a la cara y se la cubrió, presionando las palmas contra las cuencas de los ojos.

No sabía qué pensar.

Solo sabía que nunca antes se había sentido tan vulnerable, tan solo y tan triste. Ni siquiera cuando su padre le echó de casa.

Comenzó a andar sin rumbo fijo, abriéndose paso entre grupos de viandantes, deseando huir a un lugar donde no hubiera nadie. Algo imposible. En Benidorm siempre había gente por todas partes.

Gracias a Dios había podido mantener la dignidad frente a Diego y no había derramado ni una sola lágrima. Le costó un horror permanecer neutral y sereno, fingir normalidad. Solo deseaba salir de allí con su orgullo más o menos intacto. No podía seguir mirando a Diego a la cara sin romperse. Y la oportuna llamada de una compañía telefónica, ofreciéndole un jugoso descuento en su factura de móvil, le había salvado.

Apretó el paso hasta que los músculos de las piernas le quemaron. Estaba sudando y casi sin aliento, pero no le importó gran cosa. Sus pies le llevaron de una calle a otra, huyendo del centro y de la gente.

Huyendo de Diego.

También le hubiera gustado huir de sí mismo y dejarse atrás, pero eso era imposible. Una maldita utopía.

Anduvo y anduvo con la vista fija en el suelo, ajeno a su entorno, ajeno al calor, ajeno al ruido de los coches y a la brisa que mecía las copas de los árboles con suavidad.

«Diego es una persona maravillosa. Es muy generoso. A lo mejor lo ha hecho por tu bien», le dijo una voz interna, que se apresuró a acallar con furia.

Si solo hubiera querido su bien, le habría preguntado en lugar de dar por hecho que él necesitaba conocer a otras personas. Había dicho que no deseaba ser un obstáculo en su camino y que quería que Iván tuviese la opción de poder elegir, pero había terminado eligiendo por él. ¡No le preguntó! Actuó de un modo paternalista, como si siguiese viéndole como a un crío.

Odiaba eso.

Y odiaba más todavía saber que a Diego no le importaba gran cosa que se acostara con otros tíos. Que pudiese compartir con otros hombres lo que había compartido con él.

Eso sí que le hacía daño.

Había pensado que tenían algo especial.

¿Cómo pudo estar tan equivocado?

Se había dejado llevar por los sentimientos, por esos sentimientos que llevaba albergando en su interior desde que tenía catorce años, y por los buenos ratos que habían compartido en las últimas semanas, y terminó por idealizar la situación. La convirtió en algo mágico. Pensó que, pese a ser muy distintos, estaban hechos el uno para el otro. No había nadie más que encajara en esa ecuación.

Eran ellos dos. *Solo ellos dos.*

Nadie más.

Ni siquiera se había planteado si Diego había cortado su relación con Emilio. Quizá seguía manteniéndolo como *follamigo*. A lo mejor, en ese preciso instante, estaban acostados en su cama, intercambiando confidencias.

La bilis le subió a la garganta al imaginárselo y un gruñido salió de su boca.

¡No podía ser!

Había sido tan tierno con él y le había tratado de una forma tan romántica. Si no le quisiera no se habría comportado de ese modo, ¿no? Era indudable que le quería. Pero ¿cómo? ¿Como a un hermano pequeño? ¿Como a alguien necesitado de ayuda o de apoyo? ¿Como un mentor a su alumno?

Mi pequeño aprendiz.

Así le había llamado en la cama y ambos se habían reído.

Ya no le resultaba tan gracioso.

¿Cómo le veía en realidad?

Durante unos días creyó que los ojos de Diego le contemplaban como a un amante. Vio pasión desbordante y mucho amor en ellos y se imaginó que estaban comenzando algo importante. Que su relación había traspasado los límites de una amistad y se había convertido en mucho más. Pero ¿y si había confundido el afecto con el amor? No le habían puesto nombre a lo que tenían. Se encontraban a gusto y eran muy compatibles, tanto en la cama como fuera de ella. Se divertían juntos, veían películas, escuchaban música, hablaban de todo… y se reían.

Sin embargo, Diego nunca le había dicho que le amaba. Jamás.

¿Se había hecho ilusiones en vano y había proyectado en ellos un amor que solo existía en su cabeza? Quizá Diego solo se había acostado con él por…

¿Por qué?

¿Por lástima?

¡No!

No podía creer eso o se volvería loco.

Se detuvo repentinamente y miró a su alrededor con la frente arrugada. No tenía ni idea de dónde estaba. Era una calle poco transitada con comercios y tiendas a ambos lados de la calzada. Giró la cabeza a un lado y al otro hasta que reconoció la zona. Estaba en La Nucía, a nueve kilómetros de Benidorm.

¿Cómo narices había llegado hasta allí sin darse cuenta?

Un vistazo rápido al cielo le reveló que la posición del sol había cambiado y la luz era más tenue. Miró la hora en la pantalla del móvil y vio que ya eran las siete menos cuarto. ¡Había caminado más de dos horas!

Iba a darse la vuelta cuando su mirada recaló sobre su silueta que se reflejaba en el escaparate de una floristería. No pudo evitar examinarse de arriba abajo, tratando de ser objetivo. Era alto y delgado, un poco desgarbado, con la cintura estrecha y los hombros anchos. No necesitaba hacer mucho deporte, la genética se había encargado de que su cuerpo fuera fibroso y musculado. Llevaba el pelo demasiado largo y sus facciones eran un tanto rudas.

Tenía un rostro de lo más común.

Sus ojos estudiaron la ropa que había elegido, tanto las zapatillas deportivas como los vaqueros y la camiseta habían visto mejores tiempos y no eran de mucha calidad. Todas sus prendas juntas no superaban los cincuenta euros. Tenía aspecto de chico vulgar y del montón. No había nada en él que destacase, ni para bien ni para mal.

Y Diego era la perfección más absoluta.

Se sintió insignificante.

Endureció la mandíbula y, enfadado consigo mismo, se puso en marcha, dispuesto a desandar el camino andado, pero entonces su móvil comenzó a sonar. Incluso antes de echar un vistazo a la pantalla ya sabía quién le estaba llamando.

Diego.

Su mano comenzó a temblar. Miró el aparato durante unos instantes, vacilante. Si era sincero quería volver a escuchar su voz. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero no podía. No en ese momento cuando se sentía tan débil como un cachorrito recién nacido.

Con decisión, desvió la llamada al buzón de voz y puso el móvil en modo vibración.

En la acera de enfrente había un estanco y las ganas de fumarse un cigarro, que había aguantado las últimas dos semanas, le invadieron. De pronto, lo de liarse un cigarrillo y dejar que la nicotina le llenase los pulmones le pareció una imagen sumamente atractiva.

Siempre podía dejar de fumar otro día, otra semana, otro mes… O nunca.

A fin de cuentas, aunque este no se lo había pedido, lo hizo por Diego.

Compró un paquete de tabaco de liar, una cajita de papel engomado y un mechero y, mientras caminaba de regreso a su ciudad, se lio un pitillo y lo encendió. La primera calada, después de llevar tantos días sin sentir el humo bajando por su tráquea, le resultó áspera, pero se acostumbró enseguida a la sensación.

Solo que el tabaco no le ayudó demasiado a librarse de sus pensamientos. De nuevo, acudieron a él las palabras de Diego.

Es normal que quieras conocer otros chicos. Eres joven y se te acaba de abrir una puerta a un mundo nuevo.

Sonaba como un predicador de esos norteamericanos de la tele. ¡A la mierda con lo de que era joven! ¿Acaso no se había dado cuenta de que la vida que le había tocado vivir le había hecho madurar más deprisa?

¡Estúpido Diego!

No pretendo cortarte las alas. Estás viviendo tu sexualidad por primera vez; es normal que quieras experimentar por ahí, por tu cuenta. Y que lo entiendo.

Bufó encolerizado. Él quería experimentarlo todo con Diego, solo con él. ¿Cortarle las alas? ¿Era imbécil? ¡Si tenía alas era precisamente gracias a él! Gracias a Diego se había animado a volar.

Y ese horrible *sí* que pronunció cuando le preguntó si podía acostarse con otros. Ese *sí* le había matado.

¿Cómo iba a follar con otros tíos si solo podía pensar en él? ¡¿Cómo?! Se había pasado toda la puta vida fingiendo con las mujeres. No quería tener que hacerlo de nuevo. Quería estar

con alguien al cien por cien, involucrando cabeza, cuerpo y corazón.

Quería estar con Diego.

Punto.

Y, sin embargo, todo lo que pudo hacer para no dejarle ver que tenía el alma en carne viva fue aceptar su propuesta. Al menos, mantuvo su orgullo intacto.

Se rio con amargura y apagó lo que quedaba del cigarrillo. Después arrojó la colilla a una papelera, decepcionado. Fumar no había resultado tan placentero como pensó.

Cuanto más se acercaba a Benidorm, más denso se volvía el tráfico y más gente se concentraba en las aceras, en su mayoría mujeres que paseaban en pequeños grupos, aprovechando que el sol ya no calentaba.

Su teléfono empezó a vibrar, pero no se molestó en sacárselo del bolsillo. Solo dos minutos después, volvió a vibrar. Su reacción fue la misma. Y volvió a vibrar.

Las ganas de coger el aparato y lanzarlo lejos le hormiguearon en los dedos, pero echó mano de su aplomo y se contuvo. Se detuvo para coger aire y elevó la cara al cielo. No quería, pero las imágenes de todo lo que Diego y él habían hecho en las últimas semanas le estallaron en la cabeza.

Los besos, los abrazos, las miradas, las caricias… Y el sexo.

Nunca había visto nada tan precioso y espectacular como tú.

¡Eso le había dicho!

Y él se sumergió en la esperanza. Se llenó de ella y empezó a creer que Diego había dejado de ser inalcanzable para él, que podía conseguir que le quisiera.

La imagen del chico vulgar que había visto hacía un rato en el escaparate de la floristería retornó a su cabeza con fuerza. ¡Patético Iván! ¿Cómo iba a enamorarse Diego de alguien como él? Se limpió una lágrima que resbaló por su mejilla con furia y apretó la mandíbula. No iba a llorar. No lo iba a hacer.

Volvió a ponerse en marcha.

Estaba dándole demasiada importancia a todo. Quizá era un sensiblero de mierda y tampoco era para tanto. A lo mejor podía conocer a otro chico y enamorarse. ¡Diego no era el único!

Soltó una risa entre triste e incrédula.

¿A quién pretendía engañar?

Para él solo existía un hombre. Ojalá para Diego hubiera sido igual. A lo mejor era un necio, pero quería exclusividad. Diego para él y él para Diego. No se conformaría con menos. Otro tipo de relación no entraba en sus planes. Si tenía que compartirle prefería perderle.

A lo lejos, detrás de la última rotonda, pudo vislumbrar las primeras casas de la avenida por la que se accedía a Benidorm y aquello le llenó de zozobra. Había desaparecido toda la tarde, pero ahora que ya casi estaba de regreso en su realidad, ¿qué podía hacer? Todavía no estaba preparado para enfrentarse ni a Diego ni a su familia. Se imaginó que Lukas no tardaría en contactar con él para saber por qué no había ido a casa de sus padres.

Sus pasos le volvieron a dirigir por calles y callejuelas hasta que terminó en la playa de Levante. Tuvo un breve momento de debilidad cuando pasó por delante del portal de Diego y no pudo evitar elevar la vista hacia su balcón. Estaba cerrado y no se veía movimiento. Quizá Emilio y él todavía estuvieran retozando en la cama.

Sabía que se autoflagelaba, pero estaba demasiado dolido para pensar con coherencia. La angustia le hizo andar más rápido y alejarse de allí.

El sol ya se había puesto y los colores crepusculares teñían el cielo cuando alcanzó el

paseo marítimo, que estaba a reventar de turistas, al igual que los bares y restaurantes de primera línea. Por el contrario, en el arenal no había mucha gente. Como un autómata, se sentó en el borde y se quitó las zapatillas; con ellas en la mano caminó por la arena, que todavía no había perdido el calor del bochornoso día. Los granitos se colaron entre sus dedos y esa sensación que solía gustarle, le dejó indiferente. Llegó cerca de la orilla y las olas lamieron sus pies. Se abstrajo unos segundos contemplando cómo el agua salada se empeñaba en enterrarlos en la mojada arena. Cada ola que llegaba los hundía más y más y traía trocitos de conchas y algas que se quedaban adheridos a sus empeines y sus tobillos.

Perdió la vista en el cielo que mostraba unas preciosas tonalidades naranjas, violetas y rosas mezcladas con algo de azul y añil. Era un atardecer precioso, de película. Un atardecer que hubiera querido compartir con Diego.

Se le formó un nudo en la garganta al ser consciente de que era probable que nunca más vieran ponerse el sol juntos.

No muy lejos de donde él se encontraba un grupo de chicas se divertía charlando y escuchando música. Quizá el viento cambió de dirección o una de ellas subió el volumen de su altavoz, pero de pronto, la letra de una canción de Dvicio que sonaba con frecuencia en la radio ese verano llegó hasta él con nitidez.

Somos perfectos, juntos somos verdad.
Dos locos sueltos en un mundo real.
Casi humanos.
Pero distintos a los demás.

Se estremeció al oírla. Era demasiado melancólica. ¿No podían escuchar otra cosa?

Las chicas se habían levantado y habían comenzado a bailar mientras cantaban a pleno pulmón, desafinando felices.

Cinco minutos más
se hacen eternos si no estás, amor.
No necesito más.
Mi única realidad es que cada segundo del día
contigo sabe mejor.

Fue como sentir una fina aguja penetrando en su corazón, lacerándole por dentro.

No podía soportarlo.

Echó a andar, tambaleándose y levantando espuma con los pies, hasta que llegó a un lugar desde el que ya no podía escuchar ni a las chicas ni la melodía. Se dejó caer sobre la arena sin preocuparse demasiado de si se mojaba el pantalón.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca y repitió aquella operación algunas veces más hasta que logró serenarse. Con la vista perdida en el horizonte, hundió la mano en la arena y cogió un puñado. Dejó que se escurriera entre sus dedos, los granos se dispersaron impulsados por la brisa hasta que cayeron al suelo y se mezclaron de nuevo con el resto de la fina arena dorada.

Y, de repente, se dio cuenta de dónde se hallaba. Se encontraba en el lugar donde el fin de semana anterior había escrito *Iván ama a Diego*.

Por supuesto, aquellas cuatro palabras ya no estaban.

El mar se había llevado su declaración de amor. La había borrado y hecho desaparecer para siempre.

Tal y como su historia de amor con Diego se había esfumado.

Todas aquellas promesas que se había hecho a sí mismo de que no iba a llorar y de que

iba a ser fuerte se quedaron en nada. Primero fue solo una lágrima, luego otra y otra. Finalmente, fueron muchas las que resbalaron por sus mejillas y anegaron su rostro.

Se echó a temblar y se abrazó a sí mismo para darse consuelo, rodeándose las rodillas. Apoyó la frente en ellas, escondiendo el llanto, un llanto silencioso pero profundo. Hondo y angustioso.

Su corazón había saltado en diminutos pedazos imposibles de recomponer.

Los sonidos que escapaban de sus labios eran apenas unos murmullos sofocados, pero por dentro gritaba su nombre una y otra vez de manera ensordecedora.

Diego, Diego, Diego…

Capítulo 25

Diego

Una vibración en su móvil le avisó de la entrada de un nuevo mensaje. Alargó la mano y cogió el aparato. Leyó el texto con el ceño fruncido. Era igual de anodino e inexpresivo que los demás que llevaba recibiendo toda la semana.

Mierda.

Nueve días sin ver a Iván y sin hablar con él porque no le cogía el teléfono. La única forma de comunicarse era a través de wasaps. Al menos, esos los contestaba. Algo era algo.

No hacía falta ser muy avispado para darse cuenta de que las cosas no iban bien entre ellos. Y Diego también sabía que era el único responsable.

No había enfocado bien la situación aquel domingo.

La había cagado.

Eso le quedó muy claro cuando, después de que se fuera Emilio, intentó llamar a Iván y este no respondió. Al principio no se alarmó demasiado y esperó pacientemente, pero cuando dieron las once de la noche y seguía sin dar señales de vida, la preocupación comenzó a hacer mella en él.

Le mandó un mensaje.

Su respuesta fue escueta.

Iván: He acabado tarde. Estaba cansado y me he ido a casa. Ya hablaremos.

Todas sus alarmas se activaron, pero no quiso ser demasiado ansioso y aguardó al día siguiente.

El lunes por la mañana marcó su número un par de veces, pero las llamadas fueron desviadas al buzón de voz.

Diego: Buenos días. He intentado llamarte. ¿Estás bien? ¿Quieres que nos veamos?

La respuesta llegó dos horas después.

Iván: No puedo ahora. Tengo mucho curro. Ya hablaremos.

Aquel no sonaba como el Iván que conocía. No obstante, decidió darle su espacio y esperó a que fuera él quien contactara. Se sumergió en su trabajo; tenía varios proyectos pendientes, por un lado, el diseño que le prometió a su padre y por otro, dos nuevas portadas que le había encargado una editorial. A pesar de que se mantuvo ocupado, dibujar era una tarea en la que la mente quedaba abierta a imaginar y pensar en cualquier cosa y él se dedicó a rememorar lo ocurrido la tarde de ese domingo. Que había cometido un error era innegable, pero no sabía cuál. ¿Acaso Iván no le había dicho que quería vivir cosas nuevas?

Soy muy joven para comprometerme con nada ni con nadie.

Esa fue la frase exacta.

No entendía por qué le rehuía, entonces.

¿No estaban ambos de acuerdo?

El miércoles, Iván todavía no había tratado de ponerse en contacto con él, así que, con los nervios disparados, llamó a Lukas y le preguntó con disimulo por su amigo. La respuesta de su hermano no fue nada esclarecedora. Tampoco le había visto y no había hablado con él desde el sábado anterior.

Era extraño.

Había pasado aquella mañana por su garaje para ver si el coche de Iván seguía allí. En la plaza solo estaba su moto. Le preguntó a Carlos, el guardia de seguridad, que le dijo que no había vuelto a ver el Seat desde el lunes por la mañana.

Era indudable que Iván no quería saber nada más de él.

El viernes volvió a llamarle sin éxito. El mensaje de ese día le costó bastante más y se lo pensó varias veces antes de enviarlo.

Diego: Buenos días. Es muy difícil localizarte. Te echo de menos. Esto no me gusta nada. Pensaba que teníamos confianza. Tenemos que hablar.

La contestación tardó en llegar y no fue lo que Diego esperaba. O sí. Ya no le sorprendía la indiferencia que mostraba Iván.

Iván: Hoy no puedo.

Diego: ¿Cuándo?

Iván: Te llamaré.

Diego: No te creo.

Iván: Me estoy quedando sin batería. Luego te llamo cuando cargue el teléfono.

No lo hizo.

Diego no volvió a intentarlo, pero el sábado fue a buscarle a su casa. No sabía en qué planta vivía, solo conocía el edificio. Se pasó un buen rato merodeando por la zona, aguardando como un cretino, por si acaso Iván aparecía por allí. Terminó por largarse avergonzado.

Al menos todavía le quedaba un último cartucho. Tenía la esperanza de verle el domingo en casa de sus padres, pero sus ilusiones se vinieron abajo cuando Lukas le dijo que había hablado con Iván y que no iba a poder ir porque estaba en Valencia, pasando el fin de semana en casa de un amigo.

Y ya era lunes y el wasap que acababa de recibir en respuesta al suyo era tan incomprensible como ilustrativo.

Diego: Si no me dices lo que te he hecho no voy a poder arreglarlo.

Iván: No hay nada que arreglar.

Se acabó.

No iba a esperar más.

Exasperado, se puso de pie y se dirigió a su dormitorio para vestirse. Ya se había cansado de textos fríos y enigmáticos. No sabía muy bien lo que había hecho mal, pero si tenía que pedir perdón, lo haría. Cualquier cosa con tal de volver a estar con Iván como antes. Le echaba muchísimo de menos, mucho más de lo que hubiese creído.

Podría llegar a conformarse con mantener una amistad como la que habían compartido durante años, solo para poder estar cerca de él, pero ese vacío y esa indiferencia…

No.

Con eso ni podía ni quería vivir.

Miró la hora en el móvil y vio que eran las cinco y media de la tarde. Genial. Tenía tiempo de sobra para ir a buscarle al taller de Cas. No era el sitio ideal donde le gustaría tener una conversación, pero allí, al menos, no podría rehuirle y se vería obligado a enfrentarse a él.

Abandonó el piso, salió a la calle y se encaminó al garaje.

El cielo estaba cubierto de una fina calima anaranjada que dejaba traspasar los rayos del sol a duras penas. Diego tuvo ganas de quitarse la cazadora, pero sabía que montar en moto con manga corta era bastante arriesgado. En alguna ocasión, la tela vaquera le había protegido los brazos de raspones durante una caída.

El taller mecánico de Cas se encontraba en la N-332 justo entre El Albir y Altea, a unos

siete kilómetros de Benidorm. El tráfico no era demasiado denso y tardó poco en llegar. Aparcó enfrente, bajo la sombra de los árboles que bordeaban la vía de servicio, al lado de una tienda de muebles. Se quitó el casco y la cazadora y los dejó sobre el asiento. En la mediana de la carretera, había también unos cuantos árboles que le permitían ver el portón sin ser visto. El local donde tenía Jan Landvik su estudio de tatuajes también se encontraba allí, al otro lado de la calzada, a pocos metros de distancia. El Seat Ibiza de Iván estaba aparcado junto a su puerta. No había mucha gente por la zona, solo unos camareros que fumaban tranquilamente en una esquina.

Para hacer tiempo, sacó el móvil y revisó las redes sociales de Iván. No era la primera vez que lo hacía, pero no le había servido de mucho. En esos días que no se veían, Iván solo había colgado dos fotos en Instagram, en ambas aparecía la moto en la que estaba trabajando. Nada más. Deslizó el dedo hacia arriba y accedió a fotos antiguas. En la mayor parte de ellas estaba con Lukas y con otros amigos. Había incluso unas cuantas en las que aparecían todos los Alba, él incluido. Descubrió una de hacía unos meses, de la noche de Reyes. Era un selfi que había tomado el propio Diego, que estaba en primer plano, sonriendo a la cámara. El resto de su familia estaba tras él. Iván se situaba a un lado de la foto y le miraba con gravedad. Arrugó la frente y pellizcó la pantalla del móvil para ampliarla. Sí, Iván le estaba observando con una expresión indescifrable en el rostro.

No tuvo tiempo de analizar nada porque un movimiento al otro lado de la carretera llamó su atención. Un tipo moreno con el pelo recogido en una coleta, larga barba y gafas se acercó al taller. Vestía con vaqueros cortos y una camisa floreada. No entró. Se quedó junto al portón mientras trasteaba con su teléfono.

A Diego le resultó familiar.

Tras unos segundos de hurgar en sus recuerdos, pudo ponerle nombre. Era Rubén, el hermano pequeño de Raúl, un compañero suyo de facultad. Sí. Hacía tiempo que no le veía, pero habían coincidido unas cuantas veces en la zona de ambiente de Benidorm.

En ese instante, Iván salió del taller y Diego se olvidó de todo lo demás. Solo tenía ojos para su figura delgada. Sonrió al ver sus andares briosos y cargados de chulería. Estaba espléndido con sus vaqueros negros, una simple camiseta gris y una bandana roja en la cabeza.

Estaba a punto de echar a andar hacia él cuando vio cómo Rubén se acercaba y ambos intercambiaban un beso.

En la boca.

Se detuvo abruptamente.

Su mano se cerró con tanta fuerza sobre el fino tronco de uno de los árboles, que la rugosa corteza se le clavó en la palma, pero no sintió dolor alguno.

Iván y su *nuevo amigo* echaron a andar, uno al lado del otro, hacia un coche que estaba aparcado a poca distancia, un Seat León blanco. Se montaron en él y, un minuto después, se habían marchado en dirección a Altea.

Él seguía inmóvil, incapaz de reaccionar. Una fina película de sudor frío le bañaba la espalda. La amalgama de sentimientos que se agolpaban dentro de él no le permitía tener ni un solo pensamiento lógico. La sorpresa se mezclaba con la frustración, el enfado y con una enorme sensación de culpa.

Retiró la mano del árbol y se la sacudió en el pantalón. Todos sus movimientos eran mecánicos y ralentizados.

Es normal que quieras experimentar por ahí, por tu cuenta. Y que lo entiendo.

Cerró los ojos, mortificado.

Esas palabras habían salido de su boca.

¿Lo entendía?

¿De verdad había pensado que podría ver a Iván con otro? Imaginarlo era muy diferente a vivirlo. Cuando lo imaginó se sintió mal, invadido por la desazón, pero verlo en primera persona había sido como un golpe directo al plexo solar. Como si alguien se hubiera metido dentro de su cuerpo y le hubiese estrujado el corazón.

¡Qué cretino fue!

Iván y Rubén.

Todavía no daba crédito.

¿Cómo se habrían conocido? ¿Por eso estaba tan frío con él, porque ya tenía a un sustituto preparado? ¿O acaso fue él con su discurso quien le había empujado a buscar a otra persona?

¿Tantas ganas tenía de follar?

—No vayas por ahí, Diego. No seas injusto —se amonestó, avergonzado—. Tú eres el responsable de esto. Todo iba bien entre vosotros hasta que decidiste abrir la boca.

Su móvil comenzó a sonar y sintió un calambre en el abdomen. Esperanzado, se lo sacó del bolsillo con rapidez. A lo mejor Iván…

No.

Era Emilio.

—¿Sí? —contestó decepcionado.

—¿Y esa voz tan mustia? ¿Qué? ¿Todavía no habéis hecho las paces?

Diego resopló. Emilio lo sabía todo. El día que fue a su casa y se cruzó con Iván en la escalera, le puso en antecedentes.

—No. No hemos hecho las paces. Peor todavía —suspiró—. Acabo de verle con otro chico.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con otro?

—Lleva toda la semana esquivándome. Ayer ni siquiera vino a casa de mis padres. Así que he venido a buscarle al trabajo. Aparentemente, no he sido el único que ha tenido esa idea —finalizó con cinismo—. Había un chico esperándole a la salida y se han ido juntos.

—Puede ser un amigo nada más.

—Le conozco. Se llama Rubén y es gay. Ah, y se han besado.

—Vaya.

—Exacto.

—Ya te dije que creía que no lo habías planteado bien.

—Ya. Demasiado tarde.

Emilio ya le dio su opinión mientras tomaban café, cuando Diego le confesó lo que había sucedido. En aquel momento, pese a que su amigo no concordaba con él, todavía creía que había hecho lo correcto, que había tomado la mejor decisión, solo pensando en Iván y en lo que era mejor para él.

Ahora, después de haber presenciado ese estúpido beso, ya no sabía nada.

—Tampoco creo que sea demasiado tarde —murmuró su amigo, conciliador—. Deberías hablar con él y dejarle claro lo que sientes.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —repuso con fatiga—. Es imposible hablar con una persona que te esquiva y que no te coge el teléfono ni te devuelve las llamadas.

—¿El viernes no es el cumpleaños de tu madre?

—Sí.

—Estoy seguro de que no faltará a esa reunión.

Diego se frotó la nuca con suavidad mientras su mirada se perdía en la carretera que iba a Altea, por donde había desaparecido el Seat León. ¿Dónde narices habrían ido? ¿A casa de Rubén? Las ganas de llamar a Raúl y preguntarle por la dirección de su hermano le sobrepasaron, pero la lógica le frenó. Hacía por lo menos un año que no hablaba con su compañero de facultad. No tenía sentido contactar con él. Además, si supiese cuál era el domicilio de Rubén, ¿qué haría? ¿Presentarse allí con un ataque de celos?

Eso era tan poco propio de él que una risa sarcástica abandonó su boca.

Qué ridiculez.

—Diego, ¿sigues ahí? —La voz de Emilio le trajo de vuelta a la realidad.

—Eh, sí, perdona.

—Te decía que Iván seguro que irá al cumpleaños de tu madre.

—Sí, sí, tienes razón. No faltará. Se adoran.

¿Todavía tenía que esperar cinco días más? Cinco días sin saber nada de él. Cinco días que tenía Iván para enamorarse de Rubén.

¡Qué pensamiento tan desagradable!

—Sinceramente, no pienso que a él le interese mucho conocer a otros chicos. Estará tonteando, pero no será nada serio —continuó Emilio—. Creo que está colado por ti, por lo que me has contado.

—No sé. Está siendo muy indiferente.

—Pienso que está dolido. Lo mejor es que habléis y aclaréis las cosas.

Diego suspiró.

—¿Por lo demás todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Para qué me llamabas?

—Hace una semana que no sabía nada de ti.

—Aparte de tener la cabeza llena de Iván, también he tenido mucho curro —se disculpó.

—No pasa nada. ¿Te hace un partido de pádel el miércoles?

—Sí. Me vendrá bien para despejarme.

—Genial. Pásate el miércoles a las siete por mi urbanización. Pillo la pista.

—Vale.

Después de eso, se despidieron.

Se dirigió a su moto y se encaramó al asiento. Estaba a punto de ponerse el casco cuando su móvil sonó de nuevo.

Lukas.

—¿Qué pasa? —respondió.

—¿Tienes planes ahora?

—No. ¿Por?

—Voy a ir con Jorge a comprar el regalo de mamá. ¿Te vienes?

—¿Y Erika?

—No puede. Hoy curra hasta las nueve. También he llamado a Iván, por si quería acompañarnos.

—¿Y? —inquirió expectante.

—Tampoco puede. Dice que acaba de salir del curro, pero que ha quedado con un amigo. Le he preguntado que quién era y es un tal Rubén que yo no conozco. Es raro. ¿Tú sabes algo?

«Sí. Sé que se han besado».

—No. No sé nada.

—Ya le llamaré luego. ¿Te vienes, entonces?

—Claro.

—Vamos al centro comercial de La Marina. Nos vemos allí en media hora, ¿te parece?

—Vale, voy para allá.

La comunicación se cortó y él se guardó el móvil en el bolsillo de nuevo. Se puso la cazadora y el casco y arrancó la moto. Ladeó la cabeza y le echó un último vistazo al coche de Iván. ¿Iría a recogerlo esa misma tarde? ¿O al día siguiente?

Reprimió el relámpago de ira que le explotó en el abdomen y se puso en marcha.

Iván

Se llamaba Rubén y le había elegido porque su aspecto era completamente diferente al de Diego. Su foto de perfil mostraba a un tío moreno con el pelo largo recogido en un moño en lo alto de la cabeza, los ojos oscuros y una poblada barba negra. Tenía aire de intelectual con sus gafas de pasta. Una especie de hípster.

Iván se había dado de alta en Grindr hacía unos días. En parte por aburrimiento y en parte por despecho. Si Diego quería que saliera con otros tíos, lo haría.

En un primer momento le costó hacerse un perfil, pero terminó por ser creativo y se bautizó como *TonyMontana* (el personaje que interpretaba Al Pacino en su película favorita: *El precio del poder*). Subió una foto en la que solo se veía el tatuaje de plumas de su hombro. Había muchos campos para rellenar y dejó la mitad vacíos. Solo en el apartado *Género*, había tantos que estuvo a punto de volverse loco: *tercer género, demiman, transmasculino, género fluido, género no conforme, agénero*… Tuvo que investigar hasta que llegó a la conclusión de que era un *hombre cis*. ¿No se podía ser solo gay y ya? Sí que era complicado querer ligar por internet. No reveló mucho sobre sí mismo: su edad, su altura, que estaba soltero y que buscaba tener citas con hombres pasivos.

No se sentía preparado para que un extraño le follara.

Se sorprendió cuando poco después de estar inscrito recibió un par de notificaciones. Dos chicos de Benidorm y otro de Altea. Ese último fue el elegido, Rubén. Veinticinco años, traductor, soltero y en el apartado *En busca de* aparecía: *Tomar un café y lo que surja…*

Genial. Eso era lo que necesitaba. Lo que surgiera.

Se habían visto el jueves de la semana anterior en un local de Altea. Rubén era un tío simpático y agradable, bastante hablador, cosa que a Iván le vino bien porque así él no tenía que decir mucho. Se tomaron un café y, después, se despidieron. En ningún momento surgió el querer ir más allá. Se dieron un torpe abrazo al final, prometiendo volver a verse. Como primera toma de contacto no estuvo mal.

Rubén era encantador.

Pero no era Diego.

Nadie era Diego.

Había pasado toda la semana esquivándole y sintiéndose culpable por hacerlo, enviándole mensajes escuetos y sin significado.

Era una simple cuestión de supervivencia.

No podía enfrentarse a él, no cuando todavía tenía el alma en carne viva. Al menos, no había vuelto a derramar ni una sola lágrima desde el episodio de la playa. Y se había jurado no volver a hacerlo. El viernes por la noche incluso huyó a Valencia, a casa de un colega que hacía tiempo que no veía. Era la excusa perfecta para no acudir al chalet el domingo.

—¿Estás bien? —La voz de Rubén le sacó de sus cavilaciones.

—Sí, claro. ¿Por?

—Estás distraído. ¿Ha sido raro que te haya besado? Te he notado distante.

Sí, había sido raro que Rubén le besara. No lo había esperado y no supo cómo reaccionar.

—Es solo que me ha pillado por sorpresa.

—Pero ¿te ha gustado?

Iván apretó los labios. No había sentido absolutamente nada, solo los pelos de su larga barba le habían resultado peculiares sobre la cara.

—Ha estado bien —dijo en tono neutral.

—Bueno, la próxima vez te preguntaré —repuso sonriente.

Iván hizo una mueca que podía pasar por una sonrisa al tiempo que bajaba los párpados. No iba a haber una próxima vez. No había elegido correctamente. Pensó que en Grindr encontraría sexo y poco más, pero Rubén quería mucho más que eso, quería complicidad, amistad y calidez. Y él solo podía ofrecerle un polvo. Nada de conversaciones ni confidencias. Nada de cafés.

Pese a que Rubén había escrito en su perfil *Café y lo que surja*, era evidente que se decantaba más por el café que por lo que pudiera surgir después. Estaba claro que quería enamorarse.

Y eso era lo último que necesitaba Iván: amor.

—Creo que esto es un error —dijo al cabo de un rato.

—¿Esto?

—Sí. Tú y yo.

—Pensé que había química entre nosotros.

Iván suspiró.

—Creo que no vamos a funcionar, Rubén. Yo estoy enamorado de alguien desde hace mucho tiempo. Digamos que es un amor no correspondido —se sinceró—. Lo único que iba buscando en Grindr era acostarme con algún tío. No quiero ninguna relación y no creo que tú quieras solo un polvo.

Rubén tardó en contestar.

—No. No quiero solo un polvo. Tienes razón. Estoy cansado de polvos vacíos.

—Ya. —Hizo una pausa y miró por la ventanilla—. Yo no puedo darte nada más.

Todos sus sentimientos tenían ya un dueño.

Hubo unos cuantos segundos mudos, solo el ruido de los neumáticos sobre el asfalto rompía la monotonía.

—Entonces, ¿me estás diciendo que quieres follar conmigo? —preguntó Rubén al fin. Había humor en su tono.

Iván se rio.

—No. Creo que tú y yo podemos ser amigos, pero nada más.

—Vaya. Entonces el café de hoy lo pagas tú, por frustrar mis esperanzas.

—¿No estás enfadado? —Estaba sorprendido. No había esperado que Rubén se lo tomara tan bien.

—¿Enfadado? ¿Por qué? Por lo menos has sido sincero conmigo antes de que nos fuéramos a la cama. No suele suceder. En realidad, es culpa mía. No debería hacerme ilusiones, ya se sabe qué tipo de personas usan Grindr.

—¿Estás intentando ofenderme? Porque no lo has conseguido.

Rubén se rio.

—No. Estaba constatando un hecho —dijo con un encogimiento de hombros—. Es que

me resulta muy complicado conocer a tíos y al final siempre termino por caer en las aplicaciones de citas. No aprendo.

Iván le miró y buscó algún detalle que le indicara que estaba cabreado, pero Rubén sonreía todo el rato.

—Lo siento.

—No te disculpes. Eres un tío genial. Desde que te vi por primera vez supe que estabas cogido. No sé por qué he seguido adelante y he propuesto vernos hoy. Supongo que me caes bien.

—Eh, gracias.

—Sí, eres muy calladito y yo muy hablador. Es genial poder parlotear todo el rato y que no me interrumpas.

—Si eso es todo lo que quieres, puedo dártelo —bromeó.

—Hecho. Vamos a bajar a tomar un cafecito con hielo, que vas a pagar tú. Y yo te voy a poner la cabeza como un bombo hablando. Tú no puedes ni rechistar.

Iván sonrió. Rubén era un tipo interesante. Al final, había tenido suerte en su paso por Grindr.

Tomaron el desvío que llevaba a la playa de Altea. El viento soplaba más fuerte cerca del mar y eso había ayudado a que la calima se dispersase un tanto.

—Venga, va. Ahora, háblame del chico ese del que estás enamorado. Tiene que ser alguien muy especial.

Cerró los ojos y suspiró bajito.

—Lo es.

Capítulo 26

Diego

Un abrigo, unas botas y entradas para el teatro. Eso le habían comprado a su madre por su cumpleaños. Su padre se había estirado bastante más ese año y le había regalado unos pendientes espectaculares. De los buenos, comentaba una y otra vez, porque no todos los días se cumplían cincuenta años.

Y además de eso, Diego había convertido una foto suya en una ilustración Pop Art de cuatro colores, a lo Andy Warhol, que a ella le había encantado.

La temperatura a esa hora de la noche era ideal para una reunión al aire libre y esa estaba siendo un éxito; el jardín de los Alba bullía de gente, amigos de sus padres, vecinos de la urbanización, algunos clientes fieles de la imprenta, sus hijos y los amigos de estos. Se habían formado grupos por todas partes, alrededor de la piscina, debajo de la pérgola y cerca del equipo de música. Sobre la plataforma de madera bailaban unas cuantas chicas al ritmo de *Let's get it started* de Black Eyed Peas.

Tony Alba no había podido salirse con la suya y la música la habían elegido Erika y Lukas y era bastante ecléctica.

Había transcurrido más de una hora y Diego iba ya por su segunda cerveza, pero Iván todavía no había aparecido. Impaciente, atravesó todo el jardín y fue en busca de Lukas para sonsacarle. Se encontró con un ceño fruncido y un muro de frialdad. Aparentemente, su hermano ya sabía que la había cagado con su amigo.

—Como vengas a preguntarme por Iván, ahórratelo. No entiendo cómo se puede ser tan gilipollas —exclamó en un tono de voz bastante alto para hacerse oír por encima de la música.

—Lo sé —masculló—. Ya me flagelo yo bastante, no hace falta que lo hagas tú también.

—Es que flipo contigo.

Diego echó un vistazo a su alrededor. Había mucha gente por todas partes y la intimidad era nula. Se resignó.

—¿Has hablado con él?

—¡Claro que he hablado con él! —repuso Lukas con un resoplido—. Es mi media naranja.

—¡Eh! —gritó Eva que apareció de la nada y se colgó de su brazo—. Que tu media naranja soy yo.

Lukas le dio un largo beso en la boca.

Diego aguardó con paciencia, a pesar de que tenía ganas de separarlos a ambos y seguir interrogando a su hermano.

—Me tengo que ir —exclamó Lukas, señalando a su novia, que tiraba de él hacia la plataforma de madera.

—Solo dime una cosa —le apremió—. ¿Va a venir?

—Sí, claro —le respondió—. Tiene que estar a punto de llegar.

Y se fue.

Diego le siguió con los ojos y le dio un trago a su cerveza, irritado. La única persona que podía sacarle de su miseria proporcionándole información se acababa de encaramar al improvisado escenario y cantaba desafinando. ¡Maldito Lukas!

Se dio media vuelta y se dirigió al interior de la casa. Se cruzó con un conocido que salía del baño y le saludó. Casi todo el mundo estaba fuera, solo su madre conversaba con Jan Landvik y su mujer en el salón. Les hizo un gesto con la mano y se apostó en la zona de la cocina, fingiendo que estaba enviando un mensaje por el móvil.

Iván tenía que pasar por allí cuando llegara. Y era mil veces mejor interceptarle cerca de la entrada para poder hablar con él sin interrupciones, antes de que saliera al jardín.

—¿Qué haces aquí?

La voz de su padre le hizo alzar la cabeza con sobresalto.

—Mandándole un mensaje a un amigo.

Tony Alba se había puesto sus mejores galas para la ocasión, que, en su caso, no significaba mucho. Pantalón de vestir negro y camisa negra. Con el pelo engominado hacia atrás parecía un mafioso siciliano.

—Tu madre está preciosa, ¿verdad? —le preguntó mientras miraba a su mujer con expresión soñadora.

—Sí.

—Está igual de guapa que cuando la conocí. No ha cambiado nada.

Diego asintió con una sonrisa. Las fotos que había por los cajones de cuando eran jóvenes eran la prueba de ello. Anna Schwarz era una verdadera belleza y los años no habían conseguido borrar ese aspecto hermoso y lozano que seguía conservando.

—¿Qué haces tú aquí, descuidando a tus invitados?

—He venido a buscar una de las cervezas alemanas que nos ha traído Cas —dijo en voz muy baja como si alguien pudiese estar escuchándolos.

—¿Una Schorschbock? Te tomas una de esas y te tumba —le advirtió Diego, que ya había tenido un encontronazo con aquella bebida en una ocasión. Nunca más quería volver a probarla.

—Lo sé —repuso mientras abría la nevera y sacaba una bonita botella de color crema con cierre de brida.

—Mamá te está haciendo gestos para que vayas.

—Voy —le dijo con un guiño—. No puedo hacer esperar a la del cumple, ¿no?

Se alejó con su cerveza en la mano. Feliz.

Diego le observó con envidia sana. Era maravilloso ver lo enamorados que estaban sus padres después de tantos años. Él siempre había deseado tener algo semejante.

Le gustaría que Iván fuese el elegido.

No.

Iván era el elegido.

Pero después de verle besándose con Rubén, ya no sabía si había tirado por la borda todas sus oportunidades o todavía le quedaba algo de esperanza, aunque fuera un diminuto resquicio.

Qué estúpido fue al proponer lo de la relación abierta. Jamás se imaginó lo mucho que le dolería ver a Iván mostrando tanta indiferencia hacia su persona. Sí, verle con otro también le molestó, pero lo peor era haber perdido la complicidad y la confianza que tenían el uno con el otro.

Tenía que recuperar todo eso.

Los pasos de unas zapatillas deportivas sobre el suelo le indicaron que alguien acababa de entrar en la casa y se acercaba. Hubiera reconocido esa forma de andar en cualquier parte. Se cruzó de brazos y aguardó, conteniendo el aliento.

Iván, tal y como solía, vestía unos vaqueros desgastados, una camiseta gris desteñida con

una tabla de surf blanca en la pechera y sus viejas *Converse* negras, regalo de Lukas de hacía unos años. El pelo le caía suelto y húmedo sobre los hombros como si acabara de ducharse. En la mano llevaba un paquete envuelto en papel de regalo, que tenía todo el aspecto de ser un libro.

—Hola —le saludó.

Se dio la vuelta, sobresaltado, y su rostro palideció al verle tan cerca, pero no trató de seguir andando. Se detuvo. Se pasó el regalo de una mano a otra con nerviosismo.

—Hola, Diego.

La tensión entre ellos era tan espesa que se podía haber cortado con un cuchillo.

—Estás guapo —le dijo. No pudo evitarlo. De verdad lo estaba y necesitaba decírselo.

—Gracias —murmuró con frialdad.

Después de eso hubo un silencio ridículo. Diego llevaba días planeando lo que le iba a decir cuando le viera y ahora que estaba delante de él solo quería abrazarle. Cerró los puños para controlar el hormigueo que se había despertado en la punta de sus dedos.

—Tenía todo muy claro en mi cabeza. Sabía lo que te iba a decir cuando nos viéramos. Pero me he quedado sin palabras —admitió con un suspiro hondo.

Iván apartó la vista con incomodidad.

Diego tragó saliva. Le dolía tenerle a solo unos pasos y no poder acercarse a él y besarle. Le dolía mucho.

—¿Es… es un libro? —preguntó con suavidad señalando el paquete.

—Eh, sí. Es una novela alemana de esa autora que tanto le gusta a tu madre —repuso.

—¿De Nele Neuhaus?

—Sí, esa. No es gran cosa, pero…

—Le va a encantar —le aseguró—. Es un gran regalo.

Iván le miró a través de las pestañas. Parecía ofendido.

—No es necesario que seas tan… condescendiente. Sé cuáles son mis limitaciones.

—No quería… —intentó explicarle.

—Ya sé que no querías —le interrumpió—, pero siempre lo haces. Siempre.

Diego le miró durante un rato largo con tristeza. Era evidente que una brecha enorme se había abierto entre ellos. Ya ni siquiera podían tener una conversación normal.

—Iván, ¿qué narices hemos hecho? —se lamentó en un susurro.

El joven le lanzó una mirada furiosa.

—¿Hemos? —inquirió. Y aquellas dos sílabas salieron disparadas de su boca, llenas de desdén—. ¿Hemos? —repitió entre dientes—. No sé por qué usas el plural.

Diego cerró los ojos, angustiado. No soportaba esa frialdad. Nunca había visto esa faceta en Iván y le resultaba extraña y desagradable.

—Tienes razón. Perdóname.

—¿Perdonarte? ¿Sabes acaso por qué estás pidiendo perdón?

—No estoy seguro —dijo con sinceridad.

Iván soltó una carcajada carente de humor. Iba a decir algo, pero desde el otro lado del salón llegó la voz de Anna.

—¡Iván!

Se acercó a ellos con su larga melena rubia oscilando sobre sus hombros con gracia. Su cimbreante silueta podía pasar perfectamente por la de una adolescente.

—Anna, feliz cumpleaños. —La abrazó y le dio dos besos. Luego le tendió el paquete—. Te he traído esto.

—Oh, muchas gracias. No hacía falta.

Su rostro se había iluminado como el de una niña. Rasgó el papel y cuando vio el libro le obsequió una enorme sonrisa.

—¡Este es el libro que quería!

Diego vio enrojecer a Iván y le resultó tan tierno que estuvo a punto de alargar la mano y tocarle la mejilla.

Tony se acercó a ellos y le palmeó el hombro al recién llegado.

—¡Mi hijo favorito! —exclamó—. ¿Qué tomas?

—Cerveza.

—¿Una Schorschbock? —preguntó y alzó su botella en el aire.

—No. No quiero salir a gatas de aquí —rechazó Iván con una sonrisa.

Era la primera vez que Diego le veía sonreír en mucho tiempo y el calor se esparció por su abdomen.

—Fuera hay cerveza normal —dijo Anna—. Y también hay comida.

—Genial. Voy a ir a buscar a Lukas.

Dio un paso a un lado para alejarse y Diego temió que se marchara sin haber podido hablar con él. Instintivamente, le sujetó por la muñeca.

—Espera.

Iván clavó la mirada en el punto exacto en que sus pieles se rozaban. Era obvio que si hubiesen estado solos se habría soltado.

Su padre, que era el ser más intuitivo del mundo, tomó la mano de su mujer y tiró de ella.

—Vámonos. Nos está llamando tu amiga Helga.

En cuanto se alejaron, Iván se liberó de un tirón.

—¿Qué quieres? —inquirió con tono seco.

—Que hablemos.

—¿Aquí y ahora? No es un buen momento.

—Entonces, ¿cuándo?

—Te llamaré y…

—¡No! No me llamarás. Llevas diciéndome eso toda la semana y no me llamas.

Iván bajó la vista al suelo y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Parecía mostrar cierto arrepentimiento.

—¡Iván!

Diego soltó un exabrupto silencioso al escuchar a su hermana que los había descubierto y llamaba a su acompañante llena de entusiasmo. Vale, Iván tenía razón. No era ni el momento ni el lugar para tener una conversación.

—¡Hola, Eri! —respondió este saludándola con un gesto. La interrupción parecía haberle venido de perlas—. Eh…, Diego, luego hablamos.

Y se fue tras Erika en pos de sus amigas.

Los vio alejarse, decepcionado. Su presencia en la cocina ya no tenía sentido, así que echó a andar hacia el jardín y se dirigió a la mesa donde habían puesto las bebidas en fuentes con hielo. Cogió un tercio de cerveza y lo abrió.

Paseó la mirada por todas las personas que había allí, deseando encontrar su cabeza morena, pero no lo logró a la primera. Al final, le vio cerca de la mesa donde estaba la comida, acompañado por Erika y Lukas, que se estaban riendo de algo.

Se mezcló con la gente y habló con los amigos de sus padres y con un cliente de la imprenta al que conocía desde hacía años, pero no perdía de vista a Iván, que había cambiado de compañía ya un par de veces. Había estado con Juls, y luego con sus padres. En ese momento,

hablaba con Cas y Jan y sus respectivas mujeres. Diego merodeó por la zona del jardín donde se encontraba sin acercarse demasiado. Sonaba *Wonderwall* de Oasis, una canción que sabía que le gustaba mucho a Iván y se entretuvo mirando cómo movía los pies casi imperceptiblemente.

—Pero ¿vas a ir a hablar con él o qué?

Jorge se situó a su lado y chocó la botella de cerveza que llevaba en la mano con la suya. Estaba mirando en la misma dirección que él por lo que no necesitaba preguntarle a quién se refería.

—Nunca está solo —masculló malhumorado—. Parece más popular que la cumpleañera.

—Ese tonito de amargado no te pega nada.

—Acostúmbrate.

Su hermano le miró con una ceja arqueada al tiempo que meneaba la cabeza.

—Me largo con Juls, que me está haciendo gestos. Paso de quedarme contigo, a ver si se me va a pegar el mal rollo.

Después de decir eso, desapareció y Diego casi lo agradeció. Sabía que esa noche no era una compañía muy agradable. Le dio un trago a su cerveza y lanzó una ojeada hacia la piscina. Junto al borde, Iván seguía hablando con Cas. Los dos estaban solos.

Perfecto.

Cas no era un problema.

Echó a andar hacia ellos. Estaba a punto de llegar a su lado cuando fue abordado por su padre.

—Diego, ¿te lo estás pasando bien?

—Eh…, sí, claro.

Hubo un breve silencio.

—Así que tú… e Iván.

Suspiró.

Siempre pensó que era bastante reservado, pero parecía haber perdido esa cualidad. La fuerza de sus sentimientos debía de ser tan enorme que podía romper todas sus capas de innato hermetismo.

—Sí —admitió.

—Vaya… ¿Es algo serio?

—Por mi parte, sí.

—Creo que por la suya también.

—¿Tú crees? —inquirió esperanzado.

—Sí.

Miró a su padre a los ojos, que le devolvió la mirada con afecto.

—Tú eres mi hijo y te quiero, pero él también es muy especial para todos nosotros. Ten cuidado.

Asintió.

Después de eso, Tony se marchó. Diego volvió a ponerse en marcha, pero ya no pudo localizar a Iván. Vio a Cas con su mujer, pero ni rastro del joven. Se dirigió hacia Lukas, que estaba cerca del equipo de música.

—¿Dónde está Iván?

—Se ha ido.

—¿Qué? Pero si acaba de llegar.

—Mira, no sé qué narices está pasando entre vosotros —repuso con tono acusador—. Iván me cuenta muy poco y tú no me cuentas nada. Pero haced el favor de solucionarlo, porque

esto es incómodo. Mi hermano y mi mejor amigo cabreados el uno con el otro. Ufff…

—¿Hace mucho que se ha marchado? —inquirió con nerviosismo, ignorando su diatriba.

—No. Un par de min…

Ni siquiera le dejó terminar. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa. Atravesó el salón y salió al jardincito delantero. De dos zancadas lo cruzó y abrió el portón que daba a la calle.

Solo pudo ver las luces traseras del viejo Ibiza alejándose.

—¡Mierda!

Se llevó las manos a la cabeza y echó a andar por la oscura calle de la urbanización, pateando el suelo con fuerza. Estaba cabreado consigo mismo y con la situación. Había perdido la oportunidad de hablar con Iván.

La música llegaba amortiguada hasta él. Estaba sonando *Bad Romance* de Lady Gaga y una sonrisa amarga se pintó en su boca. El título le pareció premonitorio de su situación.

No tenía la menor gana de unirse a la fiesta, así que se alejó con las manos en los bolsillos, mirando al cielo de vez en cuando. Unas cuantas estrellas titilaban en él. No solo era enfado lo que sentía. También le daba una pena enorme lo que estaba sucediendo.

¿Había perdido a Iván?

¿Acaso ya no había solución?

¿Se había terminado para siempre?

Aquel pensamiento le resultó aterrador.

Capítulo 27

Iván

La calle era estrecha, pero parecía más ancha debido a la colorida iluminación de los locales que la flanqueaban. El sonido de la música machacona y alegre se escapaba de vez en cuando de alguno de ellos cuando la puerta se abría para cederle el paso a algún cliente nuevo o para dejar que saliese algún otro. Las edificaciones eran todas de dos o tres alturas —los típicos edificios restaurados del casco antiguo—, de cuyos balcones colgaban banderitas arcoíris y guirnaldas llamativas. En uno de ellos, incluso, había una figura de tamaño natural, vestida con un arnés y una gorra de cuero negro.

Era una de las calles del entramado triangular que conformaba el famoso barrio gay de Benidorm.

No era la primera vez que Iván pasaba por allí, pero sí era la primera vez que lo hacía con un propósito.

Indeciso, se detuvo a pocos metros del local al cual se dirigía y apoyó la espalda contra la pared del edificio contiguo mientras sus ojos se clavaban en el cartel que había sobre la puerta. Franny, rezaba en él. Su potente luz de neón rojo coloreaba toda la fachada en un cálido tono salmón. Justo al lado de la puerta había un tablón negro con letras blancas que anunciaba que los sábados había espectáculo de su *drag* residente: Tonya Dee. La mirada de Iván ascendió hasta el piso superior; en el largo ventanal oscuro destacaba otro letrero que solo mostraba tres letras rojas que parpadeaban invitadoras: *xXx*.

Había muchos bares y garitos en esa zona, algunos más discretos y otros menos, pero era ese el que debía visitar, según le había aconsejado Rubén.

«Si quieres echar un buen polvo, tienes que ir al Franny. Es un sitio genial, con buena música y buen ambiente. Van los chicos más guapos, tienen la mejor zona oscura y, si no te atreves porque te da corte que te vean en público, también hay cabinas privadas».

Perfecto. Eso era lo que quería Iván: sexo sin compromiso con un desconocido atractivo, a ser posible con alguien a quien no volviese a ver jamás.

No era el sexo en sí lo que andaba buscando, era poder demostrarse a sí mismo que podía hacerlo con otro tío sin que hubiera sentimientos de por medio. Follar por follar. A fin de cuentas y por más que le doliera lo que Diego le dijo, este tenía su parte de razón. No tenía experiencia. Era como un potrillo recién nacido con dificultades para tenerse en pie. Un pardillo novato. Todo lo que sabía era por las pelis. ¡Si ni siquiera podía hacer una mamada en condiciones!

Su breve incursión en Grindr había fracasado estrepitosamente. Quizá no lo había enfocado bien o no había seleccionado con cuidado, pero en lugar de encontrar sexo había terminado por conseguir un amigo. Rubén era un tío fantástico, ideal para cafés, un cine, cañitas, una charla. Y punto.

La noche anterior, en casa de los Alba, cuando su camino volvió a cruzarse con el de Diego, le hubiese encantado poder decirle que había conocido a alguien y que estaba siguiendo su consejo y acumulando experiencia. Le hubiera gustado ver su reacción. Quizá si hubiese visto algo de celos en su cara se habría sentido mejor.

Sí, así de infantil era.

Sin embargo, lo único que pudo hacer fue contemplarle embobado y guardar silencio,

porque Diego estaba simplemente arrebatador. Con su semblante serio y el brillo preocupado en sus ojos celestes. Con sus ademanes calmados y esa forma de hablar tan suya, pausada y elegante.

Sí, muy Diego.

Todavía le parecía sentir la caricia de sus dedos sobre su muñeca. La mano cálida y firme sujetándole y traspasándole la piel, los músculos y los huesos… Y su voz ronca admitiendo que se había quedado sin palabras o pidiendo perdón con esa sinceridad y sencillez tan propias en él.

No pudo aguantar más de media hora en la fiesta. No cuando podía sentir la mirada azul siguiéndole por todo el jardín. Aquello le confundía. No entendía su comportamiento. ¿Acaso no había sido él quien sugirió que se acostara con otros? Entonces, ¿por qué actuaba de ese modo? ¿Por qué se mostraba tan dolido y triste? Eso le cabreaba. ¡Era él quien tenía todo el derecho del mundo a estar decepcionado, no Diego!

Después de intercambiar besos y abrazos y conversar con algunas personas, decidió largarse. Adoraba a los Alba, pero no podía festejar con ellos cuando lo único que quería hacer era lanzarse al cuello de Diego y pegarle.

O acariciarle.

O gritarle.

O besarle.

O todo junto.

Así que se montó en su coche, dispuesto a bajar a la playa y tomarse unas cervezas mirando al mar. En ocasiones como esa le hubiese gustado poder emborracharse, pero desde que era muy joven había visto lo que el alcohol podía hacerle a una persona y no solía beber demasiado. No quería convertirse en el reflejo de su padre.

Se había alejado unos cuantos metros cuando vio en el espejo retrovisor la alta silueta de Diego que había salido a buscarle. Estuvo a punto de pisar el freno, pero no lo hizo. Tensó la mandíbula y siguió su camino como un cobarde.

Y solo veinticuatro horas después, se encontraba frente al Franny, dispuesto a todo.

Accedió al local con cierto reparo, pero las luces estroboscópicas y la música electrónica le engulleron con celeridad. Había mucha gente, mejor dicho, había muchos hombres de edades indefinidas, aunque predominaban los veinteañeros. Una barra, atendida por unos cuantos camareros sin camisetas, rodeaba todo el local, y al fondo, se erguía un pequeño escenario cubierto por cortinas oscuras.

Mientras se abría paso hacia la barra para pedir una consumición, notó el interés que su persona despertaba en otros tíos, pero los ignoró. A lo mejor, después de beber algo y mitigar los nervios, podía permitirse el lujo de lanzar la caña o dejar que se la lanzaran.

—¿Qué te pongo, guapetón? —le preguntó uno de los camareros a voces. Era pelirrojo, muy alto y delgado y llevaba los pezones perforados.

La frase era tan cliché que estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero se contuvo.

—Cerveza.

—Mahou, 1906, Heineken, Duvel, Diebels, Guinness, Budweiser, Paulaner de trigo, Coronita…

—Un tercio de Mahou —le interrumpió.

—Un chico fácil. Me gustas —repuso y le guiñó un ojo. No tardó en poner delante de él su cerveza.

Apenas habían pasado unos segundos cuando Iván sintió la presencia de otro hombre invadiendo su espacio. Giró la cara para mirar al recién llegado y su atractivo le sorprendió.

Moreno de pelo y piel, con los ojos muy oscuros y rasgados. Era alto, aunque no tanto como él. Vestía de un modo informal, con vaqueros y una camiseta blanca. Y lucía una sonrisa alegre.

Rubén tenía razón, los tíos eran guapos en el Franny.

—Hola. ¿Es tu primera vez aquí?

Su acento no era español. Debía de ser italiano.

—Hola. Sí, es mi primera vez.

—Soy Francesco, pero mis amigos me llaman Fran.

En efecto, era italiano.

Intercambiaron los dos besos de rigor. El extraño se pegó mucho a él y dejó sus labios más tiempo del necesario sobre su cara, cerca de la comisura de su boca. Olía bien y era muy atractivo por lo que no le resultó molesto.

—¿Y qué te trae por aquí? —le preguntó.

Iván no tenía ganas de charla y menos todavía en un lugar donde había que gritar para poder entenderse. Se limitó a darle un largo sorbo a su cerveza y miró al guapo italiano durante unos instantes.

—Echar un polvo —repuso con sequedad.

Casi instantáneamente la expresión del rostro de su acompañante cambió y pasó de ser afable a convertirse en depredadora.

—Genial —contestó—. Estamos en la misma onda. ¿Te invito a una copa y subimos? —Señaló unas escaleras que había al lado del escenario.

Iván no vaciló y dejó su cerveza sobre la barra.

—Paso de la copa. Subamos.

El tipo hizo una mueca contrariada, pero echó a andar con rapidez. Iván le siguió y, mientras atravesaban la pista de baile llena de cuerpos sudorosos que se movían al compás de *My way* de Calvin Harris, se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho su nombre.

Mejor.

La escalera que conducía al piso superior era estrecha y oscura, solo pequeños puntos LED a ras del suelo mostraban el camino. Subió los escalones detrás del italiano con la vista fija en sus ondulantes caderas. El vaquero que llevaba se le ajustaba y mostraba la redondez de su trasero. Sintió un suave tirón en la entrepierna y aquello le llenó de gozo. Al menos, iba a empalmarse con otro tío que no era Diego. Le pareció un gran triunfo.

—Hay cabinas privadas, pero me temo que están todas ocupadas —le dijo el tipo al llegar arriba, dándose la vuelta y mirándole con picardía al tiempo que abría una cortina negra—. ¿No te importa hacerlo aquí?

Iván accedió al interior de la amplia estancia y echó una ojeada a su alrededor con curiosidad.

«Así que esto es una sala oscura».

En el centro se erguía una gruesa columna de la que pendían varias pantallas, todas emitían porno gay. La luz que salía de los monitores iluminaba la sala solo tenuemente, pero se podían distinguir algunos sillones a lo largo de las paredes, casi todos ocupados por parejas o varias personas en diversas posturas. Otras preferían estar de pie, aparentemente. Los gemidos de los actores provenientes de los altavoces se mezclaban con la música amortiguada que llegaba de la planta baja y con los jadeos de los tíos que estaban disfrutando allí en la sala. Flotaba en el ambiente un olor almizcleño a sexo puro.

Iván se había quedado cerca de la entrada, examinando todo con suma atención. Fran se acercó a él y le tomó de la mano.

—¿Nos sentamos? —propuso, tirando de él.

Iván negó con la cabeza. Lo último que haría sería tomar asiento en uno de aquellos sofás. No era demasiado escrupuloso, pero seguro que sobre aquellas superficies habría de todo.

No quiso quedar como un tonto inexperto y decidió tomar el control. Empujó a su compañero sin demasiado cuidado hacia un lateral, hasta que su pecho quedó contra una pared. Él se pegó a su espalda y le encajonó entre sus brazos.

—Ya veo que te mola lo de ser intensito. ¿Quieres follarme? No me importa que seas tú el primero si luego me dejas que te lo haga yo a ti.

Iván cerró los ojos al escucharle e hizo caso omiso de sus palabras. Su voz le molestaba y tuvo ganas de decirle que se callase. Hundió la cara en su cuello y le mordió con suavidad en el trozo de piel que quedaba al descubierto entre su camiseta y su mandíbula. El italiano empezó a gemir.

Iván se frotó contra él y su polla reaccionó en consecuencia y se endureció.

Soltó un gemido.

Todo iba bien.

El tipo se echó hacia atrás, retorciéndose y pegando el culo todavía más a su erección, que se sacudió impaciente.

Fantástico.

Todo genial.

Podía follar con cualquiera.

Podía hacerlo.

—Quiero chupártela —murmuró Fran entonces.

Iván no titubeó. Se apartó y sus posiciones cambiaron. Apoyó la espalda en la pared y empujó al otro de los hombros hacia abajo, hasta que estuvo de rodillas frente a él.

—Vamos —jadeó—. ¡Chúpamela!

Alzó la cabeza hacia el techo mientras notaba cómo los dedos raudos manipulaban la bragueta de su pantalón y le bajaban un poco el calzoncillo. Su miembro se agitó libre, pero una boca ávida y caliente no tardó en envolverlo.

Gruñó con excitación.

Y en ese momento, la imagen de Diego arrodillado entre sus piernas mientras él estaba sentado en el sofá de su casa acudió con fuerza a su mente.

«No. No. No. Joder, ahora no».

Trató de concentrarse y pensar en otra cosa, pero seguía viendo sus llamativos ojos turquesa clavados sobre su persona. Acusadores.

Su erección se desinfló como un globo al que le sacaban el aire.

La boca que le succionaba se detuvo.

—¿Está todo bien?

—Sí, sigue —farfulló malhumorado sin molestarse en mirarle.

A duras penas logró que su polla adquiriese la consistencia necesaria de nuevo. El italiano a sus pies lo daba todo, pero él era incapaz de sentir nada. Solo fricción sin ningún placer. Posó las manos sobre los cabellos del tipo y bombeó con las caderas. Quizá así podría ponerse a tono de nuevo.

No.

Nada.

Imposible.

Los ojos de Diego seguían persiguiéndole.

¿De verdad no iba a poder acostarse con otro tío?

Se enfureció y soltó un violento exabrupto.

Elevó los párpados para poder ver las pantallas. Un tío se estaba tirando a otro encima de una mesa de billar mientras un tercero le hacía una mamada al primero. Su polla se puso rígida de nuevo y un hormigueo creció en su abdomen, pero fue algo anecdótico, apenas pudo mantener la erección unos segundos.

Una escena que en cualquier otra ocasión le hubiera resultado de lo más erótica, de repente, le dejaba frío.

¡Joder!

Desesperado, pero decidido a no rendirse, volvió la cara hacia la entrada buscando algún otro estímulo, y se encontró de frente con esos ojos en los que no dejaba de pensar. Si bien no podía distinguir el color debido a la penumbra, sabía que eran azul celeste. Le observaban llenos de furia.

En un primer instante pensó que se trataba de una ilusión óptica y que aquella figura desarreglada era producto de su imaginación. Le vio mover los labios a cámara lenta, pronunciando una palabra que no llegó a entender del todo. ¿Mío? ¿Decía mío? Imposible. Era tan descabellado que se convenció a sí mismo de que estaba equivocado y de que todo era una fantasía.

Aquello no podía ser real.

Pero entonces, el recién llegado echó a andar en su dirección y se dio cuenta de que sí era real.

Muy real.

Diego estaba allí y se aproximaba lleno de cólera.

Capítulo 28

Diego

Salió de la bañera y se secó con parsimonia, dejando escapar un suspiro placentero. Había sido una gran idea darse una ducha a esa hora de la noche. Llevaba más de doce horas sentado frente al ordenador y hacía mucho calor. Le había venido muy bien sentir el chorro de agua tibia sobre sus músculos agarrotados.

Fue a su dormitorio y se puso un pantalón corto de deporte y una camiseta gris sin mangas, luego, se encaminó al salón, haciendo un alto en la cocina para coger una lata de refresco y una bolsa de patatas fritas. Pese a que era sábado y sus amigos le habían insistido para que se uniera a ellos, había rechazado su propuesta. No le apetecía salir por ahí.

No cuando su interior estaba tan revuelto.

Maldito Iván.

Jamás hubiese pensado que iba a estar tan confuso y desesperado por un tío. Y no por un tío cualquiera.

Por Iván.

Alguien a quien conocía desde siempre, con el que había compartido tantos momentos.

Era casi ridículo.

Le había llamado varias veces a lo largo del día y la única respuesta que obtuvo fue un mensaje enlatado de su operadora, comunicándole que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. También le envió un par de wasaps, pero esos ni siquiera los había leído.

Ya no sabía qué hacer.

Ni siquiera Lukas, con el que había hablado hacía unas horas, sabía dónde andaba su amigo.

Era frustrante.

Por eso se había pasado tantas horas frente al ordenador, trabajando para ahuyentarle de su mente, aunque sin demasiado éxito. Se había descubierto descuidando sus encargos y dibujándole una y otra vez. Iván tumbado, Iván sentado, Iván en el agua, Iván mirándole, Iván bailando…

Era idiota, sin la menor duda.

O estaba enamorado hasta las trancas.

Todas sus esperanzas estaban puestas en el día siguiente. Era el día en que los CFB actuaban en Benidorm y sabía por su hermano que Iván tenía una entrada y que iba a acudir al concierto. Y él no pensaba dejarle escapar. Fuera como fuese, le obligaría a escucharle. Estaba dispuesto a no andarse por las ramas y a sincerarse. Le diría todo lo que llevaba dentro, le explicaría lo que sentía por él y cómo ansiaba que estuvieran juntos.

Era probable que Iván le mandase al carajo, pero no podía dejar que creyese que no le importaba cuando estaba loco por él.

Tenía que decirle que le quería. Sin medias tintas.

Acababa de sentarse en el sofá y de abrir la lata de refresco cuando su móvil empezó a sonar. Con pereza, se puso de pie y fue a su dormitorio, donde lo había dejado cargando. No se hacía demasiadas ilusiones de que pudiera ser Iván, y el nombre que aparecía en la pantalla se lo confirmó.

Era Emilio.

Estuvo tentado de no aceptar la llamada. Hacía solo una hora que había hablado con él y había rechazado su proposición de echar un polvo sin compromiso. Las cosas habían cambiado mucho en las últimas semanas y no tenía ganas de volver a acostarse con nadie que no fuera Iván.

Sí, así de pillado estaba.

—Dime, Emi.

—Diego, estoy…

Su amigo debía de estar en un local muy ruidoso porque apenas se entendía lo que decía.

—¿Cómo? —preguntó.

—En el Franny.

Estaba claro lo que hacía allí. Al Franny solo se iba a follar o a dejarse follar.

—Genial. Pásalo bien.

—¡Espera! Tu chico está aquí.

Diego frunció el ceño. ¿A quién se refería? Un mal presagio le encogió el pecho. No tuvo tiempo de preguntar nada porque Emilio siguió hablando atropelladamente.

—Es Iván.

Se le revolvió el estómago. Apretó los dientes con fuerza y trató de respirar con normalidad mientras asimilaba la información. Vale, Iván estaba en uno de los garitos gays de moda.

No pasaba nada.

Estaba en todo su derecho.

Él mismo le había animado a que se liara con otros tíos, ¿no?

Se llevó una mano a la frente y se la frotó con ansiedad.

—Ha subido a la planta de arriba. Está en la sala oscura con Fran —continuó su amigo a voces.

—¿Con qué Fran? —escupió. Su expresión se tornó lúgubre.

—Con Fran, el italiano.

Escuchar aquella frase fue como si alguien le hubiera pegado un puñetazo en el centro del pecho. La sangre se le heló en las venas.

A Francesco Sbiroli le conocía todo el mundo que se movía en el ambiente y poca gente quería tener cuentas con él. Era un tipo despreciable que se aprovechaba de los jovencitos y de los turistas desprevenidos gracias a su aspecto atractivo y agradable. Acostumbraba a ponerles algo en la bebida y, luego, cuando estaban muy mareados, se los llevaba a su casa prometiendo cuidar de ellos, cosa que no era cierta. Tanto él como sus amigos eran unos capullos que disfrutaban montando orgías desenfrenadas. Los pobres chavales que caían en sus redes solían terminar bastante mal parados.

Diego no fue consciente de que había cortado la llamada y arrojado el móvil al sofá. Sus pies le condujeron hasta la puerta. Ni siquiera se percató de su inapropiado atuendo o de que iba en chanclas. Una niebla roja le empañaba la vista. Solo sabía que tenía que llegar al Franny cuanto antes.

Tenía que rescatar a Iván.

El local no estaba lejos de su casa, solo quinientos metros separaban el edificio donde vivía del barrio gay. Recorrió esa distancia en apenas cinco minutos, corriendo y esquivando a la gente con la que se cruzaba por el camino. Pensamientos terribles revoloteaban por su cabeza.

No podía llegar tarde. *No podía*.

Cuando se plantó frente a la puerta sobre la que parpadeaban las letras rojas estaba sin aliento y un potente zumbido se le había instalado en los oídos.

Empujó la hoja metálica con ímpetu y la música electrónica le estalló en los tímpanos. Haces de luz que giraban le mostraron la gran cantidad de cuerpos masculinos que se restregaban unos contra otros en la pista de baile. Ya había estado allí algunas veces, hacía un tiempo, por lo que no le costó orientarse. Ignorando todo lo que no fueran las escaleras del fondo, se abrió paso a codazos con determinación. Por el rabillo del ojo creyó ver a Emilio que le hacía gestos con los brazos desde la barra, pero pasó de largo.

Subió la empinada escalera tomando dos escalones al mismo tiempo sin preocuparse de que sus chanclas resbalaban en el pulido suelo de mármol. Abrió la pesada cortina que llevaba a la sala oscura de un violento tirón y se quedó en el umbral, barriendo la sala con mirada frenética.

No tuvo que buscar mucho.

Los descubrió a escasos metros de distancia, en un lateral. Y la imagen que se presentó ante él le llenó de estupefacción e ira a partes iguales.

Las luces provenientes de las pantallas de televisión los iluminaban y los convertían en un espectáculo obsceno y tentador al mismo tiempo. Iván estaba recostado contra la pared con la boca entreabierta mientras hundía los dedos en el pelo del italiano que se arrodillaba frente a él y le practicaba una mamada con entusiasmo.

¡No!

Un gruñido gutural emergió de su garganta.

—No…

Un sudor frío le envolvió. Rechinó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño y su cuerpo se estremeció conmocionado.

¡Iván era suyo! ¡Solo suyo!

Solo él podía hacer algo así con él.

Nadie más.

Fue consciente de que aquellos pensamientos eran una locura, pero le dio igual. Estaba demasiado alterado para ser coherente y comportarse con serenidad. Solo sabía que Iván no podía estar con otro. ¡No podía! Una potente rabia le embargó y fue tal la magnitud de sus sentimientos que llegó a asustarle. Nunca nadie le había hecho sentir así.

Y entonces Iván giró la cara y sus miradas se cruzaron.

Se examinaron fijamente por espacio de unos segundos. El rostro del joven permanecía inexpresivo, como si no le importase lo más mínimo que Diego fuera testigo de la situación.

Era surrealista.

—Mío…

No fue demasiado consciente de que abría los labios y pronunciaba esa palabra tan posesiva con un rugido, ya que nunca la había usado para referirse a nadie. Jamás. No encajaba con él. Y sin embargo…

¡Iván era suyo!

Echó a andar hacia él con cólera apenas contenida.

Casi había llegado a su altura cuando Iván empujó al italiano y le apartó. Luego se subió la cremallera del pantalón y se encaró con él. El enfado oscurecía sus facciones.

—¿Qué cojones haces? —le increpó.

—He venido a sacarte de aquí. No sabes lo qué estás haciendo —repuso muy cabreado.

—¿A sacarme de aquí? —inquirió con incredulidad.

—¡Este tío es un hijo de puta!

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó con rebeldía, echándose el pelo hacia atrás con una mano.

—¡Me importa mucho!

—¡Déjame que te diga que no es asunto tuyo quién me chupa la polla!

—¡Es asunto mío cuando te lías con tipos como este!

—No tengo que pedirte permiso. Aunque, ahora que lo pienso, ¡ya me lo diste!

Ambos gritaban y algunas de las parejas que estaban desperdigadas por la sala comenzaban a prestarles atención.

Diego giró la cara y vio que el italiano tenía un aire derrotista. Era obvio que se había dado cuenta de que no iba a sacar mucho de allí.

—Lárgate de aquí, cabrón —siseó—. Y no vuelvas a acercarte a este chico, ¿te enteras? —le advirtió con agresividad.

Pese a que no era muy partidario de la violencia, las ganas de pegarle un puñetazo y partirle la nariz le invadieron con fuerza. Y no solo porque era un capullo integral que se aprovechaba de los pardillos, sino porque había estado haciéndole una mamada a su chico. *A su chico*. Los celos le estrujaron las tripas.

—Eso tendré que decidirlo yo —intervino Iván, furioso—. Si me apetece largarme con este tío, me largo y punto. Tú no eres nadie para decirme con quién debo estar.

—No sabes quién es este personaje…

—Me la pela. ¡La decisión es mía! —le gritó con tozudez. Respiraba deprisa y las aletas de su nariz estaban dilatadas, prueba del enorme enojo que sentía.

El italiano, en vista de que su presa ya no era tal, barbotó algo ininteligible y se largó de allí con prisas, dejándolos solos.

—Todo el mundo conoce a este tipo por aquí —dijo Diego entre dientes, intentando mantener la serenidad—. Es un depravado al que le gusta drogar a los chavales y llevárselos a su casa.

El ceño de Iván se contrajo.

—¿Chavales? ¿Crees que soy un niñato estúpido? —gruñó.

—No he dicho eso —continuó, conciliador.

—Siempre estás insinuando que soy un crío.

—No es verdad.

—¡Lo es! Estoy hasta los cojones de tu actitud paternalista. ¡No eres mi padre!

—Ya lo sé.

—¡Ni mi hermano mayor! Así que no me toques las narices.

Diego guardó silencio y le estudió. Estaba muy alterado. No iba a ser fácil hablar con él.

—Creo que deberíamos calmarnos e ir a otro sitio…

—No me vengas ahora con esa condescendencia porque no lo soporto —le cortó con acritud.

Diego cerró los ojos con fuerza y trató de no perder la compostura. Solía ser sereno y frío, pero la situación estaba a punto de desbordarle.

Iván escupió una maldición y echó a andar hacia la salida con paso enérgico, y él trató de sujetarle, agarrándole la muñeca, pero el joven se revolvió con brío y le lanzó una mirada cabreada.

—¡Déjame!

—Iván, vamos a hablar —pidió.

—No quiero hablar contigo, Diego. Déjame en paz —farfulló.

—Por favor. Vamos a mi casa y hablamos…

Una pareja accedió al interior de la sala y los obligó a separarse para cederles el paso. Se miraron fijamente en silencio. El ambiente estaba cargado de electricidad. Pese a que no había mucha luz, era suficiente para ver la ira en los ojos de Iván.

—Por favor —volvió a intentarlo en tono suplicante una vez que estuvieron solos de nuevo—. Vamos a otro sitio a hablar. Aquí no podemos. Vamos a mi casa.

Iván pareció vacilar, pero finalmente soltó un suspiro cansado. Su actitud parecía haber cambiado radicalmente. El enfado se había convertido en derrota.

—Siempre tienes que fastidiarlo todo —susurró al cabo de un rato.

A Diego aquello le dolió. Le dolió mucho.

No quería estropear nada. Por el contrario, solo deseaba arreglar las cosas.

—¿Vienes a casa y hablamos? —le preguntó con mucha suavidad.

La respuesta fue un simple encogimiento de hombros.

Al menos no había dicho que no.

Se puso en movimiento y atravesó las cortinas. Iván le siguió arrastrando los pies. Descendieron las escaleras en silencio mientras la música de la planta baja iba aumentando de volumen.

Emilio los estaba esperando al lado del escenario. Se acercó a ellos con la preocupación escrita en la cara. Iván le lanzó una mirada llena de desdén.

—No puedo hablar ahora —le dijo Diego con rapidez—. Mañana te llamo.

—Vale. ¿Todo bien?

—Mañana te llamo —repitió.

Continuó su camino hacia la puerta detrás de Iván que se había adelantado unos pasos. Le contempló con confusión. Ya ni siquiera sabía si había hecho bien en ir a buscarle. Desde luego, no parecía una víctima indefensa ni inocente que pudiera caer en las redes de un tipo como Fran Sbiroli con facilidad.

Quizá había enfocado mal la situación.

De nuevo.

Tras haber estado dentro del caluroso y opresivo local, el aire fresco de la noche resultó de lo más agradable. No se dijeron ni una sola palabra mientras echaban a andar.

Diego no podía evitar mirar a Iván de reojo. Su indiferencia era tan evidente que le llenaba de tristeza e impotencia.

Ojalá pudiesen hacer las paces.

Ojalá pudieran volver a ser amigos.

Aunque él deseaba mucho más.

Lo deseaba todo con él.

Capítulo 29

Iván

Le estaba costando mantenerse fuerte y pretender indiferencia, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No quería derrumbarse delante de Diego. No quería que le viera como realmente se sentía: pequeño y vulnerable, dolido y triste. ¿Por qué narices había tenido que ir a buscarle y ser testigo de su vergüenza? ¿Se habría dado cuenta de que ni siquiera había podido empalmarse?

Tenía ganas de llorar.

Su vida era un desastre.

Y ni siquiera fue capaz de enrollarse con otro tío.

Era un fracasado.

Por el rabillo del ojo se percató de que Diego le miraba, pero fingió no darse cuenta. Era obvio que este había salido corriendo de su casa y no se había preocupado de vestirse en condiciones. Solo llevaba unos pantalones cortos, una camiseta vieja y chanclas. Un atuendo nada apropiado para ir al Franny. Estaba claro que el gilipollas de su amigo le había llamado para avisarle de que él estaba allí con el italiano.

El italiano.

Según Diego era un capullo y un cabronazo.

A él tampoco le había dado buena espina, pero estaba bueno y muy dispuesto a ir a la sala oscura con él, así que no se lo pensó dos veces y se lanzó de cabeza. A fin de cuentas, un polvo era un polvo. Solo que las cosas no habían salido como esperaba.

Sintió que se sonrojaba al recordar de nuevo cómo su miembro había sido incapaz de levantarse. Vergonzoso. Gracias al cielo, no iba a volver a ver a ese tío nunca más.

—¿Has bebido algo? —le preguntó Diego repentinamente.

Giró la cara con brusquedad y vio la intranquilidad en sus iris.

—¿Tengo que darte cuentas ahora de lo que bebo?

—Iván, no es eso —rechazó con un suspiro—. Es que el cabrón ese suele drogar…

—No he bebido nada —le cortó con sequedad—. Y deja ya de tratarme como si fuese tonto. ¿No sabes dónde me he criado ni con quién? Rodeado de camellos, drogatas y alcohólicos. No soy un puto chavalín indefenso.

—No pienso que lo seas. Me preocupo por ti, eso es todo.

—Deja de preocuparte —masculló.

Preocupación. ¿Eso era todo lo que sentía Diego por él? Se le formó un nudo en la garganta que disolvió a fuerza de voluntad.

El camino hasta la calle donde vivía Diego se le hizo muy largo. Quizá porque su presencia le ponía nervioso o porque sabía que el momento de las confesiones se acercaba.

Llegaron al edificio solo unos minutos después y subieron las escaleras hasta su planta en completo silencio. Una vez dentro del piso, Diego cerró la puerta y se encaminó al salón con aire cansado. Iván le siguió más despacio. Los recuerdos de la última vez que estuvo allí le asaltaron con fuerza y tuvo que coger aire para que no le abrumaran.

Los besos en el sofá.

La música.

El desayuno en la cocina.

Ducharse juntos.

Despertar con sus piernas enredadas.

Las risas, muchas risas.

Y sexo increíble.

—¿Quieres comer algo? —le ofreció Diego, sacándole de su ensimismamiento.

—No tengo hambre.

—¿Beber?

—Paso.

Diego se dejó caer en el sofá y apoyó los codos sobre las rodillas, luego hundió la cara en las manos y emitió un gemido.

—No sé qué más puedo hacer, Iván —dijo al cabo de un rato—. ¿No podemos estar como antes? ¿Ser amigos?

Aquella palabra le atravesó de parte a parte, hiriéndole en lo más profundo. *¿Amigos? ¿Eso era todo?* La angustia que llevaba dentro implosionó y terminó por salir al exterior, escurriéndose por todos los poros de su cuerpo.

—¿Amigos? —gritó con voz trémula, situándose frente a él—. ¡Yo no quiero ser tu amigo!

El mayor de los Alba alzó el rostro con sorpresa como si no hubiera esperado esa reacción tan explosiva.

Iván no pudo soportarlo más.

—¡Llevo siete putos años enamorado de ti, Diego! —exclamó con furia, haciendo hincapié en cada palabra—. Siete años amándote a distancia y conformándome con ser el amigo de tu hermano. Imaginándome que podrías sentirte atraído por mí algún día. Comparando a todos los chicos que me podían gustar contigo. Todos salían perdiendo a tu lado. Ninguno eras tú. Solo soñaba contigo. ¡Solo contigo! ¡Siempre! —exclamó—. Y cuando por fin puedo amarte de cerca y te tengo al alcance de mis dedos, ¡me dices que me vaya a follar con otros! —Se le rompió la voz—. Es tan injusto saber que siempre te he querido y que nunca vas a ser para mí…

El asombro más genuino oscureció las facciones de Diego.

—Iván…

—¡No! No hables —le detuvo con un áspero ademán—. Me toca a mí decirte todo lo que siento porque si no lo hago voy a explotar y me voy a consumir… y no va a quedar nada de mí.

Después de decir eso, se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en su pelo mientras echaba a andar por el salón dando zancadas nerviosas. Quizá no fuera capaz de encontrar las palabras más acertadas, pero estaba dispuesto a decirle todo.

Diego seguía mirándole con incredulidad. En shock.

—Siempre he sabido que te quería —comenzó—. Cuando era un crío pensaba que se trataba de admiración, a fin de cuentas, eras el hermano mayor de Lukas, el que siempre nos rescataba. Eras tan bueno en todo, tan genial… —suspiró, invadido por la melancolía—. Pero, en cuanto fui consciente de mi orientación sexual, lo supe. Nunca he dudado de ello. Siempre has sido tú. Solo tú —se rio con amargura—. Esta noche ni siquiera he podido empalmarme con el italiano ese. ¡Era imposible! Solo te tenía a ti en mi cabeza todo el rato —balbuceó con el sonrojo haciendo su aparición de nuevo—. Solo quiero estar contigo. Ya ves, soy un puñetero imbécil…

Le faltaba el aliento y sentía cómo le ardía el pecho, pero continuó andando por la sala, lanzando ojeadas furtivas a Diego que le seguía con la mirada y apretaba los labios con fuerza para no interrumpirle.

—El fin de semana que estuvimos juntos fue el mejor de mi vida —admitió—. Me trataste tan bien que pensé que sentías algo por mí… Creí que también me habías empezado a querer… Fuiste tan impresionante. Tan maravilloso… Me hiciste tocar el cielo. Pensé que había algo muy especial entre nosotros…

Tuvo que detenerse porque la voz se le había quedado atascada en la garganta. Intentó proseguir y solo un sollozo salió de su boca. Horrorizado, se llevó los dedos a las mejillas y se dio cuenta de que estaban húmedas.

¡Estaba llorando!

No. No. No.

No quería perder los papeles. Quería confesarle todo a Diego, pero no así. ¡No así!

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca y trató de que su respiración se normalizase.

—Tenía que haber sabido que yo no era lo que tú estabas buscando. Tenía que haberlo sospechado, pero mis ilusiones… me cegaron —tartamudeó—. Me… engañé a mí mismo.

—No digas eso, Iván —susurró Diego y se puso de pie.

—¡No vengas! Necesito que estés lejos para poder decírtelo todo —gimió, alzando una mano para pararle—. Creo que si te acercas me voy a romper del todo y… necesito sacar todo esto de dentro.

Le vio ponerse rígido y apretar los puños a los costados, pero respetó su decisión y no trató de aproximarse. Sus ojos brillaban tanto que parecían piedras preciosas.

¿Cómo podía tener esos ojos tan maravillosos?

—Estoy tan triste, Diego. Tan triste… Me duele saber que no soy suficiente para ti. Y no sé qué más puedo hacer… ¿Es por mi aspecto? ¿Mi ropa? ¿Mi forma de comportarme? ¿Soy demasiado joven para ti? ¿Muy inexperto? —Lanzó las preguntas una tras otra sin buscar una verdadera respuesta mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, algo inútil ya que otras nuevas seguían brotando de sus ojos sin pausa—. Sé que no soy el tipo de hombre que te gusta. Llevo años viendo a tus novios. Todos tan maduros, tan elegantes, tan inteligentes y yo… —Otro sollozo sacudió su cuerpo—. Yo no soy… nada de eso. ¡Mírame! —gritó y se señaló a sí mismo con desdén—. No soy nada de eso… Si tú me lo pides, yo podría cambiar, no sé… Quizá si cambio, tú podrías…

Se interrumpió al darse cuenta de lo patética que sonaba su súplica. Estaba siendo ridículo. Se odió a sí mismo por haberse despojado de toda su dignidad, pero era la pura realidad. Si pudiera convencer a Diego de que le quisiera, haría cualquier cosa. Cualquier cosa…

Un relámpago de furia cruzó la mirada azul. Era obvio que Diego se moría por decir algo, pero también estaba claro que no lo haría hasta que Iván no terminase. Así era él, respetuoso hasta el final. Las ganas de acercarse, echarle los brazos al cuello y besarle hasta que sus labios se entumecieran le invadieron.

Por supuesto, no hizo nada de eso.

Intentó recuperar el aplomo para continuar hablando, respirando hondo, pero no le resultó fácil porque sentía su cuerpo hecho pedazos.

—Cuando me dijiste que querías que me acostara con otros, algo dentro de mí se murió. Aquí… —Se golpeó el pecho con fuerza al decir aquello—. Fue un golpe brutal que me devolvió a la realidad. A mi puta realidad. Me hizo darme cuenta de quién eras tú y quién era yo. Fui tan gilipollas al hacerme ilusiones con lo nuestro… Tenía que haber sabido que solo me veías como a… un hermano pequeño… Siempre tratándome como si fuese un niño y tomando decisiones por mí. Nunca he estado a tu altura. —Meneó la cabeza con energía—. Jamás. Siempre he sido el amigo de tu hermano pequeño. Un crío estúpido…

—Para mí nunca has sido un crío estúpido —protestó entre dientes.

Iván le lanzó una ojeada escéptica que se perdió en la humedad que empapaba sus pestañas. Hubo un enfrentamiento de voluntades que se alargó en el infinito, hasta que apartó la vista. Imposible sostenerle la mirada a Diego. Le dolía demasiado.

—Jamás te he visto como un crío estúpido —repitió.

Iván negó con la cabeza, ofuscado, y se dio la vuelta. Clavó los ojos en la pantalla del televisor y esa imagen le trajo a la memoria la tarde en la que ambos vieron *Priscilla* mientras comían palomitas.

Otro momento mágico.

Había tantos…

—¿Por qué narices te portaste así de bien conmigo? —inquirió con un hilo de voz—. ¿Por qué me hiciste sentir el ser más especial sobre la tierra? Nos reímos juntos y bromeamos. Y bailaste para mí… ¡Me llamaste *Mein Schatz*! —farfulló—. Y luego me llevaste a Valencia y te vi con ese bebé y me enamoré todavía más de ti, de tu ternura y de tu calidez. Por un instante fueron mías… *Mías*… —sollozó sin mesura—. Te amo tanto que me duele estar en la misma habitación que tú y no poder estar pegado a ti, respirándote, abrazándote y besándote. ¿Por qué no has podido quererme como yo te quiero a ti? Yo solo quería que me dijeras que me amabas… —De nuevo un fuerte llanto se tragó sus palabras y las convirtió en balbuceos—. Yo quería que fuera mi nombre el que completase tu tatuaje…

Eso era todo.

Ya lo había dicho.

Con el pecho encogido por la pena, se llevó las manos a la cara y se la cubrió. Lloró en ellas, sintiendo los estremecimientos de su cuerpo.

Cada centímetro de su piel dolía.

Se sentía miserable.

Apenas unos instantes después, notó que unos brazos le rodeaban. El contacto le hizo gemir y se apartó abruptamente. No estaba preparado para ese abrazo.

No lo estaba.

A través de la capa de humedad que cubría sus ojos pudo ver la expresión triste e inquieta en el rostro del hombre que amaba. Se erguía frente a él lleno de serenidad y calma, fuerte como una roca a la que aferrarse en los momentos de debilidad.

Inquebrantable e inalcanzable.

—Creo que es mi turno, ¿no? —dijo con suma suavidad—. ¿Puedo hablar ya?

De pronto, se sintió aterrado. ¿Y si Diego le decía que le quería, pero no del mismo modo? ¿Y si le decía que también era muy importante para él, pero de una forma distinta?

No quería oírlo.

Lo último que necesitaba era la lástima de Diego. Su compasión y su cariño fraternal.

Dio unos pasos hacia atrás al tiempo que se enjugaba las lágrimas con las manos.

—Eh… Tengo que ir… al baño… —musitó.

La desilusión nubló las facciones de Diego, pero no dijo nada. Se limitó a hacerse a un lado para dejarle pasar.

Y él abandonó el salón a toda velocidad como si le persiguieran las llamas del infierno. Sin mirar atrás.

Diego

Hacía al menos diez minutos que Iván se había ido y él todavía estaba en shock. El corazón le

latía con fuerza. *Bum bum bum*, repiqueteaba a tal volumen que tenía la sensación de que cualquiera que se acercase podría escucharlo. Dentro de su cabeza revoloteaban desordenadas y potentes las palabras que le había lanzado Iván.

¡Llevo siete putos años enamorado de ti, Diego!

Siete años.

Aquella inesperada confesión le dejó mudo.

—Siete años… —murmuró, todavía estupefacto.

Se acercó al balcón y abrió la puerta. La temperatura era muy agradable gracias a la suave brisa que rebajaba el calor proveniente del asfalto y del cemento de los edificios. Se acodó en la barandilla con pesadez y dejó vagar la vista sin posarla en ningún sitio en particular.

Iván le quería.

Siempre has sido tú. Solo tú.

Aquellas palabras le habían conmovido tanto que estuvo a punto de abalanzarse sobre él y estrujarle entre sus brazos. No sabía cómo había sido capaz de controlarse.

Esta noche ni siquiera he podido empalmarme. ¡Era imposible! Solo te tenía a ti en mi cabeza, todo el rato.

Cerró los ojos y un fogonazo de insana satisfacción le recorrió la columna vertebral. No debería alegrarse de algo así, pero el ego le pudo. Recordó su desproporcionada reacción al verle en el Franny con el maldito italiano y las ganas que tuvo de partirle la cara al tipo y de llevarse a Iván lejos de allí.

Mío, había dicho.

Mío.

Se mordió los labios, avergonzado.

Jamás había sido tan visceral.

Aunque también era cierto que nunca antes había estado enamorado.

El fin de semana que estuvimos juntos fue el mejor de mi vida. Creí que también me habías empezado a querer… Fuiste tan impresionante. Tan maravilloso… Me hiciste tocar el cielo. Pensé que había algo muy especial entre nosotros…

Y lo había. Sin duda, lo había. Iván se equivocaba al pensar que Diego había empezado a interesarse por él ese fin de semana que compartieron. Ya le quería desde hacía tiempo, y no como a un hermano. Qué equivocado estaba.

Se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Le ardían por lágrimas no derramadas. Iván no era el único que podía perder los papeles, aparentemente. Él también estaba emocionado. ¿Cómo no estarlo cuando la persona a la que quería le confesaba sus sentimientos?

Tenía la sensación de estar flotando.

También se sentía culpable, lo admitía. Era en gran parte responsable de haberle originado ese sufrimiento a Iván por no haber sido del todo claro con él. Fue un cretino al no confesarle sus sentimientos con anterioridad. Había dejado que se martirizase y se angustiara sin motivo. Y él mismo se había hecho cientos de preguntas absurdas, cuando todo podía haber sido de otra manera si hubiese hablado. Habían perdido un tiempo precioso con malentendidos y suposiciones. Su silencio los había perjudicado a ambos.

Era absurdo que pudiera pensar que no le gustaba tal y como era. ¿Cómo podía creer eso? ¡Pero si era perfecto! No quería que cambiase. Jamás.

Se prometió a sí mismo que en cuanto Iván regresara le diría todo, absolutamente todo. Se arrodillaría a sus pies si era necesario y le pediría perdón mil veces por haber sido tan tonto y no haber sabido interpretar lo que había entre ellos.

Decidido, se dio la vuelta y regresó al salón. Su corazón seguía revolucionado. Su mirada se dirigió hacia el pasillo. Iván estaba tardando mucho, ¿no?

No había querido molestarle hasta el momento porque supuso que necesitaba estar a solas después de lo sucedido, pero había pasado ya más de un cuarto de hora.

Hizo a un lado sus reservas y se acercó a la puerta.

—¿Iván?

No hubo respuesta.

Dio unos pasos hacia el baño y tocó la hoja de madera con los nudillos.

—¿Iván?

Nada. Solo el silencio.

Con la frente arrugada, agarró el picaporte y abrió.

Pese a que la luz estaba encendida, el baño estaba vacío.

Iván no estaba allí.

Se giró con una sensación premonitoria en el estómago. La puerta que daba a la escalera estaba entreabierta.

Iván se había ido.

Gruñendo por la frustración, cogió las llaves del piso y lo abandonó a toda velocidad. Bajó los escalones soltando maldiciones ahogadas y salió a la calle mientras se sacaba el móvil del bolsillo y marcaba su número.

Apagado.

—Mierda, mierda, mierda… —masculló.

Dos chicas que pasaban por la acera se le quedaron mirando con extrañeza. Las ignoró.

Recorrió la calle con la vista, pero no había ni rastro de él por ningún sitio.

¿Y ahora qué?

Echó a andar sin rumbo fijo. Una vena había comenzado a latirle en la sien anunciándole que un dolor de cabeza se acercaba.

¿Dónde podía ir a buscarle? ¿Se habría ido a su casa?

—No, Iván. ¿Por qué has huido? Tengo tanto que decirte…

Sus pies le condujeron hacia la playa. Había mucha gente en el paseo marítimo, pero apenas se fijó en ello. Tenía demasiadas cosas en la mente para ser consciente de su entorno.

Su móvil empezó a sonar y en su prisa por contestar casi se le cayó al suelo.

Era Lukas.

Su hermano solo podía estar llamando a esas horas por un motivo.

—Dime —preguntó con ansiedad—. ¿Estás con Iván?

—No, pero acabo de hablar con él.

—¿Y? ¿Dónde está? ¿Está bien?

—Sí, está bien.

El aire que había mantenido preso en los pulmones salió como un gemido ahogado de su boca y el alivio ralentizó los latidos de su corazón.

Iván estaba bien.

—Ha cogido su coche y se ha ido a dar una vuelta para despejarse, así que no le busques —continuó su hermano. Su tono era calmado, muy poco propio de él.

Diego se detuvo justo al borde del arenal, vacilante.

—¿Has… hablado con él de lo que… ha pasado? —inquirió finalmente.

—Sí.

Después de ese monosílabo no hubo más que silencio.

—¿Y?

—Me ha contado lo que te ha dicho y que se había largado. Le he dicho que no tenía que haberse ido así —respondió Lukas con un suspiro—. Que tenía que haberte dejado hablar a ti también. Mira, Diego, todo lo que te ha dicho es verdad. Para él eres el único desde hace mucho tiempo.

—Para mí también es el único, Lukas —repuso con aspereza—. Pero se ha marchado antes de que pudiera decírselo.

—Es que está tan hecho polvo… Me flipa que se comporte así. Nunca le había visto tan afectado.

—Es culpa mía —admitió mientras se llevaba la mano a la cabeza y se alborotaba el pelo con nerviosismo—. No he estado a la altura. Se supone que soy intuitivo y observador, pues en este caso me he comportado como un tonto. Estaba ciego y equivocado. La he cagado.

—Bueno, tampoco te mortifiques. En realidad, tengo un mensaje para ti.

—¿De Iván?

—No, de mi tía abuela Josefina —dijo con sarcasmo, pero luego añadió con más seriedad —: No me ha pedido específicamente que te lo dijera —aclaró—, pero creo que iba con esa intención.

—¿Qué? —exclamó con impaciencia.

—Ha dicho que espera encontrarse contigo mañana en el concierto. Vas a ir, ¿no?

—Sí, claro.

Faltaban veinte horas para el concierto.

¡Veinte horas!

—Te tengo que dejar. Eva ha venido a buscarme. Estamos en el Richard, pero yo he salido a llamarte.

Los ojos de Diego se dirigieron hacia la izquierda. Su hermano estaba solo a unos doscientos metros de donde él se encontraba, pero resultaba imposible localizarle con todo el gentío que llenaba el paseo.

—Eh… vale. Mañana nos vemos, entonces.

—Hemos quedado en la puerta a las nueve y media.

—Yo llegaré más tarde.

Tenía una cita con su amigo Juanma para hablar de un proyecto que querían hacer juntos. Su amigo acababa de comprar un negocio de ocio infantil y quería que Diego le hiciera unos diseños para decorar las paredes.

—Vale —repuso Lukas—. Nos pondremos cerca de la zona VIP. ¿Sabes dónde?

—Sí.

Después de eso hubo una rápida despedida y la conversación se cortó.

Diego se guardó el móvil en el bolsillo y se dejó caer en uno de los bancos de piedra que bordeaban el paseo. La potente luz de las farolas iluminaba el arenal hasta la misma orilla de la playa, de modo que el vaivén de las suaves olas y su espuma blanquecina eran claramente apreciables incluso en la oscuridad.

Tenía que levantarse muy temprano para ir al Hospital de la Fe al día siguiente a cumplir con su tarea de voluntario, pero no tenía ganas de irse a casa a descansar. Estaba seguro de que no podría pegar ojo. No después de lo que había pasado.

Se abstrajo contemplando el mar mientras notaba la brisa que despeinaba sus cabellos y acariciaba su rostro.

Yo quería que fuera mi nombre el que completase tu tatuaje…

—¡Dios!

Hasta él llegó amortiguada desde un lugar indefinido la canción de Coldplay *The hardest part* y aquello le resultó de lo más irónico. Se le formó un nudo en el pecho y tuvo que taparse la cara con las manos para ahogar un gemido.

Iván…

Capítulo 30

Iván

El amanecer le encontró en Javea, en la Cala del Portitxol, también conocida como la Cala de la Barraca. Las antiguas casas de pescadores encaladas en blanco con puertas azules eran las que le daban ese nombre, aunque su uso ya no era el de antaño. Ahora eran más un atractivo turístico. La gente se desplazaba en masa hasta allí, sobre todo en verano, para hacerse fotos que luego subían a Instagram. Eso había provocado que la calita se fuera masificando.

Iván había llegado temprano, tanto que todavía era de noche cuando aparcó. La playa de cantos rodados estaba desierta. Se sentó cerca de la orilla y aguardó a que los primeros rayos de sol aparecieran por encima de la línea del horizonte.

No había vuelto a llorar desde hacía horas, pero seguía notando los ojos hinchados por efecto del llanto, ese llanto tan vergonzoso y humillante que no supo controlar.

No paraba de rondarle por la cabeza la canción de The Cure, *Boys don't cry* y se sentía como un tonto. Siempre pensó que era mucho más frío y controlado.

Aparentemente no.

Había estado conduciendo durante horas por la costa, intentando aclarar sus pensamientos después de su estallido en casa de Diego. Sabía que se había comportado como un cobarde, mejor dicho, como un niñato. Al menos, se había liberado de la carga que llevaba dentro desde hacía tiempo, pero para su huida no había justificación posible. Su actitud le avergonzaba profundamente. Se había torturado toda la noche hasta que llegó a la conclusión de que tenía que enfrentarse a Diego y escucharle, aunque no le gustase lo que este pudiese decirle.

La luz anaranjada con tintes violetas comenzó a despuntar por detrás de la Isla del Portitxol, el pedrusco gigantesco con forma redondeada que emergía del mar a casi doscientos metros de la costa. Iván se puso de pie y clavó la mirada en aquella claridad mientras se metía las manos en los bolsillos y relajaba los músculos de la espalda. La belleza del paisaje era arrebatadora y le hubiera gustado compartir ese momento especial con Diego. Cerró los ojos mientras notaba cómo su corazón se encogía.

Quizá Lukas tenía razón.

Quizá Diego sí estaba enamorado de él.

Cuando habló con su amigo por teléfono, este le recriminó su actitud y le llamó idiota. Le aseguró que su hermano sentía lo mismo por él, algo que Iván no terminaba de creerse.

El graznido de las gaviotas sobre su cabeza le llevó a elevar los párpados. Tres de ellas se habían acercado hasta la orilla y posado cerca de donde rompían las olas. Se entretuvo un buen rato contemplándolas mientras uno de sus pies, enfundado en su vieja *Converse*, daba suaves patadas a las piedras.

Esa noche era el concierto de los CFB. Esa noche iba a ver a Diego de nuevo.

Y no pensaba volver a huir.

Mientras el sol teñía de amarillo y plata el sereno mar, deambuló por la calita, ensimismado, lanzando guijarros al agua e imaginando mil escenarios de cómo podía transcurrir su encuentro con Diego.

No había ni una sola nube en el cielo, presagio de lo caluroso que iba a ser el día y pronto, el amanecer fue un hecho y no solo un atisbo de luz. Solo unos minutos después, los

primeros visitantes comenzaron a llegar a la playa; era un grupo de cuatro chicos que cargaban kayaks naranjas y, detrás de ellos, una familia compuesta por un matrimonio y tres niños pequeños bajaba la cuesta con un parloteo entusiasmado.

Se sacó el móvil del bolsillo y lo encendió. Eran las ocho de la mañana. Unas cuantas notificaciones le avisaron de unas llamadas perdidas, dos de ellas eran de Diego. Suspiró y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de los vaqueros. Luego, echó a andar hacia el lugar donde había dejado su coche.

El día se presentaba muy largo ante él.

Pero se equivocaba.

Pese a que se imaginó que se moriría de impaciencia hasta que llegara la hora del concierto, no fue así. Un amigo suyo, César, le llamó para pedirle que le echara un vistazo a su coche, que hacía un ruido raro, y eso le mantuvo muy ocupado —tanto física como mentalmente — unas cuantas horas. Cuando se quiso dar cuenta, ya eran las ocho y media de la tarde. Había quedado con Lukas a las nueve y media en la puerta del Estadio Municipal, donde iba a tener lugar el evento, así que se dirigió a su apartamento con prisas para ducharse y arreglarse.

Rudi no estaba, algo que le agradó. Era demasiado hablador y curioso, y no le apetecía encontrarse con él.

Eligió unos vaqueros negros y una camiseta del mismo color. Luego se miró al espejo y examinó sus rudas facciones deteniéndose en sus ojos. Se pasó un dedo con cuidado por uno de sus párpados. Nunca se había considerado especialmente atractivo, pero la noche en la que Diego le pintó los ojos se vio a sí mismo de otra manera, mucho más guapo y atrayente.

Mike Allen, el cantante de los CFB solía maquillarse y pintarse las uñas. Seguro que no desentonaría si se presentaba en el concierto con los ojos pintados, ¿no?

Desechó la idea casi al instante. No estaba de humor.

Los nervios se le habían agarrado al estómago sabiendo que su encuentro con Diego estaba cada vez más cerca, y de camino hacia el estadio se comió la cabeza unas doscientas mil veces sin saber muy bien cómo debía de comportarse con el mayor de los Alba.

«Naturalidad», le repetía una voz interna.

¿Naturalidad?

Ya ni siquiera sabía qué era eso.

Había mucha gente concentrada frente a la entrada. Cientos de personas se agolpaban junto a la puerta en una especie de cola desordenada. Muchos chicos y chicas de edades indeterminadas y de diversos aspectos y, tal y como había sospechado, había algunos tíos que no habían escatimado en maquillaje.

Encontró a Lukas, Erika y Eva en la parte delantera de la fila. Debían de haber llegado hacía un buen rato.

—¡Eh! —le llamó Lukas haciendo gestos con los brazos—. Estamos aquí.

—Hola. ¿Y los demás? —preguntó con fingido desinterés.

—Jorge y Juls han ido a saludar a unos amigos. Diego vendrá más tarde —añadió con suspicacia.

Iván asintió silencioso y algo del peso que le lastraba el estómago desapareció.

El estadio pertenecía al complejo de la Ciudad Deportiva Guillermo Amor, que llevaba el nombre de uno de los deportistas más famosos nacidos en la localidad. Allí no solo se celebraban muchas actividades relacionadas con el deporte, también conciertos multitudinarios, como era el caso, y solía acoger todos los veranos el famoso *Low Festival* de música indie. El recinto tenía un aforo de nueve mil personas y era evidente que todas las entradas para ver a los CFB se

habían vendido. No parecía caber ni un alfiler.

Después de atravesar los torniquetes de seguridad y que unos tipos echasen un vistazo a la mochila que llevaba Erika y les pasaran un detector de metal por el cuerpo, accedieron a la explanada. No se molestaron en intentar llegar cerca del escenario. Era imposible. Se situaron junto a la zona VIP mientras surgían acordes de música electrónica de los altavoces. Las gigantescas pantallas que había tras el escenario pasaban anuncios de los espónsores del evento.

Juls y Jorge se unieron a ellos y, pronto, empezaron a hablar de todo y de nada. Lukas y Eva se fueron a comprar tickets para pillar algo de beber y Erika se colgó del brazo de Iván con toda la confianza del mundo.

—Diego y tú habéis discutido, ¿no?

Iván resopló con fastidio.

—Vaya con Lukas, no sabe guardar ni un puto secreto.

—¡Pero si ya lo sabes! *Bocachancla* es su segundo nombre. Si quieres que se entere Benidorm entero, cuéntaselo a Luke —bromeó—. No pienso que se lo haya contado a nadie y a mí tampoco —continuó con más seriedad—. Solo ha hecho un comentario que me ha dejado pensativa y he atado cabos. ¿Es grave la discusión? ¿Hay mal rollo entre vosotros? Pensaba que estabais bien. No sé. Parecíais ambos muy… entregados.

Iván se quedó mirando una de las pantallas que reproducía las imágenes de una conocida marca de cerveza. Si era sincero consigo mismo, no sabía ni cómo explicar lo que había sucedido entre ellos.

—Se arreglará todo —dijo con un optimismo que le sonó falso—. No te preocupes.

Erika le contempló con escepticismo, pero no insistió.

Jorge se acercó a ellos y empezó a hablarles de algo que su amigo Rafa le había contado sobre unos amigos en común. Juls también se situó a su lado y, durante un rato, la conversación versó sobre esos conocidos.

Eva no tardó en regresar con una ristra de tickets. Lukas iba tras ella con seis latas de cerveza en las manos.

—La próxima vez vais vosotros, capullos. Menuda cola —exclamó al llegar a su altura. Repartió las latas entre todos.

Apenas había dicho eso cuando el volumen de la música enmudeció y las pantallas se fundieron a negro. Los gritos y silbidos de los presentes en el recinto resonaron atronadores.

—¡Va a empezar! —gritó Erika.

En efecto, el concierto iba a comenzar.

Los pantallones se iluminaron en un vivo color rojo parpadeante y el logotipo de la banda se mostró en ellos. Solo unos segundos después, una figura fornida con el largo pelo rojo suelto sobre los hombros apareció corriendo en el escenario. Era Rob, el batería del grupo. Tomó asiento frente a la batería e hizo una filigrana en el aire con las baquetas y comenzó a aporrear los toms, la caja y los platillos con presteza.

Era el solo de batería con el que comenzaba una de sus antiguas canciones, una de las más conocidas.

Joe, el guitarrista, alto y delgado con el pelo recogido en una coleta se unió a él poco después. Y Vince, el menudo bajista, también los acompañó.

Los asistentes empezaron a silbar de nuevo llenos de agitación y fervor.

La voz de Mike Allen emergió de los altavoces y su impresionante figura se mostró ante el público poco después. Como casi siempre lucía el largo pelo rubio suelto. Unos vaqueros azules muy bajos en la cadera eran la única prenda de ropa que llevaba. Su blanco y lampiño

pecho estaba desnudo. Tenía un aspecto andrógino de lo más exótico.

Comenzó a cantar estrofa tras estrofa de la canción y la exaltación del público llegó al punto del paroxismo más absoluto.

Iván miró a su alrededor, buscando a la única persona que faltaba.

Ni rastro.

Aunque había tanta gente que era difícil poder atisbar casi nada entre los cuerpos que se pegaban los unos contra los otros. Y la oscuridad tampoco ayudaba demasiado.

¿Y si Diego llegaba y no los encontraba?

Absurdo.

Se habían colocado en la zona más despejada del estadio, cerca de los palcos VIP. Era imposible no verlos, ¿no?

Trató de concentrarse en el cantante y en los músicos y lo logró durante una canción y media, pero sus ojos seguían recorriendo el entorno y buscaban ansiosos, creyendo verle en cada tipo alto y fuerte con el pelo castaño claro.

Inesperadamente, unos fuertes brazos le rodearon el talle. Bajó la vista y vio que el recién llegado llevaba atada en la muñeca izquierda una bandana oscura.

Su bandana.

Esa que le robó la noche de los fuegos artificiales.

Se le encogió el pecho al notar su cuerpo duro pegado contra su espalda.

—No te des la vuelta ni digas nada —dijo su voz junto a su oído—. Ahora me vas a escuchar tú a mí.

El corazón se le desbocó y sintió una sacudida en el abdomen.

Diego

Le observaba desde el comienzo del concierto, a una distancia prudencial. Pensaba que sabía exactamente lo que iba a decirle, pero cuando le vio allí, vestido de negro, moviéndose al ritmo de la música con esa gracia innata que poseía sin ser consciente de ello, se quedó quieto y las palabras se desdibujaron en su mente. Solo podía pensar en una cosa.

Abrazarle y decirle lo mucho que le quería.

Nada más.

Se explayó estudiándole con anhelo, consciente de que el joven estaba nervioso y no paraba de mirar a un lado y al otro.

Le buscaba a él. Era obvio.

No quiso prorrogar más la angustia de ambos y se acercó deprisa cuando la banda comenzaba su tercera canción.

Le temblaban las manos cuando le abrazó por detrás.

—No te des la vuelta ni digas nada. Ahora me vas a escuchar tú a mí.

Iván se quedó muy quieto, aunque era evidente que se le había acelerado la respiración. Diego pudo percibir un rastro del aroma a champú que impregnaba su cabello y también el perfume que emanaba de su piel. Adoraba ese olor y las ganas de hundir la nariz en su cuello le invadieron, pero su autocontrol fue más fuerte y se reprimió.

—Nunca nadie me había dicho cosas tan bonitas como las que me dijiste ayer. Y si alguien me las ha dicho con anterioridad no me han importado gran cosa y las he olvidado. Todo lo que me dijiste tú lo voy a atesorar por siempre. Amé cada palabra que salió de tu boca cuando me hablaste de lo que sentías por mí.

El cuerpo que tenía entre sus brazos se agitó, pero no trató de liberarse.

—Te conozco desde siempre, Iván. Te he visto crecer junto a Lukas y venir a casa constantemente. Apenas puedo imaginarme a mi familia sin ti. Has estado ahí en todos los momentos importantes. Y sí, para mí eras como un hermano pequeño…

Iván se puso rígido y los músculos de su cuello se tensaron.

—Déjame terminar —le pidió, sujetándole con fuerza—. He dicho *eras*. Antes. Antes del verano pasado. Pero desde entonces, no te he podido quitar la vista de encima. No sé qué fue lo que pasó, si maduraste tú o cambió algo dentro de mí… —suspiró—. Pero estoy loco por ti desde hace un año. He tenido que ver cómo te enrollabas con todas esas tías y me he guardado mi frustración porque sabía que nunca iba a poder estar contigo. Eras inalcanzable para mí. ¡Eras hetero! —Una suave risa emergió de su boca—. No tienes ni idea de lo difícil que era para mí controlarme cuando lo único que quería hacer era besarte cada vez que te veía. Te convertiste en mi obsesión. Recuerdo ese día que fui a buscarte después del concierto de Aerosmith y te encontré durmiendo en tu coche, tan desvalido y vulnerable y al mismo tiempo pretendiendo ser fuerte. Solo quería estar ahí para ti y abrazarte hasta que olvidaras todas tus preocupaciones, pero no podía hacerlo. No podía porque no sabía si tú aceptarías que te consolara. Me sentí tan impotente… —gimió—. Y, de pronto, me entero de que eres gay. ¡Dios! No te puedes ni imaginar las ilusiones que me hice. Pero ya sabes cómo soy y que me pienso las cosas mil veces y medito todo antes de dar un solo paso… y pensé que quizá te gustaría alguien más joven, más de tu estilo y no alguien tan… sereno y aburrido como yo.

—Diego… —protestó.

—Ni una palabra. Llámame cruel si quieres, pero voy a decir todo lo que llevo dentro antes de que tú puedas abrir la boca. Es lo justo, ¿no crees?

El cuerpo de Iván se tornó laxo y no trató de intervenir.

La música era estridente, pero ellos dos se hallaban en una especie de universo paralelo, como protegidos por un caparazón de intimidad. Muy cerca, sus hermanos los espiaban con mal disimulado interés, pero Diego solo tenía ojos para el joven que tenía delante de él. El calor de su cuerpo era intoxicante.

—Y entonces llegó esa noche del Refuge en la que todo cambió —confesó, pegando la boca a la oreja de Iván—. Te vi bailar de ese modo tan espectacular, tan sensual y atrayente… y el último resquicio de reticencia que quedaba dentro de mí desapareció. Y supe que tenía que besarte. Jamás voy a olvidar ese beso porque fue mágico, Iván. —Hizo una pequeña pausa y cerró los ojos, rememorándolo—. Seguro que no me crees, pero fue perfecto. El mejor de mi vida. Creo que los mejores besos son los que se le dan a la persona correcta. Y ese eres tú.

No pudo reprimirse más y bajó los labios hasta su cuello, depositando un beso sobre su piel, que estaba húmeda y salada por el sudor. Sintió cómo el joven se estremecía. Él mismo se notaba trémulo y solo tenía ganas de besarle más, pero todavía había muchas cosas que quería decirle.

—Todo es diferente contigo, Iván, más intenso, más brillante, más bello… Esos días que pasaste en mi casa me mostraron algo que ya intuía, que éramos compatibles en todos los aspectos. Contigo me puedo reír, puedo hablar de cualquier cosa, puedo disfrutar del silencio… ¡Si hasta puedo bailar! —se rio con suavidad—. Y en la cama… fue maravilloso. No cambiaría el momento en que hicimos el amor por ningún otro. Fue especial. Y sí, te llamé *Mein Schatz* porque lo eres para mí. Sé que en español suena cursi, pero es lo que siento. Eres mi tesoro. Ya ves… —Carraspeó para deshacer un pequeño nudo que se le había formado en la garganta—. Y te llevé a Valencia porque confiaba en ti, porque quería que fueras parte de mi vida, que supieses todo de mí, de cómo soy en privado, de lo que me gusta… —Volvió a suspirar quedamente

mientras agitaba la cabeza—. No eres consciente de lo mucho que significas para mí. Eso me quedó claro ayer. ¿Cómo pudiste llegar a pensar que no eras suficiente? ¿O que tenías que cambiar para llegar a gustarme? —Un ligero enfado se traslució en su tono—. Eso es una gilipollez. Eres tan hermoso que no me canso de mirarte… —gimió—. Y no solo me gusta tu físico, Iván. Eso es relativo. Me tiene atrapado tu carácter alegre y al mismo tiempo reservado. Esa forma de ser dura y atrevida en el exterior que solo disfraza tu sensibilidad tan especial. Te quiero tal y como eres.

Guardó silencio unos segundos porque notó que la voz se le rompía. Los ojos le ardían sin piedad y pestañeó para aliviar el picor. Estaba muy emocionado, pero tenía que seguir aguantando el tipo hasta el final.

—Lamento tanto haber sido tan imbécil y condescendiente contigo. Tenías razón cuando dijiste que era demasiado paternalista. No sé en qué estaba pensando cuando te ofrecí libertad y te dije que no te quería cortar las alas y todas esas chorradas —dijo con desdén—. Fui un necio. No consideré tu opinión. Tenía que haberte preguntado qué era lo que deseabas tú, en lugar de dar por hecho que lo sabía. Y te mentí. Te mentí cuando te dije que quería que experimentaras por tu cuenta. No lo quería. Y he odiado cada momento en que te he imaginado con otro. Con todo mi ser. De hecho, fui a buscarte una tarde al trabajo y te vi con Rubén y los celos me mataron. ¿Yo, celoso? Jamás lo he sido. Pero te vi marcharte con él y el suelo de debajo de mis pies desapareció. ¡Cómo me dolió!

—¿Conoces… a Rubén?

—Es el hermano pequeño de un compañero de universidad —aclaró—. Pero eso no fue nada comparado a lo que sentí ayer por la noche en el Franny. —Se detuvo y cogió aire para continuar con el ceño fruncido—. Cuando me llamó Emilio para decirme que estabas con el italiano casi me da algo. Es un capullo integral. Sí, ya me ha quedado claro que tú no hubieras caído en sus redes tan fácilmente —se apresuró a añadir—, pero fue descorazonador verte con él… Me invadió la cólera. Verle de rodillas chupándotela… Insoportable. No… quiero que nadie que no sea yo te toque… —masculló entre dientes—. Llámame posesivo, pero es así. Nada de relaciones abiertas. Te quiero solo para mí.

Después de eso no dijo nada. Se limitó a permanecer en silencio mientras sus manos recorrían los brazos de Iván, desde las muñecas hasta los hombros, deteniéndose en cada recoveco y protuberancia. Adoraba sus brazos delgados y musculosos y cómo le hacían sentir cuando le abrazaban. Eran uno de sus lugares favoritos en el mundo. Un lugar donde quedarse para siempre.

El grupo estaba tocando ahora una de las canciones más famosas de su repertorio, *My shining Star*. La letra era muy romántica y un poco triste, un canto a un amor perdido. Y Diego cerró los ojos. Gracias al cielo, y pese a que habían estado a punto de perderse por un malentendido, Iván y él no iban a terminar como los protagonistas de esa canción.

—Me dijiste que nunca te había dicho que te quería, pero sí lo hice —continuó—. Lo hice el día de los fuegos de Altea, en la traca final. Cuando sabía que no podías oírme. Como un puñetero cobarde te lo susurré al oído.

Iván volvió a estremecerse. Sus hombros habían comenzado a temblar incontrolablemente, como si estuviera llorando. Y Diego no lo pudo soportar más. Le giró entre sus brazos.

Su rostro estaba anegado en lágrimas.

—Te voy a preguntar algo.

—Sí.

—Todavía no he hecho la pregunta.

—Da igual. Es un sí. Siempre es un sí.

Sonrió.

—¿Lo intentamos, Iván? —le dijo en voz muy baja—. ¿Lo hacemos?

Iván asintió con vehemencia.

—Te quiero —le susurró emocionado. Luego le pasó los pulgares por las mejillas y trató de recoger toda la humedad con la punta de sus dedos. Terminó por acariciarle los labios y se recreó en su tersura.

—Yo también te quiero —le respondió Iván. Sus ojos brillaban muchísimo y no era solo debido a las lágrimas.

Fue inevitable que sus bocas se encontraran.

Se fundieron el uno en el otro.

Iván y Diego.

Diego e Iván.

En realidad, solo eran uno.

Diego alzó la cabeza y le contempló con adoración. Iván sonreía.

—Lo que más amo en este mundo es tu sonrisa, y todavía más, sabiendo que yo soy el responsable de ella. ¿Te ha quedado claro todo lo que te he dicho o te lo repito? —le preguntó mientras pegaba la nariz a la suya.

—Me ha quedado claro —repuso.

—Entonces ya no llores más.

—Tú también estás llorando.

—¿En serio? —Se llevó la mano a la cara y se dio cuenta de que la tenía mojada—. Vale, soy un blando —dijo sonriente. Sentía el corazón palpitando con mucha fuerza.

Iván se rio y le echó los brazos al cuello.

Sus bocas volvieron a encontrarse, pero fueron incapaces de besarse porque ambos reían.

—Llevas mi bandana. —Señaló su muñeca.

Diego alzó el brazo en el aire y, acto seguido se lo llevó a la nariz y aspiró.

—Me siento más cerca de ti cuando la llevo. Huele a ti.

Los ojos de Iván chispearon de contento.

—Me parece mentira que tú y yo estemos juntos —masculló Diego.

—Yo sí que no puedo creerlo. He pasado mucho tiempo deseando esto —suspiró.

—Siete años, Iván —murmuró con asombro—. Siete años… Ojalá me hubiese dado cuenta antes.

—No —rechazó, negando con la cabeza—. Este es el momento perfecto. Antes no hubiera sido así.

Volvieron a besarse. Un beso suave, de ojos abiertos para no perderse de vista ni un segundo.

Pese a estar rodeados por cientos de personas, ellos se hallaban inmersos en su propia y particular burbuja. Nada más importaba.

—Cuando acabe el concierto, ¿quieres venir a casa? —le preguntó Diego contra su boca.

—Sí.

—Perfecto, no puedo esperar.

Se volvieron hacia el escenario cuando el cantante de los CFB empezó a hablar en un español casi perfecto, informando a todos los allí presentes que la siguiente canción pertenecía a su nuevo álbum y que iban a cantarla por primera vez en un concierto. Se llamaba *Family*.

El público gritó entusiasmado.

Diego abrazó a Iván y ambos clavaron la mirada en los pantallones. Estos se iluminaron y mostraron fotos de los integrantes del grupo con sus familias en diferentes lugares, mientras Mike Allen iba cantando la emotiva letra. Se pudo ver a Rob con su mujer y sus dos hijas, a Joe con una pareja de avanzada edad que debían de ser sus padres, a Vince con su novia y a Mike con su marido, Simón, que sujetaba un bebé en brazos, el niño que habían adoptado hacía poco.

Diego sintió un ligero pinchazo en el pecho. Giró la cara y besó a Iván en la sien, completamente desbordado por los sentimientos.

—Tú eres mi familia —le susurró al oído muy bajito.

Iván le miró con la sonrisa más deslumbrante del mundo.

—Y tú la mía.

Capítulo 31

Iván

Seguía flotando. Estaba en una nube. No podía dejar de mirar a Diego mientras caminaban hacia su piso. Iban de la mano.

Un burbujeo que comenzó en su pecho y le estalló en los labios en forma de risa rompió el silencio que reinaba entre ambos. Era un silencio cómodo, cómplice, natural.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Diego con tono curioso.

—No me río. Es la felicidad que se me escapa…

—Qué romántico eres —le dijo con una suave carcajada.

—Solo contigo —admitió con un encogimiento de hombros.

Y así era; descubría que no le costaba nada expresar sus sentimientos con él. No después de todo lo que le había dicho en el concierto. Se sentía seguro y querido.

—Que sepas que lo adoro —confesó Diego. Y se detuvo en medio de la acera sin importarle si interrumpían el paso de otras personas.

Se besaron contra la pared de un edificio. Apasionadamente.

—¡Buscaos un hotel! —gritó alguien cerca de ellos.

Iván giró la cabeza y vio a Jorge y a Juls que se alejaban riéndose.

—Tienen razón —repuso Diego—, pero no necesitamos un hotel teniendo mi piso. ¿Corremos?

Asintió lleno de euforia.

De la mano, echaron a correr calle abajo, esquivando gente. Sus risas jadeantes resonaban con fuerza mientras atravesaban una avenida sin detenerse en el semáforo. Al menos no había tráfico. Era una completa locura, pensó Iván. Pero era maravilloso estar loco con Diego.

Apenas podía creerse que aquello estuviera sucediendo.

Durante las últimas horas había imaginado cientos de finales para ellos, pero ninguno acababa así: con Diego y él camino de su apartamento, corriendo por la calle a toda prisa, con los dedos entrelazados.

Un sueño.

Llegaron al edificio en solo unos minutos y a Diego se le cayó la llave del portal al suelo cuando intentó meterla en la cerradura.

—Te juro que nunca había estado tan emocionado —dijo mientras le lanzaba una mirada soslayada que acompañó con una sonrisa.

Iván le devolvió el gesto. Él estaba igual de nervioso.

Subieron las escaleras sin soltarse, cosa difícil porque eran estrechas, pero ambos parecían reacios a romper el contacto. Una vez dentro del piso se quedaron quietos junto a la puerta, mirándose fijamente.

—¿Te puedes creer que no sé lo que hacer? —le dijo Diego.

—¿En serio? Creía que el experto eras tú —intentó bromear.

Los orbes azul océano que tanto amaba le estudiaron con calidez.

—Contigo me parece que todo es nuevo. Es como si fuera la primera vez.

Se sonrojó al escucharle. Esas palabras le traspasaron la piel y le llegaron muy adentro.

—¿Y si te beso? —inquirió el mayor de los Alba alargando las manos y posándolas sobre

su cara. Sus pulgares le acariciaron los pómulos—. Eso es fácil, ¿no? Ya lo hemos hecho muchas veces.

—Me parece bien. No voy a poner pegas.

Como si una fuerza magnética los atrajera, un segundo antes estaban separados, y al siguiente, sus bocas se estaban devorando. Sus dientes chocaron, sus lenguas se enredaron y las manos de Diego se hundieron dentro de sus pantalones, acariciando la parte alta de su trasero.

—Esto es más que un beso —jadeó Iván.

—Para nada.

La pasión los envolvió y avanzaron hacia el dormitorio a trompicones mientras se detenían en cada hueco de pared que encontraban, buscando un punto de apoyo para seguir besándose.

Iván le quitó la camiseta a Diego y la arrojó al suelo. No tuvo tiempo de recrearse en sus morenos pectorales porque Diego hizo lo mismo con él. Sus pieles se encontraron.

—Adoro tocarte —musitó el mayor, hundiendo la cara en su cuello y frotando el torso contra el suyo.

—Y yo a ti.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también —jadeó.

Volvieron a besarse mientras accedían al interior del dormitorio. Trastabillaron hasta que cayeron sobre el colchón con pesadez y ambos rieron entre gemidos.

—Me gusta no tener que frenarme contigo —confesó Iván—. Con las chicas siempre tenía que ser muy cuidadoso.

—Bueno, creo que yo soy algo más fuerte que tú, así que no te cortes.

—¿Más fuerte? Para nada.

Nada más decir eso, se echó encima de él y trató de dominarle, pero no se lo puso fácil. Rodaron por la cama en una especie de ruda pelea en la que iban alternando algunos besos y otros roces bastante lujuriosos. Diego terminó a horcajadas sobre él y le sujetó las muñecas por encima de la cabeza.

—¿Quién es más fuerte ahora? —se burló.

Iván solo tuvo que alzar la cara para darle un lametón en el cuello. Esa acción tomó al otro por sorpresa que aflojó el agarre, dejándole libre. En unos segundos, era él quien estaba sobre Diego y le inmovilizaba las muñecas.

—¿Te rindes? —resopló.

Diego se rio.

—No. Y menos cuando tu trasero me está rozando así la polla, poniéndome a cien. No sabes lo que haces, Iván —le amenazó—. Tu culo es demasiado tentador. Ten mucho cuidado o te voy a demostrar lo buen activo que soy.

Iván le miró con fijeza. Sabía que, aunque Diego estuviera de broma, había algo de verdad en aquella aseveración. Era el momento más apropiado para decir lo que llevaba dentro y que había meditado con sumo cuidado. Se apartó y terminó por sentarse en el borde del colchón con la mirada extraviada, buscando las palabras.

—Iván, ¿pasa algo? —indagó Diego, acercándose a él y abrazándole por detrás. Sonaba preocupado—. Estaba de broma…

—Yo no —repuso con aspereza.

Sintió el aliento de Diego en su cuello. La respiración se le había acelerado.

—Iván…

—Te lo digo en serio. Sabes que soy nuevo en esto y que sería mi primera vez, pero quiero que sea contigo. —Hizo una pausa—. Y quiero… que sea hoy.

Ya estaba. Ya lo había dicho.

El silencio de Diego a su espalda fue prueba suficiente de que le había escuchado a la perfección. Sintió la tentación de girarse y mirarle a la cara, pero no hizo nada. Se quedó quieto, aguardando una reacción o una respuesta. Al cabo de unos segundos notó unos labios húmedos que recorrían su mandíbula y una mano le giró el rostro. Sus ojos oscuros se enfrentaron a los claros.

—De acuerdo. Lo haremos, pero a mi ritmo. Solo si sigues mis instrucciones.

Iván se revolvió molesto.

—Ya vas de profe…

—En este caso me da igual lo que pienses de mí —rechazó con severidad—. Sé lo que es y cómo se siente la primera vez. Y quiero que sea una experiencia increíble para ti. Mucho mejor que la mía.

Iván frunció el ceño, pero no protestó. Un nudo de proporciones gigantescas comenzaba a formarse en su estómago. Pese a que había sido idea suya y estaba plenamente convencido de lo que deseaba, no podía evitar que los nervios le estrujaran por dentro.

—Quiero que te guste y que nunca olvides este día. Que lo guardes entre tus mejores recuerdos —continuó Diego acariciándole los hombros—. Déjame que te diga que es muy importante para mí que hayas decidido que sea yo la persona con la que quieres… hacerlo.

—Es porque no hay nadie más en la habitación —bromeó para rebajar la tensión que se había creado en el ambiente.

Diego se rio. Luego tiró de su mano y ambos volvieron a caer sobre el colchón.

—Eres tan hermoso que me dejas sin aliento —le dijo.

Iván no supo qué decir. No era la primera vez que le llamaba hermoso y, poco a poco, comenzaba a creer que de verdad lo pensaba.

La sangre corrió rauda por sus venas cuando la boca de Diego se posó sobre su cuello y descendió por su torso hasta aterrizar sobre su ombligo. Sintió su vientre trepidar al notar los dedos que le desabrochaban los vaqueros ágilmente. Y se retorció de placer cuando su erección fue liberada de la tela que la aprisionaba.

—Es halagador para mí saber que te pongo tanto —masculló Diego posando un dedo sobre su endurecido miembro.

Iván no pudo responder a eso porque lo siguiente que sucedió le envió a un mundo paralelo de deseo y placer. Su boca ardiente le succionó con fuerza, abrasándole, y apenas fue consciente de que enterraba los dedos en la dorada cabellera y gemía con fiereza.

—Casi… se me olvida que eres… el campeón de las mamadas… —logró articular mientras todos los músculos de su cuerpo se tensaban.

—Soy el campeón de muchas cosas. Espera y lo verás —repuso en un murmullo.

Siguió con sus acometidas, lentas a veces, rápidas y furiosas en otras ocasiones. Los movimientos de su lengua eran una delicia, e Iván no podía hacer otra cosa más que morderse la parte interna de la mejilla para controlar las ganas de bombear las caderas con fuerza y correrse en su tentadora boca. Pero no quería eso. Quería alargar la situación hasta el infinito. Quería que su unión fuera eterna. Alzó la cabeza y contempló los ojos de Diego que le miraban con lujuria mientras le devoraba.

—¡Sí, sí! —exclamó, consumido por el deseo.

Como si supiera que no iba a aguantar mucho más, Diego se detuvo y se incorporó. Iván

protestó decepcionado, pero cuando comenzó a desvestirle con lascivia, guardó silencio. La quitó las zapatillas, los vaqueros y el bóxer y le estudió con sensualidad mientras se humedecía los labios.

—Me encanta lo que veo —dijo con voz ronca.

—Desnúdate tú también —le ordenó.

No tuvo que repetírselo dos veces. Segundos más tarde, Diego estaba tan desnudo como él.

A pesar de que no era la primera vez que se mostraban sin ropa el uno frente al otro, Iván tuvo la sensación de que en esa ocasión había algo diferente. A lo mejor la falta de dudas, la confianza y el saber que Diego estaba tan comprometido con esa relación como él mismo.

Diego se tumbó sobre él y su miembro duro como una roca se le clavó en el muslo. Iván sonrió para sus adentros y alargó la mano para acariciar el sedoso extremo con la punta de los dedos, provocándole un ahogado gemido.

—Quiero chupar…

—No quieres nada —le interrumpió—. Solo seguir mis instrucciones.

Arrugó la cara, pero no protestó. Sabía que Diego solo quería que la experiencia resultase placentera.

Los besos húmedos se sucedieron y también algunos mordiscos en lugares estratégicos que solo consiguieron exacerbar la ya enorme excitación que sentía. Y antes de que se diese cuenta, Diego había sacado preservativos y lubricante de un cajón y se embadurnaba los dedos generosamente.

El abdomen de Iván se contrajo.

No pensaba quejarse, pasara lo que pasara, así que apretó los dientes, cerró los ojos y aguardó con la respiración contenida.

—¡Dios mío! Parece que vas camino de la horca.

Elevó los párpados y contempló el rostro divertido de su compañero.

—¿Tienes miedo? —le preguntó.

—No exactamente. Respeto, si acaso…

—Eso está bien, que respetes a tus mayores —repuso con una risilla.

Iván arqueó una ceja. Sabía que solo intentaba que se relajara.

Imposible.

—Eh…, ¿vas a empezar ya?

Diego se limitó a bajar la cabeza y apoderarse de sus labios. Al mismo tiempo que lo hacía, una de sus manos desapareció ente sus piernas. Iván notó los dedos pegajosos justo frente a su entrada y trató de concentrarse solo en los besos para no tensarse.

—¿Te gustan mis besos? —susurró Diego contra su boca.

—Los adoro.

Sintió algo de presión cuando el primer dedo entró en él, pero no le pareció desagradable.

Los besos siguieron.

Y la presión se hizo más grande.

—Te quiero —le confesó Diego al oído—. Y no te imaginas lo mucho que significa para mí que tú sientas lo mismo.

Iván jadeó y buscó su mirada con insistencia. Necesitaba ver sus iris color de mar y hundirse en ellos. Solo unos instantes después su deseo se hizo realidad y fue como zambullirse en el mar en un día soleado. Diego le miraba con tanto afecto y pasión que el corazón se le contrajo por la emoción.

—Yo también te quiero —dijo entre dientes.

Estaba tan anestesiado por las emociones que casi no se dio cuenta de los dedos que se movían en su interior y le preparaban. Solo fue consciente de ello cuando Diego se apartó y el vacío le sobrevino de golpe.

—Eh…

Diego le acalló con un beso mientras se ponía un preservativo, algo que hizo con una pericia y una rapidez asombrosas. Después, se tumbó encima de él y se hizo sitio entre sus piernas. En ningún momento dejó de observarle. Mientras le acunaba la cara entre las manos, su erección se abrió paso dentro de él con suavidad. Un dolor agudo se mezcló con la presión, pero nada importaba mientras siguiese mirándole así.

—Relájate —le pidió.

Iván solo pudo sonreír trémulamente.

Una cascada de besos regó su mentón, sus mejillas, sus sienes e incluso sus párpados. Agradeció la distracción. La sensación era extraña. Sí, había dolor, pero no tanto como había imaginado. Un gemido amenazó con escaparse de su garganta, pero terminó muriendo en la boca de Diego, en un beso largo e intenso.

Sus besos eran pura magia.

—Ya estoy dentro —susurró el mayor poco después. Tenía las facciones contraídas y el sudor perlaba su frente como si le supusiera un esfuerzo enorme el simple hecho de hablar.

Iván se sorprendió. ¿En serio?

No pudo ni articular palabra porque Diego se apoderó de su endurecido miembro y lo acarició con languidez. Subió y bajó la mano por toda su extensión, una y otra vez.

—Oh, sí —masculló mientras hincaba los talones en el colchón.

—¿Cómo vas?

—Estoy en el cielo…

Y no mentía. Lo estaba.

Diego sonrió de un modo canallesco al tiempo que empezaba a mover las caderas lentamente, al mismo ritmo que movía la mano que sostenía su polla.

La mezcla de placer y dolor era intoxicante.

Indescriptible.

Se aferró a su cuello y hundió la cara en él mientras le rodeaba la cintura con las piernas facilitando así la penetración.

—Joder, Iván, me matas… Ten cuidado.

—No te mueras todavía… Y no te preocupes por mí. Estoy bien.

Las embestidas continuaron.

Placer. Dolor. Placer. Dolor.

Y mucho ardor en el vientre y en la parte baja de la espalda. Y el corazón bombeando sangre a toda velocidad.

Sus pupilas, dilatadas por la pasión, se anclaron en las de Diego y sintió ganas de llorar repentinamente.

¿En algún momento de su vida había llegado a creer que eso podía pasar? ¿Que Diego se iba a entregar a él en cuerpo y alma? ¿Que Diego le iba a querer de ese modo tan visceral?

Un orgasmo poderoso y arrebatador le alcanzó al mismo tiempo que un par de lágrimas brotaban de sus ojos. La ola de placer le sacudió con violencia y le llevó muy lejos de allí. Solo unos segundos después escuchó el gemido gutural que emitió Diego cuando llegó a su propio clímax.

Iván se aferró al cuerpo sudoroso que se retorcía encima de él. Estaba exhausto y conmocionado, pero también se sentía vulnerable y necesitaba un abrazo.

—*Mein Schatz…* —murmuró Diego en su oído. Y luego le rozó el lóbulo de la oreja con los labios con pereza.

Eso era igual de bueno que un abrazo, pensó. Y apretó los párpados con fuerza para evitar que nuevas lágrimas se desprendiesen de sus pestañas.

Tardaron un buen rato en recuperar el aliento.

Diego se retiró de él con cuidado. Se quitó el condón, lo anudó y lo arrojó al suelo sin preocuparse de donde caía. Después se tendió a su lado y le pasó una pierna por encima de los muslos. El silencio los envolvió mientras se fundían el uno en el otro.

—Sinceramente, no sé si he sido demasiado brusco —comenzó Diego en voz baja. Tenía la cabeza apoyada en su pecho—. Quería que fuera especial para ti, pero no he podido controlarme.

—Ha sido perfecto —musitó.

—¿En serio? —Había desconfianza en su tono.

—No estaría llorando si no fuese así —admitió con un suspiro.

Diego alzó la cara y le miró preocupado.

—¿Por qué lloras? Te ha dolido mucho, ¿verdad? —Le enjugó la humedad de las mejillas con la punta de los dedos.

—Ha dolido, pero no tanto como pensaba. Lloro porque estoy feliz. —Se giró para poder encararle de frente—. Porque nunca nadie me había hecho sentir como tú lo haces. Creo que me va a explotar el corazón.

Diego se quedó inmóvil y silencioso. Sus ojos también se humedecieron. Al cabo de un rato, se acercó más a él, hasta que sus frentes se encontraron. Y suspiró.

—Ayer por la noche me dijiste que deseabas que me tatuara tu nombre…

Iván se puso rojo al recordarlo. Sí, se lo había confesado. Se sintió infantil y avergonzado y se revolvió inquieto.

—Diego, eso fue una tontería…

—No lo fue. Para mí, no lo fue —exclamó. Hizo una pausa antes de continuar con emoción—. Es un sí. Solo tu nombre puede ocupar ese lugar.

Por un segundo, el mundo entero se detuvo para Iván. Todo a su alrededor desapareció y solo Diego y él existieron.

Se enamoró de nuevo.

Irremediablemente.

—¿Y pretendes que no llore cuando me dices esas cosas? —jadeó.

Diego se rio entre dientes.

—Eres un llorica, ¿lo sabes? —preguntó con sorna, separándose unos centímetros. Sus impresionantes ojos brillaban de un modo increíble.

Iván se vio reflejado en las oscuras pupilas y eso le gustó. Le gustó mucho. Era como estar dentro de Diego.

—Pero soy tu llorica —dijo.

—Es cierto.

Y se besaron otra vez.

Capítulo 32

Diego

Abrió los ojos y bostezó. Una sonrisa perezosa le curvó la boca al recordar los sucesos de la noche anterior. Rápidamente, extendió la mano, esperando encontrar un cuerpo caliente a su lado, pero el espacio estaba vacío, no obstante, la sábana se sentía tibia, señal de que no hacía mucho había estado ocupada. Se giró hacia la mesilla y miró la hora en su móvil.

Las seis y media de la mañana.

Era muy pronto.

Todavía faltaba una hora para que amaneciese.

En la penumbra que reinaba en el dormitorio pudo ver que las prendas que se habían quitado hacía unas horas seguían regando el suelo. Apartó la sábana que le cubría y abandonó la cama. A tientas encontró los calzoncillos y se los puso. Hizo un alto en el baño antes de dirigirse al salón.

Sus ojos no tardaron en encontrar a Iván. Había abierto la puerta del balcón y había salido al exterior. Tenía una taza en la mano de la que sorbía lentamente. Era evidente que estaba disfrutando de la fresca temperatura nocturna que pronto desaparecería barrida por los primeros rayos de sol, que ya comenzaban a clarear el firmamento. No se había percatado de su presencia y Diego se quedó en el umbral de la puerta y le observó a placer.

Llevaba sus calzoncillos, pero debía de haberse equivocado en la oscuridad porque en lugar de ponerse su camiseta se había puesto la que Diego llevó al concierto. Era gris, con la imagen de un pequeño bulldog francés en la espalda. Estaba descalzo y su pelo se arremolinaba en torno a su cabeza en todas las direcciones.

Estaba guapo y muy sexi.

Y todavía mucho más sexi porque lucía su ropa y estaba en su casa.

Las imágenes de hacía unas horas acudieron prestas a él y le provocaron un suspiro de gozo al tiempo que se le caldeaba el corazón. Iván había estado grandioso. Cada una de sus palabras, de sus gestos, de sus miradas y sus caricias le llevaron a sentir una plenitud que no había experimentado jamás.

Diego el indiferente había caído rendido a los pies de ese chico.

Estaba seguro de haber encontrado a *su* persona correcta. Podía notarlo en cómo su cuerpo vibraba cada vez que oía su voz o su risa.

—¿Te vas a acercar ya o te vas a quedar ahí?

La pregunta llegó con tonito sarcástico.

—¿Desde cuándo sabías que estaba aquí? —inquirió aproximándose.

—Casi desde el segundo uno.

—Y yo que intentaba ser silencioso.

—¿Usando la cadena del retrete?

Le abrazó por detrás y presionó su cuerpo contra el suyo, pero Iván se retorció entre sus brazos y se encaró con él.

—Ni se te ocurra acercarte a mi culo, Diego —le amenazó con un dedo en alto. Le chispeaban los ojos.

—¿Nunca jamás?

Iván fingió meditar. Finalmente, le lanzó una sonrisa traviesa.

—Yo no he dicho eso. Pero dame una semana… o dos —añadió componiendo un mohín cómico.

Diego se rio bajito.

—Entonces tampoco estuvo tan mal, ¿eh?

—Eres el campeón en todo, ¿vale? —repuso Iván con sarcasmo.

—Pero solo con el compañero adecuado —contratacó con un guiño—. Voy a ir a hacerme un café y ahora vuelvo.

—Ya está hecho. Solo tienes que servírtelo.

—¿Te he dicho ya que te adoro?

Le abrazó estrechándole por el talle e inclinó la cabeza para darle un beso. Sabía a Cola Cao. Muy dulce.

—Todavía no.

—Vaya, ¿y cómo soportas que sea tan poco romántico?

—Solo estoy contigo por tu cuerpo —respondió Iván posando la mano sobre su desnudo pectoral.

Diego no pudo reprimir un escalofrío al notar la cálida palma sobre su piel.

—Te creo. Tengo un cuerpo espectacular. Y, por cierto, esa camiseta te queda muy bien. Estás sexi.

—Toda la ropa me queda bien. Mi cuerpo es sin duda mejor que el tuyo —presumió con un ademán exagerado.

—No. Es porque estás más delgado. Yo la lleno más. Se ajusta mucho a mis músculos poderosos.

Iván le lanzó un suave puñetazo al estómago que él esquivó de un salto. Se fue a la cocina todavía riéndose. Le encantaba bromear así. No recordaba cuándo fue la última vez que se despertó de tan buen humor.

Bueno, sí.

La última vez que Iván durmió con él.

—¿Quieres una tostada? —le gritó desde el pasillo.

—Sí.

Se sirvió una taza de café y metió dos rebanadas de pan en la tostadora. Mientras esperaba, su mirada se posó sobre el reloj de pared. Eran las siete menos cuarto. Lástima que fuera lunes. Se habría quedado con Iván en la cama todo el día, pero sabía que este entraba a trabajar a las ocho y media. Al menos tenían algo más de una hora para estar juntos.

Puso aceite y sal en el pan, y dejó los platos en la mesa. Luego fue a buscarle.

—¿Quieres desayunar en la cocina o aquí en el salón?

—Vamos a la cocina —le contestó al tiempo que abandonaba el balcón.

Se dirigieron hacia allí y tomaron asiento.

—El concierto de anoche estuvo genial —comentó Iván tras unos instantes de silencio—. La nueva canción esa de *Family* me encantó.

—A mí también.

—Creo que nos largamos sin despedirnos de nadie.

—Bueno, no es como si no fuéramos a verlos de nuevo. En cuanto Lukas abra un ojo esta mañana vendrá a cotillear. Estoy seguro —se rio.

—Entonces me alegro de tener que irme a currar.

Diego se terminó su café y se levantó para servirse otro. Lo hizo y apoyó la cadera en la

encimera. Le dio un sorbo a su taza e inclinó la cabeza a un lado.

—¿Sabes lo que me gustaría de verdad?

—¿Qué?

—Amanecer contigo frente al mar. Irnos a algún sitio de costa…

Iván arqueó ambas cejas.

—Vivimos en Benidorm.

—Ya lo sé, pero no es lo mismo que despertarse y desayunar en la terraza mientras amanece sobre el mar.

—Bueno, siempre podemos ir a casa de tus padres. Las vistas desde allí no están nada mal.

—Qué poco romántico eres de pronto —protestó—. Eso está lleno de Albas por todas partes —bromeó—. Y yo te quiero solo para mí. ¿Cuándo tienes vacaciones en el taller?

—Acabo de empezar a trabajar. No creo que a Cas le guste mucho que me pida días libres.

—Entonces tendremos que escaparnos un fin de semana. Tengo un amigo que tiene un piso en Calpe, en primera línea. No vive en él, lo alquila por temporadas. Seguro que nos lo deja.

—Vale. Como veas…

Pese a que pronunció esas palabras con tono neutro, Diego se dio cuenta de que le agradaba la idea. Una chispa de felicidad asomaba a sus ojos.

—¿Quieres otro Cola Cao?

—No.

—Quiero enseñarte luego la ilustración en la que he estado trabajando —dijo. Se acercó de nuevo a la mesa y se sentó.

—¿Algún encargo?

—No. Es un retrato tuyo. Quiero que veas cómo está quedando.

—Oh…

Diego extendió la mano y tomó la de Iván. Entrelazó los dedos con los suyos y se deleitó en el roce de ambas pieles. Quería preguntarle algo que había estado meditando desde hacía un rato. De hecho, desde la noche anterior.

—Diego…

La voz de Iván le sacó de sus cavilaciones.

—Dime.

—¿En serio dijiste anoche lo de tatuarte mi nombre?

Sonaba inseguro.

—Por supuesto —repuso muy convencido—. Pero solo si tú te tatúas el mío, claro —añadió en broma.

—¡Hecho!

Se le quedó mirando con infinito cariño. Iván era apasionado en todo lo que hacía. Arriesgaba y se lanzaba en picado. No le importaba fracasar porque sabía que podía volver a ponerse de pie. A Diego le maravillaban su naturalidad y su arrojo.

—¿No te parece que estamos actuando como verdaderos adolescentes? —le preguntó apretando su mano.

—Bueno, yo casi lo soy. El que tiene un problema eres tú, *señormeacercoalatreintena*.

—¡Oye! —protestó fingiéndose ofendido— Mucho cuidado con lo que dices.

Un cómodo silencio los envolvió.

Mientras él daba buena cuenta de lo que quedaba de su tostada vio que la expresión en la

cara de Iván cambiaba.

—¿Por qué sonríes?

—No sé. Estoy a gusto aquí, contigo —admitió con un leve encogimiento de hombros—. Me gusta mucho esto. Parecemos una pareja.

—Somos una pareja.

—Bueno, ya me entiendes.

Le miró con fijeza. El momento de hacerle la pregunta que tenía en su cabeza desde hacía tiempo había llegado.

—Creo que deberíamos vivir juntos.

Iván dio un respingo y clavó los ojos en los de él. Su expresión mostraba una mezcla de incredulidad y sorpresa.

—¿No es muy pronto? —lo dijo como tanteando el terreno.

—¿Pronto? ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? ¿Trece años? Hemos convivido más que muchas parejas que llevan una eternidad juntas. ¿Y cuántos años llevas colado por mí? Perdona si suena pedante. ¿Siete? Yo estoy loco por ti desde hace tiempo también y lo sabes.

—Vale, tienes razón, es solo que…

—A ver, Iván —le interrumpió—. Me fastidia que estés viviendo en un piso con un tipo al que apenas soportas. No puedes ni salir de tu habitación porque no te deja en paz. Aquí tienes un cuarto para ti y toda la privacidad del mundo. Yo me paso el día encerrado en mi despacho, trabajando. En realidad, ni nos veremos —exageró—. Y compraremos plantas. Llenaremos la casa de ficus, helechos y lo que sea…

Quería que Iván fuera feliz, y en ese piso compartido no lo era del todo. Y él tenía sitio de sobra.

«¿A quién pretendes engañar, Diego? Tampoco eres tan altruista; lo que no quieres es echarle de menos».

Iván arqueó una ceja.

—¿Plantas? Eso es chantaje emocional.

—Lo es.

—¿Por qué no confiesas que no puedes vivir sin mí?

Diego se rio y contempló el techo unos instantes antes de bajar la vista y encontrarse con la de Iván.

¿Quién era el más adulto de los dos en esos momentos?

—Pillado —reconoció—. Te quiero cerca de mí, aquí en mi casa y en mi vida. Di que sí.

—Los gastos los pagamos a medias.

—Pfff… —resopló.

—Y también te pagaré alquiler.

—Lo que tú digas —aceptó deprisa. Ya hablarían de quién pagaba qué más adelante, ahora lo más importante era que Iván aceptase.

—Entonces, sí.

Sus facciones mostraron una mueca triunfal.

La alarma del móvil que Iván había dejado sobre la mesa comenzó a sonar. La apagó con un rápido gesto. Diego echó un vistazo desinteresado y sus ojos se abrieron por la sorpresa al distinguir su nombre sobre la pantalla.

—Pero ¿qué foto es esa? —inquirió con curiosidad señalando el aparato.

Iván enrojeció y trató de hacerse con el teléfono y bloquearlo, pero él fue mucho más rápido y lo cogió.

Eran cuatro palabras escritas sobre la arena.

—Iván ama a Diego —leyó.

Sus ojos recalaron en los de Iván, que se retorcía nervioso en la silla y rehuía su mirada. Sus mejillas habían adquirido el color de los tomates maduros.

¡Qué guapo estaba cuando se mostraba tímido!

Mantuvo la compostura y la seriedad, aunque estaba conmovido. Quizá era pueril, pero se sentía como cuando era un adolescente y recibía una notita de esas cariñosas del chico que le gustaba.

—¿Y eso de cuándo es?

Iván tardó en contestar.

—De la mañana después de que estuviéramos juntos por primera vez. Recuerda que bajé a comprar chocolate con churros —lo dijo en voz queda. Parecía avergonzado.

Diego contuvo una exclamación. Estaba encantado.

—Hay un error —dijo.

—¿Qué error? —preguntó Iván con el ceño fruncido.

—La frase está mal escrita. —Hizo una pausa muy efectiva—. Debería poner: Diego ama a Iván.

Por un instante, el joven no reaccionó. Permaneció en silencio hasta que las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente y unas arruguitas se formaron en los extremos de sus ojos. Terminó por sonreír con amplitud.

¡Qué sonrisa más bonita tenía!

Repentinamente, se puso de pie y rodeó la mesa, plantándose a su lado. Luego, alzó una de sus piernas y se sentó a horcajadas sobre su regazo con cuidado al tiempo que le echaba los brazos al cuello.

Diego no protestó.

Aquella postura le encantaba.

—Creía que estabas dolorido.

—Y lo estoy. Así que sé tierno. Tengo media hora antes de tener que ir a trabajar.

—En media hora se pueden hacer muchas cosas. En media hora se puede preparar un buen plato de pasta, leer unos cuantos capítulos de un libro, planchar un par de camisas, ver un episodio de *Friends*… No sé, piénsalo… —le susurró mientras le mordisqueaba el cuello.

—No. No me apetece hacer nada de eso. Propón otra cosa —jadeó.

—¿Ducha y besos?

—Mejor, besos y ducha.

—Acepto.

Y sus labios se unieron.

Epílogo

Septiembre – Un año después

Iván

El Benidorm Pride Festival tenía lugar desde hacía ya unos años en la localidad. Al principio era solo una humilde celebración a la que asistían unos cientos de personas, pero con el tiempo se había convertido en algo mucho más importante y multitudinario, atrayendo a gente de todas partes y reuniendo a unos cuantos miles de visitantes. Siempre se celebraba en septiembre, a lo largo de toda una semana en la que se organizaban diferentes eventos, fiestas temáticas en los locales de la zona gay, conciertos y todo tipo de actuaciones. Culminaba con el desfile de carrozas que transcurría por la playa de Levante.

Era un festival divertido, provocador, acogedor y algo canalla.

Era la primera vez que Iván asistía y estaba cautivado.

Las banderas arcoíris, la purpurina, la alegría, las risas, la diversidad, la música, la fiesta y el buen rollo reinaban por doquier; y a eso se le podía sumar como telón de fondo el mar Mediterráneo, un tiempo espléndido y el estar al lado de la persona que más le importaba en el mundo.

Un día perfecto.

—Todavía no me creo que hayas convencido a Diego para que viniera —le dijo Emilio a gritos para hacerse oír por encima del tumulto—. Nosotros lo intentamos todos los años y siempre se niega.

Caminaban junto a uno de los autobuses sin techo reconvertido en carroza, en cuya parte superior bailaban unas docenas de chicos con ropa ajustada y pelucas de colores. De unos enormes altavoces acoplados a su parte trasera sonaba música electrónica que animaba a moverse.

—Es mi poder de convicción —repuso bromeando y sus ojos, instintivamente, buscaron a Diego hasta que lo distinguió a lo lejos.

Había abandonado el desfile para encontrarse con unos amigos que estaban en la playa. Hablaba con ellos cerca de la orilla. El sol le daba de lleno sobre el cabello y se lo aclaraba, convirtiéndolo en finas hebras doradas que se agitaban suavemente con la brisa.

Qué bello era.

Iván suspiró bajito cuando notó cómo su estómago daba un salto. Nunca se cansaba de mirarle.

—Está loco por ti —dijo Emilio—. Me alegro de que estéis juntos. Le haces mucho bien. Se le ve más feliz —se interrumpió repentinamente—. No me malinterpretes, no es como si hubiese estado mal antes de empezar vuestra relación.

Iván se rio y le dio un codazo.

—Te he entendido. Él me lo dice muchas veces también.

Hacía mucho tiempo que había superado los pequeños celos del principio con respecto al amigo de Diego. Lo cierto era que, en el último año, habían salido juntos muchas veces y se habían cogido cariño. La ropa que llevaba ese día —un top negro de rejilla, que dejaba al descubierto su ombligo, y los pantalones negros brillantes— se la había prestado él.

En ese instante se acercó a ellos Juanma, *el angelito*, como Iván seguía llamándole en secreto. Llegaba bailando y agitando su vaso peligrosamente. Lucía un atuendo similar al de Emilio, pantaloncito plateado muy ajustado, torso desnudo y una peluca rosa.

—¿Dónde os habéis dejado al Alba?

—Está en la playa con Paula, Rodri y Saúl —contestó Iván y señaló la orilla—. Y no creo que vuelva. ¿Qué os apostáis a que en un rato me envía un mensaje y me dice que se queda allí y que vaya a buscarle?

—No me apuesto nada porque seguro que pasa eso —resopló Emilio.

Iván se rio para sus adentros. Fue idea suya acudir al desfile. Diego aceptó acompañarle sin poner muchas pegas, pero después de dos horas de música estridente y mucha gente borracha a su alrededor, aprovechó que sus otros amigos estaban en la playa para ir a saludarlos.

—¡Hola, chicos! —los llamó Pedro a gritos desde una de las carrozas.

Era el novio de Juanma, un tipo de unos cincuenta años, enorme y con una poblada barba negra. A Iván le caía bien, pese a la diferencia de edad.

Agitaron los brazos en respuesta. Juanma le lanzó un beso.

—¿Os venís al Loki? La fiesta va a continuar allí —preguntó poniéndose las manos en torno a la boca y formando una especie de bocina.

—Claro, bombón —respondió Juanma.

—Yo también me apunto —dijo Emilio—. ¿Y vosotros?

—Esta noche no podemos. Nos toca quedarnos con Mía —repuso Iván.

—¿Cómo lo lleva Lukas?

—No muy bien. Está agotado, el pobre. No da abasto, entre el TFG[42] y la niña…

Mía era la hija de seis meses de Lukas y Eva. Desde que ella se largó hacía varias semanas con un tipo al que había conocido en internet, era su amigo el que había asumido la labor de padre y madre. Los Alba ayudaban todo lo que podían, pero las cosas no eran fáciles para Lukas.

—No me imaginaba a Lukas siendo padre —intervino Juanma—. Siempre fue muy alocado y ahora es tan responsable…

Iván asintió en silencio. Sí, Lukas había pegado un cambio radical en esos meses. No parecía la misma persona divertida y traviesa de siempre. Era como si la vida le hubiera pasado por encima.

Notó una vibración en el trasero. Seguro que era un mensaje de Diego. Una sonrisa iluminó su cara cuando se sacó el móvil del bolsillo y vio su nombre en la pantalla.

Diego: Cuando te canses del desfile te espero aquí en la playa. Trae unas cervezas.

Elevó la vista y vio que Emilio ponía los ojos en blanco al darse cuenta de lo que pasaba.

—Te lo dije —se rio Iván.

—Chorreáis mermelada —dijo con sarcasmo.

—Envidia cochina. —Le guiñó el ojo.

El otro bufó.

Se acercó a Juanma que bailaba moviendo mucho las caderas a unos metros de distancia y le dio un golpecito en el brazo.

—¿Puedes decirle a Pedro que me pille unas latas de cerveza?

—Voy —canturreó.

Se alejó y desapareció entre la gente dirigiéndose a la carroza en la que iba su novio. Volvió unos minutos después con un pack de seis latas que le tendió.

—Toma. Están fresquitas.

Iván se lo agradeció con un gesto.

—Me largo con mi chico —les dijo—. Pasadlo bien en el Loki.

Se despidieron lanzándole besos exagerados mientras él se reía.

Los amigos de Diego eran geniales. Desde el primer momento le habían acogido en el grupo y le habían hecho sentirse cómodo y bienvenido. Todo lo contrario a cómo habían reaccionado algunos de sus propios amigos que, cuando se enteraron de que era gay, simplemente dejaron de hablarle o desaparecieron de su vida.

No los echaba de menos. Las personas así, mejor lejos.

Su abuela había reaccionado de un modo inesperado para su avanzada edad. Cuando Iván la llamó para contárselo, lo hizo con algo de resquemor, esperando una respuesta negativa, pero ella se limitó a decirle que le daba igual quién fuera su novio o su novia, que para ella siempre sería su *Ivanuco*. Luego le exigió que fuese a Cantabria a pasar unos días con ella y que llevara a Diego. Ya habían planeado ir a visitarla en Navidad.

Le costó llegar hasta la pasarela de madera que conducía al arenal porque había mucha gente. Sus ojos barrieron la orilla, buscando a Diego. No le resultó difícil encontrarle. Se había despedido de sus amigos y estaba solo, observando el mar. Sostenía sus zapatillas en la mano. Llevaba unos vaqueros cortos azules con algunos agujeros y una camiseta negra con la palabra *VERS* en los colores del arcoíris sobre el pecho, anunciando al mundo cuáles eran sus preferencias en la cama. La prenda se la había regalado Iván especialmente para ese día y Diego la lucía con estilo, como solo él podía hacerlo.

Estaba tan sexi que quitaba el aliento.

Hacía solo diez días que habían celebrado su primer aniversario.

Un año juntos.

En un año se podían hacer tantas cosas maravillosas…

En un año se podía decorar un piso a gusto de los dos. Se podían celebrar muchas reuniones familiares y con amigos. Se podían hacer escapadas de fin de semana a un montón de lugares pintorescos. Se podía trabajar codo con codo, como voluntarios, en muchos proyectos. Se podían contemplar amaneceres preciosos mientras sus bocas se perdían la una en la otra. Se podía bailar, comer, dormir, reír, hablar, e incluso guardar silencio. Juntos.

En un año se podía decir mil veces te quiero. Y se podía demostrar otras mil veces más.

Había sido el mejor año de su vida. Sin duda.

Se detuvo a escasos metros de Diego que, como si hubiera sentido su presencia, se giró hacia él. Una sonrisa iluminó su semblante mientras se acercaba.

—¿No te cansas de desfile? —le preguntó al tiempo que le acariciaba la mejilla.

—Sí —admitió, disfrutando del roce de su mano—. Has sido muy oportuno con tu mensaje. Y he traído cerveza.

—Genial.

Iván estaba a punto de sentarse en la arena, cuando la mano de Diego le aferró la muñeca con firmeza.

—¡Ven! —exclamó y tiró de él.

—¿Adónde?

—Al final de la playa, donde haya menos gente. Necesito más privacidad para una cosa…

No hizo más preguntas y echó a correr a su lado. A pesar de que a Diego le gustaba planear las cosas con cuidado, de vez en cuando se mostraba así de espontáneo y organizaba alguna locura. Cuando aquello sucedía, como era el caso, Iván se derretía y moría de amor. ¿Qué

demonios querría hacer?

Corrieron por la arena, esquivando a algunas personas hasta que llegaron cerca de las rocas, donde las olas rompían con relativo ímpetu, justo al pie de las escaleras que conducían al Mirador. Diego tenía razón, esa zona se encontraba más despejada de gente, ya que muchos se habían desplazado hasta el paseo para ver terminar el desfile.

Iván dejó las latas de cerveza sobre la arena y se quitó las zapatillas.

—¿Y ahora? —inquirió con ambas cejas arqueadas.

—Ahora es cuando me pongo de rodillas y te pido que te cases conmigo.

Iván emitió una carcajada. Sabía que no hablaba en serio.

—No bromees que quizá te diga que sí —le amenazó.

—Eso espero. El día que te lo pida solo puedes decir que sí.

Se besaron de nuevo, apasionadamente, sin preocuparse de si alguien los miraba. No llamaban demasiado la atención. No cuando a unos cincuenta metros de distancia había *drags* con pelucas voluminosas y maquillajes llamativos, y multitud de personas medio desnudas dándolo todo en las carrozas.

—Qué guapo estás con los ojos pintados —dijo Diego contra su boca—. Me pones a cien.

—Por eso lo he hecho —susurró provocador.

Cuando aquella tarde se miró al espejo y se pintó los ojos con el lápiz negro y se esparció purpurina por las mejillas, se sintió especialmente atractivo. Le gustaba maquillarse. Era un modo de expresarse y de vivir su libertad. Y sabía que a Diego le encantaba.

—Ahora, quiero que te alejes unos metros y que no mires —le pidió Diego.

—¿En serio?

—Sí.

No protestó. Se apartó unos pasos y clavó la vista en el horizonte. Las olas lamieron los dedos de sus pies. El agua no estaba muy fría y se deleitó con la sensación. A su espalda podía escuchar a Diego tarareando una canción. Era *Take a chance on me* de ABBA. Desafinaba bastante.

Una risita feliz salió de su boca.

Diego

Apenas tardó unos segundos en escribir la frase en la arena. Luego se incorporó y la estudió con satisfacción.

Perfecta.

Suspiró feliz sabiendo que aquello cerraba el círculo. Tal y como prometió, hacía tiempo que se había tatuado su nombre cerrando el corazón multicolor. Iván lucía un tatuaje similar en la cara interna del brazo, solo que su corazón estaba completo y era en su interior donde aparecía el nombre de Diego.

Mas todavía había una cosa que quería hacer, algo que había ido postergando y dejando para otra ocasión. Y la ocasión había llegado.

Miró a Iván. Estaba sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

—Porque desafinas.

Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba cantando.

—Anda, ven —le llamó.

Iván se acercó y sus ojos recalaron veloces sobre las cuatro palabras que había sobre la

arena.

Diego ama a Iván.

—Yo lo dije primero —murmuró.

—Bueno, el orden de los factores no altera el producto, ¿no crees?

Guardaron silencio un buen rato. La mirada castaña se ancló en la suya haciendo que su corazón repiqueteara más deprisa.

—¿Sabes que eres perfecto? —le preguntó Iván dando un paso adelante para poder besarle.

—Sí. Lo sé —repuso con exagerada presunción.

Ambos rieron y sus risas se mezclaron al fundirse sus bocas la una en la otra. Había pasión en sus besos y complicidad. Mucha. El calor del sol sobre sus cabezas no era nada en comparación al que desprendían ellos dos cada vez que se abrazaban.

—Voy a hacer una foto antes de que las olas se la lleven —dijo Iván, apartándose—. Para el dormitorio.

Una de las paredes de su cuarto estaba llena de fotos e ilustraciones. Eran imágenes de ellos dos juntos en numerosos momentos y situaciones. Con familia y amigos. Ellos solos de vacaciones. De contraluces en puestas de sol y brillantes amaneceres. Y muchos selfis tontos de sonrisas amplias y besos en blanco y negro.

Todas esas imágenes narraban un año de amor bello y pujante.

Y entre todas esas fotos había una muy especial. Era la foto que Iván hizo de la frase escrita en la arena: *Iván ama a Diego*. La habían impreso, enmarcado y colgado sobre la cama. Ahora, esa otra también colgaría junto a ella y formaría parte de su pared de recuerdos.

Iván le tendió el teléfono para que pudiera ver las fotos que había hecho. Luego se situó a su espalda y le rodeó el talle con los brazos al tiempo que apoyaba la barbilla en su hombro.

—Están muy bien —comentó.

Fue pasando una tras otra hasta que llegó a la última. No era una foto de la frase. Era una imagen de él con cara de imbécil, los ojos cerrados y la boca semiabierta.

La risita de Iván le acarició el lóbulo de la oreja.

—Capullo —dijo con fingido enfado.

—¡Pero si estás espectacular! Es la misma cara que pones siempre cuando te corres.

—¿Esa cara de gilipollas?

Se dio la vuelta y le atrapó por la cinturilla del pantalón. Sus nudillos le acariciaron el desnudo abdomen y la piel de los brazos de Iván se erizó.

—Esta camisa es una pasada. Deja mucha carne libre y me encanta. No se la devuelvas a Emilio.

Iván le sacó la lengua. Diego adoraba verle así. Le dio un suave pellizco cerca del ombligo. Iván se zafó con una risa y se dejó caer sobre la arena. Abrió dos latas y le tendió una.

—¿A qué hora nos tenemos que ir? —preguntó al tiempo que se sentaba a su lado y cogía la cerveza.

—Lukas nos trae a Mía a las diez.

—Entonces tenemos tiempo de sobra.

—¿Has visto la última foto?

—¿Qué foto?

—La que ha mandado al grupo.

Diego se sacó el móvil del bolsillo y buscó en sus wasaps. Allí estaba. Una foto de su sobrina mirando a la cámara con una sonrisa desdentada, enormes ojos azules y pelito rubio. Una

preciosidad de niña que se parecía un montón a Lukas cuando era un bebé. Amplió la imagen y se rio al ver la mancha que tenía en la cara. Muy típico de su hermano, correr a hacer una foto porque la cría hacía monerías en lugar de limpiarla primero.

—Es muy graciosa —dijo Iván.

—Sí —admitió.

Disfrutaron un rato de la cerveza fresquita.

El cielo comenzaba a teñirse de un pálido color anaranjado y ambos permanecieron con la mirada fija en el horizonte. La música del desfile, las risas y los gritos llegaban hasta ellos, pero de algún modo, parecía como si se encontraran solos. Se respiraba cierta paz.

—¿Alguna vez te has preguntado si seremos buenos padres?

Diego giró la cara y se quedó mirando a Iván con fijeza. Desde que cuidaban de Mía, habían hablado de ese tema en alguna que otra ocasión. Los dos querían tener hijos en un futuro.

—Seremos unos padres increíbles —repuso.

—Me asusta un poco, la verdad —confesó en voz baja dibujando garabatos en la arena con el dedo—. Ya sabes cómo es mi padre y tengo miedo de haber heredado su…

—No sigas —le cortó con sequedad—. Tú y tu padre no tenéis nada en común. Nada —concluyó con mucha convicción.

Balcayo había desaparecido de la vida de su hijo, gracias al cielo. En una ocasión, hacía ya unos meses, trató de contactar con Iván para pedirle dinero, pero este le colgó el teléfono sin sentir ni un ápice de remordimiento. Después de eso no volvieron a saber nada más de él. Se rumoreaba que había dejado su trabajo y abandonado Benidorm.

—Además, te olvidas de que te he visto tratar con niños. No solo con Mía eres maravilloso, también con los bebés del hospital.

No le había costado demasiado convencerle para que se uniera al programa de *Piel con piel*. Ahora iban juntos a Valencia cada dos semanas. Iván tenía un talento innato para interactuar con bebés.

—Cuando llegue el momento, serás una gran mamá —añadió con jocosidad.

Iván se rio.

Siguieron bebiendo en silencio.

El caleidoscopio de colores que comenzaba a mostrarse en todo su esplendor sobre ellos los mantenía ocupados. El tenue naranja de hacía un rato había adquirido viveza e intensidad y había pasado a convertirse en un tono rojizo brillante que encendía el cielo como si estuviera en llamas. A él se unían unos curiosos malvas y violetas que se desteñían hasta convertirse en azul cerca de la línea en la que el cielo se unía con el mar.

Era un espectáculo lleno de serenidad y encanto.

Diego observó a Iván de reojo.

Todas aquellas tonalidades que vestían el firmamento se reflejaban en su rostro y en su cabello oscuro dotándole de una belleza casi irreal.

Reprimió un suspiro de placer.

—¿Qué miras?

—A ti.

—¿Por qué?

—No sé —dijo y se encogió de hombros—. Supongo que porque no hay nada más hermoso por aquí…

—¿Y ese atardecer?

—¡Ah, sí, que no me había fijado!

Iván se rio bajito y le dio un ligero codazo.
Diego sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.
Iván no tardó en acariciarle el dorso de la mano con suavidad.
El atardecer estaba lleno de promesas.
Lleno de futuro.
De días por descubrir.
De experiencias que vivir.
Juntos.

Fin

Lista de canciones

Nikita - Elton John
November Rain - Guns N' Roses.
Highway star - Deep Purple
Da ya think I'm sexy? - Rod Stewart
Tonight is what it means to be young – Fire INC
Thank you - Dido
Starman – David Bowie
Vogue - Madonna
Dancing Queen - ABBA.
Believe - Cher.
I want to break free - Queen
Can't get you out of my head - Kylie Minogue.
Grace Kelly - Mika
Firework – Katy Perry
Man! I feel like a woman - Shania Twain
It's raining men - The Weather Girls
Always - Bon Jovi
Mistify - INXS
Careless Whisper - George Michael
I want your sex – George Michael
Freedom – George Michael
Casi humanos - Dvicio
Let's get it started - Black Eyed Peas
Wonderwall - Oasis
Bad Romance - Lady Gaga
My way - Calvin Harris
The hardest part - Coldplay
Boy don't cry - The cure
Take a chance on me - ABBA

https://open.spotify.com/playlist/6bhZmvXQXTA1Add0QCnhQ0

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es siempre complicado porque sabes que hay mucha gente que te ha ayudado a llegar hasta aquí y sabes que quizá se te olvide alguien y ardas en las eternas llamas del infierno, pero lo intentaré.
Solo un par de cositas antes.

Tal y como la primera novela de la serie, Inolvidable (la historia de Jorge y Juls), esta también es un pequeño homenaje a la ciudad de Benidorm, ciudad que me acogió hace unos años y en la que pasé una parte muy importante de mi vida.
Cuando escribí la historia de Jorge, ya sabía que tenía que escribir la historia de Diego. Desde el primer momento me fascinó su personaje, su personalidad y su carisma y quería contar su historia. Además, adoro escribir novelas LGTB. Ya le cogí el gustillo cuando publiqué My shining Star y quería volver a intentarlo. Y creo que el personaje de Iván, con sus inseguridades y sus miedos, es el contrapunto perfecto para ese Diego tan sereno y responsable.

Para que conste, adoro a ambos
Por si acaso sentís curiosidad, la idea es escribir también las novelas de Lukas y de Erika, creo que ambos se merecen su propia su historia.

Y ya no me demoro más y procedo a la tarea de agradecer.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a Paco, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero: Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Yasnaia, a la que quiero muchísimo y se queja de que mis libros son demasiado cortos, Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí. Y a Mar, que se lo ha currado muchísimo y me ha sugerido escenas y canciones, la banda sonora es un poquito de ella también ♥

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo.

Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

Yo los amo mucho.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia ♥

Inevitable

Una novela de Laura Sanz



© 2023, Laura Sanz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

No encuentro forma alguna de olvidarte
Porque seguir amándote es inevitable.

Inevitable - Shakira

Prólogo

Lukas

—Estoy embarazada.

Lukas soltó una risa. Ni siquiera se molestó en alzar la cara. No era la primera vez que bromeaban con el tema del embarazo. Siguió jugando al *Candy Crush*, imperturbable.

—En serio, Lukas —insistió Eva.

—Venga, va, que sí.

—Joder, ¿quieres hacer el favor de mirarme?

Con desidia, apartó la vista del móvil y la miró.

—Mira. No te miento.

Agitaba algo semejante a un boli blanco en el aire.

Lukas frunció el ceño y se puso de pie. Se acercó a ella y echó un vistazo a lo que sostenía en la mano. Era una prueba de embarazo.

—¿Estás de coña? —inquirió mientras sus ojos se posaban en el artilugio con una mezcla de desconfianza e incredulidad.

—De coña nada, ¿no ves las dos rayitas? —dijo muy seria.

Le arrebató el palito y lo contempló con fijeza, taladrándolo. Había dos rayitas rosas en el visor.

—¿Estás segura? A lo mejor dos rayitas significa que no estás embarazada.

Eva resopló.

—No soy tonta, Lukas. Además, me he leído las instrucciones.

—Pero si estás tomando la píldora desde hace años… —balbuceó. Seguía mirando el test como si le fuera la vida en ello.

—A veces falla —replicó ella.

Después, se dejó caer sobre el sofá y subió las piernas al asiento. Se las rodeó con los brazos y enterró la cara en las rodillas desnudas. Solo llevaba el bikini y una camiseta corta. Estaba descalza.

Lukas la miró sin saber cómo reaccionar, luego volvió a echarle un vistazo al visor. Las dos franjas rosas parecían haber aumentado de tamaño.

Estaba en estado de shock.

Embarazada.

Un bebé.

Aquello no podía estar pasando.

No tenía sentido.

Notaba el corazón acelerado y las manos habían empezado a sudarle. Cerró los ojos mientras trataba de serenarse. Cuando volvió a abrirlos, los posó sobre su novia. Parecía muy pequeña y desvalida encogida sobre el sofá. Se maldijo internamente por no haber sabido reaccionar a tiempo.

Se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Eva —susurró con toda la seguridad que pudo imprimir a su voz—. Mírame, vamos a hablarlo. No te preocupes. Estamos juntos en esto. Somos un equipo.

Ella no reaccionó y él le acarició el pelo con gentileza; lo tenía largo y era suave como el

terciopelo. Le encantaba su melena oscura y sabía que a ella le gustaba que enredara los dedos en sus guedejas.

Cinco años hacía que estaban juntos, desde el instituto. Habían roto unas cuantas veces, pero siempre volvían a intentarlo porque, como ella decía —y él pensaba lo mismo—, eran la noche y el día, muy diferentes pero complementarios. Sin día no había noche y sin noche no había día. Eso eran ellos; Eva era noche y Lukas, día.

Al cabo de unos minutos, ella alzó la vista por fin y le miró. Una mueca de indecisión curvaba su boca.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

Él tardó en contestar.

—¿Tú qué quieres?

—No lo sé.

—¿Sabes de cuánto estás?

—Hace dos meses que no me viene la regla… Bueno, en realidad, tres.

—¿En serio? ¿Tanto? —Se sorprendió—. No me habías dicho nada.

—Ya sabes que soy muy irregular con los periodos y no me preocupé, pero llevo unos días que tengo las tetas muy duras y me duelen… —se detuvo y soltó un suspiro—. ¿Qué hacemos, Lukas? —insistió. Su voz temblaba un poco, pero era la única señal que delataba su aflicción. Eva era una chica muy práctica. No solía llorar.

—Creo que deberíamos ir a un ginecólogo para asegurarnos. Quizá sea un falso positivo.

—Lo dudo —rechazó con un gesto áspero—, pero sí, tenemos que ir a un ginecólogo. Paso de ir al centro de salud; conocen a mis padres. Hay una clínica en el centro… Seguro que consigo una cita para mañana. Pero es privada.

—Bueno, tengo algo de pasta. Podemos permitírnoslo.

Después de eso ambos guardaron silencio.

Los pensamientos de Lukas iban a mil por hora dentro de su cabeza. Se agolpaban unos contra otros de forma caótica, como si un enjambre de abejas hubiera ocupado su cerebro.

Un niño.

Ser padre.

Eran demasiado jóvenes.

Todavía no habían acabado la carrera.

Ni siquiera vivían juntos.

No tenían dinero.

Era una locura.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron.

—Chicos, vamos a pedir pizza. ¿Barbacoa o jamón?

Era la hermana de Lukas.

—¡Barbacoa! —gritó él atropelladamente. Le daba igual el sabor de la jodida pizza. Solo quería que Erika se marchara cuanto antes.

Los pasos no tardaron en alejarse de la puerta.

Era domingo y, como la mayoría de los domingos, los Alba se reunían en el chalet familiar para pasar la tarde en la piscina. Sus hermanos, sus padres y algunos amigos estaban allí. Eva y él se habían escabullido a su cuarto hacía media hora, buscando intimidad.

—No sé si quiero abortar —dijo ella de repente.

Lukas, que no esperaba aquellas palabras, giró la cara con rapidez y la miró. Sus facciones mostraban una determinación que hacía unos segundos no estaba ahí.

—¿Estás segura?

—No —masculló, agitando la cabeza.

—Tampoco tienes que tomar una decisión en este momento. Primero deberíamos saber si es al cien por cien seguro. Y, después, lo hablamos y vemos los pros y los contras.

—Solo hay contras —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Somos muy jóvenes. No tenemos dinero. No hemos acabado de estudiar y un niño nos va a cambiar la vida.

Eran las mismas razones que él había sopesado en su mente solo hacía un minuto.

—Es verdad.

Ella se incorporó de pronto y se fue hacia la ventana. Abrió el estor que la cubría y echó una ojeada al exterior. La habitación estaba orientada hacia el patio delantero y no había mucho que ver desde allí, solo las palmeras enanas y el caminito de grava que conducía a la entrada.

Lukas admiró el delgado cuerpo de su novia desde su posición en el sofá. Siempre le había gustado lo esbelta que era. Quizá en unos meses, si decidían seguir adelante con ese embarazo, su figura cambiaría y se llenaría de redondeces.

No podía ni imaginárselo.

—Ya sabes lo mal que lo pasé yo en mi infancia —comenzó ella sin darse la vuelta—. Hija única de padres mayores. Fue horrible. Siempre confundían a mis padres con mis abuelos cuando me sacaban al parque. Jamás han jugado conmigo como hacían otros padres. Crecer así es una mierda. —Hizo una pausa—. Yo no quiero eso. Quiero ser una madre joven. Siempre lo he querido.

Lukas se abstuvo de intervenir. No iba a llevarle la contraria, pese a que pensaba que ser madre a los veintiún años era demasiado pronto.

—Y me gustaría formar una gran familia. La tuya es genial. Algo así quiero yo para mí. Sé que nunca hemos hablado en serio de tener hijos, pero yo sí quiero niños.

—Yo también —admitió él, pasándose las manos por el pelo—, pero no sé si es el mejor momento. Nos queda un año para acabar la carrera.

Eva estudiaba Nutrición y Dietética en la Universidad de Alicante. Y él, Periodismo en Elche.

—Bueno, puedo demorar mis estudios un año y acabar más tarde. Tampoco tengo tanta prisa.

—Entonces, ¿estás decidida?

—¡No lo sé! —exclamó con rebeldía—. Solo digo que sería posible.

—Eso está claro. Imposible no es. Y tendríamos ayuda de mi familia y de la tuya, supongo —añadió con lógica.

Se puso de pie y se acercó a ella. La abrazó por detrás y extravió la mirada en el muro que rodeaba la casa. Todo su ser se revelaba ante la idea de convertirse en padre. Sentía que no estaba preparado, que todavía era muy joven y que tenía mil cosas por vivir antes de formar una familia. No creía que tener un hijo a su edad fuera algo bueno. Ni para él ni para Eva. Y, probablemente, para el niño tampoco.

«Entonces, ¿qué? ¿Un aborto?».

Quizá.

O no.

Qué confuso estaba.

Apretó los dientes. Necesitaba hablar con alguien y desahogarse. Solía hacerlo con Iván; era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba en el mundo, pero aquel domingo no había acudido al chalet porque estaba con su hermano, Diego. Hacía solo una semana que ambos

habían admitido lo que sentían el uno por el otro y habían preferido pasar ese fin de semana solos.

«Qué maravilla ser gay. Así nadie se queda preñado», le recordó una voz en su interior con sarcasmo.

Eva se dio la vuelta en sus brazos y clavó sus ojos oscuros en los de él. Tenía la nariz respingona lo que le daba un aspecto travieso.

—¿Qué piensas?

—Todavía estoy en shock —admitió al cabo de un corto espacio de tiempo. La abrazó por el talle—. No esperaba algo así y necesito tiempo para meditarlo. Ha… ha sido una bomba.

—¡Para mí también! —expuso ella a la defensiva.

—Sí, claro. Para los dos.

—¿Tú no quieres que lo tengamos? —Hizo la pregunta con un tono de voz lastimero, muy poco propio de ella.

Lukas suspiró con fatiga y apartó la vista.

—Yo no sé lo que quiero, Eva. Necesito tiempo.

Ella apoyó la frente contra su pecho y se aferró a su talle con fuerza. Él posó la barbilla sobre su coronilla y bajó los párpados.

Le parecía increíble que aquello estuviera sucediendo. Muchas veces había bromeado con sus padres sobre el tema y Tony Alba siempre se había burlado de él. ¿Cómo reaccionarían ahora al saber que era cierto?

«Quizá nunca se enteren. A lo mejor es un falso positivo», intentó convencerse.

Sí. Podía serlo.

Permanecieron abrazados, ambos sumidos en sus pensamientos. Lukas no sabía lo que se le estaría pasando por la cabeza a Eva, pero él estaba tan confuso que era incapaz de hilar una sola idea que tuviese sentido.

Si imaginaba que el embarazo era real y decidían tener al niño…, podrían con ello, ¿no? Sus padres habían tenido hijos a una edad muy temprana. Cuando Diego nació su madre tenía veintiún años y su padre veintidós, y habían sido unos padres geniales. Y siempre decían que no se arrepentían de haber tomado esa decisión.

Quizá Eva y él fuesen unos padres geniales también.

Unos nuevos golpes en la puerta los obligaron a separarse.

—Ya están las pizzas. Salid si no queréis que se queden frías.

Esa vez era su hermano Jorge.

—¡Ya vamos! —respondió. Luego se giró para mirar a Eva—. ¿Estás bien? Si quieres nos vamos. No hace falta que nos quedemos con mi familia. A lo mejor prefieres que bajemos al pueblo y demos un paseo. O que te lleve a casa.

—Qué va. Estoy bien —respondió ella, dando un paso atrás y arreglándose el pelo. Se había repuesto con suma rapidez y parecía mucho menos impactada que él por lo que estaba sucediendo.

La noche y el día.

Así eran.

Lukas sonrió, pero era una sonrisa forzada. En el último segundo, antes de abandonar el dormitorio, se percató de que la prueba de embarazo seguía sobre el sofá. La cogió y la guardó en uno de los cajones de su escritorio.

Luego siguió a Eva fuera de la habitación para reunirse con su familia.

A decir verdad, le hubiese gustado estar solo.

Capítulo 1

Lukas

Era su primer fin de semana libre en meses, y, de pronto, se daba cuenta de que no tenía ni la menor idea de qué hacer con tanto tiempo disponible. Se había acostumbrado a estar ocupado constantemente, con los estudios, los exámenes, la mudanza y con Mía, así que ahora se hallaba desubicado.

Se dio media vuelta en la cama y su mirada recaló sobre una de las paredes del dormitorio. Estaba desnuda. Todavía no había tenido tiempo de colgar nada en ella, a fin de cuentas, solo hacía unos días que se había trasladado a ese apartamento.

Trató de permanecer bajo las sábanas un rato más, sabiendo que no tenía que levantarse todavía, pero la intranquilidad se apoderó de él y terminó por coger el móvil y llamar a su madre.

—*Deiner Tochter geht es gut*[43] —respondió ella.

—No te llamo por eso.

—Claro.

Lukas cerró los ojos. ¿Para qué negar lo evidente?

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Muy bien. Solo se ha despertado dos veces. Ahora está durmiendo.

—¿Ha comido bien?

—Ha comido muy bien.

—¿Os da mucho trabajo? Puedo ir a buscarla…

—No —le interrumpió ella con rapidez—. Necesitas descansar. La niña está bien conmigo. Pásalo bien el fin de semana.

—¿Puedo verla? ¿Me mandas una foto? —No pudo evitar sonar ansioso.

Su madre soltó una risa.

—Sí, ahora te mando.

—Gracias, *Mutti*.[44]

Se despidieron.

Lukas volvió a tumbarse bocarriba, contemplando el techo con una mueca avergonzada y el móvil firmemente agarrado en la mano. Solo unos segundos después un pitido le avisó de la entrada de un mensaje. Era la prometida foto.

La abrió.

Su expresión facial se iluminó al ver al bebé dormido en la cuna que sus padres habían comprado para su primera nieta. La niña tenía el pelo dorado como las espigas de trigo y era muy blanquita de piel. En ese momento, dormía con la boquita entreabierta y una de sus manos apoyada al lado de la cabeza sobre el colchón.

Era preciosa.

Lukas notó un pinchazo en el corazón y estrechez en la garganta. Le sucedía con frecuencia cada vez que miraba a su hija. Quién le iba a haber dicho hacía solo un año que iba a sentirse así. Era increíble.

Fue Eva la que insistió en tener al niño y él terminó cediendo, pese a que no estaba muy convencido. No se arrepentía en absoluto. Solo tenía que abrazar a su hija y sentir su cuerpo calentito contra el suyo y cualquier duda que pudiese tener desaparecía. Todo adquiría sentido.

Todos los sacrificios valían la pena.

Todos.

Cerró los ojos y se dejó llenar por el olor de la estancia. Pese a que llevaba allí menos de una semana, el aroma del bebé ya lo había impregnado todo.

No quiso demorarse mucho tiempo en la cama y se levantó, decidido a sacar las cosas de las cajas que había apilado en el salón. En realidad, casi todo pertenecía a Mía. Ropa y juguetes, en su mayoría. Él ya había ordenado sus pertenencias la tarde anterior.

Desayunó sin prisas frente a la encimera de la cocina. Era una estancia pequeña en la que no había sitio para mesa ni sillas. De hecho, el apartamento entero era diminuto. Constaba de un salón comedor, un dormitorio en el que apenas cabían la cama y la cuna, el baño, la cocinita y una terraza acristalada en la que había instalado un escritorio y un armario. Sí, era realmente pequeño, pero con su exiguo sueldo no podía permitirse algo mejor. Era solo gracias a sus padres que había encontrado ese piso. Pertenecía a unos amigos de la familia y se lo habían dejado a un precio especial.

No era el lugar más bonito ni se encontraba en una zona que le interesara especialmente, pero tenía dos grandes ventajas: estaba cerca de la guardería que había admitido a Mía y a pocos kilómetros de su trabajo. Era ideal.

Se duchó y dejó que el agua caliente cayera sobre sus hombros y su espalda, tomándose su tiempo. Incluso se permitió el lujo de lavarse el pelo con parsimonia. Se sentía extraño; era la primera vez en semanas que podía hacerlo sin tener que estar pendiente de Mía. Casi había olvidado lo que significaba tener tiempo para uno mismo.

No fue idea suya dejar a la niña al cuidado de sus padres ese fin de semana. Fue su madre la que se plantó en el piso el día anterior y le convenció de que necesitaba descansar. Accedió con mucha reticencia. Desde el día en que Mía nació, nunca se había separado de ella tanto tiempo, solo cuando tenía que acudir a la universidad para entregar algún trabajo o ir al periódico que le había contratado. Pero nunca habían dormido separados.

Le costó despedirse de la pequeña que, ajena al estado de ánimo de su padre, dejó que su abuela se la llevara sin protestar. A fin de cuentas, hasta solo hacía unos días, Lukas y Mía habían vivido en casa de sus padres y la niña estaba más que acostumbrada a los brazos de Anna Schwarz.

Era indudable que el más afectado por la separación era él.

Salió de la cabina de ducha y se secó mientras su mirada se posaba en el espejo que había sobre el lavabo. Le recibió la imagen de un muchacho muy joven con el pelo castaño claro y los iris claros apagados. Círculos oscuros decoraban la parte inferior de sus ojos y estaba pálido. Aquel verano no había acudido a la playa ni una sola vez. Pese a que seguía conservando su cara de niño, tenía aspecto de cansado y la expresión de su rostro era grave y severa.

El timbre del portero automático le sobresaltó. Miró la hora en la pantalla del móvil y se dio cuenta de que ya eran las diez. Debía de ser su hermana Erika, que se había ofrecido para ayudarle a terminar de vaciar las cajas de la mudanza. Se puso un pantalón de chándal y una camiseta y, sin molestarse en preguntar quién era, pulsó el botón que abría la puerta del portal. Poco después, su hermana entraba al apartamento.

Erika tenía veintiséis años, cuatro más que él, y era una belleza de larga melena rubia y brillantes ojos azules, pero al haber crecido con tres chicos, se preocupaba poco por su aspecto y tendía a vestir como si fuera un muchacho. Pantalones vaqueros anchos, camiseta desgastada y enorme, y sus eternas deportivas. Ocultaba su cabello con una gorra de visera de los Chicago Bulls. Incluso la profesión que había elegido era poco usual para una chica: era mecánica de

embarcaciones.

—Buenos días, Luke —le saludó, dándole una colleja.

Él le correspondió con un azote.

—¿Hay café? —preguntó ella.

—Sí. En la cocina.

Erika se fue y apareció al rato con una taza en la mano.

—Tu hija estaba monísima esta mañana. Hacía ruiditos con la boca. Creo que es la niña más bonita del mundo.

—Sí, ¿verdad? —La satisfacción le llevó a sonreír tontamente.

—Sí. Es una Schwarz, clavadita a mamá y a mí. Tan rubita y con los ojos tan azules.

—Bueno, los ojos todavía pueden cambiarle de color.

—Lo dudo —rechazó ella—. Soy una tía muy afortunada.

Lukas se rio bajito.

—¿Solo es eso? —Señaló ella las dos torres de cajas de cartón apiladas contra una de las paredes del salón.

—Sí. Ayer vacié casi todas. A decir verdad, no te necesito.

—Es más divertido deshacer cajas en compañía —repuso con un encogimiento de hombros—. ¿Qué tal has dormido sin Mía?

—Raro. Pensaba que iba a dormir de un tirón y resulta que me he despertado veinte veces. Creía que la oía llorar —se rio—. Supongo que todos los padres primerizos serán así.

Mientras hablaban habían comenzado a sacar cosas. Iban amontonando la ropa de la niña sobre el sofá y los juguetes sobre la mesa.

—¿Dónde ponemos todo esto?

—La ropa en la cajonera que hay en el dormitorio y los juguetes en el armario de la terraza.

—No sé cómo te vas a apañar en un piso tan pequeño. Con lo bien que estabas en casa, con la piscina y el jardín. Y tenías todo hecho.

—Ya. Precisamente por eso me he ido.

Erika le miró con suspicacia.

—Sí —continuó él—. Lo que han hecho papá y mamá durante los últimos meses es impagable, pero soy un padre soltero con una hija de seis meses y es mi responsabilidad sacarla adelante yo solo —suspiró—. No quiero decir que no esté agradecido y que no vaya a pedir ayuda cuando la necesite, pero tengo que vivir mi propia vida.

Sabía que toda su familia se oponía a su marcha, pero pensaba que había tomado la decisión correcta. Creía poder salir adelante él solo. Eso no significaba que no fuera a contar con sus padres y sus hermanos para que le ayudaran con Mía, pero necesitaba vivir la experiencia de ser padre en soledad. A fin de cuentas, la decisión de tener a la niña había sido suya. No quería cargar a nadie con sus responsabilidades.

—Va a ser complicado. Si Eva no se hubiera largado… —murmuró Erika.

Lukas apretó los labios con desmayo al escuchar el nombre de su ex. Hacía dos meses que se había ido, sin dar explicaciones. Lo único que había dejado fue una nota manuscrita sobre la encimera de la cocina de sus padres, que encontraron a Mía llorando a pleno pulmón, con el pañal empapado y la piel muy irritada, señal de que debía de haber pasado muchas horas sola.

Aquello no iba a perdonárselo jamás.

Las cosas entre ellos habían comenzado a ir mal durante el embarazo. Se sucedían las discusiones y los enfados sin motivo. Eva parecía siempre al borde de las lágrimas y cualquier

situación la sacaba de quicio. Y, después de nacer Mía, todo empeoró. Se habían mudado con la familia de Lukas, algo que a Eva pareció agradarle, ya que se limitó a dejar que fuesen los Alba los que se ocuparan de la niña. Ella apenas le hacía caso. Era como si no sintiese ningún tipo de afecto por su hija. Ni siquiera quiso hacer el intento de darle de mamar. Por eso, cuando aquella tarde él regresó al chalet después de haber pasado el día en la universidad, y sus padres le informaron de lo que habían encontrado —la nota y a Mía sola—, la situación ni siquiera le sorprendió. Casi había esperado que algo así sucediese más tarde o más temprano.

Con desidia había leído la nota, escrita de forma apresurada.

No lo soporto más. Creo que lo de ser madre no es para mí. Estaba equivocada. Lo siento mucho, Lukas. Sé que tú y tu familia cuidaréis muy bien de Mía. No me busques. Perdóname.

Le resultó grotesca la brevedad del texto. Eva siempre fue muy pragmática, pero aquello era demasiado, incluso para ella. Ni una palabra de cariño hacia el bebé. Ni una dirección donde poder localizarla. Ni un número de teléfono. Nada.

La llamó, pero su móvil aparecía desconectado. Contactó con sus padres, pero no sabían nada de su hija desde hacía días. Sus amigos tampoco. Era como si hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Se había esfumado. ¿Cómo era posible?

Lukas quiso denunciar su desaparición, porque no podía concebir que se hubiese marchado así, pero solo dos días después de su marcha, una buena amiga de ella le confesó que había conocido a alguien por Instagram y que se había ido a Bélgica con él. Era la única información de la que disponía.

Le costó asimilarlo. Jamás hubiese pensado que Eva era ese tipo de persona. La conocía bien, o al menos eso había creído.

—¿Has sabido algo de ella? —le preguntó su hermana, sacándole de sus cavilaciones.

—No —respondió, escueto.

Erika soltó algo ininteligible que sonó a *cabrona*.

—Ni sus padres ni sus amigos han vuelto a tener noticias. Ni siquiera usa sus redes sociales y su número de teléfono está desconectado. Solo sé que envió un correo electrónico a su mejor amiga, Lucía, hace tres semanas. No contaba nada especial, solo que estaba bien y que no se preocupara por ella.

—¿Y no mencionó a Mía? —Había asombro y enfado en su tono.

—No.

—Me parece tan fuerte. Es tan horrible lo que hizo. Abandonar a su hija… Ni una llamada para saber cómo está…

Lukas rechinó los dientes y apretó los puños.

—Paso de hablar de ella —farfulló—. No merece la pena. No quiero desperdiciar ni un minuto en esa persona.

A pesar de que su hermana no volvió a mencionarla, el malhumor que le acuciaba cada vez que surgía el tema ya no quiso abandonarle. Y mientras iba colocando la ropita de su hija en el armario, no podía dejar de mascullar para sus adentros, como en una letanía, el nombre de Eva seguido por la misma pregunta de siempre: ¿por qué?

¿Por qué cojones había actuado así?

Seis años de relación y una hija en común no le habían importado una mierda.

¿Era más importante un tipo cualquiera de Instagram?

—Esta noche vienes, ¿no? —La voz de su hermana llegó desde la terraza.

—En principio, sí —respondió con poca seguridad.

Sus hermanos habían decidido que ya era hora de que saliera de casa. En el último año, entre el embarazo y las discusiones cada vez más frecuentes con Eva, el nacimiento de Mía, entregar el TFG[45] y empezar en a trabajar en el periódico, no había tenido tiempo de salir a divertirse. Tenía sentimientos encontrados con la salida de aquella noche. Por un lado, le apetecía pasar un buen rato con sus hermanos. Por otro lado, sabía que tenía una niña de seis meses y se sentía culpable. ¿Y si se ponía enferma y su madre le llamaba y no podía localizarle?

—No te rajes —le dijo Erika con expresión severa. Había entrado en el dormitorio sin que él la oyera y se había plantado a su lado—. Tienes cara de querer escaquearte, pero de eso nada. Es la primera vez que coincidimos todos desde hace un siglo; vienen Jorge y Juls, Diego e Iván y tú y yo. Lo vamos a petar.

Lukas compuso una mueca ceñuda al escuchar la palabra *petar*.

—Es probable que me quede dormido a las diez, es mi hora de irme a la cama.

—Pues te espabilamos tirándote agua a la cara. No hay problema.

Resopló sin hacer mucho caso a la amenaza.

—¿Dónde vamos a ir?

—Pues cenaremos en el Umai y luego iremos a la playa.

Ir a la playa, en el idioma de alguien de Benidorm, no significaba *ir a la playa*, sino bajar a recorrer los locales y bares de copas que había en primera línea de la playa de Levante. La zona, por esas fechas, estaría a rebosar de turistas. Hacía solo un año, se habría alegrado y habría sido él mismo quien propusiese algo semejante. Ahora, le apetecía mucho más una cenita tranquila en casa y luego ver una peli. Pero al ver la cara esperanzada de su hermana no se atrevió a decir nada y compuso una sonrisa.

—¿A qué hora hemos quedado?

—A las nueve y media en el Umai. Si quieres, bajo en la moto y pillamos un taxi desde aquí.

—Prefiero bajar en mi coche. No voy a beber.

—¿Nada?

—A lo mejor me tomo un par de cervezas o una copa, pero no quiero beber mucho porque mañana quiero levantarme temprano.

—Pero si es domingo.

—Ya, pero quiero subir a casa de papá y mamá.

Ella le miró durante un largo rato con la cabeza ladeada.

—Apenas te reconozco —murmuró al fin—. ¿No puedes pasarte sin tu hija unas horas? Sabes que con papá y mamá está en buenas manos.

Él asintió con gravedad y se pasó la mano por el pelo. Lo sabía. Sabía que no podía estar mejor cuidada, no obstante, la echaba de menos. Mucho más de lo que había creído.

—Lo sé. —Hizo un ademán indefinido con la mano como si no supiera qué más decir—. Es solo que… no sé.

—No hace falta que digas nada, Luke. Me parece genial lo que estás haciendo y te apoyo al cien por cien. Sé todo lo que has sacrificado.

—No es un sacrificio —rechazó. Se metió las manos en los bolsillos del chándal y clavó la vista en el suelo.

—Vale, no lo llames sacrificio. Pero ya sabemos que has renunciado a tus sueños.

Hizo un ademán alzando la palma de la mano. Prefería no pensarlo.

—Bueno, creo que hemos terminado de vaciar las cajas. —Un cambio de tema era lo más oportuno—- ¿Quieres otro café?

—Sí.
Juntos, se dirigieron hacia la cocina.

Capítulo 2

Alexia

Era su cumpleaños. Cumplía diecinueve años, pero se sentía como si tuviera muchos más. Incluso sus compañeros de trabajo pensaban que era bastante mayor. Cuando empezó a trabajar les dijo que tenía veinticuatro. Nadie lo había cuestionado. Sabía que con el maquillaje a tope aparentaba más edad. Solo su jefe conocía la verdad; se lo confesó porque le pidió sus datos para hacerle el contrato. No obstante, era un tipo legal y cuando ella le rogó que guardara el secreto, él aceptó.

Llevaba mintiendo desde los dieciséis años para poder trabajar, principalmente, y porque había descubierto que, a una chica, sobre todo si era atractiva, se le hacía más caso cuanto más mayor era. Nadie se tomaba en serio a una cría menor de edad; lo había experimentado muchas veces, así que se había convertido en una experta del disimulo y el camuflaje.

Era una cuestión de supervivencia.

Encendió la velita que cabalgaba sobre el muffin con un mechero que le había pedido prestado a uno de los camareros. La llamita osciló levemente. La sopló con suavidad y se deseó un feliz día a sí misma. Nunca pedía ningún deseo. ¿Para qué? Lo que verdaderamente deseaba era imposible.

Imágenes antiguas de alegres celebraciones en familia acudieron a ella como rápidos fogonazos. Una voz de barítono cantando y risas contagiosas. Gritos de alegría. Unos cortos bracitos rodeándole el cuello. Besitos húmedos en las mejillas y olor a colonia infantil…

Un pinchazo le explotó en el pecho y una sensación de ahogo se le concentró en la garganta, dificultándole la entrada de aire. Boqueó como una tonta mientras se llevaba una mano al esternón.

No tenía tiempo de ponerse melancólica.

La Revolución francesa se inició en mil setecientos ochenta y nueve y finalizó en mil setecientos noventa y nueve.

Federico García Lorca nació en Granada en mil ochocientos noventa y ocho, y fue asesinado en mil novecientos treinta y seis.

La batalla de las Navas de Tolosa tuvo lugar en el año mil doscientos doce.

Después de eso, trató de recordar las fechas exactas de las distintas fases de la Primera Guerra Mundial.

—La Guerra de Movimientos en el año catorce. La de Posiciones, entre el quince y el diecisiete. La Crisis del diecisiete y el Fin en el dieciocho…

Aquello no tenía mucho sentido, pero las fechas se le daban muy bien, no tenía problema en memorizarlas, y había comprobado que repetirlas en su cabeza la llevaba a relajarse. Siempre había sido así, desde pequeña. Incluso cuando era una cría y se sentía ansiosa, repetía las tablas de multiplicar una y otra vez hasta que conseguía calmarse.

Cuando se hubo tranquilizado lo suficiente, carraspeó y respiró hondo. Luego lamió el glaseado de chocolate y el placer asomó a su cara. Estaba delicioso. Lo había comprado esa misma tarde en una pastelería que había cerca de la playa y lo había escondido en su taquilla hasta saber con seguridad que nadie iba a molestarla.

Eran las doce de la noche y había buscado refugio en el almacén trasero, donde se

guardaban mesas, sillas y otros enseres que no se utilizaban con frecuencia. Solía escabullirse allí porque era un lugar al que nadie iba. Los bailarines y los artistas cuando no estaban trabajando, pasaban la mayor parte del tiempo en el vestuario o en la barra. Y los camareros solían salir a la calle durante sus pausas.

Devoró el muffin de un par de bocados sin sentirse demasiado culpable por el exceso de calorías. Tenía un buen metabolismo y no engordaba con facilidad, así que no tenía que cuidarse mucho para mantener su figura curvilínea, algo imprescindible para la clase de trabajo que llevaba desempeñando los últimos cinco meses.

Era gogó.

Bailaba todas las noches en una de las discotecas más famosa de la playa de Levante, el Go Beach Club.

Nunca pensó en dedicarse a bailar profesionalmente. Fue por casualidad que vio un anuncio en una red social y decidió presentarse a la prueba. Medía un metro setenta y dos, sus medidas eran bastante aceptables y tenía una cara bonita. No le resultó muy difícil conseguir el puesto. Al menos ganaba más dinero que sirviendo mesas, y trabajaba menos horas. La hostelería era una perpetua esclavitud. Cuando llegó a Benidorm, hacía un año, encontró trabajo como camarera en un restaurante, pero no aguantó más de siete meses. Jornadas interminables de dieciséis horas y un sueldo que apenas le alcanzaba para sus gastos y para pagar el alquiler de un piso que compartía con otras dos chicas. Sus estudios también se habían visto resentidos porque, cuando llegaba a casa después de pasarse tantas horas sirviendo mesas, lo último que le apetecía era ponerse a estudiar. No era que le encantara bailar sobre un podio ligerita de ropa, pero había podido alquilar un apartamento para ella sola y encontrar la paz que necesitaba para dedicarse a sus estudios. En mayo se había presentado a la prueba de acceso a un ciclo de grado superior y había aprobado —por los pelos—, pero aprobado era aprobado. Y solo hacía unos días había empezado con las clases para sacarse el título de Técnico Superior en Educación Infantil —le encantaban los niños—, así que, cada segundo libre que tenía lo dedicaba a empollar.

La puerta metálica del almacén se abrió con brío y la cabeza de Soraya, una de sus compañeras, apareció por ella. Llegaba acompañada por los potentes acordes de la canción que sonaba en la discoteca.

—Ale, cinco minutos.

—Voy.

Soraya le lanzó una sonrisa y se marchó.

Era una chica atractiva, rubia y con profundos ojos oscuros. Tenía un cuerpo delgado y una delantera muy generosa. Debía de rondar los treinta años y tenía mucha experiencia como gogó. Durante un tiempo había trabajado incluso como bailarina en un *night club*, desnudándose. Para pagar las facturas y sacar adelante a sus hijos, decía. Era madre soltera de dos mellizos encantadores y un poco traviesos de cinco años.

Cuando Alexia empezó a trabajar allí, fue Soraya la que se hizo cargo de explicarle cómo funcionaba todo, algo que ella agradeció profundamente porque era una novata en ese mundillo. También le enseñó cómo quitarse de encima a los sobones y pesados sin montar un escándalo. Las broncas no eran buenas para el negocio. Todas las noches, y pese a que había dos tipos enormes cerca de la puerta, trabajando para salvaguardar la seguridad de las bailarinas, siempre estaba el imbécil de turno que creía que podía propasarse con alguna de ellas. Los consejos de su amiga y mentora le habían venido muy bien.

Se puso de pie y se sacudió la minifalda, que apenas le cubría el trasero. Debajo de ella llevaba un *culotte* y completaba su atuendo un sujetador ínfimo. Todo el conjunto mostraba un

estampado de leopardo, también las botas altas de plataforma que le llegaban hasta las rodillas. Incluso se había maquillado el lado superior derecho de la cara —párpado, sien y pómulo— con las manchas típicas de ese animal.

Subió el escalón que conducía a la puerta y la abrió. La música estridente le estalló en los oídos. Era su primer pase de la noche y tenía ante sí dos horas de baile ininterrumpido, hasta que la sustituyera Apolo, el chico cubano que bailaba en el columpio. Era una delicia verle actuar y las mujeres que visitaban el lugar lo demostraban con sus gritos y silbidos.

Atravesó el oscuro pasillo de paredes retumbantes que llevaba a la discoteca y se detuvo junto a una de las barras, en el único hueco que pudo encontrar. El local estaba a reventar. Nada extraño para un sábado por la noche de mediados de septiembre. Pese a que el verano llegaba a su fin, no lo hacía el ambiente nocturno de Benidorm.

Claudia, una de las camareras, puso una botella de agua frente a ella y le guiñó un ojo. Se lo agradeció con un gesto al tiempo que la desprecintaba y bebía con avidez. Luego se inclinó sobre la barra y la dejó en el estante reservado para los empleados, sabiendo que estaría protegida de los imbéciles de turno que, a veces, echaban cosas raras en las bebidas. Nadie la tocaría allí.

Se abrió paso a codazos entre la gente hasta alcanzar la cabina del DJ. David la estaba esperando con una sonrisa gigantesca. Era un chico bastante jovencito y muy risueño, con aspecto travieso. Llevaba el pelo castaño muy corto y un piercing en la ceja. Sus ojos oscuros un poco achinados brillaban siempre entusiasmados. Era novato. Solo llevaba tres meses trabajando allí, pero se había ganado el favor del jefe porque pinchaba buena música.

—En un minuto te anuncio —le gritó para hacerse oír—. Vienes muy selvática hoy.

Ella asintió al tiempo que le sonreía. Se ahuecó la larga melena que le llegaba hasta la parte baja de la espalda y aguardó mientras sus caderas se movían al ritmo de la música. Sus ojos recorrieron el local de un extremo a otro. La tenue iluminación no dejaba ver demasiado, pero era evidente que estaba lleno de gente. También fuera, en el paseo marítimo, se agolpaban docenas de personas para disfrutar del espectáculo.

El espectáculo era ella.

Después de tantos meses había perdido su reparo inicial y ahora se limitaba a cerrar los ojos y a bailar, sin preocuparse demasiado de si su público consistía en diez personas o en cien. Le daba lo mismo. Disfrutaba bailando. Dejaba la mente en blanco y desconectaba del mundo, de su vida, de ella misma. El estruendoso ruido de la música apagaba el ruido de su cabeza.

David cogió el micro y le lanzó un beso.

—¿Con qué canción empezamos? —le preguntó.

—Sorpresa.

Alexia se rio. David era muy juguetón. Pese a que casi todo lo que pinchaba era música dance electrónica, le encantaba hacer un inciso y buscar canciones diferentes y llamativas para presentar a los gogós.

—¡Un aplauso gigante para la siguiente bailarina! —gritó mientras regulaba el volumen de la música—. ¡Nuestra chica leopardo! —Después de esas palabras, soltó un rugido salvaje bastante logrado.

Ella resopló al escucharle y puso los ojos en blanco. Siempre se inventaba epítetos curiosos para anunciar a los bailarines, aunque esa vez iba bastante bien encaminado.

El público comenzó a gritar y a aplaudir y Alexia asintió satisfecha al reconocer la canción que él había elegido. Ese *Na, na, na, come on* del principio era muy conocido. Genial. Le gustaba. Era *S&M* de Rihanna.

Se alejó de la cabina y, con ayuda de Germán, uno de los guardias de seguridad que

siempre estaban cerca, se encaramó al podio, un cubo de madera lacada en gris que se encontraba a escasos metros de la entrada, justo frente a los ventanales de cristal que daban a la playa. Estaban abiertos de par en par y dejaban entrar la brisa nocturna al tiempo que permitían a los paseantes formar parte del espectáculo.

Bajó los párpados y comenzó a bailar.

Sabía que sus movimientos eran provocativos. Ensayaba muchas veces delante del espejo en su apartamento y era consciente de su voluptuosidad. Al principio le había costado, se había comparado con las otras bailarinas y había pensado que su forma de bailar era torpe y contenida, pero con el tiempo se había ido soltando y había perfeccionado sus movimientos.

Cuanto más sexi, mejor, solía decir el gerente. Así los tíos se decantaban por ese local y no por los otros que había en la playa.

Así que aprendió a ser sexi.

Muy sexi.

Se inclinó hasta tocarse la punta de las botas con las palmas de las manos y el cabello le cayó por encima hasta tocar el suelo, como una cortina de seda que la ocultaba de la vista de los espectadores. Después se incorporó, contoneándose de un modo sensual mientras seguía la letra de la canción.

Una mano callosa comenzó a reptar por su muslo y la distrajo. Abrió los ojos con brusquedad, pero antes de poder apartarse, ya había intervenido Germán y empujaba con rudeza al tío responsable de la indeseada caricia, echándole para atrás. Ella le dio las gracias con un gesto. Luego le lanzó una mirada asesina al tipo. Un turista borracho, era notorio por sus aspavientos y su mecánica manera de moverse.

Volvió a cerrar los ojos y se dejó llevar por la canción. David ya había comenzado a pinchar sus temas favoritos. Ahora estaba con LMFAO, *Sexy and I know it*.

Se sumergió en la música y se olvidó de todo lo demás.

En un par de horas podía bailar una media de veinte canciones. A veces eran solo dieciocho, otras incluso veintidós. Aquella noche fueron veintiuna. La voz de David a través del micrófono le anunció que su pase estaba llegando al final.

—¡Y nos vamos a despedir de nuestra chica leopardo con una chica loba! Auuuuu —aulló.

La canción *Loba* de Shakira emergió potente de los altavoces. Alexia dirigió la vista hacia la cabina y le lanzó una sonrisa, que él le devolvió. Luego, un rápido vistazo a la barra le confirmó que Apolo ya estaba allí, charlando con Claudia y aguardando su turno, vestido con sus pantalones de falso cuero y sin camiseta.

Buscó a Germán para que le echara una mano, pero no le localizó, así que se dispuso a saltar al suelo ella sola. Debía de tener mucho cuidado porque las plataformas de las botas eran mortales. Sin embargo, en el último momento, una mano apareció en su campo de visión. Aparentemente, alguien se había apiadado de su dilema y había acudido a socorrerla. Se aferró a aquella mano sin dudarlo y descendió del podio. Luego se giró para dar las gracias a su rescatador.

La primera impresión fue más que buena.

Era un joven de su misma altura —eso no significaba mucho, dado que sus tacones elevaban su estatura en bastantes centímetros—, con el pelo castaño tirando a rubio y ojos claros. Sus facciones eran finas como las de un adolescente, pero Alexia se dio cuenta rápidamente de que no lo era. Quizá por la serenidad de su mirada o por su expresión seria.

Llevaba unos vaqueros azules desteñidos y una sencilla camiseta blanca con cuello de

pico. Estaba delgado, pero en sus brazos se apreciaban músculos bien definidos.

Era una belleza de hombre.

Y parecía incómodo con la situación.

—Gracias —le dijo.

Él se limitó a asentir y a regalarle una sonrisa forzada, luego se dio media vuelta y se escabulló con prisas.

Ella le siguió con los ojos, desconcertada por su peculiar actitud, hasta que su figura desapareció entre la gente.

Qué tío más raro.

—Has estado genial —la alabó Apolo que se había situado a su lado sin que se diese cuenta.

—Gracias, bombón. Mucha suerte.

—No la necesito. Soy el mejor.

Ella se rio. Quizá el cubano fuera engreído, pero podía serlo. Como él mismo decía, era el mejor.

Se alejó, cediéndole su lugar en la plataforma. Mientras se abría paso entre la gente, camino de los vestuarios, comenzó a escuchar los gritos entusiastas de las mujeres.

Apolo tenía un gran club de fans.

Capítulo 3

Lukas

Chica leopardo.

La voz del DJ la había anunciado así y era obvio por qué.

La faldita, el sujetador y las botas mostraban el característico estampado de manchas.

—¿Te gusta? —le preguntó Erika a voces, dándole un codazo.

—¿Cómo? —Apartó la vista de la gogó y miró a su hermana con el ceño fruncido.

—La chica del podio. —La señaló con el dedo.

La música era estridente y no permitía mantener ninguna conversación, a lo sumo, alguna que otra frase a gritos.

—Para nada.

Estaba demasiado distraído para prestarle mucha atención a la bailarina.

Había ido veinte mil veces al Go Beach Club en su vida, pero esa noche, cuando Eri y Juls propusieron acabar la velada allí, se le había encogido el estómago. Quizá porque era un sitio que había frecuentado con Eva y le aterraba que hubiese una mínima posibilidad de encontrarse con ella. El rencor que sentía era gigantesco y no sabía cómo reaccionaría si volvía a verla.

Hacía mucho tiempo que su ex había desaparecido y era poco probable que un encuentro fortuito sucediera. No obstante, cuando entraron al local, él lo hizo con aprensión y los puños crispados. Por supuesto, ella no estaba. Y sus amigas, que también eran asiduas visitantes del lugar, tampoco.

Eso le relajó bastante.

Les costó entrar y acceder a la barra —parecía como si toda la población de Benidorm hubiera decidido ir allí esa noche—, pero finalmente consiguieron hacerse un hueco y pedir sus consumiciones. Sonaba *Ooh La La* de Goldfrapp.

Lo cierto era que se lo había pasado bien durante la cena. Sus hermanos eran geniales. Desde el mayor, Diego, que se mostraba siempre más serio, pero que sabía seguir las bromas con desenfado, pasando por el travieso e irónico Jorge, y terminando con la loca de Eri, siempre dispuesta a soltar una buena carcajada. Lukas los adoraba. Y sus parejas también encajaban perfectamente con ellos. Juls, la chica de Jorge, era abierta y risueña, y dado que también había estudiado periodismo, siempre tenía buenos consejos que darle. Iván, el novio de Diego, era su mejor amigo y la persona en quien más confiaba en el mundo. Era parte de su familia.

La cena en el japonés fue divertida. Se pelearon en broma para decidir qué iban a comer y luego se entretuvieron recordando anécdotas de viajes, de conciertos y de reuniones familiares.

Por primera vez en semanas, Lukas se permitió relajarse. Casi había olvidado lo fácil que era estar con sus hermanos. Pese a la diferencia de edad —él era el benjamín de la familia—, siempre habían contado con él para todo.

Recorrió a su grupito con los ojos. Juls y Erika bailaban una frente a la otra con movimientos exagerados y Jorge las contemplaba con una sonrisa. A solo unos pasos, Diego e Iván parecían muy enfrascados en una conversación mientras se miraban con ojitos dulces. Destilaban tanto amor que uno se sentía excluido automáticamente. En seis años de relación con Eva, jamás había tenido algo semejante. O quizá sí, al principio. No lo recordaba.

Como si el pensar en ella le hubiera llevado a un lugar desagradable, su ceño se frunció y un sabor amargo acudió a su garganta.

«Olvídala. No merece la pena».

Carraspeó y se sacó el móvil del bolsillo. Había hablado con su madre hacía una hora para preguntarle por Mía. Ella le aseguró que la niña estaba muy bien y que no tenía de qué preocuparse. Sin embargo, los dedos le hormigueaban por las ganas de volver a llamarla. Revisó la hora y se percató de que era la una y media. Un poco tarde, ¿no?

—Haz el favor de guardar el teléfono —le gritó Jorge que se había acercado sin que se diera cuenta.

Le echó una ojeada, sintiéndose culpable. Durante la cena, había prometido a sus hermanos no mirar el móvil cada cinco minutos.

—Solo estaba viendo qué hora era.

Jorge arqueó una ceja, gesto que fue acompañado por un resoplido incrédulo.

—Anda, que se lo crea tu tía. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Si eras el terror de los locales de Benidorm… Los cerrabas todos.

—Es lo que tiene ser padre. Ya me lo dirás cuando te toque —repuso y luego bebió de su copa.

—Calla, calla, que es muy pronto. Solo llevamos nueve meses viviendo juntos… ¡Coño! ¡Nueves meses! —se rio al darse cuenta de sus palabras—. No somos tan rápidos como tú.

Lukas hizo una mueca desdeñosa. No le importaba demasiado que los miembros de su familia se empeñaran en gastarle ese tipo de bromas. Estaba acostumbrado. Los Alba eran así, capaces de sacar la parte más irónica y graciosa de cualquier situación, por muy negativa o triste que fuera. Él mismo lo hacía.

Su mirada recorrió la pista de baile hasta recalar de nuevo en el podio. La música había cambiado y ahora sonaba *Adagio for Strings* de DJ Tiesto. La chica leopardo se movía de un modo muy sensual, haciendo oscilar las caderas a una velocidad de vértigo; su largo cabello rebotaba contra su espalda. La sala estaba muy poco iluminada y no podía distinguir sus facciones. Quizá fuera guapa, quizá no.

Volvió a darle un trago a su bebida. Era ginebra con limón, la primera y última copa de la noche. Le había pedido a la camarera que no se la cargara demasiado ya que había bajado en coche y su intención era volver a su piso de la misma manera. Finalmente, Eri había dejado la moto en el garaje de su edificio y le había acompañado en su vehículo. Se iba a quedar a dormir en su piso, en el sofá cama del salón.

La miró de reojo. Agitaba la melena con sacudidas violentas, adelante y atrás. Ella sí que había empinado el codo. Al vino de la cena le sumaba ya un par de copas y parecía desatada. Al contrario que otras personas que, cuando bebían, se amodorraban, Eri se convertía en un puto torbellino y desarrollaba una energía portentosa. Podía bailar durante horas con el subidón.

Quizá no había sido una buena idea dejar que se quedara a dormir en su casa, especuló. Era probable que no pegaran ojo en toda la noche.

Una risita nostálgica escapó de su garganta.

Si bien estaba cansado y pillar su cama se le antojaba como un regalo de los dioses, echaba de menos esas noches locas con su hermana.

Como si la hubiera conjurado, ella se dio la vuelta y se acercó a él. Le echó los brazos al cuello y dejó caer su peso contra el suyo. Estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

—Esta noche empalmamos, ¿no? —le gritó en el oído—. ¡De aquí a las discotecas de la carretera!

No tuvo tiempo de responder cuando se fijó en que ella se reía con malicia.

—Lo de las discotecas es broma, pero lo de empalmar va en serio. He llevado bebida a tu casa y la he puesto en el frigo.

Lukas arrugó la nariz.

—Estás de coña.

—*Istís di quiñi* —se burló ella—. Son solo unas cervecitas. Echo de menos nuestras reuniones nocturnas.

Él puso los ojos en blanco con resignación. De hecho, había aceptado que aquello podía suceder.

En ese momento, Iván se aproximó a ellos con una sonrisa resplandeciente.

—¿Has conseguido despegarte de la boca de Diego? —preguntó Erika con retintín.

—Menuda envidiosa de mierda —repuso y le pegó un suave tirón de pelo—. ¿Qué pasa, Luke? ¿Quieres otra? —le ofreció al ver su copa casi vacía.

—Bueno… —vaciló.

—Tráesela —se inmiscuyó Erika—. Pero poco cargada que tiene que conducir.

Iván asintió antes de darse media vuelta y dirigirse hacia la barra.

—Espectacular —masculló su hermana.

—¿Qué?

—La chica esa. Mira cómo se mueve. Si yo fuera un tío me liaría con ella.

Lukas dirigió la vista hacia el podio sin mucho interés. Sonaba una de las viejas canciones de Shakira y la chica se movía de un modo muy tentador, siguiendo la letra. Era una gran bailarina y muy sensual. Demasiado explosiva para su gusto. Solían atraerle las mujeres más sencillas, atléticas y sin mucho artificio.

Como Eva.

Gruñó cuando el nombre le acudió a la cabeza.

—Oh, mira, quiere bajarse de la plataforma y nadie la ayuda. Anda, échale un cable.

Lo siguiente que supo fue que su hermana le daba un empujón tremendo. En dos segundos estaba al lado del bloque de madera sobre el que bailaba la gogó. Chasqueando la lengua, por lo absurdo de la situación, alzó una mano y la ayudó a bajarse.

Ella le miró.

Algunos mechones de pelo le caían sobre la cara. El lado que quedaba libre estaba maquillado como el de un leopardo.

Curioso.

—Gracias.

Él asintió y le sonrió con educación, luego se dio la vuelta y se encaminó hacia el lugar donde estaba Erika, riéndose como una tonta.

—¿Es guapa de cerca?

—Ni idea. Lleva tanto maquillaje que ni me he fijado —comentó con un encogimiento de hombros, a sabiendas de que su indiferencia la haría rabiar.

—Ya. Claro —repuso, escéptica.

Iván regresó junto a ellos y le tendió el largo vaso de tubo a Lukas.

—Mañana vamos a jugar al pádel por la mañana —anunció—. Tenemos pista a las once en La Cala. ¿Os animáis? La hemos reservado para dos horas.

—Yo paso —respondió Erika—. Voy a estar resacosa. Dormiré hasta mediodía.

—¿No tendrías que pedirme permiso? Vas a dormir en mi sofá.

—Papá, papá —canturreó con voz de niña pequeña—. ¿Puedo levantarme tarde?

Lukas le sacó la lengua.

—Yo voy a subir pronto al chalet a ver a Mía —dijo, dirigiéndose a Iván—. Contad conmigo. Luego me paso.

—Jorge ha dicho que también se apunta, así que genial porque seríamos cuatro.

La música había cambiado radicalmente. El DJ había seleccionado una mezcla de bachata y música electrónica bastante peculiar.

El podio lo ocupaba ahora un chico mulato. Vestía con botas y pantalones negros. Su torso brillaba por efecto de algún tipo de purpurina. Se había agarrado a unas cuerdas que pendían del techo, que hasta ese momento habían permanecido ocultas y estaba haciendo unas acrobacias dignas de la pista central de un circo.

—Mira —le dijo a Erika, señalando al bailarín—. ¿Ese no es tu tipo?

—Hemos llegado a un punto en que todos son mi tipo —respondió con una risita.

A él le entró la risa al escucharla.

—Tampoco llevas tanto tiempo sin pareja —comentó Iván.

—Cuatro meses hace que no salgo con nadie. Voy a tener que irme fuera a pescar. En Benidorm los conozco a todos y paso.

—Pues vete a Madrid. Creo que allí hay un tipo que te pone bastante —bromeó Lukas con malicia.

Se refería al hermano de Juls, Félix. Desde que Erika descubrió unas fotos suyas se había quedado prendada, solo que él era once años mayor que ella y alérgico al compromiso. Había insistido mucho para que Juls le pasara su número de teléfono y esta lo había hecho. Sin embargo, algo raro debía de haber sucedido entre ellos porque Eri ya solo hablaba de él en tono indiferente.

—Es mi némesis —farfulló—. Pero no desespero. Quizá algún día las cosas cambien. Tengo tiempo.

El optimismo de Erika era refrescante.

Lukas le dio su vaso a Iván y le hizo un gesto para indicarle que iba al aseo.

Se abrió paso entre la gente con dificultad hasta que alcanzó la parte posterior del local. En el corredor que conducía a los baños había unas cuantas chicas hablando entre ellas, pero se hicieron a un lado para dejarle pasar.

Estaba a punto de llegar al aseo de hombres, cuando la puerta del de mujeres se abrió y una chica salió al pasillo. Estuvo a punto de chocar con él.

—Ups, perdona —se disculpó. Y le miró de frente—. Ah, eres el de antes.

Era la chica leopardo. Seguía luciendo la misma ropa y el mismo maquillaje de antes, pero ahora que la veía de cerca y con más luz, le pareció diferente, más joven que en la pista. Debía de rondar los veintitrés o veinticuatro años.

Tenía unos ojos color chocolate muy expresivos.

—Sí —contestó.

—Gracias por ayudarme a bajar de la plataforma —le dijo con una sonrisa franca, sin el menor atisbo de flirteo.

—No es nada.

Incluso si no hubiese llevado aquellos tacones kilométricos, su estatura estaba por encima de la media. Sus miradas quedaban a la misma altura y él no era bajito. Medía poco más de un metro ochenta.

Transcurrieron unos segundos de incómodo silencio.

—Eh, bueno, pues hasta luego —se despidió ella al fin, rozándole el brazo.

—Sí, adiós.

Se apartó para dejarla pasar y ella se escabulló al final del corredor.

Él se quedó un rato parado con la frente arrugada. El ligero roce de su mano en el brazo le había dejado sin palabras. Quizá porque hacía meses que nadie le tocaba. En verdad, algo más de un año.

A veces, echaba de menos el contacto físico de una chica, una caricia afectuosa o un beso suave.

Se pasó la mano por el mentón y echó a andar hacia el aseo.

Capítulo 4

Alexia

Alicaída, salió del despacho del gerente, aunque la noticia de que sus horas de trabajo se iban a ver reducidas después del puente de octubre no la había pillado por sorpresa; ya se lo esperaba. En el mismo momento en el que firmó el contrato en mayo, ya le informaron de cuáles eran las condiciones. La empresa recortaba la jornada de los gogós en invierno. No obstante, había soñado con un milagro y esperado que la contrataran como camarera de día de la terraza o algo así.

Pero no.

En un plazo de dos semanas solo iban a necesitarla de jueves a domingo. Y su sueldo se iba a ver reducido casi a la mitad.

Con la música que llegaba desde la discoteca algo amortiguada, se encaminó al vestuario, echando cuentas mentales de sus gastos fijos. No creía poder llegar a fin de mes con el sueldo reducido. Tenía que pagar el alquiler, la luz, el agua, el desplazamiento a Alfaz del Pí todos los días para ir a clase, la comida, el teléfono y mil cosas más.

—Eh, niña —la llamó una voz.

Alzó la cara y vio a Borja que salía del aseo de hombres, abrochándose la bragueta.

—Hola —le saludó.

Borja era uno de los camareros. Era alto, con el fornido cuerpo lleno de tatuajes y un piercing en la nariz. Tenía el pelo muy rubio y los ojos verdes, herencia de su abuela noruega, solía decir. Llevaban unos meses enrollándose esporádicamente y él parecía creer que tenía algún derecho sobre ella, aunque quizá la culpa fuera suya porque no se había molestado en contradecirle.

Se acercó y la abrazó por el talle mientras le rozaba la barbilla con los nudillos.

—¿Pasa algo, nena?

Alexia estuvo a punto de poner los ojos en blanco al escuchar esa palabra. Le parecía ridícula.

—No, lo que ya me imaginaba. Me acaban de confirmar que no me necesitan todos los días, solo de jueves a domingo. Así que voy a ver cómo me las apaño.

—Me tienes a mí. Yo puedo cuidar de ti —repuso él con una sonrisa presuntuosa.

Se mordió la lengua para no decirle que ella no necesitaba a nadie y menos a un hombre. Llevaba cuidando de sí misma tres largos años.

—No te comas la cabeza —le dijo al fin—. Ya me las arreglaré.

No recibió ninguna réplica, solo un beso violento en la boca que la dejó sin aliento.

—¿Vienes a casa cuando acabemos? —le dijo él al oído al tiempo que lamía el lóbulo de su oreja.

Se sintió tentada de aceptar porque si Borja tenía algo especial era que, en la cama, se portaba como un campeón. Era incansable. Lástima que fuera de ella no tuviese muchas más características que le atrajeran. Solo sabía hablar de su gimnasio, de las máquinas que usaba para entrenar, de los suplementos alimenticios que tomaba, de su dieta personalizada, del tamaño de sus músculos, de su entrenador personal y del peso que era capaz de levantar con cada parte de su cuerpo.

—No puedo —dijo y se apartó—. Viene Soraya a dormir a mi apartamento. Voy a esperarla.

Su amiga estaba en el podio, terminando su actuación, que era la última de la noche. Pese a que el local no cerraba hasta las cinco de la mañana, los bailarines acababan antes.

—Mañana te recojo en tu casa por la tarde y venimos juntos.

No pudo protestar, porque él se giró y se alejó, dejándola sola en el corredor.

Le molestaba esa actitud posesiva que mostraba cada vez con más frecuencia. Últimamente, incluso tomaba decisiones por ella. Iba a tener que hablar en serio con él.

La música que llegaba de la sala la acompañó en su camino hacia el vestuario. Sonrió al darse cuenta de que era *Wake me Up* de Avicii. Esa canción le encantaba a Soraya, así que estaría disfrutando a lo grande mientras bailaba.

El lugar donde los bailarines se cambiaban de ropa y se maquillaban era una estancia pequeña, con taquillas de madera en una pared, un sofá, unas cuantas sillas y una puerta que conducía a los aseos. No había mucho más.

Después de coger su ropa de calle, se encerró en uno de los dos cubículos y se quitó las botas blancas, los breves pantaloncitos y el sujetador de fantasía. Se lavó someramente en el lavabo y se desmaquilló. Hubiera sido genial poder ducharse, pero no había posibilidad en aquel lugar. Se puso unos vaqueros holgados, una camiseta y las deportivas, y se recogió la larga melena en una coleta alta. El espejo le devolvió la imagen de una chica joven, de facciones redondeadas y expresivos y rasgados ojos oscuros. Así, sin maquillaje, no aparentaba los veinticuatro años que fingía tener.

Se encogió de hombros con displicencia y salió a la salita. Se sentó en una silla y comenzó a revisar sus redes sociales. Apenas había nada especial, unos cuantos *Me gusta* en alguna foto y un comentario poco oportuno, que eliminó con impaciencia.

La puerta se abrió con ímpetu y una acalorada Soraya apareció por ella.

—¡Joder, qué calor hace esta noche!

Mientras decía eso, se arrancó la peluca negra que cubría su rubio pelo corto. Lucía un mono ajustado de licra de color fucsia con un exagerado escote.

Alexia le lanzó una sonrisa.

—No tardo nada en cambiarme y nos largamos.

Desapareció en uno de los aseos, pero dejó la puerta entornada.

—¿Has hablado con el gerente? —preguntó en voz alta.

—Sí. Lo que ya sabíamos.

—Qué putada. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo una vecina que me ha dicho que me puede conseguir algunas casas para limpiar. No me va a quedar otra. Solo puedo trabajar por horas. No puedo buscarme otro curro que me ocupe el día entero. No quiero dejar las clases.

—Ya. Pero limpiar casas es jodido. Dímelo a mí. Yo limpio dos y, bueno, una no está mal porque los hijos ya son mayores, pero la otra es un desastre. Tienen cuatro niños pequeños y te puedes imaginar la de mierda que recojo. Hay padres que no saben educar a sus críos.

—Bueno, tampoco es que tenga muchas opciones.

—Deberías cuidar niños. Con los míos te portas fenomenal.

Alexia sonrió. Elena y Javi eran dos encantos que no daban nada de guerra. Los había cuidado en alguna que otra ocasión para echarle un cable a su madre, pero dado que no tenía experiencia demostrable y carecía de titulación, ningún extraño la dejaría al cuidado de sus hijos.

La nostalgia se le instaló en el pecho cuando los recuerdos acudieron a ella. Tragó saliva

para ahuyentar la imagen que apareció en su cabeza.

Rizos oscuros, labios gorditos y naricita respingona…

La guerra de Vietnam tuvo lugar entre mil novecientos cincuenta y cinco y mil novecientos setenta y cinco.

Julio César nació en el año cien y murió en el cuarenta y cuatro antes de Cristo.

—Además, ¿no estás estudiando para ser cuidadora de críos?

La pregunta de Soraya la trajo de nuevo a la realidad.

—Eh, sí, pero acabo de empezar —repuso, pestañeando repetidas veces para dispersar la humedad que se le había acumulado en los ojos—. Todavía tengo dos años por delante.

—Pues yo creo que se te daría mejor cuidar niños que limpiar casas. Tania también está encantada contigo.

Tania era otra compañera de trabajo que tenía una niña de tres años, Leire. También la llamaba de vez en cuando para quedarse con la pequeña.

Soraya salió del aseo ya vestida de calle, con vaqueros estrechos y una blusa de lunares. De sus orejas pendían dos aros dorados gigantes.

—¿Y te pones tan guapa solo para ir a mi casa a dormir?

—Hija mía —comenzó con fingido tono condescendiente—, imagina que de camino al coche encuentro al hombre de mis sueños.

—¿A las cuatro de la mañana? ¿En Benidorm y por la calle? —Alexia soltó un soplido jocoso—. ¿No eras tú la que decías que a partir de cierta hora ya no había jamón serrano del bueno sino solo mortadela?

—Me conformaría con mortadela con tal de que tuviera un trabajo estable y quisiese a mis hijos. No pido mucho.

Alexia la miró con simpatía. Sabía la vida tan dura que había llevado Soraya hasta el momento. No obstante, ¿eso no era conformarse con poco? Quizá cuando tuviese la edad de su amiga pensase igual que ella, pero todavía no había perdido la esperanza de conocer a alguien especial y enamorarse.

—¿Cómo vas tú con tu mortadela?

La miró sin comprender.

—Con Borja.

—Ah —se rio—. Creo que Borja no entra en la categoría de mortadela. Más bien es como la sobrasada: intensa y fuerte, pero en demasiada cantidad, empalaga.

—Ten cuidado con él que se pone muy intensito. Ya ha tenido alguna que otra bronca por cuestión de chicas.

—Lo he notado. Es muy posesivo y eso no me mola nada.

—Pues no dejes que vaya a más —advirtió—, que luego a esos tíos no te los quitas de encima ni con agua caliente.

Alexia asintió.

Hablaría con él al día siguiente, cuando fuera a buscarla.

Recogieron sus cosas y abandonaron el vestuario. Atravesaron la discoteca, despidiéndose de sus compañeros. El volumen de visitantes había disminuido considerablemente y no tuvieron problemas en alcanzar la puerta.

Soraya solía dejar su coche lejos de la discoteca para evitar las zonas con parquímetro, así que tuvieron que andar una distancia considerable.

—Creo que es mi primer fin de semana sin niños desde hace un siglo —comentó—. Ojalá que mis padres se ofrecieran con más frecuencia a quedárselos por el día. Pero tampoco puedo

ser muy exigente que bastante hacen cuidándolos por las noches.

Se cruzaron con un grupo de chicos jovencitos que empezaron a silbar y a decirles cosas soeces. Los ignoraron. Era algo frecuente en esa zona tan cercana a las discotecas y a esa hora, cuando el alcohol se convertía en el protagonista de la noche.

—Volviendo a lo de antes, deberías trabajar con críos —volvió a decir Soraya.

—A ver, me encantaría, pero no es posible.

—Uno de los hijos de la familia donde limpio, ha tenido una niña hace poco. Da una lastimita que la lleve a la guardería siendo tan pequeña. Seguro que tú serías una opción mejor. Además, que tienes aspecto de chica formal y no eres una cría, que ya tienes una edad.

Alexia se mordió el labio. No era que le gustara demasiado mentir a su amiga, una de las pocas que tenía, pero cuando empezó a trabajar en el Go y alguien le preguntó sus años, mintió. Soraya estaba presente y la creyó. No se había molestado en aclarar el malentendido.

Carraspeó con suavidad.

—Eh, hay una cosa que no te he dicho nunca.

La otra la miró con las cejas levantadas.

—¿Es algo muy importante, como que eres una asesina en serie o una pervertida?

—¡No! —exclamó y soltó una carcajada—. Es sobre mi edad.

—¿Te pones años? Porque yo lo hacía siempre cuando era una cría, para que me dejaran entrar a las discotecas. Ahora me los quito —añadió con sarcasmo.

—Sí, es eso.

—¿Cuántos tienes? ¿Veintidós?

—Diecinueve.

Soraya se detuvo en medio de la acera.

—¡Joder! ¡Pero si eres una niña! No me lo esperaba. Pareces tan adulta. Y no por tu cara, pero, no sé, es tu actitud…

—Ya —murmuró, encogiéndose de hombros.

—¿Llevas mucho tiempo por tu cuenta? —preguntó y volvió a ponerse en movimiento.

—Casi tres años.

—Pues no me extraña que hayas madurado tan deprisa —concedió con un asentimiento —. En la vida, o aprendes o te dan por culo.

Alexia estaba a punto de replicar, pero Soraya se detuvo de nuevo, le pasó un brazo por encima de los hombros y la apretó contra su pecho.

—Ay, mi niña. Podrías ser mi hija…

—Tampoco tanto —musitó con una sonrisa.

—¿Acaso sabes cuántos años tengo?

—No sé. Unos treinta.

La carcajada que salió de su garganta fue muy potente.

—¿Treinta? Añade otros diez.

—¿Cuarenta? —Alexia abrió la boca, estupefacta.

—Sí, hija.

—No los aparentas.

—Mi dinerito me ha costado. Que el bótox y el ácido hialurónico no se pagan solos.

Alexia aguantó una risita. No era por lo que había dicho, sino por cómo lo había hecho.

Tenía suerte de haber encontrado a Soraya y de que hubieran congeniado tan bien. Si una cosa echaba de menos Alexia era tener amigos, pero con la vida tan caótica que llevaba, era algo imposible. Nunca se quedaba demasiado tiempo en un sitio, siempre iba buscando algo mejor.

Aunque ahora que ya no tenía que huir porque había alcanzado la mayoría de edad, tenía la intención de echar raíces y Benidorm le parecía un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Nunca hablas de ti —le dijo su amiga.

—No hay mucho qué contar —rechazó con vaguedad.

—Eso no me lo creo. Si llevas buscándote la vida desde los dieciséis has tenido que vivir de todo. Pero no hace falta que hablemos de ello, si no quieres. Que sepas que puedes confiar en mí.

—Lo sé.

Llevaba tanto tiempo guardándose su historia, que no sabía si podría hablar de ella sin romperse. En algún momento le contaría todo a su amiga. Lo haría, se prometió con firmeza.

En algún momento.

Como si supiera que el tema le resultaba incómodo, Soraya comenzó a hablar de sus hijos. Los ojos le resplandecían cuando lo hacía. Eran su principal motivo para levantarse por las mañanas y aguantar cualquier cosa, decía siempre.

No tardaron en alcanzar el coche. Dejaron sus bolsas en el maletero y se encaramaron a los asientos. Las calles estaban desiertas y no tardaron en llegar a su destino, que solo estaba a un par de kilómetros de distancia.

El apartamento donde vivía Alexia se encontraba ubicado en una urbanización de casitas bajas en la zona de los Juzgados, frente a un enorme parque urbano. Los dueños de una de las casas la habían reformado y habían conseguido crear tres apartamentos diminutos en el espacio de una sola vivienda. El de Alexia medía veinticinco metros cuadrados y la única estancia separada era el baño. El resto de las habitaciones convergían en una sola: salón, dormitorio y cocina americana. Un biombo de mimbre dividía el área de la cama del resto. Al menos, había un sofá cama de dos plazas para poder invitar a alguien a pasar la noche.

Era la primera vez que Soraya se quedaba a dormir. Habían planeado pasar el domingo juntas, ir a la playa por la mañana y comer por ahí, por eso Alexia la había invitado a dormir. Su amiga vivía lejos, en un pueblo del interior a treinta kilómetros de Benidorm

—¿Cuánto pagas por este cuchitril? —le preguntó Soraya cuando entraron, después de echar un vistazo a su alrededor.

—Cuatrocientos.

—Demasiado para lo que es.

—No hay nada independiente más barato. Y paso de compartir piso. Necesito tranquilidad para estudiar.

—Haces bien en estudiar. Mírame a mí que ni acabé la EGB. Tengo que conformarme con limpiar casas y bailar medio en bolas. —Mientras decía eso, se dejó caer sobre el sofá y comenzó a acariciar el reposabrazos con desinterés.

Alexia sacó dos botellas de agua del frigorífico y le tendió una. Luego se sentó a su lado.

—Pues yo creo que eres una mujer admirable —le dijo con seriedad.

Soraya giró la cara y la miró de frente con una expresión indescifrable en el rostro.

—Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad. Espero que no cometas los mismos errores que cometí yo. Tú sigue estudiando y no lo dejes. Estoy segura de que llegarás lejos —murmuró y alzó la mano para acariciarle la mejilla.

Era la primera vez en mucho tiempo que alguien le mostraba afecto y, de pronto, se sintió muy vulnerable. Bajó la vista y la clavó en la punta de sus deportivas.

—¿Y si cambiamos el agua por algo más fuerte y vemos amanecer mientras hablamos? —propuso Soraya con una sonrisa ladeada—. Solo faltan un par de horas y luego podemos

dormir en la playa.

Alexia carraspeó y se aclaró la garganta.

—Me parece genial. Si el licor de manzana te parece lo suficientemente fuerte, porque es lo único que tengo.

—Saca la botella, anda.

Ambas rieron.

Capítulo 5

Lukas

Mía le miraba con esos ojos suyos tan preciosos que le calentaban el alma mientras succionaba la tetina de su biberón haciendo ruiditos muy graciosos.

—Eres la niña bonita de papá, ¿verdad? —susurró con ternura.

Se había acostumbrado a hablar en voz baja y con mucha dulzura delante de su hija. Había descubierto que cada vez que gritaba o se enfadaba, Mía hacía pucheritos y se ponía a llorar, asustada. Él siempre fue alborotador y gritón y le había costado bastante modular su tono, pero lo había conseguido.

Pequeños sacrificios.

—¿Te gusta la leche de fórmula, peque? Está muy rica, ¿verdad? —le dijo mientras le acariciaba la mejilla. Todavía le maravillaba que pudiera ser tan suave—. Dice tu pediatra que ya tenemos que empezar a darte otras cositas. Hoy vas a comer tu primer puré. Ya veremos si te gusta.

Estaba nervioso y no quería afrontar aquella experiencia él solo. Le aterraba pensar que la niña pudiera vomitar o que se atragantara. Por eso había madrugado y estaba en casa de sus padres ese sábado por la mañana.

Además, así mataba dos pájaros de un tiro.

Sus padres no paraban de decirle lo mucho que le echaban de menos desde que se había mudado. A la niña. A él no tanto. Eso le recordaba su padre siempre en tono jocoso.

Había preparado un biberón y ahora estaba sentado en el sofá con las piernas flexionadas y los pies descalzos apoyados en la mesa baja de centro. Tenía a la niña sobre los muslos, frente a él. Esta le pegaba pataditas en el estómago que le hacían reír.

¿Acaso había algo más bonito en el mundo?

Repasó las delicadas facciones con la mirada. Tenía los inconfundibles ojos azules de su familia y una pelusilla rubia le cubría la cabeza, pero la nariz y la barbilla eran las de Eva, de eso no había duda.

—¿Cuándo has llegado?

Giró la cabeza y se encontró con su madre, que accedía al salón desde el pasillo. Era obvio que se acababa de levantar. Solo llevaba un vestido blanco muy largo de estilo ibicenco y el pelo suelto sobre los hombros.

—Hace un rato.

—Es muy pronto —dijo, aguantando un bostezo.

—Os he traído a la peque, pero si quieres me voy.

—¡Oh! —exclamó ella al dar la vuelta al sofá y percatarse de que sostenía a la niña en brazos—. *Mein süsses Mädchen!*[46] —murmuró con deleite al tiempo que extendía los brazos para cogerla.

Lukas se rio entre dientes.

—Espera que termine de comer, ¿no?

Como si le hubiera entendido, la pequeña soltó la tetina del biberón con un pop y agitó los bracitos en el aire.

—Quiere venir conmigo. ¿Lo ves? Soy su *Omi*[47] favorita.

Era así.

Pese a que Mía también era la única nieta de los padres de Eva, no se preocupaban tanto como lo hacían sus padres. La querían mucho, pero no eran jóvenes y con una visita una vez a la semana tenían suficiente. Lukas se había acostumbrado a ir a verlos todos los domingos para que pudiesen ser testigos de los progresos de su nieta.

Cogió el biberón ya vacio y le tendió la niña a su madre. Luego se puso de pie y se estiró. Sus ojos se dirigieron al jardín. Suaves rayos de sol bañaban la superficie de la piscina, arrancándole cegadores reflejos.

—¿Te quedas todo el fin de semana? —le preguntó su madre.

—Sí. Si no tenéis otros planes.

—No tenemos. Tu padre va a estar muy contento —dijo.

—¿Por qué voy a estar contento? —preguntó una voz estentórea desde el corredor.

—¡No hables alto, Tony! —le amonestó su mujer.

Mía había comenzado a arrugar la barbilla y a torcer la boca al escuchar el vozarrón de su abuelo.

—¡Pero si es mi chiquitina! —musitó Tony en voz baja.

Lukas vio cómo el semblante de su padre se iluminaba al ver a su nieta.

Meneó la cabeza con nostalgia al recordar la reacción de sus padres cuando se enteraron de que Eva estaba embarazada. Una mezcla de sorpresa y desazón. Hubo muchas conversaciones y charlas varias que Lukas soportó con estoicismo. Sus padres eran de una generación muy liberal y les pidieron que pensaran ante todo en ellos mismos y en su futuro. Creían que no tenían la madurez necesaria para tener un hijo y criarlo. Pero cuando vieron que la decisión de seguir adelante con el embarazo era inamovible por parte de los dos, los apoyaron incondicionalmente.

Y una vez que Mía llegó a sus vidas, se desvivieron por ella. Tanto a su padre como a su madre se les caía la baba con la niña. Y tras la marcha de Eva, se volcaron en apoyarle de un modo increíble.

Jamás lo hubiera conseguido sin ellos.

En ese instante, Mía soltó un potente eructo que hizo que los tres se rieran.

—¿Has desayunado? —le preguntó su padre.

—Sí, pero no me vendría mal otro café.

—Pues hazlo tú —le pidió mientras ponía caras raras para que la niña se riera.

Lukas se acercó a la isla de la cocina donde estaba la cafetera de cápsulas y preparó cafés para los tres. *Ristretto* para él y para su padre, *Volluto Decaffeinato* para su madre. También sacó el pan de molde de una de las alacenas y puso un par de rebanadas en la tostadora.

—¿Está Erika? —preguntó.

—Sí, pero no la esperes para desayunar. Ha llegado a casa hace una hora. Anoche salió con sus amigas —repuso su padre.

Eri era la única de los hermanos Alba que todavía vivía con sus padres. Hacía años que Diego, el mayor, se había comprado un piso en el centro de Benidorm, en el que vivía actualmente con Iván. Y Jorge vivía de alquiler en el Albir con su novia.

Sirvieron los cafés y las tostadas y se sentaron los tres a la mesa que había cerca del ventanal. Su madre no había soltado a Mía que jugueteaba muy interesada con los flecos del escote de su vestido.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó.

—Bastante bien.

No era quizá la respuesta más sincera, pero sí la única que iba a ofrecerles a sus padres.

No quería que se preocuparan por él más de lo que ya lo hacían.

Hacía unas semanas había comenzado a trabajar en la redacción de un periódico comarcal que publicaba noticias para los ciudadanos germanoparlantes de la zona. Tenía un horario decente y un sueldo que no estaba mal para ser un recién llegado a la plantilla. Sus jefes —un matrimonio alemán— eran encantadores. Incluso le habían ofrecido que tuviera un horario flexible hasta que su niña se adaptase a la guardería. Era un buen trabajo para alguien que acababa de terminar sus estudios y que carecía de experiencia.

Solo que no era lo que él quería.

Estudió periodismo porque deseaba viajar y hacerse corresponsal en el extranjero. Durante sus años en la universidad comenzó a hacer cursos especializados en política exterior, pensando que, quizá, en un futuro, terminaría yéndose a algún otro país. Había planeado hacer un máster en Periodismo Económico en Madrid al acabar la carrera, pero entonces llegó el embarazo de Eva y sus planes se vieron trastocados.

A decir verdad, había tenido suerte de poder finalizar sus estudios.

—No estás feliz —dijo su madre.

La miró durante un buen rato. Era demasiado intuitiva para ocultarle algo.

—Es una tontería. Es solo que estoy cansado —mintió—. Ser padre a los veintidós agota.

Ella continuó observándole de forma inquisitiva, pero no insistió.

—Yo fui padre a tu edad —intervino su padre con un resoplido—. Así que no te quejes tanto.

—Pero me tenías a mí —dijo su mujer.

Después de eso hubo un pesado silencio solo interrumpido por los gorjeos de Mía. Tony Alba había bajado la vista y contemplaba su café con mucho interés, y su mujer había girado la cara hacia el ventanal. En el reflejo se podía ver que tenía los ojos cerrados y los labios apretados, como si estuviera arrepentida de lo que acababa de decir.

Lukas se revolvió inquieto en la silla. Siempre sucedía lo mismo cuando surgía el tema y estaba cansado de esa situación.

—Podéis hablar de Eva. Podéis dar vuestra opinión. No me importa, de verdad. Es cierto que a veces me duele, ya no tanto por mí, sino por ella. —Señaló a la niña—. No quiero que os calléis nada o que las conversaciones se vuelvan incómodas. Esos no somos nosotros.

—Perfecto —aceptó su padre—. Hablaremos sin tapujos cuando lo creamos conveniente. ¿Has sabido algo de ella? ¿Ha contactado con sus padres por lo menos?

—No. Nada.

—*Unglaublich*[48] —masculló su madre.

Lukas le dio la razón en silencio. Era realmente increíble que alguien pudiera desaparecer sin dejar rastro y abandonar toda una vida. A su familia, sus amigos, sus estudios… A él, a su hija…

—Hoy voy a cortar el césped y a limpiar la piscina —dijo Tony de repente—. ¿Te animas? Tu madre que se quede con Mía.

—Yo, piscina. Tú, césped.

—Mírale qué listo —dijo con una risa.

—Yo feliz con la niña —dijo ella—. Le están saliendo los dientes. Muerde todo.

La pequeña había cogido un puñado de volantes de su vestido y se lo había llevado a la boca llenándolo de baba.

—Sí —repuso Lukas con una sonrisa enorme—. Le está saliendo uno abajo, ya asoma un poquito.

—No te lo dije, pero encontré una chica para cuidarla —añadió su madre.

Volvió la cara y la contempló con interés.

—¿En serio? ¿Quién es?

—Es amiga de Soraya.

—¿Soraya? ¿La que viene a limpiar?

—Sí.

Soraya llevaba ya unos años limpiando el chalet, pero Lukas no la conocía mucho; solo había hablado con ella un par de veces.

Mía acudía a la guardería hasta las cinco de la tarde y él no llegaba a casa hasta las siete. Necesitaba a alguien que recogiera a la niña y estuviera con ella ese par de horas, nada más. Su madre se había ofrecido a hacerlo, pero Lukas no podía pedirle que dejase el trabajo todas las tardes para echarle un cable. Demasiado era ya lo que hacían por él. Era cierto que se trataba de una empresa familiar, no obstante, sabía que tenían muchos encargos y estaban hasta arriba de trabajo. Su padre no podía con todo él solo.

—¿La conocéis?

—No. Pero de Soraya me fío. Dice que cuida a sus hijos con frecuencia.

—¿Tienes su número?

—No, pero llamo a Soraya y le pregunto.

—Estupendo. En el trabajo se están portando genial y me dejan salir antes, pero no quiero abusar.

—La pagamos nosotros —dijo su padre después de darle un sorbo a su café.

—No —rechazó categóricamente.

—Sí. Y no quiero discutir. Entendemos que quieras ser independiente, Lukas. Te has ido a tu propio piso, tienes tu trabajo y llevas a la niña a una guardería. Todo perfecto. Pero queremos ayudarte de alguna manera.

—¡Pero si ya me ayudáis un montón!

—Pues más. La pagamos nosotros y punto.

—¡No! —replicó con testarudez—. Es mi responsabilidad.

—A ver, con ese sueldo que tienes no vas a poder costearte muchas cosas —continuó su padre con tono paciente—. Los niños crecen rápido y Mía va a necesitar ropa nueva casi cada semana. Lo último que queremos es que os falte algo o que lo paséis mal. Eres nuestro hijo y ella es nuestra única nieta. Déjate de orgullos y tonterías.

Lukas apretó los labios. A su padre no le faltaba razón, pero aceptar su dinero era como independizarse a medias. Era él quien estaba metido en eso, no quería arrastrar a nadie más.

—Pagamos la mitad —intervino su madre—. Y acaba problema.

Cuando se agitaba, su gramática sufría y su acento teutón se intensificaba. Le miró con agudeza y alzó una mano como si ese gesto fuera a detener su protesta.

Lukas suspiró resignado. Sabía que había perdido.

—Pídele el teléfono a Soraya, vamos. Y la llamo —claudicó.

Después de eso la conversación versó sobre la niña. Sus padres querían saberlo todo: el peso que había ganado desde la última vez que fue al pediatra, si dormía más o menos que hacía unos días o si se portaba bien en la guardería.

Lukas respondió a todas las preguntas con entusiasmo. Le encantaba hablar de Mía. Era su tema favorito. Una vez que se convirtió en padre, todo lo demás tenía una importancia relativa.

El móvil de su madre pitó, notificando la entrada de un mensaje. Lo leyó mientras la niña

intentaba quitárselo.

—Te lo reenvío.

Solo un segundo después era el móvil de Lukas el que emitía un pitido.

Un número de teléfono y un nombre.

Alexia.

La llamaría el lunes, decidió.

Capítulo 6

Alexia

Se había puesto los pantalones negros de pinzas que tenía colgados al fondo del armario y la blusa de rayas de manga corta y cuello camisero —la ropa de las entrevistas de trabajo— y unos sobrios zapatos planos. Además, se había recogido el pelo en una coleta baja y su maquillaje era sutil, aplicado para aparentar más edad.

Había revisado su apariencia cientos de veces en el espejo, buscando algún defecto, algo que resultara demasiado llamativo o poco serio.

Estaba impecable.

Y nerviosa, no iba a negarlo.

Quería ese trabajo.

No. Necesitaba ese trabajo.

Era ideal, lo que andaba buscando, con un horario maravilloso que le permitiría seguir estudiando. Y sabía que era la chica adecuada para el puesto.

Lo sabía.

Adoraba a los niños.

Y tenía experiencia.

—Por favor, por favor, que le guste —murmuró.

El lunes había recibido la llamada del padre de la niña. Sonaba muy joven por teléfono, pero no le sorprendió porque Soraya ya le había contado por encima cuál era su historia. Fue una conversación muy breve. Él le preguntó si podían verse el sábado por la mañana y, cuando ella respondió que sí, le dio el nombre de un bar, cercano a su piso. Vivía en Poniente, a poca distancia del Hotel Bali, en el otro extremo de Benidorm, pero no le importó gran cosa; estaba acostumbrada a desplazarse en autobús. En algún momento se sacaría el carnet de conducir, cuando tuviera tiempo y dinero.

Después de mirarse una última vez al espejo y releer el mensaje de Soraya en el que le deseaba mucha suerte, dejó su apartamento y caminó hacia la parada de autobús. Lo hacía deprisa, mientras iba recreando en su cabeza las preguntas que el padre de la niña podría hacerle. Pensaba ser lo más fiel posible a la verdad, aunque no le diría ni su edad ni que trabajaba por las noches como gogó. Eso ya lo había hablado con su amiga y ambas estuvieron de acuerdo.

No iba a mentir, solo a omitir.

Era temprano para un sábado y la mayor parte de los asientos del vehículo estaban vacíos. Se sentó al fondo, junto a la ventanilla, y clavó la mirada en el exterior. Lucía un sol espléndido y el camino que bajaba a la playa estaba lleno de gente que cargaba sombrillas, sillas y bolsas. Alexia recordó el domingo tan fabuloso que había pasado con su amiga en la playa, hacía dos semanas. De vez en cuando era bueno permitirse una pausa en los estudios y en el trabajo y dedicarse algo de tiempo. Se habían reído muchísimo y lo pasaron francamente bien.

El trayecto que hacía el autobús iba en paralelo a la costa, pero las edificaciones dificultaban que se pudiera ver el mar, solo de vez en cuando aparecía entre un alto edificio y otro, resplandeciente e invitador.

Le gustaba esa ciudad con su mezcla de ambientes. Era cosmopolita con su turismo, sus lugares de ocio y las modernas construcciones, y al mismo tiempo tenía todas las características

de pueblo pequeño: su casco antiguo de casitas bajas, sus pequeños bares y restaurantes que solo conocían los lugareños, sus procesiones y sus fiestas tradicionales. Benidorm era una urbe de contrastes. De todos los lugares donde había vivido, era uno de sus favoritos.

Se abstrajo, contemplando la carretera que pasaba veloz ante sus ojos y que la llevaba hacia su destino.

No sabía mucho del padre de Mía, solo que se llamaba Lukas y que estaba criando a la niña él solo. Soraya le había dicho que era el más pequeño de cuatro hermanos y que su novia se había largado poco después de dar a luz. Su voz al teléfono le había resultado cálida, aunque había podido detectar cansancio e impaciencia en ella.

La media hora de trayecto se le pasó volando. Cuando alcanzaron la parada en la que debía bajarse, todavía no había conseguido tranquilizarse del todo. Seguía estando ansiosa.

Se apeó del autobús y anduvo hasta la cafetería donde habían quedado. Nunca había estado en esa zona y tuvo que buscar la dirección en el Google Maps. Era un restaurante que también servía desayunos por las mañanas y estaba frente al Bali, a la sombra de la gran mole de cemento gris.

Se detuvo a escasos metros del local y fingió ojear su móvil mientras recorría todas las mesas de la terraza a través de las pestañas. En dos de ellas desayunaban familias con niños, en otra lo hacía una pareja, y las dos restantes estaban ocupadas por hombres solos. Uno tenía barba y bigote grisáceo —demasiado mayor para ser padre primerizo—, y el otro parecía abstraído con su taza de café. Era joven, con el pelo castaño claro y complexión delgada.

Ese debía de ser el tal Lukas Alba.

Le chequeó, deteniéndose en su ropa: vaqueros azules, camiseta roja y deportivas. Se fijó en que tamborileaba con los dedos sobre la mesa. ¿Estaba nervioso?

Pues no era el único.

En ese instante, él giró la cara y ella pudo verle de frente.

La sorpresa la llevó a coger aire de golpe.

Le conocía.

¡Era el chico del Go! El que la ayudó a bajar de la plataforma hacía unas semanas. El chico guapo de los ojos bonitos y actitud singular.

—Mierda.

¡Qué mala suerte!

Benidorm no era una ciudad muy grande, pero la puñetera casualidad era demasiado cruel.

Lo de ocultarle que bailaba por las noches quedaba descartado. Era casi seguro que no conseguiría el trabajo. No sabía qué tipo de persona sería el tal Lukas, pero si era algo puritano, quizá no querría tener a una extraña que bailaba medio desnuda por las noches al cuidado de su hija. No se avergonzaba de lo que hacía, pero podía entender que no fuese la mejor carta de presentación para una niñera. Ni siquiera la recomendación de Soraya le iba a servir de mucho.

Apretó los puños con frustración.

Quizá fuera mejor darse media vuelta y largarse de allí. Podía llamarle y decirle que se lo había pensado mejor y que no podía trabajar para él, que le había surgido otra cosa.

«A lo mejor no te reconoce. A fin de cuentas, esa noche ibas muy maquillada y la luz era tenue».

Se permitió vacilar unos instantes, sopesando sus opciones.

La necesidad de conseguir el trabajo la llevó a decidirse. Con determinación, se pasó las manos por el pelo, comprobando que la coleta seguía perfecta, y se puso en movimiento.

Atravesó la calzada y se acercó a la mesa con paso enérgico. El corazón le latía con fuerza en el pecho, pero intentó que no se notara su agitación.

—¿Lukas?

Él elevó la cara. Sus ojos eran de un peculiar tono aguamarina, una mezcla de azul y verde, como los claros mares del Caribe. Bonitos. No, bonitos no. Hermosos

—¿Alexia?

—Sí. Soy yo. Hola.

—Hola. —Se levantó a medias e hizo un gesto vago con la mano—. Siéntate, por favor.

Ella apartó la silla de metal que había frente a él y lo hizo. Inquieta y alerta.

Él comenzó a escudriñarla con atención. Repasaba sus facciones con una ceja arqueada y los labios fruncidos.

—Me suena tu cara —dijo al fin—. No sé de dónde.

No pudo replicar porque en ese momento se acercó un camarero a preguntar si quería pedir algo.

Salvada.

«Por ahora».

—Un café con leche y sacarina.

—Yo tomaré otro —dijo él—. Uno solo.

Cuando el camarero se alejó, ella estaba casi preparada para confesarlo todo. Era obvio que la había reconocido. Cerró los ojos brevemente para buscar las palabras más adecuadas, pero él se le adelantó.

—No sé si Soraya te habrá hablado de lo que estoy buscando.

Alexia elevó los párpados y vio que él jugueteaba con una servilleta mientras miraba la superficie de la mesa. Parecía haber olvidado que ella le resultaba familiar.

Fantástico.

—Me ha dicho que buscas a alguien para cuidar a tu bebé durante unas horas de lunes a viernes.

Él asintió.

Ella volvió a estudiarle, aprovechando que se mostraba distraído. Sentía mucha curiosidad. Era bastante joven. Quizá rondara los veintidós o los veintitrés años. Y muy atractivo, con facciones marcadas y pómulos muy definidos. Tenía los labios carnosos, un hoyuelo en el mentón y sus ojos eran una pura maravilla.

¿Cómo le había catalogado aquella noche?

Ah, sí. Un bellezón.

Lo era.

A la luz del día más todavía.

—Sí. Para recogerla de la guardería de lunes a viernes a las cinco y estar con ella hasta las siete y cuarto, que es cuando yo llego a casa. Además, necesito a alguien que sea flexible por si pasa algo y no puede ir a la guardería y hay que quedarse con ella. —Arrugó la servilleta e hizo una bola con el papel—. Hasta ahora era mi madre la que se encargaba de eso, pero ella trabaja y no quiero cargarla con esa responsabilidad.

Alexia gritó de júbilo para sus adentros. Era el trabajo ideal. Cuidar a un bebé en su casa. Podría incluso llevarse los libros y estudiar. Y si alguna mañana faltaba a clase tampoco iba a pasar nada.

—Me parece bien —repuso, escueta, tratando de mostrarse seria y responsable.

Él carraspeó.

—No te molesta que te haga unas preguntas, ¿verdad?

Negó con la cabeza. El momento de la verdad había llegado.

Lukas

El camarero puso los cafés frente a ellos y los platitos chocaron con la mesa, produciendo un ruido discordante. Alexia le pidió de nuevo la sacarina que parecía haber olvidado.

Lukas agradeció la distracción.

Estaba nervioso.

La chica no era para nada como había esperado. Cuando la vio acercarse a su mesa pensó que era alguien que quería preguntarle una dirección o algo similar. Nunca imaginó que pudiese ser la mujer con la que había hablado por teléfono a principios de semana. Por su voz modulada y ronca y su forma de expresarse se había hecho a la idea de que sería alguien más maduro, quizá de cuarenta o cuarenta y cinco años.

Pero esa chica…

No solo le resultaba familiar, sino que era inesperadamente hermosa. Mucho. Quizá no era el tipo de mujer que él prefería, ya que le gustaban muy delgadas y fibrosas y Alexia, aunque delgada, no carecía de curvas. Pero era innegable que su rostro era pura perfección. Tenía unos ojos oscuros rasgados y exóticos y su tez era del color del caramelo tostado.

Admitía estar fascinado con su aspecto.

No quería distraerse, por eso evitaba mirarla de frente. Estaba allí por Mía, solo por Mía. Ahora solo faltaba saber si esa chica era la adecuada para cuidarla. Las únicas referencias que tenía eran las de Soraya. Y eso no era suficiente.

—¿Tienes experiencia cuidando niños?

Ella bajó los párpados como si la pregunta la incomodara, algo que le resultó extraño.

—Tengo experiencia. —Hizo una pausa antes de continuar con tono formal y despersonalizado—. He criado a mi hermano pequeño. Desde que nació hasta los dos años.

Un punto positivo.

¿Por qué no lo había criado su madre? Sintió curiosidad.

—Oh, ¿tienes un hermano? ¿Vive contigo?

—Ya no. Vivo sola.

Esperó a que ella dijese algo más, pero no lo hizo.

—Pero profesionalmente has trabajado cuidando niños…

—No —admitió—. Solo he cuidado a los hijos de amigas. A los de Soraya los cuido con frecuencia. Me gustan mucho los niños. Ahora mismo estoy estudiando Educación Infantil en Alfaz del Pí.

Hablaba con una enorme seguridad en sí misma y esa parte le agradó. Pero que no tuviese un título ni experiencia le echaba para atrás. No quería a alguien inexperto cuidando de su hija. Alguien que se agobiara a la primera de cambio o que no se ocupase de la niña en condiciones.

Bebió de su café, meditando en silencio.

Ella giró la cara a un lado y contempló la acera donde unas cuantas palomas se disputaban unas migas de pan. Lukas se recreó en su perfil. Tenía el cuello largo y delgado y las orejas pequeñas. Llevaba unos pendientes de perlas muy discretos. De nuevo, la sensación de que la había visto en algún lugar con anterioridad acudió a él. Ladeó la cara y trató de hacer memoria, pero no lo consiguió.

Ella se giró de pronto y le descubrió estudiándola. Se sintió expuesto, como si le hubieran pillado haciendo algo indebido. Notó que la cara le ardía y bajó la vista hacia su café.

Se maldijo en silencio por su reacción tan de adolescente.

Era demasiado guapa. Demasiado llamativa incluso dentro de su sencillez. De esas bellezas que podían robarle a uno el aliento. Él no necesitaba una chica tan joven y atrayente. Él necesitaba alguien más maduro, serio y responsable.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó casi a bocajarro.

—Veinticuatro.

—¿Y, además de estudiar, estás trabajando?

—Sí. Trabajo en hostelería.

—¿Y no tendrías problemas de horario?

—No. Trabajo de jueves a domingo en horario de… tarde. El resto de la semana voy a clase y estudio. Puedo compatibilizar perfectamente los horarios.

Lukas asintió con lentitud.

Otro punto positivo.

Y, sin embargo, no estaba convencido.

—No sé si te lo habrá dicho Soraya, pero en caso de que lleguemos a un acuerdo, te pagaría en efectivo, todos los días.

—Lo daba por hecho —repuso.

Ella no había tocado su café. Se había limitado a echar la sacarina y a removerlo con la cucharilla, pero no lo había probado.

—¿Vives lejos? ¿Tendrías algún problema para venir hasta aquí? ¿Tienes coche?

—Vivo en la zona de los Juzgados. No tengo coche ni carnet, pero hay autobuses cada cuarto de hora, ya me he asegurado. No creo que tuviera ningún problema para venir.

Lukas tamborileó con los dedos sobre la mesa. Sabía que Soraya ya le había dicho lo que iba a cobrar, no obstante, decidió asegurarse de que estaba claro.

—Son ocho euros la hora…

—Lo sé —le interrumpió—. Y si necesitas que me quede todo un día con ella son sesenta euros. Y los fines de semana…

—No creo que vaya a necesitarte los fines de semana —dijo, interrumpiéndola—. No obstante, pienso que en caso de que lleguemos a un acuerdo, sería buena idea que pasaras primero un par de horas con Mía para ver si encajáis.

—Claro. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Está a punto de cumplir siete meses.

Ella por fin le dio un sorbo a su café. Debía de estar frío, pero no dijo nada al respecto y volvió a dejar la taza en el plato.

En los veinte minutos que había durado la reunión no había sonreído ni una sola vez. La expresión de su rostro no era poco amigable, pero parecía distante. Lukas se descubrió pensando que le hubiese gustado verla sonreír.

Un niño de unos dos años que perseguía a un gorrión pasó a toda velocidad por su lado y terminó tropezando con una de las sillas de la mesa contigua. Cayó al suelo aparatosamente. En un primer momento no reaccionó, pero solo un segundo después abría la boca y se echaba a llorar.

Lukas ya se había levantado para socorrer al pequeño, pero Alexia fue mucho más veloz. Se acuclilló a su lado y le ayudó a incorporarse. Luego le cogió en brazos y comenzó a susurrarle algo al oído que debía de ser muy interesante porque el crío, poco a poco, dejó de llorar y solo emitió unos cuantos pucheros intermitentes mientras la miraba con mucha atención.

Una chica de unos treinta años, que debía de ser la madre del niño, llegaba corriendo con

la cara roja y el vestido de playa ondeando tras ella.

—Se me ha escapado —explicó casi sin aliento—. ¿Te has caído, Jairo? ¿Te has hecho daño? —Se dirigió al pequeño, que se arrojó a sus brazos al verla.

No parecía muy preocupada, como si el retoño fuera un terremoto en miniatura que siempre estuviera destrozando cosas a su paso y metiéndose en problemas.

—No se ha hecho nada. Ha sido el susto —le dijo Alexia.

—Muchas gracias. Es que es muy travieso.

Después de eso se fue hablando con el niño con un tono irritado. Este se aferraba a su cuello y apoyaba la barbilla sobre su hombro. Tenía los ojos húmedos clavados en Alexia.

Esta se dio la vuelta para regresar a la mesa y ahí fue cuando Lukas la vio sonreír.

La sonrisa dulcificaba su severa expresión. La iluminaba.

Volvió a pensar que era demasiado hermosa.

Se frotó las palmas de las manos en las perneras del vaquero mientras trataba de tomar una decisión.

Su madre estaba con Mía, dando un paseo por la zona. Habían acordado que, si a él le gustaba la chica, la llamaría para que se acercara y poder establecer una primera toma de contacto entre la futura niñera y la niña.

Ella le miró con esos ojos suyos tan inusualmente bellos y herméticos a un tiempo. Era imposible traspasarlos. Imposible saber qué estaba pensando.

Lukas se guardó el móvil en el bolsillo.

—Voy a pagar —dijo repentinamente.

—Ah, claro. Toma —ofreció ella y cogió su bolso.

—No. Ya pago yo.

No protestó.

Él se alejó camino del restaurante y un hormigueo en la nuca le llevó a pensar que ella le estaba mirando. Ignoró la sensación agridulce que aquel pensamiento provocaba en él y pagó los cafés. Luego regresó a la mesa. Alexia estaba de pie, ojeando su móvil. Cuando se detuvo a su lado, se percató de que era bastante alta, un poco más que la media.

—Bueno, creo que ya me he hecho una idea —dijo, dubitativo. Una sensación de culpa le invadió—. A lo largo de la semana te llamo y ya concretamos. ¿Te parece?

Ella asintió. Ya no había ni rastro de la sonrisa de antes en sus facciones.

—Me parece bien.

—¿Quieres que te acerque a algún lado con el coche? —ofreció, aunque deseó no haberlo hecho. No se sentía del todo cómodo con ella.

—No —rechazó—. He quedado con una amiga por aquí cerca. No te preocupes. Estamos en contacto, entonces.

—Sí. Hasta luego.

—Adiós.

Ella le miró dubitativa, como si quisiera decir algo más, pero debió de tratarse de un producto de su imaginación porque se dio la vuelta con energía y se alejó, caminando a buen paso.

La siguió con la mirada hasta que desapareció al doblar una esquina.

La entrevista había sido inusual. Quizá porque su actitud reservada no había terminado de convencerle, o porque era demasiado guapa y eso le ponía nervioso. No lo tenía claro.

Solo sabía que esa chica no encajaba ni con Mía ni con él.

No lo hacía.

Buscaría a otra persona.

Capítulo 7

Lukas

Treinta y siete con siete.

¿Eso se consideraba fiebre?

Dejó el termómetro sobre la cama y, a toda velocidad, buscó en internet.

Sí, entre treinta y siete y medio y treinta y ocho grados se llamaba febrícula.

«No pierdas la calma. No pasa nada», se dijo a sí mismo mientras contemplaba a su hija con los ojos entornados.

Mía agitó las piernas en el aire. Tenía mocos y también algo de tos, pero ya no lloraba.

Lukas se había pasado toda la noche levantándose para echarle un ojo. Era la primera vez que la niña enfermaba y no lo estaba gestionando demasiado bien, pero una visita al pediatra la tarde anterior le había tranquilizado bastante. Aparentemente, Mía solo tenía un catarro. Nada de qué preocuparse, le había dicho. Los bebés de esa edad y más si pasaban tiempo en la guardería con otros niños tendían a contagiarse de diferentes virus, pero no era alarmante.

Hacía un rato que le había dado una dosis de Apiretal así que esperaba que no tardara en bajarle la temperatura.

—Mi rubita —ronroneó mientras le acariciaba la mejilla.

La pequeña soltó un gorjeo que acabó en una tosecilla.

¡Mierda de virus!

Se dio la vuelta hacia la ventana. Desde aquella posición podía ver una parte del jardín de la urbanización, a esa hora desierto. Extravió la mirada en algún punto lejano y bostezó. No había dormido casi nada y, encima, se sentía como un verdadero inútil. Le aterraba que a Mía pudiese pasarle algo.

No quería tirar la toalla, pero admitía que la situación le desbordaba.

Criar a un hijo en soledad era complicado.

Echó una ojeada a la pantalla de su móvil. En una hora tenía que irse al periódico y era un día importante, no podía faltar. Sus jefes habían citado a toda la plantilla para una reunión.

Pero tampoco podía llevar a Mía a la guardería en ese estado.

Tenía que tomar una decisión cuanto antes.

Como siempre que se sentía agobiado por la situación, se acordó de Eva y de su jodido egoísmo. Si hubiesen estado los dos juntos quizá todo aquello hubiese resultado más fácil. Pero no, claro. Ella se había agobiado y se había largado. Así de fácil.

Suspiró con fatiga y frustración.

Tendría que llamar a su madre de nuevo.

Dejó caer la cabeza y apoyó la frente contra el cristal.

Estaba harto de depender de sus padres para todo. Y de su familia, en general. Cuando no eran Iván y Diego los que acudían al rescate, eran Jorge o Erika.

Pero era un puñetero martes por la mañana. Todos ellos trabajaban.

Tenía otra opción, se recordó a sí mismo. Podía llamar a Alexia.

Aquel pensamiento rondó por su mente unos segundos.

A pesar de que su primera impresión no fue muy favorable, cuando se reunió con su madre, esta le regañó por no haberla avisado. Hubiese querido conocerla y darle su opinión.

Según Soraya, era una chica muy responsable que trataba a sus niños con muchísimo cariño.

«No importa que no sea perfecta o que la primera impresión haya sido peculiar, Lukas. Es una emergencia».

Jugueteó con el móvil, indeciso.

Era una putada llamarla y avisarla con tan poco tiempo, ¿no? ¿No estaba estudiando en Alfaz del Pí? Eso le había dicho. Quizá ya estuviera de camino y la llamase para nada.

—Salgamos de dudas —murmuró al aire.

Antes de poder cambiar de opinión, la buscó entre sus contactos. La había guardado como *Alexia niñera*. Parecía premonitorio, pensó con ironía.

El teléfono sonó tres veces.

—Hola, ¿Lukas? —respondió con visible sorpresa.

Así que ella también había guardado su número.

—Hola, Alexia. Eh… Perdona que te llame a estas horas, pero me ha surgido un problema y he pensado que… —se interrumpió sin saber cómo continuar—. Mía está acatarrada —comenzó de nuevo—, y yo no puedo quedarme en casa hoy y no quiero llevarla a la guardería. Quizá tú…

—Pensaba que ya no me ibas a llamar. Como ha pasado más de una semana, creí que ya habías encontrado a alguien mejor.

Lukas se mordió el labio inferior. No. No había encontrado a nadie mejor. Ni mejor ni peor, en realidad; había estado demasiado ocupado para buscar otra niñera. Se había apañado con su madre, como siempre.

—No. No. No he contratado a nadie. —Hizo una pausa—. Sé que esto es un poco inesperado y entiendo si me dices que no puedes. Sé que tienes clase…

—Voy para allá —le interrumpió—. Llegaré en unos cuarenta y cinco minutos. ¿Te parece bien?

Soltó el aire que había mantenido dentro de los pulmones. Vale. Era resolutiva al cien por cien. Menos mal, porque él, últimamente, no sabía ni en qué mundo vivía.

—Sí. Sí. Me parece bien. Es el bloque dos, el cuarto derecha, pero no llames al timbre por si acaso la niña se ha dormido. Hazme una llamada perdida y yo te abro.

—Bien.

La comunicación se cortó.

Se giró hacia la cuna en la que descansaba su hija y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Tenía la barbilla llena de baba. Desde que había comenzado con la dentición lo ponía todo perdido. Cogió una toallita y la limpió con cuidado para no despertarla. Luego se quedó un buen rato contemplándola.

Nunca pensó que se pudiera querer tanto a alguien. Sí, quería a todos los miembros de su familia, pero eso era diferente. Mía era un ser pequeño y desvalido que despertaba su instinto protector más profundo. Un instinto que no sabía que tenía.

—Si hay que matar dragones, pues mataremos dragones —dijo en voz queda. Era una frase que repetía con frecuencia, una especie de mantra que le decía a la niña.

Después de eso, se fue a la cocina y se sirvió una taza de café, la segunda de la mañana. Con ella en la mano, comenzó a dar paseos por el piso, de la terraza acristalada hasta el dormitorio y vuelta a empezar. Una docena de pensamientos inconstantes y dudas convergían en su cabeza.

¿Había hecho lo correcto llamando a esa chica? ¿Y si resultaba que era una inepta? ¿O que Mía no la soportaba?

—¡Dios! —murmuró mientras se pasaba una mano por el pelo.

Se sacó el móvil del bolsillo y la buscó. No lo había hecho el sábado anterior porque no pensaba contar con ella, pero ahora que había tomado la decisión opuesta se arrepentía de no haberlo hecho antes.

La localizó en Instagram, entre los contactos de Soraya.

AlexiaST era su alias. Como foto de perfil tenía un cielo nocturno. Y solo publicaba fotos de flores, cielos, gatitos y frases inspiradoras. Nada personal, exceptuando una foto de hacía unos meses de una comida a la que había acudido con Soraya y otras chicas más. Eran cinco. Miraban a la cámara y sonreían. Sí, Alexia también. Con esa sonrisa brillante del sábado anterior.

Y eso era todo.

Imposible hacerse una idea de su carácter con ese material.

¿Se podía ser más reservada?

Miró la hora por enésima vez y descubrió que habían pasado cuarenta minutos desde la llamada telefónica. Ella no podía tardar mucho más en llegar.

Fue a la cocina, vació el resto del café en el fregadero y enjuagó la taza. Luego la colocó en el escurreplatos. Estaba a punto de volver al dormitorio cuando su móvil comenzó a vibrar. Se lo sacó del bolsillo y echó una ojeada a la pantalla.

Alexia niñera.

—Por fin.

Alexia

Estaba en la parada del autobús, esperando al que la llevaba a Alfaz del Pí todas las mañanas, cuando recibió la llamada de Lukas.

Dado que no había vuelto a contactar con ella y habían pasado diez días, dio por hecho que nunca más sabría de él. Y sabía que era por su culpa, porque había fastidiado la entrevista. Pese a que había ido llena de optimismo y ganas, se sintió muy incómoda durante la media hora que duró la reunión. Estuvo esperando a que, en cualquier momento, él se diera un golpe en la frente y dijese algo así como: *¡Ya sé de dónde te conozco, eres la gogó del Go!*

Por eso estuvo tan tensa y seria.

Sabía que no le había causado muy buena impresión. Pudo leerlo en sus ojos cuando le dijo que ya la llamaría; no era adivina, pero era evidente que mentía.

Por eso la llamada la dejó tan perpleja.

Él sonaba verdaderamente desesperado al teléfono. Estaba claro que, si hubiese tenido otra alternativa, no la habría contactado a ella.

No vaciló. Los sesenta euros que podía ganar en un día cuidando a esa niña pesaban mucho más que las horas de clase. Ya le pediría los apuntes a alguna compañera.

Echó a correr hacia la parada de los autobuses que conducían a Poniente, que estaba a dos calles de distancia. Llevaba la mochila con sus libros a la espalda y no iba maquillada ni vestida con formalidad. Vestía vaqueros, unos ajustados y rotos, y una camiseta negra de los Sex Pistols. No aparentaba veinticuatro años ni de lejos.

Tendría que mostrarse muy segura y que su actitud desenvuelta supliese lo desenfadado de su atuendo.

Quizá porque iba ensimismada o porque el tráfico era más fluido de los normal a esa hora de la mañana, el trayecto se le hizo muy corto, mucho más que el sábado de la entrevista. Antes de lo previsto, se bajaba del vehículo y echaba a andar hacia la urbanización en la que él vivía. Constaba de cuatro bloques de color tierra, algo descuidados. Las fachadas estaban descoloridas

y la pintura de las barandillas de los balcones, desconchada. Eran menos modernos que los edificios que los rodeaban. Debían de datar de finales de los ochenta.

Tal y como habían acordado, no llamó al timbre y le hizo una llamada perdida. La puerta se abrió casi inmediatamente. Atravesó el camino que comunicaba los cuatro edificios y accedió al bloque dos. Pese a que eran cuatro pisos, subió las escaleras andando. Cuando llegó al descansillo de la escalera, vio que la puerta de la derecha se hallaba entornada. Estaba a punto de empujarla cuando la hoja de madera se abrió del todo y Lukas apareció en el umbral.

—Ah, hola —murmuró.

Alexia pudo sentir su mirada recorriéndola de arriba abajo. Sus cejas se fueron arqueando poco a poco llenas de sorpresa al percatarse de su apariencia. No le dejó reaccionar.

—Si me explicas dónde está todo, yo me encargo —le dijo con autoridad mientras accedía al interior del piso y dejaba su mochila en el suelo.

Era un apartamento pequeño, eso saltaba a la vista. Él se le adelantó y le hizo un gesto para que le siguiera.

—Esta es la cocina, este es el baño, el salón está ahí y el dormitorio aquí. La niña está durmiendo así que no hables muy alto.

Entraron juntos a la habitación. No tenía decoración alguna. En la pared de la izquierda había un armario empotrado y junto a la cama de matrimonio se erguía una cuna al lado del típico mueble cambiador con cajones. No cabía mucho más.

La curiosidad de Alexia creció exponencialmente cuando se acercó a ver a la pequeña. Tal y como él le había dicho estaba dormida. Era rubita y con la piel muy clara. Respiraba por la boquita debido al catarro.

Se le encogió el corazón al mirarla y los recuerdos la bombardearon, provocándole un fuerte pinchazo en el pecho, pero se obligó a respirar hondo y a serenarse.

—Tenía unas décimas de fiebre y le he dado Apiretal hace media hora. El pediatra ayer me dijo que hay que dárselo cada seis horas. Esta mañana ha comido, pero no mucho. Habría que darle otro biberón a las doce. Toma leche de continuación. También come purés y papillas de frutas, pero hoy no ha querido más que el biberón. Ahora te enseño dónde lo tengo todo. Eh… toda su ropita está en los cajones y tiene juguetes en la terraza. Y no sé qué más. —Hizo una pausa, se llevó las manos a las mejillas y murmuró ensimismado—: Quizá debería llamar al trabajo y decir que no voy.

Alexia se giró para mirarle. Estaba muy nervioso y hablaba atropelladamente. Sus bonitos ojos aguamarina estaban nublados por la preocupación.

—Lukas —le dijo con un tono de voz muy calmado—. No te preocupes. Sé que no me conoces y que tienes tus dudas, pero confía en mí. Tengo experiencia.

Él guardó silencio y la miró con intensidad, como si estuviera buscando algo en sus facciones.

—Pensarás que soy un gilipollas —musitó—, pero es la primera vez que se pone enferma y mi madre siempre está ahí para apoyarme. ¡Dios! —exclamó, llevándose una mano a los ojos y cubriéndoselos—. Ahora sí que parezco un imbécil.

—No pareces un imbécil. Pareces un padre preocupado. Es natural.

—¿De verdad que tienes experiencia con niños enfermos? —preguntó. Sonaba inseguro y al mismo tiempo había un pequeño atisbo de esperanza en su tono.

—Sí —aseguró con mucha firmeza—. Como ya te dije, he criado a mi hermano y le he visto enfermar varias veces. Puedes confiar en mí. No obstante, te mandaré mensajes informándote de cómo se encuentra. Y puedes llamarme todas las veces que quieras.

Él se giró y le dio la espalda. Alzó la cabeza al techo y puso los brazos en jarras. Parecía estar meditando qué hacer. Ella no dijo nada, se limitó a aguardar.

—Vale —claudicó él, soltando el aire—. Sígueme a la cocina y te enseño dónde está todo.

Fue tras él, contemplándole con empatía. Le resultaba tierno que estuviese tan preocupado y que se hubiera mostrado tan vulnerable delante de ella.

Le escuchó con atención mientras le explicaba dónde estaba todo: la leche de continuación, los cereales sin gluten, los diferentes tápers con papillas de verduras y frutas que guardaba en el frigorífico —etiquetados con los nombres de su contenido sobre las tapas—, los biberones, los pañales, las toallitas, la crema, la ropita, los juguetes, la medicación… Le pasó el número del pediatra y le hizo una lista con todos los teléfonos de su familia por si acaso no lograba contactar con él.

Después de eso, se detuvo en medio del salón, junto a una especie de corralito con una alfombra imitando a un puzle de colorines, y extravió la mirada en algún punto de la pared.

Alexia le estudió en silencio. Vestía de un modo informal con vaqueros negros y una camiseta azul cielo que mostraba una mancha de leche en un costado. Se abstuvo de decírselo, ya parecía lo suficientemente desquiciado. Debía de haberse pasado las manos por el pelo antes de que ella llegara porque lo tenía muy alborotado. Le entraron ganas de acercarse a él y aplastárselo, pero no lo hizo. No tenían confianza para eso. ¿Cuántos años tendría? Creía recordar que Soraya le había dicho que veintidós. No los aparentaba. Su aspecto era el de alguien recién salido del instituto. Demasiado joven para cargar con la responsabilidad de criar a un hijo.

—¿Quieres preguntarme algo?

—No. Está todo claro. Si tengo alguna duda, te llamo.

—Salgo de trabajar a las dos y vuelvo a entrar a las cuatro. Normalmente no vengo a comer porque Mía está en la guardería, pero hoy vendré, a ver qué tal está.

—¿Quieres que cocine algo? —ofreció.

La miró como si no estuviera en sus cabales.

—No te pago para eso.

—No me importa cocinar.

—No es necesario. Tengo suficiente comida. Ya lo has visto. Mi madre suele llenarme el frigorífico todos los fines de semana. No hace falta que te diga que puedes comer lo que quieras. Y si no te gusta nada de lo que hay hecho, puedes prepararte algo.

—Perfecto. ¿Algo más?

Él meneó la cabeza de un lado al otro, aunque seguía pareciendo muy indeciso.

—Eh, cualquier cosa, por favor, llámame…

—Sí, claro.

De pronto, una risa áspera abandonó la masculina garganta. A Alexia se le erizó el vello de la nuca al escucharla y ver la expresión que la acompañaba. Vaya, sí que era atractivo.

—Estoy exagerando, ¿verdad? —masculló él.

Ella se permitió el lujo de regalarle una sonrisa tranquilizadora.

—Para nada.

—Gracias por acudir tan deprisa y por fingir que mi actitud es la normal —dijo con un ademán de la mano. Un destello divertido se mostró en los ojos claros, hasta el momento bastante apagados.

Por primera vez, Alexia se dio cuenta de qué tipo de persona debía de ser el padre de Mía. Bajo esa capa de preocupación, inseguridad y adustez se escondía una persona diferente,

más extrovertida y gentil.

Lukas se encaminó al sofá y cogió una mochila que había dejado allí. Luego, abandonó el salón. Sin duda, para despedirse de su hija. Volvió poco después y le hizo un gesto.

—Llámame.

—Lo haré —prometió ella.

Después de eso, se marchó.

El ruido de la puerta de la entrada le reveló que se encontraba sola en el piso.

Respiró hondo.

Las cosas no habían salido tan mal.

Se encaminó al dormitorio y se sentó en la cama. Apoyó los codos en el borde de la cuna —era de madera blanca, con ruedas y muy sencilla— y se abstrajo contemplando a la pequeña. Llevaba un pelele de rayas blancas y amarillas. Pese a que no tenía agujeros en las orejas y su pelito todavía era muy corto, tenía carita de niña. Suponía que tendría los ojos claros, como su padre.

Era una monada.

En silencio, se preguntó qué habría sido de la madre y por qué habría abandonado a una niña tan pequeña.

Algunas personas no estaban hechas para tener hijos.

Mía tosió ligeramente, pero no se despertó. Alexia le posó la mano sobre la mejilla para comprobar su temperatura. No estaba muy caliente. Era probable que el Apiretal ya le hubiese hecho efecto.

No quitó la mano y la dejó reposar sobre su carita. Era tan suave como el algodón.

Tan suave como Leo.

Leo.

El nombre le rebotó en la cabeza y notó que se le formaba un enorme nudo en la garganta. Bajó los párpados y los apretó con fuerza.

Colón descubrió América en mil cuatrocientos noventa y dos.

El Apolo 11 llegó a la luna en mil novecientos sesenta y nueve.

En mil novecientos ochenta y nueve cayó el muro de Berlín.

Capítulo 8

Lukas

Al final no pudo ir a comer a casa y tuvo que conformarse con un bocadillo y una lata de refresco en un bar. Había tenido que desplazarse a un pueblo cercano a cubrir una noticia de lo más interesante: el robo en una plantación de nísperos.

Sí, su trabajo era fantástico, pensó con sarcasmo.

Iba en el coche de camino a casa mientras tarareaba *Viento de cara* de Supersubmarina. Tenía muchas ganas de llegar y ver qué tal estaba la niña, aunque no estaba en exceso preocupado porque Alexia le había ido informando a lo largo del día de sus progresos a través de mensajes y de fotos, y él mismo había llamado unas cuantas veces y había hecho dos videollamadas para cerciorarse de que Mía estaba bien. Tal y como Alexia le había asegurado, tenía buen aspecto y parecía contenta.

Pese a que cuando se marchó del piso esa mañana se sentía como el peor padre del mundo por abandonar a su hija enferma, según pasaban las horas y recibía información de la niña, se había ido relajando.

Estaba gratamente sorprendido.

Alexia sí había sido una buena elección.

Dejó el coche en el parking exterior y subió los cuatro pisos por las escaleras. No tenía paciencia para esperar al ascensor. Solo unos segundos más tarde entraba en el piso. Sus ojos inquietos las buscaron a ambas, pero solo pudo escuchar una música que salía del dormitorio. Era una melodía infantil y relajante. Sin hacer ruido, casi de puntillas, se encaminó hacia el cuarto sin saber muy bien qué se iba a encontrar.

Se detuvo en el umbral de la puerta.

Alexia estaba en la cama con la espalda en el cabecero y las piernas cruzadas. Había enfundado las manos en dos marionetas de tela de vivos colores y las movía de un lado a otro para atraer la atención de Mía, que estaba sentada frente a ella sobre el colchón y que la miraba con mucha fijeza y lo que parecía ser una enorme sonrisa. Agitaba los bracitos llena de entusiasmo.

Y Alexia se reía bajito.

A Lukas, la escena le pareció enternecedora. Tanto que se le encogió un poquito el corazón y se sintió como un intruso.

—Puedes pasar —le dijo Alexia sin apartar los ojos de la pequeña.

Lo hizo. Dio un par de pasos y entró en el dormitorio.

Cuando la niña se percató de su presencia dejó escapar un gorjeo de felicidad y los movimientos de sus brazos se tornaron más enérgicos.

—Mi rubita —dijo él, acercándose y cogiéndola en brazos.

Ella le puso una manita en la mejilla mientras le contemplaba con sus enormes ojos azules y él no pudo evitar enterrar la cara en su cuello y aspirar profundamente. Olía tan bien: a vainilla, a galleta, a pan recién hecho, a algodón de azúcar…

A bebé.

El mejor olor del mundo.

—Está mucho mejor. —Escuchó que decía Alexia—. Le di el Apiretal hace dos horas,

pero ya no le ha vuelto a subir la fiebre. Y ha comido hace un ratito. Además del biberón, he conseguido que tomara un poco de puré de plátano y manzana.

—Muchas gracias —le respondió él—. ¿Se ha portado bien?

—Se ha portado mejor que bien.

Lukas la miró por encima de la cabecita de su hija. Se había bajado de la cama y se había puesto las zapatillas deportivas. Ya se había dado cuenta esa mañana de que su aspecto distaba mucho del de la mujer con la que se había entrevistado el sábado anterior. Vestía de un modo muy informal con vaqueros rotos y camiseta ajustada, y llevaba el pelo suelto. La chica que tenía delante parecía una cría de dieciocho años. Era increíble lo que podían hacer unas prendas de ropa.

—Es una niña encantadora —continuó mientras estiraba el edredón para alisar las arrugas.

Se le dulcificaba la voz cuando hablaba de Mía. Eso le gustó mucho a Lukas. Cualquier persona que quisiera a su hija se ganaba automáticamente un trocito de su corazón.

—¿Le has cambiado el pañal?

—Sí. Hace un rato.

—Perfecto.

Mía comenzó a mordisquear el colgante de cuero que llevaba al cuello y él se lo apartó con cuidado. Ella le miró enfurruñada.

—Toma, Mía —dijo Alexia y le tendió un mordedor de silicona rosa.

La niña lo agarró con las dos manitas y se lo llevó a la boca. Poco después, lo había babeado completamente.

—¿Qué es esa música? —inquirió él.

—Son melodías para relajar a los niños —repuso. Cogió su móvil, que era el aparato del cual procedían los sonidos, y lo apagó—. Bueno, yo me voy a ir que se me hace tarde. Eh, si me necesitas mañana…

Lukas miró a su hija durante un rato, sopesando sus alternativas.

—Pues creo que tampoco la llevaré a la guardería. Si tú puedes…

—Cuenta conmigo —exclamó con decisión.

—¿No tendrás problemas si faltas a clase otra vez?

—No es lo ideal, pero el dinero es el dinero —le respondió con un encogimiento de hombros y suma franqueza.

—Oh, sí, perdona.

Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y se sacó la cartera. Extrajo un par de billetes y se los tendió.

Ella los tomó y se los guardó.

—Entonces a la misma hora, ¿no?

—Sí.

Abandonó el dormitorio y él la siguió. La alcanzó en el pasillo. Ya había cogido su mochila, una enorme que parecía pesar una tonelada.

—¿Qué llevas ahí? —La curiosidad pudo con él.

—Los libros. Estaba camino de clase cuando me has llamado.

Se quedó callado sin saber qué decir. De pronto, una idea acudió a su mente y antes de que ella pudiera abrir la puerta, ya había dicho su nombre para detenerla.

—Alexia.

Se giró y le miró con expresión interrogante.

—Espera y te llevo a casa en coche.

—No hace falta —rechazó—. La parada del bus está cerca.

—No me cuesta nada —dijo. De algún modo, se sentía mal por ella. No solo había perdido un día de clase, sino que al día siguiente también iba a faltar. Llevarla a casa era lo mínimo que podía hacer—. No digas que no. Tengo la sillita de Mía en el coche y le va a venir bien que le dé el aire. Además, todavía es pronto para acostarla. En autobús vas a tardar mucho. Si te llevo yo, son diez minutos.

Ella bajó la vista al suelo, vacilante.

Tomó la decisión por ella. Le tendió a la niña, que no tuvo inconveniente en cambiar de brazos, y se dio media vuelta.

—Voy a coger una chaqueta para Mía —dijo por encima del hombro.

Cuando regresó con la prenda, Alexia tenía la frente pegada a la de su hija y le hablaba en susurros. Él se detuvo y las observó. Era muy bonito verlas juntas, como si fueran madre e hija. Cuando ese pensamiento merodeó por su cabeza, una oleada de amargura le recorrió por dentro.

Tendría que haber sido Eva la que estuviese allí con la niña.

—¿Nos vamos? —preguntó Alexia, haciéndole retornar a la realidad.

—Eh, sí…

Entre los dos le pusieron la chaqueta a Mía y luego salieron del piso. En el ascensor, él cogió de nuevo a la niña que había empezado a hacer pedorretas y se estaba poniendo perdida de saliva. No tuvo corazón para regañarla y se rio por la monería. Un rápido vistazo a la cara de su acompañante le reveló que a ella también le hacía gracia. Sonreía. Por un instante sus miradas se cruzaron y establecieron una especie de vínculo con Mía como conductor.

Sentaron a la niña en la sillita del coche y no tardaron en ponerse en marcha. Ella le indicó por dónde debía ir, aunque no le hacía falta. Había vivido toda su vida en Benidorm y, pese a los constantes cambios y modernizaciones que experimentaba la ciudad, la conocía muy bien.

—¿Hace mucho que vives aquí? —le preguntó con interés.

—Cerca de un año.

—¿Qué es lo que te trajo a esta ciudad?

—El trabajo. Llegué en verano y no me costó nada encontrar algo. En hostelería. Eh, y ahí sigo… —Había inseguridad en su tono.

—Pero tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Soy un poco de todas partes. He vivido en muchos sitios.

Lukas tuvo la sensación de que ella esquivaba la pregunta. Parecía ser muy celosa de su vida privada.

—Mía está encantada contigo —continuó con un tema más accesible al tiempo que echaba un vistazo por el retrovisor. Su hija apenas podía mantener los ojos abiertos.

—Yo soy la que está encantada con ella. Es muy buena. No ha llorado nada en todo el día y eso que soy una extraña.

—Cualquier parte buena de su carácter no es mérito mío —exclamó con una mueca graciosa—. Es de mi madre, que me ha estado ayudando hasta ahora. Yo soy un padre desastroso.

—No lo creo. Hoy solo me has llamado quinientas veces para ver cómo estaba la niña. Un padre desastroso no hace eso.

A pesar de que su entonación era áspera, la miró de reojo y se percató de que sonreía levemente.

—¿Demasiado ansioso? —inquirió con la nariz arrugada.

—Sí. Con cuatrocientas noventa y nueve llamadas habría bastado.

Él soltó una carcajada. Era el primer comentario desenfadado que escuchaba de su boca. Quizá no fuese tan seria como aparentaba. Era cierto que le imponía, tanto por su belleza como por su carácter, pero era muy amable y su comportamiento con Mía era impecable.

De pronto, ya no sabía por qué se había sentido incómodo en su presencia.

Hubo un silencio que duró unos minutos. Lukas volvió a mirar por el espejo y comprobó que Mía se había dormido. Siempre que montaban en coche le sucedía.

—Es por aquí a la derecha —le dijo Alexia.

Puso el intermitente y giró, siguiendo sus indicaciones.

Eran los últimos días de octubre y anochecía bastante pronto. A esa hora, hacía un buen rato que el cielo mostraba su manto negro en el que titilaban algunas estrellas. También la temperatura había bajado. Si bien los días eran cálidos y soleados, por la noche refrescaba y hacía falta una manga larga.

Volvió a mirar a Alexia a hurtadillas y decidió que había sido una buena idea llevarla a su casa en coche. No iba muy abrigada.

—¿Te gustan los Sex Pistols? —preguntó de improviso.

Ella le miró con perplejidad hasta que su vista bajó a su camiseta y se dio cuenta del porqué de la pregunta.

—Oh, sí. Me molan.

Por primera vez la escuchaba hablar con desenfado y eso le divirtió. Poco a poco, esa pátina de cortesía y flema que parecía cubrirla se derretía.

—A mí también me gustan. Yo me he criado en un ambiente ochentero. Mi padre es un fanático de esa época.

Le hubiera gustado seguir haciéndole preguntas, pero ella se inclinó hacia delante y extendió el brazo señalando con el dedo.

—Es al final de la calle —dijo—. En la zona de casitas bajas. La última.

Lukas echó un somero vistazo a su alrededor. En los últimos años habían construido muchos edificios nuevos por la zona y adecentado el parque que se encontraba al otro lado de la calle, pero la antigua urbanización de chalets databa de hacía unos cuarenta años; la mayoría de ellos lucían viejos y descuidados y desentonaban con el entorno. La casita en la que ella vivía era una de las pocas reformadas con la fachada recién pintada.

Lukas detuvo el coche en uno de los numerosos huecos libres y se giró hacia ella.

—Bueno… —comenzó.

—Mañana estaré en tu casa a las ocho y media, entonces —le cortó ella.

Él sonrió casi imperceptiblemente. Cada vez le gustaba más su forma de hablar, sin tapujos y al grano. No titubeaba.

—Perfecto —dijo.

Alexia se giró hacia el asiento trasero y le tocó la pierna a Mía con suma delicadeza. Luego cogió su pesada mochila y se bajó del coche. Cerró la portezuela con mucho cuidado e inclinó la barbilla en un gesto de despedida. Después echó a andar hacia la vivienda.

Lukas la examinó con interés de arriba abajo, saciando su maltrecha curiosidad, sabiéndose protegido por la oscuridad y la distancia. Su cabello castaño largo y ondulado oscilaba sobre su espalda mientras caminaba. Con esa ropa tan ajustada, sus curvas, que ya le habían llamado la atención el día de la entrevista destacaban incluso más. Se movía con mucho aplomo.

—¿Qué te parece, Mía? —preguntó en un murmullo—. ¿Nos la quedamos?

Alexia

Cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Tenía una sensación de agotamiento mental enorme. El día con la niña le había pasado factura. No pensó que fuera a afectarle tanto, a fin de cuentas, Mía no se parecía en nada a Leo. Sus ojos habían sido negros y su cutis mucho más oscuro. Tampoco sus facciones tenían nada que ver con las de Mía y ni siquiera olía igual.

Y aun así…

Notó cómo le ardían los ojos y bajó los párpados. Un par de lágrimas rodaron por sus mejillas y dibujaron húmedos senderos en ellas.

No había derramado ni una sola lágrima delante de Mía. Había podido controlarse, pero en la soledad de su piso pudo por fin dar rienda suelta a la tristeza tan grande que la consumía por dentro.

No lo entendía. Cuidaba a los niños de Soraya y a la hija de Tania y jamás había experimentado una nostalgia tan profunda. En cambio, Mía había despertado en ella muchos sentimientos amargos y dolorosos que creía tener bajo control.

Dejó que las imágenes de su hermano se agolpasen en su cabeza y rebotaran en ella. Permitió que los recuerdos retornaran y la envolvieran como una apretada sábana húmeda, robándole el aliento. Y el llanto se hizo más hondo. Su cuerpo se sacudió espasmódicamente y terminó por dejar caer la mochila al suelo.

Su móvil comenzó a sonar, esparciendo por el piso la canción *Rebel Yell* de Billy Idol. Se lo sacó del bolsillo y vio el nombre de Soraya en la pantalla. Cortó la llamada. No podía hablar con su amiga en ese estado.

Se limpió las mejillas con el dorso de la mano y cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca. Luego fue al baño y se echó agua fría en la cara. Permaneció unos segundos allí, agarrando el borde del lavabo con las manos mientras recuperaba la calma.

Cuando creyó que estaba lo suficientemente restablecida, regresó al salón, se sentó en el sofá y llamó a su amiga.

—Niña —la saludó esta.

—Perdona que te haya cortado, es que estaba en el baño.

—A ver, cuéntame qué tal ha ido todo. ¿Qué te ha parecido la niña? ¿No es un sol? Y el padre es majísimo.

—La niña es un bombón —admitió—. Es más buena. No ha llorado ni una sola vez y eso que está malita.

—¿Y Lukas? Yo le conozco desde hace años. Era muy travieso y un poco gamberro.

¿Travieso y gamberro? Nada que ver con el chico que ella conocía.

—Es verdad que ha cambiado un montón —continuó Soraya—. Desde que nació la niña está irreconocible. Las últimas veces que le he visto estaba muy serio y cansado. Yo creo que la responsabilidad de un bebé le ha caído encima como una losa. Me da penita, el pobre. ¿Qué te ha parecido?

—Pues es el típico padre primerizo. Me ha llamado un montón de veces desde el trabajo. Estaba muy preocupado. Yo le he mandado mensajes con fotos de la niña para que se tranquilizara.

—¡Ay, pobre! —se rio.

—Se ha quedado más tranquilo al ver que su hija estaba bien. La verdad es que es un chico simpático.

Se abstuvo de comentarle a su amiga que también le parecía muy guapo.

—Es un encanto. Qué pena que su novia le dejara tirado, a él y a la niña, claro.

No solía hurgar en la vida de los demás, pero no iba a negar que la situación de Lukas y su hija le provocaban suma curiosidad.

—¿Cómo era la madre de Mía? ¿Y por qué se largó?

—A ciencia cierta no lo tengo muy claro, pero ya sabes que Benidorm es pequeño y se comentan cosas. Después de dar a luz estaba mal. No sé. A lo mejor tenía depresión posparto. El caso es que conoció a alguien por internet y se fue. O eso dicen.

—Vaya.

—Lukas y ella llevaban un montón de tiempo juntos, desde el instituto. Yo la vi en unas cuantas ocasiones. Era una chica muy normalita. Fue una sorpresa que se marchase así.

—¿Y no ha vuelto a llamar ni nada?

—Creo que no, aunque no te lo puedo asegurar.

Alexia se mordió el labio inferior. No conocía a la tal Eva, pero ya le caía mal. Su comportamiento le parecía despreciable. Era consciente de que no debía juzgar a la gente sin saber exactamente qué había pasado y su motivación, pero marcharse y abandonar a un bebé le parecía imperdonable. Ella misma había sufrido algo similar en sus propias carnes.

—¿Vas a volver?

—Eh, sí. Mañana también me voy a quedar con la niña todo el día.

—¿Y tus clases?

—Hoy he hablado con una compañera y me va a pasar los apuntes. Me apañaré. La pasta de estos dos días me va a venir muy bien.

—Genial. Pues te voy a dejar que tengo que bañar a estos antes de irme al curro. Nos vemos el jueves.

—Sí. Un beso.

La comunicación se cortó y Alexia se echó hacia atrás y apoyó la nuca en el respaldo del sofá, clavando la mirada en el techo.

Había sido un día muy largo y mucho más agotador mentalmente de lo que había pensado, pero no podía negar que también lo había disfrutado. Era estimulante tratar con bebés y más si eran tan dulces como Mía.

Un pitido le avisó de la entrada de un mensaje.

Era de su compañera de clase.

Raquel: Te he pasado los apuntes por mail.

Alexia: Muchas gracias. Mañana tampoco voy a poder ir. Me los puedes mandar también?

Raquel: Sin problema.

Alexia: Eres la mejor, te debo una.

Raquel: Ya me invitarás a una caña.

Alexia: Hecho <3

Después de eso, dejó el móvil sobre la mesa y cogió el portátil. Lo encendió. Todavía tenía tiempo para estudiar un poco antes de cenar.

Capítulo 9

Lukas

Tres semanas habían pasado desde que Alexia había llegado a su vida y a la de Mía y Lukas estaba seguro de haber acertado con ella. Era la persona que necesitaban: muy trabajadora, paciente y cariñosa.

Al menos con su hija.

Con él todavía se mostraba reservada.

Pese a que en un principio Alexia protestó, la llevaba a su casa todas las tardes en coche, pero apenas había podido averiguar nada de ella. En el corto trayecto hasta su apartamento, él siempre intentaba entablar conversaciones y le hacía preguntas, pero lo único que recibía eran respuestas escuetas y monosilábicas. Solo se entusiasmaba cuando el tema era Mía y se explayaba contándole anécdotas de la niña.

Así que, después de veinte días, Lukas solo sabía que le gustaba Billy Idol —no porque ella se lo hubiese dicho, sino porque usaba una canción suya como tono de llamada—, que le encantaba la mermelada de fresa —solía llevar ese tipo de sándwiches en su mochila— y que adoraba a su hija.

El punto tercero era el más importante, no obstante, se moría de curiosidad por saber algo más de ella. Y ese fue el motivo que le llevó a acercarse a casa de sus padres el viernes a la hora de comer. Sabía que era el día en que Soraya limpiaba.

La encontró barriendo el salón. Llevaba un pantalón ancho azul de chándal y una camiseta blanca y de sus orejas pendían los cables de sus auriculares; tarareaba una canción irreconocible. Al verle entrar le saludó con la mano, pero no interrumpió ni su tarea ni su tarareo.

Él se dirigió a la cocina y abrió la nevera. Su madre no era una gran cocinera, pero le ponía interés y solía cocinar cantidades ingentes de comida que luego almacenaba en tápers. Sus hijos lo sabían y, de vez en cuando, acudían a saquear el frigorífico. Encontró pollo asado y ensalada de patata. Se sirvió la ensalada en un plato y luego puso el pollo en el microondas. Mientras esperaba a que este se calentara, se acodó sobre la isla y le lanzó una mirada disimulada a Soraya, pensando en cuál sería la mejor manera de sonsacarle información sobre Alexia.

Soraya terminó de barrer y se quitó los auriculares. Se acercó a él con una sonrisa.

—¿Qué tal la niña? Alexia me ha dicho que está monísima.

Vaya, iba a ser más fácil de lo que había pensado.

—Sí —admitió—. Aunque yo no soy muy objetivo. A mí me tiene enamorado —repuso. Él mismo notó que su voz se tornaba tierna y suave—. Y Alexia es genial con ella. Muchas gracias por recomendarla.

—Tiene buena mano con los críos. Ya se lo dije a tu madre.

—Es cierto. Mía la adora.

—Y está estudiando para ser cuidadora infantil. Es lista.

—Sí, sí. Ya me lo ha dicho.

—Le vino genial conseguir este trabajo. A la pobre le habían recortado las horas en el… curro —lo dijo con vacilación.

—Trabajáis juntas, ¿no?

Ella le miró unos segundos antes de asentir.

—Sí, trabaja los fines de semana en el mismo sitio que yo.

Al ver que no iba a decir mucho más, decidió ir al grano.

—Creo que vive sola, ¿no? Aunque me habló de un hermano suyo… —Dejó caer la frase con entonación interrogativa.

—No habla de su familia. Yo no sé mucho, la verdad. Así que, si has venido a buscar información, no estás hablando con la persona correcta.

Lukas se sonrojó sin poder evitarlo. Desvió la vista al microondas que seguía funcionando, haciendo girar el pollo.

—Solo te puedo decir que es muy responsable y trabajadora —continuó Soraya—. Le cuesta confiar en la gente, pero por lo demás es maravillosa. Yo no le dejo a mis hijos a cualquiera —expuso con contundencia—. Si tienes dudas…

—¡No! —la interrumpió—. No tengo dudas. Mía la quiere mucho. Es simple curiosidad. Lleva tres semanas trabajando en casa y apenas hablamos. Es bastante reservada.

—Un poco. —Hizo una pausa antes de añadir con retintín—: Y muy guapa.

Lukas se apresuró a bajar la vista y la posó sobre la ensalada de patata. ¿Tan transparente era?

Carraspeó con incomodidad y volvió a elevar la mirada. Soraya le observaba con una ceja arqueada y una sonrisa traviesa, como si estuviera esperando una confirmación a su frase.

—Vale. Sí —admitió—. Es… preciosa. Pero eso es secundario —añadió deprisa.

Soraya soltó una risita.

En ese momento, su móvil empezó a sonar. Lo llevaba en una especie de bandolera transparente en la cintura y Lukas pudo ver el nombre de la persona que llamaba con meridiana claridad.

Ale.

¿Sería ese Ale su Alexia?

¿Su Alexia? Ese *su*, ¿de dónde había salido?

Soraya aceptó la llamada y se alejó hacia el otro extremo del salón hablando bajito. Por más que Lukas intentó aguzar el oído no pudo discernir ni una sola palabra.

El microondas pitó y él sacó el plato de pollo. Lo puso al lado del de la ensalada y cogió un tenedor. Disfrutó de la comida mientras lanzaba ojeadas hacia el lugar donde se hallaba Soraya. Se estaba riendo de algo que le decía su interlocutor. La curiosidad de saber si hablaba con Alexia volvió a acuciarle, pero se llamó al orden en silencio. A fin de cuentas, ¿qué le importaba a él? No obstante, se percató de que Soraya le miraba y decía algo. Luego volvía a reírse.

Vale, sí. Era evidente que hablaba con Alexia. Frunció el ceño y bajó la vista a su plato.

Cuando Soraya regresó, fingió estar muy interesado en su pollo. Las ganas de preguntarle por la llamada telefónica casi le ahogaron, pero no podía hacerlo. No podía ser tan tonto.

—Me voy a ir a hacer la habitación de tus padres —le dijo ella mientras se guardaba el móvil en la bandolera.

—Muy bien.

—Si no he salido cuando te vayas, dale un besito de mi parte a la nena.

—Claro.

La vio alejarse hacia el dormitorio de sus padres y compuso una mueca desencantada. Su visita no había servido de mucho. Y era probable que, ahora, Alexia supiera que él iba indagando por ahí sobre ella. Un éxito, pensó con sarcasmo.

Se terminó la comida y le mandó un mensaje a su madre para decirle que había estado

por allí. Soraya no volvió a aparecer. Podía oír su voz canturreando al otro lado de la puerta. No quiso molestarla y se marchó sin despedirse.

La tarde se le pasó en un suspiro. Redactó dos noticias, una sobre un atraco que había tenido lugar en Altea y otra sobre el incremento de turistas rusos en la zona, e hizo una entrevista por teléfono al dueño de una gasolinera que se quejaba del vandalismo que sufría por las noches. Antes de que se hubiera dado cuenta, ya eran las siete de la tarde y podía irse a casa.

Paró en una pizzería y compró una grande de jamón.

Llegó a su casa, con la caja de la pizza balanceándose debajo de su brazo. Entró a la cocina y la dejó sobre la encimera, luego se dirigió al salón. Mía estaba en su parquecito tratando de gatear, algo que había aprendido a hacer hacía unos días. Alexia estaba sentada en el sofá con un cuaderno sobre sus rodillas y un lápiz en la mano. Parecía muy concentrada. Debía de estar repasando apuntes.

Al verle llegar, dejó el cuaderno a un lado y se levantó.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal todo?

—Todo bien.

Según habían ido transcurriendo los días, las llamadas que le hacía a Alexia a diario, interesándose por Mía, se habían reducido a unas pocas. Y los mensajes de ella enviándole fotos de la niña también habían disminuido. Se había establecido un nivel de confianza entre ellos que solo precisaba un máximo de tres o cuatro llamadas por día.

Él se acercó al parque y se agachó. Mía le acababa de descubrir y se arrastraba hacia él en una especie de gateo con la carita encendida de entusiasmo.

—Pero qué bien lo haces —la ensalzó con una sonrisa gigante.

Cuando su hija llegó a su lado, la cogió en brazos y la elevó en el aire. Luego enterró la boca en su estómago blandito y le hizo una pedorreta, provocando una risa contagiosa en ella.

—¿Cómo está mi rubita? ¿Has sido buena?

La niña pataleó con entusiasmo y balbuceó algo incomprensible que sonó como *papá*.

—¡Ha dicho papá!

Giró la cabeza, maravillado, para ver si Alexia también lo había escuchado y descubrió que ella se reía.

—¡Lo ha dicho! Venga, Mía, repítelo —le pidió a la niña con apremio—. Di papá.

La pequeña no dijo nada. Solo le miró con la boquita abierta por la que asomaban sus dos incisivos diminutos, los dos de abajo.

—Ha dicho *dada* —comentó Alexia en tono distendido—. Lo dice todo el rato. No te hagas ilusiones.

—Qué aguafiestas eres.

Ella se rio. Cada vez lo hacía con más frecuencia y su risa era interesante.

La miró y la vio guardar su cuaderno en la mochila. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de manga larga de color rojo y tenía el pelo recogido en una larga trenza. Como una quinceañera. Siempre le fascinaba lo joven que parecía.

—Oye, ¿por qué no te quedas a cenar? —propuso sin pensárselo demasiado—. No hay que cocinar, prometido. He traído una pizza de jamón. ¿Te gusta la pizza?

—Eh, sí, claro que me gusta la pizza, pero se va a hacer muy tarde…

—Cenamos ya. Sé que es pronto, pero tengo hambre. Luego te llevo a casa, como siempre. Como mucho vas a llegar una hora más tarde. No es tanto.

Incluso él mismo se dio cuenta de lo ansioso que sonaba. No sabía por qué tenía tantas

ganas de que ella aceptara su invitación. Escondió la cara en el cuello de su hija y aguardó la respuesta.

—Bueno…

Alzó la barbilla y la miró. Ella tenía la frente arrugada y la mirada perdida en algún lugar lejano, pero había dejado la mochila sobre el sofá. Aquello era una buena señal.

—Mientras uno se encarga de Mía, el otro prepara la mesa. ¿Qué te pides?

—Dame a la niña —repuso con una sonrisa ladeada.

Él se acercó a ella y le tendió a la pequeña que volvió a decir *dada* dos veces seguidas. Alexia le lanzó una mirada en la que se podía leer perfectamente un: *te lo dije.* Él puso los ojos en blanco y admitió su derrota.

—Vale, tenías razón. ¿Qué bebes? Tengo refrescos, zumo y agua.

—Agua está bien.

Se fue a la cocina y sacó unos mantelitos individuales de un cajón, platos y vasos del armario y los cubiertos. Se percató de que estaba silbando. No había sido consciente hasta ese momento de lo mucho que le había apetecido cenar con alguien cuya conversación fuera algo más que un *gaga*. Admitía que echaba de menos el contacto con adultos. Quizá debería llamar a sus hermanos e invitarlos a su piso con más frecuencia.

Regresó al salón y puso la mesa. Alexia estaba en el sofá y tenía a Mía sentada a horcajadas sobre sus piernas mientras le hacía dar palmitas. La niña se reía con regocijo.

Se detuvo para observar la escena y esbozó una sonrisa satisfecha.

Alexia giró la cara hacia él.

—¿Ya está todo?

—Eh… No, no… —dijo con la voz entrecortada.

No era la primera vez que se quedaba embobado, mirándolas, y que ella le descubría. Debía de tener una cara de idiota que tiraba para atrás. Volvió a la cocina y cogió las bebidas y la pizza y las llevó al salón.

—Le voy a ir preparando el biberón. Ve tú partiendo la pizza.

No esperó una respuesta. Se fue directo a la cocina y calentó agua. Luego la vertió en el biberón y añadió los cacitos de la leche de continuación. Enroscó la tetina y lo agitó. Se vertió unas gotas en la muñeca para comprobar la temperatura y asintió satisfecho.

Parecía un verdadero profesional, se dijo a sí mismo con una risa silenciosa.

Recordó su enorme torpeza al principio. Se había sentido tan inútil como una nevera en el Polo Norte. Cada cosa que tenía que hacer con la pequeña le llenaba de terror. Tenía miedo a dejarla caer cuando la tenía en brazos, o a que su biberón estuviera demasiado caliente y se quemara la lengua, o a no saber ponerle los pañales correctamente y hacerle daño. Cuando nació Mía se dio cuenta de que ser padre era tan maravilloso como aterrador. Uno no sabía lo que era el verdadero miedo hasta que no se veía con un bebé en brazos.

Gracias a Dios había estado muy arropado por su madre. Si no hubiera sido por ella, no lo hubiese conseguido.

Al regresar al salón vio que Alexia ya había sentado a la niña en la trona y que había partido la pizza y puesto un triángulo en cada plato.

Le dio el biberón a Mía que lo agarró presta con sus manitas y se lo llevó a la boca.

—¡Qué ansiosa! —se rio.

Después de eso, ambos se comieron la pizza en silencio, mirando a la niña. En un par de ocasiones, los ojos de Lukas se desviaron hacia su niñera. Tenía ganas de iniciar una conversación, pero no sabía cómo empezar. A decir verdad, su único punto de unión era Mía y

no tenían muchas más cosas en común, que él supiera. Carraspeó, decidido a iniciar un tema cualquiera.

—Hoy has ido a comer a casa de tus padres, ¿verdad?

La sorpresa le llevó a morder más trozo del que podía abarcar y, de pronto, se descubrió con un pedazo de pizza colgando de su boca. Cerró los ojos, mortificado. Tenía dos opciones: abrir la boca hasta que se le desencajara la mandíbula para que le cupiera todo el trozo, o tirar de él y que volviera al plato.

Tomó la segunda opción.

Cuando abrió los ojos y la miró, ella tenía la vista fija sobre su plato, pero era evidente que estaba conteniendo una risa.

—Antes de que me ponga todavía más en ridículo —empezó él—, eh… sí, he estado en casa de mis padres. Te lo ha dicho Soraya, ¿no?

—Sí. —Alzó la cara y le contempló de frente con esos ojos rasgados suyos tan exóticos —. La he llamado justo cuando tú estabas allí. —Una mueca divertida bailaba sobre su rostro.

Lukas jugueteó con su tenedor.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Quién? ¿Soraya? No mucho. La he llamado para preguntarle si me presta un pantalón suyo que me gusta y me ha dicho que sí —contestó ella con expresión de fingida inocencia—. Y poco más.

Lukas arrugó la nariz. Era indudable que ambos sabían que no era eso lo que él quería saber.

—Ya. Vale.

Volvió a morder su pizza, teniendo cuidado de que no le sucediera lo mismo de antes.

—Ah, y también me ha dicho que crees que soy guapa.

Tragó con brusquedad sin poder creer que ella hubiera dicho eso. Era la primera vez que parecía tan abierta y dispuesta a hablar. Masticaba con deleite y un brillo pícaro poco usual chispeaba en sus iris.

—No he dicho eso.

Una arruga de confusión apareció en su frente.

—Oh…

—He dicho preciosa —murmuró.

Ahora la que se mostró turbada fue ella. Bajó los párpados y se entretuvo unos segundos en alisar el borde de su mantelito.

Lukas se revolvió en la silla, inquieto. Él no era de aquel modo. No era retraído. Solía hablar sin pensar demasiado en lo que decía y era bastante descarado, sin embargo, admitía que el carácter apacible y seguro de Alexia le volvía tímido.

No tuvieron ocasión de seguir con la conversación porque Mía eligió ese momento para lanzar el biberón vacío sobre la mesa. Cayó con un golpe seco que sobresaltó a ambos.

«Qué oportuna es mi niña», pensó.

—Pero, bueno, qué hija más agresiva tengo —dijo en voz alta. Quizá demasiado alta.

Mía se le quedó mirando con mucha seriedad y su barbilla comenzó a temblar.

¡Oh, no! Se avecinaba una rabieta.

Antes de que él hubiera podido reaccionar, Alexia rescató el biberón del borde de la mesa y lo dejó a un lado, luego se levantó y fue al sofá, cogió uno de los cuentos de tela que tanto le gustaban a Mía y se lo dio. La pequeña soltó un suspiro y comenzó a manosear el librito, olvidando que había estado a punto de sollozar.

Lukas contempló la interacción con admiración manifiesta. Ya había comprobado en otras ocasiones que Alexia parecía saber siempre qué era lo que deseaba Mía en cada momento. Era capaz de cortar un llanto en milésimas de segundo, algo que a él le costaba una media de veinte minutos, acompañados por muchos besos, caricias y hasta cancioncillas al oído.

—Eres perfecta, ¿lo sabías?

Alexia se rio bajito mientras volvía a tomar asiento frente a su plato de pizza.

—Me lo dicen constantemente —bromeó.

—No me extraña. Tienes a Mía hipnotizada. Estoy seguro de que, si la niña tuviese que elegir, se iría contigo. No es muy justo —masculló, fingiendo enfado.

—Pues ya verás cuando la primera palabra que diga sea mi nombre.

—Menos mal que es difícil para un bebé. Lo jodido sería si te llamaras Ana o algo así de sencillo, pero Alexia no creo que pueda. Estoy salvado.

—¿Te apuestas algo? —le retó.

La miró con ambas cejas arqueadas.

—Me apuesto una cena contigo. Si dice tu nombre, pago yo en el restaurante que elijas. Y si no lo dice, te toca a ti.

—A ver, Mía —dijo ella mientras se dirigía a la niña con una sonrisa traviesa—, di Alexia. A-le-xia. A-le-xia.

La pequeña la miró y luego abrió la boca.

—Shia.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Lukas, golpeando la mesa con la palma de la mano.

Alexia se echó a reír de un modo muy contagioso. Era la primera vez que él la escuchaba reírse de ese modo tan desinhibido, y eso le pareció maravilloso. De pronto, casi sin darse cuenta, se descubrió a sí mismo riendo también, con ganas.

Hacía un siglo que no se reía así.

Mía comenzó a golpear la bandeja de la trona con sus puñitos, llena de entusiasmo, como si supiera que aquellas carcajadas iban por ella.

—Te confieso que, aunque yo ya sabía que lo decía, suele ser pura casualidad —dijo Alexia una vez recuperada del ataque de hilaridad—. Tenías que haberte visto la cara.

—Entonces jugabas con ventaja.

—Un poco.

—¿Es normal que hable siendo tan pequeña?

—Esto no es hablar, es un sonido que repite. Y las niñas son más avispadas que los niños.

Lukas engulló su último trozo de pizza y meneó la cabeza con diversión.

—Entonces me toca invitarte a cenar. No seas demasiado mala y pidas un restaurante caro, que soy un pobre padre soltero.

—Era una broma —rechazó—. No hace falta que me invites.

—Siempre pago mis deudas. Tú dime el día y el sitio y allí estaré con la cartera preparada.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto.

La vio ponerse seria y no supo por qué. ¿Había hecho o dicho algo inconveniente?

—Vale. Ya te lo diré —aceptó con suma reticencia. De pronto, su actitud se había tornado fría—. Es tarde y debería irme a casa. Todavía tengo que estudiar.

No pudo responder ni preguntarle si le pasaba algo porque el timbre del portero automático resonó con fuerza en el piso.

—¿Quién será a esta hora? —masculló mientras se levantaba.

De camino a la puerta, miró de refilón la hora en el reloj que tenía colgado en la pared de la cocina y vio que eran las ocho y media. No era tan tarde como había pensado.

—¿Quién es?

—Soy tu hermana preferida. He venido a ver a mi sobrina.

Con el ceño arrugado, pulsó el botón que abría el portal.

Solo unos minutos antes había pensado lo mucho que le gustaría que sus hermanos le visitaran con más frecuencia, pero no en ese instante. No cuando el ambiente entre él y Alexia se había enrarecido tan de repente.

La rubia cabeza de Erika no tardó en aparecer por encima del murete que separaba las escaleras del descansillo. Como siempre que volvía de trabajar, llevaba ropa holgada y cómoda. Vaqueros deshilachados y una camiseta no demasiado limpia bajo una cazadora vaquera que en el pasado había pertenecido a Diego. Su pelo estaba recogido en una coleta.

—Hola, Luke.

Ni siquiera se detuvo a saludarle en condiciones, pasó de largo y accedió al piso mientras iba llamando a la niña.

—Mía, Mía. Soy tu tía favorita.

Lukas la siguió. Cuando entró al salón vio que Erika estaba junto a la trona, acariciando la mejilla de la niña, pero sin quitarle ojo a Alexia, que había cogido su mochila, dispuesta a marcharse.

—Soy la hermana de Lukas, Erika. Tú debes de ser Alexia.

—Sí. Encantada.

Intercambiaron un par de besos.

Su hermana le lanzó una mirada penetrante por encima del hombro de Alexia, como si quisiera decirle algo, pero él no la entendió.

—Me viene genial que hayas venido —le dijo—. ¿Te quedas con la niña mientras yo llevo a Alexia a casa?

—Claro.

—No hace falta.

Las dos respuestas llegaron al mismo tiempo.

—De verdad, no es necesario —dijo Alexia, haciendo un ademán vago con el brazo y dando un paso hacia el corredor.

—Que sí —intervino Erika con decisión—. Así me puedo quedar un ratito a solas con la nena, que Lukas es muy acaparador y no me la deja casi nunca.

Aquello no era verdad.

Vio la vacilación en las facciones de Alexia y tomó una rápida decisión.

—Vamos, Ale —lo dijo inconscientemente. Era la primera vez que la llamaba así—. Te llevo. Ve a buscar tu cazadora.

Ella le miró con duda, pero terminó por irse al dormitorio donde había dejado la prenda.

Erika tardó un microsegundo en plantarse a su lado.

—¿No la reconoces? ¿No sabes quién es? —le cuchicheó al oído.

No pudo responder porque Alexia regresó con la cazadora en la mano.

—Vuelvo en veinte minutos —le dijo a su hermana que le hizo una mueca de lo más desconcertante.

¿A qué se refería con aquellas preguntas? ¿De qué conocía a Alexia?

—Claro. Aquí te espero. Encantada, Alexia.

—Igualmente —respondió esta.

Lukas echó a andar hacia la puerta del piso, flanqueado por la muchacha. Cuando la abría, miró a Erika una última vez por encima del hombro y la vio en la puerta del salón moviendo los labios con exageración y haciendo aspavientos, como si tratase de decirle algo.

No entendía nada.

Cerró la puerta con brío, algo confundido.

Su hermana era tan dramática…

¿Qué demonios querría decirle?

Capítulo 10

Alexia

Jugueteó con el extremo de su trenza mientras sus ojos se perdían en el paisaje nocturno que pasaba deprisa frente a ella. En el cristal de la ventanilla podía ver que Lukas había girado la cara en su dirección y la observaba. Trató de ignorarle y concentrarse solo en la carretera y en los comercios iluminados que iban dejando atrás.

—¿Ha pasado algo? —inquirió él, rompiendo el silencio que se había establecido entre ambos desde que se montaron en el coche.

Bajó los párpados sin saber qué decir.

—No. ¿Por…?

Sí, aquella era la respuesta más adecuada.

—Estás muy callada.

—Estoy pensando en mis clases —mintió.

—Ah, vale.

Le miró a hurtadillas y comprobó que su escueta explicación le había dejado satisfecho. Sus facciones estaban relajadas y una sonrisa adornaba su boca.

Alexia suspiró para sus adentros. Sí le pasaba algo.

Le pasaba que él era muy atractivo y mucho más agradable de lo que pensó en un principio, y que había comenzado a verle como algo más que el padre de Mía, y sabía que aquello era un enorme error. No solo se sentía atraída por su aspecto exterior, sino también por su carácter encantador y tierno. Era increíble el afecto que mostraba por su hija. Todo su rostro se iluminaba cada vez que contemplaba a la pequeña. Y eso, a Alexia, la tenía fascinada. ¿Cómo no sentirse atraída por alguien que desprendía tanta luz? Cierto era que esa luz iba dirigida a la niña, pero había sido inevitable que a ella también la salpicara.

—¿Por qué no quieres que te invite a cenar? No muerdo.

No le sorprendió la pregunta. La había esperado. Cerró los ojos y sopesó cuál debía de ser su respuesta. Podía mentir y decirle que tenía novio. O podía acercarse un poquito más a la verdad.

—No es que no quiera salir a cenar contigo, Lukas —explicó—. Es solo que pienso que cruzaríamos ciertos límites y que eso no estaría bien. Tú eres quien paga mi sueldo y yo soy la niñera de tu hija. Si saliésemos a cenar, se podría malinterpretar.

Ya estaba dicho. Y había sido muy clara.

—¿Malinterpretar, por quién?

—En general.

—¿En general? No entiendo.

Vale, no había sido tan clara como pensaba.

—Eh, cuando digo en general, me refiero a ti y a mí.

—Ah, vale.

Alexia se giró hacia la ventana de nuevo. Se estaban acercando a la zona de los Juzgados; no tardarían mucho más en llegar a su urbanización.

—Pero si yo tengo claro que solo es una cena y tú también, ¿qué opciones hay de malas interpretaciones? No me queda claro.

¡Joder! ¿Tenía que decirle que era ella la que no quería hacerse ilusiones? Nada bueno podía salir de sentirse atraída por el padre de la niña a la que cuidaba, a fin de cuentas, era su jefe. Quizá no había enfocado bien la situación. Quizá tenía que haber aceptado la invitación y punto.

—A ver, Lukas —comenzó con tono exasperado—, que nuestra relación es solo profesional.

—Solo quiero cenar, no te he pedido que te cases conmigo.

Volvió a cerrar los ojos. Él iba a seguir insistiendo hasta que aceptara o le expusiera claramente por qué no lo hacía. Y para eso no estaba preparada.

—Salgamos a cenar —concedió con fatiga.

—¡Genial! ¿Dónde vamos y cuándo?

Sonaba tan entusiasmado que a ella le dio un pequeño vuelco el estómago.

—Tiene que ser un día de diario. Los fines de semana trabajo.

Él guardó silencio durante un rato.

—Puedo dejarles la niña a Diego y a Iván, pero sería una putada para ellos —meditó en voz alta—. ¿Prefieres que lo cambiemos por una comida a un sábado? Así mis padres se pueden quedar con Mía.

—Si es una comida, puedes traerla —propuso.

—No —respondió, tajante.

Vale. Todo estaba empezando a sonar muy similar a una cita y Alexia se tensó, pero una comida era mucho menos peligrosa que una cena. Seguía pensando que aquello era un error garrafal, pero ya había accedido, así que se resignó.

—Me parece bien un sábado, pero mañana no, que ya tengo planes. Al siguiente.

—Perfecto —repuso.

Las casitas bajas de su urbanización aparecieron frente a sus ojos y, solo un segundo después, Lukas detenía el vehículo frente a la suya.

Alexia asió la manija de la portezuela, dispuesta a bajarse del coche inmediatamente. La cabina en penumbra era muy íntima y ellos estaban demasiado cerca el uno del otro. Necesitaba distancia.

—Ale.

Era la segunda vez que utilizaba ese diminutivo de su nombre y un nuevo escalofrío le recorrió la espalda de arriba abajo. Le gustaba. Le gustaba mucho que la llamara así.

Giró la cara, lo justo para poder verle de refilón.

—Dime.

—Gracias.

—¿Gracias? —Había un timbre de desconcierto en la pregunta—. ¿Por qué?

—Por todo. Por cómo te portas con Mía.

—Es mi trabajo.

Él arqueó ambas cejas con desdén.

—Sé que no lo haces por eso.

—Bueno, Mía es un amor. Le tengo mucho cariño —dijo con un incómodo carraspeo—. Eh, me voy ya. —Abrió la puerta del coche con brío—. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se cargó la mochila al hombro y cerró la puerta. Echó a andar deprisa hacia su casa. Al no escuchar el sonido del motor, supuso que él seguía ahí, mirándola. Se esforzó por mantener un paso firme y seguro. Sacó la llave de su bolsillo y entró en la edificación. Solo cuando estuvo

dentro de su apartamento se permitió el lujo de soltar el aire de sus pulmones.

—Vaya —musitó.

Estaba perpleja por su propia reacción.

Era cierto que en los últimos días se había descubierto a sí misma pensando demasiado en el atractivo Lukas Alba, pero ¿que pudiera llegar a afectarle tanto? Con eso no había contado.

Dejó caer la mochila al suelo y encendió la luz. Recorrió el pequeño piso con los ojos; estaba impoluto, recogido y limpio, tal y como lo había dejado esa mañana antes de irse a clase. Le hubiese gustado tener una pila de cacharros por fregar o el suelo lleno de migas, eso le habría proporcionado la excusa perfecta para entretenerse con algo útil y no centrarse solo en el padre de Mía.

Se quitó las zapatillas deportivas y las dejó en el armario. Luego sacó los libros de la mochila y los puso sobre la mesita del salón. Tomó asiento en el sofá y pasó los dedos por la tapa del de Desarrollo Socio Afectivo mientras lo miraba con la frente arrugada.

Tenía todavía un par de horas antes de ir a trabajar. Le hubiese gustado ponerse a estudiar, pero estaba demasiado dispersa.

Terminó por buscar en su móvil una de sus listas favoritas de Spotify y le dio al *play*. Pronto, la canción *Blitzkrieg Bop* de Ramones rompió el silencio.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en el respaldo al tiempo que subía las piernas y las cruzaba. Jugueteó con el móvil hasta que accedió a la galería de imágenes. Sus últimas fotografías eran casi todas de Mía. Las fue pasando con el dedo índice con una sonrisa en los labios. Era simplemente preciosa con su pelito rubio y sus límpidos ojos azules. La típica niña que llamaba la atención en todas partes por su aspecto extranjero tan poco común en una española. Era una muñequita de anuncio.

Y ella le había cogido un cariño inmenso. Se sentía muy vinculada a ella.

No las contó, pero al menos había unas cien fotos de la niña. De cuando sonreía, de cuando comía y hacía pedorretas con la comida, de cuando dormía, de cuando se enfadaba, de cuando estaba distraída con algún juguete. De frente, de perfil, de espaldas, tumbada o gateando. De sus manitas, de sus pies, incluso un primer plano de su boquita.

Alexia bajó los párpados y se dejó llevar por la melancolía.

En otro tiempo, las fotos que habían llenado su galería de imágenes eran las de otro bebé, las de Leo. En una de sus múltiples mudanzas perdió el teléfono y con él las queridas imágenes de su hermano pequeño. Aquello la desgarró por dentro. Ahora solo le quedaba una única foto para recordarle, una foto impresa de un cumpleaños en la que aparecía él con una corona dorada de cartón frente a las dos velas de una tarta de chocolate. Era una foto que llevaba siempre consigo en la cartera. Uno de los pocos recuerdos materiales que le habían quedado de su hermano. Los otros recuerdos, los intangibles, no iba a poder olvidarlos nunca, los llevaba dentro del corazón, protegidos y a salvo.

En solo unos días habría sido el cumpleaños de Leo. Habría cumplido seis años.

Se puso de pie con precipitación. Tenía el pecho encogido y le temblaban las manos.

Don Quijote de la Mancha se publicó en mil seiscientos cinco.

La caída del Imperio Romano fue en el año cuatrocientos setenta y seis después de Cristo.

La batalla de Trafalgar tuvo lugar en octubre de… En octubre de…

¡Mierda! ¿Cuándo tuvo lugar la puñetera batalla?

Estaba tan agobiada que ni las fechas la ayudaban a centrarse.

Deambuló por el piso, respirando con pesadez hasta que cogió el móvil, apagó la música

y llamó a Soraya. Cualquier cosa con tal de no hundirse en recuerdos dolorosos.

—Hola, niña. ¿Todo bien?

—Todo perfecto —contestó sin demasiada fluidez.

—Pues suenas un poco rara.

—Eh, es una tontería.

—Cuenta.

—Lukas me ha invitado a cenar… —soltó con una ligera vacilación.

—¿En serio? —No mostraba sorpresa alguna—. Ya sospechaba algo así cuando ha venido hoy a indagar. —Se rio con fuerza.

—No te rías. Es serio.

—Bueno, es una cena. Tampoco te ha pedido que te cases con él.

¿De verdad tenía que decir la misma frase? Puso los ojos en blanco y se deslizó hasta el suelo. Apoyó la espalda en el sofá y flexionó las piernas. Luego posó la barbilla en ellas.

—Me da un poco de cosa salir con él —admitió.

—¿Por? ¿Qué pasa? ¿Que te gusta?

—No me disgusta. No le conozco mucho, pero lo poco que sé de él me agrada. Tenías que ver cómo se comporta con la niña. Es tan tierno.

—Lo he visto. Es un encanto. Y es guapo y simpático. Porque ahora está desubicado con todo lo de Mía, pero era un crío tan divertido. El más bromista de los cuatro hermanos.

Se acarició el empeine del pie distraída. Con ella todavía se mostraba cauto y un poco tímido, aunque dejaba escapar pinceladas de ese Lukas del que hablaba su amiga. Le habría gustado conocerle en su totalidad.

O mejor no.

Ya estaba demasiado interesada en él sin descubrir esas otras facetas de su carácter.

—Hoy he conocido a la hermana. Parece maja.

—¿Erika? Está loca. Pero en el buen sentido. Cuando se arregla y se pone esos vestiditos tan monos parece una modelo, pero prefiere ir siempre con esos vaqueros rotos. Es mecánica y más fuerte que todos sus hermanos juntos. Se nota que se ha criado entre chicos —dijo con una risilla afectuosa—. ¿Qué le has dicho a Lukas?

Había cambiado de tema con tanta rapidez que Alexia se quedó en blanco.

—¿Qué le he dicho? ¿De qué?

—Joder, Ale. De la cena.

—Ah, claro. Bueno, al final va a ser una comida un sábado para que sus padres se queden con Mía. He dicho que sí. Es muy insistente.

—Bien por ti. Es un chico fantástico. Seguro que congeniáis muy bien.

«Eso es lo que me preocupa», se dijo.

—Pero ten cuidado —añadió Soraya.

—¿Cuidado?

—A pesar de que es joven, lleva una mochila muy pesada a la espalda para su edad. Un padre soltero de veintidós años… es complicado.

—Ya. Yo también lo he pensado —suspiró.

—Pero no te agobies. Si quieres… —Unos gritos infantiles interrumpieron la conversación—. Tengo que dejarte. Elena está en la bañera y grita como si se estuviera ahogando. Siempre me hace lo mismo. Te llevo el pantalón al curro. Nos vemos en unas horas.

—Vale.

La comunicación se cortó y Alexia se quedó con el móvil suspendido en el aire,

pensativa.

Era cierto que la mochila que llevaba Lukas era pesada, pero la suya tampoco era ligera precisamente.

Se puso de pie y se acercó a la nevera. Sacó una botella de agua, la desprecintó y dio unos tragos.

Lukas. El chico de los ojos aguamarina y hoyuelo en el mentón.

Cada vez estaba más cómoda con él y su nivel de confianza aumentaba. La necesidad de hablar y compartir sus pensamientos se manifestaba con fuerza cuanto más tiempo pasaba a su lado. Esa tarde, incluso, se había permitido el lujo de flirtear un poco. Quizá no debería haberlo hecho, pero fue algo espontáneo, que le salió solo.

Lo que no esperaba era que él le siguiera el juego.

No he dicho guapa, sino preciosa.

Aquella aseveración fue tan inesperada que la dejó estupefacta y le provocó un desacostumbrado ataque de timidez.

Vale, a Lukas Alba no se le daba mal el coqueteo.

Se le daba muy bien.

Y luego llegó la propuesta de la cena.

¿Segundas intenciones? ¿O una cena reconvertida en comida con la niñera de su hija para hablar largo y tendido de la pequeña? ¿Una cita? ¿Un encuentro profesional?

Volvió a beber mientras entornaba los ojos.

—Bueno, ya se verá —murmuró.

Alejó a Lukas de sus pensamientos y se dirigió al armario para escoger su atuendo de aquella noche.

¿Faldita corta y sujetador de pedrería?

Capítulo 11

Lukas

Habían pasado más de veinticuatro horas desde que su hermana le dijo quién era Alexia y todavía no terminaba de creerlo. Sí, desde el primer momento le había resultado familiar, pero jamás la hubiera asociado con la chica leopardo del Go.

Niñera por el día y gogó por la noche.

Era como una jodida broma, como el argumento de una película romántica de esas que le gustaban tanto a Eri. ¿No había una serie española antigua en la que una bailarina de un club hacía de niñera? No recordaba el título.

Alucinante que algo así le estuviese sucediendo a él.

Pese a que creía a su hermana a pies juntillas —era infalible con las caras—, allí estaba él, ese sábado a medianoche, camino del Go Beach Club.

Dejó el coche en el parking de Ruzafa, muy cerca de donde vivían Diego e Iván. Había quedado con este último para bajar a la playa. Le vio apoyado en la pared de su edificio, esperándole. Iba vestido de modo informal, con vaqueros negros y camiseta gris y se había recogido el largo cabello en una coleta.

—Hola, Luke —le saludó.

—Hola.

Intercambiaron un abrazo afectuoso. Hacía dos de semanas que no se veían.

—Mi hermano se ha quedado durmiendo, supongo.

—No. Currando. Tiene dos nuevos proyectos que entregar para principios de semana.

Diego era dibujante e ilustrador *freelance* y de los buenos. Trabajaba para editoriales importantes y para diversas empresas y siempre estaba hasta arriba de encargos.

—¿Has dejado a Mía con tus padres?

—Sí.

Echaron a andar calle abajo. No había tanta gente como en verano, pero dado que no hacía mucho frío, todavía se podía ver a grupos de jóvenes pululando por la zona, de camino a los locales de primera línea.

—¿Me vas a contar ya tu terrible secreto? No entiendo por qué no me lo has dicho por teléfono cuando hemos hablado.

—No es un secreto, en el fondo es una chorrada. —Soltó un sonoro suspiro—. Resulta que Alexia trabaja los fines de semana como gogó en el Go.

—¿Tu niñera? —La sorpresa le hizo alzar la voz.

—Sí —admitió—. Yo no me había percatado, pero Erika estuvo ayer en casa y la reconoció. ¿Recuerdas esa noche que salimos todos hace semanas?

—Eh, sí.

—¿Recuerdas a la chica leopardo?

—Vagamente.

—Pues es mi niñera.

Iván se echó a reír.

—Tenías que verte la cara, Luke. ¿Tanto te molesta?

Negó con rapidez.

—No. Si te soy sincero, me da igual. Me pregunto por qué me lo habrá ocultado. Solo eso.

—A lo mejor pensaba que si lo sabías no la habrías contratado para cuidar a tu hija —dijo Iván con toda la lógica del mundo.

Lukas guardó silencio y meditó. Antes de conocerla y saber lo maravillosa que era con Mía, el que fuera gogó podría haberle influido para tomar una decisión. Un prejuicio absurdo, pero en cierto modo fundamentado. ¿Pero ahora? ¿Después de verla con su hija? Le importaba un pimiento lo que hiciese por las noches.

—¿Y por qué vamos al Go? ¿Vas a confrontarla con su mentira? Si te da igual, a lo mejor es un poco violento. Se va a sentir… humillada, ¿no?

—Bueno, es que… No es que quiera… —La voz le salió entrecortada.

—Para el carro, Alba —dijo Iván, deteniéndose en medio del paseo marítimo, al que acababan de llegar, y encarándose con él—. Que te conozco. Esa chica te mola.

Lukas se sonrojó, pero le sostuvo la mirada.

—Es curiosidad —repuso con desinterés fingido.

—¿Curiosidad? Mis cojones. Es morbo.

Cerró los ojos y soltó un resoplido.

—Algo de morbo hay —admitió.

Iván echó a andar de nuevo. Una sonrisa de suficiencia le curvaba los labios.

—¿Qué? —inquirió Lukas, apresurando sus pasos para alcanzarle.

—¿Qué de qué?

—¿Por qué pones esa cara?

—Porque me alegro por ti. Es la primera vez en meses que veo al antiguo Lukas. Te echaba de menos, ¿sabes?

—Ay, Iván —gimió, derrotado. Y se detuvo bruscamente—. Estoy agotado, estresado, angustiado, enfadado y todas las jodidas palabras que acaban en *ado*.

Iván no perdió el tiempo; le agarró del brazo y le condujo hasta uno de los bancos de madera que daban al arenal. Le obligó a sentarse y él lo hizo a su lado.

—Habla de una puta vez, Lukas. Llevas demasiado tiempo guardándotelo todo. Y tú no eres así.

Una risa fatigada le sacudió el pecho.

—Es que me da vergüenza decir todo lo que pienso en voz alta —confesó.

—¿Vergüenza? No entiendo…

Se entretuvo en poner en orden sus pensamientos. La necesidad de hablar y sacar todo lo que llevaba dentro era enorme y no había mejor interlocutor que Iván. Era su mejor amigo, alguien que no le iba a juzgar. Hiló sus pensamientos para que tuvieran coherencia y los convirtió en palabras que poder utilizar para desahogarse.

—Cuando Eva se quedó embarazada y decidimos tener el bebé —comenzó con la vista extraviada en el mar que se mecía ligeramente en la oscuridad de la noche—, mis padres ya me advirtieron del cambio que eso iba a suponer en nuestras vidas. Creo que fuimos, tanto ella como yo, demasiado ingenuos y un poco arrogantes y pensamos que exageraban. Idealizamos lo que significaba ser padres jóvenes… No sé. Recuerdo conversaciones que teníamos durante el embarazo en las que discutíamos quién iba a llevar al niño al parque, quién iba a ser el primero en darle el biberón, cuánto tardaría en dar sus primeros pasos o qué nombre encajaría mejor si era una niña… —Se calló y una nueva risa cargada de amargura escapó de su boca—. Sí. Esas eran todas nuestras preocupaciones. Ridículo, ¿no? Así de imbéciles éramos. —Hizo una

pequeña pausa y se pasó las manos por el pelo—. Y luego llegó Mía y todo se volvió del revés. Eva se encerró en sí misma y ni siquiera quiso ocuparse de la niña o hablar conmigo y mira que lo intenté. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo.

—Y cuando se largó ni siquiera tuve tiempo de llorar su pérdida porque tenía a mi hija reclamando toda mi atención y todo mi tiempo. Y sé que no lo hubiese conseguido sin mis padres. Han sido maravillosos, pero al mismo tiempo, me sentía muy culpable por estar cargándoles a ellos con algo que yo había decidido —se atropelló con las frases—. Yo soy el único responsable de Mía.

—Que te echen una mano nunca viene mal, Luke. La familia está para eso.

—Lo sé —admitió—, pero es que…

No continuó porque no sabía qué más podía decir. Se echó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas mientras enterraba la cara en las manos. De pronto, tenía ganas de llorar y no sabía por qué.

—Lukas…

—Estoy agotado —reconoció, alzando la cara y dejando que el fresco aire de la noche le acariciase la piel —. Estoy tan cansado que he comenzado a vivir como en piloto automático. Me levanto por las mañanas, hago el desayuno de los dos, la llevo a la guardería, conduzco a mi trabajo, un trabajo que no me gusta nada —añadió con gravedad—, después como solo comida de un táper a toda prisa, regreso al trabajo, y luego de nuevo a casa, la cena y vuelta a empezar. Esa es mi vida ahora. —Soltó un hondo suspiro—. Me paso el día poniendo lavadoras. Nunca pensé que un bebé pudiera necesitar tanta ropa, pero es que cuando no se vomita encima, se hace caca. Es desesperante. A veces tengo la sensación de que hay caca por todas partes —gimió—. El otro día, después de cambiarle el pañal, no me di cuenta de que me había manchado la mano de caca y me toqué la cara. Menos mal que me miré al espejo antes de irme a trabajar porque llevaba la barbilla llena de mierda.

Iván le miraba con consternación. Parecía querer intervenir, pero Lukas no le dejó. Todavía había muchas cosas que quería decir.

—Parece que estoy programado para quedarme dormido a las nueve y media. Más allá de eso no aguanto, me siento en el sofá y se me cierran los ojos solos. Y durante la noche no duermo apenas porque Mía me despierta varias veces y le doy el biberón como un autómata. En alguna ocasión, me he quedado dormido en el sofá con ella en brazos y he amanecido allí, aterrado, porque se me podía haber caído al suelo y haberse hecho daño y yo no me hubiera dado cuenta. Y me siento como un irresponsable y un padre de mierda —murmuró—. Es como si llevara siglos de sueño arrastrando a mis espaldas y pesasen una tonelada. ¡Dios! —masculló—. Si te soy sincero, los únicos momentos relajantes y hermosos de mi existencia son esos en los que llego a casa por la tarde y veo a Alexia y a Mía juntas, jugando, comiendo, no haciendo nada especial, simplemente siendo. Me dan paz. —Soltó un exabrupto—. Vale, sé que esto no ha sonado bien porque parece que solo soporto a mi hija cuando está con su niñera, y no es así. Adoro a Mía —dijo con vehemencia—. Es lo que mueve mi mundo y si no la tuviera creo que mi vida no tendría ningún sentido. La amo a morir —finalizó con fiereza.

—No te justifiques. Todos sabemos lo que quieres a tu hija.

—Es que… es tan bonita y tan buena y se merece todo y yo me siento tan inútil. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó furioso para que desaparecieran.

Iván le pasó un brazo por encima de los hombros y le forzó a reclinarse contra su cuerpo. Lo hizo. Lo necesitaba. Necesitaba un abrazo.

—¿Por qué nunca nos dices nada? —le preguntó en voz muy baja—. Todos hemos notado cómo has cambiado y lo apagado que pareces últimamente, pero no sabíamos que estabas tan mal. No puedes callarte. Tienes que confiar en nosotros. Tío, soy tu mejor amigo y siempre has estado ahí para mí cuando te he necesitado. Ahora es mi turno de ser tu pilar. Apóyate en mí.

La emoción le estrechó la garganta. Era maravilloso poder desahogarse, poder hablar con alguien. No sabía por qué había esperado tanto tiempo para hacerlo. Se refugió en el abrazo y dejó que el peso que le aplastaba desde hacía meses resbalara y desapareciese.

Permanecieron un rato así, abrazados, mecidos por la brisa nocturna y envueltos por el sonido de las olas que morían en la orilla.

—Eres tonto, Luke —Escuchó la cariñosa voz de Iván por encima de su cabeza.

Lo era.

—¿No es muy gay que estemos aquí abrazados en un banco? —preguntó en tono de broma para quitarle hierro a la situación.

—No sé. Yo soy gay. Para mí es normal —repuso su amigo con una risita.

Una carcajada brotó desde lo más hondo de su pecho.

Había sido una buena idea soltar algo de lastre.

Se irguió y su mirada recaló en la de Iván, cuyos ojos resplandecían guasones.

—Te quiero mucho, Alba, pero suéltame ya que parece que quieras darme un morreo.

Sin pensárselo dos veces, acercó el rostro al de su amigo a toda prisa y le dio un sonoro pico. Iván arqueó ambas cejas y resopló.

—Vaya mierda de beso. Espero que tengas algo mejor en la recámara porque con esto no conquistas a nadie. Y mucho menos a la chica leopardo.

Lukas se puso de pie y estiró los brazos. La postura propició que tanto su cazadora vaquera como su camiseta subieran unos cuantos centímetros. Pudo notar el fresco de la noche sobre la franja de piel de su estómago que quedó al descubierto.

—No quiero conquistar a nadie. Estamos aquí porque tengo mucha curiosidad —admitió —. Tampoco voy a negar que me parece muy atractiva, pero no tengo muchas esperanzas, la verdad. No nos conocemos mucho. Además, ya me ha dejado bastante claro que lo nuestro es una relación del todo profesional. Ha hablado de no cruzar los límites. Y eso que yo solo quería conocerla un poco mejor. Además, soy un padre soltero con una cría. ¿Crees que podría interesarle a alguien meterse en este berenjenal?

—Pero eres un padre soltero muy guapetón —se burló Iván mientras echaba a andar.

—Eso es verdad.

Ambos se rieron.

Lukas respiró hondo. El simple hecho de haber podido hablar con su amigo le había devuelto algo de vitalidad. Lo notaba en la ligereza con la que pisaba el suelo de baldosas. La rigidez de sus hombros y espalda había desaparecido.

Había bastante gente en el paseo marítimo. A fin de cuentas, era la zona de las discotecas y el buen tiempo acompañaba. Los relaciones públicas pululaban por allí, de grupo en grupo, intentando captar nuevos clientes. En la puerta del Go se agolpaban muchas personas, la mayoría fumadores que habían salido a echar un cigarrillo. A través de los ventanales se podía ver la plataforma sobre la que bailaba una gogó. La luz era escasa y era imposible saber si se trataba de Alexia.

—¿Vas a decirle algo? —inquirió Iván.

Tardó en contestar.

—Creo que no. Creo que me limitaré a echar un vistazo y a satisfacer mi curiosidad y

nada más. No quiero violentarla.

Accedieron al interior y se abrieron paso entre la gente hasta encontrar un lugar más despejado cerca de la barra. Los ojos de Lukas se clavaron sobre la chica. La falta de iluminación y que solo le mostraba su perfil no le permitían saber si se encontraba frente a su niñera, pero algo dentro de él le decía que sí era ella. Solo llevaba un pantalón plateado diminuto, un top todavía más diminuto que no dejaba demasiado a la imaginación y unos zapatos de tacón con plataforma. Su larga melena le tapaba parte del rostro.

—¿Es ella? —le cuchicheó Iván al oído.

—No lo sé.

Sonaba *One Kiss* de Calvin Harris y Dua Lipa a todo volumen y era casi imposible mantener una conversación, así que, después de pedir dos cervezas, se limitaron a concentrarse en la chica.

Lukas había visto miles de veces a gogós en acción, tanto a mujeres como a hombres. Viviendo en Benidorm y siendo joven era algo inevitable. La mayoría de los clubs de la playa tenían bailarines en plataformas que llamaban la atención de los paseantes. Y no solo de noche, también de día. Formaban parte del paisaje. Sin embargo, nunca se había detenido a estudiarlos con interés. Era la primera vez que lo hacía y reconocía estar fascinado.

La chica sobre el podio bailaba de un modo muy sensual con movimientos precisos y muy cuidados. Tenía unas piernas largas y musculadas, caderas generosas, pero no en exceso y cintura estrecha. Sus pechos, apenas contenidos por la tela negra del top, oscilaban al ritmo de la melodía.

Era un auténtico espectáculo.

Un movimiento enérgico de cabeza le apartó el pelo de la cara y sus facciones quedaron al descubierto.

Sí.

Era Alexia.

El corazón de Lukas se desbocó.

Volvió a recorrerla de arriba abajo, tratando de ver en aquella mujer voluptuosa a la chica que se sentaba en el suelo con Mía y jugaba con ella.

No parecían la misma persona.

—¿La reconoces? —La voz de Iván, ahogada por el ruido, llegó hasta él.

Asintió con energía al tiempo que le daba un trago a su cerveza.

De pronto, salida de la nada, una sensación de profunda incomodidad le embargó y se sintió fuera de lugar, como si hubiese ido allí a espiarla, a descubrir su secreto. Un secreto que ella quería mantener oculto.

«Y así es», le dijo una vocecita.

Desvió la vista y la clavó en su cerveza.

Su respiración se aceleró y comenzó a sudar.

Aquello no estaba bien.

Con un golpe seco dejó la botella sobre la barra y agarró a Iván del brazo.

—¡Vámonos!

La cara de su amigo mostró estupor, pero no le contradijo. Dejó también su botella y se limitó a seguirle.

Atravesaron el local con dificultad hasta llegar a la puerta.

Lukas no volvió a dirigir ni una mirada a la plataforma, pese a que pasaron a un metro de distancia. Solo quería salir de allí cuanto antes.

Una vez en el exterior, una bocanada de aire fresco le golpeó en la cara. La recibió con agrado. Anduvo unos cuantos pasos hasta alejarse de la gente y se detuvo justo al borde del arenal con las manos en los bolsillos. Alzó la barbilla y contempló la tira de bombillas que iluminaban el paseo e impedían que uno pudiera fijarse en el cielo estrellado.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Iván que se había situado a su lado.

—Que me he sentido como un acosador —admitió en voz baja—. No sé. Puede que ella no quiera que se sepa que trabaja aquí. Y yo he venido a buscarla como si fuera a tenderle una trampa y a dejarla sin más salida que confesar, en lugar de preguntarle directamente. No sé. Yo no soy así —reconoció—. De pronto, me he sentido fatal.

Iván guardó silencio.

Lukas apreció el gesto. No se sentía muy a gusto en su propia piel.

No tenía que haber ido. Tenía que haber sido franco y directo y haber hablado con ella sin subterfugios.

¡Maldita curiosidad que le había llevado allí!

Dejaron pasar unos minutos mientras las voces y la música del local que tenían a su espalda llegaba hasta ellos. El mar, a lo lejos, era un espejo oscuro apenas moteado por pinceladas de espuma blanca cuando alguna ola alcanzaba a romper en la orilla. Pese al bullicio que los envolvía, se respiraba cierta paz.

—¿Nos vamos a otro sitio a tomar la penúltima? —propuso al cabo de un rato.

—Claro. ¿Vamos al Heartbreak?

Ni siquiera había podido responder cuando una voz de mujer pronunció su nombre.

—¡Lukas!

Se dio la vuelta con precipitación y la vio a unos metros de distancia. Llevaba una chaqueta de cuero negro que se cerraba con las dos manos sobre el pecho.

Y su cara era una mezcla de desesperación, angustia y pánico.

Alexia

Rubén, el guardia de seguridad de aquella noche, la ayudó a bajarse de la plataforma. Le dio las gracias y se dirigió hacia la barra, esquivando a un tipo que pretendía acercarse demasiado.

Uno de los camareros le tendió su botella de agua cuando la vio llegar. Bebió con avidez al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor. El local estaba a reventar de gente y eso que era pronto. Estaba cansada y tenía muchas ganas de irse a casa, pero todavía tenía otro turno más.

Al menos, Borja estaba de vacaciones y no tenía que aguantar su insidiosa presencia. Era muy terco y se le había metido en la cabeza que ella era su chica. Gracias al cielo, hasta dentro de una semana no iba a regresar. Ya vería cómo enfrentarse a él.

—¡Ale!

Se dio la vuelta y vio a Soraya que se acercaba con los ojos desorbitados y muestras de preocupación en el semblante.

—¿Qué pasa? —gritó para hacerse oír por encima de la música.

—Lukas estaba aquí. Acaba de salir.

Le costó reaccionar. Se quedó completamente paralizada, con el vello de la nuca erizado.

¿Lukas?

¡No podía ser!

Lukas en el Go.

¡No!

¿Por qué no? Si ya le había visto allí con anterioridad. En un rincón muy recóndito de su mente, había sabido que eso podía pasar. Lo había sabido. Quiso autoconvencerse de que Lukas no volvería, pero en el fondo siempre lo supo.

Tonta.

¿Y si la había reconocido? ¿Había descubierto su mentira?

¡No, no, no! Aquello no podía estar sucediendo. Se llevó una mano al cuello con angustia.

—¿Dónde está?

Soraya señaló hacia la puerta.

Alexia se puso en movimiento. Tenía que hablar con él.

—Espera, que hace frío. Toma mi chaqueta.

Cogió la cazadora de cuero y se la echó sobre los hombros, sin detenerse. El corazón le iba a mil por hora mientras avanzaba entre los cuerpos sudorosos. Tuvo que empujar con violencia a un grupo de chicos que se empeñaron en cortarle el paso. No estaba para tonterías. Cuando llegó a la puerta y accedió al exterior, estaba desquiciada. Su mirada voló de un lado a otro, buscándole entre la gente.

Allí estaba, junto a otro chico, cerca del arenal. Su figura delgada era inconfundible. Llevaba unos vaqueros azules, unas zapatillas deportivas, una camiseta negra y de su mano colgaba una cazadora vaquera.

Vaciló sin saber muy bien cómo enfrentarle. A lo mejor estaba cometiendo un error, presentándose así ante él. Quizá no la había reconocido y se estuviera delatando a sí misma. O sí la había reconocido y por eso se había marchado, decepcionado.

La incertidumbre la llenó de zozobra.

No había pensado que su secreto pudiera destaparse de ese modo, pero sabía que tenía que dar la cara. No podía seguir ocultándolo.

Ahora, quedaba en manos de Lukas el que la aceptase o el que no quisiera volverla a ver. Y si eso sucedía, le iba a costar muchísimo separarse de Mía. En aquellas semanas le había cogido un enorme cariño, pero la decisión no era suya.

Tragó saliva con fuerza y se acercó a ellos con paso vacilante.

—¡Lukas! —le llamó.

Él se giró y sus miradas se encontraron. No había sorpresa en la de él. Era evidente que sí la había reconocido.

—Alexia —dijo en voz baja.

¿Había decepción en su tono? Eso le dolió.

—Lukas, yo… —comenzó y se dio cuenta de que su voz flaqueaba. Se aclaró la garganta. Se sentía muy avergonzada y evitó mirarle a la cara—. Perdóname por no haberte dicho cuál era mi ocupación. No quería que tuvieras una idea equivocada sobre mí —expuso con rapidez, casi atragantándose con las palabras—. No quería mentirte, es solo que…

—No sigas —la interrumpió, y dio un par de pasos en su dirección.

Su amigo se había alejado unos metros, concediéndoles intimidad.

Ella le miró con desazón. Si ni siquiera quería escucharla…

—No tienes que darme explicaciones, Alexia.

—Creo que te debo una disculpa —murmuró—. Y entiendo que no quieras que vuelva a tu casa…

—¿Qué dices? —inquirió él en voz alta, arqueando tanto las cejas que casi desaparecieron en el borde de su cuero cabelludo—. ¿Vas a dejarnos tirados a Mía y a mí?

Ahora fue ella la que elevó las cejas con estupor y no fue capaz de pronunciar ni un solo sonido.

¿A Lukas le daba igual que fuera gogó?

Le estudió con atención y lo único que pudo leer en sus ojos fue confusión.

—Mía te necesita —continuó él con rapidez e hizo un gesto como si fuera a cogerla del brazo, pero se arrepintió—. No puedes irte.

—Pensaba que quizá te molestara que bailase aquí… —farfulló.

Él se metió las manos en los bolsillos y bajó la vista.

—No lo esperaba, la verdad. Cuando Eri me lo dijo ayer, apenas podía creerlo. En realidad, debería haberte preguntado en lugar de venir aquí a verlo.

¿Su hermana lo sabía?

—¿Tu hermana? —preguntó tontamente.

—Estuvimos aquí hace semanas cuando ibas vestida de… leopardo y te vimos —admitió. Había bajado la vista al suelo y parecía turbado—. Yo no te reconocí, pero Eri es buena con las caras.

Alexia suspiró. Suponía que había llegado el momento de decirle la verdad. Desvió la vista hacia un lado. El amigo de Lukas estaba jugueteando con su móvil, pero era muy obvio que estaba pendiente de la conversación.

—Yo sí te reconocí —confesó en un hilo de voz—. Cuando fui a hacer la entrevista y vi que eras el chico que me había ayudado a bajar de la plataforma, pensé que nunca me darías el trabajo.

—Oh —murmuró con asombro—. Entonces, tú sí sabías quién era yo.

—Sí. Te lo oculté. —Hizo una pausa—. Y lo siento mucho.

—No te disculpes. No es necesario. Lo entiendo.

—Si crees que Mía puede estar mejor con otra persona…

—Para nada —la interrumpió—. Mía te adora. Y yo también… eh, que a mí también… me caes bien —concluyó, bajando la mirada al suelo—. Creo que encajas bien con nosotros.

No había sido verdaderamente consciente hasta ese instante de lo mucho que necesitaba escucharle decir algo semejante. Sintió cómo su pecho se aligeraba. Su cuerpo entero se relajó.

—Pues es maravilloso… porque yo también adoro a Mía y me encanta estar con ella.

«Y contigo». La frase se completó silenciosa en su cabeza.

—Perfecto, entonces —repuso él, elevando la cara. Una sonrisa curvaba sus labios—. ¿Y qué planes tienes mañana?

Ella abrió la boca con perplejidad. No había esperado un cambio tan brusco en él. Toda su timidez parecía haberse esfumado como por encanto. Sus ojos claros refulgían cargados de entusiasmo.

—Por el día, estudiar. Y por la noche, trabajo aquí.

—Pero tendrás que comer, ¿no?

—Sí, claro.

—Come conmigo —propuso, ampliando su sonrisa.

El estómago de Alexia dio un pequeño vuelco al verla. Era una sonrisa traviesa, que hacía que el hoyuelo que tenía en el mentón destacara.

Lukas Alba era un chico realmente guapo.

Mucho.

—Eh… Bueno, vale —aceptó, cogida por sorpresa.

—Genial. Te recojo a la una y media en tu casa.

Ella asintió con lentitud. Estaba demasiado estupefacta por el cambio en la situación. Había salido corriendo del local, pensando que Lukas estaría enfadado con ella por haberle ocultado la verdad y que la despediría sin remedio. En los segundos que transcurrieron desde que Soraya le dijo que había visto a Lukas hasta que ella misma le había encontrado, se había preparado mentalmente para lo peor. En cambio, se había encontrado a un chico comprensivo, que no estaba enfadado en absoluto. No solo quería que siguiera siendo la niñera de su hija, sino que insistía en invitarla a comer.

—Ah, que no os he presentado. —Lukas hizo un gesto a su amigo—. Este es mi mejor amigo, Iván. Es la pareja de mi hermano Diego. Iván, esta es Alexia.

El chico se acercó. Era alto y delgado y tenía el pelo largo recogido en una coleta. Tenía las facciones muy marcadas. Era atractivo, de un modo un tanto áspero y rudo. Nada que ver con la belleza casi angelical de Lukas.

—Encantado —dijo y le dio dos besos—. He oído hablar mucho de ti.

—Oh…

Vio que ambos intercambiaban una mirada que no supo cómo interpretar y frunció el ceño, insegura.

—¿Has acabado ya tu turno? —le preguntó el tal Iván—. Nos vamos al Heartbreak. ¿Quieres venirte?

—No. No —rechazó, negando vigorosamente—. No he terminado. Tengo que volver.

—Bueno, pues mañana nos vemos, entonces —dijo Lukas y esperó a que ella asintiera antes de hacerle una señal a su amigo—. ¿Vamos?

Los dos se dieron la vuelta y echaron a andar. Solo habían avanzado unos pasos cuando Lukas se giró y le sonrió al tiempo que alzaba la mano, despidiéndose.

Instintivamente, ella le devolvió la sonrisa.

Los siguió con la mirada mientras se alejaban. Lukas era algo más delgado y no tan alto como su amigo, pero se movía con mucha fluidez. El vaquero que llevaba abrazaba su trasero como una segunda piel. Le sentaba muy bien. Tanto, que los ojos de Alexia no pudieron apartarse de esa parte de su anatomía hasta que las dos figuras desaparecieron entre la gente.

¿De verdad iba a comer con el padre de Mía al día siguiente? ¿Adónde habían quedado sus buenos propósitos de no traspasar ciertos límites?

Una brisilla heladora le subió por las piernas y, de pronto, fue consciente de que no llevaba apenas ropa.

Sí, así había salido a enfrentarse con él, con esos pantalones diminutos que no tenían más tela que su ropa interior. Se sonrojó algo avergonzada, pero al mismo tiempo la imagen de Lukas mirándola única y exclusivamente a los ojos acudió a ella. Él no había dirigido ni un vistazo a sus piernas o a su provocador escote. Se había centrado solo en su cara.

Sonrió sin poder evitarlo, invadida por una sensación de confortable tibieza.

Luego, regresó a su trabajo, pensativa.

Capítulo 12

Alexia

Se había puesto un vestido. Uno negro de florecitas y manga larga. La falda no era muy corta y tenía el cuello alto. Pensó que llevar ropa recatada a la cita sería lo más adecuado para no causar una impresión equivocada, pero ahora que se miraba al espejo no sabía si había elegido bien. Se giró, dando un par de vueltas sobre sí misma y la falda de vuelo se le enredó entre las piernas. Se observó con ojo crítico y terminó por soltarse el pelo y dejar que le cayera sobre los hombros, al menos así no parecería una institutriz del siglo XIX.

Estaba nerviosa, ¿para qué negarlo? No había dormido demasiado aquella madrugada después de regresar del trabajo. Le había dado vueltas y más vueltas al encuentro con Lukas y no había podido sacar nada en claro. Cuando regresó al interior del local y le contó lo sucedido a Soraya, que la esperaba ansiosa y preocupada, esta insistió en que el joven estaba interesado en ella, pero Alexia no lo creía. ¡Si apenas la conocía!

«Para eso ha quedado hoy contigo, para conocerte mejor», le dijo su voz interna cargada de lógica.

Un pitido la alertó de la entrada de un wasap.

Lukas: Estoy en la puerta.

Se quedó mirando las cuatro palabras como si nunca antes hubiese recibido un mensaje de texto.

Alexia: Ya voy.

Se guardó el teléfono en el bolso y cogió su cazadora de cuero. Se la puso y volvió a mirarse en el espejo. Tenía buen aspecto, aspecto de una chica segura de sí misma, pese a que su interior estaba algo revolucionado. No se había maquillado mucho y aparentaba exactamente la edad que tenía. Estaba decidida a contarle toda la verdad a Lukas. Se habían acabado los engaños.

Abandonó el apartamento y salió a la calle. El Ford Fiesta blanco la esperaba justo frente a la puerta. Era un modelo antiguo, pero estaba bien cuidado. Él se había bajado del coche y la aguardaba dándole la espalda, mirando hacia el parque. Eso le dio unos segundos de ventaja en los que pudo estudiarle a su antojo. Vaqueros negros que se ajustaban favorablemente a sus piernas y su trasero —en apariencia, todos los pantalones que poseía se ajustaban favorablemente a su figura—, botas de cordones marrones y una cazadora de cuero en tono tostado.

No pudo seguir observándole porque él se giró como si hubiera sentido su presencia.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

Ella hizo un gesto con la mano. Si de espaldas era toda una revelación, de frente era un puñetero anuncio de revista. Nunca le había visto tan arreglado y guapo. Siempre vestía muy informal y desarreglado, pero ese día se había esmerado en acicalarse. Debajo de la cazadora lucía una camisa blanca con un par de botones desabrochados que dejaban al descubierto un triángulo de piel morena, tan morena como la de su rostro. Llevaba el pelo peinado hacia atrás lo que despejaba su frente y ponía de manifiesto sus cejas perfectamente delineadas bajo las que destacaban sus impresionantes ojos aguamarina.

Era, sin duda, un auténtico regalo para la vista.

—Estás muy guapa —dijo y era obvio que lo pensaba porque un conato de admiración se

había deslizado en su mirada.

—Tú tampoco estás mal —repuso en tono distendido. Casual, muy casual.

Él se rio con timidez.

—¿Me creerías si te digo que he llamado a mi hermana para que me ayudase a decidir qué ropa me ponía y que he tardado más de una hora en estar satisfecho? Creo que me he probado veinte modelos diferentes.

Mientras hablaba había caminado hacia la puerta del pasajero y la había abierto para ella.

Alexia parpadeó. La reunión estaba tomando el cariz de una cita romántica a pasos agigantados.

—¿En serio? —inquirió con flema al tiempo que subía al vehículo y se instalaba en el asiento—. Yo me he puesto lo primero que he sacado del armario.

La miró con desilusión, pero no dijo nada. Rodeó el coche y cuando estuvo sentado frente al volante, comentó casi de pasada:

—Pues para haber cogido lo primero que has pillado del armario, estás preciosa.

Eso la dejó sin habla. Estaba coqueteando con ella de un modo muy poco sutil. Y admitía que no le disgustaba del todo.

—Eh… ¿Dónde has dejado a Mía? —Cambió de tema.

—Oh, qué cobarde eres… Huyes de mis piropos. —Chasqueó la lengua—. Está con mis padres. Luego subimos a recogerla y te los presento.

—¿A quién? —preguntó alarmada—. ¿A tus padres?

—Sí —repuso con suma seriedad.

¿Quería presentarle a sus padres? ¡No! Eso era demasiado. No tenía ningún sentido.

Por el rabillo del ojo vio que la expresión del masculino rostro había cambiado y que estaba intentando contener una risa. Le miró de frente y él terminó por hacer lo mismo.

—¿Estás de broma?

—Tenías que haberte visto la cara —dijo él, soltando una carcajada—. Jamás había visto a alguien tan aterrorizado. Era broma, aunque cuando conozcas a mis padres, algo que pasará más tarde o más temprano, te darás cuenta de que no son los típicos padres. Son unos fiesteros que organizan saraos en su casa los domingos. Todo el mundo es bienvenido.

Una ola de alivio mezclada con una pizca de melancolía la recorrió de arriba abajo.

Él continuó hablando

—He reservado una mesa en el Va Bene de Poniente para dentro de un rato. ¿Te parece bien?

—Eh, creo que nunca he estado allí.

—Pues te va a encantar. Es una pizzería genial en primera línea de playa.

—Solo he ido una vez a Poniente. Me pilla lejos desde aquí.

—Déjame ser tu guía hoy, entonces.

Arrancó el vehículo y se pusieron en marcha. Pulsó el botón de la radio y una música que ella conocía bien llenó el interior del coche.

—¿Billy Idol? —preguntó sorprendida. Era el tono de llamada que llevaba en el móvil.

—Te gusta, ¿no?

—Sí, claro, pero…

—A mí también me gusta.

Ella frunció el ceño. ¿Era una casualidad? Le observó de reojo y trató de descifrar su expresión.

—Dirás que soy muy aburrido y que solo como pizza —comentó él—. El viernes por la

noche te invito a cenar pizza y hoy domingo te llevo a un italiano. Pero te prometo que merece la pena y que hay otros platos. Yo suelo ir con frecuencia con mis hermanos. Sobre todo, con Jorge. Es mi hermano mayor, bueno, no el mayor mayor, el segundo. Me saca seis años. Está con una chica que se llama Juls. Tienen una historia de amor genial. Una de esas que solo pasan en las películas. Ella es de Madrid, pero ahora vive aquí con él, en el Albir.

Alexia le prestaba atención muy interesada. Nunca antes le había escuchado hablar tanto y tan seguido. Era un Lukas que desconocía.

—Y mi hermano, el mayor de todos, Diego, está saliendo con el chico de anoche. Llevan más de un año juntos. Iván es mi mejor amigo, desde que éramos unos niños. Ha tenido muchos problemas con su padre, que es un homófobo de mierda, pero ahora está genial con Diego. Diego es gay desde siempre —aclaró como si hubiera alguna duda—. Me alegro un montón por ellos, son muy felices.

Ella aguantó una sonrisa. Era innegable que él estaba nervioso. Su modo de relatar todas aquellas historias le delataba.

—Y a Eri ya la has conocido. Es la única chica y está un poco loca. Es muy impulsiva y espontánea. Es mecánica de embarcaciones. Yo creo que eligió esa profesión para demostrarnos a todos que una mujer puede trabajar en lo mismo que un hombre. Siempre ha sido muy tozuda e independiente. No sale con nadie, pero creo que le mola el hermano de Juls, aunque no se han visto. Yo creo que le mola porque él no le hace caso. Siempre ha tenido a todos los tíos que ha querido a sus pies y eso le aburre. Es una tía genial… —se interrumpió.

Alexia giró la cara y vio que se había puesto colorado.

—Estoy hablando demasiado —se excusó.

—No pasa nada. Las historias de tus hermanos me parecen geniales.

—Suelo hablar mucho de veinte mil tonterías —admitió como si no la hubiera oído, con tono avergonzado.

Ella sintió un pellizquito de malestar por él. No quería que se sintiese mal.

—No son tonterías —rechazó con vigor—. Además, me viene bien que hables mucho porque yo hablo poco. Al menos llenarás los silencios —bromeó.

Él se rio.

Le gustó su risa. Tenía un timbre profundo muy afectuoso.

—Mira qué tranquilo está el mar —dijo él repentinamente.

Ella giró la cara y echó un vistazo por la ventanilla. Había estado tan ensimismada escuchándole hablar que no se había percatado de que acababan de enfilar la carretera que iba en paralelo a la playa de Poniente.

Lucía un sol espléndido. El mar parecía un apacible espejo plateado. Sobre él danzaban puntitos brillantes que podían herir las retinas si uno se quedaba mirándolo fijamente. Había unos pocos valientes bañándose. Era una locura teniendo en cuenta que estaban en noviembre, pero el mediterráneo todavía ofrecía días cálidos que animaban a la gente a intentarlo. Aquella playa, la de Poniente, era más amplia y estaba mucho menos masificada que la de Levante.

—Este es el Va Bene.

Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio el restaurante. Las dos palabras blancas destacaban sobre los toldos color granate. La parte frontal del local estaba acristalada; a través de los enormes ventanales se podía ver que el sitio tenía un toque de elegancia. Tenía pinta de ser caro.

Aparcaron solo unos metros más adelante. Había huecos de sobra en la calle, prueba latente de que se hallaban en temporada baja.

Se apeó del vehículo antes de que Lukas pudiera acudir a abrirle la puerta. No estaba preparada para esas demostraciones de caballerosidad. A él no pareció molestarle demasiado, aunque un ligero mohín contrariado curvó su boca.

Cruzaron la calzada y cuando estaban a punto de llegar a las escaleras que conducían a la puerta del restaurante, el móvil de Lukas sonó.

—Solo un segundo —le pidió con un gesto, después de echarle un vistazo a la pantalla—. Dime, mamá. ¿Mía está bien?

La preocupación se despertó en ella en cuanto escuchó el nombre de la niña y le miró de reojo, pero su risa suave la tranquilizó instantáneamente. Sintió sus ojos sobre su persona mientras respondía algo en voz muy baja y supo, sin ninguna duda, que estaba hablando de ella.

—Perdona —le comentó cuando terminó la llamada.

—¿Era tu madre? ¿Mía está bien?

—Mía está bien. Era mi padre que es un cotilla.

¿Cotilla? ¿A qué se refería?

Un camarero salió a su encuentro y los condujo a una de las mesas que estaban junto a los ventanales con unas vistas maravillosas a la playa. Había bastante gente en el local, pero la distancia entre mesas era lo suficientemente amplia para que las conversaciones fueran privadas.

Tal y como Alexia había sospechado, al coger la carta y ver los precios, el sitio no era barato. Lukas había propuesto aquella comida e iba a invitarla y se sintió mal por él. Sus ojos pasearon por los platos, tratando de encontrar los más baratos.

—Ni se te ocurra pedir lo más barato.

¿Tan bien podía leer en ella?

—Eh, no tengo mucha hambre —dijo con vaguedad.

—Pero yo sí. Déjame pedir a mí. Como te he dicho antes, vengo mucho.

—Vale, haz lo que quieras —aceptó con reticencia.

No quería discutir. Era evidente que él estaba dispuesto a impresionarla y a salirse con la suya. Su obstinada expresión era la prueba fehaciente de ello.

—¿Te gusta la pasta?

—Me gusta todo.

Mientras él hablaba con el camarero, le estudió de nuevo. Se había quitado la cazadora y se había quedado con su camisa blanca. Todavía conservaba el moreno del verano en la cara y el contraste con el blanco de la tela y el azul de sus ojos era sorprendente.

Era un chico realmente guapo.

Unas muchachas que comían al otro extremo del restaurante parecían pensar lo mismo porque no podían quitarle los ojos de encima. Alexia se rio para sus adentros. Probablemente huirían espantadas si supieran que tenía una hija que le robaba todo el tiempo libre y que solía llevar la ropa manchada de papilla o vómito de bebé.

Lukas pidió *carpaccio* de pulpo con vinagreta de mango como entrante y como platos principales, raviolis rellenos de ricota y espinacas con salsa de setas para él y *papardelle* al pesto genovese para ella.

—Te prometo que te va a encantar y, si no es así, intercambiamos —dijo con un guiño. Después se echó hacia atrás en la silla y se pasó la mano por el pelo, alborotándoselo.

Alexia le contempló y contuvo una risa. Adiós al cabello repeinado que había lucido hasta el momento.

—Bueno, es hora de que nos conozcamos mejor —comenzó él—. ¿Qué quieres saber de mí? Lo cuento todo. Soy un libro abierto y con pocas páginas. No tengo nada que ocultar.

Al escuchar esa última frase se sintió culpable y carraspeó con incomodidad.

—Tengo algo que confesarte —musitó, bajando la vista al mantel.

—Si te resulta difícil no hace falta que me lo digas. ¿Va a suponer un cambio muy drástico en nuestra situación? ¿Puede afectar a Mía?

—No. Pero me sentiría mejor si supieses la verdad.

Le miró y vio que sus ojos mostraban inquietud. No titubeó más.

—He mentido sobre mi edad.

Él soltó un suspiro cargado de alivio.

—¿Te has puesto algún año? Porque no creo que te los hayas quitado.

—Exacto.

—¿De cuántos años hablamos?

—De unos cinco…

—¿Cómo? —Abrió la boca, lleno de estupefacción—. ¿Cinco años? ¿Me estás diciendo que tienes… diecinueve? ¿Que eres más joven que yo?

—Sí… —murmuró, dubitativa.

De repente, él se echó a reír con fuerza. Tanto que varias personas de las mesas contiguas se giraron hacia ellos. Alexia le observó con perplejidad.

—¿Te parece gracioso? —le preguntó con la frente arrugada.

—Me hace gracia que me impusiera tanto una chica de diecinueve años. Eso es todo. Pareces siempre tan segura de ti misma y tan seria que me tienes acojonado.

—¿Yo?

¿Lukas le tenía miedo?

—Sí, tú.

Seguía riéndose, aunque ahora lo hacía con más comedimiento.

El camarero llegó y les trajo el agua que habían pedido.

—En ocasiones me he cuestionado que tuvieras la edad que tenías —explicó él—. Aparentas veintidós o así, pero luego, te pones a hablar y pareces mayor, muy responsable y adulta.

Ella sonrió con amargura.

—Hay gente que madura rápido por la vida que le ha tocado vivir.

Él se puso serio y la miró con mucha intensidad. Ella le sostuvo la mirada, pese a que se sentía un poco vulnerable.

—Quizá algún día quieras contarme tu historia —susurró él.

—Quizá —repuso, alzando los hombros con un pellizquito en el pecho.

El camarero regresó con el *carpaccio*, que puso en el centro de la mesa, interrumpiendo el momento de las confidencias.

—Espero que te guste —dijo Lukas.

Alexia probó la comida y los sabores le explotaron en la boca. La textura, el aroma y la sensación fresca y afrutada que se le concentró en el paladar le hicieron abrir mucho los ojos.

—Me encanta. Delicioso —respondió.

—Uf, menos mal. Prueba superada.

Ella se rio bajito.

—¿Hace mucho que trabajas en el Go?

—Unos meses. Antes, durante el verano, trabajaba todos los días, pero cuando empezó la temporada baja me recortaron el horario. Ahora solo trabajo de jueves a domingo.

Él asintió con brevedad antes de pinchar con su tenedor un trozo de pulpo y llevárselo a

la boca.

—No soy un experto —dijo después de tragar—, pero creo que bailas muy bien.

No era la primera vez que alguien le decía algo similar, pero que fuese Lukas le gustó. Le gustó mucho.

—Gracias —respondió con pretendida indiferencia—. Siempre me ha gustado bailar. Nunca he ido a clases de baile ni nada por el estilo, es algo que me divierte y si puedo ganar dinero con ello, mejor que mejor.

—¿No eres gogó profesional?

—Para nada. Es la primera vez que me dedico a esto. Admito que al principio me dio pudor. Bailar para toda esa gente… Ufff. Pero ya me he acostumbrado.

—¿Entonces Soraya también trabaja allí?

—Sí. Fue ella la que te vio ayer y vino a decírmelo.

Lukas bebió un trago de agua y luego pinchó otro trozo de pulpo. Parecía estar meditando qué más preguntas hacerle. Por el momento, no había tocado temas muy personales, algo de lo que ella prefería no hablar.

—Así que por las mañanas estudias educación infantil, por las tardes cuidas a Mía y por las noches bailas…

—Suena un poco de película, ¿no? Niñera de día, gogó de noche.

Él se rio de nuevo con esa risa ronca que parecía salirle de dentro del estómago. Cada vez que se reía así, Alexia sentía una pequeña sacudida en el abdomen.

—Es lo mismo que pensé yo cuando me enteré.

Después de eso hubo un silencio.

—¿En serio diecinueve? —preguntó él de repente.

—Sí —volvió a admitir ella.

—Sigo flipando.

—Todo el mundo piensa que tengo veinticuatro. Es mucho más fácil que te tomen en serio.

—Ya.

De nuevo un silencio que aprovecharon ambos para terminarse el *carpaccio*.

—No quería engañarte —dijo ella al fin—. Es solo que pensé que no me contratarías si sabías lo que hacía por las noches.

—Tampoco soy tan retrógrado, aunque con el tema Mía, a veces tengo unos pensamientos de lo más curiosos… Lo que tengo muy claro, después de este tiempo, es que eres la persona ideal para Mía. Lo he hablado con ella y está de acuerdo. Nos quedamos contigo.

Ahora fue ella la que se rio.

—Sin duda, la opinión que más respeto es la de la niña.

—Sí, y se lo ha tomado muy en serio —continuó él, fingiendo severidad—. Ha dicho: *Shia queda*. Y yo, que soy un padre abnegado, he consentido, por supuesto.

—Te fastidió lo de Shia, ¿verdad? Admítelo —le conminó con una sonrisa.

—Lo admito. Me pareció injusto.

—Te prometo que estos días me esforzaré para que diga papá.

—Es lo mínimo que puedes hacer.

La conversación fluía entre ellos de un modo natural, como si hubieran quedado para comer cientos de veces antes y fueran buenos amigos. Era refrescante poder hablar así con él. El último ápice de recelo que Alexia había albergado en su interior se esfumó del todo.

El camarero llegó de nuevo para retirar el entrante y poner ante ellos los platos

principales.

Alexia saboreó su pasta encantada. Había sido un acierto dejar que Lukas eligiera por ella. La salsa de pesto estaba deliciosa.

—Está espectacular.

—Te lo dije. ¿Quieres probar la mía?

Asintió y hundió su tenedor en el plato de él, pinchando unos cuantos raviolis que se llevó a la boca con rapidez. Los saboreó entusiasmada. También estaban de muerte.

—Una pasada. Prueba la mía, anda.

Él lo hizo y, después de tragar, hizo un gesto exagerado con la mano.

—Exquisito.

Alexia le contempló a través de las pestañas. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más cuenta se daba de que hasta ese día no había visto gran cosa del verdadero Lukas. El chico que se sentaba frente a ella distaba mucho de ser el padre preocupado y serio al que estaba acostumbrada.

—Eres diferente —le dijo sin pensárselo demasiado.

—¿Diferente?

—Sí. No sueles ser tan… divertido y espontáneo. Siempre estás más… serio.

—¿Cuál prefieres? —se interesó él—. ¿El sombrío Lukas o el alegre Lukas?

—Creo que me gustan los dos.

—¿Eso es un piropo?

—Es una aseveración. Es la pura verdad.

—Vaya —exclamó y desvió la vista hacia el mar—. Me sigues intimidando y eso que eres más joven que yo.

—Te dejas intimidar por cualquier tontería —se burló.

Él giró la cara y le sacó la lengua como si fuera un crío. Aquello la llevó a soltar una carcajada.

—Cuéntame algo sobre ti, sobre tu trabajo en el periódico.

—No, por favor. Lo odio —se quejó.

—¿En serio? Pero tú has estudiado periodismo, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—Sí, pero no para trabajar en un periódico regional, eso seguro. Me había hecho ilusiones de ser corresponsal en algún otro país, pero entonces llegó Mía y Eva se marchó y las cosas no salieron como esperaba.

Ella vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta. No sabía si querría hablar del tema.

—¿Te molesta hablar de tu ex?

—No —repuso, categórico—. Al principio me dolía, pero ya no.

Pese a que su boca lo negaba, sus ojos se oscurecieron, como si una oleada de dolor le hubiese traspasado.

—Hablemos de otra cosa —propuso ella con tacto.

—No. De verdad que no me importa —convino con un gesto—. ¿Qué te gustaría saber? ¿Por qué me dejó? —No esperó ninguna respuesta y continuó hablando—. Le he dado muchas vueltas y pienso que la situación se le quedó grande. Fue ella la que me convenció para tener a Mía. Y luego cuando nació, no supo lidiar con ello. Muchas veces he sospechado que quizá tenía una depresión posparto, pero no lo sé. Quise que acudiera a un profesional, pero se negó. No quería hablar conmigo ni con nadie.

—Oh, vaya —murmuró.

Una depresión posparto. Había leído sobre el tema. Sabía que les pasaba a algunas madres que después de dar a luz se sentían tristes y apáticas, que padecían trastornos de ansiedad y que perdían el interés por sus bebés.

—Me hubiera gustado poder ayudarla, pero se fue tan de repente…

—¿No has vuelto a saber nada de ella?

—No. Y sus amigos y sus padres tampoco. Sé que está en Bélgica con alguien a quien conoció por internet —dijo con amargura.

Alexia ya lo sabía. Soraya había sido una gran fuente de información. No obstante, escucharlo de boca de Lukas le pareció feo y terrible.

—Si algún día volviese, ¿la perdonarías? —preguntó con curiosidad. Quizá estaba entrando en un terreno demasiado personal.

Lukas la miró con una expresión inescrutable. Finalmente, apartó la vista y volvió a escudriñar el exterior.

—No lo sé. Podría perdonarle lo que me hizo a mí, pero lo que le hizo a Mía… No lo sé.

Había un gran desconsuelo en su entonación y Alexia se arrepintió de haber sacado el tema. No quería que aquella comida, que hasta el momento había sido entretenida y refrescante, se tornase sombría. No deseaba ver triste a Lukas.

Hundió el tenedor en su plato y disfrutó de un par de bocados mientras se rompía la cabeza, intentando encontrar otro tema de conversación.

—Me has dicho que tu familia se reúne todos los domingos, ¿cómo es eso?

La expresión facial de Lukas cambió como por encanto, iluminándose al hablar de su familia. Era evidente que estaban muy unidos y que habían compartido cientos de vivencias.

Le habló de Diego, el hermano mayor, haciendo hincapié en su generosidad y su entereza. Era la roca a la que acudían todos cuando tenían problemas. Jorge era el espontáneo y desenfadado, el que solía quitar hierro a las preocupaciones de los demás. Y Erika, pese a ser la única chica, era quizá la que más unida estaba a Lukas. Le regañaba con frecuencia, pero estaba siempre a su lado. Y sus padres eran una especie de hermanos mayores muy abiertos y divertidos.

Alexia se mordió la cara interna de la mejilla con una mezcla de envidia y añoranza mientras le escuchaba contar anécdota tras anécdota. Las imágenes de su propia familia danzaron en su interior sin que pudiera evitarlo. Ella también tenía algunos recuerdos bellos, pero los malos pesaban mucho.

Cerró los ojos para ahuyentar la melancolía.

—Te has puesto muy seria —dijo él. La observaba con los ojos entornados.

—Oh, perdona —se disculpó mientras se alisaba la servilleta que tenía en el regazo con movimientos nerviosos.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—Para nada. Es solo que escucharte hablar de tu familia me ha hecho pensar en la mía.

—Me comentaste que tenías un hermano, ¿verdad?

Respiró hondo. No estaba preparada para eso.

—Tenía —repuso, seca.

Lukas guardó silencio y jugueteó con su tenedor.

—¿Todo bien por aquí?

La llegada del camarero fue providencial.

—Todo bien, gracias —dijo él con una sonrisa.

—¿Retiro los platos?

Ambos asintieron.

—¿Van a querer un postre? ¿Les traigo la carta?

—Ale, te recomiendo el tiramisú. Es casero y está buenísimo. Podemos compartir.

Ella parpadeó varias veces al notar la calidez expandiéndose por su pecho. De nuevo la llamaba Ale. Asintió, algo ausente.

El camarero se fue y los dejó solos.

Alexia estaba nerviosa. No quería que él le hiciera preguntas sobre su familia, aunque no era muy justo y lo sabía. Lukas había hablado largo y tendido sobre la suya. Lo lógico sería corresponder.

—¿Sabes cómo te llama mi hermana? Bueno, yo también, lo admito.

El cambio de tema casi le provocó un suspiro de alivio. Le miró y vio que sonreía.

—¿Cómo?

—Chica leopardo.

Frunció el ceño con perplejidad.

—El día que te vimos por primera vez, cuando te ayudé a bajar del podio, llevabas ropa de leopardo y te habías pintado la cara con manchas.

—Ah, ya recuerdo —se rio—. A veces lo hago. Menuda primera impresión, ¿no?

—La verdad es que sí —admitió con una risita—. Diecinueve. Es que todavía no lo creo.

—Creo que es la tercera o cuarta vez que lo mencionas. Si lo sé, no te lo cuento.

—No. No. Si estoy encantado. Ahora ya no me sentiré como un niñato a tu lado.

—¿En serio te sentías así?

—Un poco. Desde el primer día, cuando entraste a mi piso y te hiciste cargo de la situación y de Mía como una especie de sargento, pensé que eras un ser superior.

Alexia soltó una carcajada.

—Tenías un aspecto tan desesperado… Con el pelo revuelto, manchas de leche en la camiseta y los ojos rojos por no haber dormido. Me apiadé de ti.

Él cabeceó, dándole la razón.

—A veces, la situación se me queda enorme —reconoció en voz baja—. Tengo la sensación de estar haciéndolo todo mal.

Esas frases pronunciadas en un tono desesperanzador la conmovieron. Alargó la mano y la posó sobre la de él, queriendo transmitirle con ese gesto toda su empatía.

—Lo estás haciendo muy bien, Lukas. Eres valiente y muy fuerte. Créeme. Tu hija tiene mucha suerte de tener un padre así.

Él se rio bajito, mostrando incredulidad. Sus mejillas se habían oscurecido tornándose rojas, pero no retiró la mano. Alexia la notó palpitar debajo de la suya. Sus miradas se encontraron y, durante una milésima de segundo, fue innecesario que hablaran. Sus ojos se lo estaban diciendo todo.

—Aquí está el tiramisú.

La magia se rompió y ellos se separaron a toda velocidad.

—Vas a flipar —murmuró él después de carraspear, señalando el plato.

—Si no es así, pagas tú la comida —bromeó ella, fingiendo normalidad.

—Qué graciosilla.

Ambos hundieron las cucharas al mismo tiempo en el cremoso postre. También sus suaves murmullos placenteros al saborearlo llegaron al unísono.

—Tenías razón. Está buenísimo.

—¿Entonces la comida la pagas tú? —comentó él con una expresión risueña.

—Tus ganas.

Durante los siguientes minutos, ni un solo sonido salió de sus labios, ocupados en devorar el delicioso tiramisú.

Después de pagar la cuenta, Lukas propuso dar un paseo y aprovechar los rayos de sol que bañaban la playa. Alexia aceptó. No había ningún sitio en ese momento en el que le apeteciese estar más que allí, con el padre de Mía, paseando bajo el sol y hablando de todo y de nada al mismo tiempo.

Echaron a andar uno al lado del otro mientras él le iba dando todo tipo de información relevante o absolutamente absurda. Ella le escuchaba encantada.

—La playa de Poniente está dividida como en dos partes. Está esta parte, donde estamos ahora, con la carretera en medio, que se conoce como la Cala de Benidorm. Y allí, en esa esquina, me di mi primer beso con una chica hace mil años. La playa entera tiene unos tres kilómetros de largo. Es más larga que la de Levante y tiene mejor arena y está menos masificada. ¿Ves ese restaurante de allí? Celebramos una vez el cumpleaños de mi padre. Y mi madre le dio un golpe al coche a unos metros de aquí.

Alexia frunció los labios con diversión. Seguir el rumbo de los pensamientos de Lukas era reconfortante y divertido.

—Me he quedado en lo de tu primer beso —bromeó—. Necesito más información.

—No fue un gran beso. Tenía trece años y me creía que besaba bien porque Jorge me había explicado cómo hacerlo, pero lo hice fatal. Creo que mostré un entusiasmo desmedido. La pobre salió corriendo con la cara mojada porque pensé que cuanta más lengua mejor.

Alexia no pudo evitar romper a reír.

—¡No te burles! —protestó—. Durante unos meses en el instituto me llamaron *la babosa*.

—¿Seguro que tu hermano te explicó bien cómo era besar?

—Esa es una cuenta que todavía tengo pendiente con él —farfulló.

Hacía calor y ambos llevaban las chaquetas en la mano. No había mucha gente en el paseo y se respiraba tranquilidad. Solo los graznidos de las gaviotas en la orilla rompían la paz de vez en cuando.

—¿Sabías que todas las playas de Benidorm están orientadas al Sur? Es la única localidad del litoral mediterráneo con esa característica, por eso siempre hay sol en la playa. Pese a que los edificios son altísimos, su sombra nunca cae sobre la arena.

—Deberías ser guía turístico —dijo en tono de broma.

Él se rio.

—¿Tienes buenos zapatos? —le preguntó de pronto.

Se miró los pies. Llevaba unos botines planos.

—Bueno, no son de marca.

—Perdona. No quería decir eso. Me refería a cómodos para andar un buen trecho.

—Oh, sí, son muy cómodos.

—Pues vamos al paseo. ¿Has estado alguna vez?

—No. Siempre voy a Levante que me pilla más cerca de casa.

Él le hizo un guiño travieso.

—Pues ya verás. El paseo es una flipada.

Su entusiasmo era contagioso.

Solo tuvieron que andar unos cuantos metros más para que la carretera se cortara y se convirtiera en el paseo que él había mencionado.

—Mira. ¿Ves el trazado? Recrea las formas de los acantilados y el oleaje. Creo que es el

único paseo marítimo del mundo que tiene esta forma. Está hecho de hormigón blanco y las superficies generan áreas de luz y sombra que van construyendo un juego de plataformas y niveles. ¿Ves a la gente debajo? Están haciendo yoga, creo.

—Los veo —afirmó, clavando la vista en el grupo de mujeres que aprovechaban la sombra de una de esas superficies onduladas para ejercitarse.

—No me digas que no mola.

—Sí, mucho.

Lo hacía. Era realmente original por sus formas, como una playa de olas blancas sobre el arenal. Era diferente a cualquier cosa que ella hubiera visto antes.

—Y las baldosas de la superficie van cambiando de color. Ven.

Tiró de su brazo con energía y ella se dejó guiar. En efecto, el suelo comenzaba siendo de un color verde intenso, pero cambiaba más adelante convirtiéndose en un verde musgo, de ahí pasaba al amarillo que alternaba con el naranja y terminaba por transformase en rojo. Y todo el trayecto estaba salpicado de bancos, árboles y escaleras que conducían a la arena.

Había más gente como ellos, paseando y disfrutando del soleado día. Casi parecía mentira que estuvieran a finales de noviembre.

Lukas no dejaba de hablar, contándole mil cosas de la ciudad, de la isla que se veía al fondo, solitaria en medio del mar, de su familia y de Mía. Sobre todo, de Mía.

—¿Soy demasiado aburrido? No paro de hablar y tú no dices nada.

Ella le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Aburrido? Creo que eres la persona más interesante que he conocido jamás.

—Vaya piropo. Y eso viniendo de una niña de diecinueve.

—No te lo tenía que haber confesado. Ahora lo utilizas en mi contra constantemente.

—Ya ves, te he perdido el respeto.

Ella bufó.

De repente, él se detuvo y señaló una heladería que había al otro lado de la calle.

—¿Quieres un helado?

No vaciló demasiado. Hacía mucho calor y la idea de un helado le pareció fantástica. Asintió y abrió su bolso para buscar su cartera.

—Ni de coña vas a pagar tú. Guárdate tu dinero para la próxima cita.

¿Cita?

Meneó la cabeza con lentitud. Claro que era una cita. Era tan incuestionable como que el sol resplandecía en el cielo y estaban en Benidorm

—¿De qué sabor?

—Chocolate.

—Perfecto. Espérame aquí.

Se fue casi corriendo y ella le siguió con la mirada sin poder reprimir una sonrisa. Un chico guapo que iba a comprarle un helado. Intentó hacer memoria y recordar si algo semejante le había sucedido con anterioridad.

No. Jamás.

¿Podía ser más perfecto aquel día?

Se sentó en uno de los bancos blancos de hormigón, bajo la sombra de un árbol y su vista se dirigió hacia el final del paseo. Ahora caminaban por las baldosas moradas y detrás de estas llegaban las azules, azul marino, turquesa, aguamarina…

Aguamarina.

Como sus ojos.

Capítulo 13

Lukas

La sonrisa no se le quería borrar de la cara. Era como si se le hubiera quedado incrustada en los labios. Y canturreaba alegre el *Bonito es* de Los Sencillos, pese a que no tenía la radio del coche encendida. Era un tema que le encantaba a su padre y que a él siempre le ponía de buen humor.

Todavía no podía creer que Alexia tuviera solo diecinueve años y que fuese tan extrovertida. Había pasado un día fabuloso a su lado. Era una chica genial.

Después del paseo, la llevó a su casa y se despidieron entre risas, recordando la torpeza de Lukas con su helado. Sí, lo admitía, se le había caído al suelo una de las bolas de su cucurucho porque había intentado impresionarla haciendo el *moonwalk* de Michael Jackson. No solo no la impresionó, sino que le provocó un enorme ataque de hilaridad.

Le gustaba verla reír.

Su risa era contagiosa y profunda. Era como si la fabricara a conciencia dentro de su pecho y luego la dejara escapar con fuerza a través de la garganta para que resonase de un modo atrayente y seductor.

—¿Te estás oyendo? ¿Oyes tus propios pensamientos ridículos y ñoños? —dijo en voz alta al tiempo que soltaba una carcajada.

Aparcó el Fiesta frente a la casa de sus padres y se bajó. Todavía no había anochecido, pero el sol comenzaba a teñir de naranja y violeta algunas partes del firmamento. Las vistas desde allí, desde la montaña, eran gloriosas.

Toda la familia estaba reunida en el salón, a excepción de Jorge. Estaban tirados por el suelo o en los sofás viendo la tele. Mía estaba sentada en un columpio saltador que sus padres habían colgado de una de las vigas del techo.

—¡Hola, gente! —saludó.

Todas las cabezas se giraron en su dirección y alguien dio a la pausa de modo que la imagen de la televisión se quedó estática.

—¿Ha habido beso? —preguntó su padre.

—No era una cita.

—Claro —bufó Erika desde el suelo—. Y yo soy morena natural y este rubio es teñido.

—La has llevado al Va Bene —siguió su padre—. Va Bene igual a cita.

Los ignoró a todos y se dirigió hacia su hija, cuya cara se iluminó al verle. Se agachó para cogerla en brazos y la apretó contra su torso, olisqueándole el cabello.

—¿Cómo está mi niña? ¿Has echado de menos a papá? ¿Se han portado bien contigo estas fieras? —Se giró hacia su madre—. Va por todos menos por ti, mamá.

—*Ich weiss*[49].

Diego se rio y se acercó a él. Le acarició la mejilla a la pequeña.

—Es muy buena. Desde luego no ha salido a ti, gamberro.

Mientras decía eso miraba a la niña con adoración.

—¿Queréis una así? —dijo en tono de broma, pero al ver la expresión soñadora de su hermano, añadió con voz seria—. ¿Lo habéis pensado de verdad?

—Es pronto, pero en un futuro… —repuso y le lanzó una mirada a Iván, que le sonrió.

—Podéis practicar con esta —propuso con una sonrisa.

Mía comenzó a bostezar y a llevarse los puños a la cara.

—Quiere dormir —murmuró su madre.

—¿Ha cenado?

—Sí. Ha comido un poquito de puré y yogur.

—¿Qué tal el yogur?

Iba introduciéndole alimentos poco a poco. Por el momento, todo lo que comía parecía gustarle.

—Muy bien. Se lo comió todo.

—No te enrolles con los potitos y dime si ha habido beso —intervino su padre de nuevo con tonito cotilla.

—No ha habido beso —rechazó—. Y no vuelvas a llamarme para decir tonterías.

Tony Alba puso cara de inocente.

—Papá, eres un metomentodo —dijo Diego con una risa.

—Anda, siéntate y dame a la niña que luego te vas y no la vemos en una semana por lo menos —dijo su madre, tendiendo los brazos a la pequeña.

Lukas se la dio y se sentó a su lado en el sofá. Su mirada se cruzó con la de Iván que estaba en el suelo junto a su hermana. Intercambiaron un guiño.

—¿Qué película estáis viendo?

—*Los Goonies* —dijo Erika.

Un clásico ochentero, como era costumbre en la familia.

—Dale al *play*.

—Primero cuéntanos todo sobre Alexia —dijo Eri, cambiando de postura y encarándole. Le miraba con sus ojos azules muy abiertos.

—No hay mucho que contar.

—¿Siete horas de cita y no hay mucho que contar?

—Que no era una cita. De hecho, he sido yo el que ha hablado todo el rato.

—Qué hijo más torpe —dijo Tony con disgusto exagerado.

—No me vas a provocar, papá —le respondió—. Es genial, pero no le gusta mucho hablar de sí misma. Eh… me ha confesado que es más joven de lo que me dijo en un principio.

—¿Cuántos años tiene? —inquirió Iván con interés.

—Diecinueve.

Hubo un silencio sorprendido.

—¿En serio? —preguntó Erika anonadada.

—Sí.

—Aparenta más —dijo Iván—. Bueno, claro, que yo la vi muy maquillada y con esa ropa que no era ropa.

—¿Qué es eso de ropa que no era ropa? —preguntó su padre confundido.

Lukas subió la vista al techo, pensativo. Aparentemente, Eri no les había dicho a sus padres que Alexia bailaba en el Go.

—Es gogó en una discoteca de la playa —dijo al cabo de un rato.

—Pero ¿qué me estás contando? —casi gritó el patriarca de la familia al tiempo que le bizqueaban los ojos por la estupefacción—. ¿Niñera de día, gogó de noche? ¿No había una serie con Ana Obregón que tenía ese argumento?

A Lukas le entró la risa floja. Era el mismo pensamiento que había tenido él.

De pronto, todos querían hablar al mismo tiempo y las conversaciones se mezclaron unas con otras.

—De mis cuatro hijos eres el más peculiar —dijo Tony con guasa—. Siempre te pasa todo lo raro a ti.

—A ver, no es cierto —protestó—. Ya sabemos lo que pasó con Jorge, tan de película. Eri es mecánica de embarcaciones y eso sí que es raro de cojones. Ah, y Diego lleva un tatuaje en el culo. Tan extraño no soy —se defendió.

Los demás se rieron y Mía, queriendo ser la protagonista, empezó a reírse también mostrando sus dos dientecitos y moviendo los brazos con energía.

—Eso, Mía, tú defiende a tu papá —le dijo Anna Schwarz con una sonrisa enorme.

Lukas miró a su madre con afecto y le guiñó un ojo.

—En serio, Lukas, ¿esa chica te gusta?

Le lanzó una mirada aburrida a su hermana, que era la que había hecho la pregunta.

—¿No puedo tener un poquito de privacidad? ¿Tengo que contarlo todo delante de la familia?

—Eso te pasa por venir a buscar a la niña sabiendo que estábamos todos aquí. Nos lo pones en bandeja —dijo Diego.

—Pensaba que tú eras diferente y que me ibas a defender. Cuando a ti te pasa algo no sueltas prenda.

—Ya, pero tú te llamas Lukas y no Diego. Tú hablas por los codos.

—Es cierto. Me he pasado el día entero hablando. Hasta le he contado con quién me di mi primer beso y dónde. Tiene que pensar que soy un peñazo de tío.

—Por lo menos eres guapo —dijo su madre flemática.

—Eso ayuda mucho, mamá —gimió.

—Sigues sin responder a la pregunta —insistió Erika—. ¿Te gusta?

Titubeó unos segundos mientras bajaba la vista y la posaba sobre la puntera de sus botas.

¿Le gustaba Alexia? Sí. Al menos lo poco que conocía de ella.

—Me gusta mucho como niñera de Mía —dijo al fin en voz baja—. Es perfecta.

—¿Desde cuándo eres tan mentiroso? —inquirió Iván—. Anoche se te caía la baba y no paraste de hablar de ella. Que si es guapa, que si es muy inteligente, que si es divertida, que si hace magia con la niña… bla bla bla.

Le lanzó una mirada llena de pretendido odio a su mejor amigo. Mejor dicho, *antiguo* mejor amigo.

—¡Traidor! —le gritó y le arrojó un cojín.

—¿Cuándo la vas a traer? —preguntó su padre.

—Nunca porque la vais a espantar. Y Mía la necesita. ¿A que sí, Mía? —se dirigió a su hija y le hizo cosquillas en la tripa—. ¿A que necesitamos a Alexia?

—¡Shia! —gritó la niña entusiasmada.

—¡No me jodas! ¡Pero si dice su nombre! Exijo compensación. —Tony se puso de pie y se acercó a la niña—. A ver, Mía, di a-bu-e-lo. A-bu-e-lo.

—¡Shia!

Todos se echaron a reír. Lukas el que más al ver la cara compungida de su padre. Mía, al ver que todo el mundo estaba pendiente de ella comenzó a gritar muy excitada, repitiendo el nombre de Alexia una y otra vez, haciendo que la familia entera se partiese de risa.

—Ha aprendido a hacer una cosa flipante —dijo Erika, levantándose y acercándose a la pequeña—. Ven con la tía, anda.

Lukas la miró con desconfianza. Si era Erika quien se lo había enseñado solo podía tratarse de algo escatológico o absurdo.

Su hermana llevó a Mía hasta el columpio colgante y la acomodó en el asiento. Luego cogió su móvil y trasteó con él. Los primeros acordes de *Highway to Hell* de AC/DC emergieron del altavoz externo que había sobre la repisa de la chimenea. La reacción de Mía fue instantánea. Comenzó a gritar emocionada y a impulsarse con las piernas, como si fuera una pequeña fan del heavy metal. El columpio se balanceó y osciló arriba y abajo. Cuando llegó el estribillo de la famosa canción los chillidos de la niña se hicieron más potentes y sus movimientos más ansiosos. Su carita de pura felicidad era un espectáculo.

—¡Le mola AC/DC! —exclamó Erika—. Le he puesto otras canciones, pero solo reacciona así con esta.

Lukas contempló la escena a caballo entre la incredulidad y la diversión. Una carcajada efervescente le brotó del pecho al ver el entusiasmo desmedido de su hija. Daba palmitas con brío. Desde que había aprendido ese hito, lo repetía con frecuencia, encantada. Estaba graciosa y sumamente adorable. Para comérsela.

—Vais a convertirla en un monstruo. —Fingió quejarse, aunque en el fondo le enternecía que su familia se implicara de ese modo.

—Bah, es una niña cañera —se rio su padre—. Vamos, Mía, *highway to hell*… —cantó.

Los gritos ascendieron de volumen y los saltos hicieron que los vaivenes del columpio se tornasen más bruscos. Los ojos de Lukas fueron al techo, preocupados, pero los anclajes del aparato estaban bien sujetos. Él mismo había ayudado a su padre a fijarlos.

Cuando la canción terminó y dio paso a una balada melódica, la reacción de Mía fue de lo más peculiar. Se detuvo repentinamente y soltó un chillido de enfado al tiempo que fruncía los labios en un pucherito, provocando risas sofocadas en los adultos.

—¿En serio? —masculló Lukas—. Si no lo veo, no lo creo. Creo que me voy a marchar antes de que la pervirtáis más —dijo, dirigiéndose a la niña y cogiéndola en brazos—. Ya está muy revolucionada y me va a costar un montón que se duerma. Voy a tener que dar vueltas con el coche por ahí.

—Tienes táper en la nevera. Te los saco —dijo su madre y se alejó hacia la cocina.

Eri se fue a preparar la bolsa de la niña.

—Cuando te apetezca librar, nos la dejas, sin problema —se ofreció Diego—. Nosotros encantados, ¿verdad, Iván?

Este asintió.

Lukas sonrió. Sabía que todos adoraban a la niña y estaban dispuestos a cuidarla. Pero Diego e Iván se hallaban realmente comprometidos. Les encantaban los niños. Los dos participaban en el proyecto Piel con Piel en el hospital de Valencia, que consistía en abrazar a recién nacidos prematuros, enfermos o huérfanos que no tuvieran familia o cuyas familias no pudieran hacerlo.

—La próxima vez que vaya a salir por ahí, os la dejo a vosotros.

—¿Vas a volver a salir con Alexia? —le preguntó Iván.

—No lo sé. Me lo he pasado muy bien y creo que ella también. Quizá.

Sabía que era una respuesta ambigua, pero no tenía otra.

Poco después, abandonaba la casa familiar lleno de tápers y con la bolsa de la niña al hombro. Los demás le siguieron hasta el exterior. Sentó a Mía en su sillita en el asiento trasero del coche y guardó todo en el maletero.

—El domingo que viene nos vemos.

—Trae a la chica para que pase nuestro filtro —le dijo su padre.

Puso los ojos en blanco y no se dignó a contestar.

Se subió al coche, arrancó y encendió las luces. Ya había anochecido del todo. Se despidió agitando la mano y los demás correspondieron de igual manera. Luego se puso en marcha.

Se sentía ligero y de buen humor. El ratito que había pasado con su familia le había hecho bien. Se había reído como hacía tiempo que no lo hacía.

Había sido un día fantástico en su totalidad.

Miró por el espejo retrovisor y se encontró con la preciosa carita de su hija. Sus ojos azules observaban el exterior con entusiasmo.

—¿Tú qué crees, Mía? ¿Crees que le gusto a Alexia?

Capítulo 14

Alexia

Estaba enfadada y mucho. El impresentable de Borja había vuelto de vacaciones con el ego por las nubes y lo primero que había hecho era dejarle una nota en su taquilla en la que le *ordenaba* que le esperara esa noche para irse juntos. No pedía ni preguntaba si ya tenía otros planes. No, *ordenaba*, directamente.

Había sido una noche muy movidita con una gran afluencia de público porque hubo un espectáculo especial. Un exparticipante de Gran Hermano había estado allí, haciendo un bolo y eso siempre llenaba el local más de lo habitual y los mantenía a todos muy ocupados. Gracias a aquello, no había visto a Borja en toda la noche, solo de lejos.

Eran casi las cinco de la mañana y ya había terminado su último turno. Se había cambiado de ropa y estaba sentada en uno de los bancos cercanos a la playa, esperándole. No seguía sus órdenes, pero quería dejar las cosas claras cuanto antes.

La quietud y la brisa nocturna eran muy agradables después de pasarse tantas horas en un ambiente cargado y ruidoso. A unos cientos de metros, las olas rompían con fuerza sobre la orilla, algo poco habitual, y el cielo estaba cargado de plomizas nubes grises que destacaban a pesar de la oscuridad. El ambiente amenazaba tormenta. Con toda seguridad, al día siguiente, llovería.

Por el rabillo del ojo vio que Soraya y Lidia abandonaban el local. Al verla, Soraya le dijo algo a la otra y se acercó con rapidez.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías ido.

—Estoy esperando al imbécil de Borja.

—¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que es gilipollas. Mira lo que me ha dejado en la taquilla. —Le tendió la nota.

—Al cole no ha ido, ¿no? —dijo con sorna tras leer el texto.

—Aparentemente, no. Me han sangrado los ojos cuando he leído ese *ha la salida.* ¿Quién cojones me manda liarme con un tipo que escribe así? —masculló, frustrada.

—Lo de las faltas de ortografía es lo de menos. Lo peor son sus formas. Parece pensar que eres de su propiedad. Ten cuidado con él. —Había preocupación en su tono.

—No te preocupes. Lo tengo controlado.

Soraya la miró con escepticismo.

—Creo que me voy a quedar por aquí, por si me necesitas. Me siento allí y te espero. —Señaló a su espalda, hacia una de las calles contiguas.

—No hace falta. Todavía hay gente por el paseo. No estoy sola.

—Ya. Pero por si acaso, que como ya te dije, este tío no es trigo limpio.

En ese instante, la puerta del Go se abrió y el camarero salió por ella. Iba vestido con sus vaqueros negros y su cazadora de cuero bajo la cual llevaba una camiseta blanca de cuello holgado por la que asomaban los tatuajes que tenía en el cuello. Recorrió el paseo con la mirada hasta que la encontró. Esbozó una arrogante sonrisa, que flaqueó un poco al ver a Soraya.

—Bueno —dijo esta y le hizo un guiño rápido—. Me voy. Hasta mañana.

Se dio media vuelta y se marchó, sin dirigirle ni una mirada a Borja, que ya casi había

llegado a su lado.

—Qué obediente que es mi chica —canturreó él y se inclinó para darle un beso.

Alexia apartó la cara y se puso de pie con aire belicoso.

—No soy tu chica y creo que te dije que habíamos acabado.

—No digas gilipolleces, nena. —Seguía sonriendo de ese modo tan engreído.

—Iba en serio. No vuelvas a dejarme notitas ni a llamarme más. Es mejor que cada uno vaya por su lado. Lo nuestro se acabó.

—¿Qué dices? Si somos brutales en la cama.

—Hemos pasado un buen rato y ya. No quiero seguir.

La miró con los ojos entornados.

—¿Estás jugando conmigo? ¿Te pone verme suplicar? No es mi estilo.

—No juego —resopló—. Te estoy diciendo lo que siento. No somos compatibles y quiero terminar con lo que teníamos, que no era mucho —explicó con calma.

—¿Has conocido a otro? —Su expresión se tornó sombría.

La cara de Lukas acudió a su mente, pero apretó los labios y negó violentamente.

—¡No! No es eso. Es que no me apetece seguir con esto. Ya está. Entiéndelo.

—No entiendo una mierda, nena —masculló—. Creo que estás confundida, pero en cuanto te eche otro polvo se te aclaran las ideas —dijo, y trató de cogerle la mano.

Ella le dio un manotazo y se apartó dos pasos.

¡Dios! ¿Cómo podía ser tan capullo y obtuso?

—¡Qué no! Que ya basta. No va a haber más polvos.

Los verdes ojos de él despidieron un destello malicioso y su boca emitió un sonido similar al de un chasquido.

—No creas que te vas a librar de mí con tanta facilidad. Tú eres mi chica.

—No soy la chica de nadie —espetó con furia.

Él acortó la distancia entre ambos de un solo paso y la cogió de las solapas de la chaqueta. Ella se vio avasallada y no tuvo tiempo de apartarse.

—Eres mía, que te quede claro. De nadie más —amenazó.

Ella pudo sentir su aliento cerca de su mejilla. Olía a alcohol. Trató de mantenerse inconmovible y no mostrar que su violenta actitud la había dejado perpleja y le había encogido las tripas.

—¡Nunca! —escupió y se liberó con energía al tiempo que le miraba con ira.

Él soltó una risa antipática que a ella no le gustó ni un ápice. Nunca había visto esa faceta de Borja y se llamó estúpida en silencio por haber dejado que aquello la pillara desprevenida. Le estudió de arriba abajo. Él le sacaba más de una cabeza y, por lo menos, treinta kilos. Y sus manos eran enormes. Ahora las tenía apretadas en puños como si se estuviera conteniendo y no le resultara fácil.

Alexia echó un vistazo a su alrededor. No estaban solos, había algunas personas por el paseo, pero no tantas como a ella le hubiese gustado ni tan cerca. Aun así, se encontraban en un lugar muy público. Sus ojos fueron hasta el sitio donde Soraya le había dicho que iba a estar. No la vio, pero la oscuridad no ayudaba demasiado. Y si su amiga le había dicho que la esperaría, allí estaría. Confiaba en ella.

Él también parecía haberse dado cuenta de que no tenían privacidad y de que su estallido de furia podía llamar la atención de cualquiera. Se apartó unos pasos y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. Fingió una sonrisa que se asemejaba más a una mueca y arqueó una ceja con un gesto típico del que se sabe vencedor.

Alexia le miró con fijeza y su aspecto exterior le resultó repulsivo. ¿Cómo era posible que se hubiera sentido atraída por una persona semejante?

—¡Ale!

La voz de su amiga llegó hasta sus oídos claramente. Giró la cara y la vio a solo unos metros de distancia. Se sintió aliviada.

—Te estoy esperando, mujer —dijo Soraya con tono impaciente—. No me retrases más que mis nanos en un rato se tienen que levantar.

—Ah, sí. Perdona —murmuró. Y echó a andar hacia ella.

—Recuerda lo que te he dicho —bisbiseó Borja cuando pasó por su lado.

Le dirigió una mirada llena de desdén. Si él pretendía intimidarla no lo iba a conseguir.

Soraya enhebró el brazo en el suyo y la conminó a andar deprisa. Lo hicieron en silencio, sin hablar, hasta que estuvieron lejos.

—Menudo hijo de puta —masculló la mayor.

—Sí. No me lo esperaba.

—Te lo dije. Es un mierda.

—No sé por qué se obsesiona así conmigo. Si solo nos hemos acostado cinco o seis veces, ni que hubiéramos tenido algo serio. Nada le da derecho a comportarse de ese modo. ¡Me ha cogido de la solapa! El muy cabrón.

—Lo he visto, por eso me he acercado.

—Vaya gilipollas —espetó entre dientes.

Ambas guardaron silencio mientras el eco de sus pasos sobre la acera las acompañaba.

Alexia todavía no terminaba de asimilar lo sucedido.

—A partir de ahora te llevo a casa por las noches —dijo Soraya al cabo de un rato.

—No. Me niego a ser esa mujer que tiene miedo y necesita que la protejan —repuso con testarudez—. Borja es puro humo. Solo quiere asustarme y que me achante ante él. Pero no lo va a conseguir.

—Alexia, no seas tonta. Ya has visto que puede llegar a ser violento.

Asintió lentamente.

—Lo he visto, pero no me da miedo. En serio, Soraya. No es la primera vez que me encuentro con un tipo así. Suelen ser muy arrogantes y duros, pero solo hasta que alguien les planta cara. Sé cuidar de mí misma.

—No me vayas a decir ahora que eres campeona de karate o algo así.

Alexia se rio.

—Para nada. Pero no sería la primera vez que me toca defenderme de algún hijo de puta. No te imaginas la cantidad de cabrones que intentan aprovecharse de ti cuando se enteran de que vives en la calle y estás huyendo del sistema —concluyó en voz baja.

—Ay, mi niña. Si no quieres hablar de ello, no me cuentes nada, pero ya sabes que estoy aquí —dijo con sentimiento.

—No te imagines cosas raras, Soraya. No me ha pasado nada grave, de verdad —suspiró —. Tuve un jefe bastante cerdo que intentó propasarse conmigo en la trastienda de su negocio. Pero no pasó nada. Conseguí pegarle una patada en los huevos y escapar a tiempo. Tampoco podía denunciarle porque era menor de edad y lo último que quería era que la policía supiera dónde estaba. Se lo hubieran dicho a los servicios sociales.

—Menudo cabrón, meterse con una cría.

—Al principio, era una ilusa que confiaba en todo el mundo y me dejé embaucar por él. Me prometió un trabajo en su tienda de ropa y me dejaba dormir en un almacén que tenía al lado.

—Soltó una risa llena de amargura—. No te imaginas lo ingenua que era. Dieciséis años y recién salida del cascarón. Una niña tonta.

El primer año viviendo sola fue horrible. De tenerlo todo a no tener nada en unas horas. De ser una chica normal que iba al instituto y sacaba buenas notas a convertirse en una indigente que tuvo incluso que robar para poder comer. No tenía buenos recuerdos de aquella época, por el contrario, cuando esos meses terroríficos acudían a su cabeza se apresuraba a desterrarlos muy lejos.

Soraya la miraba de soslayo, alterada. Le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Todas hemos pasado lo nuestro, pero hemos sobrevivido y somos fuertes, ¿no?

—Sí —murmuró su amiga.

Sus pasos las habían llevado hasta el coche de Soraya. Se instalaron en el interior y, antes de ponerse en marcha, su amiga se giró y le lanzó una mirada tensa.

—Me preocupas.

Alexia cogió aire y lo soltó despacio. Podía ver el desvelo en su cara y en las arrugas que se le formaban en las comisuras de los labios y bajo los ojos. De pronto, Soraya ya no parecía una treintañera. Era como si el peso de una responsabilidad inesperada le hubiese caído encima.

—Si te quedas más tranquila, llévame a casa por las noches —le dijo al tiempo que posaba una mano sobre su muslo—. ¿Vale?

—Vale.

Se sonrieron.

—Y, ahora, ¿no quieres saber qué tal me fue con Lukas en mi cita? —dijo, para que su amiga no volviera a preocuparse por el gilipollas de Borja.

—Ya estás tardando. Cuéntamelo todo —exclamó.

Se rio y cerró los ojos mientras apoyaba la nuca en el reposacabezas. Hacía cuatro días desde el domingo y desde entonces no había parado de pensar en él. Era cierto que se habían visto a diario y que Lukas la llevaba a casa en coche, como era su costumbre, pero no habían hablado mucho. Se habían limitado a comentar los progresos de Mía. Era como si ambos estuvieran evitando referirse a esa tarde que pasaron juntos. No obstante, Alexia le había descubierto en más de una ocasión mirándola fijamente. Ella también le observaba con detenimiento cuando él no se daba cuenta.

—Lukas es encantador —dijo con voz soñadora.

—¡Ah, no! No me vale solo con eso. Haz el favor de profundizar algo más.

Lo hizo.

Le relató la comida, sus bromas y sus confesiones, las conversaciones y anécdotas, el nervioso parloteo de Lukas y el paseo por el camino de baldosas de colores de Poniente, y sus intentos de sacarle una sonrisa tratando de imitar a Michael Jackson y cómo se le colorearon las mejillas cuando se le cayó el helado. Le habló también del modo en que se refería a Mía y cómo la había empezado a incluir a ella en esa ecuación que formaban él y su hija. Eso la conmovió profundamente.

Sonrió al recordar el último momento junto a él, cuando la llevó a su casa al final de la tarde. El chico acicalado y pulcro que la había recogido por la mañana había desaparecido, en su lugar había un muchacho desaliñado, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y el pelo despeinado por efecto de la brisa, que se empecinaba en taparle la visión.

Tan guapo.

Habían llegado a su casa, pero Soraya apagó el motor y se acomodó de lado en el asiento sin mostrar signo alguno de que tuviera prisa por irse. Sonreía.

—Te gusta. —No era una pregunta.

—Claro que me gusta —admitió y su boca se curvó en una sonrisa—. Es imposible que no me guste una persona así. Es tan real que me tiene fascinada. No tiene subterfugios ni segundas intenciones. Dice lo que piensa y no se esconde. No teme mostrarse vulnerable ni le da vergüenza hacer el ridículo. Es de verdad. Muy auténtico. Y ama a Mía con una pasión increíble. Te parecerá mentira, pero nunca había conocido a alguien así.

Aquello no era del todo cierto.

Un rostro moreno sin afeitar y unos ojos claros muy expresivos danzaron por su cabeza al tiempo que un doloroso pinchazo le atravesaba el pecho.

Gael.

—Te dije que era un chico estupendo —dijo Soraya, sin saber que, con sus palabras, la había sacado de hundirse en la melancolía.

—Sí, lo es.

—¿Vais a volver a veros?

—Nos vemos todos los días.

—Me refiero a en plan cita y tal.

Tardó en contestar mientras ponía en orden sus ideas.

—Ni idea. Es todo muy nuevo y es pronto. —Hizo una pausa—. Había planeado cocinar para él —dijo al fin con más inseguridad de la que debería haber mostrado.

—¿Cuándo?

—No sé. Un día de estos.

—Me parece genial.

Después de eso, ambas guardaron silencio, embebidas en sus pensamientos.

Alexia tenía el corazón calentito. Siempre le sucedía cuando hablaba de Lukas o pensaba en él. Iba a tener que ir admitiendo que sus sentimientos estaban revolucionados por una razón especial.

Finalmente, Soraya suspiró.

—Me tengo que ir, pero cuenta conmigo para que te traiga a casa por las noches. Está decidido.

—Sí, claro —repuso, aclarando la mirada.

—Y ten mucho cuidado con Borja. No sé muy bien lo que pasó con su antigua novia y con otra chica más, pero es problemático. Si te molesta de nuevo deberías decírselo al gerente.

—Ya veremos —musitó sin comprometerse a nada.

Se despidieron y ella se bajó del coche. Cuando llegó a la puerta de su casa, le hizo un gesto con el brazo. Soraya le dijo adiós con la mano y arrancó el motor. Alexia entró en el piso, cerró la puerta a su espalda y se quitó los botines de un puntapié sin preocuparse de ver dónde caían.

Estaba exhausta.

Miró la hora en la pantalla del móvil y descubrió que eran las seis de la mañana. Más tarde que de costumbre. Sopesó sus opciones. Podía dormir un par de horas e ir a clase con unas ojeras del demonio, o no poner el despertador y quedarse en la cama toda la mañana.

Un bostezo gigantesco le dio la respuesta. Ni siquiera se molestó en ir al baño a lavarse los dientes. Se quitó la ropa de camino a la cama y se tiró sobre el colchón. No desperdició ni un solo pensamiento en el encontronazo que había tenido con Borja.

No.

La última imagen que conjuró su mente antes de quedarse dormida fue la de Lukas.

La miraba y sonreía.

Capítulo 15

Lukas

Se detuvo en el descansillo del tercer piso. Apoyó la espalda contra la pared y se pasó una mano por el mentón, pensativo. Quería hablar con Alexia e invitarla a comer de nuevo el fin de semana siguiente, pero no sabía si aceptaría. Habían pasado dos semanas desde *la cita* y ella se había mostrado muy natural durante todos aquellos días, como siempre, muy pendiente de Mía y de sus cosas, bromeando con él, haciéndole preguntas sobre su trabajo y su familia con mucho interés. Pero hacía un par de días, sin pretender ser un entrometido, la había escuchado hablar por teléfono con Soraya de un tal Borja. No quiso ser cotilla, pero creyó entender que Alexia y el tipo ese tenían una especie de relación.

Eso le molestó.

Le molestó mucho.

No se atrevió a preguntarle directamente porque temía la respuesta. Prefería pensar que ella no tenía novio. Estaba soltera y punto.

«Es tan fácil como invitarla a cenar. Si tiene pareja te dirá que no, ¿no?».

La luz de la escalera se apagó, pero no hizo amago de volver a encenderla y permaneció a oscuras.

«¿Qué narices te pasa, Lukas? Siempre eres directo y vas al grano. ¿Por qué le das tantas vueltas a esto?».

Resopló, exasperado consigo mismo.

Un pitido le avisó de la entrada de un mensaje. Se sacó el móvil del bolsillo y vio que era de ella. Había cambiado su contacto en el móvil. Ya no llevaba la coletilla de *niñera* detrás.

Alexia: Vas a tardar?

¡Mierda! Comprobó la hora en la parte superior de la pantalla y vio que ya eran las siete y media. Solía llegar a su casa quince minutos antes.

Lukas: No. Ya estoy aquí abajo.

Encendió la luz del portal y se puso en marcha. Había perdido demasiado tiempo meditando tonterías para no llegar a ninguna conclusión. ¡Al carajo! La invitaría a cenar y que pasara lo que tuviese que pasar.

Subió los escalones de dos en dos hasta su planta y se detuvo frente a la puerta del apartamento. La abrió con brío y, nada más hacerlo, un delicioso olor a comida le hizo derretirse de anticipación.

Alexia salió de la cocina y se plantó frente a él con los brazos en jarras, sorprendiéndole.

—Precisamente hoy llegas más tarde.

—¿Qué pasa hoy?

La miró de arriba abajo. Vestía como siempre, con vaqueros y camiseta negra. Se había peinado con dos trenzas, como una niña. Ni siquiera podía burlarse de ella por su aspecto porque incluso con ese pelo estaba preciosa. Se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que tenía veinticuatro años. De uno de los bolsillos de sus vaqueros sobresalía un paño de cocina. Lo miró con extrañeza.

—Hoy te he hecho la cena.

Ah, por eso el olor a comida.

Olfateó el aire de nuevo. No podía identificar qué era, pero olía muy bien.

—¿Tú sabes cocinar? —preguntó en tono de broma, intentando encubrir lo encantado que estaba de que hubiera cocinado para él.

—Sé hervir agua —repuso sarcástica con ambas cejas arqueadas—. Ahora te tomas una tacita de agua calentita.

Se rio y, después de dejar la mochila en el suelo del pasillo, la siguió a la cocina.

Mía estaba allí, sentada en su trona, comiendo guisantes que cogía con sus deditos y se llevaba a la boca. Al verle entrar dejó escapar un gritito de felicidad y le tendió los brazos. Se acercó a ella y la cogió. Le dio cien besos en el pelo y en la carita mientras la típica calidez que siempre sentía al abrazarla le embargaba. Ella se retorció como una lagartija y dejó escapar sonidos de protesta.

—Solo quiere suelo —comentó Alexia, que se había agachado para ver el horno.

—Qué poco me echa de menos —se quejó.

—Mejor llévatela al salón que aquí podría hacerse daño.

La miró de reojo. Ella parecía muy ocupada trasteando con el botón de la temperatura.

—¿Qué has preparado? Y lo más importante, ¿por qué? ¿Es un día especial?

—Es un día muy especial —respondió ella sin girarse.

Mía le pegó un codazo en la barbilla, impaciente, pero él se resistió a marcharse. Ansiaba saber qué tenía de diferente ese día.

—¿Un día especial?

Alexia se dio la vuelta y le echó un vistazo. Sonreía de oreja a oreja.

—Es un día especial, porque he decidido cocinar para ti. ¿Te parece poco? No te acostumbres, que probablemente esto no vuelva a suceder jamás.

Él resopló. Vale, estaba de coña.

La niña comenzó a hacer un pucherito y él no se entretuvo más, se fue al salón y la dejó en el suelo, sentada sobre la alfombra de colorines. Ella, instantáneamente, se puso en posición de gateo y comenzó a gatear de un lado a otro.

—¡Ostras, qué velocidad!

Se entretuvo un rato en contemplarla. El pelo le había crecido mucho y las puntas habían empezado a rizársele. Estaba claro que en un futuro próximo iba a tener unos hermosos tirabuzones dorados. Era increíble el cambio que había experimentado en los últimos meses. Tenía la sensación de que si parpadeaba se perdería algún progreso de Mía. ¿Cómo era posible que creciera tan deprisa?

—Tendrías que verte la cara ahora mismo. —La calmada voz de Alexia resonó en el silencio del salón—. Cuando miras a tu hija, resplandeces.

Se giró con precipitación, azorado, y la vio en el quicio de la puerta. Le observaba con algo similar a la admiración. Aquello le llevó a sonrojarse

—¿Resplandezco? —preguntó.

—Sí. Te cambia la expresión y tus ojos brillan mucho. No sé. Me parece precioso.

Tragó saliva, nervioso, y de pronto no supo qué hacer con las manos. Se las metió en los bolsillos de los vaqueros. Luego bajó la vista al suelo. Alexia era la única persona capaz de robarle el habla con sus palabras o con su mera presencia.

—¿Me estás llamado precioso? —inquirió con tono jocoso para rebajar la tensión.

—Pfff… Preciosa es la escena y Mía. Tú eres otra cosa.

—¿Qué soy?

—Un señor agradable —repuso con una risa.

La palabra *señor* le chirrió. Vale, otra vez estaba de coña.

Fingió que su respuesta no le importaba y se rio con ella.

—¿Qué has cocinado?

—Pollo al limón y empanadillas de setas.

Nada más escucharla se le hizo la boca agua.

—¿En serio?

—Sí. Espero que te guste porque me lo he currado mucho. Anda, pon la mesa mientras yo le doy los últimos toques.

Y se fue.

Lukas sonrió. Le gustaba que Alexia le diera órdenes. Estaba seguro de que ella no era consciente de que lo hacía y le salía de un modo natural. En algún momento se lo diría para ver cómo reaccionaba.

Mientras tenía un ojo puesto en Mía, que había encontrado uno de sus juguetes favoritos y estaba centrada en él, puso un mantel y servilletas. Luego fue a la cocina y cogió vasos, cubiertos y una botella de agua del frigorífico. Alexia estaba decorando el plato, aparentemente. El olor del pollo al limón era maravilloso. No se entretuvo mucho porque Mía era capaz de hacer cualquier locura en segundos, pero cuando regresó al salón, la niña seguía apretando botones de su teléfono de animales. Debía de hacerle gracia el sonido de la vaca porque no paraba de escucharse un *muuuu* repetido.

—¿Le gusta la vaquita a la nena? —le preguntó, arrodillándose a su lado.

En el mismo instante en que lo dijo, cerró los ojos y una risa tonta acudió a él. Antes de que Mía naciera, se había prometido a sí mismo que no sería uno de esos padres que hablaban a sus hijos con voz aflautada y cientos de diminutivos. Y, sin embargo, ahora era exactamente así.

—¿Te gusta la vaca, Mía? —probó con voz profunda.

La niña le miró asustada, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Por qué le hablas a la niña como si fueras un policía y ella un delincuente? —Llegó la voz de Alexia desde detrás.

—Porque soy un imbécil —masculló y, sintiéndose como un tonto, se dirigió a la pequeña con una entonación dulce—. Mi rubita linda, mira lo que hace la vaquita. —Y apretó el botón rosa unas cuantas veces.

Muuuuu. Muuuuu.

Mía sonrió.

Rabieta evitada. Se palmeó a sí mismo en la espalda imaginariamente.

Se levantó y se dio cuenta de que Alexia había depositado la bandeja con el pollo sobre la mesa, que despedía un aroma delicioso. También había una fuente con empanadillas.

—Pon a Mía en la trona —le dijo, apareciendo de nuevo.

Llevaba la aparatosa silla de plástico en una mano y en la otra un plato de plástico. Se apresuró a cogerle la silla y dejarla junto a la mesa. Luego fue a buscar a Mía, que protestó con un gritito, pero que se calló cuando vio los guisantes en su plato.

—La mayoría van a acabar en el suelo, pero es bueno que ejercite los deditos intentando cogerlos —le dijo Alexia mientras tomaba asiento.

—Parece un banquete. ¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—Las empanadillas las hice ayer en casa y solo he tenido que calentarlas en el micro. Y el pollo solo tarda una hora y media entre la preparación y el horno. No es tanto.

—Tiene una pinta estupenda.

—Te va a encantar. En cuanto lo pruebes se te va a caer la baba —bromeó—. No estoy

presumiendo, es que se me da bien la cocina.

—Yo soy un desastre, si me sacas de las ensaladas y los huevos fritos me muero, aunque estoy aprendiendo a marchas forzadas. Los purés de verdura se me dan genial —se rio—. Si no fuera por los tápers de mi madre, Mía y yo habríamos muerto de hambre.

Alexia le sirvió dos muslos de pollo con salsa y apoyó la barbilla en las manos mientras le observaba expectante, aguardando su veredicto.

Lukas partió un trozo del muslo y se lo llevó a la boca. No tuvo que decir nada, estaba seguro de que el éxtasis que mostró su rostro cuando sus papilas gustativas se llenaron del increíble sabor hablaba por él.

—Vale, tenías razón. Se me cae la baba —murmuró todavía con la boca llena.

Ella se echó a reír estentóreamente.

Mía empezó a reír también con entusiasmo. Cada vez que alguien cerca de ella lo hacía, ella lo imitaba.

—Prueba una empanadilla.

Lo hizo. Estaba buenísima.

—¿Es que todo se te da bien? —preguntó con las cejas arqueadas—. Bailas como una profesional, cocinas de muerte y eres la susurradora de los niños.

Alexia volvió a reír. Luego se sirvió pollo y comenzó a comer.

—Si me guardas el secreto te confieso mis debilidades.

—Prometido.

¿Alexia tenía debilidades? Imposible.

—No sé nadar. Ni conducir —dijo pragmática.

—Lo de conducir tiene un pase, pero que vivas en la costa y no sepas nadar, eso no puede consentirse.

—Solo llevo un año aquí y he estado tan ocupada que apenas he ido a la playa. A ver si el verano que viene…

—Yo te enseño. En mi familia somos todos unos nadadores increíbles —se jactó—. Mi hermano Jorge es instructor de buceo.

Ella le sonrió, pero no dijo nada.

Durante unos cuantos minutos siguieron comiendo sin intercambiar palabra. Lo cierto era que la comida estaba tan rica que parecía un crimen pararse para hablar. Lukas se comió otra ración de pollo y unas cuantas empanadillas más, dejando escapar pequeños suspiros de placer entre bocado y bocado.

—¿De dónde eres exactamente? —preguntó al fin.

Era la segunda vez que se lo preguntaba. La primera, hacía semanas, ella le había esquivado.

—De Madrid —respondió, escueta.

—Yo voy a Madrid de vez en cuando, sobre todo a conciertos. Juls, la novia de Jorge es de Madrid, aunque ahora se ha mudado y vive con él aquí. Vivía cerca de la estación de autobuses de Méndez Álvaro. ¿Conoces la zona?

—Sí. Yo vivía en otra parte. En Aluche.

—Me suena. ¿Dónde está?

—En el barrio de La Latina.

No tenía ni idea de los barrios de Madrid, pero asintió.

—¿Y por qué dejaste Madrid para venir aquí?

La cara de ella cambió de color, empalideciendo. Lukas se dio cuenta de que había

metido la pata. Era obvio que no deseaba hablar de su pasado. Pensó que, dado que habían establecido una relación algo más personal, ella no tendría problema de hablar de cualquier cosa.

Evidentemente, no era así.

—No dejé Madrid para venir aquí —dijo ella al cabo de un rato, sorprendiéndole.

La miró con intensidad, pero no pudo leer nada en su expresión. Había bajado la mirada y se concentraba en su plato mientras jugueteaba con la comida con la punta del tenedor.

—Llevo tres años yendo de un sitio a otro —continuó al cabo de unos segundos—. Primero fui a un pueblecito de Toledo, luego estuve unos meses en Jaén y otros tantos en Sevilla. De ahí fui a Cáceres y luego me subí al País Vasco y a Asturias. También estuve en La Rioja y terminé aquí, en la costa. He ido de ciudad en ciudad. Donde encontraba trabajo. He vendimiado, he recogido aceitunas, he trabajado en una granja cuidando animales, he sido camarera, dependienta, limpiadora y ahora soy bailarina y niñera. Una chica muy completa, ¿verdad? —dijo con tono jocoso.

—Sí que te has movido. Tres años yendo de un lado a otro —comentó, fascinado. De pronto, cayó en la cuenta—. Pero, espera, hace tres años tenías dieciséis. ¿Y tu familia? ¿No les importó que te fueras así a recorrer la geografía española? —Le resultaba increíble que una chica tan joven hubiese hecho tantas cosas.

Ella vaciló antes de contestar. Se llevó un trozo de pollo a la boca, masticando despacio. Y limpió a Mía, que se había espachurrado un guisante en la cara. Parecía querer ganar tiempo.

—No tengo familia.

El corazón de Lukas se encogió.

—Ah.

Era el ser más afortunado de la tierra por tener a su familia intacta. Le dolía saber que la gente que le importaba no había podido disfrutar del mismo privilegio que él. Le pasó con Iván, cuya familia era un despropósito. Y le estaba sucediendo con Alexia.

Una verdadera lástima.

—Mi madre se largó cuando yo tenía catorce años y nos dejó solos a mis dos hermanos y a mí. Como Gael era mayor de edad y tenía un trabajo estable, pudo ocuparse de nosotros y no intervinieron los servicios sociales —relató con voz inexpresiva—. Leo era solo un bebé.

—Leo es tu hermano, ese que me comentaste que habías cuidado…

—Sí.

Pese a que se mostraba contenida, había una sombra oscura en su mirada, algo indefinido que no dejaba presagiar nada bueno y por eso Lukas tuvo miedo de seguir haciendo preguntas. Pero no hizo falta porque ella continuó hablando con ese tono impersonal que había adquirido hacía un minuto.

—La vida no me cambió gran cosa después de que mi madre se fuera, la verdad. Mi madre es, o era, no sé muy bien si todavía está viva —dijo con extrema frialdad—, una mujer peculiar. Estuvo muy enamorada del padre de Gael y cuando él la dejó, no pudo recuperarse del golpe. Vivía a base de pastillas y de alcohol. Tanto mi padre como el de Leo fueron meras aventuras pasajeras. Creo que ni ella misma recordaba con quién se había acostado, así que ni siquiera sé quién es mi padre.

Lukas se mordió la cara interna de la mejilla, mortificado, al escuchar la sordidez de aquella historia. No había pretendido que ella le confiase un tema tan escabroso, pero si necesitaba desahogarse esa noche, no se lo iba a impedir. La escucharía.

—El caso es que decidió largarse una noche cuando todos dormíamos —prosiguió Alexia después de beber un trago de agua—. Se llevó todo el dinero que había por casa, que era el

sueldo de Gael —aclaró con disgusto—, y nos dejó solos a los tres. Leo solo tenía cinco meses.

A Lukas no se le escapó el paralelismo con su propia experiencia. Cuando Eva abandonó a Mía, la niña tenía cuatro meses.

Ciertas casualidades no deberían suceder jamás.

—Nunca fue una verdadera madre ni estuvo ahí para nosotros. De hecho, nos fue mejor sin ella. Por lo menos así siempre había dinero para comprar pañales —continuó sin acritud. Era como si el tiempo y la distancia la hubieran vuelto indiferente hacia su madre—. Gael trabajaba por las noches. Era guardia de seguridad en una fábrica. Cambió al turno de noche para poder ocuparse de Leo por el día. Yo le ayudaba cuando salía del instituto.

Después de eso, guardó silencio y se comió una empanadilla. Le temblaban las manos.

Mía comenzó a dar golpes con el puño sobre la bandeja de la trona y Lukas fue a buscar su teléfono de animales. Se lo dio.

Luego comió también en silencio, sin saber muy bien qué decir. Quería preguntarle por sus hermanos, pero tenía la sensación de que la triste historia de Alexia no tenía un buen final. Tras unos minutos titubeando, se armó de valor y lo hizo.

—¿Y tus hermanos? ¿Dónde están ahora?

Ella le miró.

Durante al menos treinta segundos no dijo nada, pero sus oscuros ojos empezaron a transformarse y pasaron del más puro desinterés que había mostrado antes a un desconsuelo desgarrador.

Lukas sintió cómo se le encogía el corazón.

Sabía que no le iba a gustar la respuesta.

—Murieron —musitó.

Aquellas tres sílabas pronunciadas con una entonación descarnada le penetraron hasta la médula. Le traspasaron la piel, los nervios, la carne y los huesos.

—Lo siento mucho —murmuró.

Ella dejó el tenedor sobre el plato que golpeó este con un tintineo metálico y luego se echó hacia atrás en la silla, como si se estuviera distanciando de todo.

—No suelo hablar de esto con nadie —susurró con voz entrecortada.

—No hace falta que lo hagas conmigo. De verdad.

Lamentaba haber sacado el tema. Ella se había esforzado mucho preparando aquella cena y él lo había estropeado todo con su maldita curiosidad. Lo que podía haber sido una cena agradable y tranquila se había convertido en una pesadilla para Alexia.

Se llamó estúpido en silencio. Lo peor de todo era que no sabía cómo arreglarlo.

—Hubo un incendio —dijo ella de pronto con un hilo de voz. Tenía los ojos cerrados y su respiración se había acelerado—. Gael debió de quedarse dormido con la estufa encendida y quizá saltó una chispa o se cayó algo encima. No sé lo que pasó a ciencia cierta. Yo estaba en clase. —Hizo una pausa y boqueó repetidamente como si le costara coger aire—. Cuando llegué a casa, la calle estaba cortada por dos camiones de bomberos y había mucha gente. La fachada del edificio estaba negra, como consumida. Recuerdo contar las plantas y darme cuenta de que la peor parada era la tercera, la nuestra. No hubo más heridos. Me dijeron que había sido todo muy rápido, que el humo los había asfixiado, que no habían sufrido.

Su voz se perdió hasta convertirse en un murmullo sordo. Algunos sonidos incongruentes salieron de su boca, pero era imposible discernir lo que estaba diciendo. Una lágrima rodó por su mejilla. Solo una.

Lukas no pudo reprimirse más; se levantó y se acuclilló a su lado. Le puso una mano

sobre el muslo. Quería confortarla y estar a su lado; proporcionarle consuelo, aunque se sentía torpe e inútil. ¿Cómo se consolaba a alguien que acababa de confesar algo así? Estaba horrorizado.

Ella elevó los párpados y su mirada recaló en algún lugar de la pared. Tenía los ojos vidriosos y parecía hallarse a kilómetros de distancia. Al cabo de un breve espacio de tiempo, se limpió esa lágrima solitaria con el dorso de la mano y tragó saliva con fuerza.

—No me gusta llorar —confesó, regresando a la realidad—. Durante el primer año lloré mucho. Lloré tanto que a veces creía que me iba a poner enferma.

—Si necesitas llorar, hazlo.

—No. No lo necesito. Cuando lloro me hago pequeña y me encojo.

Un pinchazo doloroso le atravesó de parte a parte al escucharla tan desvalida.

—No eres pequeña, créeme. Eres cualquier cosa menos pequeña.

La miró y odió el sufrimiento que nublaba sus facciones. Daría lo que fuera por atrasar el tiempo y volver a ese instante de hacía media hora, cuando Alexia estaba contenta y la amargura no la envolvía. Aunque, por otro lado, sentía que ella le había hecho un regalo muy especial hablándole de su familia y de su pasado.

—Gracias —murmuró con entereza. Con mucha más de la que él hubiera tenido en una situación similar. Luego posó la mano sobre la suya y cogió aire profundamente.

Lukas la estudió en silencio. Pese a que una expresión extraña opacaba sus facciones, sus ojos estaban secos. Era evidente que no se iba a permitir el lujo de derramar ni una lágrima más. Él se hallaba en shock y no sabía qué más podía hacer por ella. Solía presumir de su labia y de que nunca le faltaban las palabras, pero en ese momento tenía la garganta cerrada. Imposible pronunciar ni un solo monosílabo.

Finalmente, fue Mía la que los sacó de su trance.

Comenzó a golpear la mesa con su teléfono de juguete con tan mala suerte que se dio en la frente. Tardó apenas un segundo en echarse a llorar desconsolada.

Ambos reaccionaron con rapidez y se acercaron a la pequeña. Fue Lukas quien la sacó de la trona y la abrazó con ternura mientras le canturreaba con voz gentil. El lugar donde se había golpeado empezaba a ponerse rojo. Alexia se fue a la cocina y no tardó en volver con un paño.

—He puesto hielo dentro. Es bueno para los chichones. Pónselo con cuidado —le dijo.

Lukas se sentó con Mía sobre el regazo, que seguía lloriqueando, pero con menos fuerza que antes. Cogió el paño y se lo puso en la frente, agradeciéndole el gesto a Alexia con una inclinación de cabeza.

—Voy a ir recogiendo la mesa —dijo esta.

—¡Pero si no has terminado de cenar!

—No tengo hambre.

Lukas arrugó la frente. No le sorprendía que hubiera perdido el apetito después de narrarle los escalofriantes sucesos de su pasado.

Abrazó a Mía mientras el pesar le invadía. El saber que Alexia había perdido a un hermanito de ¿cuántos?, ¿dos o tres años? le resultaba de una crueldad insoportable. Y a su hermano mayor al mismo tiempo. ¡Qué horror!

La pequeña hacía un ratito que había dejado de llorar y le apartó el paño para verle el golpe. Estaba enrojecido y se había hinchado un poquito, pero no parecía muy importante. La acunó entre sus brazos mientras tarareaba y Mía le puso la mano en la garganta, sobre su nuez. Lo hacía siempre que él le cantaba. Parecía agradarle sentir las vibraciones del sonido en su manita.

Alexia regresó y le lanzó una sonrisa tranquilizadora antes de volver a marcharse con los platos sucios. La siguió con la mirada, incapaz de imaginar lo que debía de haber sido quedarse completamente sola en el mundo a esa edad. A pesar de que ella no había dicho nada, sospechaba que se había marchado de Madrid para que los de servicios sociales no fueran a buscarla.

Bajó la vista y vio que la niña había cerrado los ojos y se había quedado dormida.

Siguió meciéndola y tarareando.

—Se ha dormido —constató Alexia cuando volvió—. Llévala a su cuna. Yo me voy a casa en el bus.

—¡No! —rechazó él sin alzar la voz.

No podía consentir que, después de todo lo que había hecho Alexia aquella tarde, se marchase en autobús. Hacía frío y los buses solo pasaban cada media hora. Además, sabía que la parada donde la dejaba tampoco estaba cerca de su casa y tendría que caminar al menos otros diez minutos más.

—No la vas a despertar ahora.

Miró a Mía. No. No la iba a despertar. Pero tampoco quería que ella se marchara.

—Déjame que te pague un taxi —ofreció.

Ella meneó la cabeza con energía.

—Entonces, quédate a dormir.

La propuesta le salió de sopetón, sin haberlo pensado, pero una vez que lo hubo dicho se dio cuenta de que era eso lo que deseaba, que se quedara.

Alexia le miró con sorpresa.

—Quédate a dormir —repitió.

Capítulo 16

Alexia

—Quédate a dormir.

La propuesta llegó por segunda vez, con más firmeza.

Su instinto más inmediato fue decir que no, categóricamente.

—El sofá es cama —dijo él, señalando el mueble—. Y mañana te puedo llevar a clase después de dejar a Mía en la guardería. Quédate y hablamos.

Alexia le miró con fijeza. Sus ojos se mostraban suplicantes.

¿Quedarse y hablar?

Ya había hablado demasiado. Sus emociones estaban revolucionadas y solo deseaba llegar a su piso, encerrarse en él y estar sola. Tenía el alma en carne viva después de haber mencionado a sus hermanos en voz alta. Le escocía la garganta por esas lágrimas que había contenido y se había negado a derramar.

Quizá no era tan buena idea estar sola.

Quizá Lukas, sin saberlo, le había ofrecido lo que necesitaba: compañía.

—No… creo que sea una buena idea —dijo, pero hasta ella misma se dio cuenta de lo vacilante que sonaba.

—No te puedes ir así —se opuso él—. Pareces agotada.

Lo estaba. Exhausta.

Y la imagen que se presentaba ante sus ojos hacía que fuera difícil darle una negativa rotunda. Él, con su pelo revuelto y mirada esperanzada, con la preciosa Mía en brazos, pegada a su pecho.

Se le encogió el corazón por toda la ternura que ambos despertaban en ella.

Quizá era una locura.

Quizá.

—Acuesto a Mía y vuelvo —continuó él, como si ella ya hubiera tomado una decisión definitiva.

Alexia no dijo nada. Se limitó a asentir.

Él le regaló una sonrisa y se fue.

Se sentó en el sofá y clavó la vista en la oscura pantalla del televisor, pensativa. Trató de pasar revista a sus sentimientos de manera objetiva. Si era sincera consigo misma, el hablar del pasado no había sido tan demoledor como creyó. Sí, fue angustioso y la sensación de ahogarse era muy vívida cuando recordaba los hechos de aquel horrible día, pero ahora sentía una inusual ligereza en su interior. Llevaba demasiado tiempo guardando el dolor y este se le había enquistado.

Qué tristeza no poder hablar nunca con nadie de Gael y de Leo.

—Ya. —Lukas entró en el salón. Llevaba en la mano el monitor del vigila bebés, que dejó sobre la mesita—. ¿Quieres un refresco? Me encantaría poder ofrecerte algo más fuerte, pero desde que nació Mía rara vez compro alcohol. Bueno, tengo cerveza también, pero está caliente —se disculpó.

—Una Coca-Cola estaría genial.

—Voy.

No tardó en regresar con dos latas y dos vasos en los que había puesto unos cubitos de hielo. Encendió una lámpara de pie que había junto al sofá y apagó la del techo. Una luz amelocotonada bañó la habitación. Luego se sentó, dejando el espacio justo para otra persona entre ellos.

—Perdona si he sido muy insistente con lo de que te quedaras, pero me apetecía pasar un rato más contigo —dijo en voz baja—. No quería que te fueras tan rápido, después de lo que… —se interrumpió, como si no supiese cómo continuar.

—Está bien —repuso ella—. No te sientas mal. Es cierto que me cuesta mucho hablar de mis hermanos, pero creo que lo necesitaba.

—Sé que solo nos conocemos desde hace seis semanas, pero puedes hablar conmigo de lo que quieras.

Lo sabía.

De un modo instintivo, sabía que podía confiar en Lukas.

Bebieron sus refrescos en silencio mientras contemplaban el pequeño monitor. Mía dormía con la cabeza girada hacia la cámara y su boquita estaba fruncida en un mohín muy dulce.

—Mía es especial —dijo ella al cabo de un rato.

Él sonrió con satisfacción.

—Lo es. Me siento afortunado de tenerla.

—Es admirable lo que haces, Lukas. Criar a un hijo tú solo no es fácil.

—Bueno, tampoco es que tenga otra opción.

—Sí. Podrías haber dejado que tus padres la criaran y tú haber perseguido tus sueños.

—No soy ese tipo de persona. Es mi responsabilidad.

—Por eso eres admirable —repitió ella.

—¿Admirable? —Soltó una risa—. Tendrías que haberme visto al principio. Estaba aterrado. Todo lo que pasaba con Mía me asustaba y me hacía buscar a mi madre y, si ella no me cogía el teléfono, llamaba al pediatra o me presentaba en su consulta sin cita. El pobre ha tenido una paciencia conmigo… —Hizo una pausa y una sonrisa burlona curvó sus labios—. Yo no sabía que a los bebés les pasaban tantas cosas raras. No era consciente de que podían abrir los ojos mientras dormían o que tenían pequeños espasmos durante el sueño, o que les podían salir granitos en la cara sin motivo o pelarse como los lagartos, incluso ponerse bizcos a ratos. Tampoco sabía que era normal que se les descamara el cuero cabelludo o que generasen esos puntitos blancos en la cara. Creo que se llaman milia o algo así. Y no hablemos ya del hipo o de los estornudos frecuentes —añadió con un gesto exagerado—. Pues esas cosas para mí eran enfermedades terribles y estaba todo el día en la consulta del pediatra creyendo que Mía tenía algún problema grave.

Alexia se rio con suavidad. Ella misma había pasado un miedo horrible cuando nació Leo y su madre se largaba por ahí, dejándola al cuidado del pequeño.

—Nadie nace siendo un padre experto. Y tú has aprendido.

—Todavía hay mil cosas que me superan.

—Pero las manejas muy bien. ¿Ves como eres admirable?

—Con tanto piropo me voy a sonrojar —bromeó él. Y sí, su rostro se había teñido de un pálido rosa.

—Ya lo has hecho.

Él se llevó las manos a la cara y soltó un resoplido.

—No suelo ser tímido, pero…

—Yo te impongo, ¿no? —se rio.

—No debería habértelo dicho jamás —dijo con una risa.

Mientras le daba un trago a su bebida, le observó a hurtadillas. La sonrisa seguía bailándole en la boca. Cuando sonreía de ese modo, un hoyuelo aparecía en su mejilla. Era la primera vez que lo veía y le pareció adorable.

«El chico de los hoyuelos».

No pudo reprimirse y siguió contemplándole a través de las pestañas.

Su pelo despeinado le caía en suaves ondas sobre la frente, pero la nuca la tenía despejada. En el lóbulo de su oreja había un orificio, señal de que en el pasado debía de haber llevado un pendiente.

De repente, se puso muy serio; las comisuras de sus labios se tensaron y su mandíbula se endureció. Su cambio de actitud fue flagrante. Había comenzado a girar el vaso entre las manos con agitación, como si quisiera decir algo, pero no supiese cómo empezar.

—Eva se fue cuando Mía tenía cuatro meses —comenzó al fin—. Dejó a la niña sola, en casa de mis padres. Solo dejó una nota muy escueta en la que decía que no podía más. Cuando mis padres llegaron se encontraron a la niña llorando, afónica, y con el pañal empapado. Debía de haber estado sola durante horas.

Alexia no había esperado que él hablase de Eva, pero todavía había esperado menos que ella hubiera hecho algo así. Aunque tampoco le sorprendía demasiado, era lo mismo que su propia madre había hecho.

—Sentí como si el mundo se me viniera encima —continuó él—. Hasta ese momento, todavía no me había dado cuenta de lo duro que era tener un hijo. Seguía pensando que podía estudiar a distancia, y que Eva se encargaría de la niña hasta que yo terminase el máster. —Soltó una risa ácida—. Ni siquiera sé lo que pensaba. Que mis padres nos iban a mantener o ayudar o yo qué se. Pero cuando ella se fue, desperté de mi sueño, de repente. Empecé a ver las cosas de otra manera, de un modo mucho menos egoísta. —Hizo una pausa para luego proseguir con entonación perpleja, como si él mismo estuviera asombrado de lo que iba a decir—. Te parecerá una locura, pero a veces pienso que es mejor que Eva se haya ido. Eso me ha hecho abrir los ojos y ser consciente de lo que significa ser padre.

Alexia le escuchaba en silencio. Era obvio que él se estaba abriendo en canal ante ella, así que no dijo nada. Se limitó a permanecer sentada, mirándole con simpatía, animándole a continuar.

—Pensarás que Eva y yo no nos queríamos —murmuró—. Y quizá fuese así. Llevábamos seis años juntos, desde que éramos unos críos. Y habíamos roto en multitud de ocasiones, pero siempre volvíamos a intentarlo. Ahora, viéndolo desde la distancia, creo que era una relación demasiado inmadura y rutinaria. No estábamos tan unidos como para hacer frente a lo que supone tener un hijo. Éramos muy jóvenes. Somos muy jóvenes —aclaró y volvió a reírse con desdén. La miró de frente—. Resulta absurdo escucharme decir algo así, ¿verdad? Tú eres más joven que yo, sin embargo, pareces tan segura y adulta.

—La edad es relativa, Lukas. Todo depende de la vida que hayas llevado. Hay personas con sesenta que siguen siendo unos niños. Y ancianos de dieciocho.

Él asintió.

—Creo que no estábamos preparados para ser padres. Yo tenía mis reservas, pero fue ella la que me convenció. No me malinterpretes, por favor —se apresuró a añadir—. No me arrepiento de haber tomado esa decisión porque Mía es el resultado. Haría cualquier cosa por ella.

—Es una niña maravillosa.

Él asintió de nuevo y luego bajó la vista al suelo. Alexia se preguntó por qué se mostraba tan alicaído de pronto.

—Yo siempre lo he tenido todo muy fácil. Mi vida ha sido tan sencilla y confortable que casi me da vergüenza admitirlo delante de ti después de lo que me has contado.

—¿Vergüenza? ¡No! —rechazó con energía—. Me gusta escuchar anécdotas de tu familia y ver lo unido que estás a tus hermanos. No me importa que lo hagas. Por el contrario, me agrada. De verdad. A veces siento como si ya los conociera a todos.

—Te los presentaré, prometido —repuso él con una rápida sonrisa—. Tienen muchas ganas de conocerte.

El monitor emitió un sonido y ambos miraron la pantalla. Mía no se había despertado, solo había cambiado de postura dejando escapar un gorjeo.

—¿Te recuerda Mía… a tu hermano? —Llegó la voz de él muy queda.

Alexia sintió un pequeño pinchazo en el corazón y tragó saliva antes de contestar.

—No se parecen en nada. Leo tenía el pelo y los ojos muy oscuros. Su padre debía de ser mulato —aclaró—. Pero debo admitir que la primera vez que vi a Mía, me invadió la nostalgia. En el último año he cuidado a otros niños y no me había pasado algo similar, pero al ver a Mía en su cunita, los recuerdos me asaltaron. Me puse muy triste —confesó.

—Vaya…

Volvieron a guardar silencio durante un rato.

—¿Quieres ver cómo eran mis hermanos? —preguntó. De pronto, tenía la necesidad de que otro ser humano supiera cómo eran Gael y Leo. De que alguien más los conociese.

—Por supuesto.

Se levantó y cogió su bolso que había dejado en una de las sillas. Sacó la cartera y extrajo las dos fotos. Estaban viejas y manoseadas. Se las tendió, emocionada.

—Así que este es Gael —musitó él—. Y esta eres tú.

Alexia no tenía que mirarlas. Se sabía cada milímetro de esa foto de memoria. Gael y ella delante del edificio donde vivían. Por aquel entonces, su madre todavía no se había largado y la vida parecía sonreírlos de algún modo. Ella tenía doce años, Gael, dieciocho, y Leo ni siquiera había nacido.

—Tu hermano y tú no os parecíais.

—No. Como te dije, teníamos diferentes padres.

Gael era fornido, de pelo muy oscuro y ojos de un verde claro muy pálido.

—Y este es Leo. Un niño precioso.

—Sí. Era una preciosidad —repuso con un hilo de voz. Bajó los párpados, angustiada.

De pronto, algo tan simple como respirar se le antojaba harto difícil. La presión en su pecho creció y creció.

Abraham Lincoln fue asesinado en abril de mil ochocientos sesenta y cinco.

Napoleón murió en mil ochocientos veintiuno.

La guerra de los Cien Años…

—¿Qué dices? —inquirió Lukas.

Abrió los ojos y vio que él la estudiaba con la frente arrugada y expresión curiosa.

—¿Cómo? —jadeó.

—Has empezado a murmurar cosas peculiares. Hablabas sobre Napoleón y guerras.

Sintió que le ardían las mejillas. Era la primera vez en su vida que alguien era testigo del mecanismo de defensa que utilizaba para no perder los papeles. Se sintió como una estúpida.

Instintivamente, se dio la vuelta y se alejó hasta el otro extremo del salón.

—Ale —la llamó él.

¡Dios! ¡Cómo le gustaba que empleara ese diminutivo!

—Soy una fanática de las fechas —barbotó—. Cuando siento que no puedo más, recito fechas famosas —dijo, sin mirarle—. Me ayuda a serenarme.

Él no dijo nada y ella se volvió, esperando encontrar una mirada confundida. No halló eso, por el contrario, Lukas la contemplaba con suma empatía.

—Yo suelo canturrear canciones —dijo con soltura, como si recitar fechas fuera lo más normal del mundo—. Lamento que el enseñarme las fotos de tus hermanos te haya hecho sentir así. ¿Solo tienes estas dos?

Asintió con energía.

—Perdí el móvil donde tenía más.

—Están a punto de romperse —dijo él con pesar—. Mi hermano Diego es diseñador gráfico y es un hacha de Photoshop. Podría restaurarlas.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¿En serio?

—Si me las dejas, yo se las llevo. Te prometo cuidarlas bien.

Ella se acercó al sofá y volvió a tomar asiento. Sus ojos recalaron sobre las dos fotos con anhelo. Lukas las sostenía con sumo cuidado en la palma de su mano. Alargó los dedos y acarició los bordes de una de ellas. Algo en su interior se revolvía al pensar que no iba a poder guardarlas de nuevo en su cartera, pero su lógica le decía que se las diera a Lukas, que quizá su hermano pudiese repararlas. Apartó la mano y la enterró debajo de su muslo.

—Dáselas. Y dime el precio.

—¿Qué precio? Si Diego es puro amor. No te va a cobrar.

Mientras decía eso se incorporó y fue al mueble que tenía bajo el televisor. Sacó un sobre de uno de los cajones y guardó las fotos dentro con mucha delicadeza.

—Mañana mismo se las llevo —comentó—. Que las escanee y me las devuelva y así te las puedo dar mañana por la tarde. Lo que no sé es cuándo tendrá las restauradas.

—Da igual. No tengo prisa. Muchísimas gracias, Lukas.

—No hay de qué.

Se miraron a los ojos y se sonrieron.

Alexia pensó que nunca le había visto tan guapo. La tenue luz de la lámpara incidía sobre sus ojos, aclarándoselos. Su expresión era tierna, como cuando miraba a Mía. Una sensación, hasta entonces desconocida para ella, se le manifestó en el abdomen.

¿Eran esas las famosas mariposas de las que hablaba la gente que se enamoraba?

Un fuerte sollozo procedente del monitor les hizo dar un respingo a ambos.

—Voy a ver —dijo él y abandonó el salón con rapidez.

Alexia se acercó al monitor y echó un vistazo a la pantalla. Le vio inclinarse sobre la cuna y coger a una llorosa Mía con delicadeza.

Le gustaba Lukas.

Mucho.

No iba a engañarse.

Él apareció en la puerta con la pequeña en sus brazos, que traía la carita llena de lágrimas y pestañeaba confundida.

—Ale, me voy a ir al dormitorio con ella, a ver si se tranquiliza. No sé si volveré porque es probable que me quede dormido —dijo—. Lo siento, pero me suele suceder —se disculpó con

una mueca torcida—. Tienes sábanas y toallas en el armario del pasillo. Y también hay un cepillo de dientes sin estrenar en el primer cajón debajo del lavabo. Y… creo que eso es todo. Cualquier cosa que necesites, estás en tu casa.

—No te preocupes. Yo me encargo.

Él vaciló unos instantes.

—Y muchas gracias por quedarte. Me ha gustado tenerte aquí.

—Gracias a ti por invitarme.

De nuevo intercambiaron una sonrisa llena de calidez.

Luego él se fue.

Alexia no perdió el tiempo. Con rapidez, abrió el sofá y puso las sábanas. Después fue al baño y se deshizo las trenzas. El cepillo de dientes estaba donde él había dicho. Había dos más, infantiles. Sonrió al darse cuenta de que eran verdes. Le gustaba eso de que Lukas no se guiara por el típico cliché de que las niñas debían de usar cosas rosas y los niños, azules. Ya se había dado cuenta antes de que toda la ropita de Mía era de cualquier color y unisex.

Regresó al salón, apagó la luz y se quitó la ropa, quedándose en bragas y sujetador. Se acostó en el sofá, que era bastante más cómodo que su propia cama. El resplandor de la pantalla del vigila bebés era la única fuente de iluminación de la estancia.

Adquirió una postura cómoda y contempló a Lukas y a la niña, sintiéndose como una espía. Él no había acostado a Mía en la cuna. Se había tumbado junto a ella en la cama y le acariciaba la tripa con movimientos circulares mientras le hablaba.

Alexia aguzó el oído para tratar de entender sus palabras.

—¿Te gusta Alexia, Mía? Sí, supongo que sí. Es una niñera fantástica, ¿verdad? A tu papá también le gusta mucho. Pero no como te gusta a ti. A tu papá le gusta de otra manera, ¿sabes? Tenemos que cuidarla mucho para que no se vaya. Se tiene que quedar con nosotros. Por eso tienes que ser una niña buena.

Alexia cerró los ojos mientras sus labios se distendían en una sonrisa enorme.

Y volvieron las mariposas.

¿Se podía ser más tierno?

Capítulo 17

Lukas

En los días siguientes a aquella noche en la que Alexia durmió en su casa, su relación se afianzó. No porque sucediera nada trascendental entre ellos, seguían manteniendo las distancias —al menos las físicas—, pero la confianza que se tenían creció hasta límites insospechados. Lukas se descubrió a sí mismo enviándole mensajes para contarle anécdotas de su trabajo y preguntándole su opinión sobre todo tipo de cosas. Ella se mostraba más cauta, pero poco a poco, también comenzó a revelarle algunas partes de sí misma.

No habían vuelto a hablar de salir a cenar o a comer. Se limitaban a disfrutar de ese rato que compartían de lunes a viernes mientras él la llevaba a casa. Media hora que a Lukas siempre le sabía a poco.

Pero eso iba a cambiar ese domingo.

Era veintitrés de diciembre, la víspera de Nochebuena y el cumplemés de Mía. Cumplía nueve meses y su familia se había empeñado en organizar una pequeña celebración.

Él había invitado a Alexia, aunque ahora que solo quedaba un rato para que ella se presentara en el chalet, se estaba arrepintiendo de haberlo hecho. Desde que había llegado a casa de sus padres esa mañana, las bromas y los comentarios jocosos se sucedían.

Típico de su familia.

Eran las cinco y todos estaban ocupados. Eri y Juls se encargaban de cuidar a Mía en el jardín. Diego e Iván habían desaparecido hacía un rato en uno de los dormitorios con la excusa de mirar una cosa en el portátil, aunque era obvio que se habían escabullido para enrollarse. Su padre estaba colocando un adorno navideño en lo alto del árbol que habían puesto al lado del ventanal. Y Jorge y su madre estaban poniendo la mesa mientras él preparaba unos aperitivos en la zona de la cocina.

—¿Qué tal queda? —le preguntó su padre, señalando la estrella plateada que decoraba la punta del árbol.

—Genial.

Tony Alba asintió satisfecho. Luego se bajó de la silla y se acercó a él.

—Dice Erika que es una monada —comentó mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros—. Tengo que inspeccionarla bien cuando llegue para ver si está lo suficientemente cuerda como para soportarte. Voy a hacerle un interrogatorio de los míos antes de concederle tu mano en matrimonio.

Lukas puso los ojos en blanco.

—Te pido por favor que no le digas nada —suplicó—. No quiero que se asuste.

—Si quiere casarse contigo tiene que querernos —intervino su madre que se había aproximado.

—Joder, mamá, ¿tú también le sigues el rollo?

Ella se encogió de hombros y sacó platos de un armario, luego se alejó con ellos hacia el fondo de la estancia. Habían metido la larga mesa del jardín al salón para que cupieran todos. Iba a ser una especie de merienda informal. Nada del otro mundo. Sándwiches, distintos tipos de ensalada, picoteo y un bizcocho.

Jorge se acercó y robó unos trozos de queso del plato que acababa de preparar y se los

llevó a la boca con rapidez.

—Ahora tengo que cortar más —masculló Lukas.

—Me flipa que hayas dejado que tu novia venga en taxi. Vaya mierda de novio eres.

—¡No es mi novia! —soltó entre dientes—. Y yo quería ir a buscarla, pero no ha querido. Es un poco tozuda.

Se había ofrecido a ir a recogerla a su casa en coche, pero ella se había negado rotundamente. Estuvieron a punto de discutir, así que él terminó cediendo.

—Vamos, que hace contigo lo que quiere. Mi hermanito, el *calzonazos* —se rio Jorge.

Lukas le lanzó un trozo de pan que le dio de lleno en el pecho.

—Cuánta agresividad —se burló y se marchó con una risa.

—Hijo, estás muy nervioso —intervino su padre—. Estamos de broma. Ya sabes cómo somos. ¿Por qué estás así?

Lukas suspiró.

—Alexia no tiene familia y quiero que se sienta bienvenida. Eso es todo.

—¿No tiene a nadie?

—No. Si podéis evitar ese tema, os lo agradecería.

—¿Tanto te gusta?

Vaciló antes de contestar, aunque la respuesta era un sí categórico.

—Es genial con Mía —respondió con tibieza.

—No te he preguntado eso.

—Vale, sí, me gusta —admitió con un cabeceo—, pero después de mi ruptura con Eva estoy inseguro. No creo que deba lanzarme a otra relación tan rápido. Y, además, soy consciente de que lo primero es Mía. Antes de involucrarme con alguien sentimentalmente tengo que estar muy convencido. No estoy solo. Y Ale tiene diecinueve años. ¿A esa edad, tú te liarías con una persona que viniera con esa mochila?

—Si fuera tu madre, sí. Si hubiese tenido ocho críos cuando nos conocimos, me habría dado igual.

—Es que lo vuestro es especial.

—Lo es —replicó con entonación soñadora—. Y no te preocupes —continuó con gravedad—. Nos portaremos bien con ella. Por tus palabras es evidente que adora a Mía. Solo por eso, ya la queremos.

El timbre de la puerta sonó y a Lukas se le cayó el cuchillo de la mano. Vio que Jorge se daba la vuelta y echaba a andar hacia la entrada y se apresuró a interceptarle.

—Yo abro —exclamó con energía.

—Tienes una mancha en la cara —le dijo su hermano, señalándole la mejilla.

¡No!

Se llevó la mano a la cara y se frotó el pómulo.

—¿Ya?

—No. La sigues teniendo.

—Déjale en paz —intervino su padre—. Es mentira, Lukas, no tienes nada.

La risa de Jorge llenó el salón y él sintió unas terribles ganas de estrangularle.

Instintivamente, se peinó con los dedos antes de salir de la casa y atravesar el caminito de grava que llevaba al portón exterior. Tragó saliva antes de abrir la hoja metálica.

Y allí estaba Alexia.

Bella, como siempre.

O quizá más que otras veces.

Lucía un vestido largo de color verde y unos botines marrones que hacían juego con la chaqueta de piel que llevaba sobre los hombros. Se había dejado el pelo suelto y no usaba maquillaje. Un ligero rubor cubría sus mejillas.

—Hola —le dijo.

Aunque solo fueron dos sílabas, él se dio cuenta de que estaba nerviosa.

—Hola. Bienvenida —le sonrió.

Quizá lo más natural hubiera sido hacerse a un lado para cederle el paso, pero él mismo estaba muy agitado y lo que hizo fue tenderle la mano. Cuando ella le miró con extrañeza, se quedó inmóvil y se maldijo en silencio.

—¿Tengo que darte la mano? —preguntó con una ceja arqueada—. ¿Necesito apoyo?

Ahora fue su turno de sonrojarse, pero antes de que pudiese bajar el brazo, ella le había agarrado fuertemente. La palma de su mano estaba caliente y era suave.

—Soy yo el que necesita apoyo —dijo medio en serio medio en broma.

—¿Tan terribles son?

—No. Son peculiares. No te asustes si mi padre pregunta que cuándo nos casamos o si alguno de mis hermanos hace algún comentario estúpido.

Alexia le miró con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

—Sí.

Ella desvió la mirada hacia un lateral.

—Eh… Creo que nos están espiando por la ventana —murmuró.

Lukas cerró los ojos, mortificado. ¡Claro, cómo no!

—¿Hacen esto siempre con las chicas que traes a casa?

—Tú eres la primera desde Eva.

Ella le miró con sorpresa.

—Bueno, en realidad yo estoy aquí en calidad de niñera.

—Eh, sí, claro.

Lukas cerró los ojos. ¿Por qué la conversación estaba resultando tan incómoda?

—Se parece a Antonio Banderas —bisbiseó ella.

—¿Quién?

—Hay dos hombres en la ventana. El mayor —susurró.

—¿Siguen ahí?

—Sí.

Suspiró con fatiga.

—Anda, ven y te los presento antes de que se les caigan los ojos.

Echaron a andar hacia la casa y, justo antes de entrar, ella le soltó la mano. No tuvo tiempo de lamentarse porque su padre y su hermano Jorge salieron a su encuentro.

—Hola, Alexia. Teníamos muchas ganas de conocerte —dijo el cabeza de familia, y se inclinó para darle dos besos en las mejillas—. Lukas no para de hablar de ti, es como una cotorra. Alexia por aquí, Alexia por allá…

Lukas le lanzó cien dagas con los ojos.

Alexia se rio.

Jorge se abalanzó sobre ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bienvenida. Es un placer conocerte. Yo soy Jorge, el hermano guapo.

Hubo un intercambio de besos.

—Dejad que entre, ¿no? —masculló Lukas.

Tony la tomó del brazo como si fueran antiguos conocidos.

—No hagas caso a mi hijo. Para su edad es un poco cascarrabias. Ven y te presento a mi mujer.

Echaron a andar y Lukas y Jorge se quedaron rezagados.

—Es una belleza —le dijo su hermano al oído—. Demasiada mujer para ti.

—Lo sé.

Jorge se detuvo y se encaró con él.

—¿A qué viene eso? Estoy de coña.

—Yo no.

—Eres imbécil. Te mereces lo mejor del mundo. No lo dudes jamás —expuso con fiereza —. Eres increíble y todos lo pensamos. Haz el favor de no tomarte nuestras chorradas muy a pecho.

Lukas guardó silencio, pero sonrió. A veces, era genial cuando su familia dejaba las bromas de lado y hablaba en serio.

Vio cómo su padre se detenía al lado de su madre y efectuaba las presentaciones. Alexia sonreía de un modo distendido. Aparentemente, no estaba muy afectada por la idiosincrasia tan extrañamente afable de su familia. Gracias al cielo.

En ese momento, entraron Juls y Eri al salón. Esta última llevaba a Mía en brazos que, en cuanto vio a Alexia, empezó a soltar gritos de felicidad y a agitarse con energía.

—Lo que está claro es que tu hija la adora —dijo Jorge.

Lukas asintió.

Con una sonrisa satisfecha, observó cómo su hija se lanzaba a los brazos de Alexia, que la cogió y le dio unos cuantos besos en la cabecita.

Diego e Iván emergieron de la habitación donde habían pasado la última hora y se reunieron con la familia. La sospecha de Lukas de que habían estado enrollándose se confirmó cuando se percató de que su amigo llevaba la camiseta del revés, con la etiqueta fuera. Se lo señaló con gestos desde la distancia y él pareció entenderlo porque se fue a toda prisa y regresó poco después con la prenda bien puesta. Diego se reía en silencio observando la escena.

Lukas se acercó a Alexia y a su hija y le hizo cosquillas en la tripa a la niña. Esta se rio, mostrando sus dos dientes y la punta de otros dos que pugnaban por salir de su encía superior.

—¡Tu padre es muy atractivo y tu madre es guapísima! —murmuró Alexia en voz muy baja.

—Claro. ¿De dónde pensabas que había salido mi belleza? —dijo en tono de broma—. Ven que te presento a mi hermano mayor.

—Tengo pendiente darte tus fotos —dijo Diego con tono de disculpa, después de darle dos besos—. Te prometo que en unos días las tengo. Estas fechas son complicadas y tengo mucho trabajo.

—No te preocupes, no hay prisa. Y mil gracias, de verdad.

Lukas sonrió a su hermano. A Diego se le había ocurrido enmarcarle dos ampliaciones de las fotos. Esperaba que la sorpresa le gustase. Pensaba dárselas como regalo de Reyes.

Juls se acercó a ellos y él se la presentó también. Alexia saludaba a todos con una sonrisa enorme, sin timidez alguna.

—Los has descrito tan bien a todos, que es como si los conociera —le confesó en un aparte—. Tus hermanos son todos muy impresionantes. Muy guapos. Sobre todo, Diego.

«¿Más que yo?». La pregunta tomó forma en su cabeza, pero no salió de su boca. Todavía no estaban en ese punto de su relación. ¿Relación? Quizá se estaba precipitando un

poco.

Mía le puso una manita en la boca y le distrajo.

En ese momento, llegó Erika y cogió a Alexia de la mano, arrastrándola hacia el jardín. Lukas se mordió la cara interna de la mejilla. Sabía lo que llegaba a continuación. Su hermana era la persona más pérfida del universo y seguro que iba a relatarle a Alexia sus mil y una anécdotas vergonzosas de la infancia.

—No pongas esa cara de sufrimiento. Te olvidas de que tú siempre haces lo mismo con las chicas que traemos a casa —le dijo Jorge—. Es tu modus operandi habitual. Eres bastante cabroncete.

—Pregúntale a tu chica qué quiere beber —gritó su padre desde la isla de la cocina.

—¡Que no es mi chica! —rezongó.

—Vale, pues pregúntale a *esa* chica qué quiere beber —repitió con voz burlona.

Lukas le lanzó una mirada cargada de exasperación mientras iba al exterior, seguido por un coro de risas.

Lucía un sol espléndido y eso hacía que el frío fuera soportable. No obstante, el crepúsculo no tardaría en hacer acto de presencia y entonces bajaría la temperatura.

Eri y Alexia estaban sentadas en una de las tumbonas con Mía a sus pies, que arrancaba briznas de hierba con violencia. Las dos adultas se estaban riendo a carcajadas.

—Eh, Lukas —le llamó su hermana agitando el brazo—. ¿Cómo es que no le habías contado a Alexia que cuando eras pequeño te quitabas el pañal y lo ponías todo perdido de caca? —preguntó con malicia.

Eso era caer muy bajo. La fulminó con la mirada mientras se lo anotaba mentalmente para no olvidarlo jamás y utilizarlo en su contra cuando ella trajese a algún tipo a casa.

—¡Qué vergüenza, Lukas! —dijo Alexia y meneó la cabeza con fingido horror, mordiéndose los labios para no echarse a reír.

—Era un niño rebelde —comentó con aplomo—. ¿Qué quieres beber?

—Un refresco. Me da igual qué.

—Yo se lo traigo —dijo Erika, levantándose deprisa.

—No lo traigas. Mejor vamos dentro —repuso Alexia, incorporándose—. La hierba está un poco fría para la niña.

Mientras su hermana desaparecía en el interior de la casa, Lukas cogió a su hija en brazos que se retorció a disgusto. Luego miró a Alexia con disculpa.

—Perdona si mi familia te incomoda. Son muy intensitos.

—Estoy encantada —dijo con tono afectuoso—. Echaba de menos el relacionarme así con alguien. Mi hermano Gael y yo éramos muy bromistas y siempre estábamos fingiendo pelear. La relación que tenéis vosotros me lo recuerda. —Hizo una pausa y soltó un suspiro—. Os envidio.

Pese a que ella había comenzado a mencionar a sus hermanos cada vez con más frecuencia, su tono de voz pesaroso no le gustó mucho a Lukas. Lo último que deseaba era que se sintiera triste.

—Gracias —dijo ella de repente.

—¿Gracias?

—Por invitarme.

La sorpresa le invadió. La miró y lo único que encontró en sus facciones fue franqueza y emoción.

—Creo que tu familia es maravillosa. Tu madre me ha abrazado y me ha dado las gracias

muy bajito. Supongo que será por cuidar de Mía. Me ha parecido un detalle muy bonito.

—¿Ha hecho eso? —preguntó con estupefacción. Su madre no solía mostrar sus emociones y mucho menos ante personas que acababa de conocer.

—Sí —dijo—. Tienes mucha suerte. —Su voz se había tornado nostálgica de nuevo.

Lukas la miró sin saber muy bien qué decirle. Era obvio que había retornado al pasado; quizá estaba recordando algún suceso de su infancia o adolescencia con su propia madre.

Carraspeó, algo que pareció hacerle mucha gracia a Mía, que le palmeó la garganta como si sus manitas pudieran provocar de nuevo un ruido semejante. Lo repitió para deleite de la pequeña.

—Me encanta que estés a gusto, no obstante, si en algún momento sientes deseos de huir, hazme un gesto.

—¿Como arrugar la nariz o ponerme bizca? —bromeó.

—Demasiado sospechoso —le siguió el juego—. Mejor pensemos en alguna frase clave que solo sepamos nosotros.

—¿Puede que no sea muy listo, pero sé lo que es el amor? —sugirió ella con inocencia.

Lukas soltó una risa. Y Mía le acompañó con entusiasmo.

—Esa es de Forrest Gump. No cuela.

—¿He cruzado océanos de tiempo para encontrarte?

Él volvió a reírse.

—¿Drácula? ¿Te imaginas que estamos hablando de cualquier cosa y de pronto dices eso?

Alexia soltó una risa profunda.

—No tiene mucho sentido.

Sus miradas recalaron la una en la otra con diversión. Toda la agitación que Lukas había sentido desapareció como por encanto. ¿Qué tenía esa chica que conseguía apaciguarle con un par de frases y una sonrisa? Estaba claro que no tenía de qué preocuparse. Todo iba a ir bien. Su familia era estupenda y Alexia era fantástica.

—¡Chicos! —Llegó la voz de Erika hasta ellos—. Vamos a merendar.

—¿Entonces no hay frase en clave? —preguntó Alexia mientras echaba a andar hacia la casa.

—Sí. Es órdago.

—¿Cómo?

—¿No sabes jugar al mus?

—No.

—Bueno, da igual. Si uno de los dos dice órdago, nos vemos en el baño.

—Pero si ni siquiera sé dónde está el baño —cuchicheó ella.

—Da igual. Tú me sigues.

—¿Pero la clave no era para mí?

No pudieron seguir hablando porque su hermana se plantó ante ellos y cogió a Alexia del brazo.

—¿Te ha enseñado Lukas fotos de Mía cuando era recién nacida? Hemos preparado un vídeo que es una flipada.

Lukas frunció el ceño. ¿Un vídeo? Él no sabía nada de un vídeo.

Entraron en la casa y tomaron asiento alrededor de la mesa. Su madre llegó con rapidez para coger a Mía. Cuando la niña estaba presente, se comportaba como una gallina clueca con su polluelo. La sentó en una trona a su lado y puso un plato de plástico con trocitos de plátano muy

chiquititos a su alcance.

La comida transcurrió como transcurrían todas las comidas de los Alba. Eran ruidosas y divertidas; todos hablaban con todos al mismo tiempo. De vez en cuando, Lukas miraba a Alexia de reojo. Pese a que había logrado sentarse a su lado, Eri y Juls la tenían acaparada con sus preguntas sobre cómo era bailar en el Go y sobre su fascinante pasado viviendo en todas partes. Nadie mencionó a su familia. Era obvio que su padre había puesto a los demás sobre aviso para que no hablaran sobre ello. En momentos como ese, adoraba a todo su clan por más caóticos e irreverentes que fueran.

Un codazo le trajo de vuelta a la realidad.

Era Iván que estaba sentado a su derecha.

—¿Dónde va a pasar Alexia la Navidad? ¿Va a estar sola?

De repente, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de sus planes. Se llamó imbécil en silencio por no haberlo hablado con ella con anterioridad.

—Eh, no lo sé.

—Deberías preguntarle.

No había tenido tiempo de reaccionar cuando su padre pareció haberle leído la mente.

—Alexia —dijo Tony, llamando la atención de la joven—, ¿dónde vas a pasar la Nochebuena?

Ella tardó en contestar.

—En casa de Soraya —repuso y su voz no era muy sólida—. Está sola con sus niños y me ha invitado.

—Ah, genial. ¿Y la Navidad? ¿Tienes algún plan?

—No.

—Pues ya lo tienes —concluyó el cabeza de familia—. Comes con nosotros.

—Oh, muchas gracias, pero no quiero ser una molestia…

—¡De molestia nada! Si vemos que no hay suficiente comida, echamos a Lukas y nos quedamos contigo.

Todos rieron. Incluida ella. No obstante, Lukas tuvo la sensación de que lo hacía forzadamente y la preocupación se le alojó en el estómago.

Repentinamente, sintió el roce de una mano sobre su muslo izquierdo y estuvo a punto de saltar de la silla. Fingió estar muy interesado en la porción de ensalada de pasta que se había servido hacía un rato mientras ponía cara de póker.

Los dedos que reposaban sobre su pierna comenzaron a dibujar garabatos.

Qué raro todo.

De repente, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Alexia estaba intentando escribir un mensaje en su pierna. Se concentró en el movimiento de los dedos y captó una A, un 6 y una O. No entendía nada. Evitó mirarla directamente. Ella parecía muy interesada en algo que estaba contándole su hermana. Volvió a centrarse en los trazos que estaba haciendo. Había vuelto a empezar. Una O, una R, una D…

¡Órdago!

Su intuición no le había engañado. Puso la mano encima de la de ella para indicarle que la había entendido y lanzó una mirada a su alrededor. Era imposible que Alexia y él pudiesen tener una charla privada; siete pares de ojos los vigilaban.

Terminó por sacarse el móvil del bolsillo y redactar un mensaje.

Lukas: Qué necesitas? Quieres que nos vayamos?

Vio cómo ella cogía su teléfono y miraba la pantalla.

Alexia: No. Es solo que me he agobiado. Déjalo.

Lukas: No lo dejo. Te llamo. Finge que es otra persona y sal al jardín. Yo voy en un par de minutos.

Y eso hizo; la llamó. Alexia se excusó con todos y abandonó la mesa, pretendiendo que era algo importante.

En cuanto ella salió, los comentarios llegaron desde todos los flancos.

—Qué chica más estupenda.

—Es guapa y simpática. ¿Habéis visto lo bien que se porta con Mía?

—No te pega nada.

—No aparenta diecinueve. Parece mayor.

—Qué lástima que esté sola en Navidad.

—Que su tono de llamada sea una de Billy Idol ya dice mucho de ella.

—No me extraña que estuvieras tan nervioso. La chica es un amor.

—Qué vida más interesante. Ha recorrido toda la geografía española, currando. Ha debido de ser duro.

Lukas dejó que las palabras de su familia llovieran sobre él sin hacer mucho caso. Estaba pendiente de la femenina silueta que podía vislumbrar al otro lado del ventanal. Inquieto, se puso de pie, ignorando las miradas curiosas que recibió.

—Ahora vuelvo.

Recorrió el mismo camino que ella había recorrido apenas un minuto antes, seguido por unos cuantos comentarios desconcertados.

Alexia estaba en el extremo más alejado del jardín, junto a la piscina. Nadie podía verla desde la casa. Tenía los puños apretados, los ojos cerrados y estaba pálida. Sus labios se movían como si estuviera recitando algo en voz muy baja.

Fechas.

Lukas se acercó con rapidez y se situó a su lado sin decir nada. Aguardó con los nervios a flor de piel, mientras contemplaba el cielo que comenzaba a perder su tonalidad celeste e iba tornándose violeta. La temperatura seguía siendo agradable, aunque no tardaría en descender haciendo necesario el uso de una chaqueta. Podía escuchar la respiración acelerada de la joven y las ganas de hacer algo más que estar ahí siendo un apoyo silencioso le embargaron, pero no sabía muy bien qué más podía hacer.

—Gracias. —Escuchó su voz al cabo de un rato.

Volvió la cara y la miró. Le estaba observando con esos ojos rasgados suyos tan hermosos. El tono pétreo de su rostro había desaparecido y parecía más calmada.

—No me las des.

—Sí. Sí te las doy. Gracias por estar ahí. De pronto, ha sido demasiado. Perdóname por montar este numerito, pero tenía la sensación de que no podía respirar. Ya te dije que a veces me pasa.

—No te disculpes —rechazó con un ademán—. Sé que son muy intensos, pero créeme si te digo que lo hacen con buena intención.

—Lo sé. No es su culpa, ellos son fantásticos, soy yo que no estoy bien —dijo en voz queda, como si le costara admitirlo—. Me gusta mucho tu familia. Tienes una suerte increíble. Es solo que es la primera vez en muchos años que estoy en una reunión semejante, con muchas personas hablándome y preocupándose por mí. Me he sentido desbordada. —Hizo una pausa que aprovechó para apartarse el pelo de la cara y ponerlo detrás de sus orejas—. Y la Navidad es una época que me entristece. Dejé de celebrar estas fiestas cuando me fui de Madrid y este año… —

se interrumpió y dejó escapar un suspiro—. Este año va a ser el primero que pase acompañada y me siento rara.

Lukas la observó en silencio. Se la veía desvalida y frágil y tuvo ganas de cogerle la mano y transmitirle algo de fuerza y templanza.

—No hace falta que vengas a comer. Nos inventamos una excusa y ya está. Si quieres, podemos comer los tres juntos, Mía, tú y yo.

Su familia le mataría si faltaba a la comida navideña, pero no le importó gran cosa. Solo le preocupaba Alexia.

Ella se rio con suavidad.

—¿Qué pretendes? ¿Que tu familia me odie? No voy a arrebatarles a su hijo favorito y a su única nieta en un día tan especial.

—¿Hijo favorito? ¿No has visto cómo se burlan de mí?

—Te adoran. Es tan evidente —sonrió—. Gracias por ser tan generoso, Lukas, pero ha sido solo un momento de debilidad. No te preocupes. Tu familia es genial y son muy amables por invitarme. No voy a despreciar su invitación. Ha sido la sorpresa lo que me ha descolocado. Además, la prueba de fuego la pasaré mañana por la noche en casa de Soraya.

—¿Estás segura? —inquirió con la frente arrugada.

—Lo estoy —afirmó contundente—. Anda, volvamos dentro antes de que salgan a buscarnos.

La estudió con los ojos entornados. De nuevo era la chica segura de sí misma y tranquila de siempre. Ahora, el que se sentía confuso era él. Curioso cómo se habían invertido los papeles. El simple hecho de verla preocupada y nerviosa le había desestabilizado. Quizá era más empático de lo que había creído jamás porque había sentido su angustia como si fuera propia.

Instintivamente le tendió la mano.

—Hoy te has empeñado en darme la mano —dijo ella con ironía. No obstante, la cogió.

—Es para que me des tu apoyo —murmuró. Y no sabía si había algo de cierto en esa afirmación.

Ella se rio bajito.

—Claro, Lukas, el más extrovertido de la familia Alba necesita mi apoyo —dijo socarrona—. El chico que disfruta jugando malas pasadas a todos y gastando bromas.

Se sintió abochornado, pero mantuvo el tipo.

—Eso era antes, ahora solo tengo tiempo de cambiar pañales, desinfectar biberones y limpiar vómitos.

—Mentira. Olvidas que te he visto haciendo el *moonwalk.*

—Ni se te ocurra contarlo —le pidió con fingida súplica—. Son todos unos malvados y lo usarían en mi contra.

—Mis labios están sellados.

Justo antes de entrar al salón, separaron sus manos como si se hubiesen puesto de acuerdo mientras intercambiaban una sonrisa cómplice. Fueron recibidos con total naturalidad, como si fuera normal que Lukas hubiese ido corriendo tras ella a interrumpir su llamada telefónica. Nadie hizo preguntas.

El resto de la comida transcurrió de un modo menos caótico. Durante su ausencia, tenían que haber acordado moderar su comportamiento.

Ya había oscurecido cuando su madre trajo el bizcocho. Erika puso la tele y anunció que la hora de ver el vídeo había llegado. Mía se había quedado dormida. Después de comerse sus trocitos de plátano, había ido pasando de brazos en brazos hasta llegar a los de Juls y caer

rendida.

En cuanto las primeras imágenes del vídeo del que Lukas no tenía constancia aparecieron en la pantalla del televisor, supo por qué nadie le había informado. No eran solo fotos de Mía. Era una especie de comparativa de Mía y de él cuando era un bebé. Alguien —seguramente Diego— había hecho un montaje con fotos de los dos.

Mía sonriendo con una expresión de lo más graciosa. Él sonriendo con las mejillas manchadas de algo oscuro. ¡Por Dios, esperaba que no fuera caca!

Mía desnudita sobre una manta y siendo preciosa. Él desnudito sobre una colcha, con cara de enfado.

Mía llorando con los ojitos llenos de lágrimas, tierna y dulce. Él llorando con la cara llena de mocos.

Mía durmiendo como un angelito. Él con los ojos cerrados y el rostro contraído. Era obvio que estaba apretando para hacer caca.

—Yo solo he hecho el montaje —dijo Diego, riendo—. Las fotos me las ha pasado Eri. No me responsabilizo de eso.

Tal y como Lukas había sospechado.

Las risas y los comentarios jocosos se sucedieron mientras él enterraba la cara en las manos y maldecía su suerte. ¿Cómo narices iba a impresionar a Alexia si su familia se empeñaba en mostrarle fotos de su culito regordete o de su carita manchada de algo pegajoso?

Imposible.

—Dios mío, Lukas. Eras adorable —le dijo ella al oído.

Alzó la barbilla y se encontró con su mirada oscura.

¿Adorable? Hubiera preferido otro epíteto diferente, algo más potente como: atractivo, guapo o impresionante, pero cuando su sonrisa se hizo más grande y sus ojos centellearon, se le alborotó el corazón y pensó que se conformaba con adorable.

Sí

Adorable no era tan malo.

Capítulo 18

Alexia

La fiesta de fin de año del Go Beach Club era un éxito rotundo. El local estaba a rebosar de gente y el alcohol corría a raudales. Habían contratado a un famoso DJ belga y se había abierto una parte del local que normalmente estaba reservada para fiestas privadas. La plataforma en la que solían bailar los gogós había desaparecido para dejar más espacio en la pista. Esa noche, el espectáculo tenía lugar sobre una de las barras, entre copas y botellas. Eran tres gogós bailando simultáneamente.

Las entradas se habían agotado hacía meses.

Pese a que la fiesta había empezado a las once, la mayoría de la gente llegó después de la medianoche. Los empleados se habían comido las uvas mientras una de las pantallas gigantes mostraba una cuenta regresiva. La explosión de luces y colores que llegó después, mezclada con estridente música electrónica dio el pistoletazo de salida a la celebración.

Eran ya las dos de la mañana cuando Alexia pudo bajarse de la barra y hacer una pausa. No tenía que volver a actuar hasta las tres y media, así que disponía de noventa minutos para poder descansar. Hizo un alto en la otra barra para coger una botella de agua y su mirada se cruzó con la de Borja. Después del enfrentamiento que tuvieron el mes anterior no habían vuelto a hablar. En ocasiones, notaba que él la espiaba desde la distancia, pero no había vuelto a acercarse a ella, algo que no la dejaba tranquila. Era como esos animales que esperaban agazapados y vigilantes a su presa, aguardando una oportunidad para atacar.

No le gustaba nada.

Borrándole de su mente, se dirigió al vestuario, huyendo de la gente y del ruido, aunque incluso allí, la música reverberaba en las paredes y hacía vibrar el suelo.

Tania y Apolo estaban sentados al fondo, cerca de la pared. Las altas botas de plataforma de ella estaban tiradas a un lado en el suelo. El guapo cubano tenía uno de sus pies en su regazo y se lo masajeaba con cuidado. Ella tenía la cara contraída por el dolor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, acercándose.

—He pisado mal y me he hecho daño.

—¿Un esguince? —Hizo la pregunta con los ojos muy abiertos y un tono preocupado. Una torcedura de tobillo era una noticia pésima para un bailarín.

—Pienso que no porque lo puede mover perfectamente —repuso Apolo. Como siempre, iba vestido de negro.

—¿Perfectamente? —casi gritó ella—. Pues me duele un huevo.

—Lo mejor es que reposes. Con algo de hielo estarás mil veces mejor.

—¿Voy a buscar hielo? —se ofreció Alexia.

—Ya ha ido Lore. No puedes seguir bailando esta noche.

Tania le lanzó una mirada ceñuda, como si no estuviera en sus cabales.

—Claro —masculló con sarcasmo—. Pero necesito la pasta, tío. Ya me dirás tú qué cojones le digo al jefe. Tengo que salir en diez minutos.

Apolo meneó la cabeza y elevó los hombros.

—¿Y cómo vas a salir? ¿Cojeando?

—Como sea —dijo con tozudez.

Bajó el pie desnudo al suelo y probó a apoyarlo, pero el dolor desfiguró su cara. Llevaba una minifalda de cuero negro y un top del mismo color y material, y su maquillaje era muy potente con carmín granate y los ojos sombreados en un tono gris. Pese a que parecía una mujer dura y rebelde, un par de lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Necesito la pasta —gimoteó con desesperación.

—No te fuerces, Tania. Y no te preocupes por el dinero —intervino Alexia sin vacilar—. Hago yo tu turno.

—¿En serio? —Alzó la vista y sus ojos brillaron esperanzados.

—Sí.

—Joder, mil gracias. Te debo una.

—Que no te preocupes. Mejor llama a un taxi y vete a casa.

En ese momento, se abrió la puerta y apareció Lore con un vaso de plástico lleno de cubitos de hielo. Se acercó a Apolo y se lo tendió. Este cogió una camiseta de su bolsa de deporte y envolvió el hielo en ella. Luego se lo dio a Tania.

—Pon el pie en la silla y quédate así.

—¿Cómo va a salir a bailar? —inquirió Lore con el ceño fruncido.

—Salgo yo en su lugar —dijo Alexia.

Se ganó una mirada agradecida de Tania y un asentimiento de Lore, que iba a ser su compañera en el turno. Ella y Apolo.

Fue a su taquilla y sacó el móvil y su neceser. Con ambos en la mano se dirigió al aseo. Aquella noche se había decantado por un breve mono de lentejuelas plateadas, uno más de los modelitos que le había cedido Soraya. Ella no tenía tanta ropa apropiada para bailar. El mono era precioso a los ojos de todo el mundo, pero un horror cuando tenía que ir al baño. Tuvo que desvestirse casi del todo para poder usar el retrete. Abandonó el pequeño cubículo y se miró al espejo. El sudor le había estropeado el maquillaje, así que se apresuró a retocárselo. Estaba agotada, pero le haría el favor a su compañera porque quizá en otra ocasión fuera ella la que necesitase ayuda. A veces, la vida se presentaba así, y había que aceptarla, pensó con pragmatismo.

Desbloqueó el móvil y vio que tenía tres mensajes de Lukas. La excitación le recorrió las venas y una sonrisa pintó sus labios.

Lukas: Feliz año, Ale. Espero que no estés trabajando demasiado y que puedas irte pronto a casa. También espero que este año que entra sea mil veces mejor que el anterior y que todos tus des…

Lukas: Perdona. Se me ha escurrido el dedo y he enviado el mensaje antes de acabarlo. Además, creo que me ha quedado muy ñoño. Pues eso, que feliz año, de mi parte y de parte de Mía. Que te echamos de menos. Te mandamos una foto para que veas que nos acordamos mucho de ti.

Abrió la imagen que acompañaba a los textos.

Lukas estaba sentado en el suelo con la niña sobre su regazo. Mía iba vestida de gala con un vestidito rojo muy cuqui y un lazo también rojo en el pelo. Él, por el contrario, lucía vaqueros desgastados y un jersey blanco muy navideño con un Papá Noel sonriente en el frontal. En la mano derecha tenía un folio en el que se podía leer en grandes letras negras *Feliz Año, Alexia*. El punto de la i era un corazón.

Se emocionó. No pudo evitarlo. Se llevó el móvil al pecho y cerró los ojos que se le habían humedecido.

¿Se podía ser más maravilloso?

No se habían visto desde la comida de Navidad, ya que sus padres habían cerrado el negocio familiar unos días y se habían quedado con la pequeña mientras él trabajaba. Pese a que Lukas no la necesitaba para cuidar a Mía, había intentado quedar con ella en más de una ocasión.

Le había dicho que no.

Necesitaba distancia para estar segura de sus sentimientos. Nunca se había enamorado y no sabía si lo estaba en ese instante. El interés que sentía por él era genuino, pero era consciente de que empezar algo con alguien como Lukas no era sencillo ni podía tomárselo a la ligera. A fin de cuentas, era un chico con unos compromisos y obligaciones que iban mucho más allá de los típicos de una persona de su edad. Lukas iba en pack.

Tenía que estar muy convencida de querer asumir esa responsabilidad.

La comida del día veinticinco en casa de sus padres fue maravillosa. De nuevo, hicieron que se sintiera parte de la familia, tal y como habían hecho la tarde del domingo, como si fuera una más del clan. Por un lado, le resultó conmovedor que la acogieran de ese modo y le agradó. Sin embargo, otra parte de ella se sintió intimidada. Era una familia tan perfecta y cariñosa que no sabía si, en caso de tener una relación con Lukas, iba a estar a la altura. Estaba acostumbrada a la soledad, a no compartir sus pensamientos con nadie, a ser muy independiente y a necesitar mucho espacio.

Los Alba eran lo opuesto.

Y también venían en el pack de Lukas, eso era obvio.

Admitía que él le gustaba. Le gustaba mucho, pero no estaba segura de poder aclimatarse a su entorno. Por eso el distanciamiento de esos días.

Volvió a releer los mensajes y a mirar la foto.

Ella también los echaba de menos, tanto al padre como a la hija.

Era tarde, pero él se había conectado hacía poco, así que no vaciló y respondió a sus mensajes.

Alexia: Feliz año a vosotros también. Gracias por pensar en mí. Yo también os echo de menos. Mía está preciosa en la foto.

Le dio a enviar.

La respuesta llegó mucho antes de lo que había previsto.

Lukas: Y yo? Yo no estoy precioso?

Se rio.

—Ale, dos minutos para salir.

La voz de Lore al otro lado de la puerta la sobresaltó.

—Voy.

Alexia: Tú estás pasable XD

Tecleó con rapidez y luego abandonó el baño.

Soraya y Víctor, otro de los gogós, se habían unido al grupo.

—Ya me han dicho que sustituyes a esta petarda —le dijo Soraya con una mueca de conmiseración.

—Hoy por ti y mañana por mí. ¿No dicen eso?

—Es un amor —intervino Tania. Seguía en la misma silla con el pie apoyado en la otra y el hielo sobre el tobillo.

Alexia volvió a dejar el teléfono y el neceser en su taquilla. Apolo y Lore la estaban esperando junto a la puerta.

—¿Lista? —le preguntó esta última.

Era una chica bajita y delgada con el pelo negro y los ojos muy oscuros. Debía de rondar

los veintitrés o veinticuatro años y era indudable que había tomado clases de ballet clásico, por las posturas y movimientos que solía emplear. Tal y como le sucedía a Alexia, le habían recortado el horario cuando acabó el verano.

—Vamos.

Se despidieron de Soraya, Víctor y Tania y abandonaron los vestuarios. La música explotó en sus oídos en cuanto alcanzaron el corredor. El DJ belga lo estaba dando todo pinchando *Faded* de Alan Walker a más revoluciones de lo normal. Apolo abría la marcha, luego iba Lore, y Alexia cerraba la pequeña comitiva. La pista estaba llena de gente con sus mejores galas, que se apretaban unos con otros mientras saltaban y bailaban con sumo entusiasmo. Gracias a la estatura y la privilegiada constitución física de Apolo consiguieron alcanzar la barra sin percances.

De pronto, Alexia notó que alguien le sujetaba la muñeca y se revolvió con energía para soltarse, al tiempo que se giraba para ver quién era el cabrón que se atrevía a ponerle una mano encima.

Lukas.

Un suspiro casi inaudible emergió de su boca al verle ahí, a un metro escaso de distancia. Él la miraba con esa sonrisa suya de hoyuelos por todas partes. Se había cambiado de ropa y ya no lucía el jersey navideño de la foto; llevaba una camisa oscura abierta en el cuello.

Las luces giratorias del techo convertían su rostro en un mar de luces y sombras y hacían que sus ojos claros destacaran como piedras preciosas.

Estaba arrebatador.

¿Qué hacía allí? No le había dicho que tuviera entradas para la fiesta.

—¡Hola! —le dijo él, acercándose mucho a ella para poder hablarle al oído.

Se estremeció al sentir su cuerpo pegado al suyo. Aspiró con fruición. Olía muy bien. A suavizante de la ropa. Le encantaba que no usara perfumes intensos. Siempre olía a gel de ducha o a champú. O como mucho, a colonia de bebé.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —gritó ella.

—¿Tú qué crees? Es Fin de Año y esto es una fiesta. Bebo y bailo.

Se sintió muy tonta. Estaba segura de que sus mejillas habían enrojecido. Gracias al cielo, la luz era bastante escasa.

—No sabía que ibas a venir.

—¡Sorpresa!

No pudo evitar que una sonrisa se deslizara en sus labios al verle alzar los brazos en el aire como si fuera un regalo. Sus ojos claros centelleaban entusiasmados.

—¿Te sigo pareciendo pasable o algo más? —continuó él.

Ella no contestó de inmediato y se tomó su tiempo. Por el rabillo del ojo vio que Lore le hacía una seña desde la barra.

—Sigues pasable —le dijo en tono de broma.

—Vaya, qué cruel. Y yo que me he arreglado solo para ti. ¿Te tomas algo conmigo?

—No puedo. Empiezo un turno ahora mismo. ¿Has venido tú solo?

—Sí. Te espero.

—Pero hasta las cinco no acabo. Y voy a estar agotada —repuso con pesar.

—Entonces con más razón. Así te llevo a casa en coche.

—¡No! No vas a estar tres horas esperando —rechazó con un ademán—. Te vas a aburrir.

—No creo —dijo él muy sonriente.

Sintió una oleada de calor en el pecho. Pese a que le había dicho que no la esperase,

admitía que no le disgustaba que él estuviese allí.

Echó un rápido vistazo a sus compañeros que ya habían comenzado a bailar sobre la barra.

—Me tengo que ir.

Él asintió y le soltó la muñeca. Ella pestañeó estupefacta. Ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía sujeta todo el tiempo, pero cuando él apartó la mano sintió el vacío que dejaba.

No volvió a mirarle. Se encaminó hacia el extremo de la barra en el que habían colocado los peldaños para que pudieran subir los gogós y se situó al lado de Apolo, que le hizo un guiño curioso al tiempo que señalaba con la barbilla hacia el lugar en el que había estado hablando con Lukas.

—¿Novio nuevo? —le preguntó.

—No. Es un amigo.

Barrió el local con los ojos, buscándole, pero no le encontró, aunque era difícil con toda la gente que se agolpaba en la pista. Coordinó sus pies, tratando de seguir el ritmo, aunque estaba distraída.

—Parece más que un amigo. Lo de Borja se acabó, entonces.

—Eso ni siquiera empezó —masculló mientras seguía escudriñando al gentío. ¿Dónde había ido Lukas?

—Pues él va contando por ahí que eres su chica.

Soltó un lamento frustrado. Borja era desesperante.

—Claro. Sus ganas —murmuró.

—Te vas a partir el cuello si sigues alargándolo así. Tu chico se ha ido a la otra barra. Te está mirando desde allí. Aunque mirar es un verbo que se queda corto.

Alexia giró la cara con brusquedad.

Le costó distinguir su cabellera castaña clara entre tanta gente, pero lo logró tras unos segundos. Sí, allí estaba, con un codo apoyado en la barra. Pese a la distancia y a la falta de luz, era innegable que la estaba mirando con mucho interés. Al percatarse de que ella se había girado en su dirección, alzó el vaso que llevaba en la mano y la saludó.

Intentó contener una sonrisa complacida, pero le resultó imposible. Tener a Lukas tan cerca y saber que solo estaba ahí por ella le resultó excitante, tanto que sus nervios se dispararon, algo que no solía sucederle. Desvió la vista y la extravió al fondo del local mientras seguía el ritmo de la canción. No obstante, podía notar sus ojos fijos en ella. Era como si una extraña energía los mantuviese unidos.

O era simplemente que ella sabía que él estaba allí y eso la descolocaba.

Dejó que su cabellera le cayese sobre la cara y le espió a través de las guedejas. Seguía observándola con aparente admiración y eso le gustó mucho. Siendo bailarina del Go se conseguían muchos admiradores, pero hasta el momento le había importado bien poco tenerlos. Sin embargo, que Lukas la mirase de ese modo le caldeaba el pecho y aceleraba su pulso.

Justo al otro lado de la barra, estaba Borja, sirviendo copas. No pudo evitar establecer una comparativa entre ambos. Una comparativa en la que el camarero salía perdiendo por goleada. Lukas lo tenía todo y Borja no tenía nada. Le parecía inconcebible haberse sentido atraída por semejante personaje. ¿Qué demonios había visto en él?

—No te quita ojo —le dijo Apolo cuando se acercó a ella para bailar pegados—. Es muy mono. Si no lo quieres tú me lo quedo yo.

Ella se rio. Sabía que Apolo era bisexual, pero también sabía el tipo de hombre que le

gustaba porque lo pregonaba a los cuatro vientos. A él le atraían los tíos de cuarenta para arriba, los *papis*, como solía decir.

—Es muy joven para ti.

—Puedo hacer una excepción —repuso y le guiñó un ojo mientras se alejaba a bailar con Lore.

Había transcurrido más de una hora y Lukas seguía en el mismo sitio. No había apartado la mirada ni un instante. Alexia, aunque con más disimulo, también tenía los ojos puestos en su persona. De algún modo, comenzó a sentir que bailaba solo para él. Cada giro, inclinación, oscilación o movimiento de cadera se los dedicaba a él. Cada golpe de melena o ademán con los brazos, cada vuelta o gesto sensual eran para él.

Solo para él.

A pesar de que estaban rodeados de personas, de música estridente, de gritos y de ruido, sus miradas parecían estar vinculadas y todo lo demás se esfumaba y dejaba de tener importancia.

Alexia no podía distinguir el color de sus ojos, pero sabía que eran aguamarina, que podían brillar como piedras preciosas y que desprendían calidez y ternura cada vez que miraban a Mía. Sabía cómo se estrechaban cuando iba a contar alguna broma y también sabía que cuando sonreía le aparecían unas cuantas arruguitas en los extremos.

Quería besarle.

No. Iba a besarle.

La idea se materializó con fuerza en su mente.

Esa noche iban a intercambiar su primer beso.

Lo sabía.

Lo deseaba.

El pensamiento le pintó una sonrisa espléndida en la boca.

Lukas también sonreía.

El estómago se le encogió de anticipación.

Después de eso, bailó dándolo todo, entregándose a la música con energía como si no llevara a sus espaldas más de cuatro horas bailando. El tiempo transcurrió deprisa o eso le pareció. Y cuando Soraya, Víctor y Ana llegaron para sustituirlos no los esperaba.

—¿Ya son las cinco?

—Pareces sorprendida. ¿No estás cansada? —le preguntó Apolo.

Estaba agotada y le dolían los pies, pero se sentía llena de energía. Quizá porque en unos minutos iba a estar con Lukas a solas.

Y le iba a besar…

—Un poco —admitió.

Bajaron la escalerita y cuando se cruzó con Soraya, esta le dio un abrazo.

—Tu chico te está esperando —le cuchicheó al oído.

Ni siquiera trató de corregirla. ¿Para qué? Si ella misma ya empezaba a considerar a Lukas como su chico.

Tenía el corazón acelerado y el abdomen lleno de maripositas cuando se abrió paso entre la gente. Pese a lo tarde que era, el local estaba igual de lleno que hacía unas horas. Soraya le había dicho que las noches de Fin de Año siempre eran así. La gente no se iba; se quedaban para ver amanecer en la playa.

Todavía no había llegado a la barra cuando Lukas se interpuso en su camino.

—Eh —la saludó al tiempo que tendía una mano y se la posaba en el hombro.

—Eh.

Por espacio de unos segundos no se dijeron nada más, aunque tampoco era fácil con la música a todo volumen. Se limitaron a mirarse.

Estaba tan guapo. El juego de luces y sombras acentuaba la profundidad del hoyuelo que tenía en el mentón. Y las ganas de echarle los brazos al cuello y besarle se multiplicaron por mil.

Él se inclinó, invadiendo su espacio, y ella asumió que se iba a apoderar de sus labios, pero no fue así.

—¿Quieres que te espere fuera? —le habló al oído.

Sintió su cálido aliento sobre el lóbulo de la oreja, algo que la llevó a estremecerse. Estaba demasiado sensible.

—Sí —aceptó en un hilo de voz mientras asentía.

Se separaron y él le regaló una sonrisa antes de alejarse.

Alexia no perdió el tiempo, solo deseaba largarse de allí cuanto antes. Se abrió camino a empujones hasta que llegó a la parte trasera y al corredor que conducía a los vestuarios.

Abrió la puerta y su asombro fue grande al ver a Borja. Solo los gogós utilizaban esa sala, los camareros no solían aparecer por allí. ¿Había ido a buscarla? Lo último que necesitaba era tener un enfrentamiento con él. Estaba agotada.

Él la miró con una expresión inusual en la cara que ella no supo identificar.

—¿Qué narices haces aquí? —le increpó mientras se dirigía a su taquilla.

—He venido a descansar un momento —dijo.

Sonaba nervioso y aquello la intranquilizó, no obstante, fingió ignorarle mientras sacaba sus cosas, aunque era muy consciente de su presencia a su espalda.

La puerta del vestuario se abrió y Apolo y Lore entraron.

—Esta es la sala de los bailarines —masculló el cubano al verle—. ¿Sabes bailar? ¿No? Pues aquí sobras.

Borja no replicó. De unas zancadas y sin mirar a ninguno en particular, se marchó.

—¿Te estaba molestando? —le preguntó Apolo.

—No. Yo acabo de llegar y estaba aquí. Dice que descansando. Me ha parecido muy raro.

—Qué tío más peculiar.

Alexia asintió. Borja se había comportado de un modo extraño.

—¿Ese con el que hablabas antes era tu chico? —inquirió Lore—. Es monísimo.

Sí, Lukas era monísimo. Al cien por cien.

—Dice que es solo un amigo —se burló Apolo.

—Un amigo así quiero yo —murmuró Lore.

—De momento no ha pasado nada —dijo Alexia sonriendo.

—Caerá —pronosticó Apolo—. Hazme caso.

No respondió, pero pensaba lo mismo que él.

Se apresuró a encerrarse en el baño, a limpiarse el maquillaje y a cambiarse de ropa. Ya vestida con sus vaqueros, su polo de manga larga y sus zapatillas abandonó el cuarto y volvió junto a sus compañeros. Apolo se había desnudado y solo llevaba puesto un slip negro muy ajustado. Lore estaba mirando la pantalla de su móvil.

—No trabajo hasta la noche de Reyes —les dijo—. ¿Y vosotros?

—Yo curro mañana —respondió él.

—Yo igual que tú, hasta Reyes nada.

—Pues nos vemos y Feliz Año —les deseó mientras cogía su mochila y su cazadora.

Se despidieron.

Atravesó la discoteca con ansiedad. Admitía que le dolían los pies y que tenía ganas de llegar a casa y tirarse en la cama y no volver a levantarse hasta dentro de una semana, pero el aliciente de ver a Lukas mitigaba la fatiga.

Dijo adiós a los dos porteros que estaban a la salida y que le felicitaron el año. No tuvo que buscar mucho. Lukas estaba a unos cincuenta metros escasos, junto al arenal. Como si hubiese sentido que ella estaba ahí, se dio la vuelta cuando se acercaba.

La temperatura descendía mucho durante la noche y, al lado del mar, la humedad era intensa y provocaba que el frío se le colara a uno hasta los huesos. Alexia se abrochó la chaqueta hasta el cuello. Lukas llevaba un abrigo de paño de color negro, sin abotonar.

—¿No tienes frío? —le preguntó al llegar a su lado.

—No mucho.

—Yo estoy helada.

Él la tomó de la mano y tiró de ella.

—Ven. Vamos a darnos prisa. Tengo el coche cerca.

Alexia le siguió sin protestar con la maravillosa sensación de su mano caliente en la suya.

No hablaron mientras caminaban deprisa hasta su vehículo. Tal y como había dicho, estaba muy cerca, al doblar la esquina.

—Has tenido potra encontrando un sitio aquí en una noche como esta.

—Yo tampoco podía creerlo —dijo.

Se instalaron dentro del coche y él puso la calefacción a tope. Ella no tardó en entrar en calor.

—¿Muy cansada?

—Exhausta. He tenido que hacer también el turno de una compañera que se había torcido el tobillo. Solo quiero irme a casa y dormir veinticuatro horas seguidas.

—Entonces ha sido una idea fantástica venir a buscarte, ¿no? Y llevarte a casa.

Ella giró la cara para mirarle. Estaba sonriendo. Había puesto el coche en marcha y giraba el volante para sacarlo del hueco.

—Admito que es mil veces mejor que tener que esperar en la calle a un taxi. Con la de gente bebida que hay por la zona no dan abasto y tardan un montón en llegar —confesó en voz baja—. ¿Por qué has venido al Go? Creía que ibas a quedarte en casa de tus padres, tranquilo.

—Te echaba de menos.

Alexia bajó los párpados mientras sentía cómo el calor la invadía. Un calor que no tenía nada que ver con la calefacción. Las ganas de besarle volvieron a apoderarse de ella y le miró de reojo. Seguía sonriendo.

Apenas se tardaban diez minutos hasta su apartamento en coche, pero dado que no hablaron, el tiempo se le hizo eterno. Él no había encendido la radio y un silencio pesado los envolvió. La última frase que él le había dicho resonaba en sus oídos todo el rato.

Te echaba de menos.

Cuatro palabras nada más, pero con un significado muy profundo. ¿Cuánto tiempo hacía que alguien la había echado de menos? ¿O que se había alegrado de verla?

Años.

Quizá ya había llegado el momento de dejar de estar sola. Quizá había llegado el momento de querer a alguien y de dejar que la quisieran.

Él detuvo el coche frente a su urbanización y paró el motor. Se quitó el cinturón de seguridad y se giró en el asiento. Ella le miró, hundiéndose en sus ojos claros. En ellos pudo leer que estaba experimentando el mismo anhelo que ella sentía. Se le atascó el aliento en la garganta.

—Ale, quiero besarte —susurró él.

Ella no vaciló. De un único movimiento, liberó su cinturón y se acercó. Lo último que vio antes de cerrar los ojos y colgarse de su boca fue su expresión sorprendida.

Se besaron.

Con suavidad al principio, tentativamente, como si ambos estuvieran probando las preferencias del otro. Hubo unos cuantos roces de labios, caricias ligeras que terminaron haciéndose más profundas una vez que acompasaron sus movimientos.

Besar era como danzar. Había que adecuarse al ritmo y a la velocidad de la pareja para no perderse. Había que complementarse y coordinarse para que el baile saliera perfecto. Y la danza que ambos ejecutaban estaba resultando maravillosa.

Sus lenguas se encontraron y una descarga eléctrica recorrió la espalda de Alexia.

Lukas sabía besar.

Al menos sabía hacerlo como a ella le gustaba: con calma y paciencia, tomándose su tiempo para explorar. Sin prisas.

Sus manos también llegaron para unirse a esa coreografía. Las de ella se enroscaron en torno a su cuello y las de él se posaron sobre su talle. Sus torsos colisionaron al tiempo que sus bocas se devoraban con ansia.

El beso se alargó y los llevó lejos de allí.

Muy lejos.

Alexia había besado a muchos chicos. Algunos inexpertos, otros muy experimentados. Sin embargo, besar a Lukas estaba resultando fascinante. Quizá porque había muchos sentimientos implícitos en aquella caricia.

Porque no se trataba solo de un beso.

Una eternidad después, él se apartó y jadeó.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que no beso a nadie? —murmuró.

Ella negó con la cabeza y apoyó la frente en la suya. Sus agitadas respiraciones se mezclaron.

—Más de un año —confesó en voz muy baja mientras una de sus manos se deslizaba por la cara externa de su torso y su cuello hasta alcanzar su mejilla. Le acunó la cara.

Alexia se estremeció.

—Creo que tenemos que parar —continuó él con pesar.

Ella se echó hacia atrás, confusa. Le contempló con incredulidad.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Pasa que hace mucho tiempo que no estoy en una situación semejante. En realidad, desde que nació Mía… —se interrumpió. Parecía avergonzado—. No, desde hace más tiempo. No he tenido ningún tipo de contacto físico tan íntimo con nadie y… —volvió a detenerse y bajó la vista a su regazo—. Estoy…

—¡Oh! —musitó ella al darse cuenta de lo que sucedía.

—Me gustas demasiado —concluyó él. Se giró y apoyó las manos en el volante mientras cerraba los ojos—. No quiero estropearlo. Quiero ir despacio.

Ella guardó silencio y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Se quitó la goma que llevaba en la muñeca y se hizo una coleta baja, intentando ganar tiempo. Lukas no era el único que estaba desbordado por la situación.

—Tú también me gustas —admitió.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¿Tanto como me gustas tú a mí?

—Es probable —dijo con un conato de sonrisa.

—Pues habrá que hacer algo.

—Sí.

Conversaban en murmullos, sin mirarse. Alexia notaba que su corazón iba a mil por hora y estaba segura de que a él le sucedía lo mismo. La tensión los había invadido a los dos. Solo hacía falta una mínima chispa para que todo estallara.

—¿Cuándo te vuelvo a ver?

—Pasado mañana me quedo con Mía, ¿no?

—No me refería a eso.

—Lo sé.

Lukas se rio bajito.

Alexia también.

—Me voy —dijo antes de poder arrepentirse—. Que duermas bien…

Por fin, él giró la cabeza en su dirección y ella recibió el impacto de sus hoyuelos. Tenía ganas de abrazarle y volver a besarle, pero no era ni el momento ni el lugar más adecuado.

—Feliz Año, Ale —comentó con suavidad.

—Feliz Año a ti también.

Después de eso, abrió la portezuela y descendió del vehículo. Echó a andar hacia su casa con paso enérgico. Todo el cansancio que había experimentado con anterioridad había desaparecido y se notaba llena de vitalidad, como en una nube.

Efervescente. Así se sentía.

Se volvió antes de abrir la puerta y agitó el brazo para despedirse de él. La luz interior del coche estaba encendida y pudo ver que él alzaba la mano y le regalaba una hermosa sonrisa.

Y, de nuevo, las mariposas que habitaban dentro de su abdomen revolotearon con júbilo.

Capítulo 19

Lukas

Hacía media hora que había llegado a casa y todavía no había tenido valor para hablar con Alexia sobre el beso que intercambiaron la madrugada de Año Nuevo. Ni siquiera sabía si había sido tan especial para ella como lo fue para él.

Para él fue increíble. Cada vez que lo recordaba, volvía a excitarse.

Vergonzoso.

Más de un año sin tener ningún tipo de contacto físico con nadie le había pasado factura. La última persona fue Eva y su partida le dejó muy tocado. A eso le podía sumar que el trabajo y la crianza de Mía le tenían ocupado y exhausto. En lo último en lo que pensaba era en chicas. Incluso la frecuencia con la que se masturbaba había descendido bajo mínimos. Que un simple beso hubiera provocado esa reacción en él ni siquiera le sorprendía demasiado.

Y no un beso de cualquiera, un beso de Alexia.

De la chica que estaba empezando a convertirse en el centro de su mundo y que le tenía encandilado.

Y Alexia sabía besar. Eso era incuestionable. Tenía una boca increíble, de labios suaves y carnosos. Le gustó que ella tomara la iniciativa del beso y que se entregara con esa vehemencia, poniendo el mismo interés y pasión que sentía él.

Fue un beso grandioso.

Lástima que tuviera que interrumpirlo, pero si no lo hubiese hecho, la situación se habría desmadrado y él quería hacer las cosas bien. Por Alexia, por él mismo y por Mía. No quería echar un polvo rápido en un coche. Quería mucho más.

Mía se agitó entre sus brazos, protestando, y poco después, un olor desagradable alcanzó sus fosas nasales.

—¿Ahora te haces caca? Pero si te acabamos de cambiar el pañal —protestó con resignación.

La niña alzó la carita y le regaló una sonrisa feliz.

Él no pudo hacer otra cosa que devolvérsela.

Se habían sentado en el sofá y veían un canal de dibujos animados mientras esperaban a Alexia para poder llevarla a su casa. Estaba en el baño, lavándose la cabeza, porque Mía había decidido que su merienda no le gustaba demasiado y había vomitado encima del pelo de su niñera.

Lukas se puso de pie y aguzó el oído. El agua de la ducha seguía sonando, así que desechó la idea de ir al baño a buscar un pañal. Alargó la mano y cogió la mochila de Alexia que estaba en el otro extremo del sofá; siempre llevaba pañales de recambio y toallitas. Tumbó a su hija en el sofá y le quitó el pelele de cuadros que llevaba. La niña elevó las piernas en el aire y las agitó con alegría, esparciendo el asqueroso olor por todas partes.

—¿Cómo puedes ser tan bonita y tener una caca tan maloliente?

Un gracioso gorjeo fue la respuesta.

Metió la mano en la mochila, pero solo había libros, un cuaderno y un neceser. Probó en otro de los bolsillos y encontró un pañal. Mientras sujetaba a Mía con una mano para que no resbalara del sofá, palpó los demás compartimentos buscando las toallitas hasta que, en la parte

trasera, encontró una bolsa de plástico. La sacó.

En un primer momento no supo muy bien lo que tenía en la mano porque su cerebro tardó en reaccionar.

Mía pataleaba ansiosa, pero él se había quedado paralizado y miraba la bolsa transparente con los ojos muy abiertos y la respiración acelerada.

Lukas nunca había sido consumidor de drogas, solo en alguna ocasión se había fumado un porro con amigos, pero no era imbécil y tenía conocidos que se metían mucha mierda, así que no era la primera vez que veía ese tipo de pastillas. Era éxtasis. O eme, como se las conocía más comúnmente. Eso era lo que tenía frente a sus ojos: una bolsa en la que debía de haber unas quinientas pastillas azules. Era obvio que tal cantidad no era para consumo propio, sino para traficar.

Y esa bolsa estaba en la mochila de Alexia, junto a los pañales de su hija.

Mía soltó un gritito que le hizo reaccionar. Con una sangre fría que no sabía que poseía, dejó la bolsa sobre la mesa del salón y buscó las toallitas en la mochila hasta que las encontró. La sangre iba a toda velocidad por sus venas y un zumbido potente se había alojado en sus oídos, pero le cambió el pañal a su hija con eficiencia y rapidez.

Una vez hubo terminado, la depositó en el parquecito y le dio uno de sus cuentos de tela favoritos. Después se dirigió a la mesa y clavó la vista en la bolsa de pastillas. Tenía el estómago encogido por una sensación, mezcla de incredulidad, decepción y enfado.

No podía creer que Alexia estuviera trapicheando. Con una mierda tan adictiva y peligrosa como esa, éxtasis. No podía. Era algo que jamás se le hubiese pasado por la cabeza.

¿Alexia traficando?

No podía ser.

Una vena había comenzado a latirle con vigor en la sien y notaba una ligera capa de sudor cubriendo su frente.

¿Solo traficaba o ella misma las consumía? Y si era así, ¿lo hacía a diario mientras estaba con Mía?

Aquellos pensamientos le hicieron apretar la mandíbula, lleno de furia.

¿Alexia se metía mierda mientras estaba con su hija?

Un gruñido gutural emergió de su garganta.

No podía creer que esas pastillas fueran de Alexia. No quería. Sin embargo, ahí estaba la prueba. Las había encontrado en su mochila.

¿Y si no consumía y solo se dedicaba a venderlas?

Aquello no mejoraba en nada la situación.

¿Una traficante a cargo de su hija?

Se dejó caer en el sofá, apoyó los codos en las rodillas y hundió la cara en las manos.

No tenía sentido. Alexia no era ese tipo de persona. No lo era. ¿O sí? ¿Realmente la conocía? ¿Tan mal la había juzgado? Casi desde el primer instante la había catalogado como una chica seria, responsable y muy madura para su edad, que quería progresar en la vida y trabajaba duro para pagarse los estudios. No encajaba en el perfil de alguien que trapicheaba con eme. Pero trabajaba en el Go. En la mayor parte de los locales de ocio nocturno se pasaba droga. Él mismo había sido testigo de cómo se vendía en los baños.

¿Pero Alexia?

Quizá lo hacía porque andaba corta de dinero.

Como le había contado, su adolescencia no fue un camino de rosas. A lo mejor se había visto obligada a meterse en ese mundo para sobrevivir. Era posible, pero para él no había

justificación alguna. Y mucho menos, si pensaba en su hija. Por mucha pena que le diera su situación personal, no podía consentir que su hija estuviera cerca de alguien que tuviese contacto con esa mierda. De ninguna manera. Podía suceder cualquier cosa —no porque Alexia fuese a hacerle daño a la niña, de eso estaba seguro—, pero ese mundo estaba lleno de gentuza. Y ¿si algún comprador se ponía difícil e iba a buscarla y ella estaba con la niña?

Era un riesgo que no podía correr.

Se puso de pie como impulsado por un resorte y echó un vistazo a Mía; estaba distraída pasando las páginas de su libro y apretándolas para que emitieran diferentes sonidos. A Lukas le costó arrancar la mirada de su cabecita rubia, pero lo hizo y se enfocó en la mesa, en la maldita bolsa de pastillas azules.

Una profunda desazón le embargó.

Admitía que tenía muchos sentimientos por Alexia. No había querido ponerles nombre porque lo que había comenzado a crecer entre ellos se hallaba en un estadio muy temprano. A fin de cuentas, solo habían intercambiado un beso.

Solo un beso.

Cerró los ojos mientras lo recordaba y un sabor amargo le inundó la boca.

Escuchó el sonido de la puerta del baño y se le encogió el corazón.

Poco después, ella apareció en la sala. Llevaba el pelo húmedo goteando sobre sus hombros.

—Gracias por prestarme tu ducha —le dijo muy sonriente—. No sabía que una niña tan pequeña pudiera vomitar tanta cantidad de comida —continuó en tono de broma.

Lukas se limitó a observarla de arriba abajo. Su aspecto era tan inocente… Parecía una cría con los vaqueros ajustados, las deportivas y esa camiseta roja con la cara de Minnie Mouse en la pechera. Esa no era la apariencia de alguien que pasase drogas.

Tenía el pulso acelerado y una tristeza enorme le oprimía por dentro, pero ya no había marcha atrás.

—¿Pasa algo? —le preguntó ella con las cejas arqueadas, como si se hubiera dado cuenta de que su comportamiento no era el de siempre.

—¿Qué es eso, Alexia? —le preguntó en voz muy baja, haciendo un gesto hacia la mesa.

Ella se acercó con el ceño fruncido y posó la mirada sobre la bolsa. Él estaba muy pendiente de sus reacciones y pudo leer una miríada de diferentes expresiones en su rostro. Extrañeza al principio que se convirtió en sorpresa, luego pasó al horror y, finalmente, llegó la aceptación.

—Es eme —murmuró sin alzar la vista.

—Ya sé que es eme. Estaba en tu mochila.

Ella no emitió ningún sonido. Su cara estaba pálida y apretaba los puños a los lados de los muslos.

—¿No dices nada? —la increpó.

—¿Qué quieres que diga? —dijo con derrotismo. Seguía con la mirada baja.

—¿Es tuya? —inquirió con sequedad.

Necesitaba que ella dijera que no. Que lo negase. Que se mostrara indignada y le contara alguna excusa plausible que alejase la culpa de su persona, pero no hubo nada de eso, solo un silencio sepulcral.

¿No iba a defenderse?

El pequeño conato de esperanza que había guardado en su interior desapareció.

—No lo entiendo. Llevas éxtasis en la mochila, al lado de los pañales de Mía.

¿Consumes? ¿Consumes cuando estás con mi hija? —Notó que se le quebraba la voz y tuvo que carraspear.

Alexia elevó la barbilla y el enfado asomó a sus iris castaños.

—No tomo drogas —rechazó con severidad.

La creyó. Lo hizo.

—Entonces la pasas —continuó con un suspiro.

De nuevo solo un mutismo grave que pareció llenar la estancia. Solo se escuchaban las voces de los dibujos animados de la televisión.

—Estoy muy decepcionado —habló en tono calmado. Tenía ganas de gritar, pero no lo hizo. No quería asustar a Mía—. Pensaba que eras otro tipo de persona. Me había hecho a la idea de que eras buena gente. Empezamos con mal pie y con algunas mentiras, pero creía que eso ya se había solucionado. —Hizo una pausa y se alborotó el cabello con nerviosismo—. Me gustaría poder decirte que estoy muy cabreado, y lo estoy, pero si te soy sincero, siento más tristeza y disgusto que enfado. Joder, Ale, sabes que hace tiempo que me interesas, que me importas mucho, pero esto… —se interrumpió y volvió a señalar las pastillas—. Has metido éxtasis en mi casa. Tengo un bebé. No entiendo cómo has podido hacerlo. Creía que Mía era importante para ti.

—Es muy importante para mí —masculló casi sin voz.

—¿En serio? Pues no lo parece. ¿No te has parado a pensar que alguien que sepa que llevas eso en tu mochila te puede asaltar mientras estás con la niña? ¿O presentarse aquí para pillar? Has puesto en peligro a Mía y eso es imperdonable.

—Lo es —admitió ella al cabo de un rato. Seguía sin mirarle. Tenía la espalda rígida y los hombros en tensión.

Él echó a andar de un lado a otro del salón con pasos desordenados hasta que se detuvo al lado del parque. Mía le miró con sus enormes ojos azules muy abiertos. El amor que sentía por su hija le inundó y le llenó de un modo casi doloroso. No había nada ni nadie en el mundo más importante que Mía.

Nada ni nadie.

Se giró con decisión y volvió a mirarla. Ella permanecía estática en el mismo lugar. No se había movido ni un milímetro.

—¿No vas a decir nada para justificarte?

—No puedo decir nada porque tienes razón —musitó—. Es injustificable. He comprometido a Mía.

—¿Lo admites? —preguntó con fatiga.

—Es que es así.

Aguardó, esperando a que ella siguiese hablando, pero no lo hizo.

—No lo entiendo, Alexia. ¿Por qué lo has hecho? Pensé que Mía te importaba. Pensé que yo… que nosotros… —se detuvo con brusquedad. Le dolía el pecho. La decepción era enorme —. ¿Es por la pasta? ¿Tan necesitada estás?

De nuevo, no hubo respuesta.

Meneó la cabeza con frustración. ¿Acaso Alexia no ganaba suficiente entre el curro en el Go y su trabajo como niñera? Si tenía tantas dificultades podía haber acudido a él. La hubiese ayudado, pero pasar mierda…

No lo comprendía.

Volvió a tomar asiento en el sofá y su vista recaló de nuevo sobre las pastillas.

—¿No vas a decir absolutamente nada? —Lo intentó una última vez. Le dolía en el alma

que ella no quisiera hablar con él, que toda esa confianza que habían construido en las últimas semanas hubiese desaparecido—. ¿Nada?

Aguardó unos segundos mientras la veía apretar los labios. Seguía estando sumamente pálida.

Mía empezó a protestar porque se había cansado del parquecito y quería que la sacaran de allí. Él se incorporó y fue hacia ella. Se inclinó y la cogió en brazos. La niña le echó los bracitos a Alexia y aquello le partió el corazón. Sabía el inmenso cariño que su hija le profesaba a su niñera.

Alexia pareció reaccionar por fin. Levantó la vista y miró a la niña con angustia. Hasta el momento había mostrado una contención admirable, rayana en la indiferencia, pero, de pronto, al contemplar a Mía, su expresión se nubló.

Lukas estuvo a punto de tendérsela, pero tragó saliva y se mantuvo firme.

—Creo que será mejor que pongamos fin a nuestra relación… laboral —articuló.

Nada más decir eso, se metió la mano en el bolsillo trasero y se sacó la cartera. Depositó unos billetes sobre la mesa. Era el sueldo de ese día.

Mía empezó a lloriquear en vista de que su padre no iba a soltarla y él se dio la vuelta, acercándose al balcón para distraerla.

Poco después, escuchó unos ruidos a su espalda que le indicaron que Alexia había comenzado a recoger sus cosas. Cerró los ojos cuando notó que comenzaban a arderle. Había logrado no perder los papeles y dominarse frente a ella, pero estaba muy afectado. Mía no era la única que iba a echarla de menos. Después de lo que pasó con Eva, no pensó que pudiera sentirse atraído por otra persona en mucho tiempo, pero entonces llegó ella con su forma de ser tan directa y desenvuelta y su enorme afecto por su hija, y le convenció de lo contrario. Creyó que podía volver a enamorarse y rehacer su vida, de algún modo.

Qué equivocado estaba.

Al menos, se había dado cuenta a tiempo, antes de que las cosas hubieran ido a más.

Estuvo tentado de darse la vuelta y pedirle explicaciones otra vez. ¿Por qué demonios no había reaccionado ni había dicho nada? ¿Por qué no se había defendido? Quizá había malinterpretado algo. Quizá solo le estuviera haciendo un favor a un amigo y las pastillas no fuesen suyas. Quizá había una explicación.

Suspiró frustrado. Autoengañarse tampoco era una buena opción.

Apretó a Mía contra su pecho que seguía lloriqueando. Él mismo tenía ganas de llorar.

Finalmente, no se giró. Se irguió estoico con la vista fija en el exterior. Las luces parpadeantes del árbol de Navidad que solo hacía una semana habían montado juntos, se reflejaban en el cristal. Unos segundos más tarde, se escuchó el sonido de la puerta de la calle que se cerraba.

Ni siquiera se había despedido.

Soltó el aire que había contenido en los pulmones y se volvió. El salón estaba vacío. Todos los vestigios de su presencia habían desaparecido. No estaba el dinero, ni la mochila, ni su chaqueta, ni la bolsa de pastillas.

Mía empezó a llorar al descubrir que su niñera no estaba.

—No llores, rubita. Papá te quiere mucho.

Ella siguió sollozando. Enormes lagrimones resbalaban por sus mejillas sonrosadas.

Lukas la abrazó con fuerza y comenzó a tararear una canción que solía calmarla. Él mismo se encontraba descolocado y tenía ganas de gritar, pero mantuvo la serenidad y paseó por la habitación con la niña en brazos hasta que consiguió que se tranquilizase.

Alexia se había ido y, de pronto, el piso parecía más vacío.

Todavía no podía creerse cómo habían acabado las cosas. Solo hacía media hora se estaba planteando cómo hablarle del beso y cómo podía confesarle lo que sentía por ella. Y ahora estaba solo y era probable que no volviese a verla nunca más.

Tardó en darse cuenta de que Mía ya no lloraba. Bajó la vista y vio que había cerrado los ojos y se había dormido. Tenía la carita húmeda, llena de lágrimas y mocos. Le dio un ligero beso en la frente. Luego enterró la cara en su cuello y aspiró hondo. Su aroma de bebé le envolvió. Era un aroma que adoraba, placentero y tranquilizador.

—Vamos a estar bien, Mía. Ya lo verás —susurró.

Pero a su tono le faltaba convicción.

Capítulo 20

Alexia

Estaba tiritando. Le tiritaban las manos, las piernas y el cuerpo entero. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de llegar hasta la parada del autobús y subirse al vehículo que llegó poco después. Había repasado toda la cronología de los Austrias y de los Borbones. No sabía por qué no le querían acudir otras fechas a la cabeza, solo esas, así que las repitió varias veces hasta que consiguió alcanzar un mínimo de cordura.

Se había sentado al fondo, con las piernas muy juntas y la mochila en el regazo. Sus manos reposaban sobre el compartimento en el que había guardado la bolsa con las pastillas. Podía sentirlas bajo sus palmas y las ganas de estrujarlas y destruirlas le provocaban un hormigueo desagradable en los dedos.

Rechinó los dientes con ira.

Había decidido hacer a un lado la tristeza y la angustia que le había provocado la escena en casa de Lukas y centrarse única y exclusivamente en la indignación que sentía.

¡Maldito Borja!

Porque sí. Porque sabía que el culpable de todo era el camarero.

Por eso había estado merodeando por los vestuarios de los gogós la noche de Fin de Año. Era obvio lo que había ido a hacer allí: esconder su alijo en un lugar donde nadie lo fuera a buscar, un lugar del que pudiese recuperarlo sin problemas más adelante. Y estaba claro por qué lo había hecho. Desde hacía días, se rumoreaba que iba a haber redada en el Go.

¡El muy cabrón!

Ella sabía que en el Go se consumía, incluso algunos de los empleados lo hacían. A Borja no le había visto nunca hacerlo, aunque a veces estaba excesivamente espitoso e hiperactivo, pero le sorprendía que también trapicheara.

¡Dios! ¿Por qué demonios se había liado con ese personaje?

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y se llamó tonta en silencio mientras cerraba los ojos y apoyaba la cara en la ventana. El cristal estaba frío y la sensación sobre su mejilla la espabiló. Clavó la mirada en el exterior y se dio cuenta de que la zona por la que pasaban estaba iluminada por las luces navideñas. Había mucha gente por la calle, sin duda, haciendo compras para el día de Reyes.

Ella también le había comprado un regalo a Mía.

Sintió que se le humedecían los ojos y tragó saliva con fuerza.

Ahuyentó aquel triste pensamiento y se sacó el móvil del bolsillo. Tenía que arreglar esa mierda de situación cuanto antes.

Le llamó.

No tuvo que esperar mucho a que él aceptase la llamada.

—¿Qué pasa, nena?

Sonaba tan despreocupado y alegre que sintió ganas de arrojar el teléfono muy lejos.

—Tengo algo que es tuyo —escupió con desdén.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Era evidente que le había cogido desprevenido. Quizá pensó que podría recuperar la bolsa de las pastillas antes de que ella se percatara de que las tenía en su mochila.

Imbécil.

—Estoy en el gimnasio en La Nucía. Te llamo cuando acabe mis series —masculló, malhumorado.

—Como tú veas. —Miró la hora en el móvil y calculó los tiempos—. Te doy treinta minutos para venir a buscar tu regalito o lo tiro por el retrete.

—Joder, nena…

—Que no soporto que me llames nena —repuso en voz muy baja—. En media hora te veo en la cafetería que hay al lado de mi casa. Si no vienes, es cosa tuya.

Colgó sin darle tiempo a replicar.

Se le había acabado la paciencia. Había tenido demasiada con Borja y las cosas se habían desmadrado. Había llegado el momento de poner punto final a esa situación.

Llamó a Soraya.

—Hola, bonita, ¿qué tal?

La entusiasta voz de su amiga le caldeó el corazón.

—Mal —confesó sin rodeos.

—¿Qué ha pasado?

En pocas palabras la puso al tanto de todo.

—He quedado con él en Los Jazmines en un rato —concluyó.

—Dejo a los niños con mi vecina y voy para allá.

—No. De verdad. No va a pasar nada. He quedado en un sitio público. Borja es un mierda que no se va a atrever a hacerme nada por la cuenta que le trae. Además, tengo un plan.

—¿Qué plan?

—Es una chorrada, pero se me acaba de ocurrir. Ya te contaré.

—Menudo hijo de puta. Ya te dije que no era trigo limpio.

—Pues sí.

Transcurrieron unos segundos en los que ninguna dijo nada.

—Ale, ¿estás bien? —La preocupación resonaba en su voz—. Me sabe fatal lo de Lukas. Sé que le tienes mucho cariño a él y a Mía. Debes de estar muy jodida.

Alexia bajó los párpados al notar que le ardían de nuevo.

—Estoy destrozada —musitó—. Pero me niego a pensar en ello. Ya me derrumbaré cuando haya solucionado lo de Borja. Ahora, tengo que pensar con frialdad para no cometer ningún error.

—Me preocupas. Creo que lo mejor sería que fuese yo también.

—No —rechazó con energía—. Déjame a mí y luego te cuento.

Se oyeron unos gritos al otro lado de la línea. Eran los hijos de Soraya discutiendo.

—Estos niños me vuelven loca —dijo con exasperación—. ¿Quieres que hable yo con Lukas y se lo explique?

—¡No! —volvió a exclamar—. Esto es cosa mía.

—Es que me parece tan injusto. Que pagues tú por algo que no has hecho.

—Si las pastillas han entrado en su casa es por mi culpa, por mi falta de juicio al liarme con un indeseable.

—Pero…

—Déjalo, Soraya —replicó, fatigada—. He llegado a mi parada. En cuanto acabe con el imbécil este, te llamo.

—Vale.

Se despidieron y Alexia se encaminó hacia la puerta. Bajó del autobús y echó a andar. No

iba a tardar demasiado en llegar a la cafetería, pero estaba tan agitada que sus pies volaron sobre el asfalto.

Era curioso, pero saber que llevaba las pastillas en la mochila hacía que se sintiera especialmente nerviosa. Podía notar la bolsa como si pesase quinientas toneladas, aunque anteriormente le había pasado desapercibida. Le parecía ver gente siniestra y peligrosa por todas partes, en cada calle, cada coche y detrás de cada árbol. Una señora con un carrito de bebé que salió de un portal le pegó un susto de muerte. No entendía cómo los camellos podían sobrevivir sin morirse de un ataque de ansiedad.

Cuando se acercaba a la cafetería pudo vislumbrar, a través de los ventanales, que varias de las mesas estaban ocupadas, pero había una libre al fondo que estaba bien situada para esperar a Borja, apartada de las demás, pero no demasiado. Perfecta.

Saludó a Miguel, el dueño, que estaba detrás de la barra. Se conocían bien porque desayunaba allí de vez en cuando y siempre hablaban.

—Hola, bonita —le dijo muy sonriente—. ¿Qué te pongo?

Era un señor mayor que podría haber sido su abuelo. Siempre la trataba con un cariño infinito. Ella pensaba que le recordaba a su nieta, de la que siempre estaba hablando.

—Una Coca-Cola.

—Siéntate donde quieras, que yo te la llevo.

Lo hizo. Su mirada recaló en los ocupantes de las otras mesas. En una de ellas, se sentaba una pareja muy acaramelada. En otra, una madre con dos niños, y en la última, tres chicos adolescentes.

Miró la hora. Eran las ocho y media. Faltaban poco para que se cumpliera el ultimátum que le había dado a Borja. Intuía que sería puntual.

Le dio las gracias a Miguel cuando le trajo su bebida.

—¿Qué tal las clases?

—Muy bien. Muy contenta.

—Mi nieta ha encontrado trabajo —anunció con orgullo.

—Oh, ¡genial! Me alegro muchísimo.

Lucía era una muchacha joven que había terminado el Grado de Turismo el año anterior y no había tenido mucha suerte hasta el momento.

—No le pagan mucho, es en un hotel pequeño en el Rincón de Loix, pero como yo le digo siempre a su madre, lo importante es meterse dentro. Luego ya le pagarán más.

—Claro.

Miguel le lanzó una nueva sonrisa antes de regresar a la barra.

Ella le dio un trago a su refresco mientras trasteaba con el móvil. La mala suerte la llevó a acceder a la galería de imágenes y las últimas fotos se mostraron ante sus ojos. Fotos de Mía y de Lukas y de toda la familia Alba, de la comida de Navidad. Un fuerte pinchazo en el pecho fue su recompensa. Con sensación de desmayo, se apresuró a salir de allí y entró en las otras aplicaciones hasta que encontró lo que buscaba.

Por el rabillo del ojo, a través de la ventana, vio un coche que se acercaba a toda velocidad. Lo reconoció de inmediato; era el Jeep rojo de Borja, tan llamativo como él mismo. Casi sin querer, lo comparó con el viejo Ford Fiesta de Lukas. Estaba claro cuál de los dos tenía más carencias como persona.

Borja estacionó delante de la cafetería y se bajó, cerrando la portezuela con mucha fuerza, prueba palpable de su cabreo.

Debía de haber volado sobre el asfalto para llegar allí tan rápido.

Ella se apresuró a activar la grabadora de voz del móvil y lo dejó bocabajo sobre la mesa. Los latidos de su corazón se habían disparado y se forzó a tranquilizarse.

Miguel saludó al recién llegado con una sonrisa, pero al ver su cara de pocos amigos, su rostro se tornó serio. Se dirigió a él con tono neutro.

—Buenas tardes, ¿qué le pongo?

—Una caña —ordenó Borja sin mirarle con prepotencia.

Se dirigió a la mesa donde ella le esperaba. Vestía un pantalón de chándal negro y un polo blanco de manga larga muy ajustado que marcaba todos y cada uno de sus músculos de un modo casi obsceno. El frío le había endurecido los pezones, pero no usaba chaqueta para que nada pudiese ocultar su trabajado torso. Tenía el pelo húmedo y sus ojos claros despedían destellos de enfado. Llevaba una bolsa de deporte en la mano.

Alexia le regaló una mirada fría.

Se sentó junto a ella y dejó la bolsa en el suelo, justo entre las dos sillas.

—¿Qué pasa? —preguntó con chulería.

—No sé. Tú sabrás lo que pasa —repuso ella entre dientes. Cogió su vaso y bebió con parsimonia.

El dueño del bar llegó con la caña y luego se alejó, lanzándole una mirada de desagrado a Borja.

—¿Tienes eso? —inquirió él. No se molestó en bajar la voz.

—¿No te parece que me debes una puta explicación? —siseó.

—No te pongas así que no es para tanto. Solo necesitaba que me lo guardaras unos días.

Le resultó repugnante su forma de hablar, con tanta desfachatez, pero no podía perder los papeles si lo que quería era tener algo en su contra. Necesitaba que hablara. No le iba a resultar difícil, porque era un bocazas.

—Me lo podías haber preguntado antes, ¿no?

—Surgió —dijo, encogiéndose de hombros—. Me llamó Gino del Factory y me dijo que había estado la policía y que oyó comentarios de que iban a venir al Go. Solo se me ocurrió metértelo en la mochila, por si acaso.

Ella apretó los labios con indignación.

—¿Para que pringase yo?

—A ti ni te hubiesen registrado. Tienes pinta de chica buenecita.

—¿Qué gilipollez es esa?

Él tardó en contestar mientras bebía de su cerveza.

—Yo estoy fichado ya —confesó de mala gana.

—¿Por trapichear?

—Y por otras cosillas —masculló con vaguedad.

¡Menudo fichaje! Y ella había sido tan estúpida de liarse con él. Ni el mejor sexo del mundo compensaba lo idiota que era.

—¿Tienes la bolsa? —volvió a preguntar él con impaciencia.

—¿Solo trapicheas o también te metes?

—A veces me meto. ¿Por qué, nena? ¿Quieres que nos metamos juntos? —Su pregunta llegó acompañada de una sonrisa invitadora.

—Yo no me meto.

—Tú te lo pierdes.

Bajó la vista a la mesa, pero evitó mirar su teléfono.

—¿Qué es? —preguntó al fin.

—Eme.

—Son muchas pastillas.

—Algo más de quinientas. Pero en dos o tres noches han volado. No veas lo que consumen los niñatos que vienen. Son unos viciosos.

—¿Solo pasas en el Go o en más sitios?

—Principalmente en el Go.

—¿Y lo sabe el gerente?

—¿Cómo lo va a saber? —se rio y la miró como si fuera tonta—. Si lo supiese me pondría de patitas en la calle. —Se detuvo y le dio un trago a su caña—. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Me has utilizado —respondió muy indignada—. Lo mínimo que me merezco es una explicación.

—Venga, va, nena —dijo con zalamería—. Te pido disculpas si eso es lo que quieres. Dame ya la bolsa.

Le miró a través de las pestañas. Las ganas de alzar la mano y pegarle una bofetada la invadieron. Era asqueroso.

De pronto, sintió la mano de él sobre su muslo, demasiado cerca de su entrepierna.

—¿Por qué no me das eso y nos vamos a tu casa? —propuso él con tono lascivo.

Ella, sin perder la sangre fría, le agarró los dedos y se los retorció. El soltó un rugido ahogado.

—Como vuelvas a tocarme, te juro que me pongo de pie y empiezo a gritar que me estás acosando —le dijo en voz queda, acercando la cara a la suya—. Seguro que alguien llama a la poli.

Él se apartó con un brillo asesino en la mirada y se echó hacia atrás mientras flexionaba la mano. Era obvio que estaba furioso y que, si hubieran estado solos, su respuesta habría sido otra, pero se limitó a soltar un exabrupto. Vació lo que quedaba de su caña y dejó el vaso en la mesa con un golpe seco.

—Dame mi mierda y me largo.

Alexia le miró con desprecio. Luego, metió la mano en su mochila que tenía en el regazo y sacó la maldita bolsa. Se la tendió por debajo de la mesa. Él la cogió deprisa y la dejó caer en su bolsa de deporte. Luego se puso de pie, cerró la cremallera de la bolsa y la miró. Una mueca de fastidio torcía su boca.

—Te veo en el curro —dijo.

Se dio media vuelta y, de un par de zancadas, llegó a la puerta del local. Salió a la calle y montó en su coche. Un instante después arrancaba y se marchaba.

Solo entonces, cuando ya no había ni rastro de él, Alexia cogió su teléfono y paró la grabación.

No era gran cosa, pero al menos tenía algo contra él. Siempre podía usar la grabación si volvía a propasarse con ella. No creía que le gustase mucho que el gerente del Go supiera a lo que se dedicaba en su local. No solo le despediría, sino que le resultaría imposible encontrar otro trabajo similar por la zona. Benidorm no era muy grande y la gente hablaba. Nadie querría tener a un tipo semejante en su plantilla.

Capullo de mierda.

Llamó a Soraya, tal y como había prometido, y le contó lo sucedido. Su amiga suspiró aliviada al saber que no había pasado nada grave. Intentó convencerla para verse esa noche, pero Alexia se negó. Estaba agotada y solo quería irse a casa. Necesitaba estar sola. Su amiga accedió

a regañadientes y quedaron en hablar al día siguiente.

Se acercó a la barra para pagar su refresco y la caña del impresentable de Borja.

—Bonita —le dijo Miguel con una expresión preocupada en su arrugado rostro—, perdona que me meta donde no me llaman, pero ese chico no parece muy buena persona. Creo que tú te mereces algo mejor. Perdona la confianza, pero ya sabes que te lo digo como se lo diría a mi nieta.

Ella le sonrió al tiempo que asentía. Le alargó un billete de diez euros.

—Lo sé, Miguel. Ya sé yo que es un imbécil. Es solo un compañero de trabajo. No tengo nada con él.

—Me ha dado mala espina en cuanto ha entrado. Muy mala. Y encima se ha ido y te ha tocado pagar a ti.

—No te preocupes —le tranquilizó, cogiendo las vueltas que él le tendía—. Nos vemos mañana cuando venga a tomar café.

—Que tengas buena noche.

Abandonó Los Jazmines y se puso en marcha hacia su piso; estaba a poca distancia, a unos cien metros. Ahora que ya había solventado el problema de Borja, su mente se concentró en el otro problema, el que verdaderamente le importaba.

Lukas.

Se le encogió el pecho y notó una enorme estrechez en la garganta.

Cuando cerró la puerta de su apartamento y se encontró dentro, a solas, dejó que la serenidad que había mostrado hasta el momento se esfumara del todo y se permitió sentirse frágil, vulnerable y triste. Sus piernas cedieron y terminó por sentarse en el suelo, al lado de la entrada. Ni siquiera se había molestado en encender la luz.

Las acusaciones de Lukas volvieron a ella con fuerza. Qué horrible sensación la de tenerle frente a ella y que la mirase de esa forma tan impersonal. Se había acostumbrado a que sus ojos aguamarina la contemplaran con admiración y afecto, y verlos nublados por el desengaño y la decepción fue terrible. Y ni siquiera había elevado la voz, todas sus palabras fueron pronunciadas en voz baja, con aparente calma. Eso le había dolido más todavía. Esa suavidad para decirle cosas que la habían destrozado…

Estoy muy decepcionado. Pensaba que eras otro tipo de persona. Me había hecho a la idea de que eras buena gente. Me gustaría poder decirte que estoy muy cabreado, y lo estoy, pero si te soy sincero, siento más tristeza y disgusto que enfado.

Joder, Ale, sabes que hace tiempo que me interesas, que me había planteado incluso que hubiese algo serio entre nosotros porque me importas, pero esto…

Has metido éxtasis en mi casa. Tengo un bebé. No entiendo cómo has podido hacerlo. Creía que Mía era importante para ti.

Mía.

Ni siquiera había podido darle un abrazo, estrecharla contra su pecho y sentir su cuerpecito pegado al suyo una última vez. Ver su sonrisa tan hermosa, escuchar sus balbuceos y perderse en sus enormes ojos azul celeste. Tampoco pudo aspirar su aroma y sentir sus manitas enredándose en su pelo.

No iba a volver a verla.

La iba a echar mucho de menos.

A los dos.

No solo a la niña.

Notó que la garganta se le encogía y supo que estaba a punto de llorar. No quería hacerlo,

pero se temía que iba a ser imposible evitarlo.

Has puesto en peligro a Mía y eso es imperdonable.

Imperdonable.

Se tapó los oídos como si así pudiera dejar de escuchar las palabras que resonaban potentes dentro de su cabeza.

Lo último que ella quería era poner en peligro a Mía, pero él tenía razón. Daba igual de quién fueran las pastillas, ella era la responsable de que estuvieran allí, en su casa, junto a los pañales de su hija. Por eso no se defendió ni trató de justificarse.

Un sollozo abandonó su boca. Encogió las piernas y apoyó la frente sobre las rodillas.

Desde la noche de Fin de Año había sido tan inmensamente feliz… Pese a lo agotada que estaba al día siguiente le costó dormir porque había soñado con repetir ese beso tan maravilloso. Se había imaginado que las cosas entre ellos iban a alcanzar un nuevo nivel de intimidad, a fin de cuentas, ya habían dado el primer paso. Fantaseó como cuando tenía quince años y se enteró de que Dani, el chico que le gustaba, estaba colado por ella.

Se había sentido como antes de la tragedia que cambió su vida para siempre: eufórica y sin preocupaciones.

Lukas había conseguido que volviera a ilusionarse.

Lukas y Mía.

Y ahora ya no tenía a ninguno de los dos.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la puerta. Tenía ganas de llorar, lo admitía, pero no iba a hacerlo.

No iba a hacerlo.

Ella era mucho más fuerte que todo eso.

Capítulo 21

Lukas

Era la cuarta chica que entrevistaba para ocupar el puesto de niñera y todas le parecían insuficientes. Y no porque lo fueran. Dos de ellas estaban muy capacitadas y tenían unas referencias impresionantes. Y las otras dos, pese a su falta de titulación, tenían mucha experiencia con niños.

Pero ninguna era Alexia.

Lo admitía.

Las comparaciones eran odiosas, pero eso era lo que hacía: comparar.

Ninguna tenía su vitalidad ni su sonrisa afectuosa. Ninguna se mostraba seria en un instante para luego reírse al siguiente con picardía. No poseían esa luz en la mirada que parecía iluminar una habitación entera. Ni sus voces eran profundas y melodiosas, cargadas de matices. No tenían ese discreto encanto oculto tras capas de compostura y aplomo, que solo dejaba entrever de vez en cuando. Ni inclinaban la cabeza a un lado con la frente arrugada cuando algo les resultaba molesto. La forma de su boca y de su nariz no era la correcta y sus manos no eran las adecuadas. No tenían su largo cabello castaño ni sus ojos oscuros rasgados y exóticos, que incitaban a confidencias. Carecían de chispa.

Ninguna le impresionó como lo hizo Alexia en su primera toma de contacto.

Sabía que sus motivos para rechazarlas eran infundados y absurdos, pero no se podía imaginar a Mía con ninguna de ellas. Solo se podía imaginar a su hija con Alexia.

Así de jodido estaba.

Cuando llegó a su piso, solo tenía una cosa en mente, quitarse la ropa y tumbarse. Ni siquiera tenía hambre, pese a que no había comido nada desde la noche anterior. Estaba física y mentalmente agotado. Dos semanas hacía desde que sucedió lo de Alexia y todavía no había conseguido pasar página. Era incapaz de borrar la escena de su mente. Seguía pensando que algo no encajaba, que la había juzgado mal. Que esas pastillas no eran suyas.

¿Por qué no se había defendido ni había tratado de darle una explicación coherente?

Había estado a punto de llamarla en múltiples ocasiones, pero siempre se arrepentía en el último momento.

La echaba mucho de menos.

Y Mía también.

En un principio pensó que aquello no era posible, que su hija era demasiado pequeña para darse cuenta de las cosas, pero el tiempo le había mostrado que no era así. Estaba más irascible y lloraba con más frecuencia, sobre todo cuando llegaba la hora de tomar el biberón de la tarde, ese que siempre le había dado Alexia. Incluso lloraba cuando veía que no era Alexia la que iba a la guardería a recogerla. Era su madre la que se encargaba de nuevo de la niña y le había hablado del comportamiento de Mía con preocupación.

Él no le había contado a su familia lo que pasó con Alexia. Se había limitado a fabricar una excusa floja que no convenció a nadie, pero no le incordiaron demasiado. Quizá porque sabían que no estaba preparado para hablar de ello todavía. Fue uno de esos escasos episodios en los que los Alba mostraron tacto, algo que no sucedía con frecuencia.

Los únicos que sabían la verdad eran Iván y Diego.

Una noche, pocos días después del suceso, se presentó en su piso con Mía, buscando compañía, y se desahogó con ambos. Fue una noche peculiar, en la que apenas durmieron. Solo su hija descansó. Ellos tres pasaron las horas en vela, hablando. Lukas fue el que más lo hizo. Les contó toda su historia con Eva y cómo le había afectado anímicamente su abandono. Les habló de sus miedos con respecto a ser padre y a no ser lo bastante bueno para Mía. Admitió que no era feliz en su trabajo y que se sentía muy frustrado. Y les relató lo sucedido con Alexia, sus florecientes sentimientos, el motivo de su distanciamiento y lo mucho que la echaba de menos.

Ellos le escucharon en silencio y le dejaron que vomitara palabra tras palabra sin interrumpirle. Le dejaron que hiciera pausas para encontrar las frases más adecuadas y se limitaron a apoyarle con su presencia. No juzgaron a Alexia ni se escandalizaron por lo ocurrido. Tampoco le juzgaron a él ni intentaron darle consejos bienintencionados.

Solo estuvieron.

Y eso, precisamente, era lo que necesitaba.

Diego le entregó las fotos restauradas que había enmarcado. Habían quedado perfectas. Los ojos de una Alexia de doce años le observaban desde la imagen. Era una adolescente desgarbada, pero ya apuntaba a que se iba a convertir en toda una belleza. Su hermano mayor parecía muy serio, y el pequeño Leo era un niño precioso. Sintió un pellizco en el corazón al ser consciente de que esos eran los únicos recuerdos que tenía Alexia de sus hermanos.

Al día siguiente, preparó un paquete con los dos cuadros y lo envió a su dirección. No añadió ninguna nota, aunque le picaban los dedos por hacerlo. Dos días después recibió un wasap de ella.

Tengo las fotos. Dale las gracias a tu hermano Diego.

Y nada más.

Le dolió.

¿Pero qué había esperado? Después de la fría despedida, su confianza había desaparecido. Ahora eran como dos extraños.

Su mirada pesarosa recorrió el salón con desidia.

Eran los mismos muebles, cuadros y fotos de hacía un par de semanas. El parquecito de Mía, la alfombra de colores y los juguetes desperdigados por el suelo. Todo estaba igual que siempre, nada había cambiado. Sin embargo, la estancia le parecía fría y desangelada.

Mientras Alexia estuvo en su vida, ese piso amueblado sin demasiado encanto ni personalidad había llegado a parecerle un verdadero hogar. Ella lo había llenado de calor, lo había iluminado. Todas las tardes, cuando llegaba a casa y escuchaba las voces risueñas procedentes del dormitorio, o la música infantil llenando el ambiente, se había sentido como en casa.

Feliz.

El sonido de su móvil le sobresaltó y le devolvió a la realidad.

Era Iván.

—Hola, Luke. Mañana por la noche vienes, ¿no?

Había una cena en casa de Diego e Iván. Todos los hermanos Alba iban a acudir.

—Claro. Mis padres se quedan con Mía.

—¿Cómo está la princesa?

—Tan bonita como siempre. Mi madre tiene que estar a punto de traérmela.

Mientras él iba a hacer la última entrevista fallida con su posible futura niñera, su madre se había encargado de cuidar a Mía.

—¿Has encontrado ya una sustituta para Alexia?

«Alexia es insustituible».

Aquel pensamiento acudió veloz a su cabeza.

—No.

—Te va a costar.

—Mucho. Ninguna es como ella.

Después de esa confesión llegó el silencio.

—Llámala —sugirió Iván.

Lukas apretó los párpados. No había nada que deseara más, pero recordó el modo en que se habían despedido y la bilis le subió a la garganta.

—No puedo.

—¿Por qué?

—No estoy preparado.

Si ella no era la dueña de las pastillas, no entendía por qué no se había defendido y le había dado una explicación. Le parecía una falta de confianza enorme; pensaba que ya había superado ese punto y que había algo especial entre ellos.

Y si las pastillas eran suyas, no quería saberlo. No necesitaba una confirmación. No le gustaba pensar que ella pudiese trapichear con droga o incluso consumirla. Prefería ignorarlo.

—¿La echas de menos?

—Más de lo que pensaba.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Iván con suavidad.

Eso. ¿Qué iba a hacer?

—Supongo que olvidarla.

Un resoplido incrédulo llegó desde el otro lado de la línea.

Sí, él tampoco lo creía.

En ese momento, llamaron al timbre.

—Oye, te dejo. Creo que es mi madre.

—Vale. Nos vemos mañana.

—Sí. Dale un beso a Dieguito.

Dejó el móvil sobre la mesa y se levantó. Se dirigió a la puerta y la abrió. Era su madre con Mía en el carrito. La niña estaba dormida.

—¿Qué tal se ha portado? —preguntó, cediéndole el paso.

—Muy bien. Hemos ido al centro comercial y le he comprado ropita. *Sehr schöne Dinge*! [50] Están en la mochila.

—Ya tiene demasiada ropa —protestó.

—Es mi primera nieta, déjame. Y también le he dado el biberón. No hace falta que la despiertes.

Él sacó a la niña del cochecito con mucho cuidado y se la llevó al dormitorio. Con movimientos pausados le quitó el anorak. Luego la tendió sobre la cama y la rodeó de almohadas para que no pudiera caerse. Conectó el vigila bebés y regresó al salón.

Su madre se había sentado en el sofá y echaba un vistazo a su teléfono. Estaba tan guapa como siempre, sin maquillaje y sin arreglar, con vaqueros y un jersey amplio de lana roja. No aparentaba los cincuentaiún años que había cumplido hacía unos meses.

—¿Qué tal la chica? ¿Buena?

Lukas se sentó a su lado y compuso una mueca.

—No me ha gustado.

—¡Pero es enfermera y tiene experiencia con niños!

Era la hija de una clienta de la imprenta y había sido su madre la que le consiguió su teléfono.

—Ya, pero bizqueaba de un ojo. Y tenía una sonrisa un poco lúgubre.

Anna Schwarz giró el cuerpo hacia él y le contempló con los ojos muy abiertos.

—Ojo bizco y sonrisa lúgubre. ¿Eso es importante para cuidar a Mía?

Él se encogió de hombros y apartó la mirada. Sabía que su argumento era ridículo y bastante cuestionable.

—Lukas, ninguna va a ser Alexia —dijo su madre—. Nadie te va a gustar tanto como ella si sigues haciendo comparaciones. Si quieres una Alexia, solo tienes que llamarla.

Él se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas.

—Tú no sabes lo que pasó entre nosotros.

—No lo sé porque no has querido contármelo.

—No puedo —murmuró y la miró de reojo.

—¿Tan terrible fue?

Él no respondió.

Ella se revolvió en el sofá y se pasó una mano por la pernera del pantalón. Era evidente que quería decirle algo, pero no sabía cómo. Era flemática y reservada y no solía inmiscuirse en las vidas de sus hijos.

—No tengo ni idea de lo que sucedió, pero sé que ella era especial para ti. Te devolvió la ilusión. Después de que Eva se fuese, estabas muy triste y sin ganas de nada. Nosotros estábamos preocupados, pero cuando llegó Alexia fue como verte revivir.

Lukas suspiró bajito.

—Creo que deberías hablar con Soraya —añadió su madre.

—¿Cómo? —Se incorporó con brusquedad y clavó la mirada en ella—. ¿Te ha dicho algo? ¿Te ha contado…?

—No me ha contado nada —le interrumpió—. Solo me ha dicho que se trata de un malentendido. Ella ha hablado con Alexia y sabe toda la historia. Apúntate su teléfono y llámala y que te lo cuente ella —dijo al tiempo que buscaba el contacto en su móvil. Se lo tendió.

Lukas sacó su teléfono y copió el número. De pronto, notaba que su corazón se había acelerado.

—Tengo que irme porque tu padre me está esperando para irnos a cenar fuera, pero hazme caso y no lo dejes pasar. Llevas semanas de mal humor y triste. Otra vez.

Se incorporó y cogió su abrigo que había dejado en el otro extremo del sofá. Se lo puso. Luego se encaminó hacia el pasillo, pero antes de abandonar el salón, se giró y le miró.

—Lukas, esa chica te hacía bien. Cuando la trajiste a casa me gustó. Le di las gracias y no fue por cómo cuidaba a Mía. Le di las gracias porque desde que ella llegó a tu vida tú volvías a ser el Lukas de antes, el que nos hacía reír siempre —concluyó con una sonrisa—. *Wir lieben Dich sehr. Vergiss es nicht*[51].

—*Ich liebe Euch auch*[52].

Después de aquella declaración de amor, se marchó y él se quedó inmóvil, dejando que la última frase de su madre revoloteara por su cabeza una y otra vez.

Le di las gracias porque desde que ella llegó a tu vida tú volvías a ser el Lukas de antes, el que nos hacía reír siempre.

Se puso de pie y se acercó al balcón. Pese a que era pronto, ya había anochecido y un cielo oscuro en el que titilaban algunas estrellas se abría ante sus ojos. Su reflejo en el cristal le reveló que tenía una expresión severa y un aspecto demacrado, como si en lugar de veintidós

años tuviese unos cuantos más. Era verdad que, en los últimos días, tenía la sensación de que la vida le pesaba demasiado.

La marcha de Alexia le había dejado tocado.

Mucho.

Se frotó el esternón para intentar disolver la presión que sentía en el pecho cada vez que pensaba en ella.

Quizá solo era necesaria una simple llamada telefónica para resolver todas sus dudas y aclarar el malentendido.

Se sacó el móvil del bolsillo, dispuesto a poner fin a su incertidumbre, pero antes de poder marcar el número de Soraya, un sonido ahogado le avisó de que su hija se había despertado. Un sollozo emergió del altavoz del vigila bebés.

Se apresuró a ir al dormitorio. Mía estaba sentada en la cama haciendo pucheritos y con la carita empapada.

—No llores, muñeca. Papá ya está aquí —le susurró con ternura mientras la cogía en brazos.

La niña se acurrucó en su pecho y dejó escapar un suspiro lastimero y lleno de congoja, algo que le conmovió profundamente. A veces se preguntaba si Mía era capaz de notar su estado de ánimo. Nunca pensó que los bebés pudieran ser tan empáticos, pero tenía la sensación de que, cuando él estaba triste, la pequeña también lo estaba.

Paseó por el piso con ella en brazos. Había una canción que siempre le cantaba Alexia y que a la niña le encantaba, algo de unos alpinos y una guerra. Mía se reía mucho con el cataplán que finalizaba cada estrofa, pero él era incapaz de recordar ni la letra ni la melodía exacta. Así que le canturreó una canción de Police, *Every Breath You Take*. Tendría que bastar porque su imaginario de canciones infantiles era muy escaso. Aparentemente, a Mía no le desagradaba Sting porque se calmó. Luego volvió al dormitorio, la tumbó sobre la cama y le cambió el pañal. Se esforzó por no transmitirle su melancolía y le habló con entusiasmo y tono muy animado mientras le hacía pedorretas en la tripa provocándole carcajadas risueñas.

Adoraba verla así.

La vistió con un cómodo pelele rojo y él se quitó los vaqueros y la camiseta y se tumbó a su lado en la cama. Apagó la luz y encendió la lámpara infantil que proyectaba diferentes formas y emitía una melodía armoniosa y tranquila.

A Mía le encantaba. Se quedaba absorta, contemplando las figuras que se reflejaban en la pared y en el techo, maravillada, como si fuera lo más hermoso del mundo entero. Y probablemente lo fuera para sus ojos de bebé.

Lukas la observó con ternura y le dio un beso en la coronilla, antes de coger su móvil y hacer la llamada que esperaba le sacara de su miseria.

—Hola, Soraya.

Capítulo 22

Alexia

Cuando recibió las fotos restauradas en sus bonitos marcos artesanales se le encogió el corazón por la pena y derramó amargas lágrimas de nostalgia. Leo estaba tan tierno con sus expresivos y emocionados ojos negros. Y Gael, impertérrito y serio, con ese instinto protector que siempre le había caracterizado. Aunque había visto las dos fotos cientos de veces con anterioridad, fue como revivir aquellas dos situaciones de nuevo, como retornar al pasado.

Junto a los dos marcos, había un sobre blanco y en su interior encontró dos pequeñas reproducciones también restauradas, con el tamaño ideal para poder llevarlas en la cartera.

Le pareció un detalle conmovedor por parte del hermano de Lukas, y las ganas de llamarle y darle las gracias la acuciaron, pero su despedida fue tan fea que pensó que a Lukas no le apetecería hablar con ella. Se encontraban ambos en dos puntos tan distantes que lo único que pudo hacer fue mandarle el escueto mensaje. Y nada más.

No volvió a llorar.

Sabía que no le iba a servir de mucho y la vida le había enseñado a ser pragmática, así que se concentró en sus estudios y en su trabajo. Intentaba estar ocupada la mayor parte del día y de la noche y no dejarse llevar por la añoranza. En algunos momentos de debilidad —que no eran muchos porque no se lo permitía—, echaba un vistazo a su galería de imágenes y contemplaba las fotos de Mía, preguntándose qué estaría haciendo, con quién estaría y si ya habrían encontrado a otra niñera que la cuidara. De su padre solo conservaba dos fotos, la de Fin de Año, y un selfi borroso en el que aparecían los tres.

Los echaba mucho de menos. Más de lo que pensó.

Sabía que las probabilidades de cruzarse con él y con Mía eran muy escasas. Pese a que Benidorm era una localidad pequeña, era lo suficientemente grande y vivían en dos zonas opuestas de la ciudad. No obstante, a veces, cuando veía algún chico joven con un carrito de bebé se le encogía el pecho.

En una ocasión, creyó verle en el Go, entre toda la gente. Ella estaba en la plataforma de baile y, de repente, una cabeza castaña clara le llamó la atención. Todo su cuerpo se puso rígido y su respiración se aceleró. Siguió frenéticamente con los ojos al chico de camisa negra por todo el local hasta que este se giró y pudo comprobar que no era Lukas.

Ni siquiera se parecía a él.

Solo Soraya estaba al tanto de todo. Había intentado convencerla para que llamara a Lukas y le explicase su versión de los hechos, pero ella se había negado. Quizá no era culpable al cien por cien de la situación, pero consideraba que la responsabilidad sí era suya. Quiso creer que esa especie de doble vida que llevaba no iba a salpicar a Lukas ni a Mía y que iba a poder mantener ambos mundos separados, pero había fracasado.

Ahora solo tenía que aprender a aceptarlo.

Lo superaría. Al igual que había superado otras cosas en su vida.

Al menos, el idiota de Borja no había vuelto a acercarse a ella, aunque sospechaba que solo era cuestión de tiempo porque veía cómo la miraba, con un destello de posesión en los ojos. Ella se limitaba a ignorarle. Esa era otra batalla que libraría cuando llegara el momento.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Rebeca, su compañera de clase, trayéndola de vuelta al

presente.

Giró la cara y la miró.

—Ni idea —bisbiseó.

Intentó concentrarse en lo que decía el profesor, pero estaba demasiado dispersa. Los lunes eran el peor día porque llegaban con la resaca de todo un fin de semana de trabajo en el Go y sin haber dormido apenas. Le costaba muchísimo centrarse en las clases. Y, para colmo, esa era la asignatura que peor se le daba: Inglés. Nunca fue muy buena en idiomas. La única parte positiva era que solo restaban diez minutos para que sonara el timbre y poder irse a casa. Tenía muchas horas de sueño atrasadas que pensaba recuperar esa tarde.

Reprimió un bostezo con dificultad y su mirada se fue hacia el exterior. Estaba lloviendo. Las gotas golpeaban el cristal con fuerza y el viento agitaba las escasas hojas de uno de los árboles que había delante de la escuela. El cielo se había tornado grisáceo y tristón. No le gustaban esos días ventosos de lluvia si tenía que salir de casa y, por supuesto, había olvidado coger un paraguas.

—Para el jueves tenéis que preparar un *writing* sobre vuestros planes para el fin de semana. Lo vais a tener que leer delante de toda la clase, así que practicad vuestro acento —dijo el profesor—. Y utilizad el presente continuo. No lo olvidéis. ¿Alguna duda?

El ruido de sillas arrastrándose por el suelo fue la única contestación.

Eran catorce alumnas, todas chicas. Ni un solo espécimen del género masculino se interesaba por la educación infantil, aparentemente.

Raquel se acercó con una sonrisa jovial. Solía sentarse en primera fila y era bastante aplicada. Era un año menor que ella y bastante tímida, pero desde el primer día habían hecho muy buenas migas.

—¿Qué tal el fin de semana? Yo estuve con Héctor en Valencia en el Oceanográfico. Lo pasamos genial.

—No me des envidia, anda. Yo currando como siempre.

Salieron del aula parloteando y atravesaron el largo corredor que llevaba a la salida. Raquel sacó un paraguas rojo de su mochila, lo abrió y cobijó a ambas debajo, pero el viento estuvo a punto de arrancárselo de las manos. Ambas rieron mientras luchaban para que el pequeño paraguas no se diera la vuelta. Gracias al cielo, la parada del bus estaba a solo cincuenta metros de distancia.

—Alexia.

Una voz masculina la hizo detenerse y girarse.

Lukas.

Notó el calor concentrándose en la parte baja de su espalda y reptando por su columna vertebral hasta alcanzar su nuca. Terminó poseyendo todo su cuerpo.

Él estaba al otro lado de la calle, bajo un paraguas negro, con vaqueros y chaqueta de cuero marrón. Su cara tenía una expresión inescrutable.

Antes de que hubiera podido reaccionar, él atravesó la calzada y se acercó a ellas.

—Eh, Raquel, vete tú. Yo me voy a quedar un rato —articuló sin mirar a su compañera; solo tenía ojos para el chico que se encontraba a un paso.

—Vale. Hasta mañana.

Apenas le cayeron cuatro gotas encima porque Lukas y su paraguas llegaron para sustituir al de Raquel. De repente, él estaba tan cerca que podía oler el champú de su cabello y hasta sentir su calor corporal.

Durante unos cuantos segundos ninguno abrió la boca. Ella estaba demasiado sorprendida

y él parecía indeciso. Sus ojos tampoco se encontraron.

—¿Me dejas que te lleve a casa? —comenzó él con un ligero carraspeo—. Tengo el coche a la vuelta de la esquina.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Todavía estaba demasiado perpleja por su presencia y las palabras se le habían quedado atascadas en la garganta.

¿Qué hacía Lukas allí?

Echaron a andar uno al lado del otro, sin premura. Alexia estaba nerviosa, pero adecuó su paso al de él y se mostró indiferente. La acera estaba llena de charcos y se concentró en no pisarlos. El coche, tal y como le había dicho, estaba a pocos metros de allí.

Lukas le abrió la puerta del pasajero y ella tomó asiento, complacida por escapar del viento y la humedad. A través del parabrisas empapado por la lluvia vio que él rodeaba el coche y dejaba el paraguas y la cazadora en la parte trasera. Luego accedió al interior del vehículo.

Durante un rato que a ella le pareció eterno, el silencio reinó entre ellos. Solo se escuchaba la fuerza del agua contra el cristal. No había nadie por la calle y ni siquiera circulaban vehículos. Los únicos movimientos que llegaban desde el exterior eran los árboles agitados por el viento y el reguero de agua que bajaba por la calle en pendiente. Era extraño, como si el mundo se redujera a ese instante y ese lugar. Ellos dos solos en la intimidad de la cabina de un coche, aislados de todo y de todos.

—Quiero pedirte perdón.

La voz de él llegó queda e insegura.

Ella le lanzó una rápida ojeada y evaluó su cara de circunstancias.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Por juzgar mal la situación. Por no confiar en mi instinto y no haber dejado que te explicaras —dijo, avergonzado—. Cuando recuerdo todo lo que te dije… Lo lamento muchísimo.

Alexia meneó la cabeza con incredulidad y le miró de frente. Vio el arrepentimiento reflejado en sus ojos y una mueca de culpabilidad en su boca.

—Supongo que habrá sido Soraya la que te lo ha contado. Le dije que no lo hiciera —protestó fatigada—. ¿Cuándo has hablado con ella?

—El viernes.

Vaya. Había coincidido con ella todo el fin de semana en el Go y no le había dicho nada. Menuda amiga, pensó sin demasiada acritud.

—No puedes enfadarte con ella. En realidad, tendrías que habérmelo dicho tú. Fue todo muy injusto. Mis acusaciones fueron horribles. Tenías que haberte defendido.

—¿Defendido? ¿Cómo? Tenías razón cuando dijiste que había puesto en peligro a Mía.

—Pero no fue tu culpa —protestó al tiempo que se peinaba el cabello con los dedos

—Quizá no directamente, pero el resultado fue el mismo.

—¿Quién es el hijo de puta que te puso la bolsa en la mochila?

Alexia chasqueó la lengua con disgusto. Lo último que quería en ese momento era hablar de Borja.

—Un tío que trabaja conmigo. Un imbécil con quien tuve un rollo, de lo que me arrepiento —dijo con frustración—. Pensaba que tenía buen criterio, pero con él metí la pata.

Después de eso hubo otro silencio, uno largo y espeso.

Le miró a hurtadillas. La sombra de una barba le oscurecía el mentón. Estaba guapísimo, pero debería haberse afeitado para no dañar las delicadas mejillas de Mía con esa barbita. Estuvo a punto de decir algo al respecto, pero se mordió la lengua. ¿Quién narices era ella para decir

algo así?

—¿Me vas a perdonar? —repitió él, bajando la vista a su regazo, como si le costase mirarla.

Ella se fijó en sus manos que agarraban el volante con fuerza. Tenía los nudillos blancos por la tensión. No estaba tan sosegado como pretendía aparentar.

—No tengo nada que perdonarte, Lukas. Está todo bien.

—Quiero que vuelvas a casa —susurró él.

Le dio un vuelco el corazón. Lukas había empleado las palabras equivocadas. Aquel piso en el que vivían él y Mía no era su casa. Ellos dos sí lo habían sido durante un tiempo. Se le estrechó la garganta por la emoción contenida.

—Mía te echa de menos —añadió él.

Alexia tragó saliva y apartó la vista. Seguía lloviendo con mucha intensidad. Los goterones se deslizaban por la ventanilla hasta ir a morir en su extremo inferior.

«¡Yo os he echado de menos a los dos!».

Quería gritarlo una y mil veces, pero se obligó a coger aire por la nariz y expulsarlo por la boca con tranquilidad.

—No quiero ser un problema.

—¿Tú un problema? —inquirió él con sorpresa—. El único problema es que no estás.

Ella volvió a mirarle. Tenía los ojos muy abiertos y las aletas de la nariz dilatadas.

—¿No has encontrado otra niñera?

La estudió como si hubiera perdido el juicio. Se pasó una mano por el pelo de nuevo, alborotándoselo, y soltó un exabrupto.

—¿Otra niñera? —masculló—. ¿Crees que solo he venido aquí porque no encuentro otra niñera?

Ella negó. No iba a fingir que no sabía el motivo por el cual Lukas había ido a buscarla.

—Sabes que no estoy aquí solo por Mía. Es cierto que te has portado muy bien con ella y que te ha cogido un cariño inmenso. Igual que tú a ella, lo sé. —Hizo una pausa de lo más efectiva y su mirada se oscureció—. Pero he venido por mí —añadió con firmeza—. Porque te he echado de menos. Quiero que vuelvas, pero no solo para ser la niñera de Mía. Quiero que vuelvas *conmigo* —enfatizó la última palabra—. Quiero que sigamos siendo lo que éramos.

Mientras hablaba le tendió una mano con la palma hacia arriba y su expresión se tornó suplicante.

Alexia se quedó mirando su mano extendida. Le gustaba la franqueza de Lukas. Su forma de ser tan abierta y directa. No ocultaba nada ni había dobleces en su carácter. No conocía muchas personas que fueran así, tan sinceras y transparentes.

No se iba a hacer de rogar porque no había nada que desease más que estar con Lukas y con Mía.

Posó la mano sobre la suya con ligereza. Los dedos de él se cerraron en torno a los suyos fuertemente.

—¿Esto es un sí?

—¿A ti qué te parece?

Sus labios se curvaron hacia arriba en una sonrisa incipiente. Cuando ella le apretó la mano, la sonrisa se hizo mucho más profunda y amplia y su hoyuelo quedó al descubierto. Alexia no pudo reprimirse y alargó la otra mano para acariciarlo con su dedo índice.

—¿Sabes que te sale un hoyuelo?

—Sí. ¿Te gusta? —le preguntó casi sin aliento.

—Mucho.

—¿Lo suficiente como para salir conmigo?

¿Salir con él? ¿Cómo en la época en la que iba al instituto?

Ella aguantó una risa. A veces se le olvidaba lo joven que era Lukas. La carga de responsabilidad que llevaba consigo le hacía parecer mucho más maduro.

—Pero solo porque combina con este de aquí —repuso y bajó el dedo hasta su mentón.

—¿Ese también te gusta? —Había travesura en su tono.

—Sí. Y esta peca —continuó y deslizó el dedo hasta su sien donde tenía un lunar diminuto.

—Son tres razones de peso —murmuró él.

Le recorrió el rostro con los ojos. Ignoró los hoyuelos y se centró en sus marcados pómulos y su nariz recta hasta recalar sobre su boca. Era de un color indeterminado a caballo entre el coral y el ocre. Su labio superior era algo más fino que el inferior. Estaba húmeda.

—¿Me vas a besar ya o tengo que seguir provocándote?

Él dejó escapar una risa. Luego se acercó y la besó.

Ella le echó los brazos al cuello y profundizó la caricia.

Era su segundo beso, pero Alexia se sintió como si ya se hubiesen besado cientos de veces con anterioridad. Quizá porque encajaban muy bien o porque se había imaginado los besos de Lukas muchas veces. No lo sabía, solo sabía que su boca era tan familiar como la suya propia.

El agua caía con fuerza sobre el techo del coche, provocando un ruido potente y sordo, que se mezcló con el de sus jadeos y sus respiraciones aceleradas.

Muy lentamente, se apartaron unos milímetros.

—¿No trabajas hoy? —preguntó ella casi sin aliento.

—He trabajado hasta hace un rato y ya no voy a volver —dijo con un encogimiento de hombros. Depositó un beso sobre sus labios—. Tengo la tarde libre.

—¿Y Mía? ¿No hay que ir a recogerla a la guardería?

—Se encarga mi madre —contestó y le dio otro beso.

Ella sintió los dedos de él enredándose en sus guedejas y echó la cabeza a un lado, gesto que él aprovechó para inclinarse y darle un beso en el cuello que le provocó un gemido placentero.

Las cosas estaban yendo por un camino que solo tenía un final y era indudable que los dos lo deseaban.

—¿Vamos a tu casa o vamos a la mía? —sugirió ella en un susurro.

Lukas alzó la cara y la contempló.

—¿Has comido? —le preguntó.

—No.

—Vale. Te propongo algo. Pasamos por tu casa y coges ropa. Luego te invito a comer por ahí y terminamos en mi piso. ¿Qué te parece?

—¿Me estás proponiendo que pase la noche en tu casa?

—Sí —respondió sin vacilar.

—¿Como una fiesta de pijamas?

—Sí, pero sin pijamas.

Ahora fue ella quien le besó.

—Vale. Acepto.

La sonrisa de él iluminó el interior del coche, el grisáceo día y la puñetera Vía Láctea. Alexia sintió un pellizco de gozo en el abdomen. Con una risa burbujeante, se echó hacia atrás y

regresó a su asiento.

Lukas arrancó y encendió la radio. Tenía sintonizada una emisora de música y sonaba una canción antigua muy famosa, pero ella no conocía el título.

—¿Cómo se llama?

—¿El grupo o la canción?

—Ambos.

—El grupo es The Animals. La canción es *House of the rising sun*.

—Me encanta. Aunque mi inglés es horrible y no entiendo nada.

—Mi inglés es bastante bueno. Te traduzco si quieres.

Ella giró la cara y le miró, esperanzada.

—No hace falta que me traduzcas, pero me podrías echar un cable con una redacción que tengo que hacer.

—¿Quieres que te ayude a hacer los deberes? —preguntó, sorprendido.

—Sí.

—Así voy practicando para cuando Mía sea mayor —dijo en tono de broma.

Alexia se quedó callada. Tenía ganas de decirle unas cuantas cosas, pero no era fácil hablar dentro del coche. La radio, el ruido de la lluvia y el de los parabrisas moviéndose deprisa creaban una cacofonía de sonidos fastidiosos. Se inclinó y bajó el volumen de la música.

—¿No te has molestado en buscar otra niñera?

—Lo he hecho. He entrevistado a cuatro. Todas muy competentes, con referencias y experiencia.

—¿Por qué no has contratado a ninguna?

—Ninguna eras tú.

No pudo evitar sentirse halagada y conmovida al escucharle decir eso. Había muchos sentimientos implícitos en esa frase y hacía mucho tiempo que nadie le decía algo así.

—Te quería a ti —siguió él hablando. No la miraba. Estaba pendiente de la mojada carretera.

—¿Tanto me ha echado de menos… Mía? —preguntó con fingida inocencia.

Él la miró de reojo con una ceja arqueada.

—Muchísimo. Lloraba todos los días y no quería comer, ni dormir —dijo con entonación muy exagerada—. He empezado a caerle mal porque piensa que yo soy el responsable de que te hayas ido. Cada vez que le cambio el pañal me mira con desprecio y cuando la baño protesta y grita. Está insoportable. Además, quiere que le cante la canción esa de los alpinos y no me la sé. Necesito que vuelvas. —Hizo una pausa muy significativa—. Por el bien de mi hija, claro.

—Claro —repuso de buen humor.

Tenía ganas de soltar una carcajada. O unas cuantas. Estaba eufórica. Pero se limitó a subir el volumen de la radio de nuevo. La canción era otra. Sonaba la archiconocida *Sufre mamón* de los Hombres G. Una canción ideal para su estado de ánimo.

—Ella se fue con un niño pijo en un Ford Fiesta blancooo y un jersey amarillooo —cantó.

Él la secundó.

De pronto, su mirada fue a parar al polo que él llevaba puesto. Era, inequívocamente, amarillo pálido. Y su coche, un Ford Fiesta blanco.

Se echó a reír con fuerza, provocando que él la mirase confuso.

—Ford Fiesta blanco y jersey amarillo —se rio, intentando explicarle el porqué de su ataque de hilaridad.

Lukas bajó la vista a su jersey y pareció entenderlo al fin. Rompió también en carcajadas.

—Sufre mamón. Devuélveme a mi chica o te retorcerás entre polvos pica pica…

Ambos terminaron cantando con entonación desafinada entre risas.

Sin saber muy bien cómo, la mano de ella acabó sobre la de él, que se apoyaba sobre el pomo de la palanca de cambios.

Capítulo 23

Lukas

Todo había salido tal y como él había deseado. Habían ido al piso de Alexia a buscar ropa, luego a comer a un indio que había en la calle Lepanto y habían terminado en su casa. Incluso le mandó un mensaje a su madre y le preguntó si podía quedarse con la niña esa noche. Recibió una respuesta afirmativa.

Todo preparado y perfecto.

Todo menos él, que estaba tan alterado como si fuera la primera vez que se encontraba a solas con una mujer.

En cierto modo, casi lo era.

Tenía quince años cuando empezó a salir con Eva —que fue su primera novia— y durante todo ese tiempo no había estado con nadie más. Después, tampoco. Así que no podía presumir de ser experimentado, precisamente.

Desde que el viernes por la tarde habló con Soraya y ella le contó la verdad, solo había ansiado que llegara el lunes para ir a buscar a Alexia y pedirle perdón. No quiso hacerlo ese fin de semana porque sabía que ella trabajaba muchas horas y terminaba agotada, por eso el sábado y el domingo se le habían hecho eternos.

Sin embargo, ni en sus más impensables sueños habría imaginado que las cosas pudieran acabar así entre ellos. No lo había planeado. Pero después del tórrido beso en el coche, los acontecimientos se habían descontrolado y allí estaban, en su piso, los dos solos, con muchas horas por delante y una desmedida atracción sexual entre ellos.

—¿Quieres beber algo? —le propuso.

Habían llegado hacía unos minutos y Alexia estaba sentada en el sofá, descalza y rebosante de serenidad. Él no había dejado de dar paseos erráticos por el salón.

—No tengo sed, pero si eso hace que te calmes, puedes traerme un vaso de agua.

Se detuvo y la miró con intensidad.

—¿Tanto se nota que estoy nervioso?

—Si sigues paseando así vas a hacer un surco en el suelo.

Él se dejó caer en el sofá, a mucha distancia de ella con una sonrisa trémula.

—Créeme si te digo que nada de lo que está sucediendo hoy estaba planeado —comenzó.

—Todo lo que sale espontáneo es mucho mejor —dijo ella.

Lo sabía. Él siempre había sido espontáneo e imprevisible, pero desde el nacimiento de Mía su vida era organizada y tenía que seguir horarios y reglas. No había lugar para la improvisación. De pronto, se sentía torpe e inseguro.

¿Lukas Alba, torpe e inseguro?

Era patético.

—Eva fue mi primera novia —explicó.

Ella le miró con una ceja arqueada. Era obvio que no entendía a qué se refería.

—Quiero decir que antes de Eva no hubo ninguna otra. Y después, tampoco —dijo con tono de disculpa—. Con Mía, no tengo tiempo…

—Vale —dijo ella cabeceando—. Me quieres decir que solo has estado con una chica y que eres casi virgen.

Él levantó la cara con brusquedad. Se había puesto rojo, lo notaba. La miró y comprobó que ella sonreía burlona.

—Tampoco hace falta que lo digas así —masculló, mortificado—. Y he tenido algún rollo más.

—No te preocupes, Lukas. Yo sé cómo hay que hacerlo —dijo ella con exagerada vanidad—. Te iré dando instrucciones.

No pudo evitar soltar una risa al escucharla. Sus bromas le relajaban. Su seguridad y su aplomo le gustaban. No había mucha diferencia de edad entre ambos, solo tres años, pero en ese momento parecía como si Alexia fuera una mujer adulta y él un simple adolescente.

Volvió a mirarla y se dio cuenta de que ella se había acercado. Unos diez centímetros separaban sus muslos, ambos enfundados en tela vaquera. Cualquiera de los dos podía tomar la iniciativa, solo había que acercar la pierna un poco más o que extender la mano.

Los ojos de ella irradiaban picardía y su sonrisa era traviesa a la par que provocadora.

Aquello le hizo decidirse.

Alargó su brazo y posó la mano en el sofá. Su dedo meñique casi podía rozar su pierna. Comenzó a respirar deprisa, anhelando lo que pudiera llegar a continuación.

—Vale. Ahora yo tengo dos opciones —dijo ella con un ronroneo después de haber observado su maniobra—. Puedo poner mi mano encima de la tuya y así, poco a poco y milímetro a milímetro, como quien no quiere la cosa, ir deslizándola hasta que llegue a tu muslo o quizá incluso a otro sitio. Todo con mucha lentitud. —Hizo una pausa muy efectiva—. O puedo hacer otra cosa.

Su voz era tan tentadora que a Lukas se le erizó el vello de la nuca.

—¿Qué cosa? —preguntó sin aliento. Tenía la mirada clavada en su bello rostro de ojos almendrados.

—Puedo hacer esto.

No le dio tiempo a reaccionar. Antes de que hubiera asimilado lo que hacía, ya estaba sentada a horcajadas sobre su regazo y enroscaba los brazos en torno a su cuello.

—Veo que no te andas con rodeos —jadeó, subyugado por su electrizante cercanía.

—Es que sé lo que quiero. Y te quiero a ti. Me gustas muchísimo, Lukas.

Él se estremeció ante su confesión.

Sus labios estaban a muy poca distancia. Tan cerca que él pudo apreciar que tenía una pequeña cicatriz blanquecina en el borde inferior a la derecha. Era tan diminuta que nunca se había percatado.

—Tú también me gustas mucho, Ale. Demasiado.

—¿Demasiado? ¿Eso es bueno o malo?

No intentó acercarse más ni besarle. Estaba inmóvil, como si esa postura en la que se encontraban no la afectara de ningún modo. Él, por el contrario, estaba muy alterado. Podía sentir sus muslos presionando contra los suyos y su entrepierna pegada a la suya, que comenzaba a despertar. Una tortura.

—Es bueno y malo. Es bueno porque tengo muchas ganas de ti. Es malo porque hace más de un año que no me acuesto con nadie y es probable que tenga un ligero problema… en la cama, me refiero —explicó.

—¿Gatillazo?

—¡Yo no he dicho eso! —se indignó.

—¿Eyaculación precoz?

La contempló con el ceño fruncido. Sonreía burlona.

—Quizá —admitió y volvió a sonrojarse.

El beso le pilló desprevenido. Sus labios que, solo segundos antes habían estado a centímetros de distancia, de pronto estaban sobre los suyos, forzándole a abrir la boca y a corresponder con la misma pasión que ella empleaba.

Lo hizo.

La besó con ansia mientras sus brazos le rodeaban el talle.

Sus respiraciones se mezclaron y sus lenguas juguetearon la una con la otra. Alexia arqueó la espalda y sus senos encontraron cobijo en el torso de él. Enterró las manos en su cabello, disfrutando de su suavidad, y notó que ella hacía lo mismo y tironeaba de los cortos mechones de su nuca. Sus cuerpos se acoplaron y se mecieron al unísono, provocando que la erección de Lukas adquiriese una consistencia casi dolorosa.

—Dios…

Llevaba mucho tiempo deseando que aquello sucediera y no quería estropearlo por las prisas. Quería que fuese algo especial. Único. Así que se apartó, aunque le costó la vida misma hacerlo.

—Creo que…

—¿Ya? ¿Ya te has corrido? —inquirió ella con los ojos muy abiertos.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabías?

Alexia rompió a reír. Era una risa feliz y contagiosa.

—Lo siento. Cuando estoy eufórica me sale hacer bromas.

—¿Estás eufórica?

—Mucho.

Él sonrió ampliamente. Su corazón se había embalado y no sabía si era por el beso o por verla tan entusiasmada.

—Bueno, es halagador saber que mis besos te provocan felicidad.

—Lo hacen.

Algo dentro del abdomen de Lukas efectuó un triple salto mortal.

Volvió a besarla. ¿Cómo no hacerlo después de lo que había dicho?

Solo cinco minutos después, se había deshecho de su jersey y su camisa y tenía los vaqueros desabrochados. Ella había sido más lanzada y se había quitado el jersey y los pantalones. Solo llevaba unas braguitas blancas de algodón y un sujetador color canela.

Lukas la estudió fascinado. Su piel era morena, de un tono más oscuro que su ropa interior. Ya sabía que era voluptuosa porque la había visto bailar en el Go sin apenas ropa, pero tenerla al alcance de sus manos y saber que podía acariciarla a su antojo era como un sueño hecho realidad. ¿Cómo era posible que en algún momento hubiera pensado que no le interesaban las mujeres con tantas curvas? Con la respiración contenida, alargó las manos y las posó sobre sus pechos generosos, que casi no podía abarcar. Ella se arqueó contra él de un modo sensual y erótico y su miembro se sacudió con impaciencia dentro de su bóxer.

Era consciente de que estaba a punto de alcanzar el clímax.

Alexia era mucha mujer y él estaba demasiado excitado.

Dispuesto a no quedar como un pardillo, la empujó hasta que pudo cambiar de posición y tumbarse sobre ella.

—Ahora vas en plan macho alfa —jadeó con una risita. Mientras decía eso enroscó las piernas a su cintura y le atrajo hacia sí.

—No voy en plan macho alfa, voy en plan macho que tiene que cambiar de postura porque está a punto de correrse y no quiere hacer el ridículo.

—¡Ups! —se rio ella—. Perdona —dijo con inocencia y relajó las piernas, bajándolas de su talle.

Él lo agradeció en silencio. Luego posó las manos nuevamente sobre sus senos y los acarició. La punta de sus dedos rozó la piel que quedaba libre por encima del sujetador. Era como acariciar seda, pensó. Ella le miraba con los ojos encendidos y los labios húmedos, la estampa de la sensualidad.

—¿No es mejor que me quites el sujetador?

—Eh, sí, claro.

Tragó saliva, embriagado por todo lo que estaba sucediendo. La ayudó a incorporarse para poder desabrochárselo. Ella se apresuró a librarse de la prenda y la arrojó al suelo, junto al resto de la ropa que se habían ido quitando.

Sus pechos eran amplios y redondeados, de color tostado como toda la piel de su cuerpo, y sus areolas, más oscuras y no muy grandes. Los pezones enhiestos pedían a gritos que los tocara.

Y Lukas lo hizo.

Dejó que rodaran entre sus dedos y como recompensa recibió sus gemidos cargados de placer y un estremecimiento del femenino cuerpo.

Su miembro se sacudió impaciente y él lo ignoró. Rodeó sus senos antes de resbalar las manos por su torso y su vientre, deleitándose en su piel. Terminó por sumergir los dedos en el borde de sus bragas y, sin vacilar demasiado, se las quitó, deslizándolas con lentitud por sus muslos mientras se echaba hacia atrás. Una fina línea de vello oscuro cubría su monte de Venus.

Ella jadeó.

Él también.

Allí estaba esa chica, gloriosamente desnuda, que le miraba hambrienta y ansiosa.

Los nervios se apoderaron de él. No solo hacía mucho tiempo que no practicaba sexo oral, sino que solo lo había hecho con Eva. ¿Y si Alexia pensaba que era un inepto? ¿Y si no estaba a la altura de las circunstancias? Sorprendentemente, esa inseguridad que le sobrevino de repente hizo que su erección se desinflara. Su estado de ánimo debió de verse reflejado en su rostro, porque Alexia se incorporó en el sofá y le echó los brazos al cuello mientras esparcía un reguero de besos por su mandíbula.

—¿Y si vamos despacio?

Él la apretó contra su cuerpo. El olor de su pelo le entró por las fosas nasales. Olía a champú de coco. A él le encantaba el coco. Quizá fue su olor o sus palabras tranquilizadoras o sus besos ligeros sobre su cuello, no pudo precisarlo, pero su miembro volvió a endurecerse.

Decidido a explorar nuevos territorios, la empujó y ella se dejó caer de nuevo sobre el sofá. Sin dejar de mirarla, Lukas se quitó los vaqueros con prisas y también los calzoncillos.

—Estás muy bueno, lo sabes, ¿verdad?

—Eh, claro —respondió con pretendida suficiencia.

Siempre había pensado que estaba demasiado delgado. No era tan fornido ni musculoso como sus hermanos y eso, en ocasiones, le había hecho sentirse inseguro, pero el rostro de Alexia reflejaba pura admiración mientras le contemplaba.

Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral.

Se tendió sobre su cuerpo y comenzó a besarle los pechos con delicadeza hasta que consiguió arrancarle ásperos suspiros. Descendió con la boca por su esternón y por su estómago hasta llegar a su ombligo, que llenó de besos. Alcanzó su trepidante vientre y mordisqueó la parte superior de su monte de Venus. Siguió bajando hasta que su boca encontró su sexo,

húmedo y caliente.

Ella gimió sin control.

Aspiró y se llenó de su esencia. Luego hundió su lengua entre sus pliegues rosados, disfrutando con su sabor almizcleño. Se dejó guiar por el volumen de sus jadeos, ajustando el ritmo y la velocidad. Sus dedos encontraron el pequeño capuchón que cubría su clítoris y lo abrió, dejando este al descubierto. Estaba hinchado y enrojecido por la excitación. Se apoderó de él y lo lamió y succionó con pasión.

Estaba ebrio de placer. Su aplomo había regresado y una oleada de orgullo le invadió. Sabía que a ella le estaba gustando. Su sexo estaba empapado y se contorsionaba con violencia.

Él mismo notaba que su erección le golpeaba el vientre espasmódicamente, ansiosa y dispuesta a adentrarse en ese calor suyo.

—¡Más deprisa! —exclamó ella—. Me voy a correr.

No tuvo que repetírselo dos veces. Lukas se empleó a fondo con la lengua, los labios y los dedos y, solo unos segundos después, su sexo se contrajo y palpitó. Ella enterró las manos en su cabello y emitió un profundo gemido mientras se ponía rígida.

Él permaneció quieto, jadeante y con un sonoro zumbido en los oídos. El corazón amenazaba con salírsele del pecho. Una voz en su interior le decía una y otra vez que lo había logrado, que había conseguido que alcanzara el clímax, que no era tan imbécil como se sentía.

Las extremidades de Alexia se tornaron laxas y desmadejadas y una risa lánguida resonó en la quietud del salón.

—Fóllame ahora —pidió ella en voz muy baja.

Creyó no haber oído bien y elevó la cara para mirarla. Su rostro estaba enrojecido y sus ojos refulgían como si todas las estrellas del firmamento se hubieran concentrado en ellos.

Estaba hermosa.

Mucho.

—Fóllame —repitió ella después de humedecerse los labios con la punta de la lengua.

Su mente fue hasta su dormitorio. Los condones estaban en una cajita dentro del primer cajón de su mesilla. A trompicones, logró ponerse de pie y apartarse de su cálido cuerpo. Ella protestó y compuso un mohín de disgusto.

—Ahora mismo vuelvo.

Voló. Esquivó la ropa que regaba el suelo y sus pies alcanzaron su habitación en un abrir y cerrar de ojos. Abrió el cajón, cogió un preservativo y rasgó el envoltorio con los dientes sin detenerse. Se ajustó el látex a su erección en el pasillo y cuando llegó al salón ya estaba más que preparado.

Alexia le lanzó una mirada provocativa a través de las pestañas mientras le tendía los brazos. Tenía aspecto de mujer saciada y muy satisfecha.

Lukas se tumbó sobre ella y sostuvo su peso con los brazos. Estaba muy excitado y cuando sintió su miembro justo en su entrada ardiente y empapada, un suspiro escapó de su boca.

La penetró de un único envite sin encontrar ningún tipo de resistencia.

Las paredes del femenino sexo se cerraron en torno a su dureza, aprisionándole, y el calor se apoderó de él. Todos los poros de su cuerpo se erizaron.

—Madre mía —farfulló.

Un jodido paraíso era aquello.

—Fóllame —volvió a repetirle ella, sacando la lengua y lamiéndole el lóbulo de la oreja. Alzó las piernas y le rodeó con ellas, clavándole los talones en el trasero.

Él gruñó como un poseso.

La vida era muy injusta, pensó justo antes de moverse en su interior. No pudo embestirla más de una vez cuando ya notó cómo los hilos del deseo tiraban de él y el orgasmo le golpeaba. Perdió la noción del tiempo mientras su semen salía disparado y todo su cuerpo se tensaba.

—¡Joder! —masculló con un estertor.

Sintió su abrazo tierno cuando se dejó caer sobre ella. Le costaba respirar. Una nube de vergüenza oscureció su mente y cerró los ojos, abochornado, incluso a sabiendas de que ella no podía verlo porque tenía la cara enterrada en su cuello.

Tuvo ganas de llorar.

¿Cuánto había aguantado? ¿Tres segundos?

Nunca más iba a poder mirarla de frente de nuevo.

Ella comenzó a acariciarle la espalda con movimientos rítmicos.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de unos instantes.

—Físicamente, sí. Es solo mi dignidad la que está sufriendo —confesó.

—¿Por?

—¿Cuánto he durado? ¿Cero coma dos segundos?

—¿Y? Primero te has ocupado de que me corriera yo. Y ha sido increíble.

—¿De verdad? —preguntó, alzando la cabeza. Él mismo se dio cuenta de que sonaba extremadamente ansioso y se calló. ¿Cuántos años tenía? ¿Doce?

Ella le sonrió con pereza y le acarició la mejilla con la punta de los dedos.

—Ha sido fantástico.

—Ya, bueno, supongo que la habilidad no se pierde —murmuró.

Ella se echó a reír entre dientes. Todo su cuerpo se agitó por su risa.

La contempló fascinado por su belleza salvaje de exóticas facciones. Tenía el pelo enmarañado y eso le llevó a recordar su primer encontronazo en el Go.

Chica leopardo.

¿Quién le iba a haber dicho hacía solo unos meses que iba a terminar con esa chica en su cama? Mejor dicho, en su sofá. Todavía no terminaba de creerlo. Una tonta emoción le embargó. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Las ganas de soltar una carcajada feliz le invadieron, pero se conformó con emitir un jadeo y abrazarla fuerte. Sus sudores se mezclaron y aquello le pareció lo más excitante que había experimentado jamás.

—Si supieras lo mucho que me gustas —dijo casi sin aliento.

—No te cortes a la hora de decírmelo —le animó ella en tono de broma.

—Me gusta todo de ti.

—¿Qué es lo que más? —le preguntó con tono provocador.

Él levantó la cara y la contempló con intensidad. Tenía muy clara la respuesta.

—El modo en que sonríes a Mía.

La expresión del rostro de ella cambió. Pasó de ser juguetona a tornarse seria.

—Adoro a Mía.

—Lo sé.

Un corto beso siguió a esa declaración.

—Sabes a mí —musitó ella.

—¿Te molesta?

—En absoluto. Bésame otra vez.

Lo hizo. Se besaron con languidez.

Lukas se retiró lo justo para poder deshacerse del condón; lo anudó y lo arrojó al suelo. Luego se apresuró a abrazarla de nuevo. Se acomodaron en el pequeño espacio, tumbados de

lado y mirándose a los ojos. Era absurdo quedarse allí cuando en la habitación contigua había una cama de matrimonio, pero ninguno propuso levantarse. Él tiró del borde de la manta que tenía sobre el respaldo del sofá y los cubrió a ambos.

—Tenía miedo —confesó ella de pronto.

—¿Miedo? —Arqueó las cejas, perplejo.

—De no volver a veros a Mía y a ti.

Descubrió genuina preocupación en su cara. Se inclinó y la besó en el pómulo.

—Me pasó lo mismo —admitió. Le retiró un mechón de pelo de la frente y se lo puso tras la oreja.

—Sois muy importantes para mí —continuó ella en voz baja.

—¿Los dos? —le preguntó él con intención.

—Los dos. Mía es adorable y tú eres también adorable.

Él hizo una mohín al escuchar ese epíteto.

—¿Solo adorable?

Ella le miró de forma muy directa. Alzó una mano y le acarició la mejilla.

—Jamás me he enamorado, Lukas. Así que no sé si lo que siento por ti es amor. Solo sé que nunca me había sentido así con nadie.

El corazón de él palpitó furioso. Tuvo ganas de estrecharla con fuerza entre sus brazos, pero ella todavía no había acabado.

—Pienso en ti, a todas horas. Ya sea en clase, como en el curro, como si voy andando por la calle. Me pregunto constantemente qué estarás haciendo. Y me imagino que te cuento cada pequeña cosa que me pasa. Mi primer impulso es llamarte para contártelo todo —dijo con tranquilidad. Era indudable que le había dado vueltas al tema y que no le importaba admitir sus sentimientos—. Y también hago planes contigo. Empiezo a pensar en que llega el fin de semana y que podríamos ir a comer por ahí, con Mía o sin Mía, tú y yo solos. He llegado a imaginarnos paseando por la playa con la niña o de viaje o sentados viendo una peli. No sé. De algún modo siempre estás en mi mente. —Hizo una pausa que llenó con un suave carraspeo antes de continuar. No le miraba. Tenía la vista fija sobre su pecho—. Estas semanas en las que no te he visto, te he echado muchísimo de menos. En realidad, he creído verte en multitud de ocasiones, cada vez que llegaba un chico de tu complexión al Go o cuando veía a un padre con un carrito de bebé. Siempre pensaba que eras tú y me decepcionaba que no lo fueras —se rio con suavidad—. Además, me descubro arreglándome para ti, poniéndome la ropa más bonita que tengo por si acaso te veo. No sé si esto es amor, Lukas, pero así es como me siento.

Él se había quedado atónito y tardó en darle una respuesta.

—Ale, me dejas sin aliento —confesó—. Yo tampoco sé cómo llamarlo, pero yo me siento igual.

Alexia se agitó entre sus brazos. Tenía una curiosa expresión en el rostro que él no supo interpretar.

—¿No estabas enamorado de Eva?

Él se revolvió. Su historia con Eva era complicada.

—Empezamos a salir cuando teníamos quince años. En aquella época uno no se planteaba si estaba enamorado. Te gustaba una chica y salías con ella y una cosa llevaba a la otra. Éramos demasiado jóvenes para saber que lo que sentíamos era amor, creo.

—Pero estuvisteis mucho tiempo juntos. Las personas maduran y los sentimientos crecen.

—Sí. Puede ser. Pero ya no sé si estábamos juntos por costumbre, por dependencia o yo qué sé. Cortamos muchas veces y cada vez que lo hacíamos, yo sufría como un condenado

mientras ella se liaba con algún otro. Al final siempre volvíamos. ¿Amor? No tengo ni idea. Supongo que sí hubo amor, sobre todo al principio. Sí, nos queríamos como se supone que se quieren dos adolescentes.

No le dolía hablar de Eva. Y mucho menos delante de Alexia. Sentía que podía decirle todo lo que se le pasara por la cabeza, tal era el grado de confianza que tenía con ella.

—¿Tú nunca has salido con nadie?

Ella negó.

—He estado con algunos tíos, pero si tu pregunta es si he tenido una relación, la respuesta es no. Nunca. Ya sabes cómo ha sido mi vida, siempre yendo de un sitio a otro, lo último en lo que he pensado ha sido en tener algo serio con alguien.

—Pero ahora ya te has decidido y vas a quedarte aquí, ¿no? —Sonaba más ansioso de lo que había pretendido.

—Hasta que acabe el módulo. Luego ya veré.

Eso le dejaba dos años para convencerla de que se quedara en la costa.

Con él.

«¿No vas a la velocidad de la luz, Lukas? Solo os conocéis desde hace tres meses».

Cierto. Tenía que pisar el freno.

—He estado a punto de llamarte en cientos de ocasiones solo para oír tu voz estas semanas pasadas —confesó ella—, pero no lo he hecho porque me sentía avergonzada.

—No tienes nada de qué avergonzarte. Fui yo el que interpretó mal la situación,

—Con motivo.

La besó en la frente.

—No hablemos de eso. Hablemos mejor de lo mucho que te pongo —dijo con tono burlón.

Ella soltó una risita ronca. Luego, acercó la rodilla a su entrepierna, que reaccionó en consecuencia. Su mano no tardó en sustituir a su rodilla sobre su erección y él gimió sin poder evitarlo. Una sacudida de placer le recorrió.

—Creo que se está preparando para la segunda ronda.

—Genial —musitó ella, dándole un beso en el hueco que había entre su clavícula y su mandíbula.

—Y creo que esta vez voy a aguantar un poco más.

—No te preocupes si no puedes, tu boca también me sirve —le provocó.

—¿Que no puedo? —gruñó.

Se levantó de un salto y tiró de ella. La manta que los cubría cayó al suelo.

Sus risas se mezclaron en el silencio del apartamento mientras corrían hacia el dormitorio.

Capítulo 24

Alexia

Quedaban apenas dos minutos para volver a ver a Mía y estaba ansiosa. Acababa de llegar a la puerta de la guardería y, como de costumbre, saludó a los otros padres que aguardaban frente a la entrada del centro. Una de las mamás se interesó por su ausencia durante esas semanas y ella se escabulló de la pregunta comentando que había estado de viaje.

Cuando Esther, una de las cuidadoras, abrió la puerta, ella fue de las primeras en entrar. Recorrió el corto pasillo hasta el aula de los más pequeños con pasos veloces. Mía estaba sentada en su sillita, al fondo, entre otros bebés que esperaban a ser recogidos. Llevaba sus pantalones rojos y su anorak azul marino con estampado de ardillas. Y un gorro de lana también rojo con un pompón en la parte superior. Estaba monísima.

El corazón de Alexia le dio un saltito en el pecho.

La niña tardó en verla por el revuelo que había organizado con los otros niños y padres, pero cuando se plantó delante de ella, sus enormes ojos azules mostraron gozo y empezó a agitar los bracitos en el aire mientras balbuceaba algo ininteligible.

—Mi niña bonita —murmuró Alexia, acuclillándose a su lado y dándole besitos en la cara, emocionada.

Olía a suavidad, a ternura, a amor del bueno.

Se apartó para poder contemplarla de nuevo. Tenía la sensación de que en los días que no la había visto, había crecido.

—Mama —balbuceó la pequeña.

Alexia abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca, conmocionada. Miró a su alrededor para ver si alguien la había escuchado, pero nadie le prestaba atención. Se le había formado un nudo en la garganta y tragó saliva para disolverlo. Tenía sentimientos encontrados con esa palabra y con que Mía la hubiera utilizado para referirse a ella. Le acarició la mejilla a la niña con dulzura.

—Mama, mama, mama.

Alexia cerró los ojos, insegura.

—Lleva todo el día diciendo mamá —dijo Susana, otra de las cuidadoras, que se había acercado—. Es su primera palabra y está muy orgullosa de decirla, ¿verdad, amor? —le dijo al tiempo que le ponía una cara graciosa.

La niña se rio.

—Te echábamos de menos —comentó la cuidadora, dirigiéndose a ella—. Anna nos dijo que estabas enferma. ¿Estás mejor ya?

Alexia se incorporó y fingió una sonrisa. Así que la madre de Lukas había contado esa mentira en la guardería, como si esperase que ella fuera a regresar.

—Eh, sí, estoy mucho mejor. Gracias.

—Me alegro.

Alguien la llamó por su nombre y se despidió con un gesto de disculpa, dejándolas solas de nuevo.

—Bueno, rubita. ¿Nos vamos? —le preguntó a la pequeña.

—Mama.

Un pellizquito le mordió el pecho. Se sentía rara, como fuera de lugar. Leo también la había llamado así.

Se situó detrás del cochecito y lo empujó. Dijo adiós a los otros padres y las empleadas del centro y abandonó la guardería. Hacía una tarde de sol espléndido, pese a que estaban a finales de enero. La temperatura en el exterior no era muy fría.

—Hoy tengo una sorpresa, ¿sabes? No vamos a casa. Vamos a esperar a tu papá.

Echó a andar cuesta abajo, camino de la playa que se encontraba a escasos doscientos metros de distancia. Había quedado con Lukas en el paseo marítimo. Fue idea de él salir antes del trabajo y dar un paseo por la playa con Mía antes de que anocheciera. Y ella estuvo de acuerdo. Habría estado de acuerdo con cualquier cosa, a decir verdad. Cuanto más tiempo pasara con Lukas y con su hija más feliz era.

Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas de su maravillosa tarde en el piso de él y Alexia todavía tenía resaca de su encuentro. Estaba pletórica. Las horas a su lado fueron increíbles. Nunca había sentido tanta complicidad con ningún chico. Podía hablar con él de todo, sin tapujos ni vergüenza. Y lo más importante, podía ser ella misma y no tenía que pretender ser quien no era. Podía dejar de fingir que era madura y segura de sí misma y comportarse como una chica casi adolescente. Bromear y decir tonterías.

Y el sexo fue una pasada. No solo el que habían compartido en el sofá; en la cama hubo más, mucho más. Tanto, que terminó exhausta y con agujetas. Quizá Lukas no fuera el amante más experimentado del mundo, pero lo compensaba con su entusiasmo y su atrevimiento. Y, sobre todo, con su cariño, su ternura y sus ganas de complacerla. No tenía arrogancia ni pretendía saberlo todo. Era humilde y le preguntaba por sus deseos. La escuchaba.

Eso era tan bonito.

A lo largo de las horas que compartieron se estableció una intimidad tal entre ellos, que al final de la noche ni siquiera tenían que hablar, parecían entenderse solo con la mirada.

A Alexia nunca le había pasado nada igual.

Se sacó el móvil del bolsillo y le mandó un wasap. La aplicación estaba llena de mensajes entre ambos. La habían utilizado indiscriminadamente durante todo el día, como si tuvieran miles de cosas importantes que decirse, cuando la realidad era que casi todo lo que habían intercambiado fueron emojis tiernos.

Alexia: Ya estamos en la playa. Te esperamos.

Lukas: Diez minutos y estoy ahí.

No pudo reprimir una sonrisa. Diez minutos y volvería a verle.

Dejó el cochecito junto a un banco y bajó a la niña, que parecía entusiasmada por el entorno. Se aseguró de que su anorak estuviera bien abrochado y que no hubiera perdido ninguna manopla. Había varias gaviotas en la arena, cerca del paseo, y Mía agitó los brazos con brío mientras las contemplaba maravillada. Alexia la dejó en el suelo y le sujetó las manitas. Ya había comenzado a dar sus primeros pasos, agarrada. Sabía, porque se lo había dicho Lukas, que había aprendido a ponerse de pie ella sola sujetándose a lo primero que encontraba: una silla, una mesa, una pierna…

Era increíble lo rápido que crecía.

No había nadie más en aquella parte de la playa. Unos cientos de metros más adelante comenzaban los bares y restaurantes, pero en aquella esquina y dado que el Massai, el local de moda de la zona, estaba cerrado, no había nadie más. A lo lejos se veía a una pareja de jubilados que paseaban cerca de la orilla.

Mía pretendía avanzar más deprisa de lo que podían hacerlo sus pies y el nerviosismo la

llevó a dejar escapar gritos. Alexia la llevó hasta la pasarela de madera y dejó que anduviera por allí, conteniéndola para que no bajara a la arena, que era donde estaba el objeto de su interés: las gaviotas. Una de ellas echó a volar y Mía soltó una exclamación.

—Se ha ido la gaviota.

La carita de la niña con la boca abierta por el asombro hizo que Alexia se echase a reír.

—¿De quién es ese niño?

La masculina voz a su espalda la llevó a girarse con brusquedad. Su rostro se oscureció al ver a Borja a unos metros de distancia. Cogió a la niña en brazos y se encaró con él. El enfado se expandió por todo su cuerpo.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Me has seguido?

—¿Quién es ese crío? —volvió a preguntar, señalando a Mía. Llevaba una cazadora negra de cuero sin abrochar. Y debajo, una camiseta de cuello holgado, marcando pectorales, como siempre.

—No te importa —le contestó ella sin dejarse avasallar. Él se interponía entre ellas y el carrito.

—¿Es un crío de esos que cuidas?

—No. Me quedé preñada hace dos días y di a luz ayer —repuso con sarcasmo—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. ¿Me has seguido?

Él se encogió de hombros, sin negar ni afirmar.

—No vuelvas a hacerlo.

—Tengo que hablar contigo.

—Yo no tengo nada que decirte y tampoco me interesa lo que tú puedas decirme.

Estaba muy indignada. No le suponía ningún problema enfrentarse a él y mucho menos desde que tenía la grabación en su poder, pero estaba con Mía y eso no le gustaba nada.

Dio unos cuantos pasos hacia el cochecito. Él se interpuso en su camino y la cogió del brazo. Ella se sacudió para liberarse. Mía parecía asustada y su carita se contrajo.

—Te juro que como hagas llorar a la niña te hago la vida imposible —siseó. Luego abrazó a la pequeña y le dio un besito en la cara—. No pasa nada, amor. Todo está bien.

Borja era indudablemente un imbécil, y cuando ella se puso en marcha de nuevo, trató de sujetarla del brazo otra vez.

Entonces todo sucedió muy deprisa.

Alexia se vio arrastrada hacia un pecho masculino, que las envolvió a ella y a la niña. Pese a que la sorpresa la invadió, sabía a quién pertenecía. Tanto su envergadura como su olor eran inconfundibles. Elevó la cara y se encontró con la mirada aguamarina de Lukas que despedía chispas de ira.

—¡Ni se te ocurra tocarlas! —dijo con voz ronca y amenazadora.

Nunca le había visto tan cabreado. Todo su cuerpo estaba en tensión —podía notarlo a través de su ropa—, y un rictus duro y poco familiar deformaba sus facciones.

Le recordó a un animal salvaje defendiendo a su cría.

Borja cometió el error de ponerse chulito. Dio un paso hacia delante y trató de plantarle cara a Lukas. Eran los dos igual de altos, pero Borja era más fornido. Quizá debió de pensar que su superioridad física intimidaría al otro, pero Lukas se irguió y compuso una mueca desafiante mientras daba un paso y se enfrentaba a él sin vacilaciones.

Alexia no pudo evitar compararlos. Quizá no era del todo objetiva, pero el camarero del

Go le pareció un machito gilipollas mientras que Lukas tenía un aspecto imponente.

—¿Quién cojones eres tú? Esa es mi chica —masculló el imbécil de Borja.

—¿Tu chica? —Lukas se rio con mordacidad—. Ah, vale, ya sé quién eres. Eres el tipo de las drogas —dijo con desdén—. Te equivocas en una cosa. Las dos son mis chicas.

Borja frunció el ceño. Parecía dispuesto a decir algo más, pero Alexia salió de detrás de Lukas y le tendió a Mía, que había comenzado a llorar sin consuelo.

—Déjame a mí —le pidió en un susurro.

Él cogió a la niña y la miró con preocupación, pero ella le sonrió para transmitirle tranquilidad.

—Será solo un momento —le aseguró. Luego se acercó a Borja que había cambiado la expresión de su cara y sonreía triunfal, como si ella hubiera tomado una decisión y le hubiese escogido a él—. Borja, este es el padre de la niña y… mi novio. Creo que será mejor que te vayas y nos dejes en paz.

La mirada de ojos verdes se nubló, y cuando hizo amago de alzar la mano para volver a sujetarla, Alexia perdió la paciencia. Le dio un manotazo y se apartó. Luego, antes de que él pudiese aproximarse de nuevo, se sacó el móvil del bolsillo.

—Creo que deberías escuchar esto —le dijo.

Él la miró con suspicacia.

Le dio al *play* y la conversación que habían tenido en Los Jazmines hacía unas semanas se escuchó claramente.

En un primer momento, Borja no reaccionó de ninguna manera, pero según transcurrían los segundos, su rostro iba mostrando su enfado.

—¿Solo pasas en el Go o en más sitios?

—Principalmente en el Go.

—¿Y lo sabe el gerente?

—¿Cómo lo va a saber?

—Mierda —farfulló e hizo un amago de quitarle el móvil, pero ella se alejó deprisa.

—Esta no es la única copia. Se lo he pasado a unas cuantas personas más.

—Eres una hija de puta —masculló entre dientes.

Lukas soltó un exabrupto. Alexia se dio la vuelta y vio que todavía estaba intentando calmar a Mía, pero que la observaba alterado. Le hizo un gesto con la mano. Tenía la situación controlada.

—¿Tú crees que soy una hija de puta? Puede ser. —Se giró de nuevo hacia Borja—. Solo te voy a decir una cosa, como me sigas molestando le envío la grabación al gerente del Go. Ya sabes lo que opina de que se meta mierda en su local. Y también sabes que es el presidente de la Asociación de Locales de Ocio de Benidorm y puede conseguir que no te contrate nadie en toda la ciudad. Tú mismo. —Se encogió de hombros con displicencia.

Alexia sabía que Borja adoraba Benidorm y que no entraba en sus planes marcharse. No solo se había comprado un piso hacia poco y había invertido casi todos sus ahorros en la reforma, sino que allí tenía todo su círculo de amigos.

—Eres una zorra —siseó.

—Sí. Lo soy —respondió y le envió una sonrisa lobuna con suma satisfacción.

Le vio ponerse lívido y apretar los puños, furioso. También vio el instante en el que se dio cuenta de que había perdido. La derrota asomó a sus iris.

Por enésima vez se preguntó qué demonios había visto en ese energúmeno para acostarse con él.

Solo unos segundos después, él se dio la vuelta y se alejó con paso rápido, dando grandes zancadas coléricas, como si alguien le persiguiera. Alexia le siguió con los ojos hasta que dobló una esquina. No fue consciente de lo tensa que estaba hasta que su figura desapareció del todo. Soltó un sonoro suspiro y se giró.

Lukas y ella se miraron por encima de la cabecita de Mía, que parecía haberse calmado y tenía la carita enterrada en el cuello de su padre.

—¿Estás bien? —le preguntó él en voz queda.

—Sí. ¿Cómo está Mía? —inquirió ansiosa, aproximándose.

La niña levantó la cabecita y al verla, le tendió los brazos.

—Mama.

Alexia se quedó paralizada y lanzó una ojeada nerviosa a Lukas. Quizá a él no le gustara que su hija la llamase así.

—Se lo dice a todo el mundo —explicó deprisa.

—¿Te molesta que te lo diga? —inquirió él. Esbozaba una sonrisa.

—No… No sé. Quizá a ti no te guste.

La niña seguía empeñada en que su padre la soltara.

—Mama, mama, mama, mama.

—Por Dios, con tanta insistencia, no puedo negarme —se rio él. Y le tendió a Mía.

Ella la cogió y le dio un beso en la mejilla.

—Tú y mi madre sois lo más parecido a una madre para Mía —continuó él en voz baja. Había desviado la vista hacia el mar y se había metido las manos en los bolsillos de la cazadora.

A Alexia esas palabras le encogieron el corazón, pero no dijo nada. Se limitó a mirarle de soslayo. Vestía de modo informal con vaqueros, botas de cordones y una sudadera negra bajo la cazadora de cuero. El viento le había alborotado el cabello.

Parecía triste.

Quería acercarse a él y besarle, pero se contuvo. La sensación de culpabilidad por todo lo sucedido se abría paso en su interior y amenazaba con ahogarla. Por más que había tratado de que sus dos mundos no colisionaran, había vuelto a fracasar.

Mía empezó a forcejear, insistiendo en que la soltara.

—Solo quiere caminar —murmuró. Y dejó a la niña en el suelo.

Lukas se acercó a ellas. Cogió una de las manitas de Mía y dejó que Alexia cogiera la otra. Echaron a andar por la pasarela de madera, siguiendo el ritmo torpe de la niña, cuyo afán era acercarse a las gaviotas que se reunían cerca de la orilla.

—Lo siento mucho —dijo Alexia al cabo de unos segundos de silencio.

—¿Qué sientes?

—Que ese imbécil haya asustado así a Mía —dijo, apesadumbrada—. Me siento fatal, pero te prometo que no va a volver a pasar.

—No creo que vuelva a molestarnos —dijo él con convicción—. Muy astuta con la grabación. Como en las películas.

No pudo responder porque Mía empezó a chillar emocionada cuando las gaviotas echaron a volar todas juntas. Sus gritos llenos de entusiasmo hicieron que ambos se rieran.

—Está feliz —dijo Lukas. Giró la cara y la miró con los ojos brillantes.

Ella le correspondió con una sonrisa y, de nuevo, las ganas de besarle la sobrepasaron.

Como si le hubiera leído los pensamientos, él cogió en brazos a Mía, que seguía mirando al cielo, hacia las aves que volaban sobre ellos, señalándolas con las manos. Con el otro brazo atrajo a Alexia hacia su torso, que se dejó atrapar sin oponer ninguna resistencia. Con rapidez,

inclinó la cabeza y le robó un beso.

En realidad, no fue un robo.

—Me ha encantado eso de que dijeras que soy tu novio. Dilo otra vez, anda.

Ella rio contra su boca.

—Novio.

—Otra vez.

—Novio.

—Otra vez.

Alexia soltó una risa.

—Tonto.

—Qué chica más cruel.

Se besaron de nuevo.

Mía metió una de sus manos envuelta en la manopla entre sus caras, interrumpiendo los besos.

—¡Está celosa! —exclamó Lukas, mirando a su hija con sorpresa.

—Normal. Yo también lo estaría si una chica guapa intentara besarte.

—No lo estés. No me interesan otras chicas que no seas tú.

Sabía que estaban bromeando, pero aquellas palabras la llenaron de calor.

Mía giró la cara de su padre hacia dos gaviotas que se habían posado cerca de ellos y luego las señaló con la mano.

—Parece que le da igual que nos besemos —comentó él sonriente—. Lo que quiere es una gaviota. Vamos.

Le pasó un brazo por encima del hombro y ella se agarró a su talle. Echaron a andar hacia las aves mientras la niña emitía gritos de felicidad.

Capítulo 25

Lukas

Enero dio paso a febrero y febrero a marzo. Los días eran fríos y húmedos, pero ellos tres se encontraban en una confortable burbuja de calidez.

Mía pronto cumpliría un año y pensaban celebrarlo por todo lo alto. De eso se encargaban sus padres. Era su primera nieta, así que había que tirar la casa por la ventana. Estaban preparando la fiesta del siglo.

Y había más cosas que celebrar, porque Alexia había aprobado todas las asignaturas de ese trimestre. Y, gracias a él, también había sacado una nota bastante aceptable en Inglés.

Los fines de semana se habían convertido en un acontecimiento familiar. Pasaban los sábados los tres juntos hasta que ella se iba a trabajar. Y la mayoría de los domingos subían al chalet para estar un rato con su familia, que había acogido a Alexia como si fuera una hija más, tal y como era su costumbre. Su madre le había confesado que estaban todos muy felices porque, gracias a esa chica, él había vuelto a ser el antiguo Lukas y había recuperado la ilusión.

Sí. Así era como él se sentía: lleno de vida y con muchas ganas de hacer cosas.

Incluso su odioso trabajo ya no le parecía tan odioso. No era el lugar en el que pensaba quedarse de por vida, pero mientras Mía fuera pequeña, era ideal. Así que había decidido ser más positivo. A fin de cuentas, trabajar en un periódico, aunque fuera regional, era un buen dato para engrosar su currículum.

Alexia le había hecho plantearse su vida de otra manera, le había hecho ver lo afortunado que era con lo que tenía y le había aportado una estabilidad que necesitaba con urgencia.

Durante esos meses habían construido una relación sólida, llena de complicidad y muy intuitiva. Apenas necesitaban palabras para entenderse, solo una mirada bastaba. Ambos se complementaban a la perfección.

Era imposible para él no comparar lo que tenía con ella con lo que había tenido con Eva. Con su ex no se había tomado nada en serio, habían discutido por chorradas y se habían separado mil veces solo porque uno de los dos no había querido seguirle la corriente al otro. Los dos habían carecido de madurez emocional.

Con Alexia todo era diferente.

Las circunstancias de la vida los habían llevado a ambos a madurar muy deprisa. Habían aprendido a base de golpes y caídas a tener paciencia, tolerancia y a valorar lo importante. Lukas era muy consciente de que había una personita que tenía absoluta prioridad sobre todas las cosas. Alexia también.

Adoraba cómo ella siempre incluía a Mía en todos sus planes. Ya fuera un paseo, una comida, una tarde de televisión o una cena de pizza, siempre estaba pendiente de la niña. A Lukas le encantaba observar cómo interactuaban la una con la otra. Fue Alexia la que se encargó de forrar su casa de protectores de bebés. Ya no había ni un solo tirador, pico, borde o enchufe que estuviera desprotegido, a la espera de que Mía diese sus primeros pasos, algo que no iba a tardar mucho en suceder porque la niña era muy valiente y atrevida y se movía a toda velocidad apoyándose en el sofá o en las sillas. Crecía tan deprisa que daba vértigo. Tenía ya un extenso repertorio de palabras, extraordinario para una niña tan pequeña, aunque su monosílabo favorito era *No*, que utilizaba indiscriminadamente para cualquier cosa, algo que tanto a él como a Alexia

les resultaba muy gracioso.

Sonrió sin poder evitarlo cuando la imagen de su hija con la carita enfurruñada acudió a él. Tenía mucho carácter.

—¡Lukas!

El grito de Alexia le sacó de sus cavilaciones. Se incorporó deprisa, pensando que algo había sucedido.

—¡Trae el móvil! —volvió a exclamar ella con un tono más moderado.

Cogió el teléfono de encima de la mesa y se encaminó al dormitorio, dejando atrás el portátil y el artículo en el que llevaba un rato trabajando a medio escribir.

Se encontró a Alexia cerca de la puerta, en cuclillas, y a Mía de pie, con las manitas apoyadas en la cama y un gesto resolutivo en la cara.

—Grábalo, porque creo que estamos a punto de ver sus primeros pasos —le dijo ella en un susurro.

Él se apresuró a enfocar el móvil hacia su hija y comenzó a grabar.

Justo a tiempo.

Mía se soltó y permaneció quieta un par de segundos hasta que, de pronto, echó a andar sobre sus tambaleantes piernas hasta llegar a Alexia, que la cogió en brazos con una risa de felicidad.

Lukas notó que sus ojos se humedecían. ¡Dios! Todo lo que hacía su hija le emocionaba sobremanera.

—¡Mía! ¡Qué bien! ¡Qué niña más valiente! —dijo, agachándose a su lado y abrazando a las dos.

Habían sido unos ocho pasos nada más, pero Mía tenía una sonrisa enorme, como si supiera que había alcanzado un hito importantísimo. Sus seis dientecitos, cuatro arriba y dos abajo, quedaron al descubierto.

—Muy bien, Mía —decía Alexia una y otra vez—. Ha sido una pasada.

Se giró para mirarle y él se dio cuenta de que estaba tan conmovida como él.

La besó en la frente.

—Tengo que mandarle el vídeo a mis padres y a mis hermanos.

La niña se soltó y regresó a la cama con pasos inseguros. Luego los miró como esperando sus alabanzas.

Ambos se rieron.

—Estoy feliz de poder compartir contigo estos momentos —dijo él, incorporándose y tirando de ella para que se pusiera de pie también.

Alexia le abrazó y le dio un beso rápido en los labios.

—Yo también estoy feliz de formar parte de estas cosas. Mía me está ayudando a sanar algunas viejas heridas.

Él asintió con seriedad.

Lo sabía.

Lo sabía porque no era la primera vez que hablaban del tema. Alexia le había confesado que había comenzado a ver su pasado de otra manera, que poco a poco podía recordar a sus hermanos sin sentir ese terrible y asfixiante dolor. Ahora, cuando hablaba de ellos —algo que sucedía de tanto en tanto—, lo hacía con cariño y dulzura. La amargura del principio se había suavizado.

No quería atribuirse el mérito de aquello. Estaba seguro, tal y como ella acababa de decir, que se trataba de su creciente afecto por Mía. Y solo eso.

—Voy a mandar el vídeo, a ver qué les parece.

—Van a alucinar —repuso. Luego se encaminó hacia la pequeña. La cogió en brazos y le demostró su alegría dando unas vueltas con ella que hicieron reír a la niña.

La reacción al vídeo no se hizo esperar demasiado.

Tony: Mi nieta es la mejor del mundo. Voy a tener que alejar a los chicos a puñetazos.

Anna: Qué bonitos primeros pasos! <3

Diego: Me encanta. Es un dulce. Cada día se parece más a ti.

Juls: Por favor, qué monada!

Jorge: Le tiemblan un poco las piernas, no? Jajaja. No, en serio, es genial.

Erika: Igual de mona que yo cuando era pequeña. Va para modelo, mirad qué estilazo.

Iván: Jo, tío, qué emoción! Manda más vídeos.

Una sonrisa se instaló en su boca al leer las respuestas. Volvió a ver el vídeo una y otra vez mientras se dirigía al salón para terminar su artículo. Alexia había comenzado a cantarle la canción esa que tanto le gustaba a Mía, la de los alpinos, y su voz alegre llenaba el ambiente del piso.

Sí. Era afortunado.

No le habían puesto nombre a lo que tenían, ¿para qué? Daba igual si eran novios, amantes, pareja o familia. Ambos estaban satisfechos con la situación, se llamara como se llamara.

Era sábado y Alexia tenía que trabajar, así que se dio prisa en terminar el artículo para poder pasar las horas que les restaban libres los dos juntos. Se había comprometido a escribir sobre las pésimas condiciones en las que se encontraba una urbanización de viviendas unifamiliares en Denia. El día anterior se había desplazado hasta la localidad para hablar con los vecinos afectados, y ahora solo tenía que redactar el texto que debía entregar el lunes a primera hora.

Se concentró en la pantalla.

Solo media hora después releía lo escrito y lo editaba hasta que se dio por satisfecho. Hacía ya un rato que las voces de Alexia y Mía no se escuchaban, por lo que era probable que la niña se hubiera quedado dormida.

Apagó el portátil y fue al dormitorio.

Mía dormía en su cuna y Alexia estaba tumbada en la cama, leyendo. Cuando le vio entrar dejó el libro electrónico a un lado.

—¿Qué lees? —le preguntó él, tendiéndose junto a ella.

—Una novela de suspense —contestó.

Lukas la miró interesado. No era objetivo en absoluto, pero ¿no estaba especialmente guapa con el pelo suelto esparcido por la almohada? La luz de esa tarde soleada que entraba por la ventana ponía de manifiesto la tersura de su cutis. Dejó que uno de sus dedos resbalara por su mejilla.

—Sigue leyendo, si quieres, y no me hagas caso.

—¿Crees que puedo leer cuando te tengo tan cerca y sé que me estás mirando?

Él dejó escapar una risa traviesa. Se acomodó a su lado y le pasó un brazo por encima del estómago mientras apoyaba la cabeza en su pecho.

—¿Qué ha dicho tu familia del vídeo? —preguntó ella.

Se sacó el móvil del bolsillo y se lo dio.

—Míralo tú misma.

Poco después, la que reía bajito era ella. Pudo sentir las vibraciones de su risa bajo su

oreja.

—Típico de ellos.

—Sí.

Después de eso, permanecieron en silencio. La mano de Alexia había comenzado a acariciarle el cabello. Sus movimientos eran tan pausados que Lukas suspiró satisfecho. Si alguien le hubiese dicho solo hacía seis meses que iba a estar así con ella, no lo hubiese creído. El destino tenía un sentido del humor curioso, propiciando que las personas más dispares se unieran.

Era indudable que el destino estaba a su favor, porque nunca había sido tan feliz.

—¿Qué piensas? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Nada en particular.

—Mentiroso.

Él rio.

—Vale, sé que va a sonar muy cursi, pero estaba pensando que soy feliz.

—¿Es por lo de los primeros pasos de Mía?

Alzó la cabeza y la miró con atención. Ella tenía una expresión de fingida inocencia, pero sus ojos refulgían.

—Sí. Es solo por eso.

—Vale —repuso ella con indiferencia.

—Pues vale.

—Pues eso.

Se mordió los labios para no soltar una estridente carcajada. Miró la cunita de reojo. Mía dormía plácidamente y no se había movido ni un centímetro.

—¿Nos vamos al salón? —propuso.

Era una propuesta indecente y ambos lo sabían.

—Me llevo el Kindle para seguir leyendo.

—Claro. Me parece bien.

Se pusieron de pie, muy dignos, intentando aguantar una risita. Lukas cogió el vigila bebés y la caja de condones de la mesilla y ella, su libro electrónico.

No esperaron a alcanzar el salón. En el pasillo ya se estaban besando.

—¿Crees que conseguiremos llegar hasta el sofá? —jadeó ella tras unos segundos de ansioso frenesí.

—No.

Una carcajada ahogada rompió el silencio que se respiraba en el piso.

—Silencio. Como Mía se despierte se acabaron los jueguecitos —advirtió él.

—Si se despierta, la duermes tú.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, se separaron y se encaminaron al salón. Lukas cerró la puerta y puso el vigila bebés sobre la mesa, después se dirigió a ella con pasos largos y mirada depredadora.

Alexia había tomado asiento en el sofá con las piernas cruzadas debajo de su cuerpo. Tenía el libro electrónico en las manos y fingía leer. Su cara era una mezcla de diversión y fingida concentración. Él se detuvo frente a ella y se quitó la sudadera con un contoneo sensual. No llevaba nada debajo. Después, se deshizo también de sus pantalones de chándal y sus bóxers. Desnudo y excitado, la contempló a través de las pestañas.

Ella no había apartado la vista de la pantalla de su libro, pero el tono de su tez se había oscurecido y su respiración se había acelerado.

—Mira el regalito que tienes delante —dijo él, haciendo una pose de culturista.

No tenía sentido del ridículo con ella.

—¿Qué es esto? ¿Lo que pides por internet y lo que de verdad te llega? —ronroneó ella con intención.

—¡Ja! Sé que te encanta lo que te ha llegado. Mírame bien y dime si no me parezco a Timothée Chalamet —adujo con displicencia.

Ella adoraba a Chalamet —desde que estaban juntos había insistido en ver *Call me by your name* cuatro veces—, y él sabía que se daba un ligero aire al famoso actor. Su cuerpo era delgado y fibroso, sus facciones angulosas y sus ojos claros.

Alexia dejó el libro electrónico en la mesa, se incorporó sobre las rodillas y le echó los brazos al cuello, pegándose a él.

—Mi Chalamet —murmuró justo antes de apoderarse de su boca.

Los besos con ella eran una delicia y estaban repletos de matices. Lukas todavía no había encontrado una definición que los describieran correctamente. Podían ser suaves y tiernos, para convertirse en pasionales y fieros solo un segundo más tarde. A veces, eran dulces como la miel o picantes y ardientes, y le robaban el aliento. Alexia era una maestra del beso.

—Me encanta cómo me besas —le susurró ella a escasos milímetros de la boca.

—Estaba pensando lo mismo.

—Vaya, pues sí que tenemos suerte de habernos encontrado.

Sus alientos volvieron a mezclarse.

Y sus ganas de más también.

Alexia se echó hacia atrás y, tal y como él había hecho antes, se despojó de su jersey y sus pantalones y los arrojó a un lado. Su ropa interior, unas sencillas bragas de algodón de la pantera rosa, sufrió el mismo destino que el resto de las prendas y terminó en el suelo. Luego se pegó a él con deliberada parsimonia y enterró la cara en su cuello para besarle el lateral de la garganta.

A Lukas se le puso la carne de gallina y su miembro vibró de impaciencia al sentir toda esa carne desnuda envolviéndole. Alexia era la voluptuosidad en persona y, pese a que su cuerpo y su cálida piel ya no le eran desconocidas, seguía sintiéndose como si sus caricias y sus abrazos fueran algo nuevo. Seguía trepidándole el abdomen cada vez que ella se desnudaba y se entregaba por completo.

Sí, así de pillado estaba.

Solían hacerlo en el sofá debido a que Mía era la dueña y señora del dormitorio, así que no les resultó demasiado complicado encontrar una postura cómoda para ambos. Terminaron tumbados uno frente a otro. Ni un soplo de aire hubiese cabido entre sus cuerpos.

—¿Te he dicho alguna vez que eres preciosa?

—Cientos de veces.

—Pues lo repito.

—Si pretendes decirme cosas bonitas para llevarme a la cama, no hace falta.

—Qué fácil eres.

—Ni te lo imaginas.

—¿Y yo? ¿No soy yo un chico muy atractivo?

—Del montón.

—¿Del montón? ¿Pero tú has visto mi cuerpazo y mi cara? Soy espectacular. ¿No has dicho que me parecía a Chalamet?

—Te das un aire, pero él es mucho más guapo.

—¡Ja! Ya le gustaría a Chalamet tener mi carisma.

—Si tú lo dices.

Volvieron a besarse.

La erección de Lukas había encontrado un hueco justo entre los muslos cerrados de ella. Vibraba ansiosa, pero no tenía prisa. Adoraba esas conversaciones tontas y susurradas que solían intercambiar antes de hacer el amor. Y sabía que ella también las disfrutaba.

—¿Cuál es tu país favorito?

—Alemania. La cuna de mi madre.

—¿Has ido alguna vez?

—Sí. Muchas veces. Mis abuelos viven allí. ¿Y el tuyo?

—Australia.

—¿Has estado?

—Nunca he salido de España.

—¿Por qué te gusta, entonces?

—Porque está lleno de desiertos. Viajo mucho allí, yo sola.

—Creía que no habías salido de España.

—Viajo a través de Google Maps. En Australia puedes recorrer miles de kilómetros y no encontrar una sola persona. Me imagino al conductor del coche de Google, viajando en solitario y atravesando todas esas carreteras desiertas hasta llegar a un lugar donde, repentinamente, aparece alguien —se interrumpió y compuso una mueca—. Hay un supermercado a las afueras de un pueblo llamado Coolgardie, en el que hay una señora en la puerta. Debió de ser como una fiesta para ese pobre hombre descubrir de pronto a esa mujer.

La miró con los ojos entornados, estupefacto. Cada vez le fascinaba más esa chica.

—¿En serio has descubierto eso?

—Sí.

—Flipante.

—Ah, y también me gustan los canguros.

—¿Es tu animal favorito?

—Uno de ellos.

—¿Cuáles son los otros?

—Las cebras.

De nuevo, los besos interrumpieron su absurda conversación. Sus cuerpos permanecían enardecidos, pero ninguno trataba de ir más allá. Solían llevarse al límite antes de hacerlo.

—Pensé que te molaban los leopardos.

—¿Y eso?

—Por lo de *chica leopardo* del Go.

—Ah, era simple maquillaje, en plan disfraz.

—Pues me gustó.

Más besos. Delicados y tiernos. Y alguna caricia más osada. Lukas subió la mano hasta uno de sus pechos y lo apretó con delicadeza. Ella gimió.

—No quiero que te vayas a trabajar.

—No me queda más remedio. Tengo que ganar dinero.

—¿Y si te pago yo?

—¿Con qué? ¿Con besos?

—Mis besos valen más que todo el dinero del mundo.

—No exageres. Tus besos no están mal, pero donde esté un buen fajo de billetes…

—¿En serio los cambiarías por pasta?

—Depende de la cantidad. Por uno o dos euros, no, pero si me dieran diez…

—¿Diez euros? ¿Solo eso? Qué superficial eres.

—Es que cuando hay necesidad…

—Ya.

Otro beso.

—¿Y tú? ¿Por qué cosa cambiarías mis besos?

—Por nada del mundo. Podría vivir del aire si me besaras todos los días.

Ella hundió la cara en su cuello mientras todo su cuerpo se sacudía por la risa. Él se contagió y terminó riendo también.

Todo era ridículo y al mismo tiempo muy especial.

—Creo que deberíamos…

No pudo continuar porque la mano de ella había agarrado su sexo con solidez. Un estremecimiento placentero le recorrió la espalda.

—Hablas demasiado, Lukas Alba. No sé lo que ibas a decir, pero yo sí que creo que deberíamos follar.

—Qué vulgar eres —dijo con un jadeo.

—Y a ti te encanta.

Su mano comenzó a bombear arriba y abajo, provocándole un gemido.

Estar con Alexia era una jodida maravilla.

Su móvil empezó a sonar.

—¡Mierda!

Llevaba la canción de *Smell like teen spirit* de Nirvana. Y sabía que en solo unos segundos la melodía empezaría a subir de volumen.

—Cógelo antes de que se despierte Mía —le instó ella, empujándole.

Se levantó a toda prisa y fue hacia la mesa de comedor, donde había dejado el móvil antes.

Número desconocido.

Tuvo ganas de desconectarlo, pero en un impulso aceptó la llamada. Como fuera alguien de alguna compañía telefónica le iba a mandar a la mierda.

—¿Sí?

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

Alexia se había incorporado en el sofá y le miraba con la cabeza inclinada. Estaba muy sexi con el cabello alborotado cayéndole sobre los desnudos pechos. Las ganas de continuar donde lo habían dejado le invadieron.

—¿Sí? —repitió con impaciencia.

De nuevo solo recibió silencio. Puso los ojos en blanco y se apartó el aparato de la oreja, dispuesto a colgar.

—Lukas, soy Eva.

Capítulo 26

Alexia

No tenía ni idea de quién podía estar al otro lado de la línea, pero la cara de Lukas mostraba que no era alguien con quien le hubiese apetecido hablar. Se había puesto pálido y un rictus deformaba sus facciones. Había retrocedido hasta que sus piernas chocaron con una de las sillas, sobre la que se dejó caer, desmadejado. Su erección se había desinflado con rapidez.

Alexia le observó preocupada. Él se limitaba a escuchar con la mandíbula apretada y una mano apoyada en su rodilla, como si le costase sostener el peso de su cuerpo.

Se levantó y se vistió con el largo jersey que se había quitado antes. El estar desnuda en esa situación le parecía inapropiado.

Tenía un mal presentimiento.

Vio como él asentía, pero sin abrir la boca.

La tensión en el ambiente era palpable.

—Bien. Voy para allá.

Esa fue la única frase que pronunció. Luego dejó el móvil sobre la mesa y hundió la cabeza en los hombros mientras soltaba un gemido angustiado.

Alexia se acercó y le puso una mano en el hombro, rozándole apenas. Solo quería que supiera que estaba ahí, en caso de necesitarla. Notó su rigidez bajo la palma de la mano y el calor de sus músculos que parecían a punto de estallar.

Permanecieron en silencio hasta que él, por fin, alzó la cara y la miró. Su expresión estaba nublada y sus ojos, opacos, como si acabase de presenciar la situación más desagradable de su vida. Su piel había adquirido la palidez del mármol.

—Era Eva.

Esas dos palabras, pronunciadas en un tono casi estrangulado, entraron en su canal auditivo y se escurrieron dentro de ella, rebotando con fuerza en las paredes de su cuerpo. Tardó en comprender su significado, entumecida como estaba.

Eva.

La ex de Lukas.

La madre de Mía.

Hasta ese instante había sido solo un nombre, una presencia incorpórea de alguien que solo existía en retazos de conversaciones, pero no una persona de carne y hueso.

Eva.

Tragó saliva y se recompuso con rapidez.

—¿Qué quería? —preguntó. Su mano apretó el hombro de él con más firmeza.

—Quiere ver a Mía.

Sonaba derrotado.

—Ya.

De nuevo, el silencio. Silencio que fue roto unos segundos después por una carcajada seca que emergió de la garganta de Lukas. Tenía la mirada extraviada, como si se encontrase muy lejos de allí.

—Es irónico —dijo, al tiempo que meneaba la cabeza—. No tiene sentido.

Alexia no supo qué decir. Ella misma estaba en shock.

—Estoy en shock —dijo él, verbalizando los mismos sentimientos de ella—. Todavía no puedo creerme que acabo de escuchar su voz. Y está aquí, en Benidorm. Quiere ver a la niña.

Se alborotó el cabello y bajó la mirada a su regazo. De pronto, pareció darse cuenta de que estaba desnudo, porque se levantó y cogió su ropa del suelo. Se puso la sudadera y el pantalón, prescindiendo de la ropa interior. Dio unos paseos irregulares por el salón, sin rumbo, hasta que se detuvo frente a la cristalera del balcón.

—Está en el Asia Gardens. Me ha pedido que vaya a verla para hablar.

¿El Asia Gardens? Era un lujoso complejo hotelero de estilo asiático con diversas piscinas, restaurantes, spa, jardines tropicales y suites de ensueño al estilo balinés. Solían frecuentarlo los ricos y famosos. Por lo que ella sabía, el precio por habitación rondaba los cuatrocientos o quinientos euros la noche; las suites llegaban a alcanzar los tres mil euros.

¿La ex de Lukas se alojaba allí?

Tomó asiento en una de las sillas, tratando de calmarse. La noticia de que Eva había regresado a la vida de Lukas la había afectado mucho más de lo que había creído. Estaba confundida.

—¿Qué te ha dicho exactamente?

Él se dio la vuelta y la miró con expresión sombría. Ella nunca le había visto así. Mostraba una curiosa calma vacía que no terminaba de encajar con su carácter.

—Llegó ayer, y creo que no ha venido sola porque ha dicho nosotros. Dice que ha llamado a sus padres hace un rato para decirles que estaba aquí y luego me ha llamado a mí. Quiere hablar conmigo en persona y ver a Mía. Y eso es todo. No se ha disculpado por largarse de ese modo. Ni siquiera lo ha mencionado. —Hizo una pausa y se frotó los ojos—. Ha sido raro.

—¿Cómo estaba?

—Distante. No parece la misma chica que yo conozco. Me ha costado reconocerla.

—¿Y cómo estás tú?

Él volvió a soltar una risa áspera.

—Ni idea. Tengo la sensación de que esto no me está pasando a mí, es como si estuviera viendo una película.

—¿Qué necesitas de mí? —inquirió.

Él enfocó la vista en ella y su gesto se tornó más cálido. Se acercó de unas zancadas y se acuclilló frente a ella al tiempo que posaba las manos sobre sus desnudos muslos.

—Necesito que te quedes con Mía hasta que yo vuelva. Estaré aquí a tiempo para que puedas ir a trabajar.

—Puedo llamar al trabajo y decir que estoy enferma. Tú tómate el tiempo que necesites.

Él cerró los ojos y negó, rechazando su oferta.

—No puedo pedirte eso.

—No me estás pidiendo nada, te lo estoy ofreciendo yo.

Durante los últimos meses había llegado a conocerle lo suficiente para saber que, cuando volviera, lo último que necesitaba era estar solo. Lukas era un ser muy sociable que no disfrutaba de su soledad. Necesitaba compañía. Necesitaba hablar de sus problemas.

Él vaciló, pero terminó por asentir con lentitud. Luego, se arrodilló y se instaló entre sus muslos, apoyó la frente en su abdomen y la abrazó. Su aliento caliente traspasó la tela de su jersey y le llegó al vientre. Aquello la conmovió sobremanera. Parecía muy frágil y vulnerable, como si le hubieran arrancado el suelo de debajo de los pies. Le acarició el cabello con dulzura.

—¿Qué hago si quiere llevarse a Mía? —preguntó muy bajito.

Alexia apretó los labios con desmayo. No había querido pensar en esa posibilidad que,

por supuesto, existía. A fin de cuentas y pese a su horrible comportamiento, era su madre.

—Mírame, Lukas.

Él lo hizo. Sus ojos brillaban llenos de angustia. Era obvio que su compostura se sostenía solo por un fino hilito y que estaba a punto de romperse.

—Escúchame. Nadie. Y repito: *nadie* —enfatizó mientras le acunaba la cara con las manos— va a llevarse a Mía. Mía es tuya. ¿Me oyes? Tuya. Nadie te va a quitar a tu hija.

Estaba convencida de ello. Era un padre excepcional y lo había demostrado.

Él cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca antes de desviar la vista hacia el monitor del vigila bebés. La niña dormía en su cuna, ajena a todo.

—Sí. Tienes razón —dijo. Acto seguido tragó saliva y agitó la cabeza, como si necesitara despejarse—. Ha sido solo un momento de debilidad, pero ya estoy bien.

—No hace falta que te hagas el fuerte. Conmigo puedes ser débil y romperte en mil pedazos —le dijo con intensidad—. Yo estoy aquí para ayudarte a recomponerte, si es eso lo que necesitas.

Carraspeó al darse cuenta de que su voz flaqueaba. No sabía por qué estaba tan emocionada de repente. Esa puñetera llamada no solo le había desestabilizado a él. Tuvo ganas de repetir cientos de fechas en silencio hasta recuperar la calma, pero no había tiempo de eso. Lukas la necesitaba entera.

Él la miró y fue como si una corriente eléctrica la traspasara. Había tal confianza en sus ojos y tanto… ¿amor? que el corazón le dio un vuelco. Sintió unas ganas enormes de abrazarle y no volver a soltarle.

—Gracias —susurró él. Luego le sujetó la nuca con la mano y la obligó a bajar la cabeza hasta que sus bocas se encontraron.

Pese a que el beso fue tierno y suave —apenas una ligera caricia—, resultó profundo e íntimo, como una confesión o una promesa.

—Me voy a ir —bisbiseó él, separándose unos milímetros.

—Te espero aquí. Tómate el tiempo que necesites.

Le acarició la mejilla. Estaba áspera porque no se había afeitado desde hacía unos días. Pese a que a Mía no le agradaba, a ella sí. Adoraba esa incipiente barba que le arañaba la piel en cada beso.

Él se incorporó con reticencia y echó a andar camino del dormitorio

Alexia se quedó quieta, con las manos hundidas en el regazo que, después de su marcha, se sentía vacío. De hecho, toda ella se sentía vacía. No era capaz de hilar ni un solo pensamiento coherente. Solo una frase se repetía una y otra vez en su mente, como una letanía.

La madre de Mía había regresado.

Sus ojos se clavaron sobre el monitor. Lukas deambulaba por el dormitorio con sigilo mientras se vestía. La niña no se había movido ni un milímetro.

Irguió la barbilla y trató de recuperar su aplomo, respirando hondo. Luego se puso de pie, cogió sus prendas de donde las había dejado caer y se las puso. También se recogió el pelo en una coleta. Ya vestida y peinada se sintió menos insegura. Tener el control sobre su aspecto exterior le ayudaba a mantener a raya su estado de ánimo.

Lukas apareció en el umbral de la puerta. Se había puesto unos vaqueros oscuros, un polo negro, unas botas de cordones y llevaba su cazadora de cuero en la mano. No se había molestado en peinarse y el cabello le caía rebelde sobre la frente. Su expresión era sombría.

Incluso así, estaba guapo.

Muy guapo.

Alexia sintió un aguijonazo en el pecho. Sin vacilación, se acercó y le abrazó. Él la estrechó con vehemencia entre sus brazos durante unos instantes antes de apartarse y regalarle una sonrisa. Una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Todo va a ir bien —dijo, pero su voz carecía de convicción.

—Lo sé —repuso ella con la entereza que le faltaba a él—. Mía y yo te estaremos esperando.

Él asintió. Luego se dio media vuelta y se fue. Solo unos segundos después, el sonido de la puerta de la entrada cerrándose llegó hasta ella.

No se demoró. Lo primero que hizo en cuanto estuvo sola fue coger su móvil y llamar al Go. El teléfono sonó unas cuantas veces antes de que alguien contestara.

—Go Beach Club, buenas tardes.

¡Mierda! Era Borja.

—¿Está el gerente? Soy Alexia.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Se escuchaban los ruidos típicos del local: música, risas, voces.

—No está. Ha salido —contestó él con un tono extremadamente borde.

—Vale, pues cuando vuelva dile que esta noche no puedo ir a currar. He tenido un percance y no puedo llegar a tiempo. Díselo.

—¿Qué percance?

—Dile que me llame si quiere saberlo. Adiós.

Cortó la comunicación.

Lo último que deseaba era seguir hablando con Borja.

Desde que se encontraron en la playa aquella fatídica tarde y le mostró la grabación, él no había vuelto a molestarla. Por el contrario, cada vez que sus horarios coincidían en el Go, la evitaba. Sabía por Apolo, que él había ido comentando que se había hartado de ella y la había abandonado. No le importaba demasiado que contase eso, si su orgullo de machito lo necesitaba, a ella le daba lo mismo.

Un idiota menos en su vida.

Fue al dormitorio a echar un ojo a Mía, que seguía dormida. La contempló en silencio, preguntándose si la vida de la niña estaría a punto de cambiar ahora que su madre había vuelto.

No solo la vida de la niña, también la de Lukas.

Y la suya.

Le causaba vértigo saber que la estabilidad de la que disfrutaba dependía por completo de una extraña, de alguien a quien no conocía.

Terminó por encaramarse a la cama, apoyar la mejilla en la almohada y encogerse, mientras dejaba volar su imaginación.

Lukas no hablaba demasiado de Eva. Solo la mencionaba de vez en cuando, de pasada, cuando contaba historias antiguas de reuniones, fiestas o acampadas. Ella siempre estaba presente en esos recuerdos, como una más de la familia. Sin embargo, él no hablaba mucho de los últimos tiempos con ella, ni de su embarazo o de lo que ocurrió después, como si prefiriese olvidar esos meses que fueron malos y mantener en su memoria solo los buenos tiempos.

Alexia se preguntaba en ocasiones si él todavía la añoraba, si sentía algo por ella. A fin de cuentas, no solo era la madre de su hija. Era la chica con la que había estado seis años.

Su primer amor.

Y el primer amor era difícil de olvidar, ¿no?

Ella no había tenido nunca un primer amor. Sus relaciones habían sido esporádicas,

carentes de profundidad y bastante decepcionantes. Era la primera vez que experimentaba un sentimiento genuino con alguien. Era la primera vez que se sentía así, tan plena y feliz. Tan llena de vida y con ganas de comerse el mundo. Efervescente. Eufórica.

Lukas era su primer amor.

Y él sentía lo mismo por ella. Lo sabía.

Pero hasta ese instante, Eva no había entrado en la ecuación.

Se preguntó si él sería capaz de perdonarla, después de todo el daño que le había hecho. Su instinto le decía que sí, que Lukas no podía guardar rencor. Era muy generoso.

Sí. La perdonaría.

Se giró en la cama y clavó la vista en el techo mientras notaba una creciente sensación de desasosiego en el pecho.

¿Qué suponía para ella que la madre de Mía hubiese regresado?

No. La pregunta era otra.

¿Había regresado solo para recuperar a su hija o para recuperarlos a ambos?

Capítulo 27

Alexia

Fue el llanto de Mía lo que la despertó. Sobresaltada, dio un respingo y se incorporó en la cama. Seguía vestida y la habitación estaba a oscuras. Debía de haberse quedado dormida sin encender la lamparita infantil. Su melodía y las formas que proyectaba en el techo tranquilizaban a la niña cuando se despertaba por la noche.

—Mía, bonita. No llores. Estoy aquí —susurró mientras se acercaba a la cunita y la cogía en brazos.

La niña continuó sollozando.

Encendió la lámpara y una musiquita serena se escuchó en el dormitorio. Un cielo de estrellitas azules se reflejó en el techo.

Comprobó que Mía no tuviera el pañal mojado antes de empezar a pasear con ella, meciéndola. No tardó mucho en dejar de llorar y acurrucarse en sus brazos. Sus preciosos ojos azules la contemplaron somnolientos.

Buscó su móvil y lo localizó sobre la mesilla. Cargó el peso de la niña con un solo brazo y lo cogió. Vio que faltaban cinco minutos para las seis de la mañana y que había una notificación sobre su icono de Whatsapp. Era un mensaje de Lukas de hacía unas horas. Lo abrió con prisas.

Lukas: Voy a tardar. No me esperes levantada. Mañana te contaré. No te preocupes, estoy bien.

En cuanto hubo leído las cuatro sencillas frases que deberían haberla tranquilizado, su agitación alcanzó proporciones enormes. Él se había marchado a las seis y media de la tarde y de eso hacía casi doce horas. Frunció el ceño, confusa. ¿Qué habría sucedido? ¿Dónde habría pasado la noche?

Mía debió de percibir su complicado estado de ánimo, porque comenzó a gimotear y a revolverse en sus brazos.

—Todo está bien, rubita —musitó—. No pasa nada.

Empezó a cantarle su canción favorita mientras continuaba dando paseos por el piso y se rompía la cabeza por la ausencia tan prolongada de Lukas.

Quizá la conversación con Eva había sido un desastre y él estaba tan destrozado y triste que no quería volver a casa hasta no encontrarse mejor.

O se había ido a dormir a casa de sus padres o de alguno de sus hermanos. Pero si fuera así, ¿no la habría avisado de dónde estaba?

O quizá, durante el encuentro —y ese pensamiento la llenó de zozobra—, se habían avivado sentimientos pasados entre ellos.

Sin permitir que la preocupación tiñera su voz, continuó canturreando con suavidad hasta que sintió que Mía se quedaba dormida de nuevo. Regresó al cuarto y, con sumo cuidado, la depositó en su cuna y la tapó. Le acarició la mejilla una última vez.

Se dirigió al salón, arrastrando los pies, hasta que terminó frente a la cristalera del balcón. No había mucho que ver, solo un trozo de jardín que pertenecía a la urbanización, a esa hora, a oscuras. Y en el bloque de enfrente, una de las ventanas del último piso estaba encendida. Alguien había madrugado mucho ese domingo.

Se abrazó a sí misma cuando un leve temblor le recorrió la espalda. No tenía frío. Era otra cosa. Era desazón.

Volvió a revisar su móvil, pero nada había cambiado, solo la hora. Eran las seis y media. Demasiado tarde para intentar localizarle. O demasiado pronto.

«¿Y si no está solo?».

Agitó la cabeza para ahuyentar esa voz que se manifestó en su interior. No quería ni pensar en eso, pero una vez que aquella idea acudió a su mente, ya no pudo deshacerse de ella. ¿Y si Lukas y Eva habían pasado la noche juntos? ¿Y si habían hecho más cosas que solo hablar?

No era una persona celosa, nunca lo fue. Sin embargo, también era cierto que nunca se había sentido así con nadie. Lo que había entre Lukas y ella era muy especial.

Se sentó en el sofá, sin encender la luz, y se permitió el lujo de dejar caer su coraza protectora, aceptando que su vulnerabilidad aflorase al exterior. Imaginó que su relación con Lukas terminaba, que él volvía con Eva y que su presencia ya no era necesaria en la vida de Mía.

Mía.

Su niña preciosa con esa carita dulce y esos ojos vibrantes y hermosos.

Un nudo enorme se le formó en la garganta.

El seis de diciembre de mil novecientos setenta y ocho se aprobó la Constitución española.

El veinte de julio de mil novecientos sesenta y nueve llegó el primer hombre a la luna.

Las primeras bombas atómicas cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki en agosto de mil novecientos cuarenta y cinco.

En mil novecientos treinta y uno se proclamó la Segunda República española.

Se detuvo de pronto, siendo consciente de lo que hacía. ¡Volvía a repasar fechas! Era la primera vez en mucho tiempo que recurría a ellas. Los últimos meses habían estado tan llenos de felicidad, entusiasmo y cariño que no había necesitado hacerlo.

Se golpeó el muslo con el puño y respiró hondo varias veces hasta que halló algo de paz. Estaba a punto de ponerse de pie y regresar al dormitorio para vigilar a Mía, cuando escuchó la llave en la cerradura. La puerta de la entrada se abrió y se cerró con un golpe seco.

Aguardó con la respiración contenida, pero él no apareció, así que salió a su encuentro, llena de ansiedad

Lukas estaba reclinado contra la pared del pasillo y tenía la cabeza hundida en los hombros, en una postura poco natural. Había dejado caer su chaqueta al suelo.

—¿Lukas?

Al escuchar su voz, alzó la cara y la miró, pero la penumbra no le permitió distinguir sus rasgos. No obstante, el olor a alcohol que desprendía era muy penetrante.

—Alexia —balbuceó. Y echó a andar hacia ella, tambaleándose—. Perdóname —dijo y la abrazó, mientras apoyaba la frente en su hombro—. Perdóname, por favor…

Le costó sujetarle porque apenas se tenía en pie. Se había dejado caer sobre ella, desmadejado.

—Has bebido —musitó con la nariz arrugada.

—He bebido —admitió.

Era algo tan fuera de lugar y tan poco propio en él que no supo cómo reaccionar.

—Tengo que darte las gracias por todo. Y pedirte perdón. Perdóname, Alexia.

No entendía por qué le estaba pidiendo perdón. ¿Qué había pasado?

Sus miedos crecieron exponencialmente y las ganas de zarandearle le hormiguearon en los dedos, pero él comenzó a repetir frases inconexas, de las cuales ella solo pudo entender el

nombre de Mía.

—Mía está bien. Está dormida. No hagas ruido.

—Shhh… —siseó de un modo muy exagerado—. No hago ruido.

Ella puso los ojos en blanco y le ayudó a llegar hasta el salón. No quiso llevarle al dormitorio porque apestaba a alcohol y era tan ruidoso como un tornado. No quería que despertara a la niña.

Lukas se tiró sobre el sofá y gimió.

—Perdóname.

—Que sí, que te perdono —exclamó, impaciente.

Encendió la lámpara de pie para no andar a oscuras y le quitó las botas. Ni siquiera intentó desnudarle. Dejó que se tumbara y le contempló en silencio, observando los estragos que la bebida había provocado en él. Parecía demacrado y era evidente, por las sombras que había bajo sus ojos, que había llorado.

Le dolió verle así. Mucho.

Cogió la manta que había sobre el respaldo del sofá y le tapó con ella. Luego apagó la lámpara. Él ni se inmutó. Había comenzado a respirar fuerte, como si se hubiera quedado dormido. Le escuchó murmurar algo y se inclinó.

—Eva, Eva…

Se irguió bruscamente y apretó la mandíbula.

¿Era por eso por lo que le pedía perdón todo el rato? ¿Porque se sentía culpable? ¿Qué había hecho para sentirse así? ¿Había acertado pensando que, al ver a Eva después de tanto tiempo, habían aflorado los sentimientos en él?

El desasosiego se le concentró en el pecho.

Se dio media vuelta y se marchó al dormitorio. Se sentó en el borde de la cama y apoyó los brazos en la cunita de Mía. La contempló en la penumbra. Su silueta se dibujaba sobre el colchón, bajo la alegre colcha de jirafas. La tenue luz azul cargada de estrellitas que proyectaba la lámpara se reflejaba también sobre parte de su carita.

Desprendía ternura.

Amaba a esa niña con todo su corazón.

No pudo reprimirse y alargó la mano para posarla con delicadeza sobre su estómago, que subía y bajaba al ritmo de su tranquila respiración. Su olor impregnaba el cuarto. Ese olor a bebé, a dulce de leche, a vainilla y canela, a bienestar, felicidad y a amor… Aspiró y se llenó de él.

Y allí, en la penumbra y solo con Mía como testigo involuntario, admitió lo que llevaba tantas horas tratando de ignorar: tenía pánico.

Tenía pánico de perder a la niña. Pánico de perder a Lukas.

No quería prescindir de ninguno de los dos. Ambos se habían convertido en el motor que movía su mundo.

Bajó los párpados y contuvo las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos. Las contuvo porque sabía que no le iban a llevar a ninguna parte, pero un dolor sordo y profundo se le expandió por el pecho.

Dolía. Dolía mucho pensar que, en un futuro próximo, podría estar sin ellos.

Apenas se permitió unos instantes de debilidad. No podía dejarse llevar por la angustia y la pena. Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca unas cuantas veces mientras se frotaba el esternón con la palma de la mano.

Se recompuso a sí misma lentamente, como había hecho tantas otras veces en los últimos años. Sabía que, si llegaba el día que tuviera que despedirse, lo soportaría. Le dolería mucho,

pero soportaría esa pérdida al igual que había soportado otras pérdidas.

La vida le había enseñado a ser resiliente.

Nadie se moría de tristeza.

Se separó de la cuna y se incorporó. Irguió los hombros y se rehízo la coleta con movimientos rápidos. Luego, se encaminó a la cocina para preparar café.

Tenía que ser pragmática.

Capítulo 28

Lukas

No sabía qué era lo que le había despertado, pero en seguida notó el dolor expandiéndose por su cabeza. Le latían las sienes como si tuvieran un corazón propio. Pestañeó unas cuantas veces para intentar ahuyentar el entumecimiento que sentía, pero solo consiguió que una descarada luz le penetrase en los ojos y le hiriese las retinas. Notaba la boca pastosa y seca.

Resaca.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan mal.

Se revolvió. No estaba en su cama, eso era obvio. Por una rendija a través de las pestañas, descubrió que se encontraba en su sofá y que el borde de uno de los cojines se le clavaba en la mejilla.

¿Cómo había llegado hasta allí?

De repente, con un rápido fogonazo, recordó todo lo ocurrido.

¡Dios!

Eva…

—Hay café y te he preparado también un ibuprofeno.

La voz pausada de Alexia llegó desde la mesa. Giró la cara y vio que estaba sentada en una de las sillas, con las piernas cruzadas y los pies descalzos. Llevaba la misma ropa del día anterior y estaba muy seria.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¿A qué hora llegué anoche?

—Has llegado esta mañana a las seis y media.

Emitió un exabrupto y se tapó la cara con las manos. ¡Qué desastre!

—Lo siento.

—Deja de disculparte y levántate. El café está recién hecho.

Quizá era debido a su resaca, pero ella sonaba muy seca.

Se incorporó, sintiéndose como un anciano. Hacía muchísimo tiempo que no bebía tanto. Era como descender a los infiernos.

—¿Y Mía? —preguntó. La voz le salió estrangulada.

—Está con tu madre.

—¿Con mi madre? —La miró extrañado.

—Sí. Es domingo. Ha venido a recogerla a las diez para ir al parque de bolas.

Parpadeó, intentando despejar su embotada cabeza. Sí, su madre se había ofrecido para llevarse a Mía.

—¿Ha dicho algo sobre mi estado? —preguntó.

—Le he dicho que seguías durmiendo porque habías pasado mala noche.

Gracias a Dios. No necesitaba a cientos de Albas pululando por allí para ver qué había sucedido.

—Voy a traerte un café. Y después será mejor que te des una ducha para que vuelvas a ser persona —le dijo ella, levantándose.

—Sí, gracias.

Se dejó caer en una de las sillas de comedor y enterró la cara en las manos. Las sienes seguían palpitándole como locas, así que alargó la mano y cogió el blíster de pastillas. Se tomó una sin agua. Le costó tragársela y un sabor amargo se le expandió por la boca, pero todo era mejor que el espantoso dolor de cabeza.

—Toma.

Ella le puso una taza de humeante café bajo la nariz. También una botella de agua.

—Gracias.

Bebió el agua a grandes tragos hasta casi vaciar la botella y luego le dio un sorbo a su café. Casi de inmediato, una sensación de bienestar se esparció por su cuerpo. Al menos y pese al dolor, ya comenzaba a sentirse como un ser humano.

Alzó la cara para mirarla y se encontró de nuevo con esa expresión serena y fría en su rostro. Se maldijo en silencio. Era normal que ella estuviera enfadada, a fin de cuentas, había faltado al trabajo por su culpa, y él no había aparecido en toda la noche. Vaya marrón. Una actitud muy responsable, se dijo con sarcasmo.

—Lo siento mucho, Alexia.

Ella soltó un suspiro.

—Vale, lo he pillado. Deberías ducharte porque apestas a alcohol.

Se sonrojó. Y sin decir ni una palabra más, se terminó el café con rapidez. Luego se incorporó, dispuesto a dirigirse al baño.

—Eh, ¿me esperas y hablamos?

Ella asintió sin mirarle. Parecía tremendamente ocupada dibujando garabatos con el dedo sobre la mesa.

Lukas se dio prisa en ducharse, en lavarse el pelo, en secarse y en cepillarse los dientes tratando de borrar cualquier rastro de olor a alcohol de su cuerpo. Se contempló en el espejo que había sobre el lavabo y se sintió como un verdadero tonto al ver su aspecto demacrado, sus ojos enrojecidos y sus ojeras. Lo último que deseaba era decepcionar a Alexia, pero los acontecimientos del día anterior le habían golpeado con vehemencia, dejándole demasiado débil y expuesto.

¿Se podía ser más patético?

Su dolor de cabeza, después de la ducha, se había mitigado bastante y, cuando se reunió con ella en el salón, se encontraba muchísimo mejor y estaba preparado para dar explicaciones.

—Quizá no quieras oír mis excusas, pero de verdad que siento haberme comportado así. Ver a Eva fue un shock.

—Me lo puedo imaginar. ¿Cómo está?

Tomó asiento a su lado y suspiró.

—Mal.

Era una palabra demasiado simple y que no explicaba en absoluto el estado de Eva, pero le estaba costando trabajo encontrar las frases adecuadas para hablar de lo sucedido.

—Me fui de aquí tan enfadado y furioso —dijo con pesar—, pero cuando llegué allí y la vi y me contó su historia todo mi cabreo se diluyó. No sé. Físicamente ha cambiado mucho. Pese a que se había arreglado y maquillado, es innegable que ha perdido muchísimo peso. Tiene un aspecto desmejorado. Solo podía mirarla y sentir una tristeza enorme. A fin de cuentas, la chica que tenía enfrente era la chica de la que me enamoré, la mujer con la que estuve seis años, la madre de Mía… —se interrumpió y negó con una mezcla de lástima e incredulidad—. Fue duro.

Alexia permaneció en silencio, quieta. Rígida y muy seria.

Alzó la cara y la miró de frente. Ella tenía la mirada nublada por lo que parecía ser

preocupación. No era la Alexia de las últimas semanas, esa chica alegre y despreocupada. La chica que tenía enfrente volvía a mostrarse tan reservada como al principio. Tuvo ganas de preguntarle por el motivo de su cambio de actitud, pero no tuvo ocasión porque ella se puso de pie y echó a andar hacia el balcón.

—Supongo que esto será el principio y que tendréis muchas cosas que deciros —dijo sin darse la vuelta.

—Sí. Lo de hoy, bueno, lo de ayer, ha sido una sorpresa y creo que me ha podido la emoción cuando la he visto después de todo este tiempo. Todavía hay muchas cosas que aclarar, pero es un comienzo.

—Lo entiendo —repuso Alexia. Seguía dándole la espalda—. Entiendo que queráis decidir el futuro de Mía los dos juntos. Sois sus padres.

Él no dijo nada, pero tenía la sensación de que algo no marchaba bien. Tampoco era extraño, se dijo. Se había comportado como un niñato. Era normal que ella estuviera mosqueada. Quiso pedirle perdón de nuevo, pero se tragó sus palabras, sabiendo que sonaría repetitivo.

—Supongo que, si vais a criar a la niña juntos, mi presencia ya no va a ser necesaria. No me entiendas mal, me alegro mucho de que os hayáis reconciliado.

—¿Reconciliado?

Debía de seguir un poco obtuso por el alcohol porque no entendía lo que estaba diciendo. ¿Cómo que su presencia ya no iba a ser necesaria?

—Admito que me duele perderos —continuó ella con voz calmada—. Esto que teníamos me hacía feliz. Éramos como una familia, Mía, tú y yo. —Hizo una pausa y él creyó oportuno intervenir antes de que siguiera malinterpretando la situación, pero ella no le dejó porque prosiguió con su diatriba—. Pero siempre he tenido muy presente que algo así podía pasar, a fin de cuentas, yo soy solo la niñera de Mía y no su madre.

Lukas se incorporó con brusquedad y se dirigió a ella.

—Alexia.

Al escuchar su nombre, se dio la vuelta y se encaró con él. Su rostro estaba pálido y sin expresión.

—Lukas, no pasa nada. Lo entiendo.

—Pues yo creo que no entiendes nada.

Una sonrisa forzada apareció en los femeninos labios y su mirada se extravió en algún punto sobre el hombro de él. Era como si no quisiera mirarle de frente.

—Lo siento mucho por Eva. Creo que se merece volver a estar bien y estoy segura de que tú vas a ser un gran apoyo para ella. Y el estar con Mía también va a ser positivo.

Él resopló con impaciencia. ¿Cómo se le había metido en la cabeza que él iba a volver con Eva? ¿Acaso no había sido lo suficientemente claro con ella durante todos esos meses?

Una sensación de enfado se le expandió por el pecho. Que Alexia pensase que su relación estaba a punto de acabar y que iba a perderlos a ambos probaba que no confiaba en él. Eso le dolió.

—Entonces, ¿te da igual que vuelva con Eva?

Ella se envaró, pero solo se encogió de hombros con fría calma.

—No es que me dé igual, pero lo entiendo. Es lógico, además. Habéis tenido una relación de seis años y ahora ella te necesita. Os necesita a ti y a Mía.

—¡Qué comprensiva eres! —masculló con sarcasmo.

Por fin le miró. Le brillaban los ojos y tenía la mandíbula apretada. Era obvio que estaba intentando enterrar sus verdaderos sentimientos bajo aquella capa de impostada indiferencia.

Aquello le molestó. Le molestó mucho. Hubiera deseado que se comportase de otro modo, que le mostrase lo que sentía por él y le dijera que no quería perderle. Que luchara por lo que habían construido juntos.

—Creo que será mejor que…

—¿De verdad vas a seguir pretendiendo que separarnos no te duele? —la interrumpió—. ¿De verdad? —le preguntó con incredulidad.

—No he dicho que no me duela. He dicho que comprendo la situación —espetó entre dientes.

—¡Pues yo no comprendo nada! —exclamó, enfadado—. Sé que mientes. ¿Por qué lo haces? ¿Para evitarme dolor a mí? ¿O para evitártelo tú?

—A los dos —contestó, sucinta.

—Pues lo estás haciendo fatal, porque a mí me estás haciendo mucho daño con tu indiferencia.

—No soy indiferente —protestó.

—Lo pareces.

—Sé que la situación es complicada para ti, Lukas. Esta noche, he tenido muchas horas para pensar y llegar a un acuerdo conmigo misma. Sé que sientes algo por mí y yo también siento algo por ti, pero puedo entender que al ver a Eva se te haya removido todo por dentro y que hayan vuelto a aflorar tus sentimientos por ella. —Hizo una pausa y bajó la mirada al suelo —. Entiendo que hayáis pasado la noche juntos. Supongo que por eso te emborrachaste, porque te sentías culpable…

—¡Cállate!

Ella dio un respingo y volvió a fijar la vista en él. Pese a que seguía con esa expresión neutra, un ligero tremor agitaba su barbilla.

—¿De verdad crees que me he acostado con ella? —farfulló.

Le parecía increíble que creyese que él podía traicionarla de ese modo.

—Cuando has llegado esta mañana me pedías perdón todo el tiempo y no dejabas de repetir su nombre.

Lukas se llevó las manos a la frente al escucharla y cerró los ojos con fuerza. ¡Joder! Era un verdadero gilipollas.

—Vale. He metido la pata —admitió con impotencia—. No me he acostado con ella. Ni siquiera se me ha ocurrido. Y mis sentimientos no han revivido al verla, como tú dices. Solo podía sentir pena y remordimientos. Nada más. —Hizo una pausa—. Nos limitamos a hablar, solo hablar. Me fui antes de las diez. Y terminé en mi coche, bebiendo yo solo y sintiéndome culpable por haberle fallado cuando más me necesitaba. Eso fue lo que pasó anoche. Y lamento no haber vuelto a casa para hablar contigo. Lamento que hayas pasado una noche de mierda pensando que te estaba traicionando, porque no es así.

Alexia asintió. De pronto, su figura se relajó. Hundió la cabeza en los hombros y pareció desmoronarse. Como si su coraza de frialdad se resquebrajase poco a poco, terminó por llevarse una mano a los ojos y cubrírselos con ella. Poco después, se escuchó un gemido que emergía de su garganta.

—¿Ale?

Ella hizo un ademán, conminándole a no acercarse.

Todo el enfado que Lukas había albergado en su interior se disolvió y solo quedó la preocupación y la impotencia. No soportaba verla así. Alexia era una chica fuerte que no solía mostrar su vulnerabilidad. Solo la había visto en ese estado al principio, cuando le habló de sus

hermanos. Las ganas de acercarse y abrazarla le invadieron, pero ella seguía con la mano levantada, frenando un posible avance. La observó indeciso mientras ella se rompía frente a él.

—No hay nadie más que tú, Alexia —comenzó en voz baja pero enérgica—. No sé qué se te habrá pasado por la cabeza esta noche, pero quiero que sepas que eres muy importante para mí. ¿Acaso no sabes lo que siento por ti? ¿No sientes tú lo mismo? ¿No te lo he demostrado todo este tiempo? Te admiro y te respeto. Me haces sentir el chico más afortunado del mundo —dijo con emoción—. Quizá no seas consciente de lo mucho que significas para mí, pero de verdad que eres muy importante. Tuvimos un comienzo accidentado, pero te has convertido en la chica a la que quiero. Eres *la única* —enfatizó—. No cambiaría los últimos meses a tu lado por nada. Por nada, ¿me entiendes? Tú y Mía sois las personas más importantes de mi mundo. No puedo imaginarme una vida sin ti.

Mientras hablaba se había ido aproximando hasta detenerse a un paso de ella. No trató de tocarla, respetando su espacio. Quería que le mirase y que viera todos los sentimientos que llevaba escritos en el rostro y que se derramaban por sus ojos. Si las palabras no eran suficientes, estaba seguro de que cuando le mirase, vería todo lo que sentía.

Ella lo hizo. Elevó la cara y le miró. Tenía las pestañas húmedas, pero no lloraba.

—Cuando no viniste a dormir, me imaginé que estabas con ella. De algún modo, traté de convencerme de que, si eso era lo que deseabas, tendría que aceptarlo. Ella estaba primero —confesó con un hilo de voz—. Y luego, cuando esta mañana has llegado borracho y la llamabas, di por hecho que mis sospechas eran ciertas. —Hablaba con comedimiento y mucha calma—. Admito que me ha dolido mucho pensar que ya no íbamos a estar juntos. Me he pasado horas intentando convencerme de que podía superar una separación, que podía salir adelante sin ti y sin Mía… —se interrumpió cuando le falló la voz. Se aclaró la garganta antes de continuar—. Yo soy fuerte, Lukas. Nunca he necesitado a nadie. Sé apañármelas sola. Pero tú y Mía sois muy especiales para mí. Me dolía tanto pensar que no iba a formar parte de vuestras vidas. Que ibas a prescindir de mí…

Lukas no pudo reprimirse más y la abrazó. Ella enterró la cara en su cuello y él pudo sentir su cálido aliento sobre la piel. La envolvió con sus brazos y ella se acopló a su pecho.

—¿Prescindir de ti? Alexia, tú para mí eres imprescindible —musitó—. ¿Me oyes? No hay nadie como tú. Nadie. No quiero estar sin ti.

No hubo respuesta, pero sintió el suave temblor que recorrió su cuerpo. Cerró los ojos y la estrechó con más fuerza. Sabía que lo que estaba sucediendo era algo insólito. Ella nunca perdía así los nervios. Jamás se mostraba tan vulnerable.

—Estoy bien —susurró ella.

—Pero yo no. Necesito que me abraces.

Permanecieron abrazados un buen rato, proporcionándose calor mutuo.

Lukas cerró los ojos y se abandonó al abrazo. El simple hecho de poder sostenerla así y sentir su cuerpo pegado al suyo le hacía sentirse en casa. Era increíble, pero en solo unos meses Alexia se había convertido en su hogar.

Se merecía saber toda la verdad.

—Déjame que te cuente cómo ha sido todo… —susurró mientras trataba de hilar sus pensamientos.

Capítulo 29

La tarde anterior

Lukas

El trayecto en coche hasta el Asia Gardens se le hizo demasiado corto. Hubiera preferido que durase horas porque no estaba preparado para ver a Eva. Tenía sentimientos encontrados, si bien predominada el enfado. La llamada de teléfono le había caído encima como un jarro de agua fría. Si Alexia no hubiera estado presente, habría reaccionado de otro modo, quizá gritándole al móvil o golpeando la mesa. Pero su simple presencia le había mantenido sereno de un modo inesperado. Saber que ella estaba a solo unos metros de distancia le había servido para no perder el control.

No obstante, cuando estuvo a solas dentro de su coche, golpeó el volante con fuerza unas cuantas veces hasta que se hizo daño. No podía quitarse de la cabeza su voz impersonal y carente de sentimientos al otro lado de la línea, y el miedo todopoderoso que le había apresado nada más colgar, cuando la idea de que Eva había vuelto porque quería quitarle a la niña le rondó por la mente.

Mía era suya. Solo suya. Eva no tenía ningún derecho. No después de su abandono.

Suya.

Eso se repetía una y otra vez mientras iba dejando atrás los kilómetros de carretera que le separaban del complejo hotelero. Sus padres no vivían muy lejos de allí, pero nunca había estado en ese hotel, uno de los más lujosos de la zona.

¿Cómo podía permitirse Eva alojarse allí?

No accedió al parking privado, sino que dejó el coche cerca de la entrada, en la rotonda del fuego —así se llamaba la circunvalación donde se encontraba el hotel—, y se apeó con una expresión hosca en el semblante. A pesar de que ya eran las seis y media de la tarde, seguía haciendo calor y prescindió de la cazadora.

Eva le había dicho que estaría en la terraza de la Palapa, uno de los restaurantes, y que dejaría en la garita de la entrada su nombre para que pudiera entrar en el complejo. Un chico de su edad, muy amable, le cedió el paso cuando le dijo quién era. Atravesó el camino que conducía a la recepción sin entretenerse en admirar el entorno, pese a que era como adentrarse en una salvaje selva de la polinesia, repleta de árboles, plantas y flores coloridas.

No tenía ojos para disfrutar de toda esa belleza.

Saber que Eva estaba a escasa distancia de él hacía que le costase caminar con soltura y que su corazón amenazara con estallarle de un momento a otro.

La recepción era enorme, con forma de edificio balinés, altos techos de madera y amplios ventanales. Había algunos huéspedes allí y al percatarse de su aspecto elegante se sintió fuera de lugar con su viejo polo y el desgastado vaquero, pero desterró ese pensamiento de su mente. Estaba allí con un propósito y su apariencia le importaba más bien poco. Una de las recepcionistas le indicó dónde estaba la Palapa y cómo llegar hasta allí. Bajó las escaleras con lentitud, retrasando el momento definitivo de encontrarse con ella.

Los exteriores del Asia Gardens eran famosos por su originalidad, y el restaurante al que se dirigía estaba situado justo entre los jardines tropicales y las piscinas infinitas que refulgían al

sol, creando una suerte de ambiente exótico y peculiar.

Se respiraba clase, estilo y belleza por todas partes.

Unas inmensas sombrillas blancas cuadradas proporcionaban sombra a las mesas de la terraza, de las cuales solo unas cuantas estaban ocupadas. Pese a que recorrió todas ellas con los ojos, no encontró a Eva. Finalmente, fue ella la que le localizó a él. De refilón, vio que alguien alzaba el brazo desde una de las mesas del fondo. Se quedó inmóvil sin saber si estaba viendo visiones. Aquella chica no se parecía en nada a Eva.

A *su* Eva.

Era increíble lo que podían hacer ocho meses.

Con pasos un poco inseguros, se encaminó hacia la mesa mientras la estudiaba atónito. La mujer que se puso de pie para recibirle parecía recién salida de una revista de moda. Delgadísima —mucho más de lo que él recordaba—, vestía un elegante vestido de color salmón y una chaquetita marrón entallada. Tenía el cabello oscuro recogido en una coleta apretada y de su cuello pendía una gargantilla dorada que hacía juego con sus pendientes. Unas gafas de sol de diseño completaban el atuendo. Se las quitó cuando él se plantó a su lado y por fin pudo verle la cara.

Eva.

Una Eva diferente.

Estaba tan delgada, que sus facciones, antes muy naturales, se mostraban afiladas y angulosas. Su maquillaje era sencillo pero impecable. Y sus uñas, que siempre había llevado cortas, mostraban una manicura de un pálido color crema con brillantitos en dos de sus dedos.

Parecía una estrella de Hollywood.

Era una extraña.

Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ella.

—Lukas.

Hasta su voz era otra. Al menos eso le pareció. Más modulada y seca.

Él no dijo nada. Tomó asiento frente a ella y se mantuvo alerta.

Un camarero acudió presto a tomarle nota. Él se fijó en que ella estaba bebiendo agua con gas. Pidió una cerveza.

Un incómodo silencio los envolvió.

No sabía hacia donde mirar. La piscina, las palmeras, la mesa, sus manos… Cualquier lugar era mejor que mirarla a ella.

El camarero regresó con su cerveza.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella.

—Bien.

—¿Y Mía?

¿Qué derecho tenía ella a preguntar por la niña? Las ganas de ponerse de pie y bramar como un loco le acuciaron, pero cogió aire y aguantó.

—Mía está muy bien —repuso entre dientes—. ¿Qué quieres, Eva?

Ella elevó la barbilla con mucha dignidad y extravió la mirada en una de las piscinas sin gesticular, como si fuera de cera. Era como ver a un personaje de ficción. ¿Dónde estaba la mujer graciosa y algo histriónica que él conocía? ¿La chica alocada que se reía constantemente?

—He vuelto a Benidorm para arreglar unas cosas. Quiero ver a mi hija.

Esas dos frases salieron de su boca sin emoción alguna y Lukas sintió que su enfado crecía.

—¿Así de fácil? Te presentas aquí después de ocho meses sin dar señales de vida y me

dices fríamente que quieres ver a tu hija.

—Sí. Es mi hija —dijo ella y volvió a mirarle. Lo único que la hacía parecer humana fue que su mano acariciaba con descuido la solapa de su chaqueta, por lo demás, sus ojos no decían absolutamente nada.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te pasa, Eva? Antes no eras así. No lo entiendo. ¿Y por qué te alojas aquí y vas vestida así? No me encaja nada.

La expresión del femenino rostro se suavizó.

—Me alojo aquí con Matthias.

—¿Matthias? ¿Es el capullo que conociste por internet? ¿Con el que te largaste a Bélgica? —inquirió con amargura.

—Sí.

Después de eso ninguno de los dos pronunció palabra. Lukas estaba tratando de digerir el encuentro mientras una sensación de pesadumbre le quemaba el estómago.

—¿Ni siquiera te vas a disculpar por lo que hiciste? —inquirió al cabo de un rato.

Ella bajó la vista a la mesa de láminas de madera y dejó escapar un suspiro.

—Hice lo mejor para Mía. Dejarla contigo.

El sabor a bilis invadió su boca. ¿Ya estaba? ¿Esa era su disculpa?

—Me parece increíble lo que me estás diciendo, Eva. No tengo ni puta idea de quién eres —se rio con sarcasmo—. ¿Qué clase de madre hace lo que tú hiciste? Te largaste y dejaste a tu hija sola. ¿No te arrepientes?

—No la dejé sola. La dejé contigo y con tu familia.

—Ya sabes a lo que me refiero —masculló—. ¿Qué cojones pasó? ¿Tanto te ponía el tal Matthias que decidiste abandonar a tu hija sin mirar atrás?

—No es eso —rechazó con un ademán.

Lukas la miró con atención. Notó que no estaba tan tranquila como quería aparentar. Le temblaban las manos que tenía apoyadas sobre la mesa. Eva jamás se había comportado así. La Eva que él conocía y que había sido su pareja durante tantos años no tenía nada en común con esa mujer.

—¿Qué es, entonces? ¿Por qué te fuiste? —preguntó con un tono de voz más calmado.

—No la quería —confesó al fin—. No quería a la niña.

Lukas se echó hacia atrás con brusquedad al escucharla. Era algo que no hubiera esperado jamás y que le hizo sentir como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. ¿No quería a Mía? ¿Cómo era posible que después de llevarla nueve meses en su interior no quisiera a Mía? ¿Qué clase de madre no quería a su hija?

—No lo entiendo —balbuceó. Ella seguía sin dar muestras de arrepentimiento. Ni siquiera estaba alterada—. ¿Y me lo dices así y no te inmutas? ¿No quería a mi hija, y ya está?

Tenía ganas de levantarse y largarse de allí. No quería escuchar nada más.

—Estoy medicada —murmuró.

¿Medicada? Inclinó la cabeza a un lado y la observó con intensidad. ¿Estaba enferma?

—Me han diagnosticado una depresión y tomo antidepresivos y ansiolíticos. Ahora estoy mejor.

El desconcierto le invadió. ¿Antidepresivos y ansiolíticos?

—¿Desde cuándo?

—Me medico desde hace meses.

—No. ¿Desde cuándo estás deprimida?

Ella tardó en responder. Seguía pareciendo una muñeca sin expresividad alguna en el semblante.

—Creo que incluso desde antes de dar a luz.

Lukas contuvo un exabrupto.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Ella le dio un trago a su agua y bajó la mirada a su regazo.

—No lo sé. Todos estabais tan contentos con lo de Mía. Erais felices y no parabais de comprarle cosas y de hacer planes. Y yo… solo quería que viniese al mundo para ver si esa sensación rara de tristeza que sentía se iba cuando naciera. —Hizo una pausa—. Pero no se fue. No lo hizo. Solo empeoró… —Su voz se había ido perdiendo hasta ser solo un simple susurro.

Lukas se tensó. De hecho, ya había sospechado que ella no estaba bien. Apenas miraba a la niña, se negó a darle el pecho y parecía triste y agobiada. Pero él mismo estaba tan ocupado intentando adaptarse a su propia vida que no tuvo en cuenta el estado de ánimo de ella. Quizá si no hubiese sido tan egocéntrico, habría sabido que no estaba bien y habrían podido ponerle remedio.

La culpa le atenazó la garganta y su mandíbula se endureció.

—No entiendo por qué no me dijiste nada. Siempre nos lo hemos contado todo.

—Sé que tampoco era fácil para ti. Y no quería ser un problema. Me sentía mal porque sabía que no era normal lo que me estaba sucediendo. Todo el mundo estaba loco por la niña y yo… no. Eso me hacía sentir fatal. No sé. La miraba y no era capaz de sentirme vinculada a ella. Era como si estuviera cuidando al bebé de un extraño. No tenía la sensación de que fuese… mi hija.

Escuchar eso dolía. Dolía mucho.

Mía era tan especial. Que su propia madre no hubiera sentido amor por ella…

—Me pasaba el día entero queriendo desaparecer. Le daba el biberón, le cambiaba los pañales y la acunaba como un autómata. Mi único momento bueno del día era cuando tú y tu familia regresabais del trabajo y os hacíais cargo de ella. Era entonces cuando por fin podía respirar. Eso también me hacía sentir muy culpable. Sabía que era una madre horrible.

Lukas cerró las manos en puños y tragó saliva. Se había quedado sin palabras. Lo peor era saber que él había estado con ella y no había notado que las cosas fueran tan mal.

—Perdí el interés por todo y todos. Dejé de llamar a mis amigos y a mis padres. Estaba agotada, pero no podía dormir, y cuando por fin me quedaba dormida tenía sueños muy raros. En todos ellos, Mía se moría. Y cuando me despertaba no podía parar de llorar porque pensaba que todo era mi culpa y que era una inútil. Tenía un único pensamiento recurrente, que era mucho mejor que me muriese, que, de ese modo, la niña estaría mejor.

Ella narraba todo aquello con voz impersonal, sin sentimientos. Quizá era debido a la medicación, pero su tono carecía de matices. Y debido a esa falta de emociones, el relato resultaba mucho más desgarrador.

—Eva…

Ella le interrumpió con una mano alzada.

—Déjame que termine de contarte todo. No te pido ni que me perdones ni que me entiendas. Solo quiero que sepas lo que sucedió. —Volvió a detenerse brevemente y luego continuó con frío aplomo—. Busqué información por internet. Y descubrí que era probable que tuviera una depresión posparto. Tenía que habértelo dicho y haber buscado ayuda profesional, lo sé. Pero incluso eso se me hacía cuesta arriba. Tenía la sensación de que no me entenderías. No sé, cuando te veía interactuar con Mía eras genial. Incluso estando cansado o, aunque no

hubieses dormido, tenías una paciencia infinita y el amor te resbalaba por los ojos. Me daba envidia. Era como si ese amor incondicional estuviera dentro de ti, de un modo innato, y yo no era capaz de sentirlo… Me avergonzaba admitirlo, la verdad… —se interrumpió y carraspeó, aclarándose la garganta. Desvió la vista de nuevo hacia las piscinas antes de continuar—. Entonces conocí a Matthias. Fue en un foro de ayuda a mujeres con depresión posparto. Su mujer tuvo una depresión severa después de dar a luz a su hijo y terminó suicidándose y… matando al bebé. —Hizo una pausa muy efectiva y se alisó el borde del cuello de la chaqueta con agitación —. De eso hace ya diez años y desde entonces él se dedica a ayudar a madres que lo están pasando mal. Les da consejos y habla con ellas. Forma parte de una asociación belga que se ocupa de casos como el mío. Fue increíble conocer a alguien que me entendía y que sabía por lo que estaba pasando. Llegó cuando más lo necesitaba.

Lukas se retorció en la silla con incomodidad. Según la historia iba tomando forma, empezaba a entender ciertas cosas que hasta el momento le habían resultado incongruentes. No obstante, era muy duro escucharla.

—Al principio solo fue un amigo para mí —continuó ella—. Alguien en quien podía confiar, que me entendía cuando le decía que no sentía amor por mi hija y que solo quería… morirme. Jamás me juzgó. Quizá fue eso lo que propició que me sintiera tan a gusto hablando con él.

Volvió a callarse y le dio un trago a su agua. Luego se entretuvo en alisarse la solapa de su chaqueta sin necesidad. Un rayo de sol que se había colado por debajo de la sombrilla impactaba sobre el lateral de su cuello, poniendo de manifiesto su extrema delgadez. La piel de su garganta parecía casi translúcida, las venas se le marcaban de un modo antinatural.

Lukas la contempló a través de las pestañas con la respiración contenida. Había llegado allí con ganas de gritarle y maldecir su egoísta comportamiento. Había querido echarle en cara mil cosas, zarandearla y encararse con ella y, de pronto, veía cómo su enfado se diluía y desdibujaba y ya ni siquiera sabía qué pensar. Una sobrecogedora sensación de vacío se afianzó dentro de él.

—Un par de días antes de marcharme estuve a punto de cometer una locura. Recuerdo que Mía no paraba de llorar y yo ya no sabía qué hacer. Empecé a oír voces en mi cabeza que me decían que hubiera sido mucho mejor que no hubiese nacido. —Se detuvo e inhaló—. Comencé a echarle la culpa de todo. De mi tristeza, de mi soledad, del cansancio, del insomnio, de mi mal humor y de mis ganas de morirme. Y eso me asustó mucho. La miraba y solo veía algo… desagradable, un problema, una carga, un error. Y quería que dejase de existir. Ese día llamé a Matthias llorando y él me dijo que no me preocupara, que vendría a buscarme. Y lo hizo. Vino a buscarme y me llevó lejos. —Hizo una pausa y volvió a acariciarse la solapa de la chaqueta—. Lo único bueno que pude hacer por Mía fue alejarme de ella.

Después de eso solo hubo silencio.

Lukas giró la cara y contempló la superficie de la piscina. Poco a poco, el sol iba descendiendo en el cielo y los colores rosados y naranjas del atardecer se reflejaban en el agua. Parecía casi absurdo que un entorno tan bello fuera testigo de una historia tan sórdida.

Cerró los ojos.

Las palabras que Eva había dicho se agolpaban en su cabeza sin orden ni concierto. Rebotaban potentes dentro de él, le golpeaban desde dentro, impidiéndole hilar un solo pensamiento coherente. Se le revolvían las tripas al pensar en todo ese dolor. En todas esas emociones horribles y descarnadas que había experimentado Eva. En lo sola que debía de haberse sentido, en lo perdida que tenía que haber estado… En su sentimiento de culpa…

Tanto dolor y tanto miedo.

Le costaba respirar.

La carita de su hija se materializó ante él. Su dulce Mía, durmiendo en su cunita, ajena a que su madre había sido incapaz de quererla.

Aquello le dolió mucho. Mucho.

Le ardió la garganta de impotencia.

Se aferró a la imagen de su hija para retornar a la realidad y no desvanecerse en el horror de esa historia.

Abrió los ojos y miró a Eva, cuya expresión seguía siendo neutral y fría. Había recalado la mirada en su agua con gas y parecía inconmovible.

Una pena enorme le invadió.

Después de haberla escuchado, pese a todo el sufrimiento que había originado, no se sentía capaz de odiarla.

—¿Y cómo estás ahora? —preguntó al fin.

—Me han diagnosticado un trastorno extremo del estado de ánimo llamado psicosis posparto. Estoy en tratamiento psiquiátrico.

Él asintió, mudo, sin saber qué decir.

—¿Matthias y tú…?

—Sí. Ni siquiera sé cómo surgió, pero estamos juntos. Me ha ayudado mucho. Sin él, no creo que hubiese podido seguir adelante.

Por primera vez desde que había llegado vio animación en el rostro de ella. Una leve sonrisa y un destello fugaz en sus iris oscuros.

—Ha sido idea suya que regresara a España y que hablase contigo. Tanto él como mi psiquiatra piensan que va a ser bueno para mí que me enfrente a mi pasado.

La observó con un cúmulo de sensaciones en su interior. Ella seguía mostrándose impertérrita, a años luz de la Eva del pasado.

—Mis padres me han dicho que Mía está preciosa.

Él agitó la cabeza y aclaró la vista.

—Sí. Está preciosa y es muy inteligente.

—¿Tienes alguna foto?

Lukas tragó saliva. Un zumbido se le había instalado en el oído. Por supuesto que tenía fotos de su hija, cientos de ellas, pero cuando se sacó el móvil del bolsillo para mostrárselas, lo hizo con reticencia.

Eva alargó la mano y cogió el aparato. Fijó los ojos en la pantalla y pasó unas cuantas imágenes con el dedo índice. No mostró ninguna señal de agrado o disgusto.

—Sí que es preciosa. Es igual que tú. Tiene tus ojos y tu pelo. Y tu sonrisa.

Era muy doloroso escucharla hablando de su hija con tono impersonal, como si fuera la hija de otra persona. Lukas tenía ganas de llorar, pero se mordió el labio y tomó control de sus emociones. Ya lloraría cuando estuviera a solas, o con Alexia.

—¿Qué es lo que quieres, Eva? —preguntó, después de un ligero carraspeo.

Ella alzó la cara y le miró. Tardó en responder.

—Quiero ver a la niña y que hablemos del futuro.

¿Del futuro? Su corazón se agitó y notó cómo los músculos de sus hombros se agarrotaban. ¿Y si de verdad quería llevarse a Mía? ¡No podía consentirlo! Cerró los puños por debajo de la mesa y frunció el ceño, dispuesto a rebatir cualquier propuesta que ella pudiese hacer.

—¿Qué futuro? El futuro de Mía está aquí, conmigo —dijo entre dientes.

Ella le devolvió el teléfono y, después, se sacó el suyo del bolso que reposaba en una silla contigua. Trasteó con él hasta dar con lo que buscaba.

—Este es el teléfono de nuestro abogado. Anótatelo. Es experto en derecho de familia. Ha preparado un convenio regulador. Te llamará en un par de días.

—¿Qué estás diciendo? —se exaltó—. ¿Te has buscado un abogado? ¿Por qué? ¡¿Quieres quitarme a Mía?! —gruñó.

Los ocupantes de la mesa más cercana se volvieron con curiosidad, pero a Lukas le daba igual montar un espectáculo.

Eva negó con la cabeza y alzó una mano.

—No. No es eso lo que quiero. En el convenio regulador te he cedido la guarda y custodia.

Lukas se echó hacia atrás en la silla, como si alguien le hubiera empujado con violencia. Toda la ira que le inundaba se disolvió de golpe y la miró, anonadado.

—¿Me has cedido la guarda y custodia? —inquirió, estupefacto.

—Sí —repuso ella con gravedad—. También se ha establecido una pensión alimenticia y un régimen de visitas, pero por el momento no creo que venga a España con frecuencia. Cuando el abogado contacte contigo y te pase una copia del convenio que ha redactado, ya me dirás qué te parece.

—¿Por qué? —balbuceó.

Pese a todo lo que le había dicho le resultaba inconcebible que alguien pudiera renunciar con tanta facilidad a un hijo. No podía comprenderlo.

—Yo… no estoy bien —admitió ella con la voz pastosa—. No podría criar a un hijo. Creo que he hecho lo mejor para Mía.

La estudió largo rato. Si bien parecía afectada, no tardó en recomponerse y darle un ligero trago a su agua. Luego volvió a palparse la solapa de su chaqueta. Era la tercera o cuarta vez que lo hacía. Debía de ser una especie de tic nervioso.

—No obstante, cuando firmemos el convenio, antes de regresar a Bruselas, me gustaría ver a Mía —dijo, sin mirarle.

Él vaciló, pero terminó por asentir. ¿Cómo iba a rechazar su petición? No podía negarle absolutamente nada. No después de todo lo que le había dicho sobre su estado de ánimo y su enfermedad. Lo único que le podía echar en cara, de algún modo, era que no hubiese confiado en él. En el fondo, se sentía miserable por no haberse dado cuenta de lo que le estaba pasando. ¿Cómo era posible que se le hubiese pasado por alto que Eva estaba tan mal?

—Claro. Podemos arreglarlo.

Ella alzó la vista y le sonrió.

Él tuvo ganas de llorar, de nuevo. Apenas podía reconocer en esa sombra de mujer a la Eva del pasado.

—La chica que está con Mía en las fotos, ¿es su niñera? —preguntó de repente.

—Sí.

Ella extravió la vista de nuevo en las piscinas.

—Parece muy simpática. ¿Estáis juntos?

—Sí —respondió.

—¿Y quiere a Mía?

—La adora —repuso con fiereza.

—¿Y Mía…?

—Sí —la interrumpió antes de que completara la pregunta—. Es recíproco.

—Me alegro. ¿Y tú, la quieres?

Lukas asintió con vigor. No podía hacer otra cosa más que admitir la verdad.

—Sí, la quiero.

—Bien. Quiero que seas feliz.

En solo una hora, todos sus pensamientos y sentimientos se habían visto comprometidos y su mundo había pegado un giro de ciento ochenta grados. Había llegado allí convencido de algo que había resultado no ser cierto. Toda la inquina y rencor que podía haber sentido por Eva se habían esfumado y, de pronto, solo quedaba la lástima, la impotencia y una profunda tristeza.

—Yo también quiero que seas feliz —logró articular.

Después de eso, ninguno de los dos habló. Anochecía despacio y la temperatura comenzaba a descender. El restaurante, poco a poco, se había ido llenando de turistas que acudían a cenar.

—¿Te vas a quedar muchos días?

—No. Lo justo para ver a mis padres, firmar los papeles y ver a Mía. Luego regresamos a Bélgica —dijo—. Matthias quiere que… nos casemos.

¿Casarse? ¿No era muy repentino? Apenas se conocían.

—¿Casaros?

—Todavía no lo he decidido, pero creo que diré que sí.

Él no sabía ni qué decir.

—Enhorabuena —murmuró.

—Gracias.

Un opresivo silencio se cernió sobre ambos.

Seis años de relación en los que lo habían compartido todo y ahora, eran dos extraños, que no sabían de qué hablar.

Lukas soltó un suspiro.

—Me voy a ir. Si te parece bien, te llamo cuando me contacte el abogado y quedamos. ¿Al número desde el que me has llamado hoy?

—Sí.

Él se puso de pie y sacó la cartera de su bolsillo.

—No hace falta —dijo ella con un gesto—. Esto nos lo cargan a la habitación.

—Vale. Gracias. Eh, pues… Hablamos.

—Sí. Cuídate.

—Tú también.

Después de la torpe despedida, Lukas se dio media vuelta y desanduvo el camino andado. Las piscinas estaban iluminadas y los senderos bordeados por frondosa vegetación también, por lo que no le resultó complicado guiar sus pasos hasta la salida. Se despidió del joven que estaba en la garita y se dirigió hacia su vehículo. Miró la hora en la pantalla de su móvil y se percató de que eran cerca de las nueve. Había estado dos horas con Eva, aunque tenía la sensación de que solo habían transcurrido unos minutos.

Se montó en el coche y apoyó las manos en el volante con la vista extraviada en la oscuridad exterior. Una agobiante sensación de pesar se le alojó en el estómago mientras pasaba revista al surrealista encuentro y a la imagen de esa nueva Eva. Una Eva vacía, fría y enferma. Una vena comenzó a latirle con furia en la sien, presagio de un incipiente dolor de cabeza.

Inesperadamente, los recuerdos de la otra Eva, de la chica de la que se había enamorado, le asaltaron.

La primera vez que la vio pensó que nunca había visto a nadie con una risa tan contagiosa. Era el inicio de curso y coincidieron a la salida del centro. Ella estaba con dos chicas más, riéndose a carcajadas y eso le llamó la atención. Delgada y fibrosa, como si practicara algún deporte. Quizá no era la chica más guapa del mundo, pero a sus ojos de quinceañero, se lo pareció. Era llamativa y escandalosa. Hablaba en voz muy alta y gesticulaba mucho. El cabello negro le caía en suaves ondas sobre los hombros y sus ojos oscuros sonreían, como si no fuera capaz de estar seria nunca.

Se coló por ella.

Tardó más de un mes en atreverse a pedirle salir. Cuando lo hizo, ella aceptó sin dudarlo, para su sorpresa. Fueron al cine a ver una película de ciencia ficción, *Total Recall*, con Colin Farrell, una adaptación de la peli noventera de Schwarzenegger, compartieron palomitas y bebida y ambos salieron de la sala encantados.

Aquella noche se besaron por primera vez, en el portal donde ella vivía.

Su relación prosperó porque se complementaban muy bien. Pese a que eran muy diferentes, tenían un humor similar, hacían deporte juntos y se divertían mucho. Eva era su media naranja. Discutían con frecuencia y dejaban de hablarse, pero siempre terminaban haciendo las paces, de un modo u otro. Incluso sus separaciones duraban poco, a lo sumo unas pocas semanas. No sabían estar el uno sin el otro.

Siempre creyó que estaban destinados a estar juntos.

Eva fue la chica que le enseñó a besar. La persona con la que hizo el amor por primera vez. La mujer con la que lo aprendió absolutamente todo.

Eva y Lukas.

Eran un tándem perfecto.

Recordó su peculiar forma de andar, demasiado masculina para una chica, su risa escandalosa, su carácter pragmático, su alocada forma de bailar, sus guiños pícaros y el modo en que siempre le miraba cuando le decía que le quería.

Sí, la había querido mucho.

Mucho.

Un par de amargas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Capítulo 30

Lukas

—… y eso fue lo que pasó —concluyó.

Le había costado narrar todo lo sucedido. Y estaba seguro de haberse dejado algunas cosas sin decir, pero había sido lo más preciso posible, pese al dolor que le producía hablar de Eva y de su compleja situación.

Alexia le había escuchado con atención, sin hacer preguntas, dejando que fuera a su ritmo. Le había tomado de la mano y le acariciaba la palma con movimientos rítmicos del pulgar, probablemente sin ser consciente de ello.

Estaban ambos sentados en el sofá, uno junto al otro. Muy cerca.

—Yo no me di cuenta de su situación —prosiguió, agachando la vista a su regazo—. ¡No me di cuenta! Durante meses estuvo sufriendo, deseando morirse y yo… no tenía ni idea. ¿Lo puedes creer? Pensé que era algo pasajero, que se le pasaría, que no era para tanto. Yo qué sé —farfulló—. Estaba demasiado ocupado con mis propias mierdas para darme cuenta de que ella se estaba muriendo por dentro. ¡Dios! —exclamó con la voz rota—. Soy un jodido desastre. ¿Cómo no me di cuenta? Estuvo a punto de suicidarse y yo… solo sabía quejarme porque no iba a hacer un puto máster. —Soltó una risa amarga. De nuevo tenía ganas de llorar, pero ya no le quedaban lágrimas que derramar. No después de la noche anterior. Se sentía vacío y muy triste—. ¡Vaya un jodido egoísta que fui! Me he pasado meses maldiciéndola por habernos abandonado y, mientras tanto, ella estaba luchando por salir a flote, por ponerse bien… Me siento tan culpable…

—No hables así, Lukas —intervino Alexia en voz queda—. La situación no fue fácil para ti tampoco. No te reproches el no haberte dado cuenta de su estado. Tú mismo estabas desbordado y pendiente de Mía. Si Eva no quería que te enterases de lo que le estaba sucediendo y te lo ocultó, era complicado que lo percibieras.

—De hecho, si soy sincero conmigo mismo, sí me di cuenta de que algo pasaba, pero no le di importancia —confesó.

—No eres médico ni psicólogo. Eres solo una persona normal con tus virtudes y tus defectos. No eres un súper hombre. A veces, incluso los profesionales tienen problemas para ayudar a la gente que tiene un trastorno psicológico. Es muy difícil saber lo que hay que hacer para echarle un cable a otra persona. No te martirices.

Sabía que lo que decía ella tenía lógica, no obstante, no podía dejar de pensar que también tenía su parte de responsabilidad.

Guardó silencio durante unos minutos, enfrascado en esa sensación de culpa que le consumía mientras Alexia permanecía a su lado, silenciosa, como un pilar de apoyo. Si ella no hubiera estado ahí, tan firme y sólida, él se habría derrumbado.

—Entonces, ¿le… has enseñado fotos de la niña? —rompió ella el silencio al cabo de un rato.

—Sí —contestó.

La tristeza nubló su vista al recordar la falta de interés de Eva al verlas. Su educada y contenida reacción había sido como recibir un puñetazo en el pecho.

—¿Y?

—Dice que es preciosa y que se parece a mí —dijo con un suspiro—. Pero ha sido extraño, como si estuviera contemplando a la hija de otra persona. No había ningún tipo de calor en su voz. Ni afecto. —Tragó saliva—. También me ha preguntado que si tú y yo estábamos juntos.

Alexia se separó y le miró con los ojos entornados.

—¿Le has hablado de mí?

—Era inevitable. Estás en casi todas las fotos con Mía.

—Eh, claro.

Él le acunó la cara con las manos y apoyó la frente sobre la suya. Su cercanía le provocaba una paz inmensa. Qué tonto había sido al no acudir a ella y haber pasado la noche bebiendo. El alcohol no le había proporcionado lo que realmente necesitaba y que solo Alexia podía darle: seguridad y perspectiva.

—Va a casarse —dijo repentinamente.

—¡¿Cómo?! —Alexia le contempló estupefacta.

—Sí. Va a casarse con ese tal Mattias. Bueno, se lo está pensando, dicen pero creo que lo hará.

Ella no dijo nada en un primer momento, se limitó a extraviar la mirada en algún punto lejano.

—Supongo que su situación personal tan… similar los habrá unido —dijo al fin, exteriorizando exactamente lo que pensaba él.

—Sí. La verdad es que solo cuando hablaba de él se le animaba la cara. No sé. El resto del tiempo era como hablar con un maniquí. No se parece en nada a la Eva del pasado.

—Si está medicada es normal, ¿no?

—Supongo.

De nuevo otro silencio en el que solo se pudo escuchar las respiraciones de ambos.

—Y te ha cedido la guarda y custodia… —No era una pregunta, era una afirmación algo incrédula.

Él mismo estaba bastante desconcertado por toda la situación.

—Eh… Sí.

—No sé ni qué decir.

—Yo tampoco. Es todo bastante surrealista. Al principio, cuando me ha dicho que quería ver a la niña, he pensado que era una idea pésima, pero es su madre. Me he pasado meses creyendo lo peor de ella y la verdad es tan diferente… —Se detuvo y la miró con insistencia—. ¿Tú qué piensas? ¿Hago bien dejando que la vea?

Su voz sonaba inquieta e insegura. No le gustó demasiado, pero si había alguien ante quien poder mostrarse vulnerable era ella, sin duda.

Alexia se echó hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—Yo… no puedo decidir por ti. Ella es su madre y yo no soy nadie para…

—¿Perdona? —la interrumpió, molesto—. ¿Que tú no eres nadie? Te has convertido en mi apoyo. Mía está creciendo contigo. Ahora mismo, lo eres todo para nosotros —exclamó con fiereza.

Ella le miró durante unos segundos hasta que terminó por asentir con lentitud.

—Vale. Eh, pues yo…

—Dime tu opinión sincera.

—Creo que no estaría mal que la viera.

No tuvo tiempo de contestar porque el timbre del portero automático resonó con

estridencia en el piso.

—Supongo que será tu madre —aventuró Alexia—. Aunque es pronto y me ha dicho que no volvería hasta mediodía. Espero que no haya pasado nada con Mía.

—No creo. Habría llamado por teléfono —dijo mientras se dirigía a la puerta.

Descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

La voz que escuchó a continuación no era la de su madre.

—Hemos venido a ver a nuestra sobrina favorita.

—¿Diego?

—Sí. Estamos aquí Iván y yo. ¿Nos abres?

—Eh, es que Mía no está. Se la ha llevado mamá al parque de bolas. Pero podéis subir si queréis.

—Mejor baja y nos tomamos algo en la playa.

—Es que no estoy solo.

—¿Está Alexia contigo? —intervino Iván.

—Sí.

—Pues mejor, que se venga.

Se dio la vuelta y vio que Alexia había abandonado el salón y se apoyaba en la jamba de la puerta. Le miraba con curiosidad.

—Son Diego e Iván —explicó—. Quieren que bajemos a tomar algo con ellos.

—¿Tú qué quieres?

No se lo pensó demasiado. Quería bajar. Quería encontrarse con su hermano y su mejor amigo y ponerlos al día de lo sucedido. Pese a que ya había tomado una decisión con respecto a Eva, quería que ellos lo supieran.

—Quiero verlos.

—Claro, por mí, perfecto —repuso ella.

La estudió durante unos segundos, indeciso. Pensaba que todo había quedado dicho y que se habían aclarado los malentendidos entre ellos, no obstante, quiso asegurarse.

—Vale, bajamos. Pero solo si me aseguras que todo está bien entre nosotros y que eres plenamente consciente de que en mi mundo solo hay una chica y esa eres tú. Eres la única —dijo con vehemencia.

Ella arqueó una ceja.

—¿Solo una chica? No sé qué pensaría Mía de todo esto.

Lukas esbozó una sonrisa, quizá la primera desde que se había levantado.

—Bueno, pues dos. Mía y tú. Nadie más —sentenció.

Alexia le devolvió la sonrisa: una cegadora de cien mil vatios que cayó sobre él con la potencia de un ciclón y le inundó de luz.

¡Oh, Dios! ¿Se podía ser más resplandeciente y perfecta?

—Eh, chicos —habló al auricular, pero sin apartar la vista del femenino rostro—. Ahora bajamos. Dadnos cinco minutos… Bueno, mejor diez.

Después de decir eso, colgó.

—¿Diez minutos? —inquirió ella, perpleja—. Si estamos vestidos y listos.

—Lo sé. Pero necesito besarte.

Capítulo 31

Alexia

La familia Alba al completo se había reunido en el chalet. Pese a que era un día de diario, la situación era lo suficientemente importante para que se vieran. La idea de cenar juntos surgió de manera espontánea, pero todos se apuntaron.

Aunque hacía meses que los conocía, a Alexia todavía le sorprendían sus costumbres. Aparentemente, los problemas de uno eran los problemas de todos. Y si cualquiera de sus miembros tenía alguna preocupación, los demás intervenían y daban consejos sin molestarse en preguntar si sus opiniones eran bienvenidas. Todos opinaban sobre la vida de todos.

Ella, que se había criado en una familia tan disfuncional y que llevaba tanto tiempo viviendo por su cuenta, no terminaba de asimilar esa manera de comportarse. Pero le agradaba. Le agradaba que los Alba fueran así y que la hubiesen acogido en su pequeño círculo como si fuera una más del clan. Era emocionante tener a gente a su alrededor, preocupándose por ella y su bienestar de ese modo bienintencionado y afectuoso.

Le gustaba esa sensación de pertenecer a algún lugar.

Hacía rato que habían disfrutado de una cena rápida de ensaladas y sándwiches y estaban reunidos en el salón, jugando con Mía, que se resistía a dormirse a pesar de la tardía hora. Estaba entusiasmada con la algarabía y la atención que todos le prestaban.

—Ya viene Eli.

Todos se giraron hacia Tony que se aproximaba desde la cocina con el móvil en la mano.

La tal Eli era la vecina de los padres de Lukas, era abogada y se había ofrecido a echar un vistazo al convenio regulador que le había enviado el abogado de Eva a Lukas esa misma mañana por correo electrónico. Por eso estaban allí.

—Yo creo que está todo bastante claro —dijo Diego, acercándose a la cristalera que daba al jardín. Por el camino se cruzó con Iván y le acarició el brazo con suavidad—. Eva sabe que no puede ocuparse de Mía y que va a estar mejor contigo. No me extraña que te haya cedido la guarda y custodia, y la cantidad que propone como pensión alimenticia me parece muy generosa.

—Sí. Es una pasta —le dio la razón Lukas—. Supongo que Matthias tiene mucho dinero. La ropa que llevaba parecía muy cara y el Asia Gardens no es barato.

—No lo es —dijo Erika, que estaba sentada en el suelo mientras Juls le hacía una trenza en el pelo—. Es un sitio de Cayetanos.

—Me parece tan triste —intervino Anna con un hilo de voz. Estaba en uno de los sofás, algo apartada de los demás, jugueteando con uno de los cuentos de Mía—. Eva siempre fue una chica tan alegre. No puedo imaginar su sufrimiento.

Hubo un silencio generalizado, un silencio pesado y cargado de malestar. Era evidente que tanto Anna como Tony se culpaban por no haberse dado cuenta de lo que le sucedía a Eva. Desde que Lukas les había contado lo ocurrido, su madre no había parado de hacerse reproches.

—Mamá —le dijo Jorge—, no te mortifiques. Nadie podía sospechar que estuviera tan mal.

—Lo peor es que yo pensaba que era una egoísta —dijo con la voz entrecortada. Estaba a punto de echarse a llorar.

Tony se sentó a su lado y la abrazó en señal de consuelo.

—Sí, mamá —intervino Lukas—. No te culpes. Todos estábamos desbordados por la situación y ella nos ocultó su estado. Es muy difícil saber lo que hay que hacer para ayudar a alguien que no quiere pedir ayuda o no sabe cómo hacerlo —concluyó, alargando la mano y posándola sobre el muslo de su madre.

Alexia le miró con afecto. Eran las mismas palabras que había empleado ella el día anterior. Se alegraba de que le hubieran servido y hubiesen calado en él. La culpa era una emoción muy negativa que podía llevar a la absoluta frustración. Ella lo sabía muy bien. Durante meses se culpó injustamente por no haber estado en casa con sus hermanos cuando se declaró el incendio. Tardó mucho tiempo en aceptar que no era culpa suya.

Estaba sentada en el suelo, cerca de Lukas, vigilando que Mía no hiciera ninguna de sus travesuras habituales. La niña, desde que había dado sus primeros pasos hacía un par de días, se había vuelto muy osada y solo quería explorar por su cuenta, pese a que sus andares eran de lo más torpes. Trataba de librarse de cualquiera que intentase detenerla.

—¡Mama! ¡No! —exclamó enfadada cuando chocó con la pierna que Iván había extendido para que no desapareciera por el pasillo—. Mama, mama, mama.

Sus gritos distendieron el ambiente y desviaron la atención de todos hacia ella.

—Creo que se refiere a ti —dijo Jorge en tono guasón, señalando a Diego.

Cualquier respuesta que hubiera podido darle, quedó interrumpida por el timbre de la puerta.

Tony se levantó.

—Debe de ser Eli.

—¿Puedes encargarte de Mía? —le preguntó Lukas a Alexia.

—Claro.

Cogió a la niña, que se retorció como una anguila porque quería que la soltara, y la sentó en el parquecito. En un primer momento, protestó enfurruñada, pero Alexia tenía un as en la manga. Encendió la linterna de su móvil y proyectó la luz contra la pared del fondo. En cuanto entrelazó los dedos y formó la silueta de un conejito, Mía abrió mucho los ojos y se quedó quieta. Adoraba las sombras chinas.

De reojo, mientras creaba diferentes animales para Mía con las manos, vio entrar a una mujer alta, delgada y rubia al salón, acompañada por Tony. Debía de rondar los treinta y cinco o treinta y seis años y, a pesar de que vestía con informalidad, con vaqueros, un holgado jersey blanco y un largo collar de cuentas rojas, se movía de un modo muy fluido y elegante. Estaba muy embarazada.

—Hola a todos —saludó con afabilidad.

—¡Qué guapa estás! —le dijo Erika, al tiempo que se levantaba y se aproximaba a ella para darle un abrazo.

—Sí, claro —replicó con sarcástico buen humor—. Si parece que me he tragado una sandía. —Sus ojos castaños descubrieron a Mía y su expresión cambió, dulcificándose—. ¡Ay, qué bonita está! Se parece mucho a ti, Lukas —dijo al tiempo que se aproximaba a la niña.

—Bueno, ella es más guapa —dijo este con timidez, pero era evidente que le había agradado el comentario. La satisfacción se leía claramente en sus facciones.

—Ha crecido muchísimo —continuó ella—. Tú debes de ser Alexia.

—Eh, sí.

—Yo soy Eli. Vivo aquí al lado. No te sorprendas de que sepa tu nombre. Cada vez que veo a Lukas solo sabe hablar de ti.

Mientras la recién llegada se agachaba y le decía algo a Mía que, de pronto, parecía

fascinada por su largo collar, Alexia se incorporó y se acercó a Lukas, que intentaba disimular su azoramiento.

—Así que solo sabes hablar de mí —siseó, conteniendo una risa.

Él la miró de reojo. Sus mejillas estaban teñidas de rojo. Con un ademán nervioso, se alborotó el pelo y desvió la vista hacia otro lado.

Estaba tan adorable que ella no pudo hacer otra cosa más que suspirar.

Lukas, el encantador chico de los hoyuelos…

Un poco más tarde, después de que se hubieran intercambiado todos los saludos de rigor, la reunión se tornó más seria. Eli se sentó en uno de los sofás, rodeada por los Alba, y cogió las hojas de papel que le tendió Lukas. Todos guardaron silencio mientras ella leía las estipulaciones del convenio con atención.

Mía volvía a protestar así que Alexia regresó a su lado y continuó con las sombras chinescas. A la niña le encantaba que hiciera la del pájaro volando que, casualmente, también era la favorita de su hermano Leo. Se tragó la repentina nostalgia que se le agarró al pecho y continuó sonriendo a la pequeña mientras la distraía.

—No soy una experta en derecho de familia, pero a simple vista está todo muy claro. —Escuchó que decía Eli—. Han contado con un buen asesor jurídico. Es un cese de custodia temporal y aportan los certificados médicos de Eva que la incapacitan para poder ocuparse de Mía por el momento. El régimen de visitas aparece en suspensión debido a su estado de salud, y la pensión alimenticia es bastante generosa. Mañana hablo con un compañero del bufete que es experto en situaciones de este tipo y te llamo —se dirigió a Lukas—, pero te adelanto que es todo bastante correcto.

—Vale —respondió este con un asentimiento.

Alexia le contempló. De nuevo, parecía muy joven e inseguro, muy diferente al padre responsable que fingía ser durante la semana. Se prometió en silencio que le apoyaría en todo y que sería su soporte cuando lo necesitara. Su roca. Quizá fueran los dos unos críos, pero juntos podrían con cualquier cosa.

—Tienes cara de estar maquinando algo.

La frase llegó desde su derecha. Se volvió y vio a Iván, que se arrodillaba a su lado y hacía una mueca graciosa para hacer reír a Mía.

—Puede. Era más bien una cara de determinación.

—¿Determinación? —inquirió él con las cejas arqueadas.

Ella le estudió con detenimiento. Iba vestido con pantalones gruesos de estampado militar y un jersey negro de lana, y llevaba el pelo largo suelto sobre los hombros. Era la antítesis de su novio. Físicamente, no encajaban en absoluto. Diego tenía un aire distinguido y elegante e Iván era todo lo contrario. Sin embargo, había compartido unos cuantos ratos con ellos y adoraba contemplar cómo interactuaban. Si el amor se pudiera medir en unidades de longitud, el que destilaban ambos equivaldría a unos cientos de años luz. A Alexia le gustaba mucho Iván. De algún modo se veía reflejada en él. No había tenido una vida fácil, pero había sabido superarse. A Lukas le encantaba hablar de su amigo y siempre lo hacía con admiración.

—Estaba pensando que estoy decidida a apoyar a Lukas en todo —dijo al fin—. Solo eso.

—¿Solo eso? No es algo trivial.

—Quizá. Pero es un compromiso que me he hecho a mí misma.

Iván guardó silencio mientras dejaba que Mía tirase de una de las pulseras de cuero que adornaban su muñeca.

—Me gustas —murmuró, dirigiéndole una mirada profunda.

Alexia le sonrió.

—Tú a mí también.

—¡No! —gritó Mía.

Ambos se miraron y soltaron una carcajada.

—¿Y esas risas? —inquirió Lukas, agachándose a su lado.

—Tu hija, que tiene mucho genio —contestó su amigo.

La niña comenzó a hacer pucheros mientras se frotaba la cara con los puñitos.

—Está agotada —dijo Alexia. La cogió en brazos—. Hace horas que debería estar dormida.

La meció con suavidad, tarareando su canción favorita, la de los alpinos. Una de las manitas de la niña se posó sobre su garganta y sus enormes ojos azules no tardaron en cerrarse.

—Deberíamos irnos —sugirió Lukas.

Eli se había incorporado del sofá donde había estado hablando con Tony y Anna y se acercó con sigilo a ellos.

—Buenas noches, chicos —les dijo en voz muy baja—. Lukas, estás haciendo una labor maravillosa con Mía. Bueno, los dos —agregó.

Alexia sintió un pellizquito en el pecho al escucharla. No solía emocionarse tanto por los cumplidos y menos si provenían de alguien a quien acababa de conocer, sin embargo, la mirada sincera de aquella mujer y el tono con el que se dirigió a ella la llenaron de satisfacción.

—Muchas gracias, Eli —dijo Lukas y le dio un abrazo—. Hablamos mañana.

La rubia se despidió de todos y se marchó, dejando tras de sí un sutil aroma a perfume afrutado y fresco.

—Nosotros nos vamos —dijo Diego, situándose al lado de Iván, que había comenzado ya a ponerse su chaqueta.

—Nosotros también. —Lukas se dirigió a sus padres—. Mía se ha quedado dormida. Es muy tarde.

—Quedaos a dormir —propuso Tony.

—Eso es favoritismo —masculló Jorge desde el otro lado del salón—. A nosotros siempre nos mandáis a casa.

—Cuando nos deis un nieto podréis quedaros.

—Y encima nos chantajea —se quejó Juls, poniendo los ojos en blanco.

—Ya sabes que siempre fui su favorito —repuso Lukas con una risa—. Gracias, papá, pero no podemos quedarnos. Mañana Alexia tiene clase y tenemos que llevar a Mía a la guardería.

Tony no insistió.

Erika ayudó a Alexia a ponerle el abrigo a Mía, que ni se inmutó. Lukas fue recogiendo todo lo que habían llevado, la bolsa de los pañales, el cochecito y los juguetes. Salir de casa con un niño pequeño implicaba trasladar una tonelada de cosas. Se despidieron de todos y abandonaron la casa. Ataron en la sillita del coche a Mía, que apenas abrió los ojos para balbucear algo ininteligible y siguió durmiendo como un perezoso.

—¿Estás bien? —le preguntó ella cuando ya se habían puesto en marcha. Era algo casi imperceptible, pero había notado que estaba serio.

—No. Bueno, en general, sí —suspiró—. Me parece genial que lo del convenio regulador esté bien y que no haya problemas, pero no sé. Tengo una sensación de… malestar.

—¿Malestar?

—Te parecerá una tontería, pero ¿y si cuando Eva mejore quiere quedarse con la niña y

llevársela a Bélgica? No sé qué podría hacer yo sin ella… —Había bajado mucho la voz, pero la preocupación se deslizaba en cada una de sus palabras.

No era ninguna idea descabellada. Nadie podía saber lo que iba a deparar el futuro. Quizá, tal y como él temía, Eva cambiara de opinión e intentase luchar por Mía y llevársela lejos.

Sí, aquello podía suceder.

A ella misma se le había pasado por la cabeza, pero no había querido mencionarlo.

Extendió la mano y la posó sobre su muslo, tratando de mostrarle su apoyo. Notó cómo se le tensaban los músculos de la pierna.

—Lukas, no te voy a decir que eso no va a pasar, porque no tengo ni idea y quizá suceda. La vida da muchas vueltas, las situaciones cambian y la gente, a veces, hace cosas inesperadas. —Hizo una pausa y le miró. Aunque parecía muy centrado en la carretera, tenía la mandíbula rígida—. Lo único que puedo decirte, y que sí está en mi mano, es que, si eso llega a suceder en algún momento, lo afrontaremos juntos. Tú y yo. Lucharemos por Mía con todas nuestras fuerzas —concluyó, poniendo en esa frase toda su determinación.

Él la miró. Pese a la oscuridad que reinaba dentro del coche, las luces de la consola fueron suficientes para que ella se percatara de que tenía los ojos húmedos.

—Es lo que necesitaba escuchar —susurró—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé. Yo también te quiero a ti.

Capítulo 32

Lukas

El día elegido para que Mía se reencontrase con su madre fue el día del primer cumpleaños de la niña. Lo cierto era que no lo habían planeado, pero las cosas surgieron así, como si el destino hubiera hecho de las suyas.

Lo más triste de todo fue que, cuando habló por teléfono con Eva para decidir la fecha, ella ni siquiera recordó que era un día especial y él no se lo dijo, ¿para qué? Por su tono de voz apático y falto de interés era evidente que o estaba medicada o no le daba importancia.

El lugar elegido para el encuentro fue Terra Natura. Estaba bien situado, cerca del chalet de sus padres y también cerca del hotel donde se alojaba Eva. Ella se negó a ir a la playa o a algún restaurante de Benidorm, por miedo a encontrarse con alguien que pudiese conocerla, y propuso el parque zoológico. No era temporada alta y la afluencia de público sería reducida.

A él no le gustaban los zoológicos, no le gustaba pensar que había animales en cautividad para el deleite de los seres humanos, pero no puso ninguna pega. Eva y él habían ido allí en una ocasión, cuando empezaron a salir, hacía millones de años. Lukas no recordaba mucho del parque o de los animales, solo recordaba que se habían reído muchísimo aquella tarde, sobre todo ella. Esa risa suya tan contagiosa todavía resonaba en sus oídos, incluso todos esos años después.

Terra Natura y la risa de Eva.

Aquellos dos conceptos iban de la mano.

Quizá había sido una pésima idea establecer el encuentro allí.

Habían quedado a las doce y media del mediodía, pero Lukas estaba tan nervioso que a las doce menos cuarto ya había estacionado frente al enorme recinto. No había muchos coches en el enorme aparcamiento, solo un par de furgonetas y algún que otro turismo.

Apagó el motor, pero no retiró las manos del volante. Permaneció inmóvil con la mirada clavada en el espejo retrovisor. Mía iba sentada en su sillita y sus ojos azules, muy abiertos, contemplaban el exterior con interés.

—¿Cómo crees que reaccionará al verla? —musitó.

—No lo sé —murmuró Alexia a su lado—. Si no se encontrara en una situación tan complicada, te diría que solo se puede reaccionar de una única manera al ver a Mía: con afecto. Es tan preciosa… Pero las circunstancias son las que son.

En los últimos días habían investigado todo lo que habían encontrado en internet sobre la psicosis postparto para tratar de entender a lo que se enfrentaba Eva. Lo que habían averiguado los había dejado estupefactos. Era un grave trastorno mental poco frecuente, que si no se detectaba a tiempo podía llevar al suicidio o a que la madre hiciera daño a su bebé. Las mujeres que lo sufrían padecían síntomas como alucinaciones, delirios, comportamiento desorganizado y depresión, y necesitaban ayuda psicológica y farmacológica en la mayoría de los casos; los pacientes afectados más severamente necesitaban años para recuperarse.

Una persona con psicosis postparto no estaba en condiciones de ocuparse de un bebé.

Todo el rencor y el enfado que Lukas todavía albergaba hacia Eva se habían esfumado según iba leyendo blogs y artículos sobre la enfermedad. Cualquier sentimiento negativo había sido sustituido por la pena. Una pena profunda y abrasadora que le encogía las tripas. Si no

hubiera tenido a Alexia a su lado se habría derrumbado.

La miró de reojo.

Hacía tiempo que había prescindido del maquillaje y los peinados que la hacían parecer mayor. Con sus vaqueros, sus zapatillas deportivas, su sudadera negra debajo de la cazadora vaquera y el pelo suelto sobre los hombros, aparentaba exactamente la edad que tenía: diecinueve. Sin embargo, Lukas sabía que bajo ese juvenil aspecto se ocultaban una madurez y una fortaleza interior apabullantes.

—Ale…

—Dime.

—Gracias. Por estar a mi lado, apoyándome en todo esto.

Ella volvió la cara y ancló su mirada de rasgados ojos castaños en la de él. Las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa.

—Tampoco tengo otra opción —repuso—. Cuando se quiere a alguien es con todas las consecuencias, ¿no?

A Lukas le dio un vuelco el estómago.

Qué fácil era todo con ella. Cuánta paz le proporcionaba. Con solo una frase podía serenarle y hacer que se sintiera capaz de cualquier cosa. La contempló con adoración. Las ganas de acercarse y darle un beso le embargaron. ¿Y por qué no? Ella parecía desearlo tanto como él. Se acababa de humedecer el labio inferior. Aquello era una invitación en toda regla.

Se inclinó hacia ella todo lo que el cinturón le permitía…

—¡Shia! —gritó Mía desde el asiento trasero, rompiendo la magia. Se agitaba impaciente. Quería bajarse de la sillita.

—Momento romántico interrumpido —se lamentó él—. Lo siento. Mía es tan oportuna…

—Bueno, nunca me has ocultado que veníais en pack —dijo Alexia. Luego se bajó del coche y liberó a la pequeña de su silla—. Si te soy sincera, si ella no formara parte de esta ecuación, es probable que tú y yo no estuviésemos juntos.

Lukas, que también había bajado del vehículo, frunció el ceño, pensativo, tratando de imaginar cómo se habrían conocido Alexia y él si Mía no existiese. Quizá se habría fijado en ella en el Go al verla bailar, o se habría cruzado con ella en la playa o en cualquier otro sitio… Lo que sí tenía claro era que se habrían encontrado. Y también tenía claro que se habría enamorado de ella igualmente.

Que ellos dos estuviesen juntos era algo inevitable.

—Creo que el destino nos habría unido —dijo al fin.

—No sé —dijo ella en tono de broma, mirando a la niña, que trataba de que la dejara en el suelo—. Mía juega un papel muy importante en que yo me haya enamorado de ti. Al menos un setenta por ciento es mérito suyo. ¿A que sí, rubita?

—¿Solo valgo un treinta? —preguntó, risueño, mientras sacaba el carro del maletero.

—En realidad, solo un quince. El otro quince por ciento es por tu familia. Se han ganado mi cariño.

Lukas abrió el carrito y lo dejó en el suelo.

—¿Mi familia, un quince por ciento? Pero si son desesperantes y demasiado intensos.

—Quizá, pero los adoro.

Él resopló con exageración, si bien en el fondo le gustaba mucho eso que ella decía. Sabía que Alexia se había sentido a gusto entre los caóticos Alba casi desde el primer momento, y también sabía que todos los miembros de su familia la querían.

—¿A quién prefieres?

—Me gustan todos, pero tengo debilidad por tu hermano mayor y por Iván —repuso ella al tiempo que sentaba en el carrito a la niña, que se retorció con tozudez.

—¿El cuadriculado Diego y el imbécil de Iván?

—Oh, oh, ¿detecto celos?

Lukas se rio.

Todo el nerviosismo que había sentido al llegar al parking había desaparecido.

—No sé si me siento cómoda viniendo a un zoo —dijo ella—. Lo de los animales en jaulas no me hace sentir cómoda.

—A mí tampoco, aunque este sitio es algo diferente.

Echaron a andar uno junto al otro hasta alcanzar las taquillas. Alexia empujaba el carrito. Pagaron la entrada y accedieron al enorme parque.

—No me lo esperaba así —dijo Alexia, sorprendida.

Terra Natura no era un zoológico al uso. El recinto estaba dividido en varias zonas que recreaban los hábitats del supercontinente Pangea y de los continentes de América, Asia y Europa. En Pangea había una muestra de los animales más venenosos del planeta, en su mayoría reptiles. En América, se podía visitar un bosque tropical que contenía un aviario y diferentes animales procedentes de ese continente, como los monos capuchinos o los jaguares. En Asia, se encontraban los elefantes, los rinocerontes y los tigres. Y Europa era una representación muy bien conseguida de un bosque mediterráneo, donde gamos, burros y ciervos campaban libremente. Había incluso una granja en la que convivían gallinas, cerdos y cabras enanas.

En cuanto Mía vio que había animales al alcance de su mano, intentó bajarse de la silla. Al no conseguirlo, comenzó a protestar.

—¡Papa! —exclamó.

Lukas era un blando. Cada vez que escuchaba a su hija llamarle así, algo que no sucedía con frecuencia, no podía evitar que se le encogiera el corazón. Se derritió.

—Eh… Mejor la bajamos —murmuró.

—Si la bajamos, estamos perdidos.

—Ya. Pero es que me ha llamado papá. Compréndelo.

Solo hacía dos días que Mía había añadido esa palabra a su vocabulario. Debía de haberse percatado que él hacía todo lo que ella quería cuando la pronunciaba, así que la utilizaba estratégicamente. Era una diminuta chantajista emocional.

Alexia puso los ojos en blanco y soltó una suave carcajada.

—¿Dónde has quedado con Eva? ¿Muy lejos?

—No. Aquí al lado. ¿Ves esas edificaciones blancas con cúpulas azules? —Señaló hacia las construcciones que había al otro lado de la granja, que representaban un típico pueblo mediterráneo—. Hay un bar en la plaza que se llama Dimitris. Pues ahí, en la terraza.

Mía ya no aguantaba más la silla y comenzó a hacer pucheros al ver que una cabrita color canela con manchas negras se acercaba a ellos. Solo la separaba del camino un fino alambre, que impedía que pudiera salir de su entorno. Lukas la sacó del cochecito, la puso en el suelo y le dio la mano. La cabrita no se alejó cuando la niña se aproximó sobre sus vacilantes piernas. Debía de estar acostumbrada al contacto con los visitantes.

—¿Te gusta la cabrita, Mía? —le preguntó Alexia, agachándose a su lado.

La pequeña exclamó algo ininteligible. Sus ojos refulgían emocionados mientras el animal, no mucho más alto que ella, la miraba interesado.

Lukas dejó a la niña en manos de Alexia y se alejó. Se sacó el móvil del bolsillo y comenzó a hacer fotos.

Sí, era de esos padres a los que se les caía la baba a cada rato.

Mía llevaba unos vaqueros, un jersey blanco con corazones rojos y su anorak también rojo, cuya capucha tenía orejas de gato. Sus deportivas blancas con cordones carmesí completaban el conjunto.

Estaba preciosa.

Todo gracias a Alexia.

Esa mañana, ella se había presentado en su casa mucho antes de la hora convenida. En un principio, habían quedado en que él iría a buscarla en coche, así que cuando la joven entró en su piso a las nueve y media, se sorprendió, aunque jamás se había alegrado tanto de ver a alguien en su vida.

Toda la ropa de Mía estaba desperdigada por la cama, porque él era incapaz de decidir qué ponerle a la pequeña para ese encuentro. Vestidos, pantalones, camisas, jerséis y hasta peleles habían sido desechados y él seguía contemplando el desastre, desquiciado. Pero entonces llegó Alexia y en un santiamén seleccionó la ropa que llevaba la niña.

A veces se sentía como un verdadero inútil.

Así se lo había dicho a ella.

—No te infravalores, Lukas —había respondido—. Hoy es un día muy significativo, es normal que dudes y que estés inseguro.

—Tú no dudas nunca.

—Yo dudo cada cinco segundos, solo que me esfuerzo para que no se note.

Él había suspirado.

—Es solo que quiero que Mía vaya… perfecta.

—Mía ya es perfecta, da igual qué ropa lleve —le había dicho, acallando todas sus dudas.

Cuánta razón…

Contempló a su hija, que parecía fascinada con los animales. A la primera cabrita se habían unido otras dos más y un gamo. Ella intentaba a toda costa tocar una de las cabras mientras Alexia la vigilaba con ojos de halcón.

Sí. Mía era perfecta.

Cientos de fotos después, se unió a ellas y soltó exclamaciones maravilladas ante cada aspaviento de Mía. Una vocecita interior le decía que se acercaba la hora de ver a Eva de nuevo y que en solo unos minutos llegaría el temido encuentro.

—¿Quieres que me quede por aquí? —sugirió Alexia—. Quizá sea mejor que vayas tú solo con la niña.

—No —rechazó—. Ven conmigo.

No tardaron en ponerse en marcha. Mía protestó porque no quería despedirse de los animales, pero Lukas fue inflexible y la cogió en brazos. Trató de distraerla, mostrándole unos pájaros que volaban en bandada por encima de su cabeza. Lo consiguió.

Había dos mesas ocupadas en la terraza del restaurante. Eva y su acompañante, que les daba la espalda, estaban sentados en la más alejada. No los habían visto y Lukas aprovechó ese instante para estudiarlos a ambos. Ella llevaba un abrigo corto oscuro con botones dorados y el pelo recogido en una coleta. Al igual que hacía días, cuando la vio en el Asia Gardens, rezumaba una elegancia que encajaba poco con la chica que fue su novia durante tantos años. El hombre lucía un abrigo azul marino y tenía el pelo de un tono castaño oscuro.

Eva alzó la vista y los vio. Su expresión cambió radicalmente y el pánico asomó a su cara. Se puso de pie con precipitación. El tal Matthias la imitó y se giró.

Por fin pudo verle de frente. Era un tipo de unos treinta y cinco años, con ojos claros y

gesto afable. Era obvio quién había seleccionado la ropa de Eva, porque se complementaba perfectamente con la de él. Bajo el abrigo llevaba un traje de chaqueta gris y una corbata granate destacaba sobre su camisa blanca.

Lukas estableció una comparativa mental entre la pareja que formaban Alexia y él y la que se erguía a solo unos metros de distancia.

No podían ser más dispares.

¿Y si no habían acertado vistiendo a Mía con vaqueros?

En cuanto aquel pensamiento acudió a su mente, se llamó imbécil en silencio. Tal y como Alexia había dicho, Mía era perfecta.

La niña seguía mirando al cielo, concentrada en la bandada de pájaros que parecían indecisos y repetían su recorrido adelante y atrás una y otra vez.

Como si supiera que lo necesitaba, la mano de Ale rozó la suya, infundiéndole ánimo. La miró de soslayo y le sonrió.

—Está todo bien —siseó.

Solo unos pasos más los situaron frente a la pareja.

—Hola —dijo Eva—. Eh… Este es Matthias.

Parecía ausente y evitaba mirar a la niña. Su voz carecía de matices.

El tal Matthias alargó el brazo y estrechó su mano con vigor.

—Encantado —dijo con un fuerte acento francés.

—Lo mismo digo —respondió Lukas—. Ella es Alexia.

No hubo besos ni más apretones de manos. Unas simples inclinaciones de cabeza bastaron.

Mía se había quedado mirando a los dos desconocidos con interés.

—Es muy guapa —dijo el belga, contemplándola con una sonrisa resplandeciente—. Hemos traído un regalo por su cumpleaños. Es solo un vestido y un muñeco —añadió, tendiéndole un paquete.

Lukas lo cogió.

—Muchas gracias.

No hizo amago de abrirlo, estaba muy bien envuelto en papel dorado. Se lo dio a Alexia para que lo dejara en el cochecito.

Eva estudiaba el suelo. Estaba pálida y muy tensa. Matthias le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia su cuerpo con suavidad. Luego le lanzó una mirada de disculpa a Lukas.

Era una situación surrealista.

De pronto, la vocecita aflautada de Mía resonó potente en el silencio que se había creado entre ellos.

—Mama.

Y todo se descontroló.

Eva alzó la cara con brusquedad. El pánico oscureció sus facciones y los ojos se le llenaron de lágrimas mientras su mirada recalaba en su hija. Un jadeo involuntario salió estrangulado de su garganta. Se retorció tratando de desasirse del abrazo de Matthias. Este la soltó y ella echó a correr, alejándose de ellos.

—Lo lamento —murmuró el belga, yendo tras ella.

Lukas y Alexia se miraron, perplejos.

Mía seguía diciendo *mama, mama, mama* como si fuera una letanía, sin dirigirse a nadie en particular.

Capítulo 33

Alexia

Se le habían nublado los ojos al ver la escena. En realidad, todo era tan triste que tenía el corazón encogido desde hacía rato, pero no había querido que Lukas lo supiera. Él necesitaba alguien fuerte y sólido a su lado. Sin embargo, ver esa sombra de mujer y compararla con la Eva que ella conocía de las fotos que tenían los Alba, había resultado descorazonador. Su forma de evitar la presencia de Mía, sus temblores, su pánico incontrolable y esa reacción cuando la niña pronunció aquellas dos fatídicas sílabas: mamá.

¡Dios!

Terrible y desgarrador.

Estuvo a punto de empezar a recitar fechas para calmarse, pero se contuvo.

Lukas se giró para mirarla. Tenía los ojos húmedos. Abrió la boca como si quisiera decirle algo, pero era evidente que le faltaban las palabras. Terminó por enterrar la cara en el cuello de Mía, que balbuceaba cosas ininteligibles.

Alexia se acercó a él para que pudiera sentir su presencia. Tampoco sabía qué decir.

Matthias y Eva estaban a unos cincuenta metros de distancia. Él la había alcanzado antes de que ella hubiera podido alejarse demasiado. La abrazaba y parecía estar acunándola en sus brazos mientras susurraba.

—Quizá no tendríamos que haber venido —murmuró Lukas—. Ya sé que era ella la que quería ver a Mía, pero no creo que esté preparada.

Alexia le dio la razón internamente.

Permanecieron unos cuantos segundos quietos y silenciosos hasta que la niña empezó a impacientarse y se retorció con brío para que su padre la bajara al suelo.

—Vamos a sentarnos en la mesa y esperarlos —propuso él.

Tomaron asiento y Lukas hizo algo que Alexia sabía que no le gustaba demasiado: sacó su móvil y puso unos dibujos de Pocoyó a Mía para mantenerla entretenida. Ella alzó los brazos e insistió en que fuera Alexia la que la sentara sobre sus rodillas.

Una camarera llegó y les tomó nota. Pidieron ambos un refresco.

En la distancia, Eva y Matthias seguían abrazados y se mecían con suavidad.

—La adora —meditó Alexia en voz alta, que no podía apartar la vista de la pareja. Despertaba en ella una especie de triste ternura.

—Sí. Y eso me tranquiliza. Todavía no me puedo creer que esto esté sucediendo. Estoy en shock.

El ambiente era singular. Irreal.

Poco después, Eva y Matthias regresaron, cogidos de la mano. Él se mostraba calmado y ella, aparentemente, también. Seguía sin mirar a la pequeña, pero no estaba tan pálida y temblorosa como antes. Ni siquiera cuando se sentaron, él soltó su mano, como si fuera el ancla que Eva necesitaba para no zozobrar en un océano inmenso. Fue Matthias también quien empezó a hablar. Quizá para llevar la reunión a un puerto seguro y menos peligroso, se dirigió a Lukas y le dio las gracias por no haber puesto ninguna pega al convenio y haberlo firmado con tanta rapidez. Los dos se entretuvieron hablando de temas legales y Alexia aprovechó para estudiar de soslayo a Eva, que se había sentado a su derecha.

Miraba a Mía, mas lo hacía a hurtadillas, a través de sus espesas pestañas negras. Tenía la mirada baja, clavada sobre la mesa, pero de vez en cuando la elevaba fugazmente y la posaba sobre la carita de la niña, que estaba muy atenta a Pocoyó y sus amigos.

Su rostro era una mezcla de angustia, terror, ansiedad y vergüenza.

Alexia tenía la garganta encogida.

No sabía qué hacer.

¿Y si iniciaba una conversación, preguntando algo banal? Se devanó los sesos con insistencia hasta que se le ocurrió algo.

—Me gusta tu camisa —dijo tras una leve vacilación.

Eva la miró desconcertada. En el pasado tenía que haber sido muy guapa, pero había adelgazado mucho y sus facciones resultaban en exceso afiladas. No obstante, sus ojos castaños eran hermosos, lástima que no tuvieran brillo alguno. Su nariz respingona era exacta a la de Mía y la forma de su barbilla también.

Alexia tuvo ganas de llorar. Se sentía como una intrusa, aunque era innegable que a Eva le sucedía lo mismo. El deseo de coger a la pequeña y ponerla sobre el regazo de su madre para que se estableciera alguna conexión entre ellas le arañó el estómago.

—Gracias. Es un regalo de Matthias… —repuso, acariciando el cuello de la prenda con nerviosismo.

Después de eso solo hubo silencio.

Lukas y el belga continuaban hablando, pero era indudable que ambos estaban muy pendientes de ellas.

—Me gusta la ropa de la niña —expresó Eva de pronto—. ¿La has elegido tú?

El corazón de Alexia se saltó un latido. Le lanzó una rápida mirada a Lukas, que también parecía impactado.

—No. La ha elegido Lukas —mintió—. Es un padre genial.

Eva asintió.

En ese instante, Mía elevó la cara y le puso una mano en la mejilla para forzarla a mirar la pantalla del móvil.

—Mama —exclamó.

Alexia se sonrojó con violencia y una sacudida de calor la recorrió de arriba abajo.

—Se lo llama a todo el mundo —se apresuró a explicar, mortificada.

Lukas y Matthias habían dejado de hablar.

Eva se había tensado en su silla y su mano apretó la de su pareja, pero no mostró más reacción que esa. Tardó unos pocos segundos en serenarse.

—No te sientas mal —dijo en voz baja e insegura—. Es lógico que te llame mamá. No me molesta. Gracias por… serlo para ella…

Alexia tuvo ganas de llorar de nuevo.

Un silencio espeso y profundo se abatió sobre los cuatro adultos. Un silencio que fue roto, inesperadamente, por Eva.

—Está preciosa —murmuró. No había anhelo en su voz, era una simple constatación de algo evidente—. Se parece mucho a ti —comentó, dirigiéndose a Lukas—. ¿Podéis… contarme algo sobre ella?

Como si solo hubiera estado esperando su permiso, Lukas empezó a hablar de las virtudes y bondades de Mía. Relató que ya andaba y que hablaba mucho. Se refirió a su inteligencia, a que no lloraba con frecuencia, a que comía muy bien y no solía protestar. Les habló de su obstinación y de su buen carácter. Y se explayó contando cientos de anécdotas.

Su voz destilaba calidez, orgullo y amor.

Alexia adoraba escucharle hablando de su hija. ¡Irradiaba luz!

Eva se limitó a prestar atención muy silenciosa, mientras que Matthias intervenía y hacía alguna que otra pregunta con mucho respeto. Era muy educado y guardaba las formas. Alexia le observó con admiración al recordar su historia. Debió de ser terrible para él lo que hizo su esposa. Tenía que ser un hombre de gran templanza para haberse recuperado de un golpe así y haber formado un grupo de apoyo para mujeres con problemas psicológicos.

Mía no tardó en cansarse de ver dibujos y quiso explorar por su cuenta. Incapaz de contenerla por más tiempo, Alexia dejó que se bajara al suelo y que anduviera de silla en silla mientras la vigilaba atentamente. Los demás siguieron hablando mientras ella iba tras la niña. Pese a que era muy osada, nunca se alejaba demasiado de los adultos.

—¿Puedo hacerle una foto?

Escuchó la voz a su espalda y se giró. Eva se había puesto de pie y tenía el móvil en la mano. Pese a que su expresión era bastante neutral, parecía estar pidiendo permiso con sus gestos. Alexia volvió a sentir el desgarro en la boca del estómago. Todo era surrealista y estaba del revés.

La madre suplicando a la niñera.

—Por supuesto.

Chasqueó los dedos para que la atención de Mía se centrara en ellas. La pequeña se giró sobre sus tambaleantes piernas y las miró. Una sonrisa desdentada adornaba su cara. Después, echó a andar hasta que llegó junto a Alexia y se sujetó a sus pantalones.

—Es… tan bonita —musitó Eva mientras tomaba fotos.

Alexia solo podía darle la razón. Lo era.

—¿Quieres cogerla?

Eva alzó la cara con violencia.

—¡No! —rechazó con un ademán.

Sin embargo, la decisión le fue arrebatada por la niña que, inesperadamente, descubrió que los botones del abrigo de Eva eran muy interesantes y tenían forma de ancla, y se acercó a ella, dispuesta a manosearlos.

Fue un momento peculiar. Todos contemplaron la escena con diferentes grados de aprensión y la respiración contenida.

Eva se quedó quieta como una estatua mientras Mía chocaba con sus piernas y agarraba uno de los botones. Alexia estuvo a punto de lanzarse a por la niña para que no estropeara el abrigo —era un Louis Vuitton y, con toda seguridad, auténtico—, pero se contuvo y pasó a ser un testigo más.

Mía tiró con fuerza de uno de los botones, que eran gigantescos para sus puñitos, pero estaba muy bien cosido a la prenda y no pudo hacerse con él. Protestó con su lengua de trapo y alzó la mirada hacia Eva como si la estuviese regañando. Esta la miró con una insólita expresión en el semblante, una mezcla de curiosidad y respeto.

—Eres muy bonita —repitió con un tono de voz casi inaudible.

Bajó la mano y le acarició la mejilla. Después de eso, hizo algo desconcertante. Tiró de uno de los botones dorados de ancla hasta que se desprendió de la prenda y se lo dio a Mía, que lo cogió ansiosa y le regaló la sonrisa más dulce del mundo.

La emoción más profunda embargó a Alexia. Pese a que la escena había sido breve y apenas había durado unos segundos, sabía que acababa de presenciar algo increíble. Mientras tragaba saliva, echó una ojeada a Lukas y a Matthias y vio que ellos también estaban

conmovidos. En especial, Lukas, que había bajado los párpados y trataba de mantenerse impertérrito, pero los movimientos agitados de sus manos le delataban.

Mía dio unos pasos con su preciado tesoro en la mano, sin saber que era el centro de atención de todas las miradas. No tardó en percatarse de que el botón era un estorbo para poder sujetarse en su paseo y se acercó al carrito para dejarlo allí.

—Pienso que… tenemos que irnos —dijo Eva con aspereza.

Alexia la miró. Estaba rígida y su mandíbula había adquirido la consistencia de una roca. Su mirada extraviada recalaba en algún lugar lejano. Era indudable que estaba a punto de romperse y no deseaba que ellos fueran testigos.

Fue Matthias el primero en salir del estupor en el que se hallaban inmersos todos. Apresuradamente, dejó un billete sobre la mesa, pese a las protestas de Lukas. Luego le proporcionó su número de teléfono y le dijo algo de que estarían en contacto.

Mía se había alejado y Alexia corrió tras ella, pero por el rabillo del ojo vio que Lukas hablaba con Eva y ella asentía sin demasiado entusiasmo. Matthias había dado unos pasos a un lado, como si quisiera proporcionarles intimidad, pero era obvio que ella no parecía muy cómoda y que estaba deseando que esa conversación terminara cuanto antes.

La despedida fue torpe y un poco confusa. Hubo un apretón de manos con el belga, que se acercó a Mía para acariciarle la cabeza con afecto. No hubo contacto físico con Eva, que había retrocedido unos pasos y parecía estar muy lejos de allí.

No volvió a mirar a su hija.

Poco después, Matthias y ella se alejaron.

Alexia dejó escapar el aire que había contenido en los pulmones. La imagen de esa mujer fragmentada, desolada y triste no se le iba a olvidar nunca. Una mujer que había reaccionado con terror cuando la niña se acercó a ella. Una mujer incapaz de sentir el típico e innato afecto que todas las madres mostraban hacia sus hijos. Ella sabía lo que significaba provenir de una familia desestructurada y carecer del amor de una madre, pero Eva, en lugar de despertarle desprecio, como su propia madre, solo le despertaba angustia y conmiseración.

Lo vivido los había dejado a ambos muy callados y taciturnos. Echaron a andar, volviendo por el camino que los había llevado hasta allí. Mía había decidido que estaba cansada y Lukas la había cogido en brazos. Alexia empujaba el carrito.

Se detuvieron justo frente a la granja, donde las cabritas llegaron para saludar, tal y como había sucedido con anterioridad, pero la niña no parecía muy interesada. Había enterrado la cara en el hueco del cuello de su padre y un enorme bostezo abría su boca.

—Creo que está agotada. Hoy hemos madrugado mucho —murmuró Lukas.

—Siéntala y vámonos.

Él lo hizo. La colocó en el cochecito y le abrochó el cinturón. El botón dorado de ancla terminó, de algún modo, en su manita. Cuando Lukas intentó quitárselo, se aferró a él e hizo un pucherito.

—No quiero que se lo lleve a la boca —comentó él.

—No te preocupes. Es muy grande para que se lo pueda tragar. Se lo quitamos luego, cuando se duerma.

A su cabeza regresó la imagen de Eva, arrancándose el botón para dárselo a Mía, y se le encogió el pecho, robándole el aliento.

Las últimas horas habían sido una catarata de emociones.

Se pusieron en marcha de nuevo, encaminándose hacia la salida. Apenas había gente en el parque y no se cruzaron con nadie. De fondo sonaba una melodía instrumental muy bajita que

salía de altavoces estratégicamente colocados, ocultos para los visitantes, y se respiraba una cierta paz.

Alexia miró a Lukas de soslayo. Estaba muy serio y caminaba muy erguido sin despegar la vista del frente.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Tengo ganas de llorar —respondió en voz muy baja.

De mutuo acuerdo, se detuvieron bajo uno de los pocos árboles que bordeaban el camino. No hacía mucho calor, pero se agradecía estar a la sombra. La niña estaba a punto de quedarse dormida.

—Le he dicho a Eva que puede llamarme cuando quiera si quiere saber algo de Mía, pero no la he visto muy entusiasmada, la verdad. He notado más entusiasmo en él… —dijo Lukas con desánimo.

—Creo que es un buen tipo y que Eva va a estar bien con él —dijo ella, convencida.

—Yo también lo creo. Me ha gustado. Me ha recordado a Diego, tan responsable y protector… —Hizo una pausa—. ¿Qué te ha parecido Eva?

Alexia no tenía que pensar demasiado.

—Nunca había visto a nadie tan… roto. Me ha provocado una tristeza enorme.

—Se me ha roto el corazón al verla interactuar con Mía —murmuró Lukas.

Se había metido las manos en los bolsillos de la cazadora y tenía la vista perdida. Sus ojos aguamarina brillaban de una forma imposible, llenos de dolor. Una lágrima rodó por su mejilla.

Alexia le abrazó.

Y él se cobijó en su abrazo.

Ella sintió cómo su mirada también se empañaba por la humedad.

—Estoy hecho una mierda —confesó él—Me siento fatal.

—Déjame que me sienta fatal contigo, entonces.

El abrazo se hizo más intenso.

Durante unos minutos no se separaron. Era reconfortante saber que podían proporcionarse consuelo mutuo.

—Creo que hoy te quiero todavía más —musitó él. Su aliento le acarició el cuello.

—¿Por qué? —Se sorprendió.

—Por tu forma de tratar a Eva. Por tu serenidad. Has estado genial.

Alexia meditó un instante. ¿Genial? No había hecho nada especial y sentía que no merecía el halago. ¿Acaso había otro modo de tratar a alguien que no estaba bien?

—Solo he sido amable.

—Has sido más que eso, Ale. Te admiro. Creo que Mía y yo tenemos mucha suerte —dijo con la voz entrecortada.

No replicó nada. No quiso contradecirle.

Alzó la cara para poder mirarle y la calidez invadió su cuerpo hasta llegarle a los huesos. Lukas tenía cara de adolescente eterno, de chico alocado y un poco sinvergüenza. Sin embargo, ella sabía que bajo su apariencia juvenil y traviesa se escondía una persona con profundos sentimientos, leal, fuerte y decidida, alguien dispuesto a luchar y dejarse la piel y la vida por su hija.

«Si hay que matar dragones, pues mataremos dragones».

Esa frase se la había oído decir en alguna que otra ocasión cuando hablaba con la niña. Y sabía que era cierto. Lukas mataría dragones, si hacía falta.

Era ella la que se sentía afortunada de haberle conocido.
Él la besó y luego pegó la mejilla a la suya.
—¿Nos vamos a casa? —propuso.
Casa…
Qué bien sonaba.

Epílogo

Primavera – Dos años después

Lukas

—¡Puntazo para las chicas! —gritó Eri después de que la pelota se le hubiera escapado a Jorge de las manos al otro lado de la red.

—¿A quién llamas chica? —Iván se acercó a ella y le dio un azote.

—Eso te pasa por jugar en nuestro equipo.

Los cuatro hermanos Alba y sus parejas —todos menos el novio de Eri, que tenía trabajo en Madrid— habían bajado a la playa a pasar la tarde, aprovechando que corría algo de brisa y que el sol no era demasiado potente. En mayo, uno podía encontrarse con una temperatura de treinta grados en Benidorm, pero no era el caso. Habían llevado toallas y neveras con bebidas y sándwiches.

Fue idea de Jorge coger también una pelota para poder disputar un partido de voleibol. Se habían formado dos equipos. Uno estaba compuesto por Diego, Jorge y Lukas y el otro por Erika, Juls e Iván. Alexia había rechazado jugar para quedarse con Mía, pese a que todos habían insistido en hacer turnos.

—¡Vamos ganando nosotras! —gritó Juls, haciéndole un gesto obsceno a Jorge.

Este se rio y le lanzó la pelota. Ella se la pasó a Iván que la devolvió al otro lado de la red. Fue interceptada por Diego.

Lukas lanzó una ojeada al grupo de palmeras, bajo el que se sentaban Ale y a Mía. Estaban construyendo algo similar a un castillo deforme. Habían llenado dos cubos de agua de la orilla y los usaban para humedecer la arena. Tenían las cabezas muy juntas y se estaban riendo. Una sonrisa tonta apareció en su boca al escuchar sus risas. ¡Qué bonito era verlas juntas! Jamás se cansaba de esa imagen.

—¡Lukas, joder!

Giró la cara y se dio cuenta de que se le había escapado el balón. Jorge le miraba con reproche y Diego con diversión.

—Seguid sin mí —les dijo.

Se fue corriendo por la arena sin hacer caso a los insultos que le seguían.

Alexia levantó la cara al verle llegar y le sonrió. Mía estaba demasiado ocupada haciendo agujeritos con su dedo pulgar en lo que parecía ser una muralla de arena. Ni le miró.

Del altavoz que habían llevado salía una de las canciones más conocidas de los Sex Pistols, *God Save The Queen* a un volumen bastante discreto. Instantáneamente, supo a qué móvil estaba conectado. A Alexia le encantaba el punk de los setenta. Incluso Mía parecía haberse acostumbrado a The Clash, Ramones y otras bandas.

—¿Ya te has cansado de jugar? —le preguntó.

—No. Es que estaba viendo la chapuza de castillo que estáis haciendo y he tenido que venir para arreglarlo —repuso, tirándose a su lado sobre la toalla.

—¡Qué creído!

La niña levantó la cara y le miró con sus enormes ojos azules muy emocionados. Su carita estaba sonrosada por el esfuerzo.

—Mamá y Mía castillo.

La pequeña pronunciaba las palabras con una exactitud increíble. Incluso su pediatra estaba sorprendido. Les había dicho que los niños de tres años solían conocer una media de entre ciento cincuenta y doscientas palabras, pero que no era muy común que hablasen con tanta claridad.

—Es un castillo muy bonito.

La cara de felicidad de su hija iluminó la playa entera.

—Qué bien mientes —le susurró Alexia al oído.

—A ver, para haberlo hecho una niña de tres años sola, está perfecto.

—Capullo. Sabes que la he ayudado.

Se rio bajito. Después se quedó absorto mirando a sus hermanos que habían reanudado el juego. A Jorge y a Diego no parecía importarles que los hubiera dejado tirados porque en ese momento marcaban un punto impresionante. El grito cabreado de Erika llegó con claridad hasta él.

—Mira, mamá —dijo Mía.

Alexia se inclinó para admirar la obra, haciendo aspavientos maravillados. El largo pelo oscuro le cayó sobre el hombro.

Lukas las estudió a ambas con profundo afecto. Para Mía, Alexia se había convertido en su madre. Hacía tiempo que había dejado de llamar así a las demás personas, y solo Ale disfrutaba de ese privilegio. Cuando fuera mayor, le explicarían cuál era su verdadero parentesco. Lukas no quería ni imaginarse el momento de tener que contarle a Mía que su verdadera madre vivía muy lejos y que era la mujer a la que ella conocía como tía Eva. Iba a ser difícil, pero como decía Alexia, todo a su debido tiempo.

Poco después de su encuentro en Terra Natura, Eva y Matthias se habían casado. Desde entonces, la pareja había viajado a España en tres ocasiones para ver a Mía. Eva había mostrado signos de mejoría, pero nunca había vuelto a ser la misma chica del pasado. Le habían diagnosticado una depresión severa y seguía en tratamiento psiquiátrico. Lukas había hablado con Matthias hacía unos días para preguntarle por su estado de salud. Aparentemente, estaba mucho mejor y habían planeado una visita a España para el verano.

Las interacciones de Eva con Mía eran peculiares. Cada vez que veía a la niña, se comportaba como si fuera un familiar lejano, mostrándole educación y un ligero afecto, pero nada más. Mía todavía era demasiado pequeña para comprender la situación y se limitaba a dejarse acariciar por esos señores que venían de lejos y siempre le traían regalos.

A Lukas todavía le dolía el corazón cada vez que veía a Eva tocarle el pelo a su hija de ese modo tan cortés, como si no llevaran la misma sangre.

El futuro era bastante incierto, pero por el momento, las cosas funcionaban. Ninguna de las partes había mostrado interés en cambiar las condiciones del convenio regulador. Y, gracias a la generosa pensión alimenticia que Lukas recibía, había podido llevar a Mía a una escuela infantil privada que tenía un horario más amplio y flexible.

Hacía tiempo que Ale ya no era su niñera.

Se había graduado hacía unos meses y estaba trabajando a media jornada en el centro infantil donde había hecho las prácticas. Todavía seguía bailando en el Go, aunque su intención era dejarlo cuando encontrara un trabajo a tiempo completo.

Y continuaba negándose a compartir piso con él, aunque la mayoría de las noches las pasaba en su casa.

—Cuando tenga un trabajo en condiciones, me iré a vivir contigo. Mientras tanto, no.

Estamos bien así.

Eso le decía cada vez que él insistía en que se mudara a su apartamento.

Era muy cabezota. Tanto como Mía, o más.

Un soplo de viento llegó hasta él, estremeciéndole. La temperatura era agradable, pero se había quitado la camiseta para jugar al voleibol y ahora que estaba quieto y en la sombra se estaba quedando frío. Rebuscó en una de las bolsas de playa y sacó su camiseta. Se la puso.

Los demás llegaron hasta ellos, trayendo ruido y alboroto, y se tiraron sobre las toallas, tal y como Lukas había hecho poco antes. Abrieron una de las neveras y comenzaron a sacar latas de cerveza, refrescos y sándwiches.

En un instante, la calmada escena se había convertido en un caos.

—¡Pero qué muralla más bonita! —exclamó Eri.

Mía, que estaba acuclillada junto a su obra, la miró con el ceño fruncido.

—Castillo —la corrigió.

—Sí, eso, castillo —dijo muy seria, pero cuando la niña no la miraba, puso los ojos en blanco.

Lukas se rio para sus adentros. La pequeña los tenía a todos hechizados. Era la niña más consentida y amada del universo.

—¿No viene tu chico este finde? —le preguntó a su hermana—. ¿O estáis en un momento de esos que no os habláis?

Erika se puso unas gafas de sol y soltó un resoplido.

—Nos hablamos. Pero tiene mucho curro. Intentaré escaparme yo a Madrid en unos días.

La historia de Eri y su chico era una historia peculiar, digna de una telenovela turca, llena de altibajos. Aparentemente, se hallaban en una de sus etapas buenas.

—¿Sándwich? —le preguntó Jorge al tiempo que le lanzaba uno envuelto en papel de aluminio, que él atrapó al vuelo.

—¿De qué es? —Le dio la vuelta y vio que alguien se había molestado en poner etiquetas en los envoltorios—. Jamón con tomate —leyó—. Perfecto. ¿Quién ha sido tan mono de escribir esto? Es nuevo.

—He sido yo —respondió Diego.

—¿Esto no es muy gay? —inquirió con provocación.

—Si Ale fuera un tío, tú serías gay —intervino Iván con la boca llena.

Cierto. No iba a protestar.

—No lo niegues —dijo la propia Ale, que se había hecho con otro de los sándwiches—. Adoras el suelo que piso y no sabes vivir sin mí.

Juls y Eri se rieron.

Mía, al escuchar las risas, se unió a ellas y soltó una carcajada estentórea.

—Hasta Mía lo sabe —dijo Jorge—. ¿A que tu papá está loco por Ale? ¿A que sí, Mía?

—¡Sí! —gritó la niña. Luego se dirigió hacia Lukas y se sentó sobre su regazo. Sus piececitos descalzos estaban llenos de arena.

Mientras todos se burlaban entre risas, él inclinó la cara y habló con su hija en un tono lastimero.

—Se están riendo de mí. Tú no lo haces, ¿verdad? Tú eres la niña de papá.

Ella le miró muy seria. Agitó la cabeza y su pelo de rizos rubios, que llevaba recogido en una coleta alta, osciló a un lado y al otro.

—De mamá.

Aquella respuesta solo suscitó más risas.

Ahora fue Lukas el que puso los ojos en blanco.

—Mamá hace castillo y papá come con Mía —dijo la niña.

—Por lo menos sirvo para algo —masculló—. ¿Habéis traído también algo para ella?

—La duda ofende —dijo Diego. Sacó un sándwich y un táper de la nevera que tenía más cerca y se los tendió.

En el táper había un plátano troceado y el sándwich era de pavo. Mía agarró este último con ansia, como si llevara días sin comer, y le dio un bocado.

—Despacio, tragona —la amonestó Lukas.

Entre charlas y risas, continuaron devorando sándwiches e intercambiando historias mientras de fondo sonaba Blondie y su *Heart of Glass*. Reuniones como esa tenían lugar constantemente, aunque solían hacerlas en el chalet de sus padres, solo que ese fin de semana, Tony y Anna estaban en Alemania, visitando a los padres de ella.

—¿Te has decidido ya a hacer el máster? —le preguntó Juls.

Lukas negó con la cabeza.

Juls hablaba del máster que ella misma había cursado el año anterior, un Máster en Periodismo Multimedia. Lo ofertaba la Universidad Internacional de Valencia y era a distancia. Ella estaba muy contenta de haberlo hecho y se lo había recomendado a Lukas.

No era exactamente lo que él había soñado, pero ya hacía tiempo que había abandonado la idea de ser corresponsal en el extranjero, así que, formarse dentro del campo del periodismo multimedia con todos los avances tecnológicos que había experimentado la profesión, le parecía una gran idea para progresar en su carrera.

Sin embargo, sabía que no tenía muchas posibilidades. En primer lugar, porque el máster costaba un pastón que él no tenía y se negaba a pedirles dinero a sus padres. En segundo lugar, no tenía tiempo. Trabajaba todos los días hasta las siete y las noches y los fines de semana se los dedicaba a Mía. ¿Cuándo iba a poder estudiar?

Era imposible.

Mía se había terminado su sándwich y ahora señalaba el táper con uno de sus deditos.

—Pásamela y se lo doy yo —pidió Erika—. Ven con la tía, rubita.

La niña no dudó. Se levantó y se acercó a su tía, que la abrazó y le dio veinte mil besos en la mejilla.

—¿Y esta tarta? ¿Quién la ha traído? —Se oyó la voz de Iván de pronto.

Había abierto una de las bolsas y había sacado una caja de plástico transparente, dentro de la cual se podía ver una tarta de chocolate.

—Yo no he sido —apuntó Diego, que se había encargado de la mayoría de la comida.

—Nosotros tampoco —dijo Jorge, incorporándose.

—A mí no me miréis —añadió Erika—. Ese pastel parece casero y yo solo sé hacer huevos fritos y la mayor parte de las veces me salen fatal.

Se miraron unos a otros con curiosidad.

—Mamá —gritó Mía.

Alexia se echó a reír.

—Vale, sí, he sido yo —admitió—. Mía es una chivata.

Lukas giró la cara y la miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde lo traías? Hemos venido juntos y no lo he visto.

—Iba con las cosas de la niña —repuso, sonriente.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Juls, maravillada.

—Sí.

—Es una pasada. Si hasta lo has decorado con florecitas.

—Me gusta la repostería.

—Ya sé quién va a hacer el pastel de mi cumpleaños este año —dijo Eri.

—¿Algo que celebrar? —preguntó Iván.

—Puede ser.

Lukas volvió a mirarla con insistencia. ¿Había algo que celebrar y no se lo había dicho?

—No será un embarazo, ¿verdad? Que ya sabes que Lukas es muy fértil… —dijo Jorge con guasa.

Lukas le tiró una zapatilla, que su hermano esquivó con facilidad, y Ale se rio con ganas.

—Nada de eso. Es otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Me han propuesto contratarme a jornada completa a partir de septiembre, cuando empiece el nuevo curso escolar. Además, quieren que sea una de las monitoras de los campamentos de verano para los más pequeños, que empiezan en junio —dijo con una expresión llena de satisfacción.

—Oh, eso es genial —exclamó Erika—. ¡Enhorabuena!

Las felicitaciones y los aplausos se sucedieron.

Mía empezó a dar palmas, imitando a los adultos.

—¿Desde cuándo lo sabías? —le preguntó Lukas, inclinándose para hablarle al oído. Estaba muy feliz por ella. Era exactamente lo que había deseado.

—Desde hace dos días.

—Y no me lo habías dicho… —murmuró sin acritud.

Ella le miró con sus chispeantes ojos castaños. Su tez morena estaba sonrosada por la felicidad y sonreía.

—Quería sorprenderte.

—Pues lo has hecho. Y estoy muy feliz por ti.

Le dio un suave beso en la comisura de los labios. Luego otro en la boca. Ella le correspondió echándole los brazos al cuello con entusiasmo.

—¡Eh! —gritó Erika—Marchaos a otra parte a comeros la boca.

—¡Comer la boca! —la secundó Mía, haciendo los mismos gestos que ella.

Todos estallaron en risas.

—Estáis convirtiendo a mi hija en un monstruo —protestó Lukas.

—Mirad la puesta de sol. Es espectacular —dijo Iván, señalando el horizonte—. Anda, alejaos y daos el lote en la orilla. Nosotros nos quedamos con la niña.

Era cierto. La puesta de sol era una pura maravilla. El cielo desplegaba sus más bellas tonalidades naranjas, lilas, violetas y azules para despedir al día. La ardiente esfera reflejaba sus rayos en el tranquilo mar convirtiéndolo en una lámina plateada.

Lukas no se lo pensó. Se levantó de un salto y le dio la mano a Alexia, que también se incorporó.

—¡Ni se os ocurra empezar la tarta sin nosotros! —gritó.

Unos cuantos silbidos y exclamaciones los siguieron mientras se alejaban.

Alexia

Mientras caminaban hacia la orilla y sus pies se hundían en la arena, le iba mirando de reojo. Nadie que le viera sospecharía que ese chico con aspecto de adolescente y hoyuelos traviesos era padre de una niña de tres años y la persona más responsable del mundo.

Admiró su tez bronceada y su cabello despeinado que siempre que se acercaba el verano se aclaraba con el sol.

Estaba tan guapo…

Una sonrisa involuntaria acudió a su boca.

Tenía ganas de decirle lo que llevaba días guardando en su interior. Le había costado mantener el secreto, pero no había querido contárselo hasta no estar segura del todo.

La familia Alba había sido de gran ayuda.

Aguantó una risa al recodar las caras de fingido asombro cuando Iván sacó la tarta. Eran todos unos pésimos actores, pero Lukas se lo había tragado, aparentemente.

—Sí que es bonita la puesta de sol —reconoció él, deteniéndose cerca del agua. La luz anaranjada se reflejó en su semblante.

—Sí. Es una pasada.

Él la abrazó por el talle y le dio un beso en la punta de la nariz. Clavó su mirada clara en la de ella al tiempo que esbozaba una gran sonrisa.

—Me alegro muchísimo de lo de tu trabajo. Sabía que algo así pasaría, en cuanto se dieran cuenta de lo mucho que vales.

Le sonrió. Lukas no era muy objetivo, pero le gustó que le dijera eso.

—¿Y lo de los campamentos de verano? ¿Vas a tener que viajar a algún sitio?

—No. Son en La Nucía. Están enfocados para padres trabajadores que no tienen vacaciones en verano. Pasamos el día con los niños, haciendo actividades deportivas y de ocio, pero vuelven a casa por la tarde.

—Suena genial.

Ella asintió. Cuando el director del centro le propuso formar parte de ese proyecto complementario para el verano, había estado a punto de saltar de emoción. No solo iba a estar rodeada de niños, algo que la entusiasmaba, sino que su cuenta bancaria también iba a recibir un empujoncito.

Se besaron.

Los besos de Lukas eran tan maravillosos como él y, tal y como su aspecto exterior hacía, engañaban. Empezaban siendo dulces y suaves, como de adolescente, y terminaban por convertirse en puro fuego.

Alexia se apartó antes de que su mente se perdiera en sus caricias. Primero necesitaba decirle algo. Se encontró de frente con sus gloriosos ojos aguamarina que la contemplaban con calidez.

—Tengo algo que decirte —comenzó con la voz entrecortada.

—¿Más sorpresas?

Ella asintió con vehemencia.

—Mete la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón —le pidió.

La miró con las cejas arqueadas, pero lo hizo, y sacó la cuartilla de papel doblada en cuatro que ella llevaba allí.

—¿Esto qué es? ¿Una carta de amor?

Alexia resopló.

Él soltó una risita mientras desdoblaba la hoja y comenzaba a leer. Le observó con minuciosidad mientras lo hacía, tratando de descifrar todas las expresiones que pasaban por su rostro. Primero fue la incomprensión, luego el asombro y, finalmente, el enfado.

—¿Qué has hecho? —preguntó con el ceño fruncido.

Ella se encogió de hombros. Sabía por qué estaba molesto, pero también sabía que su

enfado no duraría. Lukas no era capaz de mantenerse cabreado más de diez minutos.

—Conseguirte lo que deseabas.

—¿Tú… me has pagado el máster? —Había incredulidad en su tono.

—Te *hemos* pagado el máster.

—¿Hemos?

—Sí, entre todos. Tu familia y yo.

Lukas cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante. Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando levantó la cara, miró hacia donde estaban sentados sus hermanos a unos cien metros de distancia. Estos empezaron a silbar, a hacer gestos de victoria con los dedos y a elevar los pulgares. Era evidente que habían estado muy pendientes de la escena.

Ale tuvo que contener una risa.

—Estáis locos. Os habéis gastado una pasta —dijo él, volviéndose hacia ella. Su cara era una mezcla de enojo y satisfacción.

—No ha sido tanto. Hemos colaborado todos. Tus padres también.

—Joder…

—Si tan mal te sientes, devuélvenos el dinero a plazos.

Él guardó silencio y se giró hacia el mar.

Alexia se situó a su lado. Aguardó, expectante.

El sol cada vez se encontraba más bajo y su reflejo sobre el agua hería las retinas.

Sabía que Lukas quería hacer ese máster y también sabía cuáles eran sus motivos para no matricularse. Él era una persona que nunca pedía nada y que siempre estaba dispuesto a darlo todo, así que ella se había puesto manos a la obra para conseguir que cumpliera uno de sus sueños, al menos. Se lo merecía.

Vio cómo se apartaba el pelo de la cara y le escuchó emitir un suspiro.

—Os estoy muy agradecido, de verdad —rompió él el silencio al fin—. Pero no creo que pueda. No es solo por el dinero. Ya sabes cómo es mi vida. Entre el trabajo y Mía, apenas tengo tiempo.

—Ahora lo vas a tener —le interrumpió.

Él ladeó la cabeza. Una interrogación se reflejó en sus ojos.

—Lo vas a tener porque me voy a ir a vivir contigo —continuó ella—. Así puedo hacerme cargo de Mía por las tardes y tú puedes estudiar.

Lukas abrió la boca, asombrado.

—Pero, y el Go…

—Lo he dejado. En dos semanas me voy.

Él soltó algo similar a un jadeo. Luego le puso las manos sobre los hombros y la miró con intensidad.

—Vale. Repítemelo todo porque creo que no lo he entendido bien.

Ella se echó a reír y le rodeó el cuello con los brazos, pegándose a él.

—Que me voy a vivir contigo, que he dejado el Go, que vas a hacer el máster que querías… No sé, ¿me dejo algo?

—¿Que me quieres? —inquirió con la nariz arrugada y ese hoyuelo suyo de la mejilla al descubierto.

—Eso también.

Se abrazaron.

Alexia había hablado el día anterior con el gerente del Go. Este no parecía muy feliz de que ella quisiera marcharse justo antes de que empezara la temporada veraniega, pero no le había

puesto muchas pegas, a fin de cuentas, el trabajo de gogó era estacional y los bailarines solían ir y venir.

Lukas llevaba mucho tiempo insistiendo en que ella dejara su pequeño apartamento y se mudara con él y con Mía. En un principio se había negado porque quería estar segura de su relación. No deseaba entrar en la vida de esa niña y ponerla patas arriba si las cosas con Lukas no funcionaban. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que sabía que Lukas y ella estaban hechos el uno para el otro. Quizá eran muy jóvenes, pero ambos se habían visto obligados a madurar a marchas forzadas.

Sí, ella estaba preparada para compartir su vida con él.

Y él también lo estaba.

—¿No te han puesto pegas en el Go? ¿Qué van a hacer ahora sin su chica leopardo?

Que él todavía siguiera llamándola así después de tantos años le resultaba gracioso. Nunca más, después de esa primera noche, había vuelto a usar ese maquillaje.

—Me das más valor del que tengo —contestó con un chasquido de la lengua—. Hay cientos de chicas esperando a ocupar mi puesto.

—Para mí siempre serás la mejor gogó del mundo —dijo él con un ronroneo.

Ella sonrió internamente. A lo largo de esos años, Lukas había acudido muchas veces a verla bailar. Dejaba a Mía con sus padres o con alguno de sus hermanos y se iba al Go. Siempre se apostaba en un rincón de la barra y la miraba con deseo y admiración hasta que terminaba su turno y podían irse juntos a casa. Alexia admitía que las noches en las que él no estaba se le hacían más largas y aburridas.

—A partir de ahora, bailaré solo para ti.

Volvieron a besarse. Luego, sus caras se giraron hacia el horizonte y disfrutaron del silencio mientras el sol se ponía lentamente. El agua se mantenía serena. Las olas que llegaban hasta sus pies para romper en la orilla eran como suaves caricias.

—¿En serio han contribuido todos? —le preguntó él, apartándose. Parecía que todavía le costaba aceptarlo.

—En serio.

—Qué capullos… —dijo con un carraspeo.

Alexia se percató de que tenía los ojos húmedos.

—Te adoran.

—Por supuesto. Soy el favorito de la familia —murmuró con arrogancia impostada, parpadeando para ahuyentar las lágrimas—. A ti también te adoran.

Ella asintió. Lo sabía. Los Alba se habían convertido en su propia familia, en esa familia que había perdido y que tanto había echado de menos.

A Leo y a Gael los llevaba dentro de su corazón, y ya no sentía esa profunda y arrasadora pena cuando pensaba en ellos, solo una dulce y cálida nostalgia. Ya no perdía el aliento ni sufría ataques de pánico. Tampoco necesitaba enumerar fechas de hitos históricos y batallas. Ahora, las únicas fechas que rondaban por su cabeza eran las de los cumpleaños de Mía, de Lukas y de los Alba. O la de su aniversario o la del día en que Mía dio sus primeros pasos…

—¿Cómo es posible que alguien tan maravilloso como tú se haya enamorado de un desastre como yo? —le preguntó él, alzándola en volandas y sacándola de sus cavilaciones.

Ella dejó escapar un grito de sorpresa.

—Era inevitable, Lukas. Eres el desastre que necesitaba. Eres perfecto para mí —le dijo entre risas.

—Tú sí que eres perfecta.

La hizo descender despacio hasta que sus pies volvieron a tocar la arena húmeda de la orilla. Sus miradas se entrelazaron y se dijeron mil cosas. No necesitaban palabras para comunicarse.

La sangre comenzó a fluir rápida por las venas de Alexia. Y estaba segura de que a él le sucedía lo mismo.

—¡Mamá, papá!

La vocecita de Mía llamó su atención.

Se giraron y vieron que se acercaba corriendo por la arena. Su vestido azul estaba arrugado y unos cuantos rizos rubios se habían escapado de su coleta. Se cayó, pero volvió a ponerse de pie y continuó corriendo con determinación. Llevaba las rodillas llenas de arañazos y también en su barbilla había un pequeño moratón, señales de lo impulsiva y temeraria que era.

Alexia sintió el corazón henchido de felicidad.

El que Mía la llamara mamá ya no la impactaba tanto como al principio. Aunque sabía cuál era su situación y que algún día tendrían que contarle la verdad, ella se sentía como si la niña fuera su verdadera hija. Quizá no la había llevado en su vientre durante nueve meses, pero el amor profundo que sentía por ella era equiparable al que una madre podía sentir por su hija biológica.

Los últimos años habían estado repletos de vivencias bonitas. De sonrisas de dientes de leche, de lágrimas sentidas por la pérdida de un peluche, de abrazos de bracitos gordezuelos, de besos húmedos, de risas contagiosas y cosquillas compartidas, de noches en vela vigilando sueños intranquilos…

Y de amor, de mucho amor.

Si alguien le hubiera dicho solo hacía unos años que las heridas que llevaba en su interior iban a sanar, y que iba a construir una familia y a ser tan dichosa, jamás lo hubiera creído.

Sin embargo, ahí estaba su pequeña familia.

Lukas se acuclilló y esperó a que llegara la pequeña para cogerla. Esta se arrojó en sus brazos y él se incorporó con su preciosa carga.

—Beso. Beso —dijo Mía.

Acto seguido, trató de juntar sus caras con las manitas.

—Es una orden —dijo él con tono de circunstancias—. Ale, bésame.

Alexia lo hizo, mientras contenía una risa. Fue un beso delicado y tierno, apto para menores.

Mía aplaudió.

—Sois mis dos chicas guapas —susurró Lukas con la voz teñida de afecto.

—Mía guapa. Mamá guapa —dijo la niña.

—Eso. Anda, vamos a darnos prisa antes de que se coman el pastel.

Alexia miró a Lukas y le descubrió observándola. El contraluz que creaba la puesta de sol a su espalda no le dejaba distinguir sus facciones, pero sabía exactamente lo que decían sus ojos.

Lista de canciones

S&M - Rihanna
Sexy and I know it - LMFAO
Loba – Shakira
Ooh La La - Goldfrapp
Adagio for strings - Tiësto
Wake me up – Avicii
Viento de cara - Supersubmarina
Rebel Yell – Billy Idol
Blitzkrieg Bop - Ramones
One Kiss – Calvin Harris, Dua Lipa
Bonito es – Los Sencillos
Highway to Hell – AC/DC
Faded – Alan Walker.
Every breath you take – The Police
House of the rising sun – The Animals
Devuélveme a mi chica – Hombres G
Smells like teen spirit - Nirvana
God save the Queen – Sex Pistols
Heart of Glass - Blondie

https://open.spotify.com/playlist/6xSg7uj03bQYUXaLYE1Pda

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es siempre complicado porque sabes que hay mucha gente que te ha ayudado a llegar hasta aquí y sabes que quizá se te olvide alguien y ardas en las eternas llamas del infierno, pero lo intentaré.
Solo un par de cositas antes.

Tal y como las dos primeras novelas de la serie, Inolvidable e Inalcanzable, esta también es un pequeño homenaje a la ciudad de Benidorm, ciudad que me acogió hace unos años y en la que pasé una parte muy importante de mi vida.
Escribir la historia del pequeño de los hermanos Alba no ha sido fácil. Quizá porque no es el típico protagonista de mis otras novelas. Quizá porque escribir sobre la vida de un padre soltero me ha resultado complicado. No sé, pero admito que me ha costado y que he puesto todo mi empeño para que resultara una historia creíble, alejada de clichés románticos. Quería que fuera lo más realista posible, a lo mejor por eso me he centrado tanto en la figura de Mía. No me podía imaginar que un chico tan cariñoso como Lukas y tan consciente de la importancia de la familia no se desviviera por su hija. Tenía muy claro que ella debía de ser el eje de su mundo y el eje de la novela.

Espero haber logrado que hayáis empatizado con su historia. Y con la de Alexia (un personaje difícil también por su pasado y sus cicatrices). Es maravillosa.
Aquí tengo que detenerme para darle las gracias a una de mis lectoras, Isabel, que fue la que me sugirió que la protagonista se llamara así. Mil gracias, preciosa. Ha resultado ser el nombre perfecto.

Por si acaso sentís curiosidad, la idea es escribir también la novela de Erika. Ya está en marcha y os aseguro que va a ser bombástica, tal y como es ella.

Y ya no me demoro más y procedo a la tarea de agradecer.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a Paco, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero: Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí. Y a Mar, que se lo ha currado muchísimo y me envía fotos de paisajes bonitos para animarme.

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo.

Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un

poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

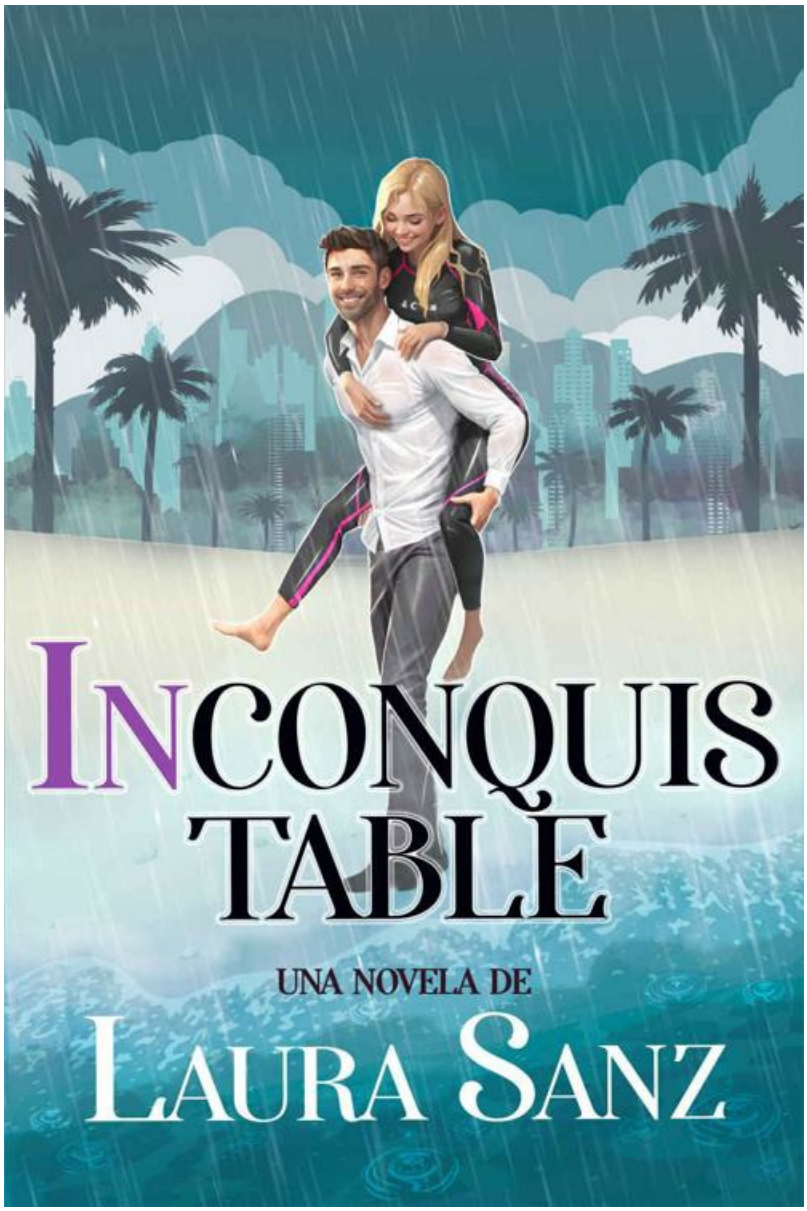
Yo los amo mucho.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia ♥

Inconquistable

Una novela de Laura Sanz



© 2024, Laura Sanz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para todas las chicas "malas"
y para aquellas que han deseado serlo alguna vez.

Y también para los "buenos" chicos.

Inconquistable
1.adj. Que no se puede conquistar.
2.adj. Que no se deja vencer con ruegos ni con dádivas.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA:
Diccionario de la lengua española, 23.ª ed., [versión 23.7 en línea].
<https://dle.rae.es> [23 de enero de 2024].

Prólogo

Erika

Tenía ganas de echar un polvo.

Hacía siglos que no se acostaba con nadie, al menos no con alguien que valiera la pena. Su último rollo databa de hacía siete meses, ¿o eran ocho? Ni siquiera se acordaba. Aunque casi era mejor que lo hubiese olvidado, porque el encuentro fue bastante patético. En una habitación de hotel con un guiri, un tipo inglés, alto y rubio. No recordaba su nombre. ¿Bill, Jim o Tim? Ni puñetera idea. Solo recordaba que olía a alcohol —bueno, los dos lo hacían, a fin de cuentas, se habían conocido en una discoteca a las cuatro de la mañana un sábado por la noche—; que el colega no había visto un clítoris en su vida y, si lo había visto, lo había ignorado sin saber qué era aquello; y que roncaba como un cerdo. Porque sí, porque después de haberse corrido, se había desplomado encima de ella y, tras decir *It was fucking great*[53], se había quedado frito.

Ella había salido de debajo de su cuerpo con esfuerzo; se había vestido y se había largado a toda prisa mientras las luces del alba despuntaban en el horizonte, prometiéndose no volver a acostarse con ningún tío en su vida.

Never ever![54]

Y había mantenido su promesa —involuntariamente—, porque había pasado mucho tiempo y seguía sin echar un maldito polvo. Si no encontraba a alguien pronto, iba a terminar pidiéndole salir a su Satisfyer. Al menos, ese sí sabía dónde estaba el clítoris.

Soltó una risa sarcástica cuando aquel pensamiento sobrevoló por su cabeza.

Fijó la mirada en el espejo que había sobre el lavabo. Tenía ojeras y cara de cansada, pero no era muy sorprendente. Había pasado todo el día fuera, desde que esa mañana salió a las siete y media de casa para irse al trabajo, hasta hacía un rato, que había regresado, ya de noche.

No solía hacer horas extras porque no se las pagaban, pero aquel día hizo una excepción. Su amigo Alan había llamado al taller para que le echaran un vistazo a la niña de sus ojos: el *Liberty*, una lancha Sunseeker Tomahawk 37 de once metros de eslora y dos motores intraborda de doscientos caballos de potencia cada uno. La tenía amarrada al pantalán del puerto deportivo donde ella trabajaba. Le dijo que uno de los motores hacía un ruido raro. Así que, después de terminar con la faena habitual y cerrar el taller —sus compañeros se habían ido un poco antes—, se dirigió hacia el otro extremo del puerto para echarle un ojo a la lancha. Alan no estaba, pero había dejado las llaves en la cabina del guardia de seguridad.

Estaba segura de que no sería nada grave. En aquella época del año, cuando empezaba la primavera, la gente retornaba al puerto para sacar sus barcos, que habían permanecido inmóviles durante todo el invierno, y se encontraban con diversas fallas debido a la inactividad de los motores. Casi siempre eran problemas de fácil solución.

Los motores intraborda no eran complejos, al contrario, eran más sencillos que los de un automóvil, pero el medio marino, sin embargo, era hostil a todo lo mecánico o eléctrico y tantos meses sin actividad, si no se habían tomado las precauciones adecuadas, eran perjudiciales para las máquinas.

Tal y como sospechaba, no tardó mucho en resolver el problema. Era un defecto de uno de los inyectores que no cambiaba el régimen del motor. Aflojó y apretó uno por uno hasta averiguar cuál era el responsable. Solo había que sustituirlo. Así que, regresó al taller para buscar

la pieza y, en solo un par de horas, había terminado. La broma no le iba a salir demasiado cara a su amigo, ya que no pensaba cobrarle la mano de obra.

Cuando habló con él para decirle que ya lo había solucionado, él se empeñó en invitarla a cenar ese fin de semana. Y aceptó. Al fin y al cabo, no tenía nada mejor qué hacer.

Alan Fabra. Veintinueve años, de apariencia agradable, estatura media, ojos y pelo oscuro. Trabajaba en la promotora inmobiliaria de su familia —una familia de mucha pasta—, por eso podía permitirse el lujo de tener un amarre en Campomanes. Se conocían desde hacía muchos años porque su hermana pequeña era de la misma edad que Erika y habían ido juntas de campamento cuando eran crías. Era un tipo encantador, muy noble y de modales suaves. Hablaba bajito y con mucha moderación. Jugaba al ajedrez y odiaba las actividades al aire libre —exceptuando la navegación, que practicaba de vez en cuando—. No bebía nada de alcohol y solía acudir a misa todos los domingos.

Quizá ahí estaba el sexo que necesitaba.

La idea apareció de forma fugaz en su cabeza, pero la desechó a toda prisa. Acostarse con Alan sería como acostarse con un monje benedictino. Y a ella le iban más otro tipo de hombres un poco más… ¿atrevidos y espontáneos?

Clavó la mirada en el espejo de nuevo.

Se le había deshecho la coleta y unos mechones le colgaban lacios sobre la cara. Se quitó la goma del pelo y agitó la cabeza, dejando que la larga melena se esparciera por encima de sus hombros. Tenía que ir a la peluquería a recortarse las puntas, decidió.

Se estudió con la nariz arrugada.

La camiseta que llevaba y que solo se ponía para ir a trabajar estaba manchada de grasa y tenía un agujero del tamaño de una moneda de dos euros en el hombro. Se deshizo de ella y la arrojó al suelo. Quizá iba siendo hora de tirarla a la basura, se dijo. Se quitó las botas negras de cordones de un puntapié, los calcetines y el vaquero ancho que tenía ya unos añitos y que había heredado de su hermano Jorge. Al descubierto quedó la ropa interior, un sujetador deportivo negro y unas bragas bóxer de mujer, muy similares a los calzoncillos masculinos. Se había acostumbrado a llevar ese tipo de prendas porque eran muy cómodas y prácticas. Además, era la única mujer en un entorno de hombres y compartían vestuario —no el aseo, ese era de uso exclusivo para ella—, pero la zona de las taquillas donde guardaban los monos de trabajo era de uso común, así que muchas veces se quitaba la ropa delante de sus compañeros. Mejor no provocarles un infarto con unas braguitas de encaje.

Un pitido le advirtió de la entrada de un mensaje. Cogió el móvil, que había dejado junto al lavabo, y lo desbloqueó. Era una foto que había entrado al grupo del wasap familiar. Incluso antes de abrirla ya sabía lo que se iba a encontrar.

Desde que Eva, la novia de Lukas, había dado a luz, hacía dos días, lo único que entraba a ese grupo eran fotos de la cría o mensajes hablando de ella.

Esa vez no fue diferente.

Abrió la imagen que había mandado su padre.

Sí, era su sobrina

Se llamaba Mía y había pesado tres kilos doscientos gramos. Erika había ido al hospital a conocerla la misma tarde de su nacimiento. Estaba ansiosa por verla. Todos decían que la niña era una monada, sin embargo, cuando la tuvo delante, solo pudo pensar que parecía una viejecita en miniatura, toda arrugada, con la cara enrojecida y calva. No obstante, no expresó sus pensamientos en voz alta y se limitó a asentir cada vez que algún miembro de la familia se acercaba y decía lo increíblemente bonita que era.

Amplió la foto para examinarla.

Era sorprendente cómo había cambiado la pequeña en solo cuarenta y ocho horas. Seguía estando calva, claro, pero el tono de su piel ya no era el de una amapola y las arrugas también parecían haberse alisado. Ya no se asemejaba tanto a una anciana, ahora parecía un gnomo.

Quizá no era tan fea como pensó en un principio.

Una nueva foto llegó.

Otra vez de la niña, pero desde una perspectiva diferente. En esa aparecía Eva, sosteniendo a su hija. Estaba pálida y tenía la mirada triste. No tenía muy buen aspecto. Resopló al tiempo que se encogía de hombros. ¿Cómo se iba a encontrar bien si hacía solo dos días le habían sacado un puñetero melón de la vagina?

Pobre…

Volvió a dejar el móvil sobre el lavabo y se quitó la ropa interior. Abrió el grifo de la ducha y, mientras esperaba a que el agua saliera a la temperatura adecuada, se tocó los senos despacio hasta llegar a sus pezones. Un involuntario suspiro se escapó de su boca.

¡Cuánto deseo sexual insatisfecho!

Arrugó la nariz con frustración.

—*Like a virgin, touched for the very first time*…[55]

Se rio y meneó la cabeza con diversión al darse cuenta de la canción que había elegido inconscientemente.

Luego, se metió en la cabina de ducha mientras seguía cantando en un tono de voz realmente alto que rebotó contra las paredes alicatadas. Se enjabonó el cuerpo, tomándose su tiempo, y se lavó la cabeza con el champú nutritivo de leche de coco. Se entretuvo un buen rato en echarse acondicionador en la melena.

Cuando salió de la ducha y se envolvió en una toalla, seguía canturreando, pero había cambiado de canción, aunque continuaba con Madonna, la reina indiscutible del pop.

—*Some boys romance, some boys slow dance, that's all right with me*…[56]

No se sabía el resto de la letra así que la sustituyó por un tarareo impreciso mientras se pasaba un peine de púas gordas por el húmedo cabello para desenredarlo.

—*Cause we are living in a material world and I am a material girl*…[57] —cantó el estribillo a voz en grito mientras ponía morritos ante el espejo y utilizaba el peine de micrófono.

No sucedía con frecuencia que tuviera la casa para ella sola —desventajas de seguir viviendo con sus padres—, así que, después de secarse, se aprovechó de la situación y salió del baño en pelotas, bailando por el pasillo. Ya regresaría después a buscar la ropa sucia.

—*Last night I dreamt of San Pedro*…[58] —se detuvo, incapaz de recordar cómo seguía. Vale, esa canción tampoco se la sabía bien—. *Na na na… La isla bonita*…

Se dirigió a su cuarto y abrió la puerta, pero antes de entrar a la habitación, se detuvo en seco.

—Nop.

Ese ya no era su dormitorio.

Se lo había cedido a Eva y a Lukas cuando hablaron de irse a vivir juntos por lo del embarazo.

Reculó y avanzó hasta la siguiente puerta.

Ese dormitorio era más pequeño y no tenía baño, pero a veces había que sacrificarse por el bien común. Lukas, Eva y la niña iban a estar mejor en su antigua habitación y ella no necesitaba tanto espacio.

Lanzó el móvil sobre la cama y sacó unas bragas, un pantalón de chándal y una camiseta

del armario. Se los puso y se ahuecó la melena con los dedos mientras seguía bailoteando. Su estómago le recordó que no había comido nada desde el mediodía, así que se encaminó al salón y se acercó a la zona de la cocina.

Canturreando todo el repertorio de Madonna, sin preocuparse en afinar, se preparó un sándwich de pavo con tanta mostaza que chorreó por los bordes. De un salto se encaramó a la isla y lo devoró de unos cuantos bocados mientras bebía agua directamente de una botella que sacó del frigorífico, sin molestarse en coger un vaso.

Soltó una risita al pensar que, si su madre la viera haciendo esas cosas, la señalaría con el dedo y la regañaría con flema. Por más años que llevara viviendo en España, el carácter teutónico cuadriculado de Anna Schwarz seguía manteniéndose intacto.

De pronto, un pitido procedente del bolsillo de su pantalón la distrajo. Puso los ojos en blanco. Seguro que era su padre mandando más fotos de Mía.

—Está enchochado —farfulló.

Se sacó el aparato del bolsillo y lo desbloqueó. Era un mensaje de Juls, su cuñada.

Juls: Ahí va el teléfono de mi hermano.

Y seguían los nueve dígitos.

Erika pestañeó muy sorprendida.

¿En serio?

No podía creérselo. Se lo había pedido muchas veces y siempre se había negado a dárselo. ¿Qué había cambiado?

La necesidad de preguntárselo la llevó a llamarla. Se bajó de la encimera de un salto y lo hizo.

—Vale, me pasas el teléfono de tu hermano. ¿Por? —preguntó en cuanto la otra aceptó la llamada.

—¿No lo quieres? Con lo pesada que te has puesto pidiéndomelo una y otra vez.

—Es que me sorprende. No querías dármelo.

—Hablé con él hace unos días y le pregunté si te lo podía dar. Y me dijo que sí.

Erika se quedó sin habla durante unos segundos.

—¿En serio? ¿Qué le has dicho?

—Que ibas a Madrid a pasar unos días en Semana Santa y que si podía quedar contigo algún día. Que ibas a estar sola.

Frunció la boca, desencantada.

—Genial, así que va a quedar conmigo por lástima.

—Tía, es que no se me ocurría otra cosa.

—Con amigas como tú, ¿quién quiere enemigas?

Se oyó una risa potente al otro lado de la línea.

Desde el momento en que Jorge le había presentado a su novia, a Erika le había caído bien. Su carácter irreverente y simpático, su humor irónico y el profundo amor que sentía por su hermano habían hecho que Erika le cogiera un cariño inmenso.

—Tú me quieres, Eri —dijo Juls con vocecita llorosa.

—Cada día un poco menos —resopló.

—Venga, que te he conseguido el número de Félix. Me merezco un premio.

—Si tu hermano y yo terminamos casados, conseguirás el premio. Antes, nada.

Juls volvió a reírse.

—Cuando le llames, me cuentas. Quiero saber cómo reacciona.

—Claro.

Después de eso se despidieron y Erika volvió a abrir el mensaje en el que aparecía el número de teléfono. Lo guardó en la agenda de contactos. Después se tiró en el sofá, pensativa.

Su historia con Félix —si acaso se la podía llamar así— era una historia unidireccional. Él ni siquiera sabía de su existencia mientras que ella no paraba de sonsacarle a Juls información sobre él.

De hecho, solo le había visto en fotografías. Y le pareció un tío impresionante, carismático y con una personalidad muy marcada. Tenía treinta y siete años, once más que ella, y era un hombre que se había hecho a sí mismo. Provenía de una familia humilde y durante su juventud se metió en bastantes líos de todo tipo. Según le había contado Juls, había sido la oveja negra de la familia y les había dado bastantes quebraderos de cabeza a sus padres. Ni siquiera terminó el instituto e incluso le habían detenido por vandalismo y resistencia a la autoridad.

Una joyita.

Pero, de algún modo, había conseguido sentar la cabeza y convertirse en un exitoso empresario de la noche madrileña. Era inteligente, responsable, muy trabajador y con visión comercial. Tenía tres locales de copas en la capital y estaba pensando en expandirse.

Juls le adoraba y estaba muy orgullosa de él. De sus dos hermanos —Rodrigo, el mayor, que le sacaba quince años, y Félix, que le sacaba diez—, era su favorito. Siempre se le llenaba la boca hablando de él y de sus virtudes.

Y ese entusiasmo había terminado por salpicar a Erika.

Abrió la galería de imágenes del móvil y buscó las dos fotos que tenía de Félix. Se las había mandado Juls después de mucho insistirle.

La primera era un primer plano de la cara. Estaba muy serio. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y lucía una barbita incipiente. En su rostro destacaban los pómulos prominentes, las facciones angulosas y las dos cicatrices que tenía en la mejilla izquierda. Una en forma de medialuna un par de centímetros por debajo de la cuenca del ojo, y la otra, siguiendo el surco nasogeniano. No era guapo en el sentido más estricto de la palabra, pero poseía un magnetismo brutal.

Una vez le había preguntado a Juls por las cicatrices, pero esta no quiso hablar del tema y se limitó a decirle que eran recuerdos de una época que todos preferían olvidar, así que no insistió.

La segunda foto le mostraba con un traje de chaqueta oscuro de tres piezas y corbata negra, mirando al infinito. Llevaba incluso un pañuelo azul en el bolsillo de la chaqueta. Era una foto promocional de la página web de su negocio. Tenía la cara girada a un lado, mostrando solo el lado derecho, de modo que sus cicatrices no eran visibles. No obstante, la profundidad de su mirada resaltaba de un modo muy atrayente.

Parecía un capo de la mafia.

Erika adoraba esa foto.

Una sonrisa lobuna curvó sus labios. Ese sí era un tío con quien querría acostarse.

Solo de pensarlo se le hacía la boca agua.

Félix Sanz Arrieta era un tipo imponente.

Y estaba soltero.

Y ahora tenía su número de teléfono.

Valoró la idea de llamarle en ese mismo momento y miró la hora. Ni siquiera eran las diez. No era muy tarde, ¿no? Y él trabajaba de noche.

Apenas vaciló unos segundos. Ya se le ocurriría cómo hablarle y qué decirle cuando le contestara el teléfono. A fin de cuentas, la espontaneidad era su marca personal.

Le llamó.

El teléfono sonó y sonó y nadie atendió a la llamada. No desistió y volvió a intentarlo, con el mismo resultado.

Se tumbó bocabajo en el sofá y miró la pantalla del móvil con los labios fruncidos, contrariada. La paciencia no era una virtud que poseyera, así que accedió a la aplicación de WhatsApp y le buscó. Como foto de perfil tenía la cara de un gato negro de ojos verdes. Muy mono.

Hola Félix. Soy Erika, la hermana de Jorge. Juls me ha dado tu teléfono. Te acabo de llamar, pero no lo has cogido. La semana que viene voy a ir a Madrid y era para quedar a comer algún día. Bueno, ya me llamas cuando puedas. Saludos.

La doble notificación azul no tardó en aparecer, señal de que él había leído el mensaje.

Aguardó, ansiosa, pero no llegó ninguna respuesta.

Encendió la televisión y puso una serie de Netflix, dispuesta a distraerse, aunque no pudo evitar echar una ojeada de tanto en tanto al móvil.

Dos horas después, cuando decidió irse a la cama, seguía sin tener noticias.

Félix

Tenía que haber silenciado el móvil, pensó cuando este se puso a sonar por segunda vez, esparciendo por el dormitorio la melodía que llevaba como tono de llamada.

—Puto teléfono… —Escuchó la gutural voz a su espalda—. ¡Mierda! Iba a correrme.

—¡Ignóralo y sigue! —masculló.

Se encontraba en una situación algo peliaguda para poder atender una llamada. Desnudo, en su cama, con Edurne debajo y David detrás.

Y a punto de alcanzar el clímax.

Los envites se volvieron más apresurados y violentos y también más dolorosos. El excitante sonido de la carne chocando contra la carne rebotó en sus oídos, llevándole al borde del paroxismo sexual.

No era fácil encontrar el ritmo exacto para lo que estaban haciendo, por eso Félix solo hacía tríos con David y Edurne. Su compenetración con ellos facilitaba los movimientos y hacía posible que sus encuentros fueran más que satisfactorios.

Pronto, los potentes gemidos de los tres se mezclaron unos con otros, desesperados, hambrientos y cargados de lujuria. Félix sintió cómo el ardiente sexo de Edurne se tensaba en torno a su miembro y soltó un grito ahogado mientras se estremecía de placer. Un orgasmo poderoso le atravesó y le catapultó muy lejos de allí. A través de la niebla más dulce y enajenadora, apenas fue capaz de notar que David le embestía con más fuerza un par de veces más mientras farfullaba algo ininteligible y se ponía rígido para, acto seguido, dejarse caer contra su espalda pesadamente.

Poco después, los tres cuerpos yacían sobre las sábanas arrugadas, desmadejados y sudorosos, y las respiraciones aceleradas resonaban atronadoras en el silencio del cuarto. El fuerte olor a sexo era muy penetrante y parecía permear cada milímetro cuadrado de la estancia.

Cuando se recuperó lo suficiente para poder moverse, y su mente encontró el camino de regreso a la realidad, Félix se giró hacia la mesilla, liberándose de una de las piernas de David y de los brazos de Edurne y alargó la mano para coger el móvil y ver quién le había llamado. Desbloqueó la pantalla y comprobó que, además de las dos llamadas perdidas de un número desconocido, tenía un mensaje. Lo leyó.

Hola Félix. Soy Erika, la hermana de Jorge. Juls me ha dado tu teléfono. Te acabo de

llamar, pero no lo has cogido. La semana que viene voy a ir a Madrid y era para quedar a comer algún día. Bueno, ya me llamas cuando puedas. Saludos.

¡Qué oportuna!

¡En qué maldita hora le había dicho a Juls que le diera su número de teléfono!

Quedar con esa cría le apetecía tanto como que le sacaran una muela del juicio sin anestesia.

Arrojó el móvil a un lado y hundió la cabeza en la almohada, olvidándose de la tal Erika de inmediato.

Un ruido a su espalda le hizo girarse. David se había levantado y estaba vistiéndose. Edurne también había abandonado la cama.

—¿No queréis ducharos? —ofreció con tono lánguido.

—No tenemos mucho tiempo —contestó ella—. La niñera se va a las once.

Félix hizo un gesto de asentimiento y se puso de pie. Cogió los calzoncillos que se había quitado hacía poco más de una hora y se los puso. Luego se encaminó a la ventana. La oscura noche madrileña le recibió. Abajo, en la calle, el tráfico llenaba la calzada, pero el doble acristalamiento impedía que cualquier sonido llegara hasta él. Fijó la vista en el reflejo del cristal y, sin especial interés, siguió los movimientos de sus invitados, que deambulaban por la habitación, recogiendo su ropa mientras intercambiaban alguna que otra palabra cómplice y se reían. No tardaron en estar completamente vestidos.

Se giró para despedirse de ellos.

—Ha estado genial —le dijo David—. Llámanos cuando quieras repetir.

Pese a que debía de rondar los cuarenta y cinco años no aparentaba más de treinta. Quizá por la falta de arrugas o por la informal manera de vestir con vaqueros rotos y camiseta ajustada. Era evidente que se cuidaba y que dedicaba mucho tiempo a su cuerpo. Y Edurne era su complemento perfecto. Treinta y nueve años, monitora de pilates y con aspecto de muchachita debido a un cierto abuso del bótox en la cara, larga melena rubia y suficientes curvas para hacer que todas las cabezas se volvieran a mirarla por la calle.

Eran clientes asiduos de uno de sus locales de copas, por eso se conocían.

—Claro. Ya hablaremos.

Se despidieron y, poco después, el ruido de la puerta del piso cerrándose le reveló que estaba solo.

Se acercó a la cama y cogió los condones usados en una mano mientras que, con la otra, quitaba las sábanas de un tirón. Se fue al baño y arrojó los preservativos a la papelera y las sábanas a la cesta de la ropa sucia. Abrió el grifo del lavabo y se lavó las manos, luego se echó agua en la cara para refrescarse, sin molestarse en dirigir ni una sola mirada a su reflejo en el espejo.

Tenía ganas de darse una ducha, pero también tenía ganas de encenderse un cigarrillo y tomar un trago.

No tuvo que pensar demasiado. Ganaron el *whisky* y el cigarro.

No solía beber ni fumar, pero había momentos que lo pedían a gritos, como ese.

En el salón, encendió una lámpara de pie que había junto al sofá, que bañó la habitación en cálidos tonos anaranjados. Luego se sirvió un dedo de Glenfarclas de veinticinco años y se encendió un Marlboro.

Se sentó en el sofá con cuidado; hacía tiempo que no disfrutaba de un sexo tan intenso y su trasero dolorido se lo recordó. Cuando encontró una postura cómoda, dio un pequeño sorbo al *whisky*, dejando que este le llenara el paladar con su sabor ardiente e intenso. Luego dio una

calada al cigarro. El áspero humo se deslizó por su tráquea, abriéndose paso sinuoso hasta llegar a sus pulmones. Después de dar otro trago al carísimo *whisky* escocés, dejó el vaso sobre la mesa y el cigarrillo en un cenicero y se echó hacia atrás en el sofá, recostando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos.

Otro veinticinco de marzo más.

No podía evitar sentirse melancólico.

Seis años ya.

Ni siquiera la visita de David y Edurne había conseguido levantarle el ánimo, aunque tampoco había contado con ello. Al menos, había supuesto un cambio de escenario en su rutinaria vida. Y no había estado tan mal.

Repentinamente, una bolita de pelo oscuro saltó sobre su estómago y le sobresaltó.

—¡Vaya susto me has dado!

Los ojos verdes del felino se clavaron en su cara. Tenía las pupilas verticales y muy estrechas debido a que la luz de la lámpara incidía directamente sobre ellas.

El animal solía permanecer oculto debajo del sofá hasta estar seguro de que no había nadie más en la vivienda. Era un pequeño ser antisocial que no soportaba a casi nadie.

Félix le palmeó la cabeza.

Takeshi era un gato común de tamaño bastante reducido y color negro, de ocho años de edad, que Ernesto había encontrado debajo de su coche cuando era solo un bebé. No tuvo que ejercer mucha presión para convencer a Félix de que se lo quedaran. Pese a que nunca se había planteado tener un animal, solo tuvo que mirar los preciosos ojos y escuchar el suave maullido para decidir que ese iba a ser el nuevo miembro de la familia.

El nombre se lo había puesto Ernesto, que era un absoluto friki de todo lo japonés y adoraba a Takeshi Kitano, el famoso director de cine nipón. Félix protestó al principio, aduciendo que el gato era diminuto para llevar un nombre tan rimbombante, pero Ernesto siempre conseguía lo que quería con una sonrisa y una caída de pestañas y el gato se convirtió en el tocayo de Kitano.

En ese instante, Takeshi trepó por su torso hasta hacerse una bola debajo de su barbilla. Él enterró la nariz en el pelaje del animal y aspiró hondo, llenándose del aroma que desprendía. El potente ronroneo del gato reverberó contra su cara y su garganta. Quizá era absurdo, pero cuando ese sonido le envolvía, todos sus problemas parecían menos importantes y una tranquilidad asombrosa le invadía.

Takeshi levantó la cabeza y le lamió el mentón con la lengua rugosa y áspera. Luego soltó un maullido y restregó la carita contra su mejilla.

—Sí —dijo en voz alta—. Yo también le echo de menos.

Suspiró al tiempo que le acariciaba detrás de las orejas. El gato volvió a adquirir la misma postura y se acurrucó contra su piel.

Félix permaneció quieto para no molestarle.

Abandonados quedaron sobre la mesa el vaso de *whisky* y el cigarro, que se consumía lentamente en el cenicero.

Bajó los párpados.

La noche iba a ser larga. Ya tendría tiempo hasta que amaneciera de encenderse otro cigarro o de servirse otra copa.

Capítulo 1

Erika

Se incorporó sobre los codos y dejó que sus ojos, protegidos por unas oscuras gafas de sol, vagaran por la línea del horizonte. El sol arrancaba destellos dorados a las tranquilas aguas del mar. A lo lejos, entre las olas, se mecían suavemente dos embarcaciones solitarias. No había nadie en el agua, aunque tampoco era de extrañar, la temperatura del Mediterráneo, a finales de abril, no superaba los diecisiete o dieciocho grados. Dos chicos jovencitos jugaban a las palas cerca de la orilla, pero incluso ellos, cada vez que las olas les rozaban los tobillos al romper contra la arena, soltaban gritos y se reían.

—¿Nos bañamos?

La voz de Bea, que estaba tumbada a su izquierda, llegó hasta ella. Había alzado la cara y se protegía los verdosos ojos con la palma de la mano. Una expresión burlona adornaba su semblante.

—Claro. Adelántate tú y ahora voy yo, si eso —respondió con sarcasmo.

Una risita fue la respuesta.

—Bañaos las dos y yo hago fotos —intervino Laura desde el otro lado. También estaba tumbada, con un sombrero de paja cubriéndole el rostro.

—Creía que estabas dormida. —Erika se volvió a mirarla.

—Es imposible dormir. Todo me molesta —refunfuñó—. El aire que arrastra la puta arena que se me mete por todas partes, los gritos de las gaviotas y vosotras de charreta.

—Eres una borde de mierda y las gaviotas no gritan, graznan —dijo Bea con suficiencia.

—Lo que sea—. Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre su bolsa mientras se apartaba unos mechones de la espesa melena pelirroja de la frente—. Creo que me he cansado de playa.

—Cuando queráis nos vamos —propuso Erika.

—¡Pero si solo llevamos aquí una hora! —protestó Bea—. Tengo que ponerme morena a toda costa. La boda de mi prima es en dos semanas y quiero estar espectacular. Vienen los amigos del novio de Estados Unidos, esos buenorros de los que os hablé.

—Date rayos UVA —dijo Laura—. Dudo mucho que vaya a haber más días como hoy en las próximas semanas. Que estamos en abril, tía.

—Por eso tenemos que aprovechar que hoy hace calor y pasar el día en la playa —insistió.

—Pues quédate y nosotras te esperamos en el Aruba disfrutando de un *brunch*.

—¿Y me dejáis tirada?

—Tirada, pero tomando el sol —dijo Laura con maldad.

Bea puso morritos.

Erika miró a una y a otra alternativamente. Las tres eran inseparables desde hacía años, pero era muy consciente de que si ella no hubiese estado en el grupo, Laura y Bea jamás se habrían hecho amigas. Eran demasiado diferentes y sus caracteres chocaban constantemente. Era Erika la que servía como nexo entre las dos. A Bea la unía una profunda amistad desde la infancia; habían ido juntas al colegio. A Laura la había conocido bastante más tarde, en el gimnasio. Encajaba mucho mejor con la pelirroja, tan gamberra como ella, pero a Bea le tenía un cariño especial, fraguado a lo largo de muchos años y muchas experiencias en común.

—¿Y si nos quedamos media hora más y luego vamos al Aruba? —sugirió, conciliadora. Cualquier cosa con tal de no acabar inmersa en una discusión o escuchando cómo se tiraban puntaditas la una a la otra.

—Vaaale —cedió Laura con un resoplido.

—Por mí, bien —comentó Bea.

Crisis superada.

Erika volvió a tenderse y disfrutó del tibio sol de abril. Una pequeña ráfaga de viento agitó la toalla y provocó que unos cuantos granos de arena le cayeran sobre el brazo y el torso. No le molestó demasiado.

—¡Coño, la puta arena!

Contuvo una sonrisa al escuchar el exabrupto enfadado de Laura.

—¿Dónde os vais a quedar al final en Madrid? —preguntó Bea.

—Me falta confirmarlo, pero creo que en casa de tu archienemiga —repuso Erika con una risa.

Laura soltó una estridente carcajada y Bea, un suspiro frustrado.

La archienemiga de Bea era Juls. Durante muchos años, Bea estuvo colada por su hermano Jorge y lo intentó todo para salir con él, desde el chantaje emocional, la seducción, la pena y hasta fingir un accidente con la bici, sin éxito. Así que, cuando Juls llegó a la vida de Jorge para quedarse, Bea no la recibió precisamente con los brazos abiertos. Erika y Laura se burlaban con frecuencia de su actitud infantil y la provocaban.

—A ver cuándo se te pasa la tontería —dijo Laura—. Juls es una tía genial.

—Puede ser —admitió a regañadientes—, pero se está tirando al hombre de mis sueños. Entendedme.

—Venga, tonta —dijo Erika, alargando el brazo y dándole una palmada en el hombro—, si en la boda de tu prima te vas a liar con un americano buenorro de Idaho o de Minnesota o de Illinois y se te va a olvidar el imbécil de mi hermano.

Había pronunciado los nombres de las ciudades con un acento americano muy forzado y sus amigas se echaron a reír.

—Bueno, son de… Ohio.

—¿De qué parte? —preguntó Laura, irguiéndose.

—Del sur.

—¿Cómo se llama la ciudad?

—Es un pueblo.

—¿Cuál?

—Es pequeño. Seguro que no lo… conocéis.

Erika frunció el ceño y también se incorporó. Se cruzó de piernas sobre la toalla al tiempo que sus ojos recalaban sobre la cara de Bea, que se había puesto colorada. Le encantada presumir de la gente que conocía y de que su prima vivía en Estados Unidos. Era sorprendente que, de pronto, se mostrara tan esquiva y renuente a dar información.

—¿Qué te pasa? —preguntó con curiosidad.

—No me pasa nada —contestó Bea al tiempo que meneaba la cabeza con brusquedad.

Laura entrecerró los ojos. Se echó hacia delante en la toalla y el gesto de su rostro cambió, tornándose alerta. Había olido sangre y no iba a descansar hasta saber lo que estaba sucediendo. Era como un ave de presa.

—Suéltalo —dijo.

—¡Que no es nada! —protestó Bea débilmente.

—Venga, Bea, dilo ya —intervino Erika—. Si nos lo vas a decir más tarde o más temprano.

Bea se tomó su tiempo. Seguía con las mejillas del color de los tomates maduros. Se sentó y cogió la bolsa de playa. Sacó unas gafas de sol y se las puso.

—Son de un pueblo de Ohio que se llama… Pee Pee —murmuró al fin.

En un primer momento no hubo reacción. Laura se limitó a fruncir el ceño, confusa, y Erika abrió la boca para preguntar si había oído bien.

—¿Me estás diciendo que los amigos del novio de tu prima, esos estadounidenses buenorros que te cagas, son de un pueblo que se llama pipí? —exclamó Laura casi a gritos, con los ojos muy abiertos.

—¡Cállate! ¡Que nos van a oír!

—¿Quién? ¿Las gaviotas? —preguntó Erika. Estaba intentando contener un ataque de hilaridad, pero le estaba costando. Ya notaba una risa histérica subiéndole por el pecho.

¿Pipí?

Laura era bastante menos comedida y una salva de estruendosas carcajadas rompió la relativa calma de la playa, ahuyentando a las gaviotas y haciendo que los dos chicos que jugaban a las palas en la orilla detuvieran el juego y las mirasen.

Su risa era muy peculiar, algo a caballo entre el chasquido de un delfín y el cacareo de una gallina. Una risa escandalosa y potente que solía llamar la atención de todo el mundo.

—Esto era lo que quería evitar —masculló Bea con disgusto.

Erika hubiera podido sentir pena por ella si la situación no hubiese sido tan cómica.

—Entonces, si te casas con uno de ellos vas a irte a vivir a ¡pipí! —exclamó Laura entre risotada y risotada.

—No es pipí, se escribe Pee Pee, con doble e en las dos sílabas —explicó muy digna.

—Pero pee en inglés es pis, así que el pueblo se llama pis pis —concluyó Erika. Apenas pudo pronunciar la última sílaba porque la risa se lo impidió.

—¡Pipí! ¡Pipí! ¡Te vas a liar con un chico de pipí! —exclamaba Laura mientras gruesos lagrimones le caían por las mejillas.

—¡No se dice pipí, se dice pipi! —se quejó Bea, poniéndose de pie y alejándose unos pasos.

—Pfff… Peor me lo pones. ¡Un chico de pipi! —gritó la pelirroja—. ¡Jajaja! ¡No puedo con la vida! —Su histriónica risa resonó por cada rincón de la playa.

—Como sigas riéndote así te vas a hacer *pipí* —enfatizó Erika, dirigiéndose a ella con fingida seriedad.

Esa frase fue el detonante que las llevó a ambas a tirarse una encima de la otra, retorciéndose de risa y agitando las piernas en el aire. A Laura, de pronto, parecía importarle un pimiento llenarse de arena.

—Sois imbéciles —dijo la tercera en discordia, acercándose.

Se detuvo a un paso de ellas y las miró desde arriba. También estaba a punto de echarse a reír.

No era para menos.

Pipí.

Erika le lanzó una ojeada a través de las lágrimas que le opacaban la vista.

—Pipí —susurró.

—Pipí —la secundó Laura.

Bea soltó una risa al fin y se dejó caer en la toalla, uniéndose al regocijo.

—Tiene gracia —reconoció—. Mi reacción fue similar a la vuestra cuando me lo dijo mi prima.

—¡Ay! —hipó Laura al cabo de un rato, una vez recuperado el aliento—. Es que es el pueblo con el nombre más ridículo del mundo.

—Bueno, a ver, recordad que aquí en España tenemos también algunos ejemplos muy chungos —dijo Erika, incorporándose y poniéndose las gafas de sol como diadema mientras se enjugaba los ojos—. Guarromán en Jaén, sin ir más lejos.

—He pasado alguna vez por el desvío cuando he ido a Andalucía —dijo Bea con una risita.

—Hace unos años, cuando fui con mis padres de vacaciones a Galicia, descubrí uno que os vais a quedar flipadas —dijo Laura—. ¿Preparadas?

Erika y Bea asintieron.

—Villapene. Está en Lugo.

Las tres volvieron a reírse con ganas.

—Imaginaos en una entrevista de trabajo. *Hola, soy de Villapene*.

Más risas siguieron a esa declaración hecha por Erika con voz de falsete.

La calma las fue envolviendo poco a poco hasta que el silencio hizo presa de las tres. La pareja de la orilla había retornado a su juego de palas y las gaviotas habían vuelto a posarse cerca, y merodeaban por la arena en busca de algo qué comer. Había comenzado a soplar un vientecillo fresco.

—Si queréis, nos vamos —propuso Bea.

—¿Y tu bronceado? —se sorprendió Erika.

—Tengo un poco de frío. Me conformaré con los rayos UVA.

—Chica lista —alabó Laura, y se puso de pie como impelida por un resorte.

No tardaron mucho en recoger. Sacudieron las toallas y las metieron en las bolsas de playa. Luego, se vistieron. Erika, con unos pantalones cortos de baloncesto y una camiseta ancha. Laura y Bea, con sendos vestidos playeros. Se limpiaron la arena de las piernas en el lavapiés y luego se dirigieron al Aruba, al otro lado de la carretera.

La decoración del local era exótica y diferente, pretendiendo imitar a la pequeña isla caribeña cuyo nombre había adoptado. Alternaba la madera, la paja y las plantas en la techumbre y las paredes se adornaban con objetos metálicos y rústicos, de diversos y llamativos colores. Un falso árbol dominaba la zona central de la sala. Las mesas eran de madera desnuda, las sillas de cuerda y las lámparas de mimbre. Al fondo, destacaba la barra iluminada en tonos azules y, al lado, el enorme mural con dos flamencos rosas.

Pese a ser domingo y hacer buen tiempo, no había demasiada gente y pudieron hacerse con una mesa en la parte delantera, justo frente a los ventanales abiertos. Corría la brisa y el sol se mantenía bajo control gracias a un antetecho de paja que imitaba a un toldo.

Mientras que Erika y Laura se pedían unas tostas de semillas con aguacate, queso de cabra y rúcula, y dos zumos de naranja, Bea se limitó a un café solo.

—Vaya mierda de *brunch* —comentó Erika, señalando el café.

—Vosotras dos tenéis suerte, cabronas, que no engordáis. A mí me engorda hasta el aire que respiro.

—Pero si estás muy delgada —dijo Laura.

—Claro, porque solo tomo café.

Un pitido salió de la bolsa de playa de Erika. Rebuscó en ella hasta dar con el móvil.

Juls: Ya está todo hablado con Sonsoles. Tenéis el piso para las dos solas. Ni ella ni su

compañera van a estar.

—Tenemos casa en Madrid —dijo con entonación triunfal, alzando la cara.

—De puta madre —respondió Laura.

—¿Al final en casa de Juls? —preguntó Bea.

—Sí.

El piso en el que vivía la tal Sonsoles era de un tío de Juls. Ella misma había vivido allí durante unos años cuando residía en Madrid.

—Y, además, ni Sonsoles ni su compañera están, así que tenemos la casa para nosotras solas —continuó.

—Me dais envidia —dijo Bea, frunciendo la boca.

—Venga, va. Si vas a estar con un americano buenorro de…

—¡No lo digas!

Laura soltó una risita maliciosa.

Erika aprovechó el instante para responder a Juls.

Erika: Gracias, amor. Que Dios te lo pague con un buen novio y así dejas al idiota de mi hermano.

Juls: Jajaja. Hablando de hermanos, vas a llamar al mío este año?

Erika apretó los labios, irritada.

¿Llamar a Félix? ¿Después del desplante del año anterior?

Ni de coña.

—Eh, ¿pasa algo?

Elevó la barbilla y miró a Laura con los ojos entornados.

—Nada. Juls me pregunta si voy a llamar a su hermano.

—Ni se te ocurra. Menudo idiota.

Erika asintió.

Casi por inercia, accedió a la aplicación de mensajes de nuevo y buscó el que le había enviado a Félix hacía ya más de un año. Seguía ahí, con la doble notificación en azul, sin contestación. Intentó llamarle de nuevo cuando llegó a Madrid a pasar la Semana Santa, pero no respondió al teléfono. Ni siquiera recibió un *No tengo tiempo, lo siento*. Nada. Silencio absoluto. Esa indiferencia, rayana en la mala educación, le pareció muy reprochable.

Félix Sanz Arrieta era un gilipollas.

Punto.

Por supuesto, no le había contado eso a Juls. A fin de cuentas, era su hermano. Se limitó a decirle que se lo había pensado mejor y que no había contactado con él. Con Laura y Bea sí se había desahogado. Ambas sabían que había tenido muchas ganas de conocerle y que su falta de respuesta le había sentado fatal.

En fin, que le dieran por el culo.

No iba a desperdiciar su tiempo pensando en él.

Erika: No creo. Voy con Laura y no voy a estar sola. Vamos a quemar la ciudad yendo de fiesta en fiesta. No voy a tener tiempo.

Juls: Me están entrando ganas de apuntarme.

Erika: Vente!

Juls: Curro.

Un emoji llorón terminó el texto.

Se guardó el teléfono en la bolsa y echó un vistazo a sus amigas; hacían cálculos sobre las calorías que podía tener una de las tostas que habían pedido. Las ignoró y se abstrajo en

contemplar el mar.

Una sensación de placentera anticipación le hormigueaba el estómago cuanto más se acercaba la fecha del viaje a Madrid. Desde la primavera anterior no había podido cogerse vacaciones y necesitaba desconectar. Sabía que el verano que estaba por llegar iba a estar cargado de faena, así que, se había propuesto disfrutar y exprimir al máximo esas dos semanas en la capital junto a la loca de Laura.

Habían planeado hacer miles de cosas: ir a conciertos y a catas de vinos, gastarse una pasta yendo de compras, cerrar todos los bares de copas del centro y bailar hasta las tantas de la madrugada en las discotecas.

Resumiendo: iban a arrasar.

Capítulo 2

Félix

Tenía una reunión en cinco minutos con su socio y llegaba tarde. El reloj de la consola del coche marcaba las nueve menos cinco, pero el navegador indicaba que iba a tardar un cuarto de hora hasta su destino debido a retenciones en la M-30.

Intentó armarse de paciencia mientras volvía a pisar el pedal del freno por enésima vez. Las primeras gotas de agua de una incipiente tormenta comenzaron a caer sobre el parabrisas. Accionó los limpias y dejó escapar un suspiro frustrado.

Las nueve de la mañana y lluvia eran la combinación perfecta para que todos los madrileños hubiesen decidido coger el coche y pasar del transporte público. Tenía que haberlo sabido.

Silenció la música y llamó a Sean.

—Llegas tarde —respondió. Su acento irlandés era muy marcado.

—No lo digas como si fuera algo habitual.

—¿Cuánto tardas? ¿Te voy pidiendo un café?

—Quince minutos.

—Entonces no te pido nada. Y tú pagas, por hacerme esperar.

El silencio le avisó de que Sean había cortado la llamada.

Sonrió. Le gustaba esa faceta de su socio. Siempre iba al grano. Era directo y no malgastaba el tiempo con explicaciones innecesarias. *Ahorro lingüístico* era su frase favorita.

Los vehículos en el carril de la izquierda parecían avanzar más deprisa, así que puso el intermitente y se coló con rapidez en un hueco, pero la sensación de euforia le duró bien poco. Solo unos segundos después, era el carril de la derecha el que se movía con más fluidez.

Desencantado, chasqueó la lengua y volvió a dejar que la música resonara dentro de la cabina. Llevaba el móvil conectado al coche por Bluetooth para poder reproducir sus listas de Spotify favoritas, y esa mañana había seleccionado una muy relajante, ideal para superar el tráfico colapsado de la M-30. Puro *soul* de los 70. Sonaba *If you don't know me by now* de Harols Melvin & The Blue Notes, y la parte superior de su cuerpo se movió al ritmo de la melodía. No entendía absolutamente nada de la letra ya que su dominio del inglés era patético, no obstante, disfrutaba de la música igualmente.

Las gotas de agua comenzaron a caer con más fuerza contra el cristal y el sonido sordo se mezcló con el de la rasgada voz masculina que salía de los altavoces, convirtiendo el reducido espacio en una burbuja de tibia calma. Tarareó con suavidad al tiempo que una ola de bienestar le recorría de arriba abajo y le destensaba los hombros. Casi deseó que el atasco durase hasta el infinito.

¿No era un poco triste que su momento de relax más preciado estuviera teniendo lugar dentro de su coche mientras llovía, en medio de un atasco de la M-30, a las nueve de la mañana de un lunes?

Soltó una risa cansada.

¿Cuánto tiempo hacía que no se relajaba de verdad?

Las luces rojas de freno del coche que iba delante de él captaron su atención y se abstrajo mirándolas, dejando volar sus pensamientos.

Vivía una vida caótica y estresante. Trabajaba siete días a la semana y dormía una media de cinco horas por noche. Trató de recordar cuándo fue la última vez que se tomó un día libre en el trabajo. No pudo. Hacía años que no tenía unas vacaciones en condiciones, de esas de no hacer nada y ver la vida pasar.

Y, ahora, Sean y él iban a embarcarse en un nuevo proyecto que les iba a robar más tiempo y a darles más preocupaciones.

Iban a abrir un Corso en Valencia.

Quizá era una locura y estaban intentando abarcar demasiado. O quizá era el momento perfecto para hacerlo.

Tenían tres locales en Madrid y todos funcionaban muy bien. El primero había abierto las puertas hacía once años en pleno barrio de Chueca, convirtiéndose en un éxito absoluto en cuestión de meses. Solo dos años después, abrieron un segundo en la calle Ibiza, y un tercero en el barrio de Salamanca, con los que también habían triunfado.

Sean llevaba varios meses hablando de que tenían que expandir y dar el salto a la costa mediterránea. Había viajado un par de veces allí para inspeccionar las zonas y los locales y, finalmente, había encontrado uno que podía encajar para abrir el cuarto Corso. Por eso la reunión de esa mañana.

La canción cambió y la maravillosa voz de Roberta Flack cantando *Killing me softly* coincidió con que los coches se pusieron en marcha. Milagrosamente, aunque avanzaban despacio, no volvieron a detenerse hasta el desvío que tenía que tomar, y solo cinco minutos más tarde aparcaba en segunda fila delante de la cafetería donde había quedado con su socio. La fachada desconchada y el rótulo amarillento en el que se podía leer Casa Claudio daban fe de la antigüedad del sitio. Apagó el motor y encendió las luces de emergencia.

Sorteó unos charcos de camino a la puerta e ignoró la lluvia que caía con fuerza sobre sus hombros.

Sean estaba sentado en la mesa más cercana al ventanal, la suya de siempre. Le saludó con un cabeceo a través del cristal cuando le vio acercarse.

Sean y él se conocían desde hacía dieciséis años, cuando ambos empezaron a trabajar en el Santos, una coctelería de Malasaña. Sean hacía poco que había llegado a España desde su Irlanda natal y tenía muchos problemas con el castellano. Era dos años mayor que él y poseía una dilatada experiencia en el sector de la hostelería ya que llevaba trabajando en bares de copas desde que era un crío. Félix, por el contrario, era un novato; era la primera vez que atendía una barra, así que se estableció una especie de acuerdo tácito entre ellos: Félix le enseñaba el idioma y Sean le ayudaba con los cócteles.

De compañeros de trabajo, pronto pasaron a ser amigos y, cuando Ernesto se unió a la ecuación, decidieron juntar sus ahorros y montar una sociedad los tres. Llenos de sueños y cargados de optimismo abrieron el primer Corso.

Había pasado mucho tiempo desde que se dejaban la piel tras la barra del Santos, preparando cócteles exóticos. Ellos habían cambiado mucho y su sociedad de tres se había reducido a una sociedad de dos. Pero al igual que hacía dieciséis años, seguían reuniéndose en la cafetería de siempre.

Casa Claudio, cerca de la plaza de toros de las Ventas y justo a dos calles de donde vivía Félix por aquel entonces, había sido testigo de casi todas sus conversaciones importantes.

No había muchos clientes. Una mujer entrada en años desayunaba en la mesa más alejada mientras permanecía pendiente del móvil; un hombre vestido de modo informal se encaramaba a uno de los taburetes que había frente a la barra. Tenía una taza de café en la mano y la mirada

también clavada en el teléfono.

Un camarero joven que él no conocía le saludó desde detrás de la barra con cortesía. Pidió un café solo.

—Odio que me hagan esperar —le saludó Sean cuando se sentó frente a él.

Era alto y muy delgado, con el pelo rubio ceniza, las facciones angulosas y los ojos muy oscuros, algo hundidos. Podría haber resultado siniestro si no fuese por las graciosas pecas que cubrían su afilada nariz.

Al igual que él mismo, lucía un traje de chaqueta de tres piezas gris marengo, que combinaba con una corbata azul.

El típico atuendo de trabajo de ambos.

Parecían fuera de lugar en esa vieja cafetería de mesas de madera añeja y sillas desencoladas.

—Mucho tráfico —repuso.

—Haber madrugado más.

El camarero se acercó con el café y lo dejó sobre la mesa.

Pese a que hacía dos semanas que no se veían, no hubo preguntas personales ni charla insustancial. Mientras Félix le daba el primer sorbo al espeso líquido negro, Sean sacó su tableta y la encendió.

—He hecho fotos de la zona y de la calle donde está el local. También del interior, claro. He descartado uno que está en el Carmen y me he decantado por este, que está al lado de la zona de Cánovas. Es un poco más pequeño, pero creo que nuestro Corso encaja mucho mejor aquí. El edificio no es tan antiguo y está mucho mejor conservado. La inversión no sería tan elevada.

Según hablaba, iba pasando las imágenes con el dedo índice.

Félix estudiaba las fotos con los ojos entornados. Sí, el local era ideal a todas luces. No era muy grande, pero tenía un encanto especial, lo que andaban buscando: vigas de madera en el techo, la barra larga y sitio suficiente para las grandes vitrinas típicas de su negocio, donde se exponían los centenares de botellas. Había también espacio para, al menos, quince mesas, calculó. Además, tenía una zona al fondo que parecía vacía. Sí, allí podían instalar la plataforma para las noches que hubiera música en directo.

—¿Baños?

—Hay que hacer obra y ampliarlos.

Félix asintió de nuevo. En su cabeza iba calculando mentalmente cuánto dinero tendrían que gastar. No iba a ser una cantidad baladí.

—El dueño se jubila y está ansioso por cerrar el trato cuanto antes, por eso el precio tan bajo del traspaso. Si nos damos prisa con la reforma, pienso que podríamos abrir a finales de julio y así no perderíamos el verano. —Hizo una breve pausa—. ¿Qué opinas?

—Me gusta.

Sean sonrió.

—Lo sabía.

Hablaron durante un rato sobre las condiciones económicas y algunos asuntos más que fueron surgiendo mientras conversaban. Un segundo café sucedió al primero mientras coordinaban agendas para dividirse el trabajo. Había que citarse con el abogado para redactar el contrato, ir al banco a solicitar el crédito que necesitaban, llamar al diseñador de interiores y ver si era factible que un equipo se pudiera desplazar a la costa o si tenían contacto con algún estudio de interiorismo de confianza allí. Se decidió que Sean se desplazaría a Valencia para supervisarlo todo sobre el terreno y que Félix seguiría ocupándose de los locales de Madrid.

Sean se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos. Una sonrisa satisfecha le curvaba los labios.

—Creo que vamos por buen camino. ¿Qué decía Ernesto siempre? Que antes de los cuarenta teníamos que ser millonarios.

Félix sonrió nostálgico. No le dolía hablar de Ernesto con Sean, pero un sabor agridulce se le concentró en la garganta.

—¿Millonarios? No sé tú, quizá tienes algunos millones escondidos en alguna parte, pero yo solo tengo muchas deudas con el banco.

—Bueno —rechazó su socio con un gesto—, no solo hay que ser millonario, hay que aparentarlo. Míranos. Empresarios, con ropa cara, relojes de marca y buenos coches. Pienso que no nos ha ido tan mal. ¿Te acuerdas de cuando empezamos? El único que parecía respetable era Ernesto, con ese aire de niño rico que tenía. Pero tú y yo con los piercings y los tatuajes… Menuda pinta teníamos.

Félix cabeceó. Era cierto, Ernesto era el único de los tres que no presentaba ni agujeros en el cuerpo ni tinta en la piel.

Su mirada recaló en las apenas perceptibles manchas oscuras que lucía en las muñecas, donde antes estaban los innumerables tatuajes que se había quitado con láser. Seguía teniendo unos cuantos, pero solo en sitios que no eran muy visibles. No había tardado mucho en comprender que a los chicos tatuados no se les concedían préstamos e hipotecas tan fácilmente como a los hombres trajeados.

—¿Qué sabes de tus hermanos?

La pregunta no le sorprendió demasiado. Era el *modus operandi* habitual de Sean. Una vez que habían terminado de hablar de negocios, llegaban los quince minutos de temas personales.

—Rodri está muy bien. Su mujer vuelve a estar embarazada.

—¿El quinto?

—El cuarto.

—Vaya. Pues menos mal que ellos se encargan de repoblar el planeta porque si fuera por nosotros, la especie humana estaría perdida.

Félix se rio.

Sean no estaba casado, pero tenía pareja, Lorena, la que en otro tiempo fue su tatuadora. Llevaban más de diez años en una relación, pero no vivían juntos.

—Y Juls está fantástica —continuó—. Su relación con Jorge va muy bien. Se nota que es feliz.

—Ahora que vamos a abrir en Valencia, puedes aprovechar e ir a verla.

—Sí. Debería. Desde que se fue a la costa me ha propuesto varias veces que vaya, pero hasta ahora no he conseguido sacar tiempo. Aunque hablamos casi a diario por teléfono, la echo de menos. La última vez que la vi fue en Navidad.

Pese a la diferencia de edad entre ellos, siempre habían sido uña y carne. Tenía más confianza con ella que con Rodrigo, con el que solo se llevaba cinco años. Quizá porque era muy serio y formal. Juls y él eran bastante más parecidos.

—Deberías cogerte unos días libres antes de que empecemos con todo el follón —le sugirió Sean—. Yo me largo a Irlanda, sí o sí, el mes que viene.

—Si te largas tú, alguien tendrá que quedarse, ¿no?

—No sé por qué cojones estamos pagando el sueldo de Damián, Sheila y Pedro, entonces. Delegar es una palabra desconocida para ti, ¿no?

Félix torció el gesto. En el fondo, muy en el fondo, sabía que Sean tenía razón. ¿Para qué contratar a tres encargados si él siempre quería estar al tanto de todo?

Desde la muerte de Ernesto se había convertido en un adicto al trabajo.

Lo admitía.

—Tienes razón. A lo mejor aprovecho lo de Valencia para irme unos días a la costa y relajarme —dijo sin mucha convicción.

—Espera que te grabo para tener constancia —bromeó su socio.

Hablaron un rato más de los padres y los hermanos de Sean y de su próximo viaje a Dublín para verlos.

Después de eso, no tardaron en pagar los cafés —Félix lo hizo— y abandonaron la cafetería. La acera estaba mojada, pero ya no llovía. Se había levantado un viento fresco que agitaba las copas de los árboles.

—¿Vas a estar esta noche en Chueca? —le preguntó Sean.

—Sí. ¿Y tú?

—Yo me pasaré por Ibiza.

—Perfecto. Cuando tenga la cita confirmada con el abogado te digo algo.

Se despidieron con un gesto. Sean se alejó calle arriba mientras que Félix se dirigía a su coche. El reloj de la consola marcaba las once y treinta y cinco. Había quedado con el proveedor que les suministraba el alcohol a las doce en el Corso de Salamanca. Iba muy bien de tiempo.

Arrancó y Al Green y su *Let's stay together* le acompañó mientras se ponía en marcha.

Capítulo 3

Erika

Llevaban en Madrid solo seis días y, tal y como se habían propuesto, estaban arrasando. Habían cerrado los bares de la zona de Huertas y habían bailado como locas en Kapital. Habían visto atardecer desde el Templo de Debod y desde la terraza del Círculo de Bellas Artes. Y se habían fundido gran parte de su presupuesto comprándose ropa.

Estaban quemando la ciudad.

Y ese fin de semana daban comienzo las castizas Fiestas de San Isidro, que iban a durar hasta el martes siguiente, y pensaban disfrutarlas a tope. Ya le tenían echado el ojo a algunos conciertos y actividades varias.

—Tienes el baño libre —dijo Erika.

Se acababa de dar una ducha y apareció con el pelo mojado y una toalla enrollada en torno al cuerpo.

Laura estaba tirada en el sofá, ojeando el móvil. Todavía llevaba puesto el pijama pese a que eran las seis de la tarde. No era muy raro, la verdad, porque se habían levantado hacía apenas media hora. La noche anterior había sido muy movidita.

Erika la empujó para que le hiciera un hueco. Luego elevó los pies desnudos y los apoyó sobre la vieja mesita de madera del centro. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo y la fea lámpara de bronce de cinco brazos. El piso no estaba mal, pero el mobiliario parecía sacado de una serie setentera.

—Oye —murmuró al cabo de un rato.

—¿Mmm?

—¿Y si nos quedamos hoy en casa y así mañana sábado estamos más frescas? —sugirió —. Estoy agotada.

Después de cinco noches seguidas sin apenas dormir, le daba una pereza inmensa tener que vestirse y salir. Un folleto de un restaurante chino que servía comida a domicilio le hacía ojitos desde la estantería de la televisión.

—Bueno. Por mi parte, bien.

—Podemos pedir comida china y ver la tele.

Una expresión escéptica se mostró en la cara de Laura.

—¿Ver la tele? Aquí no hay Netflix ni nada por el estilo. Si tengo que ver Telecinco, me suicido.

—Venga, tía. Algo encontraremos, aunque sea un programa de esos de reformas.

—Si es el de los gemelos Scott, cuenta conmigo. Me ponen mucho. Sobre todo, el albañil o contratista o lo que sea. Cada vez que le veo coger el mazo y tirar una pared se me mojan las bragas.

Erika se rio.

Estaba muy de acuerdo con su amiga. El gemelo del mazo estaba muy bueno. ¿Era Jonathan o era Drew? Ni idea. Cualquiera de los dos gemelos le serviría para pasar un buen rato.

La noche anterior habían estado en una discoteca nueva en la zona norte de Madrid y habían conocido a unos chicos bastante monos, aunque ninguno le había resultado lo suficientemente atractivo como para llevárselo a casa a culminar la noche. A Laura le había

pasado lo mismo. Bailaron con ellos y tontearon, incluso hubo algún que otro beso, pero cuando el local cerraba, a las cinco y media de la madrugada, se largaron solas en un taxi.

—Tía. —La voz de su amiga la sacó de sus pensamientos—. Estoy teniendo una idea un poco loca.

—Si viene de ti, es loca, seguro —dijo con sorna y la miró, expectante.

Laura se incorporó en el sofá y dejó el móvil sobre la mesa. Habían comenzado a brillarle los ojos de un modo travieso.

—Estaba pensando en el hermano de Juls, en el Félix ese. ¿Y si vamos a su local y le echamos un ojo a ver cómo es en persona? No me digas que no te pica la curiosidad.

Erika frunció los labios, pero la idea no le resultó tan sorprendente, porque a ella misma se le había pasado por la cabeza hacer algo semejante.

Sí, ¿para qué negarlo? Ardía en deseos de conocer a Félix.

Al *imbécil* de Félix, se corrigió.

—Nunca te ha visto —siguió Laura—. Vamos que, podríamos ir de incógnito. Podemos ir en plan tranqui, y tomarnos una copa.

Erika tragó saliva y extravió la mirada en la pared.

—Además, si vamos…

—No sigas intentando convencerme, que ya estoy convencida —la interrumpió.

—¡De puta madre! —gritó y luego soltó una estridente carcajada—. Vamos a conocer al gilipollas ese. —Acto seguido, se puso de pie a toda velocidad, como si alguien hubiese encendido su interruptor de energía—. Me ducho rápido y pensamos lo que nos vamos a poner.

—Dale.

La pelirroja abandonó el salón como una exhalación. Erika se incorporó en el sofá y alargó la mano para coger el móvil. Hizo una rápida búsqueda en internet y buscó la dirección del Corso. Juls le había comentado en alguna ocasión que, aunque tenían tres locales, su hermano solía estar en el de Chueca.

Se entretuvo mirando las fotos que tenían en la web y que ya había visto con anterioridad. Un hormigueo de excitación la recorrió por dentro. Aparcados quedaron el cansancio, el folleto de comida china y los hermanos Scott.

Laura cumplió su promesa y en solo diez minutos estaba de regreso.

—Ya sé lo que nos vamos a poner. Yo, el vestido verde ese que me compré ayer en Mango. Y tú, mi vestido rojo.

Erika la miró con fastidio. El puñetero vestido rojo era una preciosidad, pero demasiado estrecho y corto para resultar cómodo.

—Ni se te ocurra protestar —intervino Laura con un tono que no admitía réplica—. Ese vestido te queda a ti mejor que a mí. No sé ni por qué me lo compré.

—Ya, pero es que…

—¿Qué pensabas ponerte? —la cortó.

—Ni me lo he planteado todavía. Supongo que los vaqueros azules, la blusa blanca y las cuñas. Informal pero elegante.

No le gustaban los vestidos. Prefería mil veces llevar pantalones. Le proporcionaban una libertad de movimientos con la que las faldas no podían competir. No era que no tuviese vestidos; tenía unos cuantos y muy bonitos, pero sus preferencias estaban en otro sitio.

—Ni de coña —protestó Laura—. Tienes que enseñar pierna.

—Me puedo poner pantalones cortos.

—¡Que no! Vestido rojo.

Erika puso los ojos en blanco.

—¿Y entonces de qué vamos, de rojo y verde, como un semáforo?

Su amiga la ignoró, se dio media vuelta y abandonó la sala. Ella la siguió más despacio. Cuando la alcanzó, ya había sacado ambos vestidos del armario y los había extendido sobre la cama del dormitorio que ambas compartían.

Estudió el vestido con atención. De tirantes, ajustado y corto, de un tono rojo muy llamativo.

—Me voy a pasar toda la noche tirando del bajo y muy incómoda. Paso —negó con un gesto decidido—. Y no insistas.

Laura frunció la nariz y dejó caer los hombros, reconociendo la derrota.

—Vale, pues entonces el pantalón de raso —cedió.

Erika asintió. El pantalón de raso negro era cortísimo, pero era pantalón, al fin y al cabo. Lo combinaría con un top blanco sin mangas que tenía un volante en el escote.

—Y tienes que dejarte el pelo suelto. Y te maquillo yo.

—Pfff, y todo esto, ¿para qué? Vamos de incógnito. Y solo quiero echarle una ojeada de lejos.

—Ya tía, pero molaría un montón que se fijase en ti e intentase ligar contigo y tú le mandases a la mierda.

Sonaba tan ilusionada que a Erika estuvo a punto de escapársele una risa. Era una actitud infantil, aunque no iba a negar que si algo así sucediese le molaría. Le molaría mucho. Después del desplante del año anterior era lo que se merecía ese imbécil.

—¿Allí se puede comer? Más que nada porque me muero de hambre.

—Solo picoteo, creo —respondió Erika—. Podemos comer algo antes.

—Pues sí. Podríamos comernos una *pizza* abajo.

—Hecho.

Se vistieron mientras intercambiaban bromas y se reían, imaginando las veinte mil cosas que podían suceder. Desde que Félix cayese rendido a los pies de Erika en cuanto la viera, a que fuese un borde y un arrogante de mierda que las mirase por encima del hombro.

—A lo mejor no está en el de Chueca —dijo Erika una vez que llegaron al baño para maquillarse.

—Pues entonces vamos al otro. Al del barrio de Salamanca, o al otro. Y si no está en ninguno, pues nos lo pasamos bien las dos probando alguna bebida exótica.

Erika asintió. Dudaba mucho de que no diesen con él. Según Juls, era un adicto al trabajo y siempre estaba currando, supervisando su reino.

—¿Te imaginas que te reconoce?

—Imposible. Que yo sepa no ha visto nunca una foto mía.

—¿Ni en la cuenta de Instagram de Juls?

—No tiene redes sociales, solo las del negocio, y creo que las lleva su socio porque no le gustan.

—Qué anticuado. ¿Cuántos años tiene? ¿Cincuenta?

Erika se rio.

—Treinta y ocho.

—No está mal, aunque no es mi tipo. Y esas cicatrices en la cara le afean bastante.

Erika la miró sorprendida. A ella las cicatrices le parecían interesantes. Y tampoco se notaban tanto, ¿no?

—Toma. Usa este. —Laura le tendió un pintalabios.

Lo cogió y lo abrió. Era rojo. Se pintó los labios con él mientras los ojos de su amiga la miraban con aprobación desde el reflejo del espejo.

—Estás guapísima —la piropeó—. Aunque siempre lo estás, incluso sin maquillaje y llena de grasa, también.

—Gracias, bombón. Tú sí que estás guapa con ese vestido.

—Lo sé —aceptó con suficiencia, girándose a un lado y al otro para que la corta falda del vestido se arremolinara en torno a sus piernas.

—Me siento bastante más cómoda cuando voy sin maquillar —se lamentó—. Ya verás como la máscara de pestañas termina chorreándome por la cara.

—Imposible. Es todo muy *waterproof* y con los polvos fijadores ya te tienen que pegar un manguerazo a presión en la cara para que te desaparezca el maquillaje.

—Si no fuera por ti… —soltó con sorna.

Sin embargo, tenía que darle la razón a su amiga. Se estudió en el espejo y se sintió especialmente guapa. Laura le había hecho unas ondas en el pelo, normalmente lacio, que le proporcionaban volumen, y el maquillaje que había empleado, aunque sutil, sacaba partido al azul de sus ojos. Se recorrió el cuerpo con ojo crítico. El pantalón negro y la blusa blanca le quedaban bien y eran cómodos. Completaba el atuendo con unos zapatos de tacón.

Cogió un fino blazer de color negro del armario. Estaban teniendo una suerte increíble con el tiempo. Había llovido el lunes, pero el resto de la semana, las temperaturas habían subido y un sol espléndido las había acompañado en las escapadas diurnas, aunque las noches eran frescas.

Laura estaba en el salón, poniéndose una cazadora de cuero.

—¿Vamos?

Abandonaron el piso y no tardaron en llegar a la pizzería que estaba a unos doscientos metros del edificio, en la misma calle. Era el típico restaurante italiano franquiciado de moda. Era temprano y no tuvieron problema en hacerse con una mesa libre. Pidieron una ensalada, una *pizza* y una botella de Lambrusco Rosato. Todo para compartir.

—Como nos terminemos la botella, y luego vayamos a tomar cócteles, vamos a acabar fatal —advirtió Erika, pero mientras lo hacía, se llenaba la copa hasta arriba de vino.

—¿Te pido una copa más grande? O mejor, ¿por qué no bebes directamente de la botella?

Se rieron sin mesura y brindaron haciendo chocar las copas.

El camarero llegó con la comida y dejó los platos sobre la mesa al tiempo que les echaba una mirada cargada de admiración.

—Estamos fantásticas —cuchicheó Laura—. Casi se le caen los ojos encima del plato.

Erika tuvo que darle la razón. No solo el camarero mostraba interés, también dos chicos que estaban sentados en una de las mesas cercanas.

Los móviles, que ambas habían dejado sobre la mesa, emitieron pitidos casi al unísono.

—¡Seguro que son las fotos de Bea! —exclamó Erika.

En efecto, eran las fotos. La boda de su prima tendría lugar al día siguiente, pero su amiga ya estaba en Valencia, y había prometido mandar al grupo que tenían las tres en wasap fotos de los americanos guaperas de Pee Pee.

Había enviado unas diez imágenes. En todas ellas aparecían chicos solos. Las había numerado.

Erika fue pasando una por una, deteniéndose en una de ellas.

—Creo que ya sé con quién se va a liar Bea este fin de semana.

—Jajaja, yo también lo sé —exclamó Laura con malicia sin apartar los ojos de la pantalla

del móvil—. El siete.

—Exacto.

—Se parece a tu hermano Jorge.

—Exacto —repitió con una risa.

—Los otros no están mal, pero tienen una cara de guiris que no pueden con ella.

Erika asintió. Luego tecleó un mensaje con rapidez.

Erika: Número siete. Aprobado. Ni se te ocurra volver sin follar.

Bea: ¿A que es guapo?

Laura: Si ya me dices que se llama George, me meo.

Bea: Se parece, ¿verdad? Se llama Adam.

Laura: Tíratelo.

Bea: Lo haré, si me deja. ¿Qué tal vosotras?

Erika: Genial. Ya te contaremos. Pásalo bien.

—No, si encima va a tener suerte, la capulla —murmuró Laura, dejando el teléfono a un lado.

—Ya era hora de que le gustase alguien. Lleva mucho tiempo sin comerse nada.

—Yo también llevo mucho tiempo —dijo Laura, dándole un bocado a su trozo de *pizza*.

—Te liaste con Arturo hace un mes —le recordó.

—Eso no cuenta.

—¿Por? ¿No te corriste?

—Sí. Pero después de que se fuera a su casa.

A esa aseveración siguió una de sus estruendosas carcajadas y Erika no pudo hacer otra cosa más que secundarla. La entendía muy bien. Ella misma llevaba una gloriosa racha de fracasos encadenados.

Se acabaron tanto la *pizza* como la ensalada entre conversaciones sobre sus planes para los días siguientes. Rechazaron pedir un postre, porque como Laura dijo con mucha sabiduría, la ropa que llevaban puesta no estaba hecha para admitir mucha comida.

. Cuando el restaurante comenzaba a llenarse, ellas lo abandonaron. Se despidieron con pena de la botella de Lambrusco, que no habían sido capaces de acabar. En el exterior corría una brisa fresca que animaba a la manga larga y agradecieron haber cogido las chaquetas. Erika sintió el airecillo en las piernas desnudas y se estremeció. Se resignó, sabiendo que la calle principal, donde tenían que coger el taxi, estaba a pocos metros de allí.

Caminaron deprisa hasta la amplia avenida. El tráfico era denso a esa hora de la tarde. Erika se detuvo junto al bordillo y alzó un brazo. Casi de inmediato, un vehículo blanco paró frente a ellas.

—Por esto adoro Madrid —le dijo a su amiga.

—Igualito que en Benidorm.

Le dieron la dirección al taxista y este no tardó en ponerse en marcha y sumergirse en la hilera de coches que circulaban por la calzada.

Durante un rato, ambas guardaron silencio, cada una inmersa en sus pensamientos. Los de Erika volaron hasta Félix. A decir verdad, hasta su hermana. Se sentía un poco culpable por haberle ocultado a su cuñada lo sucedido el año anterior. Tenía que haber sido sincera y haberle contado el porqué de la frialdad para con su hermano. Durante dos largos años le había pedido el teléfono de Félix en innumerables ocasiones, y desde el año anterior, nada de nada. Sabía que Juls se había dado cuenta de su cambio de actitud, aunque no le había preguntado nada.

Aclaró la vista y la fijó en el exterior. El vehículo enfilaba el Paseo del Prado. Laura y

ella lo habían recorrido a pie, a plena luz del día, pero de noche tenía otro aspecto, uno mucho más encantador. Las luces de los edificios que lo flanqueaban resaltaban las características arquitectónicas de cada uno de ellos. Dejaron atrás el Real Jardín Botánico y el CaixaForum con su original jardín vertical en la fachada y luego pasaron por delante del Museo del Prado. Erika ya lo había visitado el año anterior, y a Laura no le entusiasmaban los museos, así que no iba a ser una parada de ese viaje.

El taxista conducía con gran pericia y se aprovechaba del carril taxi para ir más rápido, pero no dudaba en utilizar los demás a su conveniencia, zigzagueando entre los otros vehículos.

Erika se imaginó a sí misma circulando entre los numerosos coches y los atascos con su adorada Yamaha YBR 125 Custom. Y la idea no le resultó muy atractiva. Demasiada contaminación y demasiado tráfico. Con lo que ella gozaba yendo por las carreteras que bordeaban la costa con su moto, dejando que el aire le acariciara la cara mientras respiraba el olor a salitre.

Pasaron por delante del Palacio de Cibeles. Las luces estratégicamente colocadas por la fachada convertían el gran edificio blanco en un espectáculo digno de ver. Justo enfrente, en la rotonda, estaba la fuente redonda que albergaba la archiconocida estatua de la diosa Cibeles. La rodearon y subieron por la calle Alcalá hasta enfilar la Gran Vía. Allí, el tráfico se convirtió en un verdadero caos. Los escaparates con los letreros luminosos se sucedían y las aceras estaban a rebosar de gente.

Erika había estado en la capital con frecuencia para visitar a sus abuelos paternos, cuando estos todavía vivían, así que conocía la zona bastante bien. Para Laura, por el contrario, todo era nuevo y permanecía con la nariz pegada al cristal soltando exclamaciones maravilladas de vez en cuando.

Se detuvieron frente a un semáforo pese a que este ya se había puesto en verde y el ruido del claxon de los coches se mezcló creando una desagradable cacofonía de diferentes decibelios.

—Los cabrones estos de las VTC que no tienen ni puta idea de conducir son los que lo joden todo —farfulló el taxista bastante cabreado.

Laura y Erika intercambiaron una mirada y se mordieron los labios.

Poco después y, con bastante agresividad, el taxi se ponía en marcha y giraba en el siguiente semáforo, abandonando la bulliciosa calle e internándose en una más tranquila. Volvió a girar en la siguiente esquina y unos cien metros más adelante se detuvo.

—Es aquí.

Le dieron las gracias, pagaron la carrera y descendieron del vehículo. Curiosas, estudiaron los alrededores. Estaban en una calle de un único sentido, en la que no había opción de aparcar. Las aceras eran estrechas y la calzada, como tantas otras del centro de la capital, estaba adoquinada. Había un grupo de personas fumando y charlando, apoyados en la pared de lo que parecía ser un restaurante japonés.

Y, justo al lado, estaba el Corso.

No tenía un aspecto muy impresionante por fuera. La fachada era pequeña y alternaba el ladrillo caravista y la madera. El rótulo que colgaba sobre la puerta era oscuro y solo mostraba la silueta blanca de un perro y el nombre del local.

—Bastante sencillo, ¿no? —murmuró Laura.

—Espera y verás.

Erika había visto fotos en la web del local y sabía que el interior era completamente diferente. A su amiga le iba a encantar.

De repente, se sentía eufórica.

Tanto si el imbécil de Félix estaba allí, como si no, pensaba pasárselo bien.
A lo mejor esa noche era su noche de suerte.
A lo mejor esa noche no se iba sola a casa.
Enhebró el brazo en el de Laura y tiró de la puerta con brío.

Capítulo 4

Félix

Le dio un trago a su agua con gas y asintió. Sus interlocutores, ambos sentados frente a él, continuaron hablando. Eran los dos muy jóvenes, pero parecían tener las ideas claras. No era una reunión de trabajo y tampoco un encuentro social. Era algo a caballo entre la mentoría y la cortesía.

Zeta y Samuel eran socios y tenían una coctelería, el Cabin Cocktail Bar, en el barrio de Chamberí. No los consideraba competencia, sino colegas de gremio. Él conocía al marido de la hermana de Zeta, a Asier. Durante un tiempo, habían coincidido en el mismo gimnasio. Fue Asier quien contactó con él para hablarle de que Zeta y su socio estaban teniendo problemas para encontrar un proveedor de un raro vino de serpiente chino. Los distribuidores con los que trabajaban no manejaban el producto y habían encontrado a alguien, pero era demasiado caro y no les compensaba.

No era algo que soliese hacer, pero le gustaba la gente emprendedora y con arrojo, y aquellos dos chicos le recordaban un poco a él cuando estaba empezando, así que no tuvo inconveniente en proporcionarles el contacto de su proveedor.

La reunión no había sido muy larga, lo justo para presentarse, intercambiar unas cuantas frases educadas y poco más, pero los tres habían congeniado y solo habían tardado unos minutos en tutearse, y el ambiente estaba resultando muy distendido.

Estaban al fondo del Corso, en la zona más tranquila, cerca de la pequeña plataforma en la que los sábados se ofrecía alguna actuación musical. Las mesas, exceptuando la suya, estaban vacías ya que era temprano para la clientela habitual, que solía llegar a partir de las diez de la noche. No obstante, había un cliente en la barra y una pareja había subido hacía poco a la primera planta.

—¿Te puedo decir algo? —le preguntó Zeta.

Era un chico guapo, alto, de hombros anchos, pelo rubio oscuro y ojos claros. No tendría más de veinticinco o veintiséis años, pero tenía carisma y era evidente que se tomaba su trabajo muy en serio.

—Dime.

—Eres nuestro referente. Cuando seamos mayores queremos ser como tú. Bueno, mejor dicho, queremos ser tú —pronunció esas palabras con firmeza, pero una chispa de diversión se deslizó en su mirada mientras lo hacía.

Félix, que no se lo esperaba, tardó en reaccionar, pero finalmente soltó una risa honda y áspera. Le gustaba la frescura de ese chico.

—Creo que es la primera vez que me insultan y me elogian al mismo tiempo.

—Lo de llamarle mayor no ha sido muy acertado —intervino Samuel, dándole un codazo a su compañero—. Que nos saca ocho años nada más.

La risa de Félix se hizo más profunda. En realidad, eran unos cuantos años más. No le había disgustado en absoluto que le llamaran referente, aunque sí le había sorprendido. ¿Él? ¿Referente? ¿Con su escabroso pasado? Si supieran…

—No iba por ahí —repuso Zeta, genuinamente asombrado.

—Lo he captado —dijo Félix, risueño—. Y gracias.

El móvil del joven rubio, que tenía sobre la mesa al alcance de la mano, emitió los primeros acordes de una melodía.

—Perdonad —se disculpó al tiempo que aceptaba la llamada—. Eh, hola, amor —respondió con un tono de voz cariñoso, muy diferente al que había usado hasta el momento.

Félix sonrió con condescendencia. Qué bonito era ser joven y estar enamorado.

—Vuestro *bartender* es increíble —dijo Samuel, alzando la copa en el aire—. Este *bobby burns*[59] está espectacular.

Félix le dio las gracias con un gesto y giró la cabeza hacia la barra, el reino de Ian, su *bartender*. Llevaba trabajando en ese Corso desde el mismo día de la apertura. Era un tipo antipático y arrogante, que pensaba que todo el mundo tendría que estar a sus pies, pero había demostrado su valía con creces. Se había formado en Estados Unidos y había sido galardonado con el título de *Mejor Bartender* del mundo en una ocasión. Les costaba una pequeña fortuna todos los meses, pero gracias a él, el Corso era lo que era.

Sí, eran muy afortunados de poder contar con él.

—Tengo que irme —anunció Zeta después de cortar la llamada.

—¿Abi? —le preguntó su socio.

—Sí. Está en el Cabin, esperándome. Es mi chica —le aclaró a Félix. Su rostro se había iluminado al pronunciar esa palabra.

Este asintió. Después miró a Samuel, cuya cara de desencanto era obvia. Todavía tenía el cóctel a medias.

—Quédate tú —le ofreció—. Y cuando te termines la copa a lo mejor podemos convencer a Ian de que te prepare alguna propuesta suya original.

—Sí, quédate —dijo Zeta—. Y mira a ver si puedes engañar a Ian y decirle que en el Cabin va a estar mejor —bromeó.

—Sí —respondió Félix con sorna—. Por favor, lleváoslo.

Intercambiaron unas risas y se despidieron de Zeta, que se alejó unos pasos y se detuvo frente a la barra. Cuando Félix vio que hacía amago de sacar la cartera, le hizo una señal a Sheila, la encargada, para que no aceptara el dinero. El rubio se giró hacia él al recibir la negativa y le taladró con sus ojos claros.

—Cortesía de la casa. Espero que seáis igual de generosos cuando os visite.

—Dalo por hecho.

Luego se encaminó a la puerta y abandonó el local deprisa.

—Quién le ha visto y quién le ve —murmuró Samuel.

Félix giró la cara para mirarle.

—¿Cómo?

—Nada, nada —se rio e hizo un gesto vago con la mano—. Que desde que está con Abi está muy cambiado. Más tranquilo y centrado.

—¿Tú no tienes pareja? No contestes si no te apetece.

—Estoy muy soltero —dijo el joven y volvió a darle otro trago a su bebida—. Algún rollo por aquí y por allá. Nada serio. ¿Y tú?

Félix sonrió sutilmente. No solía hablar de su vida privada con desconocidos, pero era lo justo. Él había iniciado el tema.

—Exactamente como tú. Algún rollo esporádico. Yo también estoy muy soltero.

Y esperaba seguir estándolo de por vida. Los compromisos a largo plazo no le interesaban lo más mínimo. Ya no.

De pronto, los ojos oscuros de su interlocutor se abrieron como platos. Había girado la

cabeza hacia la puerta y parecía fascinado.

Félix siguió la dirección de su mirada con curiosidad.

Acababan de entrar dos chicas jóvenes. Una rubia y una pelirroja.

La exuberante pelirroja abría el paso. Lucía un vestido verde que no ocultaba ninguno de sus encantos. Tenía una espesa melena roja muy llamativa que se había recogido en una coleta alta. Caminaba de un modo cadencioso muy atrayente.

Tras ella, iba la rubia, un poco más alta y delgada. Llevaba unos pantalones muy cortos, que dejaban al descubierto unas piernas estilizadas y kilométricas, y un blazer oscuro. El pelo rubio ondulado le caía graciosamente sobre los hombros y las facciones eran en extremo delicadas y muy femeninas. Félix no podía distinguir el color de sus ojos desde la distancia, pero suponía que serían claros. Era una belleza.

Ahora ya sabía por qué Samuel tenía esa cara de tonto. Se rio para sus adentros.

—Deberías cerrar la boca —le dijo en voz baja con tono de guasa.

—Debería, pero estoy impactado.

Félix volvió a mirar a las chicas, que habían tomado asiento en la barra. Eran muy guapas, pero demasiado jóvenes para él. No aparentaban más de veintiséis o veintisiete años.

—¿Por qué no vienen mujeres tan guapas al Cabin? —se lamentó Samuel.

—Seguro que tenéis una clientela de todo tipo. No me creo que no vayan chicas guapas.

—Vienen solo para ver a Zeta —dijo sin mucha acritud—. Nos viene muy bien que sea guapito, la verdad. Atrae a muchas mujeres.

Félix sonrió levemente. Samuel parecía un buen tipo, más callado que su socio, pero muy agradable. Le observó de arriba abajo. Sin duda, Zeta era un hombre muy guapo, de esos que llamaban la atención, pero Samuel tampoco estaba tan mal. Se daba un aire a Antonio Banderas de joven, con el pelo oscuro y unos expresivos ojos marrones.

—Aprovéchate ahora de que no está tu socio y ve a por ellas. Invítalas a una copa.

Él pareció pensárselo mientras apuraba el *bobby burns*.

—Si me distraes a la rubia, le entro a la pelirroja —dijo al fin.

Félix arqueó una ceja y meditó unos instantes. No le apetecía demasiado perder el tiempo tirándole la caña a una niña mona cuya conversación sería, con toda seguridad, insustancial y aburrida. Él prefería ir al grano. Por eso no solía coquetear con chicas tan jóvenes. Le agradaban más las mujeres de más edad que deseaban lo mismo que él: poca palabrería y más acción. Dudaba mucho que pudiese acercarse a esa rubia y proponerle directamente ir a su piso a echar un polvo.

Estaba a punto de darle a Samuel una respuesta esquiva que no le comprometiera demasiado cuando su móvil comenzó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era Sean.

—Discúlpame.

Se puso de pie y se dirigió a la escalera. La subió deprisa y accedió al despacho que tenían en la primera planta.

—Dime —respondió.

—Acabo de hablar con Damián. Quiere un aumento de sueldo.

Damián era el encargado del Corso de Ibiza.

—¿Qué le has dicho? —preguntó mientras tomaba asiento en la silla giratoria que había tras la mesa.

—¿Qué le voy a decir? Pues que hablaría contigo.

Los encargados de los tres locales cobraban lo mismo. Si le subían el sueldo a uno, podían tener problemas con los otros dos. Además, iban a invertir mucho dinero en la reforma

del nuevo Corso. Ya habían hablado con el banco y habían firmado el contrato de traspaso con el dueño. Era el peor momento posible para hablar de subidas de sueldo.

—¿No se puede esperar? Habíamos hablado de subirles el salario el año que viene.

—Me ha recordado que acaba de ser padre de gemelos —comentó Sean con sequedad.

Al oír aquello, se frotó la frente y cerró los ojos. Tendrían que hacer cálculos.

—¿Tú qué opinas? —indagó.

—Lo mismo que tú.

—¿Ahora estás en mi cabeza también? —se rio.

—Estás indeciso porque no es un buen momento con lo de Valencia, pero ya estás haciendo cálculos de cuánto se les podría incrementar el sueldo a los tres.

—Pues la próxima vez no me llames —protestó de buen humor.

Una risa cínica al otro lado de la línea fue la respuesta.

—Le digo que le contestamos la semana que viene, que tenemos que hablarlo.

—Genial. No se lo pongas muy negro no vaya a ser que escupa en las bebidas.

Sean se rio más fuerte.

—Félix, no me lo recuerdes. Qué asco.

Hacía años, cuando todavía trabajaban en el Santos, salió a la luz que el encargado escupía en las copas de los clientes porque quería joderle el negocio al dueño. Lo descubrieron después de instalar cámaras. No tardaron en ponerle de patitas en la calle.

Tras despedirse de Sean, se guardó el móvil en el bolsillo y echó un vistazo a su alrededor con nostalgia. Esa pequeña oficina había servido como base de operaciones al principio, cuando ni siquiera tenían un gestor y era Ernesto quien se encargaba de toda la contabilidad. Hacía tiempo que no tenía una función específica, solo les proporcionaba privacidad cuando querían hablar, y sabía que Sheila usaba el ordenador que tenían allí para hacer los pedidos. Estaba amueblada con la misma vieja mesa de siempre, la silla de escritorio, un sofá diminuto y una estantería alta de tres puertas. No cabía mucho más. Una de las paredes era de ladrillo sin tratar y las otras tres estaban pintadas de rojo oscuro.

De pronto, recordó que había dejado solo a Samuel y se apresuró a abandonar la estancia. Abrió la puerta y la música que había llegado amortiguada hasta él subió de intensidad. Los rápidos acordes de *Sweet rascal* de Jamie Berry, una melodía sincopada y muy vintage, rebotaron en las paredes. Cabeceó con satisfacción. Buena elección de música la de aquella noche. Había llegado a apreciar mucho el electro swing que sonaba habitualmente en el Corso.

Samuel estaba en el mismo sitio donde le había dejado, jugueteando con el vaso, ya vacío, y lanzando miradas agonizantes hacia el extremo de la barra. Era evidente que no se había atrevido a ir a hablar con la pelirroja.

Se sentó frente a él y le sonrió.

—¿No te lanzas?

—Si estuviera sola, sí… —se quejó con voz lastimera.

—Me conoces demasiado poco para chantajearme emocionalmente, ¿no crees?

Una media sonrisa se dibujó en la boca de su invitado.

—Tenía que intentarlo.

Félix meneó la cabeza, divertido a su pesar. Cogió su vaso y se percató de que también estaba vacío. Inclinó la cabeza a un lado y le lanzó una ojeada a Samuel, que volvía a mirar a las chicas.

—Te propongo algo. Ve a hablar con ellas mientras yo convenzo a Ian de que les haga un cóctel especial. Eso sí, me debes una. Y la noche que vaya a veros al Cabin me voy a cobrar el

favor.

No tuvo que repetir su oferta dos veces porque Samuel se incorporó a toda prisa y, con una seguridad en sí mismo que desmentía toda la inquietud que había mostrado hacía unos segundos, se dirigió hacia las dos jóvenes.

Félix se acercó a la barra y le hizo un gesto a Ian. Habían llegado más clientes y el ruido de las conversaciones comenzaba a mezclarse con el de la música de fondo, pero el *bartender* estaba libre.

—¿Qué están tomando las dos chicas del fondo?

—Mojito y piña colada —murmuró con desprecio y una ceja arqueada.

Félix ya sabía que al inglés le horrorizaba la gente que pedía cócteles convencionales y sencillos. Le encantaba lucirse y esos *brebajes*, como los denominaba, no cumplían con sus estándares.

—¿Y si les preparas algo especial?

El rostro de Ian resplandeció y la parte superior derecha de su labio tembló de excitación.

—Perfecto. Sé exactamente lo que necesitan.

—Dile a Xavi que me ponga un agua con gas —le pidió antes de que se alejara.

Hacía años había cometido el terrible error de pedirle una cerveza a Ian, que le había mirado por encima del hombro y le había ignorado, diciendo que él no era un simple camarero.

Por el rabillo del ojo, vio que Samuel había comenzado a hablar con la chica del pelo rojo. La otra parecía distraída y tenía la vista fija en las botellas que había detrás de la barra. Se había quitado el blazer oscuro, dejando al descubierto la prenda que llevaba debajo: una camisa sin mangas de color blanco, que realzaba el moreno de sus brazos. La luz de una de las lámparas que colgaban sobre la barra incidía sobre el pelo dorado, creando un curioso halo alrededor de su cabeza.

Tenía aspecto de buena chica.

Durante una milésima de segundo los ojos de ambos se encontraron, pero ella apartó la mirada con suma rapidez.

Ahora ya sabía de qué color tenía los ojos. Eran azules, como un mar caribeño.

Era muy bella y femenina, de facciones finas, casi etéreas.

No era lo que él estaba buscando.

Era una lástima, porque no le hubiera importado echar una canita al aire esa noche.

Capítulo 5

Erika

Pese a que ya había visto el interior del Corso en fotos, la realidad superó todas sus expectativas. La iluminación era tenue e íntima, con lámparas antiguas de latón sobre la barra y apliques con tulipas en forma de flor en las paredes. Algunas eran de ladrillo sin tratar y otras estaban empapeladas con vistosa tela roja. Unas pesadas vigas de madera oscura cruzaban el techo de parte a parte y el suelo era también de madera. Unos cuantos espejos de marco dorado colgaban de las paredes y se alternaban con curiosos cuadros de fieros perros oscuros.

A la izquierda, se situaba la larga barra, tan pulida que los cientos de botellas que había en la amplia estantería se reflejaban en la superficie, y frente a ella, se erguía una hilera de altos taburetes. Al final de la barra se abría un amplio espacio ocupado por unas cuantas mesas con silloncitos de cuero de cómodo aspecto. En la pared del fondo, destacaba un luminoso de neón blanco en el que se podía leer CORSO. Y al otro lado, bajo la escalera que conducía a la planta de arriba, había una plataforma.

El local tenía un aire retro y elegante muy acogedor, y la música que sonaba a un volumen moderado era alegre y rítmica y combinaba sonidos vintage y electrónicos. Podría haber salido directamente de la novela *El gran Gatsby*, si en los años veinte del siglo anterior hubiese habido sintetizadores.

—Me encanta —dijo Laura.

—¿El qué?

—Todo. El ambiente. La decoración. La música. Ese camarero.

Erika se rio. Sí, el camarero, vestido con camisa blanca y chaleco oscuro, no estaba nada mal.

No había muchos clientes, tres en la barra y dos hombres en una de las mesas del fondo.

—¿Quieres que nos quedemos aquí o subimos? Creo que arriba hay más mesas —indicó.

—Mejor nos quedamos aquí.

Tomaron asiento frente a la barra y se quitaron las chaquetas, colgándolas en los respaldos de los taburetes. El guapo camarero, muy obsequioso y sonriente, se acercó a ellas y les tendió la carta. Había multitud de cócteles de nombres exóticos que no habían escuchado nunca en la vida.

—Me pierdo entre tanta bebida —confesó Laura—. Creo que me voy a pedir una piña colada.

—Me pasa igual. Yo, un mojito.

Después de pedir las bebidas se quedaron ambas en silencio. Erika aprovechó para escanear toda la superficie del local en busca del dueño de un modo discreto. Tras la barra, además del chico que las había atendido, había un hombre y una mujer. Ella estaba anotando algo en una tableta y él debía de ser el *bartender*, ya que había comenzado a preparar los cócteles. ¿Dónde podía estar Félix? A lo mejor en la planta de arriba. O no estaba.

—¿A qué vienen los cuadros de los perros? —inquirió Laura, obligándola a volver la cabeza.

—Es por el nombre del local —explicó—. Son todos de la raza *cane corso*, mastines italianos. Juls me contó que uno de los socios de Félix tenía un perro así cuando era pequeño.

—Qué puesta estás, hija. Ni que te interesara el dueño —dijo con retintín.

—Hombre, es que pensaba que iba a ser mi futuro esposo —arguyó con ironía.

Ambas soltaron risitas.

El camarero no tardó en colocar las bebidas ante ellas sobre sendos posavasos negros.

—Creo que es la mejor piña colada que he tomado en mi vida —dijo Laura después de probar su cóctel.

Erika sorbió por la pajita de metal que adornaba su mojito y hubo de darle la razón. Estaba espectacular, con el punto exacto de hierbabuena. Refrescante y dulce. Dejó que la fría y deliciosa bebida se deslizara por su paladar mientras su mirada recalaba en la parte superior de la barra. Cientos de copas colgaban bocabajo de estrechos carriles de madera y reflejaban la luz de las lámparas. Era como estar bajo un cielo chispeante de cristal.

Sin duda, el Corso era un lugar excitante y especial.

—A ver, no mires o mira si te sale de las narices, pero creo que el tipo ese es tu Félix.

La frase de Laura le provocó una sacudida en el estómago. Giró el cuello violentamente, pero solo alcanzó a ver un hombre de traje que subía las escaleras que conducían al piso de arriba. Era alto, de hombros anchos y tenía el pelo oscuro. No pudo apreciar nada más porque desapareció.

—Es ese, ¿verdad? —cuchicheó Laura.

—No lo sé —jadeó con excitación—. No me ha dado tiempo a verle.

—Estaba sentado en aquella mesa y, de pronto, se ha levantado y le he visto. Yo juraría que era él. Es clavadito al tío de las fotos que me has enseñado.

Erika notó cómo el corazón comenzaba a latirle más rápido. Bebió de su mojito mientras no quitaba ojo de la escalera.

—Estate pendiente, porque si ha subido tiene que volver a bajar —susurró Laura—. Por cierto, el chico ese con el que está me parece monísimo. Material sexual a tope.

Desvió la vista hacia la mesa del fondo para echar un ojo al joven y se encontró con un tipo moreno de ojos y piel, con vaqueros y polo oscuro. Inexplicablemente, le recordó a su padre. A una versión más joven de su padre, claro.

—Se parece a mi padre —murmuró.

—Sí —repuso Laura—. Se da un aire a Antonio Banderas, como tu padre. Me mola.

—¿Te mola mi padre?

—Pues sí. Me parece que está buenísimo. Si no fuera porque tu madre me cae bien, intentaría convertirme en tu madrastra.

Erika se rio.

Pese a que el chico mostraba bastante comedimiento y no era muy descarado, las miraba de soslayo, de vez en cuando. En especial a su amiga.

—Creo que le has gustado —comentó—. A lo mejor esta noche triunfas.

—Ya veremos.

En ese instante, unas piernas enfundadas en pantalones oscuros de traje hicieron su aparición en lo alto de la escalera. A las piernas siguió el torso envuelto en una elegante chaqueta, con chaleco y camisa blanca. Y, después, llegó la cabeza.

¡Dios!

Sí, era él.

Erika contuvo la respiración mientras la imponente y masculina imagen se le incrustaba en las retinas. Pelo oscuro no tan corto como en las fotos que ella tenía en el móvil, la frente despejada y una cuidada barba que le cubría el mentón. Las cicatrices del rostro no eran muy

visibles debido a la tenue luz del local, pero ella sabía que estaban ahí. Se movía con fluidez, con una seguridad en sí mismo aplastante.

—¿Es él?

—Sí —jadeó con la voz entrecortada.

—Impone —susurró Laura.

Lo hacía. Imponía. Y mucho.

Volvió a darle un trago al mojito y se esforzó por no mirarle, aunque no le resultó fácil. Ahora que sabía que estaba ahí, a escasos metros de ella, su presencia la atraía como si fuera un imán.

—Creo que Antonio Banderas viene hacia aquí. —Escuchó decir a Laura.

Miró a hurtadillas a la pareja de hombres y comprobó que sí, que el joven se acercaba mientras que Félix iba a la barra. Estuvo a punto de soltar un suspiro aliviado. La idea de esa noche era observarle de lejos para satisfacer su curiosidad, no establecer contacto.

—Hola —saludó el moreno, situándose al lado de Laura—. ¿Os molesta si me acoplo? Prometo invitar a la siguiente ronda.

A Erika le agradó su desparpajo. Era exactamente el tipo de chico que le gustaba a su amiga. Y era bastante guapo.

—Deja que me lo piense —respondió Laura con desinterés mientras jugueteaba con la pajita.

—Pelín borde, ¿no?

—Pues sí. ¿Eso te molesta o te atrae?

—Me atrae.

—Genial, entonces, siéntate.

Erika ocultó una sonrisa después de ese intercambio de frases. Eran tal para cual.

Por un instante, su mirada se cruzó con la de Félix que seguía en el extremo más alejado de la barra, pero se apresuró a mirar para otro lado. Joder, sí que resultaba apabullante.

—Soy Samuel, y vosotras, ¿cómo os llamáis?

—Yo soy Laura.

—Me encanta ese nombre —repuso él con una sonrisa de cien mil vatios de potencia—. ¿Y tú?

Todavía no había tenido tiempo de responder cuando el dueño del local se acercó a ellos y se detuvo justo detrás de su taburete. Llevaba un vaso alto lleno de un líquido transparente, con hielo y una rodaja de limón.

—Hola —saludó.

Una ligera sonrisa curvaba sus labios, ni demasiado finos ni demasiado gruesos. Eran perfectos, pensó Erika, que se había girado en el asiento para no darle la espalda. En persona era bastante más atractivo que en fotos. Mucho más. Y las cicatrices le aportaban un toque siniestro muy interesante.

Sintió una sacudida en el abdomen. Estaba nerviosa. ¿Por qué narices había tenido que acercarse a ellas? No sabía qué hacer. ¿Presentarse como Erika o fingir ser otra persona? ¡Mierda!

—Espero que estéis teniendo una velada agradable. Acabo de hablar con el *bartender* y os va a preparar unos cócteles de autor. Creo que os van a gustar. Ah, me llamo Félix.

Hablaba con un tono de voz reposado y profundo, destilando calidez en cada palabra, como si estuviera acostumbrado a tratar con la gente. A Erika le gustó que no se hubiera presentado como el dueño del local.

—Encantada —repuso Laura con aplomo. No hubo intercambio de besos—. Yo soy Laura.

Félix asintió y luego la miró a ella con un brillo interrogador en los ojos.

—Yo soy… E… —se interrumpió mientras tomaba una decisión—. Elisa.

Vio cómo Laura se mordía los labios y giraba la cara hacia Samuel.

La ignoró.

—Encantado, Laura y Elisa.

—Entonces, ¿eres amigo del *bartender*? —inquirió su amiga con fingida curiosidad.

—Es el dueño —respondió Samuel.

—Vaya, ¿a qué se debe el honor de que nos acompañes, dueño?

Erika dejó que la melena le cayera sobre la cara para poder observarle a través de las guedejas, mientras fingía estar muy interesada en su mojito. Aguardaba la respuesta, impaciente.

—Me he acercado a saludar —respondió él en tono neutro sin dejarse provocar por la impertinente pregunta de Laura. Sonreía con mucha cordialidad.

Casi de refilón, Erika pudo captar una conversación silenciosa entre los dos hombres. Samuel parecía suplicarle algo a Félix con los ojos. Y este meneaba la cabeza casi imperceptiblemente al tiempo que le daba un trago a su bebida. Samuel insistió y Félix puso cara de fastidio.

Erika frunció el ceño mientras sorbía por la pajita, hasta que una bombilla se le encendió en el cerebro y se dio cuenta de lo que estaba pasando.

A Samuel le interesaba Laura. Se notaba a la legua en cómo la miraba y en su lenguaje corporal. Pero claro, no podía tirarle la caña mientras su amiga estuviera ahí también, así que le estaba pidiendo a Félix que la entretuviera a ella, algo que a él no parecía agradarle demasiado.

Podía haberse sentido herida en su orgullo, pero ya había catalogado a Félix como un gilipollas, así que no le afectó gran cosa. Le echó una ojeada a hurtadillas y vio que él se miraba el reloj de pulsera con disimulo.

En fin, si él pasaba de ella, ella pasaría de él.

Samuel y Laura habían comenzado a hablar en voz baja y se reían de algo que había dicho él. Habían creado una especie de muro invisible en torno a ellos, así que Erika se giró y se acodó en la barra, ignorando al dueño del Corso. Saboreó el mojito y paseó la vista por los cientos de botellas que había en la estantería, de nuevo. La alegre música la llevó a mover los pies que tenía apoyados en el travesaño del taburete. Era muy consciente de la masculina presencia a su lado, pero no pensaba iniciar ninguna conversación. ¿Acaso no le había pedido su amigo que la entretuviera? Pues que se esforzase y lo hiciera.

—¿Te gusta la música? —Llegó por fin la voz de él.

—No está mal —respondió con indiferencia, sin mirarle.

No se lo iba a poner fácil.

«Entretenme, anda. Cúrratelo».

La puerta del local se abrió y un grupo de personas accedió al interior. Tres chicas y cuatro chicos. Charlaban con entusiasmo y se dirigieron directamente hacia la escalera.

Erika se distrajo mientras los seguía con la mirada, y cuando se quiso dar cuenta, Félix se había situado muy cerca de ella, justo al otro lado que ocupaban Laura y Samuel. Estaba tan cerca, que la fragancia masculina que despedía le entró por las fosas nasales. No era un olor penetrante a colonia, era sutil e indefinido. Interesante.

Removió el contenido de su mojito, casi vacío, con la pajita de metal.

Un silencio incómodo se estableció entre ellos.

La llegada del *bartender* los rescató. El tipo era mulato, alto, delgado y llevaba el pelo lleno de rastas recogido en lo alto de la cabeza. También lucía una impoluta camisa blanca y un chaleco negro. En la mano izquierda sostenía un vaso ancho lleno de hielo cuyo contenido era de color rosa, del que sobresalían dos fresas, y en la derecha, una copa con un líquido de color azul, decorada con azúcar en el borde y una rodaja de limón de color turquesa. Puso el vaso delante de Laura y la copa delante de Erika, sin dudar.

—¿Qué es? —preguntó la pelirroja.

El *bartender* no contestó, se limitó a hacer un gesto, animando a ambas a probar las bebidas.

Erika cogió la copa y dio un sorbo con la pajita de color negro. Un delicioso estallido de sabor le explotó en el paladar. Solo pudo distinguir un ligero toque a ron y a menta, pero había mucho más detrás de aquel cóctel. Dejaba un regusto a cítrico en la boca muy refrescante.

—¿Qué cóctel es este? —preguntó—. Está increíble.

Él tipo de las rastas sonrió con la arrogancia de un hombre acostumbrado a los elogios.

—No tiene nombre. Acabo de crearlo.

—Este también es una pasada —dijo Laura con los ojos muy abiertos.

—Ian es un artista —comentó Félix.

El artista se limitó a inclinar la cabeza y a alejarse.

—¿Seguro que no quieres prescindir de él? —preguntó Samuel con tono de broma.

Félix dejó escapar una risa suave como respuesta. Una risa que Erika sintió reverberar en todo su cuerpo ya que seguía estando demasiado cerca de ella.

Él cogió su vaso y echó un vistazo hacia la puerta del local, que volvía a abrirse y dejaba entrar a una pareja. Y ella aprovechó para estudiarle en profundidad. Le fascinó el movimiento ascendente y descendente de su nuez mientras tragaba. La tenía prominente, similar a la de su hermano Diego. Le vio depositar el vaso sobre la barra e inclinar la cabeza a un lado. La dureza de su mandíbula quedó al descubierto.

Desprendía un magnetismo brutal.

No era solo que fuese atractivo físicamente, era algo más inespecífico. Una energía arrolladora y una fuerza potente que parecían emerger de su interior.

Su sex appeal era inmenso.

Él soltó un suspiro de aburrimiento casi inaudible, pero ella lo captó inmediatamente y arrugó la nariz. Era muy evidente que, si hubiese podido elegir, ese sería el último lugar de la tierra en el que hubiera querido estar.

De repente, el que Félix estuviese allí por obligación y no sintiera el más mínimo interés por ella la fastidió sobremanera.

¿Qué narices se creía? ¿Que ella necesitaba su compañía?

Agarró la copa con violencia y casi la vació de un trago. Luego la dejó sobre la barra con un golpe seco. Aquello llamó su atención, por fin.

—¿Todo bien? —preguntó con cortesía. Los profundos ojos castaños mostraban un tibio interés.

—Todo genial —masculló con un encogimiento de hombros.

Laura y Samuel los ignoraban por completo. Estaban enfrascados en una conversación aparentemente divertida, ya que ambos se reían.

Erika aprovechó la escasa privacidad que tenían y giró todo el cuerpo hasta que se encaró con él, que la contempló sorprendido. No se pensó demasiado lo que iba a decirle. A fin de cuentas, era lo que le apetecía. Además, a lo mejor así se le borraba esa expresión de hastío del

rostro.

Idiota.

«Juls, perdóname. Algún día te lo contaré todo».

—¿Nos vamos a tu casa?

Él arqueó tanto las cejas que casi desaparecieron en su cuero cabelludo, y abrió la boca una vez, dos veces… Era obvio que le había dejado sin palabras. Ella, mientras tanto, adoptó una postura petulante y sorbió por la pajita lo poco que le quedaba del cóctel. Pestañeó un par de veces, aguardando su respuesta.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —dijo él al cabo de un rato, una vez hubo recuperado su aplomo.

—¿Crees que soy imbécil?

Él ladeó la cara y la observó detenidamente como si la estuviese analizando.

—Si tienes que currar y no puedes irte, pues nada —continuó ella con fingido desinterés. Hizo amago de volver a girarse hacia la barra, pero la masculina voz la detuvo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Eso es un sí, vámonos? ¿O qué es?

—¿Y tu amiga? —inquirió él, entornando los ojos.

—Mi amiga es mayorcita. Y está bien atendida.

Un silencio siguió a su respuesta.

—Pues vámonos —dijo él con firmeza y voz aterciopelada.

Erika notó que el estómago se le encogía.

Le vio hacer un gesto hacia la mujer que había tras la barra para que se acercase y habló con ella en voz baja. Erika no perdió el tiempo y cogió del brazo a Laura.

—Oye —le siseó al oído—. Me voy con Félix. ¿Tú vas a estar bien?

Su amiga volvió la cara hacia ella con los ojos abiertos como platos.

—Flipo contigo —respondió exultante—. Sí, yo voy a estar de puta madre. ¡Vete! Vete y mañana me cuentas.

Intercambiaron una rápida sonrisa.

Erika se bajó del taburete y cogió el blazer.

Escuchó que Félix se despedía de Samuel y Laura. Luego le hizo un gesto, cediéndole el paso. Ella le echó un vistazo soslayado. La estaba observando con un brillo curioso en la mirada.

Se dirigieron hacia la salida, uno al lado del otro, como si se conocieran de toda la vida.

¿De verdad se iba con Félix a su casa? ¿De verdad se iba a acostar con el hermano de Juls? Una risa histérica estuvo a punto de escapar de su garganta.

Capítulo 6

Félix

El trayecto hasta su casa se le hizo realmente corto. Quizá porque no había mucho tráfico o porque estaba pendiente de la chica rubia que iba sentada en el asiento del pasajero, silenciosa. La miró de soslayo. Parecía relajada, incluso satisfecha, como si largarse a casa de un desconocido para tener sexo, fuera algo que hiciese habitualmente.

Quizá fuera así.

Para él tampoco era algo nuevo. No era la primera persona que conocía en uno de sus locales y se llevaba a su piso para pasar un buen rato. Solo que hacía ya varios meses de la última vez. Además, era la primera vez que la proposición le pillaba tan de sorpresa. Siempre era él quien daba el primer paso. Esbozó una sonrisa al recordar cómo ella le había mirado con esos ojos azules tan inocentes y le había hecho la pregunta que le rompió todos los esquemas. *¿Nos vamos a tu casa?* Hasta ese instante, había pensado que era una jovencita tímida, insulsa y poco interesante.

Craso error.

A veces no había que juzgar un libro solo por la portada.

Vivía a solo tres kilómetros del centro y no tardaron en alcanzar su destino. Bajó la rampa del garaje que se encontraba en un edificio cercano al suyo y estacionó el vehículo en su plaza. Apagó el motor. Antes de bajarse del coche, la miró. Estaba muy callada.

A lo mejor había cambiado de opinión.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Claro —respondió con la cabeza muy erguida, mostrándole solo su perfil—. ¿Por?

—Por nada.

No hizo más preguntas. Descendieron del BMW y, mientras caminaban hacia el exterior, la estudió sin mucho disimulo. Era alta, pero no tanto como él. Tenía un cuerpo delgado y se movía con confianza y seguridad, pese a que se estaba internando en terreno desconocido. La larga melena rubia se balanceaba sobre sus hombros.

No sentía una especial predilección por las rubias, pero no podía negar que esa chica era una auténtica belleza.

El tráfico en la zona era denso, a pesar de la tardía hora, y tuvieron que detenerse en un semáforo y esperar. Volvieron a ponerse en marcha y anduvieron hasta su edificio en completo silencio.

Entraron al portal y encendió la luz. La vieja lámpara de bronce de seis brazos iluminó el pulido suelo de mármol blanco y las paredes de color azul claro. Al fondo, una puerta de madera oscura conducía a las escaleras. La atravesaron. El edificio databa de principios del siglo veinte y el ascensor era un añadido reciente, de hacia pocos años, para lo cual habían aprovechado el estrecho hueco de la escalera, por eso era tan pequeño. Apenas cabían dos personas en él.

Dejó que ella entrara primero y se pegó a la femenina espalda. Apretó el botón del quinto piso y notó la curva de su trasero acariciándole el muslo. Cerró los ojos brevemente, sonriendo. Hasta ese mismo momento no había sido consciente de lo mucho que le apetecía perderse en la suavidad de un cuerpo de mujer. Aspiró y una ligera fragancia a flores silvestres o algo similar llegó hasta su nariz. Le resultó muy agradable.

Uno de los dos tenía que empezar con los preliminares, ¿no?

Sin pensárselo demasiado, apoyó la mano sobre su talle. Ella no intentó apartarse y eso le llevó a ser más osado y a deslizar los dedos hasta su cadera, cubierta solo por la fina tela de los pantaloncitos.

Lo que sucedió a continuación le sorprendió.

Ella se giró deprisa y se encaró con él. Dejó caer el cuerpo contra el suyo y le miró con los ojos chispeantes al tiempo que sacaba la punta de la lengua y se humedecía el labio inferior.

Sexi.

—No te andas con rodeos.

—¿Rodeos? Si estamos a punto de llegar a tu piso… Y creo que los dos sabemos lo que hemos venido a hacer, ¿no?

Le gustó que le hablara con la voz entrecortada, como si su mera presencia le resultase excitante. Su miembro pareció darse cuenta de lo que iba a suceder en breve y despertó alegremente mientras un ligero escalofrío viajaba por su espalda.

Bajó la cara y esperó a que ella subiera la suya para encontrarse en un punto medio. Solo unos milímetros separaban sus bocas. Sus respiraciones se mezclaron y el tiempo pareció transcurrir como a cámara lenta.

—¿Vas a besarme? —jadeó ella.

—Bésame tú —la insto él.

El ascensor se detuvo con una sacudida y les arrebató la iniciativa a ambos. Sus labios chocaron con brusquedad.

Ella soltó una risa y se echó hacia atrás.

—No tenía planeado que nuestro primer beso fuera tan… brutal —comentó.

Él la miró con una expresión traviesa. Sí, para ser un primer beso había resultado bastante torpe. Le agradó mucho que ella se lo tomara a risa.

—Las cosas solo pueden ir a mejor, ¿no crees? —dijo mientras abría la puerta del ascensor.

Ella no contestó, pero sonreía.

Y tenía una sonrisa muy bonita.

Había tres viviendas en esa planta. La suya era la del centro. Abrió la pesada puerta de madera, encendió las luces y le cedió el paso.

Ella se adentró en el corredor con curiosidad. Este desembocaba en la estancia principal, dividida en dos ambientes: el salón propiamente dicho y la cocina. Una amplia isla de granito blanca y gris servía como separador.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció.

A la tenue luz de una de las lámparas, tuvo tiempo de ver cómo Takeshi desaparecía debajo del sofá, pero no se fue muy lejos y una de sus patitas negras quedó al descubierto en una esquina. Sonrió para sus adentros. Así era el felino, se escondía para no ser visto, pero no podía evitar que la curiosidad por saber quién era el invitado le ganara la mano.

—No. No quiero beber nada. Gracias —repuso ella mientras daba unos pasos por la sala —. ¿Tienes un gato? —inquirió de pronto, señalando el árbol rascador que tenía junto a la ventana.

—Sí, pero no es muy sociable.

—Oh, no lo sabía…

Él frunció el ceño. ¿A qué se refería con eso?

—Espera, sí. Te acepto un vaso de agua —dijo ella de pronto.

Él se dirigió a la nevera y sacó dos botellas de agua. Luego abrió uno de los armarios para coger un vaso.

—No lo necesito. —Le había seguido y tendía la mano para que le diera una de las botellas.

Lo hizo, y ambos bebieron con avidez sin necesidad de vasos, uno frente al otro, a poca distancia.

—Así que, Elisa…, no eres de Madrid, ¿verdad?

—No.

—¿Vacaciones?

—Sí.

Monosilábica.

Era obvio que no tenía muchas ganas de hablar, así que no hizo más preguntas. Se limitó a observarla con los ojos entrecerrados, volviendo a admirar de nuevo sus facciones. Tenía las pestañas más oscuras que el cabello, y sus ojos, que antes le habían parecido simplemente azules, estaban salpicados de pequeñas motitas doradas. Su boca era generosa sin serlo en exceso y estaba pintada de un atractivo color rojo. Y su cutis era fino y liso, sin una sola marca o arruga. Se preguntó cuántos años tendría. ¿Veinticinco? ¿O menos?

Trató de encontrar algún defecto en su rostro, pero no lo halló. Era la mujer más hermosa que había visto en mucho tiempo.

O la más hermosa que hubiese visto jamás.

Supo que ella iba a tomar la iniciativa incluso antes de que hiciera un solo movimiento. Se lo advirtió el peculiar brillo en sus iris y su casi imperceptible cambio de postura.

La vio dejar la botella sobre la encimera. Acto seguido, alargó las manos y le agarró con firmeza de la corbata, tirando hasta deshacerle el nudo. Se la quitó y la dejó sobre la isla. Lentamente, procedió a abrirle los primeros botones de la camisa, rozándole la piel del cuello con la punta de los dedos.

La dejó hacer. Hacía mucho tiempo que no se permitía el lujo de abandonarse a las caricias de una mujer y era refrescante encontrarse en esa posición sumisa.

Ella le quitó la chaqueta y la dejó junto a la corbata. Luego le desabrochó los cuatro botones del chaleco. En apenas unos segundos sus ágiles dedos le habían desnudado de cintura para arriba.

Las pupilas de ella se dilataron al observar su torso. Sabía que tenía un buen físico —una mezcla de genética y de machacarse en el gimnasio—, pero esa mirada cargada de genuina admiración le llenó de absurda complacencia. Notó cómo la excitación se desplazaba desde su abdomen hasta su masculinidad.

Se acabó la pasividad.

Dio un paso hacia delante y la abrazó con firmeza por la cintura, amoldando el cuerpo al suyo. No la dejó reaccionar y se apoderó con premura de sus labios. Esos que había admirado solo unos minutos antes.

Se besaron.

Sin medias tintas.

Sus bocas hicieron un ruido de succión y sus lenguas se enroscaron febrilmente. Sus dientes chocaron un par de veces hasta que el ritmo de ambos se acompasó.

Sabía muy bien, a limón y a algo más dulce que no supo identificar.

«El cóctel de Ian», aventuró.

Fue un gran beso.

El primero de muchos.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y dio un pequeño salto hasta encaramarse a sus caderas, envolviéndole con sus piernas. La sujetó con solidez por los muslos y echó a andar, casi a ciegas, sin interrumpir los besos. No necesitaba los ojos para saber dónde estaba el dormitorio, pero tardaron en alcanzarlo porque se detenían a cada paso, ya que ella se movía de un modo muy provocador, incitándole. Su erección creció y creció y tuvo que contener las ganas de soltar un rugido.

Cuando llegaron al cuarto, no se molestó en encender la luz. La del pasillo era suficiente para bañarlo todo en una tenue claridad.

Cayeron juntos sobre la cama y sus labios se separaron por fin. Pudo escuchar el gemido que salió de la femenina garganta y que le pareció de lo más erótico. Intentó mirarla, pero ella hundió la cara en su cuello y empezó a darle suaves mordiscos en el hueco de debajo de la oreja. Luego, pegó la pelvis a la suya y se restregó contra su dureza.

¡Joder! La situación comenzaba a desbordarle.

Se apartó con desgana y se incorporó. Su respiración era jadeante y notaba cómo el corazón le iba a toda velocidad en el pecho. Sin dejar de mirarla, se quitó el reloj, los zapatos y los calcetines. Casi con violencia, se desabrochó el cinturón y se despojó de los pantalones y los calzoncillos, dejando libre su erección, que se sacudió agradecida.

Ella parecía igual de impaciente porque había comenzado a desnudarse también, solo que no se molestó en levantarse. Se liberó de sus zapatos de un puntapié y, contorsionándose sobre el colchón, se quitó la blusa y los pantalones. Él casi no tuvo tiempo de percatarse de la discordancia de la ropa interior —las bragas eran rojas y el sujetador blanco— porque se deshizo de ambas prendas con una rapidez asombrosa.

Y allí estaba, esa chica preciosa tumbada en medio de su amplia cama, desnuda, mirándole con una expresión de lo más tentadora.

La recorrió de arriba abajo, intentando impregnarse de cada centímetro cuadrado de su piel cobriza. Porque sí, porque, aunque era rubia, no era de esas rubias de piel lechosa. Por el contrario, la tonalidad de su piel era del color del caramelo. Era delgada y fibrosa, pero tenía las curvas suficientes para regodearse en ellas. Pechos no muy grandes y caderas suavemente pronunciadas. Un pequeño triángulo de vello dorado más oscuro que su melena le cubría el pubis.

Estaba a punto de acercarse y tenderse sobre su cuerpo, pero ella se le adelantó. Se incorporó, poniéndose de rodillas, y le agarró por la muñeca. Tiró con fuerza hasta hacerle caer sobre la cama. Entonces, se sentó encima de él, a horcajadas, y le regaló una sonrisa lasciva.

Ya no le sorprendía ni su impulsividad ni su descaro. Había aceptado que eran innatos en ella.

Una cortina de sedoso pelo cayó sobre él cuando se agachó para besarle.

Esa vez el beso fue mucho más íntimo, más carnal. Sin ropa alguna entre ellos, todas las sensaciones se magnificaron. Los enhiestos pezones le acariciaron el torso y la humedad ardiente de su sexo le empapó el abdomen. Su erección encontró cobijo entre los firmes glúteos y no pudo evitar estremecerse cuando las femeninas caderas se movieron de un modo incitador

Se relajó y se dejó dominar. Ella le alzó los brazos por encima de la cabeza al tiempo que le mordisqueaba el labio inferior y el mentón hasta llegar a su oreja y lamerle el lóbulo.

—Quiero follarte —le susurró.

¡Dios!

¿Cómo había podido catalogarla como una niña inocente?

Era puro fuego y él tenía unas ansias enormes de quemarse.

Se besaron de nuevo con fiereza.

—En el cajón de la mesilla tengo preservativos —gruñó contra su boca.

Ella se inclinó a un lado y estiró el brazo hacia la mesilla. Él aprovechó para hacer uso de las manos y pellizcarle los pezones con ligereza. Se vio recompensado por una potente exclamación de deleite. Le recorrió el estómago y el vientre con los nudillos hasta alcanzar el comienzo de su vello púbico.

—Sí. ¡Tócame! —le pidió ella con la voz ahogada.

Se había incorporado con un condón en la mano, pero lo arrojó a un lado para apoyar las manos en sus pectorales al tiempo que arqueaba la espalda y echaba la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto el grácil cuello.

Él no se hizo de rogar y hundió los dedos en los pliegues de su sexo. Estaba empapada, y su clítoris, engrosado debido a la excitación. Lo acarició con la punta del pulgar, provocando que ella gimiera y se sacudiera.

Le gustaba satisfacer a las personas con las que se acostaba. Hacía tiempo, cuando era un crío egoísta, solo se había preocupado por su propio placer, pero la vida le había enseñado que, si uno se esforzaba en dar, solía recibir. Así que, ese se había convertido en su *modus vivendi*.

Vio cómo ella se llevaba la mano a la boca y se lamía la palma. para acto seguido echar el brazo hacia atrás y envolverle la polla con audacia. Aquello le hizo soltar un rugido.

Ahí estaba la confirmación de su teoría.

Dar y recibir.

Se masturbaron el uno al otro, mientras se miraban con fijeza y jadeaban al unísono, cada vez con más intensidad.

Estaba fascinado por esa chica. Y no era por su belleza. Era por la desinhibición, por la sinceridad a la hora de entregarse. No había ambigüedad ni subterfugios en su comportamiento.

—¡Me voy a correr! —gimió ella con voz gutural.

Él solo pudo murmurar palabras ininteligibles al tiempo que el calor se esparcía por su cuerpo, preludio inequívoco del clímax que estaba por llegar.

Los jadeos de ella aumentaron de volumen y él notó su sexo palpitando bajo las yemas de sus dedos y supo que el momento había llegado.

Así fue.

La contempló maravillado mientras ella se erguía con una expresión de puro éxtasis en la cara. Tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Parecía una estatua de bronce. Le aprisionó las caderas con los muslos y su cuerpo se agitó con violencia para tornarse rígido poco después. Terminó por echar la cabeza hacia delante, como si le fallaran las fuerzas.

—Félix… —farfulló—. ¡Qué pasada!

Curiosamente, no le había soltado y, aunque el bombeo de su mano se había descompensado, volvió a recuperar el ritmo y no tardó en conducirle a un potente orgasmo. Sus músculos se contrajeron y un oscuro velo de placer se apoderó de él mientras su miembro se sacudía espasmódicamente, expulsando un ardiente chorro de semen.

«Esta chica es increíble», pensó en un último instante de lucidez.

Ella se dejó caer sobre su pecho, desmadejada, y él recibió el peso de su cuerpo con agrado. A ambos les estaba costando recuperar el aliento y, durante unos minutos, no hablaron.

Le vino a la cabeza que ella le había llamado Félix mientras se corría y eso le confundió un poco. Quizá era una tontería, pero referirse a la otra persona por su nombre en un momento tan especial evidenciaba una dosis de intimidad y complicidad que ellos no tenían. Le resultó

chocante porque, para él, su nombre carecía de significado. No era Elisa, era la chica rubia con la que pensaba pasar la noche.

Ella se irguió sobre los codos y le miró con los ojos entornados.

De nuevo, esa belleza suya tan cautivadora le golpeó con fuerza. Ni el sudor que perlaba su tez ni el pintalabios desdibujado le restaban un ápice de ella.

—¿Baño? —le preguntó mientras se retiraba un mechón de pelo de la cara.

—Usa este —dijo él, señalando la puerta que llevaba al que había dentro del dormitorio —. Yo voy al otro. Tienes toallas limpias en la estantería.

Se levantaron casi al mismo tiempo. Ella tenía la espalda pegajosa y él no se quedaba muy atrás; su entrepierna y sus muslos también estaban manchados. La vio arrugar la nariz con grima y la expresión le hizo gracia. Impulsivamente, se pegó a su cuerpo y le estampó un beso en la boca.

—¡Aparta! —exclamó, empujándole de los hombros sin demasiada fuerza—. ¡Puag! Ahora también estoy pringosa por delante.

Él se rio.

Sus caminos se separaron y cada uno se dirigió a un baño.

Él se lavó y se secó. Luego se contempló en el espejo. Estaba sonriendo.

No sabía muy bien por qué, pero sentía una extraña familiaridad con esa chica que no solía experimentar durante otros encuentros esporádicos. Había mucha química entre ellos.

Cuando regresó al dormitorio ella estaba tumbada bocabajo sobre el colchón y balanceaba las piernas en el aire. Tenía el condón sin abrir en la mano y sonreía con malicia.

—Me temo que esto no lo vamos a poder usar… todavía —dijo, compungida, señalando su miembro flácido.

La mirada lujuriosa que le dirigió hizo que la excitación le quemara el estómago y que toda la sangre se le agolpara en la polla, que se sacudió un par de veces ligeramente.

—No hables tan rápido —respondió—. Puede que te equivoques.

—¡Ostras! Ya lo veo —exclamó con exagerada admiración.

Él se acercó a la cama y se tumbó sobre ella. Sabía que todavía no estaba listo para un segundo asalto, pero no iba a desperdiciar el tiempo hablando. La besó en el hombro, a través de los mechones de rubio cabello, mientras se frotaba contra su cálido cuerpo y su semierección encontraba cobijo entre sus nalgas.

Ella gimió y se arqueó con deleite. Echó la cabeza a un lado para mostrarle el cuello y él le mordisqueó la piel de la nuca con cuidado. Últimamente, solo se había acostado con hombres y estar con una mujer le hacía recordar lo diferente que era el sexo con ellas. Más cálido y blando. Más suave…

Un fuerte codazo le alcanzó en el costado y una risa profunda le sorprendió.

«A lo mejor no tan suave. Al menos, no con esta chica».

—Pesas un huevo y me haces cosquillas —protestó ella con una risa contenida.

A pesar de que su erección se desinfló un poco al escucharla, no pudo evitar sonreír. Era refrescante estar con alguien tan natural. Redujo la presión, apoyándose sobre los codos, y permitió que ella se girara.

Unos chispeantes ojos azules le recibieron.

—Tengo cosquillas en la nuca. Si quieres que esto vaya en serio, ni se te ocurra morderme ahí porque me pongo supertonta y se me escapa la risa floja.

—La nuca está prohibida.

—A ver, prohibida tampoco. Besos sí, mordisquitos no.

Mientras decía eso con voz juguetona, movió un muslo y le acarició la entrepierna con la rodilla. Él soltó un gemido al tiempo que entrecerraba los ojos, complacido.

—¿Te gusta? —le preguntó, volviendo a rozarle con intención.

—¿Tú qué crees? —repuso con un jadeo ahogado.

—Supongo que sí porque pones cara de éxtasis y, además…

Esa chica hablaba demasiado.

La calló con un beso profundo y dejó que las lenguas se enredaran y jugasen frenéticas mientras la sujetaba con fuerza. Cuando alzó la cabeza, ella estaba sin aliento y le miraba con los ojos nublados por la pasión.

—Me callo —dijo con voz entrecortada y llena de teatralidad—. ¿Vamos a follar de verdad, ahora?

Ahora fue él quien se rio sin saber muy bien por qué.

—Creo que sí —respondió de buen humor.

—Vale. Pues necesitamos esto. —Con un gesto brusco, elevó la mano y le mostró el preservativo—. ¿Te lo puedo poner con la boca?

Eso era lo último que había esperado y estaba seguro de que el asombro se reflejó en su cara. No obstante, se recuperó rápido de la sorpresa y asintió. La pregunta no solo le había aturdido, también había provocado que su excitación aumentara.

Lo que sucedió después fue muy rápido. Ella, contradiciendo cualquier idea de suavidad y blandura que él hubiera podido otorgarle, le empujó con violencia y se situó encima de él. Mientras rasgaba el envoltorio del condón le miraba como si fuera un caramelo y ella una niña ávida de dulces.

Él comenzó a respirar más deprisa y se esforzó por no pestañear porque no quería perderse ni uno solo de sus movimientos.

La vio inclinarse y hundir la cabeza sobre su pecho. El largo y dorado cabello cubrió la escena, pero pronto sintió que su lengua rodeaba uno de sus pezones y jugueteaba con él.

—¡Dios! —gimió, al tiempo que alzaba las manos y le acariciaba los hombros.

Ella no tuvo ningún tipo de compasión y continuó descendiendo por su torso con la boca hasta alcanzar su ombligo y su vientre, dejando un camino de humedad a su paso. Le acarició la fina piel del abdomen con los dientes y él se estremeció sin control.

Sabía lo que estaba a punto de suceder. Y su miembro también lo sabía porque comenzó a vibrar y a soltar líquido preseminal.

—¿Tanto te pongo? —murmuró ella.

Él alzó la cabeza para decirle algo, pero recibió unos golpecitos con el dedo en el húmedo glande y eso le hizo gruñir.

Se escuchó una risa maliciosa en el silencio del dormitorio.

Después de eso no pudo decir nada más. Pese a que el preservativo servía de barrera, el calor que se desprendía de sus labios y su boca era abrasador. Notó cómo le iba engullendo poco a poco mientras el látex se acomodaba a la erección. Apretó los dientes, muy excitado. No recordaba cuándo fue la última vez que alguien le había puesto un condón con la boca, pero estaba seguro de que, si alguna vez había sucedido, no había sido de una forma tan magistral. Todas sus terminaciones nerviosas parecían converger en su entrepierna. Echó la cabeza hacia atrás y sus manos, convertidas en garras, se hundieron en el edredón.

—¡Joder! —aulló.

Antes de que hubiera podido recuperar la cordura, ella se irguió.

La miró, fascinado. Tenía una expresión triunfal en la cara. Era indudable que estaba muy

satisfecha de sí misma.

—Eres buena —le concedió con la voz entrecortada por el deseo.

—Lo sé.

Tuvo ganas de reír de nuevo. Le gustaba su desparpajo.

Tiró de ella hasta que los torsos se encontraron y las bocas se unieron en un beso crudo y apresurado. Los gemidos de ambos se superpusieron. Le apoyó las manos en las caderas y la instó a elevarlas hasta encontrar el camino hacia su interior.

Ella se dejó caer lentamente.

La sensación de estar dentro de su sexo mientras las lenguas se enredaban y las manos se entrelazaban fue indescriptible. Sus cuerpos se movían al unísono en una suerte de danza. Sus alientos se mezclaron y los jadeos de uno fueron a morir a la boca del otro.

—Eres una diosa —le dijo en un susurro ahogado.

Ella le sonrió justo antes de soltarle. Se incorporó e hizo oscilar las caderas con más rapidez.

Aquella nueva postura le provocó un respingo y un fuerte escalofrío de placer le atravesó. La penetración era total en esa posición y el abdomen se le acalambró de anticipación. Le acunó los pechos con las manos mientras la contemplaba con los ojos entornados.

Ella tenía los párpados bajos, la boca entreabierta y una expresión ausente en la cara. Se había recogido la melena con las manos en lo alto de la cabeza, dejando al descubierto la curva de las axilas, y le cabalgaba como si no hubiera un mañana.

Sí. Era una puta diosa de bronce.

Tal y como le había sucedido antes, no quiso pestañear y perderse la deliciosa imagen que se presentaba ante sus ojos. Dejó que su mano descendiera hasta el monte de Venus y buscó su clítoris con los dedos.

Ella se retorció y soltó un grito profundo. Su boca abierta en una perfecta O.

—Más… rápido —le ordenó sin aliento.

La obedeció y la acarició más deprisa mientras él mismo comenzaba a embestirla con energía. Tantos estímulos y sensaciones comenzaron a hacer mella en él y, pese a que hacía poco que se había corrido, ya notaba la fuerza de un nuevo y pujante orgasmo en el bajo vientre.

El clímax llegó primero para ella, que se convulsionó un par de veces y echó la cabeza hacia atrás al tiempo que pronunciaba unas palabras inconexas. Cuando las paredes de su sexo le oprimieron sin piedad, Félix no tardó en seguirla. Le hundió los dedos en las nalgas y soltó un rugido ronco mientras el orgasmo le golpeaba con una fuerza inusitada, nublándole la visión.

La chica se dejó caer sobre él y enterró la cara en su cuello, jadeando. Él la abrazó con flojera. Sus cuerpos se amoldaron el uno al otro, encajando casi a la perfección.

Félix cerró los ojos y la abrazó con más fuerza, deleitándose en el cuerpo femenino cubierto de transpiración. Aspiró y un delicioso y excitante olor a sexo le entró por las fosas nasales.

Había sido un gran polvo. Glorioso.

Ella dijo algo en voz muy baja que él no entendió.

—¿Cómo?

Alzó la cara y le miró. Un mechón le cubría la mejilla. Sus ojos brillaban de un modo casi imposible en la penumbra del cuarto.

Estaba arrebatadora.

—Que si tienes más condones…

No pudo evitar que una carcajada estridente le brotara del pecho.

Capítulo 7

Erika

Abrió los ojos con pesadez y clavó la mirada en el techo. No estaba en su cama y era muy consciente del cuerpo masculino que se encontraba junto a ella, a escasos centímetros de distancia. Giró la cabeza en la almohada y le estudió en la penumbra de lo que parecía ser un amanecer grisáceo.

Félix le daba la espalda. Los músculos de sus hombros se movían al ritmo de su pausada respiración. Un tatuaje tribal negro, de esos que habían estado de moda hacía años, le cubría el hombro derecho y bajaba hasta su codo. También tenía otros en los costados, pero la noche anterior casi no se había fijado en ellos.

De hecho, no se había fijado en casi nada, ocupada como estaba en sentir.

Volvió la cara de nuevo al techo y suspiró bajito.

No se arrepentía en absoluto de lo sucedido entre ellos. Había sido un polvazo espectacular. Cuatro polvazos espectaculares, se corrigió a sí misma en silencio. Félix y ella habían resultado ser muy compatibles en la cama. Después del primer asalto, le había cedido las riendas de la situación y él se portó como un campeón. Erika no recordaba cuándo fue la última vez que tuvo sexo cuatro veces seguidas con alguien. La capacidad de recuperación de Félix resultó casi milagrosa. Ni siquiera los chicos jovencitos con los que solía acostarse tenían tanta estamina. Aunque, claro, las circunstancias en las que ella iba de caza en Benidorm eran bien diferentes. En esa ocasión, el alcohol no había estado presente. Los dos estaban muy sobrios.

Volvió a mirarle y las imágenes de hacía unas horas le inundaron el cerebro. La forma en la que él la había abrazado y besado mientras la penetraba. Sus caricias y cómo se le opacaban los ojos cada vez que alcanzaba el clímax.

Tuvo que apretar los dientes para no soltar un gemido placentero.

Joder, joder, joder…

Menuda noche más increíble. Había superado todas sus expectativas.

Se cubrió la cara con el antebrazo y meditó sobre sus opciones mientras una leve sensación de culpa se le instalaba en el abdomen. Sabía que no había jugado limpio ocultándole quién era. Y, de algún modo, también sentía que había traicionado a Juls.

Un ligero movimiento a su lado hizo que se le disparara el corazón. No estaba preparada para enfrentarse a él a plena luz del día.

Respiró tranquila cuando se percató de que era una falsa alarma. Él seguía durmiendo, solo había cambiado de postura, alzando el brazo.

Con mucho cuidado, para no despertarle, abandonó la cama y posó los pies desnudos en el cálido suelo de madera. Sigilosa, caminó hasta el baño que había en el pasillo. No quiso mirarse al espejo más de lo necesario, solo lo suficiente para apreciar que, tal y como le había dicho Laura, la máscara de pestañas estaba impoluta. El carmín no había corrido la misma suerte. Se lavó la cara con rapidez y luego utilizó el retrete. Tiró de la cadena, maldiciendo el ruido de esta.

Regresó al dormitorio con aprensión, pero él no se había movido.

Sus ojos se dirigieron a un pequeño reloj digital que había sobre la mesilla. Eran las siete y media de la mañana. Solo habían dormido un par de horas, así que no le sorprendió que él

siguiera durmiendo. Lo extraño era que ella ya estuviese en pie.

«Es la culpa que te corroe», le dijo una voz interna, que acalló con rapidez. Era muy temprano para tener remordimientos. Ya los tendría más tarde. Después del café y una ducha.

Se aproximó a la cama y se detuvo a su lado. Se acuclilló, rodeándose las piernas con los brazos, y apoyó la barbilla entre las rodillas.

Le estudió atentamente. Así, dormido, parecía más joven. Las líneas de expresión que cruzaban su rostro se suavizaban. Incluso las finas telarañas de arruguitas de los extremos de sus ojos eran casi inapreciables. Solo las cicatrices, esas dos marcas de procedencia incierta, se presentaban en toda su crudeza. El juego de luces y sombras parecía profundizarlas.

Refrenó las ganas de alargar la mano y delineárselas.

Siguió observándole con interés, recreándose en todos esos pequeños detalles que podían pasar desapercibidos a simple vista: el diminuto corte que tenía en un extremo de la mejilla provocado, con toda seguridad, por una cuchilla de afeitar; la pequeña peca triangular que tenía encima de la nuez; el agujero en el lóbulo de la oreja derecha, donde debía de haber llevado un pendiente en el pasado, y el tatuaje del hombro que continuaba hasta ocupar casi todo el pectoral. Se percató de que tenía unas manchas oscuras muy tenues en las muñecas y antebrazos. No le costó adivinar lo que eran. Parecían antiguos tatuajes que había eliminado con láser.

Sus manos eran morenas, de dedos largos y fuertes, con las uñas cortas y bien cuidadas.

Y no eran suaves.

Todavía podía sentir su aspereza desplazándose por cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Notó el calor subiéndole por el pecho y la garganta hasta alcanzar su rostro, y apretó los labios.

No se podía negar que era un hombre atractivo.

Mucho.

Él se movió de nuevo, girándose hasta quedar bocarriba. El susto hizo que reculara y que cayera al suelo y se golpease el trasero.

Ahogó un gemido de dolor.

De pronto, se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Acuclillada frente a él, completamente desnuda, admirándole como una boba. Si se despertaba en ese instante, se iba a sentir como una imbécil.

Sigilosamente, se incorporó y comenzó a deambular por la habitación, esquivando los condones que había en el suelo y recogiendo su ropa. Se puso las bragas, el sujetador, los pantaloncitos y la blusa. Prescindió de los zapatos para no hacer ruido. Con ellos en la mano, salió del dormitorio, no sin echar una última ojeada al durmiente desde la puerta.

¡Dios! Se había acostado con el hermano de Juls…

Cerró los ojos con fuerza y se fue, dispuesta a coger el bolso y la chaqueta y a largarse de allí cuanto antes.

Sus cosas estaban sobre la isla junto a la americana y la corbata de él. Se echó el blazer sobre los hombros y, sujetando el bolsito con firmeza, se alejó camino de la salida. Pero, según atravesaba el pasillo de puntillas, la curiosidad la invadió. Se mordió los labios con vacilación, pero terminó por desandar el camino andado y regresar.

«No deberías hacer esto. Vete antes de que se despierte y te pille».

Ahuyentó la voz de la lógica y se dijo a sí misma que iba a ser muy rápida. Unos minutitos.

Silenciosa, dejó sus pertenencias sobre el sofá de cuero y recorrió la amplia estancia con la vista. Los techos eran altos y estaban pintados de blanco. El piso era antiguo, pero estaba

reformado con muy buen gusto. La zona de la cocina estaba impecable, como si no se usase con frecuencia. Supuso que Félix comería fuera y no se preocuparía mucho por cocinar. Se acercó hasta quedar frente a la isla y cogió su americana. Acarició la tela, deleitándose en su suavidad. Impulsivamente, se la llevó a la nariz y aspiró. Olía a él. No sabía si a colonia o a loción para después del afeitado, pero le agradó el aroma y la olisqueó con los ojos cerrados.

Con reticencia, la dejó sobre la encimera y se desplazó hacia el área del salón. El sofá de cuero de color camel era amplio e invitaba a sentarse. Sobre la mesita que había frente a él, se hallaba un portátil cerrado y, al lado, unos papeles llenos de cifras.

Se acercó a la pared principal, donde colgaba una gran pantalla de plasma, flanqueada por dos altas estanterías blancas. En una de ellas había algunos libros y se detuvo a leer los títulos, casi todos eran de novela negra o policiaca. En uno de los estantes, a la altura de los ojos, había una foto. Se acercó más para contemplarla. En ella aparecían tres chicos delante de la fachada del Corso. Uno de ellos era Félix, indudablemente, aunque más joven y sin barba, los otros dos debían de ser sus socios. El de la derecha era rubio, el otro, moreno. Los tres mostraban sonrisas triunfales.

Siguió paseando la mirada por los demás estantes y encontró dos fotos más. En ellas volvía a aparecer Félix con el chico moreno. Una estaba tomada en una calle de un país oriental. Japón, aparentemente. Y la otra era de una playa. Félix y el chico iban de la mano y sonreían a la cámara.

No le sorprendió mucho.

Sabía que era bisexual.

No obstante, se preguntó si todavía tendría algún tipo de relación con su socio, aunque no lo creía. Juls siempre decía que su hermano no tenía pareja y que no quería comprometerse.

Estaba embebida, analizando las expresiones de ambos, así que, cuando sintió un ligero roce en el desnudo tobillo estuvo a punto de soltar un grito. Dio un respingo, echándose hacia atrás, y el corazón le rebotó en el pecho.

Bajó la mirada y se encontró con un pequeño gato negro que la observaba con unos enormes ojos verdes que parecían demasiado grandes para su carita.

Era el gato que Félix llevaba como foto de perfil en el Whatsapp.

—Me has dado un susto de muerte —susurró—. Casi me da un infarto.

Se agachó para acariciarle la cabeza, pero el felino le hizo una cobra y se apartó.

—Así que eres arisco…

Se contemplaron mutuamente durante un rato, hasta que ella se giró de nuevo para seguir husmeando.

El gato se acercó otra vez y le golpeó el tobillo con la cabeza, como si fuera una cabra, topetando.

—¿Qué pasa?

Se agachó e intentó tocarle, pero él —la intuición le decía que era macho— se apartó. En cuanto se incorporó, el animal volvió a la carga para llamar su atención y restregó el costado en sus piernas. Luego echó a andar, deteniéndose en medio de la estancia y mirándola con aparente impaciencia.

—Quieres que te siga, ¿no?

En cuanto se puso en movimiento, él también lo hizo hasta alcanzar la cocina. Se detuvo delante de uno de los armarios bajos y alzó las patas, arañando la superficie. Aunque arañar no era el verbo correcto, porque no sacó las uñas.

—¿Quieres algo que hay ahí dentro?

El gato continuó erguido sobre las patas traseras, frotando las delanteras contra la puerta del armario mientras la miraba con esos enormes ojos verdes tan expresivos.

—Te he entendido.

En cuanto alargó la mano para abrir el armario, el gato se retiró. Ella echó un vistazo al interior, inspeccionando el contenido. Entre otras cosas, había una caja de una famosa marca de comida para animales. La abrió y sacó uno de los sobres. Leyó la etiqueta.

—Comida húmeda para gatos esterilizados adultos con un perfil nutricional ideal y una textura delicada. Tiene una alta aceptación y ayuda a tener un peso óptimo y unas vías urinarias sanas.

El felino volvió a restregarse contra su pierna.

Ella bajó la mirada con indecisión. Era obvio que aquel pequeñajo quería comer, pero quizá era mejor ignorarlo y dejar que el dueño se ocupase cuando despertara.

El gato la contempló con las pupilas dilatadas en esos preciosos ojos suyos y Erika se derritió de ternura.

Chantaje emocional puro y duro.

—No me mires así.

Buscó el comedero y lo halló en el suelo, junto al cacharro del agua. Eran ambos de metal rojo. Le puso agua fresca y luego abrió el sobre de la comida, preguntándose cuánta cantidad tendría que darle. Vertió la mitad del contenido —semejante al paté— en el recipiente. Cuando se agachó para poner el bebedero y el comedero en el suelo, aprovechó para acariciar la cabecita del animal, que esa vez no se apartó.

Se quedó un buen rato absorta, contemplando cómo comía con ansia, como si no lo hubiese hecho en años. Frunció el ceño cuando un pensamiento desagradable acudió a ella. ¿Y si Félix no le daba de comer al gato por algún motivo importante? ¿Y si estaba enfermo o a dieta?

De pronto, se sintió terriblemente mal.

Su primer impulso fue agacharse a retirarle el comedero, pero ya era tarde. El pequeño se lo había zampado todo. Solo le había faltado relamer la superficie. Permaneció indecisa, sin saber qué hacer mientras el felino bebía agua. Después, le lanzó una mirada cargada de desprecio, muy gatuna, y se alejó con la cola ondeante detrás de él hasta que desapareció debajo del sofá.

¿En serio?

Erika estuvo a punto de reírse llena de incredulidad.

Vaya con el arrogante michi…

Miró con aprensión el sobre de comida empezada que había dejado sobre la encimera. Ya era tarde para tomar otra decisión, así que lo metió al frigorífico, que solo contenía una triste caja con restos de comida de un restaurante tailandés y algunas botellas de agua. En la puerta de este había un imán del que pendía una pequeña libreta para tomar notas. La idea de dejarle un mensaje a Félix informándole de que había dado de comer al gato se dibujó en su cabeza. Sí. Tenía que decírselo.

No vio ningún boli por allí encima y se acordó de que llevaba uno de esos lápices de madera de IKEA en el bolso, de la última visita que había hecho a la gran superficie con su hermano Jorge. Vació el contenido del bolso hasta dar con él. Luego rasgó una de las hojas de la libreta y escribió un apresurado y escueto mensaje. Cuando procedía a guardar todo de nuevo, sus dedos chocaron con el envoltorio de una piruleta, de esas con forma de corazón. No le sorprendió demasiado. Le encantaban las piruletas y siempre tenía alguna a mano, en los cajones, o en los bolsillos, aunque no recordaba cuándo había metido esa allí.

En un impulso, la dejó junto a la nota.

La luz del día iba entrando poco a poco por los ventanales. Se acercó a uno de ellos y espió el exterior. Pese a lo temprano de la hora, el tráfico era denso abajo en la calzada, aunque no era de extrañar; el piso se encontraba en una de las calles que partían de la Glorieta de Atocha, muy cerca de la conocida estación. El alquiler de un piso grande y tan bien situado debía de costar una pequeña fortuna.

Sabía que se estaba exponiendo demasiado. Félix podía despertarse y pillarla ahí, en el salón. Su curiosidad no había sido satisfecha de ningún modo, pero tampoco se podía poner a rebuscar en los cajones. El dueño del piso no tenía demasiadas pertenencias a la vista que le indicaran cuál podía ser su carácter. Solo había averiguado que no cocinaba, que había estado liado con uno de sus socios y que su gato era un chantajista emocional. Poco más.

Agarró los zapatos, el blazer y el bolso y se dirigió a la salida con sigilo.

No pudo evitar, sin embargo, detenerse una última vez ante la puerta del dormitorio y volver a mirar al durmiente.

Por favor, qué tío más impresionante…

Apoyó la frente en la jamba de la puerta y cerró los ojos mientras su boca se curvaba en una enorme sonrisa.

Se había acostado con el hermano de Juls.

Necesitaba hablar con Laura ya y contárselo todo. Necesitaba gritarlo a los cuatro vientos. Pero era muy temprano. ¡Mierda! Iba a tener que esperar, y la paciencia no era su fuerte, precisamente.

Se giró con brusquedad y abandonó el piso.

Se puso los zapatos en el descansillo, mientras aguardaba al ascensor. El hilo de sus pensamientos comenzaba a enredarse. El remordimiento chocaba de frente con la satisfacción y el placer.

—Primero un café y una ducha, he dicho —se dijo en voz alta mientras se montaba en la cabina y pulsaba el botón de la planta baja—. Lo demás, después.

Cuando salió a la calle, una bocanada de aire fresco la golpeó de frente. Se cerró el blazer sobre el pecho mientras recalaba la mirada en el cielo. El día había amanecido nublado y la falta de sol y lo temprano de la hora hicieron que se le pusiera la carne de gallina.

Se apresuró a acercarse a la carretera y alzó el brazo para detener a un taxi que se acercaba.

Félix

No sabía lo que le había despertado, quizá algún ruido extraño. Pestañeó para acostumbrarse a la tenue claridad que entraba por la ventana y se dio la vuelta, encarando al techo. Una sucesión de imágenes a cuál más sensual y erótica se reprodujo en su mente a toda velocidad.

¡Dios! ¡La explosiva rubia!

Giró la cabeza, pero no había nadie más que él en la cama, y toda su ropa había desaparecido. Un aguijonazo de desencanto le atravesó. Lástima. No le hubiese disgustado en absoluto continuar con la fiesta donde la dejaron la noche anterior.

Se acarició con abandono el vientre y la erección matutina mientras sus ojos buscaban el despertador digital que tenía en la mesilla. Apenas eran las ocho de la mañana. Era muy pronto para un sábado y para haber dormido solo unas pocas horas. Se preguntó a qué hora se habría ido la chica.

Bostezó y estiró los brazos para desentumecer los músculos.

En ese instante, sintió un peso cayendo sobre su pecho.

—Oh, Takeshi… —murmuró al vislumbrar la bola de pelo negro. El gato siempre sabía cuándo se despertaba. Tenía un oído finísimo—. Perdóname, anoche no te puse la comida. Debes de estar hambriento. Ya me levanto.

Dejó que el felino le lamiera la mejilla mientras le acariciaba la cabeza. Después, como si intuyera que se iba a incorporar, pegó un gracioso salto y aterrizó en el suelo. Félix se levantó y su vista se posó en los condones usados del suelo. Cuatro. No estaba nada mal. Se agachó para recogerlos y se dirigió al baño. Los arrojó a la papelera y utilizó el retrete. Luego regresó al dormitorio y se puso los calzoncillos de la noche anterior.

Takeshi le estaba esperando sentado en el centro del salón y le miraba con la cabeza inclinada. Ahora que ya le había sacado de la cama no parecía tan ansioso.

—Venga, vamos y te doy de comer, pequeño capullo.

Se acercó a la zona de la cocina y su atención se vio distraída por el papel que había sobre la isla, junto a una piruleta. Arrugó la frente sin comprender. ¿Una piruleta? Cogió la nota y leyó las tres líneas que aparecían allí, escritas con lápiz.

No sé si he hecho bien, pero le he dado de comer a tu gato. Medio sobre. Perdona, pero es que me ha perseguido y parecía hambriento. Lo que ha sobrado está en el frigo. Por cierto, lo de anoche estuvo genial. E.

Félix tardó en reaccionar. Giró la cara para mirar a Takeshi que parecía muy inocente y bueno, a sus pies.

—Si no lo veo, no lo creo. ¿Tan hambriento estabas para salir de tu escondite y mostrarte ante una desconocida? ¿Le has hecho chantaje emocional?

Mientras preguntaba eso con tono de incredulidad, se encaminó al frigorífico, lo abrió y sacó el sobre que ella había dejado en la bandeja superior. No estaba frío, así que no podía hacer mucho tiempo de su partida. Lo vació en el comedero del gato. Después, se preparó un café en la cafetera de cápsulas. Seguía sujetando la notita en la mano izquierda y de vez en cuando le echaba un vistazo que otro.

La caligrafía era de trazos firmes y enérgicos, poco femenina. La E con la que había firmado mostraba solo cuatro líneas rectas, sin florituras. Él no era grafólogo ni se había interesado nunca por intentar descifrar el carácter de una persona mediante la escritura, pero su forma de escribir, al grano y precisa, iba con ella. No se andaba por las ramas. Igual que en el dormitorio.

Mientras le daba un sorbo al café, fuerte, negro e intenso, su mirada recayó sobre la piruleta. Roja, con forma de corazón.

¿Por qué le había dejado una piruleta? Su número de teléfono habría sido mejor. La experiencia había sido fantástica y no le habría importado repetirla.

Una sonrisa perezosa se dibujó en su boca al recordar ciertas imágenes de la noche anterior. Hacía tiempo que no pasaba la noche con una mujer y no podía haber hecho mejor elección para romper su celibato. Esa chica era puro fuego. Directa y muy abierta, además de graciosa. Le había hecho reír. Recordó su expresión juguetona cuando le preguntó por los condones y una ronca carcajada que le brotó del pecho rompió el silencio del piso.

Cogió la piruleta y la miró, indeciso. Terminó por rasgar el envoltorio y llevársela a la boca. Un sabor dulzón y pegajoso, como a jarabe, se le impregnó en la lengua. Arrugó la nariz. Demasiado dulce. No obstante, la saboreó unos segundos. ¿Cuánto tiempo hacía que no se comía una piruleta? ¿Treinta años? Se la sacó de la boca y le dio otro sorbo al café, que en comparación con la dulzura de la piruleta, le pareció de lo más amargo.

Pensativo, se aproximó al ventanal y apoyó la frente en el frío cristal.

—Elisa.

El nombre no terminaba de encajar con ella, era demasiado dulce y anodino para una mujer como aquella, tan ardiente y pasional.

Era una verdadera pena que sus caminos no fueran a cruzarse de nuevo.

En fin…

Volvió a llevarse la piruleta a la boca mientras echaba un vistazo al exterior. Había comenzado a llover.

Capítulo 8

Erika

Se iba a quedar sin uñas.

Le había mandado más de veinte mensajes a Laura, pero ni siquiera los había visto. No quería llamarla por si interrumpía algo privado, pero estaba muriéndose de ansiedad. Necesitaba hablar con su amiga y desahogarse. Ahora que ya habían pasado unas horas de su aventura y tenía la cabeza más despejada, una culpa horrenda y venenosa se había apoderado de ella, ocupando cada centímetro cuadrado de su cuerpo.

Cuando llegó al piso y vio que Laura no había regresado, no se preocupó, a fin de cuentas, era temprano. Se duchó, se lavó el pelo y se permitió el lujo de remolonear en el baño mientras se lo secaba. De algún modo, sabía que cuando dejara de estar ocupada y se sentase, el remordimiento caería sobre ella como una losa, así que retrasó el momento todo el tiempo que pudo.

Se puso un pijama limpio y se preparó un café y una tostada. Desayunó con el sonido de la tele de fondo. Había encontrado uno de esos programas de vestidos de novia y lo había dejado, aunque no estaba muy pendiente de la pantalla.

Se preguntó si Félix se habría levantado ya. Si habría leído la nota. Si se habría enfadado porque había dado de comer al gato. Si habría notado que ella había estado husmeando por el piso…

Y la piruleta…

¡Dios! Se sentía como una estúpida por haberla dejado allí. Seguro que él pensaba que aquello era muy infantil.

«¿Ahora te preocupa que piense que eres infantil? Lo que debería preocuparte es qué pensará de ti cuando sepa que eres la hermana de Jorge», le dijo una voz cargada de sarcasmo, no exenta de razón.

Subió las piernas al sofá y enterró la cara en las rodillas.

Ella no había planeado nada de aquello.

No quería engañar a nadie.

«Claro, y por eso fuisteis al Corso de incógnito. Y por eso le propusiste ir a su casa. Cierto, Erika, tú no querías engañar a nadie. Eres una pobre víctima inocente. Han sido las circunstancias».

Pfff…

Antes de que pudiera seguir mortificándose, el ruido de la puerta hizo que pegara un brinco en el sofá. Una mezcla de nervios y agitación la llevó a ponerse de pie bruscamente. Se dirigió al pasillo corriendo.

Laura se había apoyado contra la hoja de madera y tenía una sonrisilla alelada en la cara. Tenía el pelo alborotado y mojado y el vestido mostraba manchas de humedad.

—¿Por qué estás mojada?

La pelirroja alzó ambas cejas.

—Espero que te refieras a mi vestido y no a mis bragas.

—¡Qué pava eres!

—Está lloviendo a mares. Y el taxi me ha dejado en la esquina porque había un camión

que le cortaba el paso a esta calle. Así que me ha tocado correr y empaparme.

Erika frunció el ceño. ¿En serio llovía tanto? Ni siquiera se había dado cuenta, tan enfrascada estaba en sus pensamientos.

—Te he mandado tropecientos mensajes. Estaba preocupada.

—Anoche se murió mi batería. Y no tenía yo la cabeza como para estar buscando un cargador —dijo aquello con una entonación muy traviesa.

—¿Qué tal todo?

Laura se puso en movimiento por fin. Seguía con esa mueca de perenne felicidad en el rostro.

—De puta madre. Ahora te cuento. ¿Y tú?

Erika bajó la mirada al suelo y cogió aire. Quizá la culpa había sido grande hasta el momento, pero tenía la necesidad de hablar de lo vivido la noche anterior y soltarlo a borbotones.

—Cuatro —murmuró con los ojos chispeantes, alzando cuatro dedos y agitándolos ante la cara de su amiga.

—¿Cuatro qué? —De pronto, Laura pareció comprender y soltó un grito histérico—. ¡¿Cuatro polvos?! ¡Muero!

A Erika se le escapó una risa burbujeante.

—Jo, tía, me lo tienes que contar todo con pelos y señales —repuso Laura a toda velocidad mientras la arrastraba de la mano hasta el baño.

Erika la siguió de buena gana, riéndose.

Mientras Laura se quitaba la ropa mojada y se metía dentro de la bañera para ducharse, ella se sentó sobre la tapa del retrete. Ni siquiera pudo abrir la boca porque su amiga comenzó a disparar preguntas como si fuera una metralleta.

—¿Cuatro polvos? ¡Lo flipas! ¿Hubo también mamadas? ¿Te lo comió él a ti? ¿Y se corrió las cuatro veces? ¿Y tú? ¿Te corriste tú? ¿Cómo es en la cama?

Erika soltó carcajada tras carcajada. Esos interrogatorios eran muy típicos de Laura.

—A ver, por partes… Sí, se corrió las cuatro veces, aunque la última le costó un poco. —Hizo una pausa para dar dramatismo al asunto—. Y yo también me corrí, por lo menos… seis veces.

—¿Seis veces? —Llegó el grito que rebotó contra las paredes de azulejo—. Eres una sora.

¿Sora? ¿Qué era eso? El ruido del agua impedía que pudiera entenderla con claridad.

—¿Sora?

Su amiga sacó la cabeza por un lateral de la cortina con el pelo chorreándole.

—Zorra.

—Ah, vaaale. Sí, soy una zorra —repuso, divertida.

Siguió hablándole de la gloriosa noche, sin dejarse nada en el tintero. Le habló de cómo había empezado todo, de que fue ella la que tomó la iniciativa y de que a él pareció gustarle porque se dejó llevar. Le habló de la masturbación, del sexo, de las risas que habían compartido, de la gran familiaridad que reinaba entre ellos, y se explayó en elogios a sus capacidades en la cama.

Laura la insultaba cada vez que soltaba un gritito emocionado.

Erika no podía evitar sonreír mientras pensaba en Félix. Se le había olvidado que hasta solo hacía veinticuatro horas le había llamado gilipollas.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que me corrí tantas veces seguidas —concluyó.

—Yo creo que nunca me he corrido tantas veces en un día —murmuró Laura, saliendo de

la bañera. Se enrolló en una toalla y le tendió un peine a Erika para que le desenredara el cabello —. No presumas tanto de tío, que el mío tampoco ha estado nada mal.

—Vamos, dispara. ¿Qué tal tu noche?

—Solo hubo dos polvos, pero antes nos lo comimos todo, todo… —soltó con voz dramática.

—¡Guarrilla! —exclamó Erika con una risa, golpeándole el culo con el peine.

—Me encanta. Y tiene uno de esos cuerpos depilados que madre mía…

—¿Los huevos también?

—Sí. Ni un pelo.

Le vino a la mente el cuerpo de Félix, con ese vello oscuro en la entrepierna en el que ella había enredado los dedos, y se estremeció de placer.

—Félix tiene los pelos que hay que tener. Y me gusta. Tiene también en el pecho, como Henry Cavill —dijo.

—¿Henry Cavill? ¡Tus ganas! —gritó la pelirroja, dándose la vuelta y encarándose con ella. Se estaba riendo—. Anda, dame el peine y tú vete a prepararme un café. Henry Cavill… —masculló.

Erika le sacó la lengua. Luego abandonó el baño, echando una carrera hasta la cocina. La llegada de Laura había supuesto que su estado de ánimo mejorase una barbaridad. Mientras le servía el café y le preparaba una tostada, su móvil comenzó a sonar. Corrió hacia el salón para aceptar la llamada, pero cuando vio el nombre sobre la pantalla, se detuvo en seco.

Juls.

¡Dios!

No podía contestar.

No podía. Primero tenía que pensar muy bien lo que le iba a decir. O si le iba a decir algo.

Hola, Juls, que sepas que me he acostado con tu hermano, pero que he fingido ser otra persona.

Aquello sonaba como el culo, desde luego.

Se llevó una mano a la frente, nerviosa.

—¿Por qué no coges el móvil? —Oyó gritar a Laura desde el baño.

El aparato dejó de sonar.

Regresó a la cocina con la mente un poco más confusa que hacía unos minutos. Aquella llamada había sido como una ducha de realidad. Se mordió el labio, meditabunda, mientras colocaba la tostada con mermelada y la taza de café con leche en un plato. Se sirvió otro café para ella también.

En el salón, se acercó al ventanal y comprobó que, tal y como Laura le había dicho, llovía a mares. El ruido del secador llegó a ella desde el baño.

Retornó al sofá y tomó asiento. Miró el móvil con aprensión. Una lucecita blanca indicaba que le había entrado un wasap. Lo cogió y lo desbloqueó. Sabía quién se lo había enviado.

Juls: Te acabo de llamar, pero no lo coges. Qué tal por Madrid? El piso bien? Habéis arrasado? Jajajaja, ya me contarás. Pasadlo genial

Dejó el teléfono en el sofá y clavó la vista sobre la tele. Una chica alta y muy delgada se probaba un vestido delante de una familia bastante numerosa. Siguió las idas y venidas de la novia, que se giraba para que la falda del vestido se enredase entre sus piernas y se llevaba las manos a la boca, emocionada.

Tenía que responder a Juls. Solo que no sabía cómo.

Ganó tiempo, dándole un trago al café.

—¿Quién era? —pregunto Laura. Y se dejó caer a su lado en el sofá. Se había puesto también un pijama—. Gracias, lo necesitaba. —Cogió la taza humeante y le dio un sorbo.

—Era Juls —respondió concisa.

—¡Hostia! —Volvió la cabeza con brío y la contempló con los ojos muy abiertos—. ¿Has hablado con ella?

—No se lo he cogido. Pero me ha mandado un mensaje preguntando qué tal y que si estamos arrasando en Madrid.

—Claro que estamos arrasando en Madrid —se rio, pero al darse cuenta de la expresión seria de su amiga, hizo una mueca—. Pfff, vaya marronazo.

—A ver, se lo voy a decir, pero así no. Cuando llegue a Benidorm, cara a cara.

—Me parece bien —respondió Laura con la boca llena.

Ambas permanecieron en silencio, bebiendo café.

—Le he dado mi teléfono a Samu. Y él me ha dado el suyo —dijo la pelirroja, rompiendo el mutismo.

Erika se giró en el sofá para mirarla de frente. Aquello sí que no lo había esperado.

—¿Samu? ¿Intercambio de números? ¿Tanto te ha gustado?

—Es un chico genial —repuso con un encogimiento de hombros—. No solo por el sexo, es que me parece muy divertido. Es la caña. Quiero repetir.

Mientras Laura se lanzaba a contarle con todo lujo de detalles cómo había sido su noche, Erika la escuchaba a medias. Se alegraba mucho por su amiga, pero un pequeño pinchazo de envidia la reconcomió. Ella no tenía la opción de repetir, lo suyo había sido algo de una sola noche. Una putada, teniendo en cuenta la química tan brutal que había entre Félix y ella.

Suspiró sin poder evitarlo y su amiga pareció darse cuenta de que no la escuchaba porque detuvo su perorata y la estudió con atención.

—Ya sé que a lo mejor no te importa cómo la tiene Samu, pero yo te he escuchado —la recriminó con fingido mal humor.

—Me importa un montón cómo la tiene Samu —bromeó—. Perdona. Estaba distraída.

—¿Estás bien?

—Eh, sí, sí. —Hizo un gesto vago con la mano como si así pudiera ahuyentar los pensamientos negativos.

Laura la miró con ambas cejas arqueadas.

—¿Te arrepientes? —preguntó al fin.

Erika tardó en contestar.

—No y sí. No me arrepiento de haberme acostado con él porque ha sido una pasada, créeme, pero me imagino su reacción cuando se entere de quién soy y no me apetece nada pasar por eso. Y, además, le estoy dando vueltas también a cómo se lo voy a decir a Juls.

—Yo pienso que a ella hasta le va a hacer gracia.

—¿Tú crees?

—Juls mola. Estoy segura. Lo que no sé es cómo se lo tomará él.

Erika meneó la cabeza con pesar.

—Ya, tía. Es una traición de la leche.

—Mira, solo te digo una cosa y es muy importante —dijo Laura con gravedad.

—¿Qué? —inquirió Erika ansiosa.

La pelirroja se echó hacia delante. La expresión de su cara era serena y mostraba una

seriedad poco frecuente en ella. Repentinamente, alzó una mano y agitó cuatro dedos en el aire.

—¡Cuatro! —gritó.

Erika abrió la boca, estupefacta, pero se recuperó rápidamente y se echó a reír al tiempo que se dejaba caer sobre el cuerpo de su amiga, que también había estallado en estruendosas carcajadas. Era imposible guardar la compostura con alguien como ella. Se retorcieron ambas en el sofá, muertas de risa.

—Ay, no me hagas reír más que me entra flato —protestó entre dientes.

—Seguro que anoche mientras te corrías como una loca no pensabas en el flato.

De nuevo hubo risotadas casi histéricas.

—¿Tú crees que Bea se habrá liado con el americano? —preguntó Laura al cabo de un rato, más calmada.

—Si se hubiera acostado con alguien nos habría llamado para presumir.

—También es verdad. —Hizo una pausa mientras se erguía y cogía su taza—. ¿No vas a contestar a Juls?

Erika cogió el móvil y lo miró con la frente arrugada.

—Sí. Voy a decirle que todo está bien y que ya le contaré cuando vuelva. Sé que es aplazar lo inevitable, pero no quiero hablarle de algo así por teléfono. Queda mal.

Desbloqueó el aparato y no tardó en enviarle un escueto mensaje. Un vestigio de culpa le hormigueó en los dedos, pero decidió no pensar en ello.

—Esta noche podemos ir al local de Samuel —dijo Laura de pronto—. Me ha dicho que nos invita.

Erika se encogió de hombros.

—Por mí, vale. Intentaré irme pronto y dejaros solos.

—No te voy a dejar sola.

—Mentirosa. Me has dejado tirada millones de veces. No me importa. Yo también te dejaría tirada si tuviera a un tío espectacular muerto por mis huesos.

Laura se rio.

—¡Ostras! —exclamó de pronto—. Mira qué vestido más horroroso. Vamos, no me pongo yo eso ni muerta. —Señaló la tele con los ojos muy abiertos.

Ciertamente, el vestido era más feo que un pecado.

—Es verdad. Y le queda fatal.

—Pues la abuela le está diciendo que es monísimo. Me parto. Sube el volumen, que no oigo.

Erika lo hizo.

Ambas se enfrascaron en el programa.

Capítulo 9

Félix

El teléfono vibró en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y miró la pantalla. Era su hermana.

Se abrió paso entre la gente que llenaba el Corso y salió a la calle. Era San Isidro y se notaba que los madrileños tenían ganas de fiesta porque el local estaba más lleno que de costumbre. La oscuridad y un ligero golpe de brisa le recibieron. Se agradecía poder respirar aire fresco después de haber pasado tantas horas en el interior.

Aceptó la llamada y se llevó el móvil a la oreja.

—Hola, peque.

—Hola, hermanito. ¿Tienes un rato o estás muy ocupado?

Sonrió. Siempre tenía tiempo para ella y Juls lo sabía.

—Tengo un rato.

—Es que acabo de hablar con mamá y me tengo que desahogar.

Félix apoyó la espalda en la pared y elevó la vista al cielo. Sabía lo que iba a llegar a continuación. No era la primera vez.

—Dispara.

Se escuchó un suspiro profundo al otro lado de la línea.

—Me ha bombardeado con lo de los niños. Otra vez. Jorge y yo no llevamos ni tres años juntos. Y ni nos hemos planteado tener niños. ¡Qué rabia me da!

—Ya sabes cómo es. Está deseando tener nietos.

—¡Pero si ya tiene tres y otro en camino! Así es como ha surgido la conversación, porque hemos hablado del embarazo de Lucía. Ha aprovechado para recordarme que se me pasa el arroz. Alucina. Que soy muy joven. Solo tengo veintiocho años.

—Pero aparentas treinta.

—Calla, capullo —se rio.

—Conmigo ya ha desistido. Doy gracias.

—¡Qué suerte tienes!

—¿Qué dice Jorge de todo esto?

—No se lo toma en serio. Se burla de mí cuando me agobio. Ahora está en la cocina y se está carcajeando; le oigo desde aquí.

—Tú tampoco deberías tomártelo en serio. Es una tontería.

—Tienes razón. —Se la oyó respirar profundamente—. Pero desde que pasó lo de papá, mamá está diferente. Más pendiente de nosotros. ¿No crees?

Su padre había sufrido un infarto hacía un par de años. Desde entonces, su madre, que siempre fue muy despegada y animaba a sus hijos a ser independientes, estaba mucho más preocupada y los llamaba con más frecuencia.

—Sí, mamá ha cambiado un poco. Supongo que es normal después del disgusto. Si te soy sincero, yo también los visito más que antes. El domingo estuve comiendo con ellos.

—Eh, yo también hablo con ellos todas las semanas. Pero con lo de los niños, me tiene harta.

—Pues poneos manos a la obra Jorge y tú, y dadle un Jorgito para que os deje en paz.

—¡Ja! Tus ganas —refunfuñó. Luego guardó silencio hasta que, con un tono diferente,

más relajado, le preguntó—: ¿Estás en el Corso?

—Claro. ¿Dónde si no? —dijo con ironía.

—Como siempre, adicto al trabajo. ¿Mucha gente?

—Más de la que pensaba. Creo que me voy a largar a casa. El local está imposible y no me necesitan. Lo tienen todo controlado.

Esa tarde, dado que Sean se había ido a Valencia para hablar con una empresa de diseño de interiores, había hecho un tour por los tres Corsos para asegurarse de que no había problemas y todo marchaba bien.

—Deberías quedar con algún amigo y salir un poco. Tanto trabajo es una mierda. Sal y diviértete.

Félix echó una ojeada a su alrededor. Había varios jóvenes en la acera, reunidos en corros, fumando y bebiendo en vasos de plástico. Y por la calle lateral pasaban grupos de personas riendo y hablando en voz muy alta. El ambiente era ruidoso y festivo. Típico de San Isidro en el centro.

No le gustaba en absoluto.

—Paso. Prefiero irme a casa y escuchar música o leer una novela.

—Anciano.

—¿Para cuándo un Jorgito? —contraatacó.

Ambos se rieron.

—Ah, antes de que se me olvide, Erika está en Madrid. Deberías quedar con ella para tomarte algo. Le he hablado tanto de tu negocio que seguro que quiere conocerlo. Está con una amiga. Llámala, anda.

Félix torció el gesto. No era la primera vez que su hermana le hablaba de su cuñada. La tal Erika era la hermana pequeña de Jorge. Ella misma le había mandado un mensaje el año anterior, ¿no? Le había respondido que estaba ocupado o no le había respondido. Ni siquiera lo recordaba.

—¿Félix? ¿Sigues ahí?

—Claro.

—Hazme caso y llama a Erika. Te paso su número de teléfono. De verdad que es una chica genial.

Resopló con fatiga. No le apetecía quedar con una cría.

—No es para tanto, Félix. Además, yo la adoro y quiero que la conozcas. Vengaaaa.

No le podía negar nada y ella lo sabía.

—Pásame el número —dijo escueto—. Pero estoy muy ocupado. Si quiere que hagamos algo juntos, no tengo tiempo.

—¡Que no! Que no está sola. Está con una amiga. Queda con ellas en el Corso y enséñaselo.

Escuchó de fondo la voz de Jorge que decía algo así como: *No llames a mi hermana que está como una cabra*.

—Ni puto caso a Jorge —dijo Juls.

Félix se rio.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré. Pregunta que cuándo vas a venir.

Félix suspiró. Su hermana le había invitado a ir a la costa cientos de veces.

—Este verano.

—¿En serio? —gritó entusiasmada.

Se sintió mal instantáneamente por haberlo estado retrasando.

—Sí. Voy a aprovechar que vamos a abrir el local de Valencia para pasar allí unos días.

—¡Ay, qué maravilla! Avísame con antelación para que pueda cogerme esos días libres para tener más tiempo para ti.

Juls trabajaba de lunes a viernes en un programa de radio de una emisora local, además de escribir artículos para una revista de moda digital.

—Hecho.

—¡Jorge! —gritó—. Félix viene a vernos este verano.

—Cuñadoooo, aquí te esperamos. El sofá cama es muy cómodo. —La voz de Jorge se escuchó con claridad.

—Del alojamiento ya me encargo yo —repuso. No le apetecía nada tener que dormir en un sofá—. Ya lo hablaremos.

—Vale, vale —dijo ella.

—Bueno, peque. Te voy a dejar y me voy a ir a casa.

—Un beso. Hablamos.

La comunicación se cortó y él se quedó un rato en la calle, inmóvil, después de guardarse el teléfono. Todavía no había echado a andar cuando recibió un mensaje. Volvió a sacarse el móvil del bolsillo. Juls le había enviado el contacto de Erika.

Cerró los ojos y resopló, hastiado.

No obstante, se guardó el número. Al revisar la aplicación de Whatsapp, vio el texto que ella le había enviado hacía poco más de un año.

Hola Félix. Soy Erika, la hermana de Jorge. Juls me ha dado tu teléfono. Te acabo de llamar, pero no lo has cogido. La semana que viene voy a ir a Madrid y era para quedar a comer algún día. Bueno, ya me llamas cuando puedas. Saludos.

No había respondido.

Vaya. Sí que fue maleducado.

Vio la fecha en la que había entrado el texto y lo comprendió todo. El veinticinco de marzo. Un día de mierda. Era normal que hubiera ignorado el mensaje, aunque ella no podía saber lo inoportuna que había sido, claro. Si tenía ocasión, le pediría disculpas.

Echó un somero vistazo a su foto de perfil. Era de un atardecer en la playa.

En fin, la llamaría y quedaría bien con su hermana, se dijo. Ojalá que la chica estuviera muy liada y no tuviese tiempo para verle.

Se guardó el móvil de nuevo y echó a andar hacia el Corso para informar a Sheila de que se iba a casa.

Si era sincero consigo mismo, le hubiera gustado mucho más tener el teléfono de la rubia del viernes. A esa chica sí que tenía ganas de verla de nuevo y repetir la experiencia. Cada vez que pensaba en ella se le aceleraba el pulso.

Qué lástima que no supiera cómo localizarla.

Erika

Se estaba lavando el pelo, cuando escuchó su teléfono. Dejó que sonara. Ya devolvería la llamada cuando terminara.

Tarareó una antigua canción de The Bangles, *Eternal Flame*, mientras se enjuagaba la espuma que había dejado el champú. Luego se echó el acondicionador y se masajeó el cuero cabelludo y la larga melena.

—*Is this burning an eternal flame?*[60] —cantó, desafinando mucho. No era fácil alcanzar

el tono de Susanna Hoffs, la cantante.

Estaba sola en el piso, así que podía desgañitarse si así lo deseaba. Laura había bajado al supermercado que estaba a dos calles de allí a comprar bebida y unas *pizzas*. Habían decidido no salir aquella noche. Llevaban demasiados días sin parar y sus cuerpos reclamaban un descanso.

Habían vivido el largo fin de semana de fiesta —de cinco días— sin dejarse nada por hacer. El sábado estuvieron en la coctelería de Samuel, el Cabin Cocktail Bar. Era un sitio muy chulo, distinto del Corso, para gente más joven. Samuel las agasajó durante toda la noche y no dejó que pagaran ni una sola consumición. Y tal y como Erika había supuesto, cuando el local cerró, Laura se largó con él y ella cogió un taxi para regresar al piso.

El domingo fueron a un concierto gratuito de música ochentera en la Plaza Mayor, y el lunes y el martes recorrieron la ciudad, disfrutando del ambiente festivo. Se divirtieron visitando mercadillos, bares y tiendas. El miércoles, día del Santo, acudieron a la Pradera de San Isidro y admiraron a los chulapos y chulapas que bailaban el chotis en la verbena. Se atiborraron de comida y de dulces típicos en los puestos que allí había y terminaron la noche en una chocolatería a las cinco de la mañana.

Así que, ese jueves, iban a cenar en casa y a acostarse temprano. Estaban exhaustas y necesitaban recuperar fuerzas para el último fin de semana en Madrid, que como Laura decía, iba a ser apoteósico. Salvajemente apoteósico.

Bea había contactado con ellas muy deprimida porque no pudo llevarse al huerto al americano el día de la boda. Así que le habían sugerido que cogiera un tren y se plantase en Madrid para disfrutar con ellas los tres días que todavía tenían de vacaciones. Y había aceptado. Llegaría el viernes por la noche.

Siguió tarareando la misma canción una y otra vez mientras abandonaba la bañera y comenzaba a secarse el pelo con el secador. El espejo que había sobre el lavabo le devolvió su imagen. Tenía el rostro sonrosado por efecto del calor que hacía en el baño.

Utilizó el secador a modo de micrófono y el aire caliente le dio en la cara.

—*Close your eyes, give me your hand, darling. Do you feel my heart beating? Do you understand? Do you feel the same? Am I only dreaming?*[61]

Bajó los párpados y, tal y como decía la letra de la canción, se permitió soñar despierta.

Con Félix.

Hacía casi una semana desde su encuentro y no se lo había podido quitar de la cabeza. Aparecía en sus pensamientos en los momentos más inesperados y cada vez que lo hacía, una oleada de ardor le recorría el vientre y hacía que el corazón se le disparara. Iba a tardar mucho en olvidar lo que sucedió entre ambos.

Si hasta soñó con él una noche y amaneció mojada.

¡Dios!

Había estado a punto de ir a buscarle para repetir la experiencia, pero una voz muy lógica y cabal que vivía dentro de ella se lo había impedido. Una traición quizá fuera perdonable, pero ¿más de una? No. No podía volver a engañarle. Ni siquiera se lo había dicho a Laura porque sabía que esta, malvada como era, la animaría a hacer una locura. La conocía muy bien.

—¡Hola!

El saludo en forma de grito llegó hasta ella incluso a través del ruido del secador y de la puerta entornada.

—¡Ya salgo! —respondió en el mismo tono.

Dejó que el cabello le cayera húmedo sobre los hombros y se puso unas bragas, un pantalón de chándal y una camiseta. Ya vestida, salió al encuentro de su amiga.

Laura estaba en la cocina, metiendo la bebida en la nevera.

—He traído una de jamón y otra barbacoa.

—Por mí, bien.

—¿Hay algo interesante en la tele esta noche?

—Creo que no.

—Da igual. Creo que voy a caer en la cama antes de las diez. Lo de anoche ya me mató. Bebimos demasiado y luego todo mezclado con el chocolate de esta madrugada. Quiero morirme.

Erika aguantó una risa. Ella no estaba tan mal como su amiga, pero la entendía perfectamente.

—Voy a ponerme un pijama y a tirarme en el sofá —dijo la pelirroja—. Te juro que me apetece un colacao calentito.

Eran las cinco de la tarde, pero ¿por qué no?

—Te lo hago —se ofreció.

Mientras Laura se esfumaba por el pasillo, ella preparo dos colacaos y luego los llevó al salón. Dejó las tazas sobre la mesa y cogió el móvil para ver quien la había llamado antes.

—¡Mierda!

Félix gilipollas.

Sí, así le había guardado en la agenda de contactos y todavía no lo había cambiado.

—¡Laura! —gritó muy nerviosa.

¿Por qué narices la llamaba Félix? ¿Qué estaba pasando? Quizá había descubierto que ella y la chica rubia del Corso eran la misma persona y quería echarle la bronca. ¡Dios Santo! ¡Aquello no podía ser una coincidencia!

Le temblaba la mano y dejó el teléfono sobre la mesa de nuevo.

—¡Laura! —volvió a gritar esa vez con más contundencia.

Estaba histérica.

La pelirroja llegó corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

—Me ha llamado Félix. —Mientras lo decía, señaló el aparato como si fuera un artilugio del mal.

—Ostras —farfulló Laura, sentándose a su lado.

—Tiene que saber algo porque no es lógico. No, no. Y si, de pronto, ha visto alguna foto o yo qué sé y se ha dado cuenta de quién soy. O ha sido Juls. Quizá le ha dicho algo que le ha hecho sospechar de mí. Estoy jodida. Seguro que me ha llamado para… yo qué sé. Para decirme que soy una cabrona o eso… —hablaba con rapidez, sin mucha coherencia.

Laura se recogió el pelo con las manos y se hizo una coleta baja que sujetó con una goma que llevaba en la muñeca. Tenía un semblante pensativo.

—No lo creo. A ver, no ha visto una foto tuya en tres años, y de pronto, justo ahora que ha pasado lo que ha pasado, ve una foto. No. ¿Sabes lo que creo?

Erika negó con la cabeza.

—Creo que Juls le ha comentado que estás en Madrid y le ha dicho que te llame.

—¡Pero le dije que no lo hiciera!

—Tampoco se lo prohibiste.

Erika enterró la cara en las manos y soltó un gemido. Era probable que Laura tuviese razón. Sí, era lógico.

—¿Y qué hago?

—Pues o le ignoras, o quedas con él y se descubre el pastel.

—Tía, pensaba que iba a tener más tiempo para prepararme.

—Míralo por el lado positivo. Así te quitas el marrón cuanto antes.

—Sí, genial —masculló con sarcasmo.

Se puso de pie y echó a andar sin rumbo fijo. Los pies descalzos notaron la frialdad del suelo de baldosas, pero no se detuvo, siguió dando pasos erráticos mientras se pellizcaba el labio inferior con inquietud.

No podía quedar con Félix siendo ella misma. No estaba preparada. Pero acaso, ¿iba a estar preparada alguna vez?

—Prefiero aplazar el tema.

Así te quitas el marrón cuanto antes.

La frase rebotó en su cabeza.

Se giró para mirar a su amiga. Estaba sentada con las piernas cruzadas y la taza en las manos. La contemplaba como si esperase algo. Estaba a punto de hablar cuando el móvil comenzó a sonar de nuevo.

—Es él —dijo la pelirroja, echando un vistazo a la pantalla.

El corazón de Erika le dio un salto en el pecho.

—¡Ignóralo!

La melodía que llevaba como tono de llamada llenó el silencio del salón. Era *Venus*, pero no la versión de Bananarama, sino la original, la de Shoking Blue.

Aguardó con la respiración contenida hasta que el aparato dejó de sonar.

—Quizá deberías cogerlo y decirle que no tienes tiempo para quedar con él. Aunque, si te soy sincera, yo quedaría y aclararía las cosas directamente. Es como quitarse una tirita, hay que hacerlo de golpe.

Erika pensó que el símil era absurdo.

—A lo mejor ya no vuelve a llamar —dijo, esperanzada—. Creo que debería contactar con Juls para ver si han hablado y qué le ha dicho.

El móvil volvió a sonar, sobresaltándolas a ambas.

—Cógelo —sugirió Laura.

La mente de Erika era un caos.

—Pero va a reconocer mi voz —susurró, desesperada—. Cógelo tú y hazte pasar por mí.

Laura hizo una mueca socarrona, pero alargó la mano hacia el aparato.

—¡Espera! Dile que no tengo tiempo para quedar, si es que es eso lo que quiere… No, dile que ya no estoy en Madrid o que… ¡Ah! ¡Yo qué sé! —gimió—. Dile lo que te salga de las narices.

Su amiga se puso de pie con el móvil en la mano.

—Me voy al baño que me pones nerviosa. A ver si me entra la risa.

Erika hizo un gesto con la mano.

Mientras Laura se alejaba por el pasillo, la escuchó contestar la llamada. Se había tapado la nariz y su tono de voz era nasal y ridículo. Tuvo ganas de pegar un grito indignado. Tampoco quería que Félix pensase que hablaba como una idiota. En fin, ya no se podía cambiar. Aguardó con los nervios a flor de piel mientras el murmullo de la voz de su amiga llegaba quedo hasta ella.

La conversación se estaba alargando demasiado.

No se podía tardar tanto en decirle que no tenía tiempo o que estaba fuera de Madrid, ¿no? ¿Y si su primera intuición era cierta y él había descubierto que era la rubia de la semana

anterior?

Ella no solía ser así, tan indecisa y cobarde. Era mucho más lanzada y no tenía miedo a nada. ¿Por qué estaba tan cagada?

Intentó aguzar el oído para ver si podía distinguir alguna palabra, pero fue en vano. Dio unos cuantos pasos hasta colocarse en medio del pasillo y, entonces, le llegó una carcajada.

¿Laura se estaba riendo? ¿De qué?

Con el ceño fruncido, se apresuró a ir al baño y plantarse frente a su amiga, que tenía una sonrisa deslumbrante en la cara.

—Vale, entonces mañana nos vemos. Adiós —dijo. Y finalizó la llamada con rapidez.

Los ojos de Erika se abrieron como dos enormes platos, llenos de incredulidad. Se llevó las manos a la cabeza.

—Pero… ¿qué has hecho? —logró farfullar.

—Lo que deberías haber hecho tú.

Se apoyó en el lavabo y dejó caer la cabeza hacia delante.

—¿Sabes que te odio? —gimió.

—Nah. No lo haces. En el fondo me quieres un montón.

—¿Sabes que eres una zorra?

—Pero soy tu zorra favorita.

Aquello la hizo reír. No podía estar mucho rato enfadada con Laura. Era imposible. Se dio la vuelta y la miró con los ojos entornados. Su amiga estaba haciendo un pucherito con la boca y la contemplaba con ojitos de cordero degollado.

—¿A qué hora he quedado con él? —preguntó al fin con resignación.

—A las siete.

Tenía veinticuatro horas para prepararse.

Capítulo 10

Félix

El Jardín de Arzábal se encontraba a escasos cien metros de su edificio, por eso lo había elegido, porque lo tenía muy cerca de casa. El local estaba en los bajos del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, frente a la estación de Atocha. Era un sitio grande, pero coqueto, polivalente, con una amplia terraza de más de setecientos metros cuadrados, en cuyo centro se erguía un cenador acristalado que formaba parte del restaurante, que se hallaba bajo una bóveda de cristal del museo. Por todas partes había plantas, enredaderas que cubrían las paredes, otras que colgaban del techo y otras que brotaban de enormes macetas. El mobiliario iba en consonancia con el ambiente, y las tiras de bombillitas y lámparas de latón iluminaban el espacio de un modo encantador.

Félix había estado allí unas cuantas veces, con Sean y su pareja. También había llevado allí a Jorge y a Juls cuando estos visitaron Madrid la última vez. Tomó asiento en una de las mesas altas de madera de la terraza. Era pronto y había sitio de sobra. La música sonaba a un volumen perfecto para favorecer las conversaciones. Cuando una camarera vestida de negro se acercó a él, le pidió un agua con gas. Su mirada barrió el local. Cerca, en otra de las mesas altas, había una pareja de chicas muy jóvenes que le miraban de reojo y sonreían tontamente, escondiéndose detrás de la carta.

Suspiró para sus adentros. Solo esperaba que la hermana de Jorge no fuera como esas chicas. Aunque por teléfono, pese a su extraña y fea voz, le había parecido una persona agradable. Juls solo le había dicho cosas buenas de ella, así que tendría fe.

Se miró la hora en el reloj de pulsera y vio que faltaban cinco minutos para las siete.

La camarera le trajo el agua y un pequeño bol con aceitunas especiadas.

Bebió mientras se abstraía pensando en la llamada que le había hecho su socio hacía unas horas. Todo iba como la seda en Valencia. Los trabajos de remodelación del local comenzarían en unos días e iban a durar unas seis semanas, aproximadamente. Sean le había enviado los diseños del estudio de interiorismo y a Félix le había gustado el resultado. Esperaba que aquella aventura en la que habían invertido mucho dinero y mucho tiempo diera sus frutos y el negocio fuera un éxito, como los de Madrid. El lunes iba a empezar con las entrevistas del personal. La primera selección la haría online y se desplazaría más adelante a la costa para conocer a los candidatos seleccionados.

Volvió a mirar la hora.

Las siete en punto.

Esperaba que la tal Erika no llegase tarde a la cita porque él había hecho un esfuerzo titánico, dejando de ir a trabajar un viernes por la tarde, para estar ahí con puntualidad.

Todavía no había terminado de formarse ese pensamiento en su cabeza, cuando notó una mano posándose en su brazo, sobre la tela de su americana. Giró la cara para saludar a la cuñada de su hermana, y se encontró con unos ojos azules que conocía bien.

En un primer momento, se quedó inmóvil, lleno de estupefacción, pero se recuperó rápido de la sorpresa.

—¿Elisa?

Lo último que hubiera esperado era volver a encontrarla. La vida tenía unas casualidades

deliciosas.

—Hola, Félix. Sí que es una sorpresa —respondió ella, dándole dos besos.

Él sintió la caricia de su tersa piel rozando su mejilla. ¡Dios! ¡Qué bien olía esa chica! Los recuerdos de su noche de pasión le asaltaron con fuerza y no pudo evitar que una sonrisa se deslizara en sus labios.

—Qué casualidad. ¿Qué haces aquí?

—He quedado con alguien —respondió ella con vaguedad—. ¿Y tú?

—También.

—Oh, pues esperemos juntos, ¿te parece?

Antes de que hubiera podido responder, ya se había sentado frente a él.

Tal y como le había sucedido la noche del Corso, le gustó su forma de desenvolverse. Esa naturalidad y esa franqueza en sus actos. Era directa. Parecía muy segura de sí misma y eso le agradaba.

La examinó con interés. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y no usaba apenas maquillaje, aunque no lo necesitaba porque el tono tostado de su piel era suficiente. Lucía unos vaqueros azules muy estrechos y una camisa negra de mangas transparentes. Sencilla pero elegante al mismo tiempo.

Estaba deslumbrante.

—Espero no haberla cagado con tu gato —dijo.

—¿Con mi gato?

—Cuando le di de comer.

—Ah, eso. No, para nada. Takeshi es un poco especial. En realidad, me sorprendió que saliera de su escondite. No es muy sociable.

—Ya me di cuenta de su arrogancia. Cuando se terminó la comida me miró con desprecio y desapareció.

Félix se rio.

La misma camarera de antes se aproximó y le preguntó qué quería tomar. Ella pidió una Coca-Cola Zero.

Él se miró el reloj disimuladamente. Las siete y cinco. Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se alegró de que su cita llegara tarde. Ojalá se retrasase un poco más y la de Elisa también. Así podrían hablar un rato e incluso, quizá, intercambiar sus teléfonos.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo más en Madrid? —preguntó con fingido desinterés.

—Me voy el domingo.

Lástima. Solo dos días más.

La camarera depositó la bebida frente a ella, que le dio las gracias con un asentimiento al tiempo que dejaba vagar la mirada por el entorno.

—Este sitio es precioso. Supongo que vendrás mucho. Tu piso está aquí al lado, ¿no?

—Eh, sí. Aunque tampoco vengo tanto, alguna vez con mi socio o con mi hermana cuando viene de visita. Vive cerca de Benidorm con su novio.

Ella compuso una mueca peculiar, pero fue un gesto tan fugaz que Félix pensó que se lo había imaginado. Vio cómo alargaba la mano para coger el vaso y se fijó en que sus uñas eran cortas y no estaban pintadas. Pese a que sus dedos eran delgados no parecían manos delicadas ni frágiles.

—¿Estáis teniendo unos días agradables tu amiga y tú?

—Ufff, sí. Demasiada fiesta —se rio—. Fuimos incluso a la verbena de San Isidro.

—¿A bailar el chotis? —preguntó con humor.

—No. Fuimos a hartarnos de comida y a empinar el codo, me temo. Somos muy básicas.

Él se rio y ella le acompañó.

Le gustaba su risa. Era profunda y ronca. No era de esas chicas que trataban de contener las carcajadas. No. Ella parecía regocijarse en su sonido. Echaba la cabeza hacia atrás, como si necesitara espacio para que le salieran del pecho con más comodidad, y las expulsaba con fuerza.

—Vaya, estáis exprimiendo la ciudad.

—Eso parece —reconoció con un encogimiento de hombros—. Por cierto, el nombre de tu gato es muy original. Me gusta.

—No se lo puse yo —repuso, sin dar más explicaciones. Le dio un trago a su agua y la miró de frente, con intensidad—. Me dejaste una piruleta.

Sabía que había sonado provocador y ella se había dado cuenta porque le observó con los ojos entornados y traviesos.

—Ah, sí.

—¿Era una indirecta de que me considerabas poco dulce?

Ella se rio entre dientes.

—¿Te la comiste?

—Sí —confesó—. En cuanto la vi. Creo que llevaba más de treinta años sin comerme una.

—¿Te gustó?

—Sí. La disfruté junto al café.

—Eso me hubiera gustado verlo.

—Lo habrías visto si te hubieses quedado a desayunar.

—Me estoy arrepintiendo de no haberlo hecho.

El tono de sus voces había ido descendiendo según intercambiaban frase tras frase. Flirteaban.

En silencio, rezó para que la persona con la que había quedado ella no se presentase y para que Erika tampoco llegara. Ese rato con Elisa estaba resultando ser una delicia.

—¿Siempre dejas piruletas?

—Era la primera vez.

—¿Y eso significa algo?

—Puede.

Ella se humedeció el labio inferior con la lengua y él notó que su entrepierna se sacudía.

¡Mierda!

—¿A qué hora habías quedado? —le preguntó inesperadamente.

Perfecto. Era como un jarro de agua fría, pero le hizo retornar a la realidad.

—A las siete —carraspeó.

—Pues son y veinte —repuso ella, echándole una mirada a la pantalla de su móvil.

—Sí. Voy a llamar a ver si ha tenido un problema.

Elisa le sonrió.

Él se levantó, sintiéndose un poco culpable por haberse olvidado de la hermana de Jorge. ¿Y si le había sucedido algo? Se alejó unos pasos hacia el arco que conducía a la zona de baños. Allí, la música perdía intensidad.

Mientras se sacaba el teléfono del bolsillo y comprobaba que no tenía ningún mensaje, volvió a echarle una ojeada a Elisa. Desde donde estaba podía ver su estilizado perfil. Le gustó el gesto enérgico de ella, apartándose el pelo de la cara.

Decidió que, cuando volviera a la mesa, le pediría su número.

Llamó a Erika. El teléfono sonó dos veces.

—Hola.

Frunció el ceño porque la entonación no se correspondía con la de la chica de la tarde anterior.

—¿Eres Erika?

—Sí. Soy yo.

Aquello no tenía ningún sentido, pero la voz le resultó muy familiar, como si acabara de escucharla en otro lado. De reojo, vio que Elisa también estaba hablando con alguien por teléfono.

—Hola, Félix —volvió a sonar la voz al otro lado de la línea.

De pronto, se le erizó el vello de la nuca y todo su cuerpo se tensó.

Ya sabía a quién pertenecía aquella voz.

Se giró bruscamente hacia la mesa donde había estado sentado hasta hacía solo un minuto y vio que Elisa le estaba mirando y le saludaba con la mano.

—Hola.

La palabra se dibujó en los femeninos labios al tiempo que penetraba en su canal auditivo.

Parpadeó repetidas veces, como si ese gesto pudiera aclarar sus caóticos pensamientos.

No. Tenía que estar imaginándoselo. No podía ser.

¡¿Elisa y Erika eran la misma persona?!

Erika

Si la situación no hubiera sido tan seria, Erika se habría echado a reír al ver la expresión horrorizada de Félix, pero sabiendo lo importante que era esa reunión, contuvo la risa histérica que amenazaba con desbordarla.

Se había preparado a conciencia para enfrentarse a él. En un primer instante hubiese deseado matar a Laura, pero después de una larga conversación con su amiga y otra consigo misma, terminó por aceptar que lo mejor era ser pragmática, así que había acudido allí con la cabeza bastante serena.

Tenía ganas de verle. Quizá su reacción no fuera tan terrible, se dijo, en un arranque de optimismo.

Un taxi la había dejado a pocos metros de la puerta del local a las siete menos cuarto. Había estado haciendo tiempo, medio oculta entre la gente que paseaba por la céntrica calle. No quería ser la primera en aparecer, así que aguardó hasta que le vio llegar. Cruzaba el paso de peatones que le llevaría a su destino con paso firme y enérgico, como si tuviera una meta clara y no tuviese tiempo que perder.

Se recreó observándole.

Lucía un traje gris de tres piezas, camisa blanca, corbata oscura y zapatos negros relucientes. ¿De verdad que nunca se ponía ropa cómoda? ¿No sabía lo que era relajarse? Y llevaba el pelo más corto que la semana anterior. Era evidente que había pasado por la peluquería en algún momento. La barba pulcramente recortada enmarcaba el anguloso rostro.

Félix Sanz Arrieta.

Un hombre muy muy muy atractivo.

Cogió aire frente a la puerta del local e irguió la espalda. Cuando accedió al interior de la terraza y se aproximó a su mesa, estaba tranquila. No obstante, al ver la sorpresa y el brillo encantado en los ojos oscuros, se sintió un poco culpable, pero se limitó a sonreír y a dejarse

llevar.

La suerte estaba echada. Ya solo quedaba huir hacia delante.

Él parecía contento de haberla encontrado y la conversación entre ellos fluyó con rapidez. Pronto —mucho más pronto de lo que ella había esperado— comenzó el flirteo y Erika tuvo que morderse la cara interna de la mejilla para controlar el ardor que se esparcía por su cuerpo. Félix le gustaba. Le gustaba mucho. Tanto, que le hubiese encantado largarse con él a su piso y olvidarse de que estaba allí para confesarle quién era.

Pero no podía seguir fingiendo.

«¡Arranca la tirita!».

Y eso había hecho, arrancarla.

Aguardó con el corazón encogido mientras él se guardaba el móvil en el bolsillo. Su cara era todo un poema cuando regresó a la mesa con paso decidido. Tenía el ceño fruncido y un rictus de enfado en sus labios.

Ella se guardó el móvil y se preparó para la explosión.

—Erika —dijo él con tono brusco.

—Sí.

—¿Por qué?

Podía hacerse la tonta y pretender que no sabía a qué se refería, pero no era su estilo.

Tardó en contestar mientras buscaba las palabras más adecuadas.

—Te llamé y te mandé un wasap el año pasado y pasaste de mí. Lo leíste y ni te molestaste en contestar. Pensé que eras un gilipollas, pese a que tu hermana siempre está diciendo que eres un tío genial. —Hizo una pausa y clavó la mirada en su vaso—. No tenía previsto que nada de esto pasara. Cuando Laura y yo fuimos al Corso solo quería echarte un vistazo de lejos, a ver qué pinta tenías. No esperaba que te acercases a nosotras. Me pillaste desprevenida.

Él bebió con aparente calma. Luego dejó el vaso sobre la mesa. Cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca.

—Es decir, para que yo me entere —comenzó con lentitud—, como fui un maleducado hace un año, algo por lo que te pido perdón, es que elegiste un mal día para contactar conmigo… —carraspeó después del breve inciso y continuó—: Como fui un maleducado, decidiste venir a mi negocio y fingir ser otra persona. Hasta ahí, puedo entenderlo. Pero ¿por qué te acostaste conmigo? Porque si mal no recuerdo, fuiste tú la que lo propuso.

—Te había visto en fotos y me parecías atractivo. Y al natural, ganas —admitió con franqueza—. Además, me mirabas como si fuera una cría y quise demostrarte que no lo era.

Le vio cerrar los ojos. No parecía halagado, solo desconcertado y un poco cabreado.

—No puedo creerlo… —masculló, llevándose una mano a la frente.

—Créelo. De verdad que no estás nada mal…

—No me refería a eso —la cortó y le lanzó una mirada fulminante.

Estaba tan guapo cuando se enfadaba que tuvo ganas de soltarle alguna barbaridad.

Le observó con candidez mientras se terminaba la Coca-Cola. En vista de que él no decía nada, recorrió la terraza con la mirada. Se había ido llenando y ya no quedaban mesas libres. Se notaba que el sitio era popular.

—¿Quién me cogió el teléfono ayer?

Se giró al escuchar la pregunta.

—Laura. Se tapó la nariz para que no la reconocieras.

Él bufó.

—¿Mi hermana sabe esto?

—¡No! —Meneó la cabeza con energía—. No tiene ni idea. La verdad es que me siento un poco mal de haberlo hecho a sus espaldas. Tendría que habérselo contado… ¡Pero no me arrepiento! —añadió deprisa—. Esa noche fue genial. Una pasada.

La miró con las cejas arqueadas y los ojos muy abiertos como si no pudiera creer que aquello estuviera sucediendo.

—Ahora entiendo por qué tu hermano me dijo que estabas loca —farfulló en voz muy baja, como si hablara consigo mismo.

—¿Jorge te ha dicho eso? Menudo capullo. —En silencio planeó vengarse de él en cuanto tuviera ocasión—. No le hagas ni caso. Soy encantadora y una diosa en la cama.

—Una diosa —murmuró anonadado.

—Me lo dijiste tú. ¿No lo recuerdas?

Él gimió al tiempo que se llevaba ambas manos a la cara y se tapaba los ojos

—No me puedo creer que esto me esté pasando a mí.

La camarera se acercó, interrumpiendo el momento, y preguntó si querían tomar algo más.

—Para mí otra Coca-Cola Zero —soltó con desparpajo—. ¿Y tú, Félix?

Él vaciló, indeciso, pero terminó por coger la carta y echar un rápido vistazo.

—Un Macallan.

La camarera se alejó.

—¿Un *whisky*? —preguntó Erika.

—Sí. Creo que voy a necesitar alcohol para esto.

—No sé si sentirme ofendida o halagada.

Él la miró torvamente y negó despacio. Aunque parecía mucho más calmado que hacía unos minutos, todavía no había recuperado todo su aplomo.

«Dale tiempo, Erika. Acabas de hacer estallar una bomba en su regazo».

El ruido de las conversaciones llegaba hasta ellos, mezclado con la música de ambiente. Pese a la gran afluencia de gente, había mucha distancia entre mesa y mesa y aquello ayudaba a mantener la privacidad.

—Te pega más Erika que Elisa —dijo él al fin, rompiendo el mutismo que se había creado entre ellos.

—¿Te gusta mi nombre? —preguntó con entusiasmo.

—No he dicho eso. He dicho que Erika encaja mejor con tu… personalidad. Elisa es un nombre muy dulce.

—¿No soy dulce? —le provocó, pestañeando mucho y muy deprisa.

—Sí, claro —respondió con sarcasmo—. Tanto como el wasabi.

No pudo evitarlo y rompió a reír con fuerza al ver el gesto y escuchar su tono.

Félix la miró con una ceja arqueada. Era obvio que su ataque de risa no le desagradaba del todo. Sus labios habían perdido la tirantez y casi mostraban una sonrisa.

La camarera llegó y dejó las bebidas sobre la mesa. También un pequeño bol con patatas.

Erika esperó hasta que estuvieron solos de nuevo. Estaba satisfecha porque él no se había tomado su engaño de un modo muy negativo. Por el contrario, parecía haber aceptado la situación con filosofía.

Hasta serio estaba guapo. Las cicatrices le conferían un aspecto un poco sombrío que le encantaba.

—¿Cuántas probabilidades tengo de acabar la noche en tu piso? —le preguntó, decidida a

poner todas las cartas sobre la mesa.

—Cero —dijo él sin mirarla. Estaba muy centrado en su vaso. Lo agitaba y hacía tintinear los hielos.

—Qué tajante —protestó—. ¿Por qué?

—No podemos volver a acostarnos. Somos familia.

—Lo dices como si fuera incesto.

—Somos cuñados.

—Concuñados —le corrigió ella— Eso es tanto parentesco como una bujía y un pomelo.

Él le dio un sorbo al líquido ambarino y dejó vagar la mirada por el entorno antes de volver a mirarla.

—Quítate de la cabeza que vayamos a tener sexo de nuevo, Erika. Nunca más se va a repetir.

La forma en la que él pronunció su nombre le resultó maravillosa.

—¿Por qué no? —preguntó con desencanto.

—Eres la hermana pequeña de Jorge.

—No soy tan pequeña. Tengo veintisiete años. Soy muy adulta, ¿sabes? Ya ni siquiera llevo pañales —dijo con cinismo.

—Demasiado joven para mí —murmuró, dándole otro trago a su *whisky*.

—La semana pasada, mientras te ponía el condón con la boca, no pensabas que era demasiado joven —dijo, incisiva, ladeando la cabeza a un lado.

Él la observó con mucha serenidad. Sus ojos oscuros no revelaban nada.

—La semana pasada era la semana pasada y hoy es hoy. La otra noche me faltaba información.

—Hace solo media hora estabas ligando conmigo.

—Hace media hora eras Elisa, la rubia explosiva del Corso.

Que él la describiese como rubia explosiva era alentador. Sonrió para sus adentros, decidida a pescar ese pez, como fuera.

—Sigo siendo la misma chica. Mírame —dijo, alzando la barbilla.

Él lo hizo. La miró con los ojos entornados.

—No. Ahora eres Erika, la hermanita de Jorge.

—¿Hermanita? Pfff… —resopló, ofendida por el tono condescendiente—. Seguro que le doy mil vueltas a muchas tías con las que has estado. Y a muchos tíos —añadió.

—¿Sabes que soy bisexual? —inquirió—. Claro, no me sorprende. Mi hermana es una bocazas.

—Tu hermana es maravillosa —rebatió.

—Eres más joven que ella. No puedo verte más que como una hermana pequeña.

—Mentira —volvió a contradecirle—. Me devoras con los ojos.

—Mi cerebro ya ha aceptado que eres intocable —repuso, encogiéndose de hombros y sin dejarse provocar—. Mis ojos no tardarán en aceptarlo también.

Vaya, sí que era cabezota. Tendría que esforzarse más. Le contempló a través de las pestañas y frunció los labios con un mohín seductor mientras acariciaba el borde del vaso con el dedo índice.

Él se echó a reír.

—¿Eso qué es? ¿Tácticas de seducción?

—¿Funcionan? —preguntó, esperanzada.

—Ni de coña —repuso muy sonriente.

Erika le miró embobada. Vaya, también estaba guapo cuando sonreía así. Uno de sus colmillos sobresalía un poco más que el otro y le otorgaba un aspecto feroz muy atrayente.

—Me encanta tu sonrisa —le confesó.

Él dejó de sonreír automáticamente y volvió a beber.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más se convencía de que eran tal para cual. No solo en la cama eran compatibles; también tenían un humor parecido, sarcástico y cargado de ironía y dobles sentidos. Sí. Félix era ideal para ella. Él quizá no lo sabía todavía, pero estaba claro que tenían que terminar juntos.

Le miró con mucha intensidad, tramando maldades.

—¿En qué piensas? —preguntó él con desconfianza, mientras se llevaba el vaso a los labios.

—Nada serio —repuso con un encogimiento de hombros—. En que me apetecería ir a tu piso, darme una ducha contigo, ponerme un arnés y empotrarte contra los azulejos.

A decir verdad, no había estado pensando eso, se le acababa de ocurrir. Con satisfacción comprobó que había conseguido descolocarle porque él se atragantó con el *whisky* y tosió mientras la miraba con incredulidad.

—Estás mal de la cabeza.

—¿No te mola ser el pasivo? Pensaba que, a lo mejor, siendo bisexual, también te gustaría que te empotrasen. A mí me encantaría probarlo, desde luego —dijo con inocencia.

Él se la quedo mirando en silencio. Un brillo peculiar había aparecido en sus ojos.

—¿Alguna vez te ha empotrado una tía? —volvió a la carga.

—No.

—Podríamos probarlo…

—Ni hablar.

—¡Qué aguafiestas eres!

Él apuró la bebida y dejó el vaso sobre la mesa con un golpecito seco.

—Me tengo que ir a trabajar.

—Te quieres librar de mí.

—¿Qué dices? Para nada, con lo placentera que está siendo esta reunión —contestó con sarcasmo.

—¿En serio no quieres pasar más rato conmigo? ¿Esta va a ser nuestra despedida? ¿Ya no te voy a volver a ver más?

Él la ignoró y alzó la mano, llamando a la camarera con un gesto para que trajera la cuenta.

Erika frunció la nariz, desencantada.

—Si te parezco demasiado directa, puedo moderarme —propuso—. No sé, puedo decir las cosas de otra manera. —Fingió meditar—. Disculpe, pero sería un placer que usted tuviese la deferencia de invitarme a pasar la noche a su piso para compartir el lecho y quizá, si surgiese en el calor de nuestra apasionada unión, intercambiar fluidos. —Pestañeó con rapidez y pretendida inocencia—. También puedo decir pilila en lugar de polla.

Él intentó aguantar una risa y compuso una expresión hosca, pero estaba claro que el comentario le había hecho gracia.

—No hace falta —rechazó.

La camarera llegó con la cuenta y el datáfono y él le tendió la tarjeta de crédito.

—La próxima, pago yo —dijo ella, una vez que la chica se hubo marchado.

—No va a haber una próxima.

Por supuesto que iba a haberla.

—Como tú digas. ¿Vas al Corso? —le preguntó, cambiando de tema con rapidez.

—Sí.

—¿Me llevas?

Él frunció el ceño.

—No te creas tan irresistible, es que he quedado allí con mis amigas —mintió.

—¿Has quedado allí con tus amigas cuando se suponía que habías quedado aquí conmigo? —preguntó con escepticismo.

—¿Tienes que irte a trabajar cuando se suponía que habías quedado aquí conmigo? —contratacó ella en el mismo tono.

La miró con la boca ligeramente entreabierta y ella le sonrió de oreja a oreja.

—Vamos. Te llevo —claudicó.

Ella aguantó una risa triunfal y se bajó del taburete casi de un salto, muy satisfecha.

Abandonaron el lugar uno junto al otro. Ya había anochecido, pero la temperatura no había bajado demasiado y había bastante gente por la zona, paseando.

—Tengo el coche en el garaje —le dijo, sin mirarla.

—¿Me dejas conducirlo?

Se detuvo en medio de la acera y la miró con estupefacción.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque es mi coche.

—Vale.

No insistió.

Siguieron caminando. Félix andaba deprisa, con zancadas largas. Ella se adecuó a su paso y no tuvo problema en situarse a su lado. Se detuvieron en un paso de peatones y se pegó a él hasta que su brazo, apenas cubierto por la tela transparente de la blusa, rozó la manga de su americana. Él la miró con el ceño fruncido, pero no se apartó.

Erika sonrió para sus adentros.

Atravesaron la calzada y accedieron a la calle donde estaba el garaje. Se cruzaron con unos cuantos jóvenes que, a todas luces, habían bebido demasiado. Félix la tomó del brazo en un gesto sobreprotector que la sorprendió.

Era todo un caballero. Lástima que ella fuera más similar a un macarra pendenciero que a una damisela en apuros.

Ya lo descubriría con el tiempo.

Junto a la entrada del garaje, en la plaza reservada para personas con movilidad reducida, había un coche con las luces de emergencia encendidas, de cuyo capó salía un humo blanco. Una chica muy joven estaba junto al vehículo con cara de susto.

—Ostras —murmuró Erika—. Vamos a ayudarla.

—Yo no sé nada de mecánica —protestó Félix.

—Pero yo sí.

Le alargó el bolso y echó a andar hacia el coche, un viejo Renault Megane de gasolina. Rondaría los dieciocho años, una edad similar a la que debía de tener la conductora.

—Hola —la saludó—. ¿Te puedo ayudar?

—No sé qué le pasa —balbuceó—. El coche no es mío, es de mi hermano y a lo mejor he hecho algo mal. Me acabo de sacar el carnet. Es que de pronto ha empezado a echar humo y se ha encendido una lucecita en el interior y me he asustado porque creía que iba a explotar o

algo… Y no sé qué hacer. He mirado en la guantera y no encuentro los papeles del coche y mi hermano no me coge el teléfono.

La pobre chica estaba muy nerviosa y hablaba al borde de las lágrimas.

—Los coches no explotan con tanta facilidad —le dijo con una sonrisa—. Soy Erika. ¿Cómo te llamas?

—Laura.

—Mi amiga se llama igual. ¿Tienes algún trapo?

—¿Un trapo?

—Sí. No quiero quemarme cuando abra el capó.

La muchacha la miró con sorpresa, pero no dijo nada. Se dirigió al coche, accionó la palanca que abría el capó y regresó con un paño.

Erika echó un rápido vistazo a Félix, que se había acercado y la estudiaba con mucho interés. Estuvo tentada de hacerle una mueca divertida, pero se concentró en el coche. Abrió el capó con cuidado y se hizo a un lado para que el vapor que escapaba de la parte delantera no le diera en la cara.

—Enciende la linterna de tu móvil y alumbra aquí —le pidió a la chica.

Esta lo hizo.

Hacía tiempo que Erika no revisaba las tripas de un coche. Estaba acostumbrada a ver otro tipo de motores. Los motores marinos eran diferentes en cuanto al diseño y al ancho del asiento de la válvula. También diferían los materiales, la entrega de combustible, las temperaturas de operación y las tolerancias internas. Pese a que había similitudes, los parámetros eran distintos. No funcionaban de la misma manera. Sin embargo, un motor era un motor y antes de especializarse en mecánica naval, había estudiado mecánica del automóvil.

No tardó mucho en encontrar cuál era el problema. Era bastante simple. No hacía falta ser mecánico para descubrir el fallo. Se había roto uno de los manguitos que conectaban el motor con el refrigerador y por allí escapaba el agua hirviendo, provocando la humareda blanca. No obstante, y pese a ser una reparación sencilla, si el coche hubiera seguido circulando en esas condiciones, el motor podía haber sufrido una avería seria.

—Se ha roto un manguito —le explicó a la chica, después de sacar la cabeza de debajo del capó—. No es una avería gorda, pero no puedes seguir conduciendo. Lo mejor es que dejes el coche aquí y trates de localizar una grúa que lo lleve a un taller. No llevo nada conmigo para poder hacerte un apaño… —Chasqueó la lengua. Estaba fuera de su elemento. En Benidorm, en la moto, llevaba herramientas y un rollo de cinta vulcanizadora.

—¿Entiendes de coches? —preguntó la muchacha con asombro.

—Soy mecánica.

En ese momento, el teléfono de la chica comenzó a sonar.

—Es mi hermano —dijo, casi sin aliento. Contestó la llamada con rapidez y, con muchos nervios, contó lo sucedido a su interlocutor.

Erika cerró el capó y giró la cabeza para mirar a Félix, que se hallaba a un metro escaso de distancia. La estudiaba sin apartar los ojos de su cara.

—Viene mi hermano y trae los papeles del coche —explicó la joven, sobresaltándola—. Vivimos aquí al lado así que no tardará. Muchas gracias. Estaba muerta de miedo.

—No he podido ayudarte.

—Da igual, de verdad, muchas gracias.

Se despidieron de la chica y accedieron al garaje por la rampa.

—No recordaba que fueras mecánica —murmuró él.

—¿Te he impresionado?

—En absoluto —repuso con sequedad.

Erika se rio y no se dejó engañar por su tono. Había visto cómo la contemplaba solo unos segundos antes.

Con admiración.

Capítulo 11

Félix

El Corso estaba lleno de gente, algo habitual un viernes a esa hora. Las mesas, los taburetes frente a la barra y cada hueco disponible estaba ocupado por un público muy heterogéneo, desde gente joven, de veintipocos, a grupos de personas de entre cuarenta y cincuenta años. También la planta de arriba estaba al completo. Sonaba de fondo *The Queen of Swing*, la versión de Swingrowers, una canción muy del estilo del local.

Félix se hallaba al fondo, acodado en la barra, escuchando a la encargada que le contaba cómo había solucionado un problema que había surgido con un cliente a primera hora de la tarde.

—Y dentro de media hora se va Lola —siguió diciendo Sheila—. Me preguntó ayer si podía irse antes y le dije que sí. Tiene que ir a recoger a su madre a la estación. Espero que podamos con todo.

Félix echó una ojeada alrededor, calibrando la situación. Tras la barra estaban Ian, Lola y Sheila. Xavi y Lorenzo se encargaban de las mesas.

—No te preocupes que yo puedo echaros un cable —dijo.

A veces lo hacía, cuando había escasez de personal. Ni a Sean ni a él se les había olvidado de dónde venían.

—Genial. ¿Quieres otra? —Señaló su vaso vacío.

—Gracias —asintió.

Una vez que se quedó solo, su mirada se dirigió casi involuntariamente al otro lado de la barra, donde Erika y sus amigas se habían hecho con tres taburetes y consumían cócteles preparados por Ian. Sí, ahora eran tres en lugar de dos. Una rubia, una pelirroja y una morena, que se llamaba Bea, según le había dicho.

Los ojos azules de Erika se encontraron con los suyos brevemente. Ella alzó la copa en el aire y le regaló la sonrisa más encantadora del mundo. Después, le guiñó un ojo.

Le entraron ganas de devolverle la sonrisa. No podía evitarlo. El magnetismo de esa chica era muy poderoso. Consiguió reprimirse y apartó la vista, posándola sobre uno de los interesantísimos cuadros que colgaban de la pared. Lo examinó concienzudamente, como si fuera la primera vez que lo veía, cuando llevaba allí una década.

Habían llegado hacía una hora y media. Tal y como él sospechaba, las amigas de Erika no estaban y ella no se esforzó en disimular que le había mentido. Las llamó delante de sus narices para comunicarles dónde se encontraba. Se presentaron poco después y él se alejó de la exuberante rubia que no paraba de hacerle insinuaciones locas y de tirarle la caña sin ningún tipo de finura.

Era difícil resistirse a una mujer así, y más todavía, cuando ya habían estado juntos y sabía lo estupenda que podía ser una noche con ella.

Pero no iba a ceder.

Erika Alba estaba prohibida para él.

Era demasiado joven.

Y era de la familia.

Si las cosas entre ellos no acababan bien, iba a ser muy incómodo para ambos tener que verse cuando hubiera reuniones familiares.

No obstante, no iba a negar que la chica le parecía espectacular, y no era solo por su atractivo físico; le gustaba su carácter abierto y bromista. Era ocurrente y muy ingeniosa. Hacía tiempo que no se sentía tan a gusto en compañía de alguien.

Cuando se enteró de su mentira, se enfadó. Pero el enfado le duró muy poco porque no era una persona que se enojase fácilmente, y también era difícil estar cabreado con alguien como Erika, la reina del optimismo y el buen rollo. Además de ser totalmente imprevisible.

Todavía se reía para sus adentros cuando recordaba su propuesta de ponerse un arnés y empotrarle contra los azulejos de su ducha. ¡Dios!

Sheila llegó con el agua con gas y dejó el vaso frente a él.

Volvió a mirar hacia el otro extremo de la barra de reojo. Erika se peinaba con los dedos echándose la melena hacia atrás. Contempló casi hipnotizado sus manos. Se las había lavado cuando llegaron al Corso para quitarse las manchas de grasa.

La imagen de ella, inclinada sobre el motor del coche con gesto profesional, acudía a su cabeza una y otra vez. Sabía que era mecánica de embarcaciones, porque su hermana se lo había dicho en alguna ocasión, pero lo había olvidado, y cuando la vio en su elemento, se sintió fascinado.

Era una chica sorprendente.

En ese preciso momento, ella se giró y le pilló observándola. Le lanzó un sensual beso y una mirada seductora.

Las comisuras de sus labios se elevaron hacia arriba, divertido a su pesar.

Notó que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón. Lo sacó y echó una ojeada a la pantalla.

Juls.

Se apartó de la barra y subió las escaleras con rapidez, buscando la tranquilidad de la oficina. Accedió al interior y cerró la puerta.

—Hola, peque —saludó.

—Hola. ¿Has visto a Erika? ¿Habéis quedado? ¿Estás con ella?

—¡Qué cotilla eres!

—¿Estás con ella o no? —insistió.

—Más o menos.

—¿Qué significa eso? ¿Te ha caído bien? ¿Os estáis divirtiendo? Es una tía genial, muy maja —dijo con entusiasmo.

—Sí, majísima —repuso con sorna.

—No me asustes. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha pasado algo a ella?

—Deberías preocuparte más por mí que por ella. Si alguno está en inferioridad de condiciones, soy yo.

—Ahora sí que no entiendo nada. Ya estás contándomelo todo.

Félix se sentó en la silla que había tras el escritorio y la hizo girar a un lado y al otro.

—Nos hemos acostado.

Hubo un silencio muy largo. Él tamborileó con los dedos de la mano derecha sobre la pulida superficie de la mesa mientras esperaba a que ella reaccionara.

—Estás de coña —dijo su hermana al fin con incredulidad.

—No.

—¿Me estás diciendo que has conocido a Erika hoy a las siete de la tarde y que ya os habéis acostado?

—No, exactamente.

En realidad, lo que había sucedido el viernes anterior entre ellos no distaba demasiado de eso que decía su hermana. Apenas se conocían cuando acabaron en la cama.

—¡Haz el favor de explicármelo antes de que me dé un infarto! —ladró Juls.

Con un tono de voz sosegado y no exento de ironía, se lo contó sin dejarse información por el camino. No profundizó demasiado en lo ocurrido en su piso, pero le explicó lo suficiente para que ella sacara sus propias conclusiones.

Ella le escuchó en silencio, sin interrumpirle —una actitud muy rara en su hermana que siempre tenía algo que decir—, hasta que terminó el relato.

De pronto, una ensordecedora carcajada llegó desde el otro lado de la línea y él se vio obligado a retirarse el aparato de la oreja. Tenía que haber sabido que se lo iba a tomar así. Quizá su grado de locura no fuera tan alto como el de Erika, pero muy cuerda no estaba.

—¡No puedo creerlo! —balbuceó entre risas—. ¡Erika es brutal! La adoro.

—Te acabo de decir que tu cuñada ha mancillado mi honor y ¿te burlas?

—¿Mancillado tu honor? Pfff… —se rio ella de nuevo.

Él se mordió una sonrisa.

Sí, lo admitía.

La cosa tenía gracia.

—Ay, por favor… ¡Qué pasada! —Ella seguía riéndose como una tonta, hipando incluso.

—Lo que es una pasada es que no para de hacerme insinuaciones sexuales.

Una nueva salva de carcajadas estuvo a punto de ensordecerle.

—Ya le he dicho que no puede haber nada entre nosotros —continuó.

—¿Por qué no? —inquirió ella con perplejidad—. Parece que te mola. Hacía tiempo que no te escuchaba tan animado. Es un bellezón y encaja muy bien contigo.

Eso no iba a discutírselo.

—Es demasiado joven. Y es familia.

—¡Qué chorrada! —exclamó—. ¿Dónde estás?

—En mi despacho, en el Corso.

—¿Estás con ella?

—Está abajo, con sus amigas.

—Pásamela.

Frunció el ceño. Su hermana estaba tramando algo.

—Mejor no.

—Pues la llamo a su móvil.

Meneó la cabeza con impotencia.

—Vale, peque. Voy a bajar a darle el teléfono. Pero recuerda que soy tu hermano preferido. ¿Te parece normal que prefieras hablar con ella antes que conmigo?

—Tú no tienes vagina.

Contuvo una risa.

—Jorge tampoco.

Mientras hablaba, abandonó la oficina. La música llegó con fuerza hasta sus oídos y no pudo escuchar lo que le respondió Juls.

—No te oigo. Espera.

Bajó las escaleras y se abrió paso a través de la gente. No cabía ni un alfiler y le costó llegar hasta el final de la barra.

Erika le sonrió entusiasmada. Le brillaban mucho los ojos y tenía las mejillas sonrojadas. Era evidente que estaba achispada. Sus amigas también parecían haber bebido un poquito más de

la cuenta.

—¡Mi chico! —gritó ella. Y le echó los brazos al cuello, apoyando la barbilla en su hombro.

No trató de liberarse. Era muy agradable sentirla pegada a su pecho. El cabello le olía a naranja con chocolate.

—Mi hermana quiere hablar contigo —le dijo al oído y alzó el móvil en el aire, mostrándoselo—. Sal fuera porque aquí hay mucho ruido.

—¿Lo sabe? —le preguntó con seriedad, apartándose.

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—Se ha partido de risa —respondió con sarcasmo.

Una sonrisa deslumbrante sustituyó el rictus grave. Le cogió el móvil y saltó del taburete con agilidad, luego se alejó camino de la puerta, bailoteando.

Félix vio la larga melena rubia desaparecer entre la gente.

Le hubiese gustado ser un espía del KGB y poder escuchar la conversación que iban a mantener esas dos.

Erika

Había unos chicos en la puerta, fumando, así que se alejó unos pasos para tener privacidad. Uno de ellos le hizo un comentario baboso que ella ignoró.

—¿Juls?

—Eres la puta ama —dijo su cuñada en cuanto se pegó el móvil a la oreja—. ¡Mi ídolo! Cuando sea mayor quiero ser como tú.

A Erika se le escapó una risa. Se retiró el pelo de la cara y echó a andar calle arriba, apartándose de la gente. Andaba con paso firme. Pese a que ya se había bebido un par de cócteles, el alcohol todavía no había hecho mucha mella en su cerebro.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —continuó Juls—. Casi me da un ictus cuando me lo ha dicho Félix. Tenías que haberme llamado y habérmelo contado todo. Necesito detalles picantes. Él es demasiado parco.

Escuchando la voz alegre de Juls, no sabía por qué se había sentido tan mal. Tenía que haber imaginado que se lo tomaría así.

—¿Qué quieres saber?

—A ver, ya me ha dicho cómo fue más o menos, pero yo quiero el salseo.

—¿Salseo? Me corrí seis veces.

Hubo un silencio al otro lado de la línea hasta que Juls pegó un grito.

—¿En serio? Joder con mi hermano. Esto tengo que decírselo a Jorge para picarle.

—Díselo. Ya sabes lo competitivo que es —se rio.

Juls también se rio.

—Es un hueso duro de roer tu hermano —se quejó—. Ya me ha dejado claro que no se repetirá.

—Me lo ha dicho. Tonterías de que eres muy joven y que eres familia. ¿Te vas a rendir?

—Ni muerta.

—Esa es mi chica.

—La pena es que me voy el domingo… —Se apoyó en la pared de uno de los edificios y bajó la mirada a la acera.

—Félix va a venir a la costa, me lo ha prometido.

—¿Sí? —inquirió sorprendida, al tiempo que se erguía.

—En un par de meses. Tiene que venir por lo del local de Valencia, así que me ha dicho que pasará unos días aquí.

Erika entrecerró los ojos y comenzó a maquinar con rapidez. ¿En un par de meses? Genial. Hubiera preferido reencontrarse con él antes, pero no iba a quejarse.

—¿Te… gusta? —La pregunta de Juls llegó poco después en voz baja.

—Claro que me gusta.

—No me refiero a físicamente.

Erika meditó antes de darle una respuesta.

—Bueno, tampoco nos conocemos mucho. Pero creo que somos tal para cual. ¿Sabes esas veces cuando conoces a alguien que tienes claro que va a ser importante en tu vida? ¿Esas personas con las que congenias rápidamente?

—Me pasó con tu hermano.

—Pues parece que a mí me ha pasado con el tuyo —admitió.

—Félix necesita disfrutar de la vida. Se pasa el día entero trabajando. Es como si se sintiera culpable por todos los problemas que causó cuando era joven y quisiera enmendarse siendo excesivamente responsable.

—¿Tan problemático era?

—Hizo llorar a mi madre unas cuantas veces, algo increíble. Ya te he contado que es dura como una roca. —Hizo una pausa—. Necesita reírse más y dejar que alguien entre en su vida de una vez. Está demasiado solo, aunque no quiera aceptarlo.

—Conmigo se ríe bastante.

—¿De verdad?

—Intenta disimularlo, pero ya le he pillado en alguna ocasión. Le hago gracia.

—Ostras, eso es muy positivo.

—Preferiría no hacerle tanta gracia y que no fuera tan cabezota y quisiera repetir lo del viernes pasado —masculló.

Juls se rio.

—Ten paciencia.

—Ya sabes que esa no es una virtud que tenga. Pero lo haré por él. No puedo dejar escapar a un hombre que es perfecto en la cama —concluyó con dramatismo.

—¿Te imaginas que empezáis a salir? —exclamó Juls con ilusión—. Tía, qué fuerte. Yo con tu hermano y tú con el mío. —Soltó una risa.

Erika también estuvo a punto de reírse, contagiada por su entusiasmo, pero se ordenó a sí misma poner los pies en el suelo y ser práctica. No había pensado en nada serio. Su meta era llevárselo a la cama de nuevo y todavía le quedaba un largo camino por recorrer antes de poder cantar victoria.

—¿Estás con Laura?

—Y con Bea.

—Creía que no estaba en Madrid.

—Y no estaba, pero se ha venido en tren a pasar el fin de semana con nosotras. Está depre porque la ha rechazado un norteamericano que se parecía a Jorge.

—Ay, pobre —dijo con ironía y sin un ápice de lástima.

—Bueno, ya está menos depre porque nos estamos emborrachando.

—Qué envidia me dais.

—Al próximo viaje te vienes.

—Hecho. ¿Qué vais a hacer ahora?

Erika elevó los ojos al cielo oscuro carente de estrellas. Era difícil ver alguna con la alta tasa de contaminación de Madrid.

—Creo que nos vamos a ir a otro sitio. Voy a despedirme de tu hermano y a dejarle con la miel en los labios. No quiero ser pesada y que se agobie. Prefiero que me eche de menos.

—Chica lista y manipuladora. Me gusta —dijo, risueña—. Prométeme que me lo vas a ir contando todo.

—Lo prometo.

—Pasadlo bien.

Se despidieron y Erika miró la pantalla del móvil. No tenía foto alguna, solo uno de los fondos que ofrecía la marca.

—Qué aburrido es este hombre.

Traviesa, accedió a la cámara y se hizo un selfi sacando la lengua y trocando los ojos. Luego lo seleccionó como fondo de pantalla. Se le escapó una risita mientras regresaba.

La alegre música le estalló en los oídos en cuanto abrió la puerta. Con ella se mezcló la algarabía de muchas personas hablando al mismo tiempo.

Contenta, se percató de que Félix no se había ido y estaba junto a Laura y Bea. Probablemente, esperando que le devolviera el móvil. Sus miradas se encontraron por encima de las cabezas. Erika le sonrió. Félix se limitó a mirarla con intensidad. Sus ojos eran enigmáticos y tan profundos que uno se podía hundir en ellos con facilidad.

—Chicas —les dijo a sus amigas cuando llegó hasta ellos—, creo que deberíamos irnos a otro sitio.

Tanto Bea como Laura la miraron con extrañeza, pero no dijeron nada y se limitaron a asentir. Los vasos de ambas estaban casi vacíos.

—Toma. —Le devolvió el teléfono—. Y gracias —añadió, cogiendo su vaso y apurando el contenido.

—¿Todo bien? —preguntó él. La contemplaba sorprendido, como si no comprendiese sus prisas por marcharse.

—Todo perfecto.

Laura y Bea abandonaron sus taburetes y se acercaron a él para despedirse con los dos besos de rigor.

—Ahora voy yo —les dijo Erika.

Las vio alejarse camino de la puerta, entre el gentío. Luego se volvió para mirarle. Durante un breve espacio de tiempo ninguno dijo nada.

—¿Te despides de mí?

—¿Ya no te voy a ver más? —preguntó él con desconfianza.

Ella se llevó una mano al corazón y alzó la otra en el aire, como si estuviera haciendo una promesa.

—Palabrita del Niño Jesús que no. Si algún día vienes a la costa, nos vemos.

Él frunció el ceño, incrédulo.

—¿Te despides de mí con un beso? —repitió ella.

—Claro. —Se acercó para darle un beso en la mejilla.

—¿Un beso con lengua podría ser?

Él se detuvo justo cuando estaba a punto de rozar su piel.

—Mejor no —murmuró.

—¿Y en la boca, pero sin lengua? —propuso con inocencia.

Él sonrió y negó.

—Eres persistente.

Ella se rio y antes de que pudiese reaccionar, se colgó de su cuello y le estampó un beso en la mejilla.

—Ha sido un verdadero placer conocerte, Félix —le dijo al oído—. Espero que nuestros caminos vuelvan a coincidir. Ah, te he dejado un regalito en el móvil.

Después de decir eso, no esperó una reacción. Le soltó y se alejó, abriéndose paso entre la gente. El aroma de su loción para después del afeitado se le había quedado impregnado en la nariz. Cuando alcanzó la puerta, giró la cabeza y le buscó con los ojos. Él seguía en el mismo sitio. Estaba mirando la pantalla del móvil y una sonrisa ladeada se dibujaba en su boca. Había descubierto la foto.

Levantó la vista y, al verla, meneó la cabeza con diversión.

«No pienses que te has librado de mí. Esto solo es un alto el fuego, pero volveré a atacar».

Le lanzó un beso en el aire. Y él se rio, al tiempo que ponía los ojos en blanco.

Erika se dio media vuelta y abandonó el local.

Capítulo 12

Félix

Apoyó los codos sobre las rodillas mientras se concentraba en el portátil y en la cara del hombre que se mostraba allí y le hablaba de cuál había sido su trayectoria profesional hasta el momento. Era el cuarto candidato que entrevistaba esa mañana y le estaba gustando bastante. Era directo, maduro y simpático. Los otros tres no le habían convencido.

Su móvil comenzó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y vio que se trataba de su socio. Quizá fuera importante. Le hizo un gesto a su interlocutor.

—Discúlpame.

Se levantó y se alejó hacia la ventana.

—Dime, Sean.

—Te he mandado fotos a tu mail. Cuando las veas, me dices.

—¿Ya han acabado los aseos?

—Sí. Y ahora están con las vitrinas de detrás de la barra. Está quedando muy bien.

—En cuanto termine la entrevista le echo un ojo a las fotos y te llamo.

—¿Qué tal vas con eso?

Se alejó hacia el dormitorio para que su voz no llegara hasta el salón.

—Los tres primeros no me han gustado mucho. Este con el que estoy ahora sí me gusta. Tiene experiencia de sobra y parece responsable. Pienso que sería un buen encargado.

—¿Es Sergio Olmos?

—Sí.

—A mí también me gustó su currículum. Si te decides por él, tendríamos ya todo el personal.

Félix llevaba unos días entrevistando candidatos y ya había seleccionado a dos chicas, un chico y a un *bartender*. Solo necesitaban un encargado y la plantilla estaría completa, por el momento.

—Sí. Tengo ganas de acabar ya. —Se frotó la nuca con vigor y exhaló un suspiro cansado—. Te llamo en un rato y hablamos.

Se despidieron.

Cortó la llamada y no pudo evitar mirar la imagen de Erika que le sonreía desde el fondo de pantalla. Las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente.

Hacía más de un mes desde su aventura y todavía no se había animado a quitar la foto. En realidad, cada vez que desbloqueaba el teléfono y la veía allí, irreverente y ridícula, tenía que sonreír, quisiera o no. Su cara graciosa le daba buen rollo.

No había vuelto a saber nada de ella, aunque su hermana sí le hacía algún que otro comentario de vez en cuando. Siempre que hablaba de ella lo hacía con afecto y admiración, enumerando sus virtudes, como si quisiera vendérsela, de algún modo. Le había contado también que Erika era muy popular con los miembros del sexo opuesto y que era probable que ya se hubiese enrollado con algún otro chico. A eso, él había contestado que se alegraba mucho por ella y que esperaba que tuviera hijos preciosos.

Joder con Juls, intentando hacer de casamentera…

Agitó la cabeza para borrar a la rubia de su pensamiento y regresó al salón. Tomó asiento

frente al portátil y se disculpó de nuevo con su futuro empleado. Continuó haciéndole preguntas.

Tras diez minutos, bastante contento con el transcurso de la conversación, le dijo a Sergio que le daría una respuesta en unos días. Ya lo había decidido y mucho tenían que torcerse las cosas para que cambiara de opinión.

Cerró la tapa del portátil y se levantó del sofá. Se quitó la corbata y la dejó sobre el respaldo. Luego, se desabrochó dos botones de la camisa y se subió las mangas hasta los codos, buscando comodidad. Se dirigió a la cocina y se preparó un café. Mientras esperaba a que estuviera listo, sacó una botella de agua de la nevera y bebió de ella con avidez. Takeshi, que hasta el momento había estado desaparecido, se plantó junto a él y se tumbó en uno de sus pies descalzos, ronroneando.

—Hola, granuja. ¿Dónde estabas?

El animal restregó la cabeza contra su tobillo.

Se agachó para cogerlo en brazos y, con el gato en una mano y la taza de café en la otra, volvió y se acomodó en el sofá.

Se había pasado todo el fin de semana trabajando en el Corso de Ibiza, ya que Damián estaba de vacaciones, y esa mañana de lunes, en lugar de descansar, había tenido que levantarse pronto para hacer las entrevistas. Apenas había dormido tres horas.

Estaba agotado.

No obstante, abrió de nuevo el portátil y accedió al mail para ver las fotos que le había mandado su socio.

Eran veinte.

Las examinó con atención, fijándose en cada pequeño detalle. Habían tenido suerte con el estudio de interiorismo y con la gente que empleaban; los acabados eran realmente buenos.

Llamó a Sean.

—Me gusta cómo han quedado los aseos —dijo, cuando este respondió—. ¿En el hueco que hay en el de hombres, junto a los lavamanos, qué va? No lo recuerdo.

—Un adorno floral. Similar al que hay en el de Ibiza.

—¿En el de mujeres también? No veo hueco.

—Porque soy un fotógrafo pésimo, pero hay un espacio al lado de la puerta.

—Perfecto.

Siguió pasando las fotos, en silencio. Sean tampoco decía nada. Podía escuchar cómo tecleaba en su portátil al otro lado de la línea.

—Me parece muy bien —dijo al fin—. ¿Cuándo va el técnico del Ayuntamiento?

—En dos semanas.

Habían presentado toda la documentación y solicitado la licencia de apertura en cuanto firmaron el contrato con el anterior propietario. Si todo salía bien, podrían abrir en julio, tal y como habían planeado.

—Genial. ¿Necesitamos discutir algo más hoy? Estoy rendido.

—Si surge algo, te llamo. Descansa.

Se despidió de Sean y dejó el móvil sobre la mesa. Luego se tumbó en el sofá y cerró los ojos. Takeshi se enroscó debajo de su barbilla y le hizo cosquillas con su pelaje en el cuello. La vibración de su ronroneo le traspasó la piel.

Un pitido le alertó de la entrada de un mensaje, pero lo ignoró. Estaba muy a gusto y no quería moverse. No obstante, el sentido del deber le obligó a alargar el brazo y coger el aparato.

Abrió la aplicación de mensajes y el nombre que apareció le hizo fruncir los labios y arquear ambas cejas, muy sorprendido.

¿Erika?

Se incorporó con rapidez y Takeshi le miró con enfado por haberle molestado. De un salto se bajó de su regazo y se aovilló en el otro extremo del sofá.

¿Erika le había escrito?

¿Después de tanto tiempo?

¿Qué querría decirle?

«Si lo lees, a lo mejor te enteras, ¿no?», se dijo con sarcasmo.

El mensaje era una foto de un objeto totalmente inesperado. Era una bujía que ella sostenía entre el pulgar y el índice. El texto que la acompañaba rezaba así: *La he visto y me ha recordado a ti*.

¿En serio?

Repentinamente, una carcajada honda le brotó del pecho.

¡Erika era incorregible!

Tecleó con rapidez.

Félix: ¿Por el tamaño o por la consistencia?

Ella no tardó mucho en leer el mensaje y, pronto, en la parte superior de la pantalla apareció la palabra *escribiendo…*

Félix se descubrió a sí mismo mirando el móvil con impaciencia, esperando la respuesta que, con toda seguridad, sería ingeniosa.

Erika: Por la consistencia, sin duda. Si la tuvieras de este tamaño, después del primer asalto me habría largado y no habría insistido en conquistarte.

Félix: Yo soy inconquistable.

Erika: Eso es lo que piensas, pero dame tiempo.

Félix: Es lo que estás tratando de hacer ahora? Conquistarme? Pues sí que has tardado.

Erika: Me has echado de menos? Espera, no respondas. Es obvio.

Félix soltó una risa y meneó la cabeza con diversión. No tuvo tiempo de encontrar una respuesta adecuada porque recibió un nuevo texto.

Erika: Qué estás haciendo ahora? Aparte de pensar en mí, claro.

Félix: Pues, aparte de pensar en ti, estoy en casa, con mi gato. Descansando. Anoche trabajé hasta tarde.

Erika: Envíame una foto.

No dudó. Enfocó con la cámara del móvil a Takeshi y le hizo una foto. Se la envió.

Erika: Me encanta tu gato. Es una monada. Pero quería una foto tuya.

Félix: Para qué?

Erika: Qué pregunta más tonta. Para masturbarme mirándola.

Félix leyó la respuesta con los ojos entornados y una sonrisa un poco canalla. Si Erika pretendía descolocarle, no lo iba a conseguir. Era descarada, pero él podía serlo también. Y mucho.

Félix: Te mando una si tú me envías una también.

Erika: Ya te dejé una de recuerdo en el móvil.

Félix: Esa la borré.

Ella tardó en contestar.

Erika: Tú primero.

Se rio. ¿Qué se pensaba? ¿Que iba a retractarse?

Se desabrochó la camisa hasta la mitad del pecho y se tumbó en el sofá. Echó la cabeza hacia un lado y se mordió el labio inferior mientras miraba a la cámara con los ojos

entrecerrados. Posicionó el móvil e hizo dos fotos. Luego las estudió. No habían quedado nada mal. Parecía un tipo satisfecho, recién salido de la cama después de echar un buen polvo. Se rio con ganas antes de enviarle una de ellas.

Félix: A ver si puedes mejorar esto.

Pasaron unos cuantos segundos. Un minuto. Dos. Tres. Félix terminó por dejar el móvil sobre la mesa y mirar a Takeshi.

—Creo que la hemos sorprendido tanto que se ha ido —dijo en voz alta, hablando con el gato.

Se equivocaba.

Un pitido le alertó de la llegada de un nuevo mensaje.

Era una foto sin texto.

En ella aparecía Erika, de caderas para arriba. Llevaba un pantalón de trabajo azul marino sin abrochar, por cuya bragueta asomaba el borde de unas bragas azules de algodón. Su vientre y su estómago, besados por el sol, quedaban al descubierto. Se había atado la camiseta bajo los pechos, pero había dejado que la parte inferior del derecho asomara por debajo del tejido, evidenciando que no llevaba sujetador. El pelo le caía suelto y alborotado sobre un hombro. Había enroscado un mechón de la larga melena en su dedo índice. Tenía una mancha de grasa en el mentón y la lengua sobresalía ligeramente de sus labios. Miraba a la cámara con una expresión provocadora y llena de sensualidad.

Se excitó de inmediato.

Se irguió en el sofá mientras soltaba una maldición.

—Joder, Erika…

En esa foto le recordaba a una de esas modelos espectaculares que posaban para el calendario Pirelli.

Erika: Te dejo que te masturbes con la foto. Yo voy a hacerlo con la tuya. Me tengo que ir que mi pausa del bocata se acaba. Hablamos.

Y se desconectó.

Se quedo mirando el móvil con el ceño fruncido.

«Genial», se dijo con ironía. «Ahora que estoy caliente, se larga».

Se dejó caer contra el respaldo y su mano se dirigió a su entrepierna. Sí. Tenía un problema.

Volvió a mirar la foto y la sangre le corrió rauda por las venas.

—Creo que voy a darme una ducha.

Erika

Estaba con Laura en una de las terrazas de primera línea de playa. No hacía mucho que habían salido de trabajar ambas y habían decidido tomar algo y disfrutar de la puesta de sol junto al mar. Bea estaba en Alicante, de compras con su madre, así que Erika aprovechó para llamar a Juls y que se uniera a ellas. Esta le había enviado un mensaje, diciendo que llegaría en breve.

—Te juro que no hay nada mejor en la vida que una cerveza fresquita—dijo la pelirroja, llevándose la botella a la boca.

Erika se apartó la melena de la nuca para que le diera el aire. Algo inútil. Benidorm en julio era un infierno de calor y humedad. Se sacó una goma del bolsillo de los vaqueros cortos y se hizo una coleta con ella.

—¿Y esa goma? ¿No eres un poco mayor para llevar gomas rosas con mariquitas?

Erika se rio.

—Es de mi sobrina Mía. Estuve en casa de Lukas ayer y se la robé.

—¿Qué tal está la peque?

—Es un terremoto. No para quieta. Todavía no tiene ni año y medio y habla como una cotorra, aunque no la entiende nadie. Solo Alexia.

Sonrió con afecto al recordar a la hija de Lukas y a su niñera/novia, Alexia. Eran tan tiernos los tres…

—¡Hola, chicas!

Giró la cabeza y vio acercarse a Juls, sorteando las otras mesas. No se parecía en absoluto a Félix. Era rubia y menudita. Quizá sus ojos, castaños y profundos, eran la única característica que tenían en común. Tenía las facciones delicadas y el pelo rubio que llevaba muy cortito.

—Necesito una cerveza bien fría —dijo casi sin aliento, tomando asiento frente a ellas—. Vengo andando desde la emisora.

—He escuchado un rato el programa —dijo Laura—. Habéis puesto buena música hoy.

Juls resopló al tiempo que le hacía un gesto al camarero, señalando los tercios de sus amigas.

—No es mérito mío. La música la elige Pablo, el director. En agosto se va de vacaciones y me quedo al frente. Entonces sí que voy a seleccionar yo tanto los temas de la tertulia como las canciones. Ya me diréis que os parece.

—El color del pelo te queda genial al sol —le dijo Laura.

—¿Necesitas que te diga que eres una peluquera maravillosa? ¿Otra vez?

—Sí.

Las tres se rieron.

Laura trabajaba en un salón de belleza y era la artífice de los reflejos dorados del pelo de Juls. También era la responsable de que el cabello de Erika no se asemejara a un nido de pájaros.

El camarero llegó con el tercio de Juls y esta lo cogió ansiosa y dio un largo trago.

Bebieron en silencio mientras la anaranjada luz solar bañaba la playa y los murmullos de las otras mesas llegaban hasta ellas. Sonaba de fondo *Payphone* de Maroon 5. El ambiente era de lo más grato.

Erika miró a Juls de reojo. Todavía no le había contado lo del intercambio de mensajes con su hermano, pese a que hacía ya una semana desde que ocurrió. Era la primera vez que se veían en cierto tiempo y no quiso decírselo por teléfono. Laura tampoco lo sabía, así que era un buen momento para soltarlo, ¿no? Se sacó el móvil del bolsillo, dispuesta a mostrarles la foto que le había enviado Félix.

Dios, esa foto…

¿Se podía ser más sexi?

Tal y como le había dicho, se había masturbado con ella. La había pasado al ordenador para poder ampliarla y se había recreado en las facciones marcadas, la mandíbula angulosa, la barba corta que cubría sus mejillas y el arco de su labio superior. La intensidad de su mirada la había hecho suspirar, y el vello que emergía de la camisa blanca y que ella sabía que era muy suave, porque lo había tenido entre los dedos, había conseguido robarle el aliento.

—Chicas, tengo que contaros… —comenzó, haciendo un gesto para llamar su atención.

No pudo seguir hablando porque una vibración proveniente del móvil la distrajo. Miró la pantalla sin mucho interés, pero cuando vio quién le enviaba el mensaje, se puso de pie con rapidez.

—¿Qué pasa? —preguntó Juls alarmada.

—Nada. Es solo que me ha llegado un mensaje.

—¿De quién? ¿Del Papa? Porque menuda cara de susto —intervino Laura.

—Eh, no… Eh, ahora vengo.

Sin hacer caso a las protestas, se alejó unos metros, hasta alcanzar el borde del paseo marítimo. Notaba el corazón en la garganta y el estómago encogido. Quizá era una tonta por sentirse así, pero era la primera vez que él tomaba la iniciativa. Aquello solo podía tratarse de una buena señal.

No había querido volver a contactar para no ponérselo demasiado fácil. Le había costado aguantar, pero estaba decidida a esperar. Y la espera daba sus frutos, aparentemente.

Abrió la aplicación.

Había una foto de una piruleta. Una similar a la que ella le había dejado.

Félix: Eres la responsable de que haya tenido un antojo de piruleta.

Al leer el texto se le escapó una breve risa.

Erika: Es evidente que piensas en mí.

Félix: Cuando tenga que ir al dentista por las caries me acordaré mucho de ti, eso seguro.

Erika: Tampoco hace falta que te la comas entera. Dale una chupadita y ya.

Félix: ¿Solo una chupadita? Una vez que empiezo no me conformo con eso. Necesito comérmela entera.

Soltó una carcajada y sus dedos se cargaron de travesura al teclear el siguiente texto.

Erika: Te comprendo. A mí también me encanta comérmelas enteras.

—¿Estás wasapeando con mi hermano?

La voz tan cerca del oído la sorprendió tanto que el móvil resbaló de sus manos y cayó al suelo. Se apresuró a cogerlo y se giró para encararse con Juls que la miraba con el ceño fruncido. No la había oído llegar. Había mucha gente por el paseo y ella estaba demasiado absorta.

—Eh…

—No lo niegues. He cotilleado por encima de tu hombro. Es su perfil.

—No iba a negarlo —protestó con una mueca.

—¿Desde cuándo estáis tonteando? No me lo habías dicho. Y él tampoco, qué capullo. Y eso que hablamos anoche.

—Os lo iba a contar ahora.

Un nuevo mensaje entró y ella bajó la vista para leerlo.

Era una foto del palo desnudo de la piruleta. Debajo rezaba: *Somos iguales, aparentemente*.

Volvió a reírse. Le encantaba ese flirteo con Félix.

—Vale ya de risitas. Y suéltalo todo —la regañó Juls.

Erika elevó la mirada y la clavó en el rostro de su cuñada. Sí, los ojos eran similares a los de su hermano. Muy similares.

—Venga, que os lo cuento todo con pelos y señales. Y os enseño su foto sexi.

—¿Foto sexi? ¿Mi hermano? —Había estupefacción en su tono.

—Sí. Muy sexi. Vais a flipar.

Caminaron juntas hasta la mesa donde las esperaba Laura con una expresión impaciente en la cara.

Capítulo 13

Félix

Era la primera vez en muchos años que iba a disfrutar de veinte días seguidos de vacaciones, aunque tampoco podía llamarlas así, porque tenía que supervisar los últimos arreglos del local de Valencia y estar allí para la inauguración, pero era una novedad para él alejarse de Madrid tres semanas seguidas.

En un primer momento, pensó en reservar una habitación de hotel en Valencia, pero su hermana se negó en redondo, aduciendo que, si se quedaba tan lejos de Benidorm, no iban a tener tiempo para estar juntos. No obstante, no había aceptado el ofrecimiento de alojarse con ella y con Jorge en su piso porque era demasiado pequeño y no quería dormir en un sofá cama. También había rechazado con mucha educación hospedarse en el chalet de la familia Alba porque no quería ser una molestia.

Finalmente, había recurrido a su amiga Ana, que vivía en Benidorm desde hacía más de una década y siempre le estaba insistiendo en que fuera a visitarla. Se habían conocido en el primer año de instituto y habían pertenecido al mismo grupo de chavales rebeldes, enfadados con el mundo que protestaban por todo y hacían gamberradas. Al igual que él mismo, con el tiempo, ella había sentado la cabeza, había estudiado fotografía, se había casado y se había mudado a la costa con su marido. El matrimonio no había durado mucho y ahora era una mujer divorciada, madre de un niño de ocho años, que había montado su propio estudio de fotografía con el que se ganaba bien la vida. Tenía un piso grande cerca de la playa y, como le había dicho por teléfono con guasa, un dormitorio de sobra que llevaba su nombre.

Llegó a Benidorm a la una del mediodía de un lunes. Había hecho el trayecto desde Madrid en menos de cuatro horas, deteniéndose en una gasolinera solo para visitar el aseo.

Lucía un sol espléndido y, en cuanto abandonó la autovía y se internó en el vial que bajaba a la playa, abrió la ventanilla. El calor sofocante le cortó la respiración. En solo unos segundos, la brisa húmeda le resbaló por la desnuda piel del brazo. Cerró la ventanilla con rapidez, agradeciendo la fresca temperatura que reinaba dentro del coche. Estaba acostumbrado al calor seco de la capital. ¿Cómo iba a aguantar veinte días con esa humedad tan pegajosa?

El navegador le indicó que estaba a dos calles de donde vivía Ana. La había llamado hacía solo unos minutos para comunicarle que estaba llegando y ella le había dicho que esperaría abajo para abrirle la puerta del garaje. Había hablado con un vecino que vivía fuera y solo acudía en agosto para que le cediera su plaza de aparcamiento durante esas semanas.

Se internó en una calle bordeada por altos edificios que proporcionaban sombra por doquier y ocultaban el sol abrasador. No divisó más que a tres chicas jóvenes que paseaban a un perro. Era una zona tranquila.

Una figura femenina con un largo vestido veraniego de flores se materializó a unos cien metros delante de su vehículo. Agitaba los brazos con entusiasmo.

La reconoció de inmediato porque no había cambiado apenas. Alta y muy delgada, con el cabello castaño en el que destacaban unas mechas rubias recogido en una coleta. Su rostro alargado estaba dorado por el sol y su sonrisa enorme parecía demasiado grande para sus facciones afiladas. Su mirada oscura era la de siempre, dicharachera y cálida a un tiempo. Sentía mucho afecto por ella. Hacía tiempo que no se veían. La última vez fue en Madrid hacía muchos

años, antes de que ella se mudara a Benidorm definitivamente. No obstante, habían mantenido el contacto telefónico y cuando nació su hijo Dani, él le había enviado un regalo.

Detuvo el coche en doble fila, activó las luces de emergencia y se apeó para poder saludarla en condiciones. Un instante después, ella se arrojaba a sus brazos.

—¡Fix! —le llamó por el apodo que solían usar cuando eran adolescentes—. No me creo que estés aquí. ¡Qué ilusión me hace verte! Llevas el pelo más corto. ¡Por Dios, estás guapísimo! La barba te queda bien —añadió, pasándole una mano por el mentón.

—Tú sí que estás guapa —repuso él, estrechándola con fuerza. Luego elevó la cara y la miró con cariño—. Parece que ese nuevo novio tuyo te trata bien.

—Diego es un amor. Ya le conocerás. ¡Ay, es que estoy hasta nerviosa! Tantos años sin vernos… —Se separó de él y señaló un portón gris—. Mira, esa es la entrada del garaje. Te abro. La plaza está nada más entrar a la derecha. Es la ciento dos.

La gran puerta metálica comenzó a abrirse y Félix regresó al coche. Lo arrancó y se internó en el garaje hasta dar con la plaza que ella le había indicado.

En cuanto se bajó del vehículo y cogió su maleta del maletero y la funda de los trajes, ella le tomó del brazo y le condujo hasta los ascensores.

—Hoy tengo el día libre y Dani no vuelve hasta esta tarde. Le toca a su padre recogerle del cole y hacer los deberes con él. ¿Has quedado con tu hermana?

—No le he dicho a qué hora llegaba. Había pensado pasar por la emisora a recogerla y darle una sorpresa.

—Entonces tenemos unas horitas para estar juntos y ponernos al día.

Félix la miró de soslayo. No había mentido antes cuando le dijo lo guapa que estaba. Tenía un brillo especial en la mirada. Resplandecía. Era obvio que la vida le sonreía y que era feliz.

—Tengo mil cosas que contarte —continuó ella mientras el ascensor subía hasta la novena planta—. Y tú también, señor empresario. ¿Quién iba a pensar que Fix, el chico más malote del grupo se iba a convertir en un tipo respetable? —dijo con una risita.

—Tan respetable no soy —dijo con un guiño canalla—. Además, mira quién fue a hablar, señora propietaria de un estudio de fotografía —le siguió la broma.

Ambos sonreían tontamente cuando entraron al piso. Ana le condujo a un dormitorio que estaba al fondo del pasillo para que dejara el equipaje. Era una habitación grande con una cama de matrimonio, una mesilla, un escritorio con una silla giratoria y un armario. Las paredes estaban pintadas de color azul y las cortinas eran de rayas. No tuvo tiempo de fijarse en nada más porque ella le tomó del brazo y le guio por el piso. Andaba rápido y con brío mientras parloteaba animada, y a Félix se le contagió su entusiasmo. Mientras le llevaba de una habitación a otra, le contó que ese era el piso en el que había vivido con Enrique, su marido, y que, tras la separación, fue ella la que se quedó con el inmueble y con la hipoteca que lo gravaba.

El salón era muy luminoso y estaba decorado con muebles claros que le otorgaban amplitud y frescura. Tenía una espaciosa terraza acristalada desde la que se podía disfrutar de una panorámica maravillosa del mar. Dado que el edificio se encontraba sobre terreno elevado y estaban en una novena planta, las vistas eran espectaculares. Había otras edificaciones delante, más cercanas a la playa, pero estaban situadas en cuesta, en la hondonada, y no estorbaban. Calculó que la playa no estaría a más de cuatrocientos metros de allí.

—La hipoteca me está matando, pero solo por estas vistas merece la pena, ¿no crees? —dijo ella con la voz destilando orgullo.

—Sí. Son impresionantes. —Admiró la calmada superficie de agua azul verdosa que

quedaba interrumpida en la lejanía por el trazo recto del horizonte.

—Mañana podemos desayunar aquí.

—Mañana tengo que estar en Valencia muy temprano —contestó con pesar.

—No te preocupes. Otro día será, entonces. Ante todo, siéntete como en casa. Puedes ir y venir como te plazca. Anda, ven, y te enseño el resto del piso.

La siguió hasta la cocina. Junto a la nevera se erguía una mesa roja de formica con cuatro sillas de metal blancas. La estancia daba a la parte trasera del edificio y por la ventana se podía ver la alta sierra escarpada bajo la cual se había construido Benidorm.

—Este es mi dormitorio —dijo, abriendo la siguiente puerta. Una cama enorme ocupaba gran parte del cuarto—. Tengo baño aquí y es el que también usa Dani por las mañanas, así que no tienes que compartir baño con nadie. Ese de ahí es solo para ti —dijo, señalando otra puerta —. Y el dormitorio de mi hijo no te lo puedo enseñar porque se lo he prometido. Quiere enseñártelo él. Está muy emocionado porque va a conocerte por fin.

—¿Sí? —inquirió, extrañado.

—Quiere hacerte preguntas sobre cómo era yo de adolescente.

—Entonces será mejor que mienta, ¿no? —repuso burlón—. No queremos darle un mal ejemplo a tu hijo.

—Sí, por favor.

Los dos rieron.

Pese a que hacía mucho tiempo de su último encuentro, era como si no se hubiesen separado nunca y, poco después, hablaban entre ellos con suma confianza. Ella le ayudó a deshacer la maleta mientras le contaba detalles de su estudio, de su fallido matrimonio, de su nuevo novio y de su vida en general. Él correspondió con historias del trabajo, de su familia y de Sean.

Terminaron sentados en el sofá, compartiendo unos sándwiches y recordando viejos tiempos.

—Creo que esos años fueron los mejores y los peores de mi vida al mismo tiempo —confesó ella después de tragar un bocado.

Félix meditó sobre lo que acababa de decir. Recordaba más momentos malos que buenos. Aunque también era cierto que Ana nunca había llegado tan lejos como él. A ella nunca la habían detenido ni se había liado a golpes con nadie.

—Yo me alegro de haber salido de ese mundo y de haber sentado la cabeza.

—Yo también, no me malinterpretes. Estoy feliz con mi vida, solo que a veces me gustaría hacer más locuras. No sé, bailar desnuda en la playa y no aparecer por casa en días. ¿Te acuerdas de ese viaje que hicimos a Cádiz? No dormimos ni una sola noche.

Félix lo recordaba bien. Eran seis, todos sin un duro. Se las habían arreglado para llegar hasta el sur haciendo dedo y habían pasado una semana durmiendo en la playa, bajo un manto oscuro lleno de estrellas, y comiendo lo que podían cuando podían.

—No sé si ahora podría dormir más de una noche en la arena de la playa. Estoy mayor —dijo con sarcasmo.

—¡Bah! —se rio ella—. No aparentas más de cuarenta y cinco, cuarenta como mucho.

—Tú también —se vengó con una ceja arqueada.

Ambos sonrieron y se miraron con afecto.

Ella posó la vista sobre sus dos cicatrices y él aguantó su escrutinio. No le agradaba hablar de cómo habían llegado aquellas dos marcas a su mejilla, pero Ana era una de las pocas personas que lo sabía. Fue uno de los testigos de aquella desastrosa noche.

—Te dan carácter —le dijo—. Antes eras atractivo, pero con ellas eres arrebatador.

Él rio.

—Si tú lo dices.

Continuaron hablando largo y tendido hasta que llegó la hora en la que Félix tenía que irse si quería llegar a tiempo de recoger a su hermana. Se cambió de ropa y se puso una camiseta verde caqui y unas bermudas de color negro que acompañó con unas zapatillas blancas. Antes de marcharse, Ana le explicó cómo llegar más rápido y dónde podía dejar el coche.

Se despidió de ella y se dirigió al garaje en busca de su vehículo. Le parecía extraño ir vestido así. Hacía mucho tiempo que no se ponía un pantalón corto para salir a la calle, pero era una locura pensar en vestir de otra manera con el clima asfixiante de Benidorm.

Tal y como le había dicho su amiga, el *parking* público estaba muy cerca del edificio donde se encontraba la emisora de radio. Estacionó y salió a la calle, resoplando agobiado. No era solo por el calor, era por la cantidad de gente que pululaba por los alrededores, en su mayoría, turistas. Era complicado abrirse paso entre ellos. Miró el reloj y descubrió que todavía faltaban diez minutos para la hora de salida de Juls. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió una tienda de animales justo enfrente. Decidió acercarse a ver si encontraba algún juguete para Takeshi, aunque era un poco exquisito e ignoraba todos los cachivaches que le compraba.

Estaba a punto de atravesar la calzada cuando vio la cara de alguien conocido por encima de las cabezas de los viandantes. Ese rostro atractivo de facciones angulosas, con barbita de tres días y ojos traviesos era inconfundible.

Jorge.

Estaba a unos doscientos metros, en una esquina, conversando con una chica de largo cabello rubio.

¿Erika?

No había esperado encontrarse con ella tan pronto, pero la idea no le desagradaba en absoluto. Hacía varios días desde el último mensaje que intercambiaron y tenía ganas de volver a verla y dejarse llevar por su ingenio y sus originales comentarios picantes.

Sonriendo, se dispuso a ir hacia ellos, pero en ese instante, la chica se giró y le mostró el perfil y él se percató de que no era Erika, aunque el parecido era notorio. Tampoco era ninguna chica joven. Debía de tratarse de su madre.

Una pequeña punzada de decepción se le clavó en el abdomen.

Antes de que pudiera alcanzarlos, la mujer se despidió de Jorge y echó a andar en dirección opuesta, perdiéndose entre la gente.

—Cuñado —le llamó cuando estaba a solo un paso de él.

Jorge se giró y le miró con estupor.

—¿Félix? —Había incredulidad en su tono.

—El auténtico.

Jorge pestañeó un par de veces, pero reaccionó al fin y sus labios se distendieron en una sonrisa tan marcada que sus ojos se achinaron. Le abrazó con ganas y le estampó un beso en la mejilla. Félix ya se había acostumbrado a la efusividad del novio de su hermana y correspondió palmeándole la espalda.

—¡Menuda sorpresa! ¿Sabe Juls que estás aquí?

Negó con la cabeza.

—Se va a volver loca cuando te vea. Creíamos que llegabas el jueves.

—Me he adelantado.

—Pues va a flipar. Si llegas a venir un poco antes, te presento a mi madre. Estaba

conmigo.

—La he visto de lejos.

—Bueno, ya verás a mis padres este fin de semana. Están deseando conocerte.

—¿Tú qué haces aquí?

—Tengo la tarde libre y he quedado con tu hermana para tomar algo por aquí.

Jorge era instructor de buceo y tenía unos horarios bastante peculiares.

—Vaya. Si tenéis planes…

—Nos viene bien que vengas tú también y así pagas —dijo con un guiño.

Félix rio.

—Menos mal que he cogido la Visa Oro.

—Además, estoy seguro de que tu hermana prefiere estar contigo. A mí me tiene muy visto.

Echaron a andar. Jorge tomó la delantera y le guio hacia unas escaleras que conducían a la parte frontal del edificio donde estaba la emisora. Le iba haciendo preguntas sobre el viaje, sobre su amiga Ana y sobre el nuevo Corso, y Félix las contestaba todas de buen grado. Le gustaba su cuñado. Era una persona fantástica que trataba a su hermana con todo el afecto del mundo. Además, tenía un gran sentido del humor y era terriblemente optimista.

—Espero que no tengas planes este fin de semana porque Juls ha organizado mil cosas para hacer contigo.

—Lo suponía.

Llegaron ante la puerta del edificio y se detuvieron frente al escaparate de una agencia de viajes.

—Qué raro me resulta verte así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Con pantalón corto y camiseta.

Félix recorrió el cuerpo de Jorge de un vistazo. Llevaba vaqueros cortos y una camiseta blanca.

—Voy vestido como tú.

—Eso es lo raro. Creía que habías nacido con traje y corbata.

Félix rio.

—Me he traído dos trajes, no sufras. Mañana me pondré uno para ir a Valencia, tengo que aparentar ser un jefe serio.

No pudieron seguir hablando porque un grito estridente los interrumpió.

—¡Félix!

No tuvo apenas tiempo de girarse cuando Juls se le echó encima y se aferró a su cuello con fuerza.

—Hola, peque —le dijo muy sonriente, girando sobre sí mismo y haciendo que ella riera.

Su hermana estaba guapísima. Con el pelo corto más rubio de lo que él recordaba y la tez morena en la que destacaban sus pecas rebeldes.

—¡Ay, qué sorpresa! ¡Qué guapo estás! ¿Por qué estás aquí? ¿Cuándo has llegado? —balbuceó ella—. ¡Qué ilusión! Tenías que haberme dicho que venías antes.

—Ha surgido así.

—¿Ya te has instalado?

—Sí.

—Hola, yo también estoy aquí —intervino Jorge, que se había mantenido en un segundo plano.

—Tú me das igual, ahora mismo —repuso ella sin volverse a mirarle.

Jorge refunfuñó algo y Félix soltó una carcajada.

—¿Te vienes con nosotros a tomar algo?

—Claro. Ya me ha dicho tu novio que me toca pagar a mí.

—Le tengo bien enseñado.

—¿Ves cómo me trata? —se quejó este con fingido disgusto.

Juls se soltó del abrazo y se dirigió a Jorge. Le dio un beso en los labios y luego enhebró un brazo con el de él y el otro con el de su hermano.

—Vamos chicos, hoy soy la mujer más feliz del mundo. Tengo a mis dos hombres favoritos del mundo mundial conmigo.

Capítulo 14

Erika

Sabía que Félix estaba en Benidorm porque Juls la había llamado para decírselo. Sabía que había llegado hacía cuatro días y que se alojaba en casa de una amiga. Sabía también que estaba muy ocupado yendo a Valencia y que la noche anterior había cenado con Jorge y Juls en su piso del Albir. Sí, sabía casi todo de él, cada paso que daba y dónde se encontraba y con quién.

Sin embargo, no tenía ni idea de cuándo le volvería a ver. Y eso la enervaba.

Jorge le había dicho que iban a acudir al chalet de sus padres el domingo por la tarde porque quería presentarle a la familia. Ella también iba a asistir a la reunión, pero todavía era viernes y faltaban dos días para eso.

¡Dos días! Demasiado tiempo.

Soltó un bufido entre dientes mientras ahuyentaba al madrileño de su cabeza y se concentraba en recoger las herramientas y guardarlas en su maletín.

Estaba sobre la cubierta del *Josephine*, un yate de veintidós metros de eslora, con dos motores MAN de mil trescientos caballos de potencia cada uno. La embarcación tenía ya unos añitos, pero todavía le quedaban muchas aguas que surcar si sus dueños no la maltrataban, como había sucedido.

No se podía comprar un sueño de yate como ese y dejarlo en el agua sin mantenimiento durante tres años. Los barcos eran como los bebés. Había que estar muy pendiente de ellos.

Hacía dos semanas que habían sacado el *Josephine* del agua y lo habían estacionado en la zona trasera del varadero, sobre una cuna de acero galvanizado, que soportaba casi cualquier peso, además de apuntalarlo en los extremos con pies de dique para mayor seguridad. Erika y tres compañeros más llevaban desde entonces intentando poner a punto la embarcación. Mientras ella se encargaba de los motores, Marcos y Steve se ocupaban del casco y Julio, del sistema eléctrico.

Erika torció el gesto al recordar el estado en el que se había encontrado los motores. Los fuelles de goma y los enfriadores estaban rotos. Los codos de escape estaban picados por el agua salada. Los inyectores no funcionaban y las válvulas estaban oxidadas.

Un verdadero desastre.

Y un reto.

Adoraba ese tipo de reparaciones.

Después de muchos días de trabajar incansablemente, Erika podía decir que lo había logrado. Los motores volvían a funcionar y ronroneaban como un gatito. Solo le restaba cambiar el aceite y los filtros, pero eso pensaba dejarlo para el día siguiente ya que apenas quedaban diez minutos para terminar la jornada laboral.

Dejó la pesada caja a sus pies, se acodó en la barandilla de metal y miró hacia abajo. Marcos y Steve estaban recogiendo sus herramientas mientras se reían de algo. Eran ambos mayores que ella, pero más novatos. Hacía poco que trabajaban juntos. Marcos había llegado el año anterior y Steve solo hacía tres meses. No se llevaba mal con ellos.

Alzó la vista y contempló el horizonte a través de los numerosos mástiles de las embarcaciones ondulantes que había en el puerto. Se respiraba paz a esa hora de la tarde cuando el sol ya había alcanzado la tonalidad anaranjada que anunciaba el preludio de su desaparición.

No podía demorarse mucho porque había quedado con Bea y Laura. No obstante, cerró los ojos y pensó en lo afortunada que era de tener un trabajo semejante. Pensaba en sus amigas y en que pasaban todo el día encerradas, Laura en la peluquería y Bea en una oficina. Pobres. No había nada tan maravilloso como trabajar al aire libre. Aunque se hacía duro en invierno, Erika no lo cambiaría por nada.

—¡Eri! —la llamó Valentín, uno de los jefes, desde abajo—. ¿No bajas?

—Ahora voy.

—He visto a tu hermano. Está por el puerto.

Erika frunció el ceño. ¿Su hermano?

No pudo preguntarle, porque él se dio media vuelta y se alejó camino del taller.

Solo podía ser Jorge. Diego estaría trabajando y Lukas también. El único que tenía unos horarios flexibles era Jorge. Pero no entendía qué hacía en Pueblo Mascarat. No había mucho que ver ni hacer y menos a aquella hora de la tarde. El lugar era pintoresco, pero no era un verdadero pueblo, más bien una urbanización, cuyo principal atractivo era el puerto deportivo y las calitas pedregosas de agua azul turquesa donde se practicaban deportes acuáticos. En invierno apenas vivía nadie en la zona, pero en verano se llenaba de turistas con dinero. Todos los edificios y casitas, construidos alrededor de un par de plazas, eran de color tierra y de estilo mediterráneo con tejados marrones a dos aguas y vigas de madera. También había unas cuantas cafeterías y restaurantes cuyos precios eran para ricos.

Todavía estaba intentando hacerse una idea de por qué su hermano estaría por allí, cuando le vio aparecer detrás de una furgoneta que había aparcada cerca de la entrada al varadero. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta roja. Seguro que Valentín le había dejado pasar, porque aquella zona estaba vedada para el público. Era una propiedad privada. Tras él iba Juls, con un vestido amarillo. Y unos pasos más atrás…

Félix.

El corazón de Erika se saltó dos latidos y la sangre comenzó a correr rauda por sus venas. Ni siquiera se percató de que agarraba la barandilla con más fuerza.

Se aprovechó de que no la habían descubierto para contemplarle a su antojo. Pese a que era la primera vez que le veía vestido de ese modo tan informal, con bermudas color tierra y camiseta negra, era imposible confundirle con otra persona. Era muy suya esa manera de caminar con seguridad, esa imponente figura de hombros anchos y esa expresión en el rostro, severa y firme, incluso en ese ambiente distendido.

Un regalo para los ojos.

Escuchó que se reían mientras avanzaban entre los barcos. El *Josephine* no era el único que estaba en dique seco para ser reparado.

Erika se echó hacia atrás para evitar ser vista y dejó que pasaran de largo.

—Valentín ha dicho que estaba por aquí —dijo Jorge.

En ese instante, Juls levantó la vista y la vio. Hizo un amago de saludo con la mano, pero Erika se llevó el dedo índice a los labios para hacerla callar y señaló a Félix con un gesto. Su cuñada la entendió perfectamente y tiró del brazo de Jorge para alejarle.

—Vamos a mirar por allí —le dijo con tono autoritario—. Espéranos aquí, Félix. Ahora mismo volvemos.

El aludido la obedeció y se quedó inmóvil, a unos metros del yate, mientras se llevaba una mano a la frente para que actuara de visera, y recorría el lugar con la vista, interesado.

Erika le estudió unos segundos, decidiendo que hacer. Finalmente, sonriendo con malicia, se metió las manos en los bolsillos y encontró varias tuercas oxidadas. Sacó una de ellas y la dejó

caer muy cerca de donde se encontraba Félix, que dio un respingo y alzó la cabeza con sorpresa. Cuando la vio, su expresión cambió y una sonrisa iluminó sus facciones.

—Si has venido a decirme que el hijo que esperas es mío, te aseguro que no —comentó ella con sorna—. Seguro que es de otra.

Él reaccionó con perplejidad ante el inesperado comentario, pero se recuperó con prontitud y soltó una carcajada. El sonido de aquella risa ronca llenando el varadero hizo que a Erika se le erizaran los pelos de la nuca.

¿Tenía que reírse de ese modo tan sensual?

—Me robas mi virtud y ahora no quieres hacerte cargo del niño. Qué canalla… —continuó él con la broma.

Era tan evidente que estaba encantado de verla que ella no pudo evitar que un torrente de satisfacción la inundara. Sentía los masculinos ojos paseando por su cuerpo de arriba abajo como si la estuviesen acariciando. Tenía muy presente cuál era su aspecto, con los pantalones de trabajo, la camiseta azul manchada y la vieja gorra negra de los Lakers del revés que le sujetaba el pelo. Nunca se había sentido especialmente sexi con ese atuendo, pero esa mirada la convenció de lo contrario.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó con entonación provocadora, reclinándose más sobre la barandilla,

—Más de lo que esperaba —admitió con una mueca traviesa.

Guardaron silencio mientras se estudiaban con fijeza. Las ganas de abalanzarse sobre él y cometer una locura le hormigueaban bajo la piel.

—¿No vas a bajar?

—¿No vas a subir? No sé, como en *Pretty Woman* al final, cuando él sube por la escalera como un príncipe encantador en busca de su princesa.

—No soy tan romántico y no he visto esa película.

Erika abrió la boca con exageración.

—¡No puedo creerlo! Todo el mundo ha visto esa película. La ponen por la tele cada dos por tres. ¿Qué tipo de pelis te gustan?

—De acción, supongo —repuso con un encogimiento de hombros.

—¿Supones? ¿Cuándo fuiste al cine por última vez?

Le vio arrugar la frente como si intentara recordar un tiempo muy lejano.

—Creo que fui a ver *El club de la lucha*.

Erika arqueó ambas cejas.

—De eso hace veinte mil años. Hay que ponerle remedio. Ahora que estás de vacaciones tenemos que ir al cine de verano.

Él no pudo contestar porque en ese momento hicieron su aparición Jorge y Juls.

«Aguafiestas».

—Hola, Eri. Te estábamos buscando —dijo su hermano.

—Pues me habéis encontrado. ¿Qué hacéis aquí?

—Hemos venido a enseñarle el puerto a Félix, y ya de paso a hablar contigo. Valentín nos ha dejado entrar.

—¿Hablar conmigo?

—¿No es más fácil que bajes y así no pegamos gritos?

Erika hizo un gesto afirmativo. Se encaramó a la barandilla y alcanzó la escalera de metal extensible. Bajó por ella a gran velocidad y se plantó en el suelo. Era muy consciente de que Félix no le quitaba los ojos de encima. ¿Qué? ¿Nunca había visto a una chica bajando una

escalera? Sonrió para sus adentros y se centró en Jorge y en Juls.

—¿Qué pasa? ¿De qué quieres hablar?

—De nada serio. Es que vamos a juntarnos esta noche en casa de Diego e Iván para cenar. Vienen Lukas y Alexia también y dejan a Mía con papá y mamá. Te he llamado antes para preguntarte si te apuntabas, pero no me lo has cogido y ya que estábamos por aquí…

Erika se sacó el móvil del bolsillo y vio que tenía una llamada perdida de su hermano. También tenía un mensaje de Félix de hacía un rato. Lo abrió con suma curiosidad.

Era la foto de un barco. *Elisa* se llamaba. El texto decía: *¿Será este barco también un suplantador?*

No pudo evitar que se le escapara una risita. Alzó la mirada y vio que Félix la observaba con los ojos chispeantes y las comisuras de los labios ligeramente levantadas.

—¿De qué te ríes? Pareces tonta —se inmiscuyó Jorge, llamando su atención.

—Tú tienes cara de culo y no te lo digo —replicó con acritud mientras le sacaba la lengua—. Me apunto a la cena. Solo tengo que pasar por casa para darme una ducha rápida y arreglarme.

—Genial. Pues a las diez nos vemos allí. ¿Nos vamos?

Juls, que había estado muy callada, intervino y le cogió de la mano. Le lanzó una ojeada cómplice a Erika y tiró de él para llevárselo de allí. Jorge se resistió con el ceño fruncido, pero, de pronto, pareció comprender lo que estaba sucediendo y se dejó arrastrar mientras mascullaba algo.

—Mi hermana ha sido poco obvia, creo —dijo Félix.

—Sí. No se ha notado nada. Así que ves un barco con mi nombre falso y te acuerdas de mí. —Cambió de tema con rapidez.

—Era inevitable.

Ella se fijó en sus piernas y brazos tostados por el sol. También su tez estaba bronceada, más de lo que recordaba. ¿Había tenido tiempo de ir a la playa? ¿Cuándo? ¿Y por qué sin ella?

—Estás guapo. El verano te sienta muy bien. Tienes unas rodillas y unas pantorrillas impresionantes —le dijo con voz aterciopelada.

—Lo sé —repuso con humor—. Por eso suelo llevarlas tapadas. No quiero provocar desmayos.

—No te imaginaba con esta ropa, pero no te queda mal. —Se acercó a él, mirándole los labios sin pestañear.

Quería besarle.

—Tú también estás muy atractiva —soltó con ironía, señalando las manchas de la camiseta.

Ella no hizo caso del comentario. Se acercó todavía más y se puso de puntillas. Sus labios quedaron a escasos milímetros de distancia.

—¿Qué haces? —preguntó él con una sonrisa ladeada.

—Intentando besarte —explicó—. Me muero por hacerlo.

Él soltó una suave risa y ella suspiró bajito al sentir cómo su aliento le acariciaba la piel.

—Eres una chica muy mala —le dijo meneando la cabeza. Dio un paso atrás al tiempo que chasqueaba la lengua—. Nos vemos en un rato en la cena.

Se dio media vuelta y echó a andar hacia la salida.

Erika se mordió el labio inferior, frustrada, mientras le veía alejarse. Era un hueso duro de roer, pero ella no iba a rendirse. Y las bermudas le quedaban de fábula. ¡Dios! Tenía un culo espléndido.

Se sacó el móvil del bolsillo y les envió un mensaje a sus amigas.

No contéis conmigo esta tarde. Voy a cenar a casa de Diego. Félix también estará. Mañana os contaré si he tenido éxito.

No esperó respuesta. Se puso en marcha camino del taller, malhumorada, pero antes de poder alcanzarlo, sintió una mano en el brazo que la obligó a darse la vuelta.

¿Félix?

Tenía una expresión peculiar en el rostro. Parecía lleno de determinación.

—¿Te has olvidado de algo?

—Sí, de esto.

Iba a preguntarle a qué se refería cuando la sostuvo por el talle y su boca apresó la suya con fiereza. Hubo un choque de labios y de lenguas antes de que hubiera podido reaccionar.

Félix se apartó y la soltó.

—Eh, ¿qué… qué ha sido eso? —balbuceó ella sin aliento.

—Se le suele llamar beso —repuso él con tono sarcástico.

—Ah…

Se había quedado sin palabras, y el corazón le iba a mil.

Él recorrió su labio inferior con el pulgar al tiempo que la miraba como si fuera la mujer más deseable del mundo

—Erika…

Ella seguía muda. Solo podía observarle con desconcierto. Pese a que ya no aferraba su cintura, todavía podía sentir la firmeza de esas manos sobre su piel, como si la hubieran dejado marcada.

—Luego nos vemos —dijo él.

Y se marchó por segunda vez.

Erika notó el móvil vibrando en su bolsillo, pero lo ignoró.

Se llevó los dedos a los labios y se los acarició con cuidado. Estaban un poco resentidos porque el beso había sido muy impetuoso.

Félix la había besado.

Besado.

Félix.

Félix

Juls ya le había advertido de que los Alba eran peculiares, pero nada le había preparado para lo que se encontró aquella noche. Eran un grupo ruidoso, divertido y muy heterogéneo. Parecía imposible que tantas personalidades distintas hubieran encontrado un hueco donde coexistir y ser felices. Sin embargo, lo habían hecho, y Félix estaba siendo testigo de ello. Aparentemente, no había secretos entre ellos y hablaban sin tapujos ni vergüenza de cualquier cosa, desde nimiedades hasta problemas muy íntimos. Todo ello regado con humor e ironía.

A él le recibieron como si fuera uno más del clan y le gastaron bromas desenfadadas como si le conocieran desde siempre. En un primer momento, se sintió un poco sobrepasado por tanta familiaridad, pero no tardó en aclimatarse y empatizar con todos ellos.

Le gustaban.

Diego era serio, calmado y responsable, con un humor discreto. No elevaba la voz y siempre trataba de calmar los ánimos. Era una especie de figura paterna para sus hermanos.

Por el contrario, Iván, su pareja, era bastante más joven y despreocupado, aunque Félix sabía que las apariencias engañaban porque Juls le había contado un poco de su historia y no

había tenido una vida fácil. Era el mejor amigo de Lukas desde que eran críos y se había criado con los Alba.

Lukas, el benjamín de la familia, era un chico que rebosaba buen humor y se reía con mucha frecuencia. Era pendenciero y provocador, pero bajo esa fachada de chico gamberro se ocultaba un padre abnegado que no cesaba de mirar el móvil para ver si su hija Mía estaba bien.

Alexia, su novia y la última incorporación al grupo, tampoco había vivido sobre un lecho de rosas. Se le notaba en la mirada. Pese a su juventud, sus ojos oscuros parecían ancianos, como si hubieran experimentado cientos de aventuras y desventuras. Por el día estudiaba y cuidaba de Mía y por la noche trabajaba como gogó. Era más callada que los otros y un poco tímida.

A Jorge y a Juls ya los tenía catalogados desde hacía tiempo. A su hermanita la adoraba con fiereza y a su cuñado le había cogido cariño desde el día en que le conoció.

Y luego estaba Erika.

Incatalogable.

Divertida, descarada, ingeniosa y explosiva.

La visión de ella aquella tarde en el puerto todavía le descolocaba. Incluso desarreglada, sucia y sudorosa le había parecido irresistible. Su forma de moverse, cómo había bajado la escalera casi deslizándose, la seguridad que exudaba… Era obvio que en aquel varadero ella estaba en su elemento. Tuvo que cerrar los puños y ejercer todo el autocontrol del que disponía para no quedarse mirándola alelado.

No sirvió para nada, por supuesto.

Terminó sucumbiendo y besándola.

Todavía se lo reprochaba a sí mismo. Una vocecita interior le recordaba constantemente que no podía acostarse con ella. Que no debía. La vocecita era muy insistente y machacona, pero de algún modo, él la había ignorado.

No debería haberla besado.

Pero lo había hecho.

Él, Félix Sanz, de treinta y ocho años y curtido en la vida, estaba confuso debido a una chica una década más joven que él y con mucha menos experiencia. ¿No era patético?

Se llevó la lata de cerveza a la boca y le dio un largo trago.

Era pasada la medianoche y estaban reunidos en el salón de Diego. Sonaba de fondo una antigua canción de Queen, *Don’t stop me now*. En el sofá habían tomado asiento Juls, Alexia y Lukas. En sillas, que habían traído de la cocina, Diego, Jorge, Iván y él mismo. Erika estaba sentada en el suelo y tenía la espalda apoyada en las piernas de su hermano mayor. Sobre la mesita del centro había varias cajas de *pizza* ya vacías y unas cuantas latas de cerveza y refrescos.

La conversación versaba ahora sobre qué era mejor: las cafeteras de cápsulas o las tradicionales.

Sí, los Alba discutían por cualquier tontería.

Esa noche, durante la cena, ya se había debatido sobre música, sobre restaurantes japoneses, sobre prendas de ropa, sobre playas y sobre móviles. Todos daban su opinión con vehemencia y se reían mucho de las opiniones de los demás. Parecían divertirse pinchándose los unos a los otros.

Los ojos de Félix recalaron sobre la rubia que le traía de cabeza. Decir que estaba guapa era quedarse muy corto. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta que ponía de manifiesto su estilizado y largo cuello, y no iba maquillada. Su atuendo consistía en unos vaqueros muy cortos y una camiseta negra de tirantes bajo la que no llevaba nada. No habían intercambiado más de

dos o tres frases en toda la noche, pero sus miradas sí habían coincidido en varias ocasiones. En ese instante ella le estaba estudiando con los párpados bajos, a través de las pestañas mientras lamía una piruleta roja con sensualidad. ¡Joder, con las malditas piruletas!

—Tú tienes cafetera de cápsulas —dijo, repentinamente, señalándole—. ¿Te gusta más ese café que el tradicional?

—¿Tú por qué sabes que tiene cafetera de cápsulas? —se inmiscuyó Lukas con rapidez.

—Porque he estado en su casa.

Todas las miradas se volvieron hacia ella, excepto las de Jorge y Juls, que se fijaron en él.

—¿Cuándo? —inquirió Lukas con sorpresa.

—Sí —intervino Félix con tono irónico—. ¿Cuándo has estado en mi casa?

Un centelleo malvado apareció en los azules ojos de ella al tiempo que le daba un lametón al dulce.

«Va a soltar alguna bomba para provocarme». Félix se preparó para lo que estaba por llegar.

—En mayo, cuando estuve en Madrid —repuso con inocencia—. ¿No te acuerdas? Cuando nos acostamos.

Se hizo un silencio en la habitación, solo interrumpido por la inigualable voz de Freddie Mercury.

Félix aguantó una risa.

Erika era maligna, pero no sabía con quién estaba jugando.

—¿Te refieres a cuando fingiste ser otra persona para llevarme a la cama? —lanzó con soniquete.

A Juls se le escapó una risa nerviosa y Alexia se atragantó con la bebida mientras que todas las cabezas se giraban hacia Erika.

—¿Entonces os habéis acostado? —preguntó Lukas al aire.

Ella se encogió de hombros e hizo un gesto displicente con la mano, como si fuera algo sin importancia.

—Fue solo una noche.

—Sí, pero varias veces en esa noche —dijo Félix.

Los Alba al completo le miraron con diferentes grados de asombro. Él soltó una risa. Pese a lo rocambolesco y absurdo de la situación, estaba disfrutando muchísimo.

—¿Por qué fingiste ser otra persona? —preguntó Iván.

—Eh… Eso es asunto mío —replicó ella.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —Llegó la pregunta de Diego.

—¡No!

—¡No!

Ambos respondieron al unísono.

—Pero porque él no quiere —agregó Erika.

—¿Por qué no quieres? Mi hermana no es ningún callo —dijo Lukas.

—Vaya, muchas gracias por el piropo, imbécil —le dijo ella lanzándole dagas con los ojos.

Félix volvió a reírse. Era imposible no hacerlo con esa familia. Miró a Juls, que puso una cara en la que podía leerse con claridad un *Te lo dije*.

—Eres un buen partido —dijo Diego, conciliador, apretando el hombro de Erika. Esta giró la cabeza y le dio un beso en la rodilla.

—Tan buen partido tampoco. Siempre anda llena de grasa y con ropa agujereada. Y bebe

como un cosaco. Sus borracheras son legendarias —dijo Lukas con una carcajada

—¿Esto qué es? ¿La venganza porque le enseñé fotos a Alexia de cuando eras un bebé con la cara manchada de caca?

—No. Esa todavía te la tengo guardada. Esta es por lo de la foto de Instagram.

Erika soltó una risotada.

—¡Pero si fue un éxito! Nunca habías tenido tantas reacciones.

—Eri le tomó una foto a Lukas con su propio móvil mientras dormía —le explicó Juls a Félix—. Estaba tirado en el sofá y tenía la mano metida en el pantalón, como si se estuviera… rascando. Y la subió a Instagram poniendo *Me pican los huevos*.

Él contuvo una risa. Cada nueva cosa que descubría de Erika le gustaba más. Esa chica era como un tsunami.

—Tú les contaste a todos que tuve un gatillazo —dijo Jorge, dirigiéndose a Lukas.

—¿Por qué te metes? Esto no va contigo.

—Es que me acabo de acordar.

—Bueno, pues tú me cambiaste la pasta de dientes por crema depilatoria —le gritó Lukas.

—Coño, es verdad. No lo recordaba —se rio Jorge estentóreamente.

—Y le dijiste a mi novio del instituto que tenía herpes —exclamó Erika mirándole ceñuda.

—Os recuerdo que me dejasteis encerrado en casa todo un domingo. —Diego se unió a las protestas.

De pronto, la noche de pasión de Félix y Erika había caído en el olvido y todos hablaban de putadas que se habían hecho los unos a los otros a lo largo de los años. Incluso Iván y Juls intervinieron. Alexia se mantuvo en un discreto segundo plano, riéndose.

Félix dio los últimos tragos a su cerveza y disfrutó de la contienda. Arrugó la lata y la dejó sobre la mesa. Era la cuarta y tenía la cabeza nublada. Agradeció no tener que conducir. Había ido con Juls y Jorge en el coche de este último, pero no iban a poder volver a casa del mismo modo, porque el alcohol había corrido a raudales y estaban todos un poco perjudicados, excepto Alexia que se había limitado al agua porque tenía un virus estomacal. Tendrían que pedir un taxi.

La discusión siguió un buen rato y las risas se mezclaron con los gritos. Incluso alguna que otra lata vacía voló por la habitación.

Sí, los Alba eran un grupo terriblemente escandaloso a la par que fantástico. Félix se alegraba de que su hermana hubiera recalado en esa familia.

—Creo que deberíamos ir recogiendo —anunció Jorge—. Es tarde y mañana me toca currar.

—Quedaos a dormir —propuso Diego—. No vais a coger el coche, y encontrar un taxi un fin de semana de julio es complicado, ya lo sabéis. Quedaos todos. Nos acoplamos de alguna forma.

Iván se puso de pie y empezó a enumerar habitaciones.

—A ver, una pareja en el cuarto de invitados, otra aquí en el sofá cama. —Hizo una pausa antes de continuar—: Y tenemos el colchón inflable de las acampadas, que podemos ponerlo en el despacho de Diego.

—Ale y yo nos pillamos el colchón inflable —dijo Lukas.

—Félix y yo dormimos aquí, en el sofá cama —apuntó Erika, poniéndose de pie—. Jorge y Juls, vosotros podéis tener el cuarto de invitados.

Félix elevó la vista al techo. No sabía por qué, pero algo dentro de él le decía que tenía que haber sabido que la noche iba a acabar así. Con Erika no podía ser de otra manera.

—Prefiero dormir con Jorge —dijo con una mueca.

—Paso, cuñado —respondió este—. No quiero que te vuelvas loco por mi culito.

—Mucho tendría que cambiar tu culo para que me gustara —repuso.

—Me parece que te vas a tener que conformar con mi culo —murmuró Erika—. ¿Qué pasa? ¿Me tienes miedo?

—Sí —confesó fingiendo un escalofrío.

Todos rieron.

Desde el otro extremo de la habitación, Erika le guiñó un ojo exageradamente y él se mordió la sonrisa que quería escapar de su boca.

Iban a acostarse juntos, algo que se había prometido a sí mismo que no sucedería de nuevo. En fin, cedería y compartirían cama, pero solo para dormir. Nada más. No pensaba tocarle ni un pelo. Y tampoco iba a dejar que ella pusiera sus garras sobre él.

La examinó con los ojos entrecerrados mientras ella daba saltitos. El movimiento evidenció la falta de sujetador.

Félix apartó la vista.

Esa noche iba a ser un infierno.

Capítulo 15

Erika

Todo era perfecto. Ni aunque lo hubiera planeado, podría haber salido mejor. Félix y ella compartiendo cama. ¡Quería chillar de entusiasmo! Sin embargo, mantuvo la compostura mientras esperaba su turno para usar el baño. Cogió prestada una vieja camiseta de Diego y, después de soltarse el pelo, haberse lavado —por si acaso— y haberse enjuagado la boca con colutorio, volvió al salón y se tumbó en el amplio sofá cama, que ya habían montado.

En el centro.

Una de sus piernas se movía ansiosa bajo la fina sábana mientras aguardaba a su compañero de cama, que no tardó en regresar con la ropa debajo del brazo. Solo llevaba un bóxer oscuro y una camiseta que Erika reconoció. Era roja, con la cara de George Michael en la pechera. Era de Diego. Su pobre hermano había dejado que todos le saquearan el armario.

—Tendrás que decidirte por algún lado. Izquierda o derecha —le dijo él con ambas cejas arqueadas mientras dejaba la ropa en una silla.

—¿No puede ser arriba o abajo? —sugirió con inocencia.

Él negó con la cabeza.

Erika no insistió. Iba a tener toda la noche para intentar algo, así que se deslizó hacia la derecha y le dejó espacio suficiente.

Félix apagó la luz y la estancia se sumió en una curiosa semipenumbra, ya que entraba mucha luz por los ventanales. Desventajas de vivir en el centro de Benidorm, en una calle de paso, cerca de la playa. Al menos las dobles ventanas no dejaban pasar el ruido.

Erika sintió el peso de Félix sobre el colchón y le miró de reojo. Pudo vislumbrar el ángulo perfecto de su mandíbula antes de que se girara y le diera la espalda.

—Buenas noches —dijo él.

—Buenas noches.

Estaban tan cerca que podía sentir el roce del cuerpo masculino junto a su costado izquierdo. Se acostó de medio lado y clavó la mirada en su nuca. Tenía el pelo mucho más corto que cuando le vio en Madrid, y las ganas de alargar la mano y dejarla pasear por allí la acuciaron, pero se contuvo.

Cerró los ojos y rememoró el breve y rudo beso de aquella tarde en el puerto. Que él hubiese tomado la iniciativa tenía que significar algo, ¿no? Aunque no era muy optimista.

Su boca fue incluso más rápida que su cerebro.

—¿El que me hayas besado esta tarde significa algo?

Él tardó en contestar. Terminó por girarse y mirar al techo mientras se ponía el antebrazo sobre la frente, ocultando las facciones.

—Te he besado porque me apetecía —repuso al fin—. Pero no significa nada más que eso, era un beso.

No le sorprendió demasiado la respuesta. En el fondo, lo había sospechado.

—Quieres decir que no vamos a follar, ¿no?

Él dejó escapar un suspiro.

—Siempre eres así de directa, ¿verdad?

—Sí.

—No. No vamos a follar.

—Pero puede haber más besos…

—No quiero confundir las cosas —la interrumpió—. Lo de esta tarde ha sido un impulso loco. Es mejor que no se repita.

¿Un impulso? Si había sentido ese impulso una vez, ella se encargaría de que lo sintiera más veces, se dijo.

Hubo un largo silencio en el que solo se escuchó el lejano sonido de un claxon.

—¿Qué tal va lo del local?

Él pareció relajarse al escuchar la pregunta, como si el peligro hubiera pasado. Erika se mordió los labios y aguantó una sonrisa. Pobre iluso si pensaba que le iba a dejar escapar. No la conocía.

—Va muy bien —contestó, bajando el brazo de la frente.

—¿Cuándo es la inauguración?

—El veintisiete, el último fin de semana del mes.

Sabía que después de la fiesta de inauguración, él regresaría a Madrid, así que tenía poco más de dos semanas para conquistarle. Tendría que medir sus pasos con cuidado y planificar su estrategia. Ante todo, paciencia.

—¿Con quién se ha quedado Takeshi?

—Con la novia de mi socio.

—¿Por qué el nombre de Corso?

Juls ya se lo había contado, pero quería escucharlo de su propia boca.

Él comenzó a narrarle la historia de Sean y de su perro y ella le escuchó interesada. Era muy notorio el cariño que sentía por su amigo y se explayó hablando de él. Era una novedad sentirle tan calmado, con las defensas bajas, y le parecía muy agradable poder disfrutar de esos momentos sencillos sin que hubiera tensión sexual de por medio.

—Juls me dijo que erais tres socios.

—Sí, Sean, Ernesto y yo. Ernesto falleció hace unos años.

Su tono de voz había cambiado y se había llenado de tristeza.

—Vaya, lo lamento.

—Sí… Gracias.

Sentía mucha curiosidad por saber más de ese tal Ernesto. No podía olvidar las fotos que había visto en su piso, y había deducido que entre él y Félix tenía que haber habido una relación más profunda. No obstante, decidió cambiar de tema para no empañar el buen rollo que reinaba entre ellos.

—¿Qué tal en casa de tu amiga?

—¿Ana? Pues muy bien. Es como estar en un hotel —se rio—. Me ha dado las llaves y entro y salgo como quiero. Ella es un amor de persona y su hijo, Dani, es un chico tímido y maduro para su edad. Tiene ocho años, pero conversar con él es como hacerlo con un adulto.

—¿De qué la conoces?

Él se giró, acostándose de medio lado y la miró, sonriente.

—Eres un poco cotilla, ¿no crees?

—Tengo que saberlo todo de mi futuro novio.

Él soltó una risa.

—Pues la conozco desde hace muchos años. Creo que teníamos quince o dieciséis. Ella salía con uno de mis amigos, pero lo dejaron cuando él se fue a vivir fuera. Ana se quedó en el grupo. Hacía muchos años que no nos veíamos, la verdad. Ha sido bonito reencontrarnos.

—La conozco.

—¿En serio?

—Hizo las fotos de una amiga que se casó el año pasado. Estaba en la boda y la vi. Es alta y delgada, con mechas rubias, ¿no? Y siempre está sonriendo.

—Sí, es ella.

Después de aquello no se dijeron nada más. Erika seguía mirándole con fijeza y sabía que él también la miraba a ella. Sus ojos recalaron sobre las dos cicatrices que le decoraban el rostro, apenas perceptibles en la oscuridad. Juls les había comentado a todos que a su hermano no le gustaba hablar de ellas, así que se habían abstenido de mencionarlas o preguntarle.

—Sé lo que estás mirando —dijo él repentinamente.

Ella se sobresaltó.

—Eh… Bueno…

—Supongo que mi hermana os habrá dicho que no me gusta hablar del tema y todos habéis disimulado a la perfección —aventuró.

—Si no quieres hablar de ello, no lo hagas.

—Me da igual.

Tras una breve vacilación, Erika alzó la mano y la acercó a su cara. Él no se apartó, así que fue más osada y dejó que su dedo índice se posara en una de ellas, la superior, la que le partía el pómulo por la mitad. La delineó con delicadeza. Mediría unos cinco centímetros y estaba curvada, como si fuera una sonrisa. Luego hizo lo mismo con la otra, la que estaba sobre el surco nasogeniano. Esa mediría unos seis o siete centímetros y también se curvaba hacia dentro.

Tenía el corazón encogido. Ni en sus sueños más lejanos podía haber imaginado que Félix consentiría que alguien tocase sus cicatrices.

—¿Navajazos? —acertó a preguntar en voz queda.

—Sí —contestó él, y su aliento le rozó la mano.

—¿Por qué no quieres hablar de ello?

—Pertenecen a una etapa de mi vida que prefiero no recordar. —Hizo una pausa muy efectiva—. Sé que hice daño a mucha gente que me quería y me quiere. Es solo eso.

Erika había notado amargura en su tono y no le gustó demasiado. Seguía acariciando las antiguas heridas casi con reverencia. Eran muy suaves al tacto.

—Por mucho que me las toques no van a desaparecer —comentó él con un deje de humor.

Apartó la mano y, al darse cuenta de lo que había hecho, soltó una risita avergonzada.

—No me interesa que desaparezcan. Te dan un aire salvaje muy atractivo.

—¿No me restan belleza? —inquirió con sarcasmo.

—Al revés. Te dan carácter.

De nuevo hubo un silencio. No era forzado ni incómodo.

—¿Por qué mecánica de embarcaciones?

La pregunta llegó tan de improviso que por unos segundos se quedó callada.

—Para demostrarles a mis hermanos que son unos mierdecillas, supongo.

Él se rio.

—¿En serio?

—No —rechazó con una risa—. Es lo que tiene criarse con hermanos varones, al final terminas haciendo muchas cosas que ellos hacen. Cuando era una cría, me resistía a jugar con otras niñas y prefería jugar al fútbol con ellos. Y cuando Diego se compró su primera moto de

segunda mano y la desmontó entera, fui yo quien le ayudó a montarla de nuevo. Siempre me han fascinado los motores, así que cuando llegó la hora de decidir qué quería ser en la vida no me lo pensé demasiado. Primero estudié mecánica del automóvil, pero terminé por especializarme en mecánica naval porque hay más oportunidades de trabajo aquí en la costa.

—¿Eres la única chica en tu trabajo?

—Sí.

—¿Y cómo te va? ¿Cómo te tratan?

—Al principio, tuve algún compañero que me miraba con condescendencia, pero cuando se dieron cuenta de que podía hacer exactamente lo mismo que ellos, incluso mejor, todo fue genial.

—No habrá sido fácil.

—No creas, solo tengo que soltar tacos, escupir al suelo y hacer como que me rasco los huevos y encajo muy bien —dijo con sorna.

Félix se rio.

—En serio, no te rías. Soy un *chicazo* —continuó—, ¿no te has dado cuenta?

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Eres muchas cosas, pero yo no te calificaría como un *chicazo*. Hace tiempo que no me encontraba a una chica tan… femenina y exuberante como tú.

El calor viajó por la espalda de Erika, desde la nuca hasta el mismo final de la columna vertebral. ¿Eso era un piropo?

—¿Estás flirteando? ¿Confiesas que quieres besarme con todas tus ganas?

Una risa ronca escapó de la masculina garganta. El colchón vibró con ella.

—Nunca he negado que quisiera besarte, pero pienso que es mejor no hacerlo.

Claro, claro… bla bla bla…

—¿Quieres una piruleta? —Cambió de tema con rapidez.

—¿Una piruleta? Me vas a enganchar a esa mierda.

—¿No quieres una? Tengo un montón en mi mochila.

—No. No quiero —rechazó—. ¿Sabes lo que me apetecería ahora?

—Dime.

—Un helado de chocolate. No sé por qué me han entrado ganas de helado si hace años que no me como uno —se quejó—. Me estáis corrompiendo.

Erika se incorporó en la cama.

—Podemos conseguir uno.

—¿Tiene tu hermano en el congelador?

—No, pero sé dónde podemos ir.

—¿A estas horas? Serán las dos de la mañana —dijo con incredulidad, pero también se incorporó.

—Benidorm es la ciudad que nunca duerme. Vístete y vamos.

No esperó a que él respondiera ni le dejó opción de poder rechazar la propuesta. Salió de la cama y se puso los vaqueros cortos, que había dejado antes sobre una silla, y las sandalias con rapidez. No se molestó en quitarse la camiseta de Diego. De reojo, vio que él hacia lo mismo. Se puso las bermudas y las deportivas y conservó la camiseta de George Michael.

—¿Listo?

—Sí.

Echaron a andar de puntillas. Ella delante y él un poco más rezagado. Las llaves de repuesto de Diego colgaban de un gancho en la pared de la entrada. Erika las cogió y abrió la

puerta con sigilo.

—Estás un poco loca —murmuró él en cuanto alcanzaron el rellano.

Ella encendió la luz del portal y pestañeó repetidamente, molesta por la claridad, antes de girarse para mirarle. Estaba guapo con esa camiseta.

—Admite que te gusta mi locura.

Félix le regaló una sonrisa espléndida.

—Lo admito.

Félix

El helado de chocolate era dulce y tenía un toque oscuro y picantón de lo más curioso. Estaba más delicioso de lo normal y le estaba sabiendo a gloria. Quizá porque hacía años que no se comía uno y había olvidado el sabor, o porque era artesanal.

O quizá fuese por la compañía.

Echó un vistazo a su compañera, que lamía su helado con entusiasmo —también de chocolate—, y no pudo evitar sonreír. Nunca se hubiera imaginado que la noche pudiese transcurrir así. Caminar junto a Erika por el paseo marítimo con la playa y el mar en calma como telón de fondo estaba siendo toda una experiencia.

Pese a que su hermana le había contado que Benidorm era mucho más de lo que salía en la tele, ese Benidorm que estaban recorriendo en ese momento era exactamente lo que se había imaginado. La calle estaba a reventar de gente ruidosa con ganas de fiesta, y la música que escapaba de los diferentes locales por las puertas abiertas llenaba el ambiente. Eran las dos y media de la mañana, pero aquello se asemejaba a la Gran Vía madrileña un sábado a mediodía.

—¿A que está bueno? —le preguntó ella, rompiendo el silencio que se había establecido entre ellos mientras comían.

—Está espectacular.

A Félix le había sorprendido mucho encontrar una heladería abierta a esas horas, pero Erika le había explicado que abrían hasta las tantas en verano aprovechando su localización junto a los sitios de ocio. Y habían tenido que hacer cola, incluso.

Continuaron andando, esquivando a varias personas, algunas sobrias, y otras que habían empinado el codo más de la cuenta. Los clubs tenían los ventanales abiertos y se podía ver a los gogós —tanto chicos como chicas— bailando frente a la entrada. La gente se paraba a disfrutar de los bailarines, sin entrar.

—Ahí trabaja Alexia —le dijo Erika, señalando uno de los locales.

Un letrero de neón rosa en el que se podía leer Go Beach Club colgaba sobre la doble puerta acristalada. En un pódium, frente a ella, un mulato enorme y muy sensual se contorsionaba con movimientos similares a los de la capoeira. Era interesante. Félix se detuvo a estudiarle con curiosidad mientras lamía su helado. Era un tipo imponente y musculoso con la piel del color del café con leche. Muy atractivo.

—¿Te gusta? —le preguntó ella, deteniéndose a su lado—. Le conozco. Se llama Apolo y es amigo de Ale. Podría presentártelo, pero paso. No quiero competencia.

La miró con una ceja alzada y descubrió que se estaba riendo.

—Anda, ven. Vamos a la orilla —le sugirió. No le esperó y echó a andar hacia el arenal.

Las potentes tiras de luces que iluminaban el paseo también bañaban la playa con su luz. Había algunos grupos sentados en corro y parejas dándose el lote a plena vista. Era muy difícil pasar desapercibido con esa iluminación. Solo parecía haber algo de privacidad entre las tumbonas azules, que se apilaban en montones cerca de allí.

Tal y como hizo ella, se quitó las zapatillas y dejó que sus pies se hundieran en los finos granos de arena fría. Era agradable sentirlos entre los dedos.

Erika se dejó caer en la arena muy cerca de la orilla y él se sentó a su lado. El jaleo y la música seguían llegando hasta ellos, pero amortiguados por la distancia.

—¿Cuántos años hace que no te comías un helado? —le preguntó ella.

—Muchos.

—Se nota. Lo estás lamiendo con unas ganas… Hasta cierras los ojos.

Él se rio.

Después de eso, como si hubieran llegado a un acuerdo tácito, ninguno habló. Ambos se deleitaron en los helados, en silencio. Corría una brisa ligera, que hacía el calor soportable. Las olas que rompían contra la arena eran meros murmullos apacibles.

Félix posó la vista en el mar negro y brillante que se extendía inmenso ante ellos. La luna en cuarto creciente se reflejaba en la oscura superficie y, al fondo, se podía apreciar la sombra de un barco de grandes dimensiones.

Aquel entorno tan pacífico contrastaba en gran medida con el caos del paseo.

Cogió aire por la nariz y lo soltó por la boca y dejó que esa paz penetrara dentro de él. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan relajado? Trabajaba demasiado.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

No esperaba la pregunta y se quedó inmóvil con la mano suspendida en el aire. Una gota de helado se escurrió por el cucurucho y le llegó a los dedos. La lamió con presteza antes de contestar.

—Sí.

Dirigió la mirada a la arena, donde estaban enterrados sus pies. No sabía por qué se abría tanto con Erika si apenas se conocían. No obstante, se sentía muy a gusto con ella, como si fueran viejos amigos. Hasta había dejado que tocara sus cicatrices.

—¿De tu socio?

Vaya, o Juls era una bocazas o Erika era muy intuitiva.

—¿Te lo ha contado mi hermana?

—No. Pero vi las fotos en tu piso.

—Ah, ya.

No era ningún secreto que había tenido una relación con Ernesto y que habían vivido juntos, pero no solía hablar del tema porque le dolía. La garra que siempre le estrujaba el corazón se despertó y notó su respiración adquiriendo velocidad. Sí, aunque habían pasado siete años desde que se fue, todavía le resultaba complicado hablar de él.

—Yo nunca me he enamorado —dijo ella de pronto.

Indudablemente, era una maestra a la hora de cambiar de tema. Era obvio que había notado que no estaba cómodo. La miró por el rabillo del ojo y vio que se había terminado el helado y estaba mordisqueando el cucurucho.

—¿No?

—No. Al menos nunca me ha dolido perder a ninguno de los chicos con los que he salido, que han sido unos cuantos.

Estuvo a punto de decirle que siguiese así y que no se enamorase nunca, que jamás entregara el corazón a nadie porque el dolor de la pérdida era insoportable. Mas se calló y no dijo nada mientras la pena revoloteaba por su cabeza. Había entrado en uno de esos momentos melancólicos que tan poco le gustaban.

Sumido en sus pensamientos, se terminó el helado y se comió la galleta.

Una risa estridente rompió la quietud que se respiraba. Él giró la cabeza para buscar el origen y descubrió que provenía de uno de los grupos cercanos.

Poco después, notó que ella le tiraba del brazo.

—Mira —le dijo. Y se tumbó, sin preocuparse de si el cabello se le llenaba de arena—. ¿Ves esas tres estrellas? —Alzó el brazo, señalando el cielo—. Forman un triángulo que se llama el Triángulo del Verano. Son Vega, Deneb y Altair. ¿Las ves?

Félix la imitó y se tumbó también. Ancló los ojos en el oscuro firmamento, intentando distinguir esas tres luminiscencias que ella mencionaba, pero le resultó imposible. Entornó los párpados para enfocar, pero solo veía puntitos titilantes, desparramados por la bóveda del cielo, sin orden ni concierto.

—No las veo —dijo, y giró la cabeza hacia ella, encontrándose con su mejilla a escasos centímetros de distancia.

Erika también se giró y le miró. Sus ojos chispeaban divertidos.

—Yo tampoco —confesó. Y se echó a reír con una risa franca y sonora.

Félix abrió la boca, sorprendido, pero terminó por unirse a ella en sus carcajadas. Estar con esa chica era refrescante. Era única sacándole una sonrisa. Se sentía ligero, como si volviera a tener veinte años.

Tras vencer al ataque de hilaridad, ambos volvieron a mirarse, sonriendo jadeantes.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella al cabo de unos instantes—. Creo que podría enamorarme de ti.

Félix no esperaba algo así y sintió un fuerte vuelco en el estómago. Trató de leer en su rostro si hablaba en serio o si solo bromeaba, mas no lo consiguió. Con el corazón latiendo más rápido de lo normal, apartó la vista, huyendo de los expresivos iris azules, y la dirigió al cielo.

—Mejor no lo hagas, Erika —respondió en un susurro.

Enamorarse. Qué pesada y lejana le resultaba esa palabra. Y qué dolorosa…

—Tienes razón. Eres un señor mayor y muy cascarrabias. ¿Qué te parece si volvemos a casa? —propuso ella con tono despreocupado.

Y sin esperar respuesta, se levantó y comenzó a sacudirse la arena de la ropa y el pelo con energía. Luego cogió las sandalias y se alejó.

—¡Venga, vamos! —le llamó.

Él se incorporó despacio y echó a andar tras ella con las zapatillas en la mano.

Todavía estaba descolocado.

Capítulo 16

Erika

El viernes por la noche había estado a punto de cagarla con Félix. Lo sabía. Había notado cómo él se distanciaba y se encerraba en sí mismo cuando ella pronunció aquella frase maldita: *Podría enamorarme de ti*.

Gracias al cielo, reaccionó a tiempo y volvió a actuar con desenfado.

Tenía que ser más cuidadosa. No quería echar a perder lo que había conseguido hasta el momento.

No había mentido. Pese a que todo había empezado como un juego sexual, Félix era encantador y muy interesante. Y físicamente era un dios. La idea de colarse por él no era tan descabellada. Reconocía que ya sentía algunos cascabeles internos que no había experimentado con otros chicos. Quizá la palabra enamorada se le quedase grande, pero no podía negar que estaba ilusionada.

Cuando regresaron al piso de Diego eran más de las tres de la mañana. No hablaron demasiado durante el camino, pero el ambiente se había relajado de nuevo. Incluso bromearon mientras volvían a la cama. Le hubiese gustado seguir haciéndole preguntas, pero no tardó en escuchar su respiración profunda, señal de que se había dormido. Ella tampoco permaneció mucho tiempo en el mundo real y se adentró en el onírico.

Al despertarse al día siguiente, descubrió que Félix se había marchado temprano a Valencia. Fue Diego quien se lo dijo, que también había madrugado y había podido desayunar con él. Erika maldijo en silencio no haberse levantado antes. Ya no iba a tener ocasión de verle hasta el domingo por la tarde en casa de sus padres.

Jorge y Juls también se habían ido, pero los demás seguían allí. Mientras desayunaban todos juntos, a duras penas pudo esquivar la salva de preguntas curiosas que le lanzaron los cotillas de Lukas e Iván. Se zafó mintiendo como una bellaca y contando historias rocambolescas e increíbles, como que Félix ya le había propuesto matrimonio y que estaba embarazada. La respuesta de aquellos dos energúmenos fue lanzarle trozos de pan a la cabeza mientras Alexia se reía y Diego intentaba calmar el ambiente.

Pasó el sábado en la playa con Bea. Laura se unió a ellas más tarde, cuando cerró la peluquería. Durante todo el día solo hubo un único tema de conversación: Félix y cómo llevárselo a la cama para algo más que para dormir. De la lluvia de ideas surgieron ocurrencias tan disparatadas como el rapto, el chantaje, el atarle a la pata de la cama, el ponerle somníferos en la bebida… Nada demasiado práctico, pero las risas fueron continuas y el alcohol también. Y así, entre chorrada y chorrada, pasaron el día y la noche, ya que las tres se quedaron a dormir en el piso de Laura.

Y el domingo llegó y trajo consigo un dolor de cabeza impresionante.

Resaca.

Su mañana transcurrió con la cabeza metida dentro del retrete, bebiendo agua en cantidades industriales y arrasando con todo el ibuprofeno que pudo encontrar.

A las cinco de la tarde ya se consideraba medio persona y se puso en marcha hacia el chalet. Había quedado en encontrarse allí con sus amigas.

Aparcó la Yamaha frente a la casa de sus padres, se quitó el casco, y estudió el muro que

la rodeaba con algo similar a la nostalgia. Hacía solo tres meses que se había mudado a un pequeño apartamento de un dormitorio y todavía echaba de menos la vivienda familiar.

De un vistazo comprobó que los coches de Lukas y Jorge estaban aparcados allí. También la moto de Diego. Había además un vehículo que no reconoció a primera vista, y el Opel Corsa de Bea, estacionado a unos cincuenta metros. Era la última en llegar, aparentemente.

Dejó el casco colgado del manillar y empujó el portón. No estaba cerrado. En cuanto lo cruzó y se adentró en la propiedad, pudo escuchar el jaleo y la música que salía de los altavoces.

Perlas ensangrentadas, flores pisoteadas…

Alaska y Dinarama.

Su padre y su obsesión por la movida madrileña.

Atravesó la casa con rapidez y se dirigió a su antiguo dormitorio. Nadie se percató de su llegada porque estaban todos en el jardín.

Se quitó los vaqueros y la camiseta y el diminuto bikini rojo quedó al descubierto. Era nuevo y se sentía muy guapa con él. Chasqueó la lengua mientras se miraba en el espejo de cuerpo entero que había en el armario desde todos los ángulos. Poca tela y mucha piel. Perfecto. ¿Cómo había dicho Félix? ¿Muy femenina y exuberante?

Ahogó una risita tonta y abandonó el cuarto, descalza.

La escena del jardín era la de siempre. Tantas veces había vivido esa situación que nada resultaba nuevo: los chapoteos procedentes de la piscina; la mesa con picoteo y bebidas; la plataforma sobre la que se subían para hacer karaoke; la música, las risas y las charlas. Todo era igual. Solo el hombre con bañador oscuro que conversaba animadamente con su padre y con Diego era una novedad.

Una novedad muy excitante y tentadora.

De traje, Félix resultaba imponente y apabullante. Pero en bañador, con el torso desnudo mostrando los fuertes pectorales y los tatuajes era la viva estampa de un chico malote buenorro.

Estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de admiración, pero se lo tragó.

Iván, Lukas y Alexia estaban en las tumbonas tomando el sol. Jorge nadaba, cortando la superficie del agua mientras hacía un largo detrás de otro. Laura y Bea estaban con Dani y Rafa, los amigos de Jorge, en el borde de la piscina. Juls y su madre, que tenía en brazos a Mía, se encontraban junto a la mesa. Se encaminó hacia ellas para saludar.

—Anoche bebiste —le lanzó su progenitora cuando la vio llegar.

—Ya sabes que soy una alcohólica, mamá —bromeó y le dio un abrazo—. Pero, bueno, y esta niña tan bonita, ¿quién es?

Mía soltó una risita cuando le hizo cosquillas en la barriga. Era una monada de cría, muy rubia y con los ojos azules de los Alba. Se parecía mucho a Lukas cuando era bebé.

—Yo lo noto porque soy tu madre.

—No se nota. Estás espléndida —repuso Juls, besándola—. ¿Y ese bikini? ¿Es nuevo?

—Sí. A ver si ligerita de ropa puedo conquistar a tu hermano.

—Es un chico agradable —intervino su madre mientras le daba el biberón del agua a la niña—. Le avisaré para que huya de ti.

—*Mutti! Sei nicht so! Bin ein gutes Mädchen!*[62]—dijo con vocecita.

—*Ein verrücktes Mädchen* —precisó—. *Genau wie dein Vater*[63] —concluyó con un ademán exagerado.

—Eh, que estoy aquí —protestó Juls—. Menos *Kartoffel*[64] y más castellano.

—Dice que estoy loca y que me parezco a mi padre —tradujo Erika con rapidez.

Por el rabillo del ojo podía ver al trío que conversaba al fondo del jardín. Era muy

consciente de que Félix ya la había visto. Podía sentir sus ojos sobre ella. Una sonrisa satisfecha se le instaló en la boca.

—Tienes cara de depredadora —murmuró Juls—. Mi hermano me da pena.

—Pero si soy un amor —dijo risueña al tiempo que alargaba el brazo y cogía una botella de agua de la mesa—. Bueno, ahora hablamos. —Le hizo una caricia a Mía y se despidió con un gesto—. Voy a saludar.

Echó a andar hacia sus amigas, que tenían los pies dentro del agua y se reían de algo que acababa de decir Rafa. Tanto este como Dani estaban dentro de la piscina en la parte menos profunda, frente a ellas.

—Hola —les dijo.

—Estás cañón —soltó Dani con asombro manifiesto.

Los amigos de Jorge formaban parte de su vida desde hacía años, y tenían confianza suficiente para decirse cualquier cosa.

—Se mira, pero no se toca —replicó, tomando asiento junto a Bea.

Rafa empezó a tararear una conocida canción ochentera de los Burning.

—*¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? ¿Vas de caza? ¿A quién vas a cazar?*

—*Mujer fatal, siempre con problemas…* —Dani se unió a él.

Ambos comenzaron a gesticular con exageración, mirando a Félix.

—Pasáis demasiado tiempo con nuestra familia. Os estáis *ochenterizando* —dijo con hastío—. ¿Es tan evidente? —inquirió sin mirar a nadie en particular.

—Si no te conociera diría que no —siguió Rafa—. Pero como estamos acostumbrados a verte con tus bikinis deportivos que tienes desde los doce años, es una novedad que lleves algo tan… ¿reducido?

—Ni caso. —Laura le lanzó agua. Luego se volvió hacia ella—. Estás espectacular.

—Y no para de mirarte —añadió Bea.

Ella alzó la vista y sus ojos se encontraron con los de Félix. En efecto, la estaba mirando. Más bien, se la estaba comiendo con los ojos. Le sonrió y alzó la botella de agua. Él respondió con una sonrisa burlona y levantó el tercio de cerveza.

Diego y su padre se giraron para ver a quién saludaba.

—Ah, mi hija —dijo Tony—. Anda, acércate y saluda, ¿no?

—Es que no me gusta hablar con desconocidos. Soy tímida —exclamó.

Hubo una risa generalizada.

Los ojos de Félix chispearon con regocijo y Erika le lanzó un beso.

—Me parto contigo —se rio Bea—. Y te odio a muerte porque estás preciosa. ¿Cómo puedes estar tan guapa después de no haber dormido casi nada?

—Es genético.

—¿Anoche salisteis? —inquirió Dani.

—No. Estuvimos en mi casa —respondió Laura.

—¿Por qué no me invitasteis?

—¿Tienes tetas? Porque no las veo —dijo la pelirroja con desdén.

—Tengo una mentalidad muy femenina.

La conversación se cortó porque Jorge se plantó junto a ellos y les pasó los brazos por encima de los hombros a sus amigos.

—¿Qué pasa? ¿De qué habláis?

—De las tetas de Dani —repuso Erika.

Jorge lanzó un vistazo al pecho de su amigo con el ceño fruncido.

—Yo las veo como siempre. Flacuchas y feas.

—Me largo —dijo Dani resoplando.

Y se sumergió bajo el agua. Buceó hasta el otro extremo de la piscina. Rafa fue tras él, riéndose. Jorge los siguió con la vista.

—¿Estáis siendo malas con mis chicos? —preguntó, volviéndose hacia las tres.

—Siempre —contestó Laura con malicia.

Juls se acercó al borde y a Jorge se le olvidó que estaba hablando con ellas y se alejó hacia su novia. Salió de la piscina y la abrazó.

—No le mires así que está pillado —soltó Laura, pegándole una colleja a Bea.

—Es mi hombre ideal —farfulló esta con un puchero.

La canción se interrumpió repentinamente y todas las cabezas se giraron hacia el equipo de música. Mía estaba tocando los botones mientras Anna trataba de alejarla del interesantísimo aparato. Hubo algunas risas, pero Tony se apresuró a ir hacia allá para salvaguardar el precioso artilugio. Lo cuidaba como si fuera su bebé.

Erika desvió la vista hacia su hermano mayor y su invitado. Eran los dos igual de altos, por lo demás, no se parecían en nada, uno era casi rubio, de elegantes músculos marcados y el otro, moreno y de complexión más ruda y viril. Sin embargo, pese a las diferencias físicas, se asemejaban en la energía que irradiaban. Serena y templada.

Aprovechó para estudiar los tatuajes que Félix llevaba en los costados. En el izquierdo lucía un águila con las alas extendidas y en el derecho una especie de rueda tribal. Ambos eran antiguos y estaban estropeados por el tiempo y el sol.

—¿Has sabido algo nuevo de Samuel? —Escuchó que Bea le preguntaba a Laura.

Desde que volvieron de Madrid, Samuel y Laura habían intercambiado algunos mensajes.

—Nada especial. Dice que quiere escaparse un fin de semana y venir a verme. No sé. Ya veremos.

Los primeros acordes de *Dime que me quieres* de Tequila llenaron el silencio. Tony había cogido en brazos a Mía y se había encaramado a la plataforma de madera para bailar con ella. La niña reía entusiasmada. Presentaban una estampa divertida y conmovedora.

Mientras todo el mundo estaba distraído observando las monerías de la pequeña, los ojos de Erika se encontraron con los de Félix de nuevo. La superficie de la piscina los separaba, no obstante, había tal intensidad en la mirada oscura que parecía que la estuviese tocando.

Sintió una sacudida en el abdomen.

¡Maldito capullo, enviándole siempre señales contradictorias!

Entrecerró los ojos un poco irritada.

Sin cortarse ni un pelo, paseó la vista por el masculino cuerpo, deteniéndose en la entrepierna con intención mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua. Después, acarició el borde de la botella de agua con el dedo índice, arrastrando unas cuantas gotas con él, y se lo llevó a la boca. Lo chupó, como si estuviera lamiendo una piruleta. El gesto podía parecer inocente, pero iba acompañado por una mirada de pura provocación.

Félix era bueno, sin duda, porque apenas reaccionó. Se limitó a apartar la vista con rapidez y a darle un trago a su cerveza. Pero Erika, que le observaba con atención, se percató de dos cosas. La primera, se le habían tensado los hombros. La segunda, una incipiente erección comenzaba a manifestarse dentro de su bañador.

Soltó una risita maligna.

Vio que él le decía algo a Diego y que dejaba la botella sobre uno de los bancos que

rodeaban el jardín. Luego se lanzó al agua de cabeza, sin salpicar demasiado.

—Creo que me voy a bañar —anunció ella en voz baja mientras se deslizaba dentro de la piscina—. Tengo calor.

Félix

Las ganas de asesinar a Erika se le concentraron en el pecho mientras el ardor se esparcía por su cuerpo a gran velocidad. El gesto que ella acababa de hacerle había atraído recuerdos de la noche que pasaron juntos en Madrid. La vívida imagen de ella poniéndole el condón con la boca le había explotado en la cabeza y había reaccionado en consecuencia: excitándose.

¡Maldita Erika!

Incluso antes de sacar la cabeza fuera del agua, ya sabía que ella se había acercado a él. Podía intuir su presencia.

Así era. Allí estaba, a dos metros escasos de distancia, la tentación personificada con ese bikini minúsculo que apenas cubría nada, una sonrisa deslumbrante y el agua goteándole del pelo y las espesas pestañas.

—Hola, cobarde —ronroneó.

No la saludó. Le lanzó una mirada de advertencia y se alejó hacia el fondo de la piscina, nadando con lentitud. Antes de poder encararse con ella tenía que apagar el fuego que le recorría las venas. No era el momento ni el lugar adecuado para perder los papeles, con todos aquellos testigos que, aunque intentaban disimular, estaban muy pendientes de ellos.

«¿Dónde narices te has dejado tu templanza y tu frialdad?», se recriminó para sus adentros. «¿Desde cuándo eres incapaz de controlarte?».

Escuchó la risa de ella a su espalda y tuvo que aceptar que la situación, si él no hubiera sido el protagonista, tenía gracia.

Cuando llegó al borde, se giró. Erika había nadado tras él, pero se mantenía a distancia, la suficiente para poder hablar sin que otros los escucharan. Los rayos del sol incidían sobre su rubia cabeza creando una especie de halo y realzando sus facciones angelicales.

Qué paradoja.

Era un demonio.

—No me tengas miedo.

La frase, pronunciada en voz baja con tono de bruja malvada, le hizo reír.

—¿Te gusta mi bikini nuevo? —continuó ella. Se acercó al borde y se acodó sobre la superficie de cemento, a un metro escaso de donde él se encontraba.

—No está mal.

—Vaya, qué escueto.

«Te prefiero sin él», le delató su subconsciente.

—Es bonito —dijo con un encogimiento de hombros.

Ella hizo un mohín.

—Me lo he comprado por ti. Normalmente suelo usar otro tipo de bikinis, ¿sabes? Me hiere que no aprecies mis esfuerzos por conquistarte.

Era tan directa que mareaba.

—Ya sabes que soy…

—Inconquistable —le interrumpió con un gesto despectivo—. Ya. Ya lo sé. Por eso te has convertido en un reto. Supongo que si me hubieras dicho que sí desde el primer momento habría pasado de ti. Me suele ocurrir.

Félix frunció el ceño y la miró de reojo. De pronto, le molestó que ella le echara dentro

del mismo saco que a todos los demás.

—No lo creo —repuso.

Ella le miró con esos ojos suyos tan brillantes. Una gota se desprendió de sus pestañas y rodó por su mejilla.

Las ganas de alargar la mano y atraparla con el dedo le hormiguearon en el abdomen.

No lo hizo.

—Tienes razón. —Ella giró la cara y apoyó la barbilla sobre el antebrazo—. Me interesarías de un modo u otro. Eres demasiado impresionante.

No debería sentirse tan halagado, pero era más influenciable de lo que pensaba, y lo hacía.

—¿Qué te parecen mis padres?

El brusco cambio de tema le aturdió un poco y tardó en contestar. Su vista se dirigió hacia la plataforma, donde Tony Alba lo daba todo con su nieta. Luego paseó hasta el lugar donde Anna Schwarz hablaba con Jorge y Juls.

Madre e hija eran casi iguales.

Había sido toda una sorpresa cuando llegó al chalet y la vio de cerca. En un primer momento incluso creyó que era la propia Erika.

—Tu madre y tú os parecéis mucho.

—Solo físicamente.

—Sí. Es bastante más educada —dijo con sorna—. El carácter lo has sacado de tu padre, sin duda. Es un bromista de cuidado. Juls ya me había hablado de los dos y de lo bien que la habían acogido en la familia. No exageraba cuando decía que la querían como si fuera una hija más.

—Son geniales. Mi madre, pese a ser alemana, no es nada estricta, al contrario, siempre nos ha dejado mucha libertad. Y mi padre… —Hizo una pausa y la risa resonó en sus palabras —. Mírale, haciendo el tonto con Mía. ¿Cómo íbamos a salir normales?

Félix vio que Tony bailaba como si fuera un chimpancé, haciendo reír a la pequeña. No pudo evitar sonreír. Sí, los Alba eran peculiares, pero estaban muy unidos.

—Me parece tan increíble que tu hermano Lukas sea padre tan joven… Es un niño.

—Ya ves. A veces la vida te da esas sorpresas.

Él ya conocía toda la historia porque su hermana se la había contado. No obstante, había una gran diferencia entre saberlo y verlo con sus propios ojos.

—¿Tú no quieres tener hijos? —le preguntó ella.

—No me lo he planteado. ¿Y tú?

—Tampoco.

Después de eso, ambos guardaron silencio. Sonaba una antigua canción de El último de la fila, que él recordaba de cuando era un crío. Ya se había percatado de que todo lo que salía de los altavoces era de hacía varias décadas.

—¿Y esta música tan… moderna?

Erika se rio.

—Mi padre se quedó anclado en el noventa y dos o así. Todo lo posterior a ese año es basura, dice. ¿No te gusta?

—No me disgusta. Es como volver atrás en el tiempo. ¿Cómo se llama esta canción?

—*El loco de la calle* —respondió y comenzó a cantarla.

Él la contempló aguantando una risa. Cantaba fatal, pero lo hacía con entusiasmo y sentimiento.

Y estaba tan preciosa que quitaba el aliento.

Había tenido que pestañear varias veces cuando la vio acceder al jardín con ese bikini. La parte de arriba eran dos triángulos diminutos de tela roja y la parte de abajo era un tanga breve. Brevísimo. Había sido incapaz de apartar la mirada de su cuerpo cimbreante y atlético, y de la larga melena rubia que oscilaba graciosamente sobre su espalda.

Se sintió como un depravado observándola a hurtadillas mientras Tony y Diego le contaban algo del negocio familiar. A pesar de que parecía inmerso en la conversación que mantenía con ambos, estaba muy pendiente de ella. De cómo caminaba, de con quién hablaba y de lo que hacía.

La canción de El último de la fila acabó y dio paso a una de Hombres G, *Voy a pasármelo bien*.

—Tu padre tiene gustos muy… variados —murmuró.

Ella volvió a reírse.

—Y todavía es pronto. Espera a que sea más tarde y nos obligue a cantar *Mi agüita amarilla*. Es el himno familiar.

La miró de soslayo. La diversión resplandecía en sus facciones.

—Creo que me iré antes —bromeó.

—No puedes irte. Tienes que soportarlo. Cuando nos casemos serás uno más de la familia —dijo con coquetería.

Él metió la mano en el agua y la salpicó. Ella, en lugar de reaccionar irritada, le devolvió el gesto multiplicado por cien. Él le siguió el juego. Terminaron riendo y lanzándose agua con energía. El sonido de los chapoteos se elevó incluso por encima de la música. La guerra de salpicaduras no tardó en convertirse en una batalla de aguadillas. Primero fue Erika la que le empujó hasta sumergirle, luego fue él quien tiró de ella hasta hundirla.

Fue durante la tercera aguadilla que pudo sentir los femeninos dedos rozando su entrepierna con intención. Se retorció y consiguió escapar a duras penas. Nuevamente excitado, emergió del agua y la buscó con la mirada. La vio a unos metros de distancia, junto al borde.

—Eres malvada —le lanzó.

—¿Tregua? —sugirió ella con una risa inocente.

—Tregua —aceptó, apartándose el pelo de la frente.

—¿Cuántos años tenéis? —preguntó Juls con las cejas arqueadas desde una de las tumbonas.

No era la única que estaba interesada en ellos. Todos los observaban con diferentes grados de curiosidad mal disimulada.

—No seas descarada —la reprendió Félix con fingido tono paternalista.

Juls resopló.

—¿Necesitas ayuda para salir? —dijo Erika con ironía. Se había acercado sin que él se diera cuenta.

—Si te mantienes lejos de mí todo irá bien —masculló entre dientes.

—Me encanta ver que te pongo a cien —musitó y se lamió el labio inferior.

Él cerró los ojos. Aquello no ayudaba en absoluto a calmarle.

—Salgo y te traigo una toalla —ofreció ella con dulzura.

Él la miró con los ojos entornados llenos de desconfianza.

Sin embargo, sí que pareció apiadarse de él, porque se encaminó a los escalones y salió del agua, contoneándose de un modo muy poco sutil.

Curvas y piel sedosa chorreando… ¡Dios! En el infierno hacía menos calor.

Solo un par de segundos después, ella se acercó al borde y le arrojó una toalla que atrapó en el aire. Sujetándola frente a él, como si fuera un escudo protector, salió del agua. Las miradas irónicas que Lukas e Iván le dirigieron le hicieron saber que no estaba engañando a nadie. Vio que Jorge se acercaba, y se enrolló la toalla a la cintura, colocándola de tal manera que su engrosado miembro no resultara demasiado prominente.

—Toma. —Jorge le tendió una botella de cerveza fría—. Refréscate, que lo necesitas.

Félix aceptó la bebida y trató de ignorar la risita de su cuñado, que se dio media vuelta y se alejó. Le hizo caso y dio un par de tragos, dejando que el líquido le resbalara por el paladar. Por el rabillo del ojo descubrió que el patriarca de los Alba se encaminaba en su dirección y contuvo una maldición. No podía enfrentarse a Tony en ese estado.

De pronto, Anna llamó a su marido y este se dio la vuelta y se dirigió hacia ella.

«Salvado».

Uno de los amigos de Jorge —el que tenía menos pelo— se aproximó y comenzó a hacerle preguntas sobre su negocio. Aparentemente, trabajaba en una agencia inmobiliaria y estaba interesado sobre los precios de los traspasos en Valencia.

Pese a que estaba pendiente de la conversación y respondía a todas las preguntas, era muy consciente de dónde estaba Erika. Se había situado justo detrás del tal Rafa, en su campo de visión. Estaba inclinada, escurriéndose la larga melena mientras hablaba con sus amigas, pero le miraba a él.

Félix apartó la vista de la cara de Rafa y la dirigió dos milímetros a la izquierda.

Ella le sonrió.

Él se descubrió a sí mismo devolviéndole la sonrisa.

Capítulo 17

Félix

Si le preguntaban, no sabría contestar cómo había acabado allí: sobre la moto de Erika, abrazado a su cintura mientras atravesaban las calles de Benidorm de noche. Solo media hora antes, estaban todos en el chalet de los Alba, hablando de tonterías y disfrutando de la brisa nocturna en el jardín.

No sabía quién había propuesto bajar al pueblo a tomar algo. Quizá fue Jorge o Lukas. No lo tenía muy claro, pero todo se orquestó para que Tony y Anna se quedaran con Mía, y los demás se pusieran vaqueros y camisetas y se distribuyeran en los vehículos disponibles. Él no tuvo ocasión de decidir en qué coche iba a montar, porque antes incluso de vestirse, Erika ya le había tendido un casco y le miraba provocadora.

Y a él se le daba bien dejarse provocar.

Todo el día había sido una absoluta provocación a la que ya empezaba a acostumbrarse. Miradas, gestos y muecas. Toda una batería de ademanes dirigidos contra su persona que cada vez esquivaba con más pericia, pero que iban dejando huella.

Se habían acoplado a diferentes grupos en extremos contrarios del jardín, no obstante, era muy difícil ignorar la femenina presencia. Su voz, su entusiasmo y su intensidad destacaban por encima de los demás y los ojos de Félix habían viajado una y otra vez hasta ella.

Estaba tan guapa…

La moto de Erika era una Yamaha YBR 125 Custom. Una preciosidad negra y plateada que estaba en muy buen estado pese a su antigüedad. Hacía siglos que no montaba en moto y mucho menos de paquete, pero estaba disfrutando de la experiencia. Erika conducía muy bien; fluía con la máquina, como si fuera una extensión más de su cuerpo. No era habitual ver a una chica manejando una moto de ese tipo, pero a Félix ya no le sorprendía nada que tuviese que ver con ella. Había elegido una camisa corta y su postura, inclinada sobre el manillar, hacía que la prenda se elevara dejando piel al descubierto. Era una delicia poder posar las manos sobre el talle desnudo y sentir el cálido cuerpo a escasos centímetros del suyo, para qué negarlo.

Apenas diez minutos después de haber salido de la casa familiar y haber atravesado unas cuantas avenidas desiertas y algunas calles en las que el tráfico comenzaba a ser menos fluido, entraron en la bulliciosa ciudad. Se detuvieron en un semáforo y ella se giró hacia él al tiempo que se levantaba la visera del casco integral.

—Ya casi hemos llegado. Voy a aparcar ahí delante. —Señaló la calzada a unos cincuenta metros, donde estacionaban otras motos.

Él asintió.

Estaban en una avenida ancha bordeada de árboles, llena de luces, de gente y algarabía. Se dirigían hacia el local donde trabajaba Alexia.

Un vehículo se detuvo junto a ellos en el semáforo y tocó el claxon, llamando su atención.

—¡Disculpe! Está usted en medio —gritó una voz masculina.

Jorge.

Iba sentado en el asiento del pasajero y era Juls la que conducía el ridículo coche, un enorme Nissan Patrol blanco con rayas anaranjadas en los laterales que tenía más años que todos

los Alba juntos.

—¿Me habla a mí? —exclamó Erika, fingiendo que se llevaba la mano al oído—. El ruido de esa antigualla de motor me impide oír nada.

Jorge le sacó la lengua.

—¿Qué tal conduce mi hermana? —se dirigió a Félix.

—No está mal.

Erika le pellizcó la pierna.

—Soy un crack —dijo con fingida indignación—. Oye, paraos ahí donde las motos y dejamos los cascos en el coche —le habló a su hermano.

El semáforo cambió de color y se pusieron en marcha. Erika estacionó entre una *scooter* y una Suzuki de gran cilindrada mientras Juls se detenía en doble fila. Se bajaron de la moto y se quitaron los cascos y las cazadoras vaqueras, que ella había insistido en que se pusieran a pesar del calor, y le tendieron todo a Jorge a través de la ventanilla.

—¿Dónde vais a aparcar? —preguntó ella—. Esto está a reventar.

—En el hotel donde trabaja Dani, en las plazas para empleados. Nos está esperando allí.

—Ah, genial. Nos vemos ahora.

El Nissan arrancó de nuevo y desapareció entre el tráfico.

—No entiendo cómo ese coche sigue funcionando —comentó Félix.

Erika se rio.

—Gracias a mí y a Iván, que cada dos por tres tenemos que estar revisándolo. Y ahora confiesa que nunca habías disfrutado tanto montando en moto. —Erika cambió de tema al tiempo que enhebraba el brazo en el suyo.

—No lo voy a negar —repuso.

—¿Hay alguna opción de que acabemos follando esta noche?

A él se le escapó una risa profunda. Esa chica…

—No.

—Entonces vamos a bailar —propuso con una sonrisa.

¿Bailar? Hacía siglos que no bailaba. En realidad, hacía siglos que no salía por la noche solo a divertirse. Sus noches se traducían en trabajo, trabajo y trabajo.

Sintió que ella tiraba de él hacia una calle más estrecha que conducía a la playa —la misma en la que habían estado el viernes comiendo un helado— y la estampa que se presentó ante sus ojos fue muy similar a la de hacía dos noches: el arenal iluminado, el mar oscuro de fondo, la música estridente y las luces estroboscópicas saliendo de los locales. Gente, jaleo y risas.

Benidorm en estado puro.

Un tipo moreno con purpurina dorada en la cara se acercó a ellos con unas tarjetas en la mano, ofreciéndoles un descuento en uno de los bares, pero Erika le rechazó con un gesto y siguieron andando.

Las gogós que bailaban sobre plataformas a la entrada de los diferentes locales provocaban que los grupos de chavales curiosos se agolparan frente a ellos, dificultando el avance. No obstante, no tardaron en divisar a Iván y a Diego, frente a la puerta del Go Beach Club. Estaban con dos chicos a los que Erika abrazó efusivamente.

—Son unos amigos nuestros, Emilio y Miguel —se los presentó Diego.

Se estrecharon las manos.

—¿Esperamos dentro a los demás? —propuso Erika—. Creo que Alexia es la siguiente en bailar y quiero verla.

Era evidente que acudían con frecuencia porque el tipo enorme que había en la puerta los saludó con un gesto de reconocimiento.

Accedieron al interior con dificultad y se abrieron paso hasta una de las barras; se hicieron hueco en un extremo.

—¿Qué bebes? —le preguntó Erika a gritos.

Ya había bebido suficientes cervezas ese día y tenía que madrugar al día siguiente, así que se decantó por un agua con gas. Ella se pidió una Coca-Cola y los demás optaron por cerveza sin alcohol.

Le echó un rápido vistazo al lugar. No tenía nada de especial. Era impersonal, ruidoso y vulgar. Era todo lo que él no deseaba que fuese el Corso. Aunque estaba claro que cumplía su función si uno se guiaba por la cantidad de gente que lo llenaba, la mayoría con vasos en las manos.

Erika le tendió el agua y le señaló el podio que acababa de desocupar una chica de pelo corto y piernas largas.

—Ahora le toca a Alexia —le dijo.

Incluso antes de que hubiera terminado la frase, una chica con un mono minúsculo de lentejuelas rosas y unas botas de plataforma blancas se encaramó a la pieza de madera. El DJ dijo algo por los altavoces, la música cambió y subió de volumen. Era una famosa canción de techno dance, *Ooh La La* de Goldfrapp.

La gogó comenzó a bailar y Félix la contempló lleno de asombro. Le parecía casi imposible que esa chica fuera la misma que había conocido hacía dos días y con la que había estado hasta hacía unas horas. La Alexia, novia de Lukas y niñera de Mía, era una persona seria y callada que irradiaba serenidad; la gogó que se contorsionaba con sensualidad al ritmo de la música era completamente diferente.

—Cuidado, que está pillada —dijo alguien a su lado.

Volvió la cara y se encontró con Lukas que le sonreía de oreja a oreja.

—Creo que yo también —respondió con ironía, señalando con la barbilla a Erika, que hablaba con Iván a unos pasos de distancia.

Lukas soltó una carcajada y volvió a girarse hacia su chica con una expresión cargada de admiración en el rostro.

—¿A que es maravillosa?

Félix no contestó. Sabía que no era necesario ya que Lukas se había olvidado de él.

Rafa, Laura y Bea llegaron junto a ellos y se hicieron sitio a su lado. Jorge, Juls y Dani también aparecieron poco después. Félix trató de hablar con su hermana, pero la música era demasiado estruendosa para poder mantener una conversación fluida.

Giró la cabeza hacía Erika, pero no la encontró. Extrañado, barrió el local con la vista, buscando la dorada cabellera, pero no pudo localizarla.

Pasaba demasiado tiempo pendiente de esa chica y aquello no era bueno, se dijo. Si no pensaba acostarse con ella, tendría que guardar las distancias. Tontear era divertido, pero ambos debían de tener claro que no podían ir más allá de eso.

Mientras se decía aquello a sí mismo, sus ojos le contradecían y seguían recorriendo cada metro cuadrado, buscando…

Y ahí estaba.

Riéndose y bailando con dos chicos que parecían muy jóvenes. Aunque todo el mundo en ese sitio parecía muy joven. No creía que nadie pasara de los veinticinco.

Dio dos pasos a la derecha para poder verla mejor.

Los vaqueros que llevaba eran muy bajos y la blusa negra sin mangas era corta, de modo que una generosa franja de piel desnuda quedaba expuesta en torno a su cintura. Su cabello despeinado ondeaba sobre su espalda.

Bailaba desinhibida, con los ojos entrecerrados, oscilando las caderas.

Era muy natural. Provocadora. Sexi.

A los dos chicos que se pegaban a ella se les caía la baba. Y no solo a ellos dos. Había algunos más que la devoraban con los ojos.

Él mismo lo hacía.

Entre todas aquellas muñequitas arregladas y emperifolladas destacaba por su belleza sin artificio, como un diamante en bruto entre pulidas piedras preciosas.

Uno de los chicos, el más alto, le posó la mano sobre el desnudo vientre, abriéndola al máximo para alcanzar el comienzo de sus pechos, y se pegó a su espalda, contoneándose al mismo tiempo que ella lo hacía.

Erika no se apartó.

Félix sonrió de medio lado. Pese a que ella no le había dirigido ni una sola mirada, el instinto le decía que sabía que la estaba mirando. También estaba seguro de que pensaba en él, aunque su compañero de baile fuera otro.

Sintió el móvil vibrar en el pantalón y tuvo que forzarse a apartar la mirada de la sensual escena. Se lo sacó del bolsillo. Era un mensaje de Ana.

Estamos frente a la entrada del Go. Sal y te presento a Diego.

Le había enviado un mensaje a su amiga hacía un rato, por si acaso ella le estaba esperando para cenar, diciéndole cuáles eran sus planes. Sabía que no tenía obligación alguna de hacer eso, pero pensaba que era cuestión de educación. Ya que vivía en su casa, al menos tenía la deferencia de informarle si no iba a regresar para que ella no contara con él.

Le hizo un gesto a su hermana, señalando el vaso que dejó sobre la barra y se abrió paso entre la gente hacia la salida. No volvió a mirar a Erika.

En cuanto salió a la calle y logró escapar del ambiente viciado del local, cogió una gran bocanada de aire, aliviado. Agradeció la brisa que le secó el sudor de la piel casi instantáneamente. Los Corsos solían llenarse de gente también, pero eran lugares agradables en los que se podía pasar un buen rato conversando y disfrutando.

—¡Fix!

La voz de Ana le llevó a girar la cabeza.

Allí estaba, detrás de un grupo de chicos que fumaban como carreteros, junto a un tipo muy alto con la cabeza afeitada y aspecto tranquilo. Ella llevaba un vestido largo de color blanco y el pelo recogido en una coleta. Él, un polo azul y unos vaqueros claros.

—Hola —los saludó al acercarse a ellos.

—Este es Diego. Este es mi amigo Félix.

—He oído hablar mucho de ti —le dijo el tal Diego, estrechándole la mano.

—Y yo de ti.

No tardó mucho en catalogarle. El novio de Ana rezumaba afabilidad. Y se notaba que estaba colado por ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, señalando el Go—. Esto es para guiris y turistas jovencitos.

—Ya me he dado cuenta, pero la novia de Lukas trabaja aquí y hemos venido a verla. —Se encogió de hombros con resignación.

—Qué sacrificado —se rio—. Vente con nosotros a tomar una copa aquí al lado. Hay una

terraza más tranquilita. Es un sitio de adultos —añadió con tonito guasón.

No se lo pensó demasiado.

—Voy a entrar a decírselo y ahora salgo.

Regresó al Go. De algún modo parecía todavía más lleno de gente que antes.

—¡Eh, Juls! —la llamó—. Voy a tomarme una copa con Ana y su novio aquí al lado. Avisadme si os vais.

Ella asintió con un gesto.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia Erika y sus admiradores. A ellos los ignoró completamente. Se plantó frente a ella, que al verle llegar dejó de bailar.

—Me voy —le dijo, inclinándose y hablándole al oído.

—¿Dónde?

—Con mi amiga Ana y su novio. A tomar una copa aquí cerca.

—¿Me abandonas?

Él se rio de buen humor y alzó la cabeza para posar la mirada en la suya.

—Te dejo con tus chicos.

Los dos jóvenes le estaban lanzando miraditas curiosas.

Ella compuso un gesto cargado de fastidio.

—Sabes que no me importan una mierda y que mientras bailaba solo pensaba en ti.

—Lo sé.

—¿No me vas a echar de menos?

—Ni un poquito.

Ella le tiró de la camiseta hasta que él volvió a inclinarse.

—Mentiroso —le susurró junto al lóbulo de la oreja. Acto seguido, sacó la lengua y lo lamió despacio.

Félix cerró los ojos y estuvo a punto de emitir un gemido. La sensación de esa lengua blanda y húmeda recorriendo su piel fue increíble. Y su miembro pareció pensar lo mismo porque se irguió contento.

—¿Me das un beso de despedida? —musitó ella pegando el cuerpo al suyo y hundiendo la cara en su cuello.

La lógica le decía que no lo hiciera. ¿Acaso no se había dicho a sí mismo hacía poco que era mejor guardar las distancias?

Posó las manos sobre su desnuda cintura y la sintió estremecer. Ella elevó la cara y le ofreció sus labios que parecían temblar ansiosos. Sus ojos azules oscurecidos por la falta de iluminación le suplicaban. O quizá fuera solo producto de su imaginación.

Sonaba una versión moderna de una antigua canción disco de los setenta. Era *You make me feel maighty real*[65] de Sylvester.

Aproximó la boca a la de ella.

Se besaron.

Todo lo demás desapareció.

Había ímpetu en el beso. Había mucho deseo contenido. Había hambre y ganas. Pasión. Delirio. Frenesí.

Se separaron jadeando.

El corazón de Félix iba a mil por hora. Y ella parecía tan excitada como él con las pupilas dilatadas y la respiración agitada. Sus cuerpos todavía no habían entendido que el beso había finalizado porque seguían unidos, presionando, como si quisieran atravesarse. Se miraron fijamente, en silencio. Ella le acarició el labio inferior con el pulgar y él no pudo evitar imitarla y

trazar el de ella con el índice, con dulzura.

La realidad retornó a ellos muy poco a poco. La música volvió a sonar potente. Las voces y las risas regresaron. El local entero apareció ante sus ojos.

Félix se dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Sentía un fuego abrasador en el pecho y la sangre revolucionada en las venas. Otras partes de su cuerpo también estaban muy alteradas.

La última estrofa de la canción le acompañó hasta que abandonó el local.

Oh, I feel real when you touch me, I feel real when you kiss me, I feel real when you touch me, I feel real when you hold me…[66]

Su nivel de inglés era mediocre, pero podía intuir lo que significaba esa letra.

Capítulo 18

Erika

Las ventajas de ir en moto eran muchas, sobre todo a la hora de aparcar en una ciudad grande como Valencia. No conocía bien las calles, a pesar de que había ido unas cuantas veces, pero el local de Félix no tenía pérdida. Estaba situado en una de las zonas más populares, junto a la plaza Cánovas del Castillo.

La plaza entera era zona azul, pero en una de las calles perpendiculares encontró un espacio habilitado para motos donde no tenía que pagar. Estacionó la Yamaha allí y aseguró el casco a la parte trasera con una cadena antirrobo.

Eran las cuatro y media de la tarde de un lunes y hacía muchísimo calor, así que se despojó de la cazadora que siempre llevaba cuando montaba en moto y se la ató a la cintura. Se pasó los dedos por el pelo para despegarlo del cuero cabelludo, y echó a andar.

Había pedido la tarde libre para ir al dentista, pero en el último momento le habían cancelado la cita y decidió acercarse a Valencia, de compras. Bueno, esa era la excusa que había pensado contarle a Félix. La pura realidad era que la cita con el dentista la había cancelado ella y se había escapado para verle.

Hacía ocho días que no sabía nada de él, desde el domingo por la noche en el Go cuando intercambiaron aquel beso que la dejó boqueando como un pez fuera del agua. Él no había vuelto a aparecer; se había marchado a casa con Ana y su novio, aparentemente. Y durante los días siguientes, tampoco pudo verle porque, según le había dicho Juls, él pasaba casi todo el tiempo en Valencia debido a unos problemas de última hora que habían surgido en el local.

Así que allí estaba ella.

Si Mahoma no iba a la montaña, tendría que ser la montaña la que fuera a Mahoma.

O algo parecido.

El exterior del Corso solo se diferenciaba del de Madrid porque este tenía una amplia ventana que estaba tapada desde dentro por papel marrón. Sin disimulo, pegó la cara al cristal y echó un vistazo curioso por una grieta que había en el papel. El interior del local era muy similar a los otros Corsos, tenía la misma decoración.

Solo tardó un milisegundo en localizar a Félix. Estaba en medio de la estancia, hablando por teléfono. Iba vestido de traje, pero se había quitado la chaqueta y subido las mangas de la camisa azul hasta los codos. Debía de llevar unos días sin afeitarse porque su bien cuidada barba le había crecido por las mejillas dándole un aspecto salvaje.

Parecía cansado.

Erika no dudó.

Tiró del picaporte y abrió la puerta, accediendo al local. El suelo estaba tapado con plásticos. La barra y los muebles también. Había un andamio al fondo, pegado a una de las paredes.

Félix se giró brevemente para ver quién había entrado. Al verla, la expresión de su cara que hasta el momento había sido de preocupación pasó a cargarse de desconcierto.

Erika alzó una mano y le saludó muy sonriente.

—Te llamo luego —dijo él a su interlocutor al otro lado de la línea. Y cortó la llamada.

—Esto está quedando genial —comentó ella en voz elevada. De fondo se escuchaban

ruidos raros, como si hubiera alguien utilizando una sierra o un taladro.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con el ceño fruncido.

—He venido a raptarte.

—Estoy ocupado —le dijo con un gesto vago de la mano.

Era obvio que su visita no era muy bienvenida.

Erika no se amilanó. Sabía por Juls, que él pasaba demasiadas horas en el local, que comía fatal y que estaba agotado.

—Estoy segura de que tienes tiempo de tomar un café conmigo.

Él se frotó la nuca, vacilante.

—¿Qué haces aquí? ¿No trabajas hoy?

—Tenía una cita en el dentista y se ha cancelado y he aprovechado para venir de compras… —Hizo una pausa y meneó la cabeza—. Bueno, es mentira. He cancelado yo la cita y he venido porque me apetecía verte.

«Genial, Erika. ¿Se puede ser más bocazas?».

—Vaya —murmuró él.

—Mira —dijo ella y se sacó un billete de cinco euros del bolsillo—. Pago yo.

—¿Qué es eso? ¿Me vas a pagar para que me vaya contigo? Me siento un hombre objeto. Y es poco dinero.

Ella se rio.

—Era para pagar el café. Pero espera. —Volvió a hurgar en el bolsillo hasta que encontró un billete de veinte. Se lo mostró—. ¿Suficiente?

—Te haré un buen precio ya que somos casi familia y aceptaré los veinte euros —repuso con cinismo. De pronto, su humor parecía haber mejorado. Se acercó a ella, le cogió el billete y se lo guardó en el bolsillo—. Vamos. Tengo un rato para un café. ¡Julián, voy a salir! —gritó.

El sonido penetrante cesó y se escuchó algo similar a un *Sin problema* amortiguado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella una vez en la calle—. ¿Problemas?

—Las puertas han llegado mal y he tenido que buscarme otro fabricante. Y las lámparas no son las que habíamos elegido. Además, uno de los camareros nos ha fallado y he estado haciendo entrevistas.

—Qué putada. ¿Y va a estar todo listo para la inauguración del sábado?

—Sí —soltó con sequedad, como si cualquier otra respuesta fuera impensable—. ¿Te parece bien allí enfrente? —Señaló una pequeña cafetería al otro lado de la calle.

—Me parece bien.

Cruzaron la calzada aprovechando que no pasaban coches. Erika le miró de reojo. Exceptuando la barba descuidada y las ojeras que había bajo sus ojos, estaba igual de impresionante que siempre. Pese a las altas temperaturas, llevaba un chaleco gris, a juego con los pantalones. Al menos había prescindido de la corbata. Ella lucía unos vaqueros elásticos, zapatillas deportivas y una camiseta con estampado de calaveras mexicanas de diferentes colores.

Sí, sin duda encajaban perfectamente, pensó con ironía.

Tomaron asiento en el interior de la cafetería. Se estaba bien allí con el aire acondicionado funcionando a toda pastilla. Solo otra de las mesas estaba ocupada por una pareja de mediana edad. A esa hora, la mayoría de la gente o bien estaba trabajando o en la playa.

Él se pidió un café con hielo y ella un granizado de limón.

—Tienes aspecto de cansado —le dijo, cuando ya tenían ambos las consumiciones sobre la mesa de madera.

—¿Cansancio? ¿Qué es eso? —dijo él con tono de guasa. Luego continuó con seriedad

—: Estoy agotado, pero ya lo esperaba. Es normal que algo falle antes de abrir un sitio nuevo. Siempre pasa.

—Por lo poco que he podido ver, ha quedado genial.

—¿Has podido ver debajo de los plásticos? —dijo él con ironía.

—Tengo un montón de cualidades que no conoces. Soy capaz de ver a través de los objetos —dijo mientras jugaba con la pajita—. Te diría incluso que sé de qué color es tu ropa interior.

—¿Coqueteas de nuevo?

—A saco.

Él rio.

—¿De qué color es mi ropa interior? —la retó con una mueca.

—Creo que negra.

Él se echó hacia atrás en la silla y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿He acertado?

No respondió. Se limitó a llevarse la mano a la cintura. Se ahuecó el cinturón y el pantalón y echó una ojeada.

—Sí.

Ella soltó un gritito de júbilo.

—Perfecto. He ganado. Ahora tienes que hacer algo que yo desee.

—¿Cuándo hemos quedado en eso?

—Ahora.

Él se llevó el vaso a los labios y dio un pequeño sorbo al café.

—Te queda bien esa ropa. Aparentas doce años —dijo.

—No intentes cambiar de tema —replicó—. Me he ganado un deseo.

—No voy a acostarme contigo.

—¡Qué mal pensado eres! —protestó con tono enfurruñado.

—Contigo es «piensa mal y acertarás».

Ella no se lo discutió.

—Bueno, cuéntame todo lo que has hecho esta semana. —Cambió de asunto. Ya volvería a lo del deseo más tarde.

Él la miró con desconfianza, pero terminó por ceder y empezó a hablarle de los problemas de última hora que le tenían tan ocupado.

Erika le escuchó en silencio, dejando que se explayara. Se limitaba a asentir o a negar según la ocasión lo requiriese. Era una delicia prestarle sus oídos para que él se desahogara. Algo así creaba vínculos. Además, le encantaba ver cómo se expresaba cuando tenía la guardia baja, algo que no le solía suceder a su lado. No gesticulaba mucho, pero tenía un gesto muy característico que hacía con las cejas, que la tenía fascinada. Cuando decía algo que le preocupaba mucho, las elevaba ligeramente para volverlas a bajar deprisa.

—¿Qué pasa? ¿Te he hipnotizado? Nunca te había visto tan callada —inquirió él, ladeando la cara.

—Me interesa lo que me cuentas, por eso te escucho en silencio.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Y entonces, ¿vas a elegir al chico del pelo largo como camarero?

Él asintió.

—De momento es el mejor de todos los que he entrevistado hasta ahora. Y esta tarde a las seis viene una chica que tiene un buen currículum.

Erika le echó un vistazo a la pantalla del móvil. Eran las cinco y cuarto. Todavía tenía cuarenta y cinco minutos para disfrutar de su compañía.

—¿Y tú? ¿No me cuentas lo que has hecho esta semana? —dijo él, apurando el último sorbo de café.

—¿Aparte de echarte de menos?

—Sí, aparte de eso —murmuró haciendo rodar los ojos.

Erika se rio con inocencia antes de empezar a contarle como había sido su semana. No profundizó demasiado. Dudaba mucho que a él le interesara cómo funcionaba un motor fueraborda de cuatro tiempos, que era el que había tenido que desmontar y volver a montar durante los últimos días.

Mientras hablaba, la camarera se acercó y Félix pidió otro café. Ella todavía tenía la mitad del granizado, así que hizo un gesto de rechazo.

—Me gusta oírte hablar —dijo él de pronto—. Me parece fascinante que a una chica le gusten tanto los motores. Quizá suene machista, pero es la primera vez que me encuentro con alguien como tú.

—¿Eso es algo bueno o malo?

—Demasiado bueno, me temo —respondió con renuencia.

—¿Admites que te gusto?

Él guardó silencio mientras la camarera acudía y dejaba un nuevo café y un vaso con hielo sobre la mesa.

—Admito que me gustas. Me gustas mucho. Me pareces una persona sumamente interesante. Creo que hay mucha química entre nosotros y que somos muy compatibles, al menos, físicamente. Nos parecemos y me gusta compartir momentos contigo, hablar de cualquier tema y bromear —concluyó.

El estómago de Erika se contrajo de anticipación.

—¿Pero? Porque estoy segura de que después de todo esto que has dicho hay un pero.

—Claro que hay un pero. Sigue siendo el mismo que ya te dije en Madrid.

—Que soy muy joven, que somos casi familia, que no quieres líos, que pasas de complicarte la vida… —recitó ella con hastío.

—Exacto.

—Pues no paras de enviarme señales contradictorias.

Él cerró los ojos y apoyó los codos sobre la mesa. Era tan evidente que estaba agotado que ella se sintió un poco culpable.

—Tienes razón —reconoció con voz derrotada.

Por un segundo, Erika tuvo pánico de haber ido demasiado lejos y haberle forzado en exceso. No quería ser exigente ni presionar a alguien tan recalcitrante como Félix.

—Da igual —se apresuró a decir—. Sigue enviándome cualquier tipo de señal. Sin problema.

Él alzó la cara y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Alguna vez te rindes?

—Nunca. Hay cosas por las que merece la pena luchar hasta el final.

—¿Yo soy una de esas cosas?

—Indudablemente.

—No me conoces. Te vas a llevar un desengaño.

Ella soltó una risa.

—Para nada. Te conozco mejor de lo que tú crees. Y eres ideal para mí.

Eso le hizo reír. Meneó la cabeza con incredulidad y se echó hacia atrás.

—Eres increíble.

—Lo soy. Y lo sabes. Y me estoy pensando cuál es mi deseo.

—¿Deseo?

—Sí. Por haber adivinado el color de tu ropa interior.

—Ah, ese deseo.

Erika tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa como si estuviera pensando en algo, cuando la realidad era que sabía bien lo que deseaba.

—Dispara —le dijo él después de dar un trago a su café.

—Quiero que nos enrollemos en el baño del Corso el día de la inauguración.

Él tardó en reaccionar. Una arruga surgió entre sus dos cejas.

—Define enrollarse —dijo al fin.

—Pues unos besos y un poco de *petting.*

—¿*Petting*?

—Ups, se me olvidaba que eras un anciano —le provocó—. A ver, tocamientos, pero sin penetración.

Él se frotó la barba con una mano y actitud reflexiva, como si de verdad estuviera meditando sobre el tema.

—Me lo tengo que pensar. Hacer un trabajo de regresión a mi adolescencia no es algo que haga con frecuencia —dijo con sarcasmo.

Ella se rio bajito, aunque estaba a punto de gritar de júbilo. ¡No había dicho que no!

Sorbió por la pajita ruidosamente lo que le quedaba de granizado hasta vaciar el contenido del vaso. Luego alzó la cara y le regaló una sonrisa. Él la estaba observando con una expresión indescifrable.

—Cuando quieras nos vamos —le dijo.

—Eh, sí. Mi cita tiene que estar a punto de llegar —repuso él después de lanzar una ojeada a su reloj de pulsera.

Cuando él hizo amago de sacarse la cartera del bolsillo, ella le detuvo.

—Esta vez me toca a mí.

Después de pagar, abandonaron la cafetería y una bofetada de desagradable calor los golpeó con fuerza. Atravesaron la calzada y se dirigieron al Corso a buen paso. Se detuvieron frente a la puerta.

—Gracias por venir —le dijo él. Y había verdadera gratitud en su tono—. Me ha venido bien desconectar un rato.

—Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas. Tienes mi número —le dijo con un guiño.

—Lo sé —asintió.

Después de decir eso, se aproximó y Erika pensó que iba a besarla. El corazón le hizo una cabriola en el pecho.

Pero no.

Él se limitó a sacarse los veinte euros que antes le había cogido y a metérselos en el bolsillo del vaquero. La sensación de esa mano grande entrando en su estrecho pantalón la llevó a estremecerse.

—Tu compañía ha sido pago suficiente para mí —le dijo con calidez.

Erika sintió que se derretía.

«Qué cabronazo», pensó.

No obstante, mantuvo la compostura y se limitó a alzarse de puntillas para darle un beso en la áspera mejilla. Luego se giró y se alejó. Podía sentir los masculinos ojos clavados en su figura y anduvo con garbo y soltura hasta que dobló la esquina.

Una mueca triunfal se mostró en su cara.

No sabía bien por qué, pero tenía la sensación de que las cosas marchaban muy bien entre ellos.

Capítulo 19

Félix

La inauguración estaba siendo un éxito. Incluso antes de abrir las puertas oficialmente ya había gente en la calle haciendo cola. La labor de promoción que había hecho Sean a través de las redes sociales y de la prensa había dado sus frutos. Todavía no eran las diez de la noche y no cabía ni un alfiler.

Félix no podía evitar sonreír satisfecho mientras barría con la mirada el interior del local desde su posición estratégica al final de la barra. No se engañaba a sí mismo y sabía que los días de inauguración acudía más gente de lo habitual a curiosear, pero solo con que el cincuenta por ciento de los visitantes de aquella noche regresaran y se convirtiesen en clientes habituales ya habrían ganado. Si todo marchaba bien, era probable que en dos o tres años pudiesen recuperar la inversión que habían hecho.

Finalmente, tanto las puertas como las lámparas habían llegado a tiempo para el gran día. Estas últimas, si bien no eran las mismas que las originales de los Corsos de Madrid, se asemejaban muchísimo y habían pasado su filtro. La luz que se desprendía de ellas se reflejaba sobre la pulida barra de madera oscura repleta de copas y vasos que los camareros —cuatro en total— se esforzaban por que siempre estuvieran llenas.

Sintió una presencia a su lado, pero no se giró para ver de quién se trataba. Sabía quién era.

—Lo hemos conseguido. —La voz de su socio con el característico acento irlandés llegó hasta sus oídos por encima de la música. Sonaba *Black Coffee* de Wolfgang Lohr & Louie Prima.

—Sí. Y ya van cuatro.

—Tengo echado el ojo a uno en Barcelona.

Félix soltó una risa.

—Déjame respirar.

Habían acordado no hacer más experimentos y esperar a estar libres de deudas antes de embarcarse en un nuevo proyecto.

Sean también se rio.

—Bueno, creo que deberíamos brindar en condiciones, ¿no? —propuso.

Félix asintió. Le hizo un gesto a uno de los camareros, que se acercó con presteza, y pidió dos Glenfarclas de veinticinco años. No tardaron en tener el carísimo *whisky* escocés frente a ellos en dos vasos de grueso cristal labrado. Los cogieron casi al unísono y, mirándose a los ojos, pronunciaron el brindis tradicional, el que siempre usaban en ocasiones importantes.

—Por Ernesto.

Félix cerró los ojos cuando la punzada de dolor que siempre acudía a él al escuchar su nombre se le manifestó en el pecho. La ignoró y dejó que el alcohol se deslizase por su garganta hasta llegar a su estómago, inundándole de calor.

—Estaría feliz de ver lo que estamos consiguiendo —aseguró Sean.

—Sí. Lo estaría —reconoció con sequedad.

Sean debió de percatarse de su estado de ánimo porque se apresuró a cambiar de tema.

—¿Cuándo viene tu hermana?

—No creo que tarde mucho en llegar.

Habían reservado una de las mesas para los Alba, ya que Juls le había dicho que iban a acudir todos, excepto los padres de Jorge, que iban a ejercer de abuelos, y Alexia, que tenía que trabajar.

—¿Y me vas a presentar a la rubia?

—No va a hacer falta. Seguro que se presenta ella misma en cuanto se entere de quién eres —soltó con ironía.

—¿Directa y descarada?

—Ni te lo imaginas.

Justo en ese momento, Félix distinguió la cara de Jorge cerca de la entrada. Si él estaba allí, los demás también estarían. Iban a acudir en el coche de Tony, un Volkswagen Touran de siete plazas para poder viajar todos juntos.

Vio que Juls se abría paso entre los grupitos que se arremolinaban en el local. Llevaba un vestido negro muy corto y los labios pintados de rojo. Se arrojó en sus brazos.

—¡Es una pasada! —exclamó con entusiasmo.

—Me alegro de que te guste, peque —le dijo y le revolvió el corto cabello con cariño.

—Que no me llames peque —le regañó y le dio un pellizco en la mejilla.

Luego se dirigió a Sean, a quien también abrazó con afecto.

—Eres un crack, cuñado. Cómo se nota que tienes pasta. —Jorge le dio unas palmaditas en la espalda.

No pudo responderle porque Diego, Iván y Lukas también se acercaron a felicitarle. Bromeó con todos ellos mientras buscaba una cabeza rubia entre la gente.

Sin éxito.

Con la frente arrugada por la extrañeza, los condujo hasta la mesa que tenía el cartel de *Reservado*. Vio que Sean le hacía un gesto a uno de los camareros para que acudiera con los cócteles con los que estaban agasajando a los invitados especiales. Seguía echando ojeadas a su alrededor, buscando a Erika, cuando notó la vibración del móvil en el bolsillo.

Erika: Tienes cara de enfado. Es porque no me encuentras?

Alzó la vista y volvió a recorrer el local con los ojos entornados.

Erika: Admite que tienes ganas de verme. Si lo haces, apareceré a tu lado.

Esbozó una sonrisa. Así que quería jugar.

Félix: No admito nada.

Erika: Vaya, entonces me quedaré donde estoy. Es una pena porque me he comprado un vestido espectacular, solo para tus ojos.

Las ganas de verla crecieron exponencialmente dentro de él.

«Sabes que eres una marioneta en sus manos, ¿verdad?».

Bueno, ser una marioneta en manos de Erika no estaba tan mal, reconoció para sí mismo.

Félix: Tengo ganas de verte.

Ni siquiera habían transcurrido dos segundos cuando alguien se plantó a su lado. Sabía que era ella sin necesidad de mirarla. Quizá por su magnetismo o por el calor que desprendía su cuerpo. No estaba seguro, pero lo intuía.

—Hola, amor.

Giró la cara y la miró.

Que Erika se había esmerado esa noche en acicalarse era indudable. La chica que no solía arreglarse demasiado parecía una modelo de pasarela. Estaba impresionante y las miradas del noventa y cinco por ciento de los hombres del local daban fe de ello. El otro cinco por ciento debían de ser gays, sin duda. Lucía un vestido de un tono naranja eléctrico sin mangas ni tirantes,

solo sujeto a su cuerpo por la fuerza de una gravedad invisible. Era tan ajustado que no cabía la posibilidad de que hubiera ropa interior debajo. El llamativo color de la prenda resaltaba el bronceado de la piel como si fuera de caramelo líquido. El largo pelo era una cascada de rizos rubios que colgaban por encima de uno de sus hombros. El brillante *lipgloss* de sus sonrientes labios gritaba CÓMEME.

Y Félix sabía quién se lo iba a comer.

Un aluvión de sensaciones le asaltó al verla. ¿Cómo era posible que aquella chica le perturbara tanto? Había estado con infinidad de mujeres bellas en su vida, también con muchos hombres atractivos, pero la química que experimentaba con Erika era de otro mundo.

—¿Qué te parece este trapito? —preguntó ella juguetona.

—No está mal —dijo contenido, mientras que una voz en su cabeza gritaba: QUÍTATELO.

De reojo vio que su hermana intentaba aguantar la risa y que Sean los contemplaba con una expresión de suma curiosidad.

—Este es Sean —los presentó—. Esta es Erika, la hermana de Jorge.

Ella no trató de disimular su gozo cuando abrazó a su socio y se colgó de su cuello mientras le decía algo al oído. Los ojos negros del irlandés pasaron del asombro a la diversión en un segundo.

Erika se apartó de él, se dirigió a una de las sillas libres y se sentó, cruzando las piernas de una manera terriblemente provocadora. La raja lateral que partía la falda del vestido en dos se abrió hasta su cadera. Llevaba unas sandalias doradas de tacones kilométricos que le estilizaban las piernas todavía más, si aquello era posible.

—Tenías razón.

A duras penas logró apartar la mirada de la explosiva chica que le traía de cabeza y dirigirse a Sean, que se estaba riendo como un imbécil.

—¿Cómo?

—Es tal cual me la imaginaba, pero multiplicado por cien. Me ha dicho que es la mujer ideal para ti y que consiga convencerte para que vayas al baño de chicas dentro de media hora.

Félix bajó los párpados y se mordió los labios controlando una sonrisa.

Erika…

—¿Es así siempre? —inquirió su amigo.

—Solo el noventa y nueve por ciento de las veces. El otro uno por ciento me está intentando besar —comentó con fingido fastidio.

—Deberíais casaros.

—Perfecto, ahora tengo al enemigo en casa —masculló.

Sean soltó una carcajada sarcástica.

Se encaminaron ambos hacia la barra para dar instrucciones al encargado e informarle de que cualquier pedido que llegara de la mesa del fondo estaba pagado. Después, se dedicaron a socializar y hablar con los invitados, a fin de cuentas, era un día de trabajo para ellos.

Félix trató de no pensar demasiado en Erika mientras se esforzaba por mostrarse como un anfitrión atento, conversando interesado con todo el mundo. No obstante, estaba un poco distraído.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando su móvil vibró. Se excusó con sus interlocutores, los interioristas responsables de la decoración, y se alejó unos pasos.

Erika: No te ha dicho nada tu socio?

Félix: No sé a qué te refieres.

Erika: Mentiroso. Tienes todavía cinco minutos.

¿Ya había pasado media hora?

Félix: Para qué?

Erika: Lo sabes perfectamente. Rollo. Baño de chicas.

Félix: Tiene que ser en el de chicas?

Erika: Me da igual dónde sea. Si quieres puedes venir aquí a la mesa y lo hacemos en público.

Félix: Tantas ganas me tienes?

Erika: Ufff… Sabes que sí. Estoy a cien.

Era probable que ella estuviera a cien, pero él estaba a doscientos. El tonteo se le estaba yendo de las manos.

Alzó la cara y fijó la vista en la puerta de los aseos. No iba a resultar nada fácil poder encontrarse allí. Había demasiada gente. Con decisión, volvió a coger el móvil.

Félix: Abortamos misión baño. Oficina. Puerta negra junto aseos.

Pese a que no recibió respuesta, la doble notificación azul le confirmó que ella había leído el mensaje.

Se dirigió a la pequeña oficina esquivando a algunas personas que le felicitaban por la inauguración. Se limitaba a sonreír y dar las gracias con una inclinación de cabeza. No tardó en llegar frente a la oscura hoja de madera. No había ni rastro de Erika. La abrió con la llave que llevaba en el bolsillo y entró en la pequeña estancia, cerrando la puerta a su espalda. El ruido de la música y las conversaciones disminuyó considerablemente.

Mientras aguardaba en la penumbra con el corazón acelerado, una voz interna comenzó a cuestionar sus decisiones, pero la mandó al carajo. Lo del *petting* que ella había propuesto le intrigaba y apetecía a partes iguales.

La puerta se abrió y una franja de luz se dibujó en el suelo al tiempo que la música restallaba con fuerza en el interior del cuarto.

No vaciló y cogió la femenina muñeca con ímpetu, tirando del delgado cuerpo hacia él. Luego cerró la puerta de un portazo.

Era Erika.

No había confusión posible.

Era su olor.

La pegó contra la pared y acalló con la boca la frase que ella estaba a punto de pronunciar. Unos brazos se enroscaron en torno a su cuello y el beso se convirtió en puro fuego. Hubo un frenético choque de pieles, lenguas y dientes mientras los cuerpos se restregaban el uno contra el otro. Sus manos buscaron cobijo en su turgente trasero. Los dedos de ella encontraron un hueco entre el pantalón y la camisa y acariciaron la piel desnuda de sus abdominales.

La excitación de Félix creció y creció hasta adquirir proporciones gigantescas. Su deseo era tan grande que pensó que se consumiría.

—¿Esto es *petting*? —preguntó jadeante cuando sus bocas se separaron.

—Disculpe, pero ¿quién es usted? —respondió ella casi sin aliento—. Yo solo buscaba el baño y he sentido que alguien tiraba de mi brazo y me encerraba en esta habitación.

Él bajó la frente hasta apoyarla en su hombro y soltó una risa ronca y profunda mientras aprovechaba para respirar su esencia y llenarse de ella.

—Te voy a echar de menos —murmuró.

No sabía por qué se le había escapado esa frase.

Era su última noche en Valencia. Ya no tenía motivos para quedarse dado que el Corso

estaba terminado y parecía funcionar a la perfección. Al día siguiente regresaba a Madrid.

—¿Ya te has enamorado de mí?

—No. Pero voy a echar de menos tus locuras.

—No lo harás porque seguiré volviéndote loco desde la distancia. No te preocupes.

Volvieron a besarse con ansia.

«Seguro que ya no le queda ni rastro del *lipgloss*», pensó.

Cuando se separaron de nuevo estaban faltos de aliento.

—La inauguración está siendo un éxito. Me alegro mucho por ti, Félix.

Desde el primer día le había gustado cómo ella pronunciaba su nombre. Lo hacía como si le estuviese acariciando con la voz.

—Gracias. —Deslizó la mano por su abdomen buscando algo que no halló—. ¿No llevas ropa interior?

Ella acercó los labios al lóbulo de su oreja y lo lamió.

—No.

Su miembro se irguió en su totalidad.

—Mierda —masculló.

Era imposible ver nada en la oscuridad, quizá por eso los otros sentidos estaban más agudizados. Los jadeos de ella eran muy sonoros, su olor dulce y salvaje parecía envolverle y el tacto de los dedos sobre su piel era electrizante. Incluso el calor del femenino cuerpo le traspasaba la ropa y le penetraba hasta los huesos.

Notó que ella le cogía la muñeca y conducía su mano por su muslo, bajo la falda del ajustado vestido. La llevó hasta su sexo.

Félix solo pudo soltar un gruñido al descubrir que ella estaba ardiendo y empapada.

Todo aquello era una pura locura.

Volvieron a besarse mientras él acariciaba los húmedos y aterciopelados pliegues con avidez. Pronto sintió la mano de ella entrando en su pantalón, apartando el bóxer y agarrando su dureza. Ahogó un estertor.

Se masturbaron mutuamente, arrancándose gemidos el uno al otro.

Quería acostarse con ella. Quería cogerla en volandas y sentarla sobre la mesa, subirle la falda y hundir la cara en su húmedo sexo. Y después recorrerle el cuerpo con la lengua y mordisqueárselo hasta volverla loca de placer, para acto seguido introducirse dentro de ella de una única estocada.

Dios…

Eso quería.

No hizo nada, por supuesto.

Todavía tenía ciertas reservas que le impedían comportarse así.

Era la hermana de Jorge.

Era muy joven.

Él no creía en las relaciones.

Sus vacilaciones debieron alcanzarla a ella también porque le apartó y sacó la mano de su pantalón, empujándole de los hombros. Él se vio obligado a abandonar su sexo a regañadientes.

Sus pensamientos eran turbios y estaban enmarañados.

Gimiendo insatisfecho, bajó la cabeza, intentando recobrar el aliento.

—No quiero que nos acostemos si no estás seguro al cien por cien —jadeó ella—. Y mucho menos aquí, deprisa y corriendo. Quiero que ambos lo deseemos con todas nuestras fuerzas y que nos tomemos nuestro tiempo para disfrutar el uno del otro. Te prometo, Félix, que

la próxima vez que me vaya a la cama contigo te voy a llevar al jodido paraíso. —Hizo una pausa muy efectiva—. Y espero que tú me hagas lo mismo a mí. No acepto menos de eso. Es el paraíso o nada.

Él cerró los ojos mientras un escalofrío le recorría la espalda.

El paraíso o nada.

Aquello sonaba tan bien…

—Creo que…

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron a ambos.

¡Dios! ¿Se podía ser más inoportuno?

Encendió la luz y abrió la hoja de madera una rendija mientras escupía una maldición.

Sean estaba al otro lado.

—No quiero molestar, pero Abraham se ha cortado la mano y he tenido que mandarle al hospital. Vamos a ir un poco cortos de personal.

Abraham era uno de los camareros.

—¿Es grave?

—No. Pero lo suficiente para que necesite tres o cuatro puntos.

Félix se sacó el teléfono del bolsillo y le envió el número de otro chico que tenía allí guardado.

—Llama a este. Lo tenía como reserva y me dijo que podía echarnos un cable.

Sean asintió y le lanzó una mirada de disculpa antes de alejarse.

Félix cerró la puerta. El momento íntimo y lleno de pasión había llegado a su fin.

Erika se había alejado hacia el escritorio y apoyaba las caderas en él mientras inspeccionaba el despacho con curiosidad. Las paredes estaban pintadas de rojo y blanco; de una de ellas colgaba un cuadro de un *cane corso*. Solo contenía el mencionado escritorio, una silla ergonómica, un pequeño sofá rojo de dos plazas y un mueble de doble puerta.

Mientras ella estudiaba el cuarto, Félix la estudiaba a ella. Tal y como había sospechado, no había ni rastro de *lipgloss* en sus labios, por lo demás, estaba perfecta. Ni un solo pelo fuera de lugar. De cerca y con esa luz, el vestido era todavía más espectacular.

—Estás preciosa —dijo sin pensar.

—Lo sé.

Soltó una risa fugaz y se acercó a ella. Dejó que sus dedos resbalaran por el terso pómulo hasta llegar a su cuello. Los ojos azules eran dos pozos insondables, profundos y empañados que estaban fijos en los suyos.

El paraíso o nada.

La frase acudió a él de golpe.

Retiró la mano hasta hacer un puño junto al muslo.

—Creo que será mejor que regresemos —propuso ella con indiferencia—. Yo ya he tenido mi *petting* y no ha estado nada mal.

Tuvo la sensación de que quería decir algo más, pero no lo hizo y él tampoco insistió. Ella se apartó de la mesa y se dirigió a la puerta con esos andares suyos tan provocadores. Antes de seguirla, se metió la camisa dentro del pantalón y se recolocó.

El regreso al ruidoso local fue como un baño de realidad. Las voces, las risas, la música. Todo era desagradable y discordante.

—Voy a la mesa —le dijo ella, regalándole una sonrisa.

Él asintió.

La vio desaparecer entre la gente.

Estuvo a punto de decir su nombre para que se diera la vuelta y le mirase, pero desechó la idea. Era ridícula.

Pronto se vio acaparado por uno de los proveedores. Hablaron sobre trabajo hasta que se unió a ellos el dueño del local con su mujer, y cambiaron de tema, centrándose en banalidades. Un camarero les trajo cócteles y Félix se hizo con uno de ellos, el segundo de la noche. Mientras se esforzaba por sonreír y seguir la conversación, en el fondo solo quería escaparse y pasar un rato distendido junto a Erika y su familia. A veces, socializar se le hacía cuesta arriba. A Sean se le daba bastante mejor, pero por más que le buscó con la vista, no le localizó. En cuanto pudo encontrar una excusa plausible, se disculpó y se alejó hacia el fondo, hacia la mesa de los Alba.

Se estaban riendo de algo que Iván había dicho. Debía de ser una historia muy graciosa porque tanto a Lukas como a Jorge les caían lagrimones por la cara. Diego se limitaba a reírse de un modo más moderado.

—¡Ven, Félix! —le llamó Juls cuando le vio acercarse.

Buscó a Erika con la vista, pero no estaba por ninguna parte. Estaría en el aseo, aventuró.

—¿Y Erika? —preguntó, sentándose en una de las sillas libres.

—Se ha marchado hace un rato —repuso su hermana—. Creía que había ido a despedirse de ti.

Frunció la frente, contrariado. ¿Erika se había ido?

—Han venido sus amigas a buscarla. Creo que habían quedado con gente en otro sitio. No me he enterado bien.

Vaya.

Aguantó la decepción y compuso una expresión neutral mientras le daba un trago a su cóctel y trataba de centrarse en una anécdota que estaba contando Lukas sobre su hija.

Eran un grupo divertido y resultaban una compañía de lo más grata, pero Félix descubrió que echaba en falta a Erika y su histriónico comportamiento. Sin ella, la reunión le parecía aburrida y poco interesante. Le faltaba chispa.

Una vibración le avisó de la entrada de un mensaje.

Erika: No he podido despedirme porque estabas ocupado. Le he dejado algo para ti a Sean. Buen viaje mañana. Estamos en contacto.

¿Le había dado algo a Sean? No entendía nada.

Leyó el texto varias veces intentando descifrar algún significado oculto, pero no lo halló. Lo único que le quedaba claro era que no iba a volver a verla antes de su regreso a Madrid.

Una lástima.

—Ahora vengo —le comunicó a su hermana.

Le costó llegar hasta la barra, donde estaba Sean con el chico que había llegado para suplir a Abraham. Parecía estar dándole instrucciones.

Félix saludó al muchacho y se dirigió a su socio.

—¿Te ha dado Erika algo para mí? —Incluso él mismo se dio cuenta de que había más inquietud de la deseada en su tono.

Sean asintió. Tenía una expresión divertida en el rostro. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y se sacó un objeto que le tendió.

Una piruleta.

Félix se la quedó mirando con estupefacción.

Finalmente, la cogió y una risa abandonó su pecho.

Una piruleta.

Capítulo 20

Erika

Le costó irse la noche de la inauguración, pero sabía que había hecho lo correcto. Pudo percibir la duda en Félix mientras se estaban enrollando en el despacho y ella no quería dudas, solo certezas. Tal y como le había dicho, era el paraíso o nada. Se quería mucho a sí misma para conformarse con menos.

De ahí que hubiera decidido tener paciencia y aguardar a que fuera él quien diese el primer paso.

Habían transcurrido dos semanas y, tal y como había augurado, él contactó primero. Su perseverancia había servido para algo.

Sonrió al releer el mensaje que había recibido hacía unos minutos.

Félix: Hola Elisa, hace un siglo que no sé nada de ti. Espero que no me hayas olvidado.

¡Qué capullo llamándola Elisa!

Pensaba tomarse su tiempo antes de contestar.

—¿Es un mensaje de mi hermano? —La voz de Juls le hizo girar la cabeza.

Estaban las dos en la playa, tumbadas bocabajo en sus toallas mientras se bronceaban.

—Sí.

—¿Puedo verlo?

Le tendió el móvil.

La otra se echó a reír en cuanto leyó el texto.

—Te llama Elisa, el cabroncete. Creo que le tienes en el bote.

—Yo también lo creo, solo que él todavía no lo sabe.

Juls volvió a reírse con ganas y luego le devolvió el teléfono.

—Adoro lo que está pasando. Me encanta saber que le estás dando vidilla. Se estaba convirtiendo en un amargado. Te amo mucho, lo sabes, ¿verdad?

Erika asintió. De todas las personas de su entorno, Juls era la única que lo sabía todo de la historia con Félix; hasta el último detalle que ni siquiera sus amigas más íntimas conocían.

—Puede que me esté enamorando de él —admitió en voz alta.

Nunca se había interesado tanto por nadie, así que no estaba plenamente segura, pero su interés iba más allá de un rollo esporádico o del sexo.

—¿En serio?

—Pienso que sí. Anoche salimos por la zona guiri y me enrollé con un inglés. ¿Te puedes creer que ni siquiera me apeteció acostarme con él? Mientras nos estábamos besando solo pensaba en tu hermano.

—Eh, vaya…

—Ya ves. Después de un poco de tonteo me largué y le dejé con las ganas. —Hizo una pausa muy efectiva para después continuar con dramatismo—. Me fui a casa y me enrollé con el Satisfyer.

—Pensando en mi hermano, claro.

—Pues claro.

—¿No has vuelto a acostarte con nadie desde que estuviste con él?

—Me acosté con un tipo hace unos meses, antes de verano, pero no fue nada especial —

comentó. Ni siquiera recordaba su nombre—. Fue en su coche y me pareció bastante mediocre, la verdad.

Se dio la vuelta en la toalla y dejó que el sol bañara la parte delantera de su cuerpo. Era un caluroso sábado de mediados de agosto, por eso habían esperado hasta las siete de la tarde para bajar a la playa. No quedaba ya ni mucha gente ni muchas horas de sol.

—¿No vas a contestar el mensaje?

Juls también se giró y se puso una mano a modo de visera sobre la frente. La miró con expresión interrogante.

—Sí, claro. Pero más tarde. Estrategia pura y dura.

Después de eso, ambas guardaron silencio, ensimismadas en sus propios pensamientos. Los de Erika rondaban en torno a lo que le había confesado a su amiga, que se estaba enamorando de Félix. Hasta el momento era algo que no había experimentado nunca, ese anhelo, esas ganas de hacerlo todo con la otra persona, ese pinchazo en el pecho cada vez que recordaba algo que habían hecho juntos… Siempre se había burlado de sus hermanos cuando hablaban de lo que sentían por sus parejas, y ahora era ella misma la que se encontraba en su lugar.

—¿Qué sabes de Ernesto? —murmuró impulsivamente mientras se tumbaba de lado para mirar a su cuñada.

Juls se giró también. Se le habían ensombrecido los ojos.

—Ernesto… era el socio de mi hermano. Murió.

A Erika no le pasó desapercibida la reticencia en su tono.

—Eso lo sé.

Juls tardó en continuar.

—Fue la pareja de mi hermano. Vivían juntos. —Se detuvo y tragó saliva—. Félix no habla mucho de él. Le cuesta hablar de lo que le importa. En realidad, creo que sé más de su historia por Sean que por él.

Erika la escuchaba atentamente. No quería perderse ni un detalle.

—Se conocieron hace mucho tiempo, poniendo copas en un local de Madrid; yo tendría doce o trece años y no me acuerdo bien. Sí que recuerdo que era la época en la que mis padres estaban desesperados porque Félix estaba descontrolado. Fue Ernesto quien le hizo sentar la cabeza. Yo coincidí con él en unas cuantas ocasiones y me pareció un chico excepcional. Era muy tranquilo y paciente. Tenía una risa contagiosa que me encantaba. —Una risita escapó de su boca—. Era un poco friki de todo lo que fuera japonés. Leía mangas y veía pelis y series japonesas y sé que hizo un viaje con mi hermano a Japón; se disfrazaba de personaje de anime e iba a convenciones.

Erika pensó en Takeshi. Estaba claro quién le había puesto el nombre.

—Era muy cariñoso y saltaba a la vista que estaba colado por mi hermano —continuó Juls—. Cada vez que le miraba se le iluminaban los ojos. No sé. Siempre me pareció que Félix era más indiferente y que no estaba tan implicado con esa relación, pero me equivocaba. Cuando Ernesto falleció, vi los estragos que su pérdida provocó en él. Creo que ni él mismo sabía lo mucho que le quería hasta que no le perdió. Recuerdo que hubo un tiempo, tras su muerte, que apenas venía a casa a vernos. Supongo que para que no viéramos lo hecho polvo que estaba. Se esforzó mucho para que no nos enterásemos de su estado de ánimo y pasó el duelo a solas. —Hizo una pausa y se retiró un mechón de pelo de la frente—. Fue Sean quien me contó lo difícil que fue todo para Félix. He intentado sacar el tema en alguna ocasión, pero es algo de lo que nunca quiere hablar. ¿A ti te ha hablado de él?

—No mucho. Lo mencionó de pasada y solo porque le pregunté si alguna vez había

estado enamorado.

Juls bajó los párpados y clavó la vista en la arena antes de volver a elevarlos y mirarla fijamente.

—¿Sabes lo que creo? Creo que Félix no quiere volver a enamorarse porque lo pasó mal cuando perdió a Ernesto —concluyó en voz baja.

Erika giró la cara hacia el sol cegador y aguantó el resplandor hasta que se vio forzada a cerrar los ojos. Miles de puntitos dorados danzaron detrás de sus párpados.

Félix y Ernesto.

Ya había intuido que lo suyo fue muy especial. No solo por las fotos que había visto en su casa, también por su actitud esquiva al mencionarle.

—¿Cuándo murió?

—Hace siete años y medio, más o menos.

Eran muchos años. Demasiados para seguir anclado en la pena.

—Me encantaría que mi hermano se enamorase de ti y os convirtierais en una pareja. Estáis hechos el uno para el otro. Él es maravilloso y tú también.

Erika sintió un pellizquito en el pecho al percibir todo el afecto que destilaban aquellas palabras. Desde el principio se habían caído bien, pero la simpatía había pasado a convertirse en cariño y ahora eran como hermanas.

—Tengo fama de *comehombres* —avisó.

—Eso es lo que necesita mi hermano, que te lo comas.

Ambas se rieron y la seriedad que había reinado entre ellas se diluyó.

—¿Sabes que en unos días es su cumpleaños? —preguntó Juls, cambiando de tema.

Erika asintió con malicia.

—Lo sé, y sé exactamente lo que le voy a regalar.

Félix

—Feliz cumpleaños, jefe —le dijo Sheila en cuanto entró al Corso.

Hizo un gesto apreciativo con la cabeza.

—Feliz cumpleaños —corearon Lorenzo y Lola desde detrás de la barra.

Les dio las gracias y continuó andando hasta el fondo del local donde le esperaba Sean. Dado que era un día de diario y acababan de abrir no había mucha gente.

—Félix —le detuvo Sheila—. Esto es de parte de todos.

Le tendió un sobre que él recogió con una sonrisa. Se había cansado de decirles que no hacía falta que le regalaran nada, pero ellos seguían haciéndolo. Como los demás años, al abrir el sobre se encontró con una tarjeta de cumpleaños firmada por todos los empleados y un cheque regalo de una tienda de ropa de hombre.

—Muchas gracias, Sheila —le dijo.

—Ha llegado un paquete para ti.

Frunció el ceño.

—¿Un paquete?

—Viene de Benidorm, así que he supuesto que era de tu hermana.

Era extraño porque había hablado con Juls esa mañana y no le había mencionado nada de un paquete.

Mientras ella iba a buscarlo, él se dirigió hacia Sean que parecía absorto en su móvil.

—Felicidades —le dijo, alzando la cara del aparato.

—Gracias.

Habían quedado en encontrarse para tomar una copa juntos antes de empezar a hacer la ronda por los Corsos.

—¿Cómo te sientes siendo un año más viejo?

—Esta mañana me he encontrado una arruga nueva en la frente —bromeó—. Lo voy soportando.

Lorenzo se acercó y puso dos vasos de *whisky* ante ellos. Contenían un líquido rojizo y entre los hielos destacaba la corteza de un limón.

—¿Y esto? —inquirió Félix sorprendido.

—*Boulevardier*[67] —contestó Lorenzo—. Son de Lola.

Lola estaba aprendiendo de Ian a preparar cócteles. Estaba empezando y todavía no se atrevía a servirlos al público.

Félix vio a la chica en el otro extremo de la barra. Estaba atendiendo a una pareja, pero su nerviosismo era palpable.

Tanto Sean como él dieron un pequeño sorbo a sus bebidas y se miraron.

—Intenso —comentó Félix al tiempo que paladeaba el líquido.

—No está nada mal —asintió Sean—. Dile que venga.

Lorenzo se alejó a toda prisa y le cuchicheó algo al oído a Lola, que no tardó en acercarse con la cara más roja que un tomate.

—Muy bueno, Lola. Enhorabuena —la elogió Félix.

—Gracias —repuso y el rubor de sus mejillas se acentuó.

—¿Qué tal te trata Ian? —preguntó Sean.

—Es Ian —respondió con un encogimiento de hombros.

En ese momento llegó Sheila con el paquete y Lola se despidió. La caja que llevaba la encargada debajo del brazo tenía las dimensiones de una caja de zapatos grande y estaba envuelta en papel de embalaje marrón. Se la tendió a Félix, que la cogió con cuidado. No pesaba mucho. Cuando leyó el nombre del remitente se echó a reír.

—¿Elisa? ¿Quién es Elisa? —inquirió Sean con curiosidad.

—Erika. ¿No recuerdas lo que te conté de que se hizo pasar por otra persona?

—Ah, sí.

Hacía poco más de una semana que no sabía nada de ella, desde el intercambio de mensajes del sábado por la tarde. Había echado en falta su llamada para desearle un feliz cumpleaños.

—¿No la vas a abrir? —preguntó su socio con curiosidad.

Rompió el papel con movimientos rápidos. Debajo, apareció una caja de cartón blanca sin ningún distintivo. La abrió.

Condones.

Cientos de ellos.

De todos los colores y sabores.

—¿Preservativos? —La voz de Sean se esforzaba por contener una risa.

Félix le ignoró mientras sacaba una tarjeta del interior de la caja. Había una ilustración de una silueta femenina con unas braguitas rosas mojadas. Abajo, aparecía la frase: *Happy birthday. Thanks for making my panties wet*.

No hacía falta saber mucho inglés para traducir el texto, no obstante, se la enseñó a Sean.

—¿Esto significa lo que creo que significa?

—Feliz cumpleaños. Gracias por mojarme las bragas —tradujo. Luego rompió a reír—. ¡Me encanta esta chica!

Félix contuvo una sonrisa mientras abría la tarjeta y leía lo que había escrito en el interior.

Espero que todo lo que hay en el paquete lo uses conmigo. Deseando.

¿Todo lo que había en el paquete? ¿Había algo más aparte de los condones?

Apartó los preservativos hasta que apareció una bolsa blanca, al fondo. Leyó las letras que había impresas en ella. *Arnés con dildo de silicona. Ajustable*.

¡La madre que la parió!

Escuchó que Sean soltaba una carcajada más estridente todavía y se llevó una mano a la frente con incredulidad. Por primera vez en mucho tiempo se había quedado sin palabras.

De pronto, a su mente acudió la loca propuesta que le hizo la noche que descubrió quién era ella en realidad.

Me apetecería ir a tu piso, darme una ducha contigo, ponerme un arnés y empotrarte contra los azulejos.

Ella no lo había olvidado.

El ardor comenzó a expandirse por su cuerpo.

Sean seguía riéndose como un imbécil cuando él cerró la caja y se puso de pie. Tenía que largarse de allí. Necesitaba privacidad.

—La oficina… está libre —farfulló Sean entre risa y risa.

¡Capullo!

Se alejó con la caja debajo del brazo y subió las escaleras a toda prisa. Entró en el pequeño despacho y cerró la puerta. Luego dejó el paquete sobre la mesa y se sentó en la vieja silla giratoria. Terminó por hundir la cara en las manos al tiempo que una risa efervescente le emergía del pecho.

Erika estaba loca, pero su locura le gustaba mucho y le ponía de muy buen humor. Y no solo de buen humor, constató, mientras notaba cómo una erección palpitaba entre sus piernas.

Con las comisuras de los labios curvadas hacia arriba, volvió a abrir la caja y extrajo la bolsa blanca. La abrió. Tanto el arnés de cuero como el dildo de silicona que llevaba acoplado eran de color negro. Este último tenía un aspecto de lo más realista y era de un tamaño considerable.

—Ah, Erika…

Se sacó el móvil del bolsillo y le mandó un rápido mensaje. Hubiera preferido llamarla, pero quizá estuviese ocupada trabajando.

Gracias por el regalo. Has olvidado adjuntar el lubricante. Va a ser muy necesario.

La respuesta no se hizo esperar, pero no era la que él esperaba. Era una videollamada.

La aceptó.

Cuando la cara de Erika apareció en la pantalla le dio un vuelco el estómago. No sabía lo mucho que la había echado de menos hasta que no vio su sonrisa deslumbrante.

Debía de haberse detenido en algún punto indeterminado de la carretera porque pudo ver la moto y el casco colgando del manillar. Llevaba una camiseta vieja debajo de la cazadora vaquera y el pelo suelto y alborotado por la brisa. El sol se ponía a su espalda. El ruido del tráfico llegaba hasta él a través del altavoz.

—¿Te ha gustado? —exclamó entusiasmada.

—Me ha… sorprendido.

—No te he preguntado eso.

—Me ha gustado.

—¿Qué es lo que más? —inquirió y los ojos azules reflejaron travesura.

—La tarjeta. Es interesante saber que consigo mojarte las bragas.

Ella se rio y se apartó el pelo de la cara.

Estaba tan guapa con aquella luz vespertina reflejándose sobre su cabello que Félix sintió un pinchazo en el pecho.

—Los condones son solo para usarlos conmigo, te lo advierto. Y cuanto antes mejor. No podemos esperar a que cumplas más años y envejezcas. Ya sabes lo que les pasa a los hombres cuando se hacen mayores.

—¿Qué les pasa?

—Pues que les empiezan a colgar los testículos. Yo quiero hacerlo contigo antes de que te cuelguen demasiado.

Félix aguantó la risa.

—El arnés tampoco lo puedes usar con nadie más —continuó—. Solo conmigo.

—Lo del arnés tenemos que hablarlo. Creo que te has pasado con la talla. Es probable que termine en urgencias.

—Para nada —susurró con sensualidad—. Llevaré litros y litros de lubricante.

Él meneó la cabeza, divertido a su pesar.

—¿Dónde estás?

—Acabo de salir del trabajo. Iba de camino a casa y he parado para hablar contigo. Hace un día maravilloso. Mira.

Giró la cámara del teléfono. La superficie rocosa de la montaña descendía hasta el mar y estaba salpicada de arbustos que interrumpían los colores arenosos con tonalidades verdes. El océano amplio y azul se extendía hacia el horizonte, despidiendo cegadores reflejos dorados. Algunas gaviotas sobrevolaban la inmensa superficie y unos cuantos veleros se mecían entre las olas a poca distancia.

La nostalgia le apresó.

Si pudiera estar allí con Erika, disfrutando de esa tarde de verano…

Ella volvió la cámara de nuevo hacia su rostro.

—Te echo de menos —le dijo. Lo hizo sin grandes aspavientos ni melancolía. Solo fue directa, tal y como era siempre—. Molaría que estuvieras aquí.

—A mí también me gustaría.

Hubo un silencio breve porque una moto de gran cilindrada pasó cerca de Erika y el ruido no dejó que pudieran hablar.

—¿Qué haces el jueves de la semana que viene por la noche? —preguntó ella de pronto.

—Trabajar.

—Pues cógete unas horas libres.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Por?

—Porque ponen una peli en la tele que quiero que veas.

—¿Qué peli?

—*Pretty Woman*.

Él se rio.

—Eso me lo tengo que pensar —protestó.

Ella se encogió de hombros y le sonrió.

—¿Tienes planes para celebrar tu cumple?

—No, solo tomarme una copa con Sean y trabajar.

—¡Qué rollo! —resopló. Luego se acercó y continuó en voz baja—: Me encantaría estar

contigo para celebrarte, Félix. Te mereces que te celebren…

Le pilló por sorpresa y no supo qué decir.

—Menos mal que te ha llegado mi paquete para animarte la tarde —prosiguió ella en otro tono más superficial—. Confiesa que te he alegrado.

—Lo confieso —dijo, recuperando el aplomo—. Creo que es el mejor regalo que me han hecho jamás.

—Lo sabía —repuso triunfal—. Dale un beso a Sean de mi parte y disfrutad. Si ves que no puedes vivir sin mí, llámame o mándame un mensaje.

—Lo haré.

Entonces ella acercó la boca a la cámara y soltó un beso al aire.

La imagen le resultó tan sexi que su cuerpo reaccionó en consecuencia y tuvo que recolocarse en la silla.

—Adiós, amor —se despidió ella.

—Adiós, Erika.

La comunicación se cortó.

Félix se echó hacia atrás y alzó la cabeza hacia el techo. Cerró los ojos y conjuró su imagen de nuevo, la que acababa de ver en la pantalla del teléfono.

Desarreglada, natural y preciosa.

No sabía cuánto tiempo iba a aguantar dándole largas porque era imposible resistirse a sus encantos. De hecho, lo único que le mantenía a salvo de caer era la distancia que los separaba. Si ella hubiese estado en Madrid, esa misma noche habrían terminado en su cama.

Estaba seguro.

Sus ojos volvieron a posarse sobre el arnés y el gigantesco pene de goma y un ataque de risa le sacudió.

Capítulo 21

Félix

Le había convencido. No sabía cómo, pero ahí estaba, sentado frente al televisor con un bol de palomitas sobre la mesa. Eran las diez menos cinco de la noche del jueves y *Pretty Woman* estaba a punto de empezar.

Por primera vez en años y sin una causa de fuerza mayor, se había cogido la noche libre para holgazanear en casa. Inaudito.

Cambió de postura en el sofá y puso los pies descalzos sobre la mesa. Solo llevaba un pantalón corto de deporte y una camiseta.

—Me gustan tus piernas —dijo Erika desde la pantalla del ordenador.

Él giró la cabeza y contempló la imagen que ella presentaba. Tirada en el sofá, con un pijama compuesto por un pantalón corto de color verde y una camiseta de tirantes más clara. Se había recogido el pelo en una larga trenza. También tenía un bol de palomitas a su lado.

Había sido idea de Erika ver la película juntos de aquel modo. A Félix no se le habría ocurrido jamás. Así podían comentarla en los descansos publicitarios, le había dicho. Fue ella también la que le propuso lo de comprar palomitas. Era la primera vez que él usaba el microondas para eso y ahora la casa entera olía como un cine, o como él recordaba que olía un cine. Hasta Takeshi había sentido curiosidad y había hundido la cabeza en el bol para luego alejarse con desinterés.

—Me lo dicen todas —contestó.

—¿Y qué opinas de las mías? —Las acercó a la cámara del portátil y las flexionó.

Simplemente espectaculares.

—No están mal.

—Bah, sé que mientes —respondió con indiferencia y volvió a su asiento—. ¿Qué estás bebiendo?

—Cerveza —dijo y alzó la botella de tercio para que la viera.

—Como se nota que no madrugas. Yo me conformo con una Coca-Cola.

—¿Vas a estar toda la película hablando? —la provocó.

Ella le sacó la lengua.

Justo en ese momento, la imagen de la tele se tornó negra y el logotipo de *Touchstone Pictures* apareció en la parte inferior de la pantalla.

Solo cinco minutos más tarde Félix tenía claro que la peli era antiquísima. Los coches, los peinados, la ropa, la música, la estética… Y Julia Roberts parecía un bebé, aunque estaba muy mona incluso con aquella poco favorecedora peluca rubia. Era absurdo pensar que hacía de prostituta.

—Esta peli tiene más años que yo —se quejó.

—Es de los noventa.

—Tu no habías nacido.

—Pero estaba a punto —dijo ofendida.

Él soltó una risa impertinente y siguió pendiente del televisor. Ya había intuido que la película era una especie de Cenicienta moderna.

—El coche es una pasada —susurró Erika con tono risueño—. Un Lotus. Y él me

recuerda a ti.

—¿Richard Gere? No nos parecemos en nada.

—Los dos os mostráis fríos e inaccesibles, pero caéis rendidos ante la primera mujer que os planta cara.

Meneó la cabeza con diversión y no dijo nada.

Sin duda, Julia Roberts mejoraba mucho sin la peluca.

—Se lo van a poner difícil las de la tienda —comentó al cabo de un rato, cuando la película avanzó—. Tienen cara de capullas.

—Shhh… Calla y mira.

Por el rabillo del ojo pudo ver que Erika estaba muy concentrada. Parecía mentira que hubiera visto ya esa película unas diez veces y que todavía pudiese despertar ese interés en ella.

Tal y como había sospechado, las de la tienda de Rodeo Drive se comportaron como unas imbéciles con la protagonista. Previsible.

La primera pausa publicitaria llegó.

—Dime tu opinión sincera —le pidió Erika. Parecía ansiosa.

—Es inverosímil. Millonario y prostituta que se enamoran. No lo veo.

—Pues que sepas que su historia me recuerda mucho a la nuestra.

Él se llevó un puñado de palomitas a la boca y arqueó las cejas, esperando una explicación.

—Tú eres empresario y yo mecánica —adujo como si aquello lo aclarase todo—. Y nos conocimos follando mientras yo fingía ser otra persona.

Félix acercó la cara a la cámara del portátil.

—Vamos, que no se parece en nada.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

—Déjame vivir en mi mundo fantástico de la piruleta. Por cierto, tengo piruletas y me voy a comer una ahora mismo. ¿Tú también tienes?

Claro que tenía piruletas. Ella le había convertido en un vicioso del dulce.

Asintió.

—Anda, cómete una conmigo.

Refunfuñó, pero terminó por levantarse y coger una piruleta del cajón de la cocina. Regresó con ella en la boca. Piruletas, palomitas… Solo faltaban gominolas y regaliz y retornaría a su infancia, pensó con cinismo.

—¿A que mola? —preguntó ella con la piruleta en la mano. La introdujo en el vaso de refresco y se la llevó a la boca—. Cuando la mojas en Coca-Cola está buenísima.

Félix no pudo evitar sonreír. A veces, sobre todo cuando ella tenía ese aspecto de niña buena y angelical y se comportaba como una cría, le resultaba complicado asociarla con la chica sensual y provocadora que solía ser.

Como si hubiera podido leer sus pensamientos, ella sacó la lengua y comenzó a lamer la piruleta obscenamente mientras le miraba con los ojos entornados.

Félix bajó los párpados cuando sintió un violento tirón en la entrepierna.

No era angelical ni nada por el estilo.

La película comenzó de nuevo.

Era entretenida y siempre estaba pasando algo. La escena del restaurante y los caracoles le pareció graciosa. Y la banda sonora era buena. Roy Orbison y su *Oh, Pretty Woman* le hicieron mover los pies. Su mirada se cruzó con la de Erika y se sonrieron.

Durante la segunda pausa publicitaria aprovecharon para ir al baño, y Takeshi insistió en

que quería comer, así que se ocupó de volver a llenarle el comedero.

Por supuesto, como solo podía pasar en una película romántica, el millonario dejó de ser calculador y ambicioso para convertirse en un tipo empático y generoso, y el karma llegó para vengarse de los malvados. Y la historia de amor triunfó.

Y al llegar el final, Félix comprendió a qué se había referido ella en el puerto cuando le preguntó si no iba a subir las escaleras para ir a buscarla.

Aclarado.

—Ay, qué bonita es. —Escuchó que decía Erika emocionada cuando los protagonistas se estaban besando.

«Tú eres mucho más bonita», pensó.

—No te tenía por una romántica.

—No lo soy, pero esta peli me puede. Reconoce que te ha gustado.

—Me ha entretenido.

—¿Solo?

—No me importaría repetir si la película la elijo yo.

—Entonces, ¿has disfrutado de la experiencia? —Ella se acercó a la cámara y le sonrió con los ojos chispeando de ilusión.

—He disfrutado haciendo esto contigo —reconoció mientras se incorporaba en el sofá y cogía el portátil para ponérselo sobre las rodillas.

—No te tenía por un romántico —dijo ella la misma frase que había empleado él antes.

—No lo soy, pero es que algunas cosas me pueden.

—¿Algunas cosas o algunas personas?

Cogió al gato en brazos y lo mostró a la cámara.

—Algunas cosas y algunos animales. Saluda a Takeshi.

—Hola, Takeshi —dijo ella—. No desvíes el tema. Entonces, decías que algunas personas te pueden. Quiero nombres.

Él se rio mientras el gato le lamía el mentón.

—Tú. Tú me puedes —admitió al fin—. Tú, Erika Alba.

Ella se dejó caer sobre el sofá, agitando las piernas en el aire y riéndose.

—¡Lo sabía!

La contempló fascinado. ¿Cómo no iba a sentirse atraído por ella si desprendía un fulgor inusitado? Era imposible sustraerse a su atractivo. Era un vendaval de pura energía.

—¿Te has acostado con alguien desde que volviste a Madrid? —le preguntó ella de pronto.

Él se puso serio y la miró con fijeza. No iba a mentirle.

—Sí —repuso con tono neutral.

Había sucedido una noche de hacía semanas, poco después de regresar de Benidorm. Con una mujer desconocida que había entrado al Corso sola y con ganas de caza. A él le apetecía ser cazado, así que terminaron la noche en el hotel de ella. Aparentemente, estaba en la ciudad para asistir a una reunión de trabajo. No le preguntó su nombre y ella tampoco insistió en saber el suyo. Fue algo puramente físico para ambos. No había perdido demasiado tiempo pensando en ello después.

Erika se había quedado callada. Se estaba mordisqueando el labio inferior y parecía pensativa.

—¿Vas a volver a verla?

—No. Fue un rollo de una noche.

—A decir verdad, no me importa con quién folles. Me importas tú.

Aquello le dejó mudo. No esperaba ese tipo de declaración. Las últimas tres palabras le habían calentado por dentro. ¿Cómo era posible que ella supiera siempre lo que decir?

—Yo me enrollé con un inglés hace unos días, pero no llegamos a acostarnos —continuó —. Solo hubo morreos y un poco de *petting*. Ya sabes.

A la cabeza de Félix acudió la escena que habían protagonizado ambos en la oficina del Corso de Valencia. Se imaginó a un tipo rubio con cara de guiri metiéndole mano a Erika y la imagen no le agradó demasiado, pero no era nadie para decirle con quién podía enrollarse y con quién no. No se iba a comportar como el perro del hortelano si él mismo hacía lo que le apetecía. No era tan hipócrita.

—Eso sí, cuando nos casemos, espero fidelidad —dijo ella, alzando un dedo con fingido gesto amenazador.

Él sonrió.

—Cuando nos casemos solo voy a tener ojos para ti —bromeó.

Ella le guiñó un ojo y se puso de pie. Se alejó del ordenador hasta que desapareció de la pantalla. Félix se preguntó dónde habría ido, pero lo averiguó muy rápido cuando regresó con un cepillo de dientes dentro de la boca.

—Me lo he pasado genial —farfulló con dificultad—, pero es tarde y mañana madrugo. Me voy a tener que ir despidiendo.

Mientras se cepillaba los dientes, con la otra mano se deshacía la trenza. Las pesadas guedejas de cabello le cayeron sobre los hombros.

—Sin problema —repuso él, incorporándose y dejando a Takeshi en el sofá—. Estamos en contacto.

—Vete pensando qué peli quieres ver.

—Algo un poco menos empalagoso, seguro.

—Tu elige y yo me apunto. Buenas noches. —Le lanzó un beso.

—Buenas noches.

La comunicación se cortó.

Félix se quedó mirando el portátil con la vista extraviada. Se hubiera quedado un rato más hablando con ella, pero era casi la una de la mañana.

Recogió el bol casi vacío de palomitas y la botella de cerveza y los llevó a la cocina. Luego cambió el agua del bebedero de Takeshi y le hizo una carantoña.

Se dirigió al baño a lavarse los dientes y cuando vio su cara reflejada en el espejo del lavabo se dio cuenta de que estaba sonriendo como un bobo.

Erika

Bailoteó por el piso, eufórica. Aunque se había despedido de él diciéndole que tenía que madrugar al día siguiente, estaba convencida de que cuando se fuese a la cama no podría pegar ojo. Demasiadas emociones.

A los ojos de cualquiera, aquella cita que había tenido con Félix a distancia no tendría mucho significado. Sin embargo, ella sentía que había dado un paso de gigante.

Tú. Tú me puedes. Tú, Erika Alba.

Eso era casi una confesión.

—Joder, joder, joder… —exclamó y estuvo a punto de atragantarse con la pasta de dientes.

Corrió al baño y se enjuagó la boca. Después, en un arrebato, buscó la canción de *Oh,*

Pretty Woman en Spotify y le dio al *play*.

Los primeros acordes de la música le hicieron oscilar las caderas frente al espejo. Y cuando la profunda voz de Orbison llenó el apartamento, cogió un cepillo que utilizó como micrófono y cantó con ganas:

—*Pretty woman, walkin' down the street. Pretty woman the kind I like to meet. Pretty woman I don't believe you. You're not the truth. No one could look as good as you…*[68]

Capítulo 22

Erika

Septiembre, octubre y noviembre pasaron rápido entre mensajes de texto, audios y videollamadas. No se escribían con regularidad ni se prometían llamarse o quedaban a ninguna hora concreta, simplemente sucedía. A veces, pasaban días sin que ninguno contactara con el otro; y otras, hablaban varias veces a lo largo del día.

Sin embargo y, pese a su caótica forma de comunicarse, habían llegado a un acuerdo: los jueves eran sagrados. Los habían bautizado como *jueves de película* y todas las semanas se pertrechaban de palomitas y bebida y, cada uno en su casa, pero juntos en la distancia, veían una peli. Las elegidas por él fueron *Starship Troopers*, *Terminator*, *La delgada línea roja* o *Juegos de guerra*. Las elegidas por ella: *Nueve semanas y media, Working Girl, La princesa prometida, Clueless*… Incluso llegaron a ver *Los puentes de Madison* y Erika comprobó que él era más blandito de lo que parecía. Se burló echándole en cara que había visto cómo se le humedecían los ojos. Él se vengó obligándola a ver una película bélica alemana, *Stalingrado*, durante la que ella se durmió porque le pareció un tostón. Él le reprochó que no había podido escuchar los diálogos debido a sus ronquidos.

Intercambiaban anécdotas del trabajo y se desahogaban cuando tenían un mal día. Hablaban de sus infancias y adolescencias y trataron todos los asuntos que podían tratar dos personas que se tuvieran confianza. Se confesaron secretos inconfesables de juventud. Incluso hablaron de la noche de la pelea en la que Félix mandó a un chico al hospital con las dos piernas rotas y él acabó con esas dos cicatrices en la cara. No estaba muy orgulloso de ello y no quiso profundizar demasiado, pero a Erika le bastó con que se lo hubiera contado.

Solo hubo un tema que no se mencionó.

Ernesto.

Félix no habló de él y Erika no le preguntó.

Por lo demás, bromeaban constantemente sobre su atípica relación.

—Nunca había tenido una relación tan larga con nadie sin sexo —comentó Erika una noche entre risas.

Y él le dio la razón.

Ella seguía saliendo y conociendo gente nueva que recalaba brevemente en su vida y volvía a desaparecer. Era fácil hacerlo en Benidorm: los turistas iban y venían. Sin embargo, durante esos meses, en contra de su costumbre, no se enrolló con ningún chico. No había ningún tipo de compromiso entre Félix y ella, ni habían hablado de guardarse fidelidad, pero no se sintió atraída por nadie. Le daba una pereza enorme ponerse a flirtear con otro. Con él todo era fácil y fluido, el coqueteo le salía solo y sin esfuerzo. Era el tipo de persona con la que se sentía a gusto.

No sabía si Félix seguía manteniendo relaciones esporádicas. No se lo había preguntado y él no lo había mencionado.

Tampoco sabía si quería saberlo.

A mediados de diciembre, Erika se fue de viaje con sus amigas a Londres. Fue en ese viaje que conocieron a unos escoceses encantadores y ella decidió que su celibato autoimpuesto tenía que acabar. Iba a probarse a sí misma que podía acostarse con otros tíos.

El elegido se llamaba Craig. Tenía veinticinco años y era pelirrojo por todas partes.

No fue una gran noche, aunque tampoco estuvo mal del todo. No obstante, cuando abandonó la pensión en la que él se alojaba y atravesó las dormidas y húmedas calles de Londres, lo hizo con pesadez en el pecho. No era culpa lo que sentía, solo un cierto desasosiego. Aparentemente, los polvos vacíos habían dejado de interesarle.

Esa mañana de frío domingo londinense, mientras pisaba los charcos, tuvo una suerte de epifanía.

No quería acostarse con nadie más.

Solo con Félix.

Apenas eran las siete, pero no pudo esperar a hablar con él y le llamó, a sabiendas de que en Madrid sería una hora más tarde.

Su voz tocada por el sueño no tardó en responder la llamada.

—Espero que sea muy importante —farfulló.

—¿Hay algo más importante que escuchar mi voz? —dijo con tono almibarado.

—Podría enumerarte unas mil cosas, pero paso. ¿Qué ha ocurrido?

Erika dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa de madera. Estaba sentada cerca del ventanal de una cafetería con vistas al Támesis. Afuera llovía y la poca gente que caminaba por la calle lo hacía con paraguas.

—Nada especial —dijo al fin—. Me he acostado con un escocés.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Por eso me llamas? ¿Te has visto en la necesidad de contármelo?

—Sí.

—Bueno, ¿y?

—No ha estado mal, pero te prefiero a ti.

—Es muy halagador —se rio—. Que alguien te llame un domingo al amanecer y te diga que se ha tirado a un escocés, pero que te prefiere a ti. Nunca me había pasado.

—Ya ves. Soy muy original.

—Necesito un café. ¿Me das treinta segundos?

—Tienes veinticinco.

Le escuchó decirle algo a Takeshi y, poco después, el sonido de la cafetera.

—He vuelto. ¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí, en que me echabas de menos.

Erika sonrió.

—Bueno, me conformo con el escocés. Le tengo más cerca.

—¿Era un escocés puro? Pelirrojo, digo.

—Muy pelirrojo.

—Debe de ser muy especial para que te hayas ido a la cama con él.

No le sorprendió el comentario. En una de sus conversaciones nocturnas, le había confesado que últimamente no encontraba a nadie que le gustara lo suficiente como para llevárselo a la cama.

—Lo que te digo, pelirrojo por todas partes. Una rareza. —Hizo una pausa antes de preguntarle lo que llevaba tiempo rondándole por la cabeza—. ¿Y tú? ¿Has encontrado a alguien a quien llevarte a la cama últimamente?

Él tardó en contestar.

—¿Vale una mamada?

—Depende de si la has recibido o la has dado.

—Recibido.

—Supongo que sí vale.

—Pues eso. Solo una mamada hace unos días con un amigo.

Ella hurgó en sus sentimientos buscando celos, pero no los halló. De algún modo sabía que ese amigo a Félix no le importaba demasiado. Al igual que a ella no le importaba un pimiento el escocés.

Le dio un sorbo al capuchino mientras seguía con los ojos el descenso de una gota que se deslizaba por el cristal. Quería decirle a Félix que ya no le apetecía acostarse con nadie más, pero guardó silencio. Aunque hacía unos minutos le había parecido el momento adecuado, ahora ya no estaba tan segura.

—¿Erika? ¿Estás bien?

—Estoy bien. Es solo que no me gusta la lluvia, me pone melancólica.

—¿Está lloviendo en Benidorm? —Había extrañeza en su voz.

—Estoy en Londres.

—¿Qué haces en Londres?

—Acostarme con un escocés. Te lo he dicho.

Él se rio de nuevo.

—Me gusta más imaginarte en Benidorm, bañada por el sol.

Notó un toque de nostalgia en sus palabras que la puso blandita. No quería mostrarse así ante él, así que carraspeó e irguió la barbilla.

—Solo me gusta la lluvia cuando estoy junto al mar y hay tormenta, viento y olas —continuó firme, cambiando de tema—. Me voy a la playa a hacer surf.

—¿También haces surf? Nunca dejas de sorprenderme —comentó. Y luego bostezó—. ¿Cuándo vuelves?

—Esta tarde. Nos hemos escapado solo…

Un pitido interrumpió sus palabras y se apartó el móvil de la oreja para mirar la pantalla. Le estaba entrando una llamada de Laura. Tenía que contestar porque si no lo hacía, se preocuparía. Solían informarse de dónde andaban cuando se largaban con un desconocido

—Félix, tengo que dejarte que me están llamando mis amigas.

—Claro. Buen viaje de regreso.

—Sí. Eh, adiós.

Félix

La comunicación se cortó y él se quedó pensativo, sorbiendo el café lentamente mientras miraba por la ventana. Era el típico día de finales de otoño en Madrid. Cielo gris con un poco de viento que arrastraba por las aceras las hojas que habían caído de los árboles. No había muchos coches circulando a esa hora de la mañana.

Erika estaba rara. Era la primera vez, desde que la conocía, que la escuchaba tan decaída y melancólica. Quizá, tal y como le había confesado, se debiese solo a la lluvia de Londres, pero no lo creía.

Con los ojos entrecerrados y mucha curiosidad, abrió Instagram y buscó su perfil. No le gustaban las redes sociales ni era muy activo en ellas, pero su hermana había insistido en crearle una cuenta.

Las últimas fotos que Erika había subido eran del día anterior. Sí, estaba en Londres con sus amigas. Pudo ver el London Eye, el Big Ben y otros tantos monumentos más que se recortaban contra un cielo plomizo. Estaban muy bien acompañadas por un grupo de cuatro chicos con pinta de guiris. Uno de ellos era pelirrojo. Con el pelo corto, ojos claros y cara muy pecosa.

Así que ese era el tipo con quien se había acostado.

Le catalogó rápidamente como un niñato sin importancia. Alguien así no podría satisfacer a una mujer como Erika ni aunque viviera mil vidas.

Dejó el móvil a un lado y paseó por el salón. Estaba descalzo y solo llevaba unos pantalones de chándal que se había puesto a toda prisa cuando saltó de la cama. Se detuvo frente a las fotos de Ernesto y las miró un largo rato.

—Creo que ya va siendo hora de que baje la guardia y me lance a por ella. ¿Tú qué opinas? ¿Es la chica adecuada? Creo que si sigo haciendo el gilipollas al final se va a cansar y se va a largar con otro, ¿no crees?

No recibió ninguna respuesta y tampoco lo había esperado, pero a veces se desahogaba hablando con él.

—Físicamente es un diez y su carácter encaja bien con el mío. Me hace reír. Me gusta mucho.

Lo sabía desde hacía tiempo, pero la noche que pasó con Luigi el martes anterior, tuvo la confirmación. Mientras su amigo le hacía una mamada solo podía pensar en ella e imaginarse que era su boca en la que se perdía su erección. Había cerrado los ojos y se había convencido de que era su cuerpo el que estaba tendido junto a él en la cama, por eso, cuando Luigi propuso que terminaran la faena echando un polvo, declinó. Se limitó a hacerle una paja rápida para no dejarle a medias y se largó de su piso.

Aparentemente, los polvos vacíos habían dejado de interesarle.

Siempre se había esforzado por mantener las barreras que separaban el sexo de lo sentimental, quizá inconscientemente porque todavía se sentía muy vinculado a Ernesto, y entregarse a otra persona que no fuera él le parecía una traición. Pero con Erika esas barreras se diluían.

—Confieso que me daba miedo volver a interesarme por alguien —murmuró y se frotó la nuca con la mano—. Cuando me dejaste fue tan doloroso…

Ernesto le miraba desde la instantánea que los mostraba a ambos en la playa, sonriéndole con dulzura.

—Te echo de menos, ¿sabes?

Acercó un dedo a la foto y la acarició antes de darse la vuelta. Volvió a dirigirse a la ventana y Takeshi se unió a él, enredándose entre sus piernas. Cogió al gato en brazos y pegó la cara a la del felino.

Erika había decidido pasar la Nochevieja en Madrid con Jorge y Juls, así que solo faltaban dos semanas para que volvieran a verse.

Hablarían y se sincerarían.

Capítulo 23

Félix

Sin embargo, a veces la vida tenía otros planes y la Navidad de ese año llegó con un virus de la gripe para la familia Alba. Mía y Lukas fueron los primeros en enfermar y ellos se lo contagiaron a los demás. Solo Anna y Alexia se libraron.

Jorge, Juls y Erika tuvieron que cancelar el viaje a Madrid y pasaron la última noche del año en cama y con fiebre.

Cuando se aproximaba la hora de las campanadas, Félix se despidió de Sean y su novia y se escabulló para encerrarse en la oficina. Habían organizado una fiesta privada en el Corso de Ibiza y la algarabía, la música y los gritos eran ensordecedores.

Había hablado con Erika hacía unas horas y sabía que estaba fatal, no obstante, las ganas de comenzar el año con ella —sí, así de romántico se había vuelto— le acuciaron y le hizo una videollamada.

Eran las doce menos diez.

Ella aceptó la llamada y su rostro demacrado apareció en la pantalla. Estaba tumbada en la cama y su pelo lacio y sin vida se desparramaba por la almohada. Sus mejillas estaban teñidas de un tono rojizo y los ojos le brillaban por efecto de la fiebre.

—Hola, capullo. Te diría que te odio por llamarme a esta hora —dijo. Su voz sonaba enronquecida—. Pero no es verdad. Estaba esperándolo.

—¿Estás sola?

—Sí. Ha estado aquí mi madre antes y me ha traído caldito, pero ha vuelto con mi padre que es un enfermo horrible.

—¿Tienes fiebre?

—No mucha. Me ha bajado. Y no me mires así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Con preocupación. Si querías ver una chica guapa, no haberme llamado. Debo de tener una pinta horrible.

La tenía. Y, sin embargo, seguía vibrando con ese espíritu combativo que a él tanto le gustaba.

—Estás espectacular, como siempre.

Ella se rio y un ataque de tos sacudió su cuerpo.

—No me hagas reír si no quieres presenciar una muerte por ahogamiento.

Su humor negro seguía presente y eso le hizo sonreír.

—Solo faltan cuatro minutos para las doce —dijo.

—¿Tienes uvas?

—No.

—Yo tampoco. Y dudo que pudiera tragármelas. Tengo la garganta muy inflamada.

—Habrá que improvisar.

—¿Tragos de caldo?

—Dudo mucho que pueda encontrar caldo por aquí —se rio.

—Espera, tengo una idea —jadeó ella, incorporándose en la cama—. Por cada campanada, uno dice una parte del cuerpo que le apetecería besar del otro. Empiezas tú con la

primera, sigo yo con la segunda y hasta doce. Y no vale repetir palabra.

Félix arrugó la frente mientras hacía una mueca divertida. Incluso enferma era impredecible.

—Acepto.

Se sentó en la silla que había tras la mesa y encendió el portátil para sintonizar algún programa que diera las campanadas. Por el rabillo del ojo vio cómo ella se recogía el pelo en una coleta. Sus movimientos eran pausados y torpes como si elevar los brazos le costara mucho. Era obvio que no se encontraba nada bien.

—Es un fastidio lo de la gripe —murmuró.

—Ya. Supongo que te habría gustado celebrarlo de otra manera —dijo ella.

—No. Me apetecía empezar el año contigo.

Le sonrió con fatiga. Nunca la había visto tan frágil y vulnerable, y su instinto protector se despertó como por encanto llenándole el pecho de ardor.

La imagen de los dos presentadores desde la Puerta del Sol llenó la pantalla. Giró el ordenador para que ella también pudiera verlo.

Eran las doce menos un minuto.

—¿Ya te has pensado tus respuestas? —preguntó ella.

—Voy a improvisar.

Los ojos azules de Erika se encontraron con los suyos mientras el sonido de los cuartos, que precedía a las doce campanadas salía del altavoz del portátil.

—Ya —dijo ella—. Empieza.

Primera campanada.

—Labios —dijo él, dirigiendo la mirada a los de ella, cuarteados por la gripe.

Ella se pasó la lengua por ellos y le guiñó un ojo.

Segunda campanada

—Cuello —comentó al tiempo que se llevaba una mano a la garganta.

Tercera campanada.

—Dedos.

Cuarta campanada.

—Muñeca.

Quinta campanada.

—Nuca.

Ella asintió satisfecha al escucharle decir esa palabra.

Sexta campanada.

—Axila.

Él alzó las cejas, sorprendido. ¿Quería besarle en la axila?

Ella asintió con picardía.

Séptima campanada.

—Ombligo.

Octava campanada.

—El lóbulo de la oreja.

Aquello le estaba gustando…

Novena campanada.

—Tobillo.

Décima campanada.

—Vientre.

Él volvió a estremecerse al imaginarse sus labios recorriendo su línea alba. La imaginación era un poderoso acicate para la excitación.

Undécima campanada.

—Pechos.

Ella bajó los parpados y soltó un suspiro. El juego le estaba gustando tanto como a él.

Duodécima campanada.

—Polla.

Él se rio.

¡Lo sabía! Sabía que ella iba a decirlo. Y aun sabiéndolo, su miembro se sacudió impaciente. Cambió de postura en la silla y se ajustó el pantalón.

Los gritos y las voces festivas provenientes del local aumentaron de volumen. En algún lugar en el exterior, alguien había comenzado a tirar petardos.

—Feliz año, Erika —dijo con calidez.

—Feliz año, Félix. Creo que han sido las mejores campanadas de mi vida —dijo risueña, pero un ataque de tos bastante virulento la interrumpió. Se dejó caer sobre la almohada y le miró a través de las pestañas—. Si te has puesto cachondo, lo siento mucho porque no voy a poder ayudarte.

—Vaya, qué putada, y yo que esperaba sexo telefónico —bromeó.

Ella chasqueó la lengua.

—No. No. Es el paraíso o nada, Félix. Recuérdalo —musitó con los ojos cerrados, casi sin voz.

—¿Necesitas mimos?

—Sí. Dame mimos, anda…

Se la quedó mirando durante un largo rato. Su pecho subía y bajaba con dificultad; de la boca entreabierta salían jadeos. Estaba muy congestionada.

—Erika —la llamó.

Ella no abrió los ojos. Se había quedado dormida.

Apoyó los codos en la mesa y la barbilla en sus manos cruzadas.

—Siento que estés así —susurró—. Espero que te recuperes pronto e intentes seducirme de nuevo. No me gusta nada verte enferma.

Tras unos segundos más de contemplarla sin que ella moviera ni un músculo, cortó la videollamada. Acto seguido, echó un vistazo al calendario del móvil para ver cuándo podía cogerse unos días libres.

Necesitaba verla.

En persona.

Soltó una maldición cuando se dio cuenta de que no iba a poder escaparse hasta mayo. Sean y él tenían que cubrir las vacaciones de algunos empleados. La gente parecía pensar que siendo empresarios tenían todo el tiempo del mundo para largarse cuando quisieran.

No era así.

Quizá porque todo lo que tenían se lo habían ganado a base de mucho esfuerzo o trabajo, pero no malgastaban ni un solo euro. Tanto Sean, como Ernesto en su día, y él mismo eran muy conscientes de que uno no podía hacerse rico despilfarrando la pasta. Apretarse el cinturón era una de las frases favoritas de Ernesto.

Su móvil comenzó a emitir pitidos.

Eran las felicitaciones de Año Nuevo de sus padres, de su hermano Rodrigo y de Juls.

Se dispuso a contestarlas.

Capítulo 24

Erika

Ese año su cumpleaños caía en jueves, así que le había tocado trabajar, aunque lo cierto era que no habían hecho mucho. A finales de enero, el puerto estaba más tranquilo que en verano y no había muchas embarcaciones que reparar, por lo que sus compañeros aprovecharon la falta de faena para organizarle una fiestecita en el taller. Le habían comprado un regalo —una camiseta en la que ponía *Los mecánicos son los más sexis*— además de llevar una tarta de chocolate con una vela en forma de pene.

Entre risas y bromas, sopló la vela, se comió una porción de tarta y bebió sidra de un vaso de plástico. Luego se despidió de ellos y se abrigó antes de coger la moto para ir a casa de sus padres. La habían convencido para que subiera a cenar con ellos, aunque la verdadera celebración estaba prevista para el sábado.

No sabía nada de Félix. Suponía que la llamaría más tarde.

Había estado muy pendiente de ella durante la gripe que la obligó a guardar cama una semana; tan pendiente, que Erika comenzó a pensar que había un interés genuino y que finalmente había decidido dar su brazo a torcer, pero cuando lo insinuó, él se salió por la tangente con la bromita que siempre usaba, esa de *Yo soy inconquistable*.

Estaba desencantada de la situación. Había puesto todo de su parte para conquistarle, pero tenía que aceptar que él estaba resultando ser como un muro inexpugnable y estaba cansada de intentar atravesarlo sin éxito. Muy cansada.

Se imponía otra estrategia, así que había decidido guardar distancia. Hacía más de una semana que no hablaban e incluso había cancelado los jueves de película poniendo una excusa. Necesitaba alejarse de él, aun cuando le echaba mucho de menos.

Era noche cerrada cuando enfiló la carretera que bordeaba la costa. La ladera de la montaña que quedaba a la derecha estaba salpicada de puntos de luz que correspondían a las lujosas casitas de la urbanización Altea Hills.

No pudo evitar frenar cuando la iglesia rusa ortodoxa de San Miguel Arcángel apareció tras una curva, entre los árboles. Siempre lo hacía. Aminoraba la velocidad y le echaba un rápido vistazo. La imponente construcción de madera, coronada por una cúpula dorada con una cruz del mismo material, destacaba iluminada en medio del bosquecillo. El templo, que estaba totalmente fuera de lugar en ese paisaje mediterráneo, parecía sacado de un cuento. Y por dentro era también espectacular. Algo digno de ver.

Tenía que llevar a Félix a visitarlo.

Se mordió el labio al darse cuenta de que volvía a pensar en él.

Estaba obsesionada.

Hacía frío, pero no llovía desde hacía meses y las ruedas de la Yamaha se agarraban al asfalto con firmeza, por lo que aceleró y adelantó a un par de coches que circulaban delante de ella. Se internó en la oscura carretera que conducía a la autovía y se inclinó sobre el tanque de gasolina para ofrecer menor resistencia al viento.

Apenas un cuarto de hora más tarde, aparcaba frente a la casa de sus padres. Todavía no había podido quitarse ni el casco cuando su padre abrió el portón y se abalanzó sobre ella. Iba vestido con su ropa favorita, vaqueros holgados y una sudadera negra de Guns N’ Roses.

—¡Feliz cumpleaños, hija! —exclamó al tiempo que la abrazaba.

—¡Qué entusiasmo! —se rio.

—No todos los días cumple años mi única hija, la preferida, la más guapa y simpática —dijo, zalamero.

Erika le miró con desconfianza mientras atravesaban el caminito de grava que conducía al interior.

—Dime qué necesitas.

Él se rio.

—Una tontería de nada.

Entonces era algo grande.

Su madre la recibió con una sonrisa. Era bastante más moderada que su marido. Llevaba un largo vestido de punto rojo.

—*Herzlichen Glückwunsch zum Geburtstag!*[69]

—*Danke, Mutti*[70]. ¡Qué bien huele! ¿Qué has hecho?

—*Rheinischer Sauerbraten*[71]

Erika soltó un gritito feliz, abrazó a su madre con fuerza y le plantó varios besos en la cara. Sabía lo poco que le gustaba cocinar y que se hubiera esforzado en preparar un plato tan laborioso porque sabía que a ella le encantaba la llenaba de ilusión.

—Toma —dijo su padre, acercándose con un paquete envuelto en papel de regalo—. Ábrelo, anda.

Lo hizo. Rasgó el papel con energía y soltó un gemido asombrado al ver la marca que aparecía en la caja. La abrió y su mandíbula se aflojó al ver el contenido. Unas botas y una cazadora de cuero.

—¡Hostia puta! Os habéis gastado una pasta —farfulló.

—*Fluch nicht so viel!*[72] —la regañó su madre—. *Es ist deine Schuld,* Tony[73].

—¿Te gustan? —preguntó su padre, ignorando a su mujer.

—Me encantan. Muchas gracias, pero es demasiado.

Se probó la cazadora, que le sentaba genial, y luego se quitó las zapatillas para calzarse las botas. Eran muy cómodas.

—Vale —murmuró, tirándose en el sofá, después de haberse quitado las prendas—, ahora me tenéis que decir qué está pasando. Mucha efusividad, comida especial y regalos caros.

—Nos vamos de crucero —soltó su padre.

—Genial. Ya era hora de que hicieseis un viaje chulo. ¿Cuándo?

—En una semana. Sale el barco de Atenas y vamos a estar once días recorriendo las Islas Griegas.

—¿Y la imprenta?

—Cerramos.

Erika arqueó ambas cejas. Desde que tenía uso de razón, sus padres pocas veces habían cerrado el negocio tanto tiempo.

—Pues me parece fantástico.

—Tienes que quedarte aquí y ocuparte de la casa —dijo su madre.

Sonaba como si fuera una orden, pero Erika sabía que no lo era. Era la forma de hablar de Anna Schwarz.

—Puedo venir a regar las plantas y a echar un ojo a la casa. No hace falta que me quede.

Su padre carraspeó y luego sonrió con falsedad.

—Nos han llamado tus abuelos y nos han dicho que tus primos van a venir. Y es

justamente cuando no estamos nosotros. Una coincidencia.

—¿Qué primos?

—Jörg y Anja.

Erika frunció el ceño. ¿Jörg y Anja? Apenas se acordaba de ellos. Los había visto dos veces en su vida y, estrictamente hablando, tampoco eran sus primos. Eran los hijos de una prima de su madre.

—¿Cuántos años tienen? ¿No son unos niños?

—Él tiene quince y ella, diecisiete —intervino su madre.

—¿Y vienen solos?

—Sí. Les dije que podían venir cuando quisieran —continuó Anna—. Y ya han comprado los billetes de avión.

Erika arrugó la nariz.

—Es decir, que mientras vosotros os largáis de crucero a las Islas Griegas, yo tengo que quedarme aquí haciendo de niñera de dos adolescentes alemanes que no hablan español. ¿Es correcto?

—Eh, sí… —contestó su padre, alejándose camino de la cocina.

—¿Y mis hermanos?

—Bueno, tus hermanos tienen sus vidas y…

Erika se puso de pie como impulsada por un resorte.

—¿Y yo no? —inquirió.

—Tú estás soltera y no tienes familia como Lukas.

Entornó los ojos y le lanzó una mirada asesina a su padre que regresaba con dos cervezas en la mano. Le tendió una. Ella la cogió y dio un largo trago.

Pese a que era un fastidio tener que ocuparse de sus primos, lo haría. Sabía cuánto se merecían sus padres esas vacaciones y no iba a ser ella quien les pusiera palos en las ruedas, pero iba a protestar un poco para molestar a su padre.

—Por eso la chupa y las botas. Ya me parecía raro que os hubieseis gastado ese dineral. Es un soborno.

—Lo es —dijo Tony.

—Que sepáis que ya tenía planes —mintió—. Voy a tener que cancelarlos.

—¿Qué planes?

—Una operación de cambio de sexo —improvisó.

—No lo necesitas. Tienes más huevos que tus hermanos.

Ambos se rieron mientras chocaban las manos en el aire.

—*Zwei vom gleichen Schlag*[74] —murmuró Anna y se alejó hacia la mesa del comedor para servir la cena.

Mientras degustaban el espectacular asado, su padre sacó el folleto del crucero y se explayó comentando todos los lugares que iban a visitar. Su entusiasmo era notorio. Su mujer le dejaba hablar mirándole con una sonrisa satisfecha. De vez en cuando, unían las manos por encima de la mesa.

Erika observaba sus gestos de afecto con atención. Siempre había sabido que sus padres se querían mucho; a fin de cuentas, llevaban más de treinta años juntos, pero últimamente, se fijaba mucho más en esa complicidad que destilaban y admitía que los envidiaba. Ella también quería tener esa intimidad y confianza con alguien.

Cuando un rostro masculino de ojos oscuros sobrevoló por su cabeza, endureció la mandíbula con irritación.

—¿Estás bien? —preguntó su madre repentinamente.

—Claro —repuso con rapidez. Anna era la mujer más intuitiva de la tierra y no quería preocuparla.

De vez en cuando echaba ojeadas ansiosas al móvil. Había recibido mensajes de todos sus hermanos y sus amigos, incluso de la tienda donde solía comprar repuestos para la moto y de su compañía telefónica.

Solo faltaba una persona por felicitarla.

Era cierto que había decidido no contactarle tan a menudo, pero que él no la llamara el día de su cumpleaños le parecía fatal.

Estaba muy desilusionada.

Miró la hora en el reloj de pared de la cocina y vio que eran las nueve.

«No seas tan impaciente. Todavía faltan tres horas para que acabe el día», se decía una y otra vez.

La cena culminó con un bizcocho casero —que no lo era— y que su madre reconoció haber comprado en una pastelería. Había colocado dos velas con los números dos y ocho sobre el esponjoso postre. Su padre las encendió con un mechero y luego apagó la luz. Le cantaron el cumpleaños feliz en alemán, como cuando era una niña, y sintió que se le humedecían un poco los ojos.

Carraspeó para aclararse la garganta antes de soplar las velas.

—¿Has pedido un deseo? —le preguntó su madre.

No lo había hecho. Bueno, en realidad, sí. Había deseado que Félix la llamara de una condenada vez. ¿Servía eso?

En ese momento, sonó el timbre de la puerta.

Mientras su madre cortaba el bizcocho y ella iba a buscar platos de postre, su padre fue a abrir. Regresó poco después con un paquete en la mano.

—Es para ti, Eri. Es de tu novio —dijo con sorna.

El corazón le dio un vuelco. Casi le arrancó el paquete de las manos y se fue con él a su antiguo dormitorio, mientras las risas burlonas de sus padres la seguían.

Le temblaban las manos por la impaciencia cuando rasgó el envoltorio. Una caja plana que parecía contener un libro quedó al descubierto. La abrió. Sí, era un libro. *Cocina para torpes*, rezaba el título con grandes letras azules sobre un fondo blanco.

—No me jodas…

¡Menudo cabrón! ¿Cómo se le ocurría regalarle un libro de cocina?

Había también un sobrecito dentro de la caja. Sacó una tarjeta de felicitación del interior. Tenía el dibujo de una piruleta en forma de corazón y debajo la frase: *Feliz y dulce cumpleaños*. La abrió y leyó lo que él había escrito dentro.

He visto la tarjeta y he pensado en ti. Espero que te guste el libro de cocina. Creo que vas a encontrar la receta de la página cincuenta y seis muy apetitosa.

Se apresuró a pasar las páginas hasta llegar a la que él mencionaba. Allí, pegada con celo aparecía una foto de Félix completamente desnudo, tapándose los genitales con un folio en el que ponía CÓMEME, ERIKA y mirando a la cámara con ojos lascivos. De fondo se podía ver la encimera de su cocina.

No pudo aguantarse más y alzó la cabeza al techo mientras se reía a carcajadas.

¡Por Dios!

Le encantaba que él le hubiera comprado esa tarjeta tan especial y que se hubiera tomado la molestia de hacerse una foto desnudo y haberla impreso solo para ella.

La euforia le rebosaba por los poros.

Despegó la foto y se dio cuenta de que la receta de la página cincuenta y seis que tapaba la imagen era la del rabo de toro. Una nueva carcajada sacudió su cuerpo.

El móvil comenzó a sonar con estridencia, sobresaltándola. Hacía unos días había cambiado la melodía por *Glam!* de Dimie Cat, y todavía no se había acostumbrado al nuevo sonido.

Era él.

Aceptó la llamada.

—Felicidades.

Fue escuchar su voz y sentir cómo las mariposas revoloteaban en su estómago.

—¿Felicidades? ¿Por qué?

—Por tu cumpleaños.

—No es hoy —repuso muy seria.

Él se rio.

—¿Te ha gustado tu regalo?

—¿Cómo sabes que me ha llegado?

—He recibido un mensaje de la agencia de transportes.

—¿Cómo sabías que estaba en casa de mis padres?

—Se te olvida que tengo un infiltrado en la familia. Mide uno sesenta, tiene el pelo corto y su nombre empieza por J.

Por eso la insistencia de su cuñada el día anterior para saber dónde iba a cenar al día siguiente. Traidora.

—Muchas gracias por el regalo. Ha sido… inesperado.

—¿Te ha gustado la receta que he elegido?

—Sí, tiene una pinta muy apetitosa. Estoy deseando comérmela.

Él volvió a reírse.

Había mucho jaleo, voces y música de fondo. Era evidente que estaba trabajando.

—Por cierto, a mis padres también les ha gustado… la receta —añadió mientras se cogía un mechón de pelo y se lo enrollaba en el dedo índice.

—Menos mal que tus padres son gente de mundo y seguro que no se han escandalizado.

Era imposible provocarle; no obstante, volvió a intentarlo.

—Mi padre ha dicho que quiere verte sin el folio para comparar tamaños.

Él se rio otra vez.

—Seguro que pierdo —dijo con jocosidad.

Una voz masculina gritó su nombre.

—Espera un momento, Erika.

Mientras esperaba a que él regresase, pudo escuchar la música de fondo. Era fácil saber dónde estaba. El único lugar que ella conocía en el que sonase constantemente electro swing era el Corso.

—Ya estoy —le dijo cuando regresó.

—Hay mucho ruido.

—Tenemos falta de personal y estoy trabajando detrás de la barra. Perdona por el escándalo; no quería esperar a llegar a casa para llamarte porque no sé a qué hora acabaré.

—¿Cuándo vas a venir?

—En mayo —respondió con firmeza.

Cuatro meses. La impaciencia que vivía dentro de ella se revolvió y gritó histérica.

—¿Y dónde te vas a quedar? ¿Con tu amiga la fotógrafa?

—Todavía no lo he pensado.

—Yo tengo un sofá bastante cómodo en el salón.

—¡Qué tentador! Dormitorio propio o sofá. Difícil decisión —soltó con ironía—. Quizá reserve una habitación de hotel.

—Que tenga bañera de hidromasaje y cama de matrimonio.

—Como desees —dijo burlón, imitando al protagonista de *La princesa prometida*.

Eso le provocó una carcajada.

—Hacía mucho que no hablábamos. Lo echaba de menos —dijo él de pronto con tono más íntimo.

Ella también había echado de menos sus conversaciones absurdas, sus ocurrencias, su risa, su forma de hablar y el brillo de sus ojos cuando bromeaba…

—Bueno, pues ya sabes dónde estoy —dijo con tono superficial.

—Lo sé —suspiró—. Sé dónde estás.

¿Cómo era posible que con solo unas pocas palabras pronunciadas en voz baja él consiguiera desarmarla y dejarla expuesta?

Aguantó un jadeo anhelante mientras aferraba el móvil con fuerza.

De nuevo, alguien le llamó, y él soltó maldición ahogada.

—Me reclaman otra vez. Voy a tener que colgar.

—No te preocupes y vete a currar —repuso. Le hubiera encantado seguir conversando con él, pero entendía la situación.

—Saluda a mis suegros.

—Lo dices de broma, pero me he propuesto que lo sean de verdad y lo sabes.

Él se rio.

Se despidieron y ella cortó la comunicación.

Volvió a tumbarse en la cama mientras clavaba la mirada en el techo.

Aparentemente, la distancia que había mantenido había servido para algo. Había servido para que él la echara de menos, pero no iba a poder esperar hasta mayo para verle. Tenía que ir a Madrid. Arrugó los labios en una mueca calculadora. Quizá pudiera escaparse algún fin de semana y sorprenderle.

Con energías renovadas y de muy buen humor, se levantó de la cama y abandonó el dormitorio con el paquete debajo del brazo.

—Félix os manda saludos —les dijo a sus padres.

—¿Qué te ha regalado? —preguntó su padre con curiosidad.

—Un libro de cocina.

Anna y Tony se miraron extrañados. No era ningún secreto que Erika odiaba cocinar.

—¿Cómo?

—Sí. Se llama *Cocina para torpes* —se rio—. Me ha encantado.

Mientras decía eso, se sirvió un trozo de bizcocho y lo devoró. Estaba delicioso.

—¿Quién eres y dónde está nuestra hija?

—La gente cambia —dijo con la boca llena al tiempo que hacía un guiño.

Tony chasqueó la lengua.

—Te recuerdo que somos mayores. No puedes provocarnos disgustos que nos sube la tensión.

—Ja, ja, ja —soltó sarcástica—. Tú sí que tienes pinta de señor mayor, pero mamá aparenta treinta y cinco como mucho.

Su padre se llevó una mano al pecho, como si de verdad le hubiera herido, mientras que Anna reía suavemente.

Erika se puso de pie y se acercó a ellos.

—Muchas gracias por la cena, mamá. Estaba buenísimo todo —le dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla—. Y gracias por los regalos. Son una pasada. —Besó a su padre también.

—¿Estás segura de que ese chico te conoce bien y es el adecuado? —preguntó su padre con el ceño fruncido haciendo un gesto dramático hacia el libro de cocina.

Ella se rio.

—Es el más adecuado del mundo.

Con los regalos en una mano y el casco en la otra, se dirigió hacia la puerta, tarareando una antigua canción que le daba buen rollo.

—Está cantando a Billie Davis —comentó su padre—. Algo trama.

—Está enamorada —repuso su madre.

Eso fue lo último que escuchó antes de abandonar el chalet.

Pues sí, estaba enamorada.

Era un hecho.

—*I want you to be my baby*[75] —canturreó de buen humor mientras iba hacia la moto.

Capítulo 25

Félix

Ocho años de su muerte. Y seguía doliendo.

Otro veinticinco de marzo más.

Era el único día del año que no se preocupaba por el negocio y se lo dedicaba a sí mismo. Sean sabía que necesitaba estar solo y no lo cuestionaba. Solía pasar las horas paseando por la ciudad y, cuando caía la noche, regresaba a su piso y llamaba a alguien para echar un polvo rápido y olvidarse del mundo. Después, bebía y fumaba en soledad hasta que los primeros rayos de sol entraban por las ventanas.

Era como un ritual.

Sin embargo, ese año habían cambiado muchas cosas. No tenía ganas de perderse en el cuerpo de nadie, por eso no había tratado de contactar con Edurne y David, que otros años le habían servido como distracción. De algún modo, la única persona en la que podía pensar era en Erika.

Y eso hacía que se sintiera mal y se enfadase consigo mismo.

Había comenzado a beber más temprano que de costumbre. Eran apenas las siete de la tarde y ya tenía un vaso de *whisky* en la mano. La cajetilla de Marlboro, que había comprado esa misma mañana, estaba sobre la mesita frente a él, pero todavía no había sacado ningún cigarrillo.

Takeshi parecía saber cuál era su estado de ánimo porque se había acurrucado junto a él en el sofá y ronroneaba, como si le estuviera dando ánimos.

El móvil vibró. Le lanzó una ojeada y vio el nombre que aparecía en la pantalla.

Cerró los ojos y vaciló. Tenía ganas de hablar con ella, pero al mismo tiempo sentía un enorme desasosiego en el pecho. Alargó la mano hacia el teléfono, pero se detuvo y terminó por cerrar el puño. Sus ojos se dirigieron hacia la foto de Ernesto, esa en la que estaban juntos en Tokio. La mirada verde musgo parecía animarle a aceptar la llamada.

Lo hizo con reticencia.

—Hola —saludó.

—Hola. ¿Estás bien? —Llegó la pregunta cargada de preocupación.

¿Desde cuándo ella le conocía tan bien que sabía que le pasaba algo después de escucharle pronunciar dos sílabas?

—Estoy bien.

—No lo estás. ¿Qué necesitas?

Guardó silencio mientras trataba de contestarse esa pregunta a sí mismo.

—No sé lo que necesito —repuso al fin. Echó la cabeza hacia atrás, hasta que su nuca encontró el respaldo del sofá—. Hoy es un mal día.

—¿Ha pasado algo?

—No. Pero hoy es un día de recuerdos de mierda.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Por casualidad es el aniversario de la muerte de Ernesto? —inquirió en un susurro.

Una sonrisa amarga acudió a sus labios.

«Chica lista».

—Sí. Hoy hace ocho años que se fue.

—Lo siento.

Siempre estaban bromeando y provocándose, pero ese día la voz al otro lado del teléfono sonaba seria y circunspecta, como si perteneciera a una Erika distinta. Tampoco él era el mismo de otras veces. Una pátina de grisácea melancolía le envolvía.

—¿Hoy no has ido a trabajar?

—No.

—¿Qué… estás haciendo? —preguntó.

—Lo de siempre. Quedarme en casa, beber un buen *whisky* y fumar. Hasta que amanezca.

—Vaya.

De nuevo el mutismo pareció caer sobre los dos.

Una parte de Félix quería colgar. Quería colgar y regodearse en la soledad y la tristeza, como hacía siempre. Otra parte de él quería seguir hablando con ella. Seguir escuchando su voz y su respiración. La contradicción de esos dos sentimientos le llevó a darle un largo trago al *whisky*. El líquido le quemó la garganta e hizo que un agradable calor se expandiese por su cuerpo.

—Quizá sea mejor que te llame en otro momento…

—No —rechazó.

Nada más decirlo se arrepintió. Debería colgar.

—¿Quieres hablar?

¿Quería hablar?

—En realidad, no —repuso. Luego carraspeó para aclararse la garganta mientras le acariciaba la cabeza a Takeshi—. Siempre paso este día solo, pero este año, si te soy sincero, me siento extraño. No me importaría que… estuvieses aquí conmigo.

Ya estaba, ya lo había dicho.

Una bocanada de culpa le sobrevino, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Lamento no poder estar a tu lado —musitó ella.

Él se llevó una mano a los ojos y se los restregó.

Era un imbécil.

—De todos modos, tampoco sería una gran compañía, así que no te preocupes —dijo con pretendida calma—. Ni siquiera Takeshi me soporta —bromeó sin ganas.

—Takeshi te adora. Estoy segura de que lo tienes encima.

Sonrió con fatiga mientras clavaba los ojos en los del gato.

—Sí. Es un buen compañero de borracheras.

Pudo escuchar la respiración pesada de ella al otro lado de la línea y algunos sonidos que no supo interpretar.

—¿Dónde estás?

—En casa.

Vació el vaso de un par de sorbos y se quedó mirando las últimas gotas que quedaban al fondo. Era terrible cómo estaba malgastando el carísimo *whisky*. Tendría que haberlo degustado con tranquilidad, pero lo había sorbido como si fuera agua. Lástima de Glenfarclas. Gracias al cielo tenía más botellas en casa.

—Félix…

Bajó los párpados. Le gustaba cómo decía su nombre. Una punzada de anhelo se le instaló en el pecho.

—Félix —repitió—. Me preocupas. ¿Hay algo que yo pueda…?

—No puedes hacer nada —la cortó—. No te agobies. Mañana estaré mejor, de verdad —

intentó imprimir firmeza a su voz—. ¿Te parece bien que hablemos en otro momento? Te… llamo en unos días.

—Claro. Cuando quieras.

—Bien. Y… gracias, Erika.

No hubo más despedida que aquella. Pulsó el botón de finalizar la llamada y arrojó el móvil sobre el sofá. Su mirada fue hasta la foto de Ernesto nuevamente y apretó los labios. Había hecho lo correcto cortando la comunicación.

Con cuidado de no molestar al gato, se incorporó y se dirigió al armario donde guardaba los licores. Sacó la botella de *whisky* y, con ella en la mano, regresó al sofá. Se sirvió tres dedos en el vaso y cogió la cajetilla de tabaco. Extrajo un cigarro, lo encendió y le dio una calada. El humo le arañó la garganta mientras su cuerpo aceptaba la nicotina con reticencia.

Takeshi arrugó la nariz y se alejó hasta el otro extremo del sofá mirándole con irritación. Era evidente que le disgustaba el olor del tabaco.

—Es solo hoy —se disculpó.

El gato se hizo un ovillo y le dio la espalda.

Durante años, cuando era un adolescente rebelde, fumó bastante, y no solo tabaco. Luego, cuando empezó a trabajar en el Santos y conoció a Ernesto, lo dejó. No volvió a engancharse. No obstante, había descubierto que fumar le relajaba y se permitía el lujo de hacerlo una noche al año, cuando más necesitaba estar sereno.

Estiró las piernas y posó los pies descalzos en la mesita. Extravió la mirada en el exterior. Había comenzado a llover. Pequeñas gotas de agua resbalaban por los cristales y las luces de la calle y de los coches se reflejaban en ellas creando un caleidoscopio de iridiscentes colores blancos y rojos.

Degustó el Glenfarclas con parsimonia, esa vez de la manera correcta. Arrullado por el sonido de la lluvia, el sabor del *whisky* y el olor del cigarrillo se acomodó en el sofá y dejó que las horas transcurrieran despacio.

Prescindió de la cena y se alimentó de alcohol, nicotina y memorias.

Ernesto y él habían tenido una relación hermosa. Se habían querido mucho y habían creado recuerdos inolvidables, pese a estar ambos muy ocupados intentando tener éxito con los Corsos. Si algo lamentaba Félix, era no haber disfrutado de la vida con más intensidad durante esos años que estuvieron juntos, y haber aplazado planes, pensado que tenían todo el tiempo del mundo. Al menos habían cumplido el sueño de Ernesto de ir a Japón.

Para cuando el reloj se acercaba a las diez y media, ya se había rellenado el vaso un par de veces más, y en el cenicero que había sobre la mesita del salón descansaban los restos de cuatro cigarros.

En su cabeza se sucedieron imágenes de cenas compartidas, de comidas en restaurantes exóticos, de acampadas de una noche, de fiestas con amigos, de paseos en coche o de la mano por la ciudad, de noches interminables de sexo…

Un nudo de gigantes proporciones se le atascó en la garganta y los ojos se le llenaron de humedad.

Se sirvió otro *whisky*.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando el timbre sonó con estridencia en el piso, arrancándole de sus pensamientos. Supuso que sería Milagros, su vecina. Tenía ochenta y cinco años y solía presentarse para que la ayudara con cosillas que ella no podía hacer sola, como abrir la tapa de algún bote, cambiar una bombilla, alcanzarle algo que tenía en una alacena demasiado alta o explicarle cómo funcionaba alguna aplicación del móvil.

Sin molestarse en ponerse unas zapatillas, se encaminó a la puerta y la abrió.

Sus ojos se abrieron como platos y notó que se le aflojaba la mandíbula al ver la oscura figura que se erguía en el umbral, bajo la mortecina luz de la lámpara del corredor. Era la última persona que hubiera esperado encontrar allí. Vestida de cuero de la cabeza a los pies, con el casco en la mano y la rubia melena mojada sobre los hombros.

—¿Me dejas pasar? No quiero empapar el rellano. ¿Tienes una toalla?

Se hizo a un lado, reaccionando al fin, y Erika entró en el piso.

—¿Qué… haces aquí? —balbuceó. Se sentía como si alguien le hubiera dado un golpe en la cabeza.

—Has dicho que querías que estuviera aquí —respondió ella mientras se quitaba las botas y la cazadora y las dejaba en el suelo, junto al casco—. Y aquí estoy.

La miró lleno de estupefacción.

—¿Has venido en moto desde Benidorm, lloviendo?

—Mírame. ¿No crees que la pregunta se responde por sí sola?

—¡Dios! Erika, estás loca —murmuró, llevándose una mano a la nuca y frotándosela.

Notaba que el corazón se le había disparado en el pecho. Latía tan fuerte que incluso le retumbaba en los oídos. No podía creer que ella estuviera ahí, a solo unos centímetros de distancia, al alcance de sus manos.

Una abrupta maldición escapó de su boca mientras daba un paso al frente y la estrechaba entre sus brazos.

Erika

Estaba exhausta. No era fácil hacer un trayecto de más de cuatrocientos kilómetros en menos de cuatro horas, en moto, de noche y lloviendo. Había tenido que echar mano de toda su concentración y serenidad. No obstante, cuando Félix abrió la puerta y vio el rostro demacrado, la expresión triste y los ojos enrojecidos por la pena supo que había hecho lo correcto presentándose allí.

Quizá él no era consciente de ello, pero la necesitaba.

Le abrazó con fuerza, hundiendo las manos en la espalda musculosa. Solo llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta holgada, y desprendía un penetrante olor a alcohol y a tabaco.

—Estás loca —repetía una y otra vez.

Claro que estaba loca. Loca por él.

—¿Estás bien?

Él se apartó y la miró todavía con incredulidad.

—Eh, sí… Estoy… en shock. —De pronto, como si se hubiera dado cuenta de que ella estaba empapada, dio un paso atrás y le tomó la mano para dirigirla al baño que había en el pasillo—. Perdona. Date una ducha caliente. Tienes que estar congelada.

Aquello le sonó como música celestial.

—Ay, gracias.

—Hay toallas ahí. —Señaló una estantería—. Y te traigo ropa seca —dijo él, pasándose la mano por el pelo. Luego desapareció.

Erika nunca le había visto en ese estado de nerviosismo. Era agradable saber que tenía debilidades y no era absolutamente perfecto.

Se quitó los pantalones, los calcetines gordos y el jersey. Solo con las bragas y la camiseta térmica se acercó a la cabina de ducha y abrió el grifo, regulando el agua.

—Te dejo esto aquí —dijo él a su espalda.

Ella se giró y vio algunas prendas sobre la tapa del retrete.

—Genial. No tardo nada.

—Tómate tu tiempo.

Una vez sola, se apresuró a desvestirse del todo y a situarse bajo el chorro de agua caliente. No tardó en entrar en calor.

No remoloneó demasiado y poco después abandonaba el baño con el pelo húmedo y vestida con el chándal que él le había prestado.

El ambiente en el salón estaba enrarecido y era muy diferente al que ella recordaba de la última vez. Flotaban en el aire jirones de humo suspendidos y olía a cigarrillos y alcohol. Félix estaba sentado en el sofá con un vaso en la mano, la cabeza inclinada y los hombros hundidos.

No pareció darse cuenta de que ya no estaba solo.

Le estudió en silencio.

Parecía roto en pedacitos pequeños que se sostenían juntos por mera inercia.

Con el tiempo había aprendido a interpretar su estado de ánimo en la postura o el tono de voz. La conversación telefónica que habían mantenido hacía unas horas fue muy esclarecedora. La tristeza que desprendían sus palabras había viajado hasta ella y se había adentrado en sus entrañas con fuerza. Era un grito de auxilio en toda regla, aunque él no fuera consciente de ello. Así que no tardó ni cinco minutos en encaramarse a la moto y poner rumbo a Madrid

Con un carraspeo para darle a conocer que estaba acompañado, se encaminó a la zona de la cocina y sacó una botella pequeña de agua de la nevera. Dio un par de tragos y luego se acercó al sofá y tomó asiento a su lado. Él ni siquiera la miró y tampoco mostró reacción alguna.

Escuchó un ruido proveniente de debajo del sofá y echó un vistazo, pero no pudo ver nada. Supuso que sería el gato.

—No tenías que haber venido —dijo él repentinamente.

No pronunciaba con claridad. Debía de haber bebido bastante.

—¿No quieres que esté aquí?

—No es eso. Es que creo que has hecho algo muy irresponsable. Te podría haber pasado algo en la carretera.

Erika meneó la cabeza con seguridad.

—Puedes pensar que estoy loca, pero tengo la desagradable costumbre de querer seguir viva. La moto está en muy buenas condiciones y yo también. He conducido con mucho cuidado.

Por fin, la miró. Tenía un aire trágico de héroe vencido que le sentaba bien.

—Gracias.

—No me las des. ¿Has bebido mucho? —le preguntó señalando la botella casi vacía.

—Lo suficiente para sentirme menos culpable de desear que estés aquí.

Arrugó la frente, confundida. ¿A qué se refería?

Él dejó el vaso sobre la mesa y se echó hacia atrás en el sofá. Apoyó la nuca en el respaldo y clavó la mirada en el techo.

—Todos los años, en el aniversario de la muerte de Ernesto paso el día solo. No quiero compañía ni quiero hablar con nadie. El veinticinco de marzo se ha convertido en un día triste. A veces, cuando el dolor es demasiado fuerte, recurro al sexo rápido y sin significado para olvidarme de todo —confesó en voz baja.

Erika estuvo tentada de animarle para que siguiera hablando porque no le había quedado demasiado claro lo que él deseaba expresar, pero no fue necesario porque, tras una pausa, él continuó.

—Pero este año he pensado mucho en ti —soltó.

No dijo más.

No hacía falta.

Erika lo había entendido perfectamente. Se llevó la botella de agua a los labios y bebió, haciendo tiempo. No sabía muy bien cómo reaccionar.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —preguntó al fin.

—Seis años como pareja, pero nos conocíamos desde antes.

Notó que él tensaba la mandíbula al responder.

—Si no quieres hablar…

—Sí quiero hablar. Pregúntame lo que quieras saber.

De pronto sintió que se le acalambraba el estómago. Desde que Félix y ella se conocían nunca habían tenido una conversación tan seria y trascendental, tan cargada de emociones. Esperaba estar a la altura de las circunstancias y no estropearlo todo.

—¿Cómo murió?

Le costó hacer la pregunta.

—Glioblastoma.

—Eso es…

—Es un tumor cerebral maligno. De grado IV. Cuando se lo diagnosticaron le dieron una esperanza de vida de un año y medio. No obstante, teníamos confianza en que tras la operación y con la quimio y la radioterapia pudiera aguantar más. —Hizo una breve pausa mientras se incorporaba y alargaba la mano para coger el vaso—. Pero solo sobrevivió tres meses. Se lo diagnosticaron en diciembre y llegó hasta marzo. Ni siquiera terminó el primer ciclo de quimio. —Le dio un trago al líquido ambarino y continuó hablando—: Se contagió con un virus y como tenía la médula tan debilitada por la radiación, su cuerpo no lo soportó… Tenía treinta y dos años.

Erika guardó silencio. Estaba impactada. Apenas podía imaginar lo terrible que debió ser perder a su compañero de vida de aquel modo, y tan joven.

—Estábamos haciendo planes para volver a viajar a Japón antes de que… todo empeorase, pero no pudo ser. Fue muy rápido.

En ese momento, Takeshi hizo acto de presencia y se restregó contra la pierna de Erika.

—Parece que le gustas —comentó Félix echando una ojeada al gato—. Yo nunca quise tener mascotas, pero cuando Ernesto llegó con esa bola de pelo sucia y empapada y me miró con esa ilusión… No podía negarle nada —dijo, antes de dar un último trago y dejar el vaso en la mesa.

Pese a que se mostraba controlado, había un ligero temblor en su voz que a ella no le pasó inadvertido.

—¿Cómo os conocisteis?

Una risa ronca le brotó del pecho. No era una risa alegre, pero al menos era una risa.

—En el Santos poniendo copas. Me cayó mal al principio. Él era el típico chico serio, un poco estirado que nunca discutía ni se metía en problemas, y yo era todo lo contrario. No sé. Quizá encajamos bien porque éramos muy diferentes. Tardamos en fijarnos el uno en el otro. Me conquistó su sonrisa —confesó.

La mirada de Erika se desvió hacia las fotos que había en la estantería.

—Era muy guapo.

—Lo era —asintió con las comisuras de los labios elevadas—. Y lo más importante de todo es que era muy buena persona. Yo le regañaba porque siempre insistía en ayudar a todo el

mundo. También era un optimista nato. Cuando le diagnosticaron la enfermedad, yo me lo tomé muy mal y fue él quien me animó, ¿te lo puedes creer? Era una persona increíble. Todavía recuerdo sus últimos días en el hospital… —murmuró con la vista clavada en algún punto indeterminado de la pared—. Ya sabía que se moría y lo único que hacía era consolarme a mí.

Erika pestañeó para disolver la humedad que había empezado a concentrarse en sus ojos. Era la primera vez que veía esa parte sensible de él y estaba conmovida. Su forma de hablar de Ernesto, llena de amor y de admiración era desgarradora y enternecedora a un tiempo. No había esperado que desnudase su alma de ese modo ante ella. Era probable que el alcohol fuera el responsable de que se le hubiese soltado la lengua.

Él giró la cabeza y la miró. Le sostuvo la mirada. No parecía el Félix que ella conocía. Su expresión sombría y la tristeza que había en sus iris eran muy inusuales.

—Le quería mucho y me dolió perderle. Estuve un tiempo bastante fastidiado… —se interrumpió y soltó un gemido mientras se llevaba una mano a la frente y se la frotaba con vigor —. En realidad, fastidiado no es la palabra correcta. Estuve muy jodido. Y ni siquiera pude contar con mi familia porque no quería preocuparlos. Si no hubiera sido por el trabajo y por Sean, no hubiese podido salir adelante. Creo que no era consciente de lo mucho que le quería hasta que le perdí.

Era tal y como Juls le había dicho. Tuvo ganas de alargar la mano y entrelazar los dedos con los de él para transmitirle afecto, pero se contuvo.

—No sé lidiar bien con la pérdida. Quizá por eso me cuesta tanto volver a entregarme…

Esa última frase sonaba como una disculpa, como si le estuviera pidiendo perdón por no haberse enamorado de ella, y un pinchacito de desazón se le afianzó en el pecho.

El gato se subió de un salto al sofá y se tumbó entre ellos.

—Es curioso que no se esconda —comentó él—. No le gustan los desconocidos, pero tú le caes bien. Su nombre completo es Takeshi Kitano, como el director de cine. Se lo puso Ernesto.

—Es un nombre interesante.

Él se rio bajito.

—Ernesto y sus cosas. Por lo menos pudo conocer Japón. Nunca le había visto tan feliz como entonces —dijo con tono nostálgico—. Era su mayor ilusión.

Erika le contempló, indecisa.

—¿Tienes fotos?

—¿Del viaje a Japón? Como unas doscientas mil.

—¿Me enseñas alguna?

Se mostró dubitativo y ella se arrepintió al instante de haberlo sugerido. Quizá estaba entrando en un terreno demasiado personal.

—¿Por qué no? —farfulló él.

Se levantó y se dirigió a la isla de la cocina donde tenía el portátil. Lo cogió y regresó. Se sentó a su lado y dejó el ordenador sobre la mesita frente a ellos, al lado del cenicero que tenía mucha ceniza y varios cigarros consumidos. Desde que ella había llegado no había fumado. Quizá no lo hacía porque no deseaba molestarla.

—Puedes fumar, si quieres.

—No me apetece. Ya he tenido suficiente por hoy y Takeshi odia el humo.

Mientras el portátil arrancaba, él se sirvió dos dedos de *whisky*.

—¿Quieres uno?

Ella negó con la cabeza. Odiaba ese tipo de licores fuertes.

Una de las carpetas que había en la pantalla llevaba por nombre *Fotos*. Dentro de ella había muchas carpetas más. Él se desplazó hasta la que ponía *Viaje Japón* y la abrió.

La siguiente hora fue un carrusel de templos, edificios antiguos de originales formas, calles coloridas, construcciones vanguardistas, paredes llenas de neones, paisajes con lagos y montañas nevadas de fondo, cerezos en flor, cafeterías estrambóticas, geishas, carteles con caligrafía nipona, cielos naranjas, azules y grises… y Ernesto.

Un Ernesto joven, emocionado y lleno de vida, con rizos oscuros, ojos claros y la sonrisa más preciosa que Erika había visto jamás.

Tan solo después de unas cuantas fotos, ya se había medio enamorado de él, de su chispeante vitalidad y de la timidez que mostraban sus ojos cuando miraba fijamente al objetivo de la cámara que le había convertido en protagonista absoluto de ese viaje. Porque sí, porque en casi todas las fotos solo aparecía él. Félix era un mero actor secundario.

—Aquí está intentando comunicarse con esa señora. Se pasó dos años estudiando japonés y cuando llegamos allí era incapaz de entender nada —se rio él—. Recuerdo el mosqueo que se pilló. Cuando volvimos a España, cambió de profesor. Oh, y mira esta, aquí le pillé desprevenido, pero creo que es una de las mejores.

Erika no pudo reprimir las lágrimas mientras veía las imágenes sucederse y Félix le iba explicando con la voz cargada de afecto dónde se encontraban y lo que hacían. Giró el rostro para que él no se diera cuenta de lo mucho que estaba afectándole todo aquello, y le dio unos tragos a su agua hasta que recuperó el aplomo.

—Tú no sales en casi ninguna —comentó.

—Bueno, el viaje lo hicimos por él. Yo me dediqué a ser el fotógrafo.

—¿Tú no hubieras elegido Japón?

—Antes de conocer a Ernesto no me llamaba mucho lo asiático. No era capaz de diferenciar a los chinos de los japoneses y creía que los dos países eran más o menos igual. Ahora soy casi un experto —bromeó—. No me disfrazo de personajes raros, pero me defiendo.

Nada más terminar de decir eso, accedió a otra de las carpetas, una que se llamaba *Cosplay*, y la abrió.

Erika contempló las fotos que había allí con sorpresa. Se trataba de Ernesto, pero iba disfrazado con un traje de guerrillero urbano, con una peluca blanca de cabello encrespado, una cinta negra en la frente y una cicatriz que le atravesaba un ojo de arriba abajo.

—Aquí estaba en su salsa, como Kakashi Hatake, un personaje de Naruto —explicó Félix sonriendo.

Ella le miró de reojo. Se había producido un cambio bastante notable en él desde que ella había llegado. No se podía decir que fuera el Félix alegre e irónico de otras veces, pero su estado de ánimo había mejorado mucho; hasta su postura era más erguida. No se podía negar que le había venido bien hablar y soltar lastre.

Una carpeta siguió a otra y a otra… Había incontables fotografías de muchos momentos. Una playa en Andalucía, un paseo por un parque, una comida en casa de unos amigos, una escapada a Burgos, un Fin de Año en el Corso, un verano en un pueblo de la sierra, una fiesta en ese salón donde se encontraban ambos…

El Félix de la pantalla era más joven y risueño. Carecía de ese aire cínico que ahora le acompañaba a todas partes. Tenía el pelo más largo, menos arruguitas en torno a los ojos, no llevaba barba y sus antebrazos todavía mostraban tatuajes. Solo las cicatrices del rostro eran las mismas.

Era obvio que hacía mucho tiempo que no veía aquellas fotos y que mostrárselas a ella

estaba siendo la excusa perfecta para hacer un viaje catártico. Un viaje de reencuentro con Ernesto y con su yo del pasado.

Cuando no hubo más carpetas que ver, la miró con una sonrisa avergonzada.

—Ha sido demasiado, ¿no? Seguro que te has aburrido.

—Para nada —rechazó ella—. Me ha gustado conocerle.

—Creo que os habríais llevado muy bien.

Ella no contestó. Se puso de pie y se acercó a la cocina para rellenar la botella con agua del grifo. Luego regresó.

—¿Me das un trago? —pidió él.

Se la tendió.

Él dio un par de sorbos y se la devolvió.

—He bebido demasiado —murmuró, llevándose los dedos a las sienes y masajeándosela —. No suelo beber tanto y tengo un dolor de cabeza horrible.

—Déjame que te haga una cosa —ofreció ella.

Se dirigió a la cocina de nuevo, abrió el congelador y metió las manos dentro.

—¿Qué haces? —Llegó la voz de él muy sorprendida.

—Calla y déjame. He visto a mi madre hacerle esto a mi padre en muchas ocasiones y siempre funciona.

Regresó a su lado con las manos congeladas y se sentó en el sofá doblando una pierna para encararle. Se puso un cojín sobre los muslos y le hizo un gesto para que se tumbara.

La miró escéptico, pero terminó por obedecer.

El peso de su cabeza cayó sobre su muslo.

—Cierra los ojos y relájate.

Él lo hizo.

Erika posó una mano sobre su frente. La diferencia de temperatura era enorme.

—Qué bueno —gimió él.

Ella no pudo reprimir una sonrisa satisfecha. Las facciones masculinas se habían relajado casi instantáneamente. Comenzó a masajearle las sienes desde las cejas hasta el cuero cabelludo, presionando con los pulgares.

Su cara —incluso del revés, debido a la postura— era digna de contemplación. Tenía defectos, claro estaba, la nariz un poco torcida, el labio superior menos grueso que el inferior y las marcadas cicatrices, pero ella ya estaba en un punto de no retorno y todo eso le parecía hermoso.

—Eres maravillosa, ¿lo sabías? —susurró él al cabo de un rato, abriendo los ojos.

—No hace falta que me adules, voy a seguir con el masaje sí o sí —bromeó.

—No es por esto, es por… todo —repuso muy serio. Demasiado serio.

A Erika le dio un vuelco el corazón. No estaba preparada para declaraciones de ningún tipo. Se notaba blandita y tenía los nervios a flor de piel.

—No hables y relájate —le pidió.

Él volvió a cerrar los ojos y guardó silencio.

Takeshi la observaba desde una cama para gatos que estaba al pie de la isla. Había huido allí cuando ellos se apoderaron de la mayor parte del sofá. La contemplaba con esos ojos suyos tan verdes como los de Ernesto.

Volteó la cara y fijó la mirada en un punto indeterminado.

Tenía ganas de llorar.

Le echó una ojeada al reloj que aparecía en la parte inferior de la pantalla del portátil.

Eran las cinco de la mañana. La noche había pasado volando. Paseó la vista hacia el ventanal y comprobó que ya no llovía.

La respiración de Félix comenzaba a tornarse pesada. Sus labios entreabiertos y la distensión de su barbilla le confirmaron que estaba a punto de quedarse dormido. Con mucha delicadeza, recorrió el nacimiento de su pelo con la punta de los dedos y descubrió algunas canas en las que nunca se había fijado. Se sintió invadida por una absurda emoción.

Se mordió la cara interna de la mejilla para contener una maldición.

Félix le había mostrado la parte oculta de su corazoncito y eso solo había hecho que ella se enamorase más de él.

Necesitaba largarse de allí.

El pensamiento le sobrevino como un fogonazo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó, inclinándose para hablarle casi al oído y no sobresaltarle.

—Eres una hechicera. Apenas me duele. ¿Cómo lo has hecho?

—Magia… —Hizo una pausa para continuar tras un breve carraspeo—: Voy a tener que irme.

Él reaccionó como si le hubieran abofeteado. Abrió los ojos y se incorporó súbitamente con el ceño fruncido.

—¡¿Qué dices?!

—Que tengo que irme a trabajar.

La miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡No puedes irte! Llama al trabajo y di que hoy no vas.

—Tengo a un compañero de baja y no puedo faltar. No puedo dejar tirado a mi jefe. Cuenta conmigo.

—¡Pero si no has dormido! Es peligroso que conduzcas. Joder, Erika, me lo tenías que haber dicho. No te habría entretenido toda la noche —protestó con desesperación mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—No estoy cansada, créeme. Si creyese que no iba a poder, no lo haría, pero estoy bien.

—¡No me jodas! —farfulló.

Ella se puso de pie, queriendo zanjar la conversación, y se alejó hacia el baño. Él fue detrás con expresión consternada.

—Erika, por favor, quédate y duerme un poco. Di que vas a llegar más tarde —suplicó.

Ella le ignoró mientras tocaba la ropa que colgaba del toallero eléctrico. Ya estaba seca. La cogió y procedió a cambiarse con movimientos rápidos.

Sabía que podía llamar al trabajo y cogerse el día libre. Si bien era cierto lo de la baja de su compañero, no había tanta faena como para que no pudiera faltar un día. Sin embargo, aquella noche había supuesto un punto de inflexión para ella. Muchas cosas habían cambiado y un enorme caos reinaba en su interior. Sus pensamientos y sus sentimientos eran como un ovillo de lana enmarañado, y necesitaba tiempo para encontrar la hebra que daba comienzo a ese ovillo y comenzar a tirar despacio para desenredarlo.

No podía quedarse más tiempo junto a Félix. Tenía que pensar.

La excusa del trabajo era tan buena como cualquier otra.

—No puedo quedarme, Félix —murmuró, sin mirarle.

Él gruñó y golpeó la jamba de la puerta con la palma de la mano.

—¡Qué testaruda eres!

Abandonó el baño, ya vestida, y se encaminó a la entrada para ponerse las botas.

—Al menos, tómate un café. Te lo preparo en un minuto.

Le miró de reojo. Él tenía una expresión de derrota en el semblante.

—¿Puede ser un capuchino con extra de azúcar? —preguntó.

Él ni se molestó en contestar, giró sobre sus talones y se encaminó a la cocina.

El ratito del café tampoco iba a matarla, se dijo.

Quería salir de allí cuanto antes.

Tal y como él le había dicho, el café tardó poco más de sesenta segundos en estar listo. Félix le tendió la taza mientras ella tomaba asiento en una de las sillas altas que había frente a la isla. Los pantalones de cuero se escurrieron sobre la superficie de madera, recordándole lo incómodos que eran.

—¿Hay algo que pueda hacer o decir para convencerte de que no te vayas?

Ella le miró de reojo mientras sorbía el capuchino, dulce como el demonio y ardiendo como el mismo infierno.

—No. El café está delicioso. —Cambió de tema a toda prisa—. Creo que me voy a comprar una cafetera como esta.

Él la miró por encima del borde de la taza. Parecía un poco confundido.

Ella aguantó una mueca de dolor al quemarse el paladar y la lengua con el capuchino. Nunca se había tomado un café tan deprisa, pero quería largarse de allí cuanto antes. Con los labios adormecidos, dejó la taza vacía sobre la encimera y fingió una sonrisa al tiempo que saltaba del taburete.

—¿Ya? —inquirió él con perplejidad.

—No me puedo entretener —murmuró, y se dirigió a la entrada con paso rápido.

Mientras se abrochaba las botas pudo sentir su presencia detrás de ella.

—Por favor, llámame o mándame un mensaje en cuanto llegues. Voy a estar muy preocupado.

—Sí. Lo haré.

Cogió la cazadora y se giró para encararle. La recibieron sus iris oscuros, cálidos y profundos, y una mueca tierna, cuyo significado no quiso pararse a interpretar.

—No sabes lo mucho que significa para mí que hayas venido. De verdad, Erika —dijo al tiempo que alargaba los brazos para envolverla en ellos.

Ella se envaró automáticamente, pero se dejó abrazar. El *whisky*, el tabaco y el sudor de haber estado muchas horas con la misma ropa no pudieron solapar el maravilloso olor de su piel.

¡Jodido Félix!

No sabía dónde había leído o escuchado que un abrazo tenía que durar al menos ocho segundos para que fuera reconfortante, así que contó mentalmente hasta llegar a siete y se apartó.

Él le acunó la cara con las manos y la besó suavemente.

Tembló al sentir los labios sobre los suyos.

—Qué bien me haces, Erika… —musitó. Su aliento le caldeó la mejilla.

Tenía que largarse de allí.

—Te llamo cuando llegue —le dijo.

Se agachó para coger el casco del suelo y abrió la puerta.

Lo último que vio antes de salir del piso y adentrarse en el corredor fue su figura, apoyada displicente contra la pared con el pantalón bajo en la cadera, la camiseta vieja, los pies desnudos y el cabello despeinado.

Tenía un aire acogedor, a hogar, a familia, que le penetró hasta el tuétano.

Capítulo 26

Erika

La noche que pasó con él en Madrid fue determinante para ella.

Las tres primeras semanas del mes de abril las dedicó a meditar y a romperse la cabeza. Tomó algunas decisiones que descartó, y luego tomó otras distintas que también desechó. Resumiendo: un caos.

Durante esos días intentó que el contacto con él fuera mínimo, excusándose en la carga de trabajo —solo era una mentira a medias, porque en Semana Santa la gente acudía a la costa a sacar sus barcos y en el taller había más faena que de costumbre—, y solo hablaron en dos ocasiones. Ambas fueron conversaciones rápidas y carentes de importancia. Si él notó que ella se mostraba distante, no dijo nada.

Finalmente, llegó a una única conclusión posible.

Tenía que romper su relación —si acaso se podía llamar así— con Félix.

Él había ganado y ella había perdido. No había podido conquistarle.

Cuando le conoció y empezó a perseguirle no era consciente de que sus sentimientos se iban a ver comprometidos, pero ahora que eso había sucedido ya no quería seguir pretendiendo. No podía seguir adelante con la farsa. Le iba a doler, lo sabía. Se había acostumbrado a sus bromas, sus llamadas y sus citas telefónicas, pero estaba cansada y era una chica práctica. Iba a retirarse del campo de juego. Si no podía ganar, no quería perder ni empatar.

Con el tiempo, se repondría de ese revés porque era fuerte como una roca. Y había más peces en el mar.

Tendría que ir de pesca en un futuro, cuando se hubiera recuperado.

No había hablado con sus amigas ni con Juls de su decisión. Pese a que solía contarles todo, esa vez había optado por callar. Solo había confiado en una persona y fue por casualidad. Se había desahogado con Diego porque estaban juntos la última vez que habló con Félix. Quizá fue por la expresión de su cara o su tono de voz, pero su hermano leyó entre líneas y le preguntó. Y ella habló. Haciendo gala de hermano mayor, la había escuchado, le había expresado su punto de vista —que no concordaba con el de ella— y luego le había dicho que la apoyaría en todo. Muy Diego.

Ese era su estado de ánimo mientras sonaba de fondo en la radio una canción de Coldplay, *Yellow*. No se sabía la letra, pero la tarareó mientras tomaba una ducha. Era sábado por la noche y, aunque Laura la había llamado para salir, había rechazado la invitación. Pensaba quedarse en casa, cenar algo ligero, escuchar música, ver la tele y llamar a Félix para decirle que no iba a seguir insistiendo en conquistarle, que tiraba la toalla.

Quizá no en ese orden, pero esos eran sus planes para las próximas horas.

Salió de la bañera, se secó y se puso ropa cómoda. Había pasado el día con Lukas y Mía, ejerciendo de tía, y estaba cansada. Los niños de dos años tenían una vitalidad enorme y podían extenuar a cualquiera. No sabía cómo su hermano lo aguantaba, aunque solo había que mirar la carita de la niña para hacer cualquier cosa por ella.

Se tiró en el sofá y alargó la mano para coger el móvil de la mesita. Lo hizo girar entre los dedos antes de acceder a sus contactos. El día anterior había eliminado todas las fotos y los mensajes de Félix. Quizá era extremista, pero era su manera de afrontar las situaciones. Las

tiritas había que arrancarlas de un tirón.

Una nueva canción empezó a sonar. Era pastelosa y no le gustaba, así que bajó el volumen de la radio.

Inhaló con fuerza, preparándose para lo que iba a hacer.

Y llamó a Félix.

Este aceptó la llamada tras cuatro tonos.

—Hola, Erika.

El ruido de fondo que se iba amortiguando paulatinamente le reveló que estaba en el Corso y que se encaminaba hacia el despacho. Era un verdadero animal de costumbres.

—Eh, Félix.

—¿Cómo va todo?

¿Iban a empezar con formalidades?

No. No tenía ganas de conversaciones insulsas y educadas.

—Te llamo porque creo que deberíamos dejar de tener contacto —soltó a toda velocidad —. Me refiero a no llamarnos tanto ni mandarnos mensajes ni nada de eso. Es mejor.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea que se le hizo eterno. Se mordisqueó el labio superior mientras aguardaba.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo? —preguntó él con tono sereno.

«Sí, que yo quiero algo que no puedes darme».

—He estado pensando mucho y creo que somos muy distintos —dijo con fingida indiferencia—. Tú eres un tipo que está obsesionado con el trabajo y a mí me encanta divertirme. Jamás congeniaríamos. Y la distancia, tú en Madrid y yo en Benidorm.

—Vaya, entonces ya no me vas a perseguir.

—No. Me rindo. Eres demasiado complicado. Necesito presas más fáciles.

Él se rio.

—¿Presas? No sé si sentirme ofendido o halagado. Mi imaginación acaba de conjurar un venado sobre una bandeja rodeado de guarnición.

Ella se tumbó bocabajo en el sofá y agitó las piernas en el aire. ¿Por qué demonios era tan divertido? Adoraba hablar con él.

—Ah, y eres demasiado mayor para mí —añadió—. Cuando yo tenga cuarenta y ocho tú estarás a punto de cumplir los sesenta y cerca de la senilidad.

Él volvió a reírse.

—Hasta hace unas semanas eso no parecía importarte.

—Bueno, pues he cambiado de opinión. Soy voluble.

Él resopló.

—¿Voluble? No es la palabra que yo emplearía. Y no creo que seamos tan diferentes.

—Lo somos —rechazó con rapidez—. Tú no quieres mojarte los zapatos y a mí me encanta saltar en los charcos.

—¿Cómo? —La incredulidad deformó su voz.

Ella cerró los ojos. Sí, quizá había dicho una chorrada.

—Que no tenemos nada en común y es mejor que no sigamos con esto.

—¿No deberíamos hablar en persona? Por teléfono es muy impersonal —protestó.

—Soy impaciente y no podía esperar otro mes hasta que vinieras —repuso.

Estaba deseando cortar la llamada y lamerse las heriditas en soledad, devorando una tarrina de helado gigante o poniéndose hasta arriba de cerveza, todavía no lo había decidido. Probablemente la cerveza fuese más adecuada.

—Quizá deberíamos hablarlo en otro momento, con más calma —sugirió él, conciliador —. Me gusta el tonteo que hay entre nosotros. ¿A ti no?

—No me jodas —farfulló ella.

«¡Que no quiero irme a la cama contigo! ¡Que lo que quiero es que te arranques el corazón y lo pongas a mis pies!».

¿Cómo reaccionaría si le gritara eso? Probablemente se quedaría mudo.

—No entiendo nada. ¿Qué te pasa? —Sonaba un poco irritado y bastante confundido.

Erika sabía que cortar por lo sano con una persona con la que llevaba tonteando casi un año y con la que tenía una complicidad desmedida no iba a ser un paseo por el parque, pero no había imaginado que le resultaría tan duro. Y, sí, era una puñetera cobarde por hacerlo por teléfono y no decirle la verdad. Pero la que había arriesgado su corazón había sido ella, así que, si quería acabar de aquel modo, era su prerrogativa.

Punto.

—No me pasa nada. Si quieres, cuando vengas en mayo nos tomamos un café y tan amigos —dijo con sequedad—. A fin de cuentas, somos familia, ¿no? —continuó con un poco de retintín. ¿No era esa la excusa que usaba él siempre para no liarse con ella? Pues ahí estaba.

—Erika…

—Félix… —imitó su tono.

—Sabes que esto no va a acabar así.

—Que no es romper la amistad. Podemos llamarnos para los cumpleaños…

—No me toques los cojones —la interrumpió—. Esta conversación es una locura. ¿Por qué no hablamos mañana por la mañana con más calma?

—Imposible. Mañana se espera tormenta.

—¿Y?

—Pues que he quedado con Jorge para bajar a surfear a la playa.

—Pues por la tarde.

—No puedo.

—¿Y cuándo puedes? —preguntó con impaciencia.

Ella vaciló y bajó los párpados. La estaba liando. Como siguieran hablando terminaría por decirle la verdad y mostrarle sus sentimientos reales. Y eso era lo último que deseaba.

—Eh, mira, Félix, no seas pesado. Que se acabó.

Cortó la llamada.

El corazón se le había disparado y amenazaba con salírsele de la garganta.

—Ya está hecho.

Luego arrojó el teléfono a un lado y hundió la cara en un cojín al tiempo que pataleaba cargada de frustración.

Félix

—¿Qué te pasa?

Alzó la vista hacia la puerta. Sean asomaba la cabeza por ella. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya no estaba solo.

—Creo que acaban de cortar conmigo —murmuró.

Su socio entró en el despacho y cerró la puerta a su espalda.

—¿Estabas saliendo con alguien?

—No. O sí. No lo sé.

—¿Erika?

Félix asintió. Todavía no terminaba de encajar la surrealista conversación que habían mantenido.

—¿Qué ha pasado?

—Ni idea, a lo mejor me lo puedes explicar tú —repuso con sarcasmo.

Sean esbozó una media sonrisa.

—¿Cómo ha sido? ¿De repente?

—Me ha llamado y sin dejarme hablar ha empezado a decir que somos distintos, que soy adicto al trabajo, que vivimos muy lejos y que está cansada de intentar conquistarme. Ah, y que yo no quiero mojarme los zapatos y que a ella le gustan los charcos…

Una carcajada profunda escapó del pecho de su socio.

—¿En serio?

—Sí. Y que voy a estar senil en unos años.

Su amigo se dejó caer en el sofá que había en un lateral, doblado de risa.

Félix se puso de pie y miró el móvil con el ceño fruncido. La situación era ridícula y él también se hubiera reído como un loco si no sospechara que bajo esas frases absurdas de Erika había un trasfondo menos divertido. Tenía una corazonada.

—Creo que todo esto tiene que ver con Ernesto.

Las carcajadas de Sean se interrumpieron y el silencio los atrapó a ambos.

—¿Ernesto? ¿Qué tiene que ver él con Erika?

Félix volvió a sentarse en la silla giratoria y apoyó las manos en los reposabrazos mientras clavaba la mirada en la mesa.

Sabía que Sean estaba esperando una respuesta, pero no sabía si le apetecía contarle lo sucedido. Era muy personal.

Tomó una rápida decisión y le puso al corriente. Le habló de que ella se había presentado en su casa de improviso. Todavía se le ponía la carne de gallina al recordar que había recorrido más de cuatrocientos kilómetros lloviendo y en moto solo para ir a verle. Fue una completa locura.

Le contó también cómo se había desahogado hablando de Ernesto, de su relación y de su pérdida. Y que ella se mantuvo a su lado toda la noche, dándole exactamente lo que necesitaba: su compañía, su comprensión y su afecto.

Sean le miraba con la boca abierta por la sorpresa.

—Estoy alucinando, Félix. No pensaba que lo vuestro fuera tan… serio.

Él meneó la cabeza.

—Lo es, aunque hemos estado jugando a pretender que no —suspiró—. Esa noche algo cambió. —Hizo una pausa y cabeceó—. No soy imbécil y me di cuenta. Desde ese día ha estado muy distante conmigo. Y ahora esto. —Señaló el móvil.

—Vaya.

—Sí. Vaya.

Extravió la vista en algún punto de la pared y sus pensamientos retornaron a la noche del veinticinco. A pesar de todo el alcohol que había consumido, no había podido evitar darse cuenta de que a Erika, de tanto en tanto, se le empañaban los ojos cuando miraba las fotos de Ernesto. Y él, conmovido por su empatía, se había abierto como hacía tiempo que no se abría con nadie. Se había sentido tan cómodo, que había mostrado esa parte suya que no dejaba entrever jamás. Ni siquiera Juls, con quien tenía una relación muy estrecha, sabía lo mucho que había sufrido con la muerte de Ernesto.

Era evidente que los sentimientos de Erika iban más allá de un simple polvo.

A él le sucedía lo mismo.

Ya no quería solo sexo.

Quería mucho más.

—Eh, Félix…

La voz de Sean llamó su atención. Casi había olvidado que no estaba solo.

—Perdona, dime.

—He venido antes a decirte que Zeta y Samuel están abajo y que quieren saludarte. Pero si no puedes…

—Oh. Sí, claro. Ahora mismo voy —dijo con un gesto distraído. Luego alzó la barbilla con determinación y buscó la mirada del otro—. ¿Puedes prescindir de mí una semana?

Sean se incorporó mientras se frotaba el mentón, pensativo.

—Podría arreglarse. ¿Por?

—Me voy a Benidorm —soltó.

—¿Cuándo?

Se miró el reloj de pulsera y calculó.

—Ahora.

Capítulo 27

Félix

La estampa que se presentaba antes sus ojos parecía sacada de una novela apocalíptica. Era como si hubiese llegado el fin del mundo.

Unas nubes grises casi negras, pesadas y de gran tamaño amenazaban con empezar a descargar litros de agua sobre la playa de un momento a otro. Los truenos cada vez sonaban más cerca y el viento arreciaba con fuerza agitando las palmeras. Las olas de un tono marrón sucio —señal de las turbulencias que estaba experimentando el fondo marino— alcanzaban los dos o tres metros de altura, algo atípico en el litoral mediterráneo.

Miró la hora en la pantalla del móvil. Eran las siete y cuarto de la mañana y hacía poco que había amanecido, aunque la luz era escasa debido al color del cielo. Él había llegado hacía una hora a Benidorm y había aparcado cerca de donde sabía que iban a estar Erika y Jorge. Había hablado con su cuñado la noche anterior y este le confirmó tanto el lugar como la hora a la que planeaban comenzar su aventura.

Hacía una mañana horrible.

Al menos no llovía. Todavía.

Félix le dio un trago al café que había comprado en una gasolinera a la entrada de la ciudad; estaba asqueroso, pero le estaba sirviendo para despejarse. Había conducido toda la noche para llegar a tiempo y estaba un poco cansado.

Hacía solo unos minutos que el todoterreno de Jorge había aparcado a unos cien metros delante del suyo, tras una furgoneta. Los dos hermanos descendieron del vehículo y desanclaron las tablas que llevaban en la baca del coche.

Félix bajó la ventanilla para ver mejor a los dos dementes que se dirigían hacia la orilla con las tablas de surf debajo del brazo. Estaba seguro de que bañarse con el mar en esas condiciones no estaba permitido, sin embargo, las dos figuras enfundadas en neoprenos se internaron en el agua.

Jorge fue el primero en sostenerse de pie sobre la tabla. Con una elegancia imposible, cabalgó una ola enorme y encrespada que terminó estallando contra la arena en medio de espuma blanca. Erika tampoco tardó mucho en lograrlo. Su ola era más pequeña, pero se defendió con bravura de los envites y la montó de un modo similar al de su hermano, con movimientos estilosos. Los dos eran buenos surfistas.

Los ojos de Félix seguían a uno y a otro, fácilmente distinguibles porque el neopreno de Jorge era azul y el de Erika, negro. El pecho se le contrajo cuando la vio desaparecer barrida por una masa de agua parda. ¡Mierda! No pudo respirar hasta que vio la rubia cabeza a unos metros de distancia. Se aferraba a la tabla con las dos manos.

Una vez superado el susto, una bocanada de enfado le estrechó la garganta.

¿Cómo era posible que Jorge pudiese consentir que su hermana pequeña se pusiera en peligro de aquel modo? ¡Era demencial!

Ignoró la vocecita que le decía que Erika ya era mayor y que tomaba sus propias decisiones y que si quería hacer algo, lo haría, le pesase a quien le pesara.

Las primeras gotas comenzaron a caer sobre el parabrisas del coche. Eran goterones gruesos que golpeaban el cristal con un sonido sordo y potente. Pronto, la lluvia empezó a formar

un estampado de peculiares dibujos sobre la arena. Cerró la ventanilla para no mojarse y continuó observando la escena a través de ella.

Jorge y Erika seguían cabalgando olas, como si la lluvia no les importara lo más mínimo.

—Vaya par de colgados —murmuró, dando otro sorbo al café y componiendo una mueca de disgusto.

Un chico ataviado con un impermeable verde y ropa deportiva pasó corriendo por la acera.

Otro colgado.

¿De verdad era necesario hacer deporte un domingo a las ocho de la mañana con ese tiempo?

Se cercioró de que llevaba un paraguas dentro del coche, echando un vistazo por encima del hombro al asiento trasero. Ahí estaba, uno plegable de color negro. Luego, echó la cabeza hacia atrás y bostezó. No sabía cuánto tiempo tendría que esperar hasta que esos dos salieran del agua.

Al final no fue tanto. Apenas había pasado una hora cuando decidieron abandonar. La lluvia caía con fuerza y el mar cada vez se encrespaba más. Los vio salir del agua y echar a andar por la arena.

Se bajó del coche. Hacía frío, pero no se molestó en ponerse nada encima. Cogió solo el paraguas, lo abrió y se refugió debajo, aunque las ráfagas de viento provocaban que lloviera de lado y sus pantalones no tardaron en mojarse. Se dirigió hacia ellos por la pasarela de madera.

Jorge fue el primero en percatarse de que él estaba ahí. Dado que caminaba unos pasos por detrás de su hermana, cuando alzó la mano y le saludó, ella no se dio cuenta. Solo los separaban unos veinte metros cuando Erika levantó la vista y le vio. Se detuvo en seco, muy sorprendida. Una cortina de agua camuflaba la expresión de su cara, pero la posición de su cuerpo lo decía todo. Como si fuera un perfecto día primaveral, dejó caer la tabla sobre la arena y puso los brazos en jarras sin dar un paso más.

Jorge había continuado andando y se cruzó con él.

—Suerte, cuñado —le dijo entre dientes.

Félix no le contestó. Solo tenía ojos para la chica que tenía frente a él, enfundada en el ajustado neopreno, empapada y con la mirada chispeante de… ¿irritación?

Anduvo hasta ella y se detuvo a escasos centímetros de su persona.

Se miraron sin hablar.

Finalmente, él cerró el paraguas y lo arrojó a un lado; la tromba de agua le cayó sobre la cabeza.

Ella arqueó ambas cejas.

—No sé qué decías ayer de que yo no quería mojarme los zapatos y que tú saltabas en los charcos. Mira. —Se señaló los pies. Sus zapatos estaban arruinados por la arena mojada. Eran unos Hugo Boss negros de cordones.

Ella se cruzó de brazos y miró hacia abajo. Tenía una actitud petulante de lo más infantil y Félix contuvo una sonrisa.

—¿Qué haces aquí?

No vaciló ni un segundo en responder.

—He venido a conquistarte.

Ella resopló con fuerza y compuso una mueca de desdén al tiempo que intentaba apartarse el pelo empapado de la cara, sin éxito.

—Llegas tarde.

—¡Pero si son las ocho y media!

Ella hizo rodar los ojos y farfulló algo que sonó como *Qué gracioso*.

Tenían que hablar casi a gritos para hacerse entender porque la lluvia y la potencia del viento dificultaban la comunicación. Hubiera sido mucho más fácil largarse de allí y buscar cobijo en algún sitio, pero ninguno de los dos lo propuso.

—¿Por qué vas así vestido? —inquirió, cambiando de tema.

Llevaba un pantalón de vestir y una camisa blanca. Había dejado el chaleco, la corbata y la chaqueta en el coche.

—Vengo directo desde Madrid, desde el trabajo.

Ella se mordisqueó el labio inferior. Las gotas de agua le chorreaban por el rostro y algunas se le quedaban enganchadas en las pestañas, otras se escurrían hasta la comisura de su boca y luego descendían por su barbilla hasta desaparecer en la garganta.

La luz era plomiza y mortecina, muy poco favorecedora, aun así, estaba preciosa.

Un trueno resonó furioso sobre sus cabezas. Solo tres segundos después, un relámpago partía el cielo en dos y aterrizaba en el mar, a lo lejos.

Estaba claro que iban a morir de un instante a otro, pensó Félix, con su característico humor negro.

—Veo que te has esforzado, pero sigo pensando lo mismo, no somos compatibles —expuso ella al tiempo que tironeaba de un hilo suelto de la muñeca de su neopreno.

—Sí lo somos —rechazó él.

—Eres un adicto al trabajo.

—De las adicciones se puede salir.

Ella le miró con suspicacia, pero no replicó.

Tenía ganas de abrazarla, de sentir su cuerpo pegado al suyo, pero todavía no era el momento.

—Tu vives en Madrid y yo aquí…

—Tengo coche y tú moto, ¿dónde está el problema? Tú puedes venir los fines de semana y yo me escaparé algunos días entre semana. Puede funcionar.

—¿Y la edad?

—¿Qué pasa con la edad? Estoy estupendo y más adelante podría hacerme la cirugía estética —dijo con un encogimiento de hombros.

—¿Estás de coña? —La indignación se reflejó en sus facciones.

—Por supuesto que estoy de coña. Cuando empieces a hablar en serio y seas honesta, me pondré serio yo también.

Aquellas palabras parecieron enmudecerla. Giró la cabeza y contempló el mar embravecido con fijeza. Estaba tensa y la mandíbula se le había endurecido.

—No sabía que fueras tan cobarde —dijo, provocándola.

Volvió la cara con brusquedad y sus ojos recalaron en los de él.

—¡No soy cobarde! Bueno, un poco… —admitió—, pero es que quiero muchas cosas y no sé si podrás dármelas.

Quería darle todo.

—Pide —la animó.

—¿Amor? —Sonó como un disparo. Sin duda, se había estado guardando esa palabra para lanzársela con premeditación y alevosía.

—Ah, así que eso es lo que quieres… —respondió con un tono de voz dulce—. Podría dártelo.

La vio entornar los ojos como si no le creyera. Parpadeó y luego le miró con determinación mientras volvía a cruzarse de brazos.

—¿Y tu corazón?

—También.

—¿Tu alma? —insistió.

—Esto es como en Fausto, ¿no? Cuando le vende el alma al diablo —bromeó—. Lo quieres todo, ¿eh…?

—A ver, todo no. Solo tu amor, tu corazón y tu alma. No pido mucho.

—Tendré que dártelos, qué remedio —dijo, alzando los brazos, como si no tuviera otra opción más que obedecerla y fuera un títere en sus manos.

Pese a que el escepticismo se mostraba en sus ojos, había comenzado a esbozar una pequeña sonrisa y hasta su postura empezaba a relajarse.

La situación era surrealista, con el viento ululando a su alrededor, las nubes del color del plomo vomitando agua sobre ellos, y las olas rompiendo con una fuerza inusitada sobre la orilla, comiéndose la playa poco a poco.

Y ellos dos en medio del vendaval.

—No quiero relaciones abiertas —exclamó ella—. Se acabó eso de hacer mamadas por ahí. Ni que te las hagan.

Él se rio. La adoraba cuando bromeaba.

—Me parece bien. Siempre y cuando tú te comprometas a lo mismo. Nada de volver a acostarte con pelirrojos.

Ahora la que se rio fue ella.

—Pelirrojos no. Me limitaré a los rubios. —Hizo una pausa y se llevó un dedo al mentón, como si estuviera meditando—. Te dejo mirar algún culo, pero solo dos veces al mes y de lejos.

—¡Qué celosa!

—No soy celosa. Subamos a tres, entonces.

Él asintió mientras sofocaba una carcajada.

Un trueno hizo que ambos levantaran la cabeza al unísono. Cuando volvieron a bajarla, la expresión de ella había cambiado. Estaba más seria.

—Quiero que me quieras, Félix. —Su voz era demandante.

Solo ella podía hablar así.

—Eres borde, pero me esforzaré porque te lo mereces —dijo, sonriendo con ternura—. ¿Y tú? ¿Qué sientes por mí?

—Lo mío es como… amor a quemarropa.

Arrugó la frente, perplejo.

—¿Eso no es el título de una película?

—Lo es, pero es exactamente lo que siento. —Dio un paso al frente y sus cuerpos entraron en contacto. Alzó una mano y le acarició las cicatrices—. Mi amor es brusco, impulsivo, desesperado y directo —musitó—. Sincero, intenso y sin medias tintas. Es un todo, Félix. Es un amor a quemarropa. —Se detuvo y soltó el aire que aparentemente había contenido en los pulmones—. No quiero vivir sin ti. Te amo con locura, imbécil.

Pese a que la lluvia le había dejado helado, una oleada de calor le recorrió por dentro al escucharla. Era una declaración de amor perfecta.

—Es mutuo. Te adoro, loca —le dijo con un jadeo—. Mira, tócame aquí y verás que lo que digo es cierto.

Le llevó la palma de la mano hasta el pecho, allá donde su corazón latía rápido y potente

bajo la camisa empapada.

—¿Esto es por mí o porque te acojona la tormenta? —le preguntó con tono irónico.

—Tú eres como una tormenta.

Lo era. Como una tormenta que lo arrasaba todo a su paso. Una tormenta que había conseguido derribar todas las barreras que él había erigido para proteger su corazón.

—Ya puedes besarme —murmuró ella con altivez, poniéndose de puntillas.

A él se le escapó una risa burbujeante. Luego le sujetó la cara con las dos manos y la atrajo hasta su boca. Se moría por besarla.

El beso fue tal y como el entorno que los rodeaba: explosivo, salvaje y rudo. El viento se empeñó en juntarlos y el agua de lluvia entró en sus bocas mientras se devoraban mutuamente y se aferraban el uno al otro con ansia apenas contenida.

Se separaron muy despacio y con reticencia, como si les costara despegarse.

Él le dio un beso en la sien y pronunció en voz alta el pensamiento que llevaba varios días rondando por su cabeza.

—Fue por Ernesto, ¿verdad?

Sintió que ella se ponía rígida.

—Esa noche cambiaste. Comenzaste a guardar las distancias —continuó.

Ella tardó en contestar.

—Sí —reconoció al cabo de un rato, todavía unida a él y con la vista baja—. Esa noche lo cambió todo. Fui testigo de tu pasado y tus secretos y pude ver tu corazón en carne viva… —Hizo una pausa algo forzada—. Deseaba que me quisieras como le querías a él. Quería que me mirases como le mirabas a él en todas esas fotos y que hablaras de mí con la misma pasión que hablabas de él. —Volvió a detenerse y tragó saliva—. Eso quería. No podía conformarme con menos, ¿entiendes? Y no estaba segura de que pudieras… dármelo todo. Por eso decidí que lo mejor era dejar de vernos.

Él cerró los ojos al percibir la tristeza en sus palabras. Luego, le alzó la barbilla con los nudillos. La lluvia lo empañaba todo a su alrededor, solo su rostro empapado y cargado de emociones se presentaba nítido ante él.

—Erika, Ernesto y tú sois dos personas diferentes. No creo que pueda amaros del mismo modo y tampoco sería justo para ninguno de los dos. Cada uno tiene su lugar en mi corazón. Solo sé que lo que siento por ti es gigantesco y me supera. No eres la única que lo quiere todo, ¿sabes? Yo también lo quiero todo contigo.

Ella le abrazó con fuerza y enterró la cara en su pecho. Él apoyó la barbilla sobre su cabeza.

Erika era maravillosa, adorable y única.

El sonido de un claxon los devolvió a la realidad. Se separaron y miraron hacia el lugar donde estaba aparcado el coche de Jorge. Este les hacía gestos desde el interior.

—Creo que quiere marcharse —dijo ella.

—Que se vaya.

—Mi tabla no cabe en tu coche. Y tengo toda mi ropa en el suyo.

Empezó a hacer aspavientos hasta que su hermano pareció entenderla y se bajó del vehículo cubierto por un impermeable transparente, cargando con una mochila. Corrió hacia ellos bajo la lluvia.

—Me debes una —gritó, dándole la mochila a Erika y cogiendo la tabla de surf de la arena.

—¿Yo? —Ella le miró con extrañeza.

—No. Él.

—¿Cómo?

—Anoche le dije dónde podía encontrarnos. ¿Crees que si no hubiera quedado con él aquí, te habría acompañado a surfear con este tiempo? Una cosa es una tormenta y otra cosa es esto —dijo, señalando al cielo que parecía querer tragárselos—. Me largo. Intentad no ahogaros. Estáis como cabras.

Se alejó corriendo.

—Así que lo teníais planeado —dijo.

—Hay que utilizar cualquier arma para conquistar a una chica.

Ella rio.

—Tengo los pies congelados.

Él bajó la vista y soltó una maldición silenciosa al darse cuenta de que ella estaba descalza.

Se dio la vuelta y le ofreció la espalda.

—Sube —le dijo.

Ella no se lo pensó dos veces y se encaramó a sus hombros, rodeándole la cintura con las piernas. Pese a que era una chica alta no pesaba demasiado y era reconfortante sentir su cuerpo tan cerca. Echó a andar por la arena hacia el coche.

—¿Tienes que volver a Madrid?

—Me quedo una semana.

—¿Y Takeshi?

—Lorena, la novia de Sean, se encarga de él.

—¿Y dónde te quedas? ¿En casa de tu amiga o en un hotel?

—No. En casa de mi novia.

Ella se echó a reír y su risa cantarina se mezcló con el sonido del viento.

—¡Genial! Me pienso coger unos días libres y los vamos a pasar en la cama hasta que te desmayes. Recuerda, es el paraíso o nada.

Él se rio.

—Hecho.

Capítulo 28

Erika

El primer polvo no fue el paraíso. Ambos estaban demasiado ansiosos debido a todo el tiempo que habían esperado y fue rápido, caótico y un poco desastroso.

Todo comenzó en la ducha.

Estaban tan congelados, que pasaron los primeros veinte minutos debajo de un chorro de agua caliente, tiritando, mientras intercambiaban carantoñas, besos torpes y alguna que otra risa mientras se enjabonaban.

Cuando aterrizaron sobre la cama, decidieron que los preliminares que habían empezado en el baño eran más que suficientes y se revolcaron entre las sábanas, impacientes y desesperados. Un condón hizo acto de presencia, unas caricias desordenadas y bruscas, y muchos besos cargados de una pasión inconmensurable. Temblando de excitación se aferraron el uno al otro y Félix se hundió en ella. Cuatro embestidas después alcanzaban un orgasmo pujante y violento que los hizo jadear con fuerza.

Se separaron a duras penas, sudorosos y exhaustos.

—Esto no es el paraíso —lamentó ella casi sin respiración—. O es un jodido paraíso muy descafeinado.

—Tienes razón. Dame diez minutos.

—¿Tanto? —protestó con sorna—. Tengo sed.

—Yo también.

—Espera.

Se bajó de la cama con las piernas trémulas por el clímax y fue a la cocina. Abrió la nevera y sacó una botella de agua mineral. Dio unos cuantos tragos y regresó al dormitorio.

Félix se había deshecho del preservativo y su miembro flácido descansaba entre sus piernas. Tenía un brazo doblado sobre la cara, pero cuando la oyó llegar, lo retiró. Sonreía de oreja a oreja.

¡Qué sonrisa más imperfectamente hermosa!

Ese colmillito sexi la ponía a cien.

Le tendió la botella, intentando no derretirse.

—¿Tan feliz te hace que nos hayamos acostado?

La nuez de él subió y bajó mientras bebía y Erika siguió el movimiento con los ojos, casi hipnotizada.

—Lo que me hace feliz de verdad es que hoy es el primer día de muchos. Hoy empieza todo —repuso él sin dejar de mirarla.

El corazón de ella empezó a crecer y a expandirse en su pecho, empujando contra las costillas; creció tanto que le aprisionó la garganta y le provocó una molesta humedad en los ojos.

¿Desde cuándo era tan ñoña? ¿Y desde cuándo él decía frases tan pastelosas?

Carraspeando, alzó la vista al techo y respiró hondo. Luego volvió a mirarle. Parecía irreal, como una escena sacada de algún cuadro. La figura morena y musculosa, desnuda y tendida en la cama, con la sábana blanca enredada en las piernas. Se lo había imaginado así cientos de veces, pero durante unas semanas, después de la noche del aniversario de Ernesto, creyó que su sueño no se cumpliría jamás.

Pero lo había logrado.

Había atrapado a Félix Sanz Arrieta, el señor *Inconquistable.*

Una sonrisa satisfecha se expandió por sus labios.

—Eres una diosa —murmuró él, contemplándola con fascinación—. Ya lo pensaba entonces cuando nos acostamos por primera vez en Madrid, pero ahora es que… me duele mirarte.

—Eso no parece dolor —le dijo ella y señaló su entrepierna, que comenzaba a perder la flacidez.

Él rompió a reír.

—No te creas. Si no vuelvo a ponerla en funcionamiento pronto, es probable que sí me duela.

Erika se acercó al borde de la cama y se dejó caer sobre él, aplastándole. Comenzó a darle besos en la cara, bebiéndose su risa. Sus manos curiosas siguieron a sus labios y buscaron lugares para explorar en su cuerpo, duro como el acero. Su piel, por el contrario, era suave e invitaba a pasear por ella.

Y Erika lo hizo. Paseó.

Recorrió sus valles, sus páramos y sus veredas, deteniéndose apenas unos segundos para disfrutar del paisaje, y luego continuó explorando sus montes, sus barrancos y sus caminos. Le besó el cuello, las axilas y los pectorales, demorándose en las tetillas para mordisquearlas, mientras le escuchaba gemir.

Inspeccionó su estómago con la punta de los dedos, delineando los tatuajes de sus costados con delicadeza, y hundió la lengua en su ombligo para descender por el vello de la línea alba y alcanzar su pubis. La nariz se le llenó del embriagador aroma almizcleño que desprendía su sexo.

Alzó la cara y se regocijó ante lo que veía: su miembro enrojecido, erguido y a punto de estallar. Se lo introdujo en la boca con parsimonia. Era sedoso como el terciopelo y estaba salado como el agua del mar.

Él soltó un grito gutural.

—¿No me has dicho en la playa que nada de mamadas? —logró balbucear.

Ella rio sin moverse ni un milímetro. La vibración de su risa debió de llevarle al cielo porque los gemidos se hicieron más profundos.

—Erika, me vas a matar… ¿Cómo es posible que tu boca esté tan caliente?

Ella le ignoró y continuó succionando y lamiendo, empleándose a fondo mientras su propio sexo se contraía y humedecía. Le estaba resultando muy estimulante proporcionarle placer.

Disfrutó de sus sacudidas y sus jadeos según alteraba el ritmo. Si bajaba la velocidad, él suspiraba, y si la incrementaba, gruñía sin control.

Se sentía poderosa.

—¡Basta! —farfulló él, y la sujetó por los hombros para detenerla.

Ella se retiró con mucha lentitud. Hizo un pucherito mientras se lamía el labio inferior con lujuria.

—¿Entiendes ahora de qué me sirve comer tantas piruletas?

—Vaya que sí…

Tiró de ella. La abrazó y la aprisionó con los brazos al tiempo que la miraba con una expresión indescifrable.

—O me vas a decir que soy una experta en mamadas o me vas a decir que estás muy

enamorado de mí. No lo tengo muy claro —dijo, ladeando la cara.

—Las dos cosas.

—¿Soy la mejor en mamadas?

—Por supuesto.

—¿Estás muy enamorado de mí?

—Cada minuto que pasa un poquito más.

Su tono era de broma, pero Erika le creyó. Había algo especial entre ellos, un vínculo y una complicidad muy honesta que nunca había sentido con nadie.

—Es mi turno —dijo él contra él lóbulo de su oreja.

—¿Me vas a hacer una mamada?

Él soltó una risita.

—Puedes llamarlo así.

En menos de cinco segundos las posiciones habían cambiado y era él quien la aprisionaba bajo su cuerpo. Cerró los ojos para poder sentir los labios trazando senderos por su garganta, su pecho, sus senos —donde se detuvo un largo espacio de tiempo—, su abdomen y su monte de Venus… Cada lametón le provocaba un espasmo. Se le puso la carne de gallina cuando él decidió seguir bajando.

Apretó los labios para ahogar un grito cuando el calor de su boca se mezcló con el calor de su sexo y su lengua se abrió paso a través de sus mojados pliegues, para luego juguetear con su clítoris.

—Félix… —jadeó.

—Repítelo.

—Félix, Félix, Félix…

—Me encanta cuando dices mi nombre así.

—¡No hables tanto y sigue! —le ordenó casi sin voz.

Escuchó su risa ahogada y luego su lengua volvió a atacar y ella se contorsionó sobre el colchón, ebria de placer. Sin duda, él era veinte mil veces mejor que el Satisfyer, pensó en un momento de lucidez. Había encontrado al sustituto perfecto. Los estertores estrangulados que emergían de su garganta se sucedían mientras un relámpago casi eléctrico la atravesaba.

¡Aquello era una fantasía!

—¡Me voy a correr! —exclamó.

—Genial. Hazlo en mi boca.

Hincó los talones en la cama y arqueó la espalda mientras le sobrevenía un contundente orgasmo. Multitud de luces blancas le estallaron detrás de los párpados y su cuerpo enardecido convulsionó.

—Eres increíble —murmuró él.

Ella sonrió mientras una bienvenida languidez se apoderaba de sus extremidades. Estaba muy lejos de allí, flotando en un mundo perfecto.

—¿Dónde estás? ¿En el paraíso? —habló él junto a su oído.

—Ni de coña —balbuceó—. Todavía tienes que currártelo mucho. Se me tienen que saltar las lágrimas.

Él soltó una carcajada y su aliento le bañó el cuello, provocando que se le erizara el vello de la nuca.

—Yo estoy preparado.

Era innegable que estaba preparado; podía sentir su rigidez pulsando contra su cadera. Giró la cara y le besó. Se regodeó en la aspereza de su mentón y en el sabor a sexo que

desprendían sus labios. Era erótico y muy excitante.

—Sabes a mí.

—Y tú a mí.

Remoloneó un poco, restregándose contra él, mientras hundía los dedos en sus musculosas nalgas y saboreaba sus jadeos. Le pasó una pierna por encima de los muslos y dejó que su cadera oscilara provocadora.

—Fó-lla-me —gimió, pronunciando las tres sílabas muy separadas.

La rapidez con la que él alargó el brazo para coger un preservativo y ponérselo la hizo reír, pero ella misma estaba muy ansiosa y su interior ardía impaciente.

Él se posicionó ente sus piernas y la miró con intensidad como si nunca hubiera visto nada igual. Sin apartar la vista de su rostro, descendió sobre ella y se abrió paso en su interior. Lo hizo tan despacio que el proceso le resultó agónico y tortuoso.

—¡Dios! —gimió al sentir cómo su sexo se expandía para acogerle.

El recuerdo de la primera noche que pasaron juntos en Madrid la asaltó con fuerza. Sin embargo, había una gran diferencia entre ambas noches. En aquel entonces ella solo deseaba su cuerpo. Ahora, lo deseaba todo.

Todo.

Él esperó hasta que la penetración fue total para detenerse y comenzar a darle besos húmedos en las mejillas, la barbilla, la punta de la nariz, la comisura de los labios…

—¡Muévete! —le exhortó.

—No —rechazó en voz baja—. Quiero que esto dure, así que, déjame decidir los tiempos.

No protestó, pero comenzó a hacer funcionar los músculos de su vagina.

—Me estás matando —se rio él entre dientes.

—Muévete —le pidió con vocecita incitadora.

—¿Cambiando de táctica?

—Sí, ¿funciona?

Él volvió a reírse.

—Funciona.

Le pasó un brazo por detrás de la espalda, forzándola a arquearse contra él y se irguió hasta descansar el peso sobre las rodillas. Luego inclinó la cabeza y lamió sus pezones al tiempo que entraba y salía de ella con bruscos embates y le acariciaba el clítoris con los dedos.

Erika agitó la cabeza sobre el colchón de un lado a otro, presa del paroxismo de la pasión. Unos sonidos similares a sollozos escaparon de su garganta.

A través de las pestañas pudo apreciar cómo el rostro de él enrojecía, una mueca de lujuria se pintaba en su boca y sus ojos se oscurecían todavía más, como si fueran pozos insondables en los que ahogarse. Tenía un aspecto tan feroz, con la mandíbula tensa, las cicatrices muy marcadas y el gesto crudo, que la desarmó y la convirtió en arcilla entre sus hábiles y ásperas manos.

Se corrió dos veces antes de que él llegara al final.

Cuando Félix alcanzó el orgasmo, soltó un grito ronco y gutural, más semejante al de un animal que al de una persona.

«Mi salvaje», pensó, agotada.

Él se dejó caer sobre ella y luego rodó a un lado con pesadez. Jadeaba sin resuello.

Solo el sonido de sus aceleradas respiraciones y el vendaval que agitaba el exterior rompía el silencio que reinaba en el piso. Erika fue la primera en retornar a la realidad. Volvió la

cara para contemplarle. Él tenía los párpados bajos y su boca estaba curvada en una sonrisa. Era la viva imagen de la satisfacción. Nunca había escalado el Everest, pero suponía que esa debía de ser la expresión en el semblante de los escaladores cuando llegaban a la cima.

—Me estás mirando —susurró él de pronto.

—Sí. ¿Te molesta?

—No. Eso significa que estás loca por mí.

No iba a negarlo, ¿para qué? Se acurrucó contra su cuerpo y reposó la cabeza en su pecho, enredando los dedos en el suave vello que lo cubría. Él la abrazó posesivamente.

—¿Lo dices tú o lo digo yo? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Lo digo yo.

—Vamos, dilo —le apremió.

—Me has llevado al jodido paraíso, Erika.

Una efervescente sensación de felicidad se apoderó de ella. Enterró la cara en su cuello y se rio.

—Creo que me acabo de enamorar de ti —dijo.

—Pero si ya lo estabas —protestó él.

—No tanto.

—¿Y la maravillosa declaración de amor de la playa, cuando me has llamado imbécil?

—Era solo para traerte a la cama y convertirte en mi esclavo sexual.

—¿Te sientes como la protagonista de una novela erótica o qué?

—Sí, claro —repuso con sarcasmo—. Una novela erótica en la que los protagonistas solo se acuestan al principio y al final. No creo que sea muy comercial —se burló—. Yo la hubiese aderezado con más sexo —dijo con malicia—. Hacia la mitad, pero el personaje masculino era muy cabezota.

—Pues yo creo que la espera ha merecido la pena. Hemos ido creando expectativas y el final ha sido apoteósico.

—¿Apoteósico? ¡Qué exagerado! —se burló—. Para que sea apoteósico de verdad tenemos que gastarlos todos —dijo. Cogió la caja de preservativos que había sobre la mesilla y la agitó en el aire.

—¿Cuántos quedan? —preguntó él con el ceño fruncido.

—La caja era de veinticuatro y hemos usado dos.

Pareció estar meditando muy concentrado. Finalmente, asintió y se tumbó sobre ella. Comenzó a besarla con dolorosa lentitud.

—Vamos a por ello, entonces —murmuró contra su boca.

Capítulo 29

Félix

Cinco días sin salir de casa, enredados en las sábanas y parando solo para comer, ducharse y dormir era un récord incluso para él que en su juventud había hecho muchas locuras. Le dolían músculos del cuerpo que no sabía que tenía. Si quería seguirle el ritmo a Erika, tendría que hablar con su entrenador del gimnasio y consultarle sobre cómo fortalecer aquellas zonas.

Cuando aquella idea ridícula acudió a su cabeza se rio bajito.

No se sentía tan bien desde hacía mucho tiempo. A pesar del cansancio y el dolor muscular, una sonrisa perenne se le había instalado en la boca.

El lunes por la mañana a primera hora, Erika llamo al trabajo y habló con su jefe. No sabía a qué acuerdo habían llegado exactamente, pero se cogió la semana entera de vacaciones, así que tenían siete días ante ellos, que aprovecharon muy bien.

Lo cierto era que habían hecho mucho más, aparte de ejercitarse en la cama.

Habían pedido comida china a domicilio y se habían tirado en el sofá para llenarse de rollitos de primavera y arroz tres delicias mientras veían una serie en Netflix. Eligieron una de terror tan mala que lo único que hacían era reírse cada cinco minutos.

También habían cocinado juntos en dos ocasiones —cocinar era un eufemismo cuando lo único que hicieron fue prepararse dos sándwiches y calentar comida precocinada— y la experiencia resulto muy interesante. La torpeza de Erika en la cocina fue de lo más entretenida. Estaba claro que, si algún día decidían irse a vivir juntos, sería él quien se encargaría de alimentarlos.

Habían escuchado la discografía completa de Héroes del Silencio y discutido sobre si era mejor que se hubieran separado cuando lo hicieron o si deberían haber seguido juntos.

Y bailaron al ritmo de una antigua canción de Spandau Ballet, *True*, que les gustaba a los dos, y él hizo dos descubrimientos: el primero, ella bailaba veinte mil veces mejor que él, y el segundo, que llevaba toda la vida pronunciando mal la letra. Erika se empeñó en corregirle con carita de institutriz mientras él era incapaz de decir las palabras como las decía ella. Se rio mucho aquella noche.

También habían jugado a las cartas con una vieja baraja que Erika tenía en uno de los cajones. Ya lo había sospechado, pero descubrió que ella hacía trampas. Y ni siquiera trataba de disimular. Con todo el descaro del mundo se sacaba cartas de debajo del muslo o robaba dos cuando solo había que robar una. Y cuando él le llamaba la atención se limitaba a hacer un mohín y a lanzarle besos.

Habían pasado horas tumbados en la cama mirándose y hablando de todo. Su historia con Ernesto había vuelto a salir a la luz. Curiosamente, desde la noche del aniversario de su fallecimiento, no le dolía tanto hablar de él. Era como si una herida que llevaba tiempo abierta hubiese comenzado a cerrarse. Y Erika era maravillosa porque el afecto que teñía su voz cuando mencionaba su nombre se podía palpar. Eso le hacía mucho bien.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más cosas descubrían que tenían en común. Por ejemplo: a ambos les gustaba el olor a gel de coco y usaban el mismo desodorante neutro. No les agradaban las alcaparras en la *pizza* y preferían el chocolate puro al chocolate con leche. Odiaban el sonido que hacía el motor de la nevera por las noches y les gustaba andar descalzos por la

casa.

Y miles de cosas más.

Ya llegarían los enfrentamientos, los enfados y las peleas. Teniendo ambos un carácter fuerte era de esperar. Ahora estaban viviendo un momento dorado y único.

Perfecto.

Se había levantado hacia un rato de una de las siestas más largas de su vida y había dudado sobre si tomarse un café o una cerveza fresquita. Ganó esta última así que fue a la cocina a buscarla.

El apartamento era diminuto. No tendría más de cuarenta metros cuadrados, distribuidos en cocina, baño, salón, un dormitorio y terraza acristalada, que se podía utilizar como otra habitación más, pero Erika solo tenía cajas de cartón apiladas contra una pared, el resto del espacio estaba vacío.

Le dio un largo trago a la cerveza y, después, se dirigió hacia la mencionada terraza. Los ventanales estaban abiertos y dejaban pasar la brisa que provenía del exterior. Pese a que todavía no era mayo, la temperatura era agradable. La tormenta que había asolado la playa el fin de semana anterior y que había durado hasta el martes se había esfumado, dando paso a unos días bastante soleados y a unas noches tibias de cielos despejados.

Volvió la vista hacia el dormitorio, cuyas puertas correderas que daban a la terraza estaban abiertas. La luz de la mesilla bañaba la habitación e iluminaba el cuerpo desnudo que yacía en medio del colchón. Erika estaba tumbada bocabajo con la melena rubia esparcida por la almohada.

Después de cinco días sí que podía decir que conocía su cuerpo de memoria. Lo había recorrido con los ojos, las manos, los labios y la lengua. Sabía de cada pequeño lunar, marca y recoveco y estaba completamente fascinado por todos ellos.

Tras perder a Ernesto, pensó que no habría ningún hombre o mujer en el mundo que encajara tan bien con él como su expareja, pero la llegada de esa chica a su vida le había hecho cambiar de opinión, demostrándole lo equivocado que estaba.

Ahora que la veía ahí tendida, durmiendo, no sabía por qué se había puesto tantas trabas a sí mismo. Casi desde el mismo instante en que se conocieron era innegable que estaban hechos el uno para el otro.

¡Qué necio había sido!

Ella se revolvió en la cama, cambiando de postura con brusquedad y él tuvo que morderse una sonrisa al verlo. Cada vez que se daba la vuelta lo hacía de golpe. Incluso dormida era un torbellino. Quizá en un futuro aquello supusiera un problema, pero ahora adoraba que ella le despertara en medio de la noche.

Tenía un aspecto tan sereno que le dio lástima despertarla, aunque iba a tener que hacerlo dentro de poco porque habían quedado con su familia.

Ese mediodía, Jorge y Juls, en vista de que no contestaban los móviles, se habían presentado en el piso para ver si todavía seguían vivos. Eso había dicho su hermana mientras les lanzaba miradas asesinas. Se había quejado de que no se habían visto en toda la semana, así que no pudieron librarse de aceptar cenar con los Alba.

Se dio la vuelta y se acodó sobre la barandilla. Paseó la mirada por las zonas comunes de la urbanización. El balcón del piso daba justo sobre la piscina iluminada, cuya luz azulada bañaba el jardín. Solo la pista de pádel al fondo permanecía a oscuras.

El edificio más próximo estaba a unos doscientos metros de distancia por lo que la sensación de privacidad era grande y no se había molestado en ponerse nada de ropa cuando se

levantó. Disfrutó de la brisa fresca sobre la piel mientras le daba otro trago a la lata. No era un gran bebedor de cerveza, pero esa le estaba sentando muy bien.

Unos labios se posaron sobre su omóplato.

Un pequeño escalofrío viajó por su columna vertebral.

Se dio la vuelta y se encontró con ella, que tampoco se había molestado en vestirse. Tenía el pelo alborotado y la mirada somnolienta. La abrazó con fuerza. Olía a sexo y a cama. Olía a él. Le dio un beso en la coronilla.

—Te iba a despertar en un rato.

—¿De verdad tenemos que ir a esa cena? —protestó contra su cuello.

—Podemos quedarnos, pero es probable que entonces se presenten todos aquí. Es tu familia, tú los conoces mejor que yo.

—Jo, es verdad… —se lamentó. Acto seguido le palmeó el trasero—. Me gusta tu culo. Y tus muslos. Y tu espalda… —Según hablaba, iba recorriendo cada parte de su cuerpo que mencionaba con las manos—. Y tu barbilla… —Se puso de puntillas para besarle el mentón—. Y tus mejillas y tu nariz…

—Sabes que no tenemos condones, ¿verdad?

Increíble pero cierto. Habían gastado los veinticuatro preservativos. Veintitrés habían cumplido su función, pero uno se había roto por las prisas de ambos a la hora de ponérselo.

—No solo te quiero para eso —declaró ofendida—. También me apetece un poquito de *kuscheln.*

Félix notó el ardor en su abdomen al escuchar esa palabra. Le había confesado lo mucho que le ponía que le hablara en alemán durante el sexo y ahora usaba vocablos germanos constantemente.

—¿Qué significa eso?

—Acurrucarse —respondió mientras le lamía un pezón.

—¿No estás cansada? —preguntó jadeante—. Creo que en cinco días hemos dormido una media de diez horas en total.

Ella se apartó y le miró con fijeza. Luego bajó la cabeza y le apoyó la frente en el pecho.

—Estoy agotada, pero sé que el domingo te vas. Y quiero aprovechar cada instante. No sé cuándo volveremos a vernos.

Lo dijo de un modo neutral, pero él había llegado a conocerla lo suficientemente bien para saber que había pesar encerrado en sus palabras.

Le alzó el mentón con los dedos y se encontró con la mirada azul desafiante.

¡Qué hermosa era!

—Creo que nos vamos a ver tanto que te vas a cansar de mí.

Ella arrugó el ceño, confundida.

—Ven.

La cogió por la muñeca y la guio hasta el salón. Había dejado el móvil sobre la mesa de la televisión, cargando. Lo desconectó del cable y se sentó en el sofá. Ella se acomodó a su lado.

Accedió al calendario y se lo mostró. Fue pasando de mes en mes. Había muchos días en rojo.

—¿Qué es esto?

—Los días marcados son los días que voy a venir a verte.

—¿En serio? —musitó mientras miraba la pantalla—. Son muchos.

—Los fines de semana no puedo escaparme, pero puedo venir de lunes a miércoles casi todas las semanas.

Ella se giró hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Antes de marcharme de Madrid lo hablé con Sean.

—¿No le importa?

Félix se encogió de hombros.

—Nos apañaremos.

—Si lo sabías desde el principio, ¿por qué no me lo has dicho antes? —le riñó—. Me he pasado toda la semana rompiéndome la cabeza con este tema.

La miró con una ceja arqueada.

—¿Rompiéndote la cabeza? ¡Ja! Te has pasado toda la semana muy ocupada…

Ella soltó una risita y se echó hacia atrás en el sofá. Estaba espléndida en su desnudez. No tenía pudor alguno con él y él tampoco con ella.

—Yo puedo ir algunos fines de semana —propuso—. La gasolina está un poco cara, pero sé cómo conseguirla más barata —lo dijo como para sí misma.

—¿Cómo?

—Si te lo dijera tendría que matarte —repuso con fuerte acento italiano, pasándose el pulgar por el cuello de un lado al otro.

Él se rio.

De pronto, ella se encaramó a su regazo, a horcajadas, y le quitó el móvil.

—Vamos a hacernos una foto, que no tengo ninguna.

—¿Cómo es eso? —inquirió extrañado—. Tienes bastantes.

—Las borré todas cuando pensé en dejarte.

—¡Qué radical! —resopló.

Ella extendió el brazo y comenzó a hacer selfis. En algunos solo sonreía, en otros le daba besos y le lamía la cara, lo que le hizo reír. Se abalanzó sobre ella y le hizo cosquillas. El móvil terminó en el suelo y las carcajadas de ambos resonaron contra las paredes.

Las ganas de mandar la cena al carajo y encerrarse de nuevo en el dormitorio hasta el domingo por la tarde le invadieron, pero reconocía que también quería salir a la calle y disfrutar con ella en público. Había miles de cosas que quería que hiciesen juntos.

Ella le dio un azote en el trasero.

—Qué lástima que no te hayas traído el arnés —susurró con lujuria.

Él soltó una carcajada.

—La próxima —dijo con picardía—. Por cierto, son las nueve y hemos quedado a las nueve y media.

—Tiempo de sobra —repuso con un encogimiento de hombros—. Ducha juntos, diez minutos. Vestirnos, otros diez minutos. Trayecto a casa de mis padres, dos minutos si vamos en mi moto.

—Prefiero que la ducha sea más corta y que vayamos en mi coche. Es más cómodo. —Se puso de pie y tiró de ella para ayudarla a levantarse del sofá.

—Así luego podemos enrollarnos en el asiento trasero.

—Has leído mis pensamientos.

Riéndose, se encaminaron al baño para ducharse. La bañera era pequeña, pero cabían los dos perfectamente. Mientras uno se enjabonaba el cuerpo, el otro se lavaba la cabeza y viceversa. Eran como una máquina cuyos engranajes encajaban perfectamente. Era curioso lo rápido que se habían adaptado el uno al otro.

En el dormitorio, sacaron las prendas que iban a ponerse. Jorge había sido tan amable de

llevarle algo de ropa, ya que él, en sus prisas por llegar a Benidorm cuanto antes, no había preparado ni una bolsa de viaje, y la ropa que llevaba el domingo anterior estaba arruinada. Ni siquiera se habían molestado en lavarla.

—Lo que no me ha traído tu hermano son calzoncillos —murmuró, hurgando en la mochila que le había dejado su cuñado.

—Mejor —dijo ella, lasciva.

—Me encanta eso de ir a cenar con tus padres, sabiendo que no llevo ropa interior —dijo, sarcástico.

—Te puedo dejar unas bragas —propuso, señalándose las que llevaba puestas que no eran nada femeninas.

—No creo que me valgan. Déjalo.

Se puso la camiseta azul que le quedaba un poco ajustada y los pantalones desgastados, poniendo mucho cuidado en sus movimientos al subirse la cremallera para no pillarse la piel de los genitales. Luego se sentó en la cama y se calzó las zapatillas. Al menos Jorge y él usaban el mismo número. Eran unas All Star negras. Hacía años que no se vestía así. Se sentía un poco raro, pero no era incómodo.

—¡Ostras, Félix! ¡Qué bueno estás! —exclamó ella plantándose frente a él. Soltó un silbido cargado de admiración.

—¿Qué? ¿A que aparento veinte? Ya no podrás quejarte de mi edad. —Le guiñó un ojo.

Ella sí que estaba guapa con los vaqueros negros, la camiseta roja y su aire informal.

No pudo resistirse y la sujetó por la nuca con fiereza para plantarle un beso en la boca. Beso que fue interrumpido por la melodía que ella llevaba como tono de llamada en el móvil.

—Espera. —Se apartó y se lo sacó del bolsillo—. Es mi padre.

La soltó con renuencia.

—¿Qué pasa, papá? —contestó la llamada—. Ah, sí. No tardamos. Ya vamos para allá. En un cuarto de hora llegamos. Hasta ahora. —Hizo una pausa—. Por cierto, Félix no lleva calzoncillos. No le miréis la bragueta ni hagáis comentarios desagradables.

Él, que se había girado para ir al baño, se detuvo en medio del pasillo y regresó a toda velocidad, pero el daño ya estaba hecho. Gimió, tapándose la cara con las dos manos y notó que el rubor le calentaba las mejillas. ¿Cómo iba a poder enfrentarse a Tony Alba después de que ella le hubiera dicho eso?

La miró furioso y vio que se estaba riendo a carcajadas.

—Ya… había… colgado —balbuceó entre risas—. Tenías que… haberte visto la cara.

Él respiró hondo y la pesadez que había sentido tan solo un par de segundos antes resbaló de sus hombros y desapareció.

—Te odio —le dijo con los ojos entornados.

Ella dio unos pasos y se colgó de su cuello. Todavía se reía.

—No es verdad.

Él apoyó la frente en la suya y soltó una risa ahogada. Admitió para sus adentros que era una buena broma. Se la guardaría y se la devolvería más adelante.

—Te quiero —repuso.

—Me gusta que me quieras —suspiró ella.

—Me gusta quererte.

—¿Sí? Siempre he tenido fama de complicada.

—No lo eres. Eres perfecta.

—Lo sé. Solo quería que lo dijeras en voz alta.

Sonrieron y sus miradas se anclaron la una en la otra.
—¿Nos vamos, novio? —preguntó, risueña.
—Sí, vamos, novia.
De la mano, abandonaron el piso.

Epílogo

Primavera – Un año después

Erika

Se encontraba junto a la orilla, con los pies sumergidos hasta los tobillos en el agua. Estaba bastante fría y no invitaba al baño, pero a ella no le importaba la temperatura, le gustaba sentir las olas lamiendo la piel de sus pies, y era reconfortante notar cómo los granos de arena se le escurrían entre los dedos.

Su mirada de párpados entornados se dirigió al horizonte. El sol se había ido desplazando hacia el oeste y no tardaría en desaparecer tras el monte Tossal, creando una de esas puestas de sol perfectas de las que podía presumir Benidorm, y bañando la playa en tonalidades naranjas, amarillas y violetas.

Habían pasado una tarde fantástica, jugando al voleibol, escuchando música y merendando sándwiches y tarta casera. Todos, excepto sus padres que estaban en Alemania visitando a la familia de Anna, habían acudido a la playa a celebrar las buenas noticias: Alexia había conseguido un trabajo de maestra a tiempo completo y Lukas había recibido como regalo sorpresa el máster de periodismo que quería hacer. Lo habían pagado entre todos.

Había sido una tarde maravillosa y muy divertida.

Sin embargo, mientras observaba a sus hermanos besándose con sus parejas o haciéndose confidencias al oído, sintió un pinchacito de nostalgia en su interior. Félix también había planeado estar presente en aquella reunión, pero un percance de última hora en el negocio se lo había impedido.

Le dio una suave patada al agua. A veces se sentía como uno de esos calcetines desparejados cuyo compañero se pierde en la lavadora. Y era una sensación estúpida, ya que Félix y ella se veían con mucha frecuencia. No podía quejarse de la gran implicación que mostraban ambos en esa relación. Pero había días como aquel, en los que le fastidiaba que no hubiese podido estar con ella.

—¡Eri!

Se giró y vio que Diego le hacía gestos con la mano, llamándola.

Echó a andar hacia el grupo de palmeras bajo el que se habían acomodado. Estaban todos tirados en toallas, menos Mía, que correteaba de un lado a otro transportando arena mojada en un cubo para la construcción de algo que podría ser un castillo. Del altavoz portátil que habían llevado salía una canción de Sam Smith, una balada que tenía ya unos años: *Stay with me*. Era obvio que estaban cansados si ya habían empezado con las canciones lentas, porque la música que había sonado hacía unas horas era mucho más punk.

—¿Qué pasa? —preguntó, sentándose al lado de Juls.

—Estamos organizando la boda y es para concretar el día —repuso Iván.

Diego e Iván llevaban un tiempo hablando de casarse. No querían hacer nada muy extravagante, solo ir al Ayuntamiento y darse el sí quiero con la familia y unos pocos amigos por toda compañía. Y luego, cenar en algún sitio tranquilo.

—Nos han dado tres opciones —dijo Diego—. El veintisiete de septiembre a la una, el cuatro de octubre a las diez o el ocho de octubre a las doce. Nosotros preferimos el ocho porque

es viernes.

—Faltan casi cinco meses —resopló Lukas.

—Ya, pero tenemos que confirmar la semana que viene.

—El ocho por mí, bien —repuso Erika.

Los demás fueron asintiendo.

—Genial —murmuró Iván.

—Es flipante que al final vayáis a ser vosotros los primeros en casarse. Juls, amor, vamos a tener que ir pensándolo —dijo Jorge.

Juls meneó la cabeza con diversión y le lanzó una rápida mirada a Erika. Ambas intercambiaron una sonrisa cómplice.

—Ya veremos.

—Si queremos empezar con los trámites de la adopción, es mejor que estemos casados —explicó Diego—. Nos han dicho que a las parejas casadas les dan prioridad.

Erika escuchó en silencio. Se alegraba muchísimo por su hermano y por Iván. Eran ambos maravillosos y adoraban a los niños. Iban a ser unos padres increíbles.

Mientras los demás hablaban sobre el proceso de adopción, ella alargó la mano hacia la mochila y sacó el móvil. No había señales de Félix. Ni llamadas ni mensajes. Tenía que estar ocupado porque había prometido llamarla cuando acabara su reunión.

Desde que comenzaron su atípica relación, la vida les había cambiado. Cada minuto libre que tenían se lo dedicaban el uno al otro. La autovía que unía Benidorm y Madrid los conocía bien a ambos, y sus horas de sueño se habían visto comprometidas porque solían hablar por teléfono por las noches, hasta las tantas. Pero la mejor transformación de todas, sin duda, fue la de Félix. Ya no pasaba tantas horas dedicándose al trabajo en exclusiva y había comenzado a disfrutar de la vida.

—¿Qué piensas? —le preguntó Juls, dándole un codazo.

—En nada en particular.

—¿No estarás pensando en un tipo alto de pelo oscuro increíblemente guapo cuyo nombre empieza por F y acaba en X?

—No sé a quién te refieres —contestó con fingida inocencia.

—Claro, claro —dijo y luego añadió con otro tono—: Qué pena que no haya venido.

Erika bajó la vista a la arena.

—Es lo que tiene una relación a distancia. Y no me quejo, que nos vemos mucho.

—¿No os habéis planteado que se venga él o irte tú? —intervino Jorge.

—Es complicado —murmuró.

Sí que lo habían hablado, pero no era sencillo. ¿Una mecánica de embarcaciones en Madrid? Quizá podría pasarse a la mecánica del automóvil, aunque ese campo no le parecía tan fascinante. Félix tampoco podía abandonar su negocio, así como así.

—¿Cuándo vais a volver a veros? —preguntó Juls.

—Supongo que la semana que viene. Quería venir hoy, pero le ha surgido algo.

—¿La semana que viene? —preguntó Jorge—. Pues yo creo que mucho antes.

Erika alzó los ojos y los posó en los de su hermano, que miraba hacia lo lejos con una sonrisa bobalicona en el rostro. Con la frente fruncida, giró la cabeza a toda prisa.

Félix.

El corazón le saltó en el pecho al verle acercarse caminando por la arena. Llevaba vaqueros azules, una camiseta oscura, unas zapatillas deportivas en la mano y una mueca de felicidad en la cara.

Erika se levantó de un salto y echó a correr hacia él. Pese a que solo los separaban unos cincuenta metros, el camino hasta sus brazos le pareció eterno. Los pies se le hundían en la arena y la risa de emoción le cortaba el aliento. Se arrojó contra su cuerpo firme con tanto ímpetu que Félix cayó hacia atrás y la arrastró con él. Gracias a Dios, la arena amortiguó el golpe.

—Eres una salvaje —dijo él con una risa ronca.

Ella se limitó a besarle por todas partes, la frente, la nariz, las sienes, las mejillas, las cicatrices y el mentón cubierto por la barba.

—Cómo te he echado de menos —jadeó.

—¡Pero si estuvimos juntos la semana pasada!

—Demasiado tiempo para estar separada de mi marido.

Los ojos de ambos brillaron al besarse. Esa vez en los labios, con pasión y avidez. Sus manos se encontraron en algún lugar por encima de la cabeza de Félix.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —susurró ella contra su boca.

—Quería sorprenderte.

Hundió la cara en su cuello y aspiró con fuerza, llenándose de su olor tan masculino. Un calambre de excitación la atravesó.

—Fóllame. Aquí y ahora —pidió con un ronroneo.

Él soltó una carcajada.

—Paso de que se me metan los granos de arena por todas partes.

—Qué delicado —protestó con un mohín.

—Además, me temo que tenemos mucho público.

Erika giró la cara. Sus hermanos los estaban mirando desde las palmeras, pero no solo ellos, también algunas personas que paseaban por la acera se habían detenido y los observaban con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Unos días —respondió—. ¿Te parece bien que saludemos y luego nos largamos? Quiero tenerte para mí solo.

—Me parece genial —respondió.

Se puso de pie de un salto y se sacudió la arena. Él se incorporó y la imitó.

Le miró embelesada. Era difícil sustraerse al enorme atractivo de Félix. En el último año se había dejado crecer el pelo, que llevaba peinado hacia atrás y se le ondulaba en las puntas. Imposible estar más guapo.

A decir verdad, era cero objetiva.

Se dieron la mano y echaron a andar hacia el grupo que los esperaba.

—Mirad quién está aquí —pregonó con emoción—. El mejor dotado de todos los hombres.

—Tiene razón —añadió él con arrogancia.

Todos rieron y se pusieron de pie para saludar. Hubo un intercambio de besos, abrazos y palmadas en la espalda. También Mía se acercó corriendo para besarle en la mejilla. Félix se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de chocolate. La niña la aceptó con desparpajo y le dio las gracias.

—Estábamos planeando la boda de Iván y Diego —comentó Jorge—. Va a ser el ocho de octubre.

—Genial, chicos. Enhorabuena —dijo Félix.

Erika se sentó en una de las toallas y tiró de él para que se sentara a su lado.

—Al final van a ser los primeros de la familia en casarse —comentó Lukas.

Erika notó el pellizco en el muslo y giró la cara para mirar a Félix. Tenía una expresión confusa en el rostro. Sus labios formaron una frase: *¿No se lo has dicho?*

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué cuchicheáis? —preguntó Jorge con el ceño fruncido.

Erika miró a Juls de reojo que había comenzado a sonreír. Luego se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó una alianza de oro. Era sencilla, muy fina, como una arandela. Se la puso y alzó la mano. Félix hizo lo mismo, mostrando la suya.

El silencio cayó sobre ellos. Solo se escuchaba la voz de Billie Eilish cantando *When the party is over*.

—¿Nadie va a decir nada? —preguntó ella al cabo de un breve lapso de tiempo.

—Anillo —gritó Mía repentinamente, tratando de lanzarse sobre su tía. Tenía la cara manchada de chocolate—. Quiero anillo.

Alexia la sujetó para que no pringase a nadie.

—¿Qué habéis hecho?

—¿Cuándo?

—¿Por qué no se lo habéis dicho a nadie?

—¿Lo saben mamá y papá?

—¿Y nosotros, por qué no hemos ido?

—¿Dónde?

Erika se echó a reír al escuchar las preguntas atropelladas que se sucedían una tras otra. Miró a Félix a hurtadillas. Él también se reía.

—Uno por uno, por favor —rogó, alzando las manos.

—¿Cuándo os habéis casado? —preguntó Diego.

—La semana pasada, en Madrid.

—¿Por qué tanto secretismo? —inquirió Lukas.

—No era un secreto. Fue espontáneo —respondió Félix—. Fuimos al Registro Civil hace unos meses para abrir el expediente, pero no sabíamos si íbamos a seguir adelante o no. Al final nos llegó la autorización la semana pasada cuando Erika estaba en Madrid y de casualidad había un notario disponible, y no nos lo pensamos demasiado.

—¿Quiénes fueron vuestros testigos? —preguntó Jorge.

—Los padres de Félix —dijo Erika—. Y papá y mamá.

—¡Cómo! ¿Qué estás diciendo? ¿Papá y mamá lo sabían? —La exclamación de Jorge hizo que un par de gaviotas que se habían acercado se largaran asustadas.

—Flipo —dijo Iván.

—¿Tus padres? —le preguntó Jorge a Juls con cara de sospecha—. ¿Tú lo sabías?

—Sí —reconoció con una pequeña sonrisa.

—¿Y me lo has ocultado?

—No podía decir nada. Esto es asunto de ellos.

—Y papá y mamá no han dicho nada —dijo Lukas al tiempo que meneaba la cabeza con perplejidad—. De mamá no me sorprende, es capaz de guardar cualquier secreto, pero papá… Tiene que haberlo pasado fatal.

Mientras hablaban y protestaban por no haber sido invitados, Erika miró con calidez a Félix, que sonreía con ganas mientras intentaba responder todas las preguntas que les hacían.

Su marido.

Pese a que siempre bromeaba con el tema, nunca pensó en casarse tan pronto y tampoco pensó en que sucedería de ese modo, pero cuando Félix le dijo durante una conversación

telefónica que deberían hacerlo, le tomó la palabra y le dijo que sí. Y una cosa llevó a la otra. No hablaron mucho de ello ni se preocuparon en exceso, se limitaron a tirar para adelante sin mucha ceremonia.

El día de la boda, él se puso unos vaqueros, una camisa blanca y una americana informal, y ella se vistió con una falda estrecha negra y un top del mismo color que le sentaba genial. Los anillos eran sencillos, muy discretos. Tampoco tuvieron muchas opciones con tan poca antelación. La ceremonia en la notaría duró apenas diez minutos.

Los padres de Félix estaban felices.

Los de ella, desconcertados.

Erika aguantó una risa al recordar la reacción de su padre cuando llamó para darles la noticia.

—¿Podéis venir a Madrid mañana?

—¿Para qué? ¿Ha pasado algo? —inquirió Tony.

—Que me caso.

—¿Quién decías que eras?

No la creía.

—En serio, papá. Quiero que vengáis para que seáis los testigos. La boda es mañana por la tarde.

—Perdone, ¿puede devolverle el móvil a mi hija? —se chanceó.

—¡Que no es coña!

—Por supuesto que no. ¿Con quién te casas? ¿Con Brad Pitt?

—Pásale el teléfono a mamá —pidió exasperada.

—Sí, claro… Habla con ella que yo no tengo tiempo, he quedado con Jennifer López —se rio.

Al día siguiente, sus padres estaban en Madrid para acompañarlos al notario. Su madre le confesó que su padre seguía sin creerse lo de la boda y que sospechaba que todo era una broma orquestada por ella. Fue después de salir del despacho notarial cuando Tony por fin fue consciente de la realidad.

—Bienvenido a la familia, Félix. Te deseo toda la suerte del mundo —le dijo con cara de circunstancias—. Si tienes algún problema con ella ya no nos la puedes devolver, te lo advierto.

Todos rieron.

—Ven, anda —le dijo a Erika, y la abrazó—. No sabe la suerte que tiene el cabronazo —murmuró en su oído—. Si te trata mal, dímelo y le parto la cara.

Cenaron los seis en una pizzería que había cerca del piso de Félix y luego, ya a solas, se fueron a casa e hicieron el amor por primera vez como marido y mujer.

Fue perfecto.

—Hay que celebrarlo —dijo Diego, sacándola de sus cavilaciones—. ¿Ha sobrado algo de la tarta que ha traído Alexia?

—Un poco menos de la mitad —repuso esta.

—Suficiente. Sácala.

—Qué cutre, ¿no? —intervino Juls.

—Boda en directo se merece una tarta completa. Boda en diferido, media tarta es suficiente —dijo Jorge con malicia.

Repartieron lo que quedaba de tarta en trocitos muy pequeños para que llegara para todos y se la comieron mientras hablaban y se reían.

El sol ya se había ocultado y los colores crepusculares bañaban la escena. Las farolas que

solían iluminar el arenal todavía no se habían encendido.

—¿Dónde vais a vivir ahora? —preguntó Alexia mientras le limpiaba las manos a Mía, que había insistido en comerse la tarta con ellas.

—Todavía no está decidido —dijo Erika.

—En Benidorm —dijo Félix.

Las dos respuestas llegaron al unísono.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices?

—He alquilado un piso más grande en tu mismo edificio. De dos dormitorios.

Erika le miró llena de confusión.

—¿Cuándo has hecho eso?

—Hace días. Me lo ha encontrado Rafa, el amigo de Jorge.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó a su hermano con disgusto.

—Te prometo que no —repuso, alzando las manos—. Me estoy enterando ahora mismo.

Erika pestañeó repetidamente sin comprender y volvió a mirar a Félix.

—¿Por qué? Tenemos mi piso.

—Es muy pequeño y Takeshi necesita más sitio.

—¿Takeshi en Benidorm?

De repente sintió cómo le ardían los ojos y se le contraía la garganta.

—¿Me estás diciendo que te vienes a vivir aquí? ¿Y tu negocio?

—Sean y yo lo hemos hablado. Iré un par de veces al mes a Madrid, pero el resto del tiempo lo pasaré aquí. Además, estamos pensando en abrir otro Corso por la zona porque el de Valencia funciona muy bien. Quizá en Gandía o Denia. O incluso en Benidorm, ya vere…

Erika se tiró encima de él sin dejarle terminar. Él cayó sobre la toalla, riendo, mientras ella le abrazaba, eufórica.

Escuchó los silbidos de sus hermanos a su espalda, pero los ignoró.

—¿Te vienes a vivir conmigo y no me habías dicho nada?

—Sí —contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. Hoy mismo me he reunido con el nuevo inquilino del piso de Madrid para darle las llaves.

—¡¿Qué?!

Las noticias se sucedían con rapidez. No tenía tiempo de asimilar una cuando llegaba otra.

—Mañana viene el camión de la mudanza que he contratado para traer mis muebles.

—¿Y Takeshi?

—Está ya en el piso nuevo. He pasado por allí antes de venir.

Le contempló con el corazón latiendo a mil por hora. Estaba a punto de llorar, pero se tragó las lágrimas y se aferró a él con más fuerza.

—¡Cómo te quiero! —le dijo en un jadeo. Le sujetó la cara con las manos y le estampó un rudo beso en la boca.

—Yo también te quiero —contestó él con tono áspero producto de la emoción—. Y me encanta haber tomado esta decisión.

Permanecieron abrazados mirándose y diciéndose mil cosas sin palabras.

—Quiero ir a casa contigo —dijo ella en voz muy baja—. A nuestra casa.

—Pues vámonos.

Se pusieron de pie, ayudándose el uno al otro en el proceso. El aplauso los pilló desprevenidos, tan absortos habían estado en la conversación que se habían olvidado de los

demás.

—La función ha acabado —dijo Erika, haciendo una reverencia graciosa—. Nos vamos a casa a fo… —se interrumpió al ver que Mía la observaba muy atenta—, a bailar —concluyó.

—Yo bailar —exclamó la niña.

—Mejor te esperas a ser mayor de edad para bailar como tu tía —soltó Lukas entre dientes.

Hubo más risas.

Recogieron las pertenencias de Erika y se despidieron de los demás con muchos besos, abrazos y promesas de volverse a ver en breve. Luego se alejaron caminando por la arena, de la mano.

—Todavía no me puedo creer que estés aquí.

Él le pasó un brazo por encima de los hombros y la apretó contra su cuerpo.

En ese momento, las altas farolas que había en el borde del paseo se encendieron e iluminaron la playa. A Erika le pareció un buen presagio.

—¿Dónde has dejado el coche?

—Lo he dejado en la plaza de garaje y he bajado andando.

—¿Plaza de garaje?

—Venía con el piso.

—¡Qué fuerte! Y todo lo has hecho a mis espaldas.

—¿Te molesta?

Le miró de reojo. Él parecía tan feliz como ella se sentía.

—No.

Continuaron avanzando en un cómodo silencio hasta llegar al paseo. Se sentaron en un banco y se sacudieron la arena de los pies antes de ponerse las zapatillas.

—Me he traído el arnés —dijo él repentinamente.

Ella se incorporó y le miró a la cara para comprobar que no mentía. Estaba serio, pero una chispa pícara se desprendía de sus iris oscuros.

El arnés era su asignatura pendiente. Hasta ese día no lo habían estrenado.

—¿Vas a dejar que te empotre contra los azulejos del baño? —inquirió, provocadora.

—Sí.

Le miró con los ojos entornados, a través de las pestañas. De pronto, se puso de pie y echó a correr a toda velocidad. Se había alejado unos metros cuando se dio la vuelta.

—¡Vamos! —le gritó—. Date prisa.

Él comenzó a reír y salió corriendo detrás de ella.

Lista de canciones

Like a virgin - Madonna
Material Girl - Madonna
La isla bonita - Madonna
If you don't know me by now - Harols Melvin & The Blue Notes
Killing me softly - Roberta Flack
Let's stay together - Al Green
Sweet rascal - Jamie Berry
Eternal Flame - The Bangles
Venus - Shoking Blue.
The Queen of Swing - Swingrowers
Payphone - Maroon 5
Don't stop me now - Queen
Perlas ensangrentadas – Alaska y dinarama
Qué hace una chica como tú en un sitio como este - Burning
Dime que me quieres - Tequila
El loco de la calle - El último de la fila
Voy a pasármelo bien - Hombres G
Ooh LaLa - Goldfrapp
You make feel mighty real - Sylvester
Black Coffee - Wolfgang Lohr & Louie Prima
Oh, Pretty Woman - Roy Orbison
Glam! - Dimie Cat
Be my baby - Billie Davis
Yellow - Coldplay
True - *Spandau Ballet*
Stay with me - Sam Smith
When the party is over - Billie Eilish

https://open.spotify.com/playlist/1fJ7JYZ6ZCmGCesZQ5Dr8d

Agradecimientos

Lo primero de todo, antes de dar las gracias a todas las personas que han hecho esta novela posible, quiero decir un par de cosas.

Empezaré por confesar que tengo sentimientos encontrados con esta historia poque, aunque es un alivio saber que ya he hecho justicia a los hermanos Alba contando las cuatro historias que se merecen, también me da un poco de pena tener que abandonarlos. Los voy a echar de menos. Han sido un par de años muy bonitos con Jorge, Diego, Lukas y Erika. Es triste saber que no voy a volver a embarcarme con ellos en ninguna aventura más.

Quizá me anime en un futuro a escribir algún relato para saber qué ha sido de todos ellos y sus parejas. Quién sabe…

Admito que he disfrutado muchísimo con la historia de Erika porque es el personaje que más se asemeja a mí de todos los que he creado. Por eso, terminar la serie de los hermanos Alba con ella me parecía fantástico. Poner en su boca frases que yo misma digo o contar experiencias que me han sucedido y hacer que le ocurran a ella ha sido un pasada.

Aquí va una muestra:

Mi marido es el hermano de una amiga mía. Ella siempre me decía que tenía que quedar con él, que encajaríamos genial. Yo solo le conocía por fotos y me parecía interesante. Ni corta ni perezosa, le envié un mensaje diciéndole que era una amiga de su hermana, que iba a ir a Madrid y que si podíamos quedar. Tal y como hace Félix en la novela, lo leyó y no se tomó la molestia de contestarme ¡durante un par de años!

(Menos mal que fui igual de persistente que Erika y al final cayó a rendido a mis pies, jejeje).

Ah, la boda de Félix y Erika es también calcada a la mía.

Sí, a veces la realidad supera la ficción.

El personaje de Ana, la fotógrafa amiga del protagonista, está basado en mi cuñada, que se llama Ana, es fotógrafa y vive en Benidorm (vaya coincidencia). Gracias, preciosa por dejarme “usarte” en esta historia. Te quiero mucho. Y gracias a tu chico, Diego, por dejarse usar también. Sois maravillosos.

No sé si os preguntaréis a qué viene el nombre de Félix Sanz, con mi mismo apellido. Es sencillo. Mi padre se llamaba así. Tenía que hacerle un pequeño homenaje 1

Y ya no me demoro más y procedo a la tarea de agradecer.

En primer lugar y como siempre quiero agradecerle a Nere su trabajo de maquetación y a Nune su trabajo en el diseño de la portada. Tengo suerte de poder contar con grandes profesionales en el ámbito técnico. Gracias, chicas. ¡Hasta el infinito y más allá!

Gracias a mi hermana Fely y a mi sobrina Angy, son siempre las primeras en leerse mis novelas y en animarme a seguir adelante.

Gracias también a **Paco**, mi mayor crítico (debo confesar que siempre discuto con él porque no me gusta que me diga cosas negativas, aunque luego le hago caso y acepto sus comentarios sin rechistar). *Te quiero, amore.*

Gracias a mis lectoras cero: Mayte, que está a mi lado desde el principio apoyándome sin condiciones, Josephine, con la que me tiro las horas muertas hablando por teléfono de mil y una cosas. Se ha convertido en una persona muy importante para mí. Y a Mar, que se lo ha currado

muchísimo y me ha sugerido escenas y canciones. Gracias a ella mis personajes no dicen *Joder* constantemente.

Aquí tengo que hacer una mención especial a mis chicas del grupo de wasap *Escritoras BL*, Nisa, Hendelie, Enara y Roser. Porque siempre están ahí cuando quiero desahogarme llena de frustración o simplemente contarles que se me ha roto una uña. Es muy importante contar con personas que te apoyan. **Os quiero mucho. Sois unas mujeres maravillosas.**

También, por supuesto, quiero dar las gracias a todas esas personas bonitas que me leen y disfrutan con mis historias porque sin ellas nada de esto sería posible. Es un sueño que estén ahí, conmigo.

Gracias a los que estáis ahí desde el principio y a los que vais llegando. Gracias de corazón.

Espero haber cumplido vuestras expectativas y haber conseguido que os enamoraseis un poquito de los personajes, creo que se lo merecen.

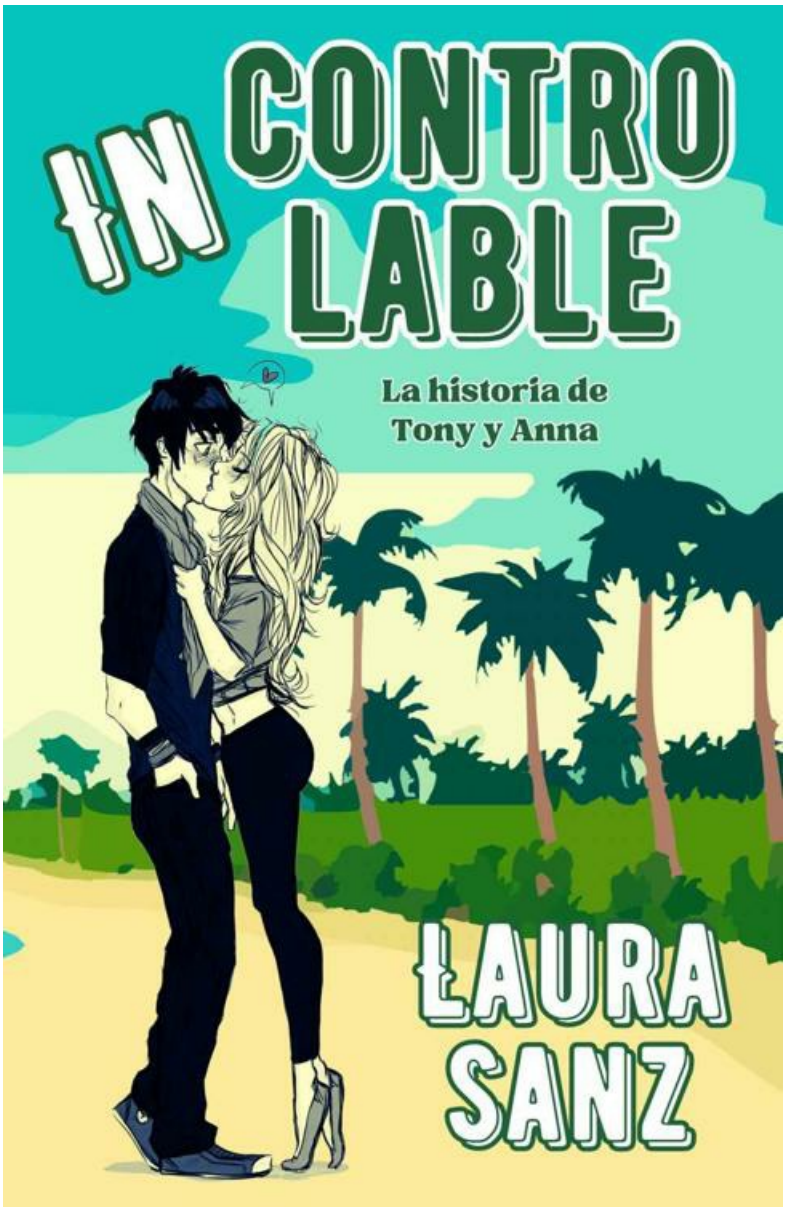
Yo los amo mucho.

Y, sin más, me despido de todos vosotros y os deseo una vida llena de lecturas y aventuras por vivir. Mil besos y mil gracias.

Esto no es un adiós, es un hasta la próxima historia .

Si quieres conocer la historia de los padres de los hermanos ALBA también está disponible en Amazon.

INCONTROLABLE



Sobre MÍ

Nací en Guadalajara (España) en 1974. Dice mi familia que era muy pequeñaja y tenía mucho pelo en el cuerpo y que parecía un monito. También dicen que luego me volví más guapa. No lo recuerdo. Pasé allí toda mi infancia y adolescencia, queriendo ser actriz o artista o escritora o veinte mil cosas más.

Siempre me gustó leer y empecé muy temprano. A los seis años o así, leía todo lo que caía en mis manos, incluido el alijo de novelas de Barbara Cartland de mis hermanas mayores. Me escondía debajo de la cama de mis padres para leerlas.

Con ocho años, en el colegio nos animaron a presentarnos a un concurso de poesía que organizaba Gloria Fuertes. Se llamaba Garbancito. Escribí un poema muy chulo, y gané uno de los premios más importantes. Fue maravilloso poder conocer a Gloria Fuertes, que me dio dos besos y un diploma, en una gala que nunca voy a olvidar en Madrid.

Como siempre me han gustado los idiomas y además me enamoré de un alemán, terminé yéndome a Alemania. Aprendí la lengua y estudié Traducción. Fue allí donde comenzó mi pasión por la novela romántica al descubrir a grandes autoras como Johanna Lindsey, Judith McNaught o Kathleen Woodiwiss. Me fascinaron.

Regresé a España después de algunos años porque en Alemania hacía frío.

Aquí en España me mudé a Benidorm, a la costa mediterránea porque hacía calor y estaba el mar y el cielo brillaba muy azul. Y todo era precioso.

Pero conocí a Paco y me vine para Madrid porque me pareció buena gente. Decidí hacer un hombre decente de él y nos casamos.

Ahora vivimos en Madrid con nuestros gatos y un montón de libros.

Me gusta la literatura romántica del siglo XIX, los gatos, el cine clásico en blanco y negro, las series coreanas, los mahnwas BL y las novelas y películas LGBTI. También me gusta llevar las uñas pintadas de negro y el pelo de colores.

He sido galardonada con el prestigioso Premio del Rincón Romántico a mejor autora nacional del año 2017. Y mis novelas también han recibido premios. La historia de Cas, el RNR a mejor Romance Actual Nacional y el Rosa Romantica's a mejor ebook del año 2017. Y Le llamaban Bronco, el RNR a mejor Romance Histórico Nacional del año 2019.

Todos mis libros tienen #happyending garantizado porque sí, porque quiero.

Podéis contactarme en:
laurasanzautora@gmail.com.
Y si queréis saber más sobre mí y mis próximos lanzamientos, visitad mi web:
www.laurasanzautora.com y suscribíos a mi newsletter.
Además, me podéis encontrar en: Facebook, Instagram, X, TikTok.

Otras novelas:

INDEPENDIENTES

La chica del pelo azul

Harry Wolf

My shining Star

Tan fuerte, Marianne
De la A a la Z

SERIE LANDVIK
La historia de Cas
La lucha de Jan
La culpa de Till
La irrelevancia de llamarse Poncho (Spin off)

SERIE WILD WEST
Le llamaban Bronco
Su nombre era Rico Salas

SERIE HERMANOS ALBA
Inolvidable
Inalcanzable
Inevitable
Inconquistable
Incontrolable (Precuela)

---

[1] *Professional Association of Diving Instructors* (Asociación profesional de instructores de buceo).

[2] Se refiere al Richard Newlook, una de las discotecas más famosas de la playa de Levante de Benidorm, ahora ya cerrada.

[3] Mano de póker.

[4] El hotel Bali es el rascacielos más alto de toda Europa con ciento ochenta y seis metros de altura. La carrera de la que hablan tiene lugar todos los años en junio.

[5] La vida es maravillosa.

[6] Sí, exactamente.

[7] Tú me lo prometiste y yo te lo prometí. Necesito a alguien a mi lado en todo lo que hago. Oh, sí, lo necesito.

[8] Yo a ti también.

[9] Otra vez.

[10] Es verdad, Tony.

[11] ¿Cuál es su nombre?

[12] Las pasadas navidades te di mi corazón…

[13] Nueva ola alemana.

[14] Ricardo Bofill Leví fue un famoso arquitecto postmodernista español, internacionalmente reconocido. Su Taller de Arquitectura ha abordado proyectos de diversa naturaleza en diferentes partes del mundo, adaptándolos a las realidades culturales de cada lugar.

[15] Locución latina que se puede traducir como “algo a cambio de algo”.

[16] Te voy a besar por todas partes. Durante toda la noche.

[17] Te voy a acariciar hasta que no puedas aguantarlo más.

[18] Y después, te voy a hacer el amor… hasta el amanecer.

[19] Este arroz es típico de la Comunidad Valenciana y se llama así porque el marisco y el pescado se presentan limpios y pelados (antiguamente la servidumbre lo cocinaba así para el primogénito de la familia, a gusto del *señorito* de la casa).

[20] ¿Ven a esta mujer?

[21] El amor nos eleva al lugar al que pertenecemos, donde gritan las águilas en la alta montaña…

[22] Deseo tanto darte este amor que tengo en el corazón que estoy sintiendo por ti…

[23] Plato típico alemán hecho a base de carne de res, bañado en salsa marinera.

[24] Bienvenido a casa, mi querido niño.

[25] Yo también estoy muy contento de estar aquí, mamá.

[26] Mirándote a los ojos veo un paraíso. Este mundo que he encontrado es demasiado bueno para ser verdad. Aquí de pie a tu lado, deseo tanto darte este amor que tengo en el corazón que estoy sintiendo por ti.

[27] Zona muy conocida de Benidorm de gran variedad gastronómica llena de bares y restaurantes con tintes vascos donde los 'pintxos', las tapas y el ambiente son los protagonistas.

[28] Tengo mi mente puesta en ti.

[29] Quiero saber lo que es el amor. Quiero que me lo enseñes. Quiero sentir lo que es el amor. Sé que puedes enseñármelo…

[30] Eres mi hijo favorito. Siempre lo has sido.

[31] Restaurante situado en la playa de Levante, muy conocido en Benidorm porque tiene la cocina abierta las 24 horas.

[32] En España, Enseñanza Secundaria Obligatoria.

[33] Esta noche es lo que significa ser joven. Antes de que te des cuenta, se ha ido.

[34] Bar al final de la playa de Poniente.

[35] Nada de fútbol.

[36] Festival internacional de música indie, pop, rock y electrónica que tiene lugar todos los veranos en Benidorm durante tres días, a finales de julio.

[37] Buenas noches en valenciano.

[38] *Porque eres fuegos artificiales, venga y enséñale a todo el mundo lo que vales, haz que hagan oh, oh, oh…*

[39] *Mientras disparas al cielo, eres fuegos artificiales, vamos y deja que tus colores exploten, haz que hagan oh, oh, oh, los vas a dejar a todos admirados…*

[40] *Boom, boom, boom, incluso más brillante que la luna…*

[41] Buenas tardes en valenciano.

[42] Trabajo de Fin de Grado.

[43] Tu hija está bien.

[44] Mami en alemán.

[45] Trabajo de Fin de Grado.

[46] Mi dulce niña.

[47] Abuelita.

[48] Increíble.

[49] Lo sé.

[50] ¡Cosas muy bonitas!

[51] Te queremos mucho. No lo olvides.

[52] Yo también os quiero.

[53] Ha sido jodidamente genial.

[54] Nunca jamás.

[55] Como una virgen, tocada por primera vez…

[56] Algunos chicos cortejan, algunos chicos bailan lento, eso me parece bien…

[57] Porque vivimos en un mundo materialista y yo soy una chica materialista…

[58] Anoche soñé con San Pedro…

[59] Cóctel a base de *whisky* escocés, vermú y licor benedictino.

[60] ¿Es este ardor una llama eterna?

[61] Cierra los ojos, dame la mano, cariño. ¿Sientes mi corazón latiendo? ¿Lo entiendes? ¿Sientes lo mismo? ¿O solo estoy soñando?

[62] ¡Mamá! ¡No seas así! ¡Soy una buena chica!

[63] Una chica loca. Como tu padre.

[64] Patata (termino despectivo para el idioma alemán)

[65] Me haces sentir vivo.

[66] Oh, me siento real cuando me tocas, me siento real cuando me besas, me siento real cuando me tocas, me siento real cuando me abrazas…

[67] Cocktail de Bourbon, Campari y Vermouth. Muy intenso.

[68] Mujer hermosa caminando por la calle. Mujer hermosa, a la que me gustaría encontrar. Mujer hermosa, no me creo que seas real. Nadie puede verse tan bien como tú…

[69] Feliz cumpleaños.

[70] Gracias, mami.

[71] Es un asado de carne en adobo. Es típico de la zona del Rin.

[72] ¡No seas tan malhablada!

[73] Es tu culpa, Tony.

[74] Son los dos iguales.

[75] Quiero que seas mi chico/a.